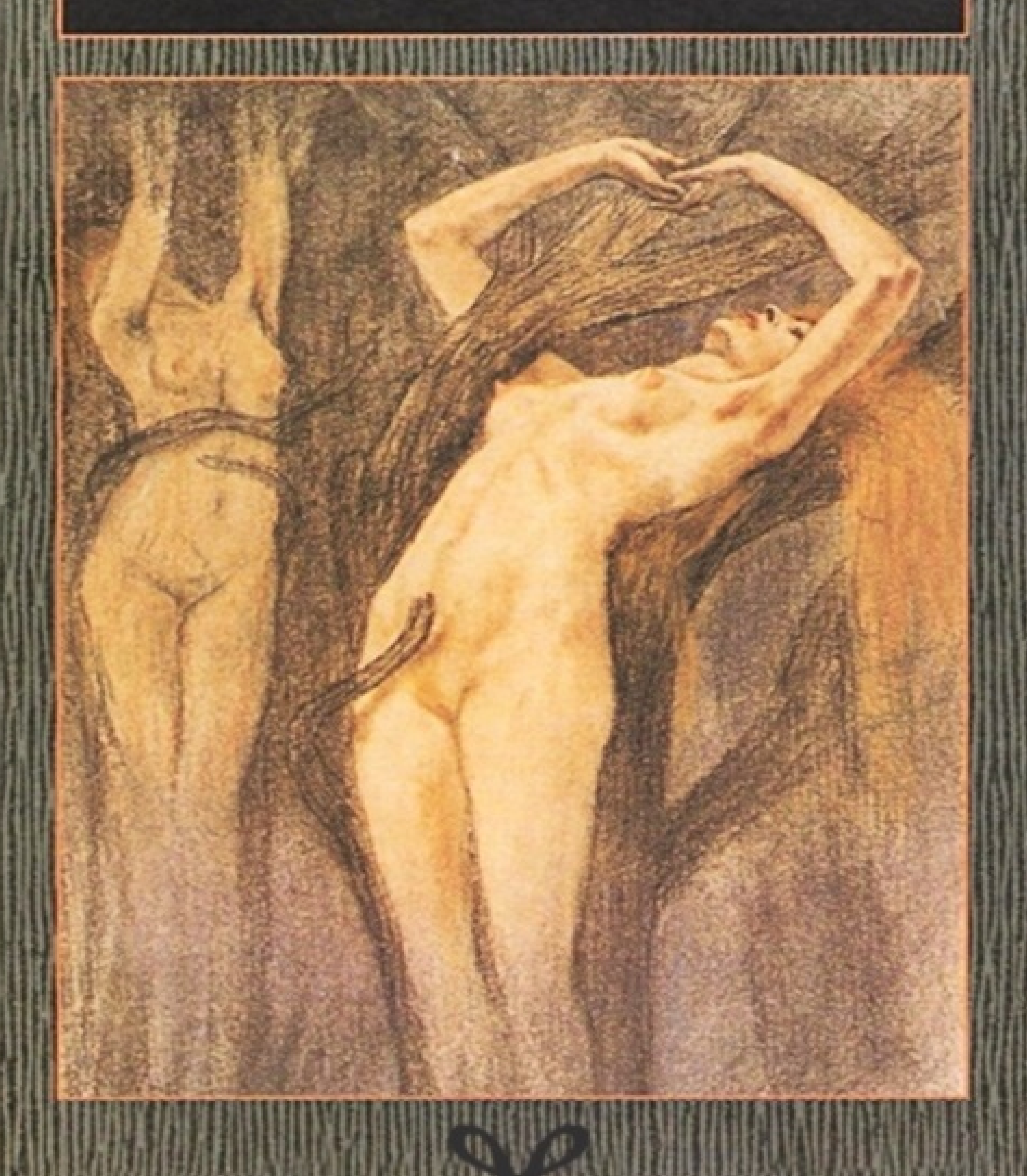
Marqués de Sade

La Nueva Justine

o Las Desgracias de la Virtud

Edición de Mauro Armiño



La *Nueva Justine*, que aparece por primera vez en español en su edición completa, fue la excusa oficial para encerrar al marqués de Sade en el hospital para locos de Charenton. El borrador de apenas ciento cincuenta páginas que era *Las desgracias de la virtud* fue creciendo durante las distintas prisiones y el período de libertad que gozó su autor tras la Revolución, hasta dar lugar a un texto definitivo que Sade convierte en catálogo de todas las maldades que puede sufrir la virtud. Esta nueva y definitiva *Justine* recoge todos los episodios posibles con que los amantes del placer atormentan a la joven huérfana, aumentando los que describían las ediciones anteriores tanto en número como en posibilidades de la búsqueda de placer.

De mano en mano, de castillo en castillo, o de convento en convento, Justine, que predica siempre la virtud, se convierte en objeto de placer de los poderosos; son las tres clases sociales más fuertes del Antiguo Régimen: la nobleza, la burguesía de las finanzas y el clero, las que Sade saca a plaza como protagonistas de una realidad que, pese a las lentes de aumento con que el autor la contempla, no dejaba de producirse, bien oculta tras los muros de algunas fortalezas y casas de recogimiento, y bien protegida por los privilegios que aseguraban a la nobleza y a la clerecía la impunidad. Víctima del Mal, Justine sufre en carne propia las consecuencias de los instintos más ocultos del ser humano, a los que un siglo más tarde Freud bautizaría precisamente con el nombre del «divino» Marqués: «sadismo» y «sadomasoquismo», componentes enfermizos de una parte de la sensibilidad humana.



Marqués de Sade

La nueva Justine, o las desgracias de la virtud

ePub r1.0
Titivillus 01.11.2018

Título original: *La Nouvelle Justine ou les Malheurs de la vertu*
Marqués de Sade, 1797
Traducción: Mauro Armiño
Ilustración de cubierta: Félicien Rops: *Les Hamadryades*

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



ÍNDICE

PRÓLOGO

Son muchos los contrasentidos y las paradojas que se acumulan en la vida y la obra de Donatien Alphonse François, marqués de Sade, acompañado por una fama de libertino pervertido casi dos décadas antes de que apareciera su primer libro; luego sería la obra la que, en cierto modo, terminaría reescribiendo su vida, cargando sobre ella lo que en la impotencia de sus prisiones maquinaba la imaginación del eterno encarcelado. Hasta 1791 el marqués de Sade no era más que un ejemplo, entre otros, del libertinaje que el Antiguo Régimen había propiciado y protegido como una de las formas de vida de algunos miembros de la nobleza más alta; hasta sus cárceles no fueron otra cosa que protección. Es en ese año, nada más salir Sade de su encierro en la Bastilla, cuando aparecen sus dos primeros títulos, aunque sólo uno quede adjudicado a sus iniciales: la representación de *Oxtiern o los efectos del libertinaje*; el segundo, *Justine o las desgracias de la virtud*, lleva la indicación de «obra póstuma».

Todo estaba ya juzgado para el futuro: por un lado, datos, unos ciertos, otros aumentados por el imaginario, de una existencia llena de atrocidades y transgresiones; por otro, una obra literaria que abunda y certifica esos datos, complementándolos con todo un muestrario de situaciones desaforadas en las que el desenfreno erótico se mezcla con una exaltación de la tortura de las víctimas como manantial de un placer infinito. Además, la obra venía a difundir el sustento teórico de esos comportamientos conocidos, a partir de entonces, como «sádicos»: en las largas discusiones que amenizan los raros en que los protagonistas descansan de sus lances eróticos, Sade proclama no sólo la relatividad del Bien y del Mal, sino el valor social del vicio, su eficacia, su necesariedad.

Cuando el marqués de Sade muere en Charenton para ser enterrado cristianamente a pesar de su voluntad expresa, vida y obra se han trabado de manera informe en un término hoy manejado por todos, empezando por los estudiosos del comportamiento y de la mente humanos: *sadismo*, que entra en los diccionarios franceses en 1834, cuando lo único que realmente se conocía bajo la paternidad de Sade eran las novelas que cubrían con velos la parte que, en 1839, Boiste definía como «Aberración espantosa de la depravación; sistema monstruoso y antisocial que subleva a la naturaleza». Con las iniciales S.A.F.S. o D.A.F. sólo se habían publicado *Aline et Valcour, Les Crimes de l'amour*, además de la citada *Oxtiern*, mientras las distintas versiones de *Justine*, su continuación en la *Histoire de Juliette*, y *La filosofía en el tocador* se declaraban póstumas de un innominado autor; quedaba por aparecer —no lo harán hasta el siglo XX, además de los perdidos— otro conjunto de títulos adscritos, sobre todo, a la parte más oscura de la obra sadiana.

Pero, para ese momento, los debates ideológicos a que diera lugar la Revolución Francesa habían tenido ampliamente a Sade en el centro de las disputas: si, por el

lado de la contrarrevolución, este hombre criado como ellos en los privilegios del Antiguo Régimen era la imagen misma del Terror —aunque sólo la muerte de Robespierre salvó a Sade de poner la cabeza bajo el filo de la guillotina—, a medida que avanzan los meses y van desapareciendo las figuras más violentas de la primera hora revolucionaria, el marqués y las obras que en ese momento publica —por mucho que inventara paternidades póstumas para su *Justine* y negara una y otra vez su paternidad se le sabía autor— sirven de pretexto para empezar a poner límites a la prensa y la imprenta.

Mientras el término *sadismo* hace camino a lo largo del siglo XIX y la figura del marqués adquiere carácter de fantasma que acosa las mentes, una vez liquidado el avatar revolucionario la obra de Sade queda encerrada bajo siete llaves de silencio; hubo de soportar, primero, la destrucción de los manuscritos encontrados por sus herederos, avergonzados del apellido hasta fecha muy reciente; luego, las prohibiciones y censuras que sólo el siglo XX va levantando: primero es el poeta Guillaume Apollinaire, que lo edita en la «Bibliothèque des curieux» —libros para el infierno de las bibliotecas, de temática erótica cuando no pornográfica, y para uso de médicos y psiquiatras que ven en los textos un documento, las confesiones de un enfermo, es decir, algo al margen de la literatura—, luego, las reediciones o las ediciones primeras —como en el caso de *Las Ciento veinte jornadas de Sodoma*— van puntuando las primeras décadas del siglo, no sin verse obligadas a sufrir acosos en forma de condenas judiciales a los investigadores que sacaban a la luz las obras: tan tarde como 1957, Jean-Paul Pauvert, a quien se debe la edición más amplia de *Obras completas* de Sade, fue condenado por los tribunales franceses.

Es difícil comprender el personaje del marqués de Sade fuera, en primer lugar, de su familia; en segundo lugar, fuera de su tiempo, de los estertores de una aristocracia que, después de siglos de poder y tras la cumbre absolutista que supone Luis XIV, iba a terminar poniendo la cabeza bajo la guillotina. El absolutismo plenamente implantado durante el largo reinado de ese monarca había hecho de la nobleza una casta superior, al margen de toda ley que no fuera el capricho real. El feudalismo había trocado las corazas de acero y las cimeras con penacho por casacas de seda y pelucas empolvadas, había moderado la rudeza de sus costumbres y marcado con muecas y pasos de baile la sociabilidad de una aristocracia que gozaba de espléndidos privilegios y de las rentas de unas tierras que provenían de un pasado guerrero o de aquella primera burguesía medieval que, con su trabajo, había acumulado tierras y siervos.

De ese origen burgués procedía la casa de Sade, Sadone, Saze o Sauze; de un pequeño burgo de este nombre, Saze, a dos leguas de Aviñón, sobre el Ródano, era oriunda la familia, que había sabido dotarse de unos ancestros legendarios emparentados nada menos que con los Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar; en

especial de este último, cuyo nombre fue utilizado por distintos miembros de la familia. Recurriendo a fuentes documentales, su origen era más reciente: el primer representante conocido con ese apellido, Louis de Sade, era veguer —clase de magistrado de la región— de Aviñón en 1177, del que se sabe que financió la construcción de un puente de la ciudad.

El miembro más famoso de ese período inicial fue un agramador, —fabricante de textiles a base de cáñamo—, Hugues de Sade (1298), que diversificó las fuentes de riqueza con intereses artesanales en distintos negocios, desde los molinos a la sal, la madera o el peaje del Ródano, hasta conseguir, con lo abultado de su bolsa, pertenecer a la aristocracia de los comerciantes; en su inicio eran por lo tanto unos burgueses ennoblecidos —condición que el marqués de Sade reprochará a los Montreuil, la familia de su esposa— que, gracias a distintas alianzas con las mejores familias de Provenza a lo largo del siglo XIV, pasan a formar parte de la nobleza de espada.

Tienen los Sade además otra nobleza: la lírica. El 6 de abril de 1327, el poeta italiano Francesco Petrarca contempla en Aviñón, arrobado, a Laura de Noves, que moriría durante una peste ese mismo día y mes veintiún años más tarde. La mujer más amorosamente cantada de la Edad Media se había casado dos años antes de que la viera el poeta con Hugues de Sade II. La sombra de la belleza de Latirá arrebata toda la poesía medieval, hasta el punto de crear leyendas y merecer que su tumba fuera profanada —cierto que por la admiración— en dos ocasiones: en 1529, el poeta Maurice Scève habría mandado abrir su tumba para ver el cadáver y dejar en un cofre un soneto de índole petrarquista. Muy poco después, en 1533, de paso por Aviñón sería el rey Francisco I el que también quiso ver «lo que quedaba de un amor sin par»; el monarca no podía ser menos que el poeta, y dejó en la tumba un epitafio en verso.

Petrarca había dado cuerpo a un sueño de mujer, y el legendario traspasó los ámbitos de la familia Sade, que mantendría el nombre de Laura a lo largo de las generaciones en sus miembros femeninos[*]. Sin embargo, la identidad de la Laura de Petrarca no parece coincidir, según los estudios más recientes, con la que durante siglos fuera el ángel tutelar de la casa de Sade[**], a quien además el tío del marqués, el abad de Sade, dedicó varios años de investigación en los archivos familiares y un libro consagrado al poeta[*]. No fue óbice ese dudoso parentesco para que la amada del poeta italiano se apareciera a un Sade encerrado en Vincennes: «Era alrededor de medianoche. Yo acababa de dormirme […] De repente, ella se me apareció… ¡La estaba viendo! El horror de la tumba no había alterado el brillo de sus encantos, y sus ojos aún tenían el mismo fuego que cuando Petrarca los celebraba. Un crespón negro la envolvía por entero, y sus hermosos cabellos rubios flotaban descuidadamente encima. Parecía como si el amor, para hacerla más bella todavía, quisiese suavizar todo el aparato lúgubre en que se ofrecía a mis ojos. “¿Por qué gimes en la tierra?”, me dijo. “Ven a reunirte conmigo. En el espacio inmenso que habito no hay males, ni

penas, ni preocupación. Ten el valor de seguirme”. A estas palabras, me prosterné a sus pies y le dije: “¡Oh Madre mía!…”. Y los sollozos estrangularon mi voz. Me tendió una mano que cubrí con mis lágrimas; también ellas las derramaba. “Cuando habitaba este mundo que tú detestas, yo me complacía, añadió, en mirar hacia el futuro; multiplicaba mi descendencia hasta ti y no te veía tan desdichado”. Absorto entonces en mi desesperación y mi ternura, eché mis brazos alrededor de su cuello para retenerla, o para seguirla, y para rociarla con mis lágrimas, pero el fantasma desapareció y sólo quedó mi dolor».

Es en ese ambiente de leyenda y fascinación en el que se cría Jean-Baptiste Joseph François, conde de Sade, señor de Saumane y de La Coste, coseñor de Mazan, nacido en este último lugar el 12 de marzo de 1702, cuya figura, sacada a la luz sobre todo por el análisis de la correspondencia familiar, ha cobrado en las últimas décadas un relieve insospechado para la comprensión de la personalidad de su hijo y la interpretación de algunos papeles de su obra. Jean-Baptiste de Sade ya no compone la miserable figura de padre tacaño con que se la venía dibujando, sino la de un padre preocupado por enderezar la vida encanallada de su hijo, incapaz de enjugar el fracaso propio en la corte y llevar el apellido hasta las alturas que el conde había estado a punto de conseguir y de las que le había derribado una indiscreción.

Jean-Baptiste, al que encontramos introducido en las mejores casas del Faubourg parisiense en 1721, cuando aún no había cumplido los veinte años, llegó a la corte con pretensiones de seductor galante, escritor y pretendiente a los más altos puestos cortesanos; la red de parentesco y clientelismo de la aristocracia le permitió acceder al entorno del primer personaje del reino, Louis-Henri de Bourbon, príncipe de Condé; dos años después de la llegada del conde a París, en 1723, sobreviene la muerte del Regente y Condé se convierte en primer ministro de Luis XV; «Monsieur le Duc», con el instinto rapaz y ambicioso de los Bourbon-Condé y la depravación de costumbres que había caracterizado a la familia durante la centuria anterior, duró poco en el poder absoluto; su aprovechamiento de los dineros del tesoro público, su desmesurado enriquecimiento gracias a las especulaciones de Law, su torpeza política y su impopularidad no tardaron en hacerle caer en desgracia (1725), retirándose entonces a Chantilly.

Pero el conde de Sade había entrado en su círculo, formaba parte de su regimiento y se había convertido en favorito y confidente de Condé, de sus hermanos y hermanas, todos ellos «señalados por la depravación, la crápula y las extravagancias». La vida galante del conde toca las más altas cimas de la belleza, de la nobleza y de la fortuna, desde la duquesa de La Tremoïlle e incluso la Pompadour a Mlle. de Charolais, la princesa más bella de la casa Borbón, dedicada desde los quince años a la vida galante; en sus redes cayeron el duque de Richelieu, Luis XV, para quien reclutaba jovencitas y que le regalaría el castillo del Petit-Madrid, escenario de todas las licencias cortesanas. Los amores de Mlle. de Charoláis con el

conde quedaron reflejados en cartas de la dama, que Donatien de Sade guardó y ordenó con la admiración filial que siempre mostró hacia la obra de su padre.

Pero el ejercicio del libertinaje galante resultaba excesivamente caro para una fortuna provinciana, y Jean-Baptiste no tardó en dilapidar el patrimonio familiar: amantes aristocráticas y cortesanas para las que escribía versos; prostitutas y jóvenes del pueblo que utilizaba para el goce directo sin que fueran merecedoras de epitalamios ni otras florituras literarias; y relaciones homosexuales, denunciadas por la policía, que provocan su detención, cuando tiene 22 años, en el paraíso de todos los vicios, unas Tullerías frecuentadas por los grandes señores y los príncipes de la Iglesia, pero también por los agentes de la autoridad. Pero el «pecado filosófico», pese a estar castigado por las leyes con la pena de muerte, sólo acarreaba para los miembros de la nobleza alguna reprimenda: la rígida postura teórica de la Iglesia consideraba la homosexualidad como un capricho aristocrático que impulsaba a probar lo prohibido. Caprichos y retozos de este libertino que, en el mismo poema en que confiesa ser «muy hombre con las mujeres», pide a las damas que no se molesten por estos retozos de Sodoma[*].

Fue la galantería lo que llevó al conde de Sade al matrimonio con Mlle. de Maillé de Carman, hija de la dama de honor de la princesa Condé; pero no era la madre del marqués de Sade el objeto de su galanteo, sino una princesa alemana de 15 años, Caroline-Charlotte de Hesse-Rheinfeld, que acababa de casarse en 1720 con el protector de Jean-Baptiste de Sade, el príncipe de Condé; éste, viudo y con 36 años, jugaba ahora el papel del Arnulfo de *La escuela de las mujeres* de Molière; a esa edad, tras una vida de desventuras conyugales, de excesos con hombres y mujeres que habían menguado su potencia sexual —lo cual no le impidió tener un hijo con su nueva y joven esposa—, el de Condé hacía en la galantería cortesana el papel del «barba» de la comedia del arte, el del viejo casado con dama joven. Y es para acercarse a esa princesa alemana por lo que el conde de Sade se casa, tras un acoso pertinaz del que forma parte incluso la noche de la boda, el 13 de noviembre de 1733: es la princesa la que excita al recién casado llevando de la mano a la novia hasta el lecho que iba a ser conyugal. Mediante esa boda, que Voltaire había de celebrar en unos versillos, el conde no sólo se acercaba y conseguía a la princesa esposa de su protector, sino que ascendía a las más altas cumbres de la aristocracia francesa: Marie-Éléonor de Maillé de Carman, madre del autor de *La filosofía en el tocador*, estaba emparentada con una sobrina del cardenal Richelieu casada con el Gran Condé; por esa vía, la sangre del futuro marqués se unía a la rama cadete de los Bourbon-Condé.

La caída en desgracia de Condé afectó en gran medida a la carrera del conde de Sade; pero no le apartó por completo del poder; el cardenal de Fleury, que en 1726 había sustituido a Condé en las funciones de primer ministro, no duda en utilizarlo como agente secreto en Londres, donde en 1730 se le encargó vigilar las actividades criptojacobitas inglesas, y donde ingresó en la masonería, en el mismo día (12 de

mayo) y logia en que lo hacía otro de los grandes filósofos ilustrados, el barón de Montesquieu.

Como agente secreto, y también como ministro plenipotenciario de Francia ante el elector de Sajonia en 1741, en un momento político muy delicado que le pone en relación con el elector de Colonia, el arzobispo Clemente Augusto, clérigo tan amante del breviario como de las mujeres; se desconocen los motivos que llevaron en 1743 a la ruptura entre el elector y el conde de Sade, para la que se alegan tanto problemas de rivalidad amorosa como peleas de juego. Su vuelta a Francia tampoco parece que estuviera presidida por la transparencia: abandonó Bonn despidiéndose oficialmente del Elector, aunque sin orden del rey, dejando un sustituto en su puesto y cobrando los honorarios de su cargo durante un año. Pese a quedar bajo sospecha su cometido, en febrero de 1745 fue enviado como diplomático ante Carlos VII, el nuevo emperador; durante el viaje, cayó en una emboscada de las tropas de la reina María Teresa y fue encarcelado en Amberes, adonde su amigo Voltaire le envía su obra *La princesse de Navarre* para que entretenga sus ocios. Tras diez meses de internamiento, regresa a Francia, pero no volverá a conseguir ningún nombramiento; a las sospechas que inspira su gestión se une el hundimiento de la «raza de los Condé», contra la que reaccionan los nuevos gestores del poder real, los ministros d’Argenson y Choiseul.

Hay, además, un episodio confuso que le hace abandonar definitivamente todas sus esperanzas cortesanas: sus críticas contra el mariscal de Richelieu y, sobre todo, sus burlas contra un miembro del clan de los Richelieu, Mme. de Chateroux —fallecida en 1744, a los 27 años—, amante de Luis XV, le ganarán la enemistad de por vida del monarca y de su entorno; los hasta entonces amigos del conde de Sade le cierran las puertas, marginándole de la vida cortesana y condenándole a un ostracismo social que llevará a Jean-Baptiste a retirarse de la vida mundana en primera instancia y al refugio en la religión más tarde.

Pero hay otro aspecto importante en la vida del conde de Sade, que comparte con su hermano abad: su dedicación a la literatura; es un escritor diletante, autor de tragedias, novelas, cuentos, tratados de filosofía y moral; en conjunto, una veintena de obras que su hijo el marqués de Sade conservará, anotándolas y guardándolas con una piedad filial digna de mejores resultados. Amigo de Voltaire, aunque menos que su hermano el abad, también mantendrá relaciones con los escritores licenciosos de la época, desde Crébillon a Piron y Baucalard. Voltaire, por ejemplo, le dedica algunos poemillas circunstanciales para celebrar su matrimonio y su partida para unirse a las banderas del regimiento de Villars. Una vez retirado de la vida cortesana, la orientación temática de sus escritos adquiere un tono severo y moralista que poco tiene que ver con el joven libertino de la primera etapa.

La trayectoria de su hermano, Jean-François-Paul Alphonse, abad de Sade, se mueve en esas mismas coordenadas; este vicario general de Toulouse (1731) y de Narbona (1735) correteó por las calles de París persiguiendo amantes: lo fue, por

ejemplo, de la famosa Mme. de La Popelinière, que también lo era del mariscal de Richelieu; su amigo Voltaire, con quien mantuvo correspondencia de forma continuada, bromea en un poemilla que le dedica sobre su doble condición de sacerdote y libertino: «Aunque seáis obispo o Santo Padre / amaréis y gustaréis: / ése es vuestro ministerio; / amaréis y gustaréis, / y siempre triunfaréis / tanto en la Iglesia como en Citerea[*]».

Su condición eclesiástica no le impide el libertinaje; retirado en Saumane en compañía constante de dos mujeres, madre e hija, y de algunas otras itinerantes, lee y escribe rodeado de una buena biblioteca ilustrada y libertina; dedicó, por ejemplo, veinte años de investigación para componer sus *Mémoires pour la vie de François Pétrarque*, trabajó sobre los *troubadours* y los poetas medievales, escribió genealogías familiares que descifra en viejos pergaminos, redactó una historia de Saumane, etc. Saumane es una especie de castillo-prisión, con subterráneos, calabozos, tumbas, cadenas y otros vestigios de tormentos medievales, que no dejan de poblar la imaginación infantil de Sade: su recuerdo aparece en el castillo de Curdet de *Las Ciento veinte jornadas de Sodoma*. También conoce y trata con esas mujeres habituales del abad, quien aprovecha sus viajes a París para disfrutar de otras: y así, el 25 de mayo de 1762, es detenido en una de las casas de puras más concurridas de París, regentada por la famosa Piron, con una «hija del mundo» cuyo verdadero nombre hace sonreír con una admiración al mejor biógrafo sadiano, Maurice Lever: «Marie-Françoise Thérèse Dieu».

Tanto la mala reputación que Jean-Baptiste de Sade termina ganándose en la corte, como el ostracismo social a que se le condena recaerán sobre su hijo, el marqués de Sade, que durante las misiones diplomáticas paternas se educa con su madre, en el palacio de los Condé, teniendo por compañero de juegos al heredero del título. Louis-Henri de Condé había muerto en enero de 1740, dejando a su hijo Louis-Joseph de Bourbon bajo la tutoría de su tío, el conde de Charoláis, uno de los personajes más sádicos *avant la lettre* de la época: feroz y sanguinario, mataba para entretenerse y utilizaba a los retejadores encaramados en las techumbres para probar su puntería con el mosquete, yendo inmediatamente a pedir gracia al rey. En cierta ocasión Luis XV le replicará con algo que al marqués de Sade había de parecerte una «frase sublime» andando el tiempo: «Señor, habría dicho el monarca al de Charolais, la gracia que pedís es debida a vuestro rango y a vuestra calidad de príncipe de sangre, pero la concederé de mejor gana todavía a quien os haga otro tanto». Los continuos e innumerables actos de ferocidad sanguinaria de quien, aunque por persona interpuesta, dirigió la primera infancia de Sade, eran de sobra conocidos por el rey y por la nobleza más alta, que tolera sus desmanes en virtud de los privilegios de sangre.

Compañero de juegos de quien también era su amo, Sade pasa esos primeros años en un ambiente de despotismo cuyas secuelas forjan un carácter furibundo y colérico

del que el marqués dará muestras toda su vida; travestido en personaje, Sade mismo confesará la formación de su temperamento en *Aline et Valcour*:

> «Aliado por parte de mi madre a todo lo que de más grande había en el reino; allegado, por parte de mi padre, a todo lo que la provincia de Languedoc podía tener de más distinguido; nacido en París en el seno del lujo y de la abundancia, creí, desde que pude razonar, que la naturaleza y la fortuna se reunían para colmarme con sus dones; lo creí, porque tenían la tontería de decírmelo, y ese prejuicio ridículo me volvió altivo, déspota y colérico; parecía que todo debía ceder ante mí, que el universo entero debía halagar mis caprichos, y que sólo a mí me correspondía tanto tenerlos como satisfacerlos; sólo os contaré un rasgo de mi infancia para convenceros de los peligrosos principios que dejaban germinar dentro de mí con tanta inepcia.
>
> »Nacido y criado en el palacio del ilustre príncipe al que mi madre tenía el honor de pertenecer, y que resultaba ser poco más o menos de mi edad, se apresuraban a reunirme con él a fin de que, siendo conocido desde mi infancia, pudiese encontrar su apoyo en todos los instantes de mi vida; mas mi vanidad de ese momento, que aún no comprendía nada en ese cálculo, ofendiéndose un día durante nuestros juegos infantiles porque él quería disputarme alguna cosa, y más todavía de que, debido a sus grandísimos títulos sin duda, se creía autorizado a ello por su rango, me vengué de sus resistencias con innumerables golpes, sin que ninguna consideración me detuviese, y sin que nada salvo la fuerza y la violencia pudieran conseguir separarme de mi adversario[*]».

Cuando el conde de Sade aparta a su hijo de ese ambiente, arrancándole de los brazos de su madre con la que ha vivido hasta entonces en el palacete de los Condé, para enviarle a sus tierras provenzales, el niño va a entrar en contacto con el escenario de sus novelas, con esos castillos y fortalezas apartados del mundo cuyos muros impiden oír los gritos de las víctimas de la depravación de sus dueños; el libertinaje que el abad de Sade vivía en su castillo de Saumane podría tildarse únicamente de doméstico, pero el espacio contenía todas las herramientas de tortura que en el pasado habían servido al régimen feudal para la sumisión de enemigos y esclavos: cuevas y bodegas a varios pies bajo tierra, rejas y antiguos potros de tormento, oscuridades y sepulcros cerrados por pesadas piedras, que servirán en la novela sadiana tanto para el suplicio como para el silencio, tanto para el placer llevado a los extremos de la depravación más alejados de la norma, incluido el crimen o la vivisección, como para la impunidad de quienes lo cometen.

Saumane queda atrás, en principio, cuando Donatien de Sade cumple los diez años; de nuevo en París, su educación queda en manos de los jesuitas del colegio Louis-le-Grand, que acunaba las esperanzas de los hijos de las mejores familias. Durante cuatro años, Donatien de Sade se educa en un medio humanístico que, cuando menos, le infunde la pasión más permanente de toda su vida: la del teatro. Aunque la Iglesia despreciaba el teatro y procuraba reprimirlo por todos los medios a su alcance desde el siglo anterior, los jesuitas, que se distinguían del resto de las congregaciones religiosas y de la doctrina oficial por su dedicación a las artes de sociedad, habían elegido el teatro como uno de los métodos de su didáctica. Con ellos había estudiado también, infectándose con la pasión por el teatro, Molière un siglo antes. Dejando a un lado la teatralidad que puede haber en el meollo de la narración sadiana —con ese decorado de castillos y esa interpretación de los figurantes sometidos a un orden rígido en las escenas eróticas—, Sade se dedicará al teatro toda su vida: en su mansión de La Coste o en el hospital de Charenton, como intérprete y director de obras propias y ajenas, con actores improvisados —los miembros de su propia familia, desde su esposa a su cuñada—, o profesionales mezclados a los enfermos mentales de ese hospicio en el que pasa sus últimos años; y sobre todo como autor: la primera de sus obras que ve la luz es una pieza teatral, *Oxtiern o los efectos del libertinaje*, que se estrena en 1791, cuando el Marqués de Sade aún no ha publicado ninguna de sus obras.

En Louis-le-Grand, los jesuitas también practicaban como correctivo didáctico el castigo corporal preconizado tradicionalmente por los catecismos, que eran la norma del sistema educativo; curiosamente las Instrucciones para maestros de escuela prohibían las bofetadas, las patadas, los puñetazos, los tirones de orejas, recomendando sobre todo la fustigación y los azotes, el castigo con palos y varillas, de los que no se libraban ni siquiera los príncipes. Una de las figuras más atrayentes por su independencia de criterio durante el reinado de Luis XIV, Elisabeth-Charlotte, princesa Palatina y esposa de Monsieur, hermano del rey, anota en una de sus prodigiosas cartas a su madre: «Cuando mi hijo era pequeño, nunca le di bofetadas, pero le azoté con tanta fuerza que todavía se acuerda. Las bofetadas son peligrosas[*]».

Pero hay algo más en esa educación en Louis-le-Grand: los libelistas de la época denuncian la sodomía como una especialidad de los jesuitas, a los que se acusaba no sólo de convertir sus establecimientos «en verdaderos focos de pederastia, de alentarla, sino de suscitar las “amistades particulares”, más aún, de agredir ellos mismos a sus alumnos […] estas alegaciones no están desprovistas de todo fundamento[*]».

La difusión del «vicio filosófico» o «loyolista» entre la nobleza era tan grande que alcanzaba a las mayores cabezas de la nación; por ejemplo, el citado Monsieur, homosexual declarado: después de que la princesa Palatina diera a luz tres niños, abandonó el lecho conyugal hasta el punto de que la esposa ironizaba sobre este

punto: «Si pudiera recobrarse la virginidad después de diecinueve años sin acostarse con el propio marido, con toda seguridad yo sería virgen de nuevo». Cierto que la sodomía se castigaba con la pena de muerte, y ése será el delito imputado a Sade para condenarte a esa pena —en efigie, porque ha huido a Italia—, pero no solía aplicarse salvo que fuera acompañada de otros crímenes, como violaciones, muertes, etcétera.

Hasta 1754, Sade alterna los estudios en Louis-le-Grand con los veranos en el castillo de Longeville, en Champagne, con una antigua amante de su padre que reúne en el período veraniego una pequeña corte cultural donde la lectura de las obras más ruidosas del momento se convierte en uno de los aspectos de la educación galante; las cartas de la condesa Raimond al conde de Sade hablan de sus amores a los trece años por Mme. de Vernouillet, que ordena y guía las diversiones y entretenimientos de la pequeña «corte»», hasta el punto de que, en octubre de 1753, el diplomático cree conveniente alquilar en París una *garçonnière* como domicilio del hijo. No lo disfrutará mucho Sade, porque al año siguiente, una vez concluido el curso, ingresará en el ejército, en la Escuela preparatoria de caballería para sumarse en diciembre de 1755 al regimiento de los Chévaux-Légers del rey en vísperas de la guerra de los Siete Años. Medio año más tarde, recibirá su bautismo de fuego en la toma de Puerto Mahón (Mallorca), en la noche del 27 al 28 de junio, a las órdenes del viejo mariscal de Richelieu; el joven Sade, al frente de cuatro compañías se encarga de tomar el reducto de la Reina bajo un fuego muy vivo.

Pero la ambición del conde de Sade era ver a su hijo en un cuerpo prestigioso, y elige el regimiento del conde de Carabineros, muy estimado por Luis XIV y que solía tener al frente a un personaje de la familia real; como cuerpo de élite, exigía a sus pretendientes una estatura de 1,73 metros, algo alejada de los 1,68 que mide Sade; pero el conde mueve hilos y escribe solicitando el privilegio a Mme. Pompadour, que consigue para Sade el nombramiento de oficial portaestandarte. Hasta 1763, fecha en que el Tratado de París admite la derrota de Francia en la guerra y licencia parte de su ejército, el marqués de Sade sigue la marcha de su regimiento, ante la mirada atenta del conde, que encarga a sus jefes el cuidado y la vigilancia de su hijo. Pero los informes que le dan, desde el marqués de Poyanne, que manda el regimiento de Carabineros, hasta Castéja, hijo del gobernador de Toul y Saint-Dizier y compañero de armas de Sade, no pueden ser más halagüeños: aquí y allá, en las cartas, hay alguna línea que irrita al conde: por ejemplo, la promesa que Sade ha hecho a Castéja «de no jugar más de un luis por día»; Jean-Baptiste de Sade parece poco dispuesto a perder un luis diario. Pero lo que esa correspondencia y esos informes esconden no tardarán en difundirlo los rumores: el joven, más que un libertino en el pleno sentido de la palabra, es un joven calavera, dado a las mujeres y al juego, vicios ambos que angustian a un conde de Sade que, marginado en la corte, desencantado de la vida galante y arruinado, tiene que vivir casi recogido por una de sus antiguas amantes, Mlle. de Charolais; cuando ésta muere en abril de 1758, no le quedará otro recurso,

dada su situación económica acuciada por las deudas, que regresar a sus tierras provenzales, donde al paso de los años le invadirá el fervor religioso.

El conde de Sade apenas hace otra cosa cuando deja de escribir en su retiro provenzal que mover los pocos hilos que aún le quedan en la corte para promocionar la carrera de su hijo en el ejército, hacer números con las rentas de que dispone para sobrevivir —antes de que la idea de vender tierras se le imponga— y vigilar que su hijo no se vea arrastrado a *bajezas* por las malas compañías que, buen conocedor del oficio, sabe que abundan en los cuarteles. Eso es lo que le impulsa, cuando no tiene dinero para comprarle el cargo de coronel, a querer que Sade abandone el ejército; para ello, le entrega su cargo de lugarteniente general de las provincias de Bresse, Bugey, Valromey y Gex, que tiene adjudicada una renta de 80.000 libras —el rey aprovecha el traspaso para rebajarla a 60.000— y se afana en la busca de una joven casadera con patrimonio; pero las diversas candidaturas, cuyos nombres anota cuidadosamente antes de salir a esa batalla, y que deben tener «de quince a cuarenta y cinco años», todavía recuerdan su mala reputación, el desprestigio de que goza en la corte, la situación de ruina en que se encuentra la casa de Sade. Además, por París corren rumores de algunos escándalos protagonizados por el hijo en su vida de regimiento, que no tardan en confirmarse cuando el marqués de Sade, licenciado el 16 de marzo de 1763, se instala en París para entregarse exclusivamente a diversiones de todo tipo. Las inquietudes que acosan al marqués aceleran la búsqueda de esposa, que no tarda en encontrar rebajando sus pretensiones nobiliarias: la joven elegida, Renée-Pélagie de Montreuil, pertenece por su familia a la pequeña nobleza, pero proviene de una burguesía adinerada que ha hecho del comercio y de la toga los fundamentos de un saneado patrimonio.

Desde el regreso a París de un Sade desmovilizado a su boda no transcurren dos meses siquiera; tras duras negociaciones con los Montreuil, que ofrecen una dote escasa, y además atada, el conde de Sade acepta lo que se le ofrece creyendo que el matrimonio hará sentar la cabeza a un hijo que, además de mujeriego, es un chorro continuo de deudas que sólo paga el padre; tendrá que soportar, además, que a la ceremonia de esponsales, presidida —honor rara vez prodigado— por el propio Luis XV, y a la que acuden el Delfín y la Delfina, las hijas del rey y los príncipes de Condé y de Conti, no asista precisamente el interesado, el joven marqués que, enviado por su padre a Provenza, sigue allí aquejado de amores por una joven de la alta nobleza, Mlle. de Lauris, y, cosa más grave todavía, de un chancro venéreo cuya existencia terminarán conociendo, pese a los intentos por ocultarlo los Montreuil.

Porque de las 300.000 libras que aporta la dote de Renée-Pélagie, sólo una pequeña parte es en dinero efectivo; para asegurar el futuro de su hija y no dejar la gestión del capital en manos del marido, la mayor parte de esa cantidad es renta y sucesiones futuras; tampoco el nuevo matrimonio recibe mucho dinero de parte del conde de Sade, que cede su cargo de lugarteniente, otorga a su hijo la nuda propiedad de los señoríos de La Coste, Mazan, Saumane y del Mas de Cabannes —sin que el

marqués lo sepa, el conde se reserva la facultad de disponer de 30.000 libras de esas rentas, reserva que, cuando salga a la luz, enfrentará a padre e hijo—, y le concede la mayoría legal, dos años antes de lo establecido entonces para que un hijo pudiese disponer libremente de sus bienes, los veinticinco.

El primer piso del palacete de los Montreuil, en la calle Neuve-du-Luxembourg donde se domicilia la pareja de jóvenes esposos no tarda en parecerle pequeño a Sade, quien en junio empieza por alquilar una casita en la calle Mouffetard y, sucesivamente, un piso en Versalles, en la calle Satory, y una casa amueblada en Arcueil, alquilada por 800 libras anuales. Tampoco parecen afectarle mucho los enfrentamientos con su padre, harto de las deudas que Sade contrae. No iban a ser las deudas las que le llevarían detenido por orden del rey al torreón de Vincennes nada más cumplirse los cinco meses de la boda.

Sade había pasado el verano en el castillo de Échauffour, propiedad de los Montreuil, con toda su nueva familia; el 15 de octubre viaja a París para realizar ciertas gestiones en la corte, en Fontainebleau, alojándose en su domicilio del palacete Montreuil. Según la primera declaración de una joven abaniquera en paro y encinta, de veinte años y medio, Jeanne Testard, después de ser presentada por una alcahueta al marqués de Sade, éste, acompañado por su criado La Grange, la lleva a la casa alquilada de la calle Mouffetard, donde ocurren diversos episodios presididos por gritos blasfemos y penetraciones tras colocar dos hostias sobre el sexo de la joven mientras Sade grita: «Si eres Dios, véngate»; luego, en una habitación decorada con grabados de Cristo y de la Virgen, vergas, disciplinas y dibujos obscenos, le pide que lo azote, a lo que Testard se niega, como también se niega a pisar los cristos que huellan los pies de Sade, quien terminará proponiéndole la sodomización. Cuando a la mañana siguiente Jeanne consigue dejar la casa, presenta una denuncia a la que aportarán su declaración otras prostitutas que han mantenido relaciones con el marqués. Un inspector, el policía más experto en libertinaje de todo París, Marais, que iba a convertirse en sombra de Sade durante muchos años, lo detiene para trasladarle el 29 de octubre al torreón de Vincennes por orden del rey, a quien se ha sometido el expediente; los informes que sobre el libertinaje redactaba Marais, los resumía el lugarteniente general de policía desde 1759, M. de Sartine, con destino a Luis XV, aficionado a este tipo de expedientes escandalosos.

Sade no estará mucho tiempo encerrado; la gravedad de la denuncia no residía en el apartado sexual, en la flagelación y el maltrato, frecuentes en los burdeles, de la mujer, sino en el apartado religioso, en las blasfemias y los sacrilegios sobre hostias y cristos. Pero las presiones conjugadas del conde de Sade, que viaja a Fontainebleau inmediatamente, y del citado lugarteniente de la policía Sartine, vinculado a los Montreuil, consiguen que dos semanas más tarde, el 13 de noviembre, Sade vea abrirse para él las puertas de Vincennes, aunque bajo residencia vigilada del inspector Marais en el castillo familiar de Échauffour. Mientras los Montreuil respiran

pensando que sólo se ha tratado de una chiquillada, Renée-Pélagie da a luz un hijo que muere a las pocas horas de nacer.

Los datos que enmarcan este «pequeño» suceso van a ser, magnificados, el esquema de la vida de Sade; magnificados en dos direcciones: por el lado del libertinaje y por el lado del «castigo» que el rey, siempre a instancias de la familia, le impone —sobre todo para que la justicia ordinaria no le aplique el rigor de la ley. Y mientras su padre se preocupa por hacerle ascender y conseguir cargos en el ejército, un Sade siempre vigilado de cerca por el inspector Marais persigue placeres con actrices de la ópera siempre a disposición de la nobleza, o, descendiendo de ese mundo que encarna la aristocracia de la prostitución, con jóvenes que le ofrece la mejor celestina de París, Mme. Brissault, o busca su criado por las calles. Pasan en este apartado biográfico nombres y más nombres de mujeres —por ejemplo, el de la actriz de la Ópera Mlle. Beauvoisin, a la que presentará en La Coste como su esposa — que asientan su carrera de «libertino», pero también de «peligroso», hasta el punto de que con las prostitutas emplea métodos tan crueles y sevicias tan marcadas que alguna de sus proveedoras de carne de mujer se niega a seguir suministrándole jóvenes.

Ni su padre ni la Presidenta de Montreuil esperan mucho de él; tratan de tapar deudas y agujeros y velar los rumores, porque, en última instancia, nada es demasiado «anormal»; hasta el punto de que, cuando en 1767, nazca su primer hijo, Louis-Marie, el príncipe de Condé y la princesa viuda de Conti no dudarán en sacar al recién nacido de las pilas bautismales. El deterioro de su prestigio es notorio dos años más tarde: en el bautismo de su segundo hijo, serán sus abuelos los que se encarguen del padrinazgo.

En el otro mundo, en el del libertinaje, con un conocimiento menos aparente y más inmediato de la realidad, el libertinaje de Sade está considerado «peligroso»; y no tardan mucho los rumores en concretarse en un segundo episodio, más violento todavía que el primero: el 3 de abril de 1768, una hilandera de algodón en paro, reducida a la mendicidad, es contratada por el criado del marqués para ocuparse de las tareas de la casa de Arcueil, junto a otras dos prostitutas: al día siguiente la denuncia de la joven Rose Keller habla de sangre, de incisiones y cortes con una navaja, de cauterización de las heridas con cera de sellar, de azotes, de ungüentos.

Interviene el ministerio fiscal y el escándalo se hace público en un momento en que Maupeou, presidente del Parlamento, y enemigo de los Montreuil, trata de rebajar los privilegios de la aristocracia y demostrar que las leyes no podían burlarse impunemente; al Parlamento de París llega la noticia de este «crimen horrible» y, por más que la familia compre a la muchacha para que retire su denuncia, se abre una investigación. Pero antes de que el Parlamento le detenga, los Montreuil han movido los hilos y conseguido que el rey le ordene quedar arrestado en el castillo de Saumur. Como la máquina de la justicia se había puesto en marcha, Sade tendrá que presentarse ante la audiencia, para admitir los hechos en una versión no sólo

edulcorada, sino desafiante y despectiva hacia las prostitutas: como está bajo las *lettres de cachet* del rey, la Audiencia se limita a condenarle a 100 libras de multa; siete meses después de los hechos, Sade recobra la libertad aunque la orden real le conmine a retirarse a su castillo de La Coste.

Por breve tiempo, eso sí, porque la familia consigue su retorno a París donde, sin embargo, el caso se ha convertido en pasto de gacetilleros que van configurando la «idea» de Sade: mientras la prensa «oficial» tapa, por orden, el caso, las gacetas van construyendo la leyenda aumentando las circunstancias del delito de Arcueil y acrecentando el número de crímenes; una parte de las gacetillas trata de anestesiar los hechos, aduciendo alienación mental en el protagonista, que quería probar bálsamos milagrosos para curar heridas, y asumiendo uno de los puntos, más que capitales, feudales que Sade había empleado en su defensa: la descalificación de las víctimas por su oficio; según Sade, únicamente tendrían derecho a reclamar si no se las hubiese pagado.

En abril del año siguiente Sade ya está de vuelta en París y, a pesar de las dificultades financieras —sus suegros se niegan a seguir prestándole dinero— se permite viajar a Holanda e incluso presentarse en su regimiento; pero la hostil acogida le hará abandonar la carrera militar, e incluso tratar de vender algunos de sus cargos para saldar deudas que lo llevaron a Fort-l'Èvêque, encarcelado, durante dos meses en 1771. Sólo puede sacar dinero de sus propiedades de La Coste, adonde se retira con su esposa y, ¡ay!, con su cuñada Anne-Prospère de Launay, canonesa de una comunidad de benedictinas de Alix, que acepta la invitación de su hermana para reponer su salud. A sus anteriores «crímenes» viene as sumarse otro que para la presidenta de Montreuil era un límite intolerable: el incesto, en medio de fiestas y espectáculos teatrales que da en su castillo de La Coste, con su esposa y su cuñada como amenizadoras de los fastos sexuales a que Sade se entrega.

Pero esos retozos no satisfacen plenamente al marqués, que se juega definitivamente su destino durante un breve viaje a Marsella: los sucesos del 27 y 28 de junio de 1772 suponen para la fama del marqués el colmo de la depravación, y su nombre correrá de boca en boca equiparado al de Gilles de Retz, el compañero de armas de Juana de Arco que, retirado a su castillo, sacrificaba muchachos y muchachas hasta conseguir el goce sexual: acompañado por su criado Latour, Sade se entregará el primero de esos días, con cuatro jóvenes, en casa de una de ellas, a las liviandades, azotes y sodomizaciones que ya había experimentado Keller; pero las incisiones de ésta fueron sustituidos aquí por unas pastillas de cantárida endulzadas con anís, que servían, según Sade, para facilitar ventosidades a las que era aficionado; dos pastillas de cantárida, habituales por lo demás entre la galantería, que las conocía con el nombre de «píldoras galantes a la Richelieu», no resultaban dañinas; pero las dosis que Sade utiliza resultan casi mortales al día siguiente, cuando se las hace tomar a una prostituta que Latour encuentra para Sade en los muelles de Marsella: Marguerite Coste, de veinticinco años, sufre fuertes quemaduras de estómago,

vértigos, náuseas, vómitos y un malestar que hacen intervenir a los agentes judiciales y al forense. Se abre un expediente al que se adjuntan las declaraciones de las jóvenes del día anterior, y el 4 de julio se ordena la detención de los autores.

La Presidenta Montreuil ya no cree que el caso de su yerno sea la calaverada de un joven algo libertino; al incesto con su hija se suma ahora una acusación para la que el fiscal pide la cabeza de Sade por envenenamiento y la hoguera por sodomía, pese a que las denunciantes —compradas por la familia— han retirado las querellas y los informes de boticario y forense contradicen durante el juicio los que ellos mismos hicieron el día de los hechos. Mientras Sade se refugia en Italia acompañado por su cuñada, es condenado a muerte junto con su criado y ejecutado en efigie al día siguiente en la plaza pública. Pero Maurice Lever se pregunta si se empleó todo el celo posible para detenerlo en París, y si la visita que el presidente de Montreuil hizo a sus colegas del parlamento de Aix «no estuvo destinada a elaborar el guión que iba a desarrollarse: ejecución en efigie, muerte civil del culpable, sus hijos bajo la tutela de los Montreuil, sus bienes en manos de su mujer, y Sade en el fondo de un calabozo. Qué mejor medio de desembarazarse del importuno, salvando lo que podía ser salvado: su fortuna y su descendencia[*]»

Desde el momento en que la Presidenta de Montreuil, mujer enérgica y activa —en cuyas manos Renée-Pélagie ha dejado la gestión del patrimonio y la educación de sus hijos—, consigue las *lettres de cachet*, la libertad de Sade, además sin dinero pese a las ayudas de su esposa, está en precario; su viaje por Italia termina en Chambéry, donde por orden del rey de Cerdeña es encerrado a finales de ese año de 1772 en la fortaleza de Miolans; los intentos para facilitar su evasión de Renée-Pélagie no tienen éxito, pero sí los que hace el propio Sade, que consiguen escapar de la fortaleza el 30 de abril, pasar a Francia y desaparecer con rumbo desconocido, tal vez Cádiz, aunque también esa localidad podría ser una pista falsa. Cuando en otoño regresa a La Coste y se refugia en el castillo sin apenas dejarse ver, la Presidenta de Montreuil consigue dos órdenes del jefe de la policía del rey, M. de Sartine, para detenerlo y, además, embargar todos sus papeles: la vieja *lettre de cachet* conseguida tras el asunto de Arcueil, sigue vigente. El marqués vuelve a refugiarse en halla, y comete un error: la muerte de Luis XV el 10 de mayo de 1774 invalidaba las *lettres de cachet*, y Sade se creyó un hombre libre. Era ignorar la tenacidad de su suegra, encarnación ahora de una misión salvadora: la honra y el prestigio familiar, el patrimonio y la descendencia.

Cuando Sade regresa a La Coste, reúne en el castillo, además de a su mujer, a un puñado de jóvenes de ambos sexos y en su mayoría de quince años que ha contratado en Lyon como sirvientes en distintas tareas. Nada se sabe de lo que ocurre en el recinto cerrado del castillo de La Coste ese invierno, salvo lo que dicen los rumores y lo que expresan claramente las denuncias de las familias de las jóvenes, que aparecen con marcas en los brazos y en los cuerpos; todos saben que «se entrega a excesos de todo tipo con jóvenes de cualquier sexo, que ha hecho raptar sobre todo en Lyon,

donde se han presentado denuncias contra él», escribirá el primer presidente del parlamento de Aix informando a la rama cadete de los Sade sobre el marqués.

Ante las amenazas judiciales, y cuando la familia repite el guión de comprar a los denunciantes, Sade cruza los Alpes mientras Renée-Pélagie se queda bregando con los acreedores; durante cerca de un año —del 17 de julio de 1775 al 18 de junio de 1776— recorre Italia como turista, trabando amistades, cosechando aventuras amorosas y tomando notas para lo que luego, en su biblioteca del castillo familiar o en la cárcel, será su *Voyage d'Italie*. Mientras en Aix sigue abierto su expediente, mientras la Presidenta de Montreuil sigue empeñada en salvar el apellido a costa del mal menor —es decir, encerrando a Sade—, el marqués parece haber pasado página y relegado al olvido las causas de su fuga a Italia, porque nada más llegar consigue, a través de un monje recoleto, una nueva cosecha de doncellas y jóvenes, hasta que un padre irritado le dispare —según Sade— un tiro a dos dedos del pecho.

Ir a París suponía caer en manos de su suegra; Sade lo sabe, pero no por ello deja de ir a la capital de Francia, donde nada más llegar una nueva *lettre de cachet* permite a su viejo conocido el inspector Marais conducirle al torreón de Vincennes el 13 de febrero. A partir de ese momento el tiempo se detiene, casi definitivamente, para el marqués de Sade: la primera etapa de ese tiempo «inmóvil» —el adjetivo es de Maurice Lever— apenas si tiene acontecimientos notables: su juicio —por fin— en Aix, el 14 de julio de 1778, le condena, por «libertinaje excesivo» a ser amonestado y le conmina a ser más decente en el futuro; le devuelve una libertad… falsa, porque de nuevo el inspector Marais aparece en los calabozos de Aix al día siguiente de la sentencia que lo libera para presentarle una orden real reactualizada hacía diez días solamente. La Presidenta de Montreuil respira tranquila: gracias a sus presiones, el honor del apellido está lavado, Sade vuelve a la cárcel y el Orden ha sido restablecido. Aunque Sade consiga escapar de las manos de Marais y su escolta, aunque regrese a La Coste donde le resulta fácil esconderse, su libertad tiene los días contados: un mes y diez días después de su fuga, Marais da con él y, esta vez sí, serán doce los años de encierro en Vincennes y en la Bastilla hasta que pueda volver a respirar el aire libre.

Durante doce años, del 26 de agosto de 1778 al 2 de abril de 1790 en que lo liberan las secuelas de la Revolución, durante los diez meses que transcurren desde el 8 de diciembre de 1793 en que nuevamente es encerrado hasta el 15 de octubre de 1794, y durante los trece años y medio finales de su encierro definitivo, desde el 6 de marzo de 1801 hasta el día de su muerte, 2 de diciembre de 1814—, el tiempo para Sade se detiene entre cuatro paredes. Veintiséis años en los que el Sade orgulloso y colérico se expresará en papel: veintiséis años de escritura pura; en primer lugar para exigir justicia y libertad, porque ni durante la monarquía, ni durante la Revolución, ni durante el Consulado napoleónico será condenado por la ley; es un prisionero «político», porque Sade se niega a reconocer las razones que tiene la Presidenta de Montreuil para mover voluntades y salvar el honor del apellido. Las constantes

exigencias de Sade para que se le devuelva la libertad robada no serán oídas por los ministros del rey, ni por los de la Revolución, ni por los del Consulado: sus cartas a ministros y jefes de policía —Fouquier-Tinville o Fouché—, a Napoleón cuando éste se convierta en Emperador, no harán otra cosa que recordar la fama del Sade infame, autor de *Justine* y de crímenes horribles según el legendario que en torno a su personaje se había creado.

Y a esa escritura constante, pertinaz, que nunca se da por vencida en su exigencia, Sade unirá durante esos veintidós años su pasión por la literatura como novelista que derrama sobre el papel sus fantasmas eróticos hasta el exceso: en las distintas cárceles escribirá obras «confesables» que no tendrá reparo en publicar con su nombre, y otras «inconfesables» en las que fuerza la maquinaria del libertinaje, porque la miseria económica que se encuentra una vez liberado tras la Revolución le impulsa a ver en el género pornográfico una fuente rápida de dinero; que las tramas de sus novelas potencien hasta el infinito los episodios de violencia erótica que él mismo había protagonizado es algo que parece demostrado: las dos últimas versiones de *Justine* y su continuación en *Juliette*, *La filosofa en el tocador*, etc., —no así las para él perdidas *Ciento veinte jornadas de Sodoma*— son en parte respuestas a las demandas del mercado en ese momento donde la libertad tras el Antiguo Régimen alcanza su último extremo; durante cuarenta años, de 1736 a 1777 —tomando por límite las novelas de Crébillon hijo y de Vivant Denon, y pasando por dos obras de 1748, *Teresa Filósofa* de Boyer d'Argens, o *Margot la Ravadeuse*, de Fougeret de Monbron —, todo un género narrativo había fijado su punto de mira en el libertinaje de los estamentos de poder del Antiguo Régimen: Sade se limitará a sacar de la oscuridad más remota de la mente todos los fantasmas que sus antecesores habían esbozado.

Dejando a un lado su pasión por el teatro —la última de sus alegrías durante su estancia en Charenton, aliviada por las representaciones escénicas de obras propias o ajenas—, los dos períodos de libertad de que goza durante etapas muy distintas de la Revolución han dado lugar a especulaciones sobre su ideología política, que la correspondencia privada del Marqués, recientemente publicada aunque no en su totalidad, ilustra mejor que los deseos de los surrealistas, empeñados en convertir a Sade en estandarte de la Revolución Francesa. En sus cartas, donde declara su amor al rey y al régimen monárquico —eliminando, eso sí, los privilegios que permitían al monarca la arbitrariedad por la que Sade había ido a parar al torreón de Vincennes—, se muestra partidario, más que de la Revolución y de los jacobinos, a los que confiesa odiar, de un sistema monárquico y parlamentario a la inglesa, donde el rey y la nobleza —el clero quedaba eliminado— dirigirían la sociedad bajo control parlamentario. Sade no tiene problemas para declararse oportunista en política, en describirse a sí mismo como un hombre que sigue la corriente del momento, variando su conducta en función del poder: curiosamente ésas serán las acusaciones que su sección revolucionaria de Piques —que llegó a presidir— le reprochará, justificando su detención de diciembre de 1793.

Nota sobre esta edición

La normalización de la presencia de Sade en España, que empezó a producirse en la década de los setenta del siglo pasado, dejó una laguna: *La Nueva Justine*. Sus dos primeras versiones, *Los infortunios de la virtud* y *Justine* vieron muy pronto la luz, en algunos casos con cortes y manipulaciones textuales, cubriendo el título que había convertido a Sade en un infame, pero sin que la *Justine* definitiva, *La Nueva Justine*, se publicara, debido probablemente a su elevado número de páginas que encarecían necesariamente el libro. Picaresca editorial española —editar la parte por el todo— que, en los últimos años, ha afectado no sólo a la obra del Marqués, sino a otros títulos de capital importancia. Con esta edición queda rellenada una laguna innecesaria.

Si la obra del Marqués de Sade llegó a tener problemas con la justicia francesa tan tarde como 1957, en España, a partir de 1970, empezaron a editarse sus textos con solvencia; antes se habían editado algunos de sus títulos con manipulaciones y apresuramientos que aconsejan no tenerlos en cuenta. Pere Gimferrer, traduciendo *La princesa de Gange*, y Rafael Conte con su edición de dos obras de teatro, *Oxtiern o las desdichas del libertinaje* —título definitivo con que Sade publicó *Oxtiern o los efectos del libertinaje*, y *El filósofo en su opinión*, rompen el fuego en 1970; sobre todo este último, que con un largo prólogo se convierte en introductor de la figura de un desconocido Sade para lectores españoles.

Antes ya había aparecido algún libro sobre Sade, empezando por *El marqués de Sade* (Madrid, 1924) del doctor alemán Eugen Duehren —el primer editor del «perdido» *Las Ciento veinte jornadas de Sodoma*, en 1904—, y siguiendo por artículos y ensayos de los principales escritores franceses del momento —además de algún español, como José Bergamín, que dedicaba al Marqués un capítulo de sus *Fronteras infernales de la poesía*, o de algún latinoamericano, como José Gaitán Durán—: las obras de Blanchot, Klossowski, Bataille, Simone de Beauvoir, etc., llegaban en traducciones procedentes de Latinoamérica.

Bastante normalizada en la actualidad la publicación de las obras del Marqués, incluido algún tomo de su correspondencia —los recientes hallazgos en este punto gracias a las facilidades que en las últimas décadas vienen dando los herederos del marqués, el conde Xavier de Sade y su hijo Thibault de Sade, a los investigadores, exigen una nueva edición de la correspondencia—, han aparecido por lo menos cuatro trabajos biográficos reseñables: en 1989, la editorial Tusquets empezaba a traducir el primer tomo de los tres que forman la biografía que Jean-Jacques Pauvert escribió sobre Sade (1986-1990); en 1990, en la colección «Memoria de la Historia» de la editorial Planeta aparecía *Yo, Sade*, del citado Rafael Conte; dejando a un lado las confusiones que provoca el sometimiento al esquema «autobiográfico» exigido

por la colección, y sin entrar a valorar la visión ideológica que sobre su «autobiografiado» mantiene el biógrafo, lo cierto es que ese ensayito de vulgarización de la figura de Donatien de Sade contiene abundantes errores, con nombres trastocados, fechas erradas, etc. La biografía más reciente, *Marqués de Sade* (Javier Vergara Editor, Barcelona, 1995), de la norteamericana Francis du Plessix Gray, aprovecha la correspondencia recientemente editada, pero todo su libro está marcado por un tono moralizante inadecuado para enjuiciar a Sade; un año antes, Tusquets Editores publicaba la traducción de la que, por ahora, es la biografía de referencia obligada para el análisis de la vida del autor de *La filosofía en el tocador*: la de Maurice Lever: *Donatien Alphonse François, Marqués de Sade*.

Para la traducción he seguido el texto del II tomo de las *Œuvres*, preparadas por Michel Delon; esa edición en tres volúmenes (Gallimard, Pléiade) es la mejor y más depurada del texto de *La Nouvelle Justine* existente en este momento. A ese investigador y a otros estudiosos sadianos debo agradecer unos textos que me han servido en ocasiones para mi trabajo de edición anotada.

Biografía de Donatien Alphonse Françoise, marqués de Sade

Cuadro Cronológico

1702

12 de marzo: Nacimiento en Mazan (Provenza) de Jean-Baptiste Joseph François, conde de Sade, señor de Saumane y de La Coste, coseñor de Mazan, hijo primogénito de Gaspard-François de Sade y de Louise Aldonse d'Astonaud, que tendrán otros dos hijos varones: Richard-Jean Louis, prior de Toulouse y miembro de la orden de Malta, y Jacques-François Paul Alphonse (1705), abad de Sade.

1733

13 de noviembre: Casamiento de Jean-Baptiste, conde de Sade, con Marie-Éléonore de Maillé de Carman, de veintidós años, emparentada por vía colateral con una de las ramas de la casa Bourbon-Condé.

1740

2 de junio: Nace, en el palacio de los Condé, el marqués de Sade, bautizado por error como Donatien Alphonse François.

1741

Jean-Baptiste de Sade, ministro plenipotenciario de Francia ante el Elector de Colonia (Austria).

2 de diciembre: Nace la futura esposa del marqués de Sade, Renée-Pélagie de Montreuil, hija de Claude-René de Montreuil, presidente honorario en el tribunal des Aides de París.

1744

Agosto: Donatien es enviado por su padre a «provincias».

1750

El conde de Sade retira de Saumane a Donatien, que ingresa en el colegio parisino Louis-le-Grand, donde los jesuitas educan a los hijos de la nobleza de más alto rango.

1751

Nacimiento de Anne-Prospère de Launay, hermana de Renée-Pélagie y cuñada más adelante de Sade.

1754

Al concluir el año escolar, Donatien ingresa en la escuela preparatoria de caballería.

1756

Noche del 27 al 28 de junio: Donatien de Sade recibe su bautismo de fuego durante la guerra de los Siete Años, en la toma de Puerto Mahón.

1758

23 de junio: El ejército francés, en el que Sade combate con su regimiento, es derrotado en Krefeld, a una veintena de kilómetros de Düsseldorf dejando en el campo 7.000 muertos.

1760

4 de marzo: El rey autoriza la cesión del conde de Sade a su hijo de su cargo de lugarteniente general de las provincias de Bresse, Bugey, Vahomey y Gex.

1763

10 de febrero: Firma del Tratado de París que pone fin a la guerra de los Siete Años. El ejército es licenciado y Sade enviado al retiro con 600 libras de renta.
Concluyen las negociaciones con los Montreuil para la boda de Sade con Renée-Pélagie.
1 de mayo: Ceremonia de esponsales en Versalles que cuenta con la presencia de Luis XV, honor rara vez concedido. Firman el acta de esponsales el rey, el Delfín, la Delfina, las hijas del rey, los príncipes de Condé y Conti. Sólo hay una ausencia: la del marqués de Sade.
17 de mayo: Ceremonia religiosa, con la presencia esta vez de Sade, en la iglesia de la parroquia Sainte-Marie-Madeleine de la Ville-l’Évêque.
Junio: Sade alquila una casita en la calle Mouffetard; tiene además un piso en Versalles, en la calle Satory, y una casa amueblada en Arcueil.
Noche del 18 al 19 de octubre: En compañía de su criado La Grange, Sade lleva a la casa de la calle Mouffetard a una abaniquera, en paro y encinta, Jeanne Testard, de veintidós años y medio, que le ha sido presentada por una alcahueta: se entrega con ella a actos sexuales sazonados con blasfemias, sacrilegios, sodomización y maltrato, según la denuncia que la joven pone.
29 de octubre: Sade es detenido por el inspector Marais y encerrado en el torreón de Vincennes.
13 de noviembre: Gracias a las presiones que ejerce la familia, Sade sale de Vincennes, condenado por Luis XV a residencia vigilada.

1765

2 de abril: Sade viaja a Provenza, acompañado, sin que nadie lo sepa, por la Beauvoisin, a la que presenta como su mujer. Ordena diversas obras en La Coste, entre ellas la construcción de una gran sala para dar fiestas, recepciones y espectáculos teatrales, con un escenario de 30 m^2

20 de agosto: Sade llega a París con la Beauvoisin, en cuya casa se aloja. Ha dejado 4.500 libras de deudas en Provenza.

1767

24 de enero: Muerte del conde de Sade en una casita de Grand-Montreuil, barrio de Versalles. Su testamento confirma a su hijo como su heredero universal; además de «24 o 25 manuscritos».

16 de abril: Sade es nombrado capitán del regimiento del Mestre de Camp-Cavalerie, con orden de presentarse de manera inmediata.

20 de abril: Parte para Lyon…, pero para encontrarse otra vez con la Beauvoisin.

27 de agosto: Nacimiento del hijo mayor de Sade, Louis-Marie, que será bautizado el 24 de enero del año siguiente, con el príncipe de Condé y la princesa viuda de Conti por padrinos.

1768

Principios de febrero: Sade recibe en Arcueil a cuatro muchachas, a las que azota, invita a cenar y paga con un luis; tiene reputación de «hombre muy violento, que ha insultado y golpeado a varias personas».

3 de abril: Langlois, criado del marqués de Sade, contrata a Rose Keller, hilandera de algodón en paro, para que se ocupe de las tareas domésticas; según su declaración, Langlois la lleva a Arcueil, junto a otras dos jóvenes. Sade, nada más llegar, la ordena desnudarse; ante su negativa, la amenaza con matarla. La ata a la cama y la azota hasta la sangre; luego le produce incisiones con una navaja y cauteriza las heridas con cera de sellar. Encerrada en una habitación, Keller escapa por la ventana: «toda la extensión de las nalgas y una parte de la espalda azotadas y escoriadas, con corte y contusión fuerte y larga en la espina de la espalda», pareciéndole hecho por «algún instrumento contundente y cortante».

8 de abril: Orden del rey de detener y arrestar en el castillo de Saumur al nuevo conde de Sade.

23 de abril: Orden del rey de traslado de Sade al castillo prisión de Pierre-Encize, junto a Lyon.

10 de junio: Sade se presenta ante la audiencia. Admite los hechos, pero, según su versión, sólo ha dado unos cuantos palos a una prostituta. Por estar bajo jurisdicción de una *lettre de cachet*, la justicia ratifica la decisión real y le condena a «100 libras».

16 de noviembre: Tras siete meses de cárcel, Sade recobra la libertad, aunque la orden real le conmina a vivir retirado en su castillo de La Coste, adonde se dirige a finales de noviembre.

1769

27 de junio: Renée-Pélagie da a luz un varón, Donatien-Claude Armand; sus padrinos en las pilas bautismales no son ahora los Condé, sino el abuelo materno y la abuela paterna.

19 de septiembre: Viaje de Sade a Holanda: pasa por Bruselas (día 22), Rotterdam (2 de octubre), Delft, La Haya (de donde sale el 7 de octubre), Leyden, Haarlem, Amsterdam (9 de octubre), Utrecht (18 de octubre), Amberes, Bruselas (21 de octubre).

1770

17 de abril: Renée-Pélagie da a luz a una niña, Madeleine-Laure. Viaja a La Coste en busca de dinero, con su mujer y sus hijos. En octubre se les unirá Anne-Prospère de Launay, de veinte años, canonesa secular del priorato de las benedictinas de Alix, cerca de Lyon, invitada por su hermana para que reponga su salud en el campo. Relación amorosa de Sade con Anne-Prospère.

1772

23 de junio: Sade viaja a Marsella, acompañado por su criado Armand, conocido por Latour.

27 de junio: Latour contacta con Marianne Laverne y recluta otras cuatro mujeres: Marianne Laugier, de 20 años; Rose Coste, de 20; Marie Borelly, de 23, y a su criada, Jeanne Françoise Lemaire, de 42. Sade azota, sodomiza y folla una tras otra a las muchachas, ayudado por Latour; algunas toman además pastillas de cantárida. Latour encuentra en los burdeles del puerto a Marguerite Coste, de veinticinco años, que se tomará toda una caja de pastillas de cantárida. Nada más irse el marqués, Marguerite Coste siente fuertes quemaduras de estómago, vértigos, náuseas, vómitos y un malestar general.

4 de julio: El fiscal ordena la detención de Sade y Latour, que huyen de La Coste y se esconden en los alrededores; pasa luego a Italia acompañado por su cuñada.

2-3 de septiembre: Se celebra el proceso, a cuyo término el fiscal pide la pena de muerte para ambos.

12 de septiembre: Una vez confirmada la sentencia, Sade y Latour son ejecutados en efigie en la plaza des Prêcheurs de Aix.

27 de octubre: Después de pasar por Niza y Marsella (16 de octubre), Sade llega a Chambéry convertido en conde de Mazan, «coronel de caballería al servicio de Francia».

8 de diciembre: Las presiones de la Presidenta de Montreuil consiguen que el rey de Cerdeña ordene encerrarlo en la fortaleza de Miolans.

1773

5 de febrero: Renée-Pélagie es nombrada gestora de los bienes y rentas de su marido, así como encargada de los hijos; el 24 de febrero dejará en manos de su madre la gestión del patrimonio ante notario.
30 de abril: Sade consigue escapar de la fortaleza de Miolans.

1774

6 de enero: Ante un aviso de detención inmediata, Sade escapa de La Coste escondiéndose en la región.
11 de marzo: Con un disfraz de cura, Sade pasa a Italia.
Septiembre: Sade abandona Italia y se dirige a La Coste, pasando antes por Lyon donde contrata para su servicio un joven secretario de quince años y cinco muchachas de la misma edad que el secretario. Sade pasa el invierno en La Coste.

1775

Enero: En los primeros días del mes, las familias de las jóvenes denuncian al marqués «por rapto y seducción».
17 de julio: Ante una detención inminente, Sade cruza los Alpes.
3 de agosto: De nuevo convertido en conde de Mazan, llega a Florencia.

1776

A primeros de año Sade llega a Nápoles, donde le acoge un pintor francés, Jean-Baptiste Tierce (c. 1737/41-1790), que le acompañará en sus visitas a museos, galerías, etc., y hará dibujos y guaches para el *Voyage d’Italie*.
26 o 27 de junio: Llegada de Sade a La Coste, donde pasa el verano dedicado a sus trabajos literarios, sobre todo al *Voyage d’Italie*.
15 de octubre: Viaja a Montpellier, donde por medio de un monje recoleto, el padre Durand, contrata a una joven de 22 años, Catherine Treillet.
Invierno: A mediados de diciembre, Sade encarga a Durand cuatro jóvenes de ambos sexos para distintas tareas domésticas. La noche de su llegada, Sade intenta conseguir sus favores; tres de ellos avisan a la mañana siguiente al padre de Catherine Treillet.

1777

17 de enero: El padre de Catherine Treillet se presenta en La Coste y se enfrenta con Sade, a quien habría disparado un tiro a dos dedos del pecho.
8 de febrero: Llegada de Sade a París, donde se entera de la muerte de su madre, fallecida el 14 de enero.

13 de febrero: El inspector Marais se presenta con una *lettre de cachet* y lleva detenido a Sade al torreón de Vincennes.
31 de diciembre: Muere en su casa de La Vignerme, a los setenta y dos años, el abad de Sade.

1778

18 de enero: La Presidenta de Montreuil le ofrece presentarse en Aix ante la justicia o ser declarado loco. Sade elige la primera salida.
14 de julio: Sentencia definitiva: se le acusa de «libertinaje excesivo» y se le condena a ser amonestado, a comportarse con mayor decencia en el futuro, a no vivir en Marsella durante tres años y a una limosna de cincuenta libras «para la obra de las prisiones».
15 de julio. El inspector Marais exhibe su *lettre de cachet* del 13 de febrero, reactualizada por una orden del rey del 5 de julio.
16 de julio: Sade llega escoltado a Valence; en el albergue, aprovechando la cena de sus centinelas, consigue escapar a La Coste.
26 de agosto: A las cuatro de la mañana Sade es arrestado por Marais.
7 de septiembre: Nuevo ingreso de Sade en el torreón de Vincennes, donde queda encerrado en la celda n.º 6.

1782

Verano: Escritura del *Dialogue entre un prêtre et un moribond* e inicio de *Les Cent Vingt Journées de Sodome*, que concluirá en la Bastilla.

1784

28 de febrero: Suprimida Vincennes como prisión, Sade es trasladado a la Bastilla. El gobernador de la fortaleza, M. de Launay, no tardará en quejarse del prisionero, «extremadamente difícil y violento».

1785

Agosto: Nada más ser nombrado ministro, Malesherbes reduce el uso de las *lettres de cachet* y libera a la mayoría de los condenados por ellas. No así a Sade, a quien se permite toda clase de libros —salvo las *Confesiones* de Rousseau.
22 de octubre: Empieza a pasar a limpio los borradores de *Les Cent Vingt Journées de Sodome* en una escritura microscópica.

1786

Octubre: Intento fallido de la familia para que Sade delegue todos sus poderes de administración del patrimonio y tutoría de sus hijos.

1787

21 de junio: Un consejo de familia se encarga de la gestión de sus bienes y la educación de sus hijos.
8 de julio: Acaba la redacción de un relato, *Les infortunes de la vertu,* origen del personaje de Justine, que ampliará en *Justine* y *La Nouvelle Justine*.

1788

1 de marzo: Empieza a escribir *Eugénie de Franval* uno de los relatos de *Les Crimes de l'amour* que acabará seis días más tarde.

1789

Hace leer a su esposa *Aline et Valcour*.
2 de julio: Se le prohíbe pasear por las torres de la Bastilla, cuya guarnición ha sido reforzada. Sade está al tanto de la revuelta popular y protesta contra la prohibición: «Ayer a mediodía se asomó a su ventana, y gritó con todas sus fuerzas, y fue oído por todo el vecindario y los transeúntes, que estaban degollando, asesinando a los prisioneros de la Bastilla, y que había que acudir en su ayuda», informa M. de Launay.
4 de julio: A la una de la mañana, seis hombres armados sacan a Sade de la cama y «desnudo como un gusano» lo trasladan a Charenton, hospicio para enfermos mentales regido por los hermanos de la Caridad.
14 de julio: El pueblo de París toma la Bastilla al asalto y Launay es asesinado; el populacho invade la fortaleza y arrasa la celda de Sade, junto con su biblioteca de 600 volúmenes, muebles y retratos.

1790

16 de marzo: La Asamblea nacional deroga las *lettres de cachet*: «Los que han sido castigados con ellas son libres de trasladarse a donde quieran».
2 de abril: Sade sale de Charenton en libertad. Tras doce años de inmovilidad está tan gordo que él mismo confiesa que apenas puede moverse. Vivos dolores en los ojos, dolores de cabeza, reumatismos y gastritis que le atormentan sin cesar. Renée-Pélagie se niega a recibirle en el convento de Sainte-Aure.
9 de junio: Sentencia de separación de cuerpos de Sade y Renée-Pélagie, que condena al primero a devolver 160.842 libras recibidas a cuenta de la dote. Todos sus bienes quedan hipotecados por la esposa.
1 de julio: Con el nombre de «Louis de Sade» se alista como «ciudadano activo» en la sección de la Place Vendôme, futura sección de Piques.
25 de agosto: Conoce a Marie-Constance Renelle, Mme. Quesnet, actriz de treinta y tres años, que permanecerá al lado de Sade hasta el fin de sus días, incluso en Charenton.
Finales de octubre: Sus textos del momento lo emparentan con los monárquicos encarnados en La Fayette y en la consigna «Nación, Rey y

Ley»; admiten la filosofía de las luces y pretenden una reforma general de las instituciones bajo la batuta de un monarca ilustrado.

1791

24 de junio: Huida de Luis XVI, que es detenido y guillotinado. Sade asegura que, cuando la carroza real cruzaba París con el rey apresado, un hombre, él, se separó de la multitud y lanzó al interior del coche una *Carta de un ciudadano de París al rey de los franceses*, que publica inmediatamente.
11 de septiembre: Louis-Marie de Sade emigra a Alemania, donde no tardará en reunírsele su hermano Claude-Armand.
22 de octubre: Estreno tormentoso de *Le comte Oxtiern, ou les Effets du libertinage* en el Théâtre Molière.
5 de diciembre: Tras la Constitución del 14 de septiembre, que nada tiene que ver con la monarquía constitucionalista inglesa añorada por los monárquicos de La Fayette, Sade escribe a su abogado Gaufridy: «Soy antijacobino, los odio a muerte; adoro al rey, pero detesto los antiguos abusos; amo una infinidad de artículos de la Constitución, otros me sublevan. Quiero que se devuelva a la nobleza su lustre porque con habérselo quitado no se adelanta nada; quiero que el rey sea el jefe de la nación; no quiero nada de asamblea nacional, sino dos cámaras, como en Inglaterra, lo cual da al rey una autoridad mitigada, compensada por el concurso de una nación necesariamente dividida en dos órdenes; el tercero [el clero] es inútil. No lo quiero. Ésta es mi profesión de fe. ¿Qué soy ahora? ¿Aristócrata o demócrata? Vos me lo diréis si os place, abogado, porque, lo que es yo, no lo sé».

1792

17 de septiembre: El castillo de La Coste, asaltado por aldeanos, burgueses y algún noble de los alrededores, es vaciado de su contenido.

1793

6 de abril: El Presidente de Montreuil visita a su yerno en la sección de Piques para solicitar su ayuda ante las amenazas que sienten en su entorno.
23 de julio: Sade es elegido presidente de su sección de Piques, que asumirá el 1 de agosto. Al día siguiente, en la primera asamblea que preside, Sade escupe sangre, se siente mal, vomita y tiene que dimitir.
14 de septiembre: La sección de Piques encarga a Sade pronunciar ante la Convención un texto sobre la libertad de cultos.
29 de septiembre: Asesinato de Marat: Sade somete a la aprobación de su sección de Piques el *Discurso a los manes de Marat y de Le Peletier* que él mismo pronunciará durante la ceremonia del 9 de octubre.
13 de octubre: La reina María Antonieta muere en la guillotina.

8 de diciembre: *Aline et Valcour* está compuesto, pero el impresor es arrestado. Dos miembros del comité revolucionario de Piques se presentan en casa de Sade para registrarla y poner los sellos; luego es detenido y llevado al convento de las Filies de la Madeleine.
19 de diciembre: Al frente del ejército de la República Napoleón libera la ciudad de Toulon, que había proclamado soberano a Luis XVII.

1794

22 de enero: Después de un rápido paso por el convento de los Carmes, Sade es trasladado a la leprosería de Saint-Lazare, donde pasará dos meses.
8 de marzo: Informe de la sección de Piques contra Sade, con dos acusaciones principales: haber servido en el pasado con el duque de Brissac, capitán de la guardia real, y ser «un hombre muy inmoral, muy sospechoso e indigno de la sociedad».
27 de marzo: Traslado de Sade al hospital-prisión de Picpus «por causa de enfermedad», gracias a los esfuerzos de Mme. Quesnet. Picpus es para Sade «un paraíso terrenal: hermosa casa, soberbio jardín, compañía selecta, amables mujeres», con vida casi de salón y régimen libre de visitas.
14 de junio: El paraíso de Picpus se acaba: al otro lado de las tapias se instala una guillotina; los cadáveres son enterrados en el jardín.
26 de julio: Fouquier-Tinville, fiscal general del comité de Salud Pública, acusa a Sade de haber mantenido «connivencias y correspondencias con los enemigos de la República. Se ha mostrado partidario del federalismo […]. Por último, parece que las pruebas de patriotismo que ha querido dar no han sido de su parte sino medios de escapar a la investigación de su complicidad en la conspiración del tirano, de quien era vil satélite».
27 de julio: Un ujier del tribunal revolucionario proclama los nombres de veintiocho acusados en distintos centros de París para ser llevados a la guillotina; entre los cinco que no acuden a la llamada está Sade. Arresto, esa misma mañana, de Robespierre, ejecutado al día siguiente.
5 de agosto: La Convención decreta la libertad de todos los ciudadanos detenidos por sospechosos. La sección de Piques emitirá un informe sobre Sade confirmándote como un buen patriota de cuyo civismo es imposible dudar.
15 de octubre: Tras ciento doce días de detención, Sade vuelve a su casa de la calle Neuve-des-Mathurins.

1795

5 de marzo: Estreno de *Le Suborneur* en el Théâtre Italien; en la cuarta escena, los actores tienen que retirarse por los gritos de un grupo de patriotas:

«En todos los teatros los amigos de la libertad combatirán las obras de los aristócratas».
Agosto: De la imprenta de la viuda de Girouard salen los ocho elegantes volúmenes de pequeño formato, ilustrados con aguafuertes, de *Aline et Valcour* libro firmado por el ciudadano S***.
Durante el año, sin fecha precisa, aparece *La filosofía en el tocador* como «obra póstuma del autor de Justine».

1796

Marzo: Sade y Mme. Quesnet abandonan la Chaussée-d'Antin por no poder pagar el alquiler y se alojan en una casa de campo en Clichy.
Viaje desesperado de Sade a Provenza en busca de dinero.
9 de septiembre: Firma del compromiso de venta por 58.400 libras (más 16.000 no declaradas en el documento) de La Coste con Joseph-Stanislas Rovère, extorsionista condenado durante el Antiguo Régimen que aprovechó la Revolución para convertirse en diputado de Bouches-du-Rhône y dedicarse a dudosas operaciones que le ganaron una fortuna.
14 de octubre: Veinticuatro horas después de la venta de La Coste, Mme. Quesnet —Sade tiene todo embargado— compra por 15.000 francos una casa en Saint-Ouen, plaza de la Liberté, n.º 3.

1797

20 de abril: Sade y Mme. Quesnet se instalan en el nuevo domicilio, que esta última tendrá que vender el 5 de julio de 1802.
4 de septiembre: Golpe de Estado que inaugura un Nuevo Directorio. Para asegurar la existencia cotidiana, Sade sólo ve una salida en los libros. Publica *La Nueva Justine, o las Desgracias de la virtud*, seguido de la *Historia de Juliette, su hermana, o las Prosperidades del vicio*, renegando por supuesto de su paternidad.

1798

10 de septiembre: La miseria le hace abandonar la casa de Saint-Ouen. Sade gana 40 sueldos diarios como apuntador en el teatro de Versalles.

1799

1 de octubre: Pide ayuda a Goupilleau de Montaigu porque dice estar muriéndose de hambre, que ha tenido que vender cosas de su hijo, que se ha visto obligado a robar pan; en los primeros días de diciembre acude al hospicio para enfermos y vive de la caridad pública.
9 de noviembre: Golpe de Estado del 18 Brumario: el general Bonaparte establece el Consulado. Regreso de numerosos emigrados.

1800

Publicación de *Oxtiern* en Versalles, y de *Les Crimes de l'amour* primer libro que aparece con su nombre completo.

1801

6 de marzo: Registro policial: los agentes requisan cuadros licenciosos, un tapiz con temas obscenos», etc., y detienen a Sade.
2 de abril: El ministro de la Policía, decide «depositar» al marqués en la cárcel-convento de Sainte-Pélagie, como autor de *Justine* y *Juliette*.

1803

25 de marzo: Tras su intento de seducir a unos jóvenes detenidos por un altercado en el Théâtre Français, Sade es trasladado a Bicêtre.
27 de abril: Sade es trasladado a Charenton, casa destinada desde 1797 a la acogida de alienados, donde gozará de condiciones privilegiadas.

1804

Agosto: Gracias a una autorización especial, Constance se aloja en Charenton, en un cuarto vecino al gabinete de Sade, como «hija natural». Frecuentes inspecciones de la policía para recoger cualquier manuscrito licencioso. Redacta las *Journées de Florbelle, ou la Nature dévoilée*, cuyo manuscrito será requisado por la policía.

1806

30 de enero: Sade, a los 66 años, pone por escrito sus últimas voluntades; declara su amor por Mme. Quesner, a la que lega muebles, efectos, ropa, libros y papeles.

1807

5 de junio: Nuevo registro; la policía se apodera de las *Journées de Florbelle*, de manuscritos, diarios, correspondencia y varias comedias.

1809

9 de junio: Muerte de Louis-Marie de Sade, en Avellino (Italia), en una emboscada de rebeldes napolitanos que le saltaron la tapa de los sesos.

1810

7 de julio: Muerte de Renée-Pélagie, Mme. de Sade, en su castillo de Échauffour, en Normandía, a los sesenta y nueve años.

1812

1 de septiembre: Empieza a escribir una novela heroica, *Adélaïde de Brunswick*, que acaba el 4 de octubre.

1813

6 de mayo: Prohibición provisional de los bailes, conciertos y espectáculos que se daban en Charenton. Durante el año aparece en las librerías *La Marquise de Gange*.

1814

3 de mayo: Luis XVIII hace su entrada en París. Sade sigue escribiendo sus diarios: dentro del *Journal* hace un pequeño redondel cruzado por una diagonal: es un símbolo erótico que terminará aplicando exclusivamente en 1814 a una muchacha, hija de una enfermera del hospicio, a la que ha conocido cuando la niña tenía doce años: Madeleine Leclerc.
11 de noviembre: Entra en Charenton en calidad de aprendiz interno L.-J. Ramon, estudiante de medicina, de dieciocho años.
26 de noviembre: Pide a Ramon que le arregle el suspensorios, porque se le vuelve insoportable su dolor de testículos.
2 de diciembre: Ramon se instala a la cabecera del enfermo, al que hace tragar una tisana contra el asma. Hacia las diez de la noche, después de haberle dado de beber, deja de oír su respiración. Sade ha muerto.
6 de diciembre: fecha probable del entierro religioso de Sade en el cementerio del hospicio de Charenton.

1904

Publicación de *Les Cent Vingt Journées de Sodome*, cuyo manuscrito fue recuperado por Eugen Dühren.

1909

Primera recuperación de *L'Œuvre du marquis de Sade. Pages choisies*, por Guillaume Apollinaire, en su Bibliotèque des curieux.

1947

Inicio de la publicación de las *Œuvres complètes* por Jean-Jacques Pauvert, que diez años más tarde será condenado por la justicia francesa por editar *La filosofía en el tocador, La Nueva Justine*, la *Historia de Juliette*, y *Las Ciento veinte jornadas de Sodoma*.

1962/1964

Inicio de la publicación de las *Œuvres complètes* por Gilbert Lely, en 15 volúmenes, que tendrá una edición nueva en 16 tomos en 1966-1967.

1986

Inicio de una edición nueva de *Œuvres complètes* por Annie Le Brun y Jean-Jacques Pauvert.

1990/1998

Primera edición filológica de una selección de *Œuvres* de Sade, por Michel Delon (Gallimard, Pléiade).

BIBLIOGRAFÍA

I. Obras de Sade

a) Obras

L'Œuvre du marquis de Sade, introducción, ensayo bibliográfico y notas de Guillaume Apollinaire, Bibliothèque des curieux, París, 1909.
Œuvres complètes du marquis de Sade, ed. de Gilbert Lely, Cercle du livre précieux, París, 1966-1967, 16 tomos en ocho volúmenes.
Œuvres complètes du marquis de Sade, ed. de Annie Le Brun y Jean-Jacques Pauvert, París, 1986-1991, 15 vols. [Nueva edición de la publicada por Jean-Jacques Pauvert, Club français du livre, París, 1953].
Œuvres, ed. de Michel Delon. Gallimard, Pléiade, París, 1990-1998, 3 volúmenes: I: *Dialogue entre un prêtre et un moribond. — Les cent vingt journées de Sodome ou l'École du libertinage. — Aline et Valcour ou le roman philosophique*. II: *Les infortunes de la vertu. — Justine ou les malheurs de la vertu. — La Nouvelle Justine ou les malheurs de la vertu*. III: *La philosophie dans le boudoir. — Histoire de Juliette*.

b) Correspondencia, manuscritos, diarios

L'Aigle, Mademoiselle… Lettres publiées pour la première fois sur les manuscrites autographes inédits. Prólogo y comentario de Gilbert Lely, París, Georges Artigues, 1949.
Journal inédit. Deux cahiers retrouvés du Journal inédit du marquis de Sade (1807, 1808, 1814), suivis en appendice d'une notice sur l'hospice de Charenton par Hippolyte de Colins, ed. de Georges Daumas. París, Gallimard, 1970.
La Vanille et la Manille, lettre inédite à Madame de Sade écrite au donjon de Vincennes en 1783. Colection Drosera, 1950.
Cahiers personnels (1803-1804). Textos inéditos, establecidos, prologados y anotados por Gilbert Lely París, Corrêa, 1953.
Monsieur le 6. Cartas inéditas, publicadas y anotadas por Georges Daumas, París, Julliard, 1954.
Lettres et mélanges écrits à Vincennes et à la Bastille, ed. de Georges Daumas y Gilbert Lely. Éditions Borderie, París, 1980. 2 vols.
Lettres inédites et documents retrouvés, ed. de Jean-Louis Debauve. Prólogo y cronología de Annie Le Brun, Pauvert, París, 1990.

Papiers de famille, bajo la dirección de Maurice Lever, Fayard, París, 1993-1995, dos volúmenes.
Voyage d'Italie, ed. de Maurice Lever, Fayard, París, 1995.
Lettres à sa femme, edición de Marc Buffar, Acres Sud, París, 1997.

II. Bibliografía indicativa sobre Sade

a) Estudios biográficos

HEINE, Maurice, *Le Marquis de Sade*, Gallimard, París, 1950.
LELY, Gilbert, *Vie du marquis de Sade*, Cercle du livre précieux, 1966 [reed. Jean-Jacques Pauvert, Mercure de France, 1989].
PAUVERT, Jean-Jacques, *Sade viuant*, Roben Laffont, París, 1986-1990. Tres volúmenes: I. *Une innocence sauvage… 1740-1777* (1986); II: *«Tout ce qu'on peut concevoir dans ce genre-là…» 1777-1793* (1989); III: *«Cet écrivain à jamáis célèbre…» 1793-1814* (1990).
LEVER, Maurice, *Donatien Alphonse François, marquis de Sade*, Fayard, París, 1991.

b) Obras generales de referencia

BATAILLE, Georges, *La littérature et le Mal*, Gallimard, París, 1954.
BEAUVOIR, Simone de, «Faut-il brûler Sade?», en *Le Témps modernes*, n.º 74-75, 1951-1952. [Edición en libro, Gallimard, 1972].
BLANCHOT, Maurice, *Lautréamont et Sade*, Éditions de Minuit, París, 1963.
KLOSSOWSKI, Pierre, *Sade, mon prochain*, Seuil, París, 1947; precedido de *Le philosophe scélérat*, Seuil, 1967.
BARTHES, Roland, *Sade, Fourier, Loyola*, Seuil, París, 1970.
«SADE», Europe, n.º 522, octubre de 1972.
«SADE», Obliques, n.º 12-13, 1977.
THOMAS, Chantal, *Sade, l'œil de la lettre*, Payot, París, 1978.
«SADE: ÉCRIRE LA CRISE», Centre culturel international de Cerisy-la-Salle, (dir. de Michel Camus y Philippe Roger), Belfond, 1983.
LE BRUN, Annie, *Soudain un bloc d'abîme*, Jean-Jacques Pauvert, París, 1986.
—, *Sade, aller et détours*, Plon, París, 1989.
SCARPETTA, Guy, *Le Quatorze Juillet — Sade, Goya, Mozart*, Grasset, París, 1989.
DELON, Michel, «Sade dans la Révolution», *Revue française d'études américaines*, n.º 40, abril de 1989.

RIEUSSET-LEMARIÉ, Isabelle, «Sade révolutionnaire. Fiction et réalité», en *La Révolution vue de 1800,* Caen, Centre de publications de l'Université, 1990.
ROGER, Philippe, «Sade et la Révolution», en *L'Ecrivain devant la Révolution, 1780-1800,* Grenoble, Université Stendhal, 1990.
THOMAS, Chantal, *Sade*, Éditions du Seuil, París, 1994.
SOLLERS, Pilippe, *Sade contre l'Être suprême*, Quai Voltaire, 1989, [presentado como texto de Sade auténtico] y 1992 [presentado como apócrifo]. *Sade contre l'Être suprême, précédé de «Sade dans le temps»*, Gallimard, 1996.

c) Sobre La Nueva Justine

DIDIER, Béatrice, «Sade: du conte philosophique au roman épique et romantique», en *Le Préromantisme: hipothèque ou hypothèse?*, Klincksieck, 1975.
KLOSSOWSKI, Pierre: «Justine et Juliette», prólogo a *La Nouvelle Justine, Œuvres complètes de marquis de Sade*, ed. G. Lely, t. VI, 1963.
BROCHIER, Jean-Jacques, «Les Trois Justine», en *Sade*, Éditions Universitaires, 1966.
ROBBE-GRILLET, Alain, Prólogo a *La Nouvelle Justine, Œuvres complètes du marquis de Sade,* ed. Pauvert, t. XV, 1967.
LELY, Gilbert, Prólogo a *La Nouvelle Justine*, U.G.E., col. «10/18», 1978.
DELON, Michel, «Sade et la réecriture des *Questions de Zapata*», in *Voltaire et ses combats,* Congreso internacional, Voltaire Foundation, 1997.

LA NUEVA JUSTINE
o
LAS DESGRACIAS DE LA VIRTUD

SEGUIDA DE LA HISTORIA DE JULIETTE,
SU HERMANA

Obra adornada con un frontispicio
y cien temas cuidadosamente grabados

No es uno criminal por hacer la pintura
de las raras inclinaciones que la naturaleza inspira[1].



Aviso del Editor

Habiéndonos caído entre las manos el manuscrito original de una obra que, totalmente truncada, totalmente desfigurada como estaba, había conseguido sin embargo varias ediciones, hoy enteramente agotadas, nos apresuramos a darla al público tal como ha sido concebida por su autor, que la escribió en 1788. Un amigo infiel, a quien este manuscrito fue confiado por entonces, engañando la buena fe y las intenciones de ese autor que no quería que su libro fuese impreso en vida, hizo un extracto que apareció bajo el simple título de *Justine o las Desgracias de la Virtud*, miserable extracto muy inferior al original, cuya autoría fue constantemente negada por aquel cuyo enérgico lápiz dibujó la Justine y su hermana que aquí se van a ver.

No dudamos en ofrecerlas tal cual las dio a luz el genio de este escritor por siempre célebre, aunque sólo sea por esta obra, convencidos de que el siglo filósofo en que vivimos no se escandalizará con los audaces sistemas que en el libro se encuentran diseminados; y por lo que se refiere a los cuadros cínicos, creemos, lo mismo que el autor, que, si todas las situaciones del alma están a disposición de un novelista, no hay ninguna de la que no le esté permitido hacer uso: sólo se escandalizan los necios; la verdadera virtud no se asusta ni se alarma nunca de las pinturas del vicio, no encuentra en ellas otra cosa que un motivo más para el avance sagrado que a sí misma se impone. Quizá clamen contra esta obra; pero ¿quién clamará? Serán los libertinos, como los hipócritas en el pasado contra *El Tartufo*[2].

Certificamos, por lo demás, que en esta edición todo coincide absolutamente con el original, que somos los únicos en poseer: corte de la obra, escenas libidinosas, sistemas filosóficos, todo se encuentra aquí; hasta los grabados se han hecho a partir de los dibujos que el autor había encargado antes de su muerte[3], y que venían adjuntos a su manuscrito.

Por otra parte, no se ha escrito ningún libro para excitar una curiosidad más viva. En ninguno el interés, ese resorte tan difícil de mover en una obra de esta naturaleza, se sostiene de una manera más atractiva; en ninguno los repliegues del corazón de los libertinos se han desarrollado con más habilidad, ni se han trazado los extravíos de su imaginación de una manera más fuerte; en ninguno, en fin, se ha escrito lo que se va a leer aquí. ¿No estamos autorizados a creer, por lo tanto, que, desde este punto de vista, está hecho para pasar a la posteridad más remota? Incluso si la virtud ha de estremecerse un instante, tal vez habría que olvidar sus lágrimas por el orgullo de tener en Francia una obra tan excitante.

N. B. Las aventuras de Justine que publicamos en este momento contienen cuatro volúmenes, adornados con un frontispicio y cuarenta grabados. La historia de Juliette, que la continúa y está ligada a ella, contiene seis, adornados con sesenta grabados,

formando una colección, única en este género, de diez volúmenes y de cien estampas, a cual más excitante.

La salida a la luz de esa continuación, cuya parte tipográfica ha sido tratada con el mismo esmero que ésta, sólo se ve retrasada por la confección de los grabados, cuya ejecución hemos querido que responda a los contenidos en los cuatro primeros volúmenes. Tan pronto como estén acabados, satisfaremos la curiosidad de nuestros lectores.

CAPÍTULO I

Introducción. Justine lanzada.

La obra maestra de la filosofía sería desarrollar los medios de que se sirve la fortuna para alcanzar los fines que se propone sobre el hombre, y trazar, según esto, algunos planes de conducta que puedan hacer conocer a este desdichado individuo bípedo la forma en que debe caminar en la espinosa carrera de la vida, a fin de prevenir los raros caprichos de esa fortuna que unas veces se llama Destino y otras Dios, Providencia, Fatalidad, Azar, denominaciones igual de viciosas todas ellas, a cual más carente de sentido, y que sólo aportan a la mente ideas vagas y puramente objetivas.

Si, lleno de un respeto vano, ridículo y supersticioso por nuestras absurdas convenciones sociales, consigue pese a todo que sólo hayamos encontrado espinas allí donde los malvados no recogían más que rosas, las personas naturalmente viciosas por sistema, por gusto o por temperamento, ¿no pensarán, con bastante verosimilitud, que más vale abandonarse al vicio que resistir frente a él? ¿No dirán, con alguna apariencia de razón, que la virtud, por hermosa que sea, se convierte sin embargo en el peor partido que se puede adoptar cuando está demasiado débil para luchar contra el vicio y cuando, en un siglo absolutamente corrompido como éste en el que vivimos, lo más seguro es hacer como los demás? Algo más filósofos, si se quiere, ¿no dirán, junto con el ángel Jesrad de *Zadig*[1], que no hay mal alguno del que no nazca un bien, y que, según esto, pueden entregarse al mal cuanto quieran puesto que, en la práctica, no es más que una de las formas de hacer el bien? ¿No añadirán, con alguna certidumbre, que resulta indiferente para el plan general que fulano o mengano sea bueno o malo preferentemente? ¿Que, si la desgracia persigue a la virtud y la prosperidad acompaña al crimen, dado que las cosas son iguales a las intenciones de la naturaleza, vale infinitamente más tomar partido por los malvados que prosperan que por los virtuosos que fracasan?

No lo disfracemos: precisamente para respaldar estos sistemas vamos a dar al público la historia de la virtuosa Justine. Es esencial que los necios dejen de incensar a ese ídolo ridículo de la virtud que hasta ahora sólo les ha pagado con la ingratitud, y las personas inteligentes, dedicadas por lo general y por principios a los deliciosos extravíos del vicio y de la depravación, se tranquilizan viendo los sorprendentes ejemplos de dicha y de prosperidad que los acompañan casi inevitablemente en la ruta desordenada que eligen. Es horrible sin duda tener que pintar, por un lado, las espantosas desdichas con que el cielo abruma a la mujer dulce y sensible que más respeta la virtud; por otro, la afluencia de la prosperidad sobre aquellos que atormentan o mortifican a esa misma mujer: pero el hombre de letras, suficientemente

filósofo para decir la verdad, supera tales sinsabores; y, cruel por necesidad, arranca despiadadamente con una mano los supersticiosos aderezos con que la necedad embellece a la virtud, y muestra descaradamente con la otra al hombre ignorante que se equivocaba el vicio en medio de los encantos y de los goces que lo rodean y sin cesar lo siguen.

Tales son los sentimientos que van a dirigir nuestros trabajos; y debido a tales motivos, que uniendo el lenguaje más cínico a los sistemas más fuertes y más audaces, a las ideas más inmorales y más impías, vamos a pintar con valerosa audacia el crimen tal cual es, es decir, siempre triunfante y sublime, siempre contento y afortunado, y la virtud tal como se la ve, siempre desabrida y siempre triste, siempre pedante y siempre desdichada.

Juliette y Justine, hijas ambas de un riquísimo banquero de París, fueron educadas hasta la edad de catorce y quince años en una de las más célebres abadías parisienses. En ella, ningún consejo, libro, ni maestro les había sido negado; y la moral, la religión y los talentos parecían haber formado a porfía a estas jóvenes personas.

En esa época fatal para la virtud de dos muchachas, todo les faltó en un solo día: una bancarrota horrible precipitó a su padre en una situación tan cruel que murió de dolor; su mujer le siguió un mes más tarde. Dos parientes fríos y lejanos deliberaron sobre lo que harían con las jóvenes huérfanas: su parte de una herencia devorada por los créditos ascendía a cien escudos[2] para cada una: como nadie se preocupó de hacerse cargo de ellas, les abrieron la puerta del convento y se les entregó su dore, dejándolas en libertad de convertirse en lo que quisieran.

Juliette, viva, aturdida, muy bonita, malvada, traviesa, y la mayor de los dos, no pareció conmovida por otro placer que el de no seguir vegetando en un claustro, sin reflexionar en el cruel revés que rompía sus cadenas. Justine, más ingenua, más interesante[3], con catorce años como hemos dicho, habiendo recibido de la naturaleza un carácter sombrío y romántico, sintió mucho mejor todo el horror de su destino; dorada de una ternura, de una sensibilidad sorprendente, en vez de la habilidad y la sutileza de su hermana mayor tenía solamente una ingenuidad…, un candor que debía hacerla caer en muchas trampas.

Esta muchacha unía a tanta calidad la belleza de esas hermosas vírgenes de Rafael. Grandes ojos pardos llenos de alma y de interés, una piel suave y deslumbrante, un ralle delgado y flexible, unas formas redondeadas y diseñadas por las manos del Amor mismo, un órgano encantador, la deliciosa boca, y los cabellos más hermosos del mundo; ése es el esbozo de esta joven deliciosa, cuyas encantadoras gracias y delicados rasgos están por encima de nuestros pinceles: que los lectores se figuren cuanto la imaginación puede crear de más seductor, y estarán por debajo de la realidad.

A una y otra les habían dado veinticuatro horas para abandonar la abadía. Juliette quiso enjugar las lágrimas de Justine. Viendo que no lo conseguía, se puso a reñirla en vez de consolarla: le reprochó su sensibilidad: le dijo, con una filosofía muy por

encima de su edad, y que demostraba en ella los esfuerzos más singulares de la naturaleza, que en este mundo no había que afligirse por nada; que era posible encontrar en uno mismo sensaciones físicas de una voluptuosidad lo bastante excitante para disipar todas las afecciones morales cuyo choque podía ser doloroso; que era tanto más esencial poner en práctica ese proceder cuanto que la verdadera sabiduría consistía infinitamente más en duplicar la suma de los placeres que en multiplicar la de las penas; que no había nada que no se debiese hacer, en una palabra, para ahogar dentro de uno mismo esa pérfida sensibilidad de la que sólo los demás se aprovechaban, mientras que a nosotros no nos aporta más que dolores: «Mira —le dijo arrojándose sobre una cama a la vista de su hermana, y remangándose por encima del ombligo—, mira lo que hago, Justine, cuando tengo penas; me masturbo…, me corro…, y eso me consuela».

La prudente y virtuosa Justine sintió horror ante esa acción; apartó la vista; y Juliette, mientras se sacudía su coñito, le dijo: «Justine, eres una tonta; eres más hermosa que yo, pero nunca serás tan feliz». Continuando luego su operación, la puta suspiró; y su joven leche, eyaculada ante los ojos bajos de la virtud, secó la fuente de las lágrimas que, de no ser por esta operación, tal vez hubiera derramado como su hermana. «Estás loca si te preocupas —prosiguió la voluptuosa joven yendo a sentarse al lado de Justine—; con la figura y la edad que las dos tenemos, es imposible que nos muramos de hambre»; le citó en esa oportunidad a la hija de sus vecinas, que, tras escapar de la casa paterna, era ricamente mantenida en ese momento, y mucho más feliz, sin duda, que si se hubiese quedado en el seno de su familia. «Hay que guardarse mucho de creer —añadió— que sea el matrimonio lo que hace feliz a una joven; cautiva bajo la ley del himeneo, tiene, junto a muchos temperamentos que sufrir, una dosis ligerísima de placer que esperar; mientras que, entregada al libertinaje, siempre puede defenderse del mal comportamiento del amante, o consolarse mediante el número». Justine se estremeció con estas palabras; dijo que preferiría la muerte a la ignominia; y, por más instancias nuevas que pudiese hacerle su hermana, se negó constantemente a vivir con ella cuando la vio decidida a una conducta que la horrorizaba.

Así pues, las dos jóvenes se separaron sin ninguna promesa de volverse a ver, dado que sus intenciones eran tan distintas. Juliette, que iba a convertirse en una gran dama, ¿consentiría en recibir a una niña pequeña cuyas inclinaciones virtuosas, pero bajas, serían capaces de deshonrarla?; y, por su lado, ¿querría Justine arriesgar sus costumbres en compañía de una criatura perversa, que iba a convertirse en víctima de la crápula y de la depravación pública?



Con el permiso del lector vamos a dejar por un tiempo a esa pequeña libertina, para dedicarnos ahora exclusivamente a transmitir al público las anécdotas de la vida de nuestra pudibunda heroína.

Se diga lo que se diga, se necesita un poco de virtud en el mundo; y es mucho más dulce para un biógrafo[*] pintar, en el héroe cuya historia transmite, rasgos de candor y de beneficencia que mantener constantemente centrada la mente en depravaciones y atrocidades, como se verá obligado a hacer, sin duda, quien nos dé por continuación de esta obra la escandalosísima y muy libertina historia de la impúdica Juliette.

Mimada desde su infancia por la costurera de su madre, Justine cree que esta mujer será sensible a su desgracia; va en su busca, la hace partícipe de sus infortunios, le pide trabajo… Nada más ser reconocida, es despedida con dureza: «¡Oh, Cielo!, dice la pobre criatura, ¿es necesario que ya estén marcados por las penas los primeros pasos que doy en el mundo?… Esa mujer me quería en otro tiempo) ¿por qué me rechaza ahora? ¡Ay!, es que soy huérfana y pobre, es que no

tengo ningún recurso en la tierra, y que se estima a las personas en razón de las ayudas y los agrados que imaginamos poder recibir».

Llorando, Justine va en busca de su párroco; le pinta su estado con la energía propia de su edad; llevaba una pequeña falda blanca; con sus hermosos cabellos descuidadamente recogidos bajo un gran pañuelo de Madrás; su pecho, apenas marcado, casi no se distinguía bajo la doble gasa que la ocultaba al ojo libertino; con su linda cara un poco pálida por las penas que la devoraban; con unas lágrimas que rodaban de sus ojos y le prestaban incluso más expresión… era imposible estar más bella. «Me veis, señor —le dijo al santo eclesiástico—…, sí, me veis en una posición muy afligente para una muchacha; he perdido a mi padre y a mi madre; el Cielo me los ha quitado a la edad en que más necesidad tenía de sus socorros; han muerto arruinados, señor; no tengo nada; esto es todo cuanto me han dejado —continuó, mostrando los doce luises[4]—, y ni un rincón donde reposar mi pobre cabeza; ¿verdad, señor, que tendréis piedad de mí? Sois el ministro de la religión, y la religión es el hogar de todas las virtudes; en nombre de ese Dios que ella enseña y que yo adoro con todas las fuerzas de mi alma, en nombre del Ser Supremo del que vos sois el órgano, decidme, como un segundo padre, qué es lo que debo hacer, y en qué debo convertirme». El caritativo padre respondió, mirando de soslayo a Justine, que la parroquia estaba muy cargada, que era difícil que pudiese ABARCAR nuevas limosnas; pero que si Justine quería servirle, que si quería HACER EL TRABAJO DURO, siempre habría en su cocina un mendrugo de pan para ella; y, como al decir esto, el hacedor de dioses le había presionado un poquito la falda encima de las nalgas, como si intentara hacerse una ligera idea de su forma, Justine, que adivinó la intención, lo rechazó diciéndole: «Señor, no os pido ni limosna ni un puesto de criada; hace demasiado poco tiempo que he dejado un estado muy superior al que puede hacer desear esas dos gracias para verme reducida a implorarlas; solicito los consejos que mi juventud y mis desdichas necesitan, y vos queréis hacérmelos pagar demasiado caro». El SERVIDOR DE CRISTO, avergonzado por verse descubierto, se levanta furioso; llama a su sobrina y a su criada: «Echad de aquí a esta pequeña tunante —les grita—; no imaginaríais lo que acaba de proponerme… ¡Tanto vicio a esta edad!… ¡Y a un hombre como yo!… ¡Que se vaya…, que se vaya, o mando detenerla ahora mismo!…». Y la desdichada Justine, rechazada, calumniada, insultada desde el primer día en que está condenada al ISOLISMO[5], entra en una casa en la que ve un rótulo, alquila un gabinetito amueblado en el quinto piso, lo paga por adelantado, y allí se entrega a unas lágrimas tanto más amargas cuanto que la joven es muy sensible por naturaleza, y cuanto que su orgullo acaba de ser cruelmente comprometido[6].

No se habían terminado para Justine las pequeñas contrariedades que debían hacerle sentir sus desastres. En el mundo hay una infinidad de malvados que, lejos de enternecerse con las desgracias de una joven honesta, no buscan sino aumentarlas para forzarla mejor a servir unas pasiones a que la condena su indigencia. Pero de todos los sinsabores que tuvo que soportar en los inicios de su desdichada historia,

sólo citaremos el que sufrió en casa de Dubourg, uno de los médicos de cabecera más duros, y también más ricos, de la capital. La mujer en cuya casa se alojaba Justine la había dirigido a él como a persona cuyo crédito y riquezas podían suavizar con mayor seguridad el rigor de su destino. Después de haber esperado mucho tiempo en la antecámara, por fin hicieron pasar a Justine. El señor Dubourg, gordo, de pequeña estatura, e insolente como todos los financieros, acababa de levantarse de la cama, arrebujado en una bata flotante que apenas ocultaba su desorden; se disponían a peinarle; mandó retirarse a toda la servidumbre y, dirigiéndose a la joven: «¿Qué queréis de mí, hija mía?, le dijo. —Señor», le respondió nuestra pequeña tonta, muy confusa, «soy una pobre huérfana que apenas tengo catorce años, y que ya conozco todos los marices del infortunio; imploro vuestra conmiseración; tened piedad de mí, os lo suplico»; y Justine, con los ojos arrasados en lágrimas, detalla con interés al viejo malvado los males que soporta, las dificultades que tiene para encontrar una colocación…, incluso la repugnancia que siente en aceptar una, por no haber nacido para ese estado. Redoblando sus sollozos, describe el terror que experimenta ante el futuro; y, entre balbuceos, termina con la esperanza que tiene en que un hombre tan rico y tan digno de estima como el señor Dubourg ha de procurarle sin duda los medios de subsistir; y todo esto con esa elocuencia de la desgracia, siempre rápida en un alma sensible, siempre a costa de la opulencia.

Dubourg era digno de ser descrito durante ese relato: empezando a calentarse con la joven, se la meneaba con una mano bajo la bata, clavando con la otra unos anteojos en los atractivos ofrecidos a sus miradas: observándole con atención, se percibía la forma en que las gradaciones de la lubricidad contorneaban gradualmente los músculos de su vieja cara, según el mayor o menor patetismo que ponía Justine en sus lamentos.

El tal Dubourg era un libertino muy empedernido, gran aficionado a las niñas, que compraba por todas partes a mujeres en condiciones de procurarle semejante caza: como no estaba en la mejor de las situaciones para gozar, por lo general Dubourg se limitaba con ellas a una fantasía tan brutal como singular: su única pasión consistía en ver llorar a las niñas que le conseguían; y hemos de convenir que, para llevarlas a ese punto, nadie en el mundo tenía un talento tan raro. Este desgraciado granuja era tan perverso y de tal bajeza de espíritu que una joven no podía resistir las palabras malvadas con que la agobiaba: las lágrimas corrían en abundancia, y Dubourg, feliz, unía enseguida algunos pequeños suplicios materiales al dolor moral que acababa de excitar; las lágrimas corrían entonces con mayor violencia, y el bárbaro, entusiasmado, se corría cubriendo de besos la cara que su proceder acababa de inundar.

«¿Habéis sido siempre honesta?», dijo Dubourg a Justine para alcanzar en esta ocasión su objetivo. «¡Ay!, señor, respondió la joven, no sería ni tan pobre ni me vería en tanto apuro si hubiese querido dejar de serlo. —Pero ¿a tirulo de qué pretendéis entonces que las personas ricas os socorran si no las servís en nada? —

¡Oh!, señor, no pido otra cosa que prestar todos los servicios que la decencia y mi juventud me permitan cumplir. —Yo no os hablo de servir; no tenéis ni edad ni carácter para ello; os hablo de ser útil a los placeres de los hombres. Esa virtud, de la que tanto alarde hacéis, no sirve de nada en sociedad; por más que os dobleguéis al pie de sus altares, su vano incienso no os dará de comer; lo que menos halaga a los hombres, lo que menos les importa, lo que desprecian más soberanamente es la honestidad de vuestro sexo: en la actualidad, hija mía, sólo se estima lo que reporta beneficios o lo que deleita, y ¿de qué provecho o de qué disfrute puede sernos la virtud de las mujeres? Son sus desórdenes los que nos gustan y los que nos divierten, mientras que su castidad nos aburre. Cuando gentes de nuestra clase dan, nunca es sino para recibir; y ¿cómo puede una niñita como vos, bastante fea y además bastante tonta, agradecer lo que se haga por ella si no es mediante la entrega completa de su cuerpo? Vamos, quimos la ropa, si queréis que os dé dinero». Y Dubourg estiraba el brazo para coger a Justine y colocarla entre sus piernas; pero la interesante criatura, apartándose: «¡Oh!, señor», exclamó llorando, «¿no hay entonces ni probidad ni deseo de hacer el bien entre los hombres? —Palabra que muy poco», respondió Dubourg, cuyos movimientos masturbatorios aumentaban en razón de las lágrimas que hacían correr sus palabras, «muy poco, en verdad; la gente se ha hartado de esa manía de complacer gratuitamente a los demás; se ha llegado a la conclusión de que los placeres de la beneficencia no eran otra cosa que voluptuosidades del orgullo; y, como no hay nada tan frágil, se han buscado sensaciones más reales: se ha visto que, con una niña como vos, por ejemplo, era infinitamente mejor sacar como fruto de los anticipos todos los placeres que puede ofrecer la lujuria, y no ésos muy fríos de la gratitud; la reputación de un hombre liberal, limosnero, generoso, no es nada, ni siquiera en el instante en que más se goza, comparado con el más ligero placer de los sentidos. —¡Ah!, señor, con principios como ésos, el desdichado tiene que perecer. —Qué importa: en el mundo hay más individuos de los que hacen falta; con tal de que la máquina tenga siempre la misma elasticidad, ¿qué importa el mayor o menor número de brazos que la mueven? —Pero ¿creéis que los niños respetan a su padre cuando son maltratados? —¿Qué le importa a un padre el amor de unos hijos que le molestan? —Más valdría entonces que nos hubiesen ahogado en la cuna. —Ésa es desde luego la costumbre en muchos países, y ésa era la costumbre de los griegos; es la de los chinos: allí, los niños desgraciados se abandonan o se matan. ¿Para qué dejar vivir a criaturas como vos, que, al no poder contar ya con las ayudas de sus padres, bien porque se ven privados de ellos, bien porque no están reconocidos, sólo sirven desde ese momento para sobrecargar al Estado con un género en el que rebosa? Los bastardos, los huérfanos, los niños mal formados, deberían ser condenados a muerte nada más nacer: los primeros y los segundos porque, al no tener a nadie que quiera o pueda cuidarlos, manchan la sociedad con una hez que no puede sino resultarle funesta un día; y los terceros, porque no pueden serle de ninguna utilidad. Los niños de esas clases son a la sociedad como esas excrecencias de la carne que, nutriéndose

del jugo de los miembros sanos, los degradan y debilitan; o, si lo preferís, como esos vegetales parásitos que, enzarzados a las plantas buenas, las deterioran y roen adaptando su sustancia nutricia. Qué abusos tan escandalosos esas limosnas destinadas a alimentar a semejante escoria…, y esas casas ricamente dotadas que cometen la extravagancia de construirles, como si la especie de los hombres fuese tan rara…, tan preciosa, que hubiese que conservar hasta la más vil porción; como si no existiesen más hombres, en una palabra, de los que se necesitan sobre el globo, y como si no fuera más necesario a la política y a la naturaleza destruir que conservar». Y en este punto, Dubourg, apartando la bata que cubría sus movimientos, hizo ver a Justine que empezaba a sacar bastante buen partido del pequeño artefacto seco y negro que su mano sacudía desde hacía tanto tiempo. «Vamos, dijo entonces bruscamente, vamos, basta de palabras de las que no entiendes nada, y deja de quejarte de la fortuna, cuando sólo de ti depende su remedio. —¡A qué precio, justo Cielo! —Al más bajo, porque sólo se trata de quitarse la ropa y dejarme ver ahora mismo lo que hay bajo tus faldas…, atractivos muy escasos, sin duda, y que no deberías hacer valer tanto. Vamos, leche, decídete; me la meneo; quiero ver carne; enséñamela ahora mismo o me enfado. —Pero, señor… —Absurda criatura…, puta imbécil, ¿crees que te perdonaré más que a las otras?», y levantándose furioso, atranca la puerta y salta sobre Justine cuyas lágrimas corrían en abundancia: el libertino las besa… devora aquellas preciosas lágrimas que debían de parecerle las del rocío sobre la hoja de la azucena o de la rosa; luego, remangando él mismo las faldas con una mano, las enreda y retiene alrededor de los brazos de Justine, mientras con la otra va por primera vez a mancillar lo más perfecto que desde hacía mucho tiempo había formado la naturaleza. «Hombre odioso», exclama Justine, haciendo entonces un movimiento terrible para escapar; «hombre feroz», prosiguió descorriendo los cerrojos de la puerta y escapando, «¡ojalá un día te castigue el cielo como mereces por tu execrable dureza! No eres digno ni de esas riquezas de las que haces tan vil uso, ni del aire mismo, que sólo respiras para corromperlo con tus brutalidades y tus maldades». Y se marcha.

Una vez de vuelta en su casa, la desdichada no tiene nada más urgente que quejarse a su hospedera de la recepción que le habían hecho en casa del hombre donde la había enviado; pero cuál no fue su sorpresa al ver a aquella miserable agobiarla con reproches en lugar de compartir su dolor. «Pobre tonta», le dijo furiosa, «¿crees que los hombres son lo bastante imbéciles para dar limosna a pequeñas pordioseras como tú, sin exigir interés por su dinero? El señor Dubourg es demasiado bueno por haber actuado como ha hecho; que el diablo me lleve si yo, en su lugar, te hubiese dejado salir de mi casa sin haberme contentado. Pero ya que no quieres aprovechar unas ayudas que mi espíritu de beneficencia te ofrecía, apáñatelas como quieras: estás en deuda conmigo; quiero dinero ahora mismo, o mañana, a la cárcel. —Señora, tened piedad. —Sí, sí, piedad; con la piedad se muere uno de hambre. Mucho te conviene hacerte la difícil: de quinientas niñas como tú que he

proporcionado a ese honrado hombre, desde que le conozco tú eres la primera que me ha jugado una mala pasada como ésta… ¡qué deshonor para mí! Ese hombre tan honrado dirá que no conozco mi oficio, y tendrá razón. Vamos, vamos, señorita, hay que volver a casa de Dubourg; hay que satisfacerle; hay que traer dinero…, iré a verle, le avisaré, arreglaré si puedo vuestras tonterías; le presentaré vuestras excusas; pero pensad en portaros mejor».

Justine, una vez sola, se sumió en las más tristes reflexiones… «No, se decía llorando, no, desde luego no volveré a casa de ese libertino: todavía me quedan algunos recursos; me queda mi dinero casi en su totalidad, me basta para vivir mucho tiempo todavía; hasta entonces quizá encuentre almas menos duras, corazones más compasivos»; y, mientras pronunciaba estas palabras, el primer impulso de Justine fue contar su pequeño tesoro: abre su cómoda… ¡Oh, cielo!, ha volado…, no le queda más que lo que tiene en el bolsillo, que apenas alcanza a seis libras. «Estoy perdida, exclama; ¡ah!, ya veo de dónde viene el golpe: esta criatura indigna quiere forzarme, privándome de todos mis recursos, a lanzarme al seno del crimen; pero…, ¡qué digo, ¡ay!, proseguía entre lágrimas, no es sino demasiado cierto que no me queda ningún otro medio de prolongar mi vida, y, en el cruel estado en que me encuentro, este desdichado, o tal vez algún otro todavía peor, ¿no se convierten en los únicos seres de los que puedo esperar alguna ayuda?».

Desesperada, Justine baja a casa de su hospedera: «Señora, le dice, me han robado; sois vos la que lo ha hecho; ha sido en un inmueble vuestro donde el dinero ha sido robado… ¡Ah!, era cuanto tenía; era el resto infortunado de la herencia de mi padre: privada de ese débil recurso, sólo me queda la muerte. ¡Oh!, señora, devolvédmelo, os lo suplico… —Pequeña insolente, respondió con brusquedad Mme. Desroches, antes de dirigirme quejas como ésas, deberíais conocer mi casa; debéis saber que tiene suficiente buena fama entre la policía para que, por la sola sospecha que acabáis de manifestarme, yo pueda ahora mismo haceros castigar si quisiese. —Sospecha, señora, no tengo ninguna: no son sospechas lo que os manifiesto, son quejas las que os dirijo; le están permitidas al infortunio. ¡Oh!, señora, ¿qué ha de ser de mí, después de haber perdido ese único recurso? —Será lo que vos queráis, eso no me afecta; habría medios de repararlo, pero no queréis aprovecharlos»; y estas pocas palabras acabaron de llevar el último rayo de luz a una mente tan penetrante como era la de Justine. «Pero, señora, puedo servir», respondió la desdichada llorando a mares; «no está escrito que a la miseria no le deba quedar más recurso que el del crimen. —Palabra que, hoy en día, es el único bueno: ¿cuánto ganaríais sirviendo? Diez escudos al año; ¿os mantendríais con eso? Eh, creedme, amiga mía, las que sirven también se ven obligadas a recurrir al libertinaje para sostenerse: las proporciono todos los días de esa clase. Aquí donde me veis, soy, me atrevo a decirlo, una de las mejores alcahuetas de París; no hay día en que no pasen de veinticinco a treinta jóvenes por mis manos; y eso me reporta… ¡Dios sabe cuánto! Estoy segura de que no hay ninguna mujer de mi condición en Francia que haga mejor que yo sus negocios.

Mirad», continuó, mostrando ante los ojos de aquella desgraciada quinientos o seiscientos luises, otro tanto casi en joyas, y el más bello armario de ropa blanca y vestidos, «y sin embargo sólo a ese libertinaje que os asusta debo todo esto. Maldita sea, hija mía, hoy en día sólo hay este oficio; venga, hacedme caso, dad el paso…, además Dubourg es un buen hombre; por lo menos no os desvirgará; ya no se le pone dura, ¿cómo querríais que jodiese? Unos cuantos azotitos en el culo, unos cuantos cachetitos en las mejillas. Y si os portáis bien con él, yo os haré conocer a otros hombres que, en menos de dos años, con la edad y la cara que tenéis, si a eso unís ganas de agradar, os pondrán en situación de ir en carroza por París». —No tengo miras tan elevadas, señora, respondió Justine. No es en absoluto una fortuna lo que quiero, sobre todo si tengo que pagarla al precio de mi honor; sólo pido la vida; y ofrezco a quien me la dé todos los servicios que puedan depender de mi edad, junto con el más vivo de los agradecimientos. ¡Ay!, señora, ya que sois tan rica, dignaos compadeceros de mi destino; no imploro que me prestéis una suma tan grande como la que he perdido en vuestra casa; dadme sólo un luis, en espera de que encuentre una colocación; os lo devolveré, podéis estar segura, os lo devolveré del primer dinero que gane. —No te daría un céntimo siquiera», dijo Mme. Desroches, muy satisfecha de ver a su víctima en la situación a que su maldad acababa de reducirla: «no, ni un céntimo. Te ofrezco los medios de ganarlo, aprovéchalos, o al hospital[7]; precisamente el señor Dubourg es uno de los administradores de esa casa; le resultará fácil conseguir que te metan en ella. Adiós, amiga mía», prosiguió diciendo la cruel Desroches, a una joven alta y bonita que sin duda iba a buscar algún parroquiano a su casa; «y en cuanto a ti, hija mía, adiós…; mañana, el dinero o la cárcel. —Bueno, señora, dijo Justine llorando, id a ver a M. Dubourg; volveré a su casa, ya que me garantizáis que ha de respetarme. Sí, volveré a ir; mi desdicha me impone su ley; pero, si me doblego ante los golpes del destino, recordad, señora, que al menos me quedará el derecho a despreciaros por siempre.

—Impertinente criatura», dijo la Desroches, cerrándole la puerta en las narices, «merecerías que no volviese a meterme en lo que te afecta; pero no lo hago por ti; y por eso tus sentimientos me importan un bledo. Adiós».

Es inútil describir la desoladora noche que pasó Justine. Vivamente encariñada con unos principios de religión, de pudor y de virtud que, por así decir, había mamado con la leche, no vislumbraba el momento de renunciar a ellos sin la más desgarradora aflicción. Imbuida de los más tristes pensamientos, repasando mil veces sin éxito en su cabeza todos los medios de salir del aprieto sin falta, el último partido que iba a tomar era escapar furtivamente de casa de Mme. Desroches cuando ésta vino a llamar a su puerta. «Baja, Justine, le di jo en tono brusco; ven a almorzar con una de mis amigas, y dame las gracias por mi embajada. He tenido éxito; con la promesa que le he hecho de tu sumisión, el señor Dubourg consiente en volver a verte. —Pero, señora… —Vamos, no te hagas la niña; el chocolate está preparado; sígueme». Justine baja: la imprudencia es la compañera de la desgracia; Justine sólo

escucha a su miseria. Una mujer muy bonita, de unos veintiocho años, era la tercera con quien la Desroches hacía almorzar a Justine. Esta mujer, llena de ingenio, y de costumbres muy corrompidas, tan rica como amable, tan hábil como hermosa, iba a convertirse pronto, como veremos, en la persona que Dubourg emplearía con más fruto para acabar de decidir a nuestra amable niña. Almuerzan. «Es una joven encantadora, dijo Mme. Delmonse; en verdad, felicito de todo corazón a quien sea lo bastante feliz para poseerla. —Sois muy buena, señora, respondió en tono triste Justine. —Vamos, amor mío, no os ruboricéis así; el pudor es una chiquillada, hay que dejarlo cuidadosamente a un lado cuando se alcanza la edad de razón. —¡Oh!, os suplico, señora, dijo la Desroches, que forméis un poco a esta niña; se cree perdida porque le hago el favor de entregarla a un hombre. —¡Ah, Dios mío, qué extravagancia!, continuó Mme. Delmonse; en vez de rechazar esa gestión, Justine, debéis gratitud infinita a la que os invita a ello. ¿Qué idea falsa, querida niña, tenéis pues de la honestidad? ¿Y cómo podéis creer que una joven falta a ella entregándose a los que la quieren? Hija mía, en una mujer la continencia es una virtud impracticable; no os preciéis nunca de alcanzarla. Cuando las pasiones se enciendan en vuestra alma, veréis que esa forma de ser nos resulta imposible: siempre expuesta a la seducción, ¿cómo quieren que una mujer pueda resistirse a los atractivos del placer, perpetuamente ofrecidos a sus sentidos? ¿Y cómo reprocharle que sucumba cuando todo lo que la rodea siembra flores sobre el abismo y la invita a precipitarse en él? No os engañéis, Justine; no es la virtud lo que se exige de nosotras, sino sólo su mascara; y con tal de que sepamos fingir, no se nos pide nada más. La que de nosotros fuese honesta con fama de tunante, sería infinitamente menos feliz que la que se entregase a todos los excesos de la depravación conservando la reputación de mujer honrada; porque, lo repito, no es el sacrificio de los sentidos que hacemos a la virtud lo que nos da la felicidad; desde luego, no puede haber felicidad en semejante coacción. Lo que lleva a la verdadera felicidad no es sino la apariencia de esa virtud, a la que los ridículos prejuicios del hombre han condenado a nuestro sexo. Podría ponerme por ejemplo ante ti, Justine. Hace catorce años que estoy casada; nunca he perdido la confianza de mi esposo; juraría de mi honestidad y de mi virtud sobre su propia vida; y, lanzada al libertinaje desde los primeros años de mi himeneo, no existe en París una mujer más corrompida que yo; no hay día que no me prostituya a siete u ocho hombres, y a menudo con tres a la vez; no hay alcahueta que no me sirva, ni hombre guapo que no me haya jodido; y mi esposo te jurará, cuando tú quieras, que Vesta**[8]** fue menos pura. La contención mas completa, la hipocresía más escrupulosa, mucho arte… de falsedad: ésos son los medios que me disfrazan; ésos son los lazos de la máscara que la prudencia coloca en mi frente; e impongo respeto a todo el mundo. Soy puta como Mesalina, y me creen honesta como Lucrecia**[9]**; atea como Vanini, y me creen devora como santa Teresa**[10]**; falsa como Tiberio, y me creen sincera como Sócrates**[11]**; sobria como Diógenes, y Apicio fue menos moderado que yo**[12]**. En una palabra, idolatro todo los vicios; detesto todas las

virtudes; y si consultases a mi esposo, si preguntases a mi familia, te dirían: DELMONSE ES UN ÁNGEL, cuando el mismo ángel de las tinieblas se sintió inclinado a menos desórdenes. ¿Es la prostitución lo que te asusta? ¡Vaya una extravagancia, querida! Examinémosla desde todos los puntos de vista, y veamos bajo cuál podría considerarse peligrosa. ¿Puede una muchacha hacer mal siendo libertina? Indudablemente, no; porque no hace más que ceder a los más dulces impulsos de la naturaleza, que, desde luego, no se los sugeriría si debieran perjudicarla. ¿No ha puesto en ella el deseo de prostituirse a todos los nombres en el número de las primeras necesidades de la vida? ¿Y hay una sola mujer que pueda decir que no siente la necesidad de follar tan imperiosamente como las de beber y comer? Y ahora yo te pregunto, Justine, ¿cómo podría reprochar la naturaleza una falta a una mujer por ceder a unos deseos que forman la parte más sublime de su existencia? ¿Consideraremos el libertinaje de un ser de nuestra especie desde el punto de vista de la sociedad? Creo, desde luego, que es raro encontrar una acción más agradable para el sexo que comparte con nosotras el mundo que el de la prostitución de una mujer bonita: y ¿dónde estaría ese sexo si todas las mujeres, imbuidas de los falsos sistemas de virtud que unos imbéciles nos predican, se obstinasen en no ofrecer otra cosa que negativas a los deseos desenfrenados de los hombres? Obligados a meneársela o a encularse entre sí, ¿tendrían que renunciar totalmente a nuestro trato? Porque me admitirás que el matrimonio no puede fijar: tan imposible le resulta a un hombre limitarse a una sola mujer como a ésta contentarse con un solo hombre. La naturaleza detesta, abjura y contradice todos esos dogmas de vuestra absurda civilización; y el error de vuestra lógica imbécil no se convierte en el de sus leyes: escuchémosla a ella únicamente, y nunca nos engañaremos. En una palabra, Justine, confía en alguien que tiene experiencia, erudición, principios, y convéncete de que lo mejor y más razonable que una joven puede hacer en sociedad es prostituirse a todos los que quieran algo de ella, conservando, como acabo de decirte, unas apariencias que puedan imponer respeto. Ayer reñiste a esta buena y honrada Desroches por el interés que se tomaba por ti. ¡Eh!, pobre Justine, ¿qué haríamos nosotras sin estas serviciales criaturas? ¿Cuánta gratitud no les debemos por los cuidados que tienen a bien tomar de nuestros placeres o de nuestros intereses? ¿Hay en el mundo un oficio más digno de estima y más necesario que el de una alcahueta? Esa honrada función fue estimada por todos los pueblos; todas las naciones la veneraron: los griegos y los romanos le erigieron templos; Catón el sabio alcahueteó a su mujer; Nerón y Heliogábalo[13] sacaban un tributo de los burdeles que tenían en el seno de sus palacios; los elementos son alcahuetes; la naturaleza misma lo es en todo instante. En una palabra, ese talento bien ejercido es el más precioso…, el más apreciado por la sociedad; y las caritativas personas que lo ejercen con honor deberían ser alentadas con recompensas. —Sois muy honrada, señora», dijo Desroches, henchida de vanidad al ver la forma en que se ponían de su parte… «Eh, no, sólo digo lo que pienso, continuó Delmonse; es mi corazón el que se expresa; y después de haber hecho el

elogio del oficio en general, felicitaré a Justine por la singular dicha que tiene de haberos encontrado para guiarla en la carrera voluptuosa de los placeres de la vida; que se entregue ciegamente a vuestros consejos, señora; que sólo os escuche a vos, y pronto le garantizo, junto con la fortuna más agradable, los más delicados placeres de la vida».

Esta seductora conversación no había concluido cuando llaman a la puerta: «¡Ah!», dice Mme. Desroches abriendo, «es el joven que me has pedido, Delmonse»; y al punto se presenta en el salón un soberbio caballero de cinco pies y diez pulgadas, de constitución de Hércules y hermoso como el Amor. «Es encantador», dice nuestra libertina, mirándolo de arriba abajo; «sólo queda por saber si será tan vigoroso como promete su planta: es que hace mucho que no me he sentido tan bien follando: mira mis ojos, Desroches, mira las llamas ardientes que exhalan. ¡Ah, me cago en Dios!», prosiguió la zorra besando al joven con desvergüenza; «me cago en San, no puedo más. —Deberías haberme avisado, dijo Desroches, te habría conseguido tres o cuatro. —Venga, veamos cómo es éste»; y la impúdica, pasando uno de sus brazos alrededor de aquel joven al que no había visto nunca, le desabotona con la otra mano el calzón, sin el menor respeto por la inocencia y el pudor, que semejante cinismo escandalizaba vivamente. «Señora, dijo Justine totalmente colorada, permitidme que me retire. —No, no, maldita sea, dijo Delmonse, no, no: Desroches, oblígala a quedarse; quiero darle una lección práctica después de haberle dado una de teoría; quiero que sea testigo de mis placeres, es el único medio de inspirarte rápidamente su gusto: en cuanto a ti, Desroches, eres un testigo necesario para mis orgías; deseando verte ejercer tu oficio hasta el final; ya sabes, querida, que la introducción del miembro viril sólo me resulta realmente agradable cuando la dirigen tus manos; además, me excitas tan bien cuando jodo, te preocupas tanto de mis caderas, de mi clítoris, de mi culo…, ¡ah!, Desroches, eres la clavija maestra de mis placeres. Vamos, vamos, manos a la obra; Justine, sentaos ahí, delante de nosotros, y no nos perdáis de vista un momento. —¡Oh, qué suplicio, señora!, exclama la huérfana llorando; dejad que me retire, os lo suplico, podéis estar segura de que el espectáculo de los horrores que vais a cometer nunca me causará sino desagrado». Pero la Delmonse, concentrada en sus desórdenes, y pensando, con bastante razón, que sus placeres ganarían infinitamente escandalizando así a la virtud, se opone fuertemente a que Justine se retire, y la escena comienza.

A los ojos de nuestra púdica niña se ofrecen todos los detalles de la lujuria más excitante. Se ye obligada a coger, en lugar de Desroches, la monstruosa polla del joven que sus dos manitas apenas pueden empuñar, y a presentarla ante el coño de la Delmonse, a introducirla, a prestarse, pese a su repugnancia, a las caricias de aquella mujer impura que, refinando todos sus placeres, encuentra un incremento indecible de su voluptuosidad en los besos lujuriosos que aplica sobre la boca inocente de la niña, mientras el vigoroso atleta la hace correrse cinco veces seguidas bajo los prodigiosos esfuerzos de su polla. «Me cago en Dios», dice la Mesalina, incorporándose como

una bacante; «por todos los diablos, ¡cuánto placer he sentido! ¿Sabes, Desroches, de qué tengo ganas ahora? Quiero que la monstruosa polla que acaba de joderme desvirgue a esta pequeña remilgada. ¿Qué te parece el proyecto? —No, no, responde ésta; la mataríamos; y yo no ganaría nada con ello». Mientras tanto, nuestros dos combatientes recuperan sus fuerzas; amplias libaciones de vino de Champagne, algunas pastas y trufas se las devuelven pronto[14]. Delmonse se coloca de nuevo y desafía a su vencedor. Justine, condenada a las mismas tareas, es obligada a envainar por segunda vez el instrumento. Hay que ver con qué dolor… con qué repugnancia cumple lo que la encargan. Esta vez la puta quiere que le menee el clítoris; Desroches le guía la mano; mas la torpeza de la escolar desagrada enseguida a la fogosa Delmonse: «Agítamelo, agítamelo, Desroches, exclama; me doy cuenta de que si la corrupción de la inocencia deleita a la moral, la debilidad de sus medios no sirve para nada a lo físico, sobre todo con una libertina como yo, que cansaría en sus arrebatos a diez manos como las de Safo y a diez pollas como la de Hércules[15]». Una vez concluida esta segunda sesión, lo mismo que la primera, con amplios sacrificios a Venus, Delmonse se arregla las ropas; su follador se marcha; y la Desroches, apresurándose a coger una manteleta, presenta excusas a su amiga porque la cita que tiene con Dubourg le impide seguir haciéndole compañía por más tiempo. «Desroches», dice entonces Mme. Delmonse, al cabo de unos minutos de reflexión, «cuanto más me follan, más libertina me vuelvo; en mi caso, una acción determina una idea, y esta nueva idea una acción distinta: déjame acompañarte a casa de Dubourg; mi mayor deseo es ver todo lo que ese viejo bribón inventa para reanimarse con esta niña; si necesita mis cuidados, se los daré; ya sabes que no es la primera vez que me proporcionas semejantes prácticas, y que sin vanidad las llevo hasta el final con la misma seguridad que una Agnes[16]. Estos viejos malvados me prefieren con frecuencia, lo sabes bien; y como en mí el arte suple a la juventud, con frecuencia les hago correrse más deprisa de lo que lo haría la misma Hebe[17]. —Podemos hacer lo que me pides, dijo Desroches; conozco de sobra a mi Dubourg para estar totalmente segura de que no le desagradará que le lleve una bonita mujer más: vamos». Llega un coche de punto; la modesta Justine, siempre asustada, sube en él la primera, y parten.



Dubourg estaba solo. Esperaba a estas damas en un estado mucho más indecente todavía que la víspera: la brutalidad, el libertinaje, todas las características de la lujuria más desenfrenada resplandecían en sus taimadas miradas.

«Hoy no contabais más que con una mujer, señor», le dijo la Desroches al entrar: «pues bien, he creído que no os desagradaría que trajera dos; además, como una sólo se presta a duras penas a vuestros placeres, he pensado que no habría ningún inconveniente en traeros una segunda, para animar y dominar a la primera. —¿Y quién es esa puta?», dijo Dubourg sin perturbarse, lanzando sobre la Delmonse una ojeada donde se mezclaban el cinismo y la indiferencia. «Una amiga mía muy guapa, respondió la Desroches, cuya excesiva complacencia iguala a sus encantos, y que tal vez tal vez os sea tan útil en los placeres que os prometéis ahora como en los que proyectáis luego con la bella e interesante Justine. —¿Cómo?, dijo Dubourg, ¿crees que con una sesión no acabaremos todo esto? —Pudiera ser, contestó Desroches; y debido a ese temor me ha parecido que siempre podría resultar necesaria la intervención de mi amiga. —Bueno, ya veremos, dijo Dubourg: marchaos,

Desroches, marchaos; poned todo esto en la factura. ¿Cómo vamos? —Señor, dijo Desroches, si hace tres meses que no habéis pagado, son casi cien mil francos. —¡Cien mil francos! ¡Justo Cielo! —Pensad, señor, que os he proporcionado más de ochocientas putas en ese tiempo; están todas apuntadas…, el señor sabe de sobra cómo pienso, sabe de sobra que me molestaría mucho robarle un ochavo. —Vamos, vamos, ya veremos todo eso; marchaos, Desroches; noto que la naturaleza me acucia, necesito estar a solas con estas dos mujeres: y vos, Justine, antes de que vuestra protectora se vaya, dadle las gracias porque yo me digne, por ella, daros muestra por un instante de mis bondades; debéis sentir, pequeña, lo indigna que sois de ellas por vuestra conducta de ayer; y si todavía oponéis la más ligera resistencia a mis deseos, en mi antecámara os esperan dos hombres para llevaros a un lugar del que no saldréis en vuestra vida». En este punto Desroches se marcha. «¡Oh, señor!», dice Justine llorando y arrojándose a los pies de aquel hombre bárbaro, «dejaos doblegar, os lo suplico; sed lo bastante generoso para socorrerme sin exigir de mí lo que me cuesta tan caro como para ofreceros antes mi vida que someterme a ello. Sí», prosiguió con el arrebato de la sensibilidad más profunda, «sí, prefiero morir mil veces a infringir los principios de moral y de virtud con que alimentaron mi infancia; señor, señor, no me forcéis, os lo suplico; ¿podéis imaginar la bondad en el seno de los sinsabores y las lágrimas? ¿Os atrevéis a recelar de un placer en el que no veréis más que repugnancias? Antes de que hayáis consumado vuestro crimen, el espectáculo de mi desesperación os abrumará a remordimientos»; pero lo que ocurría impidió a la desdichada seguir. La Delmonse, como mujer hábil, adivinando en la frente de Dubourg los impulsos de su alma de hierro, se había arrodillado junto a su sillón, y se la meneaba voluptuosamente con una mano mientras lo socratizaba[*] con la otra, a fin de volverle insensible al lloriqueo. «Me cago en Dios», dijo Dubourg, fuertemente enardecido por el episodio, y hurgando ya a la complaciente Delmonse, «¡oh, me cago en San! ¡Perdonarte yo! Antes preferiría estrangularte, zorra». A estas palabras se levanta como un loco y, mostrando una pequeña polla seca y negra, agarra a su presa con brutalidad y quita impunemente los velos que todavía ocultan a sus ojos libertinos aquello que arde por gozar. Sucesivamente injuria, halaga, maltrata, acaricia. ¡Ah, qué cuadro, gran Dios! Parecía que la naturaleza quisiera, en esta primera circunstancia de la vida de Justine, imprimir por siempre en ella, mediante este espectáculo, todo el horror que debía de sentir por una clase de crimen del que debía nacer la afluencia de los males que la amenazaban. Justine fue arrojada desnuda sobre una cama; y mientras la Delmonse la retiene, el libertino Dubourg hace inventario de los atractivos de aquella que, en ese momento crítico, tiene a bien servirle de alcahueta. «Esperad, dice la bribona; noto que mis faldas os molestan; voy a ofreceros rápidamente al desnudo el objeto que, a mi parecer, atrae aquí todos vuestros homenajes; es mi culo lo que queréis ver; conozco…, respeto ese gusto en las personas de vuestra edad[**]: mirad, amigo mío, ahí lo tenéis; está algo más relleno que el de esta niña; pero el contraste os divertirá; ¿queréis ver los dos el uno

junto al otro? —Sí, me cago en Dios, dijo Dubourg; ponte encima de sus hombros para dominarla, yo trataré de encularla mientras os beso las nalgas. —¡Ah!, ya veo lo que necesitáis, libertino», dice Delmonse, montando a caballo en los riñones de Justine, a la que con esta pérfida postura sujeta para las lujurias brutales de Dubourg. «Sí, eso es realmente», responde el libertino, haciendo preceder unos cuantos cachetes bastante bien aplicados sobre uno y otro culo que se ofrecen a sus pasiones; «sí, eso es; veamos si puedo intentar el sodoma». El bribón prueba; pero sus fuegos demasiado ardientes se apagan en la efervescencia de la empresa. El Cielo venga a Justine de los ultrajes a que el monstruo vil quiere entregarla; y la pérdida de fuerzas de aquel libertino antes del sacrificio, preserva a la desdichada niña de convertirse en su triste víctima.

Dubourg no se vuelve sino más insolente: acusa a Justine de los perjuicios de su debilidad; quiere repararlos mediante nuevas injurias y con invectivas más mortificantes todavía; no hay nada que no diga, nada que no pruebe, nada que su pérfida imaginación, la dureza de su carácter y la depravación de sus costumbres no le hagan intentar. La torpeza de Justine le impacienta; ella está lejos de querer satisfacerle; ya es mucho que tenga que prestarse. Sin embargo Dubourg no consigue nada: la misma Delmonse, con todo su arte, no logra resucitar aquel artefacto agorado por una abundante descarga; por más que presione, sacuda, agite aquel instrumento blando, nada se levanta: por más que el propio Dubourg pase con aquellas dos mujeres de la ternura al rigor, de la esclavitud a la tiranía, del aire de la decencia a los excesos más crapulosos, los tres, agotados, no consiguen hacer que el desventurado artefacto recobre el aspecto majestuoso que necesitaría para emprender nuevos ataques. Dubourg renuncia; hace prometer a Justine que volverá al día siguiente; y, para decidirla mejor, no quiere en absoluto darle ni un ochavo: vuelve a ponerla en manos de la Desroches; y la Delmonse se queda con Dubourg, quien, restaurado por una excelente comida, no tardó en vengarse sobre esta bonita mujer de la imposibilidad en que la naturaleza le había puesto de consumar su crimen con la niñita. Les costó algunas vejaciones mutuas, muchos esfuerzos de un lado, complacencia del otro; pero el sacrificio se consumó, y el soberbio culo de la Delmonse recibió la ofrenda infructuosamente destinada al otro mucho más fresco de Justine. Ésta, de vuelta a la casa, aseguró a su anfitriona que, aunque debiera morir de necesidad, no volvería a exponerse a semejante escena; colmó de nuevos reproches al malvado capaz de abusar con tanta crueldad de su miseria. Pero el crimen feliz y triunfante se ríe de las imprecaciones del infortunio; sus éxitos lo enardecen, y su rápida marcha se acelera en razón de las maldiciones que recibe. Éstos son los pérfidos ejemplos que dejan al hombre en suspenso entre el vicio y la virtud, y que la mayoría de las veces sólo le hacen decidirse por el vicio, porque a sus ojos la experiencia presenta siempre a felicidad.

CAPÍTULO II

Nuevos ultrajes dirigidos contra la virtud de Justine.
De cómo la mano del Cielo la recompensa
de su inviolable adhesión a sus deberes.

Antes de proseguir nos parece esencial poner a nuestros lectores al tanto. Los menos clarividentes ya habrán presumido sin duda que el robo de la desdichada Justine era desde luego obra de la Desroches; pero de lo que quizá no estén convencidos es de la sorprendente participación que Dubourg tenía en ese escandaloso asunto. La Desroches lo había llevado a cabo, pero por los consejos del malvado. «Será infaliblemente nuestra si la privamos de todos sus recursos, había dicho con crueldad; y lo que quiero es que sea nuestra; por lo tanto tiene que verse reducida a la limosna»; y, por duro que pueda ser este cálculo, era no obstante infalible. Durante la cena que habían hecho juntos, Dubourg le había confesado este pequeño horror a la Delmonse: la mente de ésta, fértil en maquinaciones de esa especie, se había encendido vivamente. Y el resultado de la conspiración era que la Delmonse haría lo imposible por alojar a Justine en su casa durante los tres meses que su marido aún tenía que estar en el campo; que durante ese intervalo Dubourg haría nuevos intentos, favorecidos por Delmonse; y que, por último, si nada les permitía tener éxito, ejecutarían una venganza clamorosa, para que, según decía Dubourg, la virtud resultase en aquella aventura tan maltratada, tan degradada como siempre debía serlo cada vez que se atreve a combatir al vicio a cara descubierta. Una vez decidido este estupendo complot, el millonario, como hemos dicho, lo firmó con su leche en el fondo del culo de la Delmonse; y desde el día siguiente esta amable amiga trabajó sin tregua para el éxito del proyecto. Suficientemente malvada como para haberse complacido mucho con la idea de perder a la desdichada Justine, no dejó de volver al día siguiente a almorzar a casa de Desroches. «Ayer, hija mía, me interesasteis mucho», dijo la hipócrita Delmonse a Justine, a la que no dejaron de hacer bajar; «no creía que se pudiera llevar tan lejos la honestidad; realmente sois un ángel traído expresamente del cielo para la conversión de los humanos; hasta este momento, me he ofrecido a vuestras miradas sólo como una libertina: pero, debo admitirlo, sólo a vos se debe el cambio súbito que en mí acaba de operarse; y lo juro sobre vuestro seno, amable modelo mío, desde ahora no me veréis sino arrepentida y virtuosa. ¡Oh, Justine! ¡Oh, tú, que tan necesaria eres para mi conversión! ¿Querrías consentir en venir a compartir mi retiro? Así te tendré delante de los ojos; y los grandes ejemplos que sin cesar he de recibir de ti, pronto perfeccionarán la obra de la reflexión.

—¡Ay!, señora, respondió Justine, no estoy hecha para dar ejemplos; y si vuestra conversión es real, la debéis al Ser Supremo, y no a mí: débil y frágil criatura, estoy muy lejos de lo que se necesita para convertirse en un modelo; y sois vos, señora, vos la que me serviréis a mí de él si escucháis hasta el final la voz del Cielo que truena en vuestra alma. Os agradezco el asilo que me ofrecéis: siempre que pueda seros útil, señora, sin contrariar mis principios, ordenadme, haré lo que mandéis; y mi agradecimiento y mis débiles servicios pagarán, si ello es posible, vuestros beneficios». La Desroches, advertida por Delmonse, tuvo suficiente sangre fría para no reírse a carcajadas ante aquella comedia; felicitó a Justine por su felicidad. Lo que la joven debía es pagado en el acto, y parten.

Madame Delmonse se alojaba en una casa deliciosa: criados, tren de vida, caballos y los muebles más ricos informaron al punto a Justine de que se encontraba en casa de una de las mujeres más opulentas de París.

«Por respeto hacia criados más antiguos», dijo la Delmonse en cuanto tuvo a Justine, «no me es posible elevaros ahora mismo a los primeros puestos de mi casa; pero llegaréis a ellos, ángel mío, y mientras tanto, por muy subalterno que sea el que os doy, creed que no tendré menos consideración por vos. —Haré lo que sea, señora, dijo Justine; me siento demasiado feliz encontrando al menos vida y honor en vuestra casa. —Seréis mi doncella de retrete, hija mía, prosiguió la Delmonse; os encargaréis de todo lo que atañe a la limpieza de esa parte, y si os comportáis bien, antes de un año os elevo al puesto de tercera doncella. —¡Oh!, señora», respondió Justine, confusa, «no habría imaginado… —¡Ah!, ya veo; orgullo, Justine; ¿son ésas las virtudes que esperaba yo de vos? —Tenéis razón, señora, la humildad debe ser la primera; al menos ésa es la de mi estado y la de mis desgracias; ordenad que me pongan al tanto de mis deberes, y estad segura de mi exactitud en cumplirlos. —Yo misma os pondré al tanto, hija querida», respondió la Delmonse, conduciendo a Justine a dos gabinetes practicados detrás de la hornacina de espejo del elegante tocador de aquella sibarita; «mirad, éstos son los lugares de los que os ocuparéis. Éste», continuó abriéndole uno de los dos gabinetes, adornados de bidés[1] y de bañeras, «éste sólo tiene que ver con la limpieza; sólo se trata de vaciar y de llenar. Este otro», continuó Delmonse, abriendo el segundo, «es de un detalle algo menos honesto; ya lo veis, se trata de una silla agujereada: aquí hay muchos lugares a la inglesa[2], pero yo prefiero este sillón; ya adivináis, hija mía, el cuidado que debéis tener de él, así como de los demás recipientes de porcelana, destinados a necesidades más ligeras. Todavía hay otra cosa de la que debo advertiros: es una delicadeza, lo sé; pero se ha vuelto hábito en mí, y no me privaría de ella sin pena. —¿Y de qué se trata, señora? —Hay que estar siempre ahí cuando obro, y… voy a decirte el resto al oído, hija mía; porque, cuando una es virtuosa, se ruboriza ante la obligación en que se ve de hacer confesiones semejantes; con el algodón que ves en este armario de madera de caoba, hay que purificar…, limpiar las manchas que arrastran necesariamente con ellas esas sucias necesidades de la naturaleza.

—¿Yo, señora? —Sí, hija mía, tú en persona; la que estaba antes que tú hacía cosas peores; pero a ti, querida Justine, te respeto; eres virtuosa, y eso me infunde respeto. —¡Eh!, ¿y qué hacía entonces la que estaba antes que yo? —Lo mismo, pero con la lengua. —¡Ah, señora! —Sí, me doy cuenta de que es duro. Ahí es adonde nos conducen el lujo, la molicie y el olvido de todos los deberes sociales; cuando se llega a ese estado, se suele mirar todo lo que nos roza únicamente como objetos hechos para sernos sometidos…, un gran apellido, cien mil libras de renta, consideración, crédito; eso es lo que nos lleva a estos últimos grados de la corrupción meditada; pero estoy corrigiéndome, querida; me convierto, por honra; y tu sublime ejemplo ha de consolidar el milagro. Seréis alimentada, Justine; comeréis con mis doncellas; y ganaréis cien escudos al año; ¿estáis de acuerdo? —¡Ay!, señora, dijo Justine, el infortunio no regatea nunca; le convienen todos los socorros que se le ofrecen; pero su gratitud es proporcional a la clase de favores que se le hacen y a la manera en que se los hacen. —¡Oh!, quedaréis satisfecha en todo eso, Justine, os lo prometo, respondió Delmonse; sólo quedan mis hábitos, a los que os suplico que no me hagáis renunciar… ¡Ah!, se me olvidaba enseñaros vuestro cuarto; da a estos dos gabinetes, y está detrás, totalmente separado de ellos; es una especie de fortaleza… por cierto que muy bonita, una buena cama…, mi campanilla en caso necesario; aquí lo tenéis: os dejo en vuestro cuarto, corazón, felicitándome por haber podido hacer algo que os resulte agradable».

En cuanto Justine se quedó sola, su profunda sensibilidad le arrancó nuevas lágrimas. «¡Cómo!», decía, al ver el envilecimiento de su suerte, «esta mujer, que me retira, según pretende, a su casa por estima de mi virtud, se complace sin embargo en envilecerme hasta el punto de destinarme a unas funciones tan bajas como las que su orgullo me propone. ¿Y por qué, si todos los individuos se parecen, es preciso que haya unos condenados a prestar a otros servicios tan humillantes como éstos? ¡Oh dulce igualdad de la naturaleza!, ¿no reinaréis, pues, nunca entre los hombres?».

Llaman a Justine para cenar; conoce entonces a sus tres compañeras, las tres bonitas como ángeles. Por la noche empieza sus honorables funciones; primero el excusado, luego el bidé. Justine guiaba la esponja, empapaba, lavaba, limpiaba; y todo esto en un silencio que le pareció muy extraordinario: parecía como si la dignidad de la señora condesa Delmonse quedase comprometida si conversaba con su criada; o quizá, y es lo que sobre todo nosotros creíamos, Mme. Delmonse se callaba para no comprometer el gran secreto que concernía a su débil esclava.

Sin embargo, la observadora y sensata huérfana no tardó mucho en darse cuenta de que los ejemplos de virtud que, según se le había asegurado, pretendían tomar de ella, aún no habían convertido en santa a su respetable ama. Aprovechando la ausencia de su marido, la bribona se divertía sin contemplaciones; y las orgías que se celebraban en el voluptuoso tocador contiguo a los dos gabinetes confiados a los cuidados de Justine pronto la convencieron de la escasa sinceridad de la conversión de aquella mujer: una vez, incluso, dos o tres jóvenes fueron a parar a tales

excusados, e insultaron con bastante viveza a Justine, que procedía a cumplir en ellos sus funciones. Se quejó por ello; apenas se dio la impresión de oírla; y la virtuosa criatura, pensando en abandonar pronto la casa, se decidió no obstante por prudencia a esperar todavía un tiempo. Cierto día creyó oír la voz de Dubourg; presta oído, y no distingue nada: era él; pero se habían tomado suficientemente bien las precauciones para que cuanto se tramaba contra ella estuviese siempre revestido con los velos del más increíble misterio.



Hacía aproximadamente unos dos meses que llevaba en aquella casa una vida tan tranquila como uniforme cuando Mme. Delmonse, sin poder contener por más tiempo los ardores de su lujuria, pasó una noche a su excusado, muy enardecida de vino y de lujuria: «Justine, dijo con un aire algo menos grave, el puesto de mi tercera doncella quedará pronto vacante; Suzanne, que lo ocupa, se ha enamorado de mi primer lacayo, y los caso; pero, hija mía, para ascender a ese puesto, exijo de ti complacencias muy distintas de las que acaban de formar las bases de tu deber. —¿Y

de qué se trata, señora? —Es necesario que nos acostemos juntas, Justine; es necesario que me masturbes… —¡Oh!, señora, ¿es eso virtud?… —¿Cómo? ¿Todavía no te has cansado de tus quimeras? —¿Quimeras, señora?… ¿La virtud una quimera? —Desde luego, ángel mío, no la hay más despreciable. Las virtudes, las religiones, todo eso son frenos populares de los que se burlan los filósofos y que infringen jugando: las únicas leyes de la naturaleza son nuestras pasiones; y desde el momento en que contrarían la virtud, ésta ya no tiene nada de real. Por un momento creí que podía vencer el violento amor que me inspiras: satisfecha con tenerte, creí que tu presencia suavizaría el daño que tus ojos hacían en mi corazón; y si te he sometido a las funciones que ejerces es porque me procuraban el placer de mostrarme a menudo desnuda en tu presencia; pero tu insensibilidad me subleva; no puedo seguir imponiendo silencio a mis pasiones, tienen que ser satisfechas al precio que sea: ven, sígueme, hija celestial»; y, a pesar de las resistencias de Justine, Delmonse la arrastra a su aposento. No hubo entonces nada que aquella seductora no emplease para acabar de corromper la virtud de la joven: regalos, promesas, palabras halagüeñas, se valió de todo; pero fije inútil; y las firmes resistencias de Justine convencieron a Mme. Delmonse de que los prejuicios de la virtud pueden tener en una joven fuerza bastante para resistir todos los ataques del crimen. Desde ese momento la arpía ya no se contiene: la lujuria se trueca fácilmente en furia en almas de ese temple[*]: «Pérfida criatura», le dijo en el colmo de la rabia, «ya sabré yo arrancarte por la fuerza lo que niegas de buen grado a mis pasiones». Llama: aparecen dos de sus doncellas; estaban avisadas. Esclavas de las fantasías de su ama, estaban acostumbradas hacía mucho a favorecerlas y servirlas: casi desnudas como ella, y desgreñadas, las tres parecidas a bacantes, agarran a Justine, la desnudan; y, mientras las dos acólitos la exponen a las caricias impuras de su lujuriosa patrona, ésta, arrodillada delante del altar de los placeres, espanta al pudor, expulsa de él la virtud para sustituirlo por la depravación y el libertinaje más rebuscado… ¿Quién podría creerlo?… ¡Qué infame! Chupaba a Justine, hundiéndole al mismo tiempo un dedo en el agujero del culo: una de las mujeres se encargaba de acariciarle el clítoris; otra, los dos bonitos pezoncillos apenas despuntados de aquella niña encantadora: pero la naturaleza aún no había dicho nada al corazón ingenuo de nuestra interesante huérfana. Fría, insensible a todas las maniobras intentadas en ella, no respondía sino con suspiros y lágrimas a los esfuerzos multiplicados de aquellas tríbadas. Cambian las posturas: la impúdica Delmonse se pone a caballo sobre el pecho de la hermosa niña; le coloca el coño en la boca; una de las mujeres la masturba por delante y por detrás al mismo tiempo; una segunda sigue haciendo correrse a Justine, cuyo bello rostro es inundado dos veces seguidas por chorros multiplicados de la semilla impura de Delmonse, que se corre, según dicen, como un hombre. Todo horroriza a Justine; nada la conmueve, todo le repugna. Irritada por tanta resistencia, la Delmonse entra en una inconcebible furia: agarra a Justine por los pelos, la arrastra hasta su cuarto, la encierra en él y la deja varios días ayunando a pan y agua.

Pero, hasta ese momento, Mme. Delmonse no había pensado más que en satisfacer su pasión; casi había perdido de vista lo que había convenido con Dubourg, quien, por su parte, ocupado en nuevos placeres, parecía olvidar éstos. La esperanza de vengarse hace recordar a Delmonse sus promesas; goza con la deliciosa idea de encontrar un enemigo más a la infortunada; y el relato de lo que ocurrió va a poner al descubierto las tramas que aquellos malvados emplearon.

Al octavo día, Delmonse devolvió a Justine su libertad. «Volved a vuestra tarea, le dijo muy seria, y si os portáis bien, tal vez pueda olvidar vuestros errores. —Señora, respondió Justine, desearía que tuvieseis a bien contratar a otra en mi lugar: me doy cuenta perfectamente de que no tengo lo que es preciso para agradaros; y prefiero una posición menos lucrativa, y que no me comprometa tanto. —Necesito quince días para eso, dijo en tono agrio Mme. Delmonse: cumplid vuestras tareas con toda exactitud hasta esa época; y, si entonces seguís teniendo las mismas intenciones, os sustituiré». Justine acepta, y todo se tranquiliza.

Unos cinco días antes del vencimiento de ese plazo, en el momento de acostarse Mme. Delmonse ordenó a Justine pasar a su aposento. «No tengáis miedo, señorita», le dijo al verla conmovida, «no tengo ganas de exponerme por segunda vez a vuestras humillaciones; estoy más acostumbrada al asentimiento que al rechazo; os llamo por mi servicio, y no por otra cosa». Justine entra; mas ¡cuál es su sorpresa cuando ve a Dubourg casi desnudo, en medio de las dos doncellas de la Delmonse, atareadas ambas en servir las pasiones de aquel libertino! ¡Y qué le pasa cuando oye cerrarse las puertas y que el tono, las palabras y la fisonomía de aquella a quien se enfrenta no le presagian sino desgracias! «¡Oh, señora!», exclama cayendo a los pies de aquella pérfida mujer, «¿cuál es la nueva trampa que me preparáis? ¿Es posible que un ama abuse con tanta crueldad de la impotencia y la miseria de una desdichada criada? ¡Oh, qué horror, gran Dios! ¡Y qué crimen cometéis contra todas las leyes divinas y humanas! —¡Oh!, ¡espero que pronto nos corramos con mayor energía!», dijo Dubourg levantándose y pegando sus labios impuros sobre la boca delicada de Justine, que se aparta con asco… «¡Oh!, sí, sí, prosigue aquel monstruo, pronto vamos a entregarnos a otros crímenes; y espero que por fin esa orgullosa virtud no encuentre más defensas». Al mismo tiempo Justine es agarrada, despojada de sus ropas y ofrecida al instante completamente desnuda, por las mujeres de Delmonse, a los indecentes planes del financiero.

Dubourg, casi seguro, según pretende, de follar en esta ocasión dos veces por lo menos, reserva para el final aquél de los dos virgos de Justine que más le interesa, y es el del coño el que presentan a sus primeros ardores. El malvado avanza; es la misma Delmonse quien lo guía, y quien, con la espada del lascivo en la mano, se dispone a hundirla en el seno de su víctima; pero Dubourg, siempre partidario de los detalles, quiere empezar con algunos de esos pequeños suplicios libidinosos cuyos goces tanto poder tienen sobre sus sentidos abotagados. Idólatra del culo, el bribón quiere verlo: ¡es tan lindo el de Justine! Se lo presentan; lo cachetea, lo acomoda,

abofetea a la víctima, le manipula brutalmente el montículo, le pellizca las tetas, pierde el sentido ante las tres bellezas que le rodean, quiere hacerles sufrir las mismas pruebas. Una de las doncellas de Delmonse, sobre todo, alta criatura de diecisiete años hecha para ser pintada y hermosa como un ángel, parece enardecerle de manera increíble; por desgracia, se la están meneando, y muy hábilmente, mientras él hace estos preludios. ¡Ay!, el mismo accidente de la primera sesión se produce también en ésta. Dubourg sólo tiene tiempo de lanzarse sobre Justine: las vías bien empapadas le son ofrecidas entreabiertas; pero el arma se dobla a medida que exhala el licor que la mantiene en ristre. Dubourg, cuya descarga es impetuosa, pierde la cabeza tras proceder así; no tiene ya ni suficiente presencia de ánimo ni suficiente fuerza para ensartarla. «¡Ah!, me cago en Dios, rediós, maldito nombre de Dios», exclama agobiando a bofetadas y puñetazos a la pobre Justine, y embadurnándole el coño de leche, «ah, maldito rediós que aborrezco, mi plan ha fallado».

—No te asustes, Dubourg, dijo Delmonse; el Dios o el Diablo que protege a esta pequeña zorra no siempre saldrá vencedor; ella sucumbirá: repara tus fuerzas, aquí tengo algo para devolvértelas». Y al mismo tiempo le frota los cojones con un licor cuya virtud conoce, le hace servir un caldo hecho de aromas y especias cuyo efecto es, según dice, seguro. Nuevas provocaciones de las tres mujeres se unen a esos estimulantes: no hay nada que las muy granujas no hagan, nada que su lubricidad no invente, ningún gusto que no prevengan, ninguna fantasía que no adivinen, ninguna pasión que no estimulen; tan pronto víctimas como sacerdotisas, reciben en el momento lo que acaban de dar; y el bonito cuerpo de Justine, completamente desnudo, que no cesan de ofrecer al lascivo, las lágrimas, los lamemos de la hermosa niña, acaban prestando a la escena toda la excitación que puede tener. Dubourg se empalma; se acerca a su objeto. Como era el coño lo que había intentado atacar, le suponen los mismos designios y se lo presentan: «Eh, no, no, dadme el culo, exclama; ha sido ese jodido coño el que lo ha estropeado todo, lo detesto; me ha tentado una doncellez; pero no se engaña a la naturaleza: no me ofrezcáis más que el culo, amigas mías, es sólo el culo lo que quiero joder». Al punto le son mostradas las deliciosas nalguitas de Justine; pero el movimiento perturba el ataque: Dubourg quiere volver a presentarse en él; Justine, asustada, se agita con tanta violencia y agilidad que escapa de los brazos que la cautivan y se precipita bajo la cama lanzando horribles chillidos. Y allí, como en una fortaleza, nuestra heroína atrincherada grita que ni súplicas ni amenazas serán capaces de hacerla salir, y que morirá antes que rendirse. La feroz Dubourg la golpea con un bastón; más ágil que una anguila, Justine evita todos los golpes. «Hay que aplastarla, dice Dubourg, hay que hundir la cama y ahogarla debajo del colchón». Pero como el lascivo no cesa de hacer que se la meneen mientras idea todos estos horribles planes, como soba a derecha e izquierda todos los atractivos que se le ofrecen, la naturaleza engaña por segunda vez su criminal esperanza; no tiene sino el tiempo de zambullirse en el culo de la bonita niña de diecisiete años de la que hemos hablado hace un momento, donde sus ardores se

apaciguan de tal modo que hace esperar a la triste Justine estar tranquila por lo menos el resto de la noche. Pero la infortunada sigue temblando. Nada puede decidir a nuestra querida niña a abandonar su refugio, mientras no esté segura de Dubourg. Entonces gana su cuarto temblando y renovando a su ama las más vivas instancias para que la deje salir de una casa en la que su virtud se encuentra tan cruelmente comprometida a cada instante. Furiosa, Delmonse no responde sino con desprecios.

Algo tranquilizada por sus compañeras, Justine reanuda sus ocupaciones sin pensar que, tras los perjuicios que aquellos malvados tienen que echarle en cara, sobre su cabeza deben cernirse necesariamente las venganzas más clamorosas.

Madame Delmonse tenía por costumbre, cuando iba a su excusado, poner sobre una *chiffonnière*[3] un soberbio reloj, enriquecido con diamantes; cuando había terminado, volvía a cogerlo; algunas veces se le olvidaba, y Justine, entonces, se lo llevaba inmediatamente. Tres días después de los hechos que acabamos de contar, el reloj de Mme. Delmonse se pierde, y esta vez no lo encuentran. Interrogan a Justine, que responde del cumplimiento de sus deberes, y da por prueba la conducta de la que hasta ese momento ha hecho profesión. Delmonse no dice palabra; pero a la noche siguiente, nada más retirarse Justine a su cuarto, acaba de arrojarse sobre la colcha inundada de lágrimas para disfrutar de unos instantes de reposo cuando oye echar abajo su puerta… ¡justo Cielo! Es su propia ama, guiando a un comisario… de arqueros. "Cumplid vuestro deber, señor, dice la Delmonse al hombre de la justicia; esta desgraciada me ha robado el reloj; se lo encontraréis encima o en su cuarto… —¿Yo robaros, señora?», dice Justine confundida, lanzándose medio desnuda al pie de su cama, «¡ah!, ¿quién debe estar más convencida que vos de mi inocencia y de mi probidad?». En ese momento los ojos asustados de Justine caen maquinalmente sobre uno de los cuatro corchetes que sirven de escolta al comisario. ¡Oh, Gran Dios! Reconoce a Dubourg; es él, es aquel insaciable libertino que, no contento con la execración a que su perversidad le entrega, acaba de llevar su ferocidad hasta el punto de ir en persona, con aquel disfraz, a recoger, bajo los rasgos descompuestos de su desdichada víctima, todas las muestras del dolor y de la desesperación en que su maldad la sume; refinamiento execrable, sin duda, pero cuyo efecto debía de ser muy vivo sobre un alma tan depravada. «Estoy perdida», dice Justine al reconocerle: quiere hablar; pero la Delmonse hace tanto ruido que nuestra desgraciada huérfana no es oída. Las pesquisas continúan. El reloj aparece: Dubourg, que acaba de colocarlo, lo muestra al comisario, bajo un colchón. Con pruebas de tal fuerza, no hay posibilidad de réplica. Justine es detenida: Dubourg disputa a sus colegas el honor de ser él quien la are. Unas cuerdas bastas, aplicadas por la mano del vicio, desgarran, hieren de forma inhumana las manos del candor y la inocencia. Se dice incluso que, mientras lo hacía, el malvado tuvo la osadía de acercar a su calzón las manos que encadena, de hacerles sentir todo el efecto que aquella escena atroz produce sobre sus sentidos emocionados.

En fin, sin poder dar explicaciones, Justine es arrojada en un coche de punto. Son Dubourg y su lacayo disfrazado con el traje de uno de los soldados los que la acompañan para encerrarla en unos calabozos donde mejor hubieran estado aquellos monstruos. Una vez en el coche con su cómplice, es imposible imaginar las atrocidades que Dubourg intenta. ¿Qué defensa ofrecerá Justine? Está atada; y lo más extraordinario es que la propia Temis[4] asegura esta vez los proyectos desastrosos del crimen. El lacayo la domina; Justine es remangada, manoseada, besada, hurgada por todas partes; pero el libertino, demasiado enardecido, no recibe por suerte de la naturaleza las fuerzas necesarias para consumar su crimen; y el altar una vez más es rociado con el homenaje que un exceso de ardor impide derramarse en el santuario. El coche llega; se apean; y nuestra inocente heroína es encarcelada como ladrona, sin que pueda hacer oír una sola palabra para justificarse.

El proceso de un desdichado que carece de crédito y de protección se hace rápidamente en un país donde se tiene a la virtud por incompatible con la miseria…, donde la desgracia es una prueba completa contra el acusado: una prevención injusta hace creer que quien ha podido cometer el crimen, lo ha cometido; los sentimientos se miden por el estado en que se encuentra el culpable; y tan pronto como el oro o los títulos no dejan sentada su pureza, la imposibilidad de que pueda ser inocente queda entonces demostrada[*].

Por más que Justine se defendió; por más que proporcionó los mejores medios al abogado de oficio que le dieron por un momento, su ama la acusaba; se había encontrado el reloj en su cuarto; estaba claro que ella lo había robado. Cuando quiso citar las seducciones, los atentados dirigidos contra su honra, la mascarada de Dubourg, sus maniobras durante la conducción, sus quejas fueron tomadas por denuncias; se les dijo que M. Dubourg y Mme. Delmonse eran conocidos desde hacía mucho por personas íntegras, incapaces de semejantes horrores. Por lo tanto fue trasladada a la Conciergerie[5], donde por el momento vio pagada con su vida su negativa a tomar parte en un horror. Sólo un nuevo delito podía salvarla. La Providencia quiso que el crimen sirviese, por lo menos una vez, de égida a la virtud, que la librase del abismo en que iban a engullirla la maldad de los hombres y la imbecilidad de los jueces. Justine se permitió algunas quejas amargas contra los granujas que la perdían con aquella crueldad; pero sus imprecaciones, lejos de atraer sobre ellos la cólera del Cielo, sólo sirvieron para hacerles dichosos. Delmonse heredó pocos días después de un tío muerto en las Islas[6], que le dejó cincuenta mil libras de renta; y Dubourg obtuvo del gobierno una administración general que, en ese mismo mes, aumentó sus rentas de cuatro mil a cien mil francos anuales.

Por lo tanto es cierto que la prosperidad puede acompañar y coronar el crimen; y que, en medio del desorden y de la corrupción, todo lo que los hombres llaman felicidad puede derramarse sobre la vida. ¡Cuántos ejemplos de esta triste verdad nos quedan todavía por ofrecer![*]

CAPÍTULO III

Acontecimiento que rompe los grillos de Justine.
Qué sociedad la arrastra. Nuevos peligros
que corre su pudor. Infamias de las que es testigo.
De cómo y con quién escapa de los malvados
a los que la encadena su estrella.

Tenía Justine por vecina en su prisión a una mujer de unos treinta y cinco años, tan célebre por su belleza y por su inteligencia como por la clase y la multitud de sus fechorías. La llamaban Dubois; y estaba, lo mismo que Justine, en vísperas de sufrir su condena a muerte. Sólo la clase de muerte inquietaba a los jueces: por haberse mancillado con todos los crímenes imaginables, se veían obligados, o a inventar para ella un suplicio, o a hacerle sufrir uno del que la ley exceptúa a las mujeres. Justine había inspirado cierto interés a aquella criatura, interés basado en el crimen, y que sin embargo sirvió para liberar a la virtud.

Una noche, quizá dos días antes de aquel en que las dos debían perder la vida, la Dubois dijo a Justine que no se acostase, y que se quedase a su lado, sin hacer nada, lo más cerca posible del postigo. «Entre las siete y las ocho, prosiguió, habrá un incendio en la Conciergerie: es obra de mis cuidados. Sin duda arderá mucha gente: poco importa, Justine; la suerte de los demás no debe importar nada cuando se trata de nuestro bienestar. Yo no conozco ese hilo de fraternidad ridícula que tienden entre los hombres la debilidad y la superstición. Aislémonos, hija mía, como nos hace nacer la naturaleza: ¿la vemos unir alguna vez un hombre a un hombre? Si en ocasiones nuestras necesidades nos acercan, separémonos en cuanto nuestros intereses lo exijan, porque el egoísmo es la primera de las leyes de la naturaleza, la más justa y la más sagrada indudablemente: no veamos nunca en los otros más que individuos hechos para nuestras pasiones o nuestros caprichos: disfracémonos, si somos los más débiles; utilicemos todos nuestros derechos como los animales, si somos los más fuertes. En una palabra, en medio del asesinato y del incendio, nos salvaremos cuatro compañeros míos, tú y yo. Sí, nos salvaremos, te lo prometo. ¡Qué te importa lo que le pase a los demás! Síguenos».

Por uno de esos caprichos inexplicables del destino, su mano, que acababa de castigar la inocencia en nuestra heroína, sirvió al crimen en su protectora. Se declaró un incendio; el incendio fue horrible; hubo sesenta personas abrasadas; pero Justine, la Dubois y sus cómplices se salvaron, y aquella misma noche llegaron a la cabaña de un cazador furtivo del bosque de Bondy, íntimo amigo de la banda.

«Ya estás libre, Justine, dijo entonces la Dubois; ahora puedes elegir la clase de vida que te plazca; pero si sigues mis consejos, hija mía, renunciarás a esas prácticas

de virtud que, como puedes ver, nunca te han servido para nada. Una delicadeza fuera de lugar, puesto que sólo se trataba de ser follada y puesto que no debes dudar, por los relatos que me has hecho, de que la Delmonse y Dubourg no sean los agentes de tu perdición; una delicadeza ridícula, digo, te lleva a los pies del cadalso; un crimen horrible me salva de él a mí. Piensa para qué sirven las buenas acciones en el mundo, y si merece la pena inmolarse por ellas. Eres joven y bonita, Justine: en dos años me encargo de hacer tu fortuna. Pero no pienses que te guío al santuario de su templo por los senderos de la honradez: cuando se quiere seguir ese camino, hay que acometer más de un oficio, y servir a más de una intriga. El robo, el asesinato, el pillaje, el incendio, el puterío, la prostitución, la depravación: ésas son las virtudes de nuestra condición; nunca admitimos otras. Piensa, querida niña, y danos enseguida una respuesta; porque en esta choza no estamos a salvo, y debemos partir antes del amanecer.

—¡Oh!, señora, respondió Justine; tengo deudas de gratitud hacia vos, y estoy lejos de intentar sustraerme a ellas: me habéis salvado la vida; para mí es horrible que haya sido mediante un crimen. Creed que si me hubiese visto obligada a cometerlo, habría preferido mil muertes al dolor de participar en él. Soy consciente de todos los peligros que he corrido por haberme guiado por los sentimientos honrados que siempre pervivirán en mi corazón: pero sean cuales fueren, señora, los peligros de la virtud, siempre los preferiré a los detestables favores que acompañan al crimen. En mí hay principios de moral y de religión que, gracias al cielo, no me abandonarán nunca. Si la mano de Dios vuelve mi existencia penosa, es para compensarme en un mundo mejor: esta esperanza me consuela; él suaviza mis penas; él aplaca mis quejas; él me fortalece en mi desamparo, y me hace arrostrar todos los males que quiera la Providencia enviarme. Esa dulce alegría se apagaría inmediatamente en mi alma si llegase a mancharme con un crimen; y, junto con el temor a los castigos de este mundo, tendría la dolorosa visión de los suplicios del otro, que no me dejaría un instante de calma en la vida.

—¡Joder!», exclamó la Dubois frunciendo el ceño, «vaya unos sistemas absurdos, que pronto te conducirán al hospital. Olvídate de tu infame Dios, hija mía: su justicia celestial, sus castigos o sus recompensas, todas esas simplezas sólo sirven para los imbéciles, y tú eres demasiado inteligente para creer en ellas. ¡Oh Justine!, la dureza de los ricos legitima la mala conducta de los pobres: que sus tesoros se abran a nuestras necesidades; que la humanidad reine en su corazón; y las virtudes podrán asentarse en el nuestro; pero mientras nuestro infortunio, nuestra paciencia para soportarlo, nuestra buena fe y nuestra sumisión sólo sirvan para aumentar nuestras cadenas, nuestros crímenes serán obra suya. ¡Eh!, haremos muy mal en rechazarlos cuando pueden disminuir el yugo con que su crueldad nos carga. La naturaleza nos creó a todos iguales, Justine: si los injustos rigores del destino se complacen en estorbar ese primer plan de las leyes generales, nos [oca a nosotros corregir los caprichos y reparar con nuestra habilidad las usurpaciones del más fuerte. Me gusta

oír a esa gente rica, a esa gente titulada, a esos magistrados y a esos sacerdotes; me gusta verles predicarnos la virtud: es muy fácil no robar cuando se tiene tres veces más de lo necesario para vivir; muy trabajoso no concebir nunca el crimen, cuando, rodeado sin cesar de lisonjeros, nada puede excitar a la venganza; muy penoso en verdad ser temperante y sobrio cuando a toda hora está uno rodeado de los platos más suculentos; a esas gentes opulentas y ociosas les cuesta mucho ser sinceros cuando no se les presenta ningún interés de mentir; no hay gran mérito en no desear la mujer de otros cuando sin cesar se ofrece a sus sentidos cuanto la lubricidad puede tener de más vivo; pero nosotros, Justine, nosotros, a quienes esa providencia bárbara, ese Dios vano y ridículo al que en tu locura has convertido en tu ídolo, ha condenado a reptar en medio de la humillación, como la serpiente entre la hierba; nosotros, a quienes nadie ve sino con desprecio, porque somos pobres; a quienes tiranizan, porque somos débiles; a nosotros, cuyos labios sólo son regados con hiel y cuyos pasos no pisan más que espinos, ¿quieres que nos prohibamos el crimen cuando sólo su mano nos abre la puerta de la vida, nos mantiene y nos conserva en ella y nos impide perderla? ¿Quieres que, perpetuamente sometidos y degradados, mientras esa clase que nos domina tiene para ella todos los favores de la fortuna, únicamente nos reservemos la pena, el abatimiento y el dolor, la necesidad y las lágrimas, la deshonra y el cadalso? No, Justine, no, no: o ese Dios en el que cometes la tontería de creer sólo ha sido hecho para nuestro desprecio, o no son ésas sus voluntades. Vamos, querida, cuando la naturaleza nos coloca en una situación en que el mal se nos vuelve necesario, y al mismo tiempo nos deja la facultad de ejercerlo, es que el mal sirve a sus leyes lo mismo que el bien, y que ella gana tanto con el uno como con el otro. El estado en que nos creó es la igualdad: quien altera ese estado no es más culpable que quien trata de restablecerlo; los dos obran según unas impresiones recibidas; los dos deben seguirlas y gozar en paz».

La elocuencia de la Dubois era tan rápida como la de Delmonse con medios iguales: es más fácil defender la causa del crimen para quien lo comete por necesidad que para quien sólo se entrega a él por libertinaje; y Justine, aturdida, pensó en volverse víctima de las seducciones de aquella mujer hábil; pero una voz más fuerte que lucha en su corazón declara a su corruptora que está decidida a no rendirse nunca, que el crimen la horroriza, y que prefiere la muerte más espantosa a la horrible obligación de cometerlo. «Bueno, respondió la Dubois, haz lo que quieras; te abandono a tu mala suerte; pero, si alguna vez te cuelgan, cosa que no podrás evitar por la fatalidad que salva al crimen mientras que siempre inmola a la virtud, acuérdate al menos de no hablar nunca de nosotros».

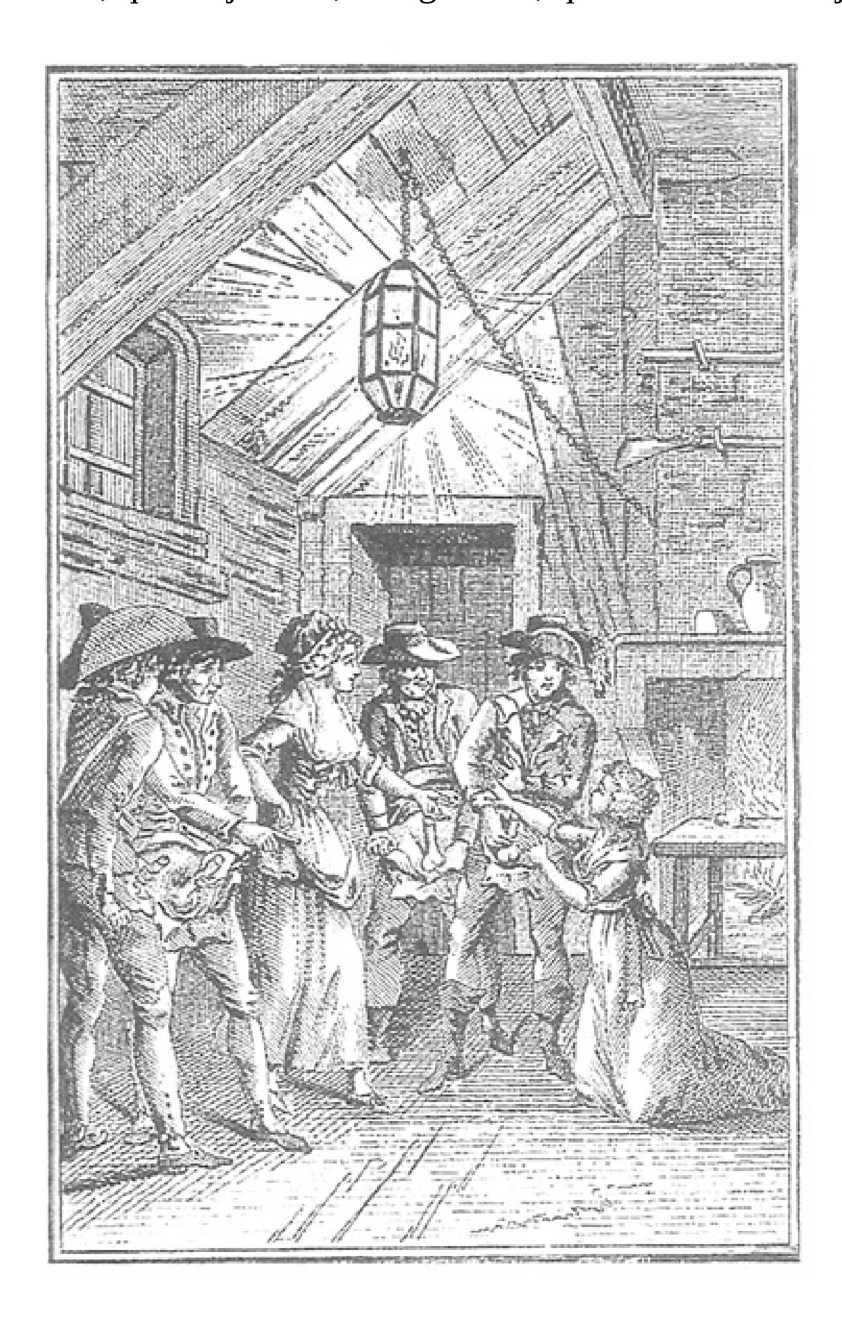
Durante este diálogo, los cuatro compañeros de la Dubois bebían con el cazador furtivo; y como por lo general el vino dispone el alma del malhechor a los mayores excesos, los malvados, nada más conocer las resoluciones de nuestra infortunada, decidieron convertirla en víctima, ya que no podían hacer de ella su cómplice. Sus principios, su profesión (eran salteadores de caminos), sus costumbres, el actual

estado de su físico (enseguida se empalma uno después de tres meses de prisión), el sombrío reducto donde se encontraban, lo cerrado de la noche, la especie de seguridad en que se hallaban, la embriaguez, la inocencia de Justine, su edad, los divinos atractivos con que la naturaleza la había embellecido, todo esto los electriza y los anima. Se levantan de la mesa; celebran consejo; y el resultado es una orden a Justine de prestarse inmediatamente a satisfacer los deseos de cada uno de los cuatro, por las buenas o a la fuerza. Si se prostituye por las buenas, cada uno le dará un escudo para llevarla a donde ella quiera: si se ven obligados a emplear la violencia, lo que quieren hacer se hará lo mismo; pero, para que el secreto quede guardado, la apuñalarán después de quedar satisfechos, y la enterrarán al pie de un árbol.

Es inútil pintar el efecto que esa cruel deliberación produjo en el alma de Justine; nuestros lectores lo comprenderán fácilmente. Se arroja a los pies de la Dubois; la conjura a ser por segunda vez su protectora: mas la bribona no hace sino reírse de sus lágrimas. «Sangre de Cristo, le dice, sí que eres desgraciada; ¡tiemblas ante la obligación de verte follada sucesivamente por cuatro guapos mozos como éstos! Mira», le dice presentándoselos uno tras otro, «mira éste: se llama Rompebarbas, de veintiocho años, hija mía, y un miembro… que todos admirarían de no ser por el de mi hermano, el de éste: es Corazón de Hierro, de treinta años; mira cómo está hecho; ¡y qué polla! Apuesto a que no la abarcas con tus dos manos; este tercero es Sin Cuartel; mira qué bigotes; veintiséis años; (más bajo) Justine, la víspera de nuestro encarcelamiento me jodió once veces en una sesión; ¡oh!, del cuarto tendrás que admitir que es un ángel; es demasiado guapo para este oficio; veintiún años; le llamamos el Rueda, y terminará en ella; con las disposiciones que tiene para el crimen, no puede dejar de tener ese destino; pero es su polla, Justine, es su polla lo que tienes que ver; imposible hacerse idea de un artefacto de esta especie; mira lo larga que es, lo gorda y dura que está: ¡y qué roja es esa cabeza! Mira, cuando tengo eso en mis entrañas, me creo mejor jodida de lo que nunca lo fue Mesalina. Pero ¿sabes, hija mía, que hay en París diez mil mujeres que darían la mitad de su oro y de sus joyas por estar en tu lugar? Escucha, continuó sin embargo tras un instante de reflexión: tengo suficiente imperio sobre estos bribones para conseguir tu perdón, en condiciones de las que tendrás que hacerte digna. —¡Ay!, señora, ¿qué debo hacer? Ordenadme lo que sea, estoy dispuesta. —Seguirnos, matar, robar, envenenar, asesinar, incendiar, saquear, causar estragos como nosotros; a ese precio te perdono lo demás». Justine pensó en este punto que no debía vacilar. Cierto que, aceptando esa cruel condición, corría nuevos peligros; pero eran menos acuciantes que los que la amenazaban en ese momento. «Bien, señora, iré a donde sea, exclamó, a donde sea, os lo prometo; salvadme de la furia de estos hombres y no os abandonaré en la vida.

—Niños, dijo la Dubois, esta joven es de la banda; yo la recibo; os ruego que no utilicéis la violencia con ella; no hagáis que el oficio le repugne; su edad y su figura pueden atraer víctimas a nuestras redes; sirvámonos de ella, y no la sacrifiquemos a nuestros placeres».

Pero las pasiones poseen un grado de energía en el hombre que nada puede contenerlas: cuanto más se trata entonces de hacerles oír la voz de la razón, más reprime esa voz su perversidad; y entonces, los medios ofrecidos para apagar el incendio casi nunca sirven para otra cosa que para darle más actividad. Los camaradas de la Dubois se hallaban en este desdichado caso. Los cuatro, polla en mano, no esperaban sino al destino, que consultaban echando los dados, para saber a cuál de ellos estarían destinadas las primicias. Los muy bribones bebían, jugaban y se la meneaban: mas negativas o razones, de poco sirven en almas así dispuestas. «No, me cago en Dios, dijo Rompebarbas, esta tiparraca tiene que pasar por ahí; es el único medio de que se salve. ¡Se diría que hay que hacer una prueba de virtud para ser aceptado en una banda de ladrones, y que hay que tener íntegro el virgo para ir a matar por el camino real! —¡Jodido rediós! ¡Quiero follar», exclamó Sin Cuartel, avanzando hacia Justine polla en ristre y dispuesto a metérsela; «sí, jodida sangre de Cristo del que me río, quiero joderla, o degollarla; que ella misma elija».



Dulce y temblorosa víctima, nuestra desdichada niña estaba estremecida; apenas si tenía fuerza para respirar: de rodillas delante de aquellos cuatro bandidos, sus débiles brazos se alzaban para implorarles; e invocaba santamente al Dios que profanaban tantas blasfemias. «Un momento», dijo Corazón de Hierro, quien, en su condición de hermano de la Dubois, tenía el honor de mandar la banda: «un momento, amigos míos; la tengo igual de dura que vosotros. Ya lo veis», continuó golpeando la mesa con su polla y cascando con ella una nuez: «como vosotros, quiero correrme; pero creo que podemos satisfacernos y que todo el mundo quede contento. Ya que a esta putilla parece importarle tanto la virtud, y que, como muy sensatamente dice mi hermana, esa cualidad que de tantas maneras puede practicarse quizá nos resulte necesaria, dejémosle su doncellez; pero alguien tiene que calmarnos: las cabezas ya no lo están; y, en el estado en que nos encontramos, ya lo ves, hermana mía, tal vez os degollaríamos a las dos si os resistís a nuestros proyectos. Las pasiones del hombre desenfrenado son terribles; es un río que se desborda y que asola todos los alrededores si no se le abre una salida. Tú, Dubois, debes acordarte de habernos visto matar a menudo a mujeres que se nos resistían; y, lo que es más peculiar, has visto cómo el resultado de tales crímenes terminaba siendo el mismo de la lujuria, y a nuestra leche correr sobre la sangre como hubiese corrido en unos coños. Por lo tanto, no nos detengas, te lo aconsejo: conténtate con dirigirnos. Y lo que propongo es lo siguiente:

«Justine tiene que desnudarse tanto como el día en que vino al mundo. Exijo que, en ese estado, se preste sucesivamente a los distintos caprichos lujuriosos que nos plazca tener con ella, mientras la Dubois, aplacando nuestros ardores, quema el incienso en los altares cuya entrada nos niega esta extravagante.

—¡Desnudarme!, exclamó Justine… ¡Quitarme la ropa delante de hombres! ¡Oh, justo Cielo!, ¿qué exigís? Y cuando quede entregada de ese modo a vuestras miradas, ¿quién me protegerá de vuestros insultos? —Pero ¿quién te protege de ellos ahora, pura?», dijo el Rueda meriendo la mano bajo las faldas de Justine, y pegando sus labios a la boca. «Sí, me cago en San, ¿quién te protege de ellos?, dijo Sin Cuartel agarrando el reverso de la medalla que palpaba el Rueda. Ya ves que eres nuestra; ya ves que la sumisión es el único partido que puedes tomar; obedece, o estás muerta. —Vamos, dejadla», dijo Corazón de Hierro, arrancándola de las manos de sus camaradas; «dejadla proceder tranquilamente a las disposiciones exigidas. —No», dijo Justine al verse libre, «no, no haréis de mí lo que queráis; sois los más fuertes, pero no conseguiréis nada de buen grado. —Bueno, zorra», le dijo Corazón de Hierro aplicándole una bofetada que la derribó sobre la cama, «seremos nosotros los que te desnudemos», y, pasándole las faldas por encima de la cabeza, las rasga con su cuchillo de una manera tan horrible que por un momento pudo creerse que era el vientre de aquella desdichada lo que el bribón partía en dos. En un instante, el cuerpo más hermoso del mundo quedó expuesto por segunda vez a cuanto la lujuria puede tener de más monstruoso. «Preparémonos, dijo Corazón de Hierro. Hermana, túmbate

tú en esta cama, y que Rompebarbas te encoñe. Justine, a horcajadas sobre Dubois, adelantará el coño hacia la cara de Rompebarbas y le meará en la boca; conozco sus gustos. —Joder», dijo el lascivo, acomodándose rápidamente al coño de la Dubois, «para mí no hay goce más vivo que éste, y te doy las gracias por la ocurrencia»: la encoña, le mean, se corre; y Sin Cuartel pone manos a la obra. «Mientras yo jodo a tu hermana, le dice al jefe, sujeta delante de mí a esta bribona». Todos obedecen. Con la mano abierta, y de una forma muy nerviosa, golpea con la mano unas veces las mejillas, otras los pechos de Justine; algunas veces la besa en la boca y le muerde la punta de la lengua; en otros momentos, las dos fresas de los pechos de nuestra desdichada niña resultan tan magulladas que está a punto de desmayarse. Sufre, pide gracia; de sus ojos corren unas lágrimas que no hacen sino encender con más ardor a aquel malvado, quien, sintiéndose por fin a punto de descargar, mientras sigue jodiéndola la coge por la cintura y la lanza a diez pasos.

Llega el turno del Rueda. Encoña a Dubois. «Espera, dice Corazón de Hierro, voy a darte por el culo, hijo mío; pondremos a esta mendiga en medio de nosotros; tú le maltratarás el coño, y yo el culo». Y la desdichada Justine, impulsada y vuelta a impulsar por aquellos dos bergantes, parece un joven sauce batido por dos tormentas. Por un lado, la delicada espuma que cubre el monte de Venus ya está siendo despiadadamente arrancada, mientras por otro las dos nalguitas más bonitas que nunca haya creado la naturaleza parecen magulladas por los pellizcos que sobre ellas imprimen a placer las uñas ganchudas de Corazón de Hierro; cuando los dos folladores cambian con presteza de altar, sustituyen el incesto por la sodomía y debido a esa inconstancia lúbrica, uno se convierte en marido de su hermana y el otro en amante de su cuñado. Pero Justine no sale ganando con ello. Corazón de Hierro, mejor excitado, no se vuelve sino más cruel: «A ver quién golpea más fuerte», dice abofeteando las mejillas; «tú, dale en el culo, hermano». ¡Ay!, es la historia del martillo sobre el yunque. Justine está tan herida que por su nariz salen oleadas de sangre. «Es lo que yo quería», dice Corazón de Hierro, poniendo su boca debajo. «Rompebarbas, tú quieres la unión, yo la sangre». La recibe, se la traga, y descarga; su jodedor le sigue muy de cerca; la voluptuosidad corona a ambos; y en el grupo renace la calma.

«En todo esto», dice la Dubois levantándose, «me parece que he sido yo la que ha salido ganando. —¡Oh!, tus tratos siempre son así, dice su hermano; no has querido que desvirguemos a esta niña sólo para que te jodamos a ti; pero, paciencia, que no perderá nada con ello».

Tuvieron que ponerse de nuevo en camino; y, esa misma noche, la banda llegó a Le Tremblay, con la intención de acercarse a los bosques de Chantilly, donde esperaba dar algunos buenos golpes.

Nada igualaba la desesperación de Justine. Creemos que ahora nuestros lectores la conocen lo suficiente para estar seguros de que es inútil pintarles todo lo que le

hacía sentir la obligación de seguir a tales gentes; y si lo hizo, es fácil imaginar que no fue sino con la firme resolución de dejarlos en cuanto pudiese.

Nuestros malvados se acostaron en los alrededores de Louvres, bajo unos almiares de heno. La intención de nuestra prudente huérfana habría sido acercarse a la Dubois, para pasar la noche a su lado; pero la granuja tenía proyectos distintos al de dedicarse a defender la virtud de los demás: tres bandidos la rodearon; y la abominable criatura se entregó a los tres al mismo tiempo: el cuarto se acercó a Justine: era Corazón de Hierro. «Hermosa niña, le dijo, espero que no me impediréis al menos pasar la noche a vuestro lado», y como percibió su extremada repugnancia: «No temáis nada, le dijo; hablaremos; pero no se hará nada sin que vos lo queráis.

«¡Oh, Justine!», continuó aquel libertino estrechándola entre sus brazos, «¿no es una gran locura la pretensión que tenéis de conservaros pura con nosotros? Aunque consintiéramos, ¿podría avenirse con los intereses de la banda? Es inútil que os lo ocultemos, querida niña, pero, cuando vivamos en las ciudades, contamos con coger a los incautos en las trampas de vuestros encantos. —Bueno, señor, respondió Justine, si es cierto que prefiero la muerte a esos horrores, ¿de qué utilidad puedo seros y por qué os oponéis a mi huida? —Claro que nos oponemos, ángel mío, respondió Corazón de Hierro; debéis servir a nuestros intereses o a nuestros placeres; vuestras desgracias os imponen este yugo, tenéis que soportarlo; pero ya sabéis, Justine, que no hay nada que no pueda arreglarse en este mundo: escuchadme pues, y decidid vos misma vuestro destino. Consentid en vivir conmigo, querida niña; consentid en pertenecerme en propiedad, y os libraré del triste papel que os está destinado. —Yo, señor, convertirme en amante de un… —Soltad la palabra, Justine; de un bribón, ¿no es eso? Verdad es que no puedo ofreceros otros títulos, porque como bien suponéis nosotros no nos casamos. El enemigo jurado de todos los frenos no se deja atar, por carácter, a ninguno; y cuanto más parecen cautivar a los hombres ordinarios, más los detestan los malvados como nosotros. Sin embargo, razonad un poco: en la indispensable necesidad en que estáis de perder lo que tanto valoráis, ¿no es mejor sacrificarlo a un solo hombre, que desde entonces se convertiría en vuestro sostén y vuestro protector, que prostituiros a todos? —Pero, en primer lugar, ¿por qué es preciso que no tenga otra elección? —Porque estáis en nuestras manos, hija mía, y porque la razón del más fuerte siempre es la mejor. ¿No es, en verdad, prosiguió rápidamente Corazón de Hierro, una extravagancia atroz dar tanto valor como vos dais a la más fútil de las cosas? ¿Cómo puede ser tan simple una muchacha para creer que la virtud deba depender de un poco más o menos de anchura en una de las partes de su cuerpo? ¿Y qué importa a los hombres o a Dios que esa parte esté intacta o ajada? Digo más: dado que la intención de la naturaleza es que cada individuo cumpla en este mundo todos los designios para los que fue formado, y dado que las mujeres sólo existen para servir al goce de los hombres, es ultrajarla evidentemente resistirse así a las intenciones que tiene sobre vos; es querer ser una criatura inútil para el mundo, y por consiguiente despreciable. Esa quimérica prudencia, que han

tenido la absurda idea de presentaros como una virtud desde la infancia, y que, lejos de ser útil a la naturaleza y a la sociedad, ultraja visiblemente a una y otra, no es más que una obstinación ridícula y verdaderamente reprensible, de la que no debería querer ser culpable una persona inteligente como vos. No importa, seguid escuchándome, querida niña; voy a demostraros que deseo agradaros y respetar vuestra debilidad. No tocaré, Justine, ese fantasma cuya posesión hace todas vuestras delicias: una bonita muchacha como vos puede dar más de un favor; y con ella se puede festejar a Venus en más de un templo: me contentaré con el más estrecho. Vos lo conocéis, querida: cerca del laberinto de Cipris hay un antro oscuro adonde van a esconderse los amores para seducirnos con más energía: ése será el altar donde quemaré el incienso. Ahí no existe el menor inconveniente. Si los embarazos os asustan, de esta forma no podrían producirse; vuestra bonita cintura no se deformará: esas primicias, que en tanto tenéis, se conservarán intactas; y sea cual fuere el uso al que las destinéis, podréis ofrecerlas puras. Nada puede traicionar a una joven por ese lado: por rudos y multiplicados que sean los ataques, en cuanto la abeja ha libado el jugo, el cáliz de la rosa se cierra, y hasta el punto de hacer creer que nunca debió de entreabrirse. Hay un montón de muchachas que han gozado diez años de esa forma, e incluso con varios hombres, y que no por eso han dejado de casarse luego como totalmente nuevas. ¡Cuántos padres, cuántos hermanos han abusado así de sus hijas, de sus hermanas, sin que éstas hayan sido menos dignas después de ofrecer sacrificio al himeneo! ¡A cuántos confesores no ha servido esa misma ruta sin que los padres lo sospechasen! En una palabra, es el asilo del misterio; ahí es donde se ata el amor con las cadenas de la prudencia. ¿Tengo que deciros más, Justine? Si ese templo es el más secreto, también es el más delicioso: sólo en él se encuentra lo que la felicidad necesita; y esa amplia facilidad del vecino dista mucho de ser comparable a los picantes atractivos de un local en el que sólo se penetra con esfuerzo, en el que sólo se aloja uno con dificultad, en el que no se goza sino con delicias: hasta las mujeres salen ganando; y las que se han visto forzadas por la razón a no abrir más que ese camino, nunca echaron de menos el otro. Probad, Justine, probad; entrégame vuestro divino culito, y los dos estaremos contentos.

—Señor», respondió Justine, sustrayéndose Jo mejor que podía a las maniobras de aquel libertino, tanto más peligroso cuanto que a la inteligencia y a la seducción unía muchas fuerzas materiales y costumbres muy corrompidas: «¡Oh, señor!, no tengo ninguna experiencia de los horrores de que me habláis; pero, sin embargo, he oído decir que el delito que proponéis ultraja a la vez a las mujeres y a la naturaleza. La mano del Cielo lo castiga en este mundo; y las cinco ciudades de Sodoma, Gomorra, etc., que Dios hizo perecer en las llamas, son un ejemplo contundente del grado de horror que ese acto inspira al Eterno. La justicia humana ha imitado, hasta donde ha podido, el castigo del Ser eterno; y las hogueras consumen a los desgraciados que ese vicio arrastra.

—¡Qué inocencia! ¡Qué puerilidad!, continuó Corazón de Hierro. Oh Justine, ¿quién ha podido inculcaros prejuicios tan necios? Prestadme un poco de atención, querida, y corregiré vuestras ideas.

«La pérdida de la semilla destinada a propagar la especie humana, querida niña, es el único crimen que puede existir en este caso. Si han puesto en nosotros esa semilla para el único fin de la propagación, os lo concedo: desviarla de ese fin es entonces una ofensa; pero si está demostrado que, al colocar esa semilla en nuestros riñones, la naturaleza está muy lejos de haber tenido por meta utilizarla toda en la propagación, ¿qué importa, Justine, que, en esa hipótesis, se pierda en el coño, en el culo, en la boca o en la mano? El hombre que la desvía no comete mayor mal que la naturaleza que no la utiliza. Y esas pérdidas de la naturaleza, que sólo a nosotros nos corresponde imitar, ¿no se producen en multitud de circunstancias? Ante todo, la posibilidad de ponerlas en práctica es una primera prueba de que estas distracciones no la ofenden: sería absolutamente contrario a sus leyes y a su sabiduría permitir algo que la ofendiese. Una inconsecuencia como ésa perjudicaría su paso uniforme, perturbaría sus planes, demostraría su debilidad y legitimaría nuestras ofensas. En segundo lugar, ella misma comete cien y mil millones de veces al día esas pérdidas. Las poluciones nocturnas, la inutilidad de la semilla durante el embarazo de la mujer, ¿no demuestra todo eso que la naturaleza aprueba tales pérdidas, o que las autoriza, y que, muy poco sensible a lo que pueda resultar del derrame de ese licor al que comeremos la locura de atribuir tanta importancia, nos permite su pérdida con la misma indiferencia con que ella la comete cada día…; que tolera la propagación, pero que dista mucho de estar en sus miras; que quiere desde luego que nos multipliquemos, pero que, al no ganar más con uno de estos actos que con el que se le opone, la elección que podamos hacer le da lo mismo; que, dejándonos dueños de creer, de no creer o de destruir, no la contentaremos ni la ofenderemos más eligiendo en una u otra de estas posibilidades la que más nos convenga; y que la que elijamos, dado que es el resultado de su poder o de su acción sobre nosotros, le agradará siempre y no la ofenderá nunca? ¡Ah!, créelo, mi querida Justine, a la naturaleza le preocupan muy poco esas minucias, a las que cometemos la extravagancia de erigir un culto; y burlándose de nuestras pequeñas leyes, de nuestras pequeñas maquinaciones, camina con paso rápido hacia su objetivo, demostrando cada día a quienes la estudian que no crea sino para destruir, y que la destrucción, la primera de todas sus leyes puesto que no conseguiría ninguna creación sin ella, le agrada mucho más que la propagación, que una secta de filósofos griegos llamaban, con mucha razón, el resultado de los crímenes. Convéncete pues, hija mía, de que, sea cual fuere el templo en el que se sacrifique, desde el momento en que la naturaleza permite que el incienso arda allí es porque el homenaje no la ofende; porque la negativa a producir, las pérdidas de la semilla que sirve a la producción, la extinción de esa semilla cuando ha germinado, la aniquilación de ese germen mucho después incluso de su formación, la destrucción de ese mismo germen llegado a su madurez más

extrema, la destrucción, en una palabra, de todos los hombres, sí, Justine, convéncete de que todo eso son crímenes imaginarios que nada importan a la naturaleza, y de los que se burla, como de nuestras restantes instituciones que la ultrajan en lugar de servirla. Tú me hablas ahora de un Dios que castigó en otro tiempo esos voluptuosos errores en miserables aldeas de Arabia que nunca conoció ningún geógrafo: en este punto habría que empezar aceptando la existencia de un Dios, y eso es algo de lo que estoy muy lejos, querida; luego habría que admitir que ese Dios, al que vos supondríais dueño y creador del universo, haya podido rebajarse hasta el punto de ir a verificar si es en un coño o en un culo donde los hombres introducen sus pollas. ¡Qué bajeza! ¡Qué extravagancia! ¡No, Justine, no!, no hay ningún Dios. Fue en el seno de la ignorancia, de los miedos y de las desgracias donde los mortales descubrieron sus sombrías y sus repugnantes nociones sobre la divinidad. Examínense todas las religiones, y entonces se verá que las ideas de esos agentes poderosos e imaginarios siempre estuvieron asociadas a las del terror. Hoy temblamos porque nuestros abuelos se estremecieron hace varios siglos. Si nos remontásemos a la fuente de nuestros actuales temores y de los lúgubres pensamientos que se alzan en nuestra mente siempre que oímos pronunciar el nombre de Dios la encontraríamos en los diluvios, en las revoluciones y en los desastres que han destruido a una parte del género humano, y consternado a los desgraciados que escaparon a la conmoción de la tierra. Si el Dios de las naciones fue engendrado en el seno de la zozobra, también fue en el dolor donde cada hombre modeló el desconocido poder que se labró para sí mismo: así pues, siempre fue en el taller del espanto y la tristeza donde el hombre desdichado creó el ridículo fantasma del que hizo su Dios. ¿Y qué necesidad tenemos de ese motor cuando el estudio reflexivo de la naturaleza nos demuestra que la primera de sus leyes es el movimiento perpetuo? Si todo se mueve por sí mismo desde toda la eternidad, el soberano motor que vos suponéis no ha actuado más que un día; y entonces, ¿qué culto legítimo podríais rendir a un Dios que hoy se demuestra inútil? Retractémonos, ¡oh Justine!, dejad de creer que fue la mano de ese vano fantasma la que destruyó las aldeas árabes de que me habláis: situadas sobre un volcán, fueron engullidas, como luego lo fueron las ciudades cercanas al Vesubio y al Etna, por uno de esos fenómenos de la naturaleza cuyas causas son puramente físicas, y que no concluyen ni a favor ni en contra de la conducta de los hombres que vivían en esas peligrosas ciudades. Decís que la justicia humana ha querido imitar la de Dios; mas yo acabo de demostraros, primero, que no fue un acto de la justicia de Dios, sino un fenómeno…, un accidente de la naturaleza lo que destruyó esas ciudades; y, convirtiéndome en jurisconsulto después de haber sido filósofo, os diré, Justine, que esa ley que antaño condenaba al fuego a la gente encaprichada con esa inclinación, es una vieja ordenanza de san Luis, lanzada contra la herejía de los búlgaros[*][2] que se entregaban a esa pasión. Extinguida la herejía, por un error imperdonable siguieron persiguiendo la moral de ese pueblo y castigándolo con el mismo suplicio dirigido antaño contra la opinión; pero, una vez retractados de esa extravagancia, hoy se

contentan con un castigo pasajero; y cuando el hombre haya llegado a ese grado de filosofía al que nuestro siglo se eleva día tras día, se eliminará incluso ese castigo inútil y todos se darán cuenta de que, al no ser en absoluto dueños de nuestras inclinaciones, no somos más culpables al entregarnos a ellas, por más depravadas que puedan ser, de lo que lo somos por haber nacido patituertos o bien formados».

Corazón de Hierro se enardecía exponiendo sus sensatas máximas: tumbado en el suelo a la altura de los riñones de Justine, y precisamente en [a postura en que deseaba para gozarla según su gusto, iba levantando insensiblemente las faldas de nuestra heroína, que, mitad por miedo, mitad por seducción, aún no se atrevía a defenderse, En cuanto el granuja se vio dueño de la plaza, inmediatamente dio rienda suelta al dardo encendido que sólo esperaba la vista de la brecha para enterrarse en ella: con su mano derecha, el lascivo dirigía el instrumento mientras con la izquierda contenía y atraía con fuerza hacia sí la grupa de Justine, quien, casi seducida, se contentaba, cediendo un poco, con salvar lo que le parecía más esencial, sin pensar en los peligros que la rodeaban permitiendo a un toro introducirse en la parte más estrecha de su cuerpo. «¡Joder!, exclamó entonces éste, ya la tengo», y, con una vigorosa sacudida, roza tan cruelmente el delicado agujerito que quiere perforar que Justine, asustada, lanza un grito, se levanta y se abalanza hacia el grupo de la Dubois. «¿Qué pasa?», exclamó la puta, que acababa de dormirse, agotada por los sacrificios que tres hombres acababan de multiplicar en sus altares. «¡Ay, señora, soy yo!, responde la temblorosa Justine…, vuestro hermano… quiere… —Sí, quiere joder», exclamó Corazón de Hierro persiguiendo a su víctima y agarrándola bruscamente para atraerla hacia él; «quiero encular a esta niñita al precio que sea»; y Justine, pillada de nuevo, habría corrido los mayores peligros si en ese momento un ruido de coche no se hubiera dejado oír en el camino real.

El intrépido Corazón de Hierro deja al punto sus placeres por sus deberes; despierta a sus hombres y vuela hacia otros crímenes.

«Ah, bueno», exclama la Dubois, totalmente despierta y sentada, mientras escucha atentamente, «bueno, ¿has oído los gritos? Han dado el golpe; nada me divierte tanto como esas señales ciertas de victoria; me demuestra que nuestros hombres han vencido, y me tranquilizo. —Pero, señora, dice nuestra bella aventurera, ¿y las víctimas? —¿Qué importan? En la tierra ha de haberlas; ¿y las que perecen en los ejércitos?… —¡Ah!, ésas tienen una causa… —Infinitamente menos importante que ésta. Si los tiranos ordenan a los generales aplastar las naciones no es para vivir: es por orgullo. Dirigidos por nuestras necesidades, nosotros únicamente atacamos a los que pasan con la sola intención de vivir; y esa ley, la más imperiosa de todas, legitima absolutamente nuestras acciones. —Pero, señora, se puede trabajar…, tener un oficio. —Bueno, hija mía, éste es el nuestro, el que ejercemos desde que éramos niños, aquel en el que fuimos criados; y esta profesión fue la de los primeros pueblos del universo; sólo ella restablece el equilibrio que perturbaba completamente la desigualdad de las riquezas. El robo era honrado en toda Grecia; todavía hoy distintos

pueblos lo admiten, lo favorecen y lo recompensan como una acción audaz, que demuestra a la vez valor y astucia…, como una virtud, en una palabra, esencial a toda nación que tiene energía…». Y cuando la Dubois, entregada a su elocuencia ordinaria, iba a iniciar probablemente una discusión seguida[*], regresó la tropa trayendo consigo a un prisionero: «En éste podré resarcirme, dijo Corazón de Hierro que lo guiaba, de los rigores de Justine»; y entonces, con el claro de luna se vio a un muchacho de quince años, bello como el Amor. «He matado al padre y a la madre, dijo aquel malvado; he violado a la hija, que no tenía ni diez años; es justo por tanto, en mi opinión, que dé por el culo al hijo». Y mientras decía esto, da la vuelta al almiar de heno que servía de asilo a la tropa: se oyen gritos sordos…, gemidos pronto ahogados por los de la lubricidad de aquel malvado: los primeros se mudan pronto en aullidos, demostrando que el prudente bribón, que no quiere dejar ninguna huella de su crimen, goza al mismo tiempo, para conseguirlo, del doble placer de follar y asesinar al objeto de su lujuria. Reaparece cubierto de sangre. «Vamos, dice, cálmate, Justine; ya ves lo tranquilo que estoy ahora; y seguiré estándolo hasta que nuevos deseos vengan a despertar en mí nuevos horrores. Larguémonos, amigos míos, dice a la tropa; hemos matado a seis personas; los cadáveres están en el camino; podría ser que, dentro de unas horas, aquí no estuviéramos seguros». Reparten el botín: Corazón de Hierro quiere que Justine coja su parte, que asciende a veinte luises; la fuerzan a cogerla: ella tiembla ante la obligación de conservar aquel dinero; mientras tanto, se dan prisa, cada cual carga con sus cosas y la tropa se pone en marcha.

Al día siguiente, los ladrones, creyéndose a salvo en el bosque de Chantilly, se pusieron a contar su dinero mientras se preparaba la cena, y, al evaluar sólo en doscientos luises la totalidad del botín, uno de ellos dijo: «En verdad que no merecía la pena cometer seis asesinatos por una suma tan pequeña. —Más despacio, amigos míos, respondió la Dubois; no fue por la cantidad por lo que, cuando os ibais, yo misma os exhorté a no tener piedad con ninguno de aquellos viajeros; fue únicamente en aras de nuestra seguridad. Estos crímenes son culpa de las leyes, y no nuestra: mientras se castigue a los ladrones, éstos asesinarán para no ser descubiertos. Además, ¿de dónde sacáis, continuó aquella bruja, que doscientos luises no valgan seis muertes? Nunca hay que valorar las cosas sino por la relación que tienen con nuestros intereses. La cesación de la existencia de las criaturas sacrificadas no tiene nada que ver con nosotros: a buen seguro que no daríamos un óbolo para que esos individuos estuviesen vivos o en la tumba. Por consiguiente, si se nos ofrece el más mínimo interés en uno de esos casos, debemos determinarlo preferentemente, sin ningún remordimiento, en favor nuestro; porque, en algo totalmente indiferente debemos, si somos sensatos y dueños de la situación, hacer que se vuelva indudablemente hacia el lado que nos resulta provechoso, hecha abstracción de todo lo que puede perder el adversario, porque no existe ninguna proporción razonable entre lo que nos afecta y lo que afecta a los demás: lo primero, lo sentimos físicamente; lo segundo, sólo nos llega moralmente; y las sensaciones morales son

engañosas; lo único verdadero son las sensaciones materiales. Así pues, no sólo son suficientes doscientos luises por las seis muertes, sino que treinta *sous* habrían bastado incluso para legitimarlas: porque esos treinta *sous* nos hubiesen procurado una satisfacción que, aunque leve, debe afectarnos sin embargo mucho más vivamente de lo que lo habrían hecho las seis muertes, que no nos afligen ni nos afectan para nada, y de cuya lesión no nos llega, incluso, más que un cosquilleo bastante agradable, de conformidad con la maldad natural de los hombres, cuyo primer impulso, si se dignan analizarlo con cuidado, siempre es una especie de satisfacción ante la desgracia y el infortunio de los demás.

«La debilidad de nuestros órganos, la falta de reflexión, los malditos prejuicios en que se nos ha educado, los vanos terrores de la religión y de las leyes: eso es lo que detiene a los tontos en la carrera del crimen; eso es lo que les impide inmortalizarse. Mas todo individuo lleno de fuerza y vigor, dotado de un alma enérgica, que se prefiera, como es su deber, a los demás, sabrá pesar los intereses del prójimo en la balanza de los suyos, burlarse de Dios y de los hombres, arrostrar la muerte y desafiar las leyes, totalmente convencido de que sólo a él debe remitirse todo, sentirá que la mayor cantidad de lesiones sobre otro, de las que nada ha de sentir él físicamente, no puede compararse con el más ligero de los goces adquirido mediante esa inaudita reunión de fechorías. El goce le halaga, está en él; el efecto del crimen no le afecta, está fuera de él. Y si pregunto: ¿qué hombre razonable no ha de preferir lo que le deleita a lo que le es ajeno, y no consiente en cometer esa cosa ligera que no le hace sentir nada desagradable, a cambio de procurarse otra que le conmueve agradablemente?

—¡Oh!, señora, dijo Justine a la Dubois, tras pedirle permiso para responder, "¿no os dais cuenta de que vuestra condenación está escrita en lo que se os acaba de escapar? A lo sumo, tales principios podrían convenir únicamente a un ser lo bastante poderoso para no tener nada que temer de los demás; mas nosotros, perpetuamente proscritos por todas las gentes de bien, condenados por todas las leyes, ¿debemos admitir unos sistemas que no pueden sino aguzar contra nosotros la espada suspendida sobre nuestras cabezas? Y aunque no nos encontráramos en esa triste posición, aunque estuviéramos en el centro de la sociedad, aunque nos hallásemos, en fin, donde deberíamos estar de no ser por nuestra mala conducta o nuestras desgracias… ¿suponéis, señora, que tales máximas podrían convenirnos más? ¿Cómo queréis que no perezca quien, por un ciego egoísmo, pretende luchar solo contra la coalición de los intereses de los demás? ¿No está autorizada la sociedad a no tolerar nunca en su seno a todo el que se declare contra ella? ¿Y puede el individuo que se aísla luchar contra todos? ¿Puede jactarse de ser feliz y tranquilo si, al no aceptar el pacto social, no consiente en ceder un poco de su dicha para garantizar el resto? La sociedad únicamente se sostiene gracias a los intercambios constantes de beneficios: ésas son las bases que la constituyen, ésos los vínculos que la cimentan. Quien, en lugar de esos beneficios, sólo ofrezca crímenes, por tener que ser temido desde ese

momento, será necesariamente atacado, si es el más fuerte; sacrificado por el primero al que ofenda, si es el más débil; y en última instancia destruido por la poderosa razón que obliga al hombre a asegurar su reposo y a dañar a quien pretenda perturbarlo. Ésa es la razón que vuelve casi imposible la duración de las asociaciones criminales; como no ponen más que puntas aceradas a los intereses de los demás, todos deben unirse rápidamente para embotar su aguijón… incluso entre nosotros, señora, añadió Justine, ¿cómo podríais jactaros de mantener la concordia cuando aconsejáis a cada uno que no atienda más que a sus propios intereses? Desde ese instante, ¿tendréis algo justo que objetar a quien de nosotros desee apuñalar a los demás…, a quien lo haga para quedarse con todas las partes? ¿Y qué elogio más bello de la virtud que la prueba de su necesidad, incluso en una sociedad criminal…, que la certeza de que esa sociedad no se sostendría un solo instante sin la virtud?

—¡Qué sofismas tan espantosos!, dijo Corazón de Hierro. No es la virtud la que sostiene las asociaciones criminales, es el interés, es el egoísmo. No está pues fundado, Justine, ese elogio de la virtud que habéis sacado de una hipótesis quimérica. No es en absoluto por virtud por lo que, creyéndome, supongo yo, el más fuerte de la tropa, no apuñalo a mis camaradas para robarles; es porque, encontrándome solo entonces, me privaría de los medios que pueden asegurar la fortuna que espero de su ayuda. Ése es asimismo el único motivo que frena su brazo contra mí; y como veis, Justine, ese motivo no es sino egoísta, no tiene ni el más ligero carácter de virtud. Quien quiera luchar solo, decís, contra los intereses de la sociedad, no debe esperar otra cosa que perecer. ¿No ha de perecer con mayor seguridad si, para existir, sólo tiene su miseria y el abandono de los demás? Lo que se denomina el interés de la sociedad no es otra cosa que la masa de intereses reunidos; sólo cediendo puede ese interés particular acomodarse y vincularse a los intereses generales: ¿y qué queréis que ceda quien no tiene casi nada? Si lo hace, deberéis admitir que está tanto más equivocado cuanto que, en este caso, resulta que da infinitamente más de lo que saca; y, desde ese instante, la desigualdad del trato debe impedirle que lo concluya. Encontrándose en esa posición, lo mejor que puede hacer ese hombre ¿no es sustraerse a esa sociedad injusta y otorgar derechos únicamente a una sociedad distinta que, situada en su misma posición, esté interesada en combatir, mediante la reunión de sus pequeños poderes, al poderío más amplio que quiera obligar al desgraciado a ceder lo poco que tenía para no sacar nada de los demás? Pero de ahí nacerá, decís vos, un estado de guerra perpetuo. De acuerdo: ¿no es ése el único que realmente nos conviene? ¿No nos ha creado la naturaleza a todos en ese estado? Los hombres nacieron aislados, envidiosos, crueles y déspotas, pretendiendo tener todo y no ceder nada, y peleándose constantemente para mantener o su ambición o sus derechos. Llegó el legislador, y dijo: “Dejad de destrozaros así; la tranquilidad renacerá cuando cedáis un poco por ambas partes”. No critico la propuesta de ese pacto; pero afirmo que existen dos clases de individuos que nunca debieron someterse a él: los que, sintiéndose los más fuertes, no tenían necesidad de

ceder nada para ser felices; y los que, siendo los más débiles, tenían que ceder infinitamente más de lo que se les aseguraba. Sin embargo, la sociedad sólo está compuesta por seres débiles y por seres fuertes: y si el pacto debe desagradar a los fuertes y a los débiles, no es mucho lo que ha de convenir a la sociedad; y el estado de guerra que antes existía debía de resultar infinitamente preferible, pues dejaba a cada cual el libre ejercicio de sus fuerzas y de su industria, del que le privaba el pacto injusto de una sociedad que siempre quitaba demasiado a uno y nunca concedía lo suficiente al otro: luego la persona verdaderamente sensata es aquella que, a riesgo de restablecer el estado de guerra reinante antes del pacto, se rebela imperiosamente contra ese pacto, lo viola cuanto puede, seguro de que lo que saque de esas lesiones siempre estará por encima de lo que pueda perder si resulta ser el más débil; porque lo era igualmente respetando el pacto; puede volverse el más fuerte violándolo; y, si las leyes le devuelven a la clase de la que quiso salir, lo peor que puede pasarte es perder la vida, desgracia infinitamente menor que la de vivir en medio del oprobio y la miseria. Ésas son las dos alternativas que tenemos: o el crimen, que nos hace felices, o el cadalso, que nos impide ser desdichados. Y pregunto, ¿podemos dudar? ¿Y encontrará vuestra mente, Justine, un argumento capaz de derrotar a éste?

—Hay mil, señor; hay mil, replicó con energía Justine. Pero, además, ¿es esta vida el único objetivo del hombre? ¿No es por el contrario una especie de pasaje en el que cada peldaño que recorre debe conducirle, si es razonable, a esa felicidad eterna, premio seguro de la virtud? Coincido con vos, cosa sin embargo rara y que con seguridad debe chocar con todas las luces de la razón, mas no importa, y os concedo por un instante que el crimen pueda hacer feliz en este mundo al desalmado que a él se entrega; ¿suponéis que la justicia de ese Dios, que existe aunque vos lo no lo conozcáis, creedme, suponéis que esa justicia eterna no espera a ese hombre deshonesto en otro mundo para vengar a éste?… ¡Ah!, os conjuro, señor, a que no afirméis lo contrario: ése es el único consuelo del infortunio, no se lo quitéis. Si los hombres nos abandonan, ¿quién nos vengará salvo Dios? —¿Quién? Nadie, Justine, absolutamente nadie; no es necesario en modo alguno que el infortunio sea vengado. Si espera la venganza es porque la desea; si se jacta de ella, es porque la quiere. Esa idea gigantesca consuela al infortunado, pero no por ello deja de ser falsa. Es más: resulta esencial que el infortunio sufra; su humillación, sus dolores forman parte de las leyes de la naturaleza; y su existencia es útil para el plan general, del mismo modo que la existencia de la prosperidad que lo abruma: ésa es la verdad que debe sofocar el remordimiento en el alma del desalmado y del malhechor. Así pues, que no se contengan, que se entreguen ciegamente a todas las lesiones que las intenciones políticas de la naturaleza sugieren a su mente; es la única forma que esa madre universal conoce para convertirnos en agentes de sus leyes. Cuando sus inspiraciones secretas nos inclinan al mal, es porque el mal le resulta necesario; es porque lo quiere; es porque lo necesita; es porque, estando incompleta la suma de los crímenes…, siendo insuficiente para las leyes del equilibrio, únicas leyes por las que

está regida, exige esos crímenes de más para equilibrar la balanza. Que no se asuste, pues, ni se detenga aquel cuya alma sea propensa al mal; que lo cometa sin miedo en cuanto sienta el impulso; sólo resistiéndose ultrajaría a la naturaleza. Pero, ya que volvéis una vez más, Justine, a los fantasmas deíficos y al culto que imagináis que se les debe, habéis de saber, joven inocente, que esa religión en la que constante y locamente os apoyáis, al no ser otra cosa que la relación del hombre con Dios y el homenaje que la criatura cree que debe a su autor, se reduce a nada tan pronto como se demuestra quimérica la existencia misma de ese autor: escuchad, pues, por última vez, lo que tengo que replicaros sobre este punto.

«Los primeros hombres, aterrados ante los fenómenos que los asolaron, hubieron de creer necesariamente que un agente sublime, y desconocido para ellos, había dirigido su curso y su influencia: es propio de la debilidad suponer o temer la fuerza. La inteligencia del hombre, demasiado infantil todavía para hallar en el seno de la naturaleza las leyes del movimiento, únicos resortes de todo el mecanismo que le sorprendía, creyó más simple suponer un motor a esa naturaleza que creer motriz a esa misma naturaleza: y sin pensar que aún le costaría mucho más edificar, definir a ese amo gigantesco, conciliar con las cualidades que le prestaba todos los defectos que sus operaciones nos demuestran…, sin pensar que todo eso le costaría mucho más, repito, que encontrar en el estudio de la naturaleza la causa de lo que le sorprendía, se aturdió, se cegó, hasta el punto de admitir ese primer ser y de erigirle cultos. Desde ese momento, cada nación creó seres análogos a sus costumbres, a sus conocimientos y a su clima. Pronto hubo sobre la tierra tantas religiones como pueblos, tantos dioses como familias. Sin embargo, bajo todos estos repugnantes ídolos era fácil reconocer ese fantasma absurdo, fruto primero de la ceguera humana; el muñeco iba vestido de distinta manera, pero siempre era el mismo farsante; le servían con diferentes monerías, pero siempre era el mismo culto. Y ¿qué prueba tal unanimidad sino una estupidez idéntica en todos los hombres y la universalidad de su debilidad? ¿Se deriva de ello que yo deba imitar su inepcia? Si estudios más profundos, si una inteligencia más madura y más reflexiva me fuerza a reconocer, a penetrar los secretos de la naturaleza, a convencerme al fin, como os decía hace un momento, de que la necesidad del motor desaparece porque el movimiento está en ella, ¿debo entonces, adormeciéndome como vos bajo el vergonzoso yugo de esa repugnante quimera, renunciar, para resultarle agradable, a los goces más dulces de la vida? No, Justine, no, sería un extravagante si me comportase así; sería un loco indigno de esta razón que la naturaleza me otorga para descubrir las trampas que la imbecilidad o la maldad de los hombres me tienden cada día. Deja de creer en ese Dios fantasmal, hija mía: no existió nunca. La naturaleza se basta a sí misma; no tiene ninguna necesidad de un motor; ese motor, supuesto de manera gratuita, no es sino una descomposición de sus propias fuerzas, no es sino lo que en la escuela denominamos una petición de principios. Un Dios supone una creación, es decir, un instante en el que no hubo nada, o bien un instante en el que todo se encontraba en el

caos. Si uno u otro de esos dos estados era un mal, ¿por qué vuestro imbécil Dios permitió que perviviera? ¿Era un bien? ¿Por qué lo cambió? Mas si ahora todo está bien, vuestro Dios ya no tiene nada que hacer; y, si es inútil, ¿puede ser poderoso? Y si no es poderoso, ¿puede ser Dios? ¿Puede merecer nuestros homenajes? Si la naturaleza se mueve perpetuamente, en una palabra, ¿para qué sirve el motor? Y si el motor actúa sobre la materia moviéndola, ¿por qué no es materia él mismo? ¿Podéis concebir el efecto del espíritu sobre la materia, y la materia movida por el espíritu que, en sí, carece de movimiento? Decís que vuestro Dios es bueno; y sin embargo, según decís, pese a su alianza con los hombres, pese a la sangre de su querido hijo, venido al mundo para hacerse prender en Judea con la sola mira de cimentar esa alianza, pese a todo esto, repito, todavía habrá dos tercios y medio del género humano condenado a las llamas eternas, porque no habrán recibido de él la gracia que, sin embargo, todos los días le piden. ¡Y decís que ese Dios es justo! ¿Es muy equitativo conceder el conocimiento del culto que le agrada sólo a una trigésima parte del universo, mientras deja al resto en una ignorancia que terminará castigando al último suplicio? ¿Qué diríais de un hombre que fuera justo a la manera de vuestro Dios? Añadís que es omnipotente. En tal caso, el mal le agrada entonces; porque sobre la tierra el mal existe infinitamente más que el bien; y sin embargo, permite que subsista. Aquí no hay término medio: o ese mal le agrada, o carece de poder para enfrentarse a él, y, en cualquiera de ambos casos, no debo arrepentirme de ser propenso al mal; porque, si él no puede impedirlo, yo desde luego no puedo ser más fuerte que él; y si a él le place, yo no puedo evitarlo en mí. Es inmutable, seguís diciendo: y sin embargo le veo cambiar cinco o seis veces de pueblos, de leyes, de voluntades, de sentimientos. Además, la inmutabilidad supone la impasibilidad: ahora bien, un ser impasible no puede ser vengativo; y vos pretendéis sin embargo que vuestro Dios se venga. Palabra que tiembla uno al ver la cantidad de ridiculeces y de inconsecuencias que prestáis a ese fantasma, al examinar despacio todas las cualidades ridículas y contradictorias con que se ven obligados sus partidarios a revestirlo para llegar a un ser admisible, sin darse cuenta de que cuanto más lo complican más inconcebible lo vuelven, y de que cuanto más lo justifican más lo envilecen. Comprobad, Justine, comprobad cómo todos sus atributos se destruyen y se absorben mutuamente; y admitiréis que ese ser execrable, nacido del miedo de unos, de la maldad de otros y de la ignorancia de todos, no es más que una simpleza indignante que no merece de nosotros ni un instante de fe ni un momento de respeto; una extravagancia lamentable, que repugna al espíritu, que subleva el corazón y que sólo ha salido de las tinieblas para tormento y humillación de los hombres. Execrad esa quimera; es espantosa; sólo puede existir en el estrecho cerebro de los imbéciles o de los frenéticos; no hay nada más peligroso en el mundo; ninguna que deba ser más remida… y al mismo tiempo más aborrecida por los seres humanos.

«Así pues, que la esperanza o el temor a un mundo futuro, fruto de esas primeras mentiras, no os inquiere, Justine; sobre todo, dejad de intentar forjaros frenos con

ellos. Débil porción de una materia vil y bruta, a nuestra muerte, es decir, cuando los elementos que nos componen se reúnan con los elementos de la masa general, por siempre aniquilados, cualquiera que haya sido nuestra conducta, pasaremos un instante por el crisol de la naturaleza para surgir de nuevo bajo otras formas; y ello sin que tenga más prerrogativas quien haya incensado locamente a la virtud toda su vida que quien se haya revolcado en los crímenes más espantosos, porque no hay nada que ofenda a la naturaleza, y porque todos los hombres, que han salido igualmente de su seno y que, cuando estaban en la tierra, sólo han obrado de acuerdo con los impulsos de esa madre común, todos ellos encontrarán, tras su existencia, tanto el mismo fin como el mismo destino.

«¡Oh!, señor», respondió Justine, confundida por estos argumentos: «¿creéis entonces que si, después de abusar ayer de vuestra fuerza para violar y asesinar a un desdichado niño, otro individuo, cerca de allí, se hubiese ocupado de aliviar el infortunio, este último no habría merecido el Cielo, mientras vos os volvíais digno de toda su cólera? —No, por supuesto, no habría merecido más, Justine: primero, porque no existen ni penas ni recompensas futuras; y, segundo, porque ese hombre bienhechor al que acabáis de comparar conmigo ha obrado exclusivamente de acuerdo con los impulsos mismos de la naturaleza, y por lo tanto no ha podido volverse a sus miradas ni más culpable ni más meritorio. A uno y otro nos habrían determinado circunstancias diversas; diversos órganos, diferentes combinaciones de esos órganos, habrían producido en mí el crimen y en él la virtud; pero los dos habríamos obrado como a la naturaleza le convenía que obrásemos; él, haciendo una obra buena, porque era útil a los planes actuales de la naturaleza; yo, cometiendo un crimen, porque se necesitaba un contrapeso en la balanza; pues si ese perfecto equilibrio no existiese, y si una u otra de esas formas de comportamiento llegase a prevalecer, el curso de los astros resultaría interrumpido, y destruido absolutamente el movimiento en el universo… que, puramente material y mecánico, sólo puede juzgarse, combinarse y observar de acuerdo con unos datos mecánicos, siempre suficientes para descubrir sus misterios. —¡Oh!, señor, dijo Justine, esas ideas son espantosas. —Sí, para vos, que tenéis miedo a convertiros en su víctima, nunca para mí, que soy el sacrificador. —Y ¿si cambia la suerte? —Entonces me someteré, sin cambiar de opinión; y me consolará la filosofía, porque me asegura una nada eterna, y porque la prefiero a la incertidumbre de los castigos o de las recompensas que vuestras religiones me proponen. Los primeros me sublevan, me causan horror; las segundas no me afectan: no existe ninguna proporción entre esos castigos y esas recompensas, por lo que, desde ese momento, son ridículos; y si es cierto que existen, a partir de ese instante no pueden ser obra de un Dios. ¿Me diréis vos, a ejemplo de algunos doctores que no pueden conciliar los tormentos físicos del infierno con la índole benéfica de su Dios, que mi único tormento será verme privado de su vista? ¿Y qué me importa? ¿Podré ser castigado nunca a no ver aquello de lo que ni siquiera tengo idea? Pero se presentará un instante a mis ojos para hacerme sentir todo el valor

de su pérdida. En tal caso, esa pérdida será leve; porque no es propio de la naturaleza que yo pueda echar de menos alguna vez la pérdida de un ser que venga a condenarme con sangre fría a un tormento eterno por faltas finitas: esa sola injusticia me hace que sienta tal odio por ella que con toda seguridad no la echaré de menos cuando haya pronunciado su juicio. —¡Ah!, ya veo, señor, dijo Justine, hablar con vos es imposible. —Tienes razón, ángel mío, no lo intentes, sería inútil; déjame en cambio que yo te hable a ti, pues creo que conseguirás cien veces más méritos corrompiéndote con mi ejemplo que queriendo santificarme con el tuyo… —Hay que follarla, hermano, dijo la Dubois, y follarla bien; es el único medio que veo para convertirla; es inaudita la rapidez con que una mujer adopta los principios de quien la folla. Todos los principios de moral y de religión desaparecen pronto ante las pasiones: despierta por tanto las suyas, si quieres educarla con fruto». Y Corazón de Hierro, cogiéndola en sus brazos, iba, según creo, a poner inmediatamente en práctica los consejos de la Dubois cuando cerca de la tropa se dejó oír el ruido de un hombre a caballo: «A las armas», exclama Corazón de Hierro, volviendo a meter lo mejor que pudo en sus calzones la enorme polla con que ya amenazaba, por segunda vez, las nalgas de la desdichada Justine: «A las armas, amigos míos, más tarde pensaremos en el placer». Salen corriendo; y, al cabo de un instante, traen un infortunado viajero al bosquecillo donde estaba el campamento de nuestros bandidos.

Interrogado sobre el motivo que le obligaba a viajar solo y tan temprano por un camino apartado, sobre su edad, sobre su profesión, el caballero respondió que se llamaba Saint-Florent, uno de los primeros negociantes de Lyon, que tenía treinta y cinco años, que volvía de Flandes por asuntos relacionados con sus negocios, que llevaba poco dinero encima, pero muchas letras de crédito; añadió que su criado lo había abandonado la víspera, y que, para evitar el calor, se había puesto en marcha temprano pensando en llegar ese mismo día a París, donde remataría una parte de sus negocios, para volver a ponerse en camino pocos días después; que, por otra parte, si seguía un sendero solitario, debía de ser porque se hubiese perdido, al dormirse sobre su montura; y, dicho esto, pidió que le dejaran con vida, llegando a ofrecer cuanto poseía. Registran su cartera, cuentan su dinero: el botín era inmejorable. Saint-Florent tenía cerca de cuatrocientos mil francos pagaderos a la vista en la capital, algunas joyas, y cerca de cien luises en monedas.

«Amigo», le dijo Corazón de Hierro, poniéndole el cañón de una pistola debajo de la nariz, comprenderéis que con estas riquezas no podemos dejaros vivo; pronto seríamos denunciados. —¡Oh!, señor», exclamó Justine abalanzándose a los pies de aquel salteador, «os conjuro a que no me ofrezcáis, en el momento de mi recepción en vuestra banda, el horrible espectáculo de la muerte de este desdichado, dejadle la vida; no me neguéis la primera gracia que os pido»; y recurriendo acto seguido a un ardid bastante singular para legitimar el interés que parecía tomarse por aquel hombre: «El apellido que acaba de atribuirse el caballero me hace pensar que está emparentado muy de cerca conmigo: no os asombréis», dijo ella dirigiéndose al

viajero, «de encontrar una pariente en esta situación; ya os lo explicaré todo: por ese parentesco», continuó con calor, implorando de nuevo a Corazón de Hierro, «por ese parentesco, señor, concededme la vida de este infortunado; agradeceré este favor con la dedicación más completa en todo lo que pueda servir a vuestros intereses. —Ya sabéis con qué condición puedo concederos la gracia que me pedís, Justine, respondió Corazón de Hierro; no ignoráis lo que exijo de vos. —¡Bien!, señor, lo haré todo», exclamó, interponiéndose entre aquel desdichado y el ladrón, siempre dispuesto a asesinar a su víctima. «Sí, sí, consiento en todo, salvadle, os lo suplico. —Ven, pues», dijo entonces Corazón de Hierro a Justine; «es ahora mismo cuando quiero que cumplas tu palabra»; y diciendo esto la arrastra junto con el cautivo a un bosquecillo cercano. Ata a Saint-Florent a un árbol y, haciendo que Justine se ponga a cuatro patas al pie de aquel mismo árbol, le levanta las faldas y se dispone a consumar su crimen, mientras apunta siempre con la pistola al pecho del pobre viajero cuya vida depende de la sumisión de Justine; ésta, confusa y temblorosa, estremeciéndose y abrazando las rodillas del cautivo, se presta a todo lo que su verdugo va a complacerse en hacerle experimentar. Pero un Dios viene a preservar una vez más a Justine de las desgracias que le están reservadas; y la naturaleza, a las órdenes de ese Dios, sea el que sea, engañó tan cruelmente los deseos del salteador que su fogoso artefacto se ablandó en los peristilos del templo, y, por muchos que fueron sus esfuerzos, ninguno consiguió devolverle el grado de energía necesario para la consumación de la fechoría que había proyectado. «¡Oh!, rediós», exclama furioso, «estoy demasiado acalorado; no consigo…, o tal vez sea mi indulgencia la que me pierde; seguro que me empalmaría si mato a este bribón. —¡Oh!, no, no, señor», dice Justine volviéndose hacia el ladrón. «No te muevas, puta», dice éste aplicándole dos o tres puñetazos en la espalda: «son tus jodidas monerías las que me alteran; estoy harto de ver una cara cuando es un culo lo que necesito»; y el lascivo vuelve a ponerse a la tarea. Los mismos obstáculos: la naturaleza se empeña en frustrar sus deseos; tiene que renunciar. «Vamos», dice por fin, tomando una decisión, «veo que esta tarde estoy agotado; descansemos los tres; volvamos, Justine», dice nada más llegar al círculo. «Acordaos de vuestra promesa si queréis que yo cumpla la mía, y pensad que a este miserable lo mataré mañana lo mismo que hoy: hijos, continuó dirigiéndose a sus camaradas, vosotros me responderéis por el uno y por la otra; y vos, Justine, id a dormir con mi hermana; os llamaré cuando sea el momento; y pensad sobre todo que la vida de este bellaco me vengará, si dudáis, de vuestra bribonada.

—Dormid, señor, dormid, dijo Justine, y convenceos de que aquella a la habéis colmado de gratitud no tiene nada más urgente que pagar su deuda hacia vos».



Sin embargo, distaba mucho de ser ése el proyecto de Justine; e indudablemente aquí tenemos uno de esos casos singulares en que hasta la virtud necesita sostenerse en el vicio; algunas veces resulta necesario, porque hasta las mejores obras lo necesitan con mucha frecuencia. Justine pensó que si alguna vez debía estarle permitido el engaño, debía ser en esta ocasión. ¿Se equivocó? Es lo que nosotros presumimos. Cierto que la circunstancia era delicada; pero el deber primero de la probidad es estar inviolablemente unido a su palabra; y una buena obra pagada con un crimen nunca podría convertirse en una virtud. Se aseguraba la vida de un hombre al precio de su prostitución; al no consentirla, o al engañar, comprometía la vida de aquel hombre; y yo pregunto si no comería un mal mucho mayor arriesgando así la vida del desdichado que asegurándola mediante su complacencia. Justine resolvió el problema como beata, nosotros nos habríamos pronunciado como moralistas: a nuestros lectores toca ahora decirnos qué solución es mejor en sociedad: la de una religión que, a pesar de todo, nos hace preferir nuestros intereses a los de los demás, o

la de una moral que nos ordena todos los sacrificios cuando procuramos ser útiles a los hombres.

Sea como fuere, nuestros bandidos, llenos de una confianza excesiva, comen, beben y se duermen, dejando a su prisionero en el centro, y a Justine en plena libertad junto a la Dubois, que, borracha como el resto de la banda, no tardó en cerrar asimismo los ojos.

Aprovechando entonces sin tardanza el primer momento de sueño de aquellos malvados: «Señor, dice Justine al viajero, la más horrible de las catástrofes me ha arrojado en medio de esta gente; y los detesto, detesto tanto a ellos como al instante fatal que me ha traído a su banda: no tengo, evidentemente, el honor de ser pariente vuestra», continuó Justine, diciendo el apellido de su padre, «porque ésa es quien soy, pero… —¡Cómo!, señorita, la interrumpe Saint-Florent… ¡Cómo! ¿Ése es vuestro apellido? —Sí. —¡Ah!, entonces ha sido el Cielo el que os ha sugerido ese ardid… No os habéis equivocado, Justine; sois mi sobrina: mi primera mujer, a la que perdí hace cinco años, era hermana de vuestro padre. ¡Oh, cuánto me felicito por el venturoso azar que nos reúne! ¡Si hubiese conocido vuestras desventuras, con qué solicitud las habría reparado! —Señor, señor, responde Justine con viveza, ¡cuántos motivos para agradecerme a mí misma lo que hago por vos! ¡Oh!, señor, aprovechemos el momento en que estos monstruos descansan, y escapemos». Mientras dice esto, ve la cartera de su tío, imprudentemente dejada en la bolsa de uno de aquellos malvados; da un salto, la coge… «Partamos, señor, le dice a Saint-Florent; renunciemos a lo demás y no corramos el riesgo de cogerlo. ¡Oh!, querido tío, ahora me pongo en vuestras manos; apiadaos de mi destino; convertíos en el protector de mi inocencia; a vos me entrego; escapemos».

Sería muy difícil describir el estado en que Saint-Florent se encontraba; la agitación que en él producía la multitud de los diversos impulsos que sentía al mismo tiempo, aquella gratitud muy real pero que no le obligaba a nada, aquella gratitud que, si no la sentía, debía fingir, todos estos sentimientos lo agitaban tanto que apenas si podía pronunciar una palabra. ¡Cómo!, dirán algunos de nuestros lectores, ese hombre ¿no estaba lleno de la amistad más sincera por semejante benefactora? ¿Podía pensar en otra cosa que en postrarse a sus rodillas?… Bien, atrevámonos a decirlo aquí en voz muy baja: Saint-Florent, mucho más apropiado para quedarse con aquella banda infame que para ser apartado de ella por las manos de la virtud, apenas si era digno de todas las ayudas que con tanto celo le procuraba su virtuosa y encantadora sobrina; y mucho nos tememos que la continuación muestre que, si Justine escapaba de un peligro desembarazándose de la Dubois y sus compañeros, no era sino para caer acaso en otro más real al ponerse en manos de su querido tío… ¡Oh, Dios! ¡Después de tan grandes favores!… Pero ¿es que no hay almas lo bastante depravadas para no ser contenidas por ninguna clase de freno, y para las que la multiplicidad de obstáculos no se vuelve sino un atractivo más? Pero no adelantemos acontecimientos; baste saber que Saint-Florent, un tanto libertino y muy malvado, no había visto, sin

una emoción muy halagüeña, tanto el mal ejemplo que acababa de recibir como la multitud de atractivos con que la naturaleza parecía haber hermoseado a Justine sólo para autorizar esos malos ejemplos, encendiendo el deseo del crimen en todos aquellos que debían verlos.

Pasadas las barreras, nuestros dos fugitivos avivan el paso sin decir una palabra, y no tarda la aurora en encontrarlos fuera de todo peligro, aunque seguían en medio del bosque.

Fue entonces, fue en el momento en que el astro vino a reflejarse en los rasgos encantadores de Justine, cuando el bribón que la seguía se abrasó con todas las llamas de la lubricidad más incestuosa. Por un momento la tomó por la diosa de las Flores, que con los primeros rayos del sol iba a entreabrir el cáliz de las rosas cuya imagen eran sus atractivos; otras veces, por un rayo mismo de la luz con que la naturaleza embellecía el mundo. Justine caminaba con rapidez; los colores más bellos animaban su tez; sus hermosos cabellos rubios flotaban en desorden; nada ocultaba su figura ágil y ligera; y su hermosa cabeza se volvía graciosamente de tanto en tanto para ofrecer al compañero de su fuga una fisonomía encantadora, hermoseada al mismo tiempo por la calma, por la esperanza de la felicidad, y por ese matiz, más delicado todavía, que imprime sobre el semblante de una joven honesta la dicha de una hermosa acción.

Si es cierto que nuestros rasgos son el fiel espejo de nuestra alma, los de Saint-Florent no debían de estar modelados por ese patrón. Deseos horribles agitaban su corazón; espantosos designios germinaban en su mente; pero sonreía ocultándolos; y, fingiendo lo mejor posible la gratitud, únicamente hablaba a nuestra heroína del placer de haber encontrado una sobrina desdichada, a cuyas penas su fortuna le permitiría poner fin para siempre; y sus ojos penetrantes y lascivos acababan adivinando, bajo los velos del pudor que rodeaban a Justine, la colección completa de unos atractivos de los que hasta entonces sólo había percibido ligeros rasgos.

Ése era el estado en que los dos entraron en Luzarches: aparece una posada…, y en ella descansan.

Capítulo IV

Ingratitud. Espectáculo singular. Encuentro interesante.
Un nuevo sitio. Irreligión. Inmoralidad.
Impiedad filial. Estado del corazón de Justine.

Hay momentos en la vida en que uno es riquísimo y sin embargo no tiene de qué vivir: éste era el caso de Saint-Florent. Tenía cuatrocientos mil francos en su cartera, y ni un solo escudo en la bolsa. Esta idea lo había detenido antes de entrar en la posada: «Tranquilizaos, tío», le dijo Justine, riéndose de su apuro, «los ladrones que he abandonado no me han dejado sin dinero: aquí tenéis veinte luises; cogedlos, os lo ruego, utilizadlos, dad el resto a los pobres; por nada del mundo querría conservar un oro conseguido a costa de muertes».

Saint-Florent, que fingía delicadeza, aunque muy lejos de la que le suponía Justine, sólo quiso aceptar el don que se le ofrecía con la expresa condición de que Justine recibiría, por su parte, cien mil francos en letras de cambio que la obligó a guardar en su bolsillo. «Debéis conservar esta suma, le dijo Saint-Florent; es vuestra, querida sobrina: pequeña cantidad resulta para los grandes favores que me habéis prestado; pero aceptadla de todos modos, y podéis estar segura de que no os abandonaré en toda mi vida».

Cenaron. A pesar suyo, Justine no tardó en sumirse en ensoñaciones…, en inquietudes que alteraron la serenidad de sus rasgos. Saint-Florent le preguntó el motivo. Sin más explicaciones, ella quiso devolverle el dinero: «Señor, dijo a su tío, no he merecido semejante muestra de gratitud; y mi delicadeza no me permite aceptar un regalo tan enorme». A Saint-Florent, hombre inteligente, no le faltaron razones para convencer a Justine; y a su pesar, el dinero fue devuelto al bolsillo de la joven, sin que los temores de esta interesante muchacha diesen la impresión de disminuir en ningún momento. Para disiparlos, o aparentar no verlos, Saint-Florent rogó a su querida sobrina que le contara sus aventuras; y ésta, tras haberle satisfecho, acabó su relato manifestando a su tío la inquietud que le daba el proyecto de volver a París. «Bueno, respondió el comerciante, todo puede arreglarse. Cerca de aquí vive una pariente a la que iremos a ver; os presentaré a ella, le suplicaré que os guarde hasta que yo haya tenido tiempo de arreglar personalmente vuestro asunto. Es la mujer más honrada del mundo, y con ella estaréis como en casa de una madre: vive en una campiña deliciosa junto a Bondy. Es temprano…, hace el mejor tiempo posible; ¿estáis en condiciones de andar? —Sí, señor. —Pongámonos en marcha, Justine. Lo que puede demostraros mi gratitud es una necesitad tan urgente de mi corazón que cualquier retraso en su puesta en práctica se convierte en un suplicio para mí». Emocionada, Justine se arroja en brazos de Saint-Florent. «¡Oh, tío, le dice llorando,

cuán sensible es vuestra alma, y cómo responde a esa sensibilidad la mía!…». El monstruo tiene la crueldad de ver al pudor en su seno exhalar las más tiernas expresiones de la gratitud sobre un corazón endurecido por el crimen, y que sólo palpita de lubricidad bajo las dulces caricias de la inocencia y de la virtud inundada de lágrimas.

Una leve circunstancia, que en nuestra opinión no debemos olvidar a fin de poner a nuestros lectores en condiciones de juzgar mejor al personaje, habría dejado sin duda al descubierto a Saint-Florent ante los ojos de su sobrina si ésta, menos confiada, hubiera lanzado sobre su tío una mirada más filosófica; pero la virtud apacible y dulce siempre está lejos de sospechar el crimen. Al levantarse de la mesa, Justine tuvo necesidad de pasar a un excusado: entró en él, sin darse demasiada cuenta al principio de que Saint-Florent la seguía y entraba en otro vecino, desde el que, subiéndose, como hizo Saint-Florent, al asiento, se descubría absolutamente todo lo que pasaba en el que había entrado Justine, quien, sin sospechar nada, se ofreció a las miradas furtivas de aquel libertino en ese estado de abandono y desnudez en que se pone uno para tales necesidades. Así pues, por segunda vez se ofrecieron las nalgas más bellas del mundo a los ojos de Saint-Florent, que con eso acabó de excitarse y conspirar encarnizadamente contra la inocencia y el pudor de aquella interesante criatura. Justine creyó notar algo. Regresó corriendo, sin poder dejar de manifestar cierta sorpresa. Saint-Florent se defendió: unos cuantos halagos devolvieron la confianza a la muchacha; y se pusieron en camino.

Serían las cuatro de la tarde. En esa pequeña escena, Saint-Florent aún no se había descubierto: la misma honradez, las mismas deferencias, la misma delicadeza; si hubiera sido el padre de Justine, ésta no se habría sentido más segura; todas sus sospechas se disipaban. Nuestra desdichada desconocía lo que se debe hacer cuando el peligro se aproxima.

Pronto las sombras de la noche empiezan a propagar por el bosque esa especie de terror religioso que provoca al mismo tiempo el temor en las almas tímidas y el proyecto del crimen en los corazones feroces. Nuestros viajeros sólo caminaban por senderos. Justine marchaba la primera. Se vuelve para preguntar a Saint-Florent si aquellos apartados caminos eran realmente los que tenían que seguir…, si cree, finalmente, que llegarían pronto. En ese punto el extravío del libertino había llegado a su colmo: sus fogosas pasiones acababan de romper todos los frenos… Era de noche: el silencio de los bosques, la oscuridad que los envolvía, todo excitaba en él unos deseos que por fin se veía dueño de satisfacer. El libertino, empalmado, traía a su lasciva imaginación los encantos que la casualidad o sus supercherías le habían descubierto en aquella deliciosa niña. Ya no podía contenerse: «Vamos, rediós, dice a su sobrina, aquí mismo tengo que joderte; hace demasiado rato que estoy empalmado por ti, pura, tengo que correrme». La coge por los hombros, le hace perder el equilibrio. La desdichada lanza un grito: «¡Ah, zorra!», le dice Saint-Florent furioso, «no esperes que voy a dejarte la facultad de hacer oír tus quejas"; y termina por tirarla

al suelo aplicándole en la cabeza un vigoroso bastonazo que la tiende sin conocimiento a los pies de un árbol. Los dioses fueron sordos: no se tiene idea de la indiferencia que sienten por los hombres, incluso cuando éstos pretenden ultrajarlos; se hubiera dicho que, lejos de vengar aquel horrible atentado, duplicaban a placer las sombras de la noche como para envolver mejor…, como para favorecer las odiosas acciones del crimen sobre el pudor y la inocencia.

Saint-Florent, amo y señor de Justine, la remanga…, saca una polla monstruosa, encendida de lujuria y de rabia, se tiende sobre la víctima, la oprime con su peso, aparta los muslos de aquella desdichada niña indefensa, clava con furia indecible su espada en los bordes de aquellas delicadas primicias que, destinadas a no ser otra cosa que el premio del amor, parecen rechazar llenas de horror las execrables maniobras de la maldad y del crimen: finalmente lo consigue. Justine es desvirgada. ¡Oh, qué carrera la del malvado! Es el tigre encolerizado despedazando a la joven oveja: folla largo rato, atraviesa, blasfema; corre la sangre, y nada le detiene. Por fin, una impetuosa descarga aplaca sus deseos; y, tambaleándose, el libertino se aleja lamentando que un crimen que acaba de proporcionarle tanto placer no pueda durar un siglo. A diez pasos de allí, sus sentidos vuelven a reanimarse. Siente ese remordimiento singular que turba el alma del malvado, haciéndole imaginar que sólo ha cometido a medias la fechoría que podía ampliar. Se acuerda de haber dejado en las bolsas de Justine los cien mil francos que le había entregado; vuelve para robárselos; pero a Justine, sentada encima de sus bolsas, hay que darle la vuelta para poder registrarla. ¡Cielos!, pese a la oscuridad, ¡cuántos encantos nuevos se ofrecen a las miradas encendidas del incestuoso Saint-Florent! «¿Cómo?», dice mirando aquel culo delicioso y lozano que había sido el primero en excitarle con tanta viveza, «¡No puedo despreciar unos atractivos semejantes! ¡Detestable pusilanimidad! Jodamos, jodamos este culo divino que me dará cien veces más placer que el coño; entreabrámoslo, desgarrémoslo, rediós, sin ninguna piedad». Dueño absoluto de hacer cuanto quiera sobre aquel cuerpo inanimado…, indefenso, el bribón coloca a su víctima en la actitud propicia para sus pérfidos designios: contemplando el gracioso agujero que va a perforar, su maldad se irrita ante la desproporción; apunta el instrumento, sin haberlo mojado siquiera: todas esas precauciones nacidas del miedo o de la humanidad, son desconocidas para el crimen y la verdadera lujuria; y ¿por qué impedir que sufra el objeto cuyo dolor aumenta nuestros goces? El desalmado la encula; media hora entera se complace el indigno en ese ultraje; y quizá seguiría si la naturaleza, colmándolo con sus favores, no hubiese puesto término a sus placeres.

El pérfido se aleja finalmente, dejando a la desdichada víctima de su libertinaje en tierra, sin recursos, sin honor, y casi sin vida.

¡Oh, hombre, eso es lo único que eres cuando sólo escuchas a tus pasiones!

Cuando Justine recobra el conocimiento y reconoce el horrible estado en que se encuentra, quiere poner fin a sus días. «¡Monstruo!, exclama, ¿qué le he hecho? ¿He podido merecer de su parte un trato tan cruel? Le salvo la vida, le devuelvo su

fortuna, y él me arrebata lo que más quiero: en el fondo de las selvas más salvajes, ¡los tigres no se hubieran atrevido a semejante crimen!…». Unos minutos de abatimiento siguen a esos primeros impulsos del dolor: sus bellos ojos, llenos de lágrimas, se vuelven maquinalmente hacia el cielo; su corazón se postra a los pies del amo que su infortunio le señala; aquella bóveda pura y brillante, aquel silencio imponente de la noche…, aquella imagen de la naturaleza en paz junto a la turbación de su alma extraviada, todo difunde en torno suyo un tenebroso horror del que enseguida nace la necesidad de rezar: se postra a las plantas de ese Dios poderoso, negado por la sabiduría, y creído por la desgracia.

«Santo y majestuoso ser, exclama entre lágrimas, tú que en este horrible momento te dignas colmar mi alma de una alegría celestial que me ha impedido sin duda atentar contra mi vida, ¡oh protector y guía!, aspiro a tus bondades e imploro tu clemencia; contempla mi miseria y mis tormentos, mi resignación y mis deseos. ¡Dios poderoso!, lo sabes, sabes que soy inocente y débil, sabes que he sido traicionada y maltratada; he procurado hacer el bien siguiendo tu ejemplo, y tu voluntad me castiga. Que se cumpla, ¡oh Dios mío!, amo todos sus efectos sagrados, los respeto y dejo de quejarme; mas sin embargo, si no debo encontrar en este mundo más que espinas, ¿es ofenderte, ¡oh mi soberano señor!, suplicar de tu poder que me lleve hacia ti, para rezarte en paz, para adorarte lejos de estos perversos que, desgraciadamente, no me han hecho sino encontrar males, y cuyas manos sanguinarias y pérfidas ahogan a capricho mis tristes días en el torrente de las lágrimas y en el abismo de los dolores?».

La oración consuela al desdichado; el cielo es su quimera; se vuelve más fuerte después de haberla acariciado: sin embargo, sería difícil sacar de esa secuela física ciertas inducciones en favor de un Dios; el estado del desdichado es el del delirio; pero ¿pueden los hijos de la locura imponerse a la razón? Justine se levanta, se ajusta la ropa y se aleja.

Ideas muy distintas alimentaban la mente de Saint-Florent. Hay almas en el mundo para las que el crimen tiene tantos encantos que nunca pueden saciarse de ellos; un primer delito no es para ellas más que un aliciente para el segundo; y su satisfacción sólo es completa cuando la medida está colmada.

«¡Qué bonita doncellez acabo de coger!», se decía aquel traidor, sentado contra un árbol, a dos pasos de la arena donde su víctima había sido inmolada… «¡Qué inocencia! ¡Qué lozanía! ¡Cuántas gracias y bellezas!… ¡Cómo me encendía esa mujer!… ¡Cuánto excitaba todos mis sentidos!… La habría estrangulado si hubiera sido capaz de oponerme alguna resistencia… Quizá haya hecho mal dejándola con vida…, si encuentra a alguien se quejará de mí…, pueden alcanzarme, pueden perderme: ¿quién no sabe hasta dónde puede llegar la venganza de una muchacha irritada?… Hay que rematarla…, una endeble criatura más o menos en el universo no causará en él la menor alteración…, es un gusano que aplasto al pasar; es un animal venenoso que dirige hacia mí su aguijón y al que impido que me hiera; es tan poco el

mal que hay en desembarazarse de los que quieren perjudicarnos… volvamos». Pero la desdichada Justine, destinada por la mano del Cielo a recorrer de principio a fin el espinoso camino del infortunio, no debía sucumbir tan joven. Saint-Florent se enfurece al no encontrarla; la llama; ella le oye, y huye más deprisa. Dejemos aquí al malvado desesperándose sólo por no haber triunfado del todo; dejémosle seguir su camino; quizá volvamos a encontrarlo un día. Ahora, el orden de los hechos no nos permite sino seguir el hilo de las aventuras de nuestra interesante Justine.

«Ahí sigue todavía ese monstruo, dice la muchacha acelerando el paso; ¿para qué puede quererme? ¿No me ha ultrajado suficiente? ¿Qué le queda por hacer?», y se adentra en un bosquecillo para sustraerse a la búsqueda de un hombre que sólo se habría reunido con ella para asesinarla; allí pasó el resto de la noche en medio de horribles inquietudes.

«Bueno», piensa cuando empieza a nacer el día, «es cierto que hay criaturas humanas a las que la naturaleza rebaja al mismo destino que el de las bestias feroces; oculta en su refugio, rehuyendo a los hombres como ellas, ¿qué diferencia hay ahora entre esas bestias y yo? ¿Merece la pena nacer para un destino tan lamentable?». Y ríos de lágrimas corrían de sus hermosos ojos mientras se entregaba a tan crueles reflexiones.

Apenas las había terminado cuando se deja oír un ruido imprevisto. «¡Oh, Dios!, quizá ese bárbaro siga ahí, dijo estremeciéndose; me persigue, quiere mi perdición, se ha conjurado contra mi vida; estoy perdida». Y mientras se oculta mejor en el bosquecillo que la cubre de cualquier mirada, tiene sin embargo el valor de aguzar el oído.

Dos hombres eran la causa de aquel ruido. «Ven, amigo mío», decía el que parecía el jefe al muchacho que lo seguía, «ven, aquí estaremos de maravilla: la cruel y fatal presencia de una madre que aborrezco no me impedirá al menos saborear contigo un momento, en este lugar salvaje, los placeres que tan dulces me resultan». Mientras hablan así, van acercándose y se sitúan tan cerca de Justine que ninguna de sus palabras, ninguno de sus movimientos, puede escapársele. Entonces el jefe, que parece tener unos veinticuatro años, le baja los calzones al otro, cuya edad es de cuatro lustros a lo sumo, se la menea, le chupa la polla y consigue ponérsela dura. La escena es larga…, escandalosa, llena de episodios…, mezcla de lujurias y cochinadas muy apropiadas para escandalizar a la que todavía gime por ultrajes bastante parecidos. Pero ¿qué infamias eran ésas? En este punto vemos a ciertos lectores, más curiosos de estas obscenidades que de los detalles virtuosos de la interesante Justine, suplicarnos que les levantemos el velo sobre tales horrores; bien, para satisfacerlos diremos que el joven amo, nada sorprendido por el monstruoso dardo con que se le amenaza, lo excita, lo cubre de besos, se apodera de él, se lo mete y, al introducírselo en el culo, parece enloquecer. Entusiasmado por tales caricias sodomitas se debate bajo la polla que le jode, lamentando que no sea más gorda todavía; afronta los empujones, los previene, los rechaza: dos tiernos y legítimos esposos no se

acariciarían con tanto ardor: sus bocas se aplastan una contra otra, sus lenguas se entrelazan, se confunden sus suspiros; y ambos, ebrios de lujuria, encuentran en una mutua descarga el complemento de sus voluptuosas orgías. El homenaje se repite, y, para encender de nuevo el incienso, no se escatima nada a quien lo exige: besos, tocamientos, poluciones, refinamientos de la más insigne depravación, se utiliza todo expresamente para renovar unas fuerzas que se apagan, y todo consigue reanimarlas cinco veces seguidas, pero sin que ninguno de los dos cambie de papel; el joven amo fue siempre mujer; y aunque mostró una polla muy hermosa, que su lacayo meneaba mientras le jodía, y aunque por lo tanto también pudiese hacer de hombre, no dio la impresión de concebir ni por un instante ese deseo. Si inspeccionó el ingenio de su follador, si lo meneó, si lo chupó, fue para excitarlo, para ponerlo duro; pero nunca proyecto alguno de agencia[1] dio siquiera la impresión de entrar en sus planes.

¡Oh, qué largo le pareció aquel rato a Justine! ¡Y cuán desgarradora es para la virtud la obligación de contemplar el pecado!

Finalmente, sin duda saciados, los escandalosos actores de esta escena se levantan para volver al camino que debe llevarlos a su casa; pero de pronto el amo, acercándose al matorral para expulsar la leche con que su culo acaba de ser inundado, ve, al levantarse, la punta de la pañoleta que envuelve la cabeza de Justine. «Jazmín», dice a su criado…, «hemos sido traicionados…, descubiertos…, una mujer…, un ser impuro ha contemplado nuestros misterios…, acerquémonos…, saquemos de ahí a esa putilla y sepamos por qué está ahí».

Mas la temblorosa Justine no les da oportunidad de que la saquen de su refugio; inmediatamente sale por sí misma y, cayendo a los pies de los que la han descubierto: «¡Oh, señores!», exclama, tendiendo los brazos hacia ellos, «dignaos tener piedad de una desdichada cuyo destino es más digno de compasión de lo que pensáis; hay pocos reveses que puedan compararse con los míos. Que la situación en que me habéis encontrado no dé lugar a que nazca ninguna sospecha sobre mí; es consecuencia de mi miseria antes que la de mis errores; lejos de aumentar los males que me agobian, dignaos disminuirlos facilitándome los medios para escapar a las calamidades que me persiguen».

El señor de Bressac, ése era el nombre del joven entre cuyas manos caía Justine, pese a su gran fondo de maldad y de libertinaje, no carecía de una abundantísima dosis de conmiseración. Por desgracia, no es sino demasiado frecuente ver que la lujuria mata la compasión en el corazón del hombre: su efecto ordinario es endurecer; sea que la mayor parte de sus extravíos tenga necesidad de la apatía del alma, sea que la violenta sacudida que esa pasión imprime a la masa de los nervios mengüe la fuerza de su acción, lo cierto es que un libertino en raras ocasiones es un hombre sensible[*]. Mas, a esa dureza natural en la clase de gentes de que hablamos, en Bressac se unía además una profunda repugnancia por las mujeres…, un odio tan inveterado por todo lo que caracterizaba a ese sexo, al que llamaba INFAME, que muy

difícilmente habría conseguido Justine poner en él los sentimientos con que pretendía conmoverle.

«Tortolilla de los bosques», le dijo Bressac con dureza, «si buscas incautos, dirígete a otra parte; ni a mi amigo ni a mí nos interesan las mujeres; nos horrorizan, y huimos de ellas con ahínco. Si es limosna lo que pides, busca gentes a las que les gusten las buenas obras; nosotros nunca hacemos sino las malas. Pero habla, miserable, ¿has visto lo que ha ocurrido entre este joven y yo? —Os he visto hablar tumbados en la hierba, dijo la prudente Justine; nada más, caballeros, os lo juro. —Quiero creerlo, dijo Bressac, y más te vale que así sea. Si pensase que has podido ver otra cosa, no saldrías nunca de estos matorrales… Jazmín, es temprano, tenemos tiempo de oír las aventuras de esta joven; oigámoslas, y ya veremos lo que tenemos que hacer luego».

Los jóvenes se sientan; Justine se pone a su lado y les cuenta, con su ingenuidad habitual, todas las desgracias que la agobian desde que vino al mundo.

«Vamos, Jazmín, dice Bressac levantándose, seamos justos por una vez. La equitativa Temis ha condenado a esta criatura; no toleremos que los planes de la diosa se vean tan cruelmente frustrados; hagamos sufrir a la delincuente la sentencia de muerte en que habría incurrido. Este pequeño homicidio, lejos de ser un crimen, no será más que una reparación en el orden moral: ya que tenemos la desgracia de alterarlo algunas veces, restablezcámoslo valerosamente cuando la ocasión se presenta…». Y los muy crueles, tras levantar a la desgraciada de su sitio, ya la arrastran hacia el centro del bosque riéndose de sus llantos y sus gritos: «Desnudémosla a lo bestia», dijo Bressac haciendo desaparecer todos los velos de la decencia y del pudor, y sin que los atractivos que esa operación muestra a sus ojos enternezcan a un hombre endurecido para todas las seducciones de un sexo que desprecia. «¡Qué ser tan vil es una mujer!», decía haciéndola rodar por el suelo con el pie; «¡Oh, Jazmín, qué animal tan infame!»; y luego, escupiendo encima: «Dime, querido, ¿gozarías a esta bestia?… —Ni siquiera por el culo, dijo el criado. —Bueno, ahí tienes lo que los necios llaman su divinidad; ahí tienes lo que los imbéciles adoran… Mira, mira ese vientre perforado…, mira ese infame coño; mira el templo donde el absurdo consuma su sacrificio; mira el taller de la generación humana. Adelante, sin ninguna piedad; aremos a esta bribona…». Y la pobre muchacha es atada al momento con una cuerda que aquellos monstruos hacen con sus corbatas y sus pañuelos; la colocan entonces entre cuatro árboles, a los que atan fuertemente cada uno de los miembros; y en esta cruel acritud, que deja colgando sin apoyo su estómago hacia tierra, sus dolores son tan vivos que un sudor frío cae de su frente; Justine sólo existe por la violencia del tormento; si hubieran dejado de comprimir sus nervios, habría muerto. Cuanto más sufre esta desgraciada, más parecen divertirse nuestros jóvenes con el espectáculo; la contemplan llenos de voluptuosidad; complacidos, atisban en su rostro cada una de las contorsiones que le arrancan sus

ardientes angustias, y modelan su horrible alegría por la mayor o menor violencia observada en aquellas contorsiones.

«Ya es suficiente», dijo Bressac; «consiento en que, por esta vez, no pase del susto».

«Justine», continuó soltando sus ataduras y ordenándole que se vistiera, «sed discreta y seguidnos; si os unís a mí, no tendréis que arrepentiros. Mi madre necesita una criada más; os presentaré a ella y, por el crédito que doy a vuestros relatos, responderé de vuestra conducta. Mas si abusáis de mis bondades, si traicionáis mi confianza, o no os sometéis a mis intenciones, mirad estos cuatro árboles, Justine; examinad el terreno que sombrean y que debía serviros de sepultura; recordad que este funesto lugar sólo está a una legua del castillo al que os llevo y que, a la más ligera falta, seréis traída aquí inmediatamente».

La más ligera apariencia de felicidad supone para el desgraciado lo que el bienhechor rocío de la mañana para la flor resecada la víspera por los ardientes fuegos del astro del día. Justine se postra llorando a las plantas de aquel que parece protegerla; jura que será sumisa y se portará bien; mas el bárbaro Bressac, tan insensible a la alegría como al dolor de aquella querida niña, le dice con dureza: «Ya veremos»; y se ponen en marcha.

Jazmín y su amo hablaban juntos en voz baja; Justine los seguía humildemente, sin decir una palabra. Cinco cuartos de hora bastaron para llevarlos al palacio de Mme. de Bressac, cuyo lujo y magnificencia demostraron a Justine que, cualquiera que fuese la ocupación que le asignasen en aquella casa, no podía ser a buen seguro sino ventajosa para ella, siempre que la mano malhechora que no cesaba de atormentarla no viniese de nuevo a perturbar las apariencias halagüeñas que parecían ofrecerse a sus ojos.

Al cabo de media hora después de su llegada, el joven la presenta a su madre.

Madame de Bressac era una mujer de cuarenta y cinco años, hermosa todavía, honesta, sensible, pero de una sorprendente severidad de costumbres; orgullosa de no haber dado nunca un paso en falso en su vida, no perdonaba ninguna debilidad en los demás; y por ese rigorismo a ultranza, lejos de ganarse la ternura de su hijo, lo había expulsado, por así decir, de su seno. Bressac tenía muchos defectos, lo admitimos; pero ¿dónde ha de erigir su templo la indulgencia si no es en el corazón de una madre? Viuda desde hacía dos años del padre de aquel joven, Mme. de Bressac poseía cien mil escudos de renta que, unidos a más del doble procedentes de la fortuna del padre, aseguraban un día, como se ve, más de un millón de renta anual al malvado del que hablamos. Pese a tan grandes esperanzas, Mme. de Bressac daba poco a su hijo; ¿podía una pensión de veinticinco mil francos ser suficiente para pagar sus placeres? No hay nada tan caro como ese género de voluptuosidad. Hemos de convenir que los hombres cuestan menos que las mujeres; mas las lubricidades que se gozan con ellos se renuevan con mucha más frecuencia; a uno lo follan más de lo que folla.

Nada había podido convencer al joven Bressac para que entrase en el ejército; cuanto le apartaba de su libertinaje resultaba tan insoportable a sus ojos que no podía aceptar su cadena.

Madame de Bressac pasaba tres meses al año en esa finca donde Justine la conoció; el resto del tiempo vivía en París; pero, durante esa estancia en el campo de tres meses, exigía que su hijo no se apartase de su lado. ¡Qué suplicio para un joven que aborrecía a su madre y tenía por perdidos todos los instantes que pasaba lejos de una ciudad donde para él se encontraba el centro de los placeres!

Bressac ordena a Justine que cuente a su madre las cosas que le había referido: y, cuando ha terminado: «Vuestro candor y vuestra ingenuidad», le dice aquella respetable mujer, «no me permiten dudar de que es cierto lo que contáis; no pediré otros informes sobre vos más que el de saber si sois realmente hija del hombre que me decís; si así fuera, conocí a vuestro padre, y para mí será una razón más para interesarme por vos. En cuanto al asunto de la Delmonse, yo me encargo de arreglarlo con dos visitas al canciller, amigo mío desde hace siglos; por lo demás, esa criatura es una perdida por sus depravaciones y su reputación, a la que si quisiera haría encarcelar. Pero, pensad bien, Justine, añadió Mme. de Bressac, que cuanto ahora os prometo no es sino a cambio de una conducta intachable: así pues, ya veis que los efectos de la gratitud que exijo siempre redundarán en provecho vuestro». Justine se arroja a las plantas de su bienhechora, asegurándole que tendrá motivos para estar satisfecha; y acto seguido le dan posesión de su plaza.

Al cabo de tres días, llegaron los informes pedidos por Mme. de Bressac; todos quedaron contentos: Justine fue alabada por su sinceridad y todas las ideas de desgracia desaparecieron de su mente dejando sitio a la más dulce esperanza; mas no estaba escrito en el cielo que esta querida niña fuese feliz alguna vez, y si en ella nacían fortuitamente unos instantes de calma sólo era para hacerle más amargos los de horror que debían seguirles.

Nada más volver a París, Mme. de Bressac se apresuró a trabajar en favor de su doncella: las calumnias de la Delmonse fueron reconocidas, mas no pudieron detenerla. Hacía unos días que se había marchado para recoger en América una rica herencia que acababa de corresponderle, y el Cielo quiso que gozase de su crimen con toda tranquilidad. Hay un cúmulo de ocasiones en que su inconsecuente equidad sólo deja sentir su peso sobre la virtud. No debe olvidarse que, si publicamos estos hechos, sólo es para convencer de esta verdad; es una verdad triste, mas no es menos importante que sea desvelada, a fin de que cada cual pueda regular por ella su conducta en los acontecimientos de la vida.

Sobre el incendio de las prisiones del palacio de justicia, todos quedaron convencidos de que, si Justine se había aprovechado del suceso, por lo menos no había participado en él en absoluto; y su proceso quedó sobreseído, según le dijeron, sin que los magistrados a quienes correspondía se creyesen en la obligación de utilizar otras formalidades. La pobre niña no sabía más del asunto.

A poco que, hasta ahora, haya conseguido el lector un conocimiento bastante amplio del alma de nuestra heroína, le será fácil imaginar lo mucho que semejante proceder la unía a Mme. de Bressac. Justine, joven, débil y sensible, abría encantada su corazón a los sentimiento de la gratitud: locamente convencida de que un beneficio debe unir a quien lo recibe a aquel de quien emana, la pobre niña dedicaba satisfecha al culto de ese sentimiento pueril toda la actividad de su alma ingenua. Pero las intenciones del joven estaban muy lejos de pretender encadenar tan fuertemente a Justine a los intereses de una madre a la que no podía soportar. Mas ha llegado el momento de pintar a este nuevo personaje.

Bressac unía a los encantos de la juventud la figura más seductora: si su porte o sus rasgos tenían algunos defectos era porque se acercaban un poco a esa indolencia…, a esa blandura que sólo pertenece a las mujeres; parecía como si la naturaleza, al prestarle los atributos de su sexo, le hubiera inspirado asimismo los gustos. ¡Qué alma, sin embargo, se ocultaba bajo aquellos atractivos femeninos! En ella se encontraban todos los vicios que caracterizan las de los mayores malvados; nadie llevó nunca más lejos la maldad, la venganza, la crueldad, el ateísmo, la depravación, el olvido de todos los deberes y principalmente de aquellos que las almas menos enérgicamente marcadas parecen convertir en su deleite. La primera manía de este hombre singular era detestar soberanamente a su madre; y, por desgracia, ese odio, basado en principios, estaba apuntalado en él, tanto por razones sin réplica como por el poderoso interés que necesariamente debía tener en verse libre de ella cuanto antes. Madame de Bressac hacía cuanto estaba en su mano para llevar de nuevo a su hijo a los caminos de la virtud; pero empleaba para ello demasiado rigor; el resultado era que el joven, más enardecido por los efectos mismos de esa severidad, se entregaba a sus placeres con mucho mayor ímpetu, y que la pobre dama sólo recogía de sus persecuciones una dosis de odio infinitamente más fuerte.

«No imaginéis», le decía un día Bressac a Justine, «que mi madre actúa por sí misma en todo lo que os concierne: creedme que, si no la persiguiese yo en todo instante, apenas se acordaría de las atenciones que os ha prometido; se atribuye el mérito de todos sus pasos cuando en realidad no son sino obra mía: sí, Justine, sólo a mí debéis esa gratitud que prodigáis a mi madre; y la que exijo de vos debe pareceros tanto más desinteresada cuanto que, por joven y bonita que podáis ser, sabéis perfectamente que no pretendo vuestros favores; no, querida niña, no; dotado del más profundo desprecio por todo lo que se puede conseguir de una mujer…, incluso por sus favores, los que os pido son de naturaleza totalmente distinta; y cuando estéis bien convencida de cuanto he hecho para vuestra tranquilidad, espero encontrar en vuestra alma cuanto me creo con derecho a esperar».

Estas palabras, repetidas a menudo, parecían tan oscuras a Justine que no sabía cómo responder; sin embargo lo hacía, y acaso con demasiada facilidad; ¿hemos de confesarlo? ¡Ay!, sí; disimular los errores de Justine sería traicionar la confianza del lector y responder al interés que sus reveses han inspirado hasta este momento.

Fuera cual fuese el indigno comportamiento de Bressac con ella, desde el primer día que lo viera, le había resultado imposible impedir un violento impulso de ternura hacia él; la gratitud aumentaba en su corazón esa inclinación involuntaria, a la que el trato constante del ser querido prestaba cada día nuevas fuerzas; porque, en última instancia, la pobre Justine adoraba a pesar suyo a aquel malvado con el mismo ardor con que idolatraba a su Dios, a su religión…, a la virtud. Había hecho mil cavilaciones sobre la crueldad de aquel hombre, sobre su alejamiento de las mujeres, sobre la depravación de sus gustos, sobre las distancias morales que separaban a ambos; y nada, nada en el mundo podía apagar aquella naciente pasión. Si Bressac le hubiese pedido la vida, si hubiera querido su sangre, Justine le habría dado todo, derramado todo, lamentando no poder seguir haciendo los mayores sacrificios por único objeto de su corazón. Ahí tenéis el amor, ahí tenéis por qué los griegos lo pintaron con una venda. Pero Justine nunca había dicho nada; y el ingrato Bressac estaba lejos de distinguir la causa de los llantos que la joven derramaba a diario por él. Mas era muy difícil que el joven no sospechase el deseo que ella tenía de adelantarse a cuanto podía agradarte; que no vislumbrase deferencias lo bastante fuertes, lo bastante ciegas para servir incluso a sus errores, como la decencia podía permitirles, y el cuidado con que procuraba ocultarlos siempre a la madre. Por esa conducta tan natural en un corazón seducido, Justine se había ganado la rotal confianza del joven Bressac; y cuanto procedía de aquel amado querido tenía tanto valor a los ojos de Justine que, a menudo, la desventurada creía haber obtenido del amor lo que únicamente le concedía el libertinaje…, la maldad, o, lo que quizá era más seguro, la necesidad que tenía de la joven para los horribles proyectos de su corazón.

¿Podrá creer alguien que un día Bressac se atrevió a decirle: «Entre los jóvenes que depravo, Justine, hay algunos que sólo se entregan a mí por complacencia, que necesitarían ver al desnudo los atractivos de una joven. Esa necesidad ofende mi orgullo; preferiría que ese estado en que los deseo sólo se debiese a mí. Pero como me resulta indispensable, preferiría, ángel mío, deberlo a ti antes que a cualquier otra: no me encargaría de nada; tú los prepararías en mi gabinete, y no los harías pasar a mi habitación hasta que no estuvieran preparados? —¡Oh!, señor, respondía Justine llorando, ¿cómo podéis proponerme semejantes cosas? Que los horrores a que os entregáis… —¡Ah!, Justine, le interrumpió Bressac, es imposible corregir nunca esta inclinación…, ¡si pudieras conocer sus encantos, si pudieras comprender lo que se siente con la dulce ilusión de no ser más que una mujer! ¡Increíble desvarío de la mente! ¡Se aborrece ese sexo, y uno quiere imitarlo! ¡Ah!, qué dulce es conseguirlo, qué delicioso ser la puta de todos los que te desean, y, llevando en este punto hasta el último grado el delirio y la prostitución, ser sucesivamente en el mismo día la amante de un mozo de cuerda, de un criado, de un soldado, de un cochero; ser sucesivamente mimado, acariciado, envidiado, amenazado, azotado; vencer unas veces en sus brazos, y al momento ser víctima de sus paradas, enternecerlos unas veces con

caricias y reanimarlos otras con excesos: ¡Eh! No, no, Justine, no puedes comprender qué supone ese placer para una cabeza organizada como la mía. Pero, dejando aparte la moral, si fueses capaz de imaginar cuáles son las voluptuosas titilaciones de este gusto divino, lo que hace sentir…, experimentar; es imposible contenerse: es un cosquilleo tan vivo, son unos impulsos de lubricidad tan picantes…, un delirio tan completo…, se pierde la cabeza, uno delira; mil besos, a cual más ardiente, no podrían expresar con suficiente ardor la ebriedad en que nos sume el agente. Enlazado por sus brazos, pegadas las bocas, querríamos que toda nuestra existencia pudiera incorporarse a la suya; querríamos formar un solo ser con él: si nos atrevemos a quejarnos, es de ser olvidados; querríamos que, más robusto que Hércules, nuestro follador nos penetrase, nos ensanchase; que esa semilla preciosa, lanzada ardiendo al fondo de nuestras entrañas, hiciese brotar, con su calor y su fuerza, la nuestra en sus manos; querríamos no ser sino leche, cuando nos rocía con la suya. No pienses que estamos hechos como los demás hombres; es una constitución completamente distinta; y el Cielo, al crearnos, adornó los airares en que nuestros celadones sacrifican con esa misma membrana cosquillosa que tapiza el interior de vuestros infames coños. Con toda seguridad, nosotros somos tan mujeres como lo sois vosotras en el taller de la generación. No hay ni uno de vuestros placeres que nos sea desconocido, ni uno del que no sepamos gozar; pero además tenemos los nuestros; y es esa deliciosa reunión la que hace de nosotros los seres de la tierra más sensibles a la voluptuosidad…, los mejor creados para sentirla. Es esa reunión encantadora la que hace posible la corrección de nuestros gustos…, la que nos convertiría en entusiastas y en frenéticos si no siguiesen cometiendo la estupidez de castigarnos…, la que nos hace adorar hasta la muerte, finalmente, al dios fascinante que nos encadena».

Así se expresaba M. de Bressac, preconizando sus placeres. Si Justine intentaba hablarle de la respetable mujer a la que debía la vida, de las penas que semejantes desórdenes debían causarle, ya no veía en aquel joven más que despecho, malhumor y, sobre todo, mucha impaciencia por ver en tales manos y durante tanto tiempo unas riquezas que, según Bressac, ya habrían debido pertenecerle: no veía en él más que el odio más inveterado contra aquella mujer tan honesta y virtuosa, la rebeldía más comprobada contra todo lo que los necios llaman los sentimientos de la naturaleza, y que, bien analizados, no son sino puros efectos de la costumbre.

Así pues, es cierto que cuando uno ha llegado a transgredir de manera tan radical en sus gustos el instinto de esa pretendida ley, la secuela necesaria de ese primer extravío es una violentísima inclinación a precipitarse enseguida en mil más.

A veces, la apasionada Justine se servía de los recursos piadosos. Consolada a menudo por ellos, pues es propio de la debilidad comentarse siempre con quimeras, trataba de trasladar sus ilusiones al alma de aquel perverso. Pero Bressac, enemigo declarado de los misterios de la religión, censor empedernido de sus dogmas, antagonista a ultranza de su autor, en vez de dejarse dominar por las opiniones de

Justine, no tardó en esforzarse por someterla a las suyas. Apreciaba lo suficiente la inteligencia de la joven para desear aportarle la antorcha de la filosofía; además, necesitaba destruir en ella todos los prejuicios. Y combatió los del culto de la siguiente manera:

«Todas las religiones parten de un principio falso, Justine», le decía en cierta ocasión; «todas suponen necesaria la admisión de un ser creador, cuya existencia es imposible. Recuerda a este respecto los preceptos considerados como del tal Corazón de Hierro, quien, según dices, había atormentado tu espíritu como yo. Nada más sabio que los principios de ese bandido; me parece un hombre de mucha inteligencia; y el envilecimiento en que la estupidez lo mantiene no le quita el derecho a razonar bien.

«Si todas las producciones de la naturaleza son efectos resultantes de las leyes que la cautivan; si su acción y su reacción perpetuas suponen el movimiento necesario a su esencia, ¿en qué se convierte el soberano dueño que gratuitamente le adjudican los que tienen algún interés en adoptarlo? Eso es, querida niña, lo que te decía ese sabio instructor. Según ello, ¿qué son, pues, las religiones sino el freno con que la tiranía del más fuerte quiso someter al más débil? Embargado por ese designio, se atrevió a decir a quien pretendía dominar que un Dios forjaba los hierros con que su crueldad lo rodeaba; y éste, embrutecido por su miseria, creyó indistintamente todo lo que quiso el otro. ¿Pueden, pues, las religiones nacidas de esas trapacerías merecer algún respeto? ¿Hay una sola que no lleve el emblema de la impostura y de la estupidez? ¿Qué ves en todas? Misterios que hacen estremecerse a la razón, dogmas que ultrajan a la naturaleza, grotescas ceremonias que no inspiran más que la irrisión y el asco. Mas si, de todas ellas, hay dos que merecen de manera más particular nuestro desprecio y nuestro odio, oh Justine, ¿no son las que se apoyan en esas dos novelas imbéciles, conocidas bajo el nombre de Antiguo y Nuevo Testamento? Recorramos un momento ese cúmulo ridículo de impertinencias, de mentiras y de simplezas; y veamos el caso que hay que hacerle: serán cuestiones**[2]** lo que te haga, y tú responderás, si puedes.

Ante todo, ¿cómo debo arreglármelas para probar que los judíos, quemados por la Inquisición a millares, fueron durante cuatro mil años los favoritos de Dios? ¿Cómo es que vosotros, que adoráis su ley, los matáis porque siguen su ley? ¿Cómo vuestro bárbaro y ridículo Dios ha sido tan in justo como para preferir la pequeña horda judía al mundo entero, y abandonar luego a ese pueblo favorito por otra casta infinitamente más pequeña y más despreciable?

«¿Por qué ese Dios hizo en otro tiempo tantos milagros? ¿Y por qué no quiere hacerlos ya para nosotros, pese a que nosotros hemos reemplazado a ese pueblo, a favor del cual los hacía antaño tan fascinantes?

«¿Cómo conciliaréis la cronología de los chinos, de los caldeos, de los fenicios, de los egipcios, con la de los judíos? ¿y cómo conciliaréis entre sí cuarenta maneras diferentes de calcular el tiempo en los comentaristas? Si digo que Dios dictó ese libro, ¿no me replicarán que entonces ese Dios es un tremendo ignorante?

«¿Y no sigue siéndolo cuando yo afirme que dice que Moisés escribió en el desierto al otro lado del Jordán? ¿Cómo es posible si Moisés nunca pasó el Jordán?

«El libro de Josué afirma que Dios hizo grabar el conjunto de las leyes judías sobre argamasa; sin embargo, todos los escritores de esa época enseñan que entonces sólo se grababa sobre la piedra y el ladrillo. Mas no importa, admitamos esa idea: admitiendo esa hipótesis, pregunto cómo ha podido conservarse ese con junto de leyes grabado sobre argamasa; y cómo un pueblo que carecía de todo en el desierto, que no tenía ni ropas ni sandalias, podía dedicarse a grabar leyes.

«¿Cómo es que, en un libro dictado por vuestro Dios, figuran nombres de ciudades que nunca existieron, preceptos para los reyes, por los que sentían horror los judíos y que todavía no los gobernaban…, en fin, todo un hormiguero de contradicciones parecidas? ¡Vuestro dios es al mismo tiempo un imbécil y un inconsecuente! Antes preferiría no tener ninguno que verme obligado a adorar uno de esa catadura.

«¿Qué pensáis de la historia burlesca de la costilla de Adán? ¿Es física o alegórica? ¿Cómo creó Dios la luz antes que el sol? ¿Cómo separó la luz de las tinieblas si las tinieblas no son otra cosa que la privación de la luz? ¿Cómo hizo el día antes de haber hecho el sol? ¿Cómo fue formado el firmamento en medio de las aguas, si no hay firmamento[*]? ¿No resulta evidente que vuestro tonto Dios es tan mal físico como detestable geógrafo y ridículo cronologista?

«¿Queréis una nueva prueba de su necedad? ¡Con qué repugnancia no leéis, en los libros que dicta, que cuatro ríos, distantes mil leguas entre sí, nacen sin embargo en el paraíso terrenal! ¡Qué ridícula prohibición esa de comer el fruto de un árbol en un jardín del que se dispone! Hay mucha maldad en Dios cuando hace semejante prohibición; porque sabía perfectamente que el hombre sucumbiría; por lo tanto estaba tendiéndole una trampa. ¡Vaya bribón ese Dios vuestro! Sólo le veía como un imbécil; pero, siguiéndole de cerca, me parece un grandísimo malvado.

«¿Qué os parece ese grandísimo pánfilo de Eterno que va a pasear, acompañado de Adán, Eva y la serpiente, todos los días a mediodía, y esto en una región donde en ese momento el sol está en su mayor actividad? ¿Por qué, poco después, ese extravagante no quiere que nadie siga tomando el aire en su parque, y pone junto a la puerta, para impedirlo, un buey[**], con la espada llameante en la mano? ¿Puede verse algo más tonto y más ridículo que esa colección de anécdotas?

«¿De qué manera me explicaréis la historia de los ángeles que se follan a las hijas del hombre y que engendran gigantes? Si todo esto es alegórico, es en verdad muy bello, y hay un interesante esfuerzo de genio en el hecho de haberlo encontrado.

«¿Cómo os libraréis ahora del diluvio, que, si sólo duró cuarenta días, como dice Dios, no debió de dar más de dieciocho pulgadas de agua sobre la tierra? ¿Cómo me explicaréis las cataratas del cielo, los animales llegando de las cuatro partes del mundo para ser encerrados en un gran cofre, donde ni siquiera cabría, según las proporciones que ofrecen vuestros libros divinos, lo que contiene la casa de fieras del

gran señor? ¿Y cómo la familia de Noé, que sólo estaba compuesta por ocho personas, pudo alimentar y cuidar a todas esas criaturas? ¡Oh poderoso señor de los judíos! Estoy totalmente convencido de que entre todas esas bestias no había ninguna más limitada que tú.

«¿Y cómo os libraréis de la torre de Babel? Evidentemente era mucho más alta que las pirámides de Egipto, puesto que Dios permitió que estas pirámides subsistieran: la única analogía que encuentro en este punto es la confusión de las lenguas con los inventores de vuestro Dios; hay desde luego una gran semejanza entre las gentes que no se entienden al construir un coloso material y los que enloquecen edificando uno moral.

«Y el bueno de Abraham, que, a la edad de ciento treinta y cinco años, hace pasar a Sara por hermana suya, para que no la corrompan, ¿no os divierte un poco? Me gusta mucho Abraham, pero le querría un poco menos mentiroso…, más sumiso, y que, cuando Dios decide que su posteridad se haga circuncidar, el pobre Abraham no se oponga.

«Lo que me complace infinitamente, Justine, es el atrevido episodio de los sodomitas[3], que quieren encular a unos ángeles, y el bueno de Lot, que prefiere verlos enculando a sus hijas, cosa que no debía de ser lo mismo a ojos de gentes tan conocedoras en esa parte como los ribereños del lago Asfaltites[4].

«Pero la cuestión que tenéis que resolver inmediatamente sin duda es cómo la estatua de sal en que fue convertida la mujer de Lot pudo resistir tanto tiempo la lluvia.

«¿Cómo justificaréis las bendiciones caídas sobre Jacob, que engaña a su padre Isaac y que roba a su suegro Labán? ¿Cómo arreglaréis la aparición de Dios en una escala, y el duelo de Jacob con un ángel? ¡Oh, qué bonito es todo esto, qué interesante!

«Pero, decidme, ¿cómo os libraréis del pequeño error de cálculo de ciento noventa y cinco años que hay al verificar la estancia de los judíos en Egipto? ¿Cómo arreglaréis el baño de las hijas de Faraón en el Nilo, donde nunca se baña nadie debido a los cocodrilos?

«¿Cómo Dios, que odiaba a los idólatras, eligió sin embargo a Moisés por su profeta si se había casado con la hija de un idólatra? ¿Cómo los magos de Faraón hicieron los mismos milagros que Moisés? ¿Cómo Moisés, guiado por vuestro poderoso Dios, y encontrándose (según Dios) al frente de seiscientos treinta mil combatientes, huyó con su pueblo en vez de apoderarse de Egipto, cuyos primogénitos todos habían sido ejecutados por el propio Dios nada más nacer? ¿Cómo la caballería de Faraón persiguió a ese pueblo en un país donde nunca caballería alguna pudo maniobrar? Y, además, ¿cómo Faraón tenía caballería, si, en la quinta plaga de Egipto, Dios había hecho mentalmente perecer a todos los caballos?

«¿Cómo un becerro de oro pudo hacerse en ocho días? ¿Y cómo Moisés redujo ese becerro de oro a cenizas? ¿Os parece todavía natural que veintitrés mil hombres

se dejen degollar, en el fondo del desierto, por una sola tribu?

«¿Y qué pensaréis de la equidad divina cuando veáis que Dios ordena a Moisés, casado con una madianita, matar a veintiocho mil hombres porque uno solo de ellos se ha acostado con una madianita? Esos hebreos que nos pintan tan feroces, ¿no eran sin embargo buenas gentes para dejarse degollar así por mujeres? Pero, decidme, por favor, ¿puede uno dejar de echarse a reír, viendo que Moisés encuentra treinta y dos mil doncellas en el campamento madianita, con sesenta y un mil asnos? Se necesitaban al menos dos asnos por doncella; en un caso semejante, ¿no hay honesta criatura que no se sienta halagada por tener uno por delante y otro por detrás?

«Dios, animal, ignorante, mal geógrafo, horrible cronologista, detestable físico, ¿será mejor naturalista? No, desde luego; porque nos asegura que no hay que comer liebre, ya que ésta rumia y no tiene el pie hendido; sin embargo, no hay escolar de octavo que no sepa que la liebre tiene el pie hendido y no rumia. Pero es cuando vuestro sublime Dios se convierte en legislador cuando se vuelve realmente soberbio: ¿hay algo más prudente, más esencial, que recomendar a los maridos no acostarse con sus mujeres cuando tienen sus reglas, y castigados con la muerte si lo hacen, prescribir la manera en que hay que lavarse, limpiarse el culo?… En verdad que todo esto es de la mayor altura; y si es cómodo reconocer en todo la mano del Eterno…, resulta seguramente muy fácil amar a un Eterno que prescribe cosas tan bellas.

«¿Cómo me probaréis la necesidad de un milagro para pasar el Jordán, que sólo tiene cuarenta pies de ancho?

«¿Cómo explicaréis que sólo los muros de Jericó puedan caer al sonido de la trompeta?

«¿Cómo disculparéis lo que hace la puta Rahab, que traiciona a Jericó, su patria? ¿Por qué era necesaria semejante traición si bastaba una pequeña melodía de trompeta para convertirse en dueño de la ciudad?

«¿Por qué es necesario que sea de los flancos de esa puta Rahab de donde Dios quiere que salga el origen de su hijo?

«¿Por qué es preciso que, hijo del crimen y de la traición, vuestro Jesús, sobre el que pronto volveremos, tenga también su origen en el incesto de Thamar y de Judá, y del adulterio de David y de Betsabé? ¡Oh, cuán incomprensibles son los caminos de Dios, y qué digno de amor es un ser incomprensible!

«¿Con qué ojos veréis a Josué ordenar que ahorquen a treinta y un personas solamente porque codiciaba sus bienes?

«¿Cómo hablaréis de la batalla de Josué contra los amorreos, durante la que el Señor Dios, siempre muy humano, hace caer durante cinco horas seguidas grandes rocas sobre los enemigos del pueblo judío?

«¿Cómo conciliaréis, con los conocimientos que ahora tenéis de los astros, la orden de Josué al sol de detenerse, cuando el sol está fijo y es la tierra la que da vueltas? ¡Eh!, ¿vais a responderme que Dios aún no sabía los progresos que nosotros haríamos en astronomía? ¡Qué gran genio es vuestro Dios!

«¿Qué pensaréis de Jefré, que inmola a su hija y manda degollar a cuarenta y dos mil judíos sólo porque su lengua no es lo bastante suelta para pronunciar la palabra SHIBOLET?

«¿Por qué me habláis, en vuestra nueva ley, del dogma del infierno y del dogma de la inmortalidad del alma, cuando la antigua, sobre la que está calcada la nueva, no dice una sola palabra de esos repugnantes absurdos?

«¿Cómo suavizaréis la inmoralidad de la linda historieta de ese levita que llega en su asno a Gaba y al que los habitantes de esa ciudad quieren encular? El pobre diablo abandona a su mujer para salir sano y salvo; pero como las mujeres son más delicadas que nosotros, la desdichada muere en la operación sodomita. ¡Ah!, por favor, decidme para qué sirven semejantes delicadezas en un libro dictado por el espíritu de Dios.

«Mas lo que espero al menos que me expliquéis es el decimonoveno versículo del primer capítulo de *Jueces*, en el que se dice que Dios, que acompaña a Judá, no puede conseguir una victoria porque los enemigos tienen carros armados de hoces. ¿Cómo es posible que un Dios que detiene la carrera del sol, que cambia tantas veces el curso de la naturaleza, no pueda vencer a los enemigos de su pueblo porque tienen carros armados de hoces? ¿No podría ser que los judíos, infinitamente más arcos de lo que pensamos, no hayan mirado nunca a su Dios más que como una divinidad local y protectora, más poderosa unas veces que los dioses enemigos, y otras sometida por éstos? ¿No queda probada esa opinión por la siguiente respuesta de Jefté: «Poseéis por derecho lo que vuestro Dios CHAMOS os ha dado, permitid pues que nosotros gocemos de lo que ADONAI nuestro Dios nos ha dado igualmente». Ahora también podría preguntaros cómo había un número tan grande de carros armados de hoces en una región tan montañosa por la que sólo se podía viajar con asnos?

«También deberíais explicarme cómo es posible que, en una región desprovista de bosques, Sansón haya prendido fuego a las cosechas filisteas atando antorchas a la cola de trescientos zorros, que por lo general sólo viven en bosques; cómo mató a mil filisteos con una QUIJADA DE ASNO; y cómo de uno de los dientes de esa quijada brotó un manantial de agua límpida. Debéis admitir que hay que ser un poco quijada de asno para haber inventado semejante fábula, o para creerla.

«Os exijo las mismas aclaraciones sobre el bueno de Tobías, que dormía con los ojos abiertos, y que se quedó ciego por una cagada de golondrina; sobre el ángel que bajó expresamente de lo que se llama el empíreo para ir con Tobías a buscar el dinero que el judío Gabel debía al padre del tal Tobías; sobre la mujer de ese mismo Tobías que había tenido siete maridos a los que el diablo había retorcido el pescuezo; y sobre la forma de devolver la vista a los ciegos con la hiel de un pez. Historias todas ellas realmente curiosas; y, después de la novela de Pulgarcito, no conozco nada más divertido.

«Mas ¿podría yo, sin vuestra ayuda, interpretar el texto sagrado, que dice que la hermosa Judit descendía de Simeón, hijo de Rubén, aunque Simeón sea hermano de

Rubén, según el propio texto sagrado, que no puede mentir? Me gusta mucho Ester, y Asuero me parece muy sensato por casarse con una judía y acostarse seis meses con ella sin saber quién es.

«Cuando Saúl fue declarado rey, los judíos eran esclavos de los filisteos, y no se les permitía ningún arma; estaban obligados, incluso, a ir a los filisteos para afilar sus herramientas de casa y de agricultura. Según esto, ¿cómo es posible que Saúl, al frente de trescientos mil combatientes, en un país que no puede alimentar a treinta mil almas, obtenga sin embargo una victoria memorable sobre esos filisteos?

«Vuestro David me pone, por lo menos, en los mismos aprietos. Veo con pesadumbre en semejante malvado el tronco de vuestro Dios Jesús. Es duro, para un individuo que se mete a ser Dios, deber su origen a un asesino, a un adúltero, a un raptor de mujeres, a un sifilítico, a un bribón, en una palabra, al que habrían sometido veinte veces al suplicio de la rueda si nuestras leyes europeas hubieran podido cogerle.

«Respecto a sus riquezas y a las de Salomón, tendréis que admitir que parecen difíciles de conciliar con la pobreza del país. Resulta dificilísimo de entender que Salomón haya tenido, como dice vuestro texto sagrado, cuatrocientos mil caballos en un país donde nunca hubo más que asnos.

«Por favor, ¿cómo conciliaréis las magníficas promesas de los profetas judíos con la perpetua esclavitud de este desdichado pueblo que tan pronto languidece bajo los fenicios y los babilonios como bajo los persas, bajo los sirios, bajo los romanos, etc.?

«Vuestro Ezequiel me parece, o un gran cerdo o un gran libertino cuando come mierda; y me escandaliza cuando le dice a una puta: “Cuando vuestro pecho se formó y tuvisteis pelo, me tendí sobre vos, cubrí vuestra desnudez, os di cosas soberbias; mas vos habéis construido un burdel, os habéis prostituido en las plazas públicas; habéis deseado rabiosamente acostaros con los que poseen miembros de asnos y eyaculan como caballos”. ¡Oh, púdica Justine! Todo esto, ¿es en vuestra opinión muy honesto? ¿Hay que calificar de santo un libro semejante y convertirlo en alimento para las jóvenes?

«La historia de vuestro Jonás, encerrado tres días en el vientre de una ballena, ¿no es igual de repugnante? ¿No está visiblemente copiado de la de Hércules, también cautivo en los flancos de una bestia semejante, y a quién, más hábil que vuestro profeta, se le ocurrió comer en la parrilla el hígado de la ballena?

«Hacedme comprender, por favor, los primeros versículos del profeta Oseas. Dios le ordena expresamente tomar una pura, y hacerle hijos de puta. El desventurado obedece. Pero Dios no se da por contento: quiere que tome una mujer que haya puesto los cuernos a su marido. El profeta vuelve a obedecer. Decidme, por favor, ¿a qué viene todo esto en un libro sagrado?… ¿Qué clase de edificación aprenden los fieles creyentes de estos escandalosos absurdos?

«Mas es en el Nuevo Testamento donde vuestras enseñanzas se me vuelven más necesarias. Temo verme en aprietos cuando deba poner de acuerdo las dos analogías

de Jesús. Se me dirá que Mateo da a Jacob por padre de José, y que Lucas le hace hijo de Ellas: se me preguntará cómo el uno cuenta cincuenta y seis generaciones, y cómo el otro no cuenta más que cuarenta y dos; y por qué, finalmente, ese árbol genealógico es el de José, que no era el padre de Jesús. ¿Seréis de la opinión de san Ambrosio, quien dice que el ángel hizo a María un hijo por la oreja? (*Maria per aurem imprægnata est*). ¿O del jesuita Sánchez, que asegura que ella se corrió mientras el ángel la follaba?

«Si me atrevo a hablar, siguiendo a san Lucas, del censo de toda la tierra ordenado por Augusto en la época en que Cireneo gobernaba la Judea, y que fue causa de la huida a Egipto, se me reirán en las narices; porque no hay nadie que no sepa que nunca hubo censo en el imperio, y que era Varo y no Cireneo quien gobernaba por entonces en Siria.

«Si hablo, siguiendo a Mateo, de esa huida a Egipto, se me dirá que esa huida es una novela, que ninguno de los demás evangelistas la menciona; y si admito entonces que la sagrada familia se quedó en Judea, se me dirá que estuvo en Egipto.

«¿Y creéis que los astrónomos no se burlarán de mí si les hablo de la estrella que guió a tres reyes a un establo? Siguiendo ese cuento, ¿cómo explicaréis que Herodes, el más déspota de los hombres, haya podido temer por un instante que podía ser suplantado por el bastardo de una puta, venido al mundo en un establo? Es irritante que ningún historiador venga en apoyo de vuestra pretendida matanza de los Inocentes; sería muy deseable para la humanidad que los de la San Bartolomé, de Mérindol, de Cabrières[5] etc., etc., fuesen tan ambiguos como éstos.

«Mas lo que espero que me expliquéis es la deliciosa manera en que el diablo se lleva a Dios y lo cuelga en una montaña desde la que se veía toda la tierra. El diablo, que promete todos estos bienes a Dios con tal de que Dios adore al diablo, tal vez pueda escandalizar mucho a gentes honestas para las que os pido una palabra de recomendación.

«Cuando os caséis, Justine, tendréis a bien decirme de qué forma Dios, que también iba a las bodas, se las arreglaba para cambiar el agua en vino, en favor de gentes que ya estaban borrachas.

«Y cuando a final de julio comáis higos en vuestro almuerzo, también tendréis a bien decirme por qué Dios, sintiendo hambre, busca higos en el mes de marzo, cuando no es tiempo de higos.

«Tras todas estas aclaraciones, aún se me escaparán sin embargo unas cuantas tonterías: tendré que decir, por ejemplo, que Dios fue condenado a ser ahorcado por el pecado original. Si me responden que nunca se habla de pecado original ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, que sólo se dice que Adán fue condenado a morir el día en que hubiera comido el fruto del árbol de la Ciencia, pero que no murió; si me tratan de loco por atreverme a decir que Dios fue colgado por una manzana comida cuatro mil años antes de su muerte, os aseguro que la respuesta me pondrá en aprietos.

«¿Diré, con Lucas, que fue de la pequeña aldea de Betania de donde Jesús se lanzó hacia el cielo? ¿O bien, con Mareo, que fue desde Galilea? ¿Preferiría yo la opinión de un doctor que, para conciliar todo, pretende que Dios tenía un pie en Galilea y el otro en Betania?

«Instruidme, ¿por qué el CREDO, que se llama el símbolo de los apóstoles, no fue compuesto sino en tiempos de Jerónimo y de Rufino, cuatrocientos años después de los apóstoles? ¿Decidme por qué los primeros padres de la Iglesia nunca citan más que los Evangelios llamados apócrifos? ¿No es una prueba evidente de que los cuatro canónicos aún no estaban hechos?

«Y todos estos fraudes, artimañas a las que la mentira y la trapacería se ven obligadas a recurrir para apuntalar vuestros absurdos cristianos, ¿no tendréis que hacer grandes esfuerzos para legitimarlos a mis ojos?

«Decidme por qué vuestra religión admite siete sacramentos cuando Jesús no instituyó sin embargo ninguno. Por qué adoráis a la Trinidad, cuando Jesús nunca habló de la Trinidad. En una palabra, por qué vuestro Dios, que reúne canto poder, no tiene sin embargo el de instruirnos en todas estas verdades tan esenciales a nuestra salvación.

«Dejemos de lado por un momento todo lo que se dice de vuestro Cristo; juzguémosle por sus palabras y sus acciones más que por los relatos de quienes nos hablan de él. Por favor, ¿cómo hombres razonables pueden seguir prestando fe a las palabras oscuras, a los pretendidos milagros del vil fundador de este culto espantoso? ¿Ha existido nunca un farsante más adecuado para la indignación pública? ¿Qué es eso de que un judío leproso, nacido de una zorra y de un soldado, en el más miserable rincón del universo, se atreva a hacerse pasar por el órgano de aquel que, según dicen, ha creado el mundo? Con pretensiones tan elevadas, admitiréis, Justine, que se requerían por lo menos ciertos tirulos. ¿Cuáles son los de este ridículo embajador? ¿Qué va a hacer para probar su misión? ¿Va a cambiar la tierra de faz? Las plagas que la afligen, ¿van a desaparecer? ¿Va a alumbrarla el sol noche y día? ¿Dejarán de mancillarla los vicios? ¿Veremos reinar por fin la felicidad únicamente? Ni una palabra de todo esto: el enviado de Dios se anuncia al universo mediante juegos de manos, piruetas y retruécanos[*]; es a la respetable sociedad de jornaleros, artesanos y prostitutas adonde el ministro del cielo va a manifestar su grandeza; es bebiendo con unos, jodiendo con otras, como el amigo de Dios, Dios mismo, viene a someter a sus leyes al pecador empedernido; es inventando para sus farsas únicamente lo que puede satisfacer su lujo o su glotonería como el impostor prueba su misión. Sea como fuere, hace fortuna; insulsos granujas se unen a este bribón; se forma una secta: los dogmas de esa canalla consiguen seducir a unos cuantos judíos. Esclavos del poderío romano, debían abrazar con alegría una religión que, liberándolos de sus cadenas, sólo los doblegase al freno religioso: se adivina el motivo; detienen a los sediciosos; su jefe perece, pero de una manera demasiado dulce, desde luego, para su género de crimen; y, por un imperdonable defecto de política, permiten que se dispersen los discípulos

de este patán, en vez de degollarlos con él. El fanatismo se apodera de las mentes; las mujeres chillan, los locos se debaten, los imbéciles creen; y así tenemos al más despreciable de los seres, al bribón más torpe, al más pesado impostor que nunca haya aparecido, convertido en Dios, convertido en hijo de Dios, igual a su padre; ahí tenéis consagrados todos sus delirios, convertidas en dogmas todas sus palabras, y en misterios sus simplezas. El seno de su fabuloso papá se abre para recibirle; y ahí tenéis a este creador, antaño simple, convertido en triple para complacer a ese hijo tan digno de su grandeza. ¿Pero se contentará con eso este santo Dios? Por supuesto que no; su poder va a prestarse a favores mucho más grandes. Por voluntad de un sacerdote, es decir, de un pillo cubierto de mentiras y de crímenes, este gran Dios, creador de cuanto vemos, se rebajará hasta descender diez o doce millones de veces todas las mañanas en un trozo de pasta que, como tiene que ser digerido por los fieles, pronto va a transmutarse en el fondo de sus entrañas en los excrementos más viles; y todo ello para satisfacer a ese tierno hijo, inventor odioso de esa monstruosa impiedad en una cena de taberna. Él lo dijo, y así tiene que ser; dijo: “Este pan que veis será mi carne; lo digeriréis como tal; y yo soy Dios; por lo tanto Dios será digerido por vosotros; por lo tanto el creador del cielo y de la tierra se convertirá en mierda, porque yo lo he dicho; y el hombre comerá y cagará a su Dios, porque Dios es bueno, y porque es todopoderoso”.

«Entretanto, las inepcias ganan terreno: atribuyen su difusión a su sublimidad, al poder de quien las introduce, mientras las causas más simples duplican su existencia; mientras la difusión del error nunca prueba otra cosa que fulleros por una parte, e imbéciles por otra.

«Finalmente esa infame religión llega al trono; y es un emperador débil, cruel, ignorante y fanático el que, envolviéndola en el manto real, mancilla así los dos extremos de la tierra. ¡Oh, Justine, cuánto peso han de tener esas razones sobre un espíritu analista y filósofo! En ese revoltijo de fábulas espantosas, ¿puede ver el sabio otra cosa que el fruto repugnante de la impostura de unos cuantos hombres, y de la falsa credulidad de los más? Si Dios hubiera querido que tuviésemos una religión cualquiera, y si realmente era poderoso, o, mejor dicho, si hubiese realmente un Dios, ¿nos habría transmitido sus órdenes por medios tan absurdos? ¿Nos habría mostrado cómo había que servirte por medio de un bandido despreciable? Si es supremo, si es poderoso, si es justo, si es bueno ese Dios del que me habláis, ¿querrá enseñarme a servirle o a conocerle por medio de enigmas o de farsas? Soberano motor de los astros y del corazón del hombre, ¿no puede instruirnos sirviéndose de aquéllos, o hablarnos grabándose en éste? Que imprima un día, con trazos de fuego, en el centro del sol, la ley que pueda agradarte y que quiere darnos; todos los hombres, de un confín a otro del universo, al leerla, al verla al mismo tiempo, se volverán culpables si entonces no la siguen; ninguna excusa podrá legitimar entonces su incredulidad. Pero indicar sus deseos únicamente en un ignorado rincón de Asia; no escoger por espectador sino al pueblo más malvado y más visionario; por sustituto sino al más vil

artesano, al más absurdo y al más bribón; embrollar de tal modo la doctrina que resulta imposible comprenderla; limitar el conocimiento a un pequeño número de individuos; dejar a los demás en el error y castigados por haber permanecido en él: eh, no, Justine, no, no, todas esas atrocidades no están hechas para guiarnos; prefiero morir mil veces antes que creerlas. No hay Dios, no lo ha habido jamás. Ese ser quimérico sólo existió en la cabeza de unos locos; ningún ser razonable podrá definirlo ni admitirlo; y sólo un tonto puede asumir una idea tan tremendamente contraria a la razón. Mas la naturaleza, me diréis, es inconcebible sin un Dios. ¡Ah!, ya entiendo; es decir que, para explicarme algo que comprendéis a duras penas, necesitáis una causa de la que no comprendéis nada en absoluto; pretendéis discernir lo que está oscuro duplicando el espesor de los velos; creéis romper una aradura multiplicando las trabas[7]. Físicos crédulos y entusiastas, para probarnos la existencias de un Dios copiáis tratados de botánica; entrad, como Fénelon[8] en un detalle minucioso de las partes del hombre; lanzaos a los aires para admirar el curso de los astros; extasiaos ante las mariposas, los insectos, los pólipos, los átomos organizados, en los que creéis encontrar la grandeza de vuestro vano Dios: por más que digáis, todas esas cosas no demostrarán nunca la existencia de ese ser absurdo e imaginario; sólo demostrarán que no tenéis las ideas que debéis tener sobre la inmensa variedad de las materias, ni sobre los efectos que pueden producir combinaciones diversificadas hasta el infinito, del que el universo es la reunión; probarán que ignoráis qué es la naturaleza, que no tenéis la menor idea de sus fuerzas cuando los juzgáis incapaces de producir una multitud de formas y de seres de los que vuestros ojos, incluso armados de microscopios, no ven nunca ni la menor parte; probarán, por último, que por no conocer a los agentes sensibles, os parece más sencillo echar mano de una palabra con la que designáis a un agente espiritual del que siempre os resultará imposible tener una idea segura.

«Se nos dice con mucha seriedad que no hay efecto sin causa; en todo momento nos repiten que el mundo no se ha hecho a sí mismo; mas el universo es una causa, no un efecto, no una obra; no ha sido creado, siempre ha sido lo que vemos; su existencia es necesaria; él mismo es su causa. La naturaleza, cuya esencia es visiblemente actuar y producir, para cumplir sus funciones como lo hace ante nuestros ojos no necesita un motor invisible, mucho más desconocido que ella misma: la materia se mueve por su propia energía, por una sucesión necesaria de su heterogeneidad; la sola diversidad de movimientos o de formas de actuar constituye la diversidad de las materias; sólo distinguimos unos de otros los seres por la diferencia de las impresiones o de los movimientos que comunican a nuestros órganos. ¡Cómo! ¿Veis que todo está en acción en la naturaleza y pretendéis que la naturaleza carece de energía? ¿Creéis de forma imbécil que ese todo, actuando esencialmente, puede tener necesidad de un motor? ¿Qué motor es ése? Un espíritu, es decir, un ser nulo. Convenceos, por el contrario, de que la materia actúa por sí misma; y dejad de cavilar sobre vuestro motor espiritual, que no tiene nada de lo que

se necesita para ponerla en acción; volved de vuestras inútiles incursiones; regresad de un mundo imaginario a un mundo real, limitaos a las causas secundarias; dejad a los teólogos su causa primera, que la naturaleza no necesita en absoluto para producir todo lo que veis. ¡Oh, Justine, cómo aborrezco, cómo detesto esa idea de un Dios! ¡Cómo choca a mi razón y desagrada a mi corazón! Cuando el ateísmo quiera mártires, que lo diga, que mi sangre está totalmente dispuesta.

«Detestemos estos horrores, querida niña; que los ultrajes mejor comprobados cimenten el desprecio que se les debe y que han merecido. Nada más abrir los ojos, ya aborrecía yo esos delirios groseros: desde entonces convertí en ley pisotearlas…, juré no volver a ellas. Imítame, si quieres ser feliz; detesta abjura, profana, como yo, tanto el objeto odioso de ese culto horrible como ese culto mismo, creado por quimeras, hecho, como ellas, para ser envilecido por todo aquel que aspire a la sabiduría. Mas, si no tenéis religión, tampoco tenéis moral, replican a esto los necios. ¡Imbéciles! ¿Qué es esa moral que predicáis? ¿Y qué necesidad tiene el hombre de moral para existir contento en la tierra? Yo, hija mía, no conozco más que una, la de conseguir ser feliz sin que importe a costa de quién; la de no negarse uno nada de todo lo que puede aumentar nuestra dicha en este mundo, aunque para conseguirlo haya que perturbar, destruir, absorber absolutamente la de los demás. La naturaleza, que nos hizo nacer solos, en ninguna parte nos ordena tener miramientos con nuestro prójimo; si los tenemos es por cortesía; digo más, por egoísmo; no hacemos daño por temor a que nos lo hagan; mas quien sea lo bastante fuerte para hacer daño sin cerner que se lo devuelvan hará mucho daño si escucha a sus inclinaciones, porque no hay ninguna más caracterizada, más violenta en el hombre que la de hacer el mal y ser déspota**[9]**; esos impulsos nos vienen de la naturaleza; sólo los modifica la obligación de vivir en sociedad. Pero esa necesidad en que la civilización nos pone de forzarnos a nosotros mismos no convierte esa coacción en virtud; no impide que la mayor voluptuosidad del hombre consista en franquear todas las leyes. ¿No es una ridiculez, pregunto, atreverse a decir que hay que amar a los demás hombres como a uno mismo? ¿Y no se reconoce, en la absurdidad de ese trato, toda la debilidad de un legislador malvado y pobre? ¡Eh!, ¿qué me importa a mí la suerte de mis semejantes con tal de que yo me deleite? ¿Qué me importa a mí ese individuo si no es por las formas? Os ruego que me digáis si tengo que amar a un ser sólo porque existe, o porque se me parece, y si, por esas únicas relaciones, de pronto tengo que preferirlo a mí. Si es eso lo que llamáis moral, en verdad, Justine, que vuestra moral es muy ridícula; y lo mejor que puedo hacer es, asimilándola a vuestra absurda religión, despreciarla también. No hay ningún motivo que pueda incitar razonablemente a un hombre a constreñir sus gustos, sus costumbres o sus obligaciones, para obligar a otro hombre; lo repito, si lo hace, es por debilidad o por egoísmo; no lo hará nunca si es el más fuerte: de donde saco la conclusión de que siempre que la naturaleza dé más poder o más medios a otro que a mí, ese ser hará muy bien en sacrificarme a sus inclinaciones, de la misma manera que puede estar seguro de que yo no le trataré con

contemplaciones si soy quien gano, porque llegar a ser feliz, dejando a un lado toda consideración de cualquier especie que se le pueda suponer, es, en una palabra, la sola y única ley que nos impone la naturaleza. Conozco toda la extensión de este principio; sé hasta qué punto puede conducir a los hombres. Pero unos hombres a los que no asigno más barreras que las de la naturaleza, pueden ir impunemente a todo, y si son verdaderamente razonables, nunca pondrán a sus acciones más límites que sus deseos, que sus voluntades…, que sus pasiones. Para mí, lo que se denomina virtud es un ser quimérico: esta moda insignificante y móvil, que varía de clima en clima, no me inspira ninguna gran idea; la virtud de un pueblo no será nunca más que la de su suelo o la de sus legisladores; la del hombre realmente filósofo debe ser el disfrute de sus deseos, o el resultado de sus pasiones. La palabra crimen, asimismo arbitraria, no me impone más. A mis ojos no hay crimen en nada, porque no hay ninguna de las acciones que vosotros llamáis criminales que no haya sido premiada en el pasado en alguna parte. Si ninguna acción puede ser universalmente considerada como crimen, la existencia del crimen, puramente geográfica, se trueca en nada, y el hombre que se abstiene de cometerlo, cuando ha recibido esa inclinación de la naturaleza, no es más que un necio que se ciega a placer con las primeras impresiones de esa naturaleza cuyos principios desconoce. ¡Oh, Justine!, mi única moral consiste en hacer absolutamente todo lo que me place, en no negar nunca nada a mis deseos: mis virtudes son vuestros vicios, mis crímenes vuestras buenas acciones; lo que os parece honesto es realmente detestable a mis ojos; vuestras buenas obras me repugnan, vuestras cualidades me espantan, vuestras virtudes me horrorizan: y si no he llegado todavía, como Corazón de Hierro, al punto de asesinar en los caminos, no es porque no haya tenido el deseo a menudo: no es porque, por única voluptuosidad, no haya podido quizá ponerlo en práctica en ocasiones; sino porque soy rico, Justine, y porque puedo gozar y hacer por lo menos tanto mal, sin darme tantos trabajos ni correr tantos peligros».

La sensible Justine refutaba mal unos argumentos de esa fuerza; pero sus lágrimas corrían en abundancia. Es el recurso del débil, cuando ve que le arrebatan la quimera que lo consolaba; no se atreve a reedificada ante los ojos del filósofo que la pulveriza; pero la echa de menos; el vacío le asusta; al no tener, como el hombre poderoso, los dulces placeres del despotismo, tiembla por el papel de esclavo, y le parece tanto más horrible cuanto menos freno tiene su tirano.

Cada día utilizaba Bressac poco más o menos las mismas armas para tratar de corromper a Justine; pero no podía conseguirlo. El pobre se aferra a la virtud por necesidad; la fortuna, al negarte los medios para el crimen, le priva al mismo tiempo de cualquier interés por sacudir un yugo que sólo vería arrancar a la sociedad a expensas de su triste existencia. He ahí todo el secreto de la miseria virtuosa.

Madame de Bressac, llena de sabiduría y de piedad, no desconocía que su hijo legitimaba, mediante unas teorías indestructibles, todos los vicios con que se deshonraba; y derramaba lágrimas muy amargas en el seno de la tierna Justine; le

había parecido inteligente, sensible, y de una edad ingenua en que la virtud seduce y engaña al mismo tiempo a los hombres; por eso le gustaba confiarle sus penas.

Pero, para ella, el mal comportamiento de su hijo ya no tenía límites: el conde había llegado a un punto en que ya no se recataba. No sólo había rodeado a su madre de toda aquella canalla que servía a sus placeres, sino que había llevado la insolencia y el delirio hasta el punto de declarar a esta respetable mujer que, si se le ocurría contrariar sus gustos, la convencería de los encantos que poseían entregándose a ellos ante sus propios ojos.

Es aquí cuando la exactitud que hemos convertido en ley pesa de una manera horrible en nuestros corazones virtuosos: pero tenemos que pintar; hemos prometido decir la verdad; cualquier disimulo, cualquier gasa se convertiría en una lesión hecha a nuestros lectores, cuya estima apreciamos más que todos los prejuicios de la decencia.

Madame de Bressac, que solía ir a pasar todos los años la Pascua en la parroquia de su tierra, tanto porque allí se encontraba más tranquila como porque el pastor de esa aldea agradaba más a su alma dulce y tal vez algo timorata; Madame de Bressac, decíamos, acababa de llegar con esa intención, y para este viaje sólo había llevado consigo dos o tres criados y a Justine. Mas su hijo, poco sensible a tales consideraciones, y poco dispuesto a aburrirse mientras su madre iba a extasiarse ante un Dios de pan, en el que él no creía, había llevado poco más o menos la misma servidumbre que en todos los demás viajes: criados de cámara, lacayos, recaderos, secretario, *jockeys*[10], en una palabra todo lo que servía ordinariamente a sus placeres. Esa falta de consideración puso de malhumor a Mme. de Bressac: se atrevió a reprochar a su hijo que, para una estancia de ocho días, no merecía la pena tener tantos criados; y, ante la indiferencia del joven hacia tan prudentes reproches, empleó el roño de la autoridad. «Escucha», le dijo Bressac a Justine, que, contra su voluntad, se había convertido en esta ocasión en órgano de las voluntades de su ama, «vete a decirle a mi madre que el tono que adopta conmigo me desagrada…, que ya es hora de que yo lo corrija, y que, a pesar de las buenas obras…, de los deberes piadosos que ha llevado a cabo esta mañana contigo, pues sé que, a despecho de cuanto hago para convencerte de las ridiculeces de la religión cristiana, no hay día que no cumplas con sus infames deberes, que pese a todo eso, repito, dentro de un momento voy a darle en tu presencia una pequeña lección que espero que aproveche para no volver a hacerme más reproches. —¡Oh!, señor. —Obedece, y no se te ocurra nunca replicar cuando es de mí de quien recibes órdenes».

Cierran el castillo; dos guardias, dejados en el exterior, tienen orden de decir a cuantos se presenten que la señora acaba de regresar a París; y Bressac, subiendo al aposento de su madre con su fiel Jazmín y otro de sus criados llamado Joseph, hermoso como un ángel, insolente como un verdugo y musculoso como Hércules: «Señora», le dice al entrar, «tengo que cumplir finalmente la palabra que os he dado de hacer que juzguéis por vos misma sobre el exceso de los placeres que me

transportan cuando me entrego a la mariconería, para que en adelante no tratéis de estorbarlos. —En verdad, hijo mío… —Callaos, señora: no imaginéis que esa cualidad ilusoria de madre os otorga ningún derecho sobre mí; a mis ojos no es un título que os hayáis hecho joder para traerme al mundo; y esos vínculos absurdos de la naturaleza no tienen poder alguno sobre almas como la mía: vais a ver de qué se trata, señora; cuando hayáis juzgado mis placeres, estoy convencido de que los respetaréis, los encontraréis demasiado picantes para atreveros a prohibírmelos; y, convencida de vuestra injusticia, espero que prefiráis los dulces efectos de mis pasiones a los de vuestra ridícula autoridad».

Mientras dice esto, Bressac cierra puertas y ventanas; luego, acercándose a la cama sobre la que su madre acababa de echarse un momento para descansar de las santas fatigas de la mañana, agarró brutalmente a la dama, ordenó a Joseph dominarla ante sus ojos, para luego hacerse encular a su lado por Jazmín. «Observad, señora, decía el malvado, observad cuidadosamente estos movimientos, os lo ruego…, mirad el éxtasis en que me sumen los vigorosos impulsos de mi follador; ved cómo se yergue mi polla…, esperad, mientras os sujeta con una mano, Joseph puede meneármela con la otra, y hacer que se vierta sobre vuestros muslos carnosos el esperma que van a determinar los sobresaltos de mi amante; os mojará mi leche, señora, quedaréis inundada con ella; esto os recordará los felices tiempos en que mi muy honrado padre os la embadurnaba en el ombligo… Pero ¿qué veo?, Justine, ¿te apartas? Colócate como tu ama, y agárrala como Joseph».



No es fácil pintar al mismo tiempo lo que sentían nuestros diferentes personajes; la infortunada Justine lloraba mientras obedecía; Madame de Bressac sentía despecho; Joseph, enardecido de libertinaje, daba libre vuelo a una polla monstruosa que para anidar no esperaba otra cosa que encontrar un sitio vacío; Jazmín follaba como un dios; y el malvado Bressac, devorando con voluptuosidad las lágrimas de su madre, parecía a punto de cubrirla de leche. «Un momento», dijo retirándose, «creo que se pueden añadir aquí algunos episodios. Joseph, coge esas vergas y hazme el placer de zurrar a mi madre delante de mí; sin miramientos, por favor; vos, Justine, venid a meneármela, y apuntad bien mi leche para que caiga a plomo sobre los muslos de vuestra ama, teniendo cuidado de escatimar los meneos para que las oleadas eyaculen sólo en el momento en que el respetable culo esté suficientemente ensangrentado por los cuidados de mi querido Joseph, quien, eso espero, no tendrá miramientos con la señora y la tratará con tanto más rigor cuanto que es esencial unir un poco de maceración a las buenas obras con que se ha santificado esta mañana». ¡Ay!, preparan y ejecutan todo rigurosamente. Por más que Madame de Bressac grite,

el cruel Joseph la desgarra; está sangrando; y Jazmín, que se corre antes de aquel al que sodomiza, va a azotar a la pobre madre mientras Joseph se dirige a encular a su amo y Justine, con tanto pudor como torpeza, sigue masturbándole lo mejor que sabe. «¡Señor, oh, señor!, exclama Mme. de Bressac, cometéis contra mí una ofensa que no olvidaré en la vida. —Eso espero, señora; mi intención es que os acordéis de esta escena, para que en el futuro no volváis a ponerme en la obligación de repetirla». En este momento, como el trasero de Mme. de Bressac se encontraba enormemente desollado, nuestro libertino, presionado por toda la sal de aquella lasciva escena, ya no podía contenerse: «Vuestros muslos…, vuestros muslos…, exclama, señora; siento que es preciso llevar las cosas más lejos todavía, y pretendo hacer en vuestro favor un esfuerzo único. Este culo blanquísimo, y mucho más bello de lo que habría creído, me decide a cometer una infidelidad…, pero antes tengo que fustigarlo». El malvado coge las vergas; desgarra a su madre, mientras siguen jodiéndole; luego, tirando los instrumentos de aquel suplicio y engolfándose en el ano: «Sí, de verdad, señora, le dice, sí, palabra de honor, es un esfuerzo, es un desvirgamiento: ¡oh, joder, qué divino es encular a la propia madre! Acercaos, Justine, acercaos, ya que estoy ultrajando mi culto, venid a compartir la ofensa, permitidme que sobe vuestros muslos». Justine se ruboriza; mas ¿cómo resistirse a quien se ama? ¿No es siempre un favor que la pobre muchacha consigue? Su delicioso culo se ofrece a las intemperancias de todos aquellos libertinos; todos lo palpan, lo admiran a porfía. Se ve condenada a proseguir su operación masturbadora; tiene que sobar la raíz de aquella polla anidada en el culo materno, y de sus delicados dedos escapan finalmente torrentes de esperma en las entrañas de Mme. de Bressac, que se desmaya ante tanto horror.

El joven sale sin preocuparse por el estado de la respetable mujer a la que acaba de ultrajar, y Justine se encierra con ella para consolarla, si puede.

Nuestros lectores imaginarán fácilmente en este punto que semejante conducta hacía estremecerse a nuestra desdichada heroína, que trataba de anular los motivos personales para ahogar en su alma la terrible pasión que la dominaba; pero ¿es el amor un mal que se pueda curar? Cuanto se busca para oponerte no hace sino atizar más vivamente su llama: el pérfido Bressac nunca parecía más digno de amor a los ojos de aquella pobre niña que cuando su razón había puesto ante ella todo lo que debía incitarla a odiarle.

CAPÍTULO V

Proyecto de un crimen execrable. Esfuerzos para prevenirlo. Sofismas de quien lo concibe. Preliminares, ejecución de ese horror. Justine escapa.

Hacía dos años que Justine estaba en aquella casa, siempre perseguida por las mismas penas, siempre consolada por la misma esperanza, cuando el infame Bressac, creyéndose por fin seguro de ella, se atrevió a descubrirte sus pérfidos designios.

Estaban entonces en el campo, y Justine sola con su ama, dado que la primera doncella había conseguido quedarse todo el verano en París por algunos asuntos de su marido. Una noche, poco después de que esa hermosa niña se hubiese retirado, Bressac llama de pronto a la puerta y le suplica que le permita hablar un momento con ella: ¡ay!, todos los que le concedía el cruel autor de sus males le parecían demasiado preciosos para atreverse a rechazar ninguno. Bressac entra, cierra con cuidado la puerta, y dejándose caer en un sillón, a su lado, le dice con cierto apuro: «Escúchame, Justine, tengo que decirte cosas de la mayor importancia; júrame que nunca revelarás nada de lo que te cuente. —Oh, señor, ¿podéis creerme capaz de abusar de vuestra confianza? —No imaginas el peligro que correrías si llegaras a demostrarme que me he equivocado al otorgártela. —El más horrible de todos mis pesares sería haberla perdido, no necesito mayor amenaza. —Querida», prosiguió Bressac cogiendo las manos de Justine, «a esa madre a la que detesto…, bien, la he condenado a muerte… y voy a servirme de ti… —¿De mí?», exclamó Justine, retrocediendo horrorizada… «No esperéis… ¡Oh!, señor, ¿habéis podido concebir un proyecto semejante? No, no, disponed de mi vida si la necesitáis; mas nunca imaginéis que vais a conseguir mi complicidad en el crimen horrendo que habéis concebido. —Escucha, Justine», prosiguió Bressac, atrayéndola hacia sí con dulzura: «ya me había temido tus repugnancias; pero como eres inteligente, estoy seguro de vencerlas…, de probarte que este crimen, que tan tremendo te parece, en el fondo no es sino una cosa muy simple.

«A tus ojos poco filosóficos, Justine, se ofrecen en este caso dos fechorías: la destrucción de una criatura que se nos parece, y el mal que se añade, en tu opinión, a tal destrucción cuando esa criatura es tan allegada a nosotros. Respecto al crimen de la destrucción de un semejante, puedes estar segura, querida niña, de que ese crimen es puramente quimérico: el poder de destruir no ha sido otorgado al hombre; tiene, a lo sumo, el de variar las formas; mas no el de aniquilarlas. Pero toda forma es igual a los ojos de la naturaleza, nada se pierde en el crisol inmenso en que se realizan sus variaciones; todas las porciones de materia que caen en él surgen de nuevo y de manera incesante bajo otras figuras; y, sea cual fuere nuestro comportamiento en este

punto, ninguna la ultraja en absoluto, ninguna podría ofendería. Nuestras destrucciones reaniman su poder; alimentan su energía, y ninguna la atenúa; ninguna la contraría. ¿Y qué le importa a su mano creadora que esa masa de carne que hoy conforma al individuo bípedo se presente mañana en forma de mil insectos diferentes? ¿Se atreverá alguien a decir que la construcción de ese animal de dos patas le cuesta más que la del gusanillo, y que debe tomarse más interés por ella? Por lo tanto, si ese grado de apego, o más bien de indiferencia, es idéntico, ¿qué puede importarle que, por la espada de un hombre, otro hombre quede convertido en mosca o hierba? Cuando me hayan convencido de la sublimidad de nuestra especie; cuando me hayan demostrado que es tan importante para la naturaleza, que sus leyes se irritan necesariamente por esa transmutación, entonces podré creer que el asesinato es un crimen; pero cuando el estudio más reflexivo me haya probado que cuanto vegeta sobre este globo, la más imperfecta de las obras de la naturaleza, tiene a sus ojos el mismo valor, nunca admitiré que el cambio de uno de estos seres en mil otros pueda estorbar en nada sus designios. Me diré: “Todos los animales, todas las plantas crecen, se nutren, se destruyen, se reproducen por los mismos medios, jamás experimentan una muerte real, sino una simple variación en lo que las modifica; todos, repito, apareciendo hoy bajo una forma, y unos años después bajo otra, pueden, a capricho del ser que quiere moverlos, cambiar mil y mil veces en un día, sin que ninguna ley de la naturaleza se vea un solo instante afectada; ¡qué digo!, sin que ese transmutador haya producido otra cosa que un bien, pues al descomponer a unos individuos cuyas bases resultan necesarias para la naturaleza, no hace sino devolverme, merced a esa acción impropiamente llamada criminal, la energía creadora de la que necesariamente la priva quien, debido a una indiferencia estúpida, no se atreve a emprender ninguna alteración”. Sólo el orgullo del hombre erigió el asesinato en crimen; esa vana criatura, imaginándose la más sublime del globo, creyéndose la más esencial, partió de este falso principio para estar segura de que la acción que la destruía sólo podía ser horrible; mas su vanidad, su demencia, no cambian nada en las leyes de la naturaleza; no hay ser que no sienta en el fondo de su corazón el más vehemente deseo de verse libre de los que le molestan, o de aquellos cuya muerte puede resultarle ventajosa; y de ese deseo a su realización, ¿crees, Justine, que hay una diferencia muy grande? Y si esas impresiones nos vienen de la naturaleza, ¿podemos presumir que la irriten? ¿Nos inspiraría ella algo que había de degradada? ¡Ah!, tranquilízate, querida niña: no sentimos nada que no le sirva. Todos los impulsos que pone en nosotros son los órganos de sus leyes; las pasiones del hombre no son sino los medios que emplea para acelerar sus designios. Que tiene necesidad de individuos…, nos inspira el amor…, y tenemos creaciones. Que las destrucciones se le vuelven necesarias…, pues entonces pone en nuestros corazones la venganza, la avaricia, la lujuria, la ambición…, y tenemos asesinatos. Pero siempre ha trabajado para ella misma, y nosotros, sin darnos cuenta, nos hemos convertido en los débiles agentes de sus menores caprichos.

«En el universo, todo está subordinado a las leyes de la naturaleza. Si de un lado los elementos actúan sin ninguna consideración hacia los intereses particulares de los hombres, de la misma manera los hombres sólo dependen sus propios juicios en los distintos choques de la materia, y pueden emplear todas las facultades de que están dotados para proveer a su conservación y a su felicidad. ¿Cómo se atreven a decir, según esto, que un hombre que se descompone contra quien lo ha ultrajado, o contra aquel al que sus pasiones condenan, pueda incurrir, por esa conducta, en la indignación de la naturaleza, cuando esta misma le ha sugerido ese impulso? ¿Cómo se puede decir que, ciego instrumento de las voluntades de la naturaleza, pueda usurpar sus derechos? ¿Diremos que la naturaleza se ha reservado, de una manera especial, el de disponer de la vida de los hombres, que no ha sometido ese acontecimiento, lo mismo que el resto, a las leyes generales con que su mano regula el universo? Convenzámonos de que la vida del hombre depende de las mismas leyes que la de los animales; todas esas existencias están sometidas a las leyes generales de la materia y del movimiento. Y ¿cómo se atreven a decir que el hombre puede disponer de la vida de las bestias, y que no puede hacerlo de la vida de su semejante? ¿Cómo legitimar tales sofismas de otro modo que con los razonamientos más absurdos del amor propio y del orgullo? Todos los animales, abandonados en el mundo a su propia prudencia, son igualmente a su vez víctimas unas veces y asesinos otras, todos han recibido igualmente de la naturaleza el derecho de alterar las operaciones de esa naturaleza hasta el punto en que sus facultades se lo permitan. Nada existiría en el universo sin el ejercicio absoluto de ese derecho: todos los movimientos, todas las acciones de los hombres alteran el orden de alguna porción de la materia, y desvían de su curso acostumbrado las leyes generales del movimiento. Relacionando entre sí estas consecuencias, llegaremos a la conclusión de que la vida del hombre depende de las leyes generales del movimiento, y de que perturbar o alterar esas leyes generales, de la forma que sea, no supone ultrajar a la naturaleza. Es por lo tanto evidente que, según esto, cada hombre tiene derecho a disponer de la vida de su semejante, y de utilizar libremente un poder que la naturaleza ha delegado en él; sólo las leyes carecen de ese privilegio, y ello por dos buenas razones: la primera, porque sus motivos no derivan del egoísmo, la más poderosa y más legítima de todas las excusas; la segunda, porque las leyes actúan siempre con sangre fría y por su propia voluntad, mientras que el asesino siempre se ve arrastrado por sus pasiones…, siempre es el ciego instrumento de las voluntades de una naturaleza que le hace actuar a pesar suyo; de donde resulta que el espectáculo de la ejecución de un criminal no ofrece, a la mirada filosófica que lo observa, otra cosa que el crimen, hecho en el que los necios respetan la ley; y en el otro caso, no ofrece otra cosa que la justicia, hecho en el que no perciben más que la fechoría y la infamia[*].

¡Oh, Justine!, convéncete pues de que la vida del más sublime de los hombres no tiene para la naturaleza mayor importancia que la de una ostra[1], y que esa vida nos es entregada de la misma manera. Si la naturaleza se hubiera reservado el cuidado

particular de disponer de la vida de los hombres, de manera que fuese usurpar su derecho atreverse a disfrutar de ese derecho como ella, sería igual de malvado actuar para conservarse que para destruirse; y la acción que yo cometa desviando la piedra dispuesta a aplastar a mi vecino se volvería tan criminal como la que cometería hundiéndole un puñal en el pecho: desde ese momento, yo perturbaría las leyes de la naturaleza; desde ese momento, yo me arrogaría sus derechos, prolongando más allá de su término una vida cuyos límites había señalado su poderosa mano. Un pelo, una mosca, un insecto basta para destruir a ese ser poderoso cuya vida nos parece de tanta importancia. ¿Es por lo tanto absurdo creer que nuestras pasiones puedan de igual modo disponer legítimamente de una cosa que depende de causas tan frívolas? ¿No son esas pasiones agentes de la naturaleza, como el insecto que mata al hombre, o la planta que lo envenena? ¿Y no son dirigidas de igual manera por las voluntades mismas de la naturaleza? ¿Cómo? ¿Yo no sería culpable deteniendo, si tuviera poder, el curso del Nilo o del Danubio, y lo sería desviando unas pocas onzas de sangre de sus canales naturales? ¡Qué imbecilidad! No hay ningún ser en el mundo que no reciba de la naturaleza todo el poder, todas las facultades de que goza; no hay ninguno que, mediante una acción, por más extensa que sea, por más irregular que parezca, pueda usurpar los planes de la naturaleza, pueda perturbar el orden del universo: las operaciones de ese malvado son obra de la naturaleza, lo mismo que la cadena de acontecimientos que cree alterar; y, sea cual fuere el principio que lo lleva a actuar, nosotros podemos mirarle, por esa razón misma, como aquel a quien la naturaleza favorece más. Nada de lo que pone nuestras fuerzas en actividad podría ultrajar a aquella de quien recibimos esas fuerzas, porque no es ni presumible, ni posible que nos las haya dado más allá de lo que puede servirla: cierto, no hemos recibido desde luego la dosis necesaria para perjudicarla. Cuando el individuo al que yo haya desorganizado esté muerto, los elementos que lo forman ¿dejarán de tener su sitio en el universo? ¿No serán igual de útiles en la gran máquina que cuando componían el ser que yo he destruido? Esté muerto o vivo el hombre, no cambia nada en el universo, nada se le ha quitado. Por lo tanto es una verdadera blasfemia osar decir que una enclenque criatura como nosotros pueda, en lo que sea, alterar el orden del mundo, o usurpar el oficio de la naturaleza; eso es suponerle un poder que sería imposible que le transmitiese esa madre común. El hombre está aislado en el mundo; el hierro que lo apuñala, sólo a él le alcanza materialmente; quien dirige ese hierro no perturba para nada las leyes de una sociedad a la que la víctima sólo estaba unida moralmente. Aceptando por un instante, si queréis, que la obligación de hacer el bien sea perpetua, necesariamente ha de tener algunos límites: el bien que para la sociedad resultaba de la existencia que me ha agradado perturbar no equivalía desde luego a los males que yo sentía ante la prolongación de los días de ese hombre; ¿por qué entonces voy a alargar sus días cuando su importancia para los demás es tan mediocre y su peso tan funesto para mí? Voy más lejos: si el asesinato es un mal, lo es en todos los casos, en todas las suposiciones: entonces, los soberanos, las naciones que

exponen la vida de los hombres por sus pasiones o por sus intereses, todas esas manos, en una palabra, que dirigen hacia él espadas homicidas son igualmente criminales, o igualmente inocente todas ellas[*]. Si son criminales, puedo serlo siguiendo su ejemplo; porque la suma de las pasiones y de los intereses de una nación no es más que el resultado de los intereses y de las pasiones particulares; y a una nación no debe permitírsele sacrificar todo a sus intereses o a sus pasiones, salvo que sea lo bastante justa para permitir que los individuos que la componen puedan, en casos semejantes, cometer los mismos sacrificios. Analicemos la segunda parte de la hipótesis; todas estas acciones son inocentes; ¿qué peligro corro entonces de deshonrarme con ellas cada vez que mi placer o mi interés lo exijan? ¿Y con qué ojos miraré al individuo que ose encontrarlas criminales?

«¡Eh!, Justine, no, no; la naturaleza no deja en nuestras manos la posibilidad de crímenes que perturbarían su economía. ¿Cabe en la cabeza que el más débil pueda ofender al más fuerte? ¿Qué somos nosotros respecto a la naturaleza? Al crearnos, ¿puede haber puesto en nosotros algo que fuera capaz de perjudicarla? Esa imbécil suposición ¿concuerda con la forma sublime y segura con que la vemos alcanzar sus fines? ¡Ah!, si el asesinato no fuese una de las acciones del hombre que mejor cumple sus intenciones, ¿permitiría que se realizase? ¿Sería el hombre tan impasible a los golpes del hombre? Imitar a la naturaleza ¿puede, pues, perjudicar a la naturaleza? ¿Puede ésta ofenderse viendo al hombre hacer a su semejante lo que ella misma le hace todos los días? Si está demostrado que la naturaleza sólo puede reproducirse mediante destrucciones, ¿no es actuar según sus intenciones multiplicarlas constantemente? ¿No es serle agradable cooperar con sus planes? Y, desde este punto de vista, el hombre que con más ardor y más veces se entregue al asesinato, ¿no será el que mejor la sirva, ya que se convierte en el que cumple con mayor energía los designios manifestados por ella a cada instante? La primera y más hermosa cualidad de la naturaleza es el movimiento que la agita sin cesar; mas ese movimiento no es sino una sucesión perpetua de crímenes; sólo mediante crímenes conserva ese movimiento; sólo vive, sólo se alimenta, sólo se perpetúa a fuerza de destrucciones: el ser que más las produzca, el que más se le parezca, el que sea más perfecto, será pues, infaliblemente, aquel cuya agitación más activa cause un mayor número de crímenes; aquel que, por así decir, llene el mundo de ellos; aquel que sin ningún espanto, sin ningún freno, sacrifique indistintamente todas las víctimas, sea cual fuere su género o naturaleza, que su interés o sus pasiones puedan presentarte; mientras que, lo repito, el ser inactivo o indolente, es decir el ser virtuoso, debe ser a sus ojos el menos perfecto sin duda, porque sólo tiende a la apatía…, a la tranquilidad, que incesantemente sumiría de nuevo todo en el caos si prevaleciese su ascendiente. Es preciso que se conserve el equilibrio; y sólo puede conservarse mediante crímenes; por lo tanto los crímenes sirven a la naturaleza; y si la sirven…, si ella los exige…, si los desea, ¿pueden ofenderla? ¿Y quién puede ofenderse si ella no está ofendida?

«Pero la criatura que voy a destruir es mi madre: por lo tanto, vamos a examinar el homicidio desde este segundo punto de vista.

«No hay ninguna duda de que el placer alcanzado por la madre en el acto conyugal es el único motivo que la decide a él; sentado este hecho, me pregunto por qué ha de nacer en el corazón gratitud por el fruto de ese acto egoísta: al entregarse a él, la madre ¿lo ha hecho por ella o por su hijo? No creo que pueda cuestionarse semejante cosa. Mientras tanto, el niño nace; la madre lo alimenta: ¿descubriremos en esta segunda operación la causa del sentimiento de gratitud que buscamos? Probablemente no. Si la madre presta este servicio a su hijo, no dudamos de que se ve arrastrada a él por el sentimiento natural que la lleva a desprenderse de una secreción, que, de no ser por eso, podría volverse peligrosa para ella; la madre imita a las hembras de los animales, a las que la leche mataría como a ella si, como a ellas, ese proceder no las liberase pronto de la leche; y ¿pueden una y otras liberarse de otro modo que dejándosela chupar al animal que la desea, y al que otro movimiento natural acerca también al pecho? Por lo tanto, no es un servicio lo que la madre hace al niño cuando lo alimenta; al contrario, es éste el que le hace uno grandísimo a su madre, obligada en caso contrario a recurrir a medios artificiales que pronto la hundirían en el ataúd. Ya tenemos al niño nacido y alimentado sin que todavía hayamos descubierto, en ninguna de esas dos operaciones, motivo alguno de gratitud hacia aquella que le dio la vida, y que se la conserva. ¿Me hablaréis de los cuidados que siguen a los de la infancia? ¡Ah!, no ved en ellos más razones que las del orgullo de la madre. En esa etapa, la naturaleza muda no le ordena sino lo que hacen las demás hembras animales. Más allá de los cuidados necesarios para la vida del niño y la salud de la madre, mecanismo que no resulta más extraordinario que el del matrimonio de la vid con el olmo; más allá de esos cuidados, repito, la naturaleza ya no dicta nada; y la madre puede abandonar al niño; él se criará y se fortalecerá sin ella; sus ayudas son absolutamente superfluas: ¿las tienen los animales una vez que han dejado la teta? Si las mujeres prolongan esos cuidados es por costumbre, por vanidad; y lejos de ser útiles al niño, debilitan su instinto, lo degradan, le hacen perder su energía; se diría que siempre necesita ser guiado. Ahora os pregunto si, dado que la madre sigue tomándose unos cuidados de los que el niño puede prescindir y que únicamente resultan ventajosos para ella, ese niño debe verse incitado por la gratitud. ¡Cómo! ¿Deberé algo a alguien porque ese alguien ha hecho por mí algo de lo que puedo prescindir de maravilla, y que sólo él necesita? Admitiréis que semejante forma de pensar sería una extravagancia horrible. Ya tenemos al niño llegado a la edad de la pubertad sin que aún hayamos visto en él el más mínimo motivo de gratitud hacia su madre; ¿cuáles serán sus reflexiones, si entonces las hace? Atrevámonos a decirlo: el alejamiento, el odio hacia la que le ha dado la vida: ella le ha transmitido sus debilidades, las malas calidades de su sangre, sus vicios…, una existencia, en fin, que ha recibido sólo para ser desgraciado; y yo os pregunto, ¿hay en todo esto muchas razones para el agradecimiento, y no veis más

bien motivos para la mayor antipatía? Es por lo tanto evidente que, en todas las ocasiones de la vida en que el niño sea dueño de disponer de la vida de su madre, podría hacerlo sin el menor escrúpulo deberá incluso hacerlo con resolución, dado que no puede sino detestar a semejante mujer; pues la venganza es el fruto del odio, y el homicidio el medio de la venganza. Que inmole sin piedad a esa criatura a la que equivocadamente piensa deber otras tantas obligaciones; que desgarre, sin ninguna consideración, ese seno que lo alimentó; no hará un mal mayor que el que cometería con cualquier otra criatura, y más leve, sin duda, si no tiene hacia esa otra criatura tantas razones de odio y de alejamiento como con ésta. ¿Titubean tanto los animales con los seres de los que han recibido la vida? Gozan de ellos, los inmolan; y la naturaleza no dice una palabra. Medid todos los demás presuntos deberes del hombre con éste; talladlos por estas reflexiones; y pronunciad luego sentencia sobre vuestros presuntos deberes hacia vuestro padre, vuestra mujer, vuestro esposo, vuestros hijos, etc.; una vez bien convencido de esta filosofía, llegaréis a la conclusión de que estáis solo en el universo; que todos los lazos quiméricos que os habéis forjado son obra de los hombres, que, nacidos débiles por naturaleza, tratan de sostenerse con esos lazos. Un hijo cree tener necesidad de su padre; a su vez, el padre se figura tener necesidad de su hijo: ahí tenéis el cimiento de esos presuntos lazos…, de esos deberes sagrados: mas yo reto a que alguien los encuentre en la naturaleza. Deja, pues, a un lado tus prejuicios, Justine, y sírveme, tu fortuna está hecha.

—¡Oh!, señor, respondió aquella pobre niña muy asustada; esa indiferencia que suponéis en la naturaleza no es en este caso sino resultado de los sofismas de vuestra mente; sería mejor que escuchaseis a vuestro corazón, oiríais cómo condena todos estos falsos razonamientos del vicio y del libertinaje; ese corazón, ante cuyo tribunal os remito, ¿no es acaso el santuario donde esa naturaleza que vos ultrajáis desea ser escuchada y respetada? Si graba en él el mayor horror por el crimen que estáis meditando, ¿admitiréis que es condenable? Sé que, en este momento, las pasiones os ciegan; pero, tan pronto como callen, ¿hasta qué punto el remordimiento os hará desgraciado? Cuanto más activa sea su sensibilidad, más os atormentará el aguijón del arrepentimiento. ¡Oh!, señor, conservad, respetad la vida de esta tierna y preciosa amiga; no la sacrifiquéis, pereceríais de desesperación: cada día, cada instante, veríais ante vuestros ojos a esa madre querida a la que habría hundido en la tumba vuestra furia ciega; oiríais a su quejumbrosa voz seguir pronunciando esos dulces nombres que hicieron la alegría de vuestra infancia; aparecería en vuestras vigilias, os atormentaría en vuestros sueños, abriría con sus dedos ensangrentados las llagas que vos habríais desgarrado: desde ese momento, no brillaría para vos sobre la tierra ni un instante feliz; todos vuestros placeres quedarían mancillados, todas vuestras ideas confundidas; una mano celestial, cuyo poder desconocéis, vengaría la vida que habríais destruido envenenando cada uno de los días de la vuestra; y, sin haber disfrutado de vuestras fechorías, pereceríais víctima del mortal remordimiento de haberos atrevido a perpetrarlas».



Justine lloraba al pronunciar estas últimas palabras; estaba postrada de rodillas a los pies de aquel hombre feroz, que la escuchaba con una expresión de rabia y de desprecio a la vez; le suplicaba, por lo más sagrado que pudiera tener, que olvidase un proyecto infame que ella le juraba ocultar toda su vida; pero Justine no conocía al monstruo al que se enfrentaba; la inocente criatura no sabía hasta qué punto las pasiones sostienen y fortalecen el crimen en un alma como la de Bressac; ignoraba que todo lo que la virtud y la sensibilidad pueden inspirar, en semejante circunstancia, en el corazón de un malvado se convierte en otros tantos aguijones cuyas aceradas picaduras deciden el horror planeado con más violencia todavía. El verdadero libertino ama incluso el deshonor, la mancilla, los reproches incluso que le merece su execrable comportamiento; son otros tantos goces para su alma perversa. ¿No se ha visto que amaban incluso los suplicios que la venganza humana preparaba para ellos…, que subían a ellos con alegría…, que miraban el cadalso como un trono de gloria, en el que les habría molestado mucho no perecer con el mismo valor que les había animado en el execrable ejercicio de sus fechorías y de sus crímenes? He

ahí al hombre en el último grado de la corrupción meditada: he ahí a Bressac. Se levanta fríamente: «Ya veo, le dice a Justine, que me había equivocado; y lo siento más por vos que por mí; no importa, ya encontraré otros medios, y vos habréis perdido mucho sin que vuestra ama haya ganado nada».

Semejante amenaza cambió todas las ideas de Justine. Al no aceptar el crimen que se le proponía, corría un gran riesgo personal y su ama perecía irremediablemente; si consentía en ser cómplice, se ponía a cubierto de la cólera de Bressac y salvaba con toda seguridad a la marquesa: esta reflexión, que fue en ella cosa de un instante, la decide a aceptarlo todo; pero como un giro tan repentino la habría convertido infaliblemente en sospechosa de fraude, no expuso durante un tiempo su derrota, obligando a Bressac a repetirle a menudo sus máximas. Poco a poco aparentó que ya no sabía qué responder: Bressac la cree convertida, y se precipita en sus brazos. ¡Qué gozo para Justine si ese impulso hubiera tenido la prudencia por motivo!… Pero ya no había tiempo; la horrible conducta de aquel hombre, sus designios parricidas, habían aniquilado todos los sentimientos concebidos por el débil corazón de aquella pobre muchacha; y ahora, tranquilizada, ya no veía en el antiguo ídolo de su corazón más que un malvado indigno de reinar en él… ni un solo instante.

«Eres la primera mujer a la que beso», le dijo Bressac estrechándola con pasión: «eres deliciosa, niña mía; ¿así que un rayo de filosofía ha penetrado en tu mente? ¿Es posible que esa deliciosa cabecita haya permanecido tanto tiempo en medio de prejuicios espantosos?… ¡Oh, Justine!, la antorcha de la razón disipa las tinieblas en que la superstición te sumía; ya ves con claridad, ya eres capaz de concebir la insignificancia que son los crímenes, y por fin los deberes sagrados del interés personal prevalecen sobre las frívolas consideraciones de la virtud; ven, eres un ángel, no sé qué me retiene para que no me hagas cambiar ahora mismo de gusto». En efecto, Bressac, animado mucho más por la certidumbre actual de su proyecto que por los atractivos de Justine, la arroja boca arriba sobre una cama, le remanga la ropa por encima de los riñones a pesar de su resistencia, y dice: «Sí, joder; es el culo más hermoso del mundo, pero por desgracia también hay ahí un coño; ¡invencible obstáculo!…». Y volviendo a taparla: «Ven, Justine, decidamos lo que hay que hacer; escuchándote, la ilusión sigue viva, pero desaparece en cuanto te miro»; y, mientras, se la meneaba, obligando incluso a Justine a apretarle la polla…, a agitarla entre sus lindos dedos: «Mi valerosa amiga, le dijo, tú envenenarás a mi madre; puedo contar con ello; mira, aquí tienes el sutil veneno que habrás de poner en el agua de rila que toma cada mañana para su salud; es infalible, y no sabe a nada; he hecho mil experiencias con ella… —¿Mil, señor? —¡Oh!, sí, Justine; me sirvo a menudo de estos medios, bien para librarme de los que me irritan, o únicamente por lubricidad. Me parece delicioso ser así, a traición, dueño de la vida de los demás; y muchas veces he hecho proscripciones con la sola intención de divertirme. Así pues, Justine, tú actuarás…, sí, actuarás; te garantizo que no debes temer las consecuencias, y por

recompensa te haré un contrato de dos mil escudos de renta el mismo día de la ejecución»; estas promesas fueron firmadas sin expresión del motivo. Bressac llama; aparece un hermoso puto: «¿Qué queréis, señor? —Vuestro culo, hijo mío; Justine, quitadle los calzones, meneadme la polla y guiadla al agujero». Servido como deseaba, Bressac folla a su hombre y se corre con furia. «¡Oh, Justine!», dice retirándose, «sólo a ti se debe este homenaje; ya sabes que tus altares no pueden recibirlo; pero tu asentimiento a la deseada fechoría ha encendido por sí solo el incienso; por lo tanto, sólo ha ardido para ti».

Entretanto ocurrió algo demasiado singular…, demasiado capaz de revelar la atroz alma del monstruo con el que entretenemos a nuestros lectores, como para que no interrumpamos un minuto el relato que esperan de la aventura en que su perversidad acaba de meter a nuestra heroína.

Dos días después del pacto criminal de que acabamos de hablar, Bressac se enteró de que un tío suyo, con cuya herencia no contaba en absoluto, acababa de dejarle cincuenta mil escudos de renta. «¡Oh, Cielo!», se dijo Justine al saber la noticia, «¿es así como la mano del Ser supremo castiga la conspiración de la maldad?…», y, arrepintiéndose enseguida de esta blasfemia hacia la Providencia, se postra de rodillas, implora su perdón y se ufana de que ese suceso inesperado va a cambiar al menos los proyectos de Bressac. ¡Qué error el suyo! «¡Oh, mi querida Justine», exclama él al acudir esa misma noche a su cuarto, «¡cómo llueven las prosperidades sobre mí! Te lo he repetido muchas veces, la idea de un crimen o su ejecución son los medios más seguros de atraer la felicidad; ya sólo existe para los malvados. —¿Cómo?, señor, respondió Justine, esa fortuna con la que no contabais…, la mano que os la da…, sí, señor, la señora me lo ha contado todo; de no ser por ella, vuestro tío habría dispuesto de otra forma de sus bienes; sabéis que no os amaba; sólo a vuestra señora madre debéis esa última disposición; ella fue quien le obligó a firmarla…, y vuestra ingratitud… —Me haces reír, le interrumpe Bressac; ¿qué significa esa gratitud a la que me obligas? La verdad, no hay nada más divertido; ¡cómo! ¿no comprenderás nunca, Justine, que no debemos nada al bienhechor, pues queda satisfecho con su complacencia? ¿Y por qué debo recompensar a un individuo cualquiera por el placer que le ha agradado darse a sí mismo? ¿Y debo aplazar mis designios para darle las gracias a Mme. de Bressac? ¿Y esperaré al resto de mi fortuna para agradecer a Mme. de Bressac el gran favor que me ha hecho?… ¡Oh, Justine, qué mal me conoces! Debo decirte algo…, esa nueva muerte es obra mía; probé en el hermano el veneno con que quiero acabar con la vida de la hermana… Atrévete ahora a exigir demoras… No, no, Justine, lejos de aplazamientos, démonos prisa, mañana, pasado mañana a más tardar… Estoy deseando entregarte un trimestre de tus rentas…, de hacerte entrar en posesión del acta que te las garantiza». Justine se estremece, pero oculta su turbación y comprende que, con semejante hombre, lo más prudente es asumir sus decisiones de la víspera. Le quedaba la vía de la denuncia; pero nada en el mundo habría decidido a la sensible Justine a recurrir a medios que

sólo impiden un primer horror cometiendo otro: así pues, decidió advertir a su ama; de todas las opciones posibles, ésta le pareció la mejor; así lo hizo.

«Señora», le dijo al día siguiente de su última entrevista con el joven conde, «tengo que revelaros algo de la mayor importancia; pero, por más que os interese, estoy decidida a guardar silencio si antes no me dais vuestra palabra de no manifestar el menor rencor con vuestro hijo; actuaréis, señora…, adoptaréis los medios más oportunos, pero no diréis una palabra; dignaos prometérmelo, o me callo».

Madame de Bressac, creyendo que sólo se trataría de alguna de las extravagancias ordinarias de su hijo, se comprometió con el juramento que Justine exigía, y ésta le reveló todo… «¡El muy infame!, exclamó aquella desdichada madre, ¡si nunca he hecho nada que no sea por su bien! ¡Ah!, Justine, Justine, demuéstrame la verdad de esos planes; ponme en condiciones de no poder dudar de ellos; necesito todo lo que pueda acabar de extinguir en mí los sentimientos que mi ciego corazón aún se atreve a conservar por ese monstruo»; y entonces Justine le mostró el pequeño paquete; era difícil proporcionar una prueba mejor. Madame de Bressac, que seguía deseando el engaño, quiso probarlo; inmediatamente hicieron tragar una ligera dosis a un perro, que murió al cabo de dos horas en medio de horribles convulsiones. Madame de Bressac, que ya no podía dudar, tomó una decisión; ordenó a Justine darle el resto del veneno, y escribió acto seguido a M. de Sonzeval, pariente suyo, para que visitase en secreto al ministro, le explicase la atrocidad de un hijo que estaba a punto de convertirla en víctima, consiguiese una *lettre de cachet*, y corriese a sus tierras a liberarla, cuanto antes, del monstruo que conspiraba de manera tan cruel contra su vida.

Mas ese abominable crimen debía consumarse; una vez más fue preciso que, por un inconcebible permiso del Cielo, la virtud cediese ante los esfuerzos de la maldad. El animal en el que se había experimentado el veneno lo descubrió todo. Bressac le oyó aullar; preguntó qué le habían hecho; los criados a los que se dirigía, por ignorarlo todo, no respondieron nada positivo. Desde ese momento, sus sospechas aumentaron; no dijo nada, pero se preocupó. Justine dio cuenta de ese estado a la marquesa, que se inquietó más, sin que por ello se le ocurriese apremiar al correo y ocultar todavía mejor, si era posible, el objeto de su misión. Dijo a su hijo que lo enviaba en diligencia a París para rogar a M. de Sonzeval que se hiciese cargo de la sucesión del tío al que acababan de heredar, porque, si no se presentaba nadie de manera inmediata, era de temer algún proceso; añadió que invitaba a su pariente a venir a darle cuenta de la negociación, a fin de que ella se decidiese a partir junto con su hijo si el asunto lo exigía.

Pero Bressac, demasiado buen fisonomista para no percibir la alteración que reinaba en el rostro de su madre, para no observar un poco de confusión en el de Justine, se dio por enterado sin creerse nada. Pretextando una cacería, se aleja del castillo; espera al correo en un sitio por el que necesariamente ha de pasar: aquel hombre era más suyo que de su madre, y le entrega sus despachos sin la menor

dificultad; convencido de la traición de Justine, Bressac da cien luises al correo con orden de no volver a aparecer nunca en casa de su madre. Regresa al castillo lleno de rabia; envía a todos los criados a París y se queda en el castillo únicamente con Jazmín, Joseph y Justine. Al ver la furia que reinaba en los ojos de aquel malvado, nuestra desdichada huérfana presiente enseguida todas las desgracias con que su ama y ella misma iban a ser abrumadas. Mientras tanto, Bressac no pierde el tiempo; se cierran las puertas, se atranca todo, unos guardamontes prohíben la entrada a todo el mundo. «Acaba de cometerse un gran crimen, dice Bressac; tengo que descubrir a los autores… Amigos míos, lo sabréis todo cuando haya encontrado al culpable; dentro de la casa sólo me quedo con los testigos de aquel de quien sospecho…». ¡Ay!, ese crimen atroz no se había cometido; pero el malvado iba a consumarlo…, iba a… Temblamos ante la necesidad de transmitir estos hechos odiosos; pero hemos prometido ser precisos, y debemos serlo, a costa incluso de nuestro pudor.

«Execrable criatura», dice el joven abordando a Justine, «me has traicionado; pero tú misma caerás en las trampas que me preparabas. ¿Por qué me prometías el favor que te pedía, si tu única intención era engañarme? ¿Y cómo has imaginado servir a la virtud arriesgando la libertad…, la vida quizá de aquel a quien debías la dicha? Situada necesariamente entre dos crímenes, ¿por qué has elegido el más abominable? Tenías que haberte negado, puta, sí, negado, y no aceptar para luego traicionarme». Entonces Bressac cuenta a Justine cuanto había hecho para apoderarse de los despachos de la marquesa, y cómo había nacido en él la sospecha que le había incitado a conseguirlos. «¿Qué has hecho con tu falsedad, criatura imbécil?, continúa Bressac; has puesto en peligro tu vida, sin salvar la de tu ama; porque ella morirá de todos modos, y lo hará ante tus ojos. Tú la seguirás. Te convenceré, Justine, de que el camino de la virtud no es siempre el mejor, que hay circunstancias en el mundo en que es preferible la complicidad del crimen a su delación». Bressac vuela desde allí al aposento de su madre. «Vuestra sentencia está firmada, señora, le dice aquel monstruo; tenéis que sufrirla; conociendo mis designios y mi odio por vos, quizá habríais hecho mejor tragando simplemente el brebaje; por querer evitar una muerte dulce, os habéis preparado otra cruel. Vamos, señora, no perdamos el tiempo. —Bárbaro, ¿de qué me acusas? —Leed vuestra carta. —Si conspirabas contra mi vida, ¿no debía defenderme de ti? —No, sólo eres un ser inútil en este mundo, tu vida me pertenece, y la mía es sagrada. —¡Oh, malvado!, la pasión te ciega. —Sócrates[2] tragó sin resistencia el veneno que le presentaron; te lo han ofrecido de mi parte, ¿por qué no lo has tomado? —¡Oh!, hijo querido, ¿cómo puedes tratar con tanto rigor a la que te ha llevado en su seno? —Ese favor no significa nada para mí; mientras trabajabas para que viviese, no era yo el objeto de tu interés; y el resultado de un comportamiento que sólo satisface a un coño no puede tener ningún mérito a mis ojos. Sígueme, puta; sígueme, y deja de razonar». A estas palabras, la agarra, la arrastra por el pelo a un pequeño jardín plantado de cipreses y rodeado de altos muros, asilo impenetrable en el que, junto con la oscuridad de las tumbas, reinaba el

silencio horrible de la muerte. Llevada por Jazmín y Joseph, allí esperaba Justine, temblando, el destino que le estaba reservado. Lo primero que se ofrece a la vista de Mme. de Bressac es, en un lado, un ancho agujero preparado para recibirla; en otro, cuatro monstruosos dogos, echando espuma por la boca, a los que habían hecho ayunar con esta intención desde que se descubrió el desgraciado secreto. Llegado a este lugar de horror, Bressac mismo remanga la ropa de su madre; sus manos impuras se dirigen con lascivia a los castos atractivos de aquella respetable mujer: el seno que le dio de mamar excita su furia; lo soba con dedos matricidas. «Toma», dice a uno de sus dogos, señalándote una teta; el perro se abalanza y sus dientes, incrustándose en aquella carne blanca y delicada, no tardan en hacer brotar la sangre. «Aquí», dice de nuevo Bressac, pellizcando el coño y ofreciéndolo al mastín; nuevo mordisco. «Espero que la desgarren, que la devoren, sigue diciendo aquel monstruo; átalos y veamos el efecto. —¡Cómo!, ¿no le das por el culo?, dice Jazmín; venga, métete la polla en el culo; mientras tú la sodomizas, yo haré que le muerdan las nalgas. —¡Qué buena idea», dice Bressac; y el malvado la pone en práctica: encula a su madre mientras Jazmín, pellizcándola en medio de las nalgas, las ofrece alternativamente al perro que las devora en cuanto las ve. «Que siga desgarrándole las tetas mientras jodo, dice Bressac a su favorito; y que Joseph me dé por el culo mientras soba a Justine». ¡Qué espectáculo! ¡Lejos de la vista de los hombres, sólo tú, oh Gran Dios, podías verlo! ¡Y no tronaste! ¡Y tu rayo impotente siguió suspendido! ¡Qué grande es tu indiferencia hacia los crímenes de los hombres, puesto que tu cólera no existía viendo consumarse éste!

«Retirémonos, ya me correré», dice el infame al cabo de una breve carrera; «y atemos a esta zorra a los árboles». Le quita la ropa y él mismo la ata con una cuerda que, subiendo a lo largo de sus riñones, le deja libres los brazos y la posibilidad de avanzar y retroceder en un espacio de unos seis pies. «¡Qué nalgas tan hermosas!, dice el malvado, volviendo a sobar el culo, ya completamente ensangrentado, de su desdichada madre. «¡Qué carnes tan soberbias! ¡Excelente almuerzo para mis perros! ¡Ah!, zorra, han sido unos perros los que me han descubierto, serán perros los que te castiguen». Y, por la forma brutal en que soba los muslos, el seno y todas las partes carnosas de su madre se diría que sus manos asesinas quieren rivalizar en rabia con el diente acerado de sus dogos. «Vamos, Jazmín, azuza a esos animales; tú, Joseph, encula a Justine; luego haremos que la devoren; esa fiel criada tiene que perecer de la misma muerte que su querida ama; una misma tumba debe reunirlas; ya ves lo profunda que es, la he hecho cavar a propósito». Y la temblorosa Justine lloraba, pedía gracia, y sólo conseguía de sus verdugos desprecio y carcajadas. Finalmente los perros rodean a la desdichada Bressac; azuzados por Jazmín, se arrojan a la vez sobre el cuerpo indefenso de aquella madre infortunada y la devoran encarnizadamente: por más que los rechace, por más que multiplique sus esfuerzos para evitar sus crueles dentelladas, todos sus movimientos sólo sirven para animarlos más; y arroyuelos de sangre inundan la hierba. Bressac encula a Jazmín mientras Joseph sodomiza a

Justine; se sustenta con las execraciones que manda ejecutar. Los gritos de nuestra pobre huérfana se mezclan dolorosamente a los de su ama; poco acostumbrada al traro que soporta, sujetarla exige de Joseph todas sus fuerzas. Este dúo de gemidos…, de gritos, no tarda en decidir el éxtasis del joven; folla, azuza a los perros, anima a Joseph, su madre está a punto de expirar, Justine se desmaya, y el éxtasis más delicioso viene a colmar la maldad del genio más extraordinario que hasta ahora ha creado la naturaleza.

«Vamos, dice Bressac, llevemos a casa a estas pavas; hay que acabar con la una y decidir el destino de la otra». Llevan a Mme. de Bressac a su aposento; la arrojan sobre la cama; y su indigno hijo, viendo que todavía está viva, arma con un puñal la mano de Justine, le agarra el brazo que sostiene el hierro, lo guía, pese a todas las resistencias de la desdichada, hasta el corazón de la triste Bressac, que expira pidiendo a Dios perdón para su hijo. «Mira el asesinato que acabas de cometer», dice el bárbaro Bressac a Justine, casi desvanecida y mojada con la sangre de su ama; «míralo, ¿puede haber en el mundo acción más espantosa? Serás castigada por ello…, tienes que ser castigada…, morirás en la rueda, serás quemada[3]»; y, empujándola a un cuarto vecino, la encierra en él colocando el puñal ensangrentado junto a ella: abre enseguida el castillo, finge dolor y lágrimas, dice que un monstruo acaba de asesinar a su madre, que ha encontrado el arma en el cuarto de la malvada, que la tiene allí encerrada y que exige inmediatamente la ayuda de la justicia. Mas un Dios protector salva entonces a la inocencia. La medida no estaba colmada, y si Justine debía cumplir su destino iba a ser por medio de otras pruebas. Bressac, extraviado, cree haber cerrado bien la puerta; no lo estaba. Justine aprovecha el momento en que toda aquella ralea está en el patio del castillo; sale rápidamente, escapa por los jardines, encuentra entreabierta la puerta del parque, y ya la tenemos en el bosque.

Totalmente entregada a su dolor, Justine se deja caer al pie de un árbol y allí, dando libre curso a sus gemidos, hace resonar el bosque con ellos; oprime la tierra con su desdichado cuerpo…, riega la hierba con sus lágrimas.

«¡Oh, Dios mío!, exclama, vos lo habéis querido; estaba en vuestros decretos eternos que el inocente se convierta en presa del culpable: disponed de mí, Señor; todavía estoy muy lejos de los males que vos padecisteis por nosotros. ¡Ojalá los que soporto adorándoos me vuelvan digna un día de las recompensas que prometéis al débil cuando os tiene por objeto en sus tribulaciones y os glorifica en sus penas!».

Caía la noche: Justine no se atreve a seguir adelante. Teme, al evitar un peligro, caer en otro. ¡A cuántos peligros no estaba expuesta mientras se encontrase en la dependencia del castillo de Bressac! Se levanta, huye a la carrera, deja el bosque y, dispuesta a alcanzar, pasara lo que pasase, la primera población que se ofreciese a sus ojos, entra en el burgo de Saint-Marcel, distante unas cinco leguas de París. A la entrada del pueblo se ofrece una soberbia mansión. Se informa: le dicen que es una escuela célebre a la que niños de ambos sexos acuden desde más de veinte leguas para recibir la mejor educación; donde el maestro, hombre muy instruido en todas las

ciencias, y sobre todo en las de medicina y cirugía, da personalmente a sus alumnos todas las ayudas que su físico exige además de la educación más esmerada. «Entrad», le dice a Justine la persona que la informaba «si, como supongo, buscáis un trabajo, siempre hay vacantes en esa casa; estoy seguro de que, para el señor Rodin, dueño del lugar, será un gran placer resultaros útil; es un hombre cabal y honrado, muy apreciado en Saint-Marcel, donde goza de la estima general».

Justine no vacila. Llama; y lo que vio, lo que oyó, lo que hizo en esa nueva casa será la materia del capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI

Qué es el nuevo asilo ofrecido a nuestra infortunada.
Clase de hospitalidad que en él recibe.
Aventura espantosa.

Tenía nuestra heroína diecisiete años cuando se presentó en casa de M. Rodin, dueño del pensionado de Saint-Marcel: sus atractivos, mejor desarrollados, ofrecían más encantos todavía; pese a sus penas, toda su persona había adquirido un Upo de perfección que la convertía realmente en una de las jóvenes más bonitas que fuera posible ver. «Mademoiselle», le dice Rodin, acogiéndola con mucha cortesía, «sin duda me engañáis al presentaros a mí como criada; no es ni con un talle tan bonito, ni con una piel tan hermosa, ojos tan brillantes, cabellos tan soberbios y una forma de expresarse tan pura, no es, sin duda, con todas estas gracias como una se encuentra obligada a servir; tan bien tratada por la naturaleza, no podríais ser víctima del destino; y antes debo esperar órdenes de vos de lo que me corresponde dároslas. —¡Oh, señor, no sabéis hasta qué punto debo quejarme de la fortuna! —Bien, es una injusticia; nosotros la repararemos, señorita»; y entonces, Justine, alentada, contó sus desdichas a Rodin. «¡Qué cosa tan horrible!, dice el astuto impostor; ese tal M. de Bressac es un monstruo, conocido hace mucho por sus libertinajes excesivos, y os considero afortunada por haber salido de sus manos. Pero, hermosa Justine, insisto en deciros que no estáis creada para servir: aquella a cuyas rodillas debería estar el universo, aquella que podría encadenarlo con sus ojos, sólo debe existir para ser libre. Si mi casa os conviene, yo os la ofrezco; tengo una hija que acaba de cumplir catorce años, se sentirá dichosa teniendo una compañía como la vuestra; comeréis con nosotros; compartiréis nuestro dolor por esa interesante clase de la humanidad que toda Francia se digna confiar a mis atentos cuidados; como nosotros, contribuiréis a la meritoria obra de cultivar los talentos de la juventud; y, como nosotros, trabajaréis en el perfeccionamiento de sus costumbres».

¿Había en el mundo un trabajo más apropiado para el carácter dulce, piadoso y sensible de nuestra interesante huérfana? ¿Había alguno que pudiera convenirle más? Lágrimas corrieron de sus ojos, estrechó la mano de su bienhechor…, la cubrió con los besos de su gratitud; pero el taimado Rodin se sustrae a unos testimonios que sabe de sobra que no merece. Hacen venir a Rosalie; Justine es presentada a la niña, y pronto los lazos de la más viva ternura reúnen a estas dos encantadoras personas.

Antes de seguir adelante, parece que hemos de dar cuenta de los primeros deberes que Justine creyó necesario cumplir. Deseaba apasionadamente saber qué había pasado en el castillo de Bressac desde el momento de su fuga; para informarse, pone los ojos en una joven aldeana, despierta e ingeniosa, que le promete recabar cuanto

antes todas las informaciones capaces de tenerla al corriente. Por desgracia, sospechan de Jeannette; la interrogan, se corta, y lo único que tiene la prudencia de callar es el lugar donde se ha refugiado la persona que la envía. «¡Bien!, guardad vuestro secreto, dice Bressac; pero, esté donde esté esa bribona, entregadle esta carta y decidle que tenga cuidado». Jeannette, asustada, regresa a toda prisa, y ésta es la carta que entrega a Justine:

> *¡Qué audacia, la de una malvada capaz de haber asesinado a mi madre, volviendo al mismo lugar donde se cometió su crimen! Lo más prudente que puede hacer es ocultar cuidadosamente el lugar de su retiro; puede estar segura de que, si se descubre, lo pasará mal; que se abstenga de una segunda misión; se le advierte que baremos detener a su embajadora. Conviene además que sepa que el asunto de la Conciergerie, que cree concluido, no lo está: el decreto no fue cancelado. Se la dejaba así bajo la espada, para ver cómo se comportaría, con la idea de no interesarse por ella con tal de que fuese digna; que juzgue pues, Por el estado en que se encuentra, qué peso debe de tener judicialmente la segunda acusación, mucho más grave, que acaba de dirigirse contra ella.*

Justine estuvo a punto de desmayarse al ver aquella nota; la lleva a Rodin, que la tranquiliza; y la querida inocente vuelve para interrogar a Jeannette. Al retirarse, la astuta comisionada había dado el pego; y, temiendo ser seguida, había entrado en París; había dormido allí y al día siguiente había salido al despuntar el día. Por otra parte, en el castillo de Bressac reinaba la confusión; los parientes estaban allí, la justicia acababa de presentarse; y el hijo, que fingía estar desolado, sólo acusaba a Justine de la desgracia ocurrida. Varios robos anteriores, de los que Bressac acusaba también a la desventurada Justine, arrojaban luz sobre el segundo crimen; y, a menos de haber visto cometerlo, resultaba evidente que no se podía sospechar de nadie más.

Jazmín y Joseph habían prestado declaración; les creían; Justine debía echarse a temblar. Además, gracias a esta nueva herencia, Bressac se volvía mucho más rico de lo que había supuesto. La caja de caudales, la carrera, el mobiliario y las joyas convertían a este joven, independientemente de las rentas, en dueño de más de un millón al contado. Se decía que, a través de su dolor fingido, le costaba un gran esfuerzo ocultar su júbilo; y los parientes convocados para examinar el cadáver, al tiempo que deploraban la suerte de la víctima habían jurado vengarla. En el primer momento, los mordiscos habían puesto en un aprieto al artista examinador[1]; pero Bressac, demostrando que, por descuido, un perro había permanecido encerrado veinticuatro horas al lado del cadáver antes de que hubiese habido tiempo de llamar a los sacerdotes de París, había disipado con esta hábil mentira la sorpresa del cirujano.

«¡Bueno, dijo Justine, ésta es una nueva cruz que la mano del Cielo me presenta! Por una fatalidad inconcebible del destino, seré sospechosa, seré acusada, tal vez incluso seré castigada por un crimen… hasta cuya idea detesto; y quien me lo ha hecho cometer, el que ha guiado mi brazo y es el único culpable del más infame matricidio con que la tierra haya sido nunca mancillada; ése, digo, es feliz, es rico, se ve colmado por los beneficios de la fortuna; y para mí no hay en el mundo un solo rincón en el que pueda descansar en paz. ¡Ser supremo!, continuó llorando, me someto a los designios que tienes para mí; cúmplase tu voluntad, sólo he nacido para que se cumpla en mí…». Y mientras la interesante criatura hace profundas reflexiones sobre la maldad de los hombres, y especialmente sobre la de los libertinos lo bastante depravados para sacrificar todo al placer de eyacular su leche con un poco más de ardor, nosotros vamos a dar al lector una idea sucinta, tanto del personaje en cuya casa Justine estaba, como de los motivos de la agradable acogida que en ella había recibido.

Rodin, el dueño de la casa, era un hombre de treinta y seis años, moreno, de cejas pobladas, mirada viva, aspecto vigoroso, muy follador, estatura alta, bien proporcionada, con apariencia de fuerza y de salud, pero al mismo tiempo de libertinaje. Muy por encima de su condición, Rodin, que ejercía la cirugía nada más que por gusto y la institución sólo por motivos de lujuria, poseía, independientemente de los beneficios de su profesión, unas veinte mil libras de renta. Una hermana bella como un ángel, y de la que hablaremos enseguida, reemplazaba a su lado, en toda la extensión del término, a la amable esposa que hacía diez años le había arrebatado la muerte. Un ama de llaves muy hermosa y su hija Rosalie compartían los favores de aquel impúdico. Tratemos, si es posible, de pintar a estas criaturas.

Célestine, hermana de Rodin, de treinta años, era alta, delgada, bien formada; los ojos más expresivos y la fisonomía más lúbrica que fuese posible tener; morena, muy velluda, con el clítoris muy largo, el culo cortado a la manera de los hombres, poco pecho, un temperamento excesivo, mucha maldad y libertinaje en la cabeza; tenía todos los gustos, pero sobre todo el de las mujeres; y otro más extraordinario todavía para una mujer: no le gustaba prestarse a los hombres salvo de esa manera que los necios prohíben, y del que la naturaleza ha hecho tan deliciosamente el más divino de los extravíos del amor[*].

Marthe era el nombre del ama de llaves: tenía diecinueve años, una cara redonda y lozana, hermosos ojos azules; blanca como un cisne; todas las formas, de la proporción más agradable, y el culo más hermoso que fuera dado ver.

En cuanto a Rosalie, puede decirse con toda verdad que era una de esas muchachas celestiales que la naturaleza ofrece muy raramente al homenaje de los mortales; Rosalie, que acababa de cumplir los catorce años, reunía todos los encantos más capaces de causar sensación, un ralle de ninfa, unos ojos llenos del más tierno interés, rasgos graciosos y picantes, la boca más hermosa, magníficos cabellos castaños que llegaban más abajo de la cintura, la piel de un brillo…, de una finura…,

y ya el pecho más bonito del mundo y el más hermoso culo… ¡Oh divinos amadores de esa deliciosa parte! Ninguno de vosotros hubiera dejado de entusiasmarse a la vista de aquellas nalgas divinas, ninguno habría dejado de rendirles el culto más santo; en el mundo, únicamente quizá las de Justine podían comparárselas.

Como hemos dicho, el señor Rodin tenía en su casa un pensionado de ambos sexos; había obtenido el privilegio en vida de su mujer; y al sustituir su hermana a la dueña de la casa, las cosas no habían cambiado. Los alumnos de Rodin eran numerosos y selectos: siempre había en su casa doscientos pensionistas, chicas y chicos por mitad; nunca los aceptaba de menos de doce años; siempre los despedía a los diecisiete. No había nada tan hermoso como los alumnos que admitía. Si le presentaban uno que tuviese defectos corporales o rasgos desagradables, al punto era rechazado con veinte pretextos adornados de sofismas siempre indestructibles; de este modo, o el número de pensionistas no estaba completo, o el que alcanzaba siempre era encantador.

Rodin daba personalmente clases a los jóvenes; les enseñaba las ciencias y las artes; y Célestine, su hermana, hacía lo mismo con las chicas; no entraba ningún otro maestro: de este modo, todos los pequeños misterios lúbricos de la casa, todas las iniquidades secretas se concentraban en el interior.

Cuando Justine vio claro, su mente penetrante no pudo dejar de entregarse a muchas reflexiones; y la intimidad en que la dejaban con Rosalie pronto la puso en condiciones de aclarar todo con ella. Al principio, la encantadora hija de Rodin no hizo más que sonreír a las preguntas de Justine; y, como este comportamiento aumentó la inquietud de nuestra joven aventurera, presionó a Rosalie con muchas más instancias pidiéndole aclaraciones. «Escucha», le dijo aquella encantadora joven con todo el candor de su edad y toda la ingenuidad de su amable carácter, «escucha, Justine, voy a decírtelo todo; veo que eres incapaz de traicionar los secretos que voy a revelarte, y no quiero tener ninguno contigo.

«Probablemente, querida amiga, mi padre, como puedes ver, podría prescindir del oficio que ejerce; y si se dedica a esas profesiones, dos motivos que voy a explicarte son la causa. Ejerce la cirugía por gusto, por el solo placer de hacer nuevos descubrimientos; los ha multiplicado tanto, ha escrito sobre ese tema obras tan apreciadas que pasa por ser el hombre más experto que hay ahora en Francia; trabajó unos cuantos años en París, y para agrado propio se retiró a esta campiña; el verdadero cirujano de Saint-Marcel es un tal Rombeau, a quien ha tomado bajo su protección y al que asocia a sus experiencias. ¿Quieres saber ahora qué le mueve a tener un pensionado? El libertinaje, querida, sólo el libertinaje, pasión que lleva a todos los extremos. Mi padre y mi tía, a cual más corrompidos, encuentran ambos en sus alumnos varones o hembras unas criaturas que la debilidad y la dependencia someten a su lujuria; y lo aprovechan. Sus gustos se parecen, sus inclinaciones son las mismas; se ayudan tan bien uno y otro que no hay muchacha que Rodin no dé a su hermana, y no hay muchacho que ésta no proporcione a su hermano. —Y las

consecuencias de esa abominable intriga, dijo Justine, afianzan sin duda entre ellos el incesto más espantoso. —¡Quiera el Cielo que se limitasen a eso!, dijo Rosalie. —¡Dios mío!, me asustas. —Lo sabrás todo, querida», prosiguió la amable hija de Rodin. «Sí, te enseñaré todo. Ven, sígueme; estamos a viernes, que es precisamente uno de los días en que el maestro corrige a los culpables: ésa es la fuente de los placeres de Rodin; es infligiéndoles tormentos como se deleita; sígueme, te digo, ahora verás lo que hace. Se puede observar todo desde el gabinete de mi cuarto, contiguo a estas expediciones; vayamos sin ruido; y guárdate sobre todo de contar nada de lo que te digo y de lo que vas a ver».

Para Justine era importante conocer las costumbres del nuevo personaje que le ofrecía un asilo; así lo sintió; y, como no quería descuidar nada de cuanto pudiera descubrírselas, sigue los pasos de Rosalie, que la coloca junto a un tabique lo bastante mal unido para dejar pasar, entre las tablas que lo forman, luz suficiente para distinguir y oír cuanto se dice y se hace en la habitación contigua.



Mademoiselle Rodin y su hermano ya estaban allí. Vamos a dar la más exacta cuenta de todo lo que se dijeron desde el momento en que Justine pudo oírlos; y, como acababan de entrar, podemos presumir que aún no se habían dicho gran cosa. «¿A quién azotas, hermano?, dijo la señorita. —Querría que fuese a Justine. —¿Te calienta hasta ese extremo la cabeza esta bonita muchacha? —Ya la has visto, hermana; te he follado dos veces esta noche, sólo me he corrido pensando en ella… creo que tiene el culo más delicioso…, no puedes imaginarte cuánto deseo verlo. —No creo que sea difícil conseguirlo. —Más de lo que piensas…, la virtud, la religión, los prejuicios: ahí tienes todos los monstruos que debo combatir. Si no tomo la ciudadela al asalto, no me convertiré nunca en su dueño. —¡Hostias!, no es preciso violarla, te prometo mi ayuda; puedes estar seguro de que lo conseguiremos mediante la seducción o por la fuerza; esa puta tendrá que pasar por ello. —¿A ti no te inspira nada, hermana mía? —Es deliciosa, pero me parece que le falta temperamento; y no me asombra que con su carácter excite con mayor facilidad a un hombre que a una mujer. —Tienes razón; pero a mí me excita mucho… ¡Oh, y de una manera asombrosa!». Y en este punto Rodin levantó por detrás las faldas de su hermana, y le cacheteó las nalgas con bastante fuerza varias veces. «Menéamela, Célestine, le dijo; pónmela dura»; y nuestro hombre, sentándose en un sillón, coloca su polla blanda en las manos de su hermana, que, con dos o tres giros de mano, pronto le devuelve toda su energía. Mientras, Rodin, teniendo las faldas de su hermana levantadas, ofrecía a sus ojos lascivos las nalgas de la libertina: las sobaba, las entreabría; e incluso era fácil distinguir, por la clase de besos con que los abrumaba, hasta qué punto dominaba sus sentidos aquel trono del amor. «Coge unas varas, dijo Rodin levantándose, y ven a divertirte encima de mi culo; no hay ceremonia en el mundo que me excite más; necesito estarlo esta mañana; mi imaginación está muy enardecida, y siento que mis fuerzas no la ayudan». Célestine abre un armario, saca una docena de manojos de varas, que coloca sobre una cómoda y, eligiendo la mejor, se dispone a flagelar a su hermano, que se la menea y extasía bajo los golpes que le propina, mientras exclama en voz baja: «¡Ah!, Justine, si te tuviese… pero te tendré, Justine, pasarás por esto; nadie podrá decir que te he dado hospitalidad por nada…, ardo por ver tu culo, lo veré, lo follaré, follaré ese hermoso culo, Justine; no tienes idea de lo que son mis deseos cuando el libertinaje los enciende». Y Célestine, dejando de flagelar en este momento a su hermano, apoya las manos en los brazos del sillón con las nalgas al aire, provocándole al combate; pero Rodin, que sólo quería probar sus fuerzas, no perderlas, se contenta con algunos cachetes, con dos o tres mordiscos, y ruega a su hermana que vaya a buscarle uno tras otro los niños de ambos sexos que ha proyectado despachar. En este momento de reposo, Justine se arroja en brazos de su amiga: «¡Oh, Dios mío, dice, ¿has oído la conjura planeada contra mí? —¡Ah!, querida amiga, exclama Rosalie, mucho me remo que no puedas librarte; serías la única que haya salido intacta de esta casa. —Me escaparé, dije Justine. —Es imposible, replica Rosalie: su profesión le da derecho a cerrar las puertas; esta casa es

una especie de convento. Una evasión, acusándote de seductora o de ladrona, podría llevarte a Bicêtre[2]. Ten paciencia, querida, es lo mejor». Y el ruido que nuestras dos espías oyeron las obligó a volver al agujero. Célestine traía con ella a una muchacha de catorce años, rubia y bonita como el Amor. La pobre niña, llorando a raudales, sabedora por desgracia de lo que la espera, no se acerca sino gimiendo a su duro maestro; se postra a sus pies, implora su gracia; pero Rodin, inflexible, enciende con esa misma severidad las primeras chispas de su placer; ya están brotando de su corazón a través de sus feroces miradas. «¡Oh!, no, exclama, no, no, no es la primera vez que esto os pasa, Julie; me arrepiento de mis bondades, sólo han servido para sumiros en nuevas culpas; además, ¿podría la gravedad de ésta permitirme ser clemente, suponiendo que lo quisiera? —Guardaos de serlo, hermano, exclama Célestine; supondría alentar a esta muchacha al mal; el ejemplo resultaría pernicioso en la casa: ¿olvidáis que esta granujilla le dio ayer un billete amoroso a un chico al entrar en la clase? —Os aseguro que no, dice la encantadora Agnès llorando; ¡oh!, no hay nada más falso, señor, creedme…, creedme, soy incapaz de hacer eso. —No te dejes engañar por esas acusaciones», dice rápidamente Rosalie a Justine; «todas esas faltas las inventan expresamente para dar solidez a sus pretextos; esta pequeña es un ángel; y precisamente porque se le resiste la trata con dureza». Y, entretanto, la hermana de Rodin, soltando el cordón de las faldas, las hace caer a los pies de la niña y, levantándole la camisa alrededor de la cintura, expone a los ojos de su hermano el cuerpecito más voluptuoso que fuera dado ver. Mientras, el lascivo coge las manos de la niña, las ara a la anilla del pilar colocado a tal propósito en medio del cuarto de castigo, coge un puñado de varas, las mete en esta ocasión en una cuba llena de vinagre, donde adquieren, con esta loción, más humedad y poder de penetración, pone su polla entre las manos de la hermana que, arrodillada ante él, se la menea, mientras él se dispone y prepara para la más rigurosa…, para la más sangrienta operación. Seis golpes, dados con un poco de fuerza, son los preliminares de la tormenta; Julie se estremece…, la desdichada no tiene más defensas…, no tiene otras defensas que su hermosa cabeza lánguidamente vuelta hacia su verdugo…, unos magníficos cabellos en desorden y las lágrimas que inundan el más bello rostro del mundo…, el más dulce…, el más interesante. Rodin contempla el cuadro, se inflama con él, su boca roza la de su víctima…, no se atreve a besarla, no se atreve a devorar las lágrimas con que su ferocidad se electriza; una de sus manos, más osada, recorre las nalgas…, ¡cuánta blancura!…, ¡cuánta belleza!, ¡son rosas deshojadas sobre azucenas por la mano misma de las Gracias! ¿Qué ser es lo bastante duro para condenar al tormento unos encantos tan lozanos…, tan lindos? ¿Qué monstruo puede buscar el placer en el seno de las lágrimas y del dolor? Rodin mira: su ojo extraviado recorre, sus manos osan profanar las flores que su crueldad quiere mancillar. El libertino tan pronto entreabre como cierra esos atractivos divinos que le encantan; los ofrece, bajo todas las formas, a su mirada escrutadora; pero sólo se limita a eso; aunque el verdadero templo del amor esté a su alcance, Rodin, fiel a su culto, no lo

mira siquiera; teme incluso hasta su aspecto. Si la postura se lo muestra, lo oculta; la más leve distracción perturbaría su homenaje, no quiere que nada lo distraiga. Finalmente, su furia ya no tiene límites; la expresa mediante invectivas, cubre de insultos y amenazas a la pobre niña desdichada que tiembla bajo los golpes con que se ve presta a ser desgarrada. Rodin, a quien se la sigue meneando la hermana, está ciego de placer. «Vamos, dice, preparaos, tenéis que sufrir»; y el muy cruel, dejando caer con brazo vigoroso todos sus manojos de varas a plomo sobre todas las partes que se le ofrecen, aplica en esta ocasión veinte golpes que no tardan en trocar en bermellón el tierno y divino encarnado de aquella piel tan fresca. Julie grita; las lágrimas corren de sus bellos ojos y se derraman en perlas sobre su lindo pecho: eso pone a Rodin más furioso todavía; lleva de nuevo sus manos a las partes maltratadas, las roca, las comprime, parece preparadas para nuevos asaltos. Rodin vuelve a empezar, su hermana le excita. «Deja de tratarla con contemplaciones, le grita aquella arpía. —¡Eh!, no, qué va», dice Rodin, sin que desde ese momento propine un solo golpe que no vaya precedido de una invectiva, una amenaza o un reproche. Brota la sangre: Rodin se extasía; se deleita contemplando las pruebas patentes de su ferocidad; no puede contenerse; su polla hinchada destila la leche; se acerca a la niña, sujetada por Célestine, que muestra a su hermano el culo que desea. El maricón, rabioso, se presenta en la brecha. «Ayúdala a entrar», dice en voz baja a su hermana; y con la punta de la cabeza de la enorme máquina ataca muy despacio el pequeño corazón rosado que se le ofrece: ¿qué no daría por seguir adelante? Pero no se atreve. Célestine se la menea de nuevo; y el muy cruel, volviendo a golpear, termina entreabriendo, a fuerza de empujones, aquel asilo de las gracias y de la voluptuosidad. Ya no sabe dónde está; su ebriedad llega al punto de privarle del uso de la razón. Jura, blasfema, vocifera: todos los encantos que ve son tratados con el mismo rigor; la cintura, los muslos, las nalgas, todo lo que puede pillar por debajo del más lindo coñito virgen, lo desgarra, todo lo flagela con minuciosidad; nada se sustrae a sus bárbaros golpes: por la violencia con que su hermana le hace soltar la leche se diría que está sacándola de una cisterna. Sin embargo, el desalmado se detiene; siente la imposibilidad de seguir adelante sin arriesgarse a perder unas fuerzas que han de resultarle útiles en nuevas operaciones. «Vestíos», le dice a Julie desatándola y ajustándose él mismo la ropa; «y si vuelve a ocurrir algo parecido, pensad que no saldréis librada con tan poco». Julie sale y vuelve a su clase. «Me la meneabas demasiado deprisa», dice Rodin a su hermana, «ha faltado poco para que me corriese; no hay que magrearme y chuparme al mismo tiempo. Es graciosa la niñita, ¿te la has follado? —¿Ha habido alguna que no haya pasado por mis manos? —Pues no parece que te apene cuando las azoto. —¡Qué me importa la suerte de una puta que me ha hecho correrme! La desgarraría con mis propias manos. ¡Ah!, qué mal conoces mi corazón; aún es más feroz que el tuyo. Métemela un momento en el culo, Rodin, estoy ardiendo»; y colocándose en el mismo lugar en que se había ofrecido antes de la fustigación de Julie, se levanta las faltas y ofrece sus nalgas.

Rodin se hunde entre ellas sin preparación; la folla durante medio cuarto de hora; la bribona se masturba, se corre, y satisfecha aunque no calmada, va en busca de nuevas víctimas.

La que entonces se presenta es una niña de la edad de Justine; hasta se le parecía un poco, si es posible admitir que la naturaleza haya podido repetir dos veces un modelo tan perfecto de gracias y bellezas. «Aimée, le dice Rodin, es curioso que a vuestra edad os hayáis expuesto a ser azotada como si fueseis una niña. —Mi edad y mi conducta no deberían exponerme a semejante afrenta, señor, respondió orgullosa aquella encantadora niña; pero cuando una es la más débil, siempre se equivoca. —Qué respuesta tan insolente, señorita, dice Célestine; me temo que no va a despertar mucha indulgencia en el alma de mi hermano. —Puede estar segura», dijo Rodin, desatando las faldas brutalmente. «Pero, señor, yo no creía»…, y el lascivo, terminando de desatar rápidamente cuanto le estorba, saca a la luz el culo más lozano, más apetitoso que nunca hubiera visto. «Aimée», le dice Rodin inclinándola sobre un sillón, «me habéis dicho que a veces sufríais de hemorroides; mientras estoy aquí, voy a examinarlo, y si realmente ese mal parece de cierta importancia, os trataré con más dulzura. —Nunca, señor, respondió suavemente Aimée, no, nunca me he quejado de semejante cosa. —No importa», prosiguió Rodin, que seguía inclinándola, «podría ocurriros, conviene que vigile»; y, como Célestine ayudaba, la pobre Aimée, sin poder defenderse, no tardó en estar a cuatro paras; y ya tenemos a Rodin examinando, recorriendo, sobando a placer las carnes más bellas…, los encantos más divinos. «No, realmente no hay nada de lo que yo creía, dice Rodin, todo está en perfecto estado; bueno, ya podemos castigar». Le cogen las manos, se las atan, y la bella Aimée se convierte en presa de la perversidad de aquellos monstruos. «Empieza tú, hermana, dice Rodin: quiero ver si la piedad hace que infrinjas tu deber». Célestine coge las varas; su hermano se pone enfrente; quiere disfrutar con las contorsiones que el espanto arranca; no se atreve a meneársela, es evidente; pero su mano frota el muslo sobre el que reposa el ingenio totalmente duro. La operación empieza; y Mlle. Rodin, tan cruel como su hermano, golpea cuando menos con la misma fuerza. Mientras, éste, que desea verlo todo, agarrar todo, se coloca detrás de su hermana para apreciar mejor el efecto de los golpes sobre las bellas masas que ensangrientan. Cuando ya no puede contenerse, se apodera de una nueva gavilla de varas, aparta a su hermana y flagela con tal violencia que al punto brota la sangre. La pobre desdichada no respira siquiera: sólo podían apreciarse sus dolores por un movimiento convulso de ambos muslos, que se entreabrían cuando no los golpeaban, y se cerraban al acercarse el golpe. La misma tentativa con ésta que con la otra[3]: Rodin se presenta al combare; Aimée lo adivina, y cierra el culo. De rabia, Rodin le asesta un puñetazo en los riñones que la obliga al punto a curvarse. Vuelve a presentarse; pero Aimée se levanta, y con este movimiento le hace fallar de nuevo. «Todo esto, señor», dice por fin la niña, «no me parece que tenga nada que ver con la penitencia que habéis decidido infligirme; os ruego, por lo tanto, que acabéis». Furioso, Rodin la azota de

nuevo; y doscientos golpes de látigo, aplicados con vigoroso brazo, calman a duras penas la cólera en que le sume el rechazo que siente. Su enfurecido ingenio parece amenazar el cielo; Célestine quiere cogerlo y dirigirlo hacia la inatacable fortaleza. «No, dice Rodin, que la alejen de mi vista… Lleváosla, llevaos a esta niña rebelde; quiero que la encierren ocho días a pan y agua, para que aprenda a hacerme perder una ocasión».

Aimée sale bajando los ojos, y el feroz maestro pide un muchacho.

El que Célestine trae es un escolar de quince años, más hermoso que el Amor mismo. Rodin le riñe. Probablemente más a gusto con él, lo mima y lo besa mientras le sermonea. «Habéis merecido ser castigado, le dice, y vais a ser castigado». A estas palabras, ya están en el suelo los calzones. Pero en este caso le interesa todo; nada queda excluido; los velos se levantan; todo es palpado indistintamente; el culo, el piro, los cojones, el vientre, los muslos, la boca, todo es besado, todo es devorado. Rodin amenaza, acaricia, insulta, halaga; está en ese desorden delicioso de la lujuria en que las pasiones sólo escuchan a su órgano, en que el voluptuoso sólo lamenta la imposibilidad en que está de no multiplicar sus ultrajes. Sus dedos obscenos tratan de hacer brotar en aquel muchacho las mismas sensaciones de lubricidad que él recibe; le masturba. «Bien», dice el sátiro comprobando su éxito, «va estáis en ese estado impuro que con tanta severidad os he prohibido; apuesto a que con dos movimientos más todo caería sobre mí». Demasiado seguro de las titilaciones que provoca, el libertino se adelanta para recoger el homenaje, y su boca es el templo ofrecido a aquel divino incienso; sus manos excitan sus chorros, los atrae, los devora, hasta él mismo está a punto de estallar; pero quiere llegar al final. «¡Ah!, voy a castigaros por esta tontería», dice levantándose, con los labios inundados todavía de la leche que traga: «Sí, bribón, voy a castigaros». Coge las manos del joven; las sujeta; el altar en que pretende sacrificar su excitación se ofrece a su vista por completo, lo entreabre, sus besos lo recorren, su lengua se hunde en él, se pierde dentro. Ebrio de amor y de ferocidad, Rodin sigue mezclando las expresiones y las sensaciones de los dos. «¡Ah!, granujilla, exclama, tengo que vengarme de la impresión que me causas». Vuelve a coger las varas; Célestine chupa a su hermano, éste azota. Más excitado sin duda que con la vestal, los golpes se vuelven tanto más fuertes cuanto más numerosos. El niño llora; Rodin se extasía. Pero nuevos placeres le requieren. Desatan al escolar; otros vienen. Una niñita de doce años, hermosa como el día, sucede al chico; a ésta, otro escolar de dieciséis, seguido de una niña de catorce. Rodin, siempre servido, siempre ayudado por su hermana, fustiga a sesenta en su jornada matinal, treinta y cinco chicas y veinticinco chicos. El último es un Adonis de quince años, de una figura realmente fascinante. Rodin no aguanta más; nada más hacerle sangrar, quiere follarlo; su hermana colabora en esta horrible violación; retiene al paciente para los deseos desenfrenados de su hermano. Rodin encula, blasfema, hiende, desgarra, y pronto lanza al fondo del culo de aquel hermoso ángel los chorros espumosos de su ardor. Consuelan al niño; está excoriado; le dan

caramelos, y él calla. Así es como este libertino abusaba de la confianza que se había depositado en él, así engañaba a los padres que, viendo únicamente los rápidos progresos de aquella escuela, cerraban de manera imbécil los ojos a los peligros de que estaba llena.

«¡Oh, Cielo!», dijo Justine cuando estas orgías concluyeron, «¿cómo puede nadie entregarse a tales excesos? ¿Cómo puede nadie encontrar placer en los tormentos que inflige?

—¡Ah!, no sabes todo, respondió Rosalie. Escucha», le replica volviendo a pasar a su cuarto; «lo que has visto ha podido hacerte comprender que, cuando mi padre encuentra ciertas facilidades en las chicas, actúa con ellas de la misma forma con que acaba de tratar a ese chico. Gracias a esa precaución, las doncellas no quedan deshonradas, prosiguió Rosalie: no hay embarazo que temer; y entonces nada puede impedirles encontrar marido. No hay año en que no goce así de más de la mitad de los chicos o las chicas. ¡Oh, Justine!», continuó aquella querida niña precipitándose en los brazos de su amiga, «hasta yo misma he sido víctima de su libertinaje; a los siete años ya me había violado, y desde entonces casi todos los días… —Pero, la interrumpe Justine, cuando alcanzaste una edad más madura, la religión te ofrecía un apoyo, ¿por que no consultaste con un director? —¡Ay!, replicó con vivacidad Rosalie, ¿ignoras que ahoga en todas nosotras las semillas de la religión a medida que nos pervierte y que nos prohíbe todos los actos? Además, no sé cuál es mi religión; apenas me ha instruido en ella. Lo poco que me ha dicho sobre estas materias siempre ha sido por miedo a que mi ignorancia delate su impiedad; pero nunca he ido a confesarme, nunca he hecho la primera comunión. Ridiculiza tanto todas esas cosas, absorbe tan bien en nosotras hasta las menores ideas que aleja por siempre de esos deberes a las que ha gozado; o, si se ven obligadas a cumplirlos por causa de su familia, lo hacen con tal tibieza, con tal indiferencia y con tal desprecio que no teme nada de sus indiscreciones con los confesores. Algunas veces reúne a jóvenes de uno y otro sexo de los que está seguro; y entonces les da conferencias cuyo objetivo es aniquilar totalmente en ellos cualquier germen de religión y cualquier semilla de virtud. Pero los hay que nunca participan de tales favores, bien por su excesiva debilidad, bien por su ridículo apego a los prejuicios con que su familia los envenena. —¡Cuánta prudencia!, dice Justine. —La necesita, respondió Rosalie, para mantener la calma que quiere disfrutar en medio de las tormentas que necesaria y constantemente deben levantarse en la atmósfera de semejante camino; y a esta política asombrosa se debe precisamente la tranquilidad de que goza desde hace diez años».

«Ven, Justine», le dice Rosalie pocos días después de esta escena, «ven a juzgar con tus propios ojos todo lo que hace mi padre con su hermana, conmigo, con su ama de llaves y con algunos de sus favoritos. Espero que estos horrores te convenzan de lo que te he dicho; te demostrarán cuánto ha de sufrir una joven honesta como yo, a la que la naturaleza parece haber dado horror por todo aquello a que la somete su deber.

—¡Su deber! Nunca; di mejor su desgracia. —¡Ah!, el muy cruel convierte en deberes mis desgracias, y estaría perdida si me resistiese. Démonos prisa, prosiguió Rosalie; la clase ha terminado; es la hora en que, excitado por esos preliminares, viene a resarcirse de la coacción que algunas veces le impone su prudencia. Vuelve a ponerte donde le coloqué el otro día, y lo descubrirás todo con tus propios ojos".

Para pintar a nuestros lectores la libidinosa escena de que Justine fue testigo, hay que describirles primero a los actores.

Estos personajes eran Marthe, ama de llaves de Rodin, que tenía, como hemos dicho, diecinueve años, hermosa como un ángel; Célestine, hermana del mismo; Rosalie, hija suya; un joven alumno de dieciséis años, llamado Fierval; y su hermana, de quince años, que se llamaba Léonore; pareja encantadora que parecía rivalizar en gracia, en figura, en talle y encantos. Los dos se parecían mucho, los dos se querían, y vamos a ver hasta qué punto nuestro lúbrico maestro favorecía esa incestuosa pasión.

«Ya estamos tranquilos, dijo Rodin cerrando con cuidado todas las puertas; sólo nos ocuparemos de lascivias; las fustigaciones de esta mañana me han puesto en un estado… Ya lo veis», dijo poniendo sobre la mesa una polla dura y empalmada que parecía amenazar ya todos los culos…, sí, todos los culos; nuestros lectores deben familiarizarse aquí con la idea de ver a Rodin rindiendo homenaje en ese único templo; por predilección, o por prudencia, el bueno de Rodin se prohibía cualquier otro goce, y será sólo en ése en el que vamos a verle esforzarse.

«Ven aquí, querido angelito», le dijo a Fierval metiéndote la lengua en la boca; «ven, voy a empezar por ti, ya sabes que le idolatro. Léonore, venid a quitarle los calzones a vuestro hermano; sabéis que esa tarea os corresponde: que sean vuestras manos las que presenten a mis besos el sublime culo de este bello niño… ¡De maravilla!, eso es precisamente lo que quiero». Y el bribón besaba, palpaba, entreabría y chupaba el más bonito trasero que se pueda imaginar. «Hermana, prosiguió Rodin, mientras yo chupeteo a este bello joven, ponte de rodillas delante de él y mámasela; tú, Marthe, ven a remangarle las faldas a Léonore, quiero besar su culo cerca del culo de su hermano; seguro que esa reunión me excita…, sí, así es. Pero le falta algo al cuadro: Rosalie, levanta las faldas de Marthe, y colócate de forma que yo pueda magrear a la vez vuestros dos culos». En un momento el cuadro queda fijo. Pero Rodin tenía demasiados deseos, demasiada imaginación, para no variarlo enseguida.

El segundo se dispone de la siguiente manera:

Su hermana, arrodillada ante él, le chupa la polla; Léonore y Fierval se sitúan escalonadamente frente su boca, de modo que pueda besar al mismo tiempo la del joven y el o jete del culo de la hermana; a izquierda y derecha magrea las nalgas de Marthe y de Rosalie.

«Probemos otra cosa», dice al cabo de un momento; «tengo que joder; ese placer es inaudito para mí, no puedo saciarme. Léonore, veamos vuestro bello culo: los besos con que acabo de cubrirlo no han hecho sino irritarme el deseo de tratarlo con

furia; pero querría que vuestro hermano comenzase la operación. Situado detrás de él, con las varas en la mano, lo trataré con dureza si tiene la desgracia de andarse con contemplaciones con vos». Preparan la postura; pero, mientras trabaja, Rodin quiere que su hermana le masturbe sobre los muslos de su hija y que Marthe le azote. ¿Quién podría creerlo? Digno alumno de Rodin, Fierval no parece anunciar deseo alguno de andarse con contemplaciones con su hermana; excitado por los golpes que él mismo recibe, el pequeño libertino la golpea con todas sus fuerzas. «Vamos, amigo mío, dice Rodin, folla a tu hermana, dale por el culo; no hay nada tan delicioso como joder un culo que acabamos de azotar; ven, déjame que te guíe, que me convierta en el primer agente de tu voluptuoso incesto»; y, agarrándolo por la polla, lo atrae junto al trasero de Léonore, moja él mismo con su boca tanto la polla del joven como el culo de la víctima, los une, les enseña a masturbarse mientras se joden de esta forma, pone la mano del joven en el clítoris de la paciente, y él mismo se dispone entonces a sodomizar al follador. «Monta sobre los riñones de Fierval, le dice a Rosalie; te chupetearé el culo mientras follo el de este Amor; Marthe, sigue azotándome, y que mi hermana llene mi mano con sus bellas nalgas».

«¡Oh, joder!, ¡qué goce!», exclama el muy lascivo saboreándolo; «¿puede haber algo más delicioso?… Claro que lo hay, prosigue; Rosalie, tú vas a convencerme de que lo hay; será tu hermoso culo el que me lo demuestre. Deshagamos esta postura; es a mi hija a la que quiero joder. —Inconstante, le dice Célestine, nada te satisface lo suficiente. —¡Eh!, hermana, ¿ha existido alguna vez cabeza tan depravada como la mía? Pero ¿eres tú la que se sorprende? La más lúbrica de las mujeres ¿puede sorprenderse ante algunos caprichos libertinos?

«Esperad, dice el lascivo: antes de formar el grupo que probablemente me costará mi esperma, sigamos mariposeando un momento todavía. Poneos todos de rodillas, apoyados contra este sofá, de forma que Léonore me ofrezca un culo, Fierval una boca, mi hermana un culo, Marthe una boca. Rosalie, agarrando mi instrumento, me conducirá de altar en altar, y yo ofreceré mi homenaje en cada uno. En cuanto lo haya metido, ella se colocará encima del sofá, se pondrá en cuclillas encima de mi cara, y me obligará a besar, como a pesar mío, sus muslos y el lindo agujero de su culo… ¡Ah, granujilla!», le dice a Rosalie cuando estuvo en el final de la hilera, es decir, en la boca de Marthe, «¡ah!, picaruela, vais a ser castigada por la indecencia que acabáis de cometer… ¡por obligar a aquel a quien debéis la vida a besaros el culo! ¡Por atreveros a limpiarle la nariz, impúdica criatura!… Ya os enseñaré yo a burlarse así de un padre»; y la agarra mientras se hace chupar por Marthe, la azota, la desgarra con unas disciplinas armadas de alfileres. No tiene ninguna compasión; la desventurada está ensangrentada desde la mitad de la cintura hasta la parte baja de los muslos. No hay ninguna parte donde se impriman las ramas de su cruel instrumento que sus labios no visiten de inmediato; tanto el interior del altar como la boca de la víctima, todo, salvo la parte delantera, todo es devorado a lametones. Pronto, sin cambiar la postura, contentándose con volverla más propicia, Rodin penetra en el

asilo estrecho de los placeres: el malvado encula a su hija; Fierval lo sodomiza; tiene por perspectiva el delicioso culo de Léonore, que Rodin cubre de besos; a derecha e izquierda están, bajo sus manos, los culos de su ama de llaves y de su hermana. ¿Qué más podía desear? Toca, besa, hiende, desgarra, le enculan, mil lametones a cual más ardiente expresan su ardor sobre lo que se ofrece a su lujuria. La bomba estalla; es el culo de su hija lo que inunda de leche; y el libertino, embriagado, osa saborear los placeres más dulces en medio del incesto y de la infamia.



Un momento de reposo sucede a estas orgías: rodean a Rodin, le acarician; una se esfuerza por devolverle a la vida con el calor de sus besos lascivos; otra presiona su polla, la descabeza y la sacude ligeramente, mientras una tercera le cosquillea el o jete del culo y una cuarta ofrece su bello trasero a todas las caricias que Rodin se complace en inventar; el joven Fierval le hace chuparle la polla. Tantos cuidados no tardan en reanimar a nuestro moribundo: Marthe, que le hacía una paja, mostrando el estado del paciente felicita a todos y cada uno por su éxito. «Queréis matarme a

fuerza de placeres, dice Rodin; bien, consiento en ello; es dulce expirar así. Célestine, jode ante mi vista, por favor, con el joven Fierval; y que Léonore, su hermana, arrodillada entre tus piernas, te chupe el clítoris; mientras, Rosalie y Marthe me masturbarán, una el culo, otra la polla, frente a esa operación, y puedes estar seguro de que tu leche no tardará en provocar la mía».

Mas Rodin presumía en exceso de sus fuerzas; su hermana ya se había corrido seis veces antes de que la triste polla de Rodin hubiera conseguido la cuarta parte de la consistencia necesaria para la eyaculación que se promete. «Venid, dice, venid todos a chuparme uno tras otro; mientras una de vuestras bocas comprime mi polla, que otra se pegue a mis labios, que una tercera me chupetee el culo, para que así las lenguas me cosquilleen los lugares más lascivos de mi cuerpo, y de esta forma mi eyaculación sólo se deba a las lenguas». El proyecto estaba bien pensado; pero Rodin no había calculado su duración; pasaron una hora mordisqueándole, apretándole, chupándole en todos los sentidos, para que la naturaleza arisca termine colmándole con sus favores; se corre en la boca de su hija, teniendo la de Léonore sobre la suya, la de Fierval en el ojete de su culo, y bajo sus manos, a derecha e izquierda, las nalgas de su hermana y de Marthe.

«Si hay algo delicioso en el mundo», dijo Rodin cuando se tranquilizó, «a buen seguro es el libertinaje: ¿dónde encontrar una pasión que mantenga todos nuestros sentidos en una excitación más lasciva? ¿Hay en la tierra algo que pueda hacernos más felices? Es el libertinaje el que rompe los sonajeros de la infancia; el que enciende la antorcha de la razón; el que da la energía al hombre; y, si esto es así, ¿no debemos deducir que la naturaleza lo ha creado para este único placer? Que compare todos los demás con éste, verá la diferencia; sentirá que sólo hay uno que lo encienda con tanto ardor. Su imperio sobre un alma es tal que, en cuanto está llena de él, ya no puede pensar en otra cosa. Analizad a un hombre realmente libertino, siempre le veréis ocupado en lo que hace o en lo que planea hacer. Con rotal indiferencia por todo lo que no arañe a sus placeres, lo veréis pensativo, concentrado en sí mismo y como si temiese dar acceso a un movimiento que pudiera distraerle un minuto de las libidinosas ideas que lo inflaman; se diría que, una vez encadenado al culto de ese dios, se le vuelve absolutamente imposible emocionarse por nada, sea lo que sea, y que nada es capaz de apartar su alma de la deliciosa pasión que lo cautiva. Por lo tanto, sólo a ella debemos sacrificar todo; sólo ella debe ser respetable a nuestros ojos: despreciemos soberanamente cuanto se aleja de ella o la combate; y, para demostrarle mejor nuestro homenaje, sumerjámonos ciegamente en todos los extravíos de sus vicios; que para nosotros no haya nada más sagrado que lo que la caracteriza o la sirve; no sintamos, no existamos, no respiremos sino por ella; sólo los necios la encuentran peligrosa. ¡Eh!, ¿cómo podría serlo nunca un refinamiento de goce? ¿Es algo distinto el libertinaje? No, desde luego: y entonces, ¿cómo lo mejor que hay puede tener inconvenientes? Digo más: hasta esos inconvenientes, si existiesen, ¿no serían preferibles aún a todos los peligros de la templanza…, a todo el

aburrimiento de la prudencia? El estado de inercia del hombre sobrio ¿no es la imagen del sueño de la muerte? El hombre frío e indiferente es el reposo de la naturaleza: ¿para qué sirve en el universo?, ¿qué pone en movimiento?, ¿qué hace?, ¿qué utilidad tiene su pedantería? Si no sirve de nada, ¿no es digno de condena? ¿Y no es, desde ese momento, una carga para la sociedad? Si la templanza y la sobriedad dominasen desdichadamente en el mundo, todo languidecería, todo vegetaría en él; no habría entonces ni movimiento ni fuerza, y todo volvería a caer en el caos. Eso es lo que nuestros moralistas no quieren comprender, porque, apuntalando constantemente sus principios con bases religiosas, no pueden concebir un estado más allá de los planes de su divinidad, cuando lo cierto es que no hay divinidad, y que ese monstruo de la imaginación calenturienta de los hombres no puede tener parte alguna en los cálculos de la filosofía. Pero, cosa muy singular, los frenos que el hombre opone al libertinaje no son más que los aguijones del libertinaje mismo: el pudor[4], primero de esos frenos, ¿no es uno de los estímulos más activos de esa pasión? Es esencial a la lujuria. Molesta que otra persona sepa nuestras fantasías; parece que sólo deberían ser entendidas por nosotros, y que cuanto no es nosotros no debería tener inteligencia para comprenderlas. Ése fue el primer motivo que impulsó a echar velos sobre las acciones impuras; no se quiso hacer delante de todo el mundo lo que no parecía que todo el mundo debiese saber; pero la cortina no se corrió sino para aumentar los excesos. No dudamos de que habría menos libertinos si el cinismo estuviese de moda: nos escondemos sólo porque queremos salir de las normas ordinarias; y el primero que, en la infancia de las sociedades, hizo pasar a su querida detrás de un matorral, fue el más libertino de la tribu. Por lo tanto, corrompámonos, hijos míos; jodamos sin normas ni medida; demos rienda suelta a todas nuestras inclinaciones; mimemos nuestros gustos; y estemos seguros de que cuanto más nos entreguemos a la depravación de los sentidos, más nos acercaremos a la dicha con que la lubricidad coronará siempre a los que la aman y sirven».

En este momento el joven Fierval manifestó su deseo de follar a Rosalie: estaba junto a ella, la besaba, la sobaba. «Encúlala, imbécil, le dijo Rodin; parece como si temieras ceder a tus deseos. ¿Son ésos los frutos del sermón que acabo de hacerte? Ven a sodomizar a mi hija entre mis brazos, yo te la sujeto; me gusta la idea de ser su chulo. Hermana mía, mastúrbale el culo mientras folla a mi hija; y tú, Marthe, hazle que bese tu bonito trasero; hay que rodear de placeres a este lindo angelito; hay que saciarle con ellos»: y Rosalie, sumisa, se vio obligada de nuevo a sostener aquel asalto…, ¡ella, cuya existencia era todo virtud y que, consultada, no hubiera querido otra dicha que un convento y un Dios!

Fierval no tardó mucho; vivamente excitado, el pequeño libertino se corrió enseguida. Rodin, que, mientras tenía a su hija en sus rodillas, se había complacido chupándole la boca durante la operación, quiso también chupar la polla del joven cuando la sacó del culo de su hija. Exprimió hasta la última gota de leche; y como estos episodios habían vuelto a empalmarle, encula a Léonore y a su hija

alternativamente: besa mientras tanto el culo de Fierval; Célestine y Marthe le azotan una tras otra; y es en el trasero de su hija donde se corre, mientras zurra con toda su fuerza las deliciosas nalgas de Léonore.

El bravo maestro va a sentarse a la mesa tras semejantes hazañas; y Justine, afligida, avergonzada por todo lo que ha visto, exclama, replegándose en la pureza de su conciencia: «¡Oh, Dios mío!, ¿habré nacido para vivir exclusivamente en medio del crimen y la infamia? ¿Y vuestra equidad me condena a pruebas tan crueles sólo para probar mi paciencia?».

De no ser por la enorme amistad que sentía por su joven compañera, no debemos dudar de que Justine se hubiera escapado inmediatamente. Pero, llena de esa fuerza que da la virtud, aspiraba al honor de arrancar a Rosalie de las manos del libertinaje; esa esperanza la impulsaba a tener paciencia cuando Rodin, harto de tenerla tanta, decide saber por fin qué puede esperar de su nueva adquisición.

Hacía unos quince días que nuestra heroína estaba en aquella casa cuando Rodin, enardecido por el deseo que acabamos de pintar, se presenta una mañana en su cuarto. Tras unos momentos de conversación general, Rodin dio la palabra a sus deseos. Poco habituado a los preliminares de un sentimiento del que el bribón sólo experimenta la necesidad física, agarra a Justine por la cintura e intenta derribarla sobre una cama. «Dejadme, señor, dice esta virtuosa joven; dejadme, o llamo a toda la casa para que sea testigo del horror que os proponéis. ¿A título de qué, decidme, pretendéis convertirme en víctima de vuestra brutalidad? ¿Porque me habéis acogido en vuestra casa? Pues soy útil en ella, en ella me gano la vida; y si me comporto bien, debo estar al abrigo de vuestros insultos. Recordad que nunca habrá nadie en el mundo que pueda someterme a ellos; os debo gratitud, pero no la pagaré al precio de mi honor».

Rodin, confundido por una resistencia que no esperaba en una niña tan falta de recursos, y a la que, según la injusticia habitual en los hombres, no debía suponer tan salvaje, Rodin, digo, miró a Justine atentamente. «Corazón mío», le dice al cabo de un instante; resulta muy inoportuno que te hagas la vestal conmigo; creía tener algún derecho a ciertas complacencias de tu parte; no importa; no me preocupo por esa bagatela; estoy encantado de tener una joven prudente en la casa; ¡lo son tan poco las que me rodean! Ya que alardeas tanto de virtud en esta ocasión, espero que la demuestres en todas; mis intereses saldrán ganando con ello; mi hija te quiere, me suplica que te convenza para que no nos abandones nunca; quédate, pues, con nosotros, te invito a ello. —Señor, responde Justine, no sería feliz; no se me verá sin despertar celos y no tardaría mucho en verme obligada a marcharme. —No tengas miedo, dice Rodin; no temas ninguna consecuencia de los celos de mi hermana o de mi ama de llaves; ésta siempre estará subordinada a ti, y sé que mi hermana te ama. Puedes estar segura de que siempre te concederé mi protección y mi confianza; pero, para seguir siendo digna de ellas, has de saber que la primera cualidad que exijo de ti es una discreción a toda prueba. Aquí ocurren muchas cosas contrarias a tus

principios; es preciso ver todo y oír todo, pero sin permitirte siquiera una reflexión… ¡Oh!, sí, sí, Justine, continúa calurosamente Rodin, con esta condición no me abandones nunca; en el seno de múltiples vicios al que me arrastra un temperamento encendido…, un corazón muy gangrenado, tendré al menos el consuelo de contar con un ser virtuoso a mi lado, a cuyos brazos me lanzaré como a los pies de un Dios cuando me haya saciado de mis libertinajes". «¡Eh, bien!», pensó Justine en ese momento, «o sea, que la virtud es necesaria; es decir, que es indispensable para el hombre, porque hasta el mismo vicioso se siente obligado a tranquilizarse con ella»; y nuestra amable niña, recordando entonces las instancias que Rosalie le había hecho para que no la abandonase…, creyendo reconocer algunos principios buenos en Rodin, se comprometió de forma decidida con él. «Justine, le dice Rodin, está decidido, ahora voy a ponerte al lado de mi hija; no tendrás nada que ver con mis otras mujeres; y te doy cuatrocientas libras de sueldo».

Un puesto así resultaba una fortuna en la situación de nuestra desdichada huérfana. Encendida por el deseo de devolver a Rosalie al bien, e incluso tal vez a su padre si llegaba a conseguir alguna influencia sobre él, no se arrepintió de lo que acababa de hacer. Rodin la presenta a su hija. «Rosalie, le dice, hasta este momento sólo tenía un vago deseo de que Justine estuviese eternamente ligada a ti; esa intención se convierte hoy en el encanto y el consuelo de mi vida; dígnate aceptar este presente de mi mano»; las dos muchachas se abrazan, y ya tenemos a Justine instalada.

No pasaron ocho días sin que esta prudente y virtuosa joven empezase a trabajar en las conversiones que deseaba; pero el endurecimiento de Rodin destrozaba todas sus previsiones.

«No creas, respondía cierto día a los prudentes consejos de aquella virtuosa criatura, que la especie de homenaje que, en tu persona, ofrezco a la virtud, es una prueba bien de que estime a la virtud, bien de que desee preferiría al vicio: no, Justine, no lo imagines, te equivocarías. Quienes, basándose en mi comportamiento contigo, sostuvieran, gracias a él, que prueba bien la importancia, bien la necesidad de la virtud, cometerían un gran error; y me molestaría mucho que creyeses que ésa es mi forma de pensar. La choza que me sirve de refugio durante la caza, cuando los rayos demasiado ardientes del sol caen a plomo sobre mi persona, no es desde luego un monumento útil; a buen seguro, su necesidad es exclusivamente circunstancial. Me expongo a una especie de peligro, encuentro algo que me protege de él, lo utilizo. Pero esa cosa, ¿es por ello menos inútil, debe ser menos despreciable? En una sociedad totalmente viciosa, la virtud no serviría para nada: como nuestras asociaciones no son de esa clase, es absolutamente preciso que finjamos la virtud o nos sirvamos de ella para que quienes la siguen nos reman menos: que nadie la adopte, y se volverá inútil: por lo tanto no me equivoco cuando afirmo que su necesidad sólo se debe a la opinión o a la circunstancia. No nos engañemos, la virtud no es de un valor indiscutible; sólo una manera de comportarse, que varía según los

climas y que, por consiguiente, tiene la misma realidad que las modas de uso en determinada provincia que otras provincias no adoptan. Sólo es realmente bueno lo que tiene alguna utilidad para todas las edades, para todos los pueblos, para todos los países; lo que carece de una utilidad demostrada, y lo que cambia perpetuamente, no podría pretender un carácter de bondad. De ahí que los teístas, al crear su quimera, hayan situado la inmutabilidad en el rango de las perfecciones de su Dios[5]. Pero la virtud carece en absoluto de semejante carácter. No sólo hay virtudes de religión, de modo, de circunstancia, de temperamento, de clima, también las hay de gobierno. Las virtudes de una revolución, por ejemplo, están muy lejos de ser las mismas de un gobierno tranquilo. Bruto[6], el mayor de los hombres en una república, habría sido condenado a la rueda en una monarquía; Labarre[7], ejecutado bajo Luis XV, quizá habría merecido coronas unos años más tarde. En líneas generales, no hay dos pueblos en la superficie de la tierra que sean virtuosos de la misma manera: por lo tanto la virtud no tiene nada de real, nada de intrínsecamente bueno, y no merece en absoluto nuestro culto. Hay que servirse de ella como de un puntal, adoptar hipócritamente la virtud del país en que uno vive, para que quienes la practican por gusto, o deban reverenciarla por posición social, nos dejen tranquilos; y también para que esa virtud, respetada donde estáis, os proteja, merced a su preponderancia de convención, de los atentados de quienes profesan el vicio. Pero os lo repito, todo esto es circunstancial y nada asigna un mérito real a la virtud. Por otra parte, hay virtudes que son imposibles a determinados hombres. Recomendad la castidad a un libertino, la templanza a un borracho, la beneficencia a un hombre cruel; la naturaleza, más fuerte que vuestras recomendaciones y vuestras leyes, romperá todos los frenos que queráis imponer; y os veréis obligados a aceptar que una virtud que contraría o combate las pasiones, sólo puede ser peligrosa. En los hombres que acabo de citar, serán sin duda los vicios opuestos a esas virtudes los que se vuelvan preferibles, puesto que serán los únicos modos…, las únicas maneras que se avendrán mejor con su físico o sus órganos: por lo tanto, en esta hipótesis, existirán vicios muy útiles. Y ¿cómo ha de serlo la virtud, si está demostrado que sus contrarios pueden serlo? Replicaban a esto: "La virtud es útil a los demás, y, desde este punto de vista, es buena; porque si aceptamos hacer únicamente lo que es bueno para los demás, a mi vez no recibiré más que el bien". Cuidado: ese razonamiento no es más que un sofisma. Por el escaso bien que recibo de los demás por el hecho de que practican la virtud, por la obligación de practicarla a mi vez, tengo que hacer un millón de sacrificios que no me compensan en absoluto: si recibo menos de lo que doy, hago un mal trato; y es mayor el mal que siento por las privaciones que debo soportar para ser virtuoso que el bien que recibo de quienes lo son. Como el acuerdo no es equitativo, no debo someterme a él; y seguro, siendo virtuoso, de no hacer a los demás tanto bien como el sufrimiento que sentiría si me obligasen a serlo, ¿no sería mejor renunciar a procurarles una felicidad que ha de costarme tanto mal? Queda ahora el daño que puedo hacer a los demás por ser vicioso, y el mal que a mi vez recibiré si todo el

mundo se me parece. Admitiendo una circulación completa de vicios, corro ese peligro, lo admiro; pero la pena sentida por lo que arriesgo se compensa con el placer de lo que hago arriesgar a los demás. A partir de ese momento, todo el mundo es poco más o menos igual de feliz; cosa que no podrá ser en una sociedad en la que unos son buenos y otros malos, porque de esa mezcla se derivan trampas perpetuas que no existen en el otro caso. En la sociedad de mezcla, todos los intereses son distintos: ahí tenemos la fuente de una infinidad de desgracias; en la asociación totalmente viciosa, todos los intereses son iguales: cada individuo que la compone está dotado de los mismos gustos, de las mismas inclinaciones, todos caminan hacia el mismo fin, todos son felices. Pero el mal no hace la felicidad, dicen los necios; no, cuando se ha convenido en incensar el bien. Pero despreciad, envileced lo que llamáis el bien; reverenciad únicamente lo que comeréis la estupidez de llamar el mal; y todos los hombres tendrán el placer de cometerlo, no porque esté permitido (en muchos casos sería una soberana razón para disminuir su atractivo), sino porque las leyes no lo castigarían, y porque menguan, por el temor que inspiran, el placer que la naturaleza ha puesto en el crimen. Supongamos una sociedad en la que se haya convenido que el incesto (utilicemos este delito moral como cualquier otro), que el incesto, repito, sea un crimen; los que se entreguen a él serán desgraciados porque la opinión, las leyes, el culto, todo vendrá a helar sus placeres; quienes deseen cometer ese mal, o quienes no se atrevan a cometerlo por esos frenos, también serán desgraciados: por lo tanto, la ley que proscriba el incesto no habrá hecho sino desdichados. Supongamos que, en la sociedad vecina, el incesto no es un crimen; los que no lo deseen no serán desgraciados, y quienes lo deseen serán felices: por lo tanto, la sociedad que haya permitido esa acción convendrá mejor a los hombres que la que haya convertido esa misma acción en crimen. Lo mismo ocurre con todas las demás cosas torpemente consideradas como criminales. Observándolas desde este punto de vista, creáis una multitud de desgraciados; permitiéndolas, nadie se lamenta: porque quien ama esa cosa, sea la que fuere, se entrega a ella en paz; y aquel a quien no le preocupa, permanece en una especie de indiferencia que no es en absoluto dolorosa, o se resarcirá de la lesión que haya podido recibir mediante la multitud de lesiones con que a su vez grava a los que no ama. Luego, en una sociedad criminal, todo el mundo se encuentra, o muy contento, o en un estado de despreocupación que no tiene nada de penoso: por consiguiente, no hay nada bueno, nada respetable, nada apropiado para hacer feliz al hombre en lo que se denomina la virtud. Que quienes la siguen no se enorgullezcan por tanto de esa especie de homenaje que la forma en que están constituidas nuestras sociedades nos obliga a rendirle. Es un asunto puramente circunstancial; pero, en la práctica, ese culto es ridículo…, es quimérico; y la virtud que lo obtiene por un instante no es por eso más hermosa; el vicio, en cambio, está lleno de atractivos; en su sola práctica reside toda la felicidad de la vida; sólo él enciende y enardece las pasiones; y quien, como yo, se ha habituado a vivir en él, no tiene siquiera la facultad de adoptar otra carrera. Sé que los prejuicios lo combaten,

que la opinión triunfa sobre él algunas veces; pero ¿hay algo más despreciable en el mundo que los prejuicios, y algo que merezca ser tan arrostrado como la opinión? La opinión, dijo Voltaire, es la reina del mundo[8]: ¿no supone eso confesar que, como las reinas, sólo posee un poder convencional, una autoridad arbitraria? ¡Y qué me importa a mí la opinión de los hombres! ¡Qué me importa lo que piensen de mi persona con tal de encontrar la felicidad en los principios que me he forjado! Una de dos: o me ocultan esa opinión, y desde ese momento no me causa ningún mal; o me la manifiestan, y entonces siento un placer más…, sí, sin duda, un placer; el desprecio de los necios lo es para el filósofo; es delicioso enfrentarse a la opinión pública; y el colmo de la sabiduría es sin duda reducirla a silencio. Nos elogian la estima general: decidme, por favor, ¿qué se gana siendo estimado por los demás? Ese sentimiento cuesta caro al hombre: ofende al orgullo: a veces puedo amar al que desprecio, nunca al que reverencio; este último siempre tendrá un gran número de enemigos, cuando apenas se fija en el otro. No vacilemos entre dos modos: uno de ellos, la virtud, sólo conduce a la inacción más estúpida y más monótona; y el otro, el vicio, a todo lo más delicioso que el hombre puede esperar sobre la tierra».

Ésa era la lógica infernal de las desgraciadas pasiones de Rodin. La elocuencia dulce y natural de Justine no podía socavar sus sofismas. Pero Rosalie, más dulce y menos corrompida, como detestaba los horrores a que se veía sometida, se entregaba con mayor facilidad a los prudentes consejos de su amiga. Esta prudente directora deseaba ardientemente llevar a su alumna a cumplir los primeros deberes de la religión. Para ello habría sido necesario compartir el secreto con un sacerdote; y Rodin no quería ninguno en su casa: los detestaba a todos con la misma pasión que al culto que profesaban: por nada del mundo habría permitido uno al lado de su hija. E igual de imposible era llevar a la joven hasta un confesor: Rodin no dejaba nunca salir a Rosalie sin que fuese acompañada. Por lo tanto había que esperar a que se presentase la ocasión; y, mientras, Justine seguía instruyendo a su alumna: dándole el gusto por las virtudes, le inspiraba el de la religión; le explicaba sus dogmas, le desvelaba sus misterios y unía de tal modo estos dos sentimientos en su joven corazón que los hacía indispensables para la felicidad de su vida.

«¡Oh, señorita!», le decía ella un día, recogiendo las lágrimas de su compunción, «¿puede el hombre cegarse hasta el punto de creer que no esté destinado a un fin mejor? ¿No basta que haya sido dotado del poder y de la facultad de conocer a su Dios para estar seguro de que esos dones le han sido otorgados sólo para cumplir los deberes que imponen? Pero ¿hay en el mundo algo más capaz de agradar al Eterno, a no ser la virtud, de la que él mismo es ejemplo? El creador de tantas maravillas ¿puede tener otras leyes que el bien? ¿Y podrían nuestros corazones complacerle si la bondad, el obrar bien y la sabiduría no fueran sus primeros elementos? En mi opinión, proseguía la crédula huérfana, con las almas sensibles nunca habría que utilizar otros motivos de amor hacia ese Ser supremo que los inspirados por la gratitud. ¿No es un favor habernos hecho gozar de las bellezas de este universo? ¿Y

no le debemos cierta gratitud por un beneficio como ése? Pero una razón, más fuerte todavía, instaura, constata la cadena universal de nuestros deberes: ¿por qué habíamos de negarnos a cumplir los que su ley exige si son los mismos que consolidan nuestra felicidad con los hombres? ¿No es delicioso sentir que nos volvemos agradables al Ser supremo con sólo dedicarnos a las virtudes que deben contribuir a nuestra felicidad en la tierra, y que los medios que nos hacen dignos de vivir con nuestros semejantes son los mismos que nos dan, después de esta vida, la seguridad de renacer en el seno del Eterno? ¡Ah, Rosalie, qué ciegos están los que querrían arrebatarnos esa esperanza! Seducidos, engañados por sus miserables pasiones, prefieren negar las virtudes eternas antes que abandonar lo que les vuelve indigno de ellas; prefieren decir: "Nos engañan", antes que confesar que ellos mismos se engañan: la idea de la perdición que así e preparan perturbaría sus horrendas voluptuosidades; les parece menos terrible aniquilar la esperanza del Cielo que someterse a lo que debe conseguírselo. Mas cuando esas pasiones tiránicas se debiliten, cuando se desgarre el velo, cuando en su corrompido corazón deje de vacilar esa voz imperiosa de Dios que su delirio desconocía, ¡cuán cruel debe de ser, oh Rosalie, ese retorno a sí mismos, y cuán caro debe hacerles pagar el remordimiento que lo acompaña el instante de error que les impedía ver! Es en ese estado en el que hay que juzgar al hombre para que regule su propia conducta: no es ni en la ebriedad, ni en el arrebato de una fiebre ardiente donde debemos creer lo que dice: sino cuando su razón, calmada y disfrutando de toda su energía, busca la verdad, la sospecha y la ve. Entonces deseamos por nosotros mismos a ese Ser santo, antes desconocido; nosotros le imploramos, él nos consuela; nosotros le rogamos, él nos escucha. ¿Y por qué habíamos de negarle? ¿Por qué habíamos de desconocer a esa criatura tan necesaria para la felicidad? ¿Por qué preferiríamos decir, con el hombre extraviado: "No hay Dios", cuando el corazón del hombre razonable nos ofrece en todo momento pruebas de la existencia de ese ser divino? ¿Es preferible acaso soñar con los locos que pensar justamente con los sabios? Todo se deriva, sin embargo, de este primer principio: ya que existe un Dios, ese Dios merece nuestro culto; y la primera base de ese culto es de manera irrefutable la virtud».

De estas primeras verdades Justine deducía fácilmente las demás, y Rosalie, deísta[9], no tarda en ser cristiana. Pero ¿cómo unir un poco de práctica a la teoría? Obligada a obedecer a su padre, Rosalie sólo podía, a lo sumo, mostrar repugnancia a la idea de llevar la cadena que su padre le imponía; y, con un hombre como Rodin, ¿no podía resultar peligroso? Era un hombre intratable; ninguno de los sistemas piadosos y morales de Justine resistía frente a él; mas si la joven no conseguía convencerte, al menos él no la hacía vacilar.

Mientras Justine trataba de convertir a la hija de la casa donde estaba, a su vez Rodin no perdía la esperanza de hacer una prosélita de Justine. Entre la infinidad de pequeñas trampas rendidas para procurarse el placer de examinar los cuerpos de aquellos pensionistas que Rodin quería conocer antes que seducir, o a los que

simplemente pretendía ver, dándose cuenta de la imposibilidad de ir más lejos con estas criaturas, figuraba un excusado muy elegante y cuya llave sólo daba a aquellos cuyos encantos quería descubrir. El retrete de aquel excusado había sido preparado de tal forma que, cuando la persona que entraba en él estaba sentada, todo su trasero se hallaba a la vista y alcance de Rodin, cómodamente sentado en un gabinete contiguo. La criatura sospechaba algo y se levantaba para mirar: una trampilla de resorte se cerraba rápidamente sin el menor ruido, y el que obraba, tranquilizado, volvía a sentarse en paz. Entonces se abría de nuevo la trampilla; y Rodin, con la nariz junto al culo, le veía cagar a sus anchas. Si lo que había descubierto le agradaba, no tardaba el sujeto en ser condenado al látigo, y del látigo a la sodomía.

Como es fácil imaginar, la llave de aquel gabinete mágico no tardó en ser confiada a Justine, y nuestro lascivo, electrizado por lo que había sorprendido en aquella adorable niña, pronto conspiró contra sus encantos de una forma más segura y decidida de como lo había hecho hasta entonces. «¡Oh, Dios mío, hermana!», exclamó al ver de nuevo a Célestine al regreso de una de sus expediciones. «¡Oh, justo Cielo!, no tienes idea de los divinos atractivos de esa niña; no, aquí no hay nada que pueda comparársele; no hay ningún culo que se parezca al suyo… Justine me enloquece…, me pone fuera de mí; tengo que poseerla, hermana; tengo que gozarla, al precio que sea. Prueba, intenta, promete, seduce, pero triunfa: o la rabia, viniendo a sustituir en mi corazón el sentimiento que en él provoca Justine, tal vez me lleve a unos excesos… de los que sabes que soy capaz cuando las dificultades me dominan».

Célestine se valió de todo: quince días enteros se emplearon en estas seducciones sin que la sirena recogiese más certezas que la de ver abortados todos sus planes.

«Desde luego», le decía un día a Justine, «qué tonta eres por preferir a la felicidad segura que te espera el sistema ideal de sabiduría que alimenta tu extravagancia. ¿Cómo puedes imaginar, con la inteligencia que te reconozco, que esa pureza de costumbres de la que tanto alardeas pueda servir nunca para algo? ¿Crees que te darán las gracias los hombres por conservarte pura con ellos? Ese orgullo, que sorprende en el primer momento, hiere el de los demás y no tarda en ganarte de ellos más que desprecios; y se te habrá pasado la edad de agradar sin sacar el menor partido de los preciosos dones que te ha prodigado la naturaleza; tú la ultrajas despreciando esos dones; ¿y qué mal crees hacer prestando tu cuerpo al que lo desea? Ese impulso, ¿no es en sí mismo el impulso de la naturaleza? La ofendes cuando no cedes a él; te opones al verdadero fin de esa madre sabia que, destinando a los placeres de los hombres los atractivos que puso en ti, antes o después habrá de castigarte por la oposición que tu virtud hace a sus designios. Como puedes ver, esa castidad ridícula, a la que tanto mérito concedes, no es más que una resistencia criminal a las intenciones que la naturaleza tiene sobre ti. ¡Ah!, créeme, ángel mío: los hombres sólo nos estiman en razón de los placeres que reciben de nosotras; si los rechazamos, nos abandonan; y entonces, replegadas sobre nosotros mismas, por todo goce no nos queda más que el pequeño orgullo de haber resistido. ¿Pueden

compararse esos triunfos a los que yo te ofrezco?… ¡Oh, niña mía!, ¿hay algo más dulce que las voluptuosidades sensuales? ¿Hay algo que deleite con tanta potencia todo nuestro ser…, que proporcione goces tan vivos…, tan prolongados?… ¡Ah!, sí, sí, ángel mío, no lo dudes; un instante en el seno del amor vale más que mil años de virtud. Cede. Justine, cede; tu vanidad quedará igual de satisfecha. Rodin te prefiere a todo lo que hay aquí: esta dulce victoria del amor propio ¿puede compararse con todos los sacrificios hechos a la virtud? Y, coronada por las manos de las gracias, ¿no serás más feliz cediendo a los placeres que resistiendo a la naturaleza? ¡Qué imbécil es quien cree situarse por encima de los demás por la necia práctica de las buenas costumbres! ¿Qué le ocurre después de siglos de privaciones? Todo el mundo olvida las virtudes con las que creía volverse inmortal; y los hombres, divididos en dos clases por lo que a ella se refiere, ofrecen una mitad de individuos que la desprecia, y otra segunda mitad que se niega a admitir su sensatez; ni una sola persona está de su parte, ni una sola que le agradezca lo que sólo ha hecho para ella sola… ¿Me argüirás la satisfacción propia? ¡Ah!, Justine, qué triste goce. La que sólo se siente feliz con esas quimeras está por debajo del delicioso ser que sólo halla su felicidad en el seno del libertinaje: goza, goza un instante esos placeres contra los que tus prejuicios se rebelan, y ya sólo querrás existir exclusivamente para ellos. Mi hermano te adora: hará lo que sea por ti: ¿olvidas lo que ya ha hecho? ¿No es el primer deber de un alma sensible el de la gratitud? Estás faltando a ese deber sagrado, Justine, faltas a él resistiéndote a tu bienhechor».

Pero nada convencía a aquella niña angelical que, encontrando en su honesto corazón armas para rechazar tales seducciones, seguía ofreciendo únicamente a sus anfitriones la resistencia y el rechazo cuando aquel libertino, persuadido del escaso éxito de sus primeros pasos, se decidió por fin a poner en práctica una estratagema infernal, cuyo proyecto sólo podía haber concebido en el mundo una cabeza como la suya.

Con la ayuda de un agujero que había practicado en uno de los tabiques que rodeaban el cuarto de Justine, había observado que, en la época de los grandes calores, a esta querida niña le gustaba acostarse completamente desnuda; se quitaba la ropa en cuanto se creía a solas y bien cerrada la puerta, y se arrojaba imprudentemente de esta forma en su cama, para descansar en ella más al fresco. No tardó mucho Rodin en hacer que dispusieran misteriosamente una trampa mediante la cual la cama de Justine podía elevarse hasta la habitación superior. Se aposenta en esa habitación y una hermosa noche, cuando imagina a su víctima en brazos del sueño, la trampa actúa; y ya tenemos a nuestra infortunada completamente desnuda y sin la más ligera defensa en poder de aquel malvado, bien encerrado, bien parapetado en la habitación donde por fin cree que ha de vencer.

«¡Ah!, ya te tengo, granuja, exclama lanzándose sobre su presa; ahora no te me escaparás», y el lascivo, mientras dice esto, alumbrado por seis velas colocadas adrede en aquel cuarto, goza a la vez del placer de contemplar el cuerpo sublime de la

joven inocente y de la voluptuosidad todavía mayor de cubrirlo de besos. No tenemos necesidad de describir su estado. Es fácil imaginar el de un libertino que por fin posee lo que desea, después de haberlo esperado siglos. Pero, por más vigor que ese estado le preste, no consigue ninguna superioridad sobre Justine. Más fuerte en su virtud que Rodin en su crimen, la muchacha echa a correr; ligera y ágil como una anguila, se desliza, escapa del brazo que la retiene, abre una ventana y pide a gritos socorro. Cuando uno maquina una mala acción, no piensa en todo; cegados por las delicias que su goce nos promete, la mayoría de las veces despreciamos los cuidados más importantes. Rodin no se había acordado de que aquella maldita ventana daba precisamente al dormitorio de las chicas, y que el alboroto que armaba Justine tal vez iba a perderle para toda la vida. «Detente, desgraciada, detente, le grita; sal, ahora mismo te abro; no digas una palabra; en nombre del Cielo, ¡no me pierdas! —De acuerdo, abridme la puerta, dice Justine; dejaré de gritar en cuanto la vea abierta». Rodin tuvo que obedecer, la prudencia lo exigía. Justine sale; y el crimen, rechazado una vez más por la energía de la virtud, sólo saca de sus intentos el pesar de haberlos ejecutado mal.

Había llegado el momento de dejar la casa de Rodin; y Justine hubiera aprovechado desde luego la circunstancia de no haberse hallado positivamente entonces en la crisis más importante de la conversión de Rosalie. Pero antes de describir el espantoso suceso provocado por ese proyecto, hemos de remontarnos a los primeros pasos dados por Justine para lograr el éxito.

Esta joven, con mayor libertad de salida que Rosalie, había hallado modo de confiar a un joven sacerdote de la parroquia todo el plan ideado por ella para iniciar a su amiga en los grandes misterios de la religión cuyos tesoros le escondían. El abate Delne, apasionado servidor de Cristo, había captado con entusiasmo la santa y sublime idea de hacer volver al seno de la iglesia a una dulce oveja a la que se quería apartar de él. Desde hacía tres semanas, por mediación de Justine, Delne tenía con Rosalie entrevistas piadosas; y era en la habitación misma de Rosalie donde se celebraban tales conciliábulos. La hija de Rodin, suficientemente instruida, llena del más ardiente deseo de acercarse a un sacramento cuya grandeza se le ocultaba, debía escapar una mañana, al alba, para volar enseguida a la iglesia, cumplir con tan santo deber y regresar luego a casa en medio del mayor misterio. Todo prometía el éxito más completo; y Rosalie, arrancada de las manos del libertinaje de su padre, debía manifestarse luego y conseguir que la enviasen a un convento; mas esta vez no permitió el cielo, como en la escena anterior, el triunfo de la virtud sobre el vicio. Una imprudencia lo echó todo a perder; y el crimen recuperó sus derechos.

Justine no solía asistir a esas místicas exhortaciones: hacía la guardia; y su papel era avisar si por casualidad aparecía Rodin.

Creyéndose los tres a salvo, en esta ocasión se descuidaron. Justine es llamada al cuarto de Rosalie; se la invita a compartir el éxtasis en que su compañera va a sumirse; y nuestros tres ángeles se lanzaban de consuno hacia la bóveda del cielo

cuando Rodin, más cerca de los seres terrenales y devorado muy lógicamente por el deseo de encular a su hija, la buscaba polla en ristre. Entra en su cuarto creyendo encontrarla en la cama. ¡Dios, cuál no es su sorpresa al verla postrada a los pies de un sacerdote, y con el crucifijo en la mano! Por un momento Rodin cree estar soñando; avanza y retrocede alternativamente de espanto; por fin, consigue recobrarse. «Hermana», le dice a Célestine que llega con Marthe, «ya veis cómo me traicionan. Justine, ya veo con toda claridad a quién se debe el plan de esta infame seducción: retiraos, no os guardo rencor; mis sentimientos hacia vos son tales que, aunque hubierais atentado contra mi vida, creo que os seguiría perdonando. Pero tú, malvado, dice agarrando por el cuello al eclesiástico…, tú, sobornador atroz, indigno satélite de una religión que aborrezco, tú no saldrás de aquí con tanta facilidad como has entrado, puedes estar seguro; una mazmorra me responderá de ti; ya te enseñaré yo a venir a corromper con tu aliento impuro los principios de filosofía que difundo en esta casa. Salid, Rosalie; id al aposento de vuestra tía, y no salgáis sin una orden mía». Rodin arrastra entonces al abate, absolutamente sobrecogido; y, ayudado por su hermana y su ama de llaves, lo lleva hasta una bodega de la casa donde nunca había penetrado la luz del día. Regresa en busca de Rosalie, para encerrarla en otro calabozo. Rodin sale; recorre el pueblo: «Acaban de raptarme a mi hija, dice a todo el mundo, y sospecho que ha sido el abate Delne…». Corren a su casa: allí no está el abate. «Ya se ha aclarado mi desdicha, dice Rodin; sólo tenía sospechas…, horribles verdades me iluminan… Ha sido culpa mía: había visto nacer la intriga; ¡por qué no acabé con ella desde el primer día!».

Todo el mundo cayó en la trampa; y desde el momento en que, mediante esa estratagema, Rodin se ve convertido en dueño de su hombre, no abre su cárcel más que para convertirla en tumba; y, gracias a un refinamiento muy digno de semejante monstruo, en cuanto Delne expira, su cuerpo queda clavado en los muros del calabozo; y es en ese ataúd donde el bárbaro Rodin termina colocando a su hija… «Quiero que tengas siempre ante tus ojos a tu seductor, le dice, hasta que tu sangre haya lavado tu crimen». Ésta era la situación cuando Justine, a la que Rodin aún no había dicho nada, creyéndose a salvo debido al amor que inspiraba a aquel bárbaro, intentó lo imposible para descubrir la suerte de su amiga, convencida de que, si la encontraba, también sabría qué había sido de Delne. Aprovechando todos los momentos en que cree no ser vigilada, recorre los más secretos rincones de la casa. Cree oír algunos gemidos en el fondo de un patio muy oscuro; se acerca: una pila de leña parece tapar una puerta estrecha y retranqueada; avanza apartando todos los obstáculos: se dejan oír nuevos lamentos… «¡Oh, Justine!, ¿eres tú? —Sí, querida y tierna amiga», exclama al reconocer la voz de Rosalie; «sí, soy Justine, a quien el Cielo envía para socorrerte»; y las múltiples preguntas de esta tierna niña apenas dejan a la hija de Rodin tiempo para responder. Fue entonces cuando Justine se enteró, tanto de la horrible situación en que Rosalie estaba como del homicidio cometido por su padre en la persona del pobre abate Delne, pero cuyos detalles

Rosalie ignoraba; lo único de lo que parecía segura era de que Rodin había tenido por cómplices tanto a su hermana como a su ama de llaves; y que sin duda la víctima había sufrido mucho, a juzgar por sus gritos y por las cuchilladas con que su cadáver parecía traspasado. «Ahora me [oca a mí, añadió Rosalie: ayer noche mi padre entró en mi calabozo, seguido de Rombeau, el cirujano de este pueblo, cuyas relaciones con Rodin ya te he contado; los dos se han permitido horrores conmigo. Mi padre quiso (cosa que nunca se le había pasado por la cabeza), exigió que me sometiese a las pasiones desenfrenadas de su amigo; mi propio padre me sujetaba durante esa horrible escena… Luego se les escaparon frases que no me permiten seguir dudando de mi desgraciado destino. ¡Oh, Justine!, estoy perdida si no consigues liberarme; todo, querida amiga, todo me prueba que estos monstruos van a utilizarme para algunas de sus experiencias.

—¡Oh, Cielo!, dice Justine, interrumpiendo a la hija de Rodin, ¿es que ya las han hecho otras veces? —Tengo poderosas razones para creerlo. Cuando encierran aquí a personas de ambos sexos sin padre ni madre… —¡ay, me haces temblar!—…, desaparecen sin que sea posible saber qué ha sido de ellas. No hace ni un mes desapareció de este modo una niña de catorce años, bella como el día; y me acuerdo perfectamente de que ese día oí gritos sofocados en el gabinete de mi padre: al día siguiente dijeron que se había escapado. Poco tiempo después, un huérfano de quince años desapareció de la misma manera, y nunca más se ha vuelto a saber nada de él. En una palabra, querida, tiemblo por mi vida si no consigues sacarme pronto de este calabozo».

Justine preguntó a su amiga si sabía dónde solían poner las llaves de aquella bodega. Rosalie lo ignoraba; sin embargo, no creía que tuviesen la costumbre de llevárselas. Justine las busca, pero es inútil; y llegó la hora de regresar, sin que pudiese dar a aquella querida niña otra ayuda que consuelos, algunas esperanzas y llantos. Rosalie hizo jurar a Justine que volvería a verla al día siguiente; y ésta se lo prometió, asegurándole incluso que si hasta ese momento no había descubierto nada satisfactorio sobre lo que la afectaba, se presentaría inmediatamente ante la justicia, para librar al precio que fuese a la desdichada joven del horrible destino que la amenazaba.

Justine vuelve a la casa. Esa noche, Rombeau cenaba con Rodin. Decidida a todo para aclarar la suerte de su amiga, se oculta en un gabinete de salida particular, contiguo a la sala donde cenaban aquellos dos malvados. Pronto su conversación la convenció tanto de las fechorías ya cometidas como de las que debía seguir remiendo su infortunada Rosalie.

«Estoy desesperado, dice Rodin a su colega, por no haberte asociado a mi venganza. ¡Oh!, amigo mío, no puedes imaginar los placeres que he sacado del sacrificio ofrecido a esa pasión tan querida de mi alma. —Lo cierto es que era difícil hacerte un ultraje más doloroso… ¡Tu hija a sus rodillas!… ¡El muy infame! Pronto habría pasado de sus exhortaciones místicas a palabras más embaucadoras: lo único

que quería era metérsela a tu hija; puedes estar totalmente seguro, creo yo. —Antes le habría perdonado esa injuria que la de echar a perder su mente. ¡El muy infame! La habría confesado, comulgado; habría causado la perdición de esa criatura. —¡Qué a gusto debes de sentirte por haber cortado de raíz todo eso! ¿Y qué muerte le hiciste sufrir? —¡Oh, fue una escena única. Marthe y mi hermana me ayudaban. Hice que delante de él adoptaran veinte posturas a cual más lúbricas. Se la chuparon, se la menearon: hice que se agorara antes de enviarlo al otro mundo; y te aseguro que si las furias lo cogen, les costará mucho conseguir que se le ponga dura. —¿Y al final? —Hice crucificarlo. Quise que el criado expirase de la misma muerte que su maestro; y durante las cuatro horas que estuvo languideciendo en aquella cruz, no hubo suplicio que no le hiciese probar; le follé, le azoré, le hundí veinte veces mi cuchillo en el cuerpo. ¡Oh, cómo me habría gustado que me ayudaras en aquella deliciosa operación! Pero no estabas allí, y tenía prisa: no se vive tanto como respira un enemigo. —Y tu culpable hija, ¿no pasará por lo mismo? Piensa, Rodin, piensa hasta qué punto puede ser útil a la anatomía una persona como ella: nunca llegará la anatomía a su último grado de perfección mientras no se practique en un niño de catorce o quince años, que haya expirado en una muerte cruel, el examen de los vasos. Sólo de esa contracción podremos conseguir un análisis completo de una parte tan interesante. Lo mismo ocurre con la membrana que asegura la virginidad: se necesita una doncella para ese examen. ¿Qué se observa en la edad de la pubertad? Nada: los menstruos desgarran el himen; y todas las investigaciones resultan inexactas. La edad de tu hija es precisamente la que necesitamos; no ha tenido reglas; sólo la hemos visto por detrás; ataques de este tipo no lastiman en absoluto esa membrana, y la estudiaríamos a gusto. Espero que te decidas. —¡Me cago en Dios!, estoy decidido, respondió Rodin. Resulta odioso que consideraciones fútiles detengan así el progreso de las ciencias. ¿Se dejaron cautivar Los grandes hombres por vínculos tan despreciables? Todos nuestros maestros en el arte de Hipócrates hicieron experiencias en los hospitales; mi profesor de cirugía disecaba todos los años criaturas vivas de ambos sexos; y nosotros dos hemos conseguido rectificar los errores de nuestros predecesores gracias exclusivamente a operaciones semejantes. A cambio de una docena de sacrificios, hemos salvado la vida a más de dos mil individuos; y te pregunto si se debe dudar nunca en estos casos. Todos los artistas pensaron igual: cuando Miguel Ángel quiso hacer un Cristo al natural, ¿tuvo problemas de conciencia por crucificar a un joven y copiarlo en medio de su angustia? La sublime Magdalena llorando, del Guido[10], fue tomada de una hermosa joven a la que los alumnos de ese gran hombre habían flagelado a muerte; todo el mundo sabe que murió. Pero cuando se trata de los progresos de nuestro arte, ¿no deben ser esos mismos medios absolutamente necesarios? ¿Y hasta qué punto hay un mal menor en permitírselos? ¿Pertenece a otra clase el homicidio que cometen las leyes? Y el objetivo de esas leyes que nos parecen tan prudentes, ¿no es el sacrificio de uno para salvar a mil? Deberían otorgarnos, por el contrario, recompensas cuando

somos lo bastante valientes para vencer así a la naturaleza en provecho de la humanidad. —¡Oh!, la victoria no es muy grande, dice Rombeau; no te aconsejo que lo conviertas en mérito a ojos de los que conocen el placer excesivo que produce esta clase de acciones. —No te oculto que me excitan enormemente: por lo general, todos los dolores que produzco en otros, sea operando, sea flagelando, sea disecando en crudo[*], ponen a los animales espermáticos en tal discordancia dentro de mí que acaba en un prurito manifiesto y en una erección involuntaria que, sin emocionarme, me lleva con mayor o menor rapidez a la eyaculación, según el grado de sufrimiento impreso en el sujeto. Acuérdate de que me viste correrme, sin que nadie me tocase, la última vez que operamos juntos en aquel muchacho cuyo costado derecho abrí para observar las palpitaciones del corazón. Cuando fui a cortar los lineamentos que cautivan esa víscera, y cuando por consiguiente quité la vida al sujeto, recordarás que mi leche salió a pesar mío, y que te viste obligado a ayudarme a terminar: recordarás, incluso, que las últimas gotas de esperma no habían salido todavía del canal cuando yo ya estaba empalmado de nuevo. Pero no discutamos; tengo suficientes pruebas, querido, de la identidad de tus gustos y los míos para que no nos peleemos compitiendo mutuamente sobre ese punto. —Lo admiro, dice Rombeau; siento los mismos impulsos, y no sé por qué inexplicable contradicción la misteriosa naturaleza inspira todos los días al hombre el gusto por la destrucción de sus obras. —Pues yo lo entiendo perfectamente, dice Rodin: esas porciones de materia, desorganizadas y arrojadas por nosotros en el crisol de sus obras, le dan el placer de volver a crear bajo otras formas; y si el gozo de la naturaleza es la creación, la del hombre que lo destruye todo debe agradar infinitamente a la naturaleza; pues no consigue sus creaciones sino mediante destrucciones. Por lo tanto, y aunque resulte sorprendente, hay que destruir hombres para proporcionarle el voluptuoso goce de crearlos. —Así pues, el crimen es un placer. —Digo más: es un deber; es uno de los medios de que se sirve la naturaleza para alcanzar los fines que se propone de nosotros. Y aunque no hubiera sido un objetivo importante como el que adquiere merced a nuestras experiencias, aunque únicamente fuese resultado del solo efecto de las pasiones, siempre sería una buena obra; porque esas pasiones, no lo dudes, amigo mío, sólo están puestas por la naturaleza dentro de nosotros para suavizar las repugnancias que de no ser por eso sus voluntades nos inspirarían. Aunque no debiera tratarse más que de mi sola fantasía, me parecería muy simple: con mayor razón cuando se vuelve necesaria para un arte tan útil a los hombres, cuando puede proporcionar luces tan grandes; a partir de entonces, ese crimen se convierte en la más bella, en la más sabia de todas las acciones, y el crimen sólo podría existir en su rechazo. Es el precio ridículo que damos a esta vida lo que nos hace desvariar eternamente sobre el tipo de acción que obliga a un hombre a librarse de su semejante. Creyendo que la existencia es el mayor de los bienes, imaginamos estúpidamente que es un crimen privar de ella a los que la gozan. Mas el cese de esa existencia, o al menos lo que la sigue, no es un mal más de lo que la vida es un bien; o, mejor dicho, si nada muere, si nada se

destruye, si nada se pierde en la naturaleza, si todas las partes descompuestas de un cuerpo cualquiera sólo esperan la disolución para reaparecer enseguida bajo formas nuevas, ¿qué diferencia habrá en la acción del asesinato? ¿No sería un imbécil quien se atreviese a considerarlo un crimen?

—Enhorabuena, dice Rombeau. Pero ¿puedo confesártelo?, debido a los lazos que te encadenan a esa criatura, temía que vacilases. —¿Y qué poder imaginas tú que el título de hija pueda tener nunca sobre mi corazón? Puedes estar seguro, amigo mío, de que considero un poco de leche perdida lo mismo (poco más o menos) que una puta que la hace eyacular de mi polla; nunca he hecho más caso de lo uno que de lo otro. No es dueño de volver a tomar lo que ha dado; el derecho de disponer de los propios hijos nunca fue negado en ningún pueblo[11]. Los persas, los medos, los armenios, los griegos gozaban de ellos con la mayor libertad; las leyes de Licurgo, modelo de legisladores, no sólo dejaban a los padres todos los derechos sobre sus hijos, sino que incluso condenaban a muerte a aquellos cuyos padres no querían criarlos, o estaban mal conformados. Una gran parte de los salvajes matan a sus hijos en cuanto nacen. Casi todas las mujeres de Asia, de África y de América abortan sin incurrir en reprobación. Cook encontró esa costumbre en todas las islas del mar del Sur. Rómulo permitió el infanticidio; la ley de las doce tablas lo tolera igualmente; y, hasta Constantino, los romanos exponían o mataban impunemente a sus hijos. Aristóteles aconseja ese pretendido crimen; a la secta de los estoicos le parecía loable; sigue practicándose mucho en China; todos los días encuentran, tanto en las calles como en los candes de Pekín, más de diez mil individuos inmolados o abandonados por sus padres, y, cualquiera que sea la edad de un niño en ese sabio imperio, un padre, para librarse de él, sólo necesita ponerlo en manos de un juez. Según las leyes de los partos, se mataba al propio hijo, a la hija, a la hermana, al hermano, sin incurrir en el menor castigo. César encontró este uso difundido generalmente entre los gajos. Varios pasajes del Pentateuco demuestran que estaba permitido matar a los hijos propios entre el pueblo de Dios; y el mismo Dios lo exigió de Abraham. Según un célebre autor moderno, durante mucho tiempo se creyó que la prosperidad de los imperios dependía de la esclavitud de los niños; esta opinión se basaba en los principios de la más sana razón. ¿Cómo? ¿Un gobierno cualquiera puede creerse autorizado a sacrificar veinte o treinta mil súbditos en un día por su propia causa, y no podrá un padre, cuando lo juzgue conveniente, convertirse en dueño de la vida de sus hijos? ¡Qué absurdo! ¡Qué inconsecuencia! ¡Y qué debilidad la de aquellos que se contienen ante tales cadenas! La autoridad del padre sobre sus hijos, la única real, la única que haya servido de base o de modelo a todos los demás, nos viene dictada por la voz de la naturaleza misma; y el estudio meditado de sus operaciones nos ofrece en todo momento ejemplos de ello. El zar Pedro no tenía la más mínima duda sobre este derecho, y lo utilizó: dirigió una declaración pública a todos los órdenes de su imperio, en la que decía que, según las leyes divinas y humanas, un padre tenía el derecho absoluto de condenar a sus hijos a muerte, sin

apelación y sin recabar consejo de nadie. Únicamente no existe en nuestra bárbara Francia, donde una falsa y ridícula compasión creyó que debía encadenar ese derecho. No, prosiguió Rodin entusiasmado, no, amigo mío, nunca comprenderé que un padre que tuvo a bien dar la vida no sea libre de dar la muerte; nunca entenderé que el ser que ha creado no le pertenezca; no puede haber en el mundo una propiedad más sagrada; y, si esa propiedad está bien asentada, la posibilidad de disponer de ella a capricho se vuelve una consecuencia necesaria. Entre los animales, ¡cuántas razas no nos ofrecen el ejemplo del infanticidio! ¡Cuántas hay, como el conejo, que no tienen placer mayor que el de devorar a sus hijos! Iré más lejos, amigo: estoy positivamente convencido de que una de las mejores acciones que un padre o una madre puede hacer consiste en desembarazarse de sus hijos; no tenemos mayores enemigos en el mundo. ¿Y no está bien, según esto, librarse de ellos antes de que estén en edad de hacernos daño? La propagación es, por otra parte, excesivamente numerosa en Europa; excede enormemente a los medios de subsistencia: el asesinato de los hijos sigue siendo, por lo tanto, una acción excelente, considerada bajo este nuevo punto de vista. ¿Quién podría entonces retenerme? ¡La humanidad! ¡Oh, amigo mío, confieso que no conozco una virtud más falsa: la humanidad, y lo probaré cuando quieran, no es más que una forma de ser que, tomada en el sentido que los moralistas le dan, no tardaría en perturbar el universo[*].

—¡Ah!, dice Rombeau, entusiasmado con máximas tan espantosas, «te apruebo, querido: tu sabiduría me encanta, aunque me asombra tu indiferencia; te creía enamorado de tu hija. —¿Yo, querido, enamorado de una mujer?… ¡Ah!, Rombeau, suponía que tú, que conoces tan perfectamente mis inclinaciones…, tú, que debes estar absolutamente convencido del horror que me inspira un sexo del que me sirvo por libertinaje, y nunca por inclinación, me conocías mejor. La prodigiosa afición que siento por los culos, la embriaguez que me proporciona un trasero, me obliga a festejar indistintamente a todos los seres en los que supongo superioridad en esa parte; y es precisamente para multiplicar los homenajes por lo que nunca hago distinción ni entre las edades ni entre los sexos. ¿No tienes la prueba de lo que digo, Rombeau? Y, a pesar de tus cuarenta y cinco años, ¿esas nalgas tan sublimes que tienes no me obligan, como sabes, a encularte de vez en cuando? Ahí hay libertinaje…, pero amor…, nunca. Ese pusilánime sentimiento siempre fue desconocido para mi corazón. Es más: a poco que una muchacha o un muchacho haya alimentado desgraciadamente mi ilusión demasiado tiempo, la repugnancia se anuncia con energía; y nunca he conocido sino un medio para satisfacerla deliciosamente, y es matar, amigo mío, matar, sólo eso; admito que se trata del último placer que puede ofrecernos un objeto de lujuria, pero también es el mejor. Hace siete años que mi hija sirve a mis placeres; ha llegado la hora de que pague el cese de mi embriaguez con el de su existencia…». Y Rodin, que se había empalmado, puso en ese momento su polla entre las manos de su amigo, que no tardó en hacerle empuñar a su vez la suya. «Me parece, dijo Rombeau, que estamos en perfectas condiciones

para cumplir con las intenciones concebidas. —Sí, estas pollas están muy en el aire, dice Rodin, levántate pues, que yo te magree el culo, no me sacio nunca»; y el muy lascivo, bajando los calzones de Rombeau, se puso a palpárselo, a cachetearlo, a morderle los muslos un cuarto de hora. Rombeau hace lo mismo que su compañero; y estos dos infames se colocan en tal postura que pueden al mismo tiempo menearse la polla y chupar el agujero de culo. Rodin no resiste más: dobla a su camarada en un sofá y le planta la polla en el trasero hasta los cojones, mientras lo masturba con ambas manos. «Si estuvieras tan seguro como yo, dice, de no correrte (porque tenemos que reservar las fuerzas), sí, si estuvieras tan firme como voy a estarlo yo, aunque estoy follándote, te mandaría a buscar a alguien para que te pusiese en situación y, tras una hora de espantosas lascivias, nos iríamos a por una víctima. —Te respondo por mí, dice Rombeau, no hay nadie en el mundo que controle mejor su leche. —Bueno, ¿qué te apetece? —Unos chicos…». Y en este punto Rodin, tras sacarla del culo de su amigo, llama al ama de llaves, que vino enseguida a recibir sus órdenes.

Justine no cree que deba quedarse allí más tiempo; si ha tardado tanto en irse ha sido por saber el destino de Rosalie; ahora, levantados los velos, lo sabe de sobra; ahora sólo se trata de socorrerla; nuestra heroína vuela hasta ella, dispuesta a perecer o liberar a su amiga.

«Desdichada, le grita, no hay momento que perder… ¡Qué monstruos!… No tenías sino demasiada razón…, es para esta noche…, van a venir», y, mientras pronunciaba estas palabras entrecortadas, la excesivamente compasiva Justine hacía lo imposible para echar la puerta abajo. Uno de sus empujones hizo caer algo; lleva hasta allí la mano, y es la llave; la recoge, se apresura a abrir, abraza a su amiga, la anima a huir cuanto antes, le asegura que seguirá sus pasos. Rosalie quiere enseñar a Justine en un instante el horror del calabozo en que vive, el cadáver con el que está decorado. Este desdichado retraso echa a perder todo el éxito de la empresa. Se pierde tiempo. Rosalie, que se da cuenta, echa a correr al fin. ¡Justo Cielo! Estaba escrito que la virtud debía sucumbir, y que los sentimientos de la más justa y tierna conmiseración iban a ser duramente castigados. Rodin y Rombeau, alumbrados por el ama de llaves, los tres en un desorden suficiente para demostrar la clase de actos a los que acaban de entregarse, aparecen de pronto. Rodin coge a su hija en el momento en que franquea el umbral de la puerta, desde donde le bastaba dar unos pasos para encontrarse libre.

«¿Adónde vas?», exclama aquel padre furioso deteniendo a Rosalie, mientras Rombeau se apoderaba de Justine. «¡Ah, ah!, sigue diciendo Rodin mirando a ésta, es esa puta la que favorece tu fuga… Malvada, añade soltando blasfemias, ¿éstos son los efectos de vuestros grandes principios de virtud?… ¡Quitar una hija a su padre! ¿Y es ésta la recompensa por la bondad que mostré el otro día de no haberte apuñalado cuando vi, por tus desvelos, a mi hija a los pies de un cura? —Todo lo que he hecho he tenido que hacerlo, responde con firmeza Justine. Cuando un padre es tan bárbaro

como para querer asesinar a su hija, no hay nada que no se deba intentar para evitar semejante fechoría. —¡Bueno!, dice Rodin, espionaje y seducción…, todos los vicios más peligrosos en una criada. Subamos, subamos, es muy importante juzgar este asunto». Y Rosalie, seguida de Justine, arrastradas ambas por aquellos malvados, vuelven al interior de la casa. Célestine, a quien encuentran allí casi desnuda, las recibe abrumándolas a injurias. Marthe cierra cuidadosamente todas las puertas y vuelve para figurar en el rango de las actrices; y entonces se prepara la más horrible, la más abominable, la más cruel de las escenas.

Tratemos de pintarla. A falta de la energía de que sería susceptible con pinceles distintos de los nuestros, pongamos al menos la verdad.

«Empecemos por beber, dice Rodin; no me gusta ponerme a una tarea como ésta sin tener la cabeza algo caliente». Como todavía estaba puesta la mesa, bastaba con hacer saltar los tapones; y en un cuarto de hora tragan seis botellas del mejor champán. «Traed otras seis, dice Rodin a su hermana; las despacharemos durante la faena. ¡Ah!, señorita Justine», dice el malvado acercándose a esta querida niña arrasada en lágrimas que adivina de sobra el destino que la espera, «¿así es como corrompéis a las hijas en casa de su propio padre, vos, que tan bien hacéis la comedia de la vestal?… ¿Podrás creer, Rombeau, que he hecho lo imposible por conseguir a esta joven, y que no he podido lograrlo? Pero ahora la tenemos, rediós, la tenemos, y la desafío a que escape de nosotros. ¿Y vos, putilla», continúa atrayendo a su hija hacia él y aplicándole una bofetada con toda su fuerza, «vos os dejáis seducir por esta granuja?… Rombeau, tenemos que hacer la disección de las dos: con mi hija haremos las experiencias del himen, y las de los latidos de corazón con Justine. —Haré todo lo que se quiera con esta pichona», dice Rombeau, medio borracho, acercándose para sobar brutalmente el pecho de Justine. «Hace mucho que la puta me calienta los cascos. Desde que te la conozco, ya me he hecho dos o tres pajas por ella». Y, mientras habla, Rombeau trata de hacer desaparecer las gasas que estorban su lujuria. Las dos pobres niñas no tardaron en encontrarse en el estado de desnudez más completo; pero como ya conocían a Rosalie, todas las miradas se dirigen hacia el hermoso cuerpo de nuestra aventurera. Célestine se acerca y, cogiéndola en sus brazos: «¡Oh, joder, qué hermosa!, exclama. —Bueno, haceos una paja, dice Rodin. Rombeau, divirtámonos con este espectáculo preliminar; me gusta mucho obligar a una muchacha que llora a correrse a pesar suyo». *Mademoiselle* Rodin lleva a Justine, que llora, a un sofá. Y mientras la masturba con todo el arte posible, Rodin, arrodillado ante las nalgas de esta hermosa joven, que su hermana se ocupa de presentarle, abrumaba aquel bello culo con los besos más ardientes. Colocado delante de la pareja, Rombeau daba lametones a Justine, mientras Marthe masajeaba el culo de su amo, quien, con una de las manos, trataba con bastante brutalidad el de su hija.

Célestine consigue triunfar: la bribona pone tanta destreza y tanta energía en la tarea que el placer prevalece sobre el dolor y nuestra inocente se corre… «La muy puta ha soltado la leche, dice Rombeau, me he dado cuenta por el encogimiento del

ano; en ese momento se lo estaba lamiendo… —Sí, hay leche, dice Mlle. Rodin, tengo los dedos mojados»; y la zorra se los chupa mientras besa a Justine en la boca. «Querida niña», dice Rodin a esta encantadora muchacha, «estoy muy contento por lo que acabáis de hacer; hacedme caso, seguid mostrando la mayor complacencia con nosotros; quizá con un comportamiento así consigáis ganar lo que os han hecho perder vuestras tonterías. ¡Ah, sangre de Cristo!, ¡qué hermosa está en esa mezcla de placer y dolor! —¡Oh!, señor, ¿qué exigís de mí?, dice Justine. —Nada que no podamos conseguir por la fuerza, y nada, os lo repito, que no pueda suavizar vuestro destino si nos lo concedéis voluntariamente: por ejemplo, ahora queremos que hagáis correrse a mi hermana con la lengua. Ella se colocará de modo que ofrezca a la vez su coño y su culo, Rosalie le chupará el culo y vos el coño». Es preciso obedecer; ¿había manera de resistirse a peticiones que tan fácilmente podían convertirse en órdenes? Disponen la escena. Para completar su disposición, Rodin se tiende a la derecha de su hermana; Rombeau a la izquierda: están colocados de forma que sus pollas estén al alcance de la boca de Justine, y sus culos al de la lengua de Rosalie, y ambas reciben la orden de lamerlos y chuparlos al mismo tiempo que Célestine. Marthe recorre la fila: acaricia los cojones, vela por que las bocas trabajen alternativamente las partes que les están confiadas y muestra sucesivamente sus bellas nalgas a cada uno de los dos libertinos. Rosalie, más acostumbrada, se somete, con la más rotal de las resignaciones, a horrores que repugnan a Justine, y que ésta, sin embargo, como su amiga, ejecuta gimiendo. Tales preámbulos electrizan a nuestros lascivos. «Rombeau, dice Rodin, vamos a dar por el culo a Justine; no te imaginas hasta qué punto abrasa mi cabeza la superioridad de sus nalgas. Quizá no exista en Francia un hombre que haya visto tantos culos como yo; y te juro, amigo mío, que nunca ha caído entre mis manos otro más bello, mejor cortado, más blanco, más firme, más apetitoso que el de esta pequeña zorra»: y cada uno de esos elogios se grababa en besos de fuego sobre el ídolo festejado.

Al oír su sentencia, Justine se arroja a las plantas de sus verdugos, y con los acentos más enérgicos del dolor y de la desesperación la desdichada implora gracia. «¡Oh!, tomad mi vida, dice, y dejadme mi honor. —Tú no serás culpable de nada, dice Rombeau; vamos a violarte. —Claro, dice Rodin, desde ese momento tu conciencia no peca; será la fuerza la que te lo haya arrebatado todo»; y el muy infame, consolando a Justine de esa cruel manera, ya estaba colocándola en un sillón. «¡Qué bello culo!, seguía diciendo mientras lo examinaba; mira, Rombeau, coge ese puñado, tú golpea únicamente la nalga izquierda, yo la derecha; el que haga brotar la primera gota de sangre tendrá el honor de sodomizarla ames que el otro. Rosalie, venid aquí, poneos de rodillas delante de Rombeau; chupadle la polla mientras flagela; y vos, Marthe, chupadme la mía».

Justine estaba tendida entre los brazos de Célestine, que le hacía una paja en el culo para que olvidase sus penas; pero Rodin, al darse cuenta, riñó a su hermana. «Deja que sufra, le dijo en tono duro; no son placeres lo que queremos que sienta,

sino dolores; y tú estás perturbando y cambiando totalmente el espíritu de nuestros proyectos, porque alteras el estado de su físico». Empiezan a propinarse los golpes, cada uno debía repartir cincuenta: los de Rombeau fueron vigorosos; pero Rodin, más habituado a este ejercicio, consigue hacer brotar la sangre al trigésimo, y no quiere llegar al final de su tanda: «Venga, dice, ya ves que he ganado yo. —Sí, dice Rombeau; pero ten cuidado y no te corras; piensa que necesitamos todas nuestras fuerzas: en tu lugar, me contentaría con algunos detalles y me reservaría para la gran expedición. —¡Eh!, no, no, me cago en San», dice Rodin separando las nalgas de Justine y presentando su juguete más duro que una barra de hierro; «no, no, no puede existir ninguna consideración en el mundo que pueda impedirme dar por el culo a esta bella criatura; hace demasiado tiempo que la deseo, tengo que joderla…, y joderé a esta puta»; y la cabeza del fogoso instrumento ya mellaba el delicado y bonito o jete de nuestra desdichada, ojete que, por no haber sido atacado nunca más que una vez, había recuperado toda su lozanía y toda su delicadeza. Un grito terrible, seguido de un violento movimiento, molesta un instante a Rodin, que, demasiado acostumbrado a esta clase de ataque para dejarse desmontar, agarra con fuerza los riñones de la joven, empuja con violencia y hunde su polla, hasta los cojones, en el culo fresco y voluptuoso. «¡Ah, jodido rediós!, exclama, ya estoy dentro; desafío a Dios O a sus jodidos agentes a que me impidan sodomizarla ahora…, ya está jodida la muy zorra… ¡Oh, amigo mío, qué bello culo!… Es de un caliente…, de un estrecho…». Y de no ser por las precauciones de Célestine para impedir los gritos de la paciente, se habrían oído a una legua. «Rombeau, dice Rodin, encula a mi hija delante de mí, y colócate de forma que pueda magrearte el culo mientras follas; Marthe nos zurrará a los dos. —Espera, dice Rombeau, muévete un poco; estoy preparando el placer de un segundo ataque. Mira lo que deseo: hay que poner a estas dos señoritas una sobre otra; que Justine se coloque a cuatro patas, boca arriba; pondré a tu hija encima, sobre esa base: los dos ojetes estarán enfrentados y nosotros sondearemos ambos pasando alternativamente de uno a otro: como decías hace un momento, Marthe nos fustigará durante la operación; y tu hermana se ocupará de mantener la postura… —Por todos los jodidos dioses del cristianismo, que no hay nada tan bueno como esta manera de joder», dice Rodin en cuanto la hubo probado; «pero podríamos hacerlo mejor, en mi opinión; coloquemos a mi hermana y a Marthe en la misma postura; esto duplicará la cantidad de nuestros goces». Durante toda una hora nuestros lascivos se divierten sondeando así aquellos cuatro culos; los hacían girar con tal rapidez que se los habría tomado por las aspas de un molino de viento; dieron ese nombre a esta postura, que aconsejamos probar a todo libertino. Por fin se cansan de ella; no hay nada tan inconstante como la lujuria: ávida de conocimientos, siempre imagina que lo que idea vale más que lo que deja, y siempre supone que la voluptuosidad está más allá de los límites.

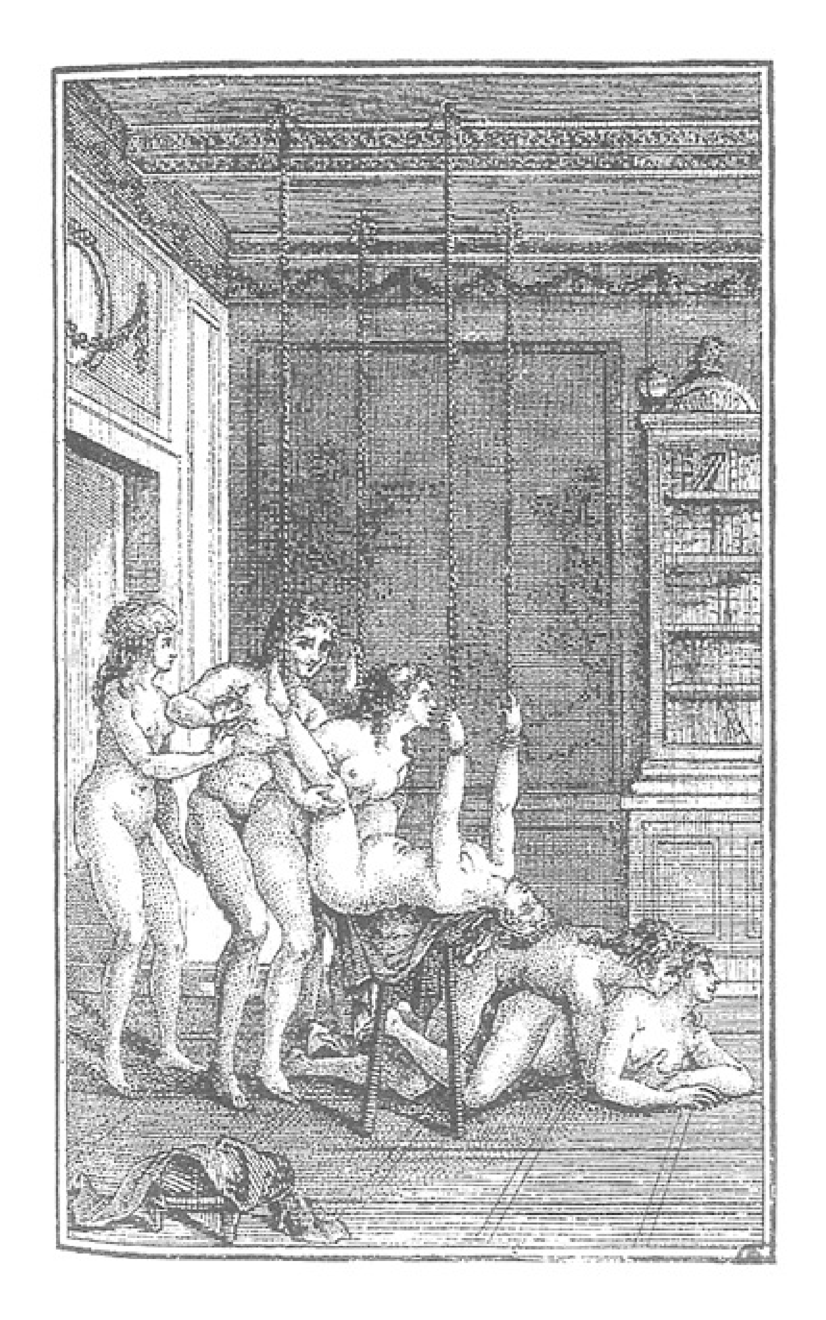
La excitación de nuestros dos libertinos llegó a tal punto que se veían llamas saliendo de sus ojos; sus instrumentos, pegados al vientre, parecían amenazar al cielo.

Rodin, especialmente encarnizado sobre Justine, parecía conjurar su perdición: la besaba, la pellizcaba, le daba cachetes: ¡increíble mezcla de caricias y de invectivas, de delicadeza y de horror! El perverso parecía no saber qué inventar para festejar y degradar alternativamente la divinidad de su lujuria. Púdicos por temperamento, nos ruborizaríamos desvelando las obscenidades a que se entregó. «¡Bien!», dice finalmente a Justine, «ya ves, querida, que siempre se puede ganar algo con los pervertidos; tu honor está intacto; libertinos menos virtuosos lo hubiesen mancillado sin piedad, mientras que nosotros lo respetamos. No temas: a Rombeau y a mí ni siquiera se nos pasa por la cabeza la idea de atentar contra él; pero el culo…, ese bello culo, ángel mío, será perforado muchas veces; es tan fresco, tan bien hecho, tan bonito…». Y, diciendo esto, el granuja lo masturbaba, lo besaba, y a veces introducía en él su polla. Por fin fueron asestados los grandes golpes. Rodin agarra a su hija, le lanza miradas furiosas; la sentencia de aquella desdichada está escrita en sus bárbaros ojos. «¡Oh, padre mío!», exclama la desdichada llorando, «¿qué he hecho para merecer semejante destino?… —¿Puedes preguntar qué has hecho?, replica Rodin. ¿No son suficientemente negros tus crímenes? Has querido conocer a un Dios, pura, como si para ti debieran existir otros que mis placeres y mi polla»; y mientras dice esto, se la hace besar; le frotaba con ella la cara, así como el trasero, cuyas rosas de tez de alabastro parecía corromper en medio de la mayor voluptuosidad. Le daba cachetes, la insultaba, blasfemando como un perdido; y al ver todo aquello, Rombeau se masturbaba sobre las nalgas de Justine, enardeciendo así a su amigo. Por último, la pobre hija de Rodin es sentada en un pequeño taburete estrecho, de dos pies de alto, en el que coloca únicamente su grupa. Cuatro cuerdas bajaban del techo; atan a ellas los miembros de Rosalie con la mayor separación posible. Rodin pone a su hermana entre los muslos de la víctima, y las nalgas vueltas hacia él. Marthe debía servir de ayuda en la operación, mientras Rombeau, totalmente enfrente, debía encular a Justine. Al infernal Rombeau, viendo que la cabeza de Rosalie sobresale y que nada la sostiene, se le ocurre apoyarla sobre sus nalgas, de modo que cada empujón que dé al encular a Justine haga que esa cabeza rebote en su culo, como una pelota en una raquera. La idea divierte enormemente al cruel Rodin, que, mientras tanto, prepara muchos otros suplicios para su desventurada hija. El infame encula a su hermana; parece como si sólo quisiera llegar en medio del incesto y de la sodomía al infanticidio. Marthe le entrega un escalpelo, y él lo utiliza. Es fácil imaginar los gritos de la víctima; pero se han tomado precauciones para que no pueda resultar de la operación nada funesto. Rombeau, sin embargo, quiere ver operar a su colega; arrastra a su follada con él y va a colocarse al lado de la operación. El bajo vientre es abierto. Rodin, mientras folla, corta, desgarra, separa y dispone en un plato, ante los ojos de su colega, la matriz, el himen y todo lo que viene después. Los malvados desenculan para hacer sus observaciones. Rosalie, moribunda, levanta hacia su padre unos ojos apagados y parece reprocharle su barbarie; mas ¿puede la voz de la piedad penetrar en un alma semejante? El feroz Rodin mete su polla en la herida, le gusta

inundarse de sangre. Rombeau le excita; Marthe y Célestine se echan a reír; ¡sólo Justine se atreve a animar con palabras y lágrimas a su desdichada amiga! Le reprochan esa conmiseración, se oponen a ella, maltratan a la que quiere entregarse a la piedad. Para castigada, Rodin la obliga a chuparle la polla todo embadurnada con la sangre de aquella por la que llora; luego, haciendo que la mantengan inmóvil, con la cabeza inclinada sobre la llaga, la fustiga en ese terrible estado. Él mismo la folla. Ya no puede aguantar más; tantas ferocidades le arrastran; únicamente tiene tiempo para volver a hundirse en el culo de Justine, a la que por orden suya tienden sobre el caballete de Rosalie, de forma que la cabeza de la amiga quede entre las piernas de nuestra heroína, y que la suya propia esté apoyada sobre la llaga ancha y ensangrentada que su hierro infanticida acaba de producir; Rodin se corre; Rombeau le imita en el culo de Célestine mientras besa las nalgas de Marthe; y nuestros dos malvados, agotados, se dejan caer lánguidamente sobre unos sillones.

Sin embargo, Rosalie aún está viva. Justine osa suplicar por ella. «Imbécil, le dice Rodin, ¿no ves que no puede recuperarse? —¡Oh, señor!, dice Justine enloquecida, quizá con cuidados…, soltadla…, tumbadla…, yo la cuidaré…, pobre desdichada, ¿qué os había hecho? —Volvamos enseguida a nuestra excitación espermática», dice Rombeau, magreando con bastante grosería las tetas de Marthe; «porque esas dos putas me aturden, la una con sus gritos, la otra con sus súplicas. —¡Bien!, dice Rodin, bebámonos estas seis botellas de champán, y que Marthe y Célestine nos la meneen mientras las festejamos».

Preparan la escena.



«¿Y qué haremos luego?», dice Rombeau, a quien las sacudidas de Marthe y los tragos de champán empiezan a ponérsela dura… «¿Qué haremos?… Pues lo siguiente, dice Rodin: ataremos a Justine sobre el cadáver de su amiga; tú la darás por el culo mientras le haces la disección en vivo; y yo, colocado junto a la boca de mi hija, recogeré, mientras mi hermana me la menea, los últimos suspiros de nuestra víctima… —No, dice Rombeau, se me ocurre otra idea para castigar a tu Justine. El placer de matar a una mujer pasa demasiado pronto; en cuanto está muerta ya no siente nada; las delicias de hacerla sufrir desaparecen con su vida; sólo queda el recuerdo. Hagamos otra cosa», prosigue Rombeau poniendo un hierro al fuego; «démosle un castigo mil veces peor que si le quitásemos la vida; marquémosla, señalémosla con el hierro; este envilecimiento, unido a todas las marcas que tiene en el cuerpo, hará que la cuelguen, o que muera de hambre; que sufra por lo menos hasta el último momento de su vida; y nuestra lujuria, infinitamente más prolongada, será más deliciosa»; dicho esto, Rodin se apodera de Justine; el abominable Rombeau le aplica detrás del hombro el hierro candente con que se marca a los ladrones. «Que se

atreva a aparecer ahora, dice este monstruo; que lo intente; y, mostrando esa letra ignominiosa, legitimaremos de sobra las razones que habrán impulsado a echarla con tanto misterio y presteza. —De acuerdo, dice Rodin; pero antes tenemos que saciarnos; se nos está poniendo dura otra vez, entreguémonos con ella a unos últimos horrores». Un enorme puñado de varas cae bajo las manos del bárbaro. «Ponla encima de tus hombros, sigue diciendo aquel monstruo, voy a azotarla sobre tu espalda; y de vez en cuando dejaré caer los golpes sobre tus muslos; mientras tanto, que mi hermana te la chupe, Marthe me devolverá los golpes que yo os dé a los dos; y el suplicio de Justine terminará con un enculamiento». Lo hacen: Rodin no tiene contemplaciones; y la sangre que fluye de los muslos de nuestra heroína, cayendo en perlas sobre los de Rombeau, le causa una satisfacción inefable. «Ahora me toca a mí, dice este granuja; pero quiero que, cogiéndola sobre tu cintura, esté colocada de forma distinta: es su coño lo que quiero flagelar; son sus muslos, su vientre, su monte de Venus, todas esas horribles apariencias de una parte delantera que aborrezco. —¡Oh, maldito rediós!, exclama Rodin, ¿por qué no se me ha ocurrido a mí esa idea? Me desespera que la hayas concebido tú antes que yo». Ponen en práctica esta nueva lubricidad; todas las partes anteriores de nuestra heroína son cruelmente laceradas; también lo es el culo de Rodin; en ese momento Marthe le chupa la polla; por fin, ponen a Justine sobre un sofá, y los dos amigos, ambos fustigados, uno por Marthe, el otro por Célestine, dejan en el fondo del culo de la huérfana las últimas pruebas de su detestable lujuria.

En ese momento, Rosalie, a quien aquellos malvados habían seguido exponiendo a sus propias miradas para excitarse con el horrible espectáculo, vuelve sus ojos moribundos hacia Justine, y entrega el alma. Los monstruos la rodean, la observan todavía con unos ojos feroces: la tocan, la manipulan; y el feroz Rodin clava con voluptuosidad sus dientes en medio de las carnes todavía palpitantes del triste resultado de sus antiguos amores. Finalmente, su cadáver es arrojado en un agujero del jardín, donde sin duda reposaban muchas otras víctimas de la perversidad de Rodin; y Justine, de nuevo vestida, es guiada hasta la linde del bosque, donde la abandonan a su mala suerte, dejándole entrever el peligro de una denuncia si se atreve a emprenderla en el funesto estado en que se encuentra.

CAPÍTULO VII

Continuación de la desdichada estrella de Justine.
Gratitud. De cómo el Ser supremo
la resarce de sus piadosos proyectos.

Cualquier otra criatura que no fuese la temblorosa Justine se habría preocupado muy poco por esa amenaza; desde el momento en que podía probar que el traro que acababa de sufrir no era obra de ningún tribunal, ¿qué podía temer? Mas su debilidad, su natural timidez, el peso de sus desgracias, todo la aturde, todo la aterra; sólo piensa en huir.

Salvo aquella marca infamante…, salvo algunos vestigios de varas que, gracias a la pureza de su sangre, no tardaron en desaparecer…, salvo algunos ataques sodomitas que, dirigidos por miembros ordinarios, no la deformaban en absoluto; salvo eso, decimos, nuestra heroína, de dieciocho años cuando salió de casa de Rodin, como había estado bien cuidada, bien alimentada, apenas si había perdido algo de sus fuerzas y de su lozanía; entraba en esa feliz edad en que la naturaleza parece realizar un último esfuerzo para hermosear a la que su mano destina a los placeres de los hombres. Su ralle era más pronunciado, sus cabellos más espesos, más largos, más fresca y más apetitosa su piel; y su pecho, poco aprovechado por gente poco golosa de esa parte, había adquirido más gordura y redondez. Así pues, Justine era una joven bellísima, una criatura muy capaz de encender en los libertinos los deseos más violentos…, más irregulares…, más lascivos.

De este modo, más irritada, más afligida que físicamente maltratada, Justine se puso en camino aquella misma noche; pero, orientándose mal, y sin preguntar nada, no hizo sino dar vueltas alrededor de París; y al cuarto día de su viaje todavía se encontraba en Lieursaint[1]. Sabedora de que aquel camino podía llevarla hacia las provincias meridionales, se decidió a seguirlo y alcanzar así, como pudiese, aquellas alejadas regiones, convencida de que el descanso y la paz, que tan cruelmente le habían sido negados en su patria, acaso la esperaban en el extremo de Francia: ¡fatal error! ¡Cuántas penas le quedaban aún por devorar!

Cualesquiera que hubieran sido sus penas, hasta ese momento le quedaba por lo menos su inocencia. Víctima únicamente de los ataques de dos o tres libertinos, aún podía (dado que nunca le había ocurrido nada por voluntad propia) figurar la fila de las mujeres honradas; no tenía nada que reprocharse; su corazón era puro. Se había vuelto demasiado orgullosa, y su presunción fue castigada. Tenía toda su fortuna consigo, es decir, cerca de 500 libras, suma resultante de lo que había ganado en casa de Bressac y en casa de Rodin. Se felicitaba por haber podido conservar al menos aquellas ayudas, y se jactaba de que, con frugalidad, templanza y ahorro, aquel dinero

le bastaría por lo menos hasta que estuviese en condiciones de poder encontrar algún trabajo. Su terrible marca ya no se notaba; pensaba que siempre podría ocultarla, y que ese accidente no le impediría ganarse la vida. Llena de esperanza y de valor, prosiguió su camino hasta Sens, donde descansó varios días. Quizá habría encontrado algo en esa ciudad, pero, persuadida de la necesidad de alejarse, volvió a ponerse en camino con la intención de buscar fortuna en el Delfinado. Había oído hablar mucho de esta región, creía que allí encontraría la felicidad. Ahora veremos qué clase de felicidad le reservaba el destino.

Al anochecer de la primera jornada, es decir, a unas seis o siete leguas de Sens, Justine, que se había apartado del camino para satisfacer algunas necesidades de la naturaleza, no pudo dejar de sentarse un momento a orillas de un amplio estanque, cuyos alrededores le parecieron de un frescor delicioso. La noche empezaba a extender sus velos sobre la antorcha del universo, y nuestra heroína, sabiendo que no había más que una escasísima distancia del lugar en que estaba a aquel donde debía pasar la noche, no tenía prisa por interrumpir las cavilaciones solitarias y dulces que le inspiraba el paraje agreste en que descansaba, cuando de pronto oyó que una masa bastante voluminosa caía al agua, a diez pasos de ella. Vuelve los ojos y se da cuenta de que aquella masa había sido lanzada desde el centro de un espeso matorral, a cuyo pie flotan las aguas del estanque, y de que, por su posición respectiva, ni ella ni el agente de la acción que acababa de ser cometida, podían verse. Su segundo movimiento se dirige con rapidez hacia la masa caída; cree oír gritos, se da cuenta de que aquella masa no se hunde de repente, pero que sin embargo está a punto de desaparecer. No dudando de que fuese una criatura humana la que está encerrada en la especie de cesta que distingue, sólo atiende al primer impulso de la naturaleza. Sin preocuparse de los peligros que corre, se lanza al estanque, es lo bastante afortunada para hacer pie y para coger la canasta flotante que el viento impulsa hacia su lado. Regresa sobre sus pasos tirando de aquel precioso fardo; se apresura a desenvolverlo: ¡Dios mío!, es un niño…, una encantadora niñita de dieciocho meses, desnuda, arada, a la que su verdugo creía sin duda sepultar junto con su crimen en las aguas de aquel estanque. Justine se apresura a romper las ataduras; hace respirar a la niña, cuyas tímidas manitas se alzan hacia su bienhechora como para agradecerle sus cuidados y recompensarla con todas las expresiones que la naturaleza permite a la gratitud. La sensible Justine abraza a la encantadora desdichada. «¡Pobre pequeña, le dice, has venido al mundo igual que la desventurada Justine para conocer sus dolores y nunca sus placeres! ¡Quizá la muerte habría sido un bien para ti! ¡Quizá te hago un mal servicio retirándote del seno del olvido para volver a ponerte en el teatro de la desesperación y los reveses! ¡Bien!, yo repararé esta culpa no abandonándote jamás; juntas cogeremos todas las espinas de la vida; holladas por las dos, tal vez nos parezcan menos agudas, y, fortalecidas por nuestra unión, las embotaremos con menos esfuerzo. ¡Cielo bondadoso!, te agradezco el regalo que me haces; es un objeto sagrado sobre el que habrá de ejercitarse constantemente mi compasión. Bastante

afortunada como para haber salvado su vida, cuidaré de ella, de su educación, de sus costumbres; no se apartará de mí, trabajaré para alimentarla; más joven que yo, me lo devolverá en la vejez; es una amiga, es una ayuda que la mano del Eterno me envía. ¡Con qué acciones de gracias podré pintarle toda mi gratitud!

«Soy yo el que me encargaré de hacerlo, puta», dice un hombre con voz estentórea agarrando a la desdichada Justine por el cuello y derribándola sobre la hierba; «sí, soy yo quien va a castigarte, para que aprendas a meterte en lo que no te importa»: y el desconocido, apoderándose al punto de la niñita, la devuelve a la cesta, la ara de nuevo y de nuevo la arroja al medio del agua… «Tú sí que mereces el destino que acaba de tener esa niña, zorra, sigue diciendo aquel salvaje; y no dudaría en hacértelo sentir si no me fijase en tu aspecto: reservándote para calamidades más crueles, quizá me procures placeres mayores. Sígueme sin decir una palabra; este puñal que ves levantado sobre tu pecho se hundirá en él al primer movimiento que se te escape».

No renunciamos a describir aquí la sorpresa, el espanto, todos los distintos impulsos que agitaron el alma de Justine. Sin atreverse a responder, se levanta temblando y sigue a su verdugo.

Después de dos horas largas de marcha, llegan por fin a un castillo situado en el fondo de un ancho valle, rodeado de altos oquedales que dan a la mansión el aspecto más sombrío y salvaje del mundo. La puerta de aquella casa estaba tan disimulada por macizos de árboles y cenadores que resultaba imposible adivinarla. Fue allí donde Justine, guiada por el dueño mismo del lugar, entró a las diez de la noche. Mientras, después de ser inmediatamente alojada en una habitación donde la encierran cuidadosamente, aquella pobre criatura procura encontrar un poco de reposo en medio de los nuevos horrores que la rodean, digamos lo que es preciso saber de esta aventura, para interesar un poco al lector.

El señor de Bandole, hombre riquísimo y en otro tiempo de toga, era el señor del castillo en el que acababa de introducir en persona a Justine. Retirado del mundo en el momento en que había heredado de su padre, Bandole se entregaba desde hacía más de quince años, en aquella solitaria mansión, a los gustos extraños que había recibido de la naturaleza; verdad es que esos gustos, que vamos a pintar, horrorizarán sin duda a nuestros lectores. Pocos hombres tenían un temperamento más vigoroso que Bandole; a pesar de sus cuarenta años, aún echaba regularmente sus cuatro polvos diarios, y en su juventud había llegado hasta los diez. Alto, delgado, de temperamento bilioso y seco, con una polla negra y vivaracha de nueve pulgadas de largo por seis de contorno, velludo en todo su cuerpo como un oso, a Bandole, tal como acabamos de pintarlo, sólo le gustaban las mujeres para gozarlas; una vez saciado, era imposible encontrar alguien que las despreciase más. Lo que en él había de singular es que siempre se reservaba para hacerles hijos, y que nunca fallaba; pero lo que sin duda es más extraordinario todavía era el uso que hacía de ese fruto: lo criaba hasta los dieciocho meses; cuando los cumplían, el funesto estanque donde

acabamos de verle arrojar a uno de esos frutos se convertía en el ataúd universal de todos.

Para satisfacer esa extravagante manía, Bandole tenía treinta jóvenes encerradas en su castillo, de edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco años, y todas de la mayor belleza; cuatro viejas se encargaban del cuidado de este serrallo; una cocinera y dos Regonas terminaban de componer toda la servidumbre de este libertino. Gran enemigo del fasto y de la suntuosidad, absolutamente convencido de los principios de Epicuro[2], nuestro singular personaje pretendía que, para conservar durante más tiempo su vigor, había que comer poco, beber agua exclusivamente, y que, para que una mujer se volviese fecunda enseguida, también era menester que sólo tomase un alimento sano y ligero; en consecuencia, Bandole nunca hacía sino una comida compuesta por algunos vegetales, y sus mujeres dos, en las que nunca se servía otra cosa que hortalizas y fruta. Lo cierto es que, con este régimen, Bandole gozaba de la mejor salud, y sus mujeres de una sorprendente lozanía; ponían como gallinas, y no había año que alguna de ellas no le diese un hijo por lo menos. Éste era, por otra parte, el proceder de nuestro lascivo: en un gabinete preparado a tal efecto había una máquina sobre la que la mujer, blandamente echada y fuertemente atada, presentaba a este libertino el templo de Venus en el mayor grado de separación posible[3]; él se la metía, ella no se movía lo más mínimo; según Bandole, esta cláusula era la más esencial para la consumación del acto; y, para conseguirlo con la mayor seguridad, exigía ataduras: tres o cuatro veces al día la misma mujer era colocada sobre la máquina, luego mantenida en su lecho nueve horas, con la cabeza baja y los pies muy arriba. Sea que los medios de Bandole fuesen buenos, sea que su esperma tuviese una verdadera virtud prolífica, lo cierto es que apenas fallaba: al cabo de nueve meses aparecía el niño, al que cuidaban durante dieciocho; al final lo ahogaban. Y era (esta circunstancia es digna de ser subrayada), siempre era Bandole en persona quien remataba esa operación, único procedimiento por el que conseguía la erección necesaria para procrear nuevas víctimas.

En cada parto se reformaba a la mujer que acababa de producir, de tal modo que una sultana sólo seguía viva en caso de esterilidad; lo cual las obligaba a ponerse en la horrible alternativa de pasar allí su vida o de tener un hijo con aquel monstruo. Y como además ignoraban exactamente lo que se hacía con su progenitura, Bandole no veía ninguna dificultad en devolverles su total libertad, las llevaban hasta el mismo lugar en que habían sido secuestradas, con mil escudos de indemnización. Sin embargo, en esta ocasión, nuestro hombre, sorprendido por Justine, con el proyecto de someterla a sus placeres ordinarios, no tenía ninguna gana, cualquiera que fuese la cantidad de hijos que pudiese darle, de devolverle una libertad de la que Justine hubiera podido abusar para traicionarle. Respecto a imprudencias internas, como todas aquellas mujeres estaban encerradas por separado y nunca se comunicaban entre sí, Justine no podía revelar nada dado que sufría ese mismo destino. Sólo había

peligro en su liberación; y Bandole estaba decididamente resuelto a no concedérsela nunca.

Nos jactamos, por lo demás, de que el lector ha de imaginar fácilmente que la forma de proceder en el acto del goce en un hombre como éste debía resentirse algo de la ferocidad de sus inclinaciones: como no buscaba otra cosa que su satisfacción exclusivamente, Bandole nunca había sentido los fuegos del amor. Una de las viejas ataba en la máquina a la que debía joder ese día; le avisaban, él abría la puerta del gabinete, se masturbaba un momento frente al coño, insultaba a la mujer, soltaba juramentos, jadeaba, encoñaba, lanzaba grandes chillidos durante el goce y terminaba mugiendo como un toro en el instante de la eyaculación. Salía del gabinete sin echar siquiera una mirada sobre la mujer, y volvía a empezar de la misma forma tres o cuatro veces en las veinticuatro horas siguientes, siempre con la misma. Al día siguiente, otra la sucedía, y así sucesivamente. En cuanto a los episodios, se parecían todos: una gran flema, un goce muy largo, chillidos, blasfemias y leche; siempre era lo mismo.

Éste es, pues, el hombre que iba a coger una rosa…, algo ajada, como se recordará, debido a los crueles intentos de Saint-Florent; pero muy fresca, muy cerrada por efecto de una abstinencia tan larga, cosa que desde más de un punto de vista aún podía dar a esta linda flor toda la apariencia de una virginidad. A Bandole le parecía muy importante esa manera de ser en una niña; la principal consigna que recibían sus agentes era llevárselas siempre vírgenes; no se admitía ninguna sin esa cláusula.

Por otra parte, Bandole no veía absolutamente a nadie, fuera quien fuese. La que le convenía era la vida más solitaria y más retirada. Unos cuantos libros, algunos paseos: ésas eran las únicas distracciones por las que entrecortaba sus lujurias. Ingenioso, de carácter firme y pronunciado, sin prejuicios, sin religión, sin principios, sorprendentemente déspota en el fondo de su serrallo, impúdico, sin humanidad, alababa incluso sus vicios: así era Bandole y su refugio; ésa era la tumba que la mano del Cielo le preparaba a Justine para recompensarla por haber querido salvar a una de las víctimas de aquel malvado.

Quince días enteros pasaron sin que nuestra desventurada oyese hablar de su perseguidor: una de las viejas le traía el alimento de la casa; Justine le hacía preguntas, y la vieja respondía fríamente: «Pronto tendréis del honor de ver al señor; entonces seréis informada. —Pero, querida, ¿para qué estoy aquí? —Para los placeres del señor. —¡Oh, justo Cielo! ¿Cómo? ¿Querrá forzarme a cosas… cuya sola idea me horroriza? —Haréis lo mismo que las otras, no seréis más digna de lástima que ellas. —¿Las otras? ¿Cómo, hay otras aquí? —Desde luego, no sois la única; vamos, vamos, valor, paciencia»; y la puerta volvía a cerrarse.

Por fin, al decimosexto día advirtieron a Justine que debía prepararse para una ceremonia previa sobre la que nadie la había advertido. Se abren las puertas con estruendo; Bandole, seguido de una vieja, entra en la habitación: «Enseñadme su

coño», le dice a la matrona; y Justine, sin poder defenderse, se ve agarrada al punto y levantadas sus faldas. «¡Ah, ah!, dice Bandole en tono indiferente, ¿no es ésta la que debe morir aquí…, la que tuvo la ocurrencia de sorprenderme? —Sí, le responden. —Siendo así, no necesito andarme con miramientos… ¿Está el virgo?». Entonces la vieja, con la nariz provista de anteojos, se inclina para examinar. «Esto ya ha sido atacado», dice al cabo de un instante; «pero tiene estrechez, lozanía…, hay suficiente para dar placer. —Apartaos… que yo mismo vea», dice Bandole…, y el muy infame, arrodillado ante el coño abierto, mete al mismo tiempo sus dedos, la nariz y la lengua. «Tanreadle los riñones», dice a la vieja levantándose, «y decidme si suponéis que podremos hacer la puesta con éxito. —Sí», dice la vieja palpándolos, «la criatura está bien formada; os respondo de un excelente producto dentro de nueve meses. —¡Oh, Cielo!, exclama Justine, si fuera una bestia de carga no me analizarían con mayor desprecio; ¿y qué he hecho, señor, para merecer el ultraje al que me destináis? ¿Qué títulos tiene vuestra autoridad sobre mí? —Éstos», dice Bandole mostrando su polla, «me empalmo y quiero joder. —¿Tiene algo que ver con la humanidad esa horrible lógica de las pasiones? —¿Y qué es la humanidad, niña mía? —La virtud que os asegurará ayuda si alguna vez sois desgraciado. —Nunca lo es quien posee quinientas mil libras de renta, y cuando se le añaden mis principios y mi salud. —Siempre lo es uno que causa la desgracia de los otros. —Vaya, una criatura que razona», dice Bandole subiéndose los calzones; «lo poco acostumbrado que estoy a encontrar una de esa especie me hace desear charlar con ella; retiraos», continuó dirigiéndose a la vieja; y los dos se sentaron.

«Por favor, ¿de donde sacas, niña mía, prosiguió Bandole, que, desde el momento en que la naturaleza me ha creado más fuerte, tanto por mi físico como por mi moral, no he recibido de ella, junto con esos primeros dones, el poder de tratar a mis inferiores por las solas normas de mi voluntad? —Esos presentes de los que os jactáis, no deberían ser para vos sino otros tantos motivos para honrar la virtud y aliviar el infortunio; sois indigno de ellos desde el momento en que no los empleáis con ese fin. —A mi vez diré, querida niña, que esa forma de razonar está lejos de mi corazón. Para que yo pueda interesarme en tu existencia lo mismo que en la mía, tendría que encontrar, en esa existencia extraña, relaciones que se uniesen a mí tan íntimamente como mis gustos o mis pasiones… ¿Es así? Digo más, ¿puede ser así? Por lo tanto, ya que sólo puedo considerar tu existencia como absolutamente ajena, o, si prefieres, como pasiva, la estima que sienta por ti nunca podrá ser sino relativa, o, para explicarme con mayor claridad, una estima proporcionada al grado de utilidad que reciba de ti; y esa utilidad, desde el momento en que soy el más fuerte, sólo puede consistir en los actos de esclavitud mejor comprobados por tu parte. Sólo entonces habremos cumplido ambos perfectamente los papeles para los que nos creó la naturaleza; yo, cuando te someto a mis pasiones, sean cuales fueren su clase o naturaleza; tú, cuando sufres sus efectos. Tus definiciones de la humanidad, Justine, no son más que el fruto de los sofismas del débil: la humanidad bien entendida no

consiste en cuidar de los demás, sino en conservarse uno mismo, en deleitarse a costa de lo que sea. No hay que confundir nunca la civilización con la humanidad; ésta es hija de la naturaleza; escrutémosla sin prejuicios y nunca nos equivocaremos sobre su voz; la otra es obra de los hombres, y, por consiguiente, de todas las pasiones y de todos los intereses reunidos. Nunca la naturaleza nos inspira otra cosa que lo que puede agradarte o serle útil: siempre que, al sentir uno de sus deseos, nos vemos detenidos por algo, podemos estar seguros de que la barrera ha sido levantada por la mano de los hombres. ¿Por qué hemos de respetar ese freno? Si nos degradamos hasta ese punto, acusemos únicamente al miedo o a nuestra debilidad; no arremetamos nunca contra nuestra razón…, todo se libera cuando la escuchamos. ¿Sería verosímil que la naturaleza estableciese al mismo tiempo en nosotros el deseo de una acción cualquiera y la posibilidad de que esa acción pudiese ultrajar aquella otra que nos induce a desearla? No hay nada tan extravagante como mis gustos, ya lo ves, Justine: no me gustan las mujeres; su goce es la cosa más insípida del mundo para mí; pero el placer de preñarlas y marchitar luego el fruto que he hecho germinar en su seno, es una acción deliciosa; no lo sería, desde luego, la que me hiciese más culpa ble a ojos de mis semejantes; y, ¿será eso para mí motivo de corregirme? No, por supuesto; ¡qué me importa a mí la estima o la opinión de los hombres! ¿Qué peso pueden tener esas quimeras comparadas con mis gustos o mis pasiones? Lo que pierdo con ellas es el resultado de su egoísmo; lo que prefiero a ellas son los goces más dulces de la vida. —¿Los más dulces, señor? —Sí, los más dulces, Justine; nunca son más deliciosos que cuando se apartan todo lo posible de los usos recibidos y de las costumbres habituales; la voluptuosidad suprema no consiste más que en la destrucción de todos esos diques. —Pero, señor, se convierten en crímenes. —Palabra vacía de sentido, querida; en la naturaleza no hay crimen; pero los hombres creen que sí, es muy sencillo; han tenido que caracterizar como delito todo lo que alteraba su tranquilidad: por ejemplo, el ultraje que un hombre se permite sobre otro, individualmente hablando puede existir de hecho…, pero nunca a ojos de la naturaleza…». Y en este punto Bandole repitió, con algunas expresiones diferentes, todo lo que Rodin había dicho sobre la inexistencia del delito de infanticidio; le demostró, por lo menos con la misma energía, que no había ninguna clase de mal en disponer del fruto plantado por uno mismo, y que no tenemos sobre ninguna propiedad derechos mejor fundados que sobre ésa. «La intención de la naturaleza se cumple cuando la mujer queda encinta, prosiguió Bandole; pero le da lo mismo que el fruto madure o que sea cogido en pleno verdor. —¡Oh!, señor, nunca haréis comparaciones justas entre la cosa inanimada y el ser que posee un alma. —¡Un alma!», dice Bandole, echándose a reír: «¡ah!, por favor, querida, dime qué entiendes por ese término. —El alma me sugiere la idea del principio vivificante y eterno, sublime y gran emanación de la Divinidad, que nos acerca a ella, que nos une a ella, y que, por la perfección de su esencia, nos diferencia de todos los animales». Y entonces Bandole, tras echarse a reír por segunda vez, dice a Justine: «Escucha, hija

mía; me doy cuenta de que tienes algún mérito y consiento en iluminarte; pon un poco de atención y sígueme[4].

«No hay nada tan absurdo, desde luego, como el sistema de esas gentes que se empeñan en decir que el alma es una sustancia distinta del cuerpo; su error deriva del orgullo que ponen suponiendo que ese órgano interno tiene poder para sacar ideas de su propio fondo. Seducidos por esa primera ilusión, algunos han llevado su extravagancia hasta el punto de creer que, al nacer, somos portadores de ideas innatas. A partir de esa ridícula hipótesis, han hecho de la parte que han llamado alma una sustancia aislada, y le han concedido el derecho imaginario de pensar de forma abstracta sobre la materia de la que únicamente emana. Estas monstruosas opiniones sólo se justificaban diciendo que las ideas son los objetos únicos del pensamiento, como si no estuviese demostrado que no pueden venirnos sino de objetos externos que, obrando sobre nuestros sentidos, han modificado nuestro cerebro. Indudablemente, cada idea es un efecto; pero, por más difícil que sea remontarnos a su causa, ¿podemos suponer que no se deba a una causa? Si sólo podemos adquirir ideas a través de sustancias materiales, ¿cómo hemos de suponer que la causa de nuestras ideas pueda ser inmaterial? Atreverse a sostener que podemos tener ideas sin los sentidos sería tan absurdo como decir que un ciego de nacimiento podría tener una idea de los colores. ¡Eh!, no, Justine, no; no creamos que nuestra alma pueda obrar por sí misma o sin causa en cada uno de los insumes de nuestra vida: absolutamente ligada a los elementos materiales que conforman nuestra existencia, totalmente dependiente de ellos, siempre sometida a las impresiones de los seres que necesariamente obran en nosotros, y según sus propiedades, los impulsos secretos de ese principio, vulgarmente llamado alma, se deben a causas ocultas dentro de nosotros mismos. Creemos que esa alma se mueve porque no vemos los resortes que la mueven, o porque suponemos a esos móviles incapaces de producir los efectos que admiramos. La fuente de nuestros errores procede de que miramos nuestro cuerpo como materia bruta e inerte, cuando ese cuerpo es una máquina sensible que necesariamente tiene la conciencia momentánea de la impresión que recibe, y la conciencia del yo por el recuerdo de las impresiones sucesivamente experimentadas. Recuérdalo, Justine: sólo gracias a nuestros sentidos conocemos a los seres, sólo ellos producen ideas en nosotros; sólo por los impulsos impresos en nuestro cuerpo se modifica nuestro cerebro o nuestra alma piensa, quiere y actúa. ¿Podría, pues, nuestra mente ejercerse en otra cosa que no conozca? ¿Y puede conocer algo distinto de lo que ha sentido? Todo nos demuestra de la manera más convincente que el alma actúa y se mueve según las mismas leyes que la del resto de los seres de la naturaleza; que no puede ser distinguida del cuerpo; que nace, crece y se modifica según las mismas progresiones que él, y que por consiguiente perece con él. Siempre dependiente del cuerpo, la veis pasar por las mismas gradaciones: inepta en la infancia, vigorosa en la edad madura, helada en la vejez, su razón o su delirio, sus virtudes o sus vicios nunca son otra cosa que el resultado de los objetos exteriores y de sus efectos sobre los

órganos materiales. Con tan rotundas pruebas de la identidad del alma con el cuerpo, ¿cómo ha podido imaginarse nunca que esa porción de un mismo individuo goce de la inmortalidad mientras la otra perecía? Los imbéciles, después de haber hecho de esa alma que fabricaban a su guisa un ser simple, inextenso, desprovisto de partes, absolutamente distinto, en una palabra, de cuanto conocemos, pretendieron que no estaba sujeta a las leyes que hallamos en todos los seres cuya descomposición perpetua nos muestra la experiencia; partieron de estos falsos principios para convencerse de que también el mundo tenía un alma espiritual, universal, y dieron el nombre de Dios a esa nueva quimera de la que su cuerpo se volvía una emanación. De ahí las religiones y todas las fábulas absurdas que derivaron de ellas, todos los sistemas gigantescos y fabulosos que debían resultar necesariamente de esa extravagancia primera: de ahí las ideas novelescas de castigos y recompensas tras esta vida: no hay ningún absurdo más escandaloso; porque si el alma humana era una emanación del alma universal, es decir, del Dios del universo, ¿cómo podía merecer o desmerecer? Perpetuamente encadenada al ser del que emanaba, ¿cómo podía ser libre? ¿Y luego castigada o recompensada como tal? Que los sectarios del imbécil sistema de la inmortalidad del alma no vengan a darnos su universalidad por prueba de su realidad. Nada hay tan simple como la prodigiosa extensión de esa idea: contiene al fuerte, consuela al débil; ¿se necesitaba más para propagarla? Los hombres se parecen en todas partes, y en todas partes, con las mismas debilidades, deben de tener los mismos errores. Dado que la naturaleza inspiró a todos los hombres el amor más vivo por su existencia, la eternidad de esa existencia se vuelve un deseo necesario; y ese deseo pronto se convierte en certeza, y más rápidamente todavía en dogma. Era fácil de presumir que hombres así dispuestos debían escuchar con avidez todo lo que les anunciaba ese sistema. Pero ¿puede alguna vez el deseo de una quimera volverse prueba irrefutable de la realidad de esa quimera? Asimismo deseamos la vida eterna de los cuerpos; y sin embargo ese deseo queda frustrado: ¿por qué no había de serlo igualmente el de la vida de nuestra alma? Las reflexiones más simples sobre la naturaleza de esa alma deberían convencernos de que la idea de su inmortalidad no es otra cosa que una ilusión. ¿Qué es de hecho esa alma sino el principio de la sensibilidad? ¿Qué es pensar, gozar, sufrir, sino sentir? ¿Qué es la vida sino la reunión de esos diferentes movimientos idóneos para ser organizados? Por lo tanto, desde el momento en que el cuerpo deja de vivir, ya no puede ejercerse la sensibilidad; ya no puede haber ideas, y por lo tanto tampoco pensamientos; porque las ideas no pueden venirnos más que de los sentidos; y ¿cómo pretenden que, una vez privados de esos sentidos, sigamos teniendo ideas? Dado que se hace del alma un ser separado del cuerpo animal, ¿por qué no se ha hecho de la vida un ser distinto del cuerpo vivo? La vida es la suma de los movimientos de todo el cuerpo; el sentimiento y el pensamiento forman una parte de estos movimientos: por lo tanto, en el hombre muerto esos movimientos dejarán de ser como todos los demás. ¿Y con qué razonamiento pretenderían demostrarnos que esa alma, que no puede sentir, pensar,

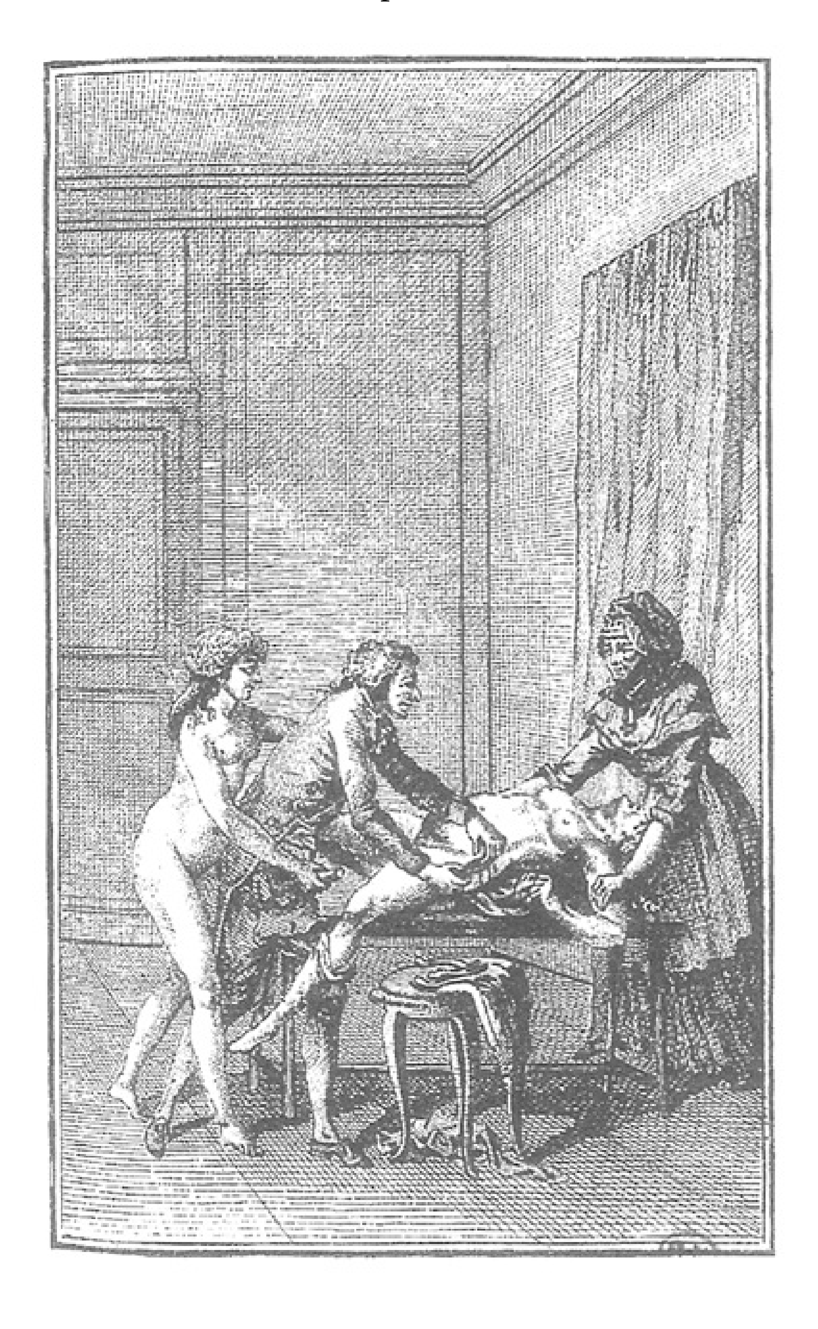
querer, actuar, más que con la ayuda de sus órganos, pueda sentir dolor o placer, o incluso tener conciencia de su existencia, cuando los órganos que le avisaban de ellos están descompuestos? ¿No es evidente que el alma depende de la disposición de las partes del cuerpo, y del orden en que esas partes concurren al cumplimiento de sus funciones? Por consiguiente, una vez destruida la estructura orgánica, no podemos dudar de que el alma no lo esté también. ¿No vemos, a lo largo de toda nuestra vida, que esa alma se ve alterada, estorbada, perturbada por todos los cambios que sufren nuestros órganos? ¡Y tienen la extravagancia de imaginar que es preciso que esa alma actúe, piense, subsista, cuando esos mismos órganos hayan desaparecido por completo! ¡Qué absurdo!

«El ser organizado puede compararse con un reloj que, descompuesto una vez, ya no sirve para los usos a que estaba destinado. Decir que el alma sentirá, pensará, gozará, sufrirá después de la muerte del cuerpo es pretender que un reloj, roro en mil pedazos, puede seguir marcando las horas. Quienes nos dicen que nuestra alma puede subsistir a pesar de la destrucción del cuerpo, sostienen evidentemente que la modificación de un cuerpo podrá conservarse después de que el sujeto haya sido destruido.

«¡Oh, hija mía!, convéncete, pues, de que después de tu muerte tus ojos ya no verán, tus oídos ya no oirán; desde el fondo de tu ataúd, ya no serás testigo de estas escenas que tu imaginación te representa hoy con colores tan negros; ya no tomarás parte en nada de lo que ocurra en el mundo; ya no tendrás que preocuparte de lo que hagan con tus cenizas, como no podías hacerlo, en vísperas de tu nacimiento, de la clase de órganos que ibas a recibir de la naturaleza. Morir es dejar de pensar, de sentir, de gozar, de sufrir: tus ideas perecerán contigo; tus penas y tus placeres no te seguirán a la tumba: considera, pues, la muerte con mirada apacible, no para alimentar tus temores y tu melancolía, sino para acostumbrarte a verla con ojos sosegados, y para tranquilizarte frente a los falsos terrores que luchan por inspirarte los enemigos de tu reposo.

—¡Oh, señor!, dice Justine, ¡qué tristes son esas ideas! ¿No son más consoladoras las que he recibido en mi educación? —La filosofía, Justine, no es el arte de consolar a los débiles; no tiene otra meta que dar rectitud de juicio a la mente y desarraigar los prejuicios. Yo no soy consolador, Justine: soy verdadero. Si tuviera ganas de consolarte, te diría, por ejemplo, que, como a las demás mujeres de mi serrallo, las puertas se te abrirán tan pronto como me hayas dado un hijo. No te lo digo porque no quiero engañarte; conoces mi secreto, esta desgracia te asegura un cautiverio eterno. Mírate, pues, querida, como si ya estuvieras en el ataúd que te describía hace un momento; no volverás a ver el umbral de la puerta por la que has entrado. —¡Oh, señor! —Justine, se me ha puesto dura, bajemos; es bastante razonable; quiero follar». Llaman a la vieja) y Justine es conducida al gabinete destinado a esa clase de sacrificios; atan a nuestra desdichada niña en el asiento común, y la matrona se retira. «¡Despreciable criatura!», dice entonces el viejo fauno en tono brutal, «ya veis lo que

se gana con una buena acción; siempre he visto a la virtud enredarse en sus propias trampas y ser continuamente víctima del vicio. Bastaba con que hubierais dejado ahogarse a ese niño, ni siquiera me habría fijado en vos. —¡Oh!, señor…, ¿yo dejar cometer un crimen tan espantoso? —Cállate, pura: te lo he demostrado; ¿hay algo de lo que seamos más dueños que del trozo de leche que hemos amasado? Vamos, bribona, dame uno, y lo mandaré a paseo delante de ti. —En nombre del Cielo, señor, hacedme gracia; tan pronto como vuestra pasión quede satisfecha, ya no seré para vos de ninguna utilidad; me despreciaréis, me abandonaréis; y si quisierais emplearme en otra cosa en vuestra casa, estoy totalmente segura de que podría prestaros servicios muy grandes. —¿Qué servicios?», decía Bandole mientras palpaba groseramente el coño y el seno de Justine. «Una zorra como vos sólo sirve para que la follen; y voy a emplearos para ese único objeto: la sola diferencia que haré entre vos y las otras será maltrataros infinitamente más, porque las otras salen, y vos estáis aquí de por vida»: y Bandole, suficientemente excitado, se pone la tarea.



Pero Bandole, como todos los filósofos…, como todas las gentes inteligentes, tenía manías preliminares. La de un hombre al que le gusta el coño consiste en besarlo: nuestro libertino hacía más; lo chupaba, mordía el clítoris y se divertía enormemente arrancando los pelos de un coño con los dientes. Tales preludios adquirían mayor o menor violencia en razón de la lozanía o de la belleza del objeto ofrecido, y como Bandole no solía recibirlos a menudo tan bonitos como Justine, se entregó a ello. El pobre coñito de nuestra infortunada fue vigorosamente mordido; sus bellos muslos también recibieron la huella de los dientes de aquel libertino que, totalmente decidido a la operación, se disponía a realizarla cuando llegaron a anunciarle precipitadamente que una de las mujeres del serrallo iba a parir. Era la costumbre: en cuanto se producía una puesta, avisaban al sultán, que en tales casos se comportaba de la forma que vamos a describir con todo detalle.

«Habríais podido esperar un instante, dijo ante todo a la vieja que le interrumpía, iba a follar… No importa: vuestras órdenes son avisarme; si las cumplís, nada tengo que deciros. Soltad a esta joven, que me siga; destinada a reemplazaros un día, quiero que aprenda a servirme». Justine, la vieja y Bandole se trasladan pues a la celda de la que estaba a punto de dar a luz. Era una joven de diecinueve años, bella como el día, que ya estaba en las crisis de los primeros dolores. Bandole y la vieja la agarran, la colocan sobre una máquina distinta de aquella en que las ataban para ser jodidas, pero igual de incómoda por lo menos. En ella, rendida sobre una tabla basculante, la víctima tenía la cabeza y los pies muy abajo; sólo sus riñones estaban en alto: de este modo su parto no podía ser sino peligrosísimo; y esta circunstancia no era una de las que menos agradaban a nuestro libertino. En cuanto sentaron a la hermosa niña en aquel catre, empezó a lanzar grandes chillidos. «Ah», dice Bandole palpándola, «el parto será difícil, ya lo veo; me encanta la ocasión, Justine, así podrás admirar mi destreza». Con objeto de comprobar mejor el estado de la paciente, le hunde un dedo en la matriz: «Es cierto, sufrirá, dice con alegría; el niño quiere separarse de la madre por los pies; nos veremos obligados a recurrir a medios terribles». Luego, al cabo de un instante, viendo que los mismos síntomas se prolongan… «Vamos, prosigue, no hay más remedio: la madre tiene que morir si quiero salvar al niño; y como éste aún puede darme un placer grandísimo, y la otra ya no me sirve para nada, sería un loco si dudase…». Y la desdichada oía su sentencia; aquel hombre brutal no adoptaba ninguna precaución para ocultarle el horror. «No me queda más remedio que la operación cesariana[5], continuó, y voy a proceder a ella». Desenvuelve y prepara todos sus instrumentos, para luego hacer una incisión en el costado: una vez hecha la abertura, pretende coger al niño, lo consigue; la madre expira; pero el embrión sólo llega en trozos. «Desde luego, señor, dice la vieja, bonita operación la que habéis hecho. —Ha fallado, dice Bandole, y ha sido culpa tuya; ¿por qué diablos vienes a buscarme cuando estoy empalmado? Sabes de sobra que no puedo hacer nada cuando estoy ciego por joder; aquí tienes la prueba. No importa: menéamela, Justine…, sí, dirige las oleadas de mi esperma sobre los restos ensangrentados de estas víctimas».

Justine, asustada…, cubierta de lágrimas, obedece temblando: en dos sacudidas, la bomba estalla; se habría dicho que al lascivo nunca le habían excitado más deliciosamente; y la madre y el niño quedan inundados con las convincentes pruebas de su vigor. Renace la calma y Bandole se retira. «Que entierren todo esto, dice a la vieja, y que me pongan a esta joven en lugar seguro; cuanto más conozca mis secretos, más la temo; no tengo consideraciones que guardar con ella, por lo tanto quiero que la pongan en las prisiones»; y la orden es ejecutada.

Estas prisiones eran torrecillas elevadas donde el aire era muy puro, pero donde uno estaba enrejado por todas partes, y de las que era imposible evadirse. Encerrada allí, y abandonada a sí misma, la sensible Justine empezó a hacer algunas reflexiones sobre su destino. «¡Oh, Dios!, exclamó, ¿por qué es preciso que sea tan cruelmente maltratada cuando mi único error ha sido haberme enfrentado a un crimen? Aunque muy joven todavía, ¡cuántos ejemplos recibo de la funesta fatalidad de mi estrella!». Tuvo un instante de embrutecimiento. Justine permanecía inmóvil; apenas respiraba; se hubiera dicho que todas las facultades de su cruel existencia estaban encadenadas por el dolor; algunas lágrimas involuntarias corrían de sus bellos ojos y una violenta palpitación de corazón era la única prueba de sus vínculos con la vida. Así transcurrieron varios días, sin que aquella desdichada recibiese ningún consuelo, sin que nadie entrase en su cuarto, salvo las viejas encargadas de alimentarla.

Por fin reapareció Bandole una noche. «Hija mía», dijo a la desdichada, «vengo a comunicarte que pasado mañana te concederé, sin falta, los honores de mi cama…», y, a un gesto de espanto de Justine: «¡Cómo!, ¿no te colma de placer esa noticia? —Me produce horror. ¡Oh!, señor, ¿creéis que puedan amaros las mujeres? —¡Amarme!, replicó Bandole, me desesperaría que a una mujer se le ocurriese: el hombre que quiere disfrutar deliciosamente no buscará nunca el corazón de una mujer[6]; con un proceder así sólo se convertiría en su esclavo, y sería, por consiguiente, muy desgraciado. Una mujer sólo es realmente deliciosa de joder cuando os detesta de todo corazón; el hombre que pretenda conocer todo lo excitante de un goce no debe descuidar nada para imprimir en la mujer a la que folla la mayor cantidad que le sea posible de motivos de odio. ¿Crees que los asiáticos, tan expertos en voluptuosidades, no saben bien lo que hacen cuando encierran a sus mujeres? No imagines, Justine, que los celos influyan para nada en su forma de actuar a este respecto. ¿Sería presumible que un hombre que tiene cinco o seis mujeres pueda amarlas a todas hasta el punto de sentir celos? No las encierra por eso: el único motivo que le decide a ese encierro es que así alcanza la manera de vejarlas más a gusto; deseo que nace en él de la certeza en que está de que una mujer agria, atormentada, una mujer que detesta al hombre que debe relacionarse con ella, se convierte necesariamente para él en el más delicioso de los goces. —Muy poca delicadeza hay en eso. —¿Y qué pinta la delicadeza en amor? ¿Añade alguna excitación más al placer? No, desde luego: al contrario, disminuye sus sensaciones, obligando al hombre a sacrificios materiales en favor de la moral; sacrificios que

siempre hace a costa de su voluptuosidad. La delicadeza es la quimera del amor; el goce es su elemento. Todos los amantes delicados son malos jodedores, Justine; creen resarcir a una mujer con bellas palabras de lo que la privan de hecho. Confieso que si yo fuera de vuestro sexo, preferiría ser molestada y bien jodida a oírme decir todos los días cosas deliciosas por un picha floja[7][*]. Vamos, Justine, decídete; la obligación del más débil es ceder: si las circunstancias llegan a cambiar, quizá te toque convertirte en ama; entonces te obedeceré». Bandole se marchó, dejando a la pobre Justine en espera del más horrible ultraje que su pudor pudiese temer. Pensaba en ello apoyada en su ventana, sin poder decidirse a acostarse, cuando creyó oír un ruido en los matorrales que rodeaban su torre; escucha: «Abrid, le gritan, no tengáis miedo; hay cosas importantes que deciros». Justine asoma la cabeza, presta atención; ¡cualquier cosa que se parezca al alivio es tan preciosa en la cruel situación en que se encuentra! Le repiten las mismas palabras. ¡Dios!, qué sorpresa al reconocer la voz de Corazón de Hierro, el célebre capitán de ladrones con el que había salido de la Conciergerie. «Desdichado, le dice, ¿qué buscáis en los alrededores de esta horrible casa? —Venimos a salvar a una mujer que nos interesa; es nuestro único objetivo: Bandole es un malvado como nosotros; por eso, sus gustos, sus propiedades, sus placeres, todo será respetado; pero necesitamos a la mujer que sus emisarios nos raptaron hace un mes, y la necesitamos para inmolarla, porque nos traicionó de la forma más cruel. —¡Ay!, señor, dice Justine, ¿no tengo yo poco más o menos los mismos reproches que hacerme? Y, cuando esté en vuestras manos, ¿no deberéis usar conmigo del mismo rigor? —No lo temas, dice Corazón de Hierro; ayúdanos a conseguir la mujer que necesitamos, y te juramos seguridad, protección y ayuda. —¡Oh, justo Cielo! ¡Queréis que os entregue a una desdichada para darle la muerte! —La recibirá lo mismo donde está. —No, salen cuando él se harta de ellas. —Bien, si no nos sirves, entraremos igual, y entonces tú te convertirás en nuestra primera víctima. —Vamos», dice Justine, que vio claro que, librándose del peligro en que estaba, siempre conseguiría (cumpliesen o no la palabra que le daban) escapar de las nuevas trampas que le tendiesen, y que, por lo que se refiere a la mujer que iba a liberar su decisión, ella haría lo necesario para conseguir su perdón; «vamos, estoy dispuesta a serviros; facilitadme los medios, y espero que triunfemos. —¿Tenéis una cuerda? —No. —Cortad vuestras sábanas, haced con ellas una tira, y echádnosla». Justine lo hace. «Tirad», le dicen. Una lima y una escala de seda venían al extremo de la cuerda: un billete aparece en ella, y Justine lee estas palabras:

> *Servíos de esta lima para cortar los barrotes; atad esta escala a los que queden; deslizaos por ella mañana, sin miedo, entre las dos y las tres de la madrugada; estaremos aquí Vos nos mostraréis la puerta de esa casa mágica; recibiréis de nosotros una recompensa, y el permiso de ir a donde queráis, sin recuerdo ni rencor.*

Todavía quiso Justine hacer algunas observaciones; ya no estaban. No tardó en hacer sus reflexiones; ya hemos dicho en qué las apoyaba.

Totalmente decidida, lima sus barrotes, ata la escala, y espera la hora prescrita con increíble diligencia; un reloj de péndulo se la hace oír. Justine sube a la ventana y se desliza con rapidez por la escala; ágil, ligera y diestra, pronto está a los pies de la torre. «¡Oh!, Justine, reconóceme», le dice Corazón de Hierro estrechándola en sus brazos…, «reconoce a un hombre que nunca ha dejado de adorarte, y al que tú trataste con tanta dureza… ¡Deliciosa criatura! ¡Qué alta y hermosa estás ahora! Bien, ¿seguirás siendo tan cruel? —¡Oh!, señor, démonos prisa; va a apuntar el día, y si nos viesen aquí estaríamos perdidos… —Pero ¿podrás encontrar la puerta? —Sí, si juráis una cosa. —¿Qué? —La vida de la desdichada que pretendéis inmolar, y mi libertad, tan pronto como hayáis llegado al umbral de esa puerta. —Tu libertad está asegurada, dice el ladrón; pero el primer punto es imposible. —¡Ah, en qué cruel aprieto me ponéis! ¿Por qué habré bajado? —Está saliendo el día, Justine, tú misma lo decías hace un momento; no hay un minuto que perder…». Y Justine, temblando, avanza. «Tengo este álamo por guía, dice; pasé por debajo para entrar; la puerta debe de estar al lado». Corazón de Hierro y sus gentes siguen esa indicación y por fin divisan una puerta…, conducen hasta ella a Justine. —¿Es aquí?, le preguntan. —Una puertecilla verde. —Sí, aquí es. —¡Oh!, señor, dejad que me marche. —Así debe ser, dice Corazón de Hierro; cumpliremos la palabra que te hemos dado; aquí tienes diez luises; bésame, querida. Podría exigir de ti unos favores… tanto tiempo esperados…, podría castigarte por una gran falta cometida contra la banda; pero esa falta, muy inferior a ésta de la que vamos a vengarnos, en este momento tiene su excusa en tu virtud; el interés fue el único motivo de la otra. Por más bandidos que seamos, estas profundas consideraciones ponen grandes diferencias en el trato. Vete, Justine; pero tu compañera será inmolada… Adiós; trata de ser más feliz de lo que me parece que has sido hasta ahora, y recuerda que siempre tendrás unos amigos en Corazón de Hierro y su banda. ¡Bien!, dice Justine alejándose, ¡qué nuevo capricho del Cielo tan inexplicable! Quiero salvar a un niño de la furia de un monstruo; este malvado me encierra y quiere violarme. Entrego a una de mis compañeras a la furia de otro antropófago…, esa detestable acción…, esa horrible traición… que me llenará de remordimientos toda mi vida, me vale la libertad…, me vale dinero y el fin de mis temores… Justicia divina, manifiéstate pues a mis ojos de una forma menos incomprensible, o caeré en dudas que quizá te ofendan»; y la desgraciada se aleja. Sale el sol, reconoce los lugares, ve el funesto estanque y cerca de allí el hospicio adonde debía ir a descansar tres meses antes; en él se detiene, en él desayuna, y vuelve a tomar el camino de Auxerre, de donde sale el 7 de agosto siempre con la firme resolución de llegar al Delfinado, donde su novelesca imaginación le hacía esperar continuamente la felicidad.

Había recorrido unas dos leguas; como el calor empezaba a molestarla, sube a un pequeño montículo cubierto por un grupo de árboles poco alejado de la carretera con

la intención de refrescarse y dormitar allí un par de horas, con menos gasto que en un albergue y con mayor seguridad que a la orilla del camino real; se acomoda al pie de un roble y tras un frugal almuerzo, se entrega a las delicias del sueño. Había gozado de él la desdichada con bastante calma cuando, abriendo de nuevo sus ojos a la luz, se entretuvo contemplando el agradable paisaje que se dibujaba ante ella: en el centro de un bosque que se extendía a la derecha, creyó divisar, a lo lejos, un pequeño campanario que se elevaba modestamente hacia las nubes. «Amable soledad, se dice, ¡qué envidia me da tu mansión! Debes de ser la morada de algunas dulces y virtuosas reclusas que sólo se ocupan de Dios…, de sus deberes; o quizá, ¡oh soledad bienaventurada!, sirves de asilo a algunos santos ermitaños consagrados únicamente a la religión, alejados de esta sociedad perniciosa donde el crimen, acechando continuamente alrededor de la inocencia, la degrada y aniquila. ¡Ah!, ahí deben de habitar todas las virtudes, estoy segura; y cuando la perversidad del hombre las destierra de este mundo, es ahí, es a ese apacible retiro adonde van a sepultarse en medio de seres afortunados que las aprecian y cultivan cada día». Aquella vista enardecía con tanta mayor viveza la imaginación de Justine cuanto que los sentimientos de la piedad más ardiente no la habían abandonado en ninguna circunstancia: despreciando los sofismas de una falsa filosofía, creyendo que todos emanaban del libertinaje antes que de una persuasión interior, Justine les oponía su conciencia y su corazón, y encontraba, lo mismo en uno que en otra, todo lo que necesitaba para responder. Obligada muchas veces por sus desgracias a descuidar los deberes de su religión, reparaba esa falta con diligencia en cuanto tenía medios para hacerlo. Imbuida de las ideas que acabamos de verle, interroga por la mansión que divisa a una chica de dieciséis a diecisiete años que ve guardando ovejas; le pregunta qué convento es aquél. «Es una abadía de benedictinos, le responde la pastora, ocupada por seis religiosos cuya piedad, continencia y costumbres no tienen comparación: una vez al año, prosigue la muchacha, se va en peregrinación a una Virgen milagrosa de la que las gentes piadosas obtienen cuanto quieren; id, señorita, id, no volveréis sin sentiros mejor». Singularmente emocionada por esta respuesta, Justine no tarda en sentir el más vehemente deseo de ir a implorar alguna ayuda a los pies de esa sama madre de Dios. «La veré, exclama con compunción, adoraré a aquella a quien el Ser supremo concedió la gracia de dar a luz a un Dios; me prosternaré a los pies de esa fuente de pureza, de virginidad, de candor y de modestia. ¡Ah!, corramos; cada instante que pierdo mirándola es un crimen que espanta a mi religión».

Justine quería que su informante la siguiese; se lo ruega, llega a ofrecerle dinero, pero sin conseguir nada: la muchacha objeta ocupaciones que apenas le dejan tiempo para cumplir sus deberes. «¡Bien!, dice Justine, entonces iré sola; indicadme el camino». Se lo enseñan; se le asegura que tiene tiempo de sobra para llegar temprano; se le garantiza que el superior de aquella casa, el más respetable y más santo de los hombres, la recibirá perfectamente bien, que le prestará todas las ayudas que necesite.

Se llama Dom Sévérino, añade; es italiano, pariente cercano del papa, que le colma de beneficios; es dulce, honesto, servicial, de cincuenta años de edad, de los que ha pasado dos tercios en Francia. Y una vez recibidas todas estas indicaciones, Justine se dirige hacia el santo retiro donde el Eterno parece asegurarle tan dulces consuelos.

En cuanto desciende del montículo al que había subido, deja de ver el campanario. Como sólo tiene por guía el bosque, empieza a creer que la distancia, que ha olvidado preguntar, es muy distinta de la estimación que ha hecho; pero nada la desanima; llega a la linde del bosque; y, viendo que todavía hay luz suficiente, decide adentrarse en él, sin dejar de pensar que puede llegar antes de que anochezca. Ningún rastro humano se ofrece a sus ojos, ninguna casa, y por todo camino un sendero erizado de matorrales que parece servir únicamente para bestias feroces. Ya había hecho cinco leguas por lo menos sin ver nada que le anunciase lo que buscaba cuando, habiendo dejado completamente el astro de alumbrar el universo, cree oír el tañido de una campana; renace su esperanza; escucha, camina hacia el ruido; se apresura, penetra por fin en un bosquecillo oscuro que, por un sendero mucho más estrecho que el seguido hasta entonces, la conduce por fin al convento de Sainte-Marie-des-Bois. Así se llamaba aquella morada.

Si a Justine le habían parecido los alrededores del castillo de Bandole de un agreste espantoso, mucho más salvajes aún debió de encontrar los de esta abadía. La casa más cercana estaba a seis leguas, y bosques inmensos parecían ocultarla a las miradas de los hombres: estaba situada en un ancho y profundo valle que robles antiguos rodeaban por todas partes; ésa era la razón que había hecho perder de vista a Justine el campanario, una vez que alcanzó la llanura. Después de bajar durante tres cuartos de hora, nuestra heroína llega por fin a una cabaña situada bajo el pórtico de la iglesia: llama; aparece un viejo hermano lego. «¿Qué queréis?, dice bruscamente. —¿No se puede hablar con el superior? —¿Qué tenéis que decirle? —Me trae un deber santo, ¿puedo cumplirlo? Me repondré de todas las fatigas que he soportado para llegar a esta soledad si puedo postrarme a los pies de la milagrosa Virgen cuya imagen se conserva aquí». El hermano lego abre y entra sólo; pero, como es tarde y los padres están cenando, no vuelve sino media hora después. «Escuchad», dice cuando reaparece seguido de un religioso, «éste es Dom Clément, el ecónomo; viene para ver si lo que deseáis merece la pena de interrumpir al superior».

Clément, cuyo nombre nada tenía que ver con su aspecto, era un hombre de cuarenta y cinco años, de una gordura enorme y una altura gigantesca; las cejas negras y espesas; la barba muy ruda; la mirada sombría, feroz, hosca, taimada; sólo se expresaba con palabras duras, que soltaba un órgano ronco; una verdadera figura de sátiro… Hace temblar a Justine; y sin que pudiese evitarlo, el recuerdo de sus antiguas desgracias vino a ofrecerse con rasgos de sangre a su memoria turbada… «¿Qué queréis?», le dijo el monje en el tono más huraño: «¿es ésta hora de venir a una iglesia? Tenéis pinta de aventurera; vuestra edad, vuestro desorden, vuestro

aspecto, vuestro porte, el momento en que os presentáis aquí, ¡todo esto no anuncia nada demasiado bueno! Sea como fuere, hablad, ¿qué queréis?

—Santo hombre, responde Justine, mi desorden es consecuencia de la fatiga que he sufrido para venir aquí. En cuanto a la hora, creía que cualquiera era buena para presentarse en la casa de Dios: acudo desde muy lejos para entrar en ella, llena de fervor y devoción. Pido confesarme, si es posible; y, en cuanto conozcáis el interior de mi conciencia, podréis juzgar si soy digna o no de prosternarme a los pies de la santa imagen. —Pero no es hora de confesarse», dice el monje suavizando el tono, «no podréis hacerlo hasta mañana por la mañana; hasta entonces, ¿dónde pasaréis la noche? No tenemos hospicio»; y tras estas palabras, Clément deja bruscamente a nuestra viajera diciéndole que va a informar al superior. Poco después la iglesia se abre; el superior, Dom Sévérino, avanza en persona e invita a Justine a entrar en el templo, cuyas puertas se cierran inmediatamente a su espalda.

Dom Sévérino, de quien conviene dar una idea cuanto antes, era un hombre de cuarenta y cinco años, de bella fisonomía, aspecto todavía lozano, con talla de hombre vigoroso, membrudo como Hércules, y todo esto sin dureza; una especie de elegancia y de suavidad reinaba incluso en su conjunto y hacía ver que, en su juventud, había debido de poseer todos los encantos que caracterizan a un hombre muy atractivo. Tenía los ojos más bellos del mundo, nobleza en los rasgos, el tono más discreto y seductor; cierto acento permitía reconocer su origen italiano, pero no daba a su lenguaje sino más encanto y gracia todavía. Hemos de admitir que Justine necesitaba la amable apariencia de este segundo monje para recuperarse de todo el espanto que le había causado el primero. «Mi querida hija, dijo graciosamente Sévérino, aunque la hora no sea la adecuada, y nosotros no tengamos la costumbre de recibir tan tarde, oiré sin embargo vuestra confesión y ya encontraremos luego la manera de que paséis decentemente la noche hasta el momento en que mañana podáis saludar a la santa imagen que aquí os trae». Entonces, por el coro, llegó a la iglesia un muchacho de quince años, con la figura más bonita del mundo, y vestido de una manera tan indecente que Justine habría concebido alguna sospecha de haberlo observado. Pero, centrada en su examen de conciencia y totalmente recogida en sí misma, no se cuidó de nada. El muchacho encendió unos cirios y fue a colocarse, sin que Justine se fijase todavía, en el mismo sillón que debía ocupar el superior para confesar a nuestra penitente. Justine se sitúa al otro lado: esta posición le impide ver lo que ocurre en la parte en que se encuentra Dom Sévérino, y, llena de confianza, recita sus pecadillos que el superior escucha mientras acaricia al niño metido junto a él, magreándole las nalgas, entregándole su polla, que el Ganimedes menea, soba, sacude y chupa, todo a gusto del monje, que le indica con sus manos las diferentes formas en que debe cooperar a la excitación que los ingenuos relatos de Justine van produciendo en su temperamento nervioso.

Nuestra piadosa aventurera confiesa sus faltas con un candor…, con una ingenuidad que, como fácilmente se podrá imaginar, no tardan en encender todos los

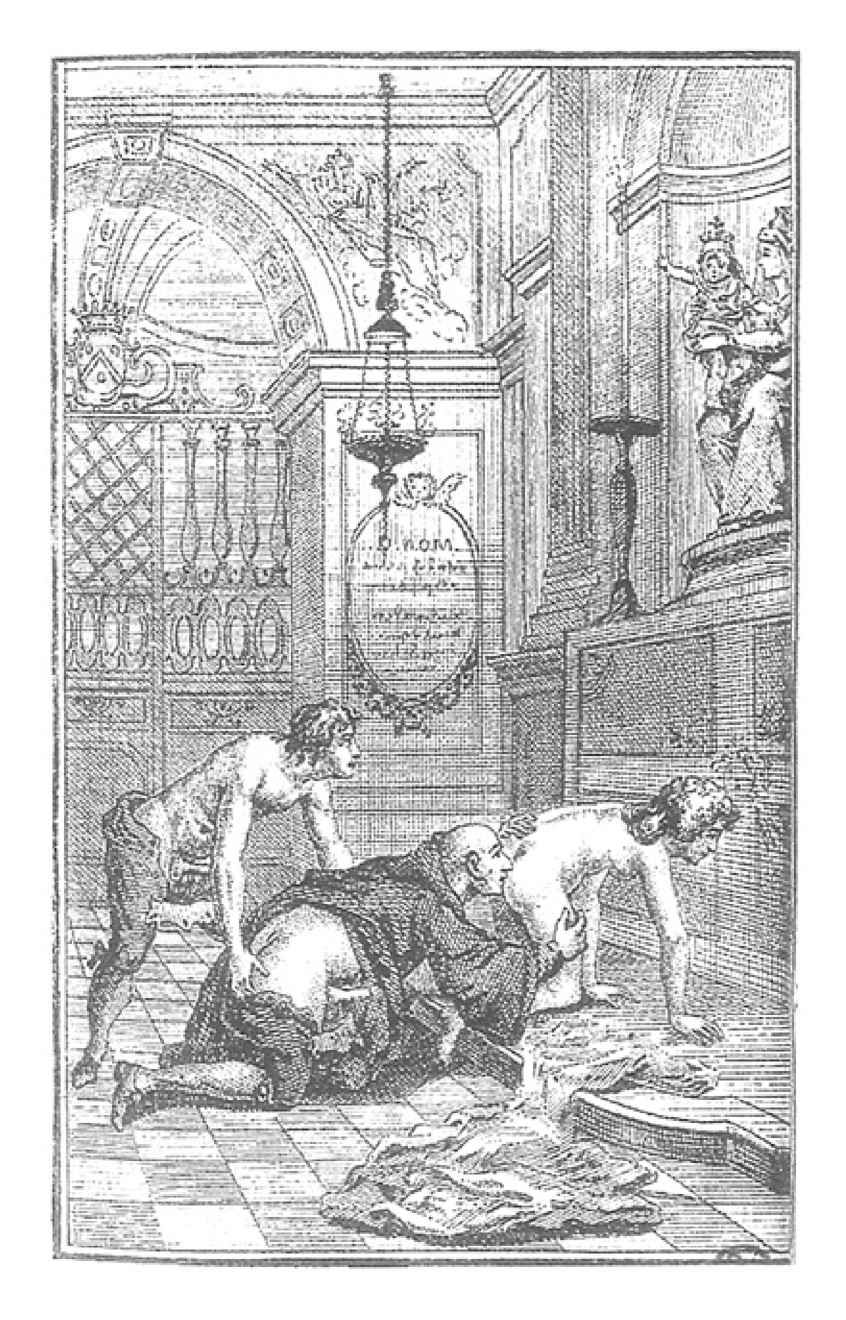
sentidos del libertino que la escucha. Ella le da cuenta de sus desgracias…, hasta le descubre la marca infamante que le imprimió el bárbaro Rombeau. El monje presta a todo la mayor atención; le hace incluso repetir varios episodios, que escucha con aire de piedad y de interés, mientras sólo la curiosidad más libidinosa, la lascivia más desenfrenada guían sus preguntas. Si Justine hubiera estado menos ciega a los movimientos del padre, a sus suspiros entrecortados, al ruido bastante violento que hizo al encorvar al joven para encularlo, probablemente habría dejado de engañarse; mas el entusiasmo religioso es una pasión que turba la mente como todas las demás; la desdichada no se da cuenta de nada. Sévérino, que estaba follando, insiste en los detalles; Justine responde a todo llena de inocencia. El monje llevó su audacia hasta el punto de preguntarle, con toda crudeza, si era cierto que los distintos hombres con los que había tenido que ver no se la habían metido nunca en el coño, y cuántas veces en total le habían dado por el culo; si las pollas que la habían follado de esta forma eran gordas; si se habían corrido dentro del culo. A estas indecentes preguntas Justine se contentó con responder ingenuamente que este último crimen sólo había sido cometido sobre ella tres o cuatro veces en total. «Realmente», dijo Sévérino, ebrio de lujuria, y que seguía follando el culo más lindo del mundo, «realmente, ángel mío, os lo pregunto porque me dais la impresión de tener las nalgas más hermosas posibles, y porque esos criminales atractivos seducen a muchos libertinos. Hay que tener cuidado, continuaba balbuceando: un bonito trasero es la manzana con que la serpiente tentó a Eva; es el camino de perdición; y, como veis, los que lo han abierto con vos están entre los mayores perversos que habéis conocido. Ese crimen perdió a Sodoma y Gomorra, hija mía, ya lo sabéis; en todas partes se castiga con el fuego; no hay ninguno que irrite tanto la bondad y la justicia del Eterno; ninguno del que una joven prudente deba protegerse con tanto cuidado. Y, decidme, ¿no sentisteis ninguna sensación voluptuosa durante esa pérfida introducción? —¿La primera vez, padre? ¿Cómo iba a sentir algo si estaba desmayada? —¿Y las otras? —Detestando, aborreciendo todos aquellos horrores, habría sido muy difícil que pudiese participar lo más mínimo».

Finalmente, las principales cuestiones del monje, mientras seguía enculando al jovenzuelo, se refirieron a los siguientes puntos:

1.º Si era verdaderamente cierto que fuese huérfana y natural de París; 2.º Si era cierto que no tenía ya ni parientes, ni amigos, ni protección, ni nadie, en una palabra, a quien pudiese escribir; 3.º Si sólo había confiado a la pastora, que le había hablado del convento, el propósito que tenía de ir a él, y si no se había citado con ella al regreso; 4.º Si no temía haber sido seguida, y si estaba completamente segura de que nadie la hubiese visto entrar en el convento. Luego, Sévérino, informándose con todo detalle de la edad y del aspecto de la pastorcilla, hizo algunos reproches a Justine por no haberla traído. «Habríais aumentado, le dijo, el mérito de vuestra buena acción de haberos traído una compañera; ella nos hubiera edificado como vos, y nosotros la habríamos recibido como a vos». Una vez acabadas estas piadosas disertaciones, el

monje desencula a su puto; y al retirarse, con la polla en el aire y la pasión ardiendo: «Hija mía, le dice a Justine, ahora tenéis que recibir la penitencia por vuestros pecados, y sólo en el más perfecto estado de humildad puedo imponeros esa pena. Pasemos al santuario; los dos cirios serán transportados junto a la imagen milagrosa, a la que le quitarán los velos en vuestra presencia: vos, Justine, la imitaréis; os despojaréis, como ella, de la ropa; y sentiréis que esa total desnudez que exijo de vos, que acaso fuera un crimen a ojos de los hombres, a los nuestros no es otra cosa que un medio de justificación más». En ese momento el muchacho sale en desorden del confesionario, coge los cirios, los deposita sobre el altar, trepa a él y desnuda a la imagen. Justine, deslumbrada por las ilusiones de su ardiente piedad, no oye nada, no ve nada, y se prosterna; pero Sévérino, obligándola con dureza a levantarse, le dice: «No, no tendréis ese derecho hasta que no estéis desnuda; aquí se necesita la mayor humillación…, la más completa. —¡Oh!, padre mío, perdón»; y, al instante, la piadosa Justine no ofrece a los ojos libertinos de su hipócrita más que las bellezas de la naturaleza. Nada más ver aquel bello cuerpo, relincha de lubricidad: le hace dar vueltas y más vueltas y, con el pretexto de examinar la marca infamante, el granuja observa con todo detalle la magnífica rabadilla y las deliciosas nalgas de Justine[8]. «Vamos, le dice, arrodillaos ahora si queréis hacer vuestra plegaria y no os preocupéis por lo que pase mientras estéis orando: pensad, hija mía, que si me doy cuenta de que vuestra alma no está totalmente desprendida de la materia, que si creo ver que todavía le importan las cosas mundanas y que no pertenece por completo a Dios, pensad, digo, que, graduando entonces mi penitencia por vuestros nuevos errores, será funesta y sangrienta; por consiguiente, olvidaos de vos misma y dejaos hacer[9]». Desde ese momento el lascivo sólo escucha a su pasión; dándose cuenta de que el estado en que se encuentra Justine y la posición en que la tiene le dispensa de cualquier precaución, se coloca detrás de la joven con el puto a su lado; y mientras éste lo acaricia y lo masturba, el monje pasea lujurioso sus manos sobre las nalgas que se le ofrecen, dejando de vez en cuando en ellas, con sus uñas, pruebas sangrientas de sus crueles caricias.

Justine, inmóvil, firmemente convencida de que cuanto le hacen no tiene más fin que guiarla hacia la perfección celestial, soporta todo con indecible resignación; ni una queja…, ni un movimiento se le escapa; su espíritu se había elevado tanto hacia las cosas celestiales que el verdugo podría haberla desgarrado sin que se hubiera atrevido siquiera a quejarse[*].



Animado por aquel embotamiento de parte de su penitente, el monje se volvió más resolutivo: cubriendo con su mano abierta las dos hermosas nalgas de aquel ángel, luego la dejó caer con fuerza, aplicándole de este modo una docena de azotes, tan violentos, que las bóvedas de la Iglesia resonaron y los riñones de la débil víctima se doblaron como la azucena agitada por el aquilón. Entonces vuelve a pasar delante de la joven y, sin observar decencia alguna, le enseña un instrumento que amenazaba el cielo, más que suficiente para desgarrar la venda, si pudiera desgarrarse la de la superstición; le toca el pecho, el malvado lo besa; envalentonándose cada vez más, osa imprimir sus labios impíos sobre aquellos donde reposaban la virtud, el candor y la verdad. ¡Dulces emociones de las almas sensibles! En este atentado desaparecisteis. En ese momento Justine trata de apartarse. «Alto», le dice en tono duro el monje que estaba ardiendo, «¿no os he dicho que vuestra salvación dependía de vuestra total resignación, y que lo que parecía mancilla en el resto de los hombres no era en nosotros más que pureza, castidad y devoción?». Reteniendo con una mano la cabeza de la víctima, le desliza mientras dice eso la lengua en la boca, y se aprieta

tanto contra ella que a Justine le resulta imposible no sentir la polla del monje frotarle el coño: pero el italiano, como si se hubiera asustado por esa infidelidad a su culto predilecto, vuelve a situarse inmediatamente detrás, propina el beso más ardiente…, el más cálido sobre aquellas nalgas encendidas por los vigorosos azotes con que los ha lastimado, las separa, mete su lengua en el lindo ojete[10], saborea la voluptuosidad en todos los aspectos, se atraca de lubricidades tenebrosas, siempre masturbado por su puto, que no se ha apartado de su lado desde el inicio de ese acto escandaloso, y que está a punto de hacerle correrse cuando, dándose cuenta de que le resulta imposible seguir adelante sin faltar a sus cofrades, le dice a Justine que se levante…, que le siga, y que el resto de la penitencia concluirá en el interior del convento. «¿Tengo que seguir desnuda, padre mío?», dice Justine algo inquieta. «Desde luego, responde el superior, ¿es más peligroso estar desnuda en casa que en la iglesia? Como vuestra penitencia no puede acabarse aquí, debo llevaros a los únicos lugares donde podemos terminarla. —Os sigo, padre mío». Y el joven, apagando los cirios, recoge las ropas. Justine sólo iba alumbrada por una pequeña vela llevada por Sévérino, que caminaba delante, y el puto detrás: en este orden penetra ella en la sacristía. Una puerta oculta en la pared de carpintería se abre por medio de un resorte secreto; aparece un corredor negro y oscuro, se adentran por él, la puerta vuelve a cerrarse. «Oh, padre mío», dice Justine toda temblorosa, «¿adónde me lleváis? —A un lugar seguro, dice el monje…, a un sitio del que lo más probable es que no salgas tan pronto. —¡Dios mío!», dice Justine intentando retroceder… «Adelante, sigamos adelante», dice en tono firme el superior, poniéndola delante para que pase la primera… «Leche, ya no es momento de echarse atrás; y pronto has de convencerte, hija mía, de que si no encuentras grandes placeres en el sitio al que te llevo, al menos aprenderás rápidamente el arte de servir a los nuestros». Estas terribles palabras hicieron estremecerse a Justine; un sudor frío se apoderó de ella; su imaginación horrorizada le mostró a la muerte balanceando la guadaña sobre su cabeza, sus rodillas se doblan, está a punto de caer. «Cerda», le dice el monje propinándole un vigoroso rodillazo en los riñones para levantarla, vamos, andando, y no intentes quejas ni resistencia, todo sería inútil». Estas crueles palabras reaniman a nuestra desdichada, siente que está perdida si muestra flaqueza. «¡Justo Dios!», dice al levantarse, «¡tengo que ser siempre víctima de mi candor, y que el santo deseo de acercarme a lo más respetable que tiene la religión sea castigado acto seguido como una fechoría!».

Mientras, prosiguen la marcha; estaban poco más o menos en la mitad de un largo pasillo que había que recorrer cuando el monje apagó la luz. Desde entonces ninguna precaución: a medida que Sévérino se da cuenta del aumento de espanto que su conducta provoca en Justine, menos miramientos tiene en palabras y acciones; y es pellizcándola o pinchándole las nalgas como su guía la obliga a avanzar. «Corre, bribona, le decía, ¿quieres que te dé por el culo y que te atraiga a la punta de mi polla?», y, mientras pronunciaba estas palabras, le hacía sentir lo aguzado que tenía el

dardo con que la amenaza. De improviso, Justine, que sólo contaba con sus manos para guiarse, se da contra un rastrillo provisto de puntas de hierro en las que se despelleja la mano derecha, lanza un grito… Se deja oír un ruido sordo; la barrera se abre. «Ten cuidado, dice el monje, agárrate al pretil, estás encima de un puente, el menor paso en falso te precipitaría en un abismo del que ningún esfuerzo podría sacarte». Abajo nuestra heroína encuentra una escalera de caracol, y al final de treinta escalones una escala a la que le obligan a subir. Durante esa ascensión, la nariz del monje se encuentra en el culo de Justine; el bribón besa y muerde lo que encuentra; por fin aparece una trampilla: «Empuja con la cabeza», dice el superior; reflejos de luz vienen a herir al punto los ojos de Justine; unas manos la levantan, se dejan oír carcajadas; y ya tenemos a la desdichada y a sus guías en una sala deliciosa y magníficamente iluminada, donde aparecen sentados a la mesa cinco monjes, dos niñas y cinco muchachos en el mayor desorden, servidos por seis mujeres desnudas. El espectáculo hace estremecerse a Justine; todavía pretende huir; no tiene tiempo, la trampilla ha vuelto a cerrarse.

«Amigos míos, dice Sévérino al entrar, permitidme que os presente un verdadero fenómeno. Ved aquí a una Lucrecia que lleva a la vez en su hombro la marca del crimen y en el corazón toda la ingenuidad de una virgen. Además, como veis, se trata de una joven magnífica. Examinad este talle, la blancura de esta piel, la firmeza de este pecho, la sublimidad de estos muslos, la redondez de este culo, la hermosura de estos cabellos, el delicioso conjunto de estos rasgos, el fuego divino de estas miradas. Aunque no esté absolutamente nueva, espero que confeséis sin embargo que hay muy pocas en el serrallo que reúnan tantas bellezas.

—Me cago en Dios, dice Clément, sólo la había visto vestida; me había dado cuenta, pero, rediós, por la sangre de Cristo del que me río, no la creía tan bonita». Obligan a Justine a sentarse en un rincón, sin preguntarte si necesita algo o no, y la cena continúa.

En este punto debemos pedir excusas al lector por la necesidad en que nos vemos de interrumpir por un instante el hilo de la narración para pintarle los distintos personajes con que vamos a hacerlo seguir. De no ser por esta precaución, ¿qué interés podría tener en nuestros relatos?

Capítulo VIII

Retratos. Detalles. Instalación.

Conocemos a Sévérino, se adivinan sus gustos. Reunía todos los que inspira el amor por los culos; en este punto su degeneración era tal que nunca había probado otros placeres. Y ¡qué inconsecuencia sin embargo en las operaciones de la naturaleza!; porque, con la extravagante fantasía de elegir únicamente esos senderos, aquel monstruo estaba dotado de facultades tan gigantescas que hasta los caminos más frecuentados le habrían parecido aún demasiado estrechos.

En cuanto a Clément, su esbozo ya está hecho. Únase al exterior que hemos pintado ferocidad, burla, la picardía más peligrosa, intemperancia en todo, un ingenio satírico y mordaz, ateo, corrompido, malvado, y tendremos la más completa imagen de este libertino. Respecto a sus gustos, caracterizaban su espíritu y nacían de su corazón; su bárbara figura era emblema de ellos. Clément, consumido, ya no podía joder; idólatra de los culos en el pasado, ahora le resultaba imposible ofrecerles otro homenaje que un maltrato dictado por las pasiones emanadas de aquella alma feroz. Pellizcar, pegar, pinchar, quemar, fustigar, infligir a una mujer, en una palabra, todos los suplicios posibles y recibirlos a su vez: ésas eran sus diversiones preferidas; placeres tan fatigosos para el desventurado objeto de su intemperancia que raramente salía de ellos sin quedar agotado o cruelmente desgarrado. No había una sola de las tristes víctimas de aquella casa que no hubiese preferido cualquier otra penitencia a la horrible necesidad de satisfacer los indignos placeres de aquel depravado, que, muy premioso en los detalles, muchas veces aburría más todavía de lo que agotaba; y de todas las criaturas que utilizaba, la más de lamentar era, sin duda, la que, mientras él actuaba sobre otras, estaba obligada a meneársela, para terminar exprimiéndole dos o tres gotas de esperma que perdía a cambio de vengarse con atrocidades por el robo físico que parecían, según afirmaba, hacerle.

Antonin, el tercer actor de estas voluptuosas orgías, tenía cuarenta años, era bajo, delgado, muy vigoroso, tan temiblemente dotado como Sévérino y casi tan malvado como Clément, entusiasta de los placeres de sus cofrades, pero entregándose a ellos con intenciones distintas. Si, en su bárbara manía, Clément no tenía otra finalidad que vejar y tiranizar a una mujer sin divertirse con ella de otro modo, Antonin, gozando de ella en toda la sencillez de la naturaleza, sólo la flagelaba y la atormentaba para conseguir más fuego y más energía; en una palabra, el uno era brutal por gusto, el otro por refinamiento. A esa fantasía unía Antonin algunos caprichos análogos a sus aficiones; amaba apasionadamente lamer a una mujer, obligarla a mearle en la boca,

además de muchas otras infamias cuyos detalles verán los lectores a medida que recorran estas memorias.

Ambroise tenía cuarenta y dos años; era un hombre pequeño, tripudo, muy gordo, cuyo humilde instrumento apenas sí se distinguía; de un libertinaje excesivo y aficionado a los muchachos, de una joven sólo le gustaba lo que la acercaba al otro sexo. Su gusto favorito, después de hacer que le ensangrentaran el culo a fuerza de golpes de varas, era que le cagasen en la boca mientras continuaban zurrándole; se tragaba el zurullo mientras follaba el culo que acababa de echarlo: ni siquiera las Gracias[1] hubieran conseguido que llegase al final de no ser por semejante episodio; porque lo cierto es que la verdadera voluptuosidad sólo reside en la imaginación, y que únicamente la alimentan monstruos que da a luz esa manera caprichosa de nuestra mente.

Sylvestre follaba coños, y añadía a ese placer sencillo dos o tres manías muy sorprendentes; la primera consistía en querer por encima de todo que la mujer a la que follaba cagase durante la operación; la segunda, más escandalosa para el tímpano del oído, y más fatigosa para la mujer, consistía en que lanzase grandes chillidos mientras él se corría, y en proceder a esa operación mientras él daba veinte bofetadas al desdichado objeto de su goce, al que, además de todo eso, tenía el cuidado de embadurnarle la cara con el zurullo depositado en su mano. Sylvestre tenía cincuenta años; mal conformado, su cara era horrible; pero tenía el mismo ingenio y la misma maldad que sus cofrades: ninguno carecía de esas cualidades, que ellos consideraban como las primeras bases de sus libidinosas asociaciones.

Jérôme, el mayor de aquellos seis solitarios, tenía sesenta años; pero, si era el más viejo, también era el más libertino. Todos los gustos, todas las pasiones, todos los crímenes se hallaban reunidos en el alma de este monje: unía a los caprichos de los otros irregularidades mucho más extrañas todavía, y circunstancias mucho más libidinosas: además, le daban igual todas las rutas de Venus, todos los sexos; pero sus fuerzas empezaban a flaquear, y desde hacía algunos años prefería la que, sin exigir nada del agente, dejaba al paciente la rarea de despertar las sensaciones y excitar la emisión de la semilla: la boca era su templo favorito; y, mientras le chupaban, se hacía azorar con fuerza. La continuación nos ofrecerá detalles que nuestros lectores preferirán ver en acción que en relato. Por otro lado, el carácter de Jérôme era igual de malvado, igual de taimado que el de sus cofrades, y tan partidario como ellos de la antifísica[2]; como a ellos, le gustaba que le follasen y sodomizasen muchachos una vez que, preparado por su boca, había encontrado, en ese restaurador, los socorros necesarios para la empresa.

Bajo cualquier forma, en fin, que el vicio pudiera mostrarse, estaba seguro de encontrar en aquella infernal casa, o partidarios, o templos. En la orden de los benedictinos se habían reservado enormes cantidades de dinero para preparar aquel retiro obsceno, que existía desde hacía un siglo y siempre ocupaban los seis religiosos más ricos, los más elevados de la orden, de la mejor cuna y de un libertinaje tan

desmesurado como para exigir que fueran sepultados en aquella guarida oscura de cuyo secreto ya no salían nunca.

Sigamos describiendo a grandes rasgos: Justine está reponiéndose; los monjes cenan; tenemos tiempo de acabar algunos cuadros pintados para arrojar luz sobre los importantes detalles que debemos trazar de aquella extraña morada del crimen y de la depravación.

En la casa había dos serrallos: uno de dieciocho muchachos, el otro de treinta muchachas; lo cual formaba para cada monje una división de cinco chicas y tres chicos. Al frente de todo había una sola mujer; la llamaban Victorine; y como sus talentos y ocupaciones merecen algunos detalles, le dedicaremos un artículo aparte. A cada uno de estos serrallos le estaba destinada una gran sala. Éstas eran sus divisiones particulares:

Las salas eran redondas; una mesa de comer ocupaba el centro; las celdas guarnecían el perímetro; cada individuo se acostaba solo; y su celda estaba formada por dos gabinetes; la cama estaba en uno, el bidé y la silla agujereada en el otro.

Los dieciocho muchachos estaban divididos en tres clases de seis individuos cada una; las dos primeras se llamaban clases de los putos; la tercera, clase de los agentes.

La primera clase de los putos estaba formada por seis sujetos de siete a doce años; tenían el gris de lino por color, y por uniforme uno marinero.

En la segunda se veía a seis jóvenes de doce a dieciocho años, vestidos a la griega, de color púrpura.

En la clase de los agentes se observaban seis sujetos de diecinueve a veinticinco años; esta clase iba vestida con fracs a la europea, de color doradillo.

Las cinco clases de chicas se distinguían enseguida, y estaban compuestas de la siguiente manera:

A la primera la llamaban las vírgenes aunque ni una sola lo fuese; se veía en ella a seis niñas de seis a doce años; iban vestidas con pieles blancas.

La segunda división comprendía seis, de doce a dieciocho años; las llamaban las vestales; iban vestidas de novicias de convento.

La tercera estaba formada por seis bellezas de dieciocho a veinticuatro años, a las que llamaban las sodomistas, debido a la superioridad de sus nalgas; iban vestidas a la griega.

La cuarta daba seis magníficas mujeres de veinticinco a treinta años; las llamaban las azoradas, debido al espíritu de su tarea; llevaban un traje a la turca.

Seis dueñas formaban la quinta clase; se admitían de treinta a cuarenta años, e incluso de más; iban vestidas a la española.

Para la composición de los individuos que debían asistir a las cenas no se observaba orden alguno. Cuando Justine se haya instalado, veremos a su institutriz rematar los detalles de los que aquí sólo damos previamente lo necesario para la comprensión de la primera escena. Retomemos el hilo.

Las dieciséis jóvenes que asistían a esta primera cena, diez de ellas sentadas a la mesa y las otras seis sirviendo, eran las dieciséis de edades tan distintas que sería imposible pintarlas en bloque.

Empecemos por las seis acólitas. Luego hablaremos de las diez invitadas.

Estas seis sirvientes no eran de una casta distinta a las demás muchachas; realizaban esa rarea sucesivamente, todas pasaban por ella cuando les correspondía. Pronto veremos a Justine recibir estas explicaciones. En esta ocasión se encargaban del servicio las criaturas que vamos a pintar.

La primera apenas tenía diez años, una carita agraciada, bonitos rasgos, una piel finísima y muy blanca, un culito que apenas apuntaba, el aspecto humillado de su suerte, temerosa y trémula.

La segunda tenía quince años; el mismo apuro en la actitud, un aspecto de pudor envilecido, pero una figura encantadora, mucho interés en el conjunto, poco pecho, un trasero redondo y muy bien cortado.

La tercera tenía veinte años; hecha para ser pintada, con el pecho más bello y las más bellas nalgas del mundo, magníficos cabellos rubios, unos rasgos finos, regulares y suaves, algo menos tímida que las dos primeras.

La cuarta tenía veinticinco años: era una de las mujeres más hermosas que fuera dado ver; candor, honestidad, decencia en el porte, y todas las virtudes de un alma dulce, la encarnadura mas hermosa que pudiera verse, unas caderas y una grupa que habrían podido servir de modelo.

La quinta era una mujer de treinta años; encinta de siete meses, aspecto lánguido y dolorido, bellos ojos llenos de interés, aire de virgen.

La sexta tenía treinta y dos años; morena, muy vivaracha, de ojos bellos, pero había perdido toda decencia, toda contención, todo pudor, el culo mediocre y muy oscuro, mucho pelo, incluso en el ojete.

Las invitadas y los muchachos se mezclaban con los monjes en la mesa. Ya conocemos a uno de esos jóvenes; sólo nos queda hablar de los otros.

El primero sólo tenía ocho años; era la figura del Amor mismo; el bribonzuelo estaba desnudo entre Ambroise y Jérôme, que lo besaban, lo masturbaban y le sobaban las nalgas, los dos a la vez y a porfía.

El segundo tenía trece años; bonito como un ángel, aspecto dulce y fino, bellos ojos, estaba desnudo de la cintura para abajo; daba placer ver su culo blanco y gracioso.

El tercero tenía dieciséis años; hecho para ser pintado, una figura encantadora, y la más linda polla del mundo.

El cuarto y el quinto figuraban los dos en la clase de los agentes; uno tenía veintidós años, el otro veinticinco; los dos altos y bien formados, soberbios cabellos y pollas monstruosas; era imposible abarcar la del último con la mano, tenía por lo menos siete pulgadas de circunferencia por diez de largo.

La primera de las dos jóvenes invitadas, elegida de la clase de las vírgenes, tenía ocho años; era una pequeña rosa marchitada antes de que la estación debiese entreabrirla; de no ser por eso habría sido bonita; pero, ajada por el libertinaje) ¿qué podía esperarse de ella? ¡Hasta qué punto no hay que haber llevado la depravación y el delirio de las pasiones para ultrajar así a la naturaleza!

La segunda apenas alcanzaba su segundo lustro; muy bonita; tenía dos años cuando ya no era virgen por ningún lado, y semejante infamia era obra de Jérôme.

La tercera, la cuarta y la quinta eran hermanas; la menor tenía trece años, la segunda catorce, la mayor quince. Las llamaban las tres Gracias: era realmente imposible ver nada más lozano, más gracioso, más interesante. Las tres se parecían: los mismos ojos, románticos y azules; la misma melena rubia, el mismo interés en el con junto, el mismo corte de nalgas; y, aunque las de la más joven todavía no estuviesen formadas del todo, comparando los atractivos que ofrecía en ese género con los que asimismo poseían sus dos hermanas, era fácil ver que no tardaría en convertirse en una obra maestra.

La sexta tenía dieciocho años; era una de las criaturas más bellas del mundo, un verdadero modelo de artista; pasaba por tener el culo más hermoso del serrallo.

La séptima, igual de bien formada cuando menos, no tenía sin embargo una figura tan bonita, sino algo más gruesa; tenía diecinueve años, y el pecho de la misma Venus.

La octava tenía veintiséis años, estaba embarazada de ocho meses; muy blanca, de ojos bellísimos y cabellos soberbios, pero un aspecto lánguido…, agobiado.

La novena era una mujer de treinta años, gorda como una torre y de altura en esa proporción; rasgos bellos, pero formas demasiado colosales y demasiado degradadas por la gordura; estaba totalmente desnuda, como las sirvientes, cuando Justine entró; era fácil distinguir que ninguna parte de su cuerpo estaba exenta de las marcas impresas por la brutalidad de los malvados cuyas pasiones le obligaba a servir su mala estrella.

La décima era una mujer de cuarenta años, marchita, arrugada, aunque todavía bella; la apariencia, del mayor libertinaje; su culo ajado respiraba lujuria, la entrada era ancha y de un color pardo rojo; como la mitad de los monjes, ya estaba borracha cuando Justine apareció.

Prosigamos ahora la historia de la recepción de nuestra heroína en aquel local impuro.

«Creo, dijo Sylvestre, que deberíamos festejar un poco más a esta bella niña, no dejarla languidecer de esta manera en un rincón, y concederle cuando menos los honores de una recién llegada. —Habría hecho antes esa reflexión, dijo Sévérino, si no os hubiese visto a todos revolcaros de modo tan crapuloso en sucios placeres…, ¿cómo sacaros de ellos? Sin embargo, convendréis conmigo en que es hacer muy poco caso de mi lindo descubrimiento recibirla con tanta indiferencia. —¡Pérfidos efectos de la saciedad!, dijo Ambroise, ya veis adónde nos conduce la abundancia. —

No veo por ninguna parte esa abundancia, dijo Jérôme; estoy tan harto de todo lo que me rodea que nunca siento otra cosa que necesidades; aquí no hay ni la cuarta parte de las criaturas que necesita mi lujuria. —Tiene razón», dijo Clément avanzando hacia Justine y agarrándola por el cuello para deslizar en su boca de rosa la más impura de las lenguas. «Sí, joder, tiene razón», dijo Antonin acercándose a saludar a nuestra heroína de la misma manera. Y ya tenemos a los dos lengüeteándola un cuarto de hora, mientras Jérôme, postrado delante de las nalgas, mete su lengua en el precioso ojete; Sylvestre hace otro tanto en el clítoris mientras menea la polla de Sévérino casualmente encontrada por sus dedos; y en menos de dos minutos, nuestra querida niña se encuentra tan bien rodeada que no tiene siquiera la posibilidad de defenderse. Es una bella azucena en medio de una tropa de abejones chupando, succionando, robando por todas partes el precioso jugo de la flor. Justine, sin embargo, hace cuanto puede para sustraerse a unas infamias que le repugnan; mas la convencen de que todas esas resistencias no son más que monerías inútiles, y que lo mejor que puede hacer es imitar con respeto la subordinación de sus compañeras.

«Que todo el mundo me preste un momento de atención, dice Sévérino; colocaos a mi alrededor, y que la recién desembarcada, a quien dirijo la palabra, me escuche de rodillas con veneración.

«Esclava de nuestras fantasías, dice el monje, tú, a quien el azar pone en nuestras manos, ¿no lees en ese decreto del destino lo que te presagia el futuro? Aquí no hay nada que sea obra del azar, todo está dispuesto por las leyes de la naturaleza y, tan pronto como, por una serie de estas leyes, caes en nuestras manos, es evidente que la naturaleza quiere que nos sirvas. Cumple pues tu destino con resignación; piensa que la más leve resistencia a nuestros caprichos, de la clase que sean, puede valerte la muerte; echa una ojeada a las compañeras que te rodean; no hay una sola que haya venido por propia voluntad a esta casa; a todas nos las han traído la fuerza y la astucia. Como tú, todas han pretendido oponer resistencia, y todas han reconocido enseguida la inutilidad de ese absurdo proyecto cuando han visto que las defensas que podían oponer no habían de llevarlas sino al más horrible de los tratos. Justine», prosiguió el superior, señalándole disciplinas, vergas, férulas, escalpelos, tenazas, estiletes y otros instrumentos de suplicio, «¡oh!, Justine, conviene que lo sepáis, ahí tenéis los seductores medios que empleamos con las jóvenes rebeldes; y esos medios nos las someten de forma inmediata: ¿tenéis ganas de convenceros? ¿Recurriréis a las reclamaciones? ¿A quién las dirigiréis? ¿Quién recibirá vuestras quejas en un lugar que para vos siempre estará lleno de delatores, jueces y verdugos? ¿Imploraréis justicia? La única que nosotros conocemos es la de nuestras voluptuosidades… ¿Las leyes? Sólo admitimos las de nuestras pasiones… ¿La humanidad? Nuestro único placer es violar todos sus principios… ¿La religión? A nuestros ojos carece de frenos; nuestro desprecio por ella aumenta debido a que la vemos muy de cerca… ¿Parientes, amigos? En estos lugares no hay nada de todo eso; sólo encontraréis el egoísmo, la crueldad, la depravación y el ateísmo: por lo tanto, vuestro único patrimonio es la

sumisión más completa; y esa perfecta resignación obliga aquí a muchas cosas. Los siete déspotas con los que habéis de véroslas, entre los que debéis incluir a la directora cuyas órdenes o cuyas fantasías deben ser tan sagradas para vos como las nuestras, esos siete déspotas, como iba diciendo, están sometidos cada día a terribles caprichos, y la más leve resistencia a estos actos arbitrarios, de fuerza o de tiranía, entraña de forma inexorable horrorosos suplicios, o la muerte. ¿Esperaríais de la fuga vuestra salvación? ¡Oh!, Justine, este último recurso es tan nulo como los otros: recorred con los ojos el asilo impenetrable en el que estáis; jamás ningún mortal apareció entre estas paredes; aunque el convento fuese conquistado, registrado y quemado, este refugio seguiría siendo desconocido. Es un pabellón aislado, enterrado, al que rodean por todas partes seis recintos amurallados de diez pies de espesor cada uno; y os encontráis ahí, querida, en medio de seis malvados que no desean tener ningún miramiento y a los que vuestras instancias, vuestras lágrimas, vuestras palabras, vuestras genuflexiones o vuestros gritos no harán sino enardecerla más. Así pues, ¿a quién recurriréis? ¿A quién os dirigiréis? ¿Será a ese Dios al que veníais a implorar con celo y que, para recompensaros de tanto fervor, probablemente sólo os precipita un poco más en la trampa…, a esa despreciable y repugnante quimera a la que nosotros mismos ultrajamos todos los días insultando sus inútiles leyes? Meteos esto en la cabeza, Justine: no hay ningún poder, cualquiera que sea su naturaleza, que consiga sacaros de aquí; y no existe en la categoría de las cosas posibles, ni en la de los milagros, medio alguno que pueda lograr libraros de nuestras manos…, que pueda impedir que os convirtáis, en todos los sentidos y de todas las maneras, en presa de horribles lujurias…, en víctima de los libidinosos excesos a que los seis vamos a entregarnos con vos. Así pues, adelántate, granuja, ofrece tu cuerpo a nuestros caprichos, préstalo por entero a los horrores con que vamos a mancillarlo, o de lo contrario el traro más bárbaro va a demostrarte los riesgos que una miserable como tú corre si nos desobedece».

Como es fácil de suponer, semejante discurso fue aplaudido por todos los monjes; a Clément le pareció divertido cachetear las nalgas de Justine para aplaudir con más energía.

Fue entonces cuando la desventurada sintió el horror de su situación. Se precipita a los pies de Dom Sévérino, y se vale de toda la elocuencia de un alma desesperada para suplicarle que no abuse del triste estado en que se encuentra: las lágrimas más amargas y abundantes van a inundar las rodillas del monje; y la desdichada emplea todo lo que supone más fuerte y más patético para conmover a aquel monstruo. ¿De qué sirve todo eso? ¿Podía ignorar que las lágrimas son un atractivo más a los ojos de los libertinos? ¿Podía dudar de que cuanto intentase para conmover a aquellos bárbaros no serviría sino para excitarles mejor? «Vamos», dice el superior rechazándola con brutalidad, «empecemos, amigos míos: hagamos sufrir a esta zorra todas nuestras fórmulas de recepción, y que no se le haga gracia de una sola».

Se forma un círculo; está compuesto por seis monjes, cada uno de ellos rodeado por dos muchachas y un muchacho; colocan a Justine en el centro, y éstas son las distintas pasiones que sufre al dar las tres vueltas habituales, a las que sus compañeras también se habían visto sometidas cuando hicieron su entrada en la casa.

Sévérino es el primero; a su lado están la niña de quince años, la mujer de treinta y dos y el muchachito de dieciséis.

Luego viene Clément; tiene a su lado a la chica de veinte años, a la de veinticinco, y al niñito de trece.

Le sigue Antonin: está rodeado por la muchacha de catorce años, por la de dieciocho, y por el puto de ocho.

Ambroise está en medio de la niña de diez años, de la de diecinueve, y del jodedor de veintidós.

Sylvestre, con el jodedor de veinticinco años, tiene a su lado a la mujer de treinta y a la de cuarenta.

Jérôme tiene el puto de quince años, el mismo que hemos visto en la iglesia durante la confesión de Justine, la niña de trece y la de ocho.

Justine es conducida al centro del círculo por la mujer embarazada, de veintiséis años, que la presenta a cada uno de los monjes; las dos están desnudas.

Justine llega a Sévérino, que sobaba las nalgas de la niña de quince años, a quien el pequeño puto masturbaba; y que mientras obligaba a la otra mujer de treinta años[*] a chupar la polla del joven: el monje obliga a hacerle otro tanto a Justine, mientras él le chupaba el agujero del culo.

Pasa luego a Clément, que se divertía cacheteando las nalgas de la joven de veinticinco años, pellizcando las de la chica de veinte y haciéndose masturbar por su puto: Justine ofrece su culo; Clément lo besa, y huele las axilas.

Nuestra heroína se acerca a Antonin, que masturbaba a sus dos muchachas, y al que su puto socratizaba: chupa el clítoris de Justine.

Pasa a Ambroise: estaba follando al puto y metía los dedos de cada mano en sendos culos: Justine le frota la cara con su culo.

Sylvestre, entre la segunda mujer de treinta años y la de cuarenta, magreaba brutalmente el culo de ésta y el coño de la otra, y mientras se hace encular por su jodedor, besa a Justine, metiéndote la lengua en la boca, la lengua en el coño y la lengua en el culo.

Jérôme, masturbado por el puto de quince años, tiene un dedo en el culo de la niña de siete, otro en el coño de la niña de trece; mete su polla en la boca de Justine.

Y la ronda empieza de nuevo.

En ésta, todos los monjes se hacían chupar por los muchachos, mientras las chicas, subidas a unos taburetes por encima de sus cabezas, les ponían las nalgas en la nariz; Sévérino entreabre las nalgas de Justine y la obliga a soltarle un pedo en su boca.

Clément le hunde un dedo en el culo, metiéndoselo y sacándoselo durante un cuatro de hora.

Antonin le hace sentir la polla en los bordes del coño, y la retira enseguida. Ambroise la encula, y sale al cabo de dos o tres sacudidas. Sylvestre se la mete en el coño un instante, y en su opinión la virginidad de Justine es bastante clara. Jérôme, para correrse cuanto antes, le mete alternativamente la polla en el culo, en el coño y en la boca.

Proceden a la tercera ronda. En ésta, todos los monjes follan.

Sévérino encula a la chica de quince años, que gime bajo los esfuerzos redoblados de su polla; el muchacho de dieciséis le jode, mientras el otro golpea con fuerza las nalgas de la mujer de treinta y dos; cuando le toca pasar a Justine, Sévérino le muerde el culo.

Clément folla en la boca al niño de trece años; la joven de veinticinco le azota, mientras tiene ante la vista el trasero de la de veinte: ordena a Justine que le lama su ojete y luego, al salir de ese lugar, que le bese en la boca; y le aplica dos bofetadas.

Antonin folla el lindo coñito de la niña de catorce años; cachetea el culo del puto de ocho; y la joven de dieciocho le hace lamerte el coño: muerde hasta hacer sangre en la teta izquierda de Justine, aplicándole seis manotazos en el culo, cuyas señales no se borrarán en seis días. Propina entonces un empujón tan vigoroso con los riñones que parece que va a atravesar a su jodedora; la pobre niña lanza un grito: Antonin, que no quiere correrse todavía, desencoña al punto; ha herido a la niñita, tiene la polla cubierta de sangre; para consolarla, la azota. Continúan.

Ambroise encula a la niña de diez años, mientras se hace azorar por el joven de veintidós y magrea las nalgas de la chica de diecinueve; propina veinticinco latigazos a Justine, sin poner en ellos mucha energía.

Sylvestre encoña a horcajadas a la mujer de cuarenta años; ella le caga, mientras, en la raíz de la polla; el joven de veinticinco años le jode, mientras él besa y chupa el interior del coño de la mujer de treinta, puesta a cuatro paras boca abajo, encima de él, con los muslos muy separados. Se lanza como un perro rabioso sobre el coño de Justine, cuando se la acercan, y la muerde hasta hacerle sangre. El granuja se corre lanzando chillidos; pero cambia enseguida de templo y es en el culo de la decana donde el infame pierde su leche.

Jérôme jode el culo de la niñita de ocho años; chupa la polla del puto de quince, y se entretiene dando papirotazos en la nariz de la niña de trece: pellizca con tal fuerza las retas de Justine que ésta lanza un grito terrible; el bribón, para hacerla callar, le asesta en los costados cinco o seis puñetazos tan vigorosos que la joven vomita todo lo que tiene en el vientre.

«Vamos», dice Sévérino, que ya no puede contenerse, y cuya polla, excitada, parece amenazar las bóvedas, «pasemos a cosas más serias; follémosla con todo vigor». Dicho esto, rumba a Justine en un sofá, con los riñones en el aire; dos mujeres la sostienen: el superior, con su enorme chafarote en la mano, avanza y lo planta ante

el delicioso agujero; empuja sin mojarlo, abre brecha; por enorme que sea, penetra: seducido por unos preliminares tan afortunados, redobla su vigor y llega al fondo. Justine grita: ¡qué le importa! El maricón es feliz. ¿Qué le importan a nadie los dolores de otro en medio de la lubricidad? Encula al italiano; cuatro mujeres desnudas le rodean por todas partes, la imagen que adora se reproduce de mil maneras diferentes ante sus ojos libertinos; se corre.

Clément avanza; va armado de unas varas; sus pérfidos designios se manifiestan en sus ojos. «Soy yo quien va a vengaros, le dice a Sévérino; voy a corregir a la pura por resistirse a vuestros placeres». No necesita que nadie sujete a la víctima; uno de sus brazos la enlaza y la comprime sobre una rodilla que, al subir el vientre, le expone más al descubierto el soberbio culo que quiere flagelar. Primero prueba los golpes, parece no tener otra intención que hacer un preludio; e inflamado muy pronto de lujuria, excitado por los episodios obscenos que le rodean, el cruel golpea con todas sus fuerzas: nada escapa a su ferocidad; el muy traidor lo recorre todo desde la mitad de los riñones hasta la molla de las piernas: osa incluso mezclar el amor con esos momentos de espanto, su boca se pega a la de Justine y quiere respirar los suspiros arrancados por el dolor; corren las lágrimas, las devora. Besa y amenaza alternativamente; pero continúa golpeando. Mientras actúa, la preciosa chica de dieciocho años le chupa la polla y un jodedor lo encula. Cuanto más placer recibe, más violencia llevan los golpes que da; la desdichada Justine está a punto de ser desgarrada, y nada anuncia todavía el final de su tormento. Por más que agote todas las partes… por más que muestren a sus ojos los atractivos más delicados, el picha floja no se empalma; una nueva crueldad le impulsa: los pechos sublimes de Justine están a su alcance; los excita y lleva hasta ellos boca; el antropófago los muerde; ese exceso determina su crisis; la leche escapa, y espantosas blasfemias han caracterizado sus chorros; y el monje, extenuado, la abandona a Jérôme.

«Yo no voy a ser para vuestra virtud más peligroso que Clément», dice el libertino acariciando las nalgas ensangrentadas de aquella pobre niña, «pero quiero besar esas heridas; soy tan digno de hacer lo mismo que debo honrarlos un poco. Clément, te verás superado; quiero desollar al vecino». Le da la vuelta, expone perfectamente a su alcance el vientre liso y el coño deliciosamente sombreado de nuestra encantadora huérfana; y el bárbaro lo desgarra todo a golpes de disciplinas; luego, obligándola a ponerse de rodillas delante de él, se pega a ella en esa postura, y su fogosa pasión se sacia haciéndose chupar. Mientras actúa así, la mujer gorda lo azora; la de treinta años le caga encima de la nariz; las de catorce y quince le hacen otro tanto en las manos. He ahí los excesos a que la saciedad conduce a Jérôme: sea como fuere, a fuer za de impurezas es feliz; y la boca de Justine recibe por fin, al cabo de media hora, con un asco fácil de adivinar, el repugnante homenaje de este infame fauno.

Antonin aparece; sus armas están dispuestas. De buena gana se serviría de los episodios de Clément: la fustigación activa le agrada tanto como a este monje; pero

como tiene prisa, como su polla revienta de lujuria, le basta el estado de degradación en que ve las cosas; examina esos deliciosos vestigios, goza con ellos; y, dejando a Justine boca abajo, manosea con rudeza las dos nalgas, mientras una de las niñas le masturba y presenta la polla a la vagina; el libertino empuja: el asalto, aunque igual de violento que el de Sévérino, al producirse en un sendero menos estrecho, no resulta tan rudo de soportar. El vigoroso atleta agarra las dos caderas y, supliendo los movimientos que Justine no puede hacer, la agita sobre él con viveza: por los redoblados esfuerzos de aquel Hércules se diría que, no contento con ser el dueño de la plaza, quiere reducirla a polvo. Ataques tan crueles hacen sucumbir a Justine; pero, sin preocuparse de sus penas, el cruel vencedor sólo piensa en los placeres que disfruta. Todo le rodea, todo le excita, todo concurre a sus voluptuosidades: frente a él, elevada sobre sus riñones, la joven de veinte años le hace chuparle el coño; la de cuarenta, de rodillas, con la cara entre sus muslos, le lametea el culo; y el bribón masturba con una mano la polla de un chico de dieciséis años y con la otra el clítoris de la niña de trece; ninguno de sus sentidos deja de ser excitado, no hay ninguno que no concurra a la perfección de su delirio; lo alcanza; pero la prudente Justine no experimenta más que dolor. El malvado llega solo al placer: sus impulsos, sus gritos, todo lo anuncia; y la púdica criatura queda inundada, a pesar suyo, por las pruebas de una llama que sólo ha encendido en una sexta parte.

Ambroise la coge al salir de ahí. Sólo es un culo lo que su furor necesita: suerte que su polla no es espantosa, en un minuto está en el fondo; pero el inconstante no se queda en ese lugar; sale, vuelve a hundirse, se retira para volver a abismarse de nuevo; y, en cada intervalo, su boca solicita un zurullo, que por fin le dan: «¡Ah!, rediós», exclama en cuanto lo tiene, «es todo lo que necesitaba para joder». Vuelve a colocarse, le sodomizan: cuatro bellos culos, dos de varones y dos de hembras, se sitúan a su alrededor; todos estallan, cagan, sueltan pedos; se lo hacen en la nariz, en la cara, en la boca; le llenan las manos de mierda, y el impúdico, en el colmo de sus deseos, pierde su leche insultando a aquella de la que sin embargo recibe toda su voluptuosidad.

Llega Sylvestre. Se folla un coño que ya le ha costado el esperma; pero mientras tanto quiere chupar una polla; y el licor que absorbe de esa polla lo entrega en la boca de la mujer a la que goza. Le follan; a la derecha masturba a la chica de dieciocho años; a la izquierda, manosea el culo de la de catorce; y, singularmente excitado por el lindo coño de Justine, por aquel coño casi virgen y que siempre purifica la virtud sin tacha de aquella desventurada niña, el bribón se corre una vez más, lanzando gritos que se habrían oído a una legua, de no ser por las precauciones del lugar.

Mientras tanto, Sévérino cree posible por fin que aquella infortunada necesite algo: le ofrecen un vaso de vino español; mas, poco sensible a esas atenciones interesadas, Justine se entrega al violento dolor que desgarra su alma. En efecto, ¡qué situación para una joven que ponía toda su gloria y toda su felicidad en su virtud, que únicamente se consolaba de los males de la fortuna con la alegría de ser siempre

buena! Agobiada, Justine no puede soportar la horrible idea de verse tan cruelmente mancillada por los mismos de quienes debía esperar el mayor socorro; sus lágrimas corren en abundancia; sus gritos lastimeros hacen resonar la bóveda; rueda por el suelo, se golpea el pecho, se arranca los cabellos, invoca a sus verdugos, les suplica la muerte. ¿Podría creerse? Sí, quienes conocen el alma de los libertinos no se sorprenderán ante ninguno de estos extraños impulsos. Ese espectáculo horrible excita a estos monstruos. «¡Oh!, joder, dice Sévérino, nunca se ofreció a mis ojos una escena más bella; ved el estado en que me pone; ¡es inaudito lo que consiguen de mí los dolores femeninos! Cojamos de nuevo a esta zorra; y para enseñarle a chillar como lo hace, no hay que andarse con contemplaciones»; tras decir esto, acercándose con las varas en la mano, azota a Justine con todas sus fuerzas. ¡Qué exceso de ferocidad! ¡Es posible que esos monstruos la llevasen hasta el punto de elegir el instante de un crisis de dolor moral tan violento como el que sentía su víctima para hacerle sufrir otro físico tan bárbaro! Un puto chupa a Sévérino mientras éste actúa; una niña le azota. Después de cien golpes, aparece Clément, que le aplica el mismo número; le follan mientras flagela, la más joven de las niñas le masturba. Viene luego Antonin, y azota la parte delantera; la golpea desde el ombligo hasta debajo del coño; una mujer le socratiza, otra se la menea. Ambroise, que lametea el culo de la niña de quince años, y que se la chupa al puto de ocho, vuelve a apoderarse del culo para reabrir sus llagas; sólo se detiene a los ciento sesenta. Sylvestre, en cuyas narices dos mujeres cagan, quiere azotar mientras tanto la espalda, los riñones y la parte inferior de los muslos. Jérôme, cuyas nalgas pincha la mujer cíe cuarenta años con una aguja de oro, y al que masturba a la niña de catorce años, lo golpea todo sin miramientos con nada.

«Pongámonos los seis encima de ella», dice Sévérino introduciéndose en el culo. «Me parece muy bien», dice Antonin, apoderándose del coño. «Hágase como nos han requerido», dice Clément follando la boca. «Nos masturbará a cada uno con una mano», dicen a la vez Ambroise y Sylvestre. «Y ¿qué tendré yo?, dice Jérôme. —Las tetas… son magníficas, dice Sévérino. —A mí no me gustan, responde el libertino. —Pues coge entonces el culo», dice el superior, colocándose entre los dos senos. Todo queda dispuesto; la desdichada hace frente a los seis monjes, y los accesorios se disponen. Encima de Jérôme, que sodomiza, se colocan artísticamente los culos de las tres lindas hermanitas; puede besarlos mientras folla. Al alcance de la cara de Antonin, que encoña, se presentan entreabiertos otros tres lindos coños. Ambroise, a quien se la menean, hace lo mismo con cada mano a los dos putos de dieciséis y dieciocho años. Sylvestre, asimismo masturbado, soba las nalgas de la mujer gorda de treinta y cinco años, y dirige sobre las nalgas de la de diecinueve las oleadas de leche que Justine hará brotar. Clément, que folla la boca, mordisquea, para entretenerse, un coñito imberbe, y las nalgas, apenas apuntadas, de un puto. Ponen al alcance de Sévérino, que jode las retas, las de la mujer gorda, que manosea con algo de dureza, y las nalgas de otra sultana, que el cruel pincha con un alfiler. No hay nada más lúbrico

de ver que los movimientos convulsos de este grupo, formado por veintiún personas: todas las demás lo rodean con cuidado, y todas parecen prestar a los seis actores principales cuanto creen que lo excita más. Mientras tanto, Justine soporta todo; todo el peso recae únicamente sobre ella. Sévérino da la señal, los otros cinco le siguen de cerca; y ya tenemos, por tercera vez, a nuestra desventurada heroína indignamente mancillada por las pruebas de la repugnante lujuria de estos insignes malvados.

«Es suficiente para un recibimiento», dijo el superior acercándose a examinar a Justine; «ahora hemos de hacerle ver que no tratamos mejor a sus compañeras». La colocan por lo tanto en un trozo de columna plantado en un extremo de la sala y en el que apenas se podía sentar una persona: le colgaban las piernas, no tenía nada ni para apoyarse ni para sostenerse, y el asiento era lo bastante elevado para que pudiera romperse un miembro si se caía: en ese trono colocan a la reina del día; y allí le recomiendan que centre ávidamente los ojos en los menores detalles de las escandalosas orgías que van a celebrarse junto a ella.

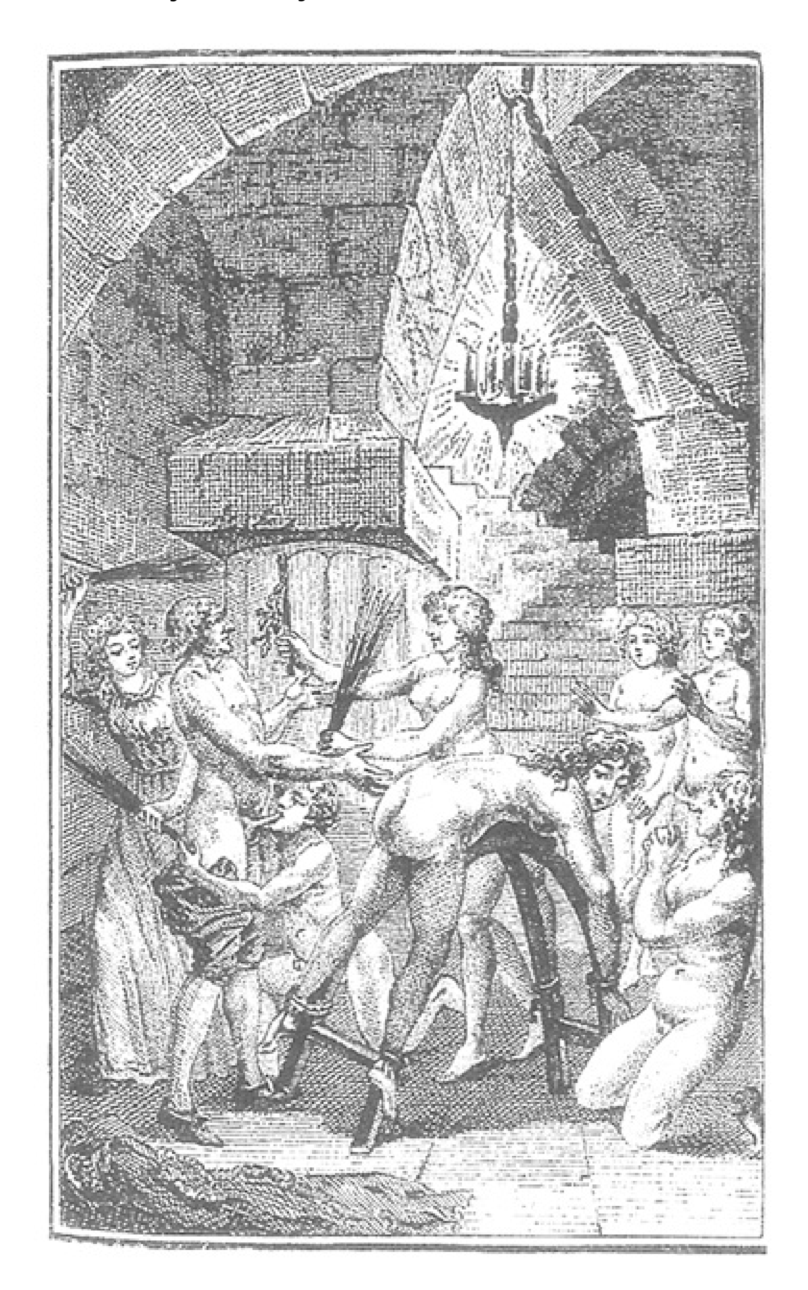
La primera escena fije una fustigación general. Las dieciséis niñas, incluida la que estaba encima, fueron atadas a una máquina muy ingeniosa: ligadas a lo largo del aparato, mediante un resorte se les hacía separar las piernas y los muslos a voluntad, e inclinar la parte superior de su cuerpo hasta el suelo. Si las ponían boca abajo, los riñones y las nalgas se encontraban a una altura prodigiosa, y la piel se tensaba tanto, tanto se dilataba que, con menos de diez vergajazos, la sangre corría a borbotones; si las ponían boca arriba, el vientre se alabeaba hasta el punto de reventar; y como, mediante otro resorte, los muslos, como acabamos de decir, se separaban de una forma prodigiosa, resultaba que el coño y la vagina se ofrecían a tal altura y anchura que se hubiera dicho que iban a henderse. En cuanto trajeron la máquina, Jérôme y Clément propusieron poner a Justine en ella. Sévérino, a quien el culo de aquella infortunada le parecía el más bello del mundo, y que quería entretenerse con él un rato, manifiesta que la joven había tenido suficiente para el primer día; que había que dejarla descansar y… Pero Jérôme le interrumpe: devora con los ojos a la interesante criatura; su carácter feroz no le permite poner límite alguno a sus deseos; discute la tolerancia de Sévérino. «¿Es que esta puta está aquí para descansar?, dice Jérôme furioso; ¿queremos hacer de ellas damas o muñecas de tocador? ¿Hasta cuándo toleraremos que se nos siga hablando de humanidad en medio del crimen y la lujuria? Una muchacha, aunque sólo estuviese aquí una hora, aunque tuviese que reventar al minuto a consecuencia de castigos o tormentos infligidos por nosotros, no habría hecho otra cosa que cumplir su destino, y no tendríamos nada que reprocharnos. ¿Están estas zorras entre nosotros para otra cosa que para satisfacer nuestras pasiones? Desterremos esas falsas concepciones, y que nuestros ojos estén siempre abiertos a la más sabia de las leyes que nosotros mismos nos hemos impuesto. Abro el libro y leo: “Si uno de los miembros de la sociedad desease, para su simple satisfacción, la muerte de todos los individuos que componen los distintos serrallos de la casa, a ninguno de sus cofrades le estará permitido resistírsele, y todos, de

común acuerdo, se apresurarán a favorecer sus deseos”. Yo voy más lejos que Jérôme», dice Clément, entre dos muchachas que lo masturbaban, una por delante y la otra por detrás; «pido que la recién llegada sea sometida, desde esta noche, a las torturas del último suplicio; me irrita hasta tal punto que no puedo verla sin conspirar contra su vida, y exijo ahora mismo su muerte. —Yo conozco nuestras leyes como Jérôme, dice Sévérino en tono flemático; pero, al citar el artículo que favorece sus deseos, ha olvidado el que puede obligarlos. Abro el libro en el mismo artículo y veo a renglón seguido de lo que os ha leído: “No se deberá proceder sin embargo al juicio del sujeto desacreditado sino por mayoría de votos; ocurrirá lo mismo para el suplicio por el que el sujeto haya de perecer”.

¡Bueno!, dice Jérôme, sometamos ahora mismo mi propuesta a votación, y que la víctima sea tendida, durante el debate, en el potro, con las nalgas vueltas delante de sus jueces». Cogen en el acto a Justine, la atan: son tales su espanto y su angustia que apenas oye lo que dicen. Sujetos de lujuria rodean a cada monje, cada uno está en medio de dos muchachas y un muchacho: sólo así puede decretar su sentencia; es necesario que la tenga tiesa antes de emitir su voto: la decana de las chicas comprueba: todo está al aire. Después de un momento de silencio, el superior deja en las opiniones la vida de la desdichada Justine; pero Jérôme y Clément son los únicos que se deciden por su muerte; los otros cuatro quieren, según expresan, seguir divirtiéndose un tiempo con la joven. Justine está, pues, emplazada; y, para divertirse cuanto ames, el propio Sévérino ara sobre la infernal máquina a la chica de dieciocho años, que sin duda podía pasar por ser la más bella de la casa. La colocan boca abajo; la curvan, y sus bellas nalgas aparecen en toda su sublimidad. Su flagelación se dispone de la siguiente manera; la que nuestros lectores van a ver practicar para ésta será la misma que se utilizará con las demás: cada monje debe fustigar por turno; junto a la víctima hay una niña muy joven provista de todos los instrumentos necesarios para la operación; los ofrece al azotador, que elige, a capricho, el que más le place, y que en algunas ocasiones utiliza todos; otra joven, elegida en la categoría de las más fuertes, azota al monje mientras éste trabaja; y uno de los niños, arrodillado delante de él, le chupa. Se obliga a la que debe suceder a la latigada a permanecer de rodillas, con las manos juntas, en acritud de dolor y humillación; enfrente del azotador, muy cerca, le pide gracia, le implora, llora; y, mientras, uno de los monjes, situado cerca del agente, le exhorta a la inhumanidad más bárbara y le indica que de su conmiseración mal entendida pueden derivarse los mayores peligros.

Todas las mujeres, incluso las más jóvenes y las que están embarazadas, son azotadas despiadadamente de acuerdo con estos principios: cada monje despacha dieciséis, tanto por delante como por detrás. A casi todas se les da la vuelta; cosa que las aflige más todavía, pues la flagelación anterior les parece, con razón, más dolorosa que la otra; porque, como estos malvados buscaban atentamente qué podía atormentar mejor a aquellas desdichadas, se preocupaban de que, mientras fustigaban la parte delantera, los nudos de la disciplina que entonces empleaban penetrasen en el

interior de la vagina, para así excitar en esa delicada parte dolores excesivamente vivos; y cuanto más se quejaba la víctima en ese momento cruel, cuanto más gritaba mayor era el goce de los libertinos, mejor se masturbaban, más se deleitaban. Sin embargo ninguno se corrió: tan acostumbrados estaban al vicio, tan hastiados estaban de las escenas más fuertes y más lujuriosas.



Acabada aquélla, la mujer de cuarenta años y la mujer gorda de treinta fueron a colocarse en un canapé: dos de las niñas, una tras otra, iban a colocarse entre sus brazos; y las retenían entre ellos; entonces los monjes se acercaban para hacer sufrir a una u otra de estas dos pacientes un suplicio de elección. Junto a cada víctima había dos putos: una vez impuesta la penitencia, el verdugo iba a refugiarse, a gusto suyo, en aquel de aquellos culos que más le apetecía; los otros tres se ofrecían a sus besos; mientras tanto, los enculaban, y dos chicas se situaban debajo de sus manos; otra de más edad no debía separarse del monje que actuaba, para servirle en sus operaciones,

y principalmente en el acto sodomita: su deber consistía entonces en mojar la polla con su boca y hundirla con sus propias manos en el culo ofrecido.

Empieza Sévérino: es la más joven la que ofrecen a su pasión. El malvado le pellizcaba las nalgas con una fuerza tan terrible que están totalmente moradas al salir de sus manos: el monje se refugia en el culo de un puto; mientras lo enculan, besa y toca indistintamente todo lo que se le ofrece culo, coño, pechos, todo sirve para su lujuria: el hombre apasionado no tiene demasiados miramientos, quiere soltar su leche; para lograrlo, todo sirve; y el superior lo consigue.

Le sigue Clément: es la bonita niña de quince años la que entregan a sus furores. El malvado se sirve de un puñado de espinas; frota vigorosamente con ellas todo el cuerpo de esa desdichada y moja luego con vinagre las ampollas que acaba de levantar: se lanza sobre un puto; pero como no está suficientemente empalmado para joder, hace que se la chupen; y el bribón se corre, imprimiendo sus dientes con rabia en las nalgas de la mujer gorda que su lujuria ha deseado.

Aparece Antonin: es la hermosa joven de dieciocho años la que va a servir para su furia. Cierto que al extravagante le gustan los coños; pero eso no le impide vejar, atormentar el de esta encantadora criatura, y lo hace de una forma espantosa; es imposible imaginar hasta qué punto se permite ultrajar esa interesante parte; a alfilerazos lo acribilla mientras se empalma; y cuando esa atroz barbarie lo ha excitado suficientemente, cuando la tiene dura, se refugia en el coño de una de las niñitas más pequeñas, a la que han obligado a reemplazar al puto, y descarga, chupeteando el coño que acaba de ultrajar; y todo esto mientras le follan.

Llega Ambroise: ¡qué monstruo! Ha querido por paciente a la misma niñita que acaba de servir a su cofrade, y la acaricia con grandes puñetazos; los respalda con una firmeza tan grande y con tal rapidez que la niña cae desvanecida a sus pies: el monje encula al puto de trece años mientras le follan a él; besa culos y su leche brota.

Llega Sylvestre: va a utilizar a la joven de veinte años; sus nalgas ya están ofrecidas; ¡qué bellas son! ¡Cómo se puede ser tan bárbaro para ultrajar así lo que la naturaleza convirtió en el colmo de la perfección! «Escuchad», dice Sylvestre a su víctima: «no os ocultaré que la vejación que os preparo es horrible; pero sólo de vos depende libraros; hacedme ahora mismo un zurullo magnífico, y escaparéis a lo demás". ¡Qué infame! Sabía de sobra que era imposible; no ignoraba que aquella encantadora joven acababa de dar a Jérôme, no hacía ni un instante, lo que con tanto ardor él solicitaba. La pobre niña expone la imposibilidad física en que se encuentra para conceder lo que le exigen. «Estoy enfadado», responde Sylvestre; y, cogiendo unas tenazas, el bárbaro arranca en cinco o seis puntos la piel de los muslos y las nalgas con tal violencia que la sangre fluye de cada herida. Allí hay un coño; se entierra en él: su jodedora, instruida, y que se ha reservado, no deja de cagarle en la polla mientras encoña a la niña; culos masculinos lanzan otros dos zurullos; mientras tanto, le joden, y el bribón se corre blasfemando de su dios.

Ya sólo queda Jérôme; llega: va a ejercitarse sobre la niña de trece años. El muy lascivo sólo se sirve de los dientes; pero cada mordisco deja una huella de la que no tarda en brotar la sangre. «En el estado en que me encuentro, la devoraría, dice el furioso maricón; me la comería viva; hace tiempo que tengo ganas de devorar a una mujer y de chuparle la sangre». Jérôme se empalmaba como un diablo; se lanza sobre el culo del puto de dieciséis años, se la mete, muerde cuanto se le ofrece y descarga mientras le follan.

Los monjes beben y repararan fuerzas mientras la desdichada Justine, en su andamio, está a punto de desmayarse. La niña de quince años quiere consolarla; es condenada a trescientos latigazos, que al instante le son propinados por los seis monjes; su culo destila sangre.

«Nada de piedad, nada de conmiseración, dice Sylvestre, el humanitarismo es la muerte del placer; estas zorras están aquí para sufrir, y es necesario que su destino se cumpla en toda su extensión. Si es cierto que libertinos como nosotros no deben sacar su principal goce sino del exceso de los dolores en que sume a las criaturas destinadas a su lujuria, ¿quién no me concederá que hablar de conmiseración es decididamente incumplir el objetivo? ¡y qué importa que una puta sufra cuando gentes como nosotros se empalman! Creadas sobre todo para nuestros placeres, las mujeres deben limitarse a satisfacerlos, en todos los sentidos y desde todos los puntos de vista que pueda ser; si se niegan, hay que matarlas como a seres inútiles, como a animales peligrosos; porque en ese caso no hay término medio, todas las que no sirvan a nuestra voluptuosidad, la perjudicarán; desde ese momento son enemigas nuestras; por lo tanto, lo más prudente que uno debe hacer, en todo tiempo y lugar, es desembarazarse de sus enemigos. —Sylvestre, dice Jérôme, me parece que olvidas los principios de la caridad cristiana. —Aborrezco todo lo que es cristiano; ¿puede conseguir un montón de bajezas semejantes el menor ascendiente sobre la razón de un hombre inteligente? Esa infame religión, hecha para los mendigos, debía favorecerlos e incluir por lo tanto la humanidad entre sus virtudes; pero, rediós, amigos míos, nosotros que nadamos en todas las voluptuosidades de la tierra, ¿qué necesidad tenemos de ser bienhechores? Esa bajeza sólo le está permitida al que tiene miedo a fallar; cree que ha de ayudar a quienes se da cuenta de que necesitan alguna luz: nosotros, que nunca tenemos necesidad de nadie, ahoguemos esa debilidad en nuestros corazones y no dejemos penetrar en él sino la lujuria, la crueldad y todos los vicios que deben derivar de estos dos o apuntalados.

—¡Cómo!, Sylvestre, dice Sévérino, ¿crees que hay que matar decididamente a nuestros enemigos? —Sin excepción, prosigue Sylvestre; no debe haber astucia, violencia, traición ni pillería que no deba emplearse para conseguirlo; y la razón es muy simple: ¿no es cierto que ese enemigo me mataría si pudiese? —Desde luego. —¿Por qué perdonarle entonces? La muerte que le doy no es un ultraje en ese caso, es una justicia; le ahorro un crimen; me pongo por completo en el lugar de las leyes; y, matando a ese enemigo, cumplo positivamente el mismo acto de justicia que ellas;

por lo tanto, nunca podría ser culpable. Es más: si tengo poder, nunca esperaré a que mis enemigos se hayan señalado bien para matarlos; me desharé de ellos a la más ligera sospecha, a la delación más vaga, a la más fútil apariencia; porque cuando se ha formado, ya no es hora de disipar la tormenta; me falta prudencia si no la he prevenido. Hay una verdad terrible de pronunciar, pero que, sin embargo, como verdad, debe ser manifestada; y es que una sola gota de nuestra sangre vale más que todos los riachuelos de sangre que los demás puedan derramar; y, de acuerdo con esto, nunca debemos dudar aun cuando para conservar esa gota hiciéramos correr torrentes. Es inaudito lo que se recibe de todos los dones del egoísmo; y, por desgracia para los filántropos, el egoísmo es la más santa y más segura de las leyes de la naturaleza. Pueden decirme que es un vicio; mientras sienta sus consejos grabarse y tronar en el fondo de mi alma, me entregaré a ese impulso y rechazaré vuestros errores. Dado que la mayoría de los arranques de la naturaleza son funestos para la sociedad, lo más sencillo es convertirlos en crímenes; pero las leyes sociales tienen por objeto a todos los hombres; y las de la naturaleza son individuales, y por consiguiente preferibles: porque la ley hecha por hombres para todos los hombres puede ser errónea, mientras que la inspirada por la naturaleza al corazón de cada ser individualmente es desde luego una ley verdadera. Sé que mis principios son duros, y sus consecuencias peligrosas; mas ¡qué importa!, con tal de que sean justos. Soy el hombre de la naturaleza antes que el hombre de la sociedad; debo respetar y seguir las leyes de la naturaleza, ames que escuchar las de la sociedad: las primeras son infalibles, las otras me engañarán muchas veces. Según estos principios, si las leyes de la naturaleza me obligan a sustraerme a las leyes de la sociedad, si me aconsejan arrostrarlas o burlarme de ellas, desde luego lo haré siempre, tomando todas las precauciones que mi seguridad exija; porque todas las instituciones humanas, basadas en intereses a los que sólo estoy asociado por uno entre varios miles, nunca deben prevalecer sobre lo que para mí es personal.

—Para respaldar el excelente sistema de Sylvestre, dice Ambroise, únicamente veo una cosa: y consiste en considerar al hombre natural, aislarlo de la masa social en que necesariamente le han puesto sus necesidades. —Si esas necesidades le han puesto ahí, dice Sévérino, en interés mismo de esas necesidades tiene que cumplir esas leyes. —Precisamente ahí está el sofisma, continúa Ambroise; eso es lo que os hace decretar leyes, y leyes ridículas. El hombre se acercó a la sociedad llevado por sus debilidades, con la esperanza de cubrir con mayor facilidad en ella sus necesidades; pero si esa sociedad sólo las cubre en condiciones onerosas, ¿no hará mucho mejor resolviéndolas por su cuenta que pagándolas tan caro? ¿No obrará de forma más inteligente buscándose la vida en los bosques que mendigando en las ciudades a condición de sofocar sus inclinaciones, de sacrificarlas a unos intereses generosos de los que nunca saca sino dolor?

—Ambroise, dice Sévérino, me pareces, como Sylvestre, muy enemigo de las convenciones sociales y de las instituciones humanas. —Las aborrezco, dice

Ambroise; obstaculizan nuestra libertad, menguan nuestra energía, degradan nuestra alma, han hecho de la especie humana un vil rebaño de esclavos que el primer intrigante lleva donde mejor le parece. —¡Cuántos crímenes, dice Sévérino, reinarían en la tierra sin instituciones y sin amos! —Eso es lo que se llama el razonamiento de un esclavo, responde Ambroise: ¿qué es un crimen? —La acción contraria a los intereses de la sociedad. —¿Y qué son los intereses de la sociedad? —La masa de todos los intereses individuales. —Mas si demuestro que es preciso que los intereses de la sociedad sean el resultado de los intereses individuales, y que lo que consideráis como intereses sociales no es, en cambio, más que el producto de los sacrificios particulares, ¿admitiréis que, para recuperar mis derechos, aunque sólo pueda conseguirlo mediante lo que vos llamáis crimen, haré muy bien cometiendo ese crimen, puesto que restablece la balanza y me devuelve la porción de energía que sólo había cedido a vuestras intenciones sociales al precio de una felicidad que esa sociedad me niega? Admitida esta hipótesis, ¿a qué llamaréis ahora crimen? ¡Eh!, no, no, no hay crimen ninguno: es una infracción del pacto social; pero yo debo despreciar ese pacto desde el momento en que los impulsos de mi corazón me advierten de que no puede contribuir a la felicidad de mi vida; debo amar cuanto lo ultraja desde el momento en que para mí la felicidad sólo nace en el seno de esos ultrajes. —Desde luego», dice Antonin, que comía y bebía como un ogro, «vaya conversación tan inmoral. —Por favor, ¿a qué llamáis vos moral?, dice Ambroise. —A la conducta, dice Sévérino, que debe guiar a los hombres por el sendero de la virtud. —Pero si la virtud, replica Ambroise, no es sino una quimera como el crimen, ¿en qué se convertirá la conducta que debe guiar a los hombres por el sendero de esa quimera? Que se os meta en la cabeza que no hay virtud como tampoco hay crimen; que ambas maneras de ser no son sino locales y geográficas; que no hay nada permanente sobre ellas, y que es absurdo dejarse guiar por ilusiones tan abominables. La moral más sana es la de nuestras inclinaciones; entreguémonos ciegamente a cuanto nos inspiran y nunca estaremos en el error. —¿Crees, pues, que no hay ninguna mala?, dice Jérôme. —Creo que no hay ninguna que se pueda vencer; eso es deciros que creo buenas todas las inclinaciones; porque, o la naturaleza no sabría lo que hace, o sólo ha puesto en nosotros las inclinaciones necesarias para cumplir las intenciones que tiene sobre nosotros. —Por lo tanto, prosigue Jérôme, las perversas almas de Tiberio y de Nerón estaban en la naturaleza. —Desde luego; y sus crímenes sirvieron a la naturaleza, porque no hay un solo crimen que no la sirva, ni uno solo que no necesite. —Estas ideas están tan demostradas, dice Clément, que no entiendo por qué se sigue volviendo sobre ellas. —Su depravación me divierte, dice Sévérino; por eso me he opuesto a los pre-oradores[3]; para darles ocasión de desarrollar mejor su inteligencia. —Te hacemos suficiente justicia, dice Ambroise, por estar seguros de que aquí sólo encarnas el papel de controversista, y que los sentimientos que yo he manifestado están en tu alma lo mismo que en la mía. —Espero que ninguno de vosotros lo dude, dice Sévérino, hasta es posible que yo los lleve más lejos: llego al

punto de desear un crimen lo bastante extenso para satisfacer ampliamente todas mis pasiones; y en el género de los que conozco, apenas he encontrado para esas pasiones que me devoran un alimento que las aplaque; todo queda muy por debajo de mis pensamientos, y nada satisface mis deseos. —Hace siglos que me encuentro en el mismo punto, dice Jérôme, y hace más de veinte años que sólo me empalmo con la idea de un crimen superior a cuanto puede hacer un hombre en el mundo; y por desgracia no lo encuentro; cuanto hacemos aquí no es sino la imagen de lo que querríamos poder hacer; y la imposibilidad de ultrajar a la naturaleza es, en mi opinión, el mayor suplicio del hombre. —¿Estáis empalmado, Jérôme?, dice Sévérino. —Ni por asomo, amigos míos; ved lo fofa que tengo la polla. ¡Ah!, me empalme o no me empalme, siempre tengo el mismo apetito del mal, el mismo deseo de hacerlo, y no hay nada que haya ejecutado a sangre fría que no haya cometido antes en mi delirio. —O sea, dice Sévérino, ¿que sólo habéis tomado ese hábito religioso para engañar a los hombres? —Desde luego, responde Jérôme, es el manto de la hipocresía, el único con el que hemos de revestirnos constantemente. La primera de todas las artes es engañar; no hay nada más útil en este mundo; no es la virtud la que conviene a los hombres, sino su apariencia; en sociedad es lo único que se pide; los hombres no viven lo bastante juntos para tener realmente necesidad de la virtud; la envoltura basta a quien no profundiza nunca. —Y, de golpe, tenemos nuevos vicios; porque hay mil que nacen de la hipocresía. —Razón de más para que debamos amarla, dice Jérôme. Os confieso que en mi juventud nunca jodía de mejor gana que cuando el objeto caía en mis trampas a fuerza de astucia y de hipocresía: un día habré de contaros la historia de mi vida. —Ardemos en deseos de oírla, dijeron a la vez Ambroise y Clémenr. —Ya veréis entonces si alguna vez me he cansado del crimen, continuó Jérôme. —¿Es posible cansarse?, dice Sylvestre, ¿hay algo que mueva con mayor fuerza el alma? ¿Hay algo que, como el crimen, excite los sentidos con más energía? ¡Oh!, amigos míos, ¡lástima que no podamos cometerlos en todos los momentos del día! —Paciencia, paciencia», dice Sévérino reanudando con su personaje de controversista, «llegará un momento en que la religión tronará en vuestros corazones, en que las ideas del Ser supremo y del culto que le es debido, absorbiendo todas las ilusiones del libertinaje, os obligarán a volver hacia ese Dios santo todos los impulsos de un corazón del que habéis permitido que el crimen se apodere.

—Amigo mío, dice Ambroise, la religión sólo tiene ascendiente sobre la mente de quienes no pueden explicar nada sin ella; es el NEC PLUS ULTRA[4] de la ignorancia: pero a nuestros ojos filósofos la religión no es más que una fábula absurda, hecha sólo para nuestro desprecio: en realidad, ¿qué nociones nos da esa religión sublime? Querría que me lo explicaran. Cuanto más se la examina, más claro resulta que sus quimeras teológicas sólo sirven para embrollar todas nuestras ideas: metamorfoseando todo en misterios, esa fantástica religión nos da, por causa de lo que no entendemos, algo que todavía entendemos menos. ¿Acaso es explicar la

naturaleza atribuir sus fenómenos a agentes desconocidos, a potencias invisibles, a causas inmateriales? ¿Queda satisfecha la mente humana cuando se le dice que admita por razón de lo que no entiende la idea más incomprensible todavía de un Dios que nunca existió? La naturaleza divina, de la que nada podemos saber y que repugna al sentido común, ¿puede hacer concebir la naturaleza del hombre, que tan difícil resulta ya de explicar? Preguntad a un cristiano, es decir, a un imbécil[5], porque sólo un imbécil puede ser cristiano, preguntadle, digo, cuál es el origen del mundo; os responderá que es Dios quien ha creado el universo: preguntadle ahora qué es ese Dios, no sabe nada; qué es crear, no tiene idea; cuál es la causa de las pestes, de las hambrunas, de las guerras, de las sequías, de las inundaciones, de los terremotos; os dirá que es la cólera de Dios: preguntadle qué remedios hay que emplear para tantos males; os dirá que rezos, sacrificios, procesiones, ofrendas, ceremonias. Pero ¿por qué está encolerizado el Cielo? Porque los hombres son malos; ¿por qué son malos los hombres? Porque su naturaleza está corrompida; ¿cuál es la causa de esa corrupción? Es, os dicen, porque el primer hombre, seducido por la primera mujer, comió una manzana que su Dios le había prohibido tocar. ¿Quién indujo a esa mujer a cometer tal romería? El diablo; pero ¿quién creó al diablo? Dios. ¿Por qué Dios creó al diablo, destinado a pervertir al género humano? No se sabe, es un misterio oculto en el seno de la Divinidad, que a su vez es otro misterio. ¿Queréis seguir? ¿Preguntaréis a ese animal cuál es el principio oculto de las acciones y de los impulsos del corazón humano? Os responderá que el alma; y ¿qué es el alma? Un espíritu; ¿qué es un espíritu? Una sustancia que no tiene ni forma, ni color, ni extensión, ni partes. ¿Cómo puede semejante sustancia concebirse? ¿Cómo puede mover un cuerpo? No se sabe, es un misterio. ¿Tienen almas las bestias? No; y ¿por qué entonces las vemos actuar, sentir, pensar absolutamente igual que los hombres? Aquí se callan porque no saben qué decir. Y la razón es simple: si prestan alma a los hombres es por el interés que tienen en hacer lo que ellos quieren, merced al dominio que se arrogan sobre esas almas; mientras que con las de las bestias no tienen el mismo interés, y porque un doctor en teología se sentiría demasiado humillado por la necesidad en que entonces se vería de asimilar su alma a la de un cerdo. Sin embargo, ésas son las pueriles soluciones que están obligados a inventar para explicar los problemas del mundo físico y moral. —Mas si todos los hombres fueran filósofos, dice Sévérino, no tendríamos el placer de ser los únicos; y supone un gran placer dedicarse al cisma, una gran voluptuosidad no pensar como todo el mundo. —Por eso opino yo, dice Ambroise, que nunca hay que quitar la venda de los ojos del pueblo; debe encenagarse en sus prejuicios, eso es lo esencial. ¡Dónde estarían las víctimas de nuestras maldades si todos los hombres fueran criminales! No dejemos nunca de mantener al pueblo bajo el yugo del error y la mentira; apoyemos sin cesar el cetro de los tiranos; protejamos los tronos, ellos protegerán a la iglesia; y el despotismo, hijo de esa unión, mantendrá nuestros derechos en el mundo. A los hombres sólo se les puede guiar con el palo; quisiera que todos los soberanos (y en verdad que ganarían

con ello) ampliasen nuestra autoridad, que no hubiera uno solo de sus estados donde no estuviese en vigor la Inquisición. Ya veis de qué forma en España se ata el pueblo a su soberano; sus cadenas nunca estarán tan tensas como en los países en que ese augusto tribunal se encarga de remachadas. Se quejan de que es sanguinaria: ¡y qué importa! ¿No vale más tener doce millones de súbditos sometidos que veinticuatro que no lo están? No es por la multiplicación de sus súbditos por lo que es realmente grande un príncipe, sino por la extensión de su poder sobre ellos, por la extremada sumisión de los individuos sobre los que reina; y esa subordinación sólo tendrá lugar mediante el tribunal inquisitorial, que, velando por la seguridad del príncipe y por el esplendor de su imperio, inmolará cada día a todos los que amenacen a una o a otro. ¡Eh, qué importa la sangre que eso cueste si cimenta los derechos del soberano! Si se pierden esos derechos, el pueblo vuelve a caer en una anarquía cuyas secuelas son las guerras civiles; y esa sangre que muy inoportunamente habéis ahorrado, ¿no corre entonces en mayor abundancia?

—Creo, dice Sylvestre, que estos buenos dominicos deben de encontrar en sus vejaciones inquisitoriales muchos y deliciosos alimentos para su lubricidad. —No lo dudéis, dice Sévérino; he vivido siete años en España; tuve estrecha relación con el actual inquisidor. "No hay, me decía un día, déspota asiático cuyo harén pueda compararse con mis mazmorras: mujeres, niñas, niños, tengo todos los sexos, todos los géneros, todas las edades, de todas las naciones; basta un gesto para que todo esté a mis pies; mis eunucos son mis carceleros, la muerte es mi alcahueta; es imposible imaginar lo que me reportan los miedos que inspira. —¡Ah!, joder, eso es lo único importante», dice Jérôme, que empezaba a estar empalmado de nuevo y que, por consiguiente, acababa de apoderarse de la joven de dieciocho años, «¡Oh, no!, no hay nada más delicioso en el mundo que los goces despóticos; hay que violentar a la criatura que deseamos; hay más placeres cuando así se hace»: y como esta voluptuosa idea inflamaba a nuestros interlocutores, se dieron cuenta de que la cena iba a terminar con bacanales.

«Querría que nos divirtiésemos un poco con estas mujeres embarazadas», dice Antonin, que había puesto a las dos en el estado en que se las veía: y, aceptada la propuesta, avanzan hasta el centro de la sala un pedestal de ocho pies de altura sobre la que aquellas dos desdichadas[*], atadas espalda con espalda, apenas podían poner una pierna; todo alrededor, en un diámetro de tres pies, está sembrado de espinas y abrojos hasta diez pulgadas de altura; obligadas a mantenerse sobre un solo pie, les ponen una vara flexible en la mano para que se sostengan; es fácil ver, por un lado, el interés que tienen en no caerse, y, por otro, la imposibilidad de mantener la posición. De esa cruel alternativa derivan los placeres de los monjes. Rodean el pedestal: rodeados a su vez de objetos de lujuria, no hay ninguno que no tenga por lo menos tres sujetos a su lado, que lo excitan de manera distinta durante el espectáculo. Aunque encinta, aquellas desdichadas aguantan más de un cuarto de hora en aquella postura. La de treinta años, embarazada de ocho meses, es la primera en perder sus

fuerzas; vacila y arrastra a su compañera en la caída: ambas lanzan grandes chillidos al caer sobre los agudos abrojos que las reciben. Nuestros malvados, llenos de vino y de lujuria, se precipitan como locos furiosos sobre ellas: unos las apalean, otros las frotan con las espinas que las cubren; éstos las sodomizan, aquéllos las encoñan; todos están gozando cuando violentos espasmos sentidos por la mujer de treinta años advierten a la concurrencia que la desdichada va a desembarazarse de su fardo. Cualquier ayuda le es constantemente negada: la naturaleza se alivia ella misma; mas es un cadáver lo que da a luz…, un desgraciado cadáver, que encima cuesta la vida a su madre. La exaltación de las cabezas llega entonces a su colmo: todos los monjes se corren a la vez, todos inundan simultáneamente, o coños, o culos, o bocas; corren ríos de leche; horribles blasfemias hacen resonar las bóvedas; por fin renace la calma. Se llevan los cadáveres por un lado, las demás víctimas regresan al serrallo; y el superior, quedándose a solas con Justine y la mujer de veinticinco años que se llamaba Ónfale, y cuyo retrato hemos hecho más arriba, dice a nuestra heroína. «Como acabáis de ver, hija mía, os he salvado la vida; de no ser por mí, estabais condenada; seguid a esta mujer, ella os instalará y os pondrá al corriente de vuestros deberes; y recordad, sobre todo, que sólo mediante la sumisión más completa, mediante la resignación más amplia, impediréis que me arrepienta de lo que acabo de hacer por vos. Veamos vuestro culo». La humilde y dulce Justine se vuelve temblando. «Son vuestras nalgas las que os han salvado, prosigue el monje, idolatro su forma; pensad en excitar y en tratar adecuadamente los deseos que han de inspirarme; porque la indiferencia resultaría tan inconveniente para vos como la saciedad, y os castigaría tanto por no inspirarme nada como por haberme hecho sentir demasiado. —¡Qué escollos, padre mío! Sed más grande y más generoso; dignaos devolverme la libertad de la que can in justamente me habéis privado, os bendeciré el resto de mis días. —Esas bendiciones, querida hija, prosigue el monje, no contribuirían en nada a mi felicidad; mientras que el placer de encadenaros aquí a mi lujuria la aumenta infinitamente», y Sévérino, servido por Ónfale, introducía su polla, mientras hablaba, en el agujero del culo de Justine; tras unas cuantas idas y venidas, se retiró. «La llevaría esta noche a dormir conmigo, le dice a Ónfale, si unas primicias masculinas no me esperasen; pero será uno de estos días: instruidla, hija mía, y retiraos». El superior desaparece; y nuestras dos sultanas volvieron al serrallo, cuyas puertas de bronce se cerraron al punto tras ellas.

Justine, demasiado cansada, demasiado absorta en sus pensamientos, no vio nada, no oyó nada aquella primera noche; sólo pensó en descansar un poco; y su institutriz, también fatigada, estuvo lejos de oponerse a ese proyecto.

Al día siguiente, al abrir los ojos Justine se encuentra en una de esas celdas que ya hemos descrito. Se levanta, examina la amplitud del local y cuenta las habitaciones que, como la suya, rodean aquella sala, cuyo centro estaba ocupado por una mesa redonda en la que podían colocarse treinta cubiertos.

Todavía reinaba el mayor silencio cuando Justine se levantó. Recorrió todo y vio que aquella gran sala sólo estaba iluminada por una ventana muy alta, rodeada por un triple enrejado. Las celdas no estaban cerradas; cada joven podía pasar a la sala o a la celda de su compañera a la hora que quisiera; pero no podía encerrarse en su cuarto. El nombre de las jóvenes estaba grabado encima de cada puerta; por este medio Justine encontró a Ónfale; y el primer impulso que se le escapó fue arrojarse llorando en el pecho de aquella encantadora joven, cuya apariencia tímida y dulce le hacía creer, y con razón, que su alma sensible podría comprenderla.

«¡Oh!, querida amiga, le dijo sentándose en su cama, no puedo reponerme ni de las execraciones que he sufrido ni de aquellas otras de las que me han hecho testigo. Si alguna vez, por desgracia, mi imaginación vagabundeaba por los placeres del goce, los creía puros como el Dios que los inspira a los hombres; dados por él para servirle de consuelo, los suponía nacidos del amor y de la delicadeza; estaba muy lejos de creer que, a ejemplo de las bestias feroces, sólo pudiesen gozar haciendo sufrir a sus compañeras. ¡Oh, Gran Dios!», continuaba lanzando un profundo suspiro, «¡ahora es totalmente seguro que de mi corazón no emanará ningún acto de virtud que no sea seguido al punto de un dolor! ¡Eh!, ¿qué mal hacía yo, Gran Dios, deseando venir a este convento para cumplir ciertos deberes religiosos? ¿Ofendía al Cielo queriendo rezar? Incomprensibles decretos de la Providencia, dignaos, continuó, explicaros a mí si no queréis que mi corazón se rebele». Oleadas de lágrimas, que Justine derramó en el seno de Ónfale, siguieron a estas amargas quejas; y aquella tierna compañera, estrechándola en sus brazos, la exhortó al valor y a la paciencia. «¡Oh, Justine!», le dijo en tono amable, «como tú, yo lloré los primeros días, y ahora me he acostumbrado; también tú te acostumbrarás, como yo he hecho. Al principio es terrible: no es sólo la necesidad de saciar las pasiones de estos libertinos lo que convierte en un suplicio nuestra vida; es la pérdida de la libertad; es la forma cruel con que nos gobiernan en esta execrable prisión; es la muerte que planea en todo momento sobre nuestras cabezas».

Los desdichados se consuelan viendo a otros a su lado. Por agudos que fuesen los dolores de Justine, se calmó para rogar a su compañera que la pusiera al corriente de los dolores y tormentos que debía esperar.

«Un momento, dice Ónfale, existe una primera obligación de la que no podemos apartarnos. Tengo que presentarte a Victorine; es la directora de los serrallos, y tiene aquí, dentro de lo posible, una autoridad mayor incluso que los monjes; es de ella de quien dependemos. Sabedora de tu llegada desde ayer, le parecería muy mal que hoy tu primera preocupación no fuese ir a visitarla; vete a arreglarte un poco, y vuelve a recogerme; yo me levanto y voy a avisarla». Justine, asustada ante esta nueva obligación, hace sin embargo lo que le recomiendan; y, tras arreglarse un poco, vuelve en busca de su amiga. El semiaseo que acababa de hacer, el aspecto abatido, interesante, que le daban sus penas y sus fatigas, todo prestaba a esta encantadora niña un grado de interés tan poderoso que resultaba imposible mirarla sin sentir

emoción, y, cualquiera que fuera el sexo en que tuviese que clavar los ojos, siempre estaba segura de recibir los homenajes más auténticos. Aprovechemos el momento en que Ónfale pone a Justine al corriente del carácter y de la figura de esa directora para pintarla nosotros al lector.

Victorine era una mujerona de treinta y ocho años, morena, seca, de ojos negros muy ardientes, bella melena, hermosa dentadura, nariz romana, una fisonomía malvada, voz fuerte, aspecto y carácter duros, mucho ingenio, muy cruel, muy inmoral, extremadamente corrompida, muy impía, singularmente orgullosa de su puesto, que ejercía con tanto despotismo como tiranía. Por las relaciones de Ónfale con Justine vamos a ver constantemente cuánto dependían de ella los individuos del serrallo y qué potente dominio podía ejercer sobre ellos. Victorine poseía al mismo tiempo todas las inclinaciones y todos los vicios: jodedora, tríbada, sodomista, le gustaba todo, se entregaba a todo; y, uniendo a estos defectos los de la glotonería, la afición al vino, la mentira, la calumnia, la maldad y la depravación más completa, esta mujer, por lo que se ve, era un verdadero monstruo del que no podían derivarse más que horrores.

Tenía ocho años cuando esta arpía estaba al frente de todo, y vivía voluntariamente en el convento. Era la única que tenía permiso para salir cuando lo exigían los asuntos de la casa; pero como estaba amenazada por la espada de la justicia y señalada en toda Francia, aprovechaba muy poco ese incentivo; y, por su propia seguridad, no le interesaba alejarse mucho de una mansión en la que todo le aseguraba una impunidad que difícilmente habría encontrado en otra parte.

Los aposentos de Victorine, formados por un comedor, una habitación y dos gabinetes, ocupaba el centro, entre el serrallo de los chicos y el de las chicas; comunicaba con la misma facilidad con uno que con otro y tenía asimismo a los dos bajo su vigilancia.

Nuestras dos odaliscas se presentan en su puerta. «Madame, dice Ónfale, aquí está la recién llegada; el reverendo padre superior la pone en mis manos para que la instruya, pero no he querido decirle nada antes de haber tenido el honor de presentárosla».

Victorine estaba a punto de almorzar. En la mesa había un pavo con trufas, entre un paté de Périgueux y una mortadela de Bolonia, que rodeaban seis botellas de vino de Champagne, y nada de pan; no lo comía nunca[*]. «Veamos, dice a Ónfale, que se acerque esa joven… Vaya, pero si es bonita…, muy bonita; tiene los ojos más bellos y la boca más deliciosa que he visto en mucho tiempo… Ese talle, ¡qué bien torneado está! Venid a besarme, corazón»; y la tríbada dio en los labios de rosa de la hija más bella del Amor el beso más ardiente y más impúdico. «Otra vez, dice, y dadme más la lengua, hundidla lo más dentro posible; ya veis cómo lanzo yo la mía; así es como se saborea un beso». Justine obedece: ¡cómo resistir al ser del que depende nuestra suerte! Y el beso más lascivo y más prolongado se convierte en el resultado de su complacencia. «Ónfale, continúa la directora, me gusta esta chica; la masturbaré; no

ahora, porque estoy rendida, acabo de joder como una puta; después de haber pasado la noche con cuatro muchachos del serrallo, para reconciliarme me he tirado a dos chicas esta mañana. Alójala en la categoría de las vestales; es en ella donde la sitúa su edad; ponla al corriente, y tráemela esta noche: si no hay cena, me acostaré con ella; en caso contrario, lo dejaré para mañana; pero levántale la ropa, quiero ver cómo está hecha»; y una vez que Ónfale cumple la orden, y ha dado vueltas y más vueltas a su compañera en todos los sentidos, Victorine palpó, besó, lamió, y pareció quedar muy contenta. «Es blanca y bien formada, dice, debe de correrse como un ángel. Adiós: tengo que almorzar; ya la veré esta noche.

—Señora, dice respetuosamente Ónfale, mi compañera no se retirará sin haber tenido el honor de daros el beso que soléis conceder a las novicias. —¡Ah!, ¿es que quiere besar mi culo?, dice la impúdica criatura. —Y todo lo demás, señora, todo lo demás. —Adelante, se lo concedo». Y la infame, levantándose primero el vestido por detrás, hasta la cintura, expone a la boca fresca de nuestra heroína el culo más libertino, más impuro y más corrompido que fuera posible ver…, que Justine, guiada por Ónfale, besó respetuosamente en las nalgas, luego en el ojete. «Lengua, lengua», dice brutalmente Victorine. Y nuestra pobre niña, obligada a hacer sentir los cosquilleos, hizo lo que se deseaba, aunque con la mayor de las repugnancias. La directora se levantó la ropa por delante; pero, como estaba sentada, se contentó con separar los muslos. ¡Dios!, qué abismo ofrece a los homenajes de Justine…, cloaca tanto más repugnante cuanto que todavía estaba embadurnado de la leche con que a la bribona la habían rociado toda la noche. En este punto, a la novicia se le olvidaba por segunda vez la ceremonia de la lengua; y de no ser por Ónfale, que le hizo una seña, se habría expuesto de nuevo a los reproches de la insaciable Mesalina.

Por último, acabadas estas repugnantes ceremonias, Justine y Ónfale se retiraron, recibiendo la orden de volver por la noche si Justine no era invitada a la cena, o a la mañana siguiente si lo era.



Las dos amigas pasaron a la celda de Justine; y fue aquí donde Ónfale dio a su nueva compañera los interesantes detalles que vamos a transmitir al lector.

«Como ves ante todo, querida amiga», le dice antes de encerrarse juntas, «todas las celdas son iguales; todas tienen un excusado, en el que hay un aseo, un bidé y una silla agujereada; y en el cuarto donde se duerme, todas tienen una pequeña cama de indiana en forma de tumba, un sofá, una silla, un sillón, una cómoda con espejo, una mesilla de noche y una *chiffonnière*. No hay la menor diferencia entre las celdas de los chicos y las nuestras; las camas son buenas; dos colchones y un somier, dos colchas de invierno, una de verano, un cubrepiés, sábanas cada quince días; pero no tenemos chimenea; esa gran estufa calienta todo, y es ahí donde nos reunimos; como puedes ver, las ventanas son inaccesibles, apenas si puede una elevarse hasta su altura; y en caso de que se consiga, una triple reja intercepta hasta el aire. Tres puertas de hierro cierran la entrada del serrallo junto a la sala del festín; y la que comunica con el aposento de Victorine está asimismo bien cerrada por la noche. — Me parece, dice Justine, que encima de las puertas no están puestos todos los

nombres; ¿por qué esa diferencia? —Se quitan los nombres de las que ya no existen, dice Ónfale; y como hoy faltan dos, por eso hay algunas celdas sin etiquetas. —¿Y qué ha sido de esas dos?, dice Justine. —¿No lo adivinas?, dice Ónfale; ¿no recuerdas el destino de esa desdichada mujer embarazada de ayer noche? —¡Oh!, cielos, me hacer temblar. ¿Y la vacante en la categoría más joven? —¡Eh!, qué importa, ¿hablan el corazón o la naturaleza al corazón de estos malvados? Pero ten paciencia, Justine, y déjame poner un poco de orden en mis detalles. Antes de empezar, echa una ojeada a la sala grande; ahí tienes a nuestras compañeras que se reúnen para el desayuno; observa un momento el conjunto, luego volveremos a tu celda y proseguiremos nuestros relatos». Justine acepta: todas sus compañeras la rodean; y ella ve allí reunidas ante sus ojos a veintiocho mujeres, más bellas que cualquiera de las que quizá podrían encontrarse en Europa. A petición de Ónfale, y para que Justine pueda examinar mejor las gracias que la rodeaban, todas se pusieron en fila por categoría: Justine y su institutriz las recorrieron, y éstas fueron las criaturas que más llamaron la atención de nuestra heroína:

Primero se fijó, en la clase de las doncellas, en una niñita de diez años, que el mismo Amor parecía haberse ocupado de hermosear.

Una joven de diecisiete años la sorprendió singularmente en la categoría de las vestales: tenía una cara ovalada, algo triste, pero llena de interés, era pálida, de salud delicada, con un sonido de voz tierno: una verdadera heroína de novela.

En la clase de las sodomistas, los ojos de Justine se fijaron en una encantadora joven de veinte años, hecha como Venus: una blancura resplandeciente, fisonomía dulce, abierta, risueña, de ojos soberbios, con la boca algo grande pero admirablemente bien amueblada, y bellísimos cabellos castaños.

Por último, en la categoría de las azotadas, vio con auténtico interés a una mujer de veintiocho años, verdadero modelo de talle y de belleza, cuya lozanía hubiera avergonzado a la propia Flora.

En la categoría de las dueñas le sorprendió una mujer de cuarenta años, tanto por la regularidad de sus rasgos como por la firmeza de sus carnes y el fulgor de sus ojos.

Aquí nos limitamos a esbozar lo que más sorprendió a Justine; si tuviéramos que pintar todo lo que ofrecía de delicioso aquella colección, no habría una sola de estas seductoras criaturas de las que no tuviésemos que hablar en particular. Sus ojos quedaron deslumbrados; y, desde luego, cualquier otra se habría sentido halagada por los cumplidos que le prodigaban, en medio incluso de aquellas lindas personas. Concluido el examen, las dos amigas se encerraron; y lo que va a leerse en el siguiente capítulo son las explicaciones que Justine recibió de su institutriz.

CAPÍTULO IX

Continuación de detalles. Leyes, costumbres y usos de la casa en que Justine se encuentra.

«La instrucción que tengo que darte, dice Ónfale, debe resumirse en cuatro principales artículos: trataremos en el primero de todo lo que concierne a la casa; pondremos en el segundo lo que afecta al mantenimiento de sus niñas, sus mujeres, sus castigos, su alimentación; el tercer artículo te instruirá sobre la disposición de los placeres de estos monjes, la forma en que los jóvenes de ambos sexos sirven a sus voluptuosidades; el cuarto te contará la historia de las reformas y los cambios.

»No te hablaré mucho, Justine, del exterior de esta horrible casa; me lo enseñaron a la luz del día para que pudiese dar una idea a quienes me encargan que instruya, y se convenzan de la imposibilidad absoluta de evasión. Ayer, Sévérino te explicó una parte; no te engañó. La iglesia y el pabellón que la contiene forman lo que se llama el convento; pero ignoras cómo está situado el cuerpo del edificio en que vivimos, como se llega a él; y es así:

»Al fondo de la sacristía hay una puerta oculta por el entablado, que abre un resorte. Esa puerta sirve de entrada a un pasillo tan oscuro como largo, de cuyas sinuosidades sin duda te impidió darte cuenta al entrar tu terror. Ese pasillo, primero desciende, porque tiene que pasar por debajo de un foso de treinta pies de profundidad; es ahí donde aparece un puente que, como puedes recordar, pasaste. Luego el corredor asciende, hasta alcanzar los seis pies bajo el suelo; así llega a un subterráneo de nuestro pabellón en un espacio de unas doscientas toesas; y como has visto, del exterior se llega al comedor por una trampilla. Seis cercados de acebos y espinas de tres pies de espesor se oponen a que pueda verse este alojamiento, incluso aunque alguien se suba al campanario de la iglesia. La razón es sencilla: el pabellón del serrallo no tiene cincuenta pies de altura; y los setos que lo rodean alcanzan en todas partes más de sesenta. De cualquier lado que se observe esa parte, sólo puede ser tomada por un monte bajo del bosque, nunca por una vivienda. Este pabellón, querida, vulgarmente llamado el serrallo, no tiene en total más que subterráneos, una planta, un entresuelo y un primer piso: la bóveda que cubre la parte superior del edificio está guarnecida en toda su superficie por una cubierta de plomo muy gruesa, en la que se han plantado diferentes arbustos, siempre verdes, que, unidos a los setos que nos rodean, dan al conjunto una apariencia de macizo todavía más real. Los subterráneos forman un gran salón en el centro, con doce gabinetes alrededor: seis de estos gabinetes sirven de bodegas; los otros seis, de calabozos para los individuos de uno y otro sexo que han merecido ese castigo; y estos casos son tan frecuentes que nunca hay ninguno vacío. Ese castigo es horrible; va acompañado por todos los

accesorios del rigor más extremo; ante todo, resulta insoportable la humedad del sitio; siempre los encierran desnudos, y no tienen otra cosa que pan y agua. —¡Oh. Dios!, exclamó Justine, ¿tienen esos malvados la crueldad, la desvergüenza de encerrar a alguien desnudo en un lugar tan malsano? —Desde luego; no se les concede ni una man ta, ni un orinal para las necesidades; si ven que uno busca un rincón para hacer las deposiciones, le pegan; obligan a ponerlas aquí y allá en el centro del recinto, y sólo en ese centro está permitido hacerlo. —¡Qué refinamiento de inmundicias y barbarie! —¡Oh!, todas las del despotismo y de la lujuria son inauditas en esta casa; algunas veces os encadenan en esas mazmorras; y meten ratas, lagartos, sapos, serpientes. Varios han muerto sólo por haber vivido en estas cloacas siete días; por otra parte, nunca se está en ellas menos de cinco, y muchas veces meses enteros. Ya volveremos a hablar de este asunto.

«Encima de esos subterráneos se encuentra la sala de cenas, donde siempre se celebran las orgías de que fuiste testigo ayer. Asimismo, doce gabinetes rodean esa sala: seis sirven de tocador a los monjes; ahí es donde se encierran cuando quieren aislarse en sus placeres…, sustraerlos a la vista del resto… Esas habitaciones, adornadas por las manos del lujo y la voluptuosidad, encierran cuanto puede servir a los suplicios. De los otros seis gabinetes, hay dos en los que nunca entra ningún individuo del serrallo; ignoramos absolutamente su uso; otros dos sirven para guardar todos los comestibles; el anteúltimo es una antecocina, el último una cocina. En el entresuelo hay doce habitaciones, seis de las cuales tienen bonitos gabinetes: son las de los monjes; en las otras seis hay dos sirvientes legos, que son el carcelero de las mujeres y el carcelero de los hombres; una cocinera, una criada para la limpieza y una Regona; y el cirujano, que tiene a su alrededor cuanto puede servir a las primeras necesidades. Una peculiaridad muy extraordinaria es que todos estos personajes, salvo el cocinero y el cirujano, son mudos: ¿qué ayuda esperar, qué consuelos recibir de tales gentes? Por otra parte, nunca se paran con nosotras, y nos está prohibido, bajo las penas más severas, hablarles o hacerles la menor seña.

«La parte superior de estos entresuelos forma los dos serrallos; son perfectamente iguales uno y otro. Has podido ver suficientemente las tapias para pensar que, suponiendo incluso que rompiésemos los barrotes de nuestras ventana y bajásemos por ellas, aún estaríamos lejos de poder escapar, porque quedarían por franquear los setos vivos, la espesa muralla que forma un séptimo recinto a su alrededor, y el ancho foso que rodea el conjunto. Y si venciéramos esos obstáculos, ¿dónde caeríamos?: en el patio del convento, que, cuidadosamente cerrado, seguiría sin ofrecernos una salida segura.

«Confieso que un modo de evasión, tal vez menos peligroso, sería encontrar en el comedor la boca del pasillo que lleva a esa sala; pero, dejando a un lado que es imposible descubrirla, nunca nos está permitido permanecer solas en esa sala. Y si llegásemos a entrar en ese corredor, no saldríamos con bien: está cortado en más de

veinte puntos por rejas de hierro cuya llave sólo ellos tienen, y provisto de trampas en las que caerían inevitablemente quienes, a diferencia de ellos, no conozcan el lugar.

«Por lo tanto hay que renunciar a la evasión, querida; es imposible. ¡Ah!, si pudiera intentarse, créeme, hace mucho tiempo que habría sido la primera en huir de esta morada espantosa. Pero no se puede; aquí sólo la muerte rompe nuestras cadenas; y de ahí deriva ese impudor, esa crueldad, esa tiranía que los monstruos emplean con nosotros. Nada los abrasa tanto, nada se les sube tanto a la imaginación como la impunidad que les promete este inaccesible retiro. Seguros de no tener por testigos de sus excesos más que a las víctimas que los sacian; seguros de que sus extravíos nunca saldrán a la luz, los llevan a los más odiosos extremos. Liberados del freno de las leyes, una vez rotos los de la religión, desconociendo los del remordimiento y no admitiendo ni Dios ni diablo, no hay ninguna atrocidad que no se permitan, y, en esa cruel apatía, sus abominables pasiones resultan excitadas mucho más voluptuosamente porque nada, según ellos mismos dicen, los inflama tanto como la soledad y el silencio, como la debilidad por un lado y el despotismo por otro.

«Los monjes duermen regularmente todas las noches en ese pabellón, se dirigen a él a las cinco de la tarde, y regresan al convento al día siguiente, hacia las nueve, salvo uno, que, por turno, pasa aquí la jornada; se le llama el regente de guardia. Pronto veremos cuál es su papel.

«En cuanto a los sirvientes, no se mueven nunca, la directora tiene en su cuarto una campanilla que comunica con la de ellos; y en cuanto los llama, por necesidades suyas o nuestras, acuden. Al ir al serrallo, los propios monjes llevan las provisiones de cada día; las entregan a las personas encargadas de preparar los alimentos, y que las utilizan según las órdenes que les dan: en los subterráneos hay una fuente excelente, y en las bodegas vinos deliciosos.

«Pasemos al segundo artículo:

El que se refiere al comportamiento de las muchachas, a su alimentación, a su castigo, etcétera.

«Nuestro número está fijado siempre en treinta; en cuanto no se alcanza ese número, se trabaja muy deprisa para completarlo. Ya ves que estamos divididas en categorías, y siempre con el uniforme anejo a la división de la que formamos parte. Antes de que anochezca recibirás el hábito de la categoría en la que entras. Estamos obligadas a peinarnos nosotras mismas o mutuamente. Nos imponen los modelos; cambian cada dos meses; cada categoría tiene un modelo distinto.

«La autoridad de la directora sobre nosotros carece de límites; desobedecerla es un crimen cuyo castigo se inflige inmediatamente: está encargada de la tarea de inspeccionarnos antes de que vayamos a las orgías; y si las cosas no se encuentran en el estado prescrito por los monjes en la lista de muchachas invitadas, Victorine nos impone acto seguido un castigo.

—Aclárame esa cláusula, dice Justine, no la entiendo bien. —Todas las mañanas, responde Ónfale, entregan a Victorine la lista de muchachas invitadas a la cena; al

lado del nombre de cada muchacha figura el estado en que la desean, poco más o menos así:

«“Julie no se lavará”.

«“Rose tendrá ganas de cagar”.

«“Adélaïde soltará pedos”.

«“Alphonsine tendrá el culo lleno de mierda”.

«El bidé más perfumado se le hará a Aurore”, etc., etc., etc.

«Si esas órdenes no se cumplen, y en la inspección Victorine no cree que estéis en el estado deseado, se os inflige un castigo; eso es lo que he querido decir. —Pero, replicó Justine ruborizándose, ¿cómo se puede saber si una mujer tiene o deja de tener ganas de satisfacer sus necesidades mayores? —Muy fácilmente, continuó Ónfale; Victorine os mete un dedo en el culo; y si no toca el zurullo, ordena el castigo de inmediato. —¡Qué horrores!, dice Justine. Sigue, por favor; son tan nuevos que su detalle es realmente curioso.

«Las faltas que podemos cometer, prosiguió Ónfale, son de varios tipos: cada una tiene su castigo específico, cuya tarifa está expuesta en las dos habitaciones. El regente de guardia, el que, como te he explicado hace un momento, viene a notificarnos las órdenes, dar los nombres de las muchachas para la cena, inspeccionar las habitaciones y recibir las quejas de Victorine, es el que reparte al mismo tiempo el castigo infligido por la directora o el castigo que él mismo decreta.

«El cuadro de esos castigos, según el crimen que se los haga merecer, es el siguiente:

«ÁRT. I. No levantarse por la mañana a las horas prescritas, que son las siete en verano y las nueve en invierno. —Cinco latigazos.

«II. Si, a pesar del examen de Victorine, no se cumplen en las cenas las obligaciones impuestas, la ropa, el aspecto ordenado, como acaba de decirse hace un momento. —Dos latigazos.

«III. Presentar, por haberlo entendido mal o por cualquier otra causa, una parte del cuerpo, en el acto del placer, contraria a la deseada. —Obligada a permanecer tres días completamente desnuda en la casa, haga el tiempo que haga.

«IV. Estar mal vestida, mal peinada, falta de indumentaria, en una palabra, en el interior del serrallo. —Veinte alfilerazos en la parte del cuerpo que agrade al regente.

«V. No avisar cuando se tienen las reglas. —Suprimidas las reglas inmediatamente con agua helada.

«VI. El día en que el cirujano ha comprobado vuestro embarazo. —Cien golpes con vergas aplicados indistintamente por todo el cuerpo, si no se desea conservar el niño. Ningún castigo, si a la compañía le place conservar a esa madre encinta, para mayores suplicios.

«VII. Negligencias, negativas, imposibilidad de satisfacer las proposiciones lujuriosas. ¡Y cuántas veces no coge en falta por eso su infernal maldad, sin que tengáis la más leve equivocación! ¡Cuántas veces uno de ellos pide de pronto lo que

sabe de sobra que se acaba de conceder al otro, y lo que no se puede rehacer de inmediato! Sin embargo, estas faltas son castigadas por —Cuatrocientos golpes con varas exclusivamente en las nalgas.

«VIII. Falta de conducta en la habitación, o de desobediencia a la directora. —Seis horas completamente desnuda en una jaula de hierro guarnecida de puntas por dentro, en la que corréis el riesgo de desgarraros al menor movimiento.

«IX. Aspecto de descontento, apariencia incluso de lágrimas, de pena, de vuelta a la religión. —Cincuenta latigazos en el seno; y, si se trata de religión, se os forzará a profanar la cosa que parecía haber atraído vuestros respetos.

«X. Si un miembro de la sociedad os elige para gozar con vos las últimas crisis del placer, sin que consiga llegar al final; sea por culpa vuestra o suya. Y es de ver la arbitrariedad existente en este párrafo de su bárbaro código. —Atada como una bola, y suspendida a manera de lámpara del techo, completamente desnuda, durante seis horas. Que una se desmaye o no en esa horrible postura, nunca os liberarán ni siquiera un momento antes.

«XI. La reincidencia en esta falta, considerada como una de las más graves. ¡Y cuántos no hay que se niegan expresamente a la eyaculación para procurarse el bárbaro placer de imponeros ese castigo; ¡porque entonces es la parte perjudicada la que se vuelve juez y verdugo al mismo tiempo! —Os hunden dos enormes consoladores, uno en el coño, otro en el culo; luego comprimen con fuerza dentro de vos esos cuerpos extraños, con vendas; luego os atan en forma de bola, como en el castigo anterior, pero en medio de un haz de espinas, cuyas puntas, cuando estáis colgada del techo, hacen que la sangre destile en el cuero. Por regla general, el que ordena el castigo se pone debajo, y allí permanece, con otros individuos, hasta el desenlace de su placer.

«XII. El más leve gesto de repugnancia a las proposiciones de los miembros de la sociedad, cualquiera que sea su naturaleza. Y es difícil imaginar hasta qué punto son crueles y repugnantes. —Colgada media hora por los pies.

«Una rebelión, una revuelta. —Pena de muerte para la que la ha empezado. Seis meses de calabozo, completamente desnuda, donde será azotada dos veces al día, para cada una de las que han secundado los extravíos de la cabecilla intrigante.

«XIII. Si la insurrección sólo ha tenido por base consejos o palabras, y no ha dado lugar a consecuencias. —La causante de ese movimiento, sea por sus palabras, sea por sus consejos, será quemada, con un hierro candente, en dieciocho lugares de su cuerpo, a elegir por el regente de guardia; las demás, sólo en un sitio.

«XIV Proyecto de suicidio, rechazo de la alimentación que conviene o abandono de uno mismo, hasta el punto de enfermar. —Se interroga al sujeto por ese descontento extremo; se insiste con el sujeto con la mayor barbarie posible; y provisionalmente un mes de calabozo, encerrada con la especie de animal que más miedo os dé; luego, durante otro mes, condenada a estar de rodillas todo el tiempo de la cena de los monjes.

«XV Falta de respeto a los monjes en ocasiones distintas a las del placer. —El pezón de cada teta pinchado hasta que sangre con una aguja de acero ardiente.

«XVI. La misma falta en la crisis lúbrica. —Seis meses encadenada en el calabozo, desnuda, y alimentada simplemente a pan negro y agua salada; látigo cuatro veces diarias, dos por detrás, las otras dos por delante. La muerte, en caso de reincidencia.

«XVII. Proyecto de evasión. Si no ha tenido lugar. —Un año de calabozo, tratada como arriba se indica.

«XVIII. Si sois cogida en el intento de escapar. —Pena de muerte.

«XIX. Si habéis arrastrado a otras con vos. —Las seducidas perecen del género de muerte más dulce, y la seductora por el más cruel.

«XX. Rebelión contra Victorine. —Ella misma ordena el castigo, y el regente de guardia lo hace cumplir en su presencia.

«XXI. Negativa a prestarse a las fantasías libidinosas de esa mujer. —La misma pena que si la falta se cometiese con un monje. Véase el artículo XII.

«XXII. Abortar una misma. —Quinientos latigazos en el vientre, con un cilicio de puntas agudas de acero, que se dirige hacia el interior de la matriz, y los que gustan de hacer hijos no se apartan de vos hasta que no volváis a estar embarazada.

«Los monjes suelen emplear seis tipos de muerte con las culpables, y son siempre sus manos las que los ejecutan. El más dulce, según ellos, es el de ser asada totalmente viva, en un asador o en una parrilla. El segundo es ser hervida: os encierran en una gran marmita enrejada por arriba, y os cocéis a fuego lento. El tercer suplicio consiste en quebrantaros los miembros y exponeros viva en una rueda. El cuarto es ser descuartizada. El quinto, cortada en trocitos, y muy lentamente, por una máquina construida a tal fin. Y el sexto, perecer bajo las varas. Utilizan muchos otros suplicios, pero estos seis son los que van unidos al castigo de los crímenes cometidos.

«Acabas de oír cuáles son esos crímenes, querida compañera, prosiguió Ónfale, y acabas de ver su castigo. Por lo demás, podemos hacer cuanto nos place: acostarnos juntas, discutir, pelearnos, dejarnos llevar por los excesos del vino y de la glotonería, jurar, blasfemar mentir, calumniar, entregarnos al robo, e incluso al homicidio si así lo deseamos; todo esto no son más que miserias por las que no sufrimos ningún reproche, y en ocasiones nos merecen elogios. Hace seis meses que la mujer de cuarenta años, cuya extremada belleza te ha sorprendido, mató a cuchilladas a una preciosa niña de dieciséis años, de la que estaba a un tiempo enamorada y celosa. Los monjes se divirtieron con el deliro; y, durante más de un mes, esa impúdica y bella criatura apareció en las cenas coronada de rosas; la destinan a reemplazar en el futuro a Victorine. Aquí se tiene éxito gracias al crimen, lo único que complace a estas bestias feroces, lo único que nos hace respetar.

«Victorine está capacitada para ahorrarnos una infinidad de sinsabores, sea haciendo de nosotras buenos informes, sea ocultando los malos; pero, por desgracia, esa protección sólo se compra mediante complacencias, más molestas a menudo que

los castigos de que nos protege. Sólo se consigue interesarla satisfaciendo todos sus gustos; si se la rechaza, multiplica sin motivo la suma de vuestras equivocaciones; y los monjes, a los que sirve con ese comportamiento, no la aprecian sino más.

«Está exenta de todo castigo, y tiene asegurada la impunidad más completa; es seguro que nunca actuará contra el interés de los monjes, cuyos gustos y costumbres comparte sinceramente para desagradarles en nada. Y no es, por otro lado, que estos libertinos tengan necesidad de todas estas formalidades para castigarnos; pero están encantados de tener pretextos. Esa impresión de naturalidad se suma a su placer; lo aumenta. La justicia tiene por lo tanto algún encanto, porque quienes menos la respetan son los que, en sus desórdenes, tratan de acercarse a ella cuanto pueden[*].

«Cada una de nosotras tiene una pequeña provisión de ropa interior; al entrar aquí, nos dan todo por medias docenas, que renuevan cada año; pero hay que entregar lo que traemos; no nos está permitido que nos guardemos la menor cosa.

«Nuestra alimentación es muy buena, y siempre en grandísima abundancia. Si de este hecho no recogiesen consecuencias seguras de voluptuosidad, quizá este artículo no funcionaría tan bien; pero como su libertinaje gana con ello, no descuidan nada para atiborrarnos a comida. Los que disfrutan azotándonos, nos tienen más rollizas, más gordas; y los que sólo disfrutan viéndonos satisfacer las necesidades más sucias de la naturaleza, están seguros de una cosecha mayor. Por lo tanto, nos dan de comer cuatro veces al día. La hora del desayuno son las nueve en punto; nos sirven aves con arroz, pastas, jamones, fruta, cremas, etc. A la una se come; y la mesa, que contiene treinta cubiertos, está magníficamente servida. A las cinco y media, la merienda: frutas en verano, confituras en invierno. La cena, por ser la comida de los monjes, se sirve con mayor profusión y delicadeza incluso; aquellas de nosotras que asisten están seguras de hacer la mejor comida del mundo, sin que por ella pierda la menor cosa el servicio de las salas. Cualquiera que sea nuestra edad, hombres y mujeres tenemos para cada uno dos botellas de vino al día, una de ellas de blanco, para los almuerzos y las meriendas, media botella de licor, y café. Las que no consumen estas bebidas son libres de dárselas a las demás: hay entre nosotras tres abstemias; las que comen y se emborrachan todo el día nunca son reprendidas por estos excesos; hay asimismo otras a las que no son suficientes estas cuatro comidas; pueden encargar lo que quieran, se les lleva al instante. Estamos obligadas a comer en la mesa; si se insistiera en no querer hacerlo, esa falta entraría en el artículo de rebelión contra la directora, y sería castigada de conformidad con el artículo vigésimo. Victorine preside las comidas; pero ella come en su aposento, aparte: su mesa es de ocho cubiertos, mañana y tarde; admite en ella a quien quiere de uno u otro serrallo; con frecuencia le hacen compañía algunos monjes, y en este caso hacen una selección de los invitados; entonces en ese local se celebran orgías, y se considera un favor que le admitan a uno en ellas.

«Los individuos invitados a las cenas de los monjes nunca son elegidos en una sola clase; siempre se mezclan; y su número varía constan" teniente; pero muy pocas

veces baja de doce, y con mucha mayor frecuencia supera ese número. Siempre hay seis sirvientas, cuya función, como has visto, es servir completamente desnudas a los monjes en la mesa. El número de putos invitados está siempre en razón del número de las chicas, uno por cada dos mujeres, y ello debido a que, como les cuesta más conseguirlos como los quieren, los tratan algo mejor. Por otra parte, les quieren más, y por refinamiento los utilizan menos. Sin embargo, el régimen de su serrallo es tan severo como el nuestro; les hacen sufrir el mismo género de castigos; la tabla de sus faltas es igual; y cuando quieren una víctima, la cogen entre ellos tanto como entre nosotras.

«Es inútil decirte que nunca nos visita nadie; ningún extranjero, bajo ningún pretexto, es introducido en este pabellón. Si caemos enfermas, nos cuida el único lego cirujano; y si morimos, lo hacemos sin ningún socorro religioso; nos arrojan en agujeros que cavan en los intervalos de los seros; y si la enferma se pone muy grave, o temen el contagio, en lugar de llevarnos a una enfermería, por una crueldad insigne nos sacan de nuestras camas y nos entierran totalmente vivas, porque más vale hacer morir a una, dicen estos monstruos, que exponer a treinta y correr nosotros mismos los peligros de la epidemia; desde los trece años que estoy aquí, he visto más de veinte ejemplos de esa ferocidad: la emplean incluso con los chicos; aunque a éstos los cuidan algo mejor. Por lo general todo depende del mayor o menor interés que el enfermo inspire al regente de guardia, encargado de esta clase de inspecciones; a poco que el individuo le desagrade, hace una seña al cirujano, que al punto entrega un certificado de epidemia; y una hora después el desventurado individuo tiene dos pies de tierra encima de las narices.

«Pasemos a la disposición de los placeres de estos libertinos, y a todos los detalles de ese apartado.

«Como te he dicho, nos levantamos a las siete en verano, a las nueve en invierno; pero nos acostamos más o menos tarde, en razón de la necesidad que los monjes tienen de nosotras o de las cenas a las E que asistimos. En cuanto nos levantamos, el regente de día viene a hacer su inspección. Se sienta en un gran sillón, y cada una de nosotras está obligada a ir, una tras otra, a situarse frente a él, con las faldas remangadas por el lado que le gusta: toca, besa, examina. Y cuando todas han cumplido con ese deber, se acerca la directora; hace su informe; se imponen los castigos; los que deben sufrirse inmediatamente se ejecutan sin más tardanza en el aposento de la directora, y a manos del regente. Otros se posponen para las reuniones de la noche; también se obliga a que bajen a las mazmorras, si el caso lo requiere. Cuando se trata de la pena de muerte, la culpable es atada al instante, arrojada en un calabozo; y la ejecución se realiza a la hora de las orgías; pero en este caso ocurre una cosa bastante singular. En cuanto el individuo es condenado, el regente que va en persona pronunciar la sentencia según la ley que pone ante los ojos del culpable, pasa acto seguido al aposento de la directora con el acusado, y siempre lo gozan una hora larga antes de hacerle bajar a la cárcel. Según estos malvados, no hay goce que pueda

compararse al de un ser condenado a muerte; y ese goce no tiene precio sobre todo para su juez o su verdugo. Por eso, ¡cuántas condenas arbitrarias, dado que sus resultados deben ser placeres tan vivos! Nosotras asistimos algunas veces, aunque en pequeño número, a esos goces fúnebres. La víctima, vestida con un crespón negro, siempre está llorando o desvanecida; y en el horrible estado de ese individuo estos malvados encuentran el complemento bárbaro a su terrible delito. Entonces sus palabras son horribles, sus voluptuosidades semejantes a las de los tigres; se burlan de la desgracia del objeto al que persiguen; nos lo ofrecen como ejemplo, nos amenazan con un trato parecido y no alcanzan por lo general las últimas crisis de la lubricidad sino en el seno de la execración y de la infamia. Unos días antes de tu llegada fui testigo de una de estas escenas; se trataba de una niña de diecisiete años, bella como Venus. Jérôme era regente de guardia. Tras el informe de la directora, esa desventurada niña fue acusada de haber querido escaparse; ella lo negó; Victorine llevó a Jérôme a la celda; encontraron dos barrotes rotos. Clémentine, ése era el nombre de aquella deliciosa criatura, siguió negándolo; no la escucharon; la ley estaba en su contra; le leyeron el artículo decimoctavo, que la condenaba a muerte; protestó de su inocencia; pero no infundía respeto. Era una espantosa jugarreta que le hacía Jérôme, de acuerdo con la directora; los dos la detestaban; los dos habían jurado su perdición; ellos mismos habían serrado los barrotes; y la desdichada murió víctima de la insigne maldad de ambos. Yo fui admitida, junto con un joven, a la ceremonia de este último goce, del que acabo de hablar; es imposible imaginar los horrores que Jérôme se permitió con aquella pobre niña, todo lo que la obligó a hacer, todo lo que exigió de ella; bastante fuerte para conservar su sangre fría, no le sirvió sino para sufrir más. Mientras la sodomizaba, Jérôme le decía: “Sé bien que eres inocente; pero me empalmaba la sola idea de las delicias de sacrificarte, y voy a correrme con tu ejecución”. Luego le preguntaba la clase de muerte en que quería acabar: “Tu crimen exige la más horrible, pero puedo cambiarla por otra menor; elige, puta, elige. —¡La más rápida!, exclamó Clémentine. —Entonces será la más lenta”, respondió el monje echando espumarajos por la boca; “sí, la más lenta… y la más horrible; y seré yo quien te dé la muerte”. Luego enculó al joven. Yo estaba obligada a lamer de rodillas el agujero del culo de este libertino que, mientras tanto, hundía su lengua en la boca de la víctima, respirando con delicia, decía él, los suspiros de la repugnancia, del espanto y de la desesperación. Remató la operación en la boca de Clémentine, mientras el joven lo enculaba y él se divertía abofeteándome con todas sus fuerzas y jurando como un poseso.

«Acabados los castigos, el regente da la lista de las invitadas a la directora; ella ve el nombre de las mujeres deseadas y el estado en que se las desea; toma las medidas pertinentes.

«A pesar de las lujurias episódicas a que el regente acaba de entregarse, es raro que salga de la sala sin una escena lúbrica, en la que siempre utiliza a doce o quince chicas, y algunas veces hasta veinte. La directora dirige estos actos libidinosos, en los

que reina la más completa sumisión de nuestra parte. De allí pasa al serrallo de los chicos, donde se hacen las mismas cosas.

«Ocurre a menudo que un monje desee una chica en su cama antes de la hora del almuerzo. El hermano carcelero trae una tarjeta en la que está escrito el nombre de la que se quiere; incluso si el regente está ocupándola en ese momento, la joven tiene que ir. Vuelve cuando la despiden; y el carcelero, que la acompaña, trae, en caso de descontento, un billete sellado para la directora, a fin de que el castigo de la delincuente sea anotado inmediatamente en el registro, que debe presentarse al día siguiente al regente de guardia.

«Hechas las inspecciones, se sirven los almuerzos. Desde ese momento hasta la noche, sólo nos interrumpen las demandas particulares que puedan hacerse, pero son raras, porque los monjes que cenan en el convento suelen pasar en él la jornada. A las siete de la tarde en verano y a las seis en invierno, el hermano carcelero viene en busca de las designadas para la cena; las lleva y las devuelve, cuidando de dejar para la noche aquellas a las que los monjes han anotado a ese efecto; entonces, ésas se retiran a las habitaciones de los que las han solicitado, acompañados únicamente por jóvenes de guardia.

—¡Jóvenes de guardia!, interrumpió Justine, ¿qué nuevo empleo es ése? —El siguiente, respondió Ónfale.

«Todos los primeros de mes, cada monje adopta dos chicas que, durante ese tiempo, deben hacerle de sirviente y de blanco de sus sucios deseos; no puede cambiarlas durante ese mes ni utilizarlas dos meses seguidos. No hay nada tan duro, tan sucio, tan cruel como los trabajos de este servicio; y no sé cómo podrás acostumbrarte tú a él. —¡Ay!, respondió Justine, estoy hecha al trabajo, únicamente no puedo acostumbrarme a los horrores.

—En cuanto dan las cinco de la tarde, prosiguió Ónfale, las jóvenes de guardia, guiadas por el carcelero, bajan junto al monje al que sirven y no se apartan de él hasta el día siguiente, a la hora en que él pasa al convento; lo vuelven a recoger cuando el monje regresa al serrallo. Emplean las pocas horas que su servicio les deja en comer y descansar, porque están obligadas a velar toda la noche al lado de su amo; están allí para servir ciegamente todos los caprichos de este libertino; ¡qué digo!, todas sus necesidades; para satisfacerlas no hay otro recipiente que la boca o las tetas de estas desdichadas que, continuamente pegadas a su déspota, deben soportar, de día o de noche, todo lo más bárbaro, más obsceno y más ignominioso que a él le apetezca infligirles: bofetadas, fustigaciones, vejaciones, malas palabras, goces, de la naturaleza que sean…, tienen que ofrecerse a todo, tienen que alegrarse y estar orgullosas de todo. La más leve repugnancia es castigada al punto con el castigo prescrito en el artículo duodécimo, al que se añaden doscientos latigazos a fin de hacerles ver que, en esta tarea de jóvenes de guardia, están obligadas a más sumisión y condescendencia todavía que en el resto de los deberes cotidianos de su estado. En todas las escenas de lujuria son estas jóvenes las que ayudan a sus placeres, las que

los cuidan y las que se apropian de todo lo que ha podido ser manchado. Si un monje acaba de gozar a una chica o a un muchacho, es a la boca de sus jóvenes de guardia a la que corresponde reparar el desorden; si quiere ser excitado previamente…, la tarea corresponde a estas jóvenes; ellas le acompañan a todos los lugares, lo visten, lo desnudan, en una palabra le sirven en todo instante; siempre se equivocan, y siempre son golpeadas. En las cenas, su sitio está, o detrás de la silla de su amo, o, como un perro, a sus pies, debajo de la mesa, o de rodillas entre sus muslos, excitándole con la boca: a veces le sirven de asiento: ellos se sientan en su cara; o, tumbadas en la mesa de comer, les meten velas en el trasero y sirven de antorchas. Otras veces, durante la cena, los monjes ponen a las doce en las posturas más extravagantes y lujuriosas, pero al mismo tiempo más molestas; si pierden el equilibrio, corren el riesgo de caer, como has visto, sobre espinas expuestas cerca de allí, o en calderos de agua hirviendo, que se tiene la precaución de colocar alrededor; muchas veces, el cruel resultado de estas caídas es romperse algún miembro; y, mientras, los monstruos se regocijan, se entregan a la depravación, se embriagan a placer con manjares deliciosos, vinos delicados y las más excitantes lujurias.

—¡Oh, Cielo!», dice Justine estremeciéndose de horror, «¿puede llevarse más lejos el delirio y la depravación? ¿Puede alguien entregarse a tales excesos? —No hay nada que no hagan unos hombres sin freno, dice Ónfale; una vez que se ha dejado de respetar la religión, una vez que uno se ha acostumbrado a desafiar las leyes de la naturaleza y a vencer los remordimientos de su conciencia, ya no hay horrores que no se emprendan; son éstas, querida, crueles verdades de las que no deja de convencerme a diario el traro de estos hombres. —¡Qué infierno! —Escucha, niña mía, estás lejos de saberlo todo.

«El estado de embarazo, reverenciado en todo el mundo, es casi una certeza de reprobación entre estos infames; ya he tocado este punto en el sexto artículo de los castigos. Ese estado no dispensa ni de los castigos en que se ha incurrido por los delitos cuyo cuadro te he trazado, ni de las jóvenes de guardia. Al contrario, es un vehículo para los castigos, las humillaciones y las penas. Como sabes, hacen abortar a golpes a aquella cuyo fruto no se preocupan de conservar; y si lo recogen, es para gozar con él; lo que te digo debe bastarte para que intentes preservarte de ese estado cuanto te sea posible. —Pero ¿se puede hacer? —Desde luego, hay ciertas esponjas…, pero si Antonin se da cuenta, no hay forma de escapar a su cólera; lo más seguro es ahogar el movimiento de la naturaleza, desmontando la imaginación[1]; con semejantes monstruos, no resulta difícil.

«Ningún monje, salvo el regente de guardia y el superior, tienen derecho a entrar en los serrallos; pero como ese cargo de regente es semanal, cada uno goza por turno de este derecho realmente despótico; cuando retorna a la clase de los otros, recupera el privilegio igual de agradable de llamar a su cuarto a cierto número de chicas y de chicos que le parece bien, para divertirse con ellos en su aposento; es a la directora a la que hace su petición; y, como ya hemos dicho, si los individuos están en el serrallo,

no puede negárselos bajo ningún pretexto; ni siquiera la enfermedad es un motivo; y muchas veces vemos a estos bárbaros llamar a una desdichada con fiebre, que acaba de ser medicamentada, sangrada, clisterizada, etc.; por más que diga, tiene que ir, ninguna objeción es atendida, ninguna puede librarla de obedecer. A menudo sólo es por maldad, por fastidiar, por lo que piden a un individuo; saben de sobra, o que no desean realmente gozar a ese individuo, o que no está en condiciones de servirles, pero se satisfacen ejerciendo su autoridad…, manteniendo la subordinación. En otras ocasiones desean realmente servirse de ellos; entonces le hacen lo que quieren, y lo guardan a su lado todo el tiempo que les place. El individuo solicitado baja desnudo o vestido; en todo esto, las únicas reglas que hay son las de sus fantasías. Aquí todos son iguales: el superior sólo tiene por encima de los otros el derecho a entrar en el serrallo para asuntos sobre el vestir, los modales, la limpieza, etc. Cuando aparece, se le recibe con los mismos honores que al regente de día.

«Por lo demás, en esta casa hay vínculos y parentescos indudables, y que conviene que sepas; pero estas aclaraciones, que entran en el artículo cuarto, es decir, en el de nuestras reclutas, nuestras reformas y nuestros cambios, voy a empezar a hacértelas para resumir estos pormenores.

«No ignoras, Justine, que los seis monjes refugiados en este asilo están al frente de su orden y se distinguen tanto por su fortuna como por su cuna. Con independencia de los considerables fondos que aporta la orden de los benedictinos para el mantenimiento de este voluptuoso retiro por el que todos tienen la esperanza de pasar por turno, los que están aquí añaden a esos fondos una parte considerable de sus bienes. Reunidas estas cantidades, se elevan a más de quinientos mil francos al año, dedicados absolutamente a los libidinosos gastos de esta casa. Cuentan con cuatro hombres y cuatro mujeres de confianza, encargados exclusivamente de tener siempre los dos serrallos al completo, y que, a tal fin, no cesan de recorrer toda Francia. El individuo que presentan no puede tener ni menos de seis años ni más de dieciséis; debe estar exento de cualquier defecto, y dotado, dentro de lo posible, de todos los encantos y todas las gracias que puedan prestarle la naturaleza y la educación; pero, ante todo, es necesario que sea de nacimiento distinguido; estos libertinos dan mucha importancia a esa cláusula; los raptos, realizados lejos y siempre bien pagados, no entrañan ningún inconveniente; nunca deriva de ellos ninguna consecuencia molesta. No dan una importancia absoluta a las primicias: una muchacha ya seducida, un muchacho corrompido, o una mujer casada, todo les complace lo mismo; pero el rapto tiene que ser constatado; esa circunstancia les excita, quieren estar seguros de que sus crímenes cuestan lágrimas; no querrían un individuo que se dirigiera a ellos por propia voluntad. Si no te hubieras defendido prodigiosamente, Justine, si no hubieran reconocido en ti un fondo auténtico de virtud, y por lo tanto la certeza de un crimen, no te habrían mantenido ni veinticuatro horas. Todo lo que aquí ves es de la mejor cuna; yo, mi buena amiga, soy hija del conde de Villebrune, y, como hija única, debía ser dueña un día ochenta mil libras de

renta. Fui raptada a los doce años de los brazos de mi aya, que me llevaba de una casa de campo de mi padre al convento donde me educaban. Atacaron el carruaje, me arrancaron de los brazos de mi gobernanta, que fije asesinada. Traída aquí por la posta, fui corrompida esa misma noche. Todas mis compañeras están en el mismo caso: condes, duques, marqueses, opulentos banqueros, ricos comerciantes, magistrados célebres, son los padres de cuanto aquí ves. No hay ninguna que no pueda probar los mejores parentescos, ninguna que, pese a ello, no sea tratada con la última de las ignominias. Pero estos perversos no se limitan a eso: han querido deshonrar el seno mismo de su propia familia; la joven de veintiséis años, desde luego una de las más bellas que aquí estamos, es hija de Clément; la de nueve años es sobrina de Jérôme; la más bonita de las niñas de dieciséis es sobrina de Antonin. Sévérino ha tenido asimismo varios hijos en esta casa; pero el malvado ha sacrificado a todos, hoy no vive ninguno. Ambroise tiene en el serrallo un hijo que él mismo ha desvirgado, pero que, endeble y delicado, no anuncia nada demasiado sublime.

Cuando un individuo de uno u otro sexo ha llegado a esta impura cloaca, si el número fijo está completo, inmediatamente se desecha un individuo del mismo sexo que el sujeto traído. Pero si es una sustitución, y el número está incompleto, no se desecha nada. Y esa desdichada reforma, querida niña, cuando tiene lugar, se vuelve el complemento de nuestros dolores. La infortunada cuya sentencia se ha decretado desciende la víspera de su muerte… —¡De su muerte!, interrumpió Justine asustada. —Sí, de su muerte, querida amiga; esa reforma es una sentencia de muerte, y las que sufren ese juicio no vuelven a ver la luz en toda su vida. Desciende, pues, a uno de los calabozos de que te he hablado, y allí permanece veinticuatro horas, desnuda, pero perfectamente alimentada. La cena en la que ha de ser inmolada se celebra en la sala de estos subterráneos, que se decora para ese día de la forma más lúgubre. Seis mujeres, escogidas entre las más hermosas, seis hombres elegidos por el grosor del miembro, y siempre la directora, son los únicos invitados a esas sanguinarias orgías. Una hora antes de la cena aparece la víctima, coronada de ciprés. El tipo de suplicio se pone a votación: el secretario lee la lista de cierta cantidad de tormentos; los que parecen agradar más se discuten. Una vez elegido, colocan a la víctima sobre un pedestal, frente a la mesa donde se cena, e inmediatamente después de la comida empieza el suplicio; a veces dura hasta el alba. Las jóvenes de guardia no asisten a estas orgías; tres de las seis mujeres elegidas las sustituyen; y las infamias se llevan a su colmo. Pero ¿qué necesidad tengo de insistir en estos detalles? Tus ojos, querida amiga, no te convencerán de ellas sino demasiado pronto. —¡Justo Cielo!, exclama Justine, el asesinato, el más execrable de los crímenes, ¿sería para ellos como para el célebre mariscal de Retz[*][2] una especie de goce cuya crueldad, excitando al mismo tiempo sus nervios y su pérfida imaginación, sumergiría sus sentidos en una embriaguez más viva? Acostumbrados a gozar únicamente con el dolor, a deleitarse sólo mediante tormentos y suplicios, ¿sería posible que se extraviasen hasta el punto de creer que, redoblando, mejorando la causa primera del delirio, han de volverla

inevitablemente más perfecta y que entonces, sin principios ni fe, sin costumbres ni virtud, los muy bribones, abusando de la desgracia en que nos sumergen sus primeras fechorías, podrán satisfacerse con unos segundos que nos arrancan la vida? —No lo dudes, respondió Ónfale; nos degüellan, nos atormentan porque el crimen los excita. Óyeles razonar sobre este punto, y verás con qué arte erigen todas sus liviandades en sistemas. —¿Y se producen a menudo esas reformas? —Aquí perece regularmente un individuo, de una u otra clase, cada quince días. Por añadidura, nada legitima esa reforma: la edad, el cambio de los rasgos, nada importa; el capricho es su única regla. Desecharán hoy a la que más acariciaban ayer; y conservarán veinticinco años a aquella de la que parecían más saciados. Yo soy la prueba de lo que te digo, querida; hace trece años que estoy aquí; apenas hay orgía en la que no participe; soy constantemente blanco de todas sus depravaciones, deben de estar hartos de mí; ajada como estoy por sus infames lujurias, ¿con qué atractivos podría llamar su atención? Y sin embargo, a mí me conservan, mientras que les he visto desechar criaturas deliciosas al cabo de ocho días. La que inmolaron recientemente no tenía dieciséis años, bella como el Amor, que estaba aquí desde hacía seis meses apenas; pero quedó embarazada; y ése es un error que no perdonan. La anteúltima fue sacrificada en el momento mismo en que sentía los primeros dolores del parto. —Pero, dijo Justine, las que perecen accidentalmente en sus juergas, como ayer por la noche en la cena, ¿forman parte de las desechadas? —En absoluto, respondió Ónfale, eso son acontecimientos imprevistos que no cuentan y que no impiden el sacrificio quindecimal. —¿Y son frecuentes estos accidentes?, continuó Justine. —No, dijo Ónfale, se contentan con lo que ellos mismos han prescrito, y, salvo casos extraordinarios o fuertes razones, se atienen a la ley que han establecido. No imagines que la conducta más regular, que la sumisión más extrema pueda permitirnos escapar al destino que nos espera; yo he visto algunas que se anticipaban a todos sus deseos, que los atendían con el mayor cuidado, y que se iban al cabo de seis meses; otras, ariscas y caprichosas, vegetaban aquí años; por lo tanto es inútil prescribir a las recién llegadas un tipo cualquiera de conducta; la fantasía, única voluntad de estos monstruos, rompe todos los frenos y se vuelve eternamente la ley de sus detestables acciones.

«Cuando una mujer debe ser reformada, y sé que ocurre lo mismo en los hombres, se la avisa por la mañana, nunca antes. El regente de guardia aparece a la hora habitual, y supongo que dice: “Ónfale, vuestros amos os reforman; vendré a buscaros esta noche”. Luego, continúa con su rarea; pero, en el examen, la reformada no se ofrece ya a él. Cuando él se ha ido, ella abraza a sus compañeras; y, según su temperamento o su carácter, o se aturde con ellas, o va a deplorar su destino en un rincón de su celda; pero no hay gritos ni señales de desesperación; sería picada en trozos al momento si se la oyera hacer el menor alboroto. Suena la hora, aparece el monje, y la víctima es engullida al punto por la tenebrosa prisión que le sirve de asilo hasta el día siguiente. Durante las veinticuatro horas que allí pasa, es visitada a

menudo. Por un refinamiento inconcebible de barbarie, los malvados se complacen en ir a gozar allí, y aumentar los horrores de su situación, ofreciéndosela bajo el aspecto más horrible. Entonces, a todos los monjes les está permitido ir a hacer sufrir previamente a la víctima todo lo que dicte su imaginación; de ahí deriva que a menudo no aparezca en el lugar de su suplicio sino violentamente ultrajada, y a veces medio muerta. Bajo ningún pretexto, sea el que fuere, pueden retrasar ni adelantar su última hora, ni hablar de perdón; sus leyes, siempre en acción para el mal, carecen de energía para el bien. Por último, llega el momento, y se realiza la ejecución. No hago hincapié en detalles que se ofrecerán de sobra a tus ojos. Por lo demás, la cena es prácticamente la misma, siempre excelente; pero en ella sólo se beben vinos extranjeros, licores, y en mucha mayor abundancia. Nunca salen de esas cenas sin estar borrachos; y se retiran mucho más tarde.

«La historia de las recepciones prevalece sobre cualquier otra formalidad, de las que también serás testigo, y que es inútil que te detalle. Aunque se hayan producido varias llegadas al mismo tiempo, sólo se recibe a una, y es en las cenas ordinarias donde se realizan las ceremonias, poco más o menos iguales a aquella de la que tú misma has sido víctima al entrar aquí.

—Y los monjes, dijo Justine, ¿también cambian? —No, respondió Ónfale; hace diez años que llegó el más nuevo, Ambroise. Los demás están desde hace quince, veinte y veinticinco años: hace veintiséis que Sévérino entró. Este superior, nacido en halla, es pariente cercano del papa, con el que se lleva muy bien[*]. Sólo desde que está él los pretendidos milagros de la Virgen aseguran la fama del convento e impiden a los maledicentes observar desde cerca lo que aquí pasa. Pero cuando él llegó la casa ya estaba montada tal como la ves ahora; hace más de cien años que existe exactamente igual; y todos los superiores que aquí vinieron, conservaron unos privilegios y unas disposiciones tan necesarias para sus placeres. Sévérino, el hombre más libertino de su siglo, hizo que lo colocasen aquí únicamente para llevar una vida acorde con sus gustos; y su intención es mantener el orden que aquí ves todo el tiempo que sea posible. Pertenecemos a la diócesis de Auxerre; pero que el obispo se haya enterado o no, nunca le vemos aparecer. Por lo general, nadie se acerca a este asilo, a no ser en tiempos de la fiesta, que es la de Nuestra Señora de agosto: salvo en ese momento, no aparecen ni diez personas al año en esta casa. Si se presenta algún extranjero, el superior tiene buen cuidado de recibirle bien; infunde respeto con apariencias de religión y austeridad. Se marchan contentos, hacen elogios del monasterio, y la impunidad de estos malvados se asienta así sobre la estupidez del pueblo y la credulidad de los devotos, inquebrantables bases de la superstición.

—Con independencia de los horribles crímenes cuyas circunstancias acabas de descubrirme, ¿alguna vez ocurre, dijo Justine, que estos malvados pidan un individuo para ejecutarlo en sus habitaciones? —No, dijo Ónfale, el derecho de vida y muerte que se han arrogado sobre nosotros sólo pueden ejercerlo juntos. Si quieren realizarlo individualmente, lo ejercen sobre sus chicas de guardia; desde luego, éstas pueden ser

sacrificadas en cualquier momento del día y de la noche; su desdichado destino sólo depende del capricho de estos monstruos, y a menudo, por la falta más leve, resulta que son inmoladas de inmediato por estos bárbaros. Sin embargo, ese horrible gusto por el crimen también los abrasa algunas veces durante las secretas orgías que se celebran en los aposentos de la directora. Depositan entonces veinticinco luises por el individuo proscrito, y lo ejecutan. Esa cantidad se destina a las sustituciones; y, desde el momento en que contribuyen a ellas de este modo, adquieren el derecho de hacer cualquier cosa.

—Perpetuamente bajo la espada, dijo Justine, ¿no hay algún momento en que no esté amenazada nuestra vida? —¡Oh!, ni uno solo; ninguna de nosotras puede asegurar, al levantarse por la mañana, que se acostará en su cama por la noche. —¡Qué destino! —Es horrible, desde luego; pero con la perpetua obligación de estar en guardia nos volvemos valientes; y, pese a la guadaña de la muerte cotidianamente suspendida sobre nuestras cabezas, no dejarás de ver que la alegría y los excesos reinan universalmente entre nosotros. —Eso es lo que se llama gracias de estado, dijo Justine; por lo que a mí se refiere, te aseguro que nunca dejaré de llorar y de estremecerme. Pero termina mi instrucción, por favor, y dime si los monjes pueden sacar a veces individuos del convento. —Eso no ocurre jamás, dijo Ónfale; una vez engullida en esta casa, no vuelves a respirar el aire de la libertad. Desde ese momento no nos está permitida ninguna esperanza; sólo se trata de aguantar un poco más…, un poco menos, pero nuestra suerte es siempre la misma. —Desde que estás aquí, continuó Justine, has debido de ver cambios radicales. —Sólo hay doce por encima de mí; salvo eso, he visto renovar varias veces toda la casa. —¡Y has perdido muchas amigas! —¡Y muy queridas! —¡Oh, cuánto dolor! ¡Quisiera amarte!, pero ¿me atreveré, si hemos de separarnos tan pronto?»; y estas dos tiernas amigas, abrazándose una a otra, rociaron un instante sus senos con las lágrimas del dolor, la inquietud y la desesperación.

Nada más terminar esa enternecedora escena, apareció el regente de guardia con la directora; era Antonin. Siguiendo la costumbre, todas las mujeres se pusieron en dos filas. Él echó una ojeada indiferente sobre el conjunto, las contó y luego se sentó. Entonces todas fueron, una tras otra, a levantarse las faldas delante de él, por un lado hasta el ombligo, por el otro hasta la parte superior de los riñones. Antonin recibió ese homenaje con la apatía de la saciedad; luego, mirando a Justine, le preguntó en tono brutal cómo se encontraba; al verla responder únicamente con lágrimas: «Terminará acostumbrándose, dijo riendo; no existe en toda Francia una casa donde se forme mejor a una joven que en ésta». Cogió la lista de las culpables que le presentaba la directora; luego, dirigiéndose de nuevo a Justine, la hizo temblar; cuanto parecía someterla a estos libertinos era para ella una sentencia de muerte. La obligó a sentarse en el borde del diván; y, en cuanto estuvo allí, mandó a Victorine que le descubriese los pechos y ordenó a otra muchacha que le levantara las faldas hasta el ombligo. Se acerca, aparta los muslos que le presentan y se sienta totalmente

enfrente de ese coño entreabierto. Otra criatura de unos veinte años va a situarse sobre Justine, en la misma postura; de suerte que es un nuevo coño lo que se ofrece al lascivo en lugar de la cara de Justine, y si goza a ésta tendrá los atractivos de la otra a la altura de su boca. Una tercer muchacha, elegida en la categoría de las dueñas, va a excitar con la mano al regente; y una cuarta, totalmente desnuda, salida de la categoría de las vestales, le muestra con el dedo, sobre el cuerpo de Justine, el lugar donde debe engullirse el miembro que le masturban. Esta última joven excita también a Justine; la masturba; y lo que ella le hace, Antonin lo repite con dos preciosas niñas de quince años, colocadas bajo cada una de sus manos, a las que otras dos niñas de trece años besan en la boca, para animarlas. Imposible imaginar las palabrotas, los juramentos, los discursos obscenos con que se inflama este libertino; por fin alcanza el estado que desea; el lascivo se empalma; una nueva mujer le agarra por el instrumento; es una de las viejas; lo lleva hacia Justine, en cuyo coño se introduce con tanta precipitación como brutalidad. «¡Ah!, rediós, dice, ya estoy…, ya estoy en este coño que ardía por joder; voy a regado con mi esperma; quiero que de este polvo quede embarazada». Todo le arrebata, todo trata de duplicar su éxtasis, todo trabaja para electrizarlo: descubriendo totalmente sus nalgas, Ónfale, que se apodera de él, no omite nada para excitarle mejor; frotamientos, besos, magreos, utiliza todo; tantos medios, infructuosos durante tanto tiempo, consiguen al final tener éxito. Imposible imaginar la velocidad con la que varían los coños, tanto bajo los dedos como bajo los besos de este libertino. La crisis se acerca; el lascivo, que tiene por costumbre soltar en ese momento gritos espantosos, los lanza tales que hacen resonar la bóveda; todo le rodea, todo le sirve; la directora sustituye a Ónfale en la tarea de excitarle el ano, y lo socratiza con sus cinco dedos; y es el clítoris de una de las más bonitas lo que el monje chupa en ese momento. Por fin alcanza el delirio, en el seno de los episodios más extraños y depravados. «Vamos, dice a una de sus jóvenes de guardia, de rodillas…, chúpame la polla». No se deja en ella ninguna suciedad; y el infame se marcha gruñendo.

Estas clases de grupos se realizaban a menudo. Era una norma que, cuando un monje gozaba de la manera que fuese, varias mujeres le rodearan entonces para abrasar sus sentidos por todas partes y para que así la voluptuosidad pudiese introducirse con mayor seguridad por cada uno de sus poros.

Traen el desayuno; Justine no quería sentarse a la mesa; la directora, en tono brusco, le ordenó hacerlo; se colocó en la fila de las muchachas de su categoría y sólo comió para aparentar que obedecía. Nada más acabar, entró el superior: le recibieron con las mismas ceremonias que se habían hecho para Antonin, con la diferencia de que las sultanas se guardaron mucho de levantarse las faldas por delante; sólo expusieron sus culos a las miradas expertas del ultramontano[6]. Concluido el examen, se levantó. «Hay que pensar en vestirla», dijo mirando a Justine; luego, abriendo un armario situado en el salón, sacó algunas ropas, de forma y color correspondiente a la categoría en que Justine entraba. «Probaos esto», le dijo

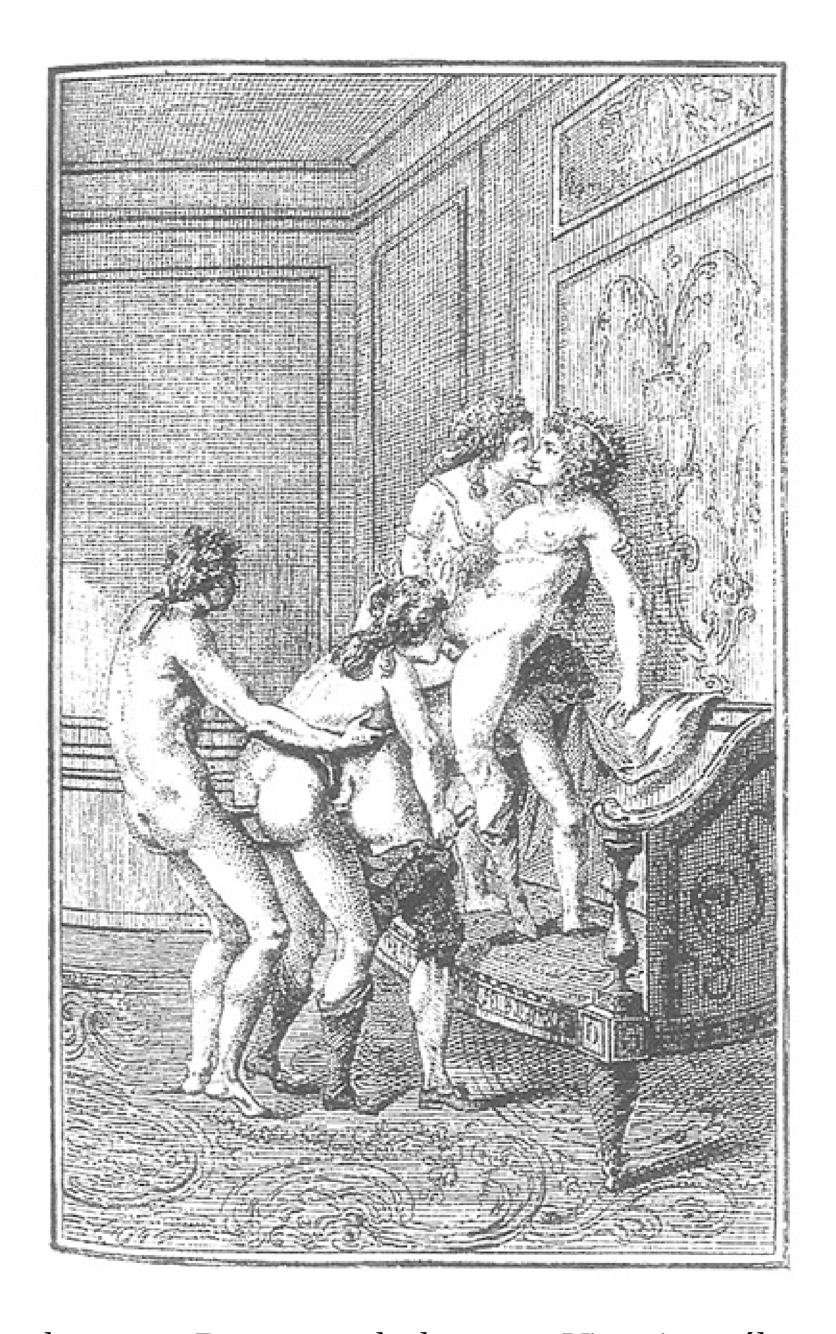
tirándoselas, «y devolvedme inmediatamente lo que os pertenece». Nuestra triste huérfana así lo hace, después de haber tenido la precaución de retirar su dinero y ocultarlo entre sus cabellos. A cada vestido que se quita, los ojos de Sévérino se dirigen inmediatamente sobre el atractivo descubierto; en cuanto está desnuda, el superior la agarra y la rumba boca abajo en el borde de un sofá. Justine quiere pedir gracia; no la escuchan; seis mujeres desnudas rodean a los dos combatientes y presentan al monje ante el altar que lo inflama. Sólo se ven culos al aire; su mano los oprime, su boca se pega a ellos, sus miradas los devoran. Justine es sodomizada; más de veinte culos se elevan con rapidez, uno tras otros, tanto bajo los besos como bajo los tocamientos del lascivo; su lengua y sus dedos penetran indistintamente en todos; él se corre, y prosigue su operación con la tranquilidad feliz que proporciona el crimen. Justine, vestida de novicia, parece más bella a ojos de su verdugo; la ordena seguirle en las distintas operaciones que le quedan por hacer en el serrallo. Al final de su gira, una de las jóvenes de la categoría de las sodomistas le tienta. «Levántale las faldas», dice a Victorine. La directora la coge. Es una muchacha corpulenta de diecinueve años, hermosa como el día. El culo más bello del mundo, el más blanco, el mejor cortado, no tarda en ser ofrecido a los deseos de aquel libertino, que quiere que Justine se la menee; la desventurada obedece con torpeza; sus compañeras la instruyen; sus manos consiguen por fin que se le levante el miembro que acababa de embotar su culo; le dicen que tiene que ser ella la que lo presente ante el agujero que se va a perforar; obedece; el instrumento penetra, el monje folla; pero no es sino el culo de Justine lo que quiere besar durante la operación; las demás sultanas le rodean sólo para la perspectiva: sus ojos se inflaman; se cree que va a concluir la aventura; y efectivamente la culmina, pero sin alcanzar el objetivo. «Ya es suficiente», dice retirándose; «tengo tarea esta noche. Justine, continúa, estoy muy satisfecho de vuestro culo, lo follaré con frecuencia; sed dócil, previsora, sumisa, es el único medio de conservaros mucho tiempo en estos lugares»; y el libertino sale, llevando consigo dos mujeres de treinta años para almorzar en los aposentos de la directora, y que, por órdenes enviadas por la mañana, no se habían sentado a la mesa con nosotras.

—¿Qué va a hacer con esas criaturas?, dice Justine a Ónfale. —Va a emborracharse con ellas. Son libertinas de profesión, tan depravadas como él y que, tras veinte años en la casa, han terminado adoptando los usos y costumbres de estos malvados; las verás volver borrachas y cubiertas de golpes que ese monstruo les habrá aplicado en medio de su borrachera. —¿Y gozará todavía?, prosiguió Justine. —Lo más probable es que, al salir del almuerzo, pase al serrallo de los hombres; y también ahí le presentarán algunas víctimas; y, muy probablemente, él mismo, ofreciéndose como una mujer, recibirá el homenaje de cinco o seis muchachos. —¡Oh, qué hombre! —No has visto nada todavía; hay que vivir con ellos desde hace tanto tiempo como yo para estar en condiciones de apreciarlos».

La jornada transcurrió sin acontecimientos. Justine no estaba incluida en la cena. «Vamos, le dijo Ónfale, tienes que ir al aposento de Victorine, acuérdate de los

compromisos que has aceptado; no dejemos de hacerlo, dado que eres libre».

«¡Ah, sois vos!», dijo la directora viendo entrar a Justine. «Sí, señora, respondió Ónfale; se acuerda de que la habéis deseado para esta noche; acude a vuestras órdenes. —Está bien, dijo Victorine; quédate tú también, Ónfale. Me pongo cachonda contigo, preciosa», continuó la tríbada lamiendo a esta preciosa niña; haré venir a dos muchachos, cenaremos los cinco, y nos divertiremos con ellos». Al simple sonido de una campana, aparecieron dos deliciosos folladores, de veinte a veintidós años, y Victorine, después de haber besado un cuarto de hora a cada uno, después de habérsela meneado, chupado y lamido, les dijo: «Augustin, y vos, Narcisse, aquí tenéis dos preciosas muchachas que os entrego; preparad con ellas cuadros lo bastante lascivos para sacarme de la letargia en que estoy desde hace unos días». Los dos ardientes folladores no se lo hacen repetir dos veces: el más joven agarra a Justine, el otro a Ónfale; y, gracias a su arte, en menos de media hora, se ofrecen cinco o seis posturas diferentes a los ojos de la tríbada, que, abandonándose de forma gradual a medida que el espectáculo la calienta más cada vez, termina por mezclarse a los combatientes; los recorridos se vuelven más serios; todo se orienta hacia Victorine, todo trabaja para duplicar su éxtasis. La puta, desnuda, follada por delante y por detrás, une a esa dulce manera de gozar el episodio delicioso de chupar al mismo tiempo el ojo del culo de Ónfale y el coño de Justine. «Aguardad un momento», dice; y poniéndose un consolador: «Estoy harta de ser paciente, quiero actuar». La muy zorra encoña a Justine; mientras tanto, obliga al mayor de los muchachos a encularla; y queriendo imitar este exceso, ella misma se coloca en el culo la polla que queda, mientras Ónfale es obligada a ir a excitarse el coño en su boca. «¡Qué bonita!», exclama la directora refiriéndose a Justine; «¡con qué placer la jodo! ¡Oh, rediós, qué pena no ser hombre! Bésame, ángel mío, bésame, puta, voy a correrme…». Y la indiferente Justine se presta con docilidad, sin que pese a ello le sea posible sofocar sus remordimientos u ocultar su dolor. Mientras tanto, Victorine, cansada, no puede ni hablar; la naturaleza, desfalleciente en ella, le niega sus dones…, al menos por el momento; y sólo imaginando nuevas lascivias la obliga a seguir. La infame hace darse la vuelta a Justine; la encula mientras a ella misma la sodomizan. Como sigue sin venirte nada, encula a un muchacho y lame a Justine, cuyo clítoris menea Ónfale para acelerar la emisión de un esperma que va a colmar a Victorine de placer, y quizá decidir el suyo; ése es el extravío que triunfa. Justine se corre a pesar suyo, Victorine la chupa, agitándose como una bacante sobre los riñones del joven, al que goza mientras el otro muchacho le coloca alternativamente su polla en el coño y en el culo; y la muy puta, rodeada de placeres, pierde su leche entre gritos, blasfemias y convulsiones muy dignos de una libertina como ella.



Se sientan a la mesa. Durante toda la cena, Victorine sólo quiso comer unos bocados masticados por los dientes de marfil de nuestra heroína: mientras devoraba, Ónfale la masturbaba. «Me encanta mezclar estos dos placeres, decía; no conozco otros que se complementen mejor»; y escanciando a Justine grandes tragos de vino de Champagne, trataba de arrancar del extravío de aquella joven lo que sentía que no podía conseguir de su razón. Pero Justine no se alteró nunca, y Victorine, viendo que no respondía mejor después de la cena que antes a todos los ataques que le había dirigido, la mandó a acostarse de malhumor, anunciándole que aquella conducta no contribuiría a hacerle muy dulce su cautiverio. «Bien, señora», dijo Justine al retirarse, «sufriré; he nacido para el dolor, cumpliré con mi destino tanto tiempo como plazca al Cielo dejarme languidecer en el mundo; pero al menos no le ofenderé; esta idea consoladora volverá menos amargas mis penas». La directora se quedó, para esa noche, con Ónfale y los dos jóvenes. Al día siguiente Justine se enteró de los horrores a que se habría visto obligada si no hubiera sido despedida. «En tu lugar, he

tenido que sufrirlos yo, le dijo Ónfale; pero, por suerte, la costumbre me hace cumplir sin esfuerzo mis deberes, y me ha quedado el placer de haberte evitado ignominias».

El día siguiente era víspera de aquel en que se debía decretar una reforma. Aparece Antonin; se realizan las mismas ceremonias; Justine temblaba; la manera decente y severa en que se había comportado en el aposento de la directora ¿no podía hacer recaer sobre ella la terrible elección de esa reforma? Había irritado a aquella mujer; conocía su influencia, ¿qué no podía temer? Sin embargo, la indiferencia de Antonin la tranquilizó; apenas puso los ojos en ella. Acabadas las ceremonias, Antonin nombra a Iris: era una magnífica mujer de cuarenta años, que llevaba treinta y dos en la casa. «Colócate, le dice Antonin, tengo que sondarte el coño. Que me la pongan dura y me la metan en él», prosigue el infame sátiro. Todo se acelera; el malvado se hunde en él. «Vamos, zorra, dice mientras jode, me estoy despidiendo de ti»; y como ve que todo el mundo tiembla, y que su desgraciada víctima está a punto de desmayarse: «¿Es que no me oyes, puta?», le dice, aplicándole dos vigorosas bofetadas mientras sigue follándola; «dime, ¿no entiendes que la sociedad te da de baja…, que vengo a buscarte y que pasado mañana habrás dejado de existir? Si te encoño antes, doble puta, es para que te lleves mi leche al infierno, y para que las Furias, viéndote inundada, se embadurnen con ella el coño todo un día; las follaría a ellas si las tuviese en mi poder. Vamos, córrete, zorra, me parece que preparo bastante bien tus sentidos para la ebriedad en que los quiero…». Pero Iris ya no entendía nada; absolutamente desvanecida, carecía de calor y de movimiento. Tal es el estado en que el lascivo se entrega con ella al último placer. Le muerde las tetas al correrse, con la esperanza de devolverla a la vida; es inútil; por más que hacen, nada se consigue; y es en ese estado de estupor y de abatimiento, nada más acabar de gozarla, cuando el bárbaro tiene la crueldad de mandar arrojarla a los calabozos, donde la mujer va a pasar sus últimas horas de vida.

Justine pasó cruelmente el día; aquella horrible escena no se apartaba de su cabeza. Temblaba ante la idea de asistir a la cena que debía acompañar aquellas sangrientas orgías. Por suerte la creyeron demasiado novicia todavía para ser admitida en una partida en que el pudor y la humanidad hubieran estado fuera de lugar; simplemente le ordenaron ir a pasar aquella noche al cuarto de Clément. «¡Oh, Dios mío!, exclama, ¡tendré que satisfacer las pasiones de ese monstruo que sólo se acercará a mí cubierto por la sangre de mi desdichada compañera; que, saciado de horrores y de infamias, sólo se acercará a mí con el crimen en el corazón y la blasfemia en la boca! ¿Hay destino más horrible que el mío?». Sin embargo, tuvo que ir; el carcelero viene a recogerla y la encierra en la celda de Clément, donde, mientras espera a este malvado, nuevos pensamientos, más horribles todavía, vuelven a turbar su imaginación.

Hacia las tres de la mañana llega Clément, seguido por sus dos jóvenes de guardia, que habían ido a recogerle al terminar la cena a la que, como se sabe, no asistían cuando se trataba de una orgía de reforma. Una de esas jóvenes se llamaba

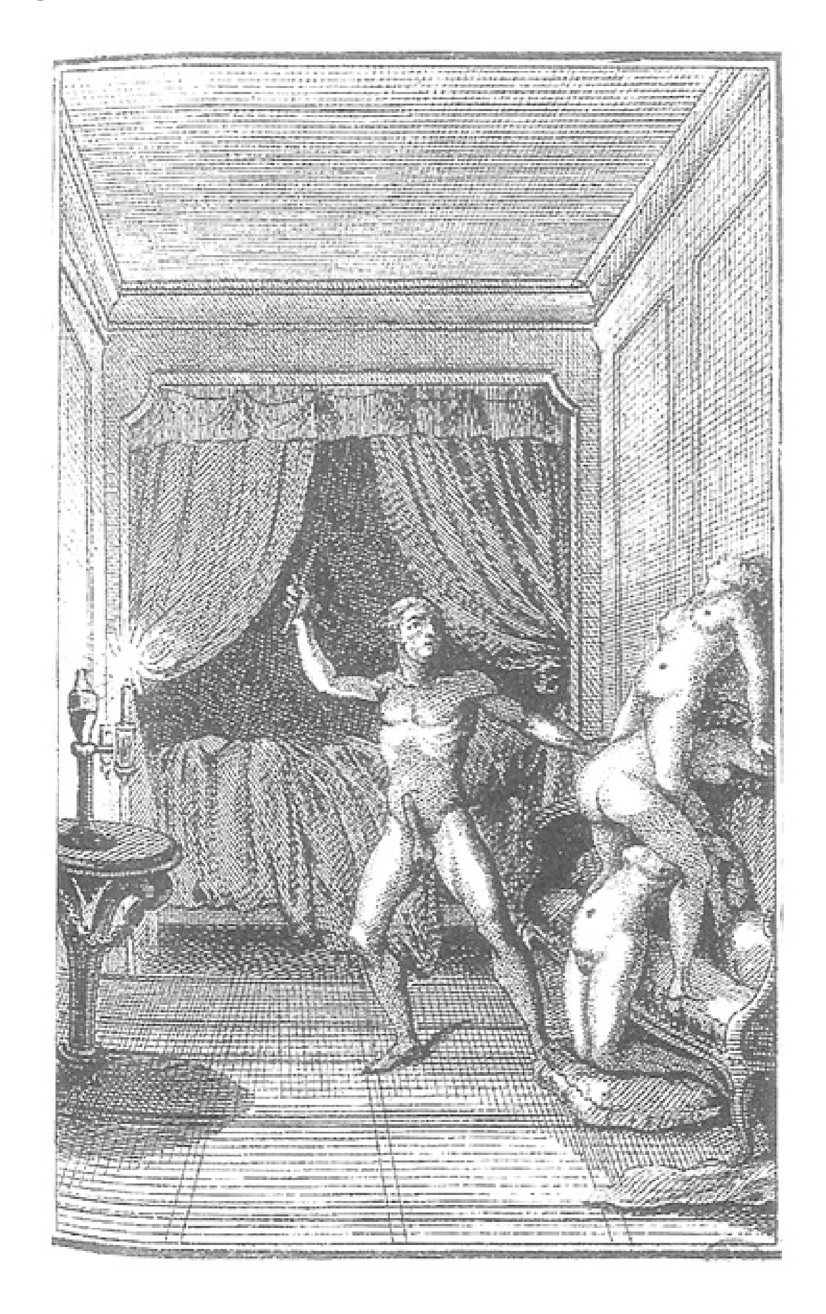
Armande; era rubia, de una fisonomía encantadora, que apenas tenía los veintiséis años y era sobrina de Clément; la otra se llamaba Lucinde; gorda, carnes hermosas, muy blanca, y veintiocho años.

Instruida en sus deberes, Justine se postra de rodillas en cuanto oye al monje. Éste se acerca, la contempla en esa humillante postura, luego le ordena levantarse y besado en la boca. Clément saborea ese tieso y le da toda la expresión, toda la extensión que le es posible imaginar. Mientras tanto, las dos acólitas desnudan por orden suya a Justine con detalle. Cuando la parte de los riñones hasta los talones queda al descubierto, se apresuran a exponerla a Clément y a ofrecerle el lado apreciado por sus gustos. El monje examina, palpa; luego, sentándose en un sillón, ordena a Justine que le ofrezca a besar aquel culo divino que le entusiasma; su sobrina está de rodillas, le chupa la polla…, una polla blandengue, extenuada por los placeres de la velada y que requerirá mucho arte si quiere volver pronto a la vida. Lucinde, algo ladeada, hunde una de sus manos bajo las nalgas del monje, y lo socratiza con fuerza. El libertino coloca su lengua en el santuario del templo que se le ofrece, y la introduce todo lo que puede. Sus manos ganchudas maltratan los mismos atractivos en Armande y en Lucinde; estruja y pellizca el culo de una y otra con toda la lascivia imaginable. Pero, siempre ocupado con Justine, cuyo trasero sigue teniendo al alcance de su boca, le ordena soltar pedos en ella; Justine obedece, y pronto percibe el maravilloso efecto de esa intemperancia. Mejor excitado, el monje se vuelve más ardiente; de pronto muerde en seis sitios las nalgas de Justine, que lanza un grito y salta hacia delante. Clément, furioso, avanza hacia ella con la cólera en los ojos: «¿Sabes, exclama, lo que arriesgas con semejante insubordinación?». La desdichada se disculpa; pero el feroz animal, cogiéndola por el corsé, se lo arranca junto con la camisa, la agarra de manera brutal por la garganta, y la increpa mientras aprieta. Las jóvenes de guardia desvisten a Justine, y ya están las cuatro desnudas. Armande se ocupa un momento de su tío; ¡lo que es la fuerza de la sangre! Le aplica con las manos unos cachetes furiosos en las nalgas; la besa en la boca, le muerde la lengua y los labios; ella grita; el dolor arranca de la joven lágrimas involuntarias; él la obliga a subirse en una silla, le besa el culo, le hace soltar pedos. Luego le toca el turno a Lucinde, a la que trata de la misma manera. Mientras lo hace, Justine le masturba; él muerde el culo que le presentan, y sus dientes se imprimen en varios lugares de las carnes de esa hermosa niña; volviéndose bruscamente hacia Justine, que, según él, lo masturba muy mal: «¡Puta, le dice, cómo vas a sufrir!». No tiene necesidad de anunciarlo; sus ojos lo dicen de sobra: «Vais a ser fustigada en todas partes, le dice, sí, incluso en ese seno de alabastro, incluso en esos dos botones de rosa, que lastimo con tanto placer»; y nuestra desventurada paciente no se atrevía a decir nada, por miedo a irritar todavía más a su verdugo; pero el sudor le cubría la frente, y sus ojos, a pesar suyo, se llenaban de lágrimas. Él le da la vuelta, la obliga a arrodillarse en el respaldo de una silla cuyo cabezal deben sostener sus manos sin soltarlo bajo las penas más severas. Viéndola allí, a su alcance, ordena a las

muchachas de guardia traerle unas varas: le presentan varios puñados; coge las más delgadas…, las más flexibles, y empieza con una veintena de golpes en los hombros y en la parte superior de los riñones; luego, abandonando un minuto a Justine, coloca a Armande y a Lucinde a unos seis pies de aquélla, a derecha e izquierda, y positivamente en la misma postura; les declara que va a azotarlas a las tres, y que la primera que suelte el cabezal de la silla…, la primera que lance un grito o derrame una lágrima, será sometida al instante al suplicio que apetezca a la rabia de aquel malvado.

Armande y Lucinde reciben en la espalda el mismo número de golpes que acaba de propinar a Justine; besa a esta última, tanto en la boca como en las demás partes que ha lastimado; luego, alzando las varas: «Toma, bribona, le dice; voy a tratarte como a la última de las miserables». Tras estas palabras, Justine recibe cien golpes seguidos, aplicados con el brazo más nervioso, y que dejan magullada toda la espalda hasta más abajo de los riñones inclusive; vuela a las otras dos y las trata de la misma manera. Las desdichadas no decían nada; sus fisonomías bastaban para pintar el cruel estado de su alma, y de ellas sólo se oían algunos gemidos sordos y contenidos. ¿Hasta qué punto estaban inflamadas las pasiones del monje? Todavía no se veía signo alguno; se masturbaba a intervalos, pero nada se le levantaba. «¡Oh, joder, decía, me he corrido demasiado con el suplicio de esa zorra que hemos martirizado esta noche; le he hecho cosas únicas, pero que me han agotado; no me empalmaré nunca, se acabó»; y, acercándose a Justine, que ocupaba el centro del cuadro, contempla sus dos nalgas sublimes cuya blancura puede avergonzar a la azucena y que, todavía intactas, iban a soportar pronto su lote de mal trato; las soba, no puede dejar de entreabrirlas, de cosquillearlas, de besarlas mil veces todavía: «Vamos, dice, ánimo». Una lluvia espantosa de golpes cae al instante sobre aquellas dos nalgas, y las magulla hasta los muslos. Extremadamente animado por los saltos, los botes, los rechinamientos, las contorsiones que el dolor arranca a esa desdichada, examinándolos, sintiendo su delicia, Clément va a expresar, en la boca de la paciente, las sensaciones que le agitan. «¡Cómo me gusta esta pura!, exclama; nunca he fustigado a nadie que me haya dado tanto placer»; y pasa a Lucinde, cuyas deliciosas nalgas son tratadas de la misma manera; de Lucinde pasa a Armande, a la que azora con igual barbarie; queda la parte inferior, desde lo alto de los muslos hasta las pantorrillas; y el lascivo no tarda en golpear en las tres esas partes con el mismo ardor. «Vamos», dice volviéndose a Justine, «cambiemos de mano y visitemos esto». Le propina medio centenar de golpes, desde el centro del vientre hasta la parte inferior de los muslos; luego, obligándola a separarlos, golpea con dureza el interior del antro que ella le abre con su postura: «Aquí está el pájaro que voy a desplumar». Como, gracias a las precauciones que toma, algunos azotes han penetrado muy adentro, Justine chilla: «¡Ah, ah!, dice el antropófago, o sea que he dado con el sitio sensible; pronto lo visitaremos algo más despacio». Mientras tanto, Armande y Lucinde son colocadas en la misma postura; y las varas alcanzan igualmente las

partes más delicadas de sus cuerpos; pero, bien por costumbre, bien por valor, bien por temor a incurrir en los tratos más duros, de ambas sólo se perciben estremecimientos y algunas contorsiones involuntarias. Únicamente las abandona cuando están sangrando.



Había cambiado algo, sin embargo, el estado físico de aquel libertino; y, aunque las cosas aún tuviesen muy poca consistencia, a fuerza de sacudidas el maldito instrumento empezaba a levantarse. «Poneos de rodillas», le dice el monje a Justine; «voy a azotaros en el pecho. —¿En el pecho, padre mío? —Sí, en esas dos masas horribles, que me repugnan…, que detesto, y que nunca me inspirarán otra cosa que crueldad»; y los apretaba, los estrujaba violentamente mientras decía esto. «¡Oh, padre mío!, dijo Justine llorando, ¡es tan delicada esta parte! ¡Me provocaréis la muerte! —¡Qué me importa con tal de que me satisfaga!»; y empieza por cinco o seis latigazos que Justine detiene con sus manos. Enfurecido por esa defensa, Clément coge los brazos de Justine y se los ata a la espalda, ordenándote que se calle…, que

no pronuncie una sola palabra. La desdichada no tiene más que sus lágrimas…, no tiene más que los movimientos de su fisonomía para implorar su gracia; pero ¿es sensible a la piedad un malvado como éste, y sobre todo cuando está excitado? Descarga con fuerza una docena de golpes en los dos senos de la pobre niña, a la que ya nada protege. Horribles azotes quedan impresos al punto con trazos de sangre; el exceso del dolor arranca a Justine lágrimas que, cayendo en forma de perlas sobre aquel seno desgarrado, vuelven a la deliciosa niña mil veces más interesante todavía. El malvado besa sus lágrimas, las lame, las mezcla con la lengua a las gotas de sangre que vierte su ferocidad, vuelve a la boca…, a los ojos mojados, que chupa con lascivia. Luego le toca a Armande, a quien ata las manos; ofrece un seno de alabastro y la más hermosa redondez. Clément finge besarlos, pero es para morderlos; por fin golpea, y estas bellas carnes, tan blancas, tan rollizas, no tardan en presentar a los ojos de su verdugo otra cosa que magulladuras y trazos de sangre.

Lucinde, tratada de igual manera, no resiste con el mismo valor; los golpes de las varas le han desgarrado el pezón y se desmaya… «¡Ah, joder!, dice el monje excitado, es lo que yo quería». Pero la necesidad que tiene de la víctima prevalece sobre el placer que sentiría contemplándola mucho tiempo en esa crisis. Mediante ciertas sales, no tarda Lucinde en recobrar el uso de sus sentidos. «Vamos, dice el monje, voy a azotaros a las tres al mismo tiempo, y a cada una en partes distintas». Deja a Justine de rodillas, coloca a Armande encima de Justine, con las piernas separadas, de forma que su boca esté a la altura del coño de Armande, y su pecho entre los muslos de ésta, precisamente en la parte inferior del trasero; hace sentarse a Lucinde sobre los riñones de Armande, también con las piernas separadas y presentándole el coño, bien abierto, precisamente a flor de las dos nalgas de aquella sobre la que está encaramada. Así puede el muy lascivo, como dice, fustigar al mismo tiempo el monte, las nalgas y las tetas de las tres mujeres más hermosas que sea dado ver. Clément no resiste la encantadora vista de esa deliciosa postura: el bribón golpea con toda la fuerza de su brazo los atractivos que le son presentados: culos, coños, tetas, todo es flagelado con encarnizamiento, todo sangra. Por fin al monje se le pone dura, y eso le vuelve más furioso. Abre un armario donde hay diversas disciplinas; saca una de puntas de acero, tan cortantes que no pueden tocarse sin riesgo a herirse. «Mira, Justine, dice mostrándole aquella herramienta; mira lo delicioso que es azotar con esto…, tú vas a sentirlo, vas a probarlo, granuja; pero, por ahora, sólo voy a emplear éste». Era de cuerdas de tripa, con nudo; tenía doce ramas; al final de cada una había un nudo mucho más fuerte que los otros, y del grosor de una avellana. «Vamos, sobrina, la cabalgada…, la cabalgada», le dice a Armande. Inmediatamente se rompe la postura. Las dos jóvenes de guardia, que saben de qué se trata, se ponen a cuatro patas en el centro de la habitación, con los riñones lo más alto posible; dicen a Justine que las imite; la desdichada lo hace: el monje monta sobre Armande; y, viendo a las tres bien a su alcance, les lanza golpes furiosos sobre los encantos que presentan. Como, merced a esa postura, las jóvenes ofrecen, con la mayor separación

posible, esa delicada parte que las diferencia de los hombres, el bárbaro dirige sus golpes hacia ella; las ramas largas y flexibles del látigo que utiliza, penetrando en el interior con más facilidad que las vergas, dejan profundas huellas de su rabia; unas veces golpea a una, otras lanza sus golpes hacia otra. Tan buen jinete como fustigador intrépido, cambia varias veces de montura, sin olvidarse de golpear tan bien, y con la misma fuerza, a las que tiene bajo su mano como a la que cabalga. Las infelices están agoradas: son tan vivas las titilaciones de sus dolores que casi les resulta imposible soportarlas. «Levantaos», les dice entonces volviendo a coger las varas; «sí, levantaos, y temedme». Sus ojos centellean, echa espumarajos por la boca. Amenazadas por igual en todo el cuerpo, aquellas pobres niñas le evitan; corren, como extraviadas, por toda la habitación; él las sigue; golpeando indistintamente sobre las tres, el malvado las hace sangrar; por fin las arrincona entre la pared y la cama. Allí ya no tiene medida; redobla los golpes, que aplica con tan pocos miramientos y tal furia que hasta la cara misma lastima; un latigazo da en el ojo de Armande, que lanza un grito, la sangre corre. Esta última atrocidad determina su éxtasis; y, mientras las nalgas y las tetas de las otras dos son cruelmente desgarradas, el infame rocía de leche la cabeza y el pelo de su desventurada sobrina, a la que los dolores obligan a rodar por el suelo lanzando espantosos chillidos.

«Acostémonos, dice fríamente el monje, quizá haya sido demasiado para vosotras, ¿no es verdad, señoritas? Pero desde luego no ha sido suficiente para mí. No se cansa uno nunca de esta manía, aunque sólo sea una imperfecta imagen de lo que quisiera realmente hacer. ¡Ah!, queridas niñas, no sabéis hasta dónde nos arrastra esta depravación, no conocéis la ebriedad en que nos sume, la violenta conmoción resultante, en el fluido eléctrico, de la irritación causada por el dolor en el objeto que sirve a nuestras pasiones, ¡cómo nos excitan sus males! El deseo de aumentarlos, ése es el escollo, lo sé; mas ¿puede temer ese escollo quien se burla de todo, quien no tiene ya ni fe, ni ley, ni religión, quien pisotea todos los principios?».

Aunque el ánimo de Clément siguiese entusiasmado, viendo sin embargo sus sentidos más tranquilos, Justine se atrevió a responder a lo que acababa de decir, y a reprocharle la depravación de sus gustos. La forma en que este libertino los justificó nos ha parecido digna de tener sitio en estas memorias.

Capítulo X

Disertación filosófica.
Continuación de las aventuras del convento.

«Lo más ridículo del mundo, mi querida Justine, dijo Clément, es querer discutir sobre los gustos del hombre, contrariarlos, censurarlos o castigarlos si no están conformes con las leyes del país en que uno vive o con las convenciones sociales. Pero ¡cómo! ¿No comprenderán nunca los hombres que no hay ningún gusto, por extraños, por criminales incluso que se los pueda suponer, que no sea resultado del tipo de organización que hemos recibido de la naturaleza? Sentado esto, yo pregunto, ¿con qué derecho osará exigir un hombre de otro que reforme sus gustos o los modere por las pautas del orden social? ¿Con qué derecho, incluso, se atreverán las leyes a castigar a quien no puede corregirse, o que sólo conseguiría hacerlo a costa de esa felicidad que deben conservarle las leyes? Pero, incluso si deseáramos cambiar de gustos, ¿podríamos? ¿Podemos nosotros rehacernos? ¿Podemos convertirnos en seres distintos de lo que somos? ¿Lo exigiríais de un individuo contrahecho? Y esa inconformidad de nuestros gustos, ¿es distinta en lo moral de lo que lo es en lo físico la imperfección del hombre contrahecho? Entremos en algunos detalles; la inteligencia que te reconozco, Justine, te pone en condiciones de entenderlos.

«Ya veo que te han impresionado dos irregularidades entre nosotros: te sorprendes ante la sensación aguda que sienten algunos de nuestros cofrades por cosas vulgarmente reconocidas como fétidas o impuras: y te asombras también de que nuestras facultades voluptuosas puedan ser sacudidas por acciones que, en tu opinión, no llevan más que el emblema de la ferocidad. Analicemos esas dos inclinaciones y tratemos de convencerte, si es posible, de que no hay nada más simple en el mundo que los placeres que de ellas resultan.

«Es singular, pretendes tú, que cosas sucias y crapulosas puedan producir en nuestros sentidos la excitación esencial para el complemento de sus delirios; pero, antes de sorprenderte por eso, sería necesario comprender, querida niña, que a nuestros ojos los objetos no tienen más valor del que les presta nuestra imaginación; por lo tanto es posible, según esa verdad constante, que no sólo las cosas más raras, sino incluso más viles y horribles, pueden afectarnos de manera muy sensible. La imaginación del hombre es una facultad de su mente, donde, a través del órgano de los sentidos, van a pintarse, a modificarse, los objetos, y a formar luego pensamientos en razón de la primera ojeada de tales objetos; pero esa imaginación, resultante a su vez del tipo de organización de que está dotado el hombre, no asume los objetos recibidos sino de tal o cual forma, y a continuación sólo crea los pensamientos según los efectos producidos por el choque de los objetos percibidos. Que una comparación

facilite a tus ojos lo que te expongo. ¿No has visto, Justine, espejos de formas diferentes, unos que disminuyen los objetos, otros que los aumentan, estos que los vuelven horribles, aquellos que les prestan encantos? Imagina ahora que, si cada uno de esos espejos uniese la facultad creadora a la facultad objetiva, nos daría del mismo hombre que se hubiera mirado en él un retrato totalmente distinto; y ese retrato, ¿no derivaría de la forma en que habría percibido el objeto? Si a las dos facultades que acabamos de prestar a ese espejo uniese ahora la de la sensibilidad, ¿no tendría hacia este hombre, visto por el espejo de tal o cual manera, la clase de sentimiento que le sería posible concebir por la clase de ser que habría percibido? El espejo que lo hubiera visto horrible, lo odiaría; el que lo hubiera visto bello, lo amaría; y sin embargo sería siendo el mismo individuo.

«Así es la imaginación del hombre, Justine; el mismo objeto se representa en ella bajo tantas formas como modos distintos tiene; y, según el efecto recibido en esa imaginación por el objeto, sea cual fuere, decide amarlo u odiarlo; si el choque del objeto percibido la impresiona de manera agradable, lo ama, lo prefiere, aunque ese objeto no tenga en sí ningún encanto real; y si ese objeto, aunque de cierto valor a ojos de otro, no impresiona la imaginación de que se traía sino de una forma desagradable, se alejará de él, porque todos nuestros sentimientos se forman y se realizan en razón de lo producido por los distintos objetos sobre la imaginación. Por lo tanto, no puede asombrar que lo que agrada vivamente a unos pueda desagradar a otros; y, viceversa, que la cosa más extraordinaria y más monstruosa encuentre partidarios… También el hombre contrahecho encuentra espejos que lo vuelven hermoso.

«Ahora bien, si admitimos que el goce de los sentidos depende siempre de la imaginación y siempre está regulado por ella, no hemos de asombrarnos ante las numerosas variaciones que la imaginación sugerirá en esos goces, ante la multitud infinita de gustos y pasiones diferentes que provocarán los diversos extravíos de esa imaginación; aunque lujuriosos, estos gustos no tienen por qué sorprender más que los gustos de tipo simple. No hay motivo alguno para encontrar una fantasía de mesa menos extraordinaria que una fantasía de cama; y, en uno y otro tipo, no es más sorprendente idolatrar una cosa que parece detestable al común de los hombres que amar otra generalmente tenida por buena. La unanimidad demuestra la conformidad en los órganos, pero nada en favor de la cosa amada. Las tres cuartas partes del universo pueden encontrar delicioso el olor de una rosa, sin que eso pueda servir de prueba para condenar a la cuarta parte a la que podría parecerle mala ni para demostrar que ese olor sea realmente agradable.

«Por lo tanto, si existen seres en el mundo cuyos gustos van contra todos los prejuicios admitidos, cuyas fantasías ofenden todos los principios de la sociedad, cuyos caprichos ultrajan las leyes tanto morales como religiosas; seres que, en una palabra, os parecen malvados y monstruos por la sola inclinación que sienten por el crimen, aunque para cometerlo no tengan más interés que su placer, no sólo no hay

que sorprenderse ante ellos, no sólo no hay que sermoneados ni castigarles, sino que hay que serles útil, hay que contentarlos, aniquilar todos los frenos que los estorban y darles, si queréis ser justa, todos los medios para satisfacerse sin riesgo, porque no ha dependido de ellos tener ese gusto extraño, porque no ha dependido de uno ser inteligente o necio, estar bien hecho o jorobado. Es en el vientre de la madre donde se fabrican los órganos que deben hacernos susceptibles de tal o cual fantasía; los primeros objetos que se presentan, las primeras palabras que se oyen, terminan por determinar el resorte: los gustos se forman, los hábitos se adoptan, y ya no puede destruirlos nada en el mundo. Por más que haga la educación, ya no cambia nada; y el que debe ser un malvado termina siéndolo con toda probabilidad por muy buena que sea la educación que le hayan dado, del mismo modo que vuela infaliblemente hacia la virtud aquel cuyos órganos están predispuestos al bien aunque haya carecido de maestro: ambos han obrado según su constitución, según las impresiones que recibieron de la naturaleza; y no es más digno el uno de castigo que el otro de recompensa.

«Lo que es muy curioso es que, mientras sólo se trate de cosas fútiles, no nos extrañamos de la diferencia de gustos; pero en cuanto se trata de lujuria, todo es escándalo. Las mujeres, siempre vigilantes de sus derechos, las mujeres, a quienes su flaqueza y su escaso valor impulsan a no perder nada, tiemblan en todo instante de que les quiten algo, y si por desgracia se emplean, cuando uno se divierte con ellas, algunos procedimientos que van contra su culto, ¡ya tenemos ahí crímenes dignos del cadalso! ¡Qué inconsecuencia! ¡Qué atrocidad! ¿Debe, pues, el placer de los sentidos hacer mejor a un hombre que los restantes placeres de la vida? En una palabra, ¿debe el templo de la generación determinar mejor nuestras inclinaciones, despertar con mayor seguridad nuestros deseos que la parte del cuerpo más contraria o más alejada de él, que la emanación más fétida o más repugnante de ese cuerpo? En mi opinión, no debe resultar más asombroso ver a un hombre llevar la singularidad a los placeres del libertinaje, de lo que debe serlo vérsela emplear en las demás funciones de la vida; lo repito, en cualquiera de ambos casos, su singularidad es el resultado de sus órganos. ¿Es culpa suya si lo que a vos os afecta no significa nada para él, y si no se emociona con lo que os repugna? ¿Qué hombre no corregiría al instante sus gustos, sus afectos, sus inclinaciones, en el plano general, y no preferiría ser como todo el mundo antes que singularizarse si fuera dueño de hacerlo? ¡No hay intolerancia más estúpida y más bárbara que querer castigar a ese hombre; cualesquiera que sean sus extravíos, no es más culpable frente a la sociedad de lo que lo es, como acabo de decir quien haya venido al mundo tuerto o cojo! Y tan injusto es castigarle o burlarse de él como lo sería mortificar al otro o mofarse de él. El hombre dorado de gustos singulares es un enfermo; es, si queréis, una mujer con vapores histéricos; ¿alguna vez se nos ha ocurrido castigar o contrariar al uno o a la otra? Seamos igualmente justos con el hombre cuyos caprichos nos sorprenden; totalmente semejante al enfermo o a la vaporosa, como ellos merece compasión, no reproches; ésa es en lo

moral la excusa de las gentes de que hablamos; desde luego, podríamos encontrarla en lo físico con la misma facilidad; y cuando se perfeccione la anatomía, ¿no demostrará fácilmente la relación de la constitución del hombre con los gustos que le hayan afectado? Enseñantes, carceleros, legisladores, escoria tonsurada, verdugos, ¿qué haréis cuando lleguemos a ese punto? ¿Qué será de vuestras leyes, de vuestra moral, de vuestra religión, de vuestras horcas, de vuestro paraíso, de vuestros dioses y de vuestro infierno cuando quede demostrado que tal o cual tipo de licores, determinada clase de fibras, tal grado de acritud en la sangre o en los espíritus animales bastan para hacer de un hombre el objeto de vuestros castigos o de vuestras recompensas?

«Prosigamos: te sorprenden los gustos crueles.

«¿Cuál es el objetivo del hombre que goza? ¿No es proporcionar a sus sentidos toda la excitación de que son susceptibles, para llegar mejor y de forma más ardiente a la última crisis?… Valiosa crisis que caracteriza el goce como bueno o malo, en razón de la mayor o menor actividad con la que se ha conseguido esa crisis. Ahora bien, ¿no es un sofisma indefendible atreverse a decir que es preciso compartirlo con la mujer para mejorarlo? ¿No es evidente acaso que la mujer no puede compartir con nosotros nada sin coger algo, y que lo que sustrae debe ser necesariamente a nuestra costa? ¿Y qué necesidad hay, pregunto, de que una mujer goce cuando gozamos nosotros? En ese comportamiento ¿hay un sentimiento distinto del orgullo que pueda ser halagado? ¡Eh!, ¿no logramos de manera mucho más aguda la sensación de ese sentimiento orgulloso obligando con dureza en cambio a esa mujer a abstenerse del goce, a fin de que nosotros gocemos solos, a fin de que, enteramente nuestra, nada le impida ocuparse sólo de nuestros placeres? ¿No halaga la tiranía el orgullo de manera mucho más viva que hacer el bien? El que se impone, ¿no es mucho más amo que el que comparte? Pero ¡cómo puede ocurrírsele a nadie razonable que la delicadeza tenga un valor en el goce! Es absurdo querer sostener que sea necesaria; nunca añade nada al placer de los sentidos; digo más, le perjudica; son cosas muy distintas amar y gozar; prueba de ello es que se ama todos los días sin gozar, y que muchas veces también se goza sin amar. Toda la delicadeza que interviene en las voluptuosidades de que se trata sólo puede ser dada al goce de la mujer a expensas del goce del hombre; y mientras éste se ocupe de hacer gozar, no goza, o su goce es únicamente intelectual, es decir, quimérico y muy inferior al de los sentidos. No, Justine, no, no cesaré de repetirlo, es perfectamente inútil compartir un goce para que sea vivo y para volver esa clase de placer tan agudo como es susceptible de serlo; es esencial, por el contrario, que el hombre goce exclusivamente a expensas de la mujer; que tome de ella (cualquiera que sea la sensación que ella sienta) todo lo que pueda proporcionar un incremento en la voluptuosidad de que quiere gozar, sin la más leve consideración por los efectos que de ello puedan resultar para la mujer; porque tales consideraciones le perturbarán: o querrá que la mujer comparta, y entonces deja de gozar; o temerá que sufra, y eso le perturbará. Si el egoísmo es la primera ley de la naturaleza, con

toda seguridad es, sobre todo, en los placeres de la lubricidad donde esa celestial madre quiere que sea nuestro único móvil; es un mal muy pequeño que, para incrementar la voluptuosidad del hombre, haya que despreciar o perturbar la de la mujer; pues si esa perturbación le hace ganar algo, lo que pierde el objeto que le sirve no le afecta nada; debe serle indiferente que ese objeto sea feliz o infeliz, con tal de que lo deleite; entre ese objeto y él no hay realmente ninguna clase de relaciones. Sería por tanto locura ocuparse de las sensaciones de ese objeto a expensas de las propias; absolutamente imbécil si, para modificar esas sensaciones ajenas, renunciase a la mejora de las suyas; sentado esto, si el individuo de que se trata está constituido desgraciadamente de modo que sólo se emociona produciendo, en el objeto que le sirve, sensaciones dolorosas, me admitiréis que debe entregarse a ello sin remordimientos, puesto que está allí para gozar, abstracción hecha de todas las secuelas que puedan derivarse para ese objeto. Volveremos sobre este punto. Sigamos ahora por orden.

«Así pues, los goces aislados tienen su encanto; pueden, incluso, tener más que el resto de los otros. ¡Eh!, si no fuera así, ¿cómo gozarían tantos viejos, tanta gente contrahecha o llena de defectos? Están totalmente seguros de que no los quieren, totalmente seguros de que es imposible que nadie comparta lo que sienten; ¿tienen por ello menos voluptuosidad? ¿Desean sólo la ilusión? Totalmente egoístas en sus placeres, sólo los veréis ocupados en gozarlos, sacrificando cualquier cosa para recibirlos, y sin apreciar nunca, en el objeto que les sirve, otras propiedades que las pasivas. No es por tanto necesario dar placer para recibirlo. La situación feliz o infeliz de la víctima de nuestra depravación es, por consiguiente, absolutamente igual para la satisfacción de nuestros sentidos; no se trata en absoluto del estado en que pueda estar su corazón o su ánimo; ese objeto, absolutamente pasivo, puede de manera indistinta complacerse o sufrir con lo que le hacéis, amaros o detestaros; todas estas consideraciones no significan nada desde el momento en que sólo se trata de los sentidos. Admito que las mujeres pueden establecer máximas contrarias; pero las mujeres, que no son otra cosa que las máquinas de la voluptuosidad, que no deben ser otra cosa que sus blancos, son recusables siempre que haya que establecer un sistema real sobre la naturaleza de los placeres que se pueden disfrutar sirviéndose de sus cuerpos; ¿hay un solo hombre razonable que esté deseoso de hacer compartir su goce a putas públicas? ¿Y no hay millones de hombres que, sin embargo, logran grandes placeres con estas criaturas? Son muchos por tanto los individuos convencidos de lo que planteo, que lo ponen en práctica sin la menor duda, y que critican estúpidamente a los que legitiman sus actos con los buenos principios; y ello porque el universo está lleno de estatuas organizadas que van, que vienen, que aculan, que comen, que digieren, sin darse cuenta nunca de nada.

«Una vez demostrado que los placeres aislados son tan deliciosos como los otros, y probablemente mucho más, resulta muy fácil entonces que ese goce, saboreado con independencia del objeto que nos sirve, esté no sólo muy alejado de lo que puede

serle agradable, sino que se oponga incluso a sus placeres. Voy más lejos: puede convertirse en un dolor impuesto, en una vejación, en un suplicio, sin que haya nada de extraordinario, sin que de ello resulte otra cosa que un incremento de placer mucho más seguro para el déspota que atormenta o que veja. Tratemos de demostrarlo.

«La emoción de la voluntad no es otra cosa, en nuestra alma, que una especie de vibración producida por medio de las sacudidas que la imaginación, inflamada por el recuerdo de un objeto lúbrico, hace experimentar a nuestros sentidos, o mediante la presencia de ese objeto, o, mejor aún, mediante la excitación que siente ese objeto en el género que nos emociona con más fuerza; de este modo, nuestra voluptuosidad, esa excitación inefable que nos enloquece, que nos transporta al más alto grado de felicidad física a que puede llegar el hombre, nos electrizará sólo por dos causas: o percibiendo real o fictíciamente, en el objeto que nos sirve, la clase de belleza que más nos halaga, o viendo experimentar a ese objeto la sensación más fuerte posible. Y no hay ningún tipo de sensación que sea más activo…, más incisivo que el del dolor: sus impresiones son seguras; no engañan como las del placer, constantemente fingidas por las mujeres y casi nunca sentidas por ellas. Por otra parte, ¡cuánto amor propio, juventud, fuerza y salud no se precisa para estar seguro de producir en una mujer esa dudosa y poco satisfactoria impresión del placer! La del dolor, en cambio, no exige nada: cuantos más defectos tiene un hombre, cuanto más viejo es, cuanto menos amable, mejor lo conseguirá. En cuanto a la finalidad, es mucho más seguro que será alcanzada, ya que hemos dejado sentado que no le afecta, que nunca se excitan mejor sus sentidos que cuando se ha producido, en el objeto que nos sirve, la mayor impresión posible, por el camino que sea. Así pues, quien provoque en una mujer la impresión más tumultuosa, quien la espante más, quien la atormente con mayor rigor, quien, en una palabra, altere mejor toda su constitución, habrá conseguido decididamente procurarse la mayor dosis de voluptuosidad posible; porque, dado que el choque resultante de las impresiones ajenas sobre nosotros debe ser proporcional a la impresión producida, será necesariamente más activo si esa impresión de los otros ha sido penosa que si ha sido sólo dulce y blanda. Según esto, el voluptuoso egoísta, persuadido de que sus placeres sólo serán vivos si son totales, impondrá, cuando sea dueño de hacerlo, la mayor dosis posible de dolor al objeto que le sirve) totalmente convencido de que la voluptuosidad que saque estará en relación directa con la impresión más viva que haya producido.

«Esos sistemas son espantosos, padre mío, dijo Justine; conducen a gustos crueles, a fantasías execrables. —¡Y qué importa!, respondió el bárbaro; lo repito, ¿somos dueños de nuestros gustos? ¿No debemos ceder al imperio de los que hemos recibido de la naturaleza, lo mismo que la orgullosa cabeza del roble se pliega bajo la tormenta que la zarandea? Si la naturaleza se ofendiese por tales gustos, no los inspiraría; es imposible que podamos recibir de ella un sentimiento hecho para ultrajarla; y, con esta certeza extrema, podemos entregarnos a nuestras pasiones, de

cualquier tipo, de cualquier violencia que puedan ser, totalmente seguros de que todos los inconvenientes que entraña su choque no son otra cosa que los designios de la naturaleza, de la que somos los órganos involuntarios; ¡y qué nos importan las consecuencias de tales pasiones! Cuando uno quiere deleitarse con una acción cualquiera, nunca piensa en las consecuencias. —No os hablo de consecuencias, le interrumpió vivamente Justine; se trata de resultados; si sois el más fuerte y, por atroces principios de crueldad, sólo os gusta gozar por el dolor, con la mira de aumentar vuestras sensaciones llegaréis insensiblemente a producirlas, sobre el objeto que os sirve, en un grado de violencia capaz de quitarle la vida. —De acuerdo; es decir que, gracias a unos gustos dados por la naturaleza, habré servido a los designios de la naturaleza, que, al no hacer sus creaciones sino mediante destrucciones, sólo me inspira la idea de éstas cuando tiene necesidad de aquéllas; es decir, de una porción de materia oblonga habré formado tres o cuatro mil redondas o cuadradas. Ésa es toda la historia del homicidio. ¡Oh, Justine!, ¿es entonces un crimen? ¿Podemos llamar así a lo que tanto sirve a la naturaleza? ¿Tiene el hombre poder para cometer crímenes? Y cuando, prefiriendo su felicidad a la de los demás, atropella o destruye cuanto encuentra a su paso, ¿ha hecho otra cosa que servir a la naturaleza, cuyas inspiraciones primeras y más seguras le dictan ser feliz, sin importarle a expensas de quién sea? La teoría del amor al prójimo es una quimera que debemos al cristianismo, no a la naturaleza. El sectario del Nazareno, atormentado, desdichado, y por consiguiente en un estado de debilidad que le impulsaba a proclamar la tolerancia…, la humanidad, se vio obligado a establecer necesariamente esa relación fabulosa de un ser a otro; si lo conseguía, salvaba su vida. Pero el filósofo no admite esas relaciones gigantescas; al no ver, al no considerar más que a sí mismo en el universo, remite todo a sí mismo; si cuida o acaricia un momento a los demás, nunca lo hace sino en relación con el provecho que cree sacar. ¿Que ya no los necesita, que los domina mediante su fuerza? Entonces abjura para siempre de todas esas bellas teorías de humanidad, de beneficencia, a las que sólo se sometía por política; y no teme remitir a sí mismo cuanto le rodea; y por mucho que puedan costar sus goces a los demás, los sacia tanto sin examen como sin remordimientos. —Pero ¡el hombre del que habláis es un monstruo! —El hombre que yo describo está en la naturaleza. —Es una bestia feroz. —Bueno; el tigre, el leopardo, del que ese hombre es, si quieres, imagen, ¿no fueron creados como él por la naturaleza, y creados para cumplir las intenciones de la naturaleza? El lobo que devora al cordero cumple las miras de esa madre común, lo mismo que el malhechor que destruye el objeto de su venganza o de su lubricidad. —¡Oh!, por más que digáis, padre mío, nunca admitiré esa lubricidad destructora. —Porque tienes miedo a convertirte en su objeto: ahí tienes el egoísmo. Cambiemos de papel, y lo concebirás. Pregunta al cordero; tampoco entenderá que el lobo pueda devorarle; pregunta al lobo para qué sirve el cordero: “Para alimentarme”, responderá. Lobos que comen corderos, corderos devorados por lobos; el fuerte que sacrifica al débil, el débil víctima del fuerte: eso es la naturaleza, ésas son sus miras,

ésos sus planes: una acción y una reacción perpetuas, una multitud de vicios y de virtudes, un perfecto equilibro, en una palabra, resultante de la igualdad del bien y del mal sobre la tierra, equilibrio esencial para el mantenimiento de los astros, de la vegetación, sin el cual todo quedaría destruido inmediatamente. ¡Oh, Justine!, qué asombrada se quedaría esa naturaleza si pudiese razonar un instante con nosotros, y si le dijésemos que estos crímenes que la sirven, que esas fechorías que exige y nos inspira, son castigados por leyes que: según nos aseguran, son imagen de las suyas. "Imbécil", respondería a quien así le hablara, "engendra, calumnia, destruye; folla culos y coños; roba, saquea, viola, incendia, martiriza; asesina a tu padre, a tu madre, a tus hijos; comete sin miedo todos los crímenes que te parezca; esas presuntas infamias me agradan, son necesarias para mis intenciones sobre ti, y las quiero, puesto que te las inspiro. Podrías no cometerlas si me ultrajaran. ¡A ti te corresponde regular lo que me irrita o lo que me deleita! Has de saber que no tienes en ti nada que no me pertenezca, nada que yo no haya puesto, por razones que no te conviene profundizar; que la más abominable de tus acciones no es, como la más virtuosa de cualquier otro, sino una de las formas de servirme; que estimo tanto a quien destruye como a quien procrea, y que los dos me sirven, aunque mediante procedimientos distintos. Por lo tanto, no te contengas; búrlate de tus leyes, de tus convenciones sociales y de tus dioses; no escuches a nadie más que a mí, y cree que, si existe un crimen a mis ojos, es la oposición que haces a lo que yo te inspiro con tu resistencia o tus sofistas". —¡Oh, justo Cielo!, exclamó Justine, me hacéis temblar; si no hubiera crímenes contra la naturaleza, ¿de dónde nos vendría esa resistencia invencible que sentimos ante ciertos delitos? —Esa repugnancia no está dictada por la naturaleza, respondió vivamente nuestro filósofo; sólo tiene su fuente en la falta de costumbre. ¿No ocurre lo mismo con ciertos manjares? Aunque excelentes, ¿no nos producen repugnancia sólo por falta de costumbre? Según esto, ¿se atreverá alguien a decir que esos manjares no son buenos? Tratemos de vencernos, y pronto admitiremos su sabor. Nos repugnan los medicamentos, aunque sin embargo sean benéficos para la salud. Acostumbrémonos del mismo modo a lo que impropiamente se denomina crimen; pronto no le encontraremos sino encantos. Esa repugnancia momentánea es más bien una argucia, una coquetería de la naturaleza, que una advertencia de que la cosa la ofende; así nos prepara los papeles del triunfo, así aumenta los de la acción misma. Hay más, Justine, hay más; cuanto más espantosa nos parezca una acción, cuanto más se oponga a nuestros usos y costumbres, cuantos más frenos rompa, cuanto más ofenda a lo que nos parecen ser las leyes de la naturaleza, tanto más útil es, en cambio, a esa naturaleza. Sólo mediante crímenes recupera los derechos que la virtud le arrebata constantemente. Si el crimen es leve, al diferir poco de la virtud, repondrá con mayor lentitud el equilibrio indispensable para la naturaleza; y cuanto más capital sea, cuando más espantoso parezca, cuanto mayor sea su amplitud, mejor igualará los pesos, más equilibrará el imperio de la virtud, que en caso contrario lo destruiría todo. Que deje pues de asustarse quien cavile una fechoría, o quien acaba de cometerla;

cuanto mayor sea la extensión de su crimen, mejor habrá servido a la naturaleza. ¡Oh, Justine! Arquímedes trabajaba en una máquina que pudiera levantar el mundo[1]; si un mecánico encuentra una que lo pulverice, sólo éste habrá merecido algo de la naturaleza, dado que la mano de la naturaleza arde en deseos de comenzar de nuevo una obra… fallida desde el primer bosquejo. —¡Oh!, padre mío, con tales principios… —Uno es un malvado, ¿no es cierto, querida? Pero el malvado siempre es el hombre de la naturaleza, mientras que el virtuoso lo es únicamente por circunstancia. —¡Ay, señor!», prosiguió, llorando, nuestra desdichada, «no tengo suficiente inteligencia para combatir vuestros sofismas; mas el efecto que producen en mi corazón…, en un corazón joven, obra formada con tanta seguridad por la naturaleza como puede serlo vuestra depravación, ese efecto, digo, basta para demostrarme que vuestra filosofía es tan malvada como peligrosa. —Peligrosa, lo admito, respondió Clément; mala, no; porque no todo lo que es peligroso es malo; hay cosas muy útiles que son peligrosas: las serpientes, los venenos, la pólvora de cañón, todo eso es muy peligroso, y sin embargo tiene una grandísima utilidad: trata a mi moral de la misma manera y no la infames. El abuso de las mejores cosas puede volverse peligroso; pero, aquí, hasta el abuso es un bien; y cuanto más ponga en práctica mis teorías un hombre sabio, más le garantizo la felicidad, porque la felicidad sólo está en lo que agita, y porque sólo agita el crimen: la virtud, que no es otra cosa que un estado de inacción y de reposo, no puede conducir nunca a la felicidad». Tras estas palabras, Clément se durmió.

«No tardará en despertarse, le dijeron Armande y Lucinde a Justine, y lo hará como un loco furioso; la naturaleza adormece sus sentidos sólo para prestarle, tras un poco de reposo, una energía mucho mayor. Una escena más, y estaremos tranquilas hasta mañana.

—¿Y por qué no aprovecháis este tiempo para dormir también, dijo Justine a sus compañeras. —Tú puedes hacerlo, querida, respondió Armande; tú no estás de guardia; échate, desnuda, a su lado, con las nalgas lo más cerca posible de su cara, y duérmete, no te dirá nada; pero nuestro deber nos obliga, a mi compañera y a mí, a velar; es un hombre capaz de degollarnos si nos sorprende dormidas; nadie se lo reprocharía; es la ley del serrallo, ellos no conocen otra. —¡Oh, Cielo!, dijo Justine, ¿cómo?, ¿este criminal pretende, incluso en medio del sueño, que lo que le rodea se halle en un estado de sufrimiento? —Sí respondió Lucinde, es la barbarie de esa idea la que le procura el despertar furioso que le has visto tener; en este punto es como esos escritores perversos cuya corrupción es tan perniciosa, tan activa, que, al imprimir sus horribles teorías, no tienen otro objeto que extender más allá de su vida la suma de sus crímenes; no pueden seguir cometiéndolos; pero sus malditos escritos harán que se cometan; y esa dulce idea, que se llevan a la tumba, los consuela de la obligación en que les pone la muerte de renunciar al mal».

Y las dos guardianas de Clément se pusieron a recorrer suavemente el estrado alrededor de la cama de su amo. Justine se durmió en un sillón, lo más lejos que pudo

de aquel monstruo.

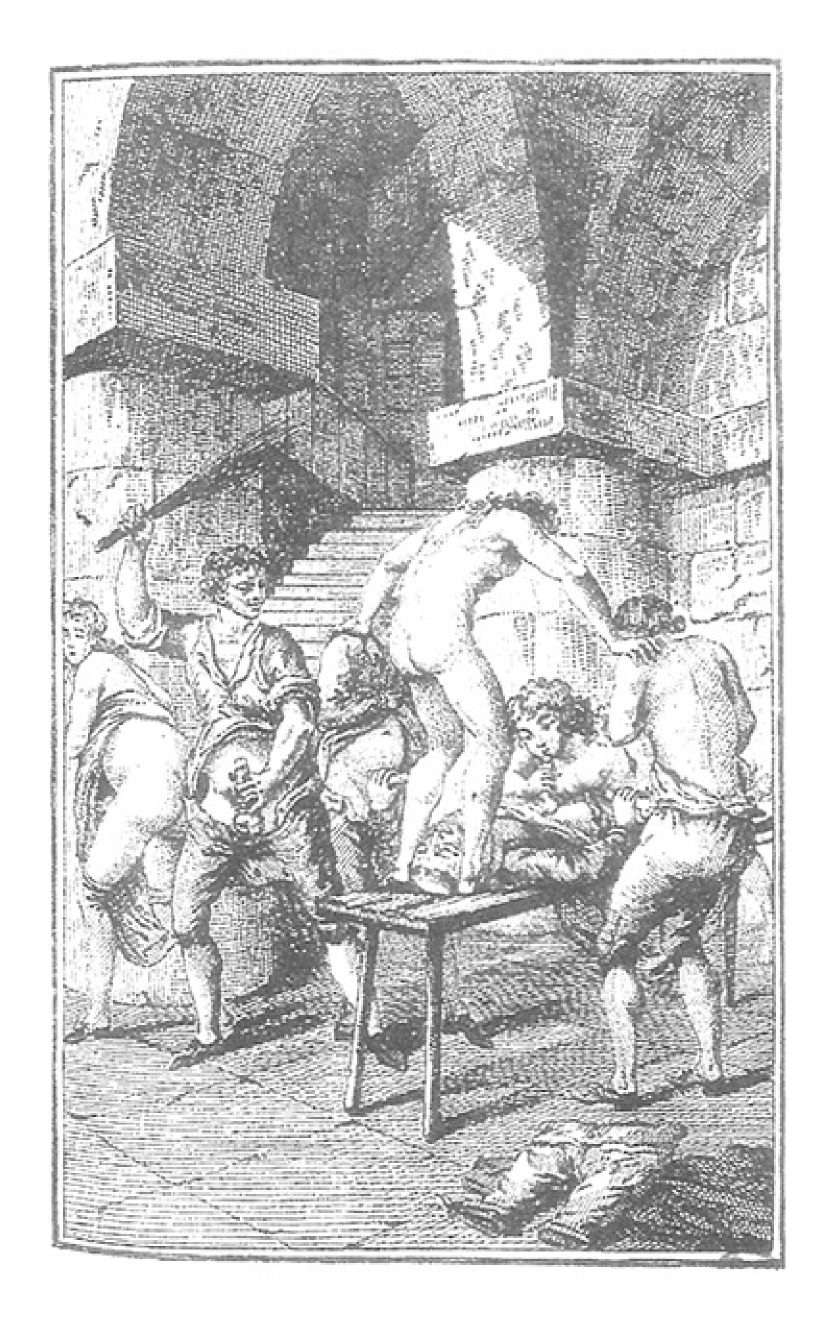
Al cabo de dos horas Clément se despertó, efectivamente, en medio de una agitación prodigiosa. Furioso por no encontrar a Justine a su lado, la llama, y agarrándola con violencia: «¿Por qué no estás aquí, puta?, le dice; ¿no te han dicho que éste era su sitio? ¿No te han dicho que cuando me despierto necesito un culo delante de mis narices?». Sus ojos echaban chispas, su respiración era viva y agitada; pronunciaba palabras sin ilación, que no eran otra cosa que blasfemias o palabras consagradas al libertinaje; pide unas varas; y atando a las tres mujeres vientre con vientre, azota a las tres hasta que ha gastado sobre sus cuerpos media docena de manojos de varas; está empalmado; las separa. Ahora se trata de chuparle; una, Armande, debe hacerle correrse en su boca; Lucinde debe mordisquear su lengua y succionarle la saliva; y Justine debe lamerle el ano. Vencido por sensaciones tan voluptuosas, el libertino enloquece y pierde, junto con las oleadas abrasadas de su semilla, tanto su ardor como sus deseos. Pero las tres mujeres se resienten de la crisis: él tiene el arte de maltratar a las tres en el momento de su descarga; la que le chupa tiene el pezón derecho totalmente magullado; la que le besa la boca tiene la lengua casi cortada en dos; y se ha apoyado con tanta fuerza sobre la cara de Justine, que estaba chupándole el culo, que casi le ha aplastado el rostro; oleadas de sangre le salen de la nariz.

Todo fue calma el resto de la noche. Al levantarse, el monje se limitó a hacer que lo flagelaran: las tres mujeres agotaron sus fuerzas haciéndolo. Clément las examinó, verificó cuidadosamente los vestigios de su crueldad; y, como se iba a decir misa, ellas volvieron al serrallo.

La directora no pudo dejar de desear a Justine en el estado de deshonra y de excitación en que la suponía: mandó a decirle que pasase a su aposento; Justine no pudo negarse. Iban a servir el desayuno; con el ama del lugar estaba una mujer de la clase de las dueñas, de cuarenta años; era la célebre Honorine. Como se recordará, esta mujer enérgica, tan bella como viciosa, había cometido un asesinato en la casa sin que por ello sufriera ninguna consecuencia molesta, dado que los monjes no solían castigar nunca crímenes de los que ellos mismos hacían sus más caras delicias. Muy enamorada de nuestra heroína, deseaba gozarla por lo menos con tanto ardor como la directora, y las dos se habían reunido únicamente con el propósito de satisfacerse. Por lo tanto, a la desdichada se le prescribió la sumisión más ciega. Las dos tríbadas se apoderan de ella; y rivalizando entre sí con palabras y hechos, hicieron lo suficiente para convencer a la pobre niña de que las mujeres, en semejante escuela, perdiendo pronto toda la contención de su sexo, no pueden sino volverse obscenas o crueles, a ejemplo de sus tiranos. ¡Quién lo creería! Honorine tenía todos los gustos de un hombre; se hacía azotar, encular; le gustaban la mierda y los pedos; y la dulce Justine fue obligada a prestarse a todos estos caprichos con la misma resignación que si hubiera estado en la celda de un monje, o en una de sus cenas. Imposible imaginar la cantidad de lujurias que se celebraron en aquellas orgías

secretas, de las que Justine salió más agorada que si se hubiera enfrentado a diez libertinos. Algo más satisfecha con ella, la directora la despidió, menos enfadada; y Justine no tardó en darse cuenta de que más valía volverse digna de la estima de aquella sultana favorita que merecer su indignación.

Dos noches después se acostó en el aposento de Jérôme. Estaba sola en él, junto con las dos jóvenes de guardia, Olympe y Éléonore: la primera de nueve años, la otra de trece. Cuatro putos de doce a quince años, y tres jodedores de veinte a veinticinco completaban los sujetos destinados a la infame escena. «Mira esa niña», dijo el viejo malvado señalando Olympe a Justine; «pues bien, corazón mío, nunca podrás imaginar con cuántos vínculos estoy unido a ella. Le hice un hijo a mi prima hermana; me follé a esa niña, que era mi sobrina; y de esa sobrina he tenido a ésta, que resulta ser por tanto mi sobrina nieta, mi hija y mi nieta, porque es hija de mi hija. Vamos, Olympe, venid a besar el culo de vuestro papá»; y el infame expone el trasero más corrompido, las nalgas más martirizadas que jamás puedan encontrarse en los calzones de un libertino. La pobre niña obedece; el infame le suelta un pedo en la nariz, y empieza la escena.



Jérôme se tumbaba en un banco muy estrecho; a caballo sobre él se colocaban, con las nalgas vueltas hacia su cara, alternativamente, un chiquillo y una chiquilla: uno de los muchachos mayores debía azotar al joven sujeto por encima de la cara de Jérôme, de suerte que sus ojos estuviesen absolutamente clavados en el culo flagelado, y que los golpes dirigidos sobre aquel culo le pasasen por encima de la cara, sin rozarle; mientras, Justine debía chupársela y él meneaba con cada mano una polla sobre las tetas de Justine. La fustigación debía administrarse hasta hacer sangre; era preciso que las gotas rociasen su boca; y era lamiéndote como se encendía su lubricidad. En menos de una hora quedó inundado su gaznare; se arroja entonces sobre Justine, y la golpea con tanta fuerza y rapidez con la mano que permaneció marcada más de ocho días. Enardecido por estos preliminares, agarra a la niñita, la encula mientras le follan y, entretanto, golpea un culo con cada mano. Mas las pasiones agotadas de este viejo fauno no se decidían con tan poco: necesitaba de manera indispensable una sacudida cuya base fuese la maldad más atroz. La historia de la vida de este monstruo, que pronto oiremos de su boca, acabará convenciéndonos

de que, en su caso, lo físico, absolutamente sometido a lo moral, sólo se inflamaba con las excitaciones más picantes de la cabeza. «En la mañana de ayer, a Éléonore», dice a la niñita de trece años, compañera de su hija, «la regente de día le encontró la prueba más cierta de una conspiración urdida por vos y otras dos compañeras vuestras, que tenía por objeto prender fuego a las salas del serrallo; no tengo ganas de dedicarme a demostraros lo absurdo del proyecto, hija mía, ni a haceros ver que, como en esta casa todo está abovedado, os resultaría imposible tener éxito; me limitaré a anunciaros que, por ser firmes las pruebas y estar depositadas en el aposento del superior, la sociedad me ha encargado la rarea de castigar semejante deliro, y he decidido que sólo la muerte más cruel podía purificar sus huellas. Se me ha encargado decretar el suplicio; y esta misma noche habrá de ser ejecutado». Y el libertino magreaba, besuqueaba a la niña, sembrando así en su alma el terror más espantoso. Justine se la meneaba y se la había puesto muy tiesa. «¡Oh!, padre mío», dijo por fin Éléonore arrojándose a los pies del monje «os aseguro que se os respeta.
—No os pregunto si eso es cierto; estoy en un punto en el que no puedo dudar: no se trata en absoluto de que os defendáis aquí de hechos comprobados, basta con que deis el nombre de vuestras cómplices, o en caso contrario os haré sufrir el tormento extraordinario[2]; y me precio de que entonces conseguiremos de vos, entre suplicios, lo que negáis por las buenas». Y como Éléonore persistió en su negativa, Jérôme le anunció que iba a proceder al interrogatorio supliciatorio. Pasan para ello a un gabinete en el que puede verse, preparado con el mayor de los cuidados, todo cuanto puede servir a la tortura más espantosa. Toda la compañía sigue al monje; Justine lo guía, llevándole de la polla. Está empalmado, jura, blasfema; sus ojos parecen dos hogueras; su boca echa espumarajos: está espantoso. Él mismo tiende a Éléonore sobre un potro, cuyos resortes le tensan los brazos y las piernas hasta el punto de dislocárselos: la niña no nombra a nadie. El suplicio cambia. Todo su cuerpo es frotado con rocino: y así la exponen ante un fuego terrible. Mientras la niña chisporrotea, Jérôme, sodomizado por los tres jodedores, no cesa de mantener a Justine enculada. El mismo silencio; y retiran a la desdichada víctima medio asada. «Vamos», dice Jérôme, a quien ayudaban complacidos los tres folladores en sus sanguinarias operaciones, «hay que probar otra cosa». Colocan a la víctima, colgada de cuerdas, entre dos placas de acero provistas de puntas que se cierran una sobre otra o se apartan a voluntad. Al principio sólo emplean con la moderación más extremadas este medio terrible; pero cuando Jérôme ve que no consigue arrancar nada de la acusada, las placas se acercan con tal violencia que la pobre niña, traspasada a la vez en mil puntos de su cuerpo, lanza gritos que se oirían a una legua. «Voy a condenarla ahora mismo, dice el bárbaro monje, ya que no quiere confesar nada». Tras estas palabras, abandona a Justine y se hunde en el culo de su nieta. Le follan, le soban, le rodean de culos: el de nuestra heroína está sobre su boca y lo devora; y, colocando a la víctima delante, quiere que la sodomicen ante sus ojos y la pongan lo bastante cerca para que sus dos manos pueda pellizcarla y maltratarle las

tetas a gusto. Dos jóvenes, con el puñal levantado, amenazan el corazón de Éléonore. «Golpearéis cuando yo diga, exclama el monje furioso; haced que languidezca mucho tiempo bajo la espada: así es como me gusta tener a las mujeres; querría verlas a todas bajo el mismo puñal, y que ese medio estuviera en mis manos». Esta horrible frase decide su éxtasis; la leche sale; y el monstruo, aturdido por tantas voluptuosidades con las que se le rodea, no se acuerda de dar la orden. Su desdichada víctima resulta salvada por el arte de sus compañeras de infortunio; y Jérôme, adormecido en los brazos de Justine, sólo piensa en reparar unas fuerzas que el hábito de perderlas no tarda en menguar hasta el punto de no volver a encontrarlas. Al cabo de tres horas, sin embargo, despertó; y acordándose de su feliz olvido, acusa a Justine de haber sido la causa; la hará sufrir, dice, el suplicio que preparaba para Éléonore. Y mientras dice esto, la encula; un follador lo penetra; besa el culo de uno de los putos; ordena a las jóvenes de guardia azotarse mutuamente ante su vista. Viendo que no lo hacen con suficiente energía, les lanza a uno de sus folladores, que las hace sangrar; y el infame vuelve a correrse una vez más diciendo que va a matar a todos.

Poco después Justine se acostó en el aposento de Ambroise. Se recordará el carácter de este monje feroz, y su espantoso aspecto, sus gustos crapulosos y sodomitas. Es imposible imaginar hasta qué punto fue víctima de ellos nuestra aventurera; el único placer de este malvado fue hacer que la azotasen y sodomizasen toda la noche ante sus ojos; cuando la joven tenía leche en el culo, estaba obligada a ir a devolvérselo en la boca. El monje enculaba a un muchacho, y mientras tanto le azotaban. Cuando estuvo a punto del desenlace, agarró las nalgas de Justine y luego, armado con una aguja de oro, las mechó como una manzana que se quiere asar, hasta que se cubrieron de sangre.

«¡Oh, qué escuela!, dijo Justine al volver; ¿adónde me ha conducido mi triste destino? ¡Cuánto me gustaría verme fuera de esta cloaca impura, cualquiera que sea el destino que me espere. —Es posible que pronto quedes satisfecha», respondió Ónfale, a quien Justine dirigía sus lamentos; «dentro de poco será el momento de la fiesta; rara vez tiene lugar esa circunstancia sin que cueste víctimas, dado que entonces se hacen grandes sustituciones; o seducen a jóvenes mediante la confesión, o las roban si pueden, o llegan por fin las reclutadoras; es en este momento cuando afluyen en abundancia. Otros tantos nuevos sujetos que siempre suponen reformas».

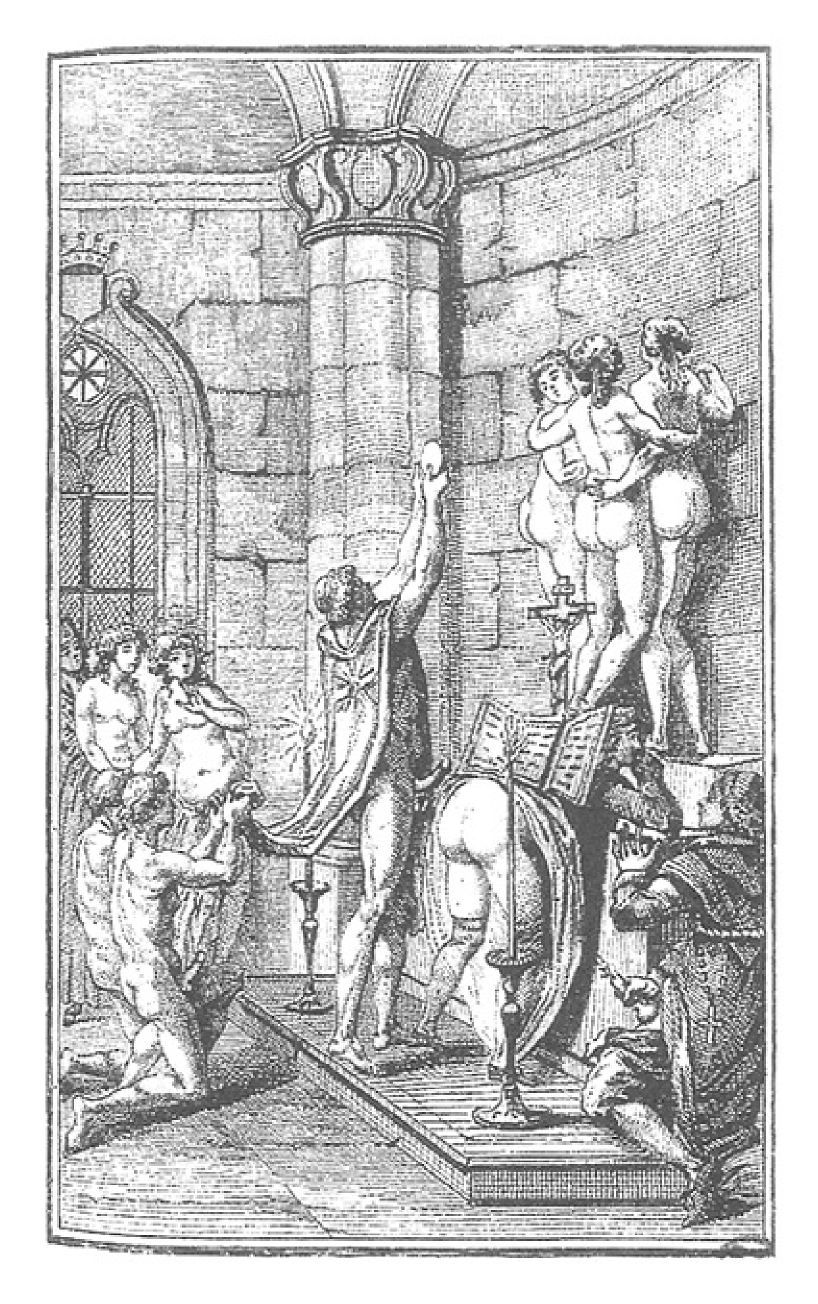
Llegó aquella famosa fiesta. ¿Es posible creer siquiera la monstruosa impiedad a que se entregaron los monjes con ese motivo? Imaginaron que un milagro visible duplicaría el brillo de su reputación, y en consecuencia vistieron a una niña de doce años, llamada Florette, con todos los ornamentos de la Virgen; por medio de cordones invisibles, la ataron a la pared del nicho y le ordenaron levantar de golpe los brazos con compunción hacia el cielo cuando se elevase la hostia. Como aquella pequeña criatura estaba amenazada con los castigos más crueles si decía una sola palabra o hacía mal su papel, lo hizo de maravilla, y el fraude consiguió todo el éxito que cabía esperar. El pueblo gritó «¡milagro!», dejó ricas ofrendas a la Virgen y se volvió más

convencido que nunca de la eficacia de las gracias de esa pura celestial. Para redoblar sus impiedades, nuestros libertinos quisieron que Florette apareciese en las orgías de la noche con las mismas ropas que tantos homenajes le habían ganado, y cada uno de ellos inflamó sus lúbricos deseos para someterla bajo ese ropaje a los más execrables caprichos. Excitados por este primer crimen, los sacrílegos no se detienen ahí: mandan desnudar a la niñita, la acuestan boca abajo en una gran mesa, encienden cirios, colocan un crucifijo sobre sus riñones y consuman sobre sus nalgas el más absurdo de los misterios del cristianismo. La piadosa Justine se desmaya ante aquel espectáculo; no pudo soportarlo. Jérôme dice que para acostumbrarla a estas santas orgías también había que decir una misa en su trasero. La idea queda aprobada por unanimidad. Justine sustituye a Florette. Es Jérôme el que oficia; dos putos desnudos le sirven de acólitos, diez o doce culos le rodean, la farsa infame se lleva a cabo; y, en el momento en que la hostia se convierte en Dios, Ambroise la coge de las manos de su cofrade, la coloca en el ano de Justine y ya tenemos a nuestros monjes machacando uno tras otro, hundiendo sus cipotes espumeantes en el abominable Dios del cristianismo contra el que blasfeman, al que injurian y cubren de leche en el fondo del más lindo de los culos, desvaneciéndose de placer[*].

Retiran a Justine inerte; la obligación de servir a tales desórdenes la había privado de la razón; tuvieron que llevarla a su celda, donde lloró largo rato el crimen, a sus ojos execrable, en el que la habían utilizado sin su consentimiento. ¡Cuánto no agradeció a la naturaleza haberla privado de la posibilidad de asistir por más tiempo a aquella horrible ceremonia cuando al día siguiente supo que, calentadas las cabezas, habían vuelto a vestir a Florette de Virgen, la habían conducido al convento y, después de volver a colocarla en su nicho, los seis monjes, desnudos y medio borrachos, se habían divertido, con varias jóvenes, torturando sobre el mismo altar a aquella desdichada criatura que, por sugerirles la idea de la madre de un Dios al que detestaban, fue tratada de forma tan cruel que hacia el amanecer ya no quedaba el más ligero vestigio de sus miembros!

Sin embargo, la festividad había aportado efectivamente muchas reclutas. Tres niñas nuevas, bonitas como ángeles, vinieron a sustituir a las que faltaban; y se pensaba en nuevas reformas cuando Sévérino entró un día en la sala en calidad de regente de guardia. Parecía muy enardecido; una especie de delirio se pintaba en sus ojos. Todas se ponen en fila; él examina, coloca a una docena de mujeres en su actitud favorita y se detiene sobre todo en Ónfale, a la que hace levantarse las faldas hasta la cintura e inclinarse sobre un sofá. La examina buen rato en esa postura, mientras hace que la directora se la menee; besa el culo que le presenta aquella encantadora criatura, hace ver que está a punto de correrse, pero no se corre. Después, ordenándote levantarse, lanza sobre ella miradas en las que se pintan a un tiempo la lujuria y la maldad; luego, aplicándole con toda su fuerza una patada en el trasero, la lanza a veinte pasos de él. «La sociedad te castiga, puta, le dice; está harta de ti; prepárate para el anochecer, y yo mismo vendré para llevarte a la tumba».

Ónfale se desmaya; ese síncope enciende su furia; no puede pasar a su lado sin sentirse vivamente excitado: «¡Que me la presenten!», exclama. La víctima, colocada al punto de nuevo, ofrece al pérfido Sévérino el más bello de los culos; se introduce en él entre blasfemias; doce glúteos le rodean enseguida; y todos rivalizan en adelantarse, en halagar mejor sus deseos; es imposible imaginar lo que se consigue del miedo. En medio de su carrera, el cruel monje se acuerda de que Justine es la amiga íntima de aquella a la que atormenta; exige que vaya a situarse sobre los hombros de Ónfale, presentándole a lamer el ano. «¡Bien!», se complacía en decir a nuestra desdichada huérfana, «se te adelanta; va a los dominios de Plutón para preparar tu alojamiento; tranquilízate, Justine, seca tus lágrimas, la seguirás pronto, la privación será breve: ella debe morir descuartizada; no te preocupes, tú morirás de la misma manera, te lo prometo; ¡mira qué delicadeza la mía…, hasta dónde llegan mis bondades por ti!». Y el bribón seguía follando largamente; pero no quiere perderse nada, se le ve; y tras algunos cachetes en las nalgas de Justine y de Ónfale, cuyas marcas quedan señaladas por trazos de un rojo oscuro, se retira amenazador, insultando a todas las mujeres y asegurando a todas que su turno no está lejos, y que la sociedad debate ese mismo día hacerlas perecer a todas en el futuro por lo menos de seis en seis. Pasa de allí al aposento de Victorine, donde dos niñitas de diez a doce años les esperan para arrebatarle, a fuerza de arre y atenciones, un esperma cuyo hervor interior resulta tan perjudicial para los desdichados individuos que pueblan este asilo.



En cuanto está fuera, Ónfale abre los ojos; se arroja llorando en brazos de Justine: «¡Oh!, querida amiga», le grita deshecha en lágrimas) «hemos de separarnos por lo tanto para siempre». Y la escena de dolor producida por esa cruel separación fue de tal energía que evitaremos los detalles al lector por consideración a su sensibilidad. Suena la hora) aparece Sévérino; las dos amigas siguen abrazadas, se separan; y Justine se arroja sobre su cama en medio de la mayor desesperación.

Unos días después, Justine se acostó en la celda de Sylvestre. Como se recordará, este monje quería que una mujer le cagase en la mano mientras la encoñaba. A Justine se le olvidó la recomendación que le habían hecho sobre este punto; y cuando, en lo más álgido del placer, el lascivo pidió la mierda, fue imposible satisfacerte. Sylvestre) furioso, desencoña; ordena coger a Justine a sus dos jóvenes de guardia, una de las cuales era esa Honorine a la que acabamos de ver enfrentada con ella y a la que no le molestaba encontrar una ocasión de atormentar a una criatura de la que estaba harta. Justine es condenada a la pena de cuatrocientos latigazos, de acuerdo con el séptimo artículo del reglamento; y cuando sus nalgas están ensangrentadas, el

monje vuelve a encoñarla. Ya que Justine no puede, Honorine se encarga de cagar. Poco después, es a la otra joven de guardia, joven pollita de quince años, a la que se la mete: y ella caga. Habituada a este santo deber, se cuida mucho de incumplirlo. Sylvestre las jode, las cachetea a las tres; pero sólo quiere correrse en el coño de Justine; es fácil ver que es a ella a quien dirige su mayor empeño. La última vez que goza es a lo perro; al encoñarla de esta forma examina la marca con que está infamada: «¡Cómo me gusta esta señal!, exclama; pero preferiría que fuese obra de la justicia antes que del libertinaje; impresa por la mano del verdugo, me empalmaría mejor besándola. —Insigne bribón», le dice Honorine, que conocía mejor que nadie el roño y las palabras que podían agradar al libertino, «¿cómo puede deleitar la infamia? —No hay nada tan delicioso como la infamia», dice Sylvestre retirándose y sentándose para perorar entre la niña de quince años y Justine. «Si la lujuria es por sí misma algo infame, tendrás que admitir, Honorine, que todo lo que pueda añadirse de infame se adaptará a ella como si le prestase la sal; entonces no sólo será preciso que todos los episodios se vuelvan tanto y más infames que el principal, sino también que el acto infame se ejerza sobre una persona infame, mancillada, sin honor…, sin reputación; por eso prefieren los libertinos las zorras a las mujeres honradas; encuentran con ellas un excitante que el pudor y la virtud le niegan. —Creía que era delicioso ultrajar a unas y a otras. —Sí, cuando se puede, porque entonces el tinte de infamia que se imprime se vuelve obra vuestra, ¡y qué delicioso es haber contribuido al envilecimiento de un individuo cualquiera! Pero, como la virtud y el pudor se niegan a los ultrajes planeados contra ellas, y resulta difícil, a menos de ser el más fuerte, alcanzarlos, el hombre disoluto se lanza con delicia sobre lo que se le parece; le gusta comparar la corrupción de los otros con la suya, mezclarse a ella, alimentarla, aumentar sus medios de degradación con la masa de los medios de los demás, y gangrenarse, pudrirse, por así decir, con ellos. El mayor dolor que puede sobrevenirme sería ver que mis extravíos están justificados. Si perdiese la certeza de obrar mal cuando me entrego a mis excesos, embotaría el copete nervioso[4] de mis sensaciones libertinas, mi felicidad llegaría sólo a la mirad; ¿qué sería un goce al que no acompañase el vicio? —¡Ah!, dijo Justine, ¿no os importan nada los de la naturaleza, y no son éstos corrompidos por aquéllos? —Todos los goces son naturales, continuó Sylvestre, tanto el más sencillo como el más criminal; su voz nos ordena beber cuando tenemos sed, lo mismo que joder cuando estamos empalmados; aliviar a un desdichado si nuestra constitución flexible y delicada nos inclina a ello; lo mismo que ultrajarlo, si un carácter más enérgico nos aconseja abusar de él. Todo está en la naturaleza, nada en nosotros; nos sugiere al mismo tiempo la inclinación al crimen y el amor por las virtudes; pero, igual que nos da al mismo tiempo frutos mediocres y otros de un sabor exquisito, nos agita también más voluptuosamente para el crimen que para la virtud, porque siempre ha necesitado mucho más crimen que virtud; y porque el hombre, único agente de sus caprichos, le obedece perpetuamente sin sospechado siquiera. —Según esto, dijo Honorine, ¿son buenos todos los medios

para mejorar un goce en sentido perverso o criminal? —Todos, desde luego, todos, no hay uno solo que debamos despreciar; y es al hombre realmente voluptuoso a quien corresponde buscar con cuidado todos los medios de perversidad posible con los que pueda acrecentar su disfrute; no debe negarse ninguno; es culpable frente a la naturaleza si se impone en este punto el menor freno. —Si todos los hombres pensasen así, dijo Justine, la sociedad se volvería una selva donde la única finalidad de cada uno sería degollar a todo el que le molestase. —¿Y quién duda, replicó el monje, que el homicidio no sea una de las leyes más valiosas de la naturaleza? ¿Cuál es su objetivo cuando crea? ¿No es ver destruir pronto su obra? Si la destrucción es una de sus leyes, ¡quien destruye la obedece! Y ya ves la cantidad de crímenes que se deriva de este argumento. —Eso justifica, dijo Honorine, todas vuestras maldades con nosotras. —Claro, querida, respondió Sylvestre, porque considero la maldad como el resorte más seguro de todos los crímenes. Se inventa por maldad, y por maldad se ponen en práctica las ideas; el hombre paciente y bueno es una negación de la naturaleza; el único activo es el malvado; y no hay nada más delicioso en el mundo que los frutos de la maldad; la virtud deja el alma en reposo; sólo el crimen la molesta, la irrita, la saca de su asiento y la hace gozar. —Entonces la traición y la calumnia, los dos resultados más violentos, más peligrosos de la maldad ¿se convertirán en delicias para VOS? —Tendré siempre por tal todo lo que procure cuanto antes la ruina, el deshonor, el envilecimiento o la pérdida total del prójimo, puesto que esos ultrajes son los únicos que verdaderamente me deleitan, y porque el mal que hago o que veo llegar a los demás es para mí el camino más seguro de alcanzar el bien. —Así pues, ¿traicionaríais al amigo más fiel, calumniaríais al pariente más querido a sangre fría? —Con más placer que a individuos que no estuvieran unidos a mí por ninguna cadena, porque entonces el mal sería mayor, y cuanto más capital sea, más delicada y sutil se vuelve la sensación que se deriva de ello para nosotros. Pero hay arte, principios, una especie de teoría necesaria en la ciencia de la traición, lo mismo que en la ciencia de la calumnia, de la que no hay que apartarse si se quieren recoger en paz sus deliciosos frutos: por ejemplo, traicionar o calumniar a un hombre para servir a otro no debe aportar nada a la felicidad del malvado; y, si consigue hacer feliz a uno inmolando una víctima, por la noche se encuentra absolutamente igual que si no hubiera hecho nada, y, según esto, no ha servido en modo alguno a su maldad. Por lo tanto es preciso que sus golpes, propinados con un arma cortante por sus dos filos, alcancen igualmente a varios individuos sin favorecer nunca a ninguno; he ahí los escollos de estas dos ciencias, ésas son las dificultades y los principios de los que, practicando una y otra, nunca me he apartado en la vida. —Pero, dijo Justine, con tales máximas, ¿cómo no os devoráis entre vosotros? —Porque la solidez de nuestra asociación es útil a su conservación, y porque, para su mantenimiento, preferimos algunos sacrificios de los que saben resarcirnos ampliamente todos los medios para hacer el mal con que aquí contamos. No pienses que por esto nos querernos mucho; nos vemos demasiado todos los días

para amarnos; pero estamos obligados a seguir juntos; y nos mantenemos así por política, poco más o menos como los ladrones: la seguridad de su asociación no tiene más bases que el vicio y la necesidad de ejercerlo. —En tal caso, padre mío, dijo Justine, me atrevería a responder que, en medio de esa insigne depravación, os sería imposible no seguir respetando la virtud. —Te aseguro, hija mía, dijo el monje, que toda mi vida he sentido por ella el desprecio más profundo; que nunca en mi vida ejercí el menor acto de virtud; y que mis goces más soberanos nunca consistirán en otra cosa que en multiplicar los ultrajes contra ella. Pero estoy empalmado, tengo que acabar de joder; muestra a mis ojos esa espalda que hace un momento me enardecía tanto»; y el pérfido, volviendo a encoñar a Justine a horcajadas, empezó a besar de nuevo la marca que parecía proporcionarle tanto placer. De vez en cuando olía y aspiraba las axilas, cosa que parecía ser uno de los episodios más deliciosos de sus sucias lubricidades; a veces, Honorine y su compañera le exponían sus coños totalmente abiertos; y el lascivo, mientras seguía encoñando a Justine, metía en ellos su nariz y su lengua para lograr de uno o de otro un poco de esperma o de pis; pero no conseguía ningún resultado. «No es esto lo que necesito, dijo Sylvestre, contaba con una vagina llena de menstruos, y no la tengo. Honorine, vuela a buscarme inmediatamente una en el serrallo». Y mientras se cumple su orden, el monje, desencoñando a Justine, se pone a chuparla. «Méame en la boca, putilla, exclama; ¿no ves que es lo que estoy pidiéndote desde hace una hora?». Justine obedece. El monje estaba muy empalmado, y tal vez iba a descargar cuando volvió Honorine con una mujer de treinta años, cuya camisa llena de sangre anunciaba a Sylvestre que se encontraba en el estado deseado. Hypolite, ése era el nombre de la sultana, no tarda en ser analizada; no se trataba de la regla, sino de una pérdida. «¡Oh, joder!», dice el monje enardecido, «es lo que necesito; voy a follarte, puta, pero tienes que cagar…, ¡la mierda y las reglas! ¡Oh, rediós, con qué horrible descarga voy a correrme!». Sylvestre encoña; inmediatamente su polla parece el brazo de un carnicero. Satisfecho por una parte, ,pronto queda satisfecho también por otra: le llenan las manos de mierda, le embadurnan la cara con ella; y, desencoñando de Hypolite, obliga a Justine a chupar su polla llena de sangre; tiene que obedecer; y de la boca de esa hermosa niña, vuelve a hundirse en la matriz. Exponiendo entonces bajo sus ojos el coño sonrosado de Hipolyte, lo chupa con ardor mientras jode, y mientras Honorine coloca sus nalgas al lado de la vagina que lo deleita, y su otra joven de guardia le azota con toda su fuerza. La crisis se apodera de él; aúlla como un diablo mientras la disfruta; y el malvado, ebrio de lujuria y de infamia, termina durmiéndose tranquilamente.

Al día siguiente Justine asistió a la cena; se trataba de una recepción. Únicamente las categorías de vírgenes, vestales y sodomistas habían proporcionado las doce soberbias criaturas que habían obtenido ese honor. Nada más entrar Justine vio a la recipiendaria: «Ésta es la que la sociedad os da por compañera, señoritas», dijo Sévérino arrancando del busto de la joven los velos que la cubrían y presentando a la

asamblea una niña de quince años, con la cara más agradable y más interesante. Sus bellos ojos, húmedos de lágrimas, eran la imagen de su alma sensible; su talle era ágil y ligero; su piel, de una blancura resplandeciente; los cabellos, los más hermosos del mundo; y tenía algo tan seductor en el conjunto que resultaba imposible verla sin sentirse invenciblemente arrastrado hacia ella. La llamaban Octavie. Hija del más alto linaje, había sido raptada en su coche junto con su ama, dos doncellas y tres lacayos, cuando iba a casarse a París con uno de los mayores señores de Francia; su séquito había sido asesinado por los agentes de los monjes de Sainte-Marie-des-Bois. La habían arrojado en un cabriolé, simplemente escoltada por un hombre a caballo y la mujer que la presentaba; luego la habían llevado a aquella espantosa guarida sin que le hubiera sido posible saber más.

Nadie le había dicho aún una palabra; nuestros seis libertinos, extasiados ante tantos encantos, sólo tenían fuerza para admirarlos: el imperio de la belleza obliga de forma natural al respeto; el criminal más corrompido le rinde, a contra corazón, una especie de culto que nunca infringe sin remordimientos; pero monstruos como estos de los que aquí se trata no languidecen mucho tiempo bajo tales frenos. «Vamos, rediós, le dijo en tono insolente el superior, atrayéndola hacia el sillón en que estaba sentado, vamos, hacednos ver ahora mismo si el resto de vuestros encantos responde a los que la naturaleza ha puesto con tanta profusión en vuestra fisonomía». Y como esa hermosa niña se turbaba, como se ruborizaba e intentaba huir, Sévérino, cogiéndola por la cintura: «Comprende, pequeña zorra, le dijo sin ningún pudor, que aquí ya no eres ama, y que tu único destino es la sumisión; vamos, desnúdate"; y, tras estas palabras, el libertino desliza una mano bajo las faldas mientras la contiene con la otra. Clément se acerca; levanta hasta por encima de la cintura los vestidos de Octavie, y pone al descubierto, mediante esa maniobra, el culo más fresco, más blanco, más redondo que hubiese sorprendido, desde hacía mucho tiempo, los ojos de aquellos lascivos. Todos se acercan, todos rodean aquel trono de voluptuosidad, todos lo colman de elogios, todos se apresuran a tocarlo y abrumarlo a caricias, mientras convienen de manera unánime que nunca han visto nada tan regular, tan hermoso, tan perfectamente acabado.

Mientras tanto, la modesta Octavie, poco acostumbrada a tales ultrajes, derrama lágrimas y se defiende. «Desnudémosla, rediós, dice Antonin; ¿se puede juzgar a una muchacha cubierta de ropa?». Ayuda a Sévérino; todos se ponen a la tarea, el uno arranca un pañuelo, el otro una falda. Octavie parece la joven cierva rodeada por una jauría de perros; en un instante sus voluptuosos atractivos aparecen desnudos ante todos los ojos. ¡Jamás hubo, desde luego, gracias más conmovedoras, formas más afortunadas! ¡Oh, justo Cielo! ¡Tantas bellezas, tanta lozanía, tanta inocencia y delicadeza iban a convertirse en presa de aquellos bárbaros! Octavie, avergonzada, no sabe adónde huir para ocultar sus encantos; cualquiera que sea el rincón donde se refugie, encuentra ojos libertinos que la devoran, manos brutales que la mancillan. Se forma el círculo; la llevan al centro; y cada monje tiene a su lado cuatro mujeres que

lo excitan en sentidos diferentes. Octavie es presentada a cada uno. Antonin no tiene fuerza bastante para resistir; estaban chupándole, le masturbaban el culo; tenía las nalgas de Justine en una mano, el coño de una vestal en la otra; besa a Octavie en la boca, deja el coño que tiene para agarrar el de la novicia. El movimiento es tan brutal que la joven lanza un grito; Antonin aumenta su violencia y su leche escapa a pesar suyo; es una encantadora mujer de veinte años quien la traga.

Octavie pasa a Jérôme; estaban pellizcándole las nalgas con una aguja; dos niñas preciosas lo masturbaban, una por delante, otra por detrás, mientras una cuarta, de dieciséis años, le soltaba pedos en la boca. «¡Cuánta blancura y cuántas gracias!», dice tocando a Octavie; «¡oh, divina niña! ¡Qué bello culo!». Lo compara un momento con el que le suelta pedos en la nariz, uno de los más deliciosos del serrallo. «Desde luego, no estoy seguro», dice; luego, imprimiendo su boca en los atractivos que sus ojos comparan: «Octavie, exclama, tú te llevarás la manzana, sólo a ti te pertenece; dame el fruto precioso de ese árbol adorado de mi corazón; ¡oh!, sí, sí, cagad las dos, y aseguro por siempre el premio a la belleza a la que me lo haya servido antes». Octavie, confundida, no puede comprender semejante orden; su pudor motiva el rechazo; la otra obedece; Jérôme se empalma; las nalgas de Octavie son vigorosamente mordidas, y la novicia pasa a nuevos ultrajes.

Ambroise enculaba a una virgen de quince años, le cagaban en la boca, magreaba dos culos; Octavie se le acerca, sin que se moleste. «Dame la lengua, puta», le dice. Aquella boca, corrompida entre horrores, osa imprimirse sobre la de la misma Hebe: «¡Oh, joder!», exclama, mordiendo aquella lengua fresca y voluptuosa, «lo que faltaba, que esta pequeña zorra venga aquí para que me cueste la leche»; y el infame la lanza, entre juramentos, en el lindo culo que perfora.

Octavie llega al superior; estaba sentado encima de las tetas de una deliciosa joven de dieciocho años, a la que mordisqueaba los riñones y a cuyo coño le quitaba los pelos; dos culos soltaban pedos delante de su nariz; la cuarta mujer, de diecisiete años y hermosa como el día, le pellizcaba los cojones mientras le meneaba la polla. El lascivo agarró a Octavie; le fueron aplicados veinte vigorosos azotes en las nalgas; y la gira continúa.

Es ante Sylvestre donde la joven debutante llega. En esta ocasión el libertino lamía tres coños colocados frente a él; la cuarta mujer se la chupaba; la linda vagina de Octavie se eleva por encima de las tres que recorre su lengua; y el monje, furioso, deja, al perder su leche, la sangrienta marca de sus dientes sobre el coño apenas sombreado de Octavie.

Clément sodomiza a una Agnès de doce años, a quien la enormidad de su polla hace llorar; le pellizcan las nalgas y le cagan encima de la nariz. «¡Joder!, exclama, ¡cuánto me gusta la virtud al lado del vicio!» u Y se precipita como un loco furioso sobre las bonitas nalgas que, por orden suya, Octavie presenta. «Caga, le dice, o te muerdo». La temblorosa Octavie comprende enseguida que la obediencia es su único destino; mas su profunda sumisión no la salva del castigo con que la amenazan; y a

pesar del más hermoso zurullo, sus deliciosas nalguitas son mordidas…, pellizcadas…, ensangrentadas.

«Vamos, dice Sévérino, es hora de pasar a cosas más serias; yo, que no he perdido leche, os advierto, señores, que no puedo esperar más». Se apodera de aquella desdichada, la tumba boca abajo en un sofá. Como aún no confía demasiado en sus fuerzas, llama a Clément en su ayuda; Octavie llora, y no es escuchada; el fuego brilla en las miradas del impúdico monje; dueño de la plaza, se diría que sólo contempla las avenidas para atacarla con más seguridad; no se emplea ningún artificio, ningún preparativo; ¿cogería rosas con tantos encantos si apartase las espinas? Y son las nalgas de Justine lo que el lascivo quiere tener por perspectiva. «De esta forma, dice, voy a gozar de los dos culos más bellos de la sala». Por más enorme que sea la desproporción habida entre la conquista y el asaltante, éste no deja de emprender el combate; un penetrante grito anuncia la victoria; mas no hay compasión para el enemigo; cuanto más implora su gracia la cautiva, mayor es el vigor con que la presiona; y, por más que la desdichada luche, es enculada hasta los cojones. «Nunca hubo victoria más difícil», dice el monje al retirarse; «he creído que, por primera vez, iba a encallar cerca del puerto. ¡Ah, qué estrecho! ¡Qué calor! Sylvestre, prosigue el superior, ¿no estás de regente de día? —Sí. —Apúntale cuatrocientos latigazos a Justine; no ha soltado pedos cuando se lo he dicho.

—Tengo que devolver a Octavie al sexo que acabas de mancillar», dijo Antonin, agarrándola en la misma postura; hay más de una brecha en la muralla, y, acercándose con fiereza, en un instante el virgo es conquistado; se dejan oír nuevos clamores. «Alabado sea Dios, dice el sinvergüenza; habría dudado de mis éxitos de no ser por los gemidos de la víctima; pero mi triunfo es seguro, porque ahí están la sangre y las lágrimas.

—En verdad», dice Clément, avanzando con las disciplinas en la mano, «no alteraré esa noble actitud, favorece perfectamente mis deseos». Dos muchachas sujetan a Octavie: una de ellas, a horcajadas sobre su cintura, ofrece el más bello trasero a las miradas del flagelante; la otra, algo ladeada, también se lo presenta. Clément observa, palpa; la novicia, aterrada, le implora, y no le enternece. «¡Oh, rediós», dice el monje exaltado, al que dos muchachas ya están azorando mientras contempla el altar al que van a dirigirse golpes análogos. «¡Oh, amigos míos, cómo no azorar a la niña que nos muestra un culo tan hermoso!». Pronto resuena el aire con el silbido de las cuerdas y con el ruido sordo de sus cintarazos sobre uno y otro culo; los gritos de Octavie se mezclan a él, las blasfemias del monje les responden. ¡Qué escena para estos libertinos, entregados, en medio de trece jóvenes, a mil obscenidades diferentes! Aplauden, animan. Mientras tanto, la piel de Octavie cambia de color, los tintes del encarnado más vivo se unen al resplandor de las azucenas; pero lo que acaso divertiría durante un momento al Amor, si la moderación dirigiese el sacrificio, se vuelve, a fuerza de rigor, un crimen contra sus leyes. Esa idea, que no se le escapa a Clément, presta fuerzas a sus perfidias; cuanto más se queja la joven

alumna, más estalla la severidad del maestro; desde la mitad de los riñones hasta la parte inferior de los muslos, todo es tratado de la misma manera; y es finalmente sobre los vestigios ensangrentados de sus bárbaros placeres como dos muchachas le hacen escupir su leche.

«Yo seré menos salvaje», dice Jérôme acogiendo a la bella y adaptándose a sus labios de coral; «éste es el templo en el que voy a sacrificar, y en esta boca encantadora…». Callemos; es el reptil impuro corrompiendo a una rosa: la comparación lo dice todo.

«Yo prefiero encoñar», dice Sylvestre levantando en el aire los muslos de la muchacha, y fijándola sobre la rabadilla; «quiero que esta polla revoltosa le perfore las entrañas; me gusta mucho una virginidad cogida a medias; ese aire de desorden me divierte; lo prefiero a las primicias». Dos jóvenes coños se ofrecen a sus besos; quiere que meen sobre la nariz de su hiladora, y que una niñita de doce años, colocada encima de sus riñones, le pinche las nalgas con un alfiler, produciendo sobre él sacudidas que ayudan a sus movimientos. El éxtasis le domina; el infame entra con furia y deposita en el coño virgen de la más bella y más inocente de las niñas el esperma más impuro que jamás se haya visto fermentar en la bragueta de un monje.

«Pues yo prefiero encular, dice Ambroise; pero ahí, sí, ahí, es en esa misma postura como voy a tomarla; que me rodeen de culos, por favor; que me azoten, y que se adapten a mí en el desenlace». ¡Ay!, es horroroso. La cara de la víctima, que el bribón tiene a su alcance, es abofeteada por él, en el instante de la crisis, de una manera tan vigorosa que la sangre fluye de las dos aletas de la nariz; y es casi desvanecida como retiran a la niña de sus manos.

Se sientan a la mesa, nunca había sido más alegre una comida; jamás las orgías habían sido más completas; alrededor de los monjes todo estaba desnudo; los masturbaban, los besaban, los chupaban, los excitaban, los pellizcaban cuando Sévérino, dándose cuenta de que las cabezas iban a electrizarse en exceso, y que la finalidad propuesta de los placeres se alejaría quizá en lugar de alcanzarse, propuso, para templar el ardor en que veía a todo el mundo, pedir a Jérôme que contase la historia de su vida, cuyo relato había prometido hacía tanto tiempo.

«Estoy de acuerdo», dijo el monje, quien, cerca de la debutante, se ocupaba desde hacía un cuarto de hora en lamerla; «eso retardará la efusión de mi esperma, cuyas esclusas no podré mantener cerradas dentro de poco. Preparaos pues, amigos míos, a oír uno de los relatos más obscenos que desde hace mucho hayan ensuciado vuestros oídos».

CAPÍTULO XI

Historia de Jérôme

Las primeras acciones de mi infancia anunciaron, a los que entienden de hombres, que yo había de ser uno de los mayores malvados que nunca hubiera existido en suelo francés. Había recibido de la naturaleza inclinaciones tan perversas, y se expresaba en mí esa áspera naturaleza de una forma tan contraria a todos los principios de la moral que, viéndome, había que decidir necesariamente, o que era un monstruo nacido para deshonrar a esa madre común del género humano, o que ella había tenido algún motivo al crearme así, puesto que sólo su mano había inculcado en mí la desdichada inclinación a los infames vicios de los que a diario doy tan sorprendentes ejemplos.

Nosotros somos de Lyon. Mi padre se dedicaba al comercio con un éxito bastante grande para dejarnos un día una fortuna más que suficiente para nuestra existencia, cuando la muerte vino a llevárselo mientras yo aún estaba en la cuna. Mi madre, que me adoraba, y que se tomaba por mi educación cuidados inimaginables, me crió junto con una hermana, nacida un año después que yo, la misma semana de la muerte de mi padre; la llamaban Sophie; y cuando hubo alcanzado la edad de trece años, época en que voy a hacerle interpretar un papel en el escenario de mis aventuras, podía decirse con verdad que era la muchacha más bonita de Lyon. Tantos atractivos no tardaron en hacerme sentir que todos los presuntos frenos de la naturaleza se desvanecen cuando uno está empalmado, y que entonces únicamente conoce los que, reuniendo a ambos sexos, les invitan a gozar juntos de todos los placeres del amor y la depravación: estos últimos, más excitantes para mi corazón que los de un sentimiento que se parecía demasiado a una virtud para que lo adoptase nunca, fueron los únicos que se hicieron oír dentro de mí; y confieso que, en cuanto descubrí las gracias y los atractivos de Sophie, fue su cuerpo lo que deseé, y en modo alguno su corazón. Con verdad puedo decir no haber conocido nunca ese sentimiento ficticio de la delicadeza que, remitiendo todo a la moral del goce, da la impresión de admitir como vivo únicamente aquello que le sirve. He gozado de muchos seres en mi vida; mas puedo asegurar que ninguno fue querido por mi corazón; hasta me resulta imposible comprender que se pueda amar a la criatura de la que se goza. ¡Oh! ¡Cuán triste sería ese goce para mí si otro sentimiento distinto a la necesidad de joder formase sus elementos! Nunca he jodido en mi vida sino para insultar al objeto de mi lujuria, ni he descubierto en esa acción otro encanto que el ultraje producido sobre el objeto; lo deseo antes del goce, lo aborrezco en cuanto la leche sale.

Mi madre educaba a Sophie en casa; y como yo no era más que externo en la pensión en que me educaban, pasaba casi todo el día con mi encantadora hermana. Su deliciosa fisonomía, sus magníficos cabellos, su encantador talle me hicieron arder,

como acabo de confiaros, en el deseo de ver cuanto antes cuál era la diferencia de su cuerpo y el mío, y de admirar esas diferencias, haciéndole observar aquellas otras que la naturaleza debía de haber puesto igualmente en mí. Al no saber explicar muy bien cuanto sentía por mi hermana, resolví sorprenderla en vez de seducirla; en la primera de estas maneras había una especie de traición que me divertía. Así pues, durante un año hice lo imposible para conseguirlo, sin poder lograrlo nunca. Me di cuenta entonces de que tendría que solucionarlo con ruegos; pero seguía prefiriendo el tinte de la traición; nunca me empalmo sin eso. Ahora veréis cómo me las arreglé. El cuarto de Sophie estaba lo bastante lejos de la habitación de mi madre como para permitirme hacer un intento; y, pretextando una indisposición que me obligaba a retirarme temprano, fui rápidamente a esconderme bajo la cama del delicioso objeto de mis deseos, con la firme resolución de meterme dentro en cuanto lo sintiera acostado. No había pensado en el extremado susto que semejante paso iba a causar en Sophie. Uno razona mal cuando se empalma bien. Como sólo veía mi objeto, sólo hacia él se dirigieron todas mis acciones. Sophie entró en el cuarto; la oí hacer sus oraciones. Imaginad cuánto me irritaron estas demoras; maldecía al objeto con tanta sinceridad como podría hacerlo hoy, cuando, más ilustrado sobre ese quimérico Dios, estoy seguro de que insultaría a quien viese rezarle de todo corazón.

Por fin Sophie se acuesta; en cuanto lo hace, ya estoy junto a su cabecera. Sophie se desmaya; la estrecho contra mi pecho y, más ocupado en examinarla que en socorrerla, tengo tiempo de inventariar todos sus encantos antes de que su prudencia pueda echar por tierra mis proyectos. «¡O sea que esto es una mujer!», dije sobando el coño de Sophie, «¿y qué hay de hermoso ahí? Esto, continué palpando las nalgas, vale infinitamente más; no hay nada menos bonito que esa delantera, y ¿por qué singular contradicción no ha enriquecido la naturaleza con todas sus gracias la parte del cuerpo de la mujer que la diferencia de nosotros? Porque es eso, sin duda, lo que los hombres buscan; y ¿qué puede desearse donde no se encuentra nada? ¿Es esto lo que les agrada?, seguía diciendo mientras sobaba las tetas más bonitas. No sé muy bien qué puedan tener de excitante estas dos bolas, tan torpemente colocadas sobre el pecho. Bien pensado, lo único que veo realmente digno de nuestro homenaje, añadí sobando el culo, es esto; y, dado que nosotros lo tenemos lo mismo que las mujeres, no comprendo que sea necesario buscarlas con tanto empeño. ¡Qué cosa tan ordinaria es una mujer! Estoy encantado de haberla recorrido sin entusiasmo… Sin embargo, mi polla se levanta al mirarla; siento que me divertiría con todo esto; pero adorarla, como dicen que hacen los hombres, adorarla…, yo…, juro que no. Sophie», dije con bastante brusquedad; porque ése es el tono que hay que emplear con las mujeres cuando se sabe ponerlas en su sitio; «despierta, Sophie. ¿Estás loca para tener miedo de mí?». Y cuando recobraba el sentido: «Hermana, continué, no vengo a hacerte ningún mal; he querido mirar tu cuerpo y he quedado satisfecho; mira el estado en que me has puesto; aplaca mi ardor; cuando estoy solo…, mírame, con dos meneos… eso corre, y me quedo tranquilo. Pero dado que estamos juntos, evítame el esfuerzo,

Sophie; me parece que tendré más placer si tu mano hace la tarea». Y, sin más forma de proceso, pongo mi polla entre sus dedos; Sophie la aprieta, me besa. «¡Oh, amigo mío, me dice, es inútil ocultártelo, hace mucho que, como tú, pienso sobre la diferencia que puede existir entre los sexos, y, sin atreverme a decírtelo, tenía el mayor deseo de examinarte; el pudor me lo ha impedido; mi madre no cesa de recomendarme que sea prudente…, virtuosa…, modesta; y para asentar todas estas virtudes en mi alma, acaba de ponerme en manos del vicario de la parroquia, hombre duro…, arisco, que sólo me habla del amor a Dios y de la discreción que conviene a las mujeres; y, según esos sermones, amigo mío, si tú no hubieras dado el primer paso, no me habría atrevido a hablarte de nada. —Sophie», dije entonces a mi hermana metiéndome en su lecho, carne contra carne, «no soy ni mucho mayor ni mucho más instruido que tú, pero la naturaleza me ha dicho lo suficiente para convencerme de que todos los cultos, todos los misterios religiosos no son sino execrables absurdos. Mira, ángel mío, no hay más dioses que el placer; y sólo debemos sacrificar en sus altares. —¿Eso crees, Jérôme? —¡Oh!, sí, sí, es mi corazón quien me lo dice, y es mi corazón quien te lo asegura. —Pero ¿cómo hay que hacer para conocer ese placer? —Masturbarse, ya lo ves. Cuando se menea esto bien, sale un licor blanco que nos hace desmayarnos de gusto; y, en cuanto uno ha terminado, querría volver a empezar… Pero, en tu caso, ya que no tienes nada, no veo qué es lo que habría que hacer. —Mira, Jérôme», respondió mi hermana, colocando una de mis manos sobre su clítoris; «la naturaleza me ha hablado como a ti, y si quieres cosquillear esa pequeña cresta que ves ponerse dura y levantarse bajo tus dedos; sí, digo, si quieres removerla ligeramente mientras yo meneo lo que me haces empuñar; o mucho me equivoco, amigo mío, o tendremos placer los dos».

Nada más hacer lo que deseaba mi hermana, la vi estirarse…, suspirar; y la bribonzuela me inundó los dedos; me apresuré a responder a ese impulso de voluptuosidad, e, inclinándome sobre ella para besarle la boca y meneándomela yo mismo, la pagué con la misma moneda. Sus muslos y su coño fueron inundados por ese licor delicioso cuya salida también me hacía saborear dulces placeres. Luego sentimos este instante de pasmo, consecuencia necesaria de las crisis libidinosas, que demuestra con su languidez hasta qué poderoso grado se ve fuertemente conmovida el alma, y la necesidad que tiene de reposo. Mas, a la edad que entonces teníamos, los deseos vuelven a encenderse enseguida. «¡Oh, Sophie!», dije a mi hermana, «creo que todavía somos muy ignorantes; puedes estar segura de que no es así como hay que saborear este placer; olvidamos algunas circunstancias aparentemente desconocidas por nosotros. Hay que estar el uno encima del otro; y como tú eres hueca y algo se prolonga en mí, tiene que ser que lo que se levanta entre en lo que es profundo; es preciso que los dos se agiten durante esa unión; ése es, estoy totalmente seguro, el mecanismo de la voluptuosidad. —Creo lo mismo que tú, amigo mío, me dijo mi hermana; pero no sé dónde está ese agujero en el que es necesario que penetres. —Si no me equivoco, si sigo las inspiraciones que la naturaleza me da, debe

de ser éste», respondí yo hundiendo uno de mis dedos en el agujero del culo de Sophie. «Bueno, prueba, dijo mi hermana; te dejaré hacerlo con tal de que no sienta un dolor demasiado grande». Nada más tener el consentimiento de Sophie la coloqué boca abajo en el borde de la cama; y, totalmente dueño de su trasero, me pongo enseguida a la tarea. Como entonces aún no estaba muy bien dotado, el desgarramiento fue escaso; y Sophie, que ardía de ganas por hacerlo, se prestó con tanta sumisión que no tardó en estar enculada. «¡Oh, cuánto he sufrido!, me dijo cuando la operación estuvo terminada. —Bueno, respondí, es que se [rata de la primera vez; apostaría que a la segunda no sientes más que placer. —Entonces vuelve a empezar, amigo mío, estoy decidida a todo». Vuelvo a encularla, mi leche sale, y Sophie se corre a su vez. «No sé si nos hemos engañado, dijo mi hermana; es increíble el enorme placer que he sentido… ¿Qué piensas tú, Jérôme?». Pero en este punto la cabeza empezaba a desmontar; no había ningún amor en lo que hacía; el deseo puramente físico de gozar de mi hermana era el único impulso que me había agitado; y ese deseo acababa de ser cruelmente enfriado por el goce. Ya no había entusiasmo en el examen que hacía del cuerpo de Sophie. ¿Hay que confesarlo? Aquellos atractivos que acababan de inflamarme, ahora no me inspiraban sino repugnancia. Respondí por tanto con frialdad a mi putilla, que no pensaba que nos hubiésemos equivocado; y que, como uno y otro sólo habíamos seguido las inspiraciones de la naturaleza, era imposible que ésta hubiese querido extraviarnos; que, además, me parecía prudente separarnos, pues una estancia más larga en su cuarto podía comprometernos; y que iba a volverme a la cama. Sophie quería retenerme: «Me dejas ardiendo, me dijo; me veré obligada a tranquilizarme sola. ¡Oh, Jérôme, no me abandones todavía!». Pero el inconstante Jérôme se había corrido tres veces; y, por bonita que fuera su querida hermana, necesitaba absolutamente un poco de reposo para que la ilusión pudiera renacer.

El compromiso que he asumido de poner aquí al descubierto los repliegues más secretos de mi corazón no me permite callar mis reflexiones; tan pronto como me vi solo, no fueron ventajosas para el objeto que acababa de apagar mis ardores. Basta de ilusiones: el encanto se había disipado; y aunque Sophie ya no me excitaba, me calentaba en otro sentido. Volvía a estar empalmado; mas no era para festejar sus encantos, era para mancillarlos; degradaba a Sophie en mi imaginación; y, pasando de manera insensible del desprecio al odio, llegaba incluso a desearle el mal. «Estoy enfadado por no haberle buscado pelea», me decía a mí mismo, desesperado por no haberle dado una paliza, «debe de sentirse placer pegando a una mujer una vez que la hemos gozado…, pero puedo resarcirme de mi moderación…, puedo hacerle daño; basta divulgar su conducta para que pierda su reputación; y, al no poder casarse, probablemente termine siendo muy desgraciada», y esa horrible idea, ¡debo decirlo!, hizo brotar mi leche con una voluptuosidad mil veces mayor que cuando se derramaba en el culo de Sophie.

Imbuido de este horrible proyecto, evité a mi hermana el día siguiente y fui a confiar toda mi aventura a mi joven primo hermano, dos años mayor que yo y con la cara más hermosa del mundo, quien, para demostrarme el efecto de mi confidencia, me hizo palpar al instante una polla durísima y muy gorda. «No me dices nada que yo no haya probado, me dijo Alexandre; como tú, me jodí a mi hermana, y, como tú, en la actualidad detesto el objeto de mis lujurias; vamos, amigo mío, ese sentimiento es muy natural; es imposible amar lo que uno ha jodido. Créeme: mezclemos nuestros goces y nuestros odios. La mayor señal de desprecio que puede hacerse a una mujer es prostituirla con otro. Yo te entrego a Henriette; es tu prima hermana; tiene quince años, ya sabes lo bella que es; haz lo que quieras con ella, sólo te pido a cambio a tu hermana; y cuando los dos estemos hartos de esas putas, ya pensaremos en los medios de hacerles lamentar durante mucho tiempo su culpable abandono y su imbécil complacencia». Esta deliciosa coalición me encantó; agarro la polla de mi primo; se la meneo. «No, no, date la vuelta, me dice Alexandre; tengo que tratarte como tú has tratado a tu hermana». Le presento las nalgas, y heme aquí follado. «Amigo mío», me dijo Alexandre en cuanto se hubo corrido en mi trasero, «así es como hay que actuar con los hombres; pero si te has limitado a esto con mi prima, no le has hecho cuanto habrías podido hacerle; no es que esa forma de gozar a una mujer no sea a buen seguro la más lúbrica, y por consiguiente la mejor; pero hay otra, y debes conocerla: ponme cuanto antes frente a tu hermana, y yo perfeccionaré las lecciones, de las que me parece que sólo le has dado los primeros rudimentos».

Yo sabía que mi madre debía ir pronto a una feria célebre; que, durante su viaje, dejaría a Sophie bajo la guarda de un ama de llaves fácil de seducir: aviso a Alexandre para que haga cuanto depende de él para poder disponer de su hermana en la misma época. Lo consigue: Henriette apareció junto con su hermano; y Micheline, nuestra dueña, consintió en dejarnos merendar juntos a los cuatro con tal de que, a cambio, no revelásemos que ella iba a pasar la tarde a casa de su amante. Si mi primo era uno de los muchachos más hermosos que fuese posible ver, Henriette, su hermana, de quince años como ya os he dicho, podía pasar asimismo por una de las chicas más bonitas de Lyon; era rubia, de una blancura deslumbrante, el color rosa embellecía su tez, los más hermosos dientes adornaban su boca, y su talle ágil y flexible estaba muy por encima de lo que correspondía a su edad.

Yo apenas había hablado con Sophie; desde que la había gozado, la evitaba. Una vez decidido, le declaré que tenía la intención de que hiciese con mi primo cuanto había hecho conmigo. «Esta bella niña», proseguí señalando a Henriette, «será el premio a vuestra obediencia; juzgad, pues, la pena que me haría sentir vuestro rechazo. —Amigo mío», dijo Henriette a su hermano, «no me habéis hablado de este arreglo; no habría venido de haberlo sabido. —Vamos, Henriette, no te hagas la mojigata, dijo Alexandre en tono de broma: ¿qué diferencia hay entre mi primo y yo? ¿Y por qué poner dificultades para concederle lo que yo he recibido? —Estas señoritas no lo harán», dije yo, mientras desataba el cordón de las faldas de Sophie;

«toma, amigo mío, recibe a mi hermana de mi mano, entrégame a la tuya, y ocupémonos únicamente del placer». Lágrimas corrieron de los ojos de nuestras dos novicias: se acercan, se abrazan; pero como Alexandre y yo les habíamos asegurado que no se trataba de escenas de lágrimas, que era joder y no llorar lo que necesitábamos, las desnudamos al momento y nos las cedimos mutuamente. ¡Dios, qué hermosa era Henriette! ¡Qué piel! ¡Qué redondeces! ¡Qué arrebatadoras proporciones! No se me pasaba por la cabeza cómo podía empalmarse uno con Sophie después de haber visto a mi prima; estaba en el delirio; y, desde luego, Alexandre no estaba menos entusiasmado que yo recorriendo las bellezas de mi hermana: la besaba, la sobaba por todas partes; y la pobre Sophie, lanzándome unas miradas húmedas, parecía reprocharme mi perfidia. Henriette se comportaba igual; era fácil ver que aquellas dos encantadoras criaturas sólo habían escuchado la voz del placer al entregarse a sus respectivos enamorados; pero el pudor luchaba violentamente en ellas contra la prostitución a que se las obligaba.

«Vamos, basta de lágrimas, lamentos y ceremonias, dijo Alexandre; pongámonos a la tarea y tratemos de que la voluptuosidad más lasciva presida los juegos que los cuatro vamos a celebrar». Seguro que sus deseos se cumplieron: nada tan lujurioso como las orgías a que nos entregamos. Mi primo folló a mi hermana dos veces en el coño y tres en el culo. Corrigió mis ideas sobre el goce de las mujeres; yo probé; y la prueba sólo sirvió para convencerme de que, si la naturaleza hubiera puesto allí el altar de la generación, no le había unido el del placer. Sin fijarme demasiado en esa inconsecuencia, sólo pensé en vengarla mediante un homenaje constante al dios al que siempre he servido y al que invocaré sin cesar hasta el último día de mi vida. Por lo tanto, Henriette fue mucho más sodomizada que encoñada; y aseguré a mi maestro que, si, como él decía, la especie humana sólo se reproduce por el coño, la naturaleza no debía de tener grandes necesidades de reproducción, puesto que asignaba a esa tarea aquel de sus dos templos cuyo mérito era tan mediocre.

Tras nuestros inconstantes homenajes, Alexandre y yo volvimos a nuestros primeros placeres. Él gozó de su hermana delante de mí; yo enculé a la mía ante sus ojos; nos hicimos masturbar; nos sodomizamos, nos enlazamos los cuatro; nos chupamos. Alexandre me enseñó mil episodios voluptuosos que yo era demasiado joven para saber aún, y terminamos con una comida espléndida. Nuestras jóvenes amantes se entregaron a los placeres de la buena mesa con tanta delicia como a los de la lujuria; y nos separamos con las promesas más seguras de volver a empezar dentro de poco. Cumplimos tan bien nuestra palabra, y con tanta frecuencia, que el vientre de nuestras doncellas se hinchó. A pesar de mis precauciones y de mis infidelidades en favor del culo de mi prima, quedó demostrado que el hijo que Henriette dio a luz me pertenecía: era una niña, a la que veréis jugar un papel en el curso de esta historia. Este doble accidente, que sólo conseguimos ocultar con infinitas artimañas, acabó por enfriarnos con nuestras princesas. «Bueno», me dijo Alexandre unos meses más tarde, «¿sigues pensando lo mismo sobre tu hermana? —Con más crueldad que

nunca, le respondí, preparo el firme proyecto de vengarme de la ilusión en que sus atractivos pudieron arrojarme; la veo como un monstruo horrible a mis ojos; pero, si tú la amas, eso me contendrá. —¿Quién? ¿Yo?, dijo Alexandre, ¿Yo querer a una mujer después de haberla follado? ¿No te he mostrado mi corazón? Ten por seguro que no se parece al tuyo; convéncete, ahora aborrezco a esas dos jóvenes, y, si quieres, ocupémonos de perderlas. —Hagamos ese juramento, respondí, y que nada lo infrinja jamás. —Hecho está, me dijo Alexandre; pero ¿qué medio emplearemos? —El mío es seguro, dije; déjate pillar con mi hermana por mi madre; conozco su severidad, se pondrá furiosa, y Sophie está perdida. —¿Cómo? ¿Perdida? —La meterá en un convento. —¡Vaya un castigo! Yo prefiero algo mejor para Henriette. —¿Hasta dónde quieres llevar tu rabia? —Quiero que sea deshonrada, mancillada, arruinada sin recursos; quiero que mendigue su pan ante mi puerta, y gozar el placer de negárselo. —¡Bueno!», le dije a mi amigo, «en tal caso, tengo razón pensando que te aventajaré… Pero, silencio, ahora no puedo explicarte nada. Pongámonos de acuerdo, que cada cual actúe por su lado, y nos daremos cuenta de nuestras operaciones; el que venza de los dos, recibirá del otro la voluntad, ¿aceptas? —Acepto, me dijo Alexandre; pero tenemos que gozarlas de nuevo antes de atormentarlas»; y como mi madre seguía estando ausente, acordamos la última entrevista en el mismo lugar en que había transcurrido la primera. En esta ocasión nos entregamos a un libertinaje mucho mayor del que habíamos practicado hasta entonces, y terminamos por ofender gravemente a los antiguos ídolos de nuestros cultos. Las aramos vientre con vientre, y las fustigamos a las dos durante un cuarto de hora en esa postura; las abofeteamos, les impusimos penitencias; en una palabra, las envilecimos hasta el punto de escupirles en la cara y cagarles en el pecho, mearlas en la boca y en el coño, mientras las abrumábamos a injurias y sarcasmos. Ellas lloraron; nosotros nos reímos; esta vez no quisimos que comiesen con nosotros; nos sirvieron desnudas; y, tras haberlas hecho vestirse de nuevo, nos despedimos de ellas con grandes paradas en el culo. ¡Ah!, cuánto más modestas se volverían las mujeres si pudieran sentir la dependencia en que su libertinaje las pone[*].

Como nos habíamos prometido actuar cada uno por nuestro lado y sin decirnos nada, perdí de vista a Alexandre durante cerca de seis semanas, y aproveché ese intervalo para lanzar contra la infortunada Sophie las baterías cuyos efectos vais a ver. Mi hermana, de naturaleza muy ardiente, cedió con la misma facilidad con que se había rendido a mi primo a las instigaciones de otro de mis amigos, y fue con este amigo con el que hice que fuera sorprendida. Imposible describir la furia de mi madre, fue extrema. «Adelántate a esa severidad, le dije a Sophie; date prisa, si no te adelantas, te encierran; líbrate de ese monstruo; atrévete a atentar contra la vida de ese incómodo argos, yo te proporcionaré los medios». Sophie, turbada, vacila, pero termina cediendo. Yo preparo la fatal bebida; mi hermana se la hace tomar a mi madre, que expira. «¡Oh, justo Cielo!, exclamé yo entonces acudiendo con el mayor alboroto…, madre mía, ¿qué os pasa?… Ha sido Sophie, ha sido este monstruo al que

vuestra justa indignación amenazó, y que se venga de vuestros justos rigores; quiero que lleve la pena de su crimen…, lo conozco, estoy al tanto. Que detengan a Sophie; que prendan a este cobarde instrumento de un parricidio horrible; tiene que perecer, se necesita sangre para los manes de mi madre». Y, diciendo esto, deposito en las manos del comisario que ha venido el veneno hallado en la habitación de mi hermana y envuelto en su propia ropa interior. «¿Puede haber ahora alguna duda, señor?, continué dirigiéndome al hombre de la justicia. ¿No es manifiesto el crimen? Me resulta horrible denunciar a mi hermana; pero prefiero su muerte a su deshonor, y no dudo entre el cese de su existencia y las peligrosas secuelas de la impunidad. Cumplid con vuestro deber, señor; seré el más desgraciado de los hombres, pero al menos no habré de reprocharme el crimen de este monstruo». Confundida, Sophie me lanza unas miradas terribles…, quiere hablar; la rabia, el dolor y la desesperación vuelven inútiles sus esfuerzos; se desmaya, se la llevan… El proceso siguió su curso; yo me presenté, sostuve, demostré mis declaraciones. Sophie pretendió incriminarme, señalarme como autor de aquel fatal proyecto. Mi madre, que aún respiraba, tomó mi defensa, y ella misma se convirtió en acusadora de Sophie, poniendo al descubierto su conducta; ¿se necesita más para aclarar la opinión de los jueces? Sophie es condenada. Yo vuelo a casa de Alexandre. «Y bien, le digo, ¿tú qué has hecho? —Ahora vais a verlo, señor hombre de bien, me responde Alexandre; ¿no habéis oído hablar de una niña a la que van a colgar esta noche por haber intentado envenenar a su madre? —Sí, pero esa niña es mi hermana, la misma que tú gozaste; y esas intrigas son obra mía. —Te equivocas, Jérôme, es la mía. —Malvado», dije saltando al cuello de mi amigo, «veo que, sin decirnos nada, hemos actuado con los mismos medios; ¿hay en el mundo algo que demuestre mejor que estamos hechos el uno para el otro? … Corramos; la muchedumbre se reúne; nuestras hermanas van a llegar al pie del cadalso; vayamos a disfrutar con sus últimos instantes». Alquilamos una ventana; nada más llegar, nuestras víctimas se acercan. «¡Oh, Temis!, exclamo, qué amable eres sirviendo así a nuestras pasiones». Alexandre estaba empalmado, yo se la meneo; él me presta el mismo servicio; y con nuestros anteojos dirigidos hacia el cuello atenazado de nuestras dos putas, nos rociamos mutuamente los muslos de leche en el mismo instante en que los tristes juguetes de nuestra maldad expiran por nuestros cuidados en la más cruel de las muertes. «Ahí tienes lo que son los verdaderos placeres, me dijo Alexandre; no conozco en el mundo otros más vivos. —Sí, le dije. ¡Ah!, pero si los necesitamos así a nuestra edad, ¿qué inventaremos cuando las pasiones apagadas vuelvan más necesarios los estímulos? Lo que podamos, me dijo Alexandre; pero, en la incierta esperanza de existir, no cometamos la locura de escatimar nuestros placeres; sería una extravagancia. —Y tu madre, ¿vive?, le pregunté a mi primo. —No. —Bueno, dije, entonces eres menos feliz que yo; la mía respira, y voy a acabar con ella». Corro, ejecuto; es con mis propias manos con lo que remato el crimen. Y esta doble fechoría me hizo pasar la noche en un océano de lubricidades solitarias, mil veces superiores a las que el libertinaje se

permite en el seno de los más dulces objetos de su culto.

Como nuestro comercio había ido bastante mal durante los últimos años de la vida de mi madre, decidí convertir en dinero lo poco que tenía: tardé cosa de tres a cuatro años en hacerlo. Luego me decidí a viajar; dejé en pensión a la niña que había tenido de mi prima, con la intención de sacrificarla un día a mis placeres, y partí. Como la educación que había recibido me permitía de todos modos adoptar el oficio de maestro, aunque muy joven todavía entré en Dijon en calidad de tal con el hijo y la hija de un consejero del Parlamento.

La profesión que abracé favorecía mucho mi lubricidad; ya no veía para mí más que víctimas de esa pasión en los individuos que iban a poner en mis manos. «¡Oh, qué delicia, me decía, abusar, como voy a hacerlo, de la confianza de los padres y de la credulidad de los alumnos! ¡Qué pasto para este sentimiento interno de maldad que me devora, y que me lleva a vengarme de la manera más cruel de los favores que robo o que obtengo voluntariamente! Corramos a envolvernos en el manto de la filosofía; pronto será para mí el de todos los vicios». Y tenía veinte años cuando razonaba así.

Moldane era el apellido del golilla en cuya casa me presentaba; no tardó en entregarme toda su confianza. Se trataba de educar juntos a un joven de quince años llamado Sulpice, y a la hermana de ese joven, llamada Joséphine, que aún no tenía trece años. Puedo aseguraros sin ninguna exageración, amigos míos, que en mi vida he visto nada tan bonito como aquellos niños. Al principio, el ama de Joséphine presidía las lecciones; poco después, esa precaución pareció inútil, y los dos encantadores objetos de mis ardientes deseos me fueron entregados sin reserva.

El joven Sulpice, al que yo estudiaba atentamente, pronto me dejó vislumbrar dos lados débiles en él; primero, un temperamento ardiente; en segundo lugar, un amor excesivo por su hermana. «Bueno», me dije en cuanto hube descubierto esos dos puntos, «no tardaré en estar seguro del éxito». ¡Oh dulce joven!, tenía ganas de encender en ti la antorcha de las pasiones, y tu amable ingenuidad me descubre enseguida la mecha.

Desde el principio del segundo mes de mi estancia en casa de M. de Moldane preparé mis primeros ataques: un beso en la boca, una mano en los calzones prepararon enseguida mi triunfo. Sulpice se empalmaba como un diablillo, y a la cuarta sacudida de mis dedos el bribón me roció de leche. Enseguida le doy la vuelta a la medalla. ¡Dios, qué culo! Era el del Amor mismo: ¡qué blancura!… ¡Qué estrecho!… ¡Qué firmeza! Lo devoro a caricias y me pongo a chupar su encantadora pollita, a fin de devolverle las fuerzas necesarias para sostener nuevos ataques. Sulpice se empalma de nuevo; le rumbo boca abajo, humedezco con mi boca el agujero que quiero enfilar; y, tras tres empujones, heme aquí en su culo: algunas contorsiones me informan de mi triunfo, y oleadas de semen, lanzadas al fondo del trasero de mi encantador alumno, no tardan en coronarlo. Increíblemente electrizado por los ardientes besos con que cubro, mientras Je follo, la boca fresca y deliciosa de

mi lindo puto, por el esperma con que me rocía las manos en todo instante, repito, y cuatro veces seguidas mi vigorosa herramienta deja en el fondo de su culo las pruebas inequívocas de mi pasión por él. ¡Quién podría creerlo! ¡Y qué increíbles disposiciones! A ejemplo del escolar de Pérgamo[1], Sulpice se queja de mi debilidad. «¡Eh!, ¿cómo? ¿No seguimos? —Por el momento, respondí; pero tranquilízate, amor mío, esta noche te saciaré. Nos acostamos en la misma habitación; nadie nos vigila; que un mismo lecho nos acoja a los dos; y allí espero darte pruebas de mi vigor, del que será difícil que te quejes".

Llega la deseada noche; pero ¡oh, Sulpice!, yo ya te había gozado; la venda estaba arrancada; y ya os he descubierto suficientemente mi carácter como para haceros comprender que, con la caída de la ilusión, en mi corazón se encendía un nuevo tipo de deseo que sólo la maldad podía saciar. Hice esfuerzos de vigor; Sulpice fue follado diez veces; él me folló cinco, me roció otras siete veces tanto la boca como el vientre con su voluptuoso esperma y me dejó a la mañana siguiente en medio de unos sentimientos que estaban muy lejos de tener su felicidad por objeto.

Sin embargo, la prudencia frenaba todavía mis planes; sólo poseía la mitad de mi conquista; y para unirle a Joséphine, necesitaba utilizar a Sulpice. Unos días después de nuestras orgías, le hablé de sus asuntos sentimentales. «¡Ay!, me respondió, tengo un deseo infinito de gozar a esa deliciosa chiquilla; pero me encadena la timidez, y no me atrevo a decírselo. —Esa timidez no es más que una chiquillada, le respondí; no es peor el deseo de disfrutar de vuestra hermana que de cualquier otra mujer; al contrario, el mal es menor, sin duda: cuantos más vínculos tenemos con un objeto, más debemos someterlo a nuestras pasiones; en el mundo no hay nada más sagrado que su órgano; y no hay otro crimen que resistirse a él. Estoy convencido de que vuestra hermana está imbuida por vos de los mismos sentimientos en los que ardéis por ella; declarad los vuestros con audacia, y la veréis responder positivamente; pero hay que precipitar la aventura; sólo así se triunfa: quien tiene miramientos con una mujer, la pierde; quien la atropella, está seguro de vencer; guardaos de dejarle tiempo para reflexionar. Sólo una cosa temo por vos, y es el amor; cuando se le parece tanto, es fácil imitarlo. Si os entretenéis con metafísicas, estáis perdido. Recordad que una mujer no está hecha para ser amada. Con tantos defectos no tiene ningún derecho a esa pretensión; creada únicamente para nuestros placeres, si respira es sólo para satisfacerlos. Ése es el único punto de vista desde el que debéis considerar a vuestra hermana: por lo tanto, folladla; os animo a ello y os prometo mi ayuda en todo lo que de mí dependa; a mayor contención, mayor infancia; la virtud pierde a un hombre apuesto, sólo el vicio le embellece y le sirve».

Envalentonado por mis consejos, Sulpice me prometió ponerse manos a la obra con toda seriedad; ese mismo día yo le proporcioné la ocasión. No tardé en enterarme de que no había habido nada más feliz que sus primeras tentativas; pero que, siempre tímido, no había sabido aprovecharlas. Le amaban, es lo único que había sabido, y unos besos en la boca habían sido su feliz sello. Reñí vivamente a Sulpice por su

imperdonable descuido. «Amigo mío, me dijo, iría más deprisa con un individuo de mi sexo; pero esas malditas faldas me imponen respeto. —«Aprécialas mejor, querido», dije a este encantador joven; «ese emblema de un sexo falso, débil y despreciable, sólo está hecho para constatar todavía mejor el envilecimiento en que todo hombre honrado debe tenerlo. Levanta esas faldas que te asustan y, cuando hayas gozado, apreciarás mejor lo que esconden; pero no te equivoques», continué, deseoso de reservarme las rosas sodomitas del delicioso culo que le suponía yo a Joséphine, «recuerda que es entre los muslos y no en las nalgas donde la naturaleza ha situado el templo donde un hombre debe rendir el homenaje en las mujeres. Al principio notarás un poco de resistencia; que te sirva para enardecerte más: empuja, aprieta, desgarra, y no tardarás en triunfar». Al día siguiente supe, con verdadera satisfacción, que la operación se había realizado, y que en los lindos brazos de su hermano la más bella de las niñas acababa por fin de ser introducida en el rango de las mujeres. Sulpice, lejos de sentir aquel hartazgo de efectos tan violentos en mí, no se había vuelto sino mil veces más enamorado con el goce; y como en todo ello había algunos celos, vi que ya no me quedaba otro medio para alcanzar mi objetivo que la astucia y la perfidia; me di prisa: mi alumno podía recibir de su imaginación los consejos de un goce cuyas primicias yo quería recoger; y nunca se lo hubiera perdonado. Los encuentros habían tenido lugar en un gabinete lo bastante cercano a mi habitación para que, mediante una abertura practicada en el tabique, pudiese yo distinguir los detalles; me guardé mucho de advertírselo a Sulpice; se habría preparado, y yo quería ver las cosas al natural. ¡Qué ardor! ¡Qué temperamento de un lado! ¡Cuántas gracias! ¡Qué lozanía! ¡Cuántas bellezas del otro! ¡Oh, Miguel Ángel, así debieron de ser tus modelos cuanto tu culto pincel nos pintó al Amor y a Psique[2]! Juzgad mi situación: no necesito detallárosla. Mi edad no era la más apropiada para poder ver semejante espectáculo con sangre fría. Mi polla se encontraba en tal estado que golpeaba contra el tabique como para subrayar la desesperación en que la colocaban los diques que se oponían a sus deseos; como no quería dejarla languidecer mucho tiempo, acecho al día siguiente el momento más cálido de una sesión que se renovaba todos los días; entro corriendo: «Joséphine, dije a mi joven alumna casi desmayada de espanto, vuestra conducta os pierde; es mi deber ponerla en conocimiento de vuestros padres, y lo haré ahora mismo si uno y otro no consentís en tenerme como tercero en vuestros placeres. —Malvado», me dijo furioso el pobre Sulpice, teniendo en su mano la polla toda inundada del esperma que acababa de lanzar a raudales en el coño virgen de su hermana, «¿no has sido tú mismo el que ha urdido las trampas en que hoy quieres cogernos? —¡Ah!, repliqué descaradamente, os desafío a que lo demostréis; sería indigno de la confianza de vuestros padres si alguna vez hubiera podido daros semejantes consejos. —Pero ¿no eres indigno de ella nada más que por las proposiciones que nos haces? —Sulpice, que yo cometa fechorías o no, las que aquí descubro no son menos reales; y la gran diferencia que hay entre las que vos me atribuís y las vuestras es que los hechos

constataran éstas con las que vos os deshonráis, mientras que nunca podréis demostrar las mías. Pero, hacedme caso, acabemos una digresión que se compadece mal con la violencia de los deseos que vuestro encuentro acaba de encender en mí; entreguémonos todos al error de la misma manera, y así no tendremos nada que reprocharnos. Ya veis qué derechos son los míos; yo os sorprendo, me creerán; vos no podéis alegar sino palabras, yo tendré hechos que presentar»; y, sin esperar la respuesta de Sulpice, empiezo a apoderarme de Joséphine, quien tras algunas resistencias vencidas por mis amenazas me entrega su delicioso edito, y en verdad es todo lo que quiero. Tiendo a la deliciosa chiquilla sobre el cuerpo desnudo de su hermano, quien, cogiéndola en brazos, le introduce su pequeño aparato en el coño; y deslizando el mío en el culo de la virgen perfectamente presentado por la postura, le causo unos dolores tan violentos que olvida el placer en que quiere sumirla su amante: no aguanta, yo la desgarro; ella se vuelve, y con la sacudida expulsa mi aparato de su madriguera. Estaba sangrando; nada me espanta: no es a una polla como la mía a la que desarme la conmiseración. La agarro al vuelo, vuelvo a fijarla en la herramienta de Sulpice, siempre dispuesto a clavársela de nuevo; y de nuevo le asesto mi polla en el trasero; esta vez, mi mano retiene sus caderas; le arreo en las nalgas fuertes puñetazos; en medio de la cólera que sus resistencias me provocan, la insulto, la amenazo, la desprecio; está enculada hasta la empuñadura; antes la habría matado a golpes que concederle gracia; yo necesitaba su culo o su vida. «Espérame, Sulpice, exclamé; nos correremos juntos, amigo mío; inundémosla por todas partes; mientras ella jode así, me gustaría que tuviese otra en la boca, para convencerse mejor del increíble placer de verse inundada de esperma en todas las partes de su cuerpo». Pero Sulpice, que a pesar de los dolores de Joséphine la ve correrse en sus brazos, no puede aguantar más, pierde su leche, yo le imito, y henos aquí a los tres felices.

No tardaron en repetirse nuevas escenas; la virginidad que yo anhelaba ya está cogida; y ya no le doy ningún mérito; abandono a Sulpice la rosa deshojada; le hago encular a Joséphine y yo mismo guío su aparato a fin de que no se extravíe; le hago lo que él hace a su hermana; y henos aquí a los tres con leche en el culo como verdaderos hijos de Sodoma: nos corremos dos veces sin cambiar de postura cuando una manía ridícula por el coño viene a apoderarse de mis sentidos. Suponía el de Joséphine muy estrecho: sólo había sido perforado por un miembro muy inferior al mío; se la meto, y quiero que mi alumno me encule mientras tanto. Imposible imaginar la manera enérgica con que mi putilla se corría: la sentí tres veces desvanecerse en mis brazos mientras yo devoraba su boca. La inundo, y recibo a la vez la semilla; y, agotados los tres, nos derrumbamos sin fuerzas en un sofá junto al que una abundante colación, dispuesta por mis cuidados, no tarda en restaurarnos. No teníamos ya fuerzas para joder; pero nos quedaban las de chuparnos. Exijo ese servicio de Joséphine; y, mientras su linda boca me saborea, mis labios oprimen la abatida polla de Sulpice. Mientras, manoseaba los dos culos gracias a la postura que

había elegido; obtengo leche, la doy, Joséphine se corre una vez más; y, vivamente urgidos por la hora, nos separamos, prometiéndonos repetir continuamente una escena cuya invención terminan perdonándome mis novicios.

Fui lo bastante afortunado para esconder todo un año esa doble intriga, durante la que no hubo día que no celebrásemos nuestros sacrificios. Finalmente se dejó sentir el aburrimiento, y con él el deseo de todas las perfidias que, en mi caso, solían acompañarle. No tenía otro medio de satisfacer ese extravío de mi cruel imaginación que denunciar a M. de Moldane la conducta secreta de sus hijos. Preveía de sobra los peligros de una recriminación; pero estaba seguro de que mi cabeza, fértil en maldades, me proporcionaría todos los medios para combatirla. Advierto a Moldane: ¡Dios!, cuál no sería mi sorpresa al verle sonreír ante aquella noticia en vez de encolerizarse. «Amigo mío, me dijo el golilla, soy muy filósofo en todas esas sandeces; puedes estar seguro de que si yo fuera tan firme en moral como me has supuesto, habría recabado sobre ti informes algo más severos de lo que hice; tu propia edad, como fácilmente debes imaginar, habría bastado para apartarte del puesto que pretendías. Ven, Jérôme», prosiguió Moldane atrayéndome a un gabinete deliciosamente adornado con todo lo que de más lujurioso puede inventar la lubricidad, «ven para que te ofrezca una muestra de mis costumbres». Y, diciendo esto, el granuja suelta el cinturón de mis calzones, y cogiendo mi polla con una mano y mi culo con la otra, el buen padre de mis dos alumnos me convence enseguida de que no es a su tribunal adonde debo llevar mis acusaciones sobre la inmoralidad de sus hijos. «Así que les has visto joderse, amigo mío», continuó Moldane metiéndome su lengua en la boca; «¡y ese espectáculo te ha hecho estremecerte de horror! Pues te juro que a mí me inspiraría un sentimiento muy distinto; y, para convencerte de ello, te ruego que me procures la posibilidad de ver cuanto antes ese delicioso cuadro. Pero, mientras tanto, Jérôme, debo demostrarte, de una manera más auténtica todavía, que mi libertinaje iguala cuando menos el de mis hijos». Y el amable consejero, inclinándome sobre un sofá, me examina largo rato el trasero, lo besa con lujuria y me encula vigorosamente. «Ahora te toca a ti, Jérôme», me dijo cuando hubo terminado, «mira, aquí tienes mi culo, métemela». Yo le devuelvo lo que acabo de recibir y el muy lascivo concluye la escena exhortándome a dejar a mis alumnos toda la libertad que deseen, para satisfacer las intenciones que la naturaleza tiene con ellos. «Estorbarles en este punto, prosigue, sería una crueldad de la que nosotros dos no debemos ser capaces; no hacen ningún mal, ¿por qué prohibírselo? —Pero», respondí entonces a este hombre singular, «si yo tuviese las mismas inclinaciones a la lubricidad, ¿disculparíais en mí los excesos a que podría entregarme con esos niños? —No lo dudes, dijo Moldane; sólo habría pedido tu confianza y las primicias; hasta he de confesarte que creía la cosa hecha; me fastidia que el rigor de tus denuncias me pruebe lo contrario. Nada de pedanterías, querido, te conmino a ello; veo que tienes temperamento; entrégate con mis hijos a todo lo que te inspiren, y procúrame, mañana mismo, los medios de sorprenderles juntos».

Satisfice a Moldane; le situé en el agujero que había abierto para mí, haciéndole creer que acababa de practicarlo para él: el malvado empieza a mirar mientras yo lo follo. La escena fue deliciosa: su imaginación se encendió de tal manera que el bribón se corrió dos veces. «Nunca he visto nada tan divino», me dijo mirándose; «no puedo seguir conteniéndome, tengo que gozar de esos dos hermosos hijos. Adviérteles, Jérôme, que mañana quiero mezclarme con ellos, a fin de ejecutar los cuatro las posturas más voluptuosas. —En verdad, señor», dije fingiendo una leve dosis de gazmoñería que me pareció adecuada para la circunstancia, «nunca habría pensado que el maestro de vuestros hijos se convirtiese en el individuo encargado por vos para corromperlos y hacerles perder el sentido de la moral. —Entiendes mal, me dijo Moldane, el verdadero sentido de la palabra moral. La verdadera moral, amigo mío, no puede apartarse de la naturaleza; es en la naturaleza donde reside el único principio de todos los preceptos morales; y, como es ella la que nos inspira todos nuestros desvíos, no podría haber uno solo que sea inmoral. Si hay seres en el mundo cuyo goce y primicias me estén destinados, creo que son precisamente los que recibieron la existencia de mí. —Pues bien, señor», dije variando inmediatamente mis ideas, y renunciando por el momento a mis planes de venganza sólo para hacerlos más deliciosos, «sí, mañana quedaréis satisfecho; vuestros hijos serán avisados, y los dos podremos entregarnos en sus brazos a todo lo que el libertinaje puede tener de más excitante en el mundo». Yo cumplí mi palabra. Sulpice y Joséphine, algo sorprendidos de lo que les anunciaba, prometieron sin embargo la condescendencia más completa hacia las fantasías de su papá, el secreto más profundo sobre lo que había pasado entre nosotros; y la más hermosa de todas las jornadas vino a alumbrar la más deliciosa de las escenas.

El local era el voluptuoso gabinete en el que Moldane ya me había introducido: una guapísima aya de dieciocho años, destinada desde hacía tres semanas a Joséphine, y que me pareció gozar de la confidencia y del favor de Moldane, debía servir a las proyectadas bacanales. «No estará de más, me dijo el consejero; ya ves lo bonita que es, y tan libertina como amable, te lo garantizo. Mira», prosiguió Moldane levantando por detrás las faldas de Victoire, «mira, amigo mío, ¿es posible encontrar un culo más divino? —¡Qué hermoso», dije yo sobándolo, «pero estoy seguro de que, después de haber visto los de vuestros dos lindos hijos, no será éste el que hayáis de preferir. —Podría ocurrir, me respondió Moldane; pero, hasta entonces, te confieso que me gusta mucho éste»; y lo besaba…, lo chupaba con toda su alma. «Vamos, Jérôme, me dijo por fin, vete en busca de nuestras víctimas y tráemelas desnudas. Sigue a Jérôme, Victoire; vete a presidir ese aseo; mientras, yo iré a imbuirme de ideas lúbricas cuya ejecución embellecerá la escena… Voy a hacer planes, y luego los pondremos en práctica».

Victoire y yo pasamos al aposento de los niños; estaban esperándonos. Gasas, cintas y flores fueron los únicos aderezos con que los cubrimos. Victoire se encargó del chico, yo de la chica; entramos. Sobre un sofá rodeado de espejos estaba

esperándonos Moldane mientras se masturbaba. «Ved, señor, le dije, aquí tenéis objetos dignos de vuestra lujuria; sometedlos a ella sin pudor; que no haya una sola búsqueda libertina que no utilicéis con ellos; pensad que son demasiado felices de que los juzguéis dignos de entreteneros un momento, y que es con la sumisión más completa y con la más profunda resignación como se disponen a satisfaceros». Moldane ya estaba fuera de quicio: su respiración era jadeante, balbuceaba, echaba espumarajos de lujuria. «Exponedrne con detalle todo eso, Jérôme, me dijo; y vos, Victoire, venid a menearme la polla, y que vuestras nalgas estén siempre en mis manos». Empiezo por Sulpice; lo acerco a su padre, que no se sacia de besarle, de sobarle, de chuparle, de colmar su polla y su culo de las más tiernas caricias. Luego le toca el turno a Joséphine; es recibida con el mismo entusiasmo; y comienzan las saturnales.

En el primer acto, Moldane quiso que su hijo encoñase a Joséphine por detrás, echada sobre un sofá; su hija, jodida de esa forma, debía chuparle la polla; con una mano masturbaba mi miembro, con la otra el ano de Victoire.

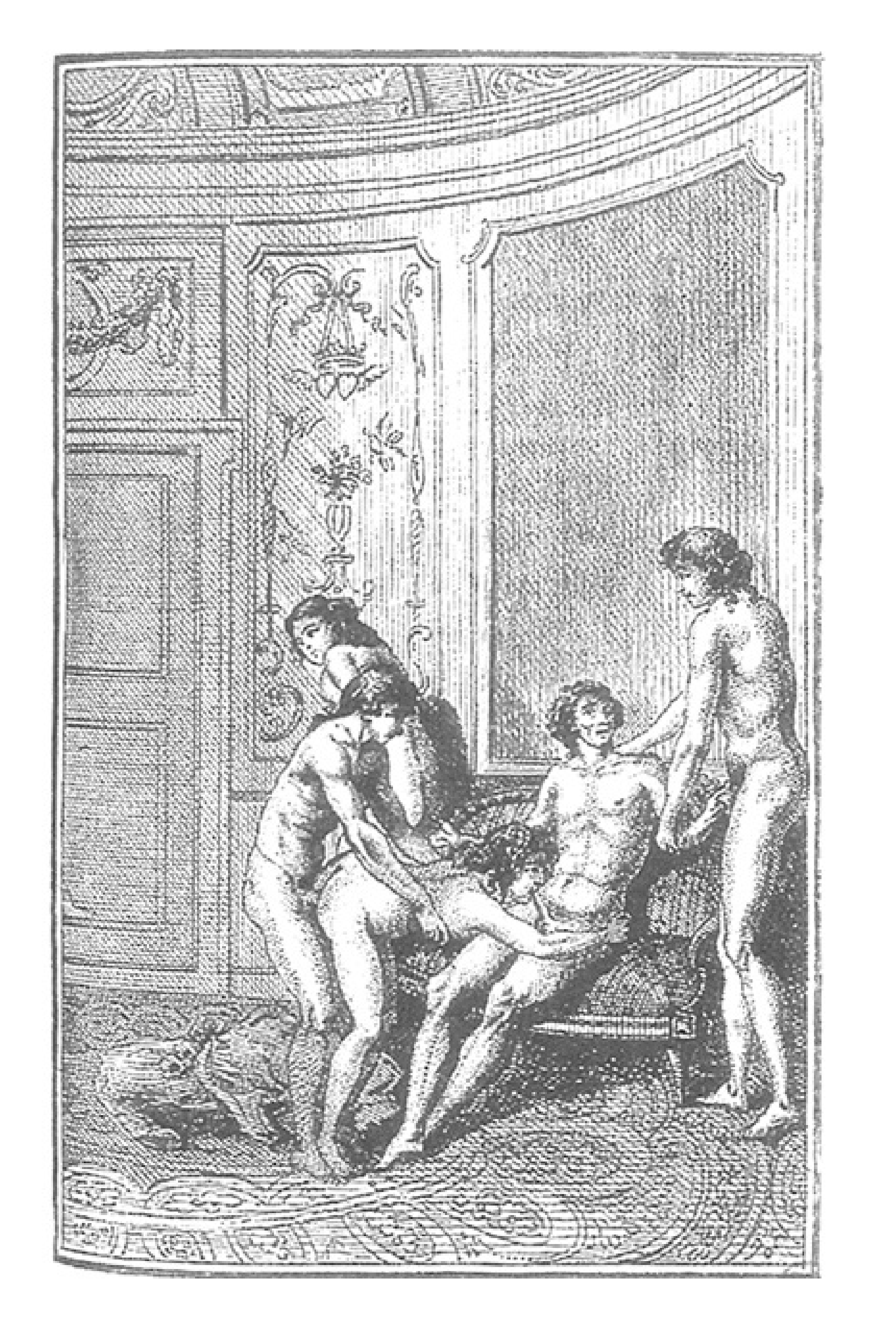
En el segundo, Sulpice enculó a su hermana, yo jodí a Sulpice, y Moldane encoñó a su hija mientras Victoire, encaramada encima de él, le hacía besar su bonito culo.

En el tercero, Moldane me hizo encoñar a su hija, él la enculó, y Sulpice enculaba a Victoire ante nuestros ojos.

En el cuarto, yo encoñaba a Victoire, Moldane la enculaba, su hijo le follaba, y Joséphine, encima de nuestros hombros, se hacía besar y lamer a la vez, yo su coño, Moldane su trasero.

En el quinto, Moldane enculó a su hijo, besando las nalgas de Victoire; yo sodomicé a su hija ante sus ojos.

En el sexo, todos nos unimos en cadena; Moldane enculaba a su hija, yo enculaba a Moldane, Sulpice me follaba, y Victoire, armada con un consolador, sodomizaba a Sulpice.



Como en el séptimo ya no teníamos fuerzas para estar empalmados, nos chupamos. Moldane era chupado por su hijo; yo chupaba al joven; Joséphine me chupaba a mí; de vez en cuando yo besaba sus nalgas, y Victoire lamía a la encantadora hija de Moldane que, mediante su postura, ofrecía el culo para que el ingenioso maestro de aquellas voluptuosas orgías lo besase. Todos volvimos a corrernos por séptima vez. Se sirvió una suntuosa merienda y, recobradas nuestras fuerzas, todavía probamos algunas posturas.

Moldane quiso reunirnos a todos encima; enculó a su hija, su hijo le folló, él lamía a Victoire, yo chupaba sus cojones. Gritos más dolorosos que lascivos anunciaron su derrota; al correrse, echó sangre; tuvieron que llevárselo. «Amigo mío», me dijo al salir, «te dejo al frente de todo; si, más afortunado que yo, la naturaleza te da nuevas fuerzas, acaba perdiéndolas con estas tres deliciosas criaturas; mañana me contarás tus placeres». Victoire aún me la ponía tiesa; estaba menos saciado de ella que de los otros; la enculé, jodido por Sulpice y besando el agujero del culo de Joséphine; no pasé de ahí; estaba agotado.

En cuanto la leche volvió a hervir en mis venas, acaricié mis antiguos proyectos. Hostias, me dije, nunca me habría esperado encontrar un padre así. Con un hombre como éste, no conseguiré en mucho tiempo vengarme de los placeres que sus dos hijos me han dado. Quería perderlos, y, en vez de rodearlos de cipreses, los he coronado de mirtos. Bien, continué, probemos con la esposa de Moldane lo que no he podido conseguir con él, y, sobre todo, no renunciemos nunca al papel de traidor que tanto placer me da.

Madame de Moldane, de cuarenta años, era una mujer honesta, respetable, imbuida de religión y de virtudes; le revelaré los odiosos desórdenes de su esposo y de sus hijos; exigiré de ella al mismo tiempo secreto y justicia; y con toda seguridad tendré éxito… Sin embargo, a uno de esos individuos no quisiera perderlo…, a Joséphine, no por amor, claro que no, este sentimiento no está hecho para ponerse en contacto con un corazón como el mío; pero Joséphine puede serme necesaria; quiero viajar; la llevaré conmigo; con ella conseguiré víctimas y me enriqueceré con nuestras comunes bribonadas. Bien visto, Jérôme, bien visto; la naturaleza te ha gratificado, gracias a Dios, con todo lo necesario para ser un excelente granuja: cumplamos sus miras, actuemos.

Imbuido de estas ideas, voy en busca de Mme. de Moldane; y después de haberle rogado el más profundo silencio sobre las cosas que tengo que decirle, arranco el velo y le cuento todo. «Me he visto forzado a prestar mi ayuda a todos estos horrores, señora, continué; estaba amenazado por las penas más crueles si no obedecía; vuestro esposo abusaba de su prestigio para prepararme cadenas; mi vida estaba amenaza si se me ocurría avisaros. ¡Oh!, señora, poned orden en todo esto; el honor, la naturaleza, la religión y la virtud convierten en deber sagrado esa tarea. Apartad a vuestros hijos del precipicio al que los desórdenes de su padre están a punto de arrojarlos: se lo debéis al mundo, a Dios, a vos misma; cualquier retraso sería un crimen».

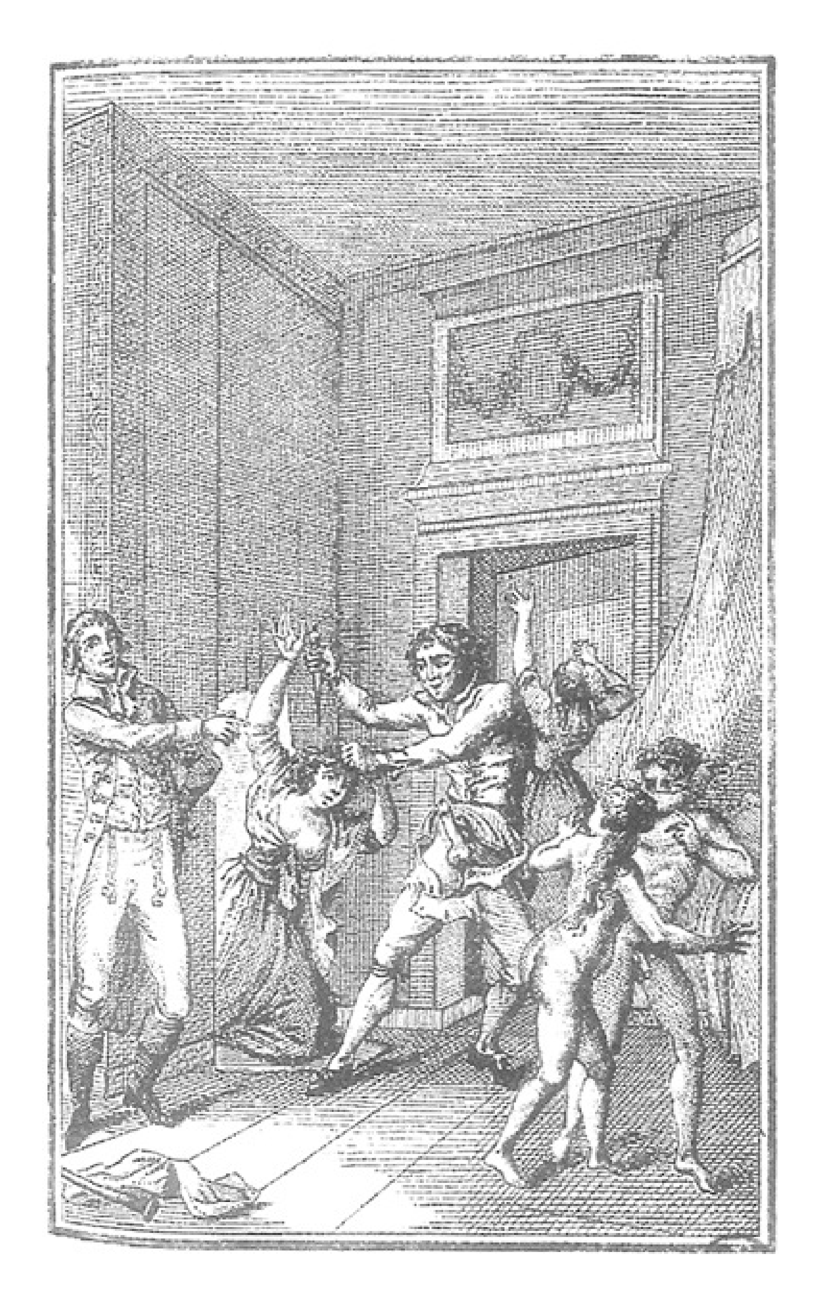
Madame de Moldane, confundida, me suplica que le ofrezca la posibilidad de convencerse, por sus propios ojos, de las infamias de que le doy parte: no fue difícil. Unos días más tarde convenzo a M. de Moldane para que sitúe la escena en el cuarto de sus hijos; coloco a su esposa en el agujero que me había servido a mí, que había servido incluso a Moldane; y aquella desdichada mujer pudo convencerse en el acto de todas las verdades que yo le había dicho. Una jaqueca me había dispensado de formar parte de la orgía. La severidad de costumbres que yo aparentaba quedó a salvo, por tanto, a ojos de la infortunada esposa, que vio como culpables únicamente a su marido y al aya de sus hijos. «¡Qué horrores, señor!», me dijo nada más ver el comienzo, «¡preferiría haberlos ignorado!». Sin que Mme. de Moldane lo sospechase, estas palabras dejaron al descubierto para mí el carácter de su espíritu. No necesité más para darme cuenta de que era una mujer tímida, incapaz de ayudar al éxito de mis planes; y estas reflexiones me llevaron a cambiar inmediatamente de baterías. «Un momento, señora, la interrumpí bruscamente; permitid que vaya a decir una

palabra a vuestro marido; teme la llegada de cierto importuno, voy a tranquilizarle respecto a esa visita; y, libre de sus acciones, podréis ver todo lo que va a permitirse». Salgo. «Amigo mío», le dije a Moldane atrayéndole a un gabinete contiguo, «nos han descubierto; venguémonos enseguida. Vuestra mujer, agitada sin duda por alguna sospecha, ha entrado furtivamente en mi cuarto, cuya llave sin embargo tenía yo en mi bolsillo; ha escuchado; se ha fijado en la rendija que ya conocéis; tenía los ojos puestos en ella cuando he aparecido. “Jérôme, me ha dicho, callaos, o busco vuestra ruina”. Por favor, Moldane, no flaqueéis, y adoptemos una decisión violenta; esa mujer puede ser peligrosa; démonos prisa a pararle los pies».

No me daba cuenta de hasta qué punto mi relato enardecía a Moldane; estaba empalmado cuando yo había ido a interrumpirle; la irritación del fluido nervioso abrasa al punto la bilis; el incendio se vuelve general; y, polla en ristre, Moldane se precipita furioso contra el tabique, lo echa abajo, se lanza sobre su mujer, la arrastra al centro de la habitación y, ante los ojos de sus hijos, le asesta veinte puñaladas en el corazón. Pero Moldane, que sólo tenía la cólera del malvado, y no su energía, se asusta ante lo que acaba de hacer: los gritos, las lágrimas de las jóvenes criaturas que le rodean acaban de perturbarle: creí que iba a enloquecer. «Salid, le dije, sois un cobarde; tembláis ante la única acción que asegura vuestra felicidad y vuestra tranquilidad; que vuestros hijos OS sigan, que vuestros criados no se enteren de nada; decid en la casa que vuestra mujer acaba de irse con una amiga, a cuya casa la llaman por unos días ciertos cuidados. Victoire y yo nos encargaremos de todo lo demás». Moldane, en pleno extravío, sale; sus hijos le siguen, y nosotros nos disponemos a poner orden en todo.

¿Debo confesároslo, amigos míos?… Sí, desde luego: lo que deseáis es que os abra por entero mi corazón; no debo esconderos nada. Un fuego sutil prendió en mis venas viendo aquel cuerpo cuya aniquilación acababa de provocar; la chispa de un capricho inconcebible, al que pronto me veréis entregado con mayor amplitud, se encendió en mi corazón contemplando a aquella desgraciada todavía hermosa. Al desnudarla, Victoire me ofrecía las más hermosas carnes que fuera posible ver; me empalmé… «Quiero follarla, le dije al aya de mis alumnos. —Pero ella no sentirá nada, señor. —¿Qué me importa? ¿Son acaso las sensaciones del objeto que me sirve lo que deseo? No, por supuesto, la inercia de este cadáver no hará las mías sino más vivas. ¿No es además obra mía? ¿Se necesita algo más para volver delicioso el goce que planeo?…», y ya me disponía a…, pero el ardor de mis deseos desenfrenados perjudicó mis propósitos; me perdió el exceso de ímpetu; rápidamente tuve que recurrir a la mano de Victoire, que me hizo eyacular un esperma que ya no podía contener; y el aya inundó con ella las carnes inanimadas de la bella esposa de mi amo. Proseguimos con los cuidados que nos ocupaban; a fuerza de agua eliminamos los rastros de sangre que inundan el cuarto, y escondimos el cuerpo en un pequeño banco de flores que corría a lo largo de una terraza contigua a mi aposento. Al día siguiente Moldane recibió una carta supuesta en la que la amiga de su mujer le

comunicaba que aquella digna esposa acababa de caer enferma en su casa, y que llamaba a Victoire para cuidarla; ésta, bien pagada, desapareció prometiendo guardar el secreto, y cumplió su palabra. Al cabo de ocho o diez días, la presunta enfermedad de Mme. de Moldane pareció agravarse tanto que resultaba imposible poder transportarla a su casa: Victoire nos daba las noticias; se rogaba a Moldane y a sus hijos que fuesen a pasar allí jornadas casi enteras; finalmente, la digna esposa murió; nosotros llevamos luto. Pero Moldane no tenía ni la firmeza que conviene a los grandes crímenes, ni la mente necesaria para calmar los remordimientos; al deplorar su fechoría, detestó la causa; no volvió a tocar a sus hijos, y me rogó que les hiciese arrepentirse de los errores en que nuestros extravíos acababan de sumirlos. Como bien podréis imaginar, yo aparenté aprobar su decisión y encargarme de todo.



Vi entonces que para conseguir mis propósitos debía cambiar de nuevo mis medios. Me apoderé de la mente de Sulpice; le hice ver todo el horror del crimen de su padre. «Un monstruo semejante, le dije, es capaz de todo; ¡oh, amigo mío!,

proseguí muy animado, hasta tu propia vida no está segura; sé que en este momento, ocupado únicamente en borrar las huellas de su crimen, ha hecho encerrar a Victoire…, que conspira contra tu propia libertad, y que para acallar todo mejor, cuando te tenga entre cuatro paredes, te envenenará, lo mismo que a tu hermana… Huyamos, Sulpice, adelantémonos a las nuevas fechorías de ese hombre feroz; pero que antes caiga bajo nuestros golpes. Si su acción fuese descubierta, sería proscrito por las leyes; su espada caería sobre él; seamos tan justos como ellas; libremos a la tierra de ese infame granuja. Sólo tú le sirves; vuelto feroz y salvaje, le parecen sospechosos todos los cuidados salvo los tuyos; cree ver el puñal de la venganza en las manos de todos los que se le acercan. Empuña tú mismo esa arma; golpea con ella al culpable; da satisfacción a los manes de tu madre; están ahí, dan vueltas alrededor de tu cabeza, y los desgarradores gritos de la víctima se dejarán oír todo el tiempo mientras tus manos no ofrezcan el sacrificio expiatorio… Amigo mío, te consideraré a ti mismo un monstruo si vacilas un segundo: quien no se atreve a castigar el crimen cuando puede es tan culpable a mis ojos como el que lo permite. En la imposibilidad de una denuncia que no será aceptada, no te queda otra salida que actuar por ti mismo; date prisa, pues, te repito, o no eres digno de seguir viviendo».

Varios días de insinuaciones semejantes inflamaron pronto la cabeza de aquel joven: le presento venenos, los coge con avidez; y el nuevo Seide[3] se cubre pronto con la fechoría más horrible creyendo servir a la virtud.

Como sólo quedaban parientes colaterales muy lejanos, se decidió un consejo de tutela cuya confianza supe ganarme de tal modo que fui nombrado albacea del patrimonio y confirmado en la educación de los hijos. Encargado de los asuntos de la casa, todas las sumas pasaron por mis manos. Fue entonces cuando ideé poner en práctica el desenlace de mi proyecto.

Creí que, para triunfar, me bastaría decidirme a emplear sobre la mente de Joséphine los mismos medios que tan bien me habían servido para inducir a Sulpice a desembarazarse de su padre. «Ya no tenéis», dije a aquella pequeña y bonita inocente…, «no, no os queda para ser feliz más decisión que tomar que desembarazaros de vuestro hermano; sé que en este momento intriga contra vos; y que, con el propósito de heredar él solo todo el patrimonio, propone hacer que os metan en un convento por el resto de vuestra vida. Ha llegado el momento de descubrir ante vuestros ojos, Joséphine, toda la atrocidad del personaje, sólo él es la causa de la muerte de vuestro padre y de vuestra madre; sólo él ha urdido esas horribles intrigas; sólo él ha llevado a la práctica una parte; pronto vos misma seréis también su víctima, estaréis muerta dentro de ocho días si no consigue hacer que os encierren de por vida… ¿Hay más que decir? Ya me ha preguntado dónde se vendían los venenos que pueden abreviar los días de un individuo cualquiera. Como comprenderéis, no le he informado; pero puede dirigirse a otras personas; adelantémonos a él; debemos vengarnos de quienes intrigan contra nosotros, y no hay desde luego ningún mal en adelantarse a ellos. Ese veneno que Sulpice pide, yo os lo

ofrezco, Joséphine; ¿os sentís con fuerza para utilizarlo? —Sí», me dijo mi alumna, desplegando a mis ojos infinitamente más carácter del que nunca le habría supuesto, «creo todo lo que me dices, Jérôme. Ciertas palabras de Sulpice me demuestran que tienes razón cuando le crees autor de la muerte de mi padre; y yo quiero vengar esa muerte. Pero, Jérôme, ¿debo confesarlo? Te amo y nunca me casaré con nadie si no es contigo; tienes la confianza de nuestros tutores, pídeme en matrimonio, yo te apoyaré; si te lo niegan, llevémonos todo el dinero que podamos y vayamos a casarnos a Suiza; piensa que sólo con esta condición acepto el crimen que me propones». Halagaba demasiado mis proyectos para que yo no los aceptase inmediatamente. En cuanto Joséphine estuvo segura de mí, actuó; fue cosa de un desayuno: ella misma sirvió a su hermano el chocolate en el que se había preocupado de poner dos gruesas de napel[4] que yo le había dado. Sulpice reventó al día siguiente en medio de horribles convulsiones que Joséphine contempló con mucho más valor del que yo le habría supuesto: la bribona no dejó la cabecera del lecho de su hermano hasta que le hubo visto entregar el alma.

«¡Oh, Jérôme», exclamé entonces para mis adentros, «¡tu triunfo está asegurado! Y tus pérfidas seducciones acaban de sembrar la turbación y la alteración en el seno de la familia entera de tu único amigo, de tu único protector. Ánimo, Jérôme; no nos quedemos en el camino cuando se trata de ser criminal; está perdido para siempre quien no recorre hasta el final la carrera del vicio una vez que ha empezado». Pasé toda la noche con Joséphine; la maldad que acababa de cometer le devolvía a mis ojos todos los atractivos que un largo disfrute le había hecho perder. Dos días más tarde la convencí de que la había pedido efectivamente en matrimonio, pero que la extremada desproporción de nuestras estirpes y de nuestras fortunas no había provocado más que rechazos. «Bueno, me dijo Joséphine, partamos; porque mis proyectos no han de cambiar; sólo te quiero a ti por esposo; sólo quiero vivir para ti solo en el mundo. —Lo que propones es fácil», dije yo a aquella pobre víctima; «dispongo de una remesa de cien mil escudos que el consejo de tutela acaba de entregarme para adquirir una tierra destinada para ti; cojamos ese dinero y desaparezcamos. —Soy tuya, me dijo Joséphine; pero ¿permites que te imponga una condición? —¿Cuál es? —Que nunca olvides los sacrificios que hago por ti…, que no me abandones en toda tu vida». Y ya supondréis, amigos míos, el tono de falsedad con que tuve que pronunciar unos juramentos que tan pocas ganas tenía de cumplir.

Desaparecimos. Al séptimo día de nuestro viaje llegamos a Burdeos, donde creí que podíamos estar algún tiempo antes de pasar a España, país que Joséphine escogía para ponerse a salvo y consumar nuestro himeneo. Como la estación empeoraba, previendo que apenas podríamos cruzar las montañas antes de primavera, mi compañera me propuso terminar donde estábamos. «Ángel mío», respondí a la querida inocente, «la ceremonia que me propones me parece totalmente inútil; en mi opinión, sería mucho mejor para la prosperidad de nuestros negocios que pasásemos por hermano y hermana antes que por esposos: a los dos nos gusta derrochar, y no

será con cien mil escudos con lo que podamos subsistir mucho tiempo; tengo que prostituirte, Joséphine; son tus encantos los que tienen que hacernos vivir. —¡Oh, amigo mío, qué plan tan horrible! —Es el único razonable que podemos seguir; y si he consentido en raptarte sólo ha sido para poner en práctica este plan; lo único real es el oro; hay que ganarlo al precio que sea. —¡Y ésos son los sentimientos que me habías jurado! —Debes conocerme, Joséphine; ha llegado el momento; debes saber que el del amor nunca se ha acercado a mi corazón; gozo de las mujeres, pero las desprecio; hago más incluso, las detesto en cuanto mi pasión se ha saciado; las tolero en mi compañía cuando son útiles para mi fortuna, nunca cuando apuntan únicamente al sentimiento. Por lo tanto, no exijas más, y deja en mis manos el cuidado de alimentarte; tengo dotes para la falsedad, para la maniobra, para la intriga; quiero hacerte volar de aventura en aventura y convertirte con mis consejos en la puta más célebre que nunca se haya visto en el mundo. —¿Yo hacerme puta? —¿No has sido la de tu padre, la de tu hermano?… ¿No has sido la mía? En verdad que tu pudor estaría aquí fuera de lugar». Pero profundos suspiros y olas de lágrimas interceptaron las dolorosas expresiones que quería proferir Joséphine; su ataque de desesperación fue horrible; y cuando me vio lo bastante decidido en mi opinión para no poder preciarse de hacerme rectificar, la desdichada, que, pese a ese arreglo, no perdía la esperanza al menos de estar siempre a mi lado…, al lado de alguien al que seguía cometiendo la locura de amar, consintió en todo; y de acuerdo con este divino proyecto nos establecimos.

Sí, divino, me atrevo a decirlo; ¿existe otro tan agradable como el de asegurar la propia subsistencia y el lujo mediante la buena fe y la credulidad de los demás? No hay ni huracán, ni devastación que temer en bienes de esa naturaleza; y la imbecilidad de los hombres, la misma en todo tiempo, garantiza a] que cuenta con ella unos tesoros que ni siquiera las minas del Perú le reportarían. Sentía en mí las mejores disposiciones para guiar bien aquella nueva barca; Joséphine tenía todo lo necesario para llevar el gobernalle; y nos lanzamos.

Una mansión deliciosa, muchos criados, caballos, un elegante cocinero, todo el boato, en una palabra, de la gente rica, nos trajo víctimas enseguida. Un viejo negociante judío, tan conocido por sus riquezas como por su lujuria, fue el primero en presentarse: Joséphine le hizo carantoñas y el trato quedó concluido enseguida; pero el Creso tenía fantasías y, como daba diez mil francos al mes para satisfacerlas, exigía sumisión.

Y ésta era la manía del animoso descendiente de Saúl:

Abraham Pexoto[5] quería que dos preciosas muchachas que había destinado al servicio de Joséphine la masturbasen ante sus ojos en un tocador de espejos, haciéndole adoptar durante la sesión ocho o diez posturas diferentes; Pexoto, situado enfrente de la operación, hacía que se la meneasen dos encantadores putos; al cabo de una hora de esta primera escena, los putos enculaban a las camareras, y Pexoto enculaba a los putos. Suficientemente excitado por estos preliminares, su querida se

tumbaba cuan larga era en el suelo, como si estuviese muerta; ataban al judío por las manos y por la polla; los dos muchachos le paseaban así dos o tres veces alrededor del cuerpo, gritando: «Está muerta, la muy zorra, está muerta, y tú la has matado»; y las dos muchachas le seguían, propinándole golpes con varas. Entonces, el primo hermano de Jesucristo se detenía un momento: «Bueno, decía, dado que está muerta, levantadla». Depositaban el cuerpo siempre inmóvil en el borde de un sofá. El judío la enculaba; y, mientras se afanaba por perder su esperma en el ano de la presunta muerta, para acelerar la emisión los dos pequeños Ganimedes, haciéndose besar los culos, tenían que gritar continuamente: «¡Eh, sí, sí, está muerta, no hay ayuda posible», mientras las dos camareras continuaban desgarrando, a vergajazos, el delgaducho nalgatorio del leproso.

Tras la exposición de la fantasía de aquel hombre, Joséphine derramó algunas lágrimas; pero cuando la hube convencido de que era afortunada por salir con bien a tan bajo precio, y que en el oficio que emprendía con frecuencia había asaltos muy distintos a aquél, que las 120.000 libras de renta anejas además a esa complacencia bien merecían la pena de prestarse a ella, se sometió a todo. Pexoto llevó personalmente los dos putos y las dos camareras; pagaba el alojamiento y la manutención aparte, y desde el día siguiente el patrón se instaló en la casa. Reconocido yo como hermano de Joséphine, él no tuvo ningún celo, y durante más de un año llevamos, a expensas de Abraham, la vida menos israelita del mundo.

Al cabo de ese tiempo, Joséphine creyó darse cuenta de que su amante no sentía por ella el mismo entusiasmo. «Prevengamos la saciedad, exclamé yo en el acto; ya que no podemos seguir contando con Pexoto, saquémosle lo que podamos». Sabía yo que el judío, que había depositado en mí cierta confianza, acababa de recibir en billetes de caja un pago de 1.500.000 libras. Dispuse las cosas de forma que no encontrase a Joséphine en la casa en el momento en que estaba habituado a utilizarla. «¿Dónde está tu hermana, Jérôme?», me dijo al no verla. «Señor, le respondí, un gran motivo de pena acaba de guiarla hace un momento a vuestra casa, ha encargado que, si entretanto llegabais, os sirviesen de todos modos de cenar, y que ella volvería al instante. Pero, señor, la causa de su pena es muy viva; tenía mucha prisa por veros y hablaros; al no encontraros, mucho me temo que cometa algún acto desesperado. —Corre a mi casa, me dijo Abraham, no pierdas un minuto; si es dinero lo que necesita, aquí tienes un pagaré en blanco para mi cajero; haz que ponga la suma que necesite, veinte mil, treinta mil francos, no te preocupes, amigo mío; sé que eres razonable y que no podrías abusar de mi confianza. —¡Oh, señor! —Vete, amigo mío, dile que ceno y que la espero sin falta a los postres».

Todo estaba preparado, sin que el querido hombre lo sospechase: la casa alquilada, los muebles vendidos, los criados despedidos; y la cena que le servían era la última que iba a recibir de nosotros. Una silla de posta nos esperaba en Les Chartrons[*]; Joséphine ya estaba en aquel coche, y, una vez dado el golpe, desapareceríamos de Burdeos. Llego a casa del judío; hablo con los empleados, que

me conocen de sobra. «El corresponsal de M. Abraham, les digo, está en nuestra casa; exige ahora mismo los fondos que ayer entregó a vuestro amo, aquí tenéis un pagaré en blanco, entregadme inmediatamente, por favor, la cartera. —¡Ah, dijo el primer empleado, sé de qué se trata; me habían avisado de que habría algún cambio en ese asunto; pero ignoraba que el traro debiera celebrarse en vuestra casa. Ved, esto es lo que pide: bastará con que ponga encima mi firma: "Entregad a M. Jérôme la cartera recibida ayer". ¿No es eso? —Desde luego. —Soy vuestro servidor, señor Jérôme. —Vuestro servidor, señor Isaac»; y al instante estoy en el coche.

Viajamos ocho días sin parar; y sólo fue a orillas del Rhin cuando, creyéndonos a salvo, nos apeamos, agorados, en un mal albergue para descansar allí un tiempo. «Bueno, ángel mío, le dije a Joséphine cuando terminé de verificar la suma; como ves, nuestras primeras tentativas han tenido éxito; valor, desvergüenza, y pronto estaremos como queramos. Esta ruta es la de Berlín; buen país Prusia; un rey filósofo reina en él; corramos; tanto da estafar barones alemanes[6] como judíos gascones; y, sea el que fuere el lado de donde venga el dinero, en cuanto se tiene, uno puede estar seguro de que trae la felicidad. —No será así, me dijo Joséphine, si te lo comes a la misma velocidad que lo ganamos. ¿Qué he sacado yo de todo este provecho? Apenas unos cuantos vestidos y unas joyas; tú has disipado el resto con mendigas y putos: tus lujurias, tus desórdenes de todo tipo, han sido tan enormes como tus estafas; gozabas de tal reputación que, suponiendo incluso que esa aventura no nos hubiera obligado a dejar Burdeos, la policía no habría tardado en expulsarnos; no te has contentado con aprovecharte de las jóvenes por su propia voluntad; has pegado, violado, maltratado, y quizá peor… —¿Peor? Estoy seguro, palabra, le dije a Joséphine: prosigue, amor mío, continúa con mi panegírico; en mi opinión, queda muy bien en tu boca. —¡Qué horrible es!… —¡Ah!, por favor, te lo suplico; no te rapté para que me eches sermones, sino para que sirvas a mi avaricia, a mi lujuria y a mis fantasías: no pierdas nunca de vista la autoridad que tus crímenes me dan sobre ti; piensa que, si denuncio esos crímenes, puedo hacer que te ahorquen mañana; piensa que, si te abandono a tu propia suerte, si dejo de iluminarte con mis consejos, pronto perecerás de miseria. Por lo tanto, Joséphine, sigue siendo con sumisión la cómplice y el instrumento a la vez de mis fechorías; y recuerda que siempre llevo dos pistolas en mi bolsillo para saltarte la tapa de los sesos a la primera desobediencia. —¡Oh, Jérôme!, creía que me amabas, ¿fue esto lo que me prometiste al seducirme? —¿Yo, amor por una mujer? Te lo he dicho mil veces, querida; te equivocarías si supusieses en mí esa debilidad. Respecto a los medios que empleé para seducirte, son los de todos los que sobornan; hay que engañar al animal que quiere uno cazar, y no se ceba el anzuelo para nada». Joséphine lloró, y yo no la consolé. No hay nadie en el mundo tan endurecido como yo frente a las jeremiadas de las mujeres; a veces me divierto con ellas, pero nunca las comparto. Sin embargo, como yo estaba fuertemente empalmado, como el camino me había enardecido de una forma prodigiosa, y no había allí nada que pudiese apagar mis ardores, hice que mi compañera de viaje se diese la vuelta y le planté la

polla en el trasero, por donde la paseé hasta que tuvo tiempo de lanzar en él dos o tres descargas.

Nada más desencular oímos grandes latigazos en el albergue, que nos anunciaron la llegada de un correo; abro la puerta. «Aquí está, aquí está, oigo gritar; estamos seguros, le seguimos desde Burdeos». Al oír tales palabras, Joséphine pensó en desmayarse; yo, en cambio, sereno, como lo he sido toda mi vida en el crimen, me limité a cebar enseguida; luego, a bajar, con una de mis pistolas en la mano. «Amigo, le dije al correo, ¿soy yo por casualidad el que buscas? —Sí, malvado, me responde al punto el mismo Isaac que me había entregado la cartera de Pexoto; sí, granuja, sí, eres tú…, tú, al que voy a hacer detener ahora mismo. —Execrable impostor», respondí entonces con firmeza; «inténtalo siquiera; patrón», continué dirigiéndome al hostelero, «que vayan a buscar al juez del lugar para que a mi vez presente todas las denuncias que tengo que hacer contra este gracioso». A Isaac, cortado ante un comportamiento que estaba lejos de esperar; a Isaac, que, confiando en sus propias fuerzas porque él tenía razón y yo estaba equivocado, no había tomado ninguna precaución para demostrar mi crimen, nada de órdenes, nada de procedimientos, nada de alguaciles; a Isaac, digo, se le cambió la cara; y se sentó tranquilamente junto a la chimenea, diciendo. «Ahora veremos». Llega el juez. «Señor», digo tomando el primero la palabra, «aquí tenéis a un granuja que me debe cien mil escudos; es, como yo, negociante de Burdeos. Cuando estaba a punto de recibir mis fondos, al decirle la necesidad que de ellos tenía para el viaje que hago me los negó; yo le llevé ante la justicia, él se declaró en bancarrota. Yo reuní otros fondos de mi propiedad y partí de viaje. Nada más saberme fuera de la ciudad, ha hecho público que los fondos que yo me llevaba provocaban su quiebra, que una parte de esos fondos no era mía, que yo le estafaba, y con este motivo se le ha metido en la cabeza la fantasía de perseguirme; llega con este proyecto, pero, rediós, os aseguro, señor juez, que antes tendrá mi vida que mi dinero. —¿Qué tenéis que responder a esto, señor?», dijo el hombre de la ley a Isaac. «Respondo, dijo el judío muy turbado por mi desvergüenza, que tenéis que véroslas con el rimador más hábil que haya en Europa; pero he actuado mal; he partido como un atolondrado; no he tomado ninguna precaución; es culpa mía; vuelvo a marcharme; no importa, este bribón debe estar seguro de que no gana nada con ello, voy a conseguir lo que necesito, y, una vez en regla, no dude ni un momento que le perseguiré hasta el final de los infiernos; adiós. —¡Nada de eso, doble hijo de puta», dije agarrando a Isaac por el pescuezo; nada de eso, no te irás así; ya que te tengo, he de sacarte mi dinero, o al menos lo que lleves encima. —Es justo», dijo el Salomón que presidía aquella escena: «el señor dice que le debéis cien mil escudos; tenéis que pagarle. —¡Infame calumniador!», dijo Isaac mordiéndose los labios, «¿puede llevarse más lejos la desvergüenza?». —Sobrino nieto de Moisés, exclamo, mi audacia es menor que la vuestra; yo sólo pido lo que se me debe, y vos osáis reclamar aquí lo que no os pertenece». Isaac fue condenado por unanimidad. Obligado a vaciar sus bolsillos, saqué cincuenta mil francos y letras de cambio sobre

Berlín por las doscientas cincuenta mil libras que yo seguía reclamando. Pagué con largueza al juez, al posadero, a los acólitos; y, mandando enganchar al punto los caballos, nos alejamos, Joséphine y yo, de una posada en la que estábamos lejos de esperar una aventura tan lucrativa.

«Bien», me dijo Joséphine en cuanto empezamos a galopar», «apuesto a que tampoco sacaré yo un céntimo de este robo; sin embargo ha sido mi culo el que te ha valido esa buena fortuna; salías de él cuando ese imbécil ha venido a caer en una trampa que intentaba tenderte. —¡Eh!», repliqué a mi pretendida hermana, «¿no te he dicho siempre que el culo traía suerte? Si, por desgracia, te la hubiese metido en el coño, ahora yo estaría arrestado. —En fin, ¿con qué me quedaré yo? —Con diez mil francos. —¡Vaya una miseria! —¿Y qué gastos tienes que hacer, Joséphine? Cintas; mientras que yo, culos, pollas: ¡ay, Joséphine, qué diferencia!».

Estas palabras, y algunas otras parecidas, nos llevaron a Paderborn, adonde llegamos sin habernos apeado en ninguna parte desde nuestro encuentro con Isaac.

Como la feria de Leipzig atrae a muchos viajeros por esas rutas, encontramos las posadas tan llenas en Paderborn que nos vimos obligados a compartir habitación con un rico negociante de Hamburgo que iba con su esposa a la célebre feria de que acabo de hablar. Kolmark, así se llamaba este comerciante cuya mujer, de unos veinte años, era la criatura más bonita que fuera posible encontrar en el mundo; y, lo confieso, aquella deliciosa persona me calentó la cabeza tanto por lo menos como un joyero muy voluminoso que le vi guardar cuidadosamente en uno de los armarios de nuestra habitación. El deseo de apropiarme de uno y otro objeto se volvió tan vivo en mí que no pegué ojo en toda la noche. Debido a una reparación de su coche, estas dos personas debían quedarse en la posada, y, para seguirlas de cerca, pretexté algunos asuntos que también debían retenerme un día en Paderborn. Desde ese momento era evidente que, puesto que íbamos a pasar juntos treinta y seis horas, debíamos trabar conocimiento. Advertida por mí, Joséphine no tardó en hacerse amiga de su compañera; desayunamos y comimos juntos; por la noche fuimos al teatro; y, a la vuelta, en la cena, me preocupé de preparar la trampa en la que quería hacer caer a una y otra víctima. Kolmark había pagado el gasto de la comida; era justo que el de la cena nos correspondiese: esta razón me hizo abandonar el teatro temprano, y llegué solo a la posada so pretexto de disponerlo todo. «Obligado a recoger, en la otra punta de la ciudad, a un amigo con el que salgo esta noche para Berlín», dije a los criados de la casa, «voy a cargar mi coche ahora mismo, y enviarlo a que me espere en casa de mi compañero de viaje». La precaución parece muy lógica; trasladan todo mi equipaje al coche; no olvido incluir en él, bien envuelto, el joyero, que mediante una llave retiro fácilmente del armario donde estaba guardado. «Vete, le dije al postillón en cuanto todo quedó resuelto; vete a esperarme a la puerta de Berlín; allí llevaré yo a mi mujer y a mi amigo; será más sencillo que estar parado junto a su casa; así, por lo menos podrás beber durante la espera; en esa puerta hay una taberna, mientras que en la suya no las hay». Todo queda concertado; y nada más dejar mi coche la posada,

Joséphine y nuestras dos víctimas volvían. Se sirvió la mejor de las cenas; pero yo me había cuidado de mezclar en los cuencos de fruta, ya colocados sobre un aparador, una dosis de estramonio[7] lo bastante fuerte para sumir en el más profundo sueño a quienes probasen los platos en que la había puesto. Todo salió a las mil maravillas: en cuanto Kolmark y su mujer prueban aquella fruta fatal, caen en tal letargia que se les puede hacer cuanto uno quiere y moverlos de cualquier manera sin que puedan darse cuenta. «Prepárate, le dije a Joséphine en cuanto les vi en aquel estado; todo está fuera; el coche nos espera; tengo el cofre; ayúdame a follar a esta mujer, cuya cabeza me enloquece; acabemos luego de robarles las carteras y las joyas, después nos largamos con tanto silencio como misterio y rapidez». Me acerco a la Kolmark: por más que le levante las faldas, le pellizque las tetas, nada la despierta. Tranquilizado por ese estado de estupor, más violento de lo que habría sospechado, me vuelvo atrevido; Joséphine y yo la desnudamos. ¡Dios, qué cuerpo! Era el de la misma Venus. «¡Oh, Joséphine!, exclamé, ningún crimen me hizo empalmarme mejor que éste. Pero debo perfeccionarlo; no estoy lo bastante seguro de mi droga para no temer que se despierten; tengo que follarlos a los dos, y matarlos mientras los follo». Empiezo por la mujer; primero la encoño, luego la enculo…, ni un movimiento…, ni la sombra de una sensación; le lleno el ano de leche, y paso al marido. Kolmark, que sólo tenía treinta años, me ofrece un culo de alabastro; tras un mete y saca no muy prolongado, lo abandono para sumirme en el de la mujer; y, mientras estoy ahí, esta vez hago colocar sobre ella el cuerpo del esposo, y, sobre ese cuerpo, los tres colchones de una de las camas. Joséphine, que por orden mía hace cabriolas sobre los colchones, no tarda en ahogarles a los dos; y, mientras, yo gozaba, sentía en el culo de la mujer la inconcebible voluptuosidad que se saca procurando una muerte violenta al objeto que sirve a nuestros placeres. ¡Imposible imaginar hasta qué punto la contracción de los nervios de la víctima ayuda a la lubricidad del agente! ¡Oh, amigos míos!, guardemos este secreto; si se conociera, no habría un solo libertino que no asesinara a su goce. Concluida la operación, colocamos cuidadosamente cada uno de los cuerpos en su cama, y, tras apoderarnos de los relojes, las carteras y las joyas, bajamos, cruzamos la posada, en la que a nadie sorprende vernos partir porque yo había advertido de todo. «Dejen dormir al señor y a la señora de Kolmark, decimos al pasar; os ruegan que no entréis en su cuarto hasta mediodía; vuestra excelente cena, vuestro buen vino, todo eso se les ha subido a la cabeza y quieren descansar mucho tiempo; nosotros haríamos lo mismo de no ser por los asuntos que nos obligan a marcharnos». Y, dicho esto, una vez pagados con largueza los gastos y los criados, nos retiramos colmados con las cortesías de todo el mundo y volamos de un tirón a Berlín sin detenernos en ninguna parte. No fue sino en esa capital de Prusia donde vimos que el joyero, lleno de piedras preciosas, y los demás efectos robados, se elevaban a más de dos millones. «¡Oh, Joséphine», exclamé tras verificar aquella agradable presa, ¿no te he dicho siempre que un crimen asegura otro, y que el más feliz de los hombres será siempre quien sepa cometer más?».

En Berlín adoptamos el mismo tren de vida que en Burdeos, haciéndome pasar también por hermano de Joséphine.

Esta criatura, que cada día se volvía más hermosa, no tardó en hacer conquistas; y como estaba imbuida de la necesidad de fijarse únicamente en las que debían reportar mucho, el primer hombre al que trató de cautivar fue al príncipe Enrique, hermano del rey[*][8]. Hay poca gente que no conozca, al menos de reputación, el ingenio, la gentileza y el libertinaje de este amable príncipe. Enrique, más aficionado a los hombres que a las mujeres, sólo se fijaba en aquellas de las que creía poder sacar ayuda para los extravíos que lo enloquecían. Hermoso ángel, le dijo a Joséphine, antes de liarnos debo explicaros mis pasiones; son tan vivas como singulares. Debo advertiros en primer lugar que festejaré poco en vos los atractivos de vuestro sexo; nunca me sirvo de mujeres; las imito, pero las detesto. Para servir mi lubricidad, vuestra conducta será la siguiente. Os presentaré a muchos hombres; y vos atacaréis a todos los que os presente. Éste es», continuó el príncipe metiéndole a Joséphine un consolador de trece pulgadas de largo por nueve de circunferencia, «éste es el tamaño que utilizo; cuando descubráis pollas de este tamaño, me las proporcionaréis. Una vez en la operación, os pondrán una saya color carne que sólo dejará ver vuestro culo, el resto será impenetrable para mis ojos; prepararéis las pollas que me meterán en el trasero, vos misma las presentaréis en él, excitaréis al hombre mientras actúe, y, a modo de agradecimiento, cuando yo haya sido bien follado, haré que esos mismos hombres os posean, y os aplicaré cuatrocientos latigazos. Eso no será todo, bella amiga mía; será preciso que vuestros femeninos encantos sean sometidos a las mayores profanaciones. Una vez recibidos los latigazos, os desnudaréis completamente; os tumbaréis en el suelo, con las piernas separadas; todos los hombres que hayan pasado por mi cuerpo os cagarán en el coño y en el pecho. Acabada la operación, me obligarán a limpiar el agujero de su culo, cosa que haré con la lengua. Cuando concluya, me pondré de cuclillas sobre vuestra boca; vos la abriréis cuanto podáis, yo cagaré dentro; uno de mis hombres me masturbará; mi leche saldrá al mismo tiempo que mi zurullo; es la única forma en que me corro. —¿Y cuáles son, dijo Joséphine, los emolumentos que monseñor concede a servicios tan desagradables? —Veinticinco mil francos al mes, dijo el príncipe; y pago todos los accesorios. —No es mucho, desde luego, respondió Joséphine; pero el honor de vuestra protección hará las veces del resto) y estoy a las órdenes de monseñor. —¿Quién es ese muchacho al que llamáis hermano vuestro?, prosiguió el príncipe. —Lo es efectivamente) respondió Joséphine, y la similitud de sus gustos con los vuestros podría volverlo útil a vuestros placeres. —¡Ah!, ¿es maricón? —Sí, señor. —¿Os da por el culo? —Algunas veces. —¡Ah!, Rostías, quiero verlo». Y después de que Joséphine me hiciera llamar, el príncipe, para que me encontrase a gusto, desabotonó mis calzones y me meneó la polla. «Hermoso artefacto, dijo; no tiene exactamente el tamaño de los que yo utilizo, pero debe de ser precioso verlo en movimiento; su descarga puede ser brillante»; y después de hacer que Joséphine se

tumbase boca abajo, introdujo mi polla en el culo de aquella niña con la mayor destreza del mundo. En cuanto estuve dentro, se situó detrás de mí y, bajándome los calzones hasta el talón, sobó mi culo, lo entreabrió, lo lamió, metió la punta de su polla retirándose luego, se puso de nuevo a contemplar mis nalgas asegurándome que las encontraba muy de su gusto. «¿Podríais cagar mientras folláis?, me dijo; para mí es algo delicioso ver cagar a un hombre mientras folla un culo; nadie puede imaginar cómo calienta mis deseos lúbricos esa pequeña infamia; y es que, por regla general, me gusta mucho la mierda, la como incluso, tal como veis; los tontos no consiguen imaginar siquiera este extravío; hay pasiones que sólo están hechas para gentes de cierto rango. Bueno, ¿vais a cagar?». Mi respuesta fue uno de los más famosos zurullos que he puesto en mi vida. Enrique lo recibió entero en su boca; y el esperma con que me roció los muslos se convirtió en el testimonio más seguro del placer que acababa de darle. Él había hecho otro tanto por su parte; y cuando me vio dispuesto a limpiar el sitio, «No», me dijo deteniéndome, «es cosa de las mujeres»; y Joséphine fue obligada a coger aquello con sus manos; él la contemplaba y parecía gozar de la humillación a la que la forzaba. «Tiene un culo bastante bonito», decía mientras le daba cachetes, «creo que es bueno para el látigo; lo zurraré con fuerza, os lo advierto, y espero que no os importe. —¡Claro que no, señor, os lo juro! Joséphine es vuestra y siempre será un honor para ella lo que os plazca hacerle. —En materia de lubricidad no hay que tener consideración con las mujeres; el placer se echa a perder absolutamente cuando no se sabe ponerlas en su sitio, y mientras se las educa, no sirven. —Monseñor, le dije al príncipe, hay algo que me sorprende en vos; es la forma en que mantenéis el espíritu del libertinaje, incluso después de que se haya extinguido lo que le presta fuerza. —Es que mis principios son seguros», me respondió aquel hombre lleno de inteligencia; es que soy inmoral por sistema, y no por temperamento; el estado de fuerza o de debilidad en que pueda estar no contribuye para nada a las disposiciones de mi espíritu; y me entrego a los últimos excesos de la locura, nada más correrme, como si tuviera el esperma de seis meses en los cojones». Quise luego manifestar cierta sorpresa ante el príncipe por el tipo de placer crapuloso al que le veía entregado. «Amigo mío, me respondió, en libertinaje eso es lo único bueno; cuanto más sucia es la inclinación que a uno le gusta, más naturalmente debe excitar. A medida que uno se agota en las propias inclinaciones, las refina; por eso es muy sencillo alcanzar de esta forma el último grado de la corrupción reflexionada. Mis gustos te parecen extravagantes, y a mí me parecen demasiado sencillos; querría hacer cosas mucho peores. Me paso la vida lamentándome de la mediocridad de mis medios. Ninguna pasión es tan exigente como la del libertinaje, porque no hay ninguna que excite, que pinche, que provoque con [anta vivacidad el género nervioso, ninguna que lleve a la imaginación un incendio más considerable; pero, cuando uno se entrega a ella, hay que olvidar por completo la condición de hombre civilizado; uno debe revolcarse en el lodazal de la lujuria únicamente como los salvajes, y a la manera de los salvajes; si uno apela a sus

fuerzas, o a los favores de la fortuna, sólo debe ser para llevarlos hasta el abuso. —¡Oh!, señor, ésas son máximas que huelen furiosamente a tiranía…, a ferocidad. —Porque el verdadero libertinaje, dijo el príncipe, siempre debe caminar entre esos dos vicios; no hay nada tan déspota como él; por eso esta pasión sólo es realmente deliciosa para quienes, como nosotros los príncipes, están revestidos de cierta autoridad. —¿Concebís, pues, el placer de abusar de esa autoridad? —Voy más lejos; afirmo que sólo es agradable por el abuso que uno se ingenie en cometer. Amigo mío, me pareces lo bastante rico, lo bastante bien organizado, para que te revele en este punto los misterios del maquiavelismo[9]. Recuerda que la misma naturaleza ha querido que el pueblo no fuese otra cosa, en manos del monarca, que la máquina de su autoridad; y que eso es lo único bueno; que sólo lo ha creado débil y necio para eso; y que todo príncipe que no lo encadena ni lo humilla peca decididamente contra las intenciones de la naturaleza. ¿Cuál es entonces el fruto de la indiferencia del soberano? Un desenfreno universal, todos los crímenes estúpidos de la insurrección popular, el envilecimiento de las artes, el desprecio de las ciencias, la desaparición del numerario, el encarecimiento excesivo de las mercancías, la peste, la guerra, el hambre, y todas las plagas que esas desgracias arrastran consigo. Ahí tienes, Jérôme, ahí tienes lo que espera a un pueblo que sacude el yugo; y si existiese otro ser soberano en el cielo, su primera preocupación sería castigar, puedes estar seguro, al jefe lo bastante imbécil para haber cedido su poder. —Pero ese poder, ¿no está, digo yo, en manos del más fuerte? Y el pueblo en masa ¿no es el único soberano? —Amigo mío, el poder de todos no es más que una quimera; de una multitud de fuerzas discordantes no resulta ningún efecto; todo poder diseminado se vuelve nulo; sólo hay energía en su concentración. La naturaleza no tiene más que una antorcha para iluminar el mundo; cada pueblo no debe tener, siguiendo su ejemplo, más que un amo. —Pero ¿por qué queréis que sea un tirano? —Porque si es un buenazo, la autoridad se le escapa; y acabo de describirte todas las desgracias que resultan de una autoridad que se escapa. Un tirano veja a unos cuantos hombres; ésos son resultados muy mediocres de su tiranía; un príncipe blando deja que la autoridad cambie de manos; y ya tenemos desgracias espantosas. —¡Ah, señor», dije besando las manos de Enrique, «¡cuánto aprecio en vos esos principios! Cualquier hombre, si los admite, puede preciarse de ser un déspota en su clase; pero si quiere usurpar el poder de los grandes, sólo es esclavo y vil».

El príncipe de Prusia, enormemente satisfecho conmigo, me dejó veinticinco mil francos en prenda de su benevolencia, y apenas si salía de nuestra casa. Yo ayudaba a mi hermana a encontrarle hombres; y me acomodaba de maravilla, por no ser tan difícil como él, a lo que él no quería; por eso puedo garantizar con razón que, durante los dos años que duró nuestra estancia en esa ciudad, me pasó por lo menos diez mil pollas por el trasero. No hay ningún país en el mundo donde los soldados sean tan guapos y tan complacientes; y a poco que uno sepa desenvolverse, se consiguen tantos que uno se ve obligado a rechazarlos.

No estábamos tan apurados que no pudiésemos asociar misteriosamente algunos señores de la corte a los placeres del príncipe Enrique; y el conde de Rhinberg compartió mucho tiempo los favores de la amante del hermano de su amo, sin que éste lo sospechase. Rhinberg, tan libertino como Enrique, lo era sin embargo en otro género; follaba a Joséphine por el coño, mientras dos mujeres le zurraban con toda la fuerza de sus brazos y una tercera le meaba en la boca. Por una consecuencia de capricho muy extraordinaria, Rhinberg no se corría en el coño que había festejado, el que le había meado en la boca estaba siempre seguro de recibir su homenaje; y, del mismo modo, el que lo excitaba tenía que ser joven y bonito, razón que le había hecho elegir el de Joséphine; asimismo era esencial que el coño en el que remataba la faena fuese viejo, feo y apestoso. Éste, lo cambiaba todos los días; estuvo dieciocho meses unido al otro y tal vez siguiese amándolo de no ser por el acontecimiento que le obligó a dejar Berlín y del que ha llegado el momento de hablaros.

Desde hacía un tiempo advertía yo dos cosas que me daban ciertas inquietudes, y que motivaron la decisión que adopté de alejarme de Berlín. Sin embargo, todavía dudaba cuando acabó por decidirme la propuesta que me hicieron.

Lo primero que percibí fue el enfriamiento seguro del príncipe de Prusia con Joséphine; en lugar de venir todos los días, apenas se le veía dos veces a la semana. La inconstancia es la secuela de las pasiones exageradas; como uno se abandona a ellas en exceso, se cansa necesariamente antes.

La segunda cosa que aumentó mi inquietud fue ver que, sin la más mínima duda, también se me escapaba Joséphine. Se había enamorado de un joven ayuda de cámara de Enrique, que a menudo se divertía ante sus ojos con el príncipe, y yo temía que insensiblemente terminase sacudiendo por completo mis cadenas. En este punto me encontraba cuando me hicieron la proposición a que acabo de referirme. Las expresiones del billete que la contenía eran las siguientes:

> *Se os ofrecen quinientos mil francos por entregar a Joséphine, con la advertencia de que es para la ejecución de un capricho que le quitará la vida. La autoridad de quien así os habla es tal que si decís una palabra estáis perdido; si, por el contrario, aceptáis, mañana a mediodía estará en vuestra casa la suma prometida y además, quinientos florines para vuestro viaje, por ser una de las condiciones del trato que mañana mismo dejéis Prusia.*

Ésta fue mi respuesta:

> *Si yo fuera mejor conocido de quien me hace semejante proposición, habría evitado el tono de amenaza. Acepto todo, con una sola condición, y es ser testigo del suplicio preparado para mi hermana, o saber al menos de qué naturaleza sería. Por otra parte, me parece esencial que se sepa que Joséphine está embarazada de tres meses.*

Se me respondió:

> *Sois un hombre encantador; os lleváis de Berlín la estima y la protección de quien os habla. No podéis ser testigo del suplicio; contentaos con saber que durará veinte horas, y que no hay en el mundo ejemplo alguno del rigor y de la violencia del tormento, tan nuevo como extraordinario, con el que se le quitará lentamente la vida. Un hombre del arte irá mañana a comprobar su embarazo; y si es cierto, tendréis cien mil francos más. Adiós; no volváis nunca a Berlín; pero recordad que, estéis donde estéis, una mano poderosa habrá de protegeros.*

Esa noche las puertas de la casa se cerraron a hora muy temprana, y yo quise regalarme el bárbaro goce de cenar y acostarme por última vez con Joséphine. Nunca la había follado con tanto placer. «¡Oh, qué cuerpo tan soberbio!, me decía, ¡qué pena que semejantes atractivos sean dentro de poco pasto de gusanos! ¡Y este crimen será obra mía! Lo será, desde luego, porque, pudiendo salvarla, la entrego». Hay que tener mi cabeza, amigos míos, para comprender hasta qué punto ideas como ésa levantan la polla. Joséphine fue jodida de todas las maneras; y cada uno de los templos en los que sacrificaba excitaba en mí nuevas reflexiones, aunque todas ellas más o menos del mismo jaez. ¡Oh, amigos míos!, puedo decirlo con verdad: no, no hay ningún goce en el mundo comparable con ése; mas ¿a quién se lo digo, gran Dios? ¡A quien debe saberlo mejor que vos!

Al día siguiente apareció el médico; le dije a Joséphine que venía de parte del príncipe, quien, tras haberse enterado de su embarazo, le ofrecía toda su ayuda. Joséphine empezó negando el hecho; pero, convencida por el examen, lo confesó todo, suplicando al hombre del arte que no la comprometiese en nada. Éste prometió todo lo que se le pedía, mas no por ello dejó de levantar un acta declarando que, por su examen y por las respuestas de Joséphine, debía de encontrarse al final del cuarto mes. Rogándome luego que le escuchase un momento en secreto: «Aquí tenéis, me dijo, los seiscientos mil francos que me encargan entregaros, y los quinientos florines para vuestro viaje; yo mismo vendré en busca de vuestra hermana esta noche; que esté preparada; y vos, señor, que el sol levante no os encuentre en Berlín. —Contad con mi palabra, señor», respondí ofreciéndote diez mil francos, que rechazó; «pero, por favor, explicadme cuanto podáis esa singular circunstancia; sin duda sabéis lo que quieren hacer de mi hermana. —La víctima de un homicidio de depravación, señor; creo poder revelároslo, porque se me ha dicho que estabais al corriente. —¿Y será muy cruel? —Es una experiencia nueva, cuyas angustias son de tal energía que el sujeto se desvanece en cada asalto y recobra necesariamente el sentido en cuanto se detiene. —¿Y corre la sangre? —Muy en detalle: es lo que se llama una reunión de dolores; todos aquellos con que la naturaleza aflige a la humanidad son imitados en

este suplicio, sacado del manual de los inquisidores de Goa[10]. —A juzgar por las sumas que recibo, el adquisidor es un hombre rico. —Lo ignoro, señor. —Decidme sólo si creéis que conoce a Joséphine. —No podría dudarlo. —¿Carnalmente? —No lo creo». Y mi hombre salió sin querer proferir una palabra más.

Pocos momentos antes, fui a comunicar a Joséphine el deseo que alguien tenía de poseerla a ella sola. Se estremeció: «¿Por qué no me acompañas?, me dijo abrumándome a caricias. —No puedo. —¡Oh!, amigo mío, tengo unos presentimientos horribles; ¡quizá no vuelva a verte nunca! —¡Qué extravagancia! ¡Oh!, Joséphine, ya vienen; ánimo». Y después de que el hombre del arte le ofreciese su mano para bajar, la metí, de acuerdo con él, en un coche inglés que no tardó en hacerla desaparecer de mi vista, no sin sumir toda mi existencia en una voluptuosa turbación que resulta más fácil sentir que pintar.

La primera vez que uno se encuentra solo después de haber sido dos durante mucho tiempo, parece como si le faltase algo a la existencia. Los necios lo toman por efectos del amor; se equivocan. El dolor que se siente en ese vacío no es sino efecto del hábito, que un hábito contrario disipa con más rapidez de la que se imagina. Al segundo día de mi viaje había dejado de pensar en Joséphine, o, si su imagen volvía a presentarse a mis ojos, era con síntomas de una especie de placer cruel, mucho más voluptuoso que los del amor o de la delicadeza. «Está muerta, me decía, ha muerto en medio de horribles tormentos, y he sido yo quien la ha entregado». Esta deliciosa idea excitaba entonces tales impulsos de placer en mí que a menudo me veía obligado a mandar detenernos para encular a mi postillón.

Me encontraba en los alrededores de Tremo, absolutamente solo en mi coche, y dirigiendo mis pasos hacia Italia, cuando una de esas crisis de temperamento se apoderó de mí…, en el momento mismo en que oí unos gritos lastimeros en el bosque que atravesábamos. «Para, le dije al postillón, quiero conocer la causa de ese ruido; no te alejes, y cuida de mi coche». Avanzo, pistola en mano, y por fin descubro en un sotobosque a una niña de quince o dieciséis años que me pareció de rara belleza. «¿Qué desgracia os aflige, mi bella señorita?, digo abordándola; ¿es posible remediarla? —¡Oh!, no, no, señor, se me responde; no es cosa de infamias de honra; soy una joven que está perdida; sólo espero la muerte, y os la pido. —Pero, señorita, si os dignaseis contarme… —La causa es tan sencilla como cruel, señor. Un joven se enamora de mí; esa relación desagrada a mi hermano; el bárbaro abusa de la autoridad que la muerte de nuestros padres le otorga; me rapta y, después de haberme maltratado horriblemente, me deja perdida en este bosque, prohibiéndome, so pena de la vida, aparecer de nuevo por casa; ese monstruo es capaz de todo; me matará si vuelvo. ¡Oh!, señor, no sé qué será de mí. Sin embargo, vos me ofrecéis vuestros servicios…, pues bien, los acepto; dignaos ir en busca de mi amado; hacedlo, señor, os lo suplico. No sé cuál es vuestra condición ni vuestra fortuna; pero mi enamorado es rico, y, si os fueran necesarias algunas cantidades, estoy seguro de que él os las daría por recuperarme. —¿Y dónde está ese enamorado, señorita?, digo en tono

caluroso. —En Trento, y sólo estáis a dos leguas de esa ciudad. —¿Conoce vuestra aventura? —No creo que todavía la sepa». Y en este punto vi claramente que la hermosa niña, sin ninguna defensa en ese momento, sería mía cuando yo quisiera; pero, tan deseoso de dinero como de mujeres, me puse a pensar inmediatamente cómo me las arreglaría para tener al mismo tiempo el uno y la otra. «¿Creéis», dije en primer lugar a aquella desdichada, «que hay alguna casa en los alrededores de la parte del bosque en que estamos? —No, señor, no lo creo. —Bueno, entonces, adentraos todavía más en el bosque; no hagáis el menor movimiento; escribid en estas tablillas, con mi lápiz, las tres líneas que voy a dictaros; y en pocas horas os traigo a vuestro amado».

Éstas son las palabras que la bella aventurera escribió a mi dictado:

> *Un valiente desconocido va a tratar de convenceros de mis desgracias; son espantosas; seguidle, él os traerá donde os espero; pero venid solo, absolutamente solo; esta recomendación es esencial; pronto sabréis lo que la motiva. Si dos mil cequíes no os parecen recompensa demasiado escasa para el hombre que nos reúne, traedlos para entregárselos delante de mí; traed más, si la recompensa os parece mediocre.*

La bella oprimida, que se llamaba Héloïse, firmó el billete; y yo, volviendo rápidamente a mi coche, ordeno al postillón mostrarse diligente y le hago pararse en la puesta misma del joven Alberoni, amante de Héloïse. Le presento el billete: «¡Dos mil cequíes!», exclama abrazándome, «¡dos mil cequíes por tener noticias de lo que más quiero en el mundo! ¡Oh!, no, no, señor, no es bastante, aquí tenéis el doble. Partamos ahora mismo, os lo ruego. Acababa de enterarme de la marcha de mi amada, de la furia de su hermano, y no sabía adónde dirigirme para reunirme con ellos; vos me informáis, ¿cuál no será mi deuda con vos? Partamos, señor, y partamos solos, puesto que así lo exige». En este punto detuve unos momentos la precipitación de aquel joven para hacerle observar que, tras el ensañamiento del hermano de Héloïse, no debía de ser Trento el lugar al que convenía traer a la hermosa niña. «Llevad con vos todo el dinero que podáis, le dije; salid del territorio de esta ciudad, y uníos para siempre a la que amáis. Pensadlo bien, señor; porque una conducta contraria os haría perdería para siempre». Alberoni, convencido por mis razonamientos, me da las gracias y, abriendo precipitadamente su gabinete, coge todo el oro y las joyas que posee. «Partamos inmediatamente, me dice; tengo riquezas suficientes para hacerla vivir un año espléndidamente en la ciudad de Alemania o de Italia que sea; y en el intervalo de un año pueden arreglarse las cosas». Satisfecho con esta sabia resolución, la aprueba; mando guardar mi coche en la posada, pese a las instancias de Alberoni, que por encima de todo quería que se quedase en su casa. Volamos.

Héloïse no se había movido. «Hombre imprudente», le digo a Alberoni, aplicándole la punta de mi pistola a la sien y sin darle tiempo a pronunciar una palabra, «¿cómo has podido cometer la tontería de confiar en manos de un hombre al que no conoces tu ámame y tu dinero al mismo tiempo? Deposita ahora mismo lo que traes y vete a llevar al seno de los infiernos el eterno remordimiento de tu imprudencia». Alberoni quiere hacer un movimiento; lo tumbo a mis pies; Héloïse se desmaya.

«¡Rediós!, me digo entonces, heme aquí convertido, gracias al más delicioso de los crímenes, en dueño de una joven encantadora y de una bonita suma; ahora, a divertirnos». Otros, no yo, tal vez hubieran aprovechado el desvanecimiento de su víctima para gozarla con más tranquilidad. Yo pensaba de forma muy distinta: habría sentido mucho que aquella desdichada no estuviese en posesión de todos sus sentidos para saborear mejor su infortunio. Mi pérfida imaginación le preparaba además algunos episodios cuyo cáliz quería hacerle tragar hasta las heces. Cuando uno se dedica a cometer el mal, tiene que ser en toda su extensión…, con todo el refinamiento de que es susceptible.

Hice respirar unas sales a mi Héloïse; la abofeteé, la pellizqué. Como nada conseguía despertarla, le levanté las faldas, le cosquilleé el clítoris, y fue a esa sensación voluptuosa a la que debí su retorno a la vida. «Vamos, hermosa niña», le dije entonces aplicándole un beso de fuego en la boca, «un poco de valor; lo necesitáis para aguantar el final de vuestras desgracias; no han hecho más que empezar. —¡Oh, malvado!», me dice aquella interesante niña llorando, «¿qué más pretendes? ¿Y qué nuevos suplicios me están preparados? ¿No es suficiente haber abusado de mi confianza para privarme de todo lo que amo? ¡Ah!, si sólo me amenazas con la muerte, apresúrate a dármela; apresúrate a reunirme con el objeto adorado de mi corazón: a ese precio te perdono tu crimen.

—La muerte que deseas, ángel mío», digo empezando a palpar a mi hermosa, «ocurrirá desde luego; pero antes debe ir precedida de algunas humillaciones, de algunas crueldades, sin las cuales tendría mucho menos placer al dártela». Y como, mientras decía esto, mis manos que no dejaban de hurgar ofrecían a mis ávidas miradas unos muslos de una redondez…, de una blancura resplandeciente, di tregua a las palabras para ocuparme únicamente de los hechos. La certeza que tenía de las primicias de una niña tan hermosa me hizo pensar en un tipo de ataque que, de no ser por eso, tal vez no se me hubiera ocurrido nunca. ¡Dios, qué estrecho, cuántas dificultades, cuánto calor y cuánto placer me dio esa victoria! La forma en que la conseguí le prestaba más gracia todavía. Un pecho de alabastro se presenta a mis ojos; y, más decidido al insulto que a las caricias, en el estado en que me encuentro lo muerdo, lo aprieto, en lugar de besarlo. ¡Oh maravillosos efectos de la naturaleza! Héloïse, singularmente servida por ella, cede pese al dolor a las impresiones del placer que la obligo a sentir; se corre. No hay nada en el mundo que encienda con mayor fuerza en mí el sentimiento de la cólera lúbrica como sentir a una mujer

compartir mis placeres. «Infame puta, exclamé, vas a ser castigada por tu audacia»; y, dándole enseguida la vuelta, me convertí en dueño del más encantador trasero que fuera posible ver. Una mano aparta los muslos, la otra guía mi polla, y la sodomizo al instante. ¡Dioses, qué placer me dio! Le hacía daño; quiso gritar, yo le puse un pañuelo en la boca. Esta precaución echó a perder la empresa, mi aparato se salió. Se me ocurrió que había que levantar a mi víctima y apoyarla en algo: la tumbo sobre el cadáver de su amante, y los reúno tan bien en la postura que hago que, pegados por así decir el uno al otro, sus bocas se encuentren. Imposible describir el espanto, el horror, la desesperación en que este nuevo episodio sume a mi víctima. Poco afectado por los diferentes movimientos que la desgarran, hago una cuerda con mis jarreteras y mi pañuelo; la ato en esa posición y vuelvo tranquilamente a mi tarea. ¡Dioses, qué muslos! ¡Qué redondeces! ¡Qué blancura! Mil y mil besos se pegan a ellos; se diría que quiero devorar aquel bello culo antes que joderlo. Por fin lo perforo, pero con tal rapidez, con precaución tan escasa, que la sangre corre por los muslos. Nada me detiene; estoy en el fondo; quisiera que fuese más estrecha, y mucho más grueso mi aparato para atormentarla más. «Bien, pequeña zorra», dije yo follándola con todas mis fuerzas, «¿te hará correrte como el otro este segundo goce?»; y mientras decía esto propinaba vigorosos cachetes en sus nalgas; las arañaba; mis manos pasaban por delante y le arrancaban bárbaramente el vello con que la había adornado la naturaleza. En este punto, mil ideas crueles vienen a perturbar mi imaginación. Decido retrasar mi descarga, para que nada pueda demorar el fuego que las inspira. Recuerdo el horrible plan hecho sobre el cadáver de Mme. de Moldane… Vuelvo a acordarme de todo lo que me han dicho sobre las delicias del goce de un cadáver recientemente asesinado, y de la desesperación en que me puso la impetuosidad de mis deseos impidiéndome, tiempo atrás, consumar ese crimen. Desenculo, lanzo unos ojos extraviados sobre el cuerpo sangrante de Alberoni; le quito los calzones, todavía estaba caliente; veo unas nalgas soberbias, las beso; y preparo las vías con mi lengua; me introduzco, y me encuentro tan a gusto con la experiencia que es en el culo del amante asesinado por mí, mientras beso el de la amante que asesinaré dentro de un momento, es así, repito, como con indecibles estremecimientos de placer se dispara mi leche en grandes oleadas.



Los atractivos de Héloïse, su desesperación, sus lágrimas, el estado de ansiedad en que yo sumía su alma por las amenazas con que la abrumaba y la reunión de tantos efectos tan potentes sobre mi corazón de hierro no tardaron en empalmarme otra vez; pero, lleno de rabia, echando espuma debido a esa cólera lúbrica que sume nuestros sentidos en una agitación tan violenta, ahora ya no puedo excitarme al placer sino mediante insultos. Cojo unas ramas en el bosque que nos rodea; preparo unas varas con ellas; desnudo por completo a la joven y la azoto por todo el cuerpo, sin exceptuar el pecho, de una manera tan cruel que su sangre no tarda en mezclarse con la de las heridas de su amante. Harto de esta barbarie, invento otras nuevas; la obligo a chupar las heridas de Alberoni. Al verla obedecerme con cierta delicadeza, arranco unas espinas y froto con ellas sus partes más frágiles; las introduzco en su vagina, le desgarro con ellas las tetas. Hago por último una incisión en el cadáver del joven, le saco el corazón para embadurnar con él la cara de mi víctima; la fuerzo a morder pequeños trozos[11]. Ya no podía más; y al fiero Jérôme, que acababa de dictar su ley a dos individuos, se la dictaba en ese momento su polla: nunca se empalmó con tanta

violencia. Urgido por la necesidad de perder mi leche, obligo a mi víctima a meterse en la boca la polla de su amante, y la enculo en ese estado. Tenía un puñal a mano; le reservaba la muerte en el instante de mi descarga…, se acerca; hago que mis golpes se adelanten, porque quiero que reciba el último muy despacio. Mientras, acaricio con delicia la voluptuosa idea de mezclar con los divinos impulsos de mi descarga los últimos suspiros de aquella a la que follo. «Va a sentir», pensé follándola con embestidas enérgicas, «va a sentir los momentos más crueles del hombre, mientras yo saboreo los más dulces». El delirio se apodera de mis sentidos; la agarro por el pelo con una mano y con la otra le hundo quince veces un puñal en el seno, en el bajo vientre y en el corazón. Ella expira, y mi leche todavía no se ha derramado. Fue entonces, amigos míos, cuando sentí el maravilloso efecto que produce degollar al objeto que uno está follando. El ano de mi víctima se cerraba, se comprimía, a compás de la violencia de los golpes que le asestaba; y, cuando le traspasé el corazón, la compresión fue tan viva que mi polla resultó desgarrada. ¡Oh goce delicioso! Erais el primero que saboreaba de esa clase; pero ¡cuán agradecido os quedo por la lección que me disteis, y cuánto la he aprovechado después! Un momento de reposo sucede a tan vivas agitaciones; pero, en un alma tan malvada como la mía, el espectáculo del crimen no tarda en volver a encender el deseo. «He follado el cadáver del amante, me dije) ¿por qué no joder el de su querida?». Héloïse estaba bella todavía; la palidez de su tez, el desorden de sus hermosos cabellos, el poderoso interés que reinaba en los atractivos convulsos de su fisonomía encantadora, todo me hace empalmarme de nuevo; la enculo, y me corro una última vez devorando su carne.

Una vez disipada la ilusión, recojo las joyas, el dinero, y me alejo, sin detestar mi crimen: ¡ah!, si me hubiese arrepentido, ¿me habría hecho empalmarme después tantas veces?… No, no detestaba aquel crimen delicioso; pero lamentaba no haberle dado una violencia mayor.

Llego a mi coche y parto inmediatamente con destino a Venecia. Como no me había agradado el clima de la región de Trento ni el carácter de sus habitantes, me decidí por Sicilia. «Ahí está, me dije, la cuna de la tiranía y de la crueldad; lo que poetas y escritores cuentan de la ferocidad de los antiguos indígenas de esta isla me hace creer que encontraré rastros de sus vicios en los descendientes de los lestrigones, de los cíclopes y de los lotófagos[*][13]». Vais a ver si me equivocaba, y si los sacerdotes, los nobles y los ricos comerciantes de esa deliciosa isla no cuentan con todo lo necesario para darnos una idea suficiente de la depravación y ferocidad de sus antepasados. Imbuido de ese proyecto, crucé toda Italia; y, dejando de lado algunas escenas lujuriosas, algunos crímenes sordos y secretos a los que me entregué para mantenerme en vilo, no me ocurrió nada que, comparable con lo que me queda por deciros, merezca mantener en suspenso aquí vuestra atención.

Embarqué en Nápoles, a mediados del mes de septiembre, en un precioso y pequeño barco mercante que hacía vela hacia Mesina, y en el que el azar me hizo topar con la ocasión de un crimen gratuito, tan singular como excitante. Teníamos

con nosotros a una comerciante de Nápoles, a la que sus negocios llevaban a Sicilia, acompañada por dos niñas encantadoras, hijas suyas, a las que había criado y a las que amaba hasta el punto de no poder separarse nunca de ellas. La mayor podía tener catorce años, una figura romántica, los más hermosos cabellos rubios y el talle más agradable. Los encantos de su hermana, dieciocho meses menor, eran de un género totalmente distinto: rasgos más excitantes que la otra, menos interés, si se quiere, pero infinitamente más estimulante; todo lo necesario, en una palabra, no para seducir de una manera dulce como su hermana, sino para vencer al asalto el corazón más recalcitrante en amor. Nada más ver a estas dos niñas, decidí sacrificarlas. Gozarlas era difícil: ídolos de su madre y constantemente ante su vista, el momento del ataque no resultó fácil de decidir. Me quedaba el recurso de inmolarlas; y el placer de detener el curso de la existencia de dos criaturas tan bonitas era preferible al de volvérsela agradable mediante al conocimiento de los placeres. Mi bolsillo, siempre lleno de cinco o seis tipos de veneno, me ofrecía distintas maneras de quitarles la vida; pero el golpe, en mi opinión, no habría sido lo suficientemente sensible para una madre tierna e idólatra de sus hijas; yo quería una muerte más contundente, infinitamente más rápida; el seno de las olas sobre el que flotábamos me ofrecía para ellas un sepulcro en el que prefería sumergirlas. Las dos jóvenes cometían la imprudencia (y me sorprendía mucho que aún no se lo hubieran impedido) de ir a sentarse en la borda de cubierta, mientras la tripulación echaba la siesta. Al tercer día de nuestra travesía aproveché el momento; me acerco a ellas y, levantando a las dos por la cintura, impidiendo que sus manos se agarren a mí las arrojo con brazo vigoroso en el elemento salado que debe sepultarlas para siempre. La sensación fue tan viva que me corrí en mis calzones. Todos despiertan al ruido; aparento que me froto los ojos y que soy el primero en darme cuenta de quiénes son las víctimas de aquel accidente; corro hacia la madre. «¡Oh!, señora, vuestras hijas están perdidas. —¿Qué decís? —Una imprudencia…, estaban en cubierta…, un golpe de viento… ¡están perdidas, señora! ¡Están perdidas!». Imposible describir el dolor que sintió aquella desdichada; nunca fue la naturaleza, creo yo, más elocuente ni más patética; y, por contra, nunca impresiones más voluptuosas conmocionaron mis órganos. Cuando volvió en sí, aquella mujer me entregó toda su confianza. La desembarcaron en un estado horrible. Yo me alojé en la misma posada. Sintiendo que se acercaba su fin, me entregó su cartera, rogándome que la hiciese llegar a su familia; yo prometí todo y no cumplí nada. Los seiscientos mil francos que contenía aquella cartera era una suma bastante considerable para que, con mis principios, los dejase escapar; y la desventurada napolitana, que murió dos días después de nuestra llegada a Mesina, pronto me dejó disfrutarlos tranquilamente. Confieso que me quedé con una pena: no haberla follado antes de su muerte; bella todavía, y muy desgraciada, me había inspirado el deseo más violento; pero tuve miedo a perder su confianza; y confieso que, en esta ocasión, en la que sólo se trataba de una mujer, la avaricia prevaleció sobre la lujuria.

No tenía otras recomendaciones en Mesina que las letras de cambio de que me había provisto en Venecia, donde había tomado la sabia precaución, debido a la diferencia de las monedas, de cambiar mi numerario por papel sobre Sicilia. El banquero que me las negoció me hizo más cortesías de las que reciben los sicilianos cuando se presentan, para el mismo objeto, ante los banqueros de París; y es una justicia que debo hacer a la perfecta urbanidad de todos los comerciantes extranjeros con los que he tenido que relacionarme: una letra de cambio se convierte para ellos en una carta de recomendación; y los ofrecimientos más sinceros y más multiplicados acompañan siempre en lo moral a las obligaciones que sus corresponsales toman en lo material con ellos.

Manifesté a mi banquero el deseo que tenía de comprar una tierra señorial con los considerables fondos de que me encontraba dueño. «El régimen feudal está aquí en todo su vigor», dije a aquel buen hombre; «sólo eso me decide a establecerme aquí; quiero mandar sobre hombres y cultivar la tierra al mismo tiempo, dominar de la misma manera mis campos y mis vasallos. —En tal caso, en ningún sitio podéis estar mejor que en Sicilia, me dijo mi corresponsal; ésta es una tierra donde el señor tiene derecho de vida y muerte sobre sus habitantes. —Es lo que necesito», respondí; y para no insistir en estos detalles, debéis saber, amigos míos, que al cabo de un mes era ya señor de diez parroquias y dueño de la más hermosa tierra y del más bello castillo en el valle de las ruinas de Siracusa, muy cerca del golfo de Catania, es decir, en la más hermosa región de Sicilia.

No tardé en contar con una servidumbre numerosa y aleccionada según mis gustos. Mis criados, mis mujeres, todos tenían el servicio inmediato de mi lubricidad por cláusula especial de sus deberes. Mi ama de llaves, llamada doña Clementia, mujer de unos treinta y seis años y una de las más hermosas criaturas de la isla, tenía por misión, independientemente de sus cuidados libidinosos a mi lado, descubrir sujetos de ambos sexos; y, todo el tiempo que la ejerció junto a mi persona, os aseguro que no me falló. Antes de establecerme, recorrí las ciudades célebres de esa interesante comarca; y como podéis suponer, Mesina tuvo derecho a mis primeras búsquedas. Las descripciones de Teócrito[14] sobre los placeres de Sicilia no habían contribuido poco a suscitar en mí el deseo de habitar en una región tan bella. Me pareció cierto cuanto dice sobre la dulzura del clima, sobre la belleza de sus habitantes, y de manera especial sobre su libertinaje. Es así, sin duda, es bajo ese clima delicioso donde la benéfica naturaleza inspira al hombre todos los gustos, todas las pasiones que pueden contribuir a hacerle agradable su existencia; y es ahí donde debemos gozarla, si queremos conocer la auténtica dosis de felicidad que esa tierna madre reserva a sus hijos. Después de haber visitado también Catania y Palermo, volví a tomar posesión de mi castillo. Sentado en una elevada montaña, gozaba al mismo tiempo del aire más puro y de la vista más agradable. Por otra parte, aquella apariencia de fortaleza halagaba infinitamente la severidad de mis gustos. «Los objetos que voy a inmolarles, me decía, estarán allí como en una cárcel; siendo al

mismo tiempo su amo, su juez y su verdugo, ¿dónde encontrarán defensores? ¡Oh, qué divinos son los goces cuando así los aguijonean el despotismo y la tiranía!».

Clementia se había preocupado de llenar mi serrallo en mi ausencia; y a mi vuelta lo encontré adornado, por sus cuidados, con doce muchachos de doce a dieciocho años de la más linda figura del mundo, y con un número igual de muchachas, poco más o menos de la misma edad; me los renovaban todos los meses; y os dejo imaginar, amigos míos, en qué excesos lujuriosos me zambullí. Es difícil figurarse los refinamientos que puse en práctica…, las ferocidades con que los sazoné: mi aventura de Tremo me había familiarizado tanto con las voluptuosidades sanguinarias que ya no podía prescindir de ellas. Cruel por gusto, por temperamento, por necesidad, no podía entregarme a ninguna voluptuosidad que no llevase la impronta de la brutal pasión que me devoraba. Al principio sólo hacía recaer mis atrocidades en las mujeres: la debilidad de este sexo, su dulzura, su amenidad, su delicadeza me parecían otros tantos títulos seguros para los impulsos de mi barbarie; no tardé en darme cuenta de mi error; sentí que era infinitamente más voluptuoso cosechar las espigas que se resisten que la hierba tierna que se inclina bajo la hoz, y si esta idea no se me había ocurrido hasta entonces era más bien por falsa contención que por refinamiento. Probé. El primer puto que asesiné, de quince años y bello como el Amor, me procuró placeres tan violentos que en adelante mis golpes se dirigieron más bien hacia esa clase que hacia la otra. Daba la impresión de que despreciaba demasiado a las mujeres para convertirlas en víctimas, y que por eso los muchachos, con sus encantos, debían procurarme voluptuosidades más sensuales, y ser más deliciosos a la hora de sacrificarlos. Según esta hipótesis, confirmada por hechos, no había semana que no inmolase tres o cuatro, y siempre con nuevos tormentos. Algunas veces, soltaba una pareja en un gran parque rodeado de altos muros, y del que era imposible escapar; allí los acorralaba como a liebres; los buscaba, recorriendo mi parque a caballo; y cuando los había cogido, los colgaba de los árboles mediante collares de hierro; debajo se hacía un gran fuego que los consumía poco a poco. Otras veces les hacía correr delante de mi caballo, y les propinaba latigazos en los riñones; si caían, hacía que mi corcel pasase sobre su vientre, o les abría la tapa de los sesos de un disparo de pistola. A menudo utilizaba suplicios más refinados todavía, cuya ejecución sólo era adecuada en la sombra y el silencio del gabinete; y, durante estas expediciones, la fiel Clementia siempre me excitaba o dirigía unas escenas de lubricidad en las que sus niñas más bonitas se convertían en primeras actrices. En la tal Clementia había encontrado yo, afortunadamente, todas las cualidades necesarias para el género de vida feroz y crapulosa que había adoptado. La bribona era malvada, lujuriosa, intemperante, atea; tenía, en una palabra, todos mis vicios, y ninguna otra virtud que la de serme increíblemente leal, y la de servirme a las mil maravillas. Así pues, gracias a esa encantadora mujer, llevaba en aquel castillo la vida más deliciosa del mundo y más análoga a mis gustos, cuando la inconstancia, a la vez azote y alma

de todos los placeres, vino a arrancarme de aquella morada tranquila para volver a situarme en el gran teatro de las aventuras de este mundo.

Uno se seca cuando las dificultades dejan de ser un acicate para los placeres; queremos aumentarlos con penas; no es verosímil que con ellas se alcancen los grandes placeres. Dejé a Clementia en mi castillo y volví para asentarme en Mesina. El rumor de que un rico muchacho iba a residir en la capital no tardó en difundirse, y me abrió las puertas de todos los palacios donde había jóvenes casaderas; no tardé en descubrir sus intenciones, y decidí divertirme con ellas.

De todas esas casas en las que fingían recibirme con benevolencia, la del caballero Rocupero me atrajo de una manera más particular. Este viejo noble y su mujer podían alcanzar un siglo entre los dos. La medianía de su fortuna les hacía educar y criar con la mayor de las economías a las tres niñas más hermosas que nunca haya creado la naturaleza. La primera se llamaba Camille; tenía veinte años, morena, la piel de una blancura resplandeciente, los ojos más expresivos, la boca más agradable, y el ralle de la misma Hebe. La segunda, más interesante, pero menos bella, sólo tenía dieciocho años; su pelo era castaño; sus grandes ojos, azules, llenos de languidez, respiraban a un tiempo amor y voluptuosidad; su talle, redondo y bien relleno, prometía el mejor goce; la llamaban Véronique; y, cierto es que la hubiese preferido, no sólo a Camille, sino a toda la tierra, de no ser por los atractivos celestiales de Laurence, que, aunque de quince años apenas, superaba en belleza tanto a sus hermanas como a las personas más hermosas de toda Sicilia.

Nada más ser presentado en casa de aquel buen gentilhombre: decidí sembrar en ella al mismo tiempo el desconcierto, la desolación, la impudicia, la deshonra y todos los azores del crimen y la desesperación. La probidad reinaba en aquella casa; la belleza y la virtud parecían incluso haber asentado en ella su imperio; ¡lo mejor para animar en mí el deseo de mancillada con todas las fechorías imaginables! Empecé con larguezas, que sólo se aceptaron tras mucha insistencia de mi parte; pero los proyectos de alianza que no tardé en manifestar no permitieron ya ninguna negativa. Me rogaron que explicase esos proyectos. «¿Cómo queréis, respondí, que falle entre las [res Gracias? Dadme tiempo para conocer mejor a vuestras encantadoras hijas, y entonces podré deciros cuál debe atraer mi corazón». Así las cosas, podéis imaginar fácilmente que aproveché ese tiempo para seducir a las tres. Como les había recomendado el más profundo misterio, ni siquiera se confesaron unas a otras lo que yo les comunicaba, de modo que ninguna de ellas sabía en qué punto me hallaba con su compañera. Desde ese momento me comporté de la siguiente manera.

Camille fue a la que primero seduje; y, tras haberla engañado con las más hermosas esperanzas de matrimonio, al cabo de un mes conseguí cuanto quise. ¡Qué bella era! ¡Y qué encantos no sentí con su disfrute! En cuanto la tuve follada de todas las maneras, ataqué a Véronique; y, despertando los celos de Camille, la armé tan bien contra su hermana que decidió apuñalarla. El ardor del temperamento de las sicilianas admire todos los medios sangrientos; allí sólo se conocen dos pasiones, la

venganza y el amor. En cuanto creí que eran seguras las intenciones criminales de Camille, se las comuniqué a Véronique; conseguí aclarárselas hasta el punto de no dejarle siquiera la consoladora idea de la duda. Esta hermosa niña, desesperada, pero más tímida que emprendedora, me suplica, si la amo, que la rapte a fin de sustraerla a la rabia desenfrenada de su hermana, a la que sabe capaz de emprender cualquier cosa. «Ángel mío, le digo entonces, ¿no sería mejor remontar a la fuente de todo esto, reconocer a sus autores y vengarnos directamente? —No hay otra causa, me respondió Véronique, que el extremado amor que Camille siente por ti; se da cuenta de que me prefieres, y la infernal criatura conspira contra mi vida. —No comparto vuestra opinión en este asunto, respondí; no dudéis, querida alma, de que vuestros padres también prefieren a Camille. No sé si esa joven me ama: lo que es seguro es que nunca le he dado ninguna esperanza. Pero vuestros padres se han sincerado más directamente conmigo; no dudéis de que Camille es el objeto de su único afecto; si yo manifestara ante ellos mi preferencia por vos, a buen seguro me rechazarían. Me proponéis la huida; este medio sería peligroso; cometeríamos con vuestros padres agravios de los que ellos o la justicia se enterarían, y cuyo castigo no tardaría en suponer la pérdida de nuestras fortunas o de nuestras vidas. Hay en mi opinión, una salida más provechosa y más sencilla: venguémonos a la vez de Camille que conspira contra vuestra vida, y de vuestros padres que la incitan a ello. —¿Y de qué manera? —Empleando los medios que la naturaleza ofrece en todo momento en la feliz región en que estamos. —¿El veneno? —Sin duda. —¡Envenenar a mi padre, a mi madre y a mi hermana! —¿No conspiran ellos contra vos? —Sólo tengo la sospecha. —La prueba será vuestra muerte». Luego, recuperándose tras un rato de reflexión: «Sé que otras mujeres han hecho lo mismo: doña Capraria acaba de envenenar a su esposo. —¿Qué os detiene entonces, querida? —El temor a vuestro desprecio; después de la venganza, mostraréis más sangre fría conmigo, me despreciaréis. —No temáis eso; reconoceré en vos una joven ardiente, animosa, amante, apasionada, una joven de carácter, en una palabra, a la que, sólo por eso, adoraré mil veces con más fuego. No dudes más, Véronique, o perdéis para siempre mi corazón. —¡Oh, amigo mío!, pero ¿y el Cielo? —Frívolos temores; el Cielo nunca interviene en los asuntos del mundo; y ese resorte, en manos del hombre ya no es otra cosa que el arma embotada de la mentira y de la superstición. No hay Dios; y los castigos o las recompensas basados en ese odioso fantasma, son tan despreciables como él. ¡Ah!, si hubiera un dios a quien ofendiese el crimen, ¿daría al hombre todos los medios de cometerlo? ¡Qué digo! Si el crimen ofendiese a ese pretendido autor de la naturaleza, ¿sería esencial el crimen a las leyes de la naturaleza? Piensa, pues, que esa naturaleza depravada sólo se alimenta y sostiene mediante crímenes; y que si los crímenes son necesarios, no pueden ni ultrajar a la naturaleza ni al ser imaginario que supones como autor de ella. Lo que el hombre se ha atrevido a llamar crimen no es más que la acción que perturba las leyes de la sociedad; pero ¿qué le importan a la naturaleza las leyes de la sociedad? ¿Es ella quien las ha dictado? ¿Y no varían esas leyes de clima en clima?

Por muy espantosa que podáis suponer una acción, el crimen del que la creéis revestida no puede ser más que local; desde ese momento sería imposible ultrajar a la naturaleza, cuyas leyes son universales. El parricidio, considerado un crimen en Europa, es honrado en diversas comarcas de Asia; lo mismo ocurre con todas las demás acciones humanas; desafío a que me citen una sola universalmente viciosa. Pensad, por otra parte, que no se trata aquí de defenderos, y que, entonces, todos los medios que vais a poner en práctica para conseguirlo no sólo no podrían ser criminales, sino que se vuelven incluso virtud, pues la primera ley que nos inspiró la naturaleza fue conservarnos al precio y al costo que sea: actuad, Véronique, actuad, o estáis perdida».

El fuego que vi brillar en los ojos de aquella encantadora niña no tardó en informarme del éxito de mis palabras. «Bueno», me dijo al cabo de unos instantes de violenta agitación, «bueno, Jérôme, haré lo que dices. Conozco las drogas necesarias; todas esas plantas nos son familiares aquí; juro que dentro de tres días no existirá ni uno solo de los individuos que maquinan nuestra perdición; aléjate mientras tanto; no quiero que sospechen de ti». Consentí de buen grado, sobre todo porque necesitaba ese tiempo para seducir a la tercera hermana. Esta operación fue rarea de Clementia. La hice acudir a Mesina; la presenté a Laurence; y, al día siguiente, fue llevada a mi castillo. No hacía dos horas que se había marchado cuando los rayos preparados por Véronique estallaron. Había empleado el jugo de tora[15] especie de acónito muy peligroso que crece en abundancia en las montañas de Sicilia; y las tres víctimas habían muerto en medio de horribles convulsiones. Una vez cometido el crimen, se apoderó de cuanto pudo: joyas, cartera, cofre, todo lo cogió; y vino a buscarme con esas mediocres riquezas a una casa de campo, cercana a la ciudad, donde yo la había citado: fue ella quien me informó de la desaparición de su hermana, cuyo motivo no podía comprender. «Volverás a verla pronto, le dije; he creído prudente ponerla a salvo; partamos, nos esperan en mi campo». Al principio, esta precaución pareció inquietar a Véronique; la calmé. Pero imaginad lo que ocurrió cuando, al llegar, supo, por boca misma de Laurence, la forma en que había sido raptada, y todo lo que le decía Clementia desde que estaba en mi castillo. «¡Oh, malvado!, me has engañado, me dijo. —No, le repliqué, en verdad yo nunca te he prometido nada. Tu hermana me ha inspirado el mismo deseo que tú; y quiero follaros a las dos, o más bien a las tres, ángel mío; porque ahora es inútil dejarte ignorar que Camille también fue presa mía. —¡Y has podido ordenarme su sacrificio!… ¡Qué monstruo!». Llantos y desesperación; pero, enfrentándome a todas aquellas lágrimas, sólo me preocupé de gozar. Aquellas dos encantadoras niñas satisficieron al mismo tiempo todos mis deseos; las dos saciaron mis pasiones sin ninguna reserva; culo, coño, boca, tetas, axilas, todo fue follado, todo fue hurgado; y no descubrí en aquellas dos menos encanto del que había encontrado en su hermana; sobre todo las nalgas de Véronique superaban cuanto yo había visto de más sublime en esa clase; ¡nunca hubo un culo más bello, nunca un seno más hermoso! Por desgracia, todo aquello sólo me ocupó

tres días; en cuanto quedé saciado de aquellas dos encantadoras muchachas, no pensé en otra cosa que en su perdición. Pero la forma tenía que ser cruel: cuanto más placer me habían dado, más deseaba acumular sobre su cuerpo la suma de dolores físicos, y más quería que la forma fuese execrable. ¿Qué imaginar? Yo había hecho todo, había ejecutado todo, y estaba en condiciones de desafiar a los verdugos más célebres del universo a que me aconsejasen una tortura que ya no hubiera utilizado. A fuerza de pensar, mi perversa imaginación me proporcionó por fin la siguiente. Gasté los cincuenta mil francos robados por Véronique a sus desdichados padres para encargar la máquina que voy a detallaros.

Las dos hermanas, completamente desnudas, eran envueltas en una especie de cota de malla de resortes, que aprisionaba por completo a cada una sobre un pequeño taburete de madera provisto de puntas que, así como aquellas de que voy a hablar, sólo actuaban en caso necesario. Estaban a ocho pies de distancia una de otra; entre ellas había una mesa provista de los platos más suculentos y delicados: no se les presentaba ninguna otra clase de alimento. Pero, para alcanzarlos, había que extender el brazo; al alargarlo, el primer suplicio que ante todo sentían con ese gesto era la imposibilidad de alcanzarlo. No tardaba en hacerse notar otro mucho más violento; con ese movimiento de tensión del brazo, la que lo hacía armaba acto seguido contra ella y contra su vecina más de cuatro mil puntas o tijeras de acero que, en ese mismo momento, desgarraban, pinchaban y ensangrentaban a una y otra víctima. De modo que aquellas infortunadas sólo podían pensar en aliviar la necesidad que las consumía asesinándose mutuamente las dos. Vivieron una semana en ese horrible suplicio, durante la que yo pasaba ocho horas diarias contemplándolas, bien haciéndome follar, bien sodomizando, asimismo ante sus ojos, a los objetos más bonitos de mi serrallo. En mi vida he disfrutado de placer más violento: imposible pintar toda la sensualidad que me hizo sentir ese espectáculo; perdí en él mi leche regularmente cuatro o cinco veces por sesión.

«Lo creo, hostias», dijo Sévérino interrumpiendo aquí la narración con los gritos de una descarga lanzada en el culo de una de las más hermosas jóvenes de la cena, «sí, joder, lo creo, porque ése es el detalle de una de las escenas más singulares que sea dado oír; y el placer recibido por nuestro cofrade Jérôme al ejecutarlo, debe de haber sido endiabladamente vivo, a juzgar por el que yo mismo siento al oírsela narrar. —Necesitamos una máquina como ésa», dijo Ambroise, que se la hacía menear por Justine; «y os respondo de que, si alguna vez la tenemos, ésta será probablemente la primera que colocaré en ella. —Sigue, sigue, Jérôme», dijo Sylvestre, enseñando su verga dura como una barra de hierro; «porque nos harás corrernos a todos unos sobre otros si haces que nos detengamos mucho tiempo en esa deliciosa idea».

En los diferentes viajes que había hecho a Mesina, continuó Jérôme, había tenido ocasión de conocer a nuestros amables cofrades benedictinos de la famosa abadía de Saint-Nicolas-d’Assena; habían tenido la amabilidad de hacerme visitar su casa, su jardín, de admitirme a su mesa, y entre ellos yo había elegido al padre Bonifacio de Boulogne, uno de los más encantadores libertinos que he conocido en mi vida. La conformidad de mi carácter con el de este monje me había unido lo bastante íntimamente a él para confiarnos un millón de cosas. «¿Creéis, Jérôme», me dijo un día, «que aquí nos perdemos los placeres con que se sacian las gente de mundo? ¡Oh, amigo mío!, no lo creáis; tendríais que ser de nuestra orden para que yo os revelase esos secretos; y, tal como sois, nada más fácil que entrar en ella. —Pero, dije yo, ¿y mi condición de señor de la tierra, que he adquirido comprando posesiones en vuestra isla?… —No sería sino un motivo más de adopción, me dijo Bonifacio; conservaréis vuestros bienes, seréis recibido con los brazos abiertos e iniciado desde ese mismo momento en todos los misterios de la orden». Es imposible imaginar cómo me encendió esa idea. La certidumbre de ocultar y aumentar mis vicios bajo la máscara imponente de la religión, la esperanza que me hacía concebir Bonifacio de encontrarme convertido muy pronto en mediador celestial entre el hombre y su pretendido Dios, la más dulce todavía de abusar de la infame confesión para robar impunemente a mis anchas el dinero de las viejas y la virginidad de las jóvenes, todo esto me electrizaba hasta un punto indecible; y, ocho días después de esa acuciante invitación de Bonifacio, tuve el honor de ponerme el arnés monacal y encontrarme unido inmediatamente a todos los proyectos de iniquidad de aquellos malvados. ¿Podréis creerlo, amigos míos? Verdad es que el respeto y la sumisión del pueblo hacia el sacerdocio son muy distintos en ese país que en Francia; pero no hay una sola familia en Mesina cuyos secretos y confianza no controlasen aquellos bribones y os dejo que adivinéis cómo se aprovechaban de unos y de otra. Respecto a sus precauciones interiores, cierto que si las vuestras están bien tomadas, las de los benedictinos de Saint-Nicolas-d’Assena lo están cuando menos igual de bien.

Allí, en vastos subterráneos que sólo conocen los capitostes de la orden, existe con profusión cuanto Italia, Grecia y Sicilia pueden producir de más delicioso, ya sea en muchachos, ya en muchachas; allí el incesto triunfa como aquí, y les he visto joder a su quinta generación después de haber follado a las otras cuatro: la única diferencia existente entre esos cenobitas y vosotros es que aquéllos apenas se molestan en ocultar sus desenfrenos en el seno de aquella vasta rumba; nunca bajan a ella. Los retratos de lo que sus riquezas reúnen con grandes gastos figuran en miniatura en un gabinete secreto de sus aposemos; y hacen venir instantáneamente al objeto codiciado por su polla; de manera que apenas hay momento del día que no los encontréis entregados sucesivamente, bien a la comida más excelente, bien a los divinos objetos que amueblan con profusión su serrallo. Respecto a sus caprichos obscenos, no os

costará mucho imaginar que son tan depravados como los vuestros; y los individuos que han pasado de esa casa a ésta os han convencido plenamente de que, en todas partes donde la religión sostiene el libertinaje, sus efectos siempre son más vivos.

La más extraordinaria de todas las pasiones que observé entre estos amables solteros fue la de Dom Chrysostome, superior de la casa. Nunca gozaba sino a una joven envenenada; la enculaba en medio de las convulsiones del dolor mientras dos hombres le sodomizaban y le masturbaban alternativamente. Si la joven no expiraba durante la operación, él mismo la apuñalaba en cuanto había terminado. Si ella estaba a punto de morir, él esperaba el instante de los últimos suspiros para llenarte el culo de leche.

Yo acabé de corromperme y de secarme con estos buenos padres; y estaba a punto de que nada en el mundo consiguiese ya que se me empalmara.

«Amigo mío», le dije un día a Bonifacio, después de dos años de esta vida epicúrea, «todo lo que hacemos es delicioso; pero es la fuerza la que nos somete los objetos que gozamos, y confieso que, desde este punto de vista, me hacen empalmarme menos que otros que ofreciese a mis deseos el artificio o la astucia. Revestido con el hábito que me has hecho tomar, para trabajar no tengo, según mis planes, más que el santo y sagrado tribunal de la confesión. Te suplico que me pongas en condiciones de sentarme en uno cuanto antes, como me has prometido. Es inaudito lo que me excita esa idea; increíble el grado en que pienso aprovechar todo lo que ese nuevo empleo va a ofrecerme, para entretener a un tiempo mi avaricia y mi lujuria. —¡Bien!, dijo Bonifacio, nada más sencillo»; y entregándome, ocho días después, la llave del confesionario de la capilla de la Virgen: «Id, me dijo, feliz mortal, id; ahí tenéis el voluptuoso tocador que habéis deseado, utilizadlo en abundancia; embaucad tantos preciosos objetos como yo devoré en el mismo en ocho años, y no me arrepentiré de habéroslo conseguido».

El entusiasmo en que me ponía este nuevo grado fue tal que no dormí en toda la noche. Al día siguiente, con el alba, ya me encontraba en mi puesto; y como estábamos en la quincena de Pascua, mi mañana no fue mala. No os aburriré con todas las pamplinas con que tuve que soportar el diluvio; sólo fijaré vuestra atención en una niña de catorce años, llamada Frosine, noble, y de figura tan deliciosa que sólo podía salir a la calle con velo para evitar a la muchedumbre que la acosaba cada vez que se ofrecía descubierta. Frosine se entregó a mí con todo el candor y la amenidad de su edad; su corazón aún no había dicho nada, aunque ninguna niña de Mesina estuviese rodeada de tantos adoradores; pero su temperamento empezaba a dejarse oír; muy joven y muy nueva todavía, lo hice tan bien con mis preguntas que le enseñé todo lo que ignoraba. «Vos sufrís, hermosa niña», le dije en tono compungido, «lo veo; pero la culpa es vuestra: el pudor no es tan exigente que haya que sacrificarte la naturaleza; vuestros padres os engañan sobre la práctica de esa virtud severa. El cuadro que de ella os hacen es tan cruel como in justo. Creada por la naturaleza, al no haber recibido de ella más que las impresiones de voluptuosidad que os inspira,

¿como podríais, si cedéis a ella, ultrajarla? Todo depende de la elección que se hace; si es buena, nunca tendréis que arrepentiros. Yo os ofrezco a la vez mis consejos y mis cuidados; pero se necesita misterio; yo no concedo este favor a todas mis penitentes; los celos que les inspiraría esta preferencia os perdería sin remisión. Venid mañana a mediodía en punto a preguntar por mí a esta capilla; os introduciré en mi habitación y os aseguro que la calma, la felicidad y la tranquilidad no tardarán en volverse el fruto de mis gestiones. Libraos sobre todo de esa incómoda dueña que sigue vuestros pasos a todas partes; venid completamente sola; decid que os espero para una charla piadosa, y que vengan a recogeros a las dos horas». Frosine aceptó cuanto le proponía, y me juró su cumplimiento. Mantuvo su palabra; y éstos fueron, por mi parte, los medios que adopté, tanto para asegurarme la conquista de esa joven como para impedirle volver nunca más con su familia.

Nada más concluir esa conversación, yo había dejado Mesina, había ido a mi castillo anunciando en el convento que asuntos indispensables me impedirían volver en unos días. Clementia me reemplazaba; era ella quien debía responder cuando Frosine preguntase por mí; debía, para seguir seduciendo a nuestra joven inocente, llevarla de manera insensible a consentir que fuese en mi busca al campo. Hecho esto, gracias a Bonifacio, a quien yo ayudaba igualmente en sus aventuras a fin de conseguir su ayuda en las mías, gracias a Bonifacio, digo, el rumor del rapto de Frosine iba a difundirse por toda la ciudad. Una carta con la letra falsificada de aquella joven debía ser entregada a sus padres: por medio de la misiva les decía que un grandísimo señor de Florencia, que la acechaba desde hacía mucho tiempo, acababa de hacerla subir, contra su voluntad, en una falúa genovesa que se alejaba con rapidez; que este señor hacía su fortuna al casarse con ella, y que, por no haber nada en aquel plan que ofendiese a su honra, ella lo aceptaba, rogando a sus padres que no pusieran ningún impedimento; que, además, estuviesen totalmente tranquilos, y que les escribiría en cuanto llegase.

Hay un Dios para las artimañas lúbricas; a la naturaleza le gustan, las protege; por eso rara vez vemos que fracasen; pero de todas las que habían sido imaginadas desde hacía mucho, me atrevo a decir que ninguna había tenido un éxito tan grande. Frosine llegó a mis tierras al día siguiente de aquel en que la había citado en la capilla indicada, y esa misma noche fue sometida a mi libertinaje. Pero, cuál no sería mi asombro al ver que, con la figura más bonita que fuera posible ver, Frosine estaba dotada de muy escasos atractivos. En mi vida vi un culo más seco, una piel más morena, un pecho más escaso, y el coño más baboso y peor colocado. No obstante, inflamado por los bonitos rasgos, no dejé de follarla, pero tratándola mal; a nadie le gusta que le engañen. Frosine admitió su culpa, y la lloró muy amargamente cuando, obligado a irme para acallar cualquier rumor con mi presencia, se vio arrojada por Clementia en un oscuro calabozo, tanto para ocultarla a todas las pesquisas como porque, después de haber gozado demasiado, no me molestaba, según mi costumbre, hacerla un poco desgraciada.

Encontré a Bonifacio muy contento con el éxito de nuestras estratagemas, pero muy empeñado en gozar también del éxito de su empresa. Por más que le dije que el sujeto apenas valía la pena, seducido por el linaje y la figura de Frosine quiso verificarlo por sí mismo; y, como podéis imaginar, no puse ninguna objeción. «Sería la ocasión, me dijo Bonifacio, de hacer un regalo a Chrysostome, nuestro superior; lleno de amistad y de confianza en él, le he dado parte de tu aventura; estoy seguro de que le complacerá mucho compartirla. —De buen grado, respondí: las costumbres, la inteligencia, los gustos y el carácter de Chrysostome me agradan, y aprovecharé calurosamente todas las ocasiones que me acerquen a él». Partimos: mi serrallo, siempre en actividad, me proporcionó con profusión materia para satisfacer la ávida lujuria de mis compañeros; e hicimos atrocidades.

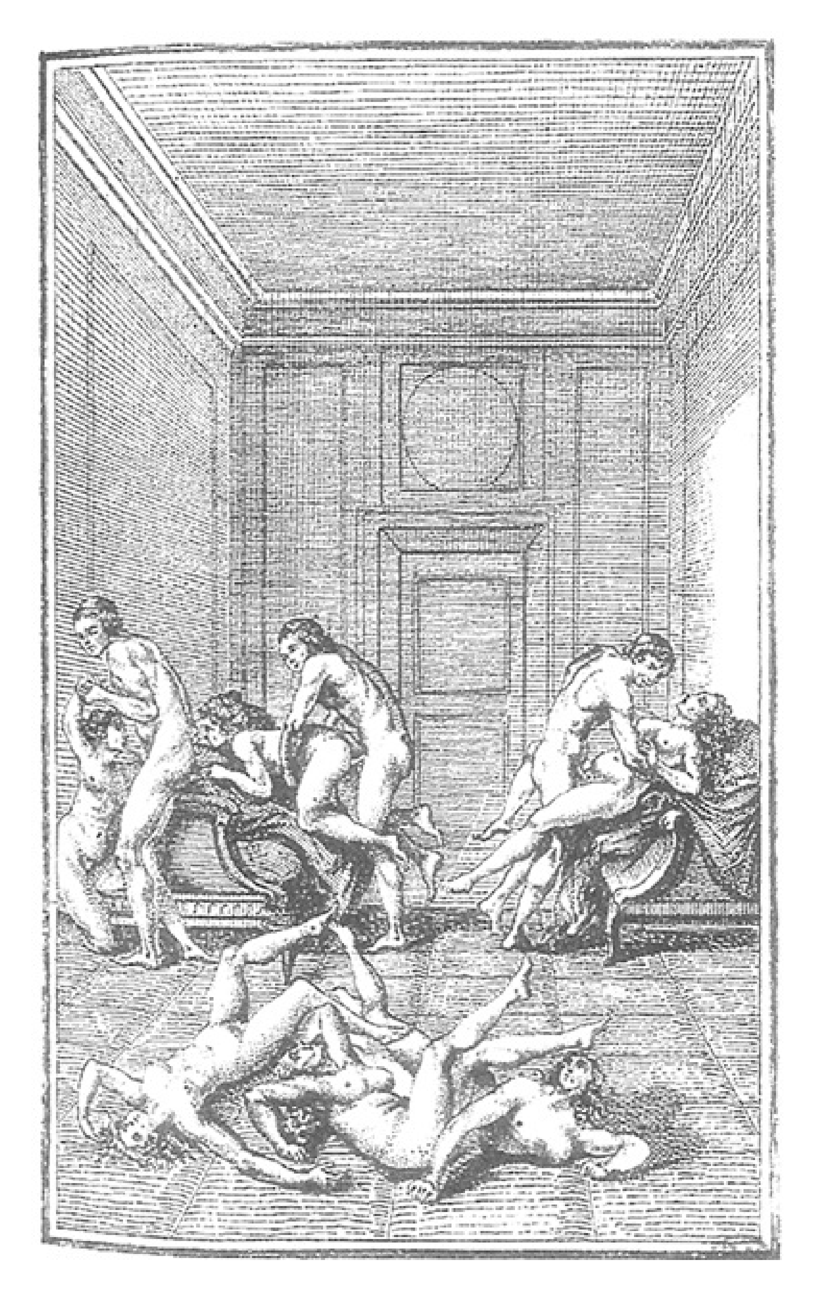
Ya sabéis cuál es la pasión de Chrysostome; la de Bonifacio manifestaba asimismo un marcado carácter de singularidad; le gustaba arrancar dientes; algunas veces enculaba a la víctima mientras operábamos; otras veces Bonifacio arrancaba y nosotros sodomizábamos. Los dos saciaron ampliamente su lujuria con Frosine; y cuando la hubimos despojado de los treinta y dos bellos dientes que le había dado la naturaleza, el superior quiso inmolada a su manera; ya recordáis cuál era su pasión. Se hizo tragar a aquella desdichada dos gros[16] de sublimado corrosivo en agua fuerte; y sus dolores, sus crispaciones fueron tan violentas, que resultaba imposible mantenerla quieta para gozarla. Chrysostome, sin embargo, consiguió su propósito; y sus goces alcanzaron la ebriedad más extraordinaria y el delirio más inconcebible; nosotros quisimos imitarle y no tardarnos en darnos cuenta de que, en lujuria, no hay nada tan excitante como esa manera de gozar de la que Chrysostome hacía sus delicias. Desde luego es fácil de imaginar: en ese caso, todo se encoge en una mujer; además, sus sensaciones se encuentran en un grado de excitación tan violento que es imposible no electrizarse uno mismo.

«¡Oh, Justine!», dijo Clément interrumpiendo en este punto a su cofrade, «ya lo veis, Chrysostome razonaba como yo: “Nunca se excitan mejor los sentidos que cuando en el objeto que nos sirve se ha producido la mayor impresión posible, sin importar el medio”[*]. —¿Y quién duda de esa verdad?, dijo Sévérino, ¿merecía la pena interrumpir a Jérôme para recordarla?».

Lo que es totalmente seguro, continuó el narrador, es que nadie en el mundo estaba tan convencido de ella como Chrysostome, y que nadie como él la ponía con tanta frecuencia y tan deliciosamente en práctica. Frosine expiró en una de esas angustias, teniendo a Bonifacio en el culo, a Chrysostome en el coño, y a mí bajo sus axilas. No fue la única víctima que inmolamos así. Llegamos al punto de sacrificar de esta manera seis a la vez; tres palpitaban ante nuestros ojos, mientras follábamos a

cada una en coño, culo y boca. Después de las chicas, probamos con muchachos; y nuestras lubricidades se duplicaron.

Nuestras orgías se mezclaban con discusiones filosóficas; en cuanto habíamos cometido un horror, tratábamos de legitimarlo; nadie sobresalía en esto tanto como Chrysostome.



«Es muy sorprendente», nos decía un día, «que los hombres sean tan locos como para conceder algún valor a la moral; confieso que nunca he conseguido imaginar para qué podría tenerlo: la corrupción no es peligrosa únicamente porque no es universal. No agrada la vecindad de un enfermo de fiebre maligna porque se reme el contagio; pero si es uno mismo el atacado por esa fiebre, ya no se teme nada. No puede existir ningún inconveniente entre los miembros de una sociedad totalmente viciosa; porque todos adquieren el mismo grado de corrupción, y todos se frecuentarán sin peligro. Entonces sólo la virtud será peligrosa; como no es el modo habitual del hombre, se volverá perjudicial adoptarlo. El solo paso de un estado al

otro puede tener inconvenientes; todo el mundo se reúne, todos los individuos permanecen en el mismo lugar, ya no puede haber peligros, es absolutamente igual ser bueno o malo cuando todo el mundo es o lo uno o lo otro; pero si el tono de la sociedad es virtuoso, se vuelve peligroso ser malvado; como se volvería serlo bueno si todos los hombres fueran pervertidos. Así pues, si el estado en que uno se encuentra es nulo, o indiferente en sí mismo, ¿por qué tener miedo a adoptar más bien uno que otro? ¿Y por qué sorprenderse, afligirse, supongo yo, por la decisión que uno tome de ser malvado cuando todo nos induce a ello y cuando es perfectamente igual? ¿Qué criatura podrá probarme que es mejor hacer felices a los demás que atormentarlos? Dejemos de lado, por un momento, el placer que yo pueda sacar comportándome de una u otra manera: ¿es útil en esencia que los demás sean felices? Y si no lo es, ¿por qué habría yo de molestarme abrumándolos con infortunios? En mi opinión, en todo esto sólo se trata de probar una u otra acción; pues, estando especialmente encargado por la naturaleza de mi felicidad, y en modo alguno de la felicidad de los demás, sólo me equivocaré respecto a ella en caso de que haya despreciado deleitarme según su finalidad y de acuerdo con sus planes. Esa misma criatura, a la que mis gustos o mis violencias hacen desgraciada, porque es más débil que yo, disfrutará de su fuerza con otro, y todo se volverá igual. El gato destruye al ratón, y a su vez es devorado por otros animales. Sólo para esa destrucción relativa y general nos ha creado la naturaleza. Guardémonos mucho, por lo tanto, de resistirnos nunca a la clase de corrupción…, al tipo de inmoralidad a que nos arrastran nuestras inclinaciones; no hay el menor mal en entregarse a ellas. Resulta, pues, de los principios que declaro, que el estado más dichoso será siempre aquel en que más universal sea la depravación de costumbres, porque, por residir con toda evidencia la felicidad en el mal, quien se entregue con más ardor a él será necesariamente más feliz. Se equivocan torpemente cuando dicen que hay una especie de justicia natural, siempre grabada en el corazón del hombre, y que el resultado de esa ley resulta ser el absurdo precepto de no hacer a los demás lo que no querríamos que nos hiciesen. Esa ley ridícula, fruto de la debilidad del ser inerte, no pudo nunca nacer en el corazón del individuo dotado de cierta energía; y, si yo tuviese algunos principios morales que dejar sentados, no sería en el alma del ser débil adonde iría a buscar sus preceptos. Quien teme recibir el daño, dirá siempre que no hay que hacerlo; mientras que quien se burla de los dioses, de los hombres y de las leyes, no cesará nunca de cometerlos. Lo que hay que hacer es saber cuál de los dos hace bien o mal; y me parece que eso no puede ponerse en cuestión. Reto al hombre virtuoso a que pueda sostener de buena fe que ha sentido, cuando se entregaba a una buena acción, solamente la cuarta parte del placer experimentado por quien acaba de cometer una mala. Con libertad para elegir, ¿de dónde viene que yo prefiera la forma que no mueve en absoluto a aquella otra de la que perpetuamente nace la agitación más tumultuosa y más agradable que nunca pueda sentir el hombre? Ampliemos nuestras ideas; juzguemos a la sociedad entera; y nos convenceremos fácilmente de que la más feliz de todas habrá de ser por

necesidad la que más gangrenada esté, y ello, por regla general, en todos los puntos. Estoy lejos de limitarme a unas cuantas depravaciones parciales; no quiero que uno sea simplemente libertino, borracho, ladrón, impío, etc.; exijo que se pruebe todo, que se entregue uno a todo, y siempre, preferiblemente, a los extravíos que parezcan más monstruosos, porque sólo ampliando la esfera de sus desórdenes debe alcanzarse necesariamente ames la dosis de felicidad prometida en el desorden. Las falsas ideas que tenemos de las criaturas que nos rodean son, además, la fuente de una infinidad de juicios erróneos en moral; nos forjamos deberes quiméricos hacia esas criaturas; y ello se debe a que también lo creen respecto a nosotros. Tengamos el valor de renunciar a lo que esperamos de los demás, y nuestros deberes con ellos se desvanecerán al punto. ¿Qué son, os pregunto, todas las criaturas de la tierra comparadas con uno solo de nuestros deseos? ¿Y por qué motivo he de privarme del más ligero de esos deseos para agradar a una criatura que no me importa nada ni me interesa para nada? Si la remo por algo, habré de tener miramientos con ella, no por ella, sino por mí, porque, en general, siempre debo actuar en sociedad únicamente por mí; y si no tengo nada que aprender, debo desde luego sacar cuanto pueda para mejorar mis placeres, y considerarlos únicamente como seres puramente creados para servirlos**[*]**. La moral, repito, es por tanto inútil para la felicidad; digo más, la perjudica; y sólo en el seno de la corrupción más amplia y más generalizada encontraron los individuos, lo mismo que las sociedades, la dosis más fuerte posible de felicidad sobre la tierra».

Pongamos pronto en práctica estas teorías, entreguémonos, amigos míos, y yo mismo, a todo lo que el desenfreno y la depravación, a todo lo que el despotismo y la crueldad pueden tener de más excitante y refinado.

Ésa era la situación de nuestras mentes cuando vinieron a traerme a mi tribunal de justicia un muchacho de dieciséis años, guapo como el Amor, acusado de haber querido envenenar a su madre. Nada era más cierto; todas las pruebas estaban en su contra; moría sin remisión cuando mis amigos y yo nos consultamos sobre los medios de salvar a un joven por cuyo goce ardíamos los tres; mi pérfida imaginación me sugirió uno que no sólo salvaba al culpable sino hacía perecer incluso al inocente. "¿Dónde está ahora, dije al reo, el veneno del que te acusan haber querido servirte? —Está en manos de mi madre. —¡Bien!, afirma, en el último interrogatorio que vas a sufrir, que era ella por el contrario la que quería atentar contra tu vida; tú quieres que ella perezca, ella perecerá; ¿estás contento? —¡Encantado, monseñor, encantado! Detesto a esa mujer, y moriría antes que no provocar su perdición. —Ofrece como prueba el veneno que ella tiene en las manos. —Sí; pero se sabe que yo lo conseguí en casa del boticario de este pueblo; se saben las dificultades que me puso, y la forma en que las superé, diciéndole que si compraba aquella droga era por orden de mi madre, y para acabar con las ratas de su casa. —¿Sólo hay eso contra ti? —Sí. —Bueno, entonces te garantizo a la vez tu vida y la muerte de tu madre». Envío en busca del farmacéutico. «Guardaos de querer acusar a este niño, le digo; si el otro día

compró en vuestra casa el arsénico que constituye la prueba de su proceso, lo hizo efectivamente por orden de su madre; ella quería matarte, estamos seguros; una declaración en contra os perdería. —Pero, dijo el droguero, ¿no tengo las de perder en ambos casos? —No, nada más sencillo que cumplir las intenciones de una madre de familia, propietaria de una casa; vos no podíais prever su finalidad; pero os perderíais si sólo hubieseis cumplido las del hijo». El botánico, convencido por estas razones, habló como yo le había instruido; el joven sostuvo lo que yo le había sugerido; y su desventurada madre, abatida por estas calumnias, sin encontrar nada para responderlas, pereció en el cadalso mientras mis amigos y yo, frente a su suplicio, nos entregábamos con su hijo a los refinamientos más voluptuosos de la sodomía. Nunca olvidaré que, enculado por Bonifacio, me corría en el culo del joven en el instante en que su madre expiraba. La manera en que aquel encantador joven se prestó a nuestros placeres, la alegría que apareció en su frente al ver los preparativos de la muerte de la que le había dado la vida, todo nos sugirió unas ideas tan elevadas de sus disposiciones que pagamos a escote para que tuviera un destino, y para enviarle a Nápoles, donde la edad, al madurar…, al perfeccionar sus principios, habrá hecho de él probablemente uno de los más audaces malvados de Europa.

«¡Qué crimen!», nos habría gritado en este punto la necedad; «habéis devuelto a la sociedad un monstruo cuyas fechorías perfeccionadas quizá cuesten millares de víctimas. —¡Qué acción tan excelente!», responderemos nosotros a la necedad rodeada por los prejuicios góticos de la moral y de la virtud; «hemos servido a la naturaleza, afilándole uno de los resortes con los que opera el mal necesario del que siempre está sedienta».

Todavía pasamos tres meses en mis tierras, anegados en la lujuria y en la depravación, cuando razones de prudencia nos obligaron por fin a reaparecer donde nos situaba nuestro deber. La primera aventura que me valió mi cargo de confesor, al regresar, fue la de una beata de treinta años, todavía bastante bonita; estaba en el lecho de muerte cuando envió a buscarme. «Padre mío, me dijo, es hora de que repare la más odiosa de las in justicias. Mirad ese millón en oro depositado sobre esa mesa, y fijaos en esta joven», prosiguió señalándome a una niña de doce años, de figura bastante bonita; «nada de todo eso me pertenece, y vivía con la mala conciencia de habérmelo quedado… ¡Ah, quién sabe!, podría haberlo hecho peor. Una de mis amigas me entregó, al morir en Nápoles hace dos años, esa niña y ese dinero, haciéndome jurar que entregaría el uno y la otra al duque de Spinosa, en Milán. Seducida por el oro, me quedé con todo; pero el velo se desgarra en el instante al que llego, y la voz de mi conciencia me turba de tal manera que no puedo resistir confesar mis faltas y ordenaros su más pronta reparación. Por más confianza que tenga en vos, padre mío, me creo obligada a dejar un escrito a mis herederos, informándoles de este paso. —Esa precaución, la interrumpí yo al punto, divulgando inútilmente vuestras culpas, señora, probaría al mismo tiempo vuestra desconfianza hacia mí, y desde ese momento no debo intervenir para nada en este asunto. —¡Oh!, señor, señor, no

hablemos más de ese escrito, puesto que os molesta; sólo vos satisfaréis mi deber; sólo vos aplacaréis la voz de mi conciencia, sin que nadie sea informado. —Lo que hacíais, señora», respondí entonces con más tranquilidad, «era horrible, sin duda; y no sé si la simple restitución que os proponéis bastará para aplacar al Cielo». Luego, reanudando con severidad: «¡Hasta qué punto os habéis permitido engañar a un tiempo la amistad, la religión, el honor y la naturaleza! ¡Oh, no, no lo imagináis, nunca bastará una simple restitución! Sois rica, señora; conocéis las necesidades del pobre, unid sin falta a la suma restituida la mitad de vuestro patrimonio para reconciliaros con la justicia celeste… Sabéis, señora, que vuestras faltas son grandísimas, y los pobres son nuestros mejores abogados ante Dios; no regateéis con vuestra conciencia; una vez convertida en presa de los demonios que os esperan, ya no estaréis en condiciones de implorar al Ser supremo ni de obtener para vuestros crímenes la misericordia que tanto necesitan. —¡Me asustáis, padre mío! —Debo hacerlo, señora; en mi condición de mediador entre el Cielo y vos, debo mostraros las plagas suspendidas sobre vuestra cabeza; y, ¿cuándo os aviso? En el momento en que todavía podéis apartarlas; estáis perdida si vaciláis». Aturdida por el tono con que yo pronunciaba estas últimas palabras, mi beata se hizo traer inmediatamente un cofre; las riquezas que de él sacó, y que se elevaban a ochocientas mil libras, equivalían además al valor que yo exigía al pedirle la mitad de sus bienes. «Tomad», me dijo derramando oleadas de lágrimas; «tomad, padre mío, ya está saldada mi deuda; rogad por mi pobre alma, y tranquilizadme, por favor. —Me gustaría hacerlo, señora», respondí yo mandando a Clementia, vestida de dueña, y a la que había llevado como mi hermana, que mirase el oro y se llevase a la niña; «sí, desearía de todo corazón poder disipar por completo vuestros temores, pero ¿puedo hacerlo sin engañaros? Debéis contar, estoy seguro, con la misericordia de Dios; pero ¿puede vuestra reparación igualar a la ofensa? Esa reparación, que sólo afecta a la falta que habéis cometido contra los hombres, ¿aplacará a un Dios irritado? Cuando se piensa en la grandeza, en la inmensidad de ese Ser supremo, ¿puede uno jactarse de calmarle una vez que se ha tenido la desgracia de ofenderle? Ya conocéis el carácter de ese Dios terrible en la historia de su pueblo; en todas partes lo veis celoso, vengativo, implacable; y esas distintas maneras, que serían vicios en el hombre, sólo se vuelven virtudes en él. Y, en efecto, perpetuamente ultrajado por sus criaturas, envidiado constantemente por el demonio, ¿cómo conseguiría manifestar su poder sin una sorprendente severidad? La señal distintiva de la autoridad es necesariamente el rigor; la tolerancia es la virtud del débil. El despotismo siempre indicó el poder; por más que me aseguren que Dios es bueno, yo digo que es justo; y la verdadera justicia nunca se concilió con la bondad, que, tomada en su verdadera acepción, no es más que una de las secuelas de la debilidad y de la estupidez. Habéis ultrajado cruelmente a vuestro Creador, señora, la reparación está por debajo de vuestras faltas; y no podría ocultaros que no está en mi poder protegeros de los justos castigos que merecéis; sólo puedo implorar al Eterno por el descanso de vuestra alma. Lo haré, desde luego; pero,

débil y enclenque criatura como vos, ¿puedo estar seguro de conseguirlo? Las penas que tenéis que temer son espantosas; arder eternamente en los fogones del infierno es un castigo horrible, lo sé, que la imaginación sólo vislumbra estremeciéndose; sin embargo, ése es vuestro destino, y no veo ningún medio para libraros de él». Confieso que en este punto el desorden de mis sentidos, proporcional al que estaba ocasionando en mi beata, se encontraba en un estado imposible de describir: estaba empalmado hasta romper mis calzones; hubo un momento incluso en que no pude dejar de meneármela. «¡Oh, padre mío!», dijo entonces la benigna criatura sin darse cuenta de mis movimientos, "¿me daréis por lo menos la absolución? —Dios me guarde de hacerlo», respondí en tono firme y severo; «no comprometeré hasta ese punto la mediación que he recibido del Cielo; no asimilaré, con esa santa bendición, al culpable con el hombre de bien; exigirlo…, atreverse a pedírmelo es, incluso, un nuevo crimen por el que el Cielo debe inevitablemente castigaros. Adiós, señora; vuestras fuerzas se debilitan, lo veo; reunid todas las que os quedan para soportar el momento cruel de vuestra aparición delante de Dios; ¡momento muy terrible sin duda, cuando sólo se llega a él para escuchar la sentencia celeste que debe hundiros en los infiernos!».

Entonces la desdichada se desmayó; y yo, ebrio de lujuria, de crimen y de maldad, di libre curso a mi polla furiosa, y la hundí en el culo de mi beata que, por morir únicamente de una enfermedad de languidez, había sabido conservar suficientes encantos para inspirarme todavía algunos deseos. Confieso que hacía mucho que no me había corrido tan bien. Acabada mi operación, desaparecí llevándome todas las joyas que pude encontrar en el cuarto; y esa misma noche supe que mi pobre penitente había entregado su alma timorata a través de las oleadas de leche con que yo había inundado su paso al otro mundo. Regalé la niña al convento, y sólo me reservé para mí las riquezas, que empezaba a preferir a cualquier otra cosa.

Sin embargo, en medio de la felicidad y de la calma tranquila que mi filosofía me permitía gozar, sentí esa clase de inconstancia, azote del alma y patrimonio demasiado funesto de nuestra triste humanidad; seco sobre todo, porque ya no había ningún goce que consiguiese despertarme. Imaginé horrores, y los puse en práctica con sangre fría; en condiciones de no negarme nada, por dispendiosos que pudieran ser mis proyectos de depravación, los emprendía al instante. Enviaba a buscar víctimas de mi lujuria hasta las islas del Archipiélago[17]; y, encontrándose cierto día mis emisarios en competencia con los del Gran Señor, tuve el orgullo y la satisfacción de enterarme de que habían arrebatado el éxito a los del sultán.

Pero ya no era todo esto lo que necesitaba; un goce simple no me hacía experimentar la menor sensación; tenía necesidad de crímenes, y no podía encontrarlos lo bastante fuertes.

Un día, examinando el Etna, cuyo seno vomitaba llamas, deseaba ser ese célebre volcán: «Boca de los infiernos», exclamé contemplándolo, «si como tú yo pudiera engullir todas las ciudades que me rodean, ¡cuántas lágrimas haría correr!». Nada

más pronunciar mi invocación, oigo un ruido a mi espalda: un hombre estaba escuchándome. «Acabáis de formular, me dijo aquel personaje, un extraño deseo. —En el estado en que me hallo, respondí con humor, se hacen más extraordinarios todavía. —De acuerdo, me responde mi hombre; pero atengámonos al que acabáis de pronunciar; y sabed por mí que es posible. Soy químico; he pasado mi vida estudiando la naturaleza, robándole sus secretos; y, dado que la inmoralidad ha alimentado mis estudios, desde hace veinte años sólo he dedicado mis descubrimientos a la desgracia de los hombres. Ya veis cómo os hablo; vuestro singular deseo me ha convencido de la confianza que podía tener en vos; sabed que se pueden imitar las terribles erupciones de esta montaña; si queréis, lo intentaríamos juntos. —Señor», dije a aquel hombre invitándole a sentarse conmigo junto a un árbol, «hablemos, por favor. ¿Es cierto que podéis imitar a un volcán? —Nada más fácil. —Y, mediante la efervescencia de ese volcán ficticio, ¿produciríamos los mismos efectos que un terremoto? —Desde luego. —¿Destruiríamos ciudades? —Las abismaríamos, conmocionaríamos la isla entera. —Hagámoslo, señor, hagámoslo; si lo conseguís, os cubro de oro. —No os pido nada, me respondió el hombre; el mal me divierte, y, cuando me entrego a él, nunca me hago pagar; sólo vendo las recetas que son útiles para los hombres, distribuyo a cambio de nada todas las que los perjudican». No podía cansarme de contemplar a aquel personaje «¡Qué feliz es uno, señor, le dije entusiasmado, cuando conoce a gentes que piensan como nosotros! Y decidme, hombre celestial, ¿qué motivo os impulsa a hacer el mal? ¿Y qué sentís al hacerlo?

—Escuchadme», me dijo Almani, que tal era el nombre de aquel químico; «voy a responder a vuestras dos preguntas. El motivo que me induce a entregarme al mal nació en mí tras el profundo estudio que hice de la naturaleza. Cuanto más he tratado de descubrir sus secretos, más la he visto ocupada únicamente en hacer daño a los hombres. Seguidla en todas sus operaciones; nunca la encontraréis sino voraz, destructiva y malvada, nunca la encontraréis sino inconsecuente, contraria y devastadora. Arrojad un instante los ojos sobre la inmensidad de los males que su mano infernal derrama sobre nosotros en este mundo. ¿De qué servía crearnos para hacernos tan desgraciados? ¿Por qué nuestro triste individuo, igual que el resto de los que la naturaleza produce, sale de su laboratorio tan llenos de imperfecciones? ¿No se diría que su arte homicida no ha querido formar sino víctimas…, que el mal es su único elemento, y que sólo para cubrir la tierra de sangre, lágrimas y luto, se ha dotado de la facultad creadora…, que sólo para desplegar sus plagas hace uso de su energía? Uno de vuestros filósofos modernos se declaraba amante de la naturaleza; pues bien, yo me declaro su verdugo. Estudiadla, seguid a esa naturaleza atroz, nunca la veréis crear más que para destruir, alcanzar sus fines sólo mediante crímenes, y engordar, como el Minotauro, únicamente con la desgracia y la destrucción de los hombres. ¿Qué estima, qué amor podríais, pues, sentir por una fuerza semejante, cuyos efectos siempre van dirigidos contra vos? ¿La veis alguna vez dispensar un don

sin que lo acompañe un grave castigo? Si os alumbra doce horas, es para sumiros otras doce en las tinieblas; si os deja gozar de las dulzuras del estío no es sino acompañándolas con los horrores del rayo; al lado de la hierba más saludable su mano traidora hace germinar los venenos; eriza la más hermosa región del mundo con volcanes que la convierten en cenizas; si se adorna un instante a vuestros ojos es para cubrirse de escarcha la otra parte del año; si nos da algún vigor durante los primeros tiempos de nuestra vida es para abrumarnos durante la vejez tanto con tormentos como con dolores; si os deja gozar un momento del extraño cuadro de este mundo es para que, al recorrer la funesta carrera que lo presenta a vuestros ojos, os asustéis a cada paso con las horribles desgracias que la cubren. Ya veis con qué arte perverso mezcla a vuestra vida un poco de placer y muchas penas; examinad con sangre fría, si podéis, las enfermedades con que os abruma, las divisiones que provoca entre vosotros, las espantosas secuelas a las que quiere que vuestras dulces pasiones se mezclen: junto al amor está la furia; junto al valor, la ferocidad; junto a la ambición, el crimen; junto a la sensibilidad, las lágrimas; junto a la prudencia, todas las enfermedades de la continencia. En una palabra, ¿en qué situación horrible os pone si el desagrado por la vida es tan grande en vuestra alma que no hay un solo hombre que quisiera empezar a vivir de nuevo si se lo ofreciesen el día de su muerte? Sí, amigo mío, me horroriza la naturaleza; y, como la conozco bien, la detesto; conocedor de sus horribles secretos, me replegué sobre mí mismo y sentí (ésta es mi respuesta a vuestra segunda pregunta), experimenté una especie de placer indecible copiando sus negruras. “Bueno, seguí diciéndome, ¿puede haber un ser tan despreciable, tan odioso como el que me dio la vida sólo para hacerme encontrar el placer en todo lo que perjudica a mis semejantes? ¡Cómo!” (tenía entonces dieciséis años), “recién salido de la cuna de este monstruo, ¡me arrastra a los mismos horrores que a ella la deleitan! Nada más nacer, no hay corrupción; es inclinación, es propensión. Por lo tanto, su bárbara mano no sabe amasar sino el mal; es decir, que el mal la divierte; y ¿he de amar a una madre semejante? No, la imitaré, pero detestándola; la copiaré; ella lo exige, pero no será sino maldiciéndola; y, furioso al ver que mis pasiones la sirven, descubriré de tal modo sus secretos que, a ser posible, me volveré más malo todavía para contrariarla mejor toda mi vida. Sus redes asesinas sólo están rendidas sobre nosotros; tratemos de envolver en ellas a ella misma masturbándola, si puedo: acorralémosla en sus obras para insultarla con más fuerza; y perturbémosla, si es posible, para ultrajarla con mayor seguridad”. Pero la puta se burló de mí, sus recursos eran mayores que los míos; luchábamos con fuerzas demasiado desiguales. Al no ofrecerme más que sus efectos, me ocultaba todas sus causas. Por lo tanto, me tuve que limitar a la imitación de los primeros; al no poder adivinar el motivo que ponía el puñal en sus manos, supe quitarle el arma, y me serví de ese acero como ella.

—¡Oh!, amigo mío», exclamé entusiasmado, «nunca conocí imaginación más ardiente que la vuestra… ¡Qué energía!… ¡Qué vigor! ¡Y cuánto mal habéis debido de hacer en el mundo con una cabeza tan viva! —Yo sólo existo por el mal y para el

mal, me respondió Almani; sólo el mal me mueve; sólo respiro cuando lo cometo; mi constitución únicamente se deleita con él. —Almani, le interrumpí calurosamente, ¿os empalmáis al entregaros a él? —Juzgad vos mismo», me dijo el químico poniéndome en la mano una polla del grosor de un brazo, cuyas venas violetas e hinchadas parecían a punto de abrirse bajo la violencia de la sangre que circulaba en ellas. «Y ¿cuáles son vuestros gustos, querido? —Me gusta ver perecer a una criatura en algunas de mis experiencias; durante ese tiempo follo a una cabra, y me corro cuando la criatura expira. —Y ¿no folláis a hombres? —Nunca; soy bestialista[18] y asesino, no me aparto de eso».

Acababa de responderme Almani cuando una lava se abrió a nuestros pies; me levanto asustado; y él, sin moverse, mientras sigue meneándose la polla con las dos manos, me pregunta flemáticamente adónde voy. «No os mováis, me dice; queréis conocer mis pasiones, venid a ver una; venid, prosiguió masturbándose, venid a ver brotar las oleadas de mi leche en las de betún y azufre con que la amable naturaleza rodea aquí nuestros pasos; me parece que estoy en los Infiernos, que me corro en sus fuegos; esa idea me divierte; no estoy aquí más que para satisfacerla». Jura, blasfema, vocifera, y su esperma lanzado vuela a apagar la lava.

«Almani, seguidme, le digo; deseo infinitamente conoceros más a fondo; tengo víctimas que ofreceros; además, quiero aprender vuestros secretos». Regresamos a mi casa. El químico admiró mi mansión, alabó mis gustos, se divirtió con mi serrallo: le di unas cabras, y le vi follárselas con placer mientras con un hilo atraía el rayo sobre la cabeza de una linda napolitana de dieciséis años, que murió en la operación; hirió mediante la electricidad a otra, que expiró en medio de horribles dolores; acumuló tanto el peso del aire sobre los pulmones de una tercera que se asfixió en medio segundo; examinaba completamente desnuda a la víctima de sus operaciones, le sobaba y besaba mucho tiempo las nalgas, le lamía el agujero del culo y, según sus palabras, encontraba en este solo episodio toda la dosis de excitación necesaria para condenar al sujeto a muerte. Sus experiencias también se dirigieron hacia muchachos, a los que trató de la misma forma. Luego me enseñó algunos de sus secretos, y procedimos a la gran experiencia que había sido el objeto del viaje. El procedimiento era sencillo; sólo se trataba de hacer panes de diez a doce libras, amasados con agua, limalla y azufre; se ponían esos panes a tres o cuatro pies debajo de tierra, a lo largo de varias leguas, a veinte pulgadas poco más o menos uno de otro; en cuanto esas masas se calentaban, la irrupción se producía por sí sola. Multiplicamos de tal forma esos depósitos que toda la isla sintió uno de las más furiosas convulsiones que la habían agitado desde hacía varios siglos; diez mil casas se derrumbaron en Mesina[19], cinco edificios públicos se desmoronaron, y veinticinco mil almas se convirtieron en presa de nuestra insigne maldad. «Querido», dije al químico nada más concluir nuestra operación, «cuando se ha hecho tanto mal juntos, lo más seguro es separarse; roma estos cincuenta mil francos, y no hablemos nunca uno del otro… —El silencio, sí, te lo prometo, respondió Almani; el dinero, lo rechazo; ¿no recordáis

que os dije que nunca me hacía pagar el mal que realizaba? Si hubiera hecho el bien en vuestra casa, aceptaría una recompensa; pero sólo he hecho el mal…, el mal que me agrada; estamos en paz. Adiós».

Mi repugnancia por Sicilia aumentó cuando provoqué esos terribles hechos; y, dándome cuenta de que nada en el mundo podría radicarme allí en el futuro, puse mis bienes en venta después de haber degollado a todos los sujetos de mi serrallo, incluida la propia Clementia, pese a su extrema lealtad hacia mí. Ofendida por mi barbarie y mi ingratitud, sorprendida al ver que le reservaba con refinamiento un suplicio más horrible que a los demás, se atrevió a hacerme reproches. «¡Oh Clementia!, le dije, ¡qué mal conoces el corazón de un libertino como yo, si no has desconfiado del destino que te preparaba! ¿No sabes que la gratitud con que crees abrumar mi alma no se convierte, sobre sus resortes gastados, sino en un vehículo más para dirigirlos hacia el crimen? ¿Y que, si siento alguna pena o algún remordimiento al inmolarte, es el de no poder hacerte más?». Murió ante mi vista, y me corrí con violencia.

Me embarqué para África con el proyecto de unirme a los bárbaros de esos horribles cantones para volverme, si podía, mil veces más feroz todavía que ellos.

Mas es aquí donde la inconstancia del destino quiso convencerme, haciéndome sentir sus reveses, que si su mano favorece casi siempre los crímenes, los que han sido verdugos deben no obstante convertirse a su vez en víctimas cuando nuevos perseguidores se presentan… Verdad que, sin embargo, no prueba nada en favor de la virtud, puesto que casi en todo momento se la ve, en los relatos que os hago, atormentada; sólo debe enseñarnos que el hombre, juguete por su debilidad de todos los caprichos de la fortuna, únicamente ha de oponerte, si es razonable, la paciencia y el coraje.

Me había embarcado en Palermo en un pequeño navío ligero que yo mismo había fletado sólo para mí. Cuando llegamos a la altura de las rocas de Quels, avistamos las costas de África. Llegados allí, un corsario berberisco nos ataca y nos roma sin ninguna resistencia de nuestra parte. En un momento, amigos míos, me veo privado de mi fortuna y de mi libertad; pierdo en un minuto todo lo que más aprecian los hombres. «¡Ay!», me dije en cuanto estuve encadenado, «si ese dinero mal adquirido cayese en mejores manos, tal vez creyera en la equidad de la fortuna; pero ¿está mejor en la bolsa de estos malvados que sólo cruzan estos parajes para poblar el serrallo del bey de Túnez? ¿Estará mejor ahí, dije, que en mi bolsillo cuando también lo utilizo para hacer serrallos? ¿Dónde reside, pues, esa sublime justicia del destino? Paciencia, éste no es sino uno de sus caprichos; uno me arruina hoy, otro me levantará».

En pocas horas llegamos a Túnez. Mi patrón me presentó al bey, quien ordenó a su bostangi[20] que me emplease inmediatamente en el huerto; y mis riquezas fueron confiscadas. Intenté hacer algunas objeciones: me replicaron que yo era sacerdote de una religión que horrorizaba a Mahoma, y que nunca se devolvían aquellos bienes.

Tuve que callarme y trabajar. Con apenas treinta y dos años, estaba por lo menos en la edad de la fuerza y, aunque debilitado por mis depravaciones, aún me sentía con toda la energía necesaria para sufrir pacientemente mi destino. Mal alimentado, mal dormido, trabajando mucho, si mi físico notaba ciertas alteraciones, mi moral, me atrevo a afirmarlo, no sentía ninguna, y por mi cabeza siempre rondaba la misma lujuria y la misma maldad[*]. Algunas veces contemplaba los muros del serrallo, a cuyos pies trabajaba, y me decía: «¡Oh, Jérôme!, también tú tuviste un serrallo, y deliciosas víctimas que lo poblaban; y ahora, por culpa tuya, te ves reducido a servir a los mismos con los que rivalizabas».

Una tarde que me entregaba a estas tristes reflexiones, veo caer un billete a mis pies; me apresuro a recogerlo. ¡Dios! ¡Cuál no sería mi sorpresa al reconocer la letra y el nombre de Joséphine…, de aquella infortunada a la que había vendido en Berlín con la certeza de que no me la compraban sino para convertirla en víctima de un crimen de depravación!

> *Es delicioso devolver bien por bien* (me decía Joséphine en aquel billete). *Me creísteis víctima de la furia de un malvado; y me entregasteis para que lo fuese: mi estrella me libró del horrible destino al que dos me destinabais. Mas si realmente la creo afortunada es en el momento en que me permite incluso romper vuestras cadenas. Mañana a la misma hora recibiréis, como prenda de mis sentimientos eternos, una bolsa con trescientos cequíes venecianos, y el retrato de aquella a la que amasteis en otro tiempo…, irá unida una carta que os informará de los medios para salvarnos los dos. Adiós, monstruo…, al que sigo amando a pesar mío; si no me pagas con la misma moneda, respeta al menos a la que… sólo se venga de ti haciéndote beneficios.*
>
> JOSÉPHINE.

¡Inconcebibles efectos del más espantoso de todos los caracteres! Mi primer impulso fue afligirme al ver que había escapado del suplicio una víctima que yo le había enviado; mi segundo impulso fue sentirme ofendido por deber un servicio a aquella… a la que nunca había querido sino dominar. «No importa, me dije, aceptémoslo, lo importante es salir de aquí. Cuando me haya servido de ella ya sabrá cuáles son, en un corazón como el mío, los resultados de la gratitud».

El segundo billete, el dinero, el retrato, todo llegó a la hora indicada. Besé el dinero, escupí sobre el retrato y leí el billete con avidez. Se me informaba de que se había convertido en dueña de una fortuna considerable que yo podría compartir con ella si quería, y, sobre todo, si lo merecía; que fuese a hablar inmediatamente, en el lugar que se me indicaba, con el patrón de un navío que me esperaba, y que acordase

con él tanto el precio que nos pedía para llevarnos a Marsella como los medios de escapar los dos.

Corro a casa del hombre del que me habla, y recibo toda clase de satisfacciones. Delmas era un viejo renegado arrepentido, que ardía por volver a ver su patria y arrancar a los turcos todas las víctimas que le fuera posible. «Mirad, me dijo, aquí tenéis una escala de seda que haréis pasar a vuestra protectora; unidle esta agua, con la que cortará sus grillos, basta que los frote con ella. Una vez en los jardines, adonde, como podréis suponer, sólo ha de llegar de noche, se trasladará a mi casa por el mismo camino que vos acabáis de tomar; la esconderé en mi barco, al que vendréis vos en cuanto los baños se abran».

Muy contento con esas buenas noticias, vuelvo a pie al serrallo; hago la señal convenida; responden a ella. Un hilo me llega; ato a él la escala, el licor, y una nota de respuesta en que hago estallar sentimientos de ternura y de gratitud…, expresados del mejor modo posible. La celosía se cierra; y al día siguiente un último billete me anuncia que la ejecución del plan será para la noche siguiente; me invitan a no olvidarlo, a fin de estar seguro de encontrar a Joséphine, su corazón y sus tesoros, a la mañana siguiente, temprano, en el fondo de la cala del barco de Delmas.

Fui puntual. No os hablaré de la escena de gratitud; fue tierna por parte de Joséphine, rociada incluso con sus lágrimas; por la mía, severa y siempre acompañada de ese sentimiento interior de maldad que me impedía que un individuo cayese en mis manos sin sentir al instante el más vivo deseo de ejercer sobre él mi dominio. Joséphine había llegado a la edad en que los rasgos, al desarrollarse, cambian en belleza su finura; era en verdad una mujer bellísima. Mientras el patrón se hacía a la vela, bebimos una botella de vino de Siracusa; y la querida joven me contó sus aventuras.

El hombre que me la compraba era Federico, rey de Prusia, quien, por el relato de su hermano, había deseado ardientemente la inmolación de aquella criatura. Bastante afortunada para escapar al espantoso suplicio que le estaba destinado gracias a aquel lacayo que la había dejado embarazada, había huido de Berlín aquella misma noche y, como yo, había pasado a Venecia. Distintas aventuras galantes la mantuvieron en esa ciudad hasta que un pirata tunecino la había raptado y vendido al bey, de quien se había convertido en favorita. Lo que me traía, aunque muy considerable, no era sin embargo más que el tercio, a lo sumo, de las riquezas con que el soberano la había colmado; pero sólo había podido llevarse aquello; eran poco más o menos quinientos mil francos. «Vamos, querida, le dije a Joséphine, hay suficiente para establecernos en Marsella; ambos somos lo bastante jóvenes para estar seguros de hacer fructificar este dinero, y para alimentar la esperanza de ser ricos un día. Mi mano, continué con toda falsedad, se convertirá en la recompensa por tus cuidados en cuanto lleguemos, si es verdad que puedes perdonarme realmente el horrible crimen del que soy culpable contigo». Mil tiernos besos de Joséphine fueron su respuesta. Estábamos ocultos a todos los ojos; la calma reinaba todavía en el barco; las dulzuras de la

libertad, los vapores de Baco, todo nos encendió hasta el punto de que los sacos sobre los que estábamos sirvieron de trono a la voluptuosidad. Hacía mucho tiempo que no me había corrido. Encontraba una mujer sobre la que mi pérfida imaginación me hacía concebir ya horribles proyectos de maldad. Joséphine fue remangada por detrás: la magnificencia de sus nalgas me tentó; estaban sorprendentemente bien conservadas: la enculé. «Reanímame», le dije cuando hube terminado; «cuenta con detalle a mi lubricidad los cuadros de las del bey ¿Cómo se comporta con una mujer? —Sus gustos son singulares, me respondió Joséphine; antes de abordarle, una mujer tiene que prosternarse, totalmente desnuda, boca abajo durante tres largas horas sobre una alfombra. Dos icoglanes[21][*] se la menean mientras tanto. Cuando su amo está empalmado, van a levantar a la mujer, y se la llevan. Ella se inclina: entonces los icoglanes le atan manos y pies. Desde ese momento tiene que dar vueltas con una rapidez prodigiosa hasta que cae. Tan pronto como está en el suelo, el bey se lanza sobre ella, y la encula; es la única manera que tiene de gozar de las mujeres; y su amor por ellas se regula por la mayor o menor rapidez con que dan vueltas. Yo sólo le gustaba por mi habilidad para dar vueltas; y todos los regalos que recibí no son sino su recompensa». Enardecido por este relato, sodomicé a Joséphine una segunda vez, y confieso que sentí una especie de voluptuosidad al sentirme en el mismo culo que hacía correrse a un emperador turco, cuando Delmas, entrando de repente, creyó que nos pillaba *in fraganti*. Venía a advertirnos que iba a hacerse a la mar; y que, libres dentro de una o dos horas, podríamos encontrarle en su camarote de capitán; fuimos allí. Como Joséphine había confiado al renegado su proyecto de establecerse conmigo en una casa comercial en Marsella, no tardé en descubrir, por las respuestas del patrón, que tenía suficiente dinero para asociarse como tercero con nosotros. Desde ese momento pensé en la manera de robarle, de degollar incluso a mis dos bienhechores y, apoderándome de sus riquezas y del barco, poner rumbo hacia Liorna, en lugar de dirigirme a Marsella, para evitar las persecuciones. Con esa intención, calenté la cabeza de Delmas por Joséphine, e induje al mismo tiempo a ésta a no mostrarse demasiado recalcitrante con las intenciones del renegado, a fin de sacarle una infinidad de aclaraciones y facilidades para la conclusión de un proyecto que yo no podía llevar solo a buen puerto, dadas mis escasas aptitudes en este apartado.

Aquellas primeras tentativas tuvieron todo el éxito que podía esperar; y a la segunda noche Delmas se acostó con Joséphine. Era cuanto yo deseaba. En cuanto pensé que estaban juntos, fuerzo al centinela, puñal en mano, a reunir en torno a mí a la mayor cantidad posible de la tripulación. «Amigos míos, les digo, ya veis hasta qué punto me traiciona ese malvado; le confío a mi mujer, y ahí tenéis el uso que hace de ella»; y, cayendo sobre la pareja dormida, quiero atravesados con mil puñaladas. Pero Delmas, despierto, parecía esperar alguna cosa; dispara sobre mí, falla. Me precipito sobre él; le apuñalo junto con el indigno objeto de su coyunda, y los dejo bañados en

su propia sangre. Subiendo entonces a cubierta, reúno a la tripulación en torno a mí, y la arengo:

«Camaradas, les digo, sólo el horror de lo que la mayoría de vosotros habéis sido testigos, me ha obligado a lo que acabo de hacer. He castigado a un malvado que no estaba hecho para mandaros, pues llevaba hasta ese punto la depravación y el impudor. Delmas iba a medias conmigo en los gastos de este viaje; y aunque me habéis visto con el traje de esclavo, no por ello dejo de poseer una fortuna igual a la suya: le sucedo por tanto por derecho. Contad con mi probidad y mi talento; yo os guiaré mejor que él. El viaje será poco más o menos el mismo: sólo cambio el destino. Piloto, dirígenos hacia Liorna: mis relaciones comerciales me aconsejan preferir ese puerto al de Marsella; y en cuanto a vosotros, amigos míos, desde hoy os doblo la paga».

Estas palabras me valieron universales aplausos. Se arrojó a los muertos al mar; yo me apoderé de todas sus riquezas; y singlamos.

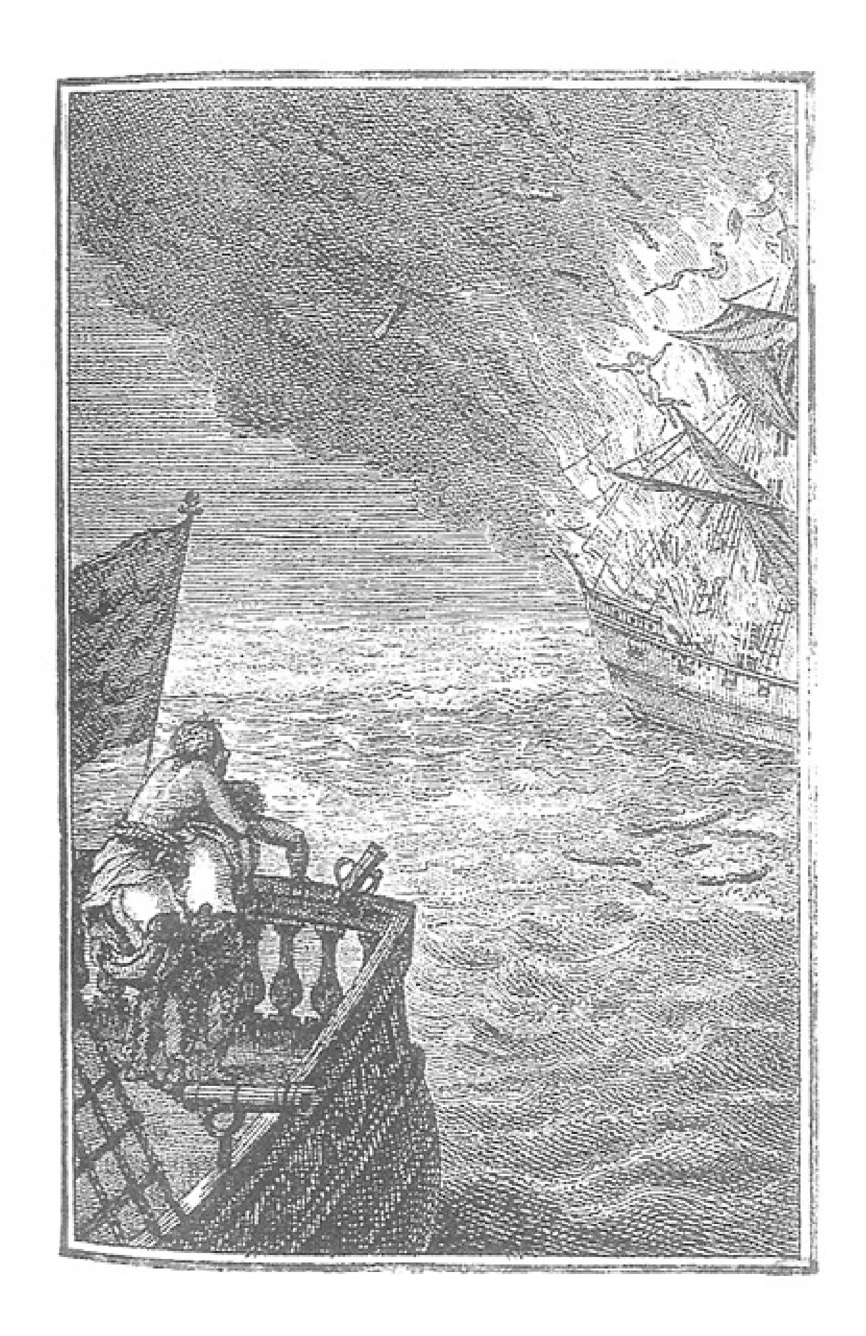
«¡Oh fortuna!, exclamé en cuanto estuve tranquilo, veo que reparas tus errores conmigo; ésta será la última de tus sacudidas, y acabarás convenciéndome, lo mismo que a cuantos sepan mi historia, que, si a veces nos lanzas de escollo en escollo, es para hacernos sentir mejor todas las delicias con que tu mano nos corona en el puerto».

Hechas las cuentas, mi captura, dejando a un lado el barco que vendí al llegar a Liorna, podía ascender a mil doscientas libras; y nadaba deliciosamente en los placeres que la esperanza hace saborear tan bien a la mente, cuando el centinela de guardia advierte que un corsario nos sigue. Reconociendo la superioridad de mis fuerzas, ordeno el abordaje; me lanzo sobre el puente, mi tripulación me sigue. La muerte vuela bajo nuestros golpes; ya estamos bañados en sangre; penetro, sable en mano, en el camarote del capitán. ¡Cielo, qué objeto sorprende mis ojos!… ¡Justo Cielo, cuál no sería mi sorpresa!… ¡Es Joséphine!… Joséphine, a la que creo haber apuñalado en el navío de Delmas. De un revés horrible abato al hombre que quiere defenderla; luego, dirigiéndome a ella: «¿Por qué fatalidad, exclamo, tu detestable persona se ofrece sin cesar a mis ojos? —Acaba con esta persona de la que estás harta», dice Joséphine abriendo su seno; «sí, apresúrate a aniquilarla esta vez. Soy culpable; te perseguía con el designio de arrancarte la vida; tú ganas, pérfido, conviértete en dueño de la mía; pero antes has de saber, si así lo quieres, la fatalidad por la que vuelves a verme cuando ya te alegrabas de mi muerte.

«Te conocía, Jérôme; tus argucias no me engañaron; se las descubrí todas a Delmas. Sospechando que te harías con los marineros, preferimos la astucia a la fuerza. El renegado me hizo evadirme de noche, en la chalupa del navío, escoltada únicamente por dos remeros; y, para descubrir mejor tus proyectos, pasó la noche con una de las sirvientas de la tripulación, a la que tomaste por mí, y a la que sin duda mataste con él, dado que eres tú el que aquí mandas. Yo debía huir rápidamente hacia un barquito que sabíamos bastante cerca de nosotros, parecido al de Delmas, y

capitaneado por un renegado como él…, ahí lo tienes, acabas de tumbarlo a tus pies. Este capitán, advertido por la carta que yo le traía, debía fingir que atacaba a Delmas, vencerle, y encadenarte. ¿No era hora de que me vengase de tus pérfidos complots? Tú ganas, Jérôme; ahí tienes a mi defensor sin vida; te lo repito, date prisa a tomar la mía. Si el Cielo me favoreciese a mí, puedes estar seguro de que no escaparías: eres un ingrato desde el momento que has podido acallar dentro de ti el órgano sagrado de la gratitud; y yo no quiero seguir siendo la amiga de un monstruo».

En este punto, con la furia uniéndose en mi alma a todos los sentimientos de asco y rabia que ya me había hecho desterrar a aquella infernal criatura, mandé cubrirla inmediatamente de cadenas y arrojarla en las calas de mi barco. Luego, remolcando el suyo con el mío, seguimos bogando hacia Liorna. Pero por la noche, algo descansado de mis fatigas, y habiendo bebido algunas botellas de vino griego, mi infernal polla recordó enseguida que yo tenía una deliciosa víctima que ofrecerle. Había cenado con un pequeño grumete al que amaba mucho y que me magreaba mientras estaba pensando. El más delicioso plan de venganza enciende al punto mi imaginación. Hago subir a la víctima a mi camarote; la entrego, uno por uno, a todos los marineros de la tripulación; mientras, yo masturbaba sus aparatos y los introducía, alternativamente, unas veces en el coño, otras en el culo. En cuanto uno de ellos había terminado, le obligaba a repartir cien latigazos de cuerda tanto en los riñones como en las nalgas que había disfrutado, y a frotarle la cara con su culo. De este modo, sesenta y cuatro hombres pasaron por su cuerpo; y recibió seis mil cuatrocientos golpes de badanas. Yo era el único que no se había corrido; me masturbaba contemplando a Joséphine desvanecida, en el suelo, en medio de mi camarote; me gustaba ver allí a la que acababa de arriesgarlo todo por mí y que, si por fin se vengaba, tenía para ello, hay que confesarlo, muy poderosos derechos. Nunca una excitación como aquélla se había apoderado de mis sentidos; la leche se me escapaba a pesar mío. Deseaba una muerte horrible para aquella criatura; veinte planes se ofrecían a mi mente, que los rechazaba enseguida por parecerle demasiado débiles. Quería reunir en su persona todos los dolores de la humanidad; y ninguno me parecía lo bastante fuerte en cuanto lo detallaba. «¡Oh, Jérôme!», exclamó volviendo a la vida y adivinando mis pensamientos, «todavía podría vivir, y vivir para amarte; sabes lo que he hecho por ti; ¿quién de nosotros se equivocó primero?». Mas, lejos de enternecerme, la zorra me electrizaba cada vez más. La pisoteaba, le propinaba golpes en el pecho, le mordía las nalgas; parecía un tigre dueño al fin de su presa, que sólo entretiene su furia para excitarse más. En una palabra, estaba ebrio de lujuria y frenesí cuando mis gentes vinieron a avisarme que el barco que remolcábamos entorpecía mucho la maniobra. Fue entonces cuando me decidí por fin al singular proyecto que vais a ver.



Mandé que atasen a Joséphine, desnuda, al mástil de aquel barco; lo cargué de pólvora; hice cortar las amarras que lo unían al mío; luego, prendiendo fuego a una mecha de comunicación, único vínculo que quedaba entre aquel baco y nosotros, lo hice volar por los aires, y me regalé, mientras follaba a mi pequeño grumete, el delicioso placer de ver caer para siempre en las olas los miembros desgarrados de aquella a la que tanto había amado en otro tiempo, y que aún hacía poco acababa de darme una fortuna y la libertad… ¡Oh, qué descarga, amigos míos! Nunca había hecho otra mejor.

Por fin llegamos a Liorna, donde tuve la ventaja de desembarcar en el mejor estado del mundo. Despedí a la tripulación; vendí el barco; y, convirtiendo rápidamente mis efectos en órdenes de pago en Marsella, después de haber descansado unos días gané por tierra esa ciudad por no querer exponerme a los peligrosos azares de un elemento cuya inconstancia había experimentado tan bien.

Marsella es una ciudad deliciosa, donde uno encuentra al mismo tiempo todo lo que puede deleitar las pasiones del libertinaje en ambos sexos. Comida excelente,

clima divino, abundancia de objetos de lujuria; ¡sí que se necesitaban para asentar a un depravado como yo! No había vuelto a ponerme el hábito eclesiástico; convencido de recuperar sus derechos en cuanto quisiera, me encontraba a gusto gozando durante algún tiempo las libertades del hábito del mundo. Alquilé una bonita casa en el puerto; un excelente cocinero, dos muchachas para servirme, y dos magníficos alcahuetes, a uno de los cuales adjudiqué la parte de los putos, mientras encargaba al otro de la parte de las mujeres; los dos me sirvieron tan bien que, en mi primer año, ya había visto más de mil muchachos y cerca de mil doscientas jóvenes. Existe en Marsella una casta de estas criaturas, conocida con el nombre de Chaffrecane, formada exclusivamente por niños de doce a quince años que trabajan en las manufacturas o en los talleres, que proporciona a los depravados de la ciudad los objetos más lindos que sea posible encontrar[22]. Rápidamente agoté esa clase, y no tardé mucho en secarme con ella, como lo había hecho con lo demás; cuando el crimen no acompañaba mi goce, me resultaba imposible encontrarlo bueno. De acuerdo con estos principios no tardé en buscar los medios para poner en circulación a un tiempo mis felices talentos y mis gustos.

Tales eran mis proyectos cuando uno de mis emisarios me trajo un día una joven de dieciocho a veinte años con la figura más deliciosa que fuera posible ver, y sabia, según me aseguraron, como la propia Minerva. La extrema miseria en que se hallaba era lo único que la decidía a dar aquel horrible paso; y me suplicaban que, si podía, la colocase sin abusar de su desamparo. Aunque aquella joven no hubiera sido bella como el día, bastaba el estado en que me la presentaban para inflamarme la cabeza. Divertirme y engañarla fue la primera pillería que mi imaginación me sugirió: y fue para cumplir ese piadoso proyecto por lo que ordené a mi hombre que se retirase, después de introducir a su presa en mi gabinete. Sorprendido por los rasgos de la joven, me resultó imposible emprender nada antes de haberla interrogado sobre su nacimiento. «¡Ay!, señor, me respondió; nací en Lyon; mi madre se llamaba Henriette; yo me llamo Hélène. Víctima de la perversión de un hermano que había abusado de ella, mi desdichada madre murió, según dicen, en el cadalso. Yo soy el fruto de ese horrible incesto, y los terribles reveses de mi cuna han sido causa de todos los de mi vida. Hasta los once años no viví más que de caridades. Una señora me recogió a esa edad, me enseñó a trabajar; y no me encontraría en la horrible situación en que me veis, si no hubiera tenido la desdicha de perderla. Luego me faltó el trabajo, y preferí mendigar mi pan antes que lanzarme al libertinaje. Sed generoso, señor; aliviadme sin abusar de mi estado, y quedaréis cubierto por las bendiciones del Cielo y las mías». Hélène bajó los ojos tras estas palabras, sin sospechar el sorprendente desorden que acababa de sembrar en todas las partes de mi constitución. Era imposible que yo no reconociese, en aquella encantadora criatura, la niña que había tenido de mi prima Henriette…, de aquella víctima desgraciada de la perversión de mi primo Alexandre, y de mi espantosa maldad… Nunca ninguna hija se pareció más a su madre: aunque Hélène no hubiera dicho una palabra, me habría sido igual de

fácil acordarme de su nacimiento con sólo examinarla. «Hija mía, le dije, vuestro relato está lleno de interés; quizá deba emocionarme más que a cualquier otro; mas no es menos cierto que no conseguiréis nada de mí sin la más ciega sumisión a todo lo que va a seros prescrito. Empezad por desnudaros. —¡Oh, señor! —Nada de resistencias, corazón, no me gustan; y no tenéis nada que esperar de mí si no os prestáis con la resignación más completa a toda la extensión de mis caprichos». Las lágrimas fueron la respuesta de Hélène; y cuando creyó darse cuenta, por la brutalidad de mis acciones, de que yo tenía pocas ganas de escuchar sus súplicas, cedió, cubriendo mi pecho con sus lágrimas. Hélène tenía demasiados encantos y demasiados tirulos sobre el alma de un libertino como yo para que pudiese siquiera concebir la idea de perdonarla. No ha habido nunca piel más bella, culo tan fresco y tan redondo, virginidad más segura. Mi polla, furiosa, no tardó en perforarla; llego hasta el fondo, lanzo una leche espumosa; y mi triste hija no tarda en convertirse en madre a su vez. Ése fue, amigos míos, el origen del nacimiento de Olympe, a la que seguís viéndome joder todos los días en vuestro serrallo, y que, como veis, reúne el triple honor de ser a un tiempo mi hija, mi nieta y mi sobrina.

Con Hélène pasé pronto del incesto a la sodomía. Enculo a aquel delicioso resultado de mis cojones. Del culo paso a la boca: si ella me hubiera presentado mil goces, mis fogosos deseos aún no habrían quedado satisfechos. Harto de joder, la azoré, la abofeteé, la hice cagar. No hubo una sola lubricidad de la que no la convirtiese en víctima durante las más de cuatro horas que duró aquella primera sesión. Saciado de lujuria, creí que debía declararle por fin a quién se enfrentaba. «Hélène», le dije teniéndola todavía completamente desnuda en mis rodillas, «¿sentirías alguna repugnancia si encontrases al padre incestuoso que hizo ahorcar a tu madre después de haberla follado? —Me hacéis temblar. —Y si ese monstruo existiese…, si estuviera en tus brazos, Hélène…, en tu culo»; y me metía en él mientras decía estas palabras. Hélène se desmayó. Mis violentas sacudidas en el fondo de su trasero no tardaron en devolverla a la vida. Me corrí. «Hija mía, le dije cuando hube terminado:

Je t'en ai dit assez pour te tirer d'erreur;
Eh bien, connais ton père et toute sa fureur[23].

Sí, es a mí a quien debes la vida. El hermano de tu madre y yo fuimos causa de la muerte de esa madre desdichada; pero todo queda reparado con el trabajo que me he tomado para hacerte un hijo. Vive conmigo: necesito una mujer que sirva a mis placeres y vele por mis intereses; sé tú esa mujer; y nada de escrúpulos. Recuerda que conmigo tienes que prestarte a todo: unas veces víctima, otras directora, no hay uno solo de mis deseos que no debas servir; y, a la menor resistencia, tal vez no me importe volver a sumirte en el horrible estado en que te has ofrecido a mis ojos: uno de los conspiradores contra la vida de tu madre bien podría convertirse en tu

verdugo». Hélène se arroja a mis pies; me suplica no volver a pensar en los errores de la que le había dado la vida, y me promete hacerme olvidarlos mediante una sumisión sin límites. Desde ese momento la instalé en mi casa, a tirulo de arna de llaves; y en Marsella, la dulce Hélène sustituyó a mi Clementia de Mesina.

Fue poco tiempo después de ese encuentro cuando me enamoré locamente de un muchacho de dieciséis años, bello como Adonis, pero cuya frialdad, debida al amor que sentía por una muchacha de su edad, me desesperaba todos los días. Imbert, ése era el nombre del joven, me había otorgado sin embargo su confianza, y pronto su amistad incluso, merced a las facilidades que yo le procuraba para ver a su amante en mi casa. Euphémie era corpulenta, digna de ser pintada, de figura agradable, sin duda, pero infinitamente inferior en atractivos a los deliciosos del joven que me había enloquecido. Amigo del padre y de la madre de Euphémie, con los que mantenía relaciones sólo por mi deseo de servir a Imbert, eran pocos los días que no nos visitásemos mutuamente. Fue en el seno de esa intimidad donde concebí, para gozar de Imbert, el más infernal proyecto que hasta entonces había salido de mi cerebro. Empecé por difamar sorprendentemente al joven Imbert ante los padres de Euphémie; y, a fuerza de artificios y astucias, hice caer al joven en tales trampas que acabé volviéndole odioso a los autores de la vida de su amada. Una vez las cosas en esta situación, no me resultó difícil agriar a Imbert contra unas personas de las que parecía tan mal visto; y de la acritud al crimen, en un alma ardiente no hay a menudo más que un paso. Imbert comprendió que, mientras los padres de Euphémie estuviesen en este mundo, no debía contar con la felicidad. Sin embargo, éstos eran jóvenes e Imbert muy impaciente. Aprovecho un momento de ardor. Mediante un discurso insidioso, le presento a la vez el mal y el remedio. Imbert, seducido, sólo se preocupa de una cosa. «¿Querrá Euphémie al asesino de sus padres? —¿Y por qué revelarle ese hecho? —Lo sospechará. —Nunca. Además, seré yo el que actúe; no es más que vuestro consentimiento lo que pido. —¡Oh, Cielo!, ¿dudáis de que os lo dé? —Lo quiero por escrito. —De acuerdo»… Y éste fue el escrito que Imbert me dio:

> *Harto de las persecuciones que soporto, ruego a mi amigo Jérôme que me compre rejalgar para hacer perecer enseguida a los padres de Euphémie, que se obstinan en negarme a su bija.*

La debilidad, la confianza de la juventud, la hacen, como puede verse, caer en muchas trampas. Por poco disimulada que estuviera ésa, el bueno de Imbert se metió en ella sin pensar; y en cuanto fui dueño del billete envenené en una cena a los enemigos de su amada. Euphémie no sospechó nada; pero el luto y su dolor la obligaron sin embargo a ausentarse varias semanas. Una vieja tía se la llevó al campo. «Imbert», dije al joven, «esa maniobra no me gusta nada. La ausencia puede enfriar a vuestra ámame; pueden renovarse en su alma las impresiones de sus padres; no la dejemos ahí, dadme nuevos poderes, y corro a traerla». Imbert firma por

segunda vez cuanto yo quiero. A la cabeza de una partida de bandidos a los que pago a precio de oro, me introduzco en la casa de campo de la tía; yo mismo la apuñalo; mi gente, a quien dejo el saqueo de aquella rica alquería, se deshacen rápidamente de todos los criados. Euphémie es llevada a una casa de campo retirada, alquilada expresamente por mí, cerca de Marsella: llevo allí a Imbert y a Hélène. Y entonces: «Amigo mío», digo al joven, «ya veis todo lo que he hecho por vos; es hora de recompensarme. —¿Qué exigís? —Vuestro culo. —¡Mi culo! —No poseeréis a Euphémie hasta que no haya conseguido lo que pido. —¡Oh, Jérôme, sabéis el horror que siento por ese crimen! —Imbert, ahí está vuestra querida; la oís», proseguí yo induciéndole a prestar oído a una conversación que expresamente hacía mantener a Hélène y a Euphémie: «si no os dejáis encular, nunca la poseeréis. —Bueno, satisfaceos, malvado; pero que Euphémie no sepa nada…, sentiría horror por mí… —¡Oh!, creed que nunca…». Y mi polla furiosa penetraba, al decir estas palabras, en el más delicioso trasero que había jodido desde hacía mucho tiempo. Follo largo rato, traspaso al bello joven, le lleno el culo de leche, pero sin calmar la violenta agitación en que me encuentro. Son horrores lo que he imaginado, son horrores lo que mi alma corrompida necesita. «Un momento», digo al joven retirándome de su trasero; y, después de haberlo encerrado en mi cuarto, corro a la habitación donde se encuentra Euphémie. «Sujetadme a esta joven, le digo a Hélène; tengo que follarla». Se dejan oír sus gritos; enseguida los ahogan bárbaras precauciones; y heme aquí en el bonito coño virgen de la querida, todo palpitante aún de los placeres que acaba de darme el culo de su amante. «Id a buscarme al joven que he encerrado en la habitación contigua, le digo a Hélène, que os ayude uno de mis criados, y sobre todo, agarradle bien cuando entre». Imbert aparece. Si su asombro es imposible de describir, el placer que siento en el momento en que entra es muy distinto sin duda. «¡Malvado!, me dice Imbert queriendo abalanzarse sobre mí, «¡oh, monstruo infernal!». Pero está bien agarrado. «Amigo mío», respondo al joven sin asustarme ante sus amenazas, «mira este puñal; ahora mismo atravieso el corazón del objeto de tus deseos si no vienes para que te bese el culo mientras la follo». Imbert se estremece; su amiga, que no puede hablar, le anima con el dedo; se coloca. Para mí es la señal de un cambio de mano; paso rápidamente del coño al culo, sin variar la postura de mi goce, y me embriago con el divino placer de besar las nalgas del amante mientras sodomizo a la querida. Pero el desdichado Imbert, a quien Hélène contiene ante mis impulsos, no sabe hasta dónde he llevado la perfidia en el momento precioso de la crisis…, en ese momento terrible en que el libertino sin principios se zambulle con tanta delicia en los últimos refinamientos de la infamia. Le hago bajar, le muestro a su querida, inundada de sangre y traidoramente atravesada por las dieciséis puñaladas en el corazón y en las tetas que le he propinado. Se desmaya. Hélène lo devuelve a la vida; pero sólo recobra los sentidos para ver expirar a Euphémie y para abrumarme con invectivas. «Joven imprudente», le digo disfrutando deliciosamente de mi crimen; «mira tus billetes, y todos los derechos que sobre ti me has dado… Si dices una

palabra, te pierdo; hasta este mismo crimen será considerado obra tuya; Hélène y yo daremos testimonio de tus atrocidades, y morirás en el cadalso». Yo todavía sigo empalmado. «Veamos tu culo. Una vez follé a una querida sobre el cadáver de su amante; hoy quiero follar al amante sobre el de su querida, para poder determinar cuál de esas dos acciones procura más placer». Nunca extravío alguno fue semejante. Hélène me hacía besar su hermoso culo mientras tanto; el criado, que la había ayudado, me enculaba; follé el cadáver de Euphémie; se lo hice follar a su amante. Saciado de horrores, mando en busca del oficial de justicia. Hélène y yo declaramos contra Imbert; los billetes lo confirman. Yo añado que, habiendo llevado a pesar nuestro a su querida a la casa, los celos le habían empujado a ese crimen. A pesar de su edad, Imbert resultó convicto de crímenes tan atroces que fue ajusticiado. ¡Y yo respiro! ¡Yo, el instrumento, el autor de todos aquellos desórdenes, vivo tranquilamente! El cielo me reservaba para cometer otros; no tardé mucho. Hélène no era segura; hablaba demasiado. Seguí el sistema de Maquiavelo: «No tiene que haber nunca cómplices, dice ese gran hombre, o hay que degollarlos después de haberlos utilizado». En ese mismo mes, en la misma casa de campo, en la misma habitación, Hélène fue condenada por mí al suplicio más violento que hasta entonces había hecho sufrir a una víctima. De allí regresé tranquilamente a Marsella para bendecir al destino por el éxito siempre seguro con que le agradaba coronar mis crímenes.

Aún pasé algunos años en esa ciudad sin que me ocurriese nada capaz de interesaros; mucho libertinaje, estafas, pequeños homicidios secretos, pero nada relevante. Fue entonces cuando oí hablar de vuestra célebre abadía de Sainte-Marie-des-Bois. El deseo de asociarme a vosotros hizo nacer en mí el de una conversión simulada, el de una recuperación de los hábitos. Supe que era posible, mediante algunos sacrificios a la dataría[24] de Roma. Corrí a esa capital de la superstición cristiana; hice al santo padre una especie de confesión general; pedí mi reingreso en la orden; di la mitad de mis bienes a la iglesia y, merced a esa generosa cesión, obtuve la reintegración de todos mis derechos y el permiso para vivir en Sainte-Marie. Ésa fue la época que me reunió con vosotros, mis queridos cofrades: ¡ojalá me conserve Dios en ella mucho tiempo! ¡Porque si el crimen tiene algunos atractivos fuera, desde luego tiene muchos más aquí, donde, cometido a la sombra y en silencio, está exento de todos los temores y de todos los peligros que en el mundo le acompañan con demasiada frecuencia!

CAPÍTULO XII

Fin de las aventuras del convento. De cómo Justine lo deja.
Posada donde los viajeros harán bien en no detenerse.

Lejos de calmar el enardecimiento general, como se había preciado Sévérino, los relatos que acababan de oírse habían electrizado de tal modo las cabezas que inmediatamente se decidieron a variar los objetos del libertinaje. "Quedémonos sólo con seis mujeres, dijo Ambroise, y reemplacemos a las otras por muchachos. Estoy harto de no ver, desde hace cuatro horas, más que coños y tetas a nuestro alrededor; y cuando se tienen preciosos ganimedes enjaulados, no veo ninguna razón para estar rodeados de coños. —Bien dicho», exclamó Sévérino, cuya polla enfurecida asomaba seis pulgadas en la mesa; «que vayan enseguida a buscarnos ocho chicos; y de las chicas quedémonos únicamente con Justine, con Octavie, y con estas cuatro hermosas criaturas de dieciséis a dieciocho años que rodean a Jérôme en este momento». La escena cambia; aparecen unos chicos; y ya tenemos a nuestros monjes enculando, haciéndose follar y empleando a las chicas únicamente como blancos de sus crueles lujurias. «¡Rediós!», dice Ambroise retirando su polla excitada del culo de un delicioso puto de trece años, «no sé qué imaginaría ni qué haría en el asombroso delirio que abrasa mi cabeza. Me dan ataques de rabia contra esta niña», continúa señalando a Octavie… «No sería la primera cuya expulsión hayamos decretado el mismo día de su llegada… Rebosamos de nuevas mujeres; todavía nos quedan por recibir esta semana dos o tres que valen más que éstas; entre otras tenéis una criatura de diecisiete años hecha como los ángeles, y que me ha parecido la persona más hermosa que ha entrado aquí desde hace mucho tiempo. Procesemos a esta pequeña zorra; todos la hemos follado; no hay ninguno de nosotros que no le haya metido la polla en el coño, en el culo o en la boca; volviendo a empezar, sería siempre lo mismo, etc. —Me opongo, dijo Jérôme; no todo el mundo se cansa tan pronto como Ambroise: todavía nos quedan mil placeres, a cual más excitante, que saborear con esta niña. Vejémosla, démosle tormento, nada más justo, pero no la inmolemos todavía.

—¡Bien!», dijo Ambroise que se encarnizaba en ella manteniéndola entre sus piernas, «puesto que se me niega lo que quiero, la condeno a lo siguiente: exijo que aquel de nosotros que no tenga ganas de cagar) le ponga un puñal en el pecho y se lo hunda irrevocablemente y sin remisión si no traga los zurullos de los otros cinco… —Delicioso…, divino, exclamaron Sylvestre y Sévérino. —Me gusta hasta la locura la cabeza de Ambroise. Hace mucho, dijo Antonin, sí, palabra de honor) hace mucho que sólo me corro con las ideas de este maricón. Pero ¿qué harán los que hayan cagado? —Justine, dijo Ambroise, será condenada a limpiarles el culo con la lengua;

otra chica agarrará una de las pollas de nuestros jodedores y se la introducirá alternativamente en el culo mientras uno de los putos se la chupará y otro les soltará pedos en la boca. —¿Y entonces todo habrá terminado?, dijo Sylvestre; hostias, ¡pues sí que es gran castigo tragar cinco zurullos! Yo sólito me como todos los días una docena para mis placeres. —No, no, dijo Sévérino, no habrá terminado; a medida que el monje que haya cagado vaya a ser jodido, tendrá derecho a imponer a la víctima una penitencia de sangre. —¡Enhorabuena!, dijo Ambroise, con semejante cláusula acepto el trato; no querría nada sin eso».

Dieron principio las infamias proyectadas; llegaron a su colmo. La edad y la belleza de aquella joven no hicieron sino encender mejor a los malvados; y la saciedad, más que la conmiseración, al enviarla por fin a su cuarto, le devolvió, al menos por algunas horas, la calma que necesitaba.

Justine, que sentía por aquella preciosa criatura la mayor amistad, y que deseaba otorgarle en su corazón el espacio que Ónfale había ocupado mucho tiempo en él, hizo lo imposible por conseguir ser su institutriz; pero Sévérino se empeñó por encima de todo en que nuestra heroína fuese a dormir a su celda. Ya hemos dicho que esta hermosa niña había tenido la desgracia de excitar más vivamente que ninguna otra los espantosos deseos de aquel sodomista; desde hacía un mes se acostaba con él casi todas las noches; a pocas mujeres había enculado con tanta asiduidad; encontraba una decidida superioridad en el corte de sus nalgas, un calor, una estrechez indecible en su ano; ¿se necesita algo más para decidir las inclinaciones de un maricón? Pero esa noche, agotado, el lascivo tenía necesidad de refinamientos. Temiendo, sin duda, que aún no hacía suficiente daño con la monstruosa espada de que estaba provisto, ésta vez se le ocurrió encular a Justine con un consolador de doce pulgadas de largo por siete de grosor. La pobre niña, asustada, quiso hacer algunas reclamaciones; recibió como respuesta amenazas y golpes; por lo tanto se vio obligada a presentar el culo. A fuerza de sacudidas, el arma penetró muy adentro; Justine lanza grandes chillidos; al monje le divierten. Tras varias idas y venidas, retira de repente el instrumento, y se engulle él mismo en el agujero que acaba de entreabrir. ¡Qué capricho! ¿No es eso precisamente todo lo contrario de lo que los hombres deben desear?

Por la mañana, encontrándose algo descansado, quiso probar otro suplicio. Mostró a Justine un aparato mucho más grueso todavía que el de la víspera: era hueco, y estaba provisto de un pistón que lanzaba agua con una energía increíble por una abertura que daba al chorro más de dos pulgadas de circunferencia. Aquel enorme instrumento tenía además nueve de grosor por trece de largo. Sévérino lo llena de agua muy caliente y quiere introducirlo por delante. Asustada por semejante idea, Justine se arroja a sus plantas para pedirle gracia; pero el monje está en una de esas situaciones enérgicas en que ya no se oye a la piedad, en que las pasiones mucho más elocuentes la sustituyen, ahogándola, por una crueldad a menudo muy peligrosa. Sévérino la amenaza con toda su cólera si no obedece. Justine se presta temblando.

La pérfida máquina penetra dos tercios; y el desgarramiento que ocasiona, unido al extremo calor que tiene, está a punto de privarla del uso de los sentidos. Mientras tanto, el superior, sin cesar de insultar las mismas partes que maltrata, se hace masturbar por una de sus jóvenes de guardia sobre las nalgas de la otra. Tras un cuarto de hora de este frotamiento, que Justine ya no puede seguir soportando, el pistón se dispara y hace saltar el agua hirviendo a lo más profundo de la matriz. Justine se desmaya. Sévérino se extasía; en ese estado de estupor la encula, le pellizca el pecho para devolverla a la vida; por fin ella abre los ojos. «¿Qué te ocurre?, le dice el monje; si esto no es nada; nosotros tratamos estos atractivos con mucha mayor dureza algunas veces. Una ensalada de espinas, ¡demonios!, bien sazonada, bien avinagrada, hundida en el coño a punta de cuchillo; es lo que necesitan estos atractivos para revigorizarlos; a la primera falta que cometas, te condeno a ese castigo», dice el malvado, que se corre, con esa idea, en el delicioso culo de su víctima… «Sí, zorra, te condeno a ese castigo, y quizá a algo peor, antes de dos meses». Por fin amanece el día, y Justine es despedida.

Al volver, encontró a su nueva amiga en llanto. Hizo lo que pudo para calmarla; pero no es fácil resignarse a un cambio de situación tan espantoso. Octavie tenía un gran fondo de virtud, de sensibilidad y de religión: por eso su estado no le parecía sino terrible. Contenta sin embargo de encontrar un alma que respondiese a la suya, no tardó en estar con nuestra amable huérfana en la más estrecha relación; en esa asociación ambas encontraron más fuerza para soportar sus comunes desgracias.

Pero la triste Octavie no gozó mucho tiempo de estas dulzuras. Era cierto lo que le habían dicho a Justine de que la antigüedad no influía para nada en las reformas, que, dictadas simplemente por el capricho de los monjes, o por sus temores a posteriores pesquisas, lo mismo se podían sufrir al cabo de ocho días que al cabo de veinte años. No hacía más que dos meses que Octavie estaba en el convento cuando Jérôme fue a anunciarle su reforma, a pesar de ser él quien daba la impresión de buscarla con más cuidado…, a pesar de acostarse ella en su aposento con mayor asiduidad, e incluso la víspera misma de esta terrible catástrofe. No estaba sola: una divina criatura, de veintitrés años, que había vivido en el convento desde que naciera) una joven realmente superior a todos los elogios, y cuyo carácter tierno y compasivo iba de maravilla con el tipo de figura romántica que había recibido de la naturaleza, un ángel, en fin, fue reformado el mismo día; y, contra toda costumbre, los monjes decidieron que serían inmoladas juntas. Se llamaba Mariette esta deliciosa criatura, de la que se decía que Sévérino era el padre. Se ordenaron los mayores preparativos para esta ceremonia sanguinaria, y como nuestra heroína fue lo bastante desdichada para figurar en el número de las invitadas, elegidas ese día por la sublimidad de sus atractivos, se nos perdonará que insistamos por última vez en los execrables desenfrenos de aquellos monstruos.

Es fácil imaginar, desde luego, que si se elegía a Justine para asistir a esas orgías no era sino por un refinamiento de la más horrible crueldad: se conocía la extremada

sensibilidad de su carácter; se sabía que era amiga de Octavie; ¿se necesitaba algo más para desear que participase en la fiesta? Habían hecho lo mismo con Fleur-d'épine, bella, dulce, de veinte años, y la amiga más tierna de Mariette: también tenía que asistir a aquellos funerales. Todos estos rasgos sirven para el desarrollo del corazón de estos malvados; y si los ponemos al descubierto no es por nada.

Diez mujeres más, elegidas todas ellas de quince a veinticinco años, y de la más sublime belleza; seis jóvenes putos, asimismo elegidos por la mayor delicadeza de rasgos, de trece a quince años exclusivamente; seis folladores de veinte a veinticinco, escogidos por el grosor o la longitud de su miembro; por último tres dueñas, de treinta y cinco a cuarenta años, para el servicio interior; éstos fueron los sujetos admitidos en el infernal sacrificio que se preparaba.

Como se sabe, la cena tenía lugar en la bodega situada junto a la que ya estaban encerradas las víctimas. Las agrupaban allí a la caída del día; pero en estas ocasiones la costumbre prescribía que cada monje debía recogerse previamente durante una hora en su celda, con dos chicas o dos chicos, elegidos entre los invitados; y fue con Justine, y con otra joven de su clase llamada Aurora, y casi tan bella como nuestra heroína, con las que Sylvestre, padre de una de las víctimas, quiso encerrarse.

Vamos a detallar las ceremonias que se observaban en este recogimiento preliminar.

El monje, hundido en un sillón, con los calzones desabotonados, y la mayoría de las veces desnudo de cintura abajo, escuchaba con agrado a una de las jóvenes que debía acercársele con las varas en la mano, para decirle las siguientes palabras, a las que respondía como vamos a ver.

«¡O sea, malvado, que ya estás decidido al más horrible de los crímenes, y al crimen con que vas a mancharte! —Eso espero. —¡Cómo, monstruo! ¿Ningún consejo, nada de lo que se te diga, ningún temor al Cielo o a los hombres conseguiría apartarte de ese horror? —No hay fuerza divina ni humana que sea capaz de detenerme. —Pero ¿y Dios que te ve? —Me cago en Dios. —¿Y el infierno que te espera? —Me importa un bledo el infierno. —¿Y los hombres, que acaso un día descubran tus indignidades? —Me río de los hombres y de sus juicios; sólo pienso en el crimen, sólo me gusta el crimen, sólo respiro para el crimen, y sólo el crimen marca cada uno de los instantes de mi vida».

Había que subrayar luego el género y la naturaleza del delito, en sus detalles, en sus relaciones; decir, por lo tanto, en este momento a Sylvestre, y de eso fue de lo que se encargó Justine: «¡Cómo!, desdichado, ¿no piensas que se trata de tu hija, que es ella la que vas a inmolar) una criatura encantadora, nacida de tu sangre? —Qué me importan esos lazos; para mí se convierten en otras tantas razones más; querría que me perteneciese más íntimamente todavía…, que fuese más interesante, más bonita», etcétera.

Entonces las dos mujeres cogían al lascivo; una lo inclinaba sobre ella, la otra lo azoraba con toda su energía; se relevaban; y, mientras lo flagelaban, no dejaban de

agobiar al paciente con invectivas y reproches, sacando siempre sus palabras del crimen que el malvado meditaba. En cuanto sangraba, las mujeres se postraban sucesiva y respetuosamente a sus plantas delante de su polla, y trataban de conseguir que se le levantase a fuerza de chuparla. Entonces el monje las hacía desnudarse a su vez, y se entregaba a la lascivia que mejor le parecía, con tal de que no marcase el cuerpo de la joven, que debía aparecer intacto ante la asamblea.

Todo lo que se acaba de decir fue puntualmente ejecutado por Sylvestre; y, terminados estos preliminares, derribó, plegó, arrebujó a Aurore y Justine una sobre otra, y de esta forma encoñó unos instantes a las dos. Les cacheteó las nalgas, las abofeteó, les ordenó adorar su culo y lamérselo en prueba del respetuoso homenaje que le rendían; y tras haberse calentado vivamente la cabeza con el extremado placer que iba a recibir del infanticidio planeado, bajó a la bodega apoyado en esas dos jóvenes que, aquella noche, según la costumbre, debían cumplir a su lado las funciones de jóvenes de guardia.

Todo el mundo estaba reunido; Sylvestre era el último en llegar. Las dos víctimas, vestidas con crespones negros y coronada la cabeza de ciprés, estaban colocadas una al lado de la otra sobre un pedestal elevado a la altura de la mesa y en uno de sus extremos. A Octavie se la veía por delante, a Mariette por detrás; sus gasas, levantadas en una y otra de esas partes, dejaban verlas totalmente desnudas. Las mujeres estaban colocadas en una hilera, las dos tropas de hombres en otras dos, los monjes en el centro, y las [res dueñas rodeaban a las víctimas. Sylvestre, encargado del discurso, subió a una tribuna frente al pedestal, y se expresó de la siguiente manera:

«Si algo hay sagrado en la naturaleza, amigos míos, es, sin duda, el derecho imprescriptible que concede al hombre a disponer de su semejante: el homicidio es la primera de las leyes de esa naturaleza inexplicable a ojos de los necios, y que filósofos como nosotros saben analizar tan bien; sólo mediante el sacrificio recupera la naturaleza cada día los derechos que le roba la propagación; porque, sin los homicidios privados o políticos, el mundo estaría tan lleno que sería imposible vivir en él. Pero si hay una ocasión en que el homicidio se vuelve un goce delicioso, hemos de admitir, amigos míos, que con toda seguridad es en el caso en que estamos. No hay nada, en efecto, más delicioso que desembarazarse de una mujer de la que se ha gozado mucho tiempo. ¡Qué manera tan divina de servir los propios gustos! ¡Qué homenaje a la saciedad! Ved este culo», prosiguió el orador (señalando a Mariette), «este culo que tanto tiempo supo servir a nuestros placeres; ¡ved este coño (señalando a Octavie) que, aunque menos antiguo, no por eso ha saciado menos nuestras pollas! ¿No es hora de que objetos tan detestables hoy vuelvan por fin al seno de la nada de la que sólo salieron para nuestras voluptuosidades? ¡Oh, amigos míos, qué goce! En pocas horas la tierra va a cubrir estas carnes execrables; no volverán a dar asco a nuestros lascivos apetitos…, no indignarán más nuestros ojos…, dentro de pocas horas estas miserables habrán vivido; apenas nos quedará una débil idea de su

existencia; sólo conservaremos de ellas el recuerdo de sus suplicios. Una, Octavie, dulce, bella, tímida, virtuosa, honesta y sensible, fue dotada del cuerpo más hermoso posible; pero era poco complaciente: su orgullo natural no la abandonó nunca; y recordaréis que no hace muchos días os visteis obligados a hacerle sufrir las diferentes correcciones anexas de vuestros reglamentos a todos los delitos de que constantemente se hacía culpable. Nunca pudo disimular su profundo asco por vuestras costumbres, su aversión por vuestros santos usos, su odio por vuestras respetables personas; y, fiel a sus horribles principios religiosos, a menudo la habéis visto invocar a su mismo Dios en el momento en que servía a vuestras lubricidades. A Jérôme le interesaba algo; lo sé, a Jérôme le gustaba su culo, lo festejaba casi todos los días; y aunque Jérôme ya no se empalme, aunque la boca se haya convertido en su único asilo debido a su debilidad, sabéis que Jérôme, vivamente excitado por la superioridad de las nalgas de esta joven, la ha sodomizado más de veinte veces. Sin embargo, la sentencia se ha pronunciado a petición del propio Jérôme, y Jérôme es tan justo que vais a verle, estoy seguro, volverse uno de los verdugos más encarnizados de Octavie. Mirad, amigos míos, examinad con qué ojos la contempla; ¿no os sugiere la idea del león codiciando al cordero que va a convertirse en su presa? ¡Felices efectos de la saciedad! Se diría que embotáis todos los resortes del alma, y que de vosotros nacen las más dulces emociones de la lubricidad.

«Junto a esa bella Octavie, a vosotros se muestra Mariette: las nalgas que os presenta han calentado muchas veces vuestros deseos; no hay una sola voluptuosidad en el mundo a la que no la hayáis sometido. Mariette era bella y dulce. ¡Oh naturaleza!, déjame derramar aquí algunas lágrimas…», y el bribón las fingía. «Me doy cuenta de que tu murmullo no se apaga, que uno no es padre impunemente. Pero todos los sentimientos deben extinguirse en esta cátedra de verdad, pues el honor no debe rendir homenaje más que a la verdad. ¡Cuántos vicios se mezclaron a las virtudes de Mariette! Era malhumorada, desabrida, rebelde a vuestras opiniones y vuestras costumbres, unida por preferencia a todas las gazmoñas del serrallo, tratando de conocer, de seguir, incluso, una religión de la que nosotros nunca le habíamos hablado y que sólo conocía a través de la conversación de las devoras, a las que buscaba cuidadosamente. Mariette carecía de complacencia en sus deberes; había que presionarla para satisfacerlos; y nunca se anticipaba a nada. Pocas jóvenes han sido más castigadas que Mariette; y, pese a las preferencias que se me ha visto a menudo otorgarle, ¡cuántas veces no se me ha oído, sacrificando todo a la justicia, denunciarla yo mismo al tribunal de vuestras correcciones! Soy yo quien hoy os pide su muerte; a propuesta mía ha sido aceptada; y soy yo quien os ruega hacerla horrible; seguid el plan que sobre esto he de ordenaros y nunca víctima alguna habrá sido atormentada con mayor crueldad.

«Valor, amigos míos, prosiguió el orador con entusiasmo; gracias a la firmeza de nuestros caracteres, hemos llegado al último grado de la corrupción reflexionada; que nada nos detenga ahora, y recordemos bien que no hay más desdichado en el crimen

que quien se detiene en el camino. Sólo a fuerza de gozar del crimen se llegan a descubrir sus verdaderos atractivos. Absolutamente distinto de las mujeres, que nos cansan debido a la multitud de veces que se han entregado a nosotros, el crimen, por el contrario, nunca nos deleita más calurosamente que cuando nos atiborramos de él; y la razón es muy sencilla: hay que estar familiarizado con él para conocer bien todos sus encantos. Por lo tanto, sólo a fuerza de seguirle se debe terminar por adorarle. El primero repugna; es cosa de la falta de costumbre; el segundo divierte, el tercero embriaga; y si en esa feliz carrera no se opusiese nada a los fogosos deseos del hombre, éste no tardaría mucho en marcar todos los instantes de su existencia con crímenes. Dudar de que la mayor cantidad posible de la felicidad que debe encontrar un hombre en la tierra está irrevocablemente en el crimen es dudar, ciertamente, de que el astro del día sea el primer móvil de la vegetación. Sí, amigos míos, así como ese astro sublime es el regenerador del universo, así el crimen es el centro de todos los fuegos morales que nos abrasan; el astro hace desarrollarse los frutos de la tierra; el crimen hace germinar todas las pasiones en el corazón del hombre; él sólo las inflama y vivifica; él sólo es útil para el hombre. ¡Eh!, ¿qué importa que el crimen ultraje al prójimo si nos deleita individualmente? ¿Es que existimos para el prójimo, o para nosotros? ¿Puede hacerse razonablemente semejante pregunta? Ahora bien, si el egoísmo es la primera ley de la razón y de la naturaleza; si, decididamente, sólo vivimos y existimos para nosotros, no debemos tener por sagrado más que lo que nos deleita. Todo lo que se aparte de ahí es falso, está sujeto a error, y hecho únicamente para ser despreciado por nosotros. Oigo a veces decir que el crimen es peligroso para el hombre; me gustaría que me explicasen de qué manera. ¿Se me dirá que lo es porque viola los derechos de otro? Pues siempre que tengan los otros el de vengarse, me parece que queda restablecida la igualdad de derechos; desde ese momento el crimen, por lo tanto, ya no viola nada. ¡Es inaudito cómo los eternos sofismas de la necedad consiguen destruir la suma de la felicidad moral de los humanos! ¡Oh, cuánto más felices serían todos si todos quisieran ponerse de acuerdo para gozar! Pero se presenta la virtud a sus ojos; les engañan sus apariencias seductoras; se dejan extraviar por ella; y ya tenemos todas las bases de la felicidad destruidas. Desterremos, pues, y por siempre, de nuestra feliz sociedad esa pérfida virtud; detestémosla como merece serlo; que el desprecio más excesivo y los más severos castigos sean siempre entre nosotros la justa recompensa de los que querrían abrazar sus leyes. En cuanto a mí, renuevo mi juramento de huir de ella…, de detestarla toda mi vida. ¡Oh!, felices cofrades míos, ¡que todos los corazones respondan a mi voz, y que en este recinto ya sólo haya verdugos y víctimas!».

Cubierto de elogios, Sylvestre bajó de la tribuna, y las escenas dieron principio. Se apoderan de los coños de la sala, cuya forma hexagonal ofrece un reducto a cada uno. Manojos de velas iluminaban aquellos rincones, en cada uno de los cuales había una vasta otomana y una cómoda provista de cuanto la lujuria más desordenada…, más atroz, hacía necesario para aquellos malvados. Dos muchachas, un puto y un

follador escoltaban a los monjes en sus nichos. Las dueñas bajaron primero a Octavie, luego a Mariette, y las presentaron, encadenadas y desnudas, en el pequeño cuarto de cada uno de los monjes.

En esa primera gira, la víctima debía recibir una vejación de tal naturaleza que, suponiendo que viviese, quedara marcada para toda la vida. Al mismo tiempo, cada monje debía grabar en la espalda o sobre las nalgas de esa víctima el tipo de suplicio al que la condenaba.

Sévérino, a quien enculaban mientras sodomizaba a un puto, besando culos a derecha e izquierda y recordando una de las pasiones contadas por Jérôme, arrancó uno de los dientes de Mariette y quemó las tetas de Octavie. Ignoramos cuál fue la sentencia que pronunció; las que dictaron los demás tampoco han llegado hasta nosotros.

Clément le tronzó un dedo a Octavie, e hizo una herida bastante profunda en la nalga derecha de Mariette; mientras, le chupaban, y él masturbaba pollas.

Antonin peló los dos coños con el depilatorio turco conocido con el nombre de *rusma*[1][*]; follaba el de Justine, y lamía el de Aurore, mientras le sodomizaban.

Ambroise, al que enculaban, y que se lo devolvía a Fleur-d’épine mientras chupaba un coño, reventó los dos bellos ojos de Mariette con una aguja de oro, y cortó el dedo meñique de la mano derecha de Octavie. Eyaculó su leche, cosa que le enfureció tanto contra Fleur-d’épine que inmediatamente le aplicó trescientos latigazos, aunque ya no estaba empalmado y en su acción no hubiese otra cosa que venganza.

Sylvestre acribilló las nalgas y las tetas de su hija, y cortó con sus dientes los dos pezones de las de Octavie; mientras tanto le azotaban, y su puto le chupaba la boca a la vez que una muchacha le chupaba la polla.

Jérôme, a quien dos jóvenes, arrodilladas, chupaban alternativamente, y al que se enculaba con energía, cortó la oreja derecha de Mariette, y mediante una pinza se llevó un gran trozo de carne del bello culo de Octavie.

Una vez concluida esta gira, deliberaron sobre el siguiente tema:

¿Serían sacrificadas las víctimas de aquella forma, una por una? ¿Se expondría a todas a la vez a la furia de los monjes? ¿O uno solo serviría de verdugo, mientras los otros examinaban? Antes de pronunciarse sobre este punto, se procedió a la lectura de las seis opiniones en torno a los suplicios; como varias apoyaban que fuesen impuestos por cada monje, decidieron seguir con las giras; pero Sylvestre pidió dos cosas, que le fueron concedidas de forma unánime; la primera, que antes de seguir adelante las víctimas fueran expuestas durante una hora a los goces particulares de los monjes, y que los tormentos no comenzasen sino después; la segunda, que sólo él asestaría el golpe mortal a su hija. Una vez tomadas estas resoluciones, se colocó un sofá en medio de la bodega; los seis putos y las doce jóvenes lo rodearon, formando los grupos más lascivos y más libertinos. Los folladores debían seguir a los monjes, y encularlos mientras operaban.

Sévérino folló los dos culos, dejando en cada uno huellas inequívocas de su barbarie.

Clément no folló, pero apaleó cruelmente a las dos víctimas; las dejó molidas a golpes.

Antonin folló los dos coños; luego, por temor, según dijo, a haber hecho nacer un feto, hundió un largo alfiler en cada vagina, pero tan bien…, tan profundamente, que nunca se pudo recuperar.

Ambroise enculó a las dos víctimas, y estrujó sus dos pechos hasta el punto de que se desvanecieron.

Sylvestre folló los dos coños, haciendo en el vientre, en el seno y en las nalgas de aquellas criaturas más de veinte incisiones cruciales a punta de navaja. El granuja se corrió haciendo otra de tres pulgadas en la mejilla derecha de su hija.

Jérôme azotó a las dos con un cilicio de puntas de acero, que las hizo sangrar y que les arrancaba trozos de carne enteros del culo; luego folló las dos bocas.

Las giras vuelven a empezar; y los monjes se parapetan cada uno en su rincón, con muchachas o muchachos, o con unas y con otros, según el capricho que en el momento los excitaba.

Justine estaba con Ambroise. ¿Quién sería capaz de imaginar que este malvado tuvo la crueldad de exigirle, de verle ejercer un suplicio sobre el cuerpo de Octavie, su amiga muy amada? Y, tras la negativa formal que hizo, Justine fue denunciada a la asamblea, que se reunió inmediatamente para decretar el castigo debido a una falta tan grave. Se abrió el código penal: Justine incurría en el artículo séptimo. Pero como sólo se trataba de cuatrocientos latigazos, [res miembros mantuvieron la opinión de someterla al castigo prescrito por el artículo duodécimo[*]; los otros tres se enfrentaron a esa opinión, no porque les pareciera demasiado cruel, sino simplemente porque su puesta en práctica interrumpiría la sesión demasiado rato. Así pues, Justine fue condenada simplemente a recibir doscientos latigazos de mano de cada monje, que le fueron aplicados en el acto con esa especie de energía que comúnmente se emplea cuando uno está empalmado, como lo estaban aquellos caballeros.

Fleur-d’épine, que servía a Sylvestre, ofreció enseguida a la sociedad el mismo tipo de delito: aquel bárbaro padre de Mariette quiso obligar a la amiga de su hija a quemarte las tetas con un hierro candente. Fleur-d’épine se resistió. Sylvestre, furioso…, Sylvestre, empalmado como un asno, exhalando leche por todos los poros, se encargó de la corrección en persona; y, sirviéndose de un grueso garrote, apaleó tan cruelmente a aquella desgraciada que se vieron obligados a llevársela casi muerta. Aquello se convertía en una falta contra el reglamento de la sociedad. Sévérino pidió cuentas a Sylvestre de su conducta: los castigos debían ser impuestos por la asamblea misma, y ejecutarse en común. Pero, si se probaba que uno estaba empalmado, y que el insulto era demasiado violento para ser tolerado, se le absolvía en el acto. Como es fácil imaginar, Sylvestre utilizó ese recurso. Hicieron venir a otra joven, y ya nadie volvió a pensar en un hecho que no obstante pudo costar la vida a aquella desdichada.

Mientras, los malos tratos se prolongaban y aumentaban hasta el punto de que, de no haberlos interrumpido para sentarse a la mesa, las víctimas nunca habrían podido llegar al término prescrito para las orgías de ese tipo. Así pues, fueron entregadas a las dueñas, que las bañaron, las refrescaron, las vendaron y volvieron a ponerlas sobre el pedestal, donde permanecieron desnudas durante toda la cena, expuestas a todas las indignidades con que agradase a los monjes castigarlas.

Es fácil suponer que, en esta clase de fiestas, las lujurias, las lubricidades y los horrores eran llevados a su colmo. En aquélla, los monjes quisieron comer exclusivamente sobre el culo de las jóvenes; otra, a sus pies, les chupaba alternativamente la polla y los cojones; y era en el culo de los muchachitos donde estaban hundidas las velas; sus servilletas habían limpiado los culos durante quince días, y cuatro grandes cuencos de mierda formaban las cuatro esquinas. Las tres dueñas, desnudas, servían a los monjes, y únicamente les presentaban vinos con los que previamente se habían lavado las nalgas, el coño, las axilas, la boca y el agujero del culo. Con independencia de todo esto, cada monje tenía a su lado un pequeño arco y varias flechas con las que de vez en cuando se divertía atravesando el cuerpo de las víctimas; lo cual producía acto seguido una fuentecilla de sangre, cuyos chorros rociaban los platos.

Respecto a la comida, era exquisita. La profusión, la abundancia, la delicadeza, todo reinaba en ella; los vinos más raros sólo se sirvieron a los postres; desde ese momento no se vio otra cosa que los licores más espirituosos; y no tardaron las cabezas en notarlo.

«No conozco nada, dijo Ambroise tartajeando, que esté mejor amalgamado que los placeres de la borrachera, de la glotonería, de la lujuria y de la crueldad; es inaudito lo que se hace, lo que se inventa, cuando se tiene la cabeza bien ebria; y las fuerzas que Baco presta a la diosa de la Lubricidad siempre redundan en provecho de esta última. —Es tan cierto, dijo Antonin, que nunca me gusta entregarme al libertinaje sino en el seno de la borrachera más fuerte; sólo entonces me encuentro verdaderamente a gusto. —A nuestras zorras, dijo Sévérino, no les gustaría esa cláusula; porque, cuando nuestras cabezas están electrizadas por el vino o los licores, reciben malos tratos». En ese instante se oyó un grito terrible, que salía de los pies de Sévérino. Este monstruo, sin ningún motivo, sin más razón que la de hacer el mal, acababa de hundir su cuchillo en la teta izquierda de una joven de dieciocho años, bella como Venus, que estaba chupándosela. Corría en abundancia la sangre; la desdichada se desmayó. Aunque era el superior, Sévérino fue interrogado por la causa de aquella crueldad. «Me ha mordido al chupármela, respondió, ha sido la venganza la que me ha obligado a actuar. —¡Oh, me cago en San!, dijo Clément, ese delito es horrible; exijo que la puta sea castigada de conformidad con el artículo decimoquinto del código, que ordena colgar por los pies una hora a toda joven que falte al respeto a los monjes. —Sí, dijo Jérôme; pero eso es así en el curso ordinario de la vida; en medio del servicio libidinoso, la pena es más grave; se trata de dos meses de prisión,

a pan y agua, y fustigada dos veces al día; exijo que se cumpla el reglamento. —A mí no me parece, dijo Sylvestre, que ese caso esté previsto exactamente por la ley; y exijo un castigo riguroso, e igual de imprevisto. Quiero que la delincuente sea castigada por la mano de todo el mundo, y que, para ello, la hagamos pasar un cuarto de hora con cada miembro en uno de los calabozos más negros de este subterráneo, con orden a cada uno de tratarla tan mal que esté un año en cama; Sévérino será el último en pasar». Esta opinión se impone. La víctima, cuya sangre se han cuidado mucho de restañar, se encuentra ya en tal estado que se ven obligados a llevarla al lugar de su destino. Todos aquellos malvados pasan por allí sucesivamente; y, después de horrores, sin duda, es llevada a su cama, donde muere al día siguiente.

En cuanto nuestros seis lascivos se reunieron de vuelta de esa infernal expedición, las dueñas anunciaron que tenían necesidad de cagar: «En los platos, en los platos, dijo Clément. —En nuestras bocas», dijo Sylvestre. Fue este último parecer el que prevaleció; y ahí tenemos a nuestros monjes, ayudados por una vieja subida a la mesa, apoyada en la cara del lascivo, al que inunda pronto de pedos, ventosidades y mierda.

«Servirse de estas viejas zorras, dijo Jérôme, cuando tenemos a nuestras órdenes tantos objetos jóvenes y preciosos, es, a mi parecer, la prueba más completa que podemos ofrecer de nuestra depravación. —¡Eh!, ¿quién duda, replicó Sévérino, de que la vejez, la suciedad y la fealdad proporcionan a menudo placeres mucho mayores que la lozanía y la belleza? Los miasmas emanados de tales cuerpos poseen un ácido mucho más excitante. ¿No veis a todo el mundo preferir la caza manida a la carne fresca? —También yo soy de esa opinión», dijo Sylvestre lanzando a su hija una flecha que la alcanzó en la reta derecha y que al punto hizo brotar la sangre; «cuanto más feo, viejo y repugnante es el objeto mejor se me empina; y voy a demostrároslo», continuó apoderándose del viejo Jérôme y hundiéndole la polla en el culo. «Me siento muy halagado por la demostración, dijo Jérôme; jode, amigo mío, jódeme; si hubiese que comprar el placer de tener una polla en el culo con más bajeza y más humillación, seguiría pareciéndome que pago el placer muy barato». Y el infame, volviéndose con ternura para lamer a su querido follador, le soltó en las narices una andanada de vino emanada de la compresión que su estómago acababa de recibir…, eyaculación tan terrible que Sylvestre, expelido por la tormenta, fue a rociar con la misma lluvia la cara de Clément, a cuyo lado se hallaba, pero que, más firme, o más hundido en el fango, no abandonó la compota que comía y en la que sin embargo había caído toda la salsa[2]. «Ved qué constancia la de este maricón», dijo Ambroise, que se encontraba al otro lado; «apuesto a que le cagan en la boca y no se molesta. —Caga», dijo Clément: Ambroise lo hace; Clément traga, y la comida termina por fin.

El primer parecer fue azotar a todos los muchachos en las nalgas y a todas las muchachas en las tetas, entreverándolos con toda exactitud. Los que azotasen a los muchachos permanecerían en el suelo; los que golpeasen los pechos se subirían a

unos sillones contra los que las muchachas apoyarían la espalda. «¡Maravilloso!, dijo Antonin; pero habrá que obligar a los ganimedes a cagar mientras los azotan; y a las chicas a mear durante la misma operación, y eso, so pena de los castigos más graves. —Bien dicho», exclama Jérôme, tan borracho que apenas podía levantarse de la mesa. Lo disponen todo. Imposible imaginar la barbarie con que aquellos malvados flagelaban, desgarraban despiadadamente tanto los culos más bellos del mundo como los senos de rosa y alabastro ofrecidos a su brutalidad. Sévérino, que estaba muy empalmado, fue tentado por un encantador puto de trece años cuyas nalgas chorreaban sangre. Lo agarra, pasa con él a un gabinete, y lo devuelve al cabo de un cuarto de hora en tal estado que la asamblea quedó convencida de que el superior, siguiendo su costumbre con los muchachos, acababa de interpretar unos episodios tan crueles que el joven bien podría no reponerse. Jérôme, a ejemplo del superior, también había aislado sus placeres: se había llevado a Aurore y a otra joven de diecisiete años, muy bonita, y las había sometido a humillaciones tan desesperantes, a actos de ferocidad tan monstruosa, que las dos tuvieron que ser llevadas a sus habitaciones.

Todos los ojos se volvieron entonces hacia las dos víctimas. Permítasenos arrojar un velo sobre las atrocidades que remataron estas orgías execrables. Sería insuficiente nuestra pluma para pintarlas, y nuestros lectores demasiado compasivos para escucharlas con sangre fría. Limítense a saber que los suplicios duraron seis horas, durante las cuales se puso en práctica todo lo más feroz que puede imaginar la crueldad, mezclado con episodios lascivos de un grado de monstruosidad tal que nunca los Nerones ni los Tiberios pudieron inventar nada semejante.



Sylvestre se hizo notar por el inconcebible encarnizamiento con que atormentaba a su hija…, bella, sensible y encantadora criatura con la que el malvado tuvo, como había deseado, el horrendo placer de hacerla expirar bajo sus golpes. ¡Ahí tenemos al hombre cuando sus pasiones lo extravían! ¡Ahí lo tenemos, cuando sus riquezas, su crédito o su posición lo sitúan por encima de las leyes! Justine, agotada, fue lo bastante feliz para no verse obligada a acostarse en el aposento de nadie. Se retiró a su celda, derramando lágrimas muy amargas sobre el horrible destino de su más tierna amiga, y desde entonces no se ocupó más que de su proyecto de evasión. Absolutamente decidida a todo para huir de aquella espantosa guarida, ante nada se arredró para conseguirlo. ¿Qué podía ocurrirle poniendo en práctica el proyecto? La muerte. ¿De qué estaba segura quedándose? De la muerte. Y si lo lograba, se salvaba. ¿Cómo dudar entonces? Pero antes de ese intento los funestos ejemplos del vicio recompensado habían de reproducirse ante sus ojos. Estaba escrito en el gran libro de los destinos, en el libro oscuro que nadie entiende; en él estaba grabado que todos los que la habían atormentado, humillado, cargado de cadenas, recibirían continuamente

ante su vista el premio por sus fechorías…, como si la Providencia se hubiese impuesto la tarea de mostrarle el peligro o la inutilidad de la virtud… Funestas lecciones que sin embargo no le corrigieron y que, aunque aún tuviese que escapar a la espada suspendida sobre su cabeza, no le impedirían, decía ella, seguir siendo la esclava de esa divinidad de su corazón.

Una mañana, sin que nadie se lo esperase, Antonin llega al serrallo y anuncia que Sévérino, pariente y protegido del papa, acaba de ser nombrado por Su Santidad general de la orden de los benedictinos. Al día siguiente, el religioso se marcha efectivamente sin ver a nadie. Se decía que esperaban a otro mucho más feroz y depravado. Nuevos motivos para Justine de apresurar la ejecución de su proyecto.

Al día siguiente de la marcha de Sévérino los monjes se disponían para una nueva reforma. Justine eligió ese momento para poner en práctica su plan, dado que éstos, más ocupados, se fijarían menos en ella.

Era a principios de la primavera; las noches parecían lo bastante largas todavía para favorecer sus intentos; venía preparándolos desde hacía dos meses en medio de un misterio inconcebible. Serraba poco a poco las rejas de su gabinete con unas malas tijeras que había encontrado; su cabeza pasaba ya fácilmente entre ellos; y con su ropa interior había hecho una cuerda más que suficiente para salvar la altura del edificio. Cuando le recogieron sus harapos, había tenido cuidado, como creemos haber dicho, de quedarse con su pequeña fortuna, que siempre había ocultado cuidadosamente; al partir, volvió a ponerla entre sus cabellos; y, cuando creyó dormidas a sus compañeras, pasó a su gabinete. Allí, abriendo el agujero que había tenido cuidado de tapar todos los días, ató la cuerda a uno de los barrotes que no estaba deteriorado y, dejándose deslizar, por ese medio no tardó en tocar tierra. No era esto lo que más la tenía preocupada; los seis recintos de setos vivos de los que le había hablado Ónfale la intrigaban mucho más.

Una vez abajo, se dio cuenta de que cada espacio, o avenida circular dejada entre un seto y otro, sólo tenía seis pies de largo; y era esa cercanía la que hacía creer a simple vista que todo lo que había en aquella parte sólo era un macizo de bosque. La noche estaba muy oscura. Dando la vuelta a esa primera avenida circular, llegó a la altura de la ventana de la gran bodega donde se celebraban las orgías fúnebres. Viendo muchas luces, fue lo bastante atrevida como para acercarse; y allí oyó con toda claridad a Jérôme decir a la asamblea: «Sí, amigos míos, os lo repito, ahora Justine tiene que ser la primera en pasar; es lo más cierto; espero no encontrar un solo oponente a mi propuesta. Ninguno, desde luego», respondió Antonin, amigo de Sévérino: «Yo la he ayudado y protegido hasta este momento porque le gustaba a este honrado compañero de nuestras depravaciones; al cesar los motivos de mi interés, me convierto en el primero en pediros con insistencia que esta opinión pase sin reclamaciones». No hubo más que una votación: algunos fueron incluso del parecer de enviar en su busca al momento; pero, después de pensárselo, se decidió que había que dejarlo para quince días más tarde. ¡Oh, Justine, qué escalofrío se apoderó de tu

alma al oír pronunciar así tu sentencia de muerte! ¡Desventurada niña! Poco faltó para que no tuvieses fuerza suficiente para dar un solo paso. Reuniendo sin embargo toda su energía, se da prisa y sigue dando vueltas hasta encontrar el extremo del subterráneo. Al no hallar ninguna brecha, decide hacer una; había conservado las tijeras de que hemos hablado; provista de aquella arma, trabaja; sus manos se desgarran, nada la detiene. El seto tenía más de dos pies de espesor; lo entreabre, y llega por fin a la segunda avenida. ¡Cuál no es entonces su sorpresa al no sentir a sus pies más que una tierra blanda y flexible en la que se hunde hasta el tobillo! A medida que avanza, más profunda se vuelve la oscuridad. Curiosa por conocer la causa de aquel cambio del suelo, palpa con las manos: ¡justo Cielo! ¡Es la cabeza de un cadáver lo que coge! «¡Gran Dios!, exclama asustada, aquí debe de estar, como me habían dicho, el cementerio en que estos verdugos tiran a sus víctimas; apenas si se molestan en cubrirlas de tierra. Tal vez este cráneo sea el de mi querida Ónfale, o el de esa desdichada Octavie, tan bella…, tan dulce…, tan buena, y que en la tierra se pareció a las rosas de cuyos atractivos era imagen. Dentro de quince días, ay de mí, éste hubiera sido mi sitio; no puedo dudarlo, acabo de oírlo… ¿Qué ganaría yendo a buscar nuevos reveses? ¿No he cometido suficiente daño?… ¿No me he convertido en causa de un número de crímenes suficientemente grande? ¡Ah, cumplamos mi destino! Asilo de mis amigas, ¡ábrete para recibirme! Cuando una está tan desamparada, tan abandonada, cuando es tan pobre como yo, ¿por qué hay que sufrir tantas penas para vegetar un poco más de tiempo entre monstruos? Pero, no, debo vengar la virtud encadenada; esa virtud lo espera de mi valor, no nos dejemos abatir, avancemos. Es esencial que el universo sea liberado de malvados tan peligrosos como éstos. ¿Debo tener miedo a causar la perdición de seis hombres para salvar a los millares de individuos que su ferocidad sacrifica?». Abre un agujero en el seto; éste es más espeso que el otro; a medida que avanza los encuentra más cerrados. Sin embargo, la brecha va ensanchándose; pero al otro lado el suelo es más firme; y nuestra heroína llega al final del foso sin haber encontrado la muralla de que le había hablado Ónfale; probablemente no existía; era verosímil que los monjes lo dijesen para provocar más miedo.

Menos encerrada a partir de aquella séxtuple muralla, Justine distingue mejor los objetos. La iglesia y el cuerpo del edificio adosado a ella no tardan en ofrecerse a sus miradas; el foso bordeaba una y otro. Se guarda mucho de intentar franquearlo por ese lado; lo bordea; y viéndose frente a una de las rutas del bosque, decide atravesarlo por allí y lanzarse al camino que tiene ante sus ojos en cuanto haya remontado la escarpadura. El foso era muy profundo, pero seco; como el revestimiento era de ladrillo, no había medio de dejarse deslizar por él, por lo que se lanza al fondo. Algo aturdida por la caída, tarda algunos instantes en recuperarse; por fin se levanta, continúa su camino y alcanza el otro borde sin obstáculo; pero ¿cómo subir? A fuerza de buscar un lugar cómodo, descubre uno donde algunos ladrillos demolidos le dan a un tiempo la facilidad de utilizar otros como escalones y la de hundir, para sostenerse,

la punta del pie en la tierra. Estaba ya casi en la cresta cuando, desmoronándose todo a sus pies, vuelve a caer al foso cubierta por los escombros que su caída arrastra; se cree muerta. Aquella caída, ocurrida de forma involuntaria, había sido más dura que la otra; los materiales que la habían seguido magullaron incluso algunas partes de su cuerpo; estaba muy quebrantada. «¡Oh Dios!, dijo en tono desesperado, no sigamos adelante, quedémonos aquí; lo que me pasa es un aviso del Cielo…, no quiere que continúe. Mis ideas me engañan sin duda; el mal tiene una utilidad sobre la tierra; y cuando Dios lo desea, quizá sea un error oponerse». Mas la prudente y virtuosa Justine, rebelándose contra un sistema, fruto demasiado desgraciado de la corrupción que acababa de rodeada, y hallando más facilidad para remontar por la brecha que acaba de hacer debido a los nuevos agujeros que se han formado, lo intenta de nuevo, y en un instante se ve encima de la cresta. Todo esto la había apartado del camino que había visto; pero, tras volverlo a encontrar con la mirada, lo alcanza y empieza a huir a la carrera. Antes de acabar el día se encuentra fuera del bosque y, enseguida, sobre el montículo desde el que tiempo atrás había divisado la indigna casa de la que ahora escapaba con tanto placer. Empapada en sudor, descansa un momento; y su primer cuidado es postrarse de rodillas para dar gracias a Dios, para pedirle perdón nuevamente por las involuntarias faltas que ha cometido en aquel receptáculo odioso del crimen y la infamia. Amargas lágrimas brotaron al punto de sus bellos ojos. «¡Ah!, se dice; cuando el año pasado seguí esta misma ruta, guiada por un principio de devoción tan funestamente burlado, era mucho menos culpable. ¡Oh, Dios, en qué estado puedo contemplarme ahora!».

Una vez algo calmadas estas funestas reflexiones por el placer de verse libre, Justine prosigue su camino hacia Dijon, imaginándose que sólo en esa ciudad podrían ser útil y legítimamente oídas sus quejas.

Estaba en su segunda jornada; totalmente apaciguados sus temores a ser perseguida, sin embargo tenía llena la cabeza de todos los horrores de que acababa de ser a un tiempo testigo y víctima. Hacía calor; y, siguiendo su costumbre de ahorrar, se había apartado del camino para encontrar un refugio donde pudiese hacer una ligera comida que la pusiera en condiciones de esperar la llegada de la noche. Un pequeño claro del bosque, a la derecha del camino, en cuyo centro serpenteaba un arroyo límpido, le pareció apropiado para refrescarse. Apagada la sed con aquella agua fresca, alimentada con un poco de pan, la espalda apoyada contra un árbol, dejaba circular por sus venas un aire puro y sereno que la descansaba…, que calmaba sus sentidos. Allí, reflexionando en aquella fatalidad casi sin ejemplo que, a pesar de las espinas que la rodeaban en la carrera de la virtud, siempre la devolvía, pasara lo que pasase, al culto de aquella divinidad y a actos de amor y resignación hacia el Ser supremo de la que es imagen, de pronto una especie de entusiasmo se apodera de su alma: «¡Ay, se dice, ese Dios bueno al que adoro no me abandona, porque, incluso en este instante, acabo de reparar mis fuerzas! ¿No es a él a quien debo este favor? ¿Y no hay en la tierra seres a quienes les es negado? Por lo tanto no soy totalmente

desgraciada, dado que hay quien todavía es más digno de lástima que yo… ¡Ah!, ¿no lo soy mucho menos que las infortunadas que dejo en esa guarida del vicio de donde la bondad de Dios me ha hecho salir como por una especie de milagro?…». Y, llena de gratitud, se había postrado de rodillas para dar gracias al Ser supremo cuando se dio cuenta de que su acción atraía sobre ella las miradas de una bella y corpulenta mujer, bastante bien vestida, que seguía su mismo camino. «Hija mía», le dijo aquella mujer con cariño, me parece que estáis muy preocupada. Es fácil leer en vuestra fisonomía que una violenta pesadumbre os aflige… También yo, mi querida pequeña, soy desdichada. Dignaos confiarme vuestros dolores; yo os daré parte de los míos; nos consolaremos juntas, y de esa confianza mutua tal vez nazca ese sentimiento tan dulce de la amistad por el que los seres más desdichados aprenden a soportar sus males compartiéndolos como hermanos. Sois joven y bonita, mi querida niña, y eso es mucho más de lo que se necesita para encontrar espinas en la carrera de la vida. Los hombres son tan malvados que basta con tener lo que puede interesarles para excitar con más energía, sólo por eso, toda su perfidia contra nosotras».

El alma de los desgraciados se abre fácilmente a los consuelos que se presentan. Justine mira a quien la interroga; al parecerle de bellísima figura, treinta y seis años como máximo, inteligencia, un aspecto honesto, le coge la mano, derrama lágrimas y le dice: «¡Oh, mi querida señora. —Venid, ángel mío», le responde al punto con afecto Mme. d'Esterval; «entremos en esa venta; la conozco, ahí estaremos tranquilas; ahí me contaréis vuestras desgracias y ahí os haré saber las mías; y el resultado de esta dulce confianza tal vez nos haga menos desdichadas».

Justine se deja convencer. Entran en la posada. Madame d'Esterval hace los honores: al punto les sirven una excelente comida en una habitación particular, y la conversación se vuelve más íntima.

«Mi querida niña», dice nuestra nueva aventurera después de haber fingido que derramaba algunas lágrimas por las desgracias de su compañera, «mis infortunios tal vez no sean tantos como los vuestros, pero son más constantes y, si me atrevo a decirlo, más amargos. Sacrificada desde mi infancia a un marido al que detesto, desde hace veinte años tengo ante mi vista al hombre del mundo por el que siento mayor horror; y desde esa triste época me veo cruelmente privada del único ser que habría podido hacer la felicidad de mi vida. A lo largo de las fronteras del Franco Condado y de Borgoña reina un vasto bosque en cuyo fondo mi marido tiene un albergue, bastante fácil de encontrar por los que siguen esa ruta ignorada; pero ¡justo Cielo!, ¿debo confesároslo, querida?, ese miserable, abusando de la situación aislada de ese oscuro reducto, roba, saquea y degüella a todos los que tienen la desgracia de apearse en su albergue. —Me hacéis estremecerme, señora. ¡Gran Dios! Ese monstruo ¿asesina? —Querida niña, apiádate de mi vergüenza y de mis infortunios; hasta yo misma sería degollada si denunciase su comportamiento. Además, ¿puedo intentar quejarme?… Me deshonro si quiero infamar a mi esposo. ¡Oh, Justine!, soy la más desgraciada de las mujeres; por todo consuelo sólo me queda unir a mi triste destino,

si puedo, alguna honesta criatura como tú mediante la cual tal vez consiga arrebatar a la furia de ese monstruo la mayor parte de sus víctimas. ¡Cuánto necesitaría yo una mujer así! Sería la dulzura de mi vida, la égida de mi conciencia, mi apoyo, mi recurso en el horrible estado en que me encuentro… Amable niña, si pudiese inspirarte suficiente piedad…, suficiente confianza para convencerte de que te unas a mi suerte…, ¡ah!, serías mucho más mi amiga que mi criada; no serían sueldos lo que te ofrecería, sería la mitad de lo que poseo… Bueno, Justine, ¿sientes en ti valor para aceptar lo que te propongo? La certeza de contribuir a tan buenas acciones ¿inflama tus nobles sentimientos de virtud? ¿Y podría al fin preciarme de haber descubierto una amiga?». Antes de que Justine se pronunciara, ambas bebieron un vaso de vino de Champagne; y ese licor delicioso, cuya singular propiedad determina a un tiempo en el hombre todos los vicios y todas las virtudes, no tardó en dictar a la prudente Justine que no abandonase en la desgracia a una mujer tan interesante como la que le procuraba el destino. «Sí, señora», dijo a su nueva amiga; «sí, contad con ello, os seguiré a todas partes; lo que me ofrecéis son ocasiones de virtud; ¡cuántas gracias no debo dar al Eterno por ponerme en condiciones de ejercer con vos esa facultad tan activa de mi corazón! ¡Quién sabe si, a fuerza de buenos consejos, de paciencia y de excelentes ejemplos no terminaremos corrigiendo a vuestro marido! ¡Serán tan ardientes las súplicas que dirigiremos al Cielo!… ¡Ah, preciémonos de triunfar un día!…». Y al ver Mme. d’Esterval, mientras Justine decía estas palabras, un crucifijo, se postra compungida a los pies del ídolo: «Dios de los cristianos», exclama llorando, «¡cuánta gratitud te debo por este encuentro; consérvame mucho tiempo esta amiga y recompénsala por su celo!».

Levantan la mesa; Madame d’Esterval paga ampliamente todo el gasto; y ya tenemos a nuestras dos mujeres en marcha.

De la hostería de la que partían a la de d’Esterval había poco más o menos quince leguas, seis de las cuales debían hacerse cruzando lo más espeso del bosque. Nada tan apacible como aquel camino, nada tan interesante, tierno y virtuoso como todo lo que se dijo al hacerlo; nada tan agradable como todos los proyectos que en él se concretaron. Por fin, llegan.

Al hablar de la situación del albergue que tenía d’Esterval, su querida esposa no había hecho más que esbozarlo. Imposible ver un retiro más agreste. Absolutamente hundida en lo más hondo de un barranco erizado de altos oquedales, la existencia de aquella casa no podía sospecharse hasta el momento de entrar en ella. Dos dogos monstruosos guardaban su puerta; y fije el propio d’Esterval, adelantándose a dos corpulentas criadas, quien salió a recibir a su mujer y a Justine. «¿Quién es esta criatura?», dice el feroz posadero mirando a la acompañante de su esposa. «Es lo que necesitamos, hijo mío», responde la d’Esterval en un tono que empieza a abrir los ojos de nuestra desdichada aventurera, y a hacerle comprender que había más entendimiento entre ella y su marido de lo que la mujer había querido dar a entender al principio. «¿No te parece bonita? —Sí, rediós, me parece hermosa; y esto, ¿joderá?

—En cuanto entre en tu casa, ¿no eres tú su amo?». Y Justine, temblando, fue introducida, junto a su guía, en una sala baja donde el patrón, tras haber hablado en voz queda un instante con su esposa, volvió para dirigir a nuestra heroína poco más o menos el siguiente discurso:

«De todas las aventuras que han podido sucederos en el curso de vuestra vida, mi querida niña, le dijo, ésta os parecerá sin duda la más singular. Víctima de vuestro entusiasmo imbécil por la virtud, habéis caído, por lo que me dice mi mujer, en muchas trampas en las que os cautivaban por la fuerza; aquí sólo vais a serlo por la opinión Allí erais objeto de muchos crímenes, sin participar en ninguno; aquí, los compartiréis todos sin que podáis impedirlo; cooperaréis libremente en ellos; estaréis obligada a participar, y sin que se os fuerce de otro modo que con cadenas morales y con vuestras virtudes. —¡Señor, señor!, exclamó la bondadosa Justine, ¡oh, señor!, ¿sois entonces brujo? —No, respondió d'Esterval, únicamente soy un malvado, bastante peculiar sin duda, pero cuyas inclinaciones y crímenes no tienen nada más particular que los de mucha gente que como yo recorre la carrera de los vicios, empleando medios semejantes en el fondo, pero diferentes sin embargo en las formas. Soy malvado por libertinaje. Lo bastante rico para poder prescindir del oficio que hago, únicamente lo ejerzo en interés de mis pasiones: se excitan con ello de manera tan prodigiosa que sólo me empalmo con las acciones del robo y del crimen; sólo ellas tienen el arte de inflamarme. Ninguna otra especie de preliminar decidiría en mí la situación útil para el goce; pero en cuanto he cometido uno u otro de esos crímenes, mi sangre hierve, mi polla se empina y tengo una necesidad absoluta de mujeres. Como entonces la mía no me basta, la sustituyo por algunas criadas, o por los jóvenes y preciosos objetos que el azar nos hace encontrar. Si no llegan, Mme. d'Esterval va a buscármelas… Esta mujer es una criatura excelente, Justine: dotada de los mismos gustos y las mismas fantasías que yo, ayuda a mis operaciones, y los dos recogemos alternativamente sus frutos. —¡Cómo!», dice Justine, con una sorpresa mezclada a dolor; «¡cómo!, ¿Madame d'Esterval me ha engañado? —Desde luego, si se ha mostrado virtuosa; porque probablemente es difícil ver una mujer más corrompida. Pero había que seduciros; eran precisos el fraude y la impostura. En este lugar serviréis, por tanto, a los placeres de mi mujer y los míos, y…, ¡ah!, ¡éste es mi ángel, éste el que ha de haceros temblar! Seréis la Circe[3] de los viajeros que pasen por aquí; los engatusaréis, los encadenaréis, los serviréis, mimaréis todas sus pasiones para hacer más segura su derrota… a fin de que nosotros los degollemos después más fácilmente. —¿Y os preciáis, señor, de que he de quedarme en esta casa infernal? —He hecho más, Justine; os he dicho que, después de que seáis instruida, os resultaría difícil huir, y que os quedaríais aquí por propia voluntad…, porque os sería imposible no querer quedaros. —Explicaos, señor, os lo ruego. —Voy a hacerlo: escuchadme, y redoblad vuestra atención, por favor…». Pero en ese momento, habiéndose dejado oír un gran ruido en el patio, d'Esterval se vio obligado a salir para recibir a dos

comerciantes a caballo, seguidos por otros tantos mulos ricamente cargados y que, dirigiéndose hacia la feria de Dôle, iban a dormir a aquel peligroso sitio.

Perfectamente recibidos, nuestros viajeros fueron al punto servidos, refrescados y descalzados, y, cuando d'Esterval los vio esperar su cena bastante tranquilos, regresó para terminar la instrucción de Justine.

«No es preciso deciros, mi querida niña, prosiguió el sorprendente personaje, que, con los gustos que acabado de confesaros, debo tener otras singularidades en la mente; y ésas son las que sazonan de forma asombrosa mis pasiones. Quiero que los viajeros que perecen por mis manos estén advertidos de mis proyectos; me complazco en saberlos convencidos de que están en casa de un malvado; quiero que se defiendan; en una palabra, pretendo vencerlos por la fuerza. Esa circunstancia me excita; es la que enciende mis sentidos; en una palabra, es la que me hace empalmarme al salir de ella, hasta el punto de que entonces se me vuelve absolutamente necesario un ser al que joder, de la edad o del sexo que sea. A ese papel, ángel mío, os destino; vos seréis la que, de buenísima fe, haga lo imposible para que las víctimas escapen, o para inducirlas a defenderse. Os diré más: ése es el precio de vuestra libertad. Si conseguís que se escape una sola, podréis escaparos con ella; os garantizo que no os perseguiré; pero, si sucumbe, vos os quedaréis; y, como sois virtuosa, no me engaño, ya lo veis, al deciros que os quedaréis con la mejor voluntad; porque la esperanza de sustraer uno de estos desgraciados a mi rabia, os convertirá constantemente en cautiva. Si escapaseis de mi casa segura de que yo sigo con mi oficio, os llevaríais la mortal pesadumbre de no haber tratado de salvar a los que han de sucumbir tras vuestra partida; nunca os perdonaríais haber perdido la ocasión de esa obra excelente; y, como os digo, la esperanza de conseguirlo un día os encadenará necesariamente toda la vida. Me diréis que todo esto es inútil; y que, sin tantas precauciones, os zafaréis los primeros días para ir a quejaros y denunciarme. ¡Qué torpe sería yo, querida, si no tuviese respuesta a esa objeción…, si no acabase con ella victoriosamente con una palabra! Escuchadme, Justine: no hay día que yo no mate; tardaréis seis antes de llegar al tribunal más cercano, y ya tenéis seis víctimas a las que habréis dejado morir por intentar que me detengan; ahí tenéis, en la hipótesis de algo imposible (porque yo huyo en el momento en que vos faltéis de la casa), ahí tenéis, repito, seis víctimas sacrificadas a la más ridícula esperanza. —¿Yo, la causa de su perdición? —Sí, porque habríais podido salvar a una de esas víctimas, avisándola; y, salvándola, salvabais a las demás. Bien, Justine, ¿me engañaba al deciros que os encadenaría por la opinión? Ahora, huid si os atrevéis…, huid, os digo, tenéis todas las puertas abiertas. —¡Oh!, señor, dijo Justine abatida, ¡en qué situación me pone vuestra maldad! —Lo sé de sobra, ¡es horrible! Y de ahí nace uno de los vehículos más poderosos de mis execrables pasiones. Me complazco en haceros compartir el mal sin que podáis impedirlo; me gusta encadenaros mediante la virtud al seno del crimen y la infamia; y cuando os folle, Justine, porque como bien supondréis llegaré a hacerlo, esa deliciosa idea será una de las que me harán correrme

con mayores delicias. —¿Cómo, señor? ¿Tendré que someterme?… —¡Oh!, a todo, Justine, absolutamente a todo. Si fuerais lo bastante hábil para conseguir que las víctimas escapasen, todo está dicho, dado que os escapáis con ellas; pero si sucumben, vuestras manos se teñirán con su sangre; vos los robaréis, los degollaréis, los despojaréis conmigo; tendida luego sobre sus ensangrentados cadáveres, os follaré completamente desnuda. ¡Cuántos motivos no tendréis, pues, para salvarlos! ¡Cuánto arte, cuánta habilidad os harán emplear vuestras virtudes y vuestros intereses para conseguir sustraerlos a mis puñales! ¡Oh, Justine!, esas sublimes virtudes que profesáis nunca podrán verse bajo una luz más bella; nunca se os presentará ocasión más hermosa para mostraros digna de la estima y la admiración de las personas honradas».

Resulta muy difícil describir la situación en que se encontró nuestra heroína cuando, después de haberla dejado para ocuparse de los cuidados de su casa, d’Esterval la abandonó durante un instante a todo el horror de sus reflexiones.

«¡Oh Gran Dios!, exclamó, creía que la maldad había agotado sobre mí todos sus refinamientos, y que después de todo lo que mi suerte me ha hecho sentir en ese género, no podía quedarle nada nuevo que hacerme sentir…; me equivocaba…, aquí tengo unos refinamientos sin ejemplo, extravíos de crueldad que apostaría que son desconocidos en el seno mismo de los infiernos. Este hombre execrable tiene razón: si me escapo enseguida para que lo detengan, seguro que no lo conseguiré el primer día, y tal vez esta misma noche podría arrancar a la muerte los dos viajeros que acaban de llegar. Pero, continuó, si dentro de un año o dos veo que sigue resultándome imposible salvar a las víctimas, ¿no haría mejor entonces yendo a denunciar a este granuja?… ¡Ah!, nunca, nunca; me ha dicho que él escapará en cuanto me vea libre…, matará, al escapar, a cualquier forastero que en ese momento se encuentre en su casa; y tal vez serían los mismos cuya vida yo habría podido salvar… ¡Qué monstruo!…, tiene mucha razón, es la opinión la que me encadena. Si no hubiera sido tan prudente, me habría marchado enseguida; y a fuerza de virtud es como voy a convertirme en criminal. Ser supremo, ¿has de permitir que el bien tenga que engendrar tanto mal? ¿Es justo que toleres que la virtud lleve a las desgracias? La historia de mi vida, ¡cómo va a desanimar a todas las almas si alguna vez se publica! Vosotros que un día podríais conocerla, no la divulguéis, por favor; llevaríais la desesperación al corazón de todos los que aman el bien, e incitaríais necesariamente al crimen exhibiendo así sus triunfos».

Justine lloraba con lágrimas ardientes mientras se entregaba a estas dolorosas cavilaciones cuando Mme. d’Esterval vino de improviso a interrumpirlas. «¡Oh, señora!», le dijo al verla, «¡cómo me habéis engañado! —Querido ángel», le respondió aquella bruja tratando de acariciarla, había que hacerlo para tenerte. Pero consuélate, Justine, no te costará mucho acostumbrarte a todo; estoy convencida de que, dentro de unos meses, hasta la idea de abandonarnos no se te pasará por la cabeza… Bésame, querida; eres muy bonita, y tengo el mayor deseo de verte

entendiéndotelas con mi esposo. —¡Cómo, señora! ¿permitís tales horrores? —No lo es compartir los gustos del marido. Además, él me lo devuelve: es difícil ver una relación más íntima; queremos mutuamente ante todo lo que nos produce placer; y como tenemos los mismos gustos…, los mismos medios, nos satisfacemos el uno al otro. —¿Cómo, señora? ¿El robo, el asesinato? —Son mis más dulces diversiones, amiga mía; nada enciende mis pasiones tanto como esos episodios; y ya verás qué energía tienen nuestros goces cuando los saboreamos ebrios de sangre. —Y estas criadas que están aquí, señora, ¿también se encargan de avisar a los viajeros? —Ese honorable deber sólo está reservado para ti. Conociendo tus felices principios, hemos querido ponerlos en práctica. Las muchachas de que hablas son nuestras cómplices: criadas en el crimen, amándolo casi tanto como nosotros, están lejos de desear que las víctimas logren escapar. Alguna vez verás a mi marido utilizarlas, pero sin ninguna familiaridad; sólo tú serás nuestra confidente; sólo tú serás la amiga de la casa; esas criaturas te servirán lo mismo que nos sirven a nosotros; y será en nuestra mesa, y no en la suya, donde comerás siempre. —¡Oh!, señor, ¿quién habría podido creer que una persona tan respetable como parecíais serlo, pudiera entregarse a atrocidades de esa especie? —No utilices esas expresiones», dijo Mme. d’Esterval riéndose compasiva; «no hay nada más simple que lo que hacemos; nunca se aparta uno de la naturaleza cuando sigue sus inclinaciones, y te aseguro que sólo de ella hemos recibido, mi esposo y yo, todas aquellas a las que nos entregamos».

—Vamos, Justine, a trabajar», dijo en ese momento d’Esterval entrando. «Ya tenemos a nuestros comerciantes cenando; vete a verlos, charla con ellos, adviérteles, trata de salvarlos, y, sobre todo, entrégate, si te desean; no olvides que es el mejor medio para inspirarles confianza».

Mientras Justine cumple su tarea de la forma que dentro de un momento explicaremos, pongamos a nuestros lectores al corriente, tanto de las horribles costumbres de esta casa como de los personajes que nuestra heroína conoce en ella.

Capítulo XIII

Continuación y fin de las aventuras de la posada.
Reconocimiento. Marcha.

Madame d'Esterval, por la que es justo empezar, era, como ya hemos dicho, una mujer corpulenta y hermosa de unos treinta y seis años, excesivamente morena, los ojos de un resplandor sorprendente, el talle bello y fino, los cabellos del negro más hermoso, velluda como un hombre, sin pecho, de culo pequeño pero bien recortado, el coño seco y purpúreo, el clítoris de tres pulgadas de largo y de un grosor en esa proporción, la pierna perfectamente bella, infinita de imaginación, de vivacidad, de talento, de instrucción, muy perversa y tríbada en grado supremo. Nacida en París de una familia distinguida, el azar le había hecho conocer a d'Esterval, que, también muy rico y de buena cuna, al encontrar en esa mujer una sorprendente paridad de gustos e inclinaciones, se había apresurado a convertirla en su esposa. Concluido el himeneo, habían ido a establecerse en ese agreste asilo, donde todo parecía prometer la más larga impunidad a sus crímenes.

D'Esterval, mayor en edad que su mujer, era un hombre muy apuesto de cuarenta y cinco años, singularmente bien constituido, de pasiones terribles, un cuerpo de hierro, un miembro sublime y singularidades en el goce de las que hablaremos cuando lo veamos en acción. Suficientemente acomodados para permitirse dejar de ser posaderos, d'Esterval y su fogosa esposa ejercían ese oficio únicamente porque favorecía sus execrables inclinaciones; una casa magnífica en medio de una gran hacienda les esperaba en Poitu, en el desventurado caso de que la fortuna dejase de tapar sus errores.

En aquella casa no había más domésticos que las dos criadas de que hemos hablado; allí desde su infancia, como no conocían ningún otro local ni salían nunca, como nadaban en la abundancia y compartían los favores del dueño y de la dueña, no había que temer que pensaran en evadirse. Madame d'Esterval era la única que se ocupaba de las provisiones; una vez a la semana iba al pueblo a buscar lo que no podía procurarle su granja. Por lo demás, en aquel matrimonio reinaba la más perfecta unión, por corrompido que pudiera estar; de ahí que sea falso decir que sólo pueden subsistir las asociaciones virtuosas. Lo que rompe los lazos es la desemejanza de costumbres…, de opiniones; pero tan pronto como no hay desacuerdo, tan pronto como nada contraría la forma de ser de los dos habitantes de una misma casa, es seguro que pueden encontrar la felicidad lo mismo en el seno del vicio que en el de la virtud; porque no es esta o aquella forma la que vuelve al hombre feliz o desgraciado; sólo la discordia[1] lo sume en este último caso, y esa horrible divinidad sólo agita sus antorchas donde reina la diferencia de gustos y de opiniones. Los celos no

perturbaban aquel encantador matrimonio: Dorothée, feliz con los placeres de su marido[*], nunca se entregaba más a gusto a los excesos que viéndole disfrutar de sus placeres preferidos; y, viceversa, d’Esterval aconsejaba a su mujer que jodiese en cuanto se le presentase la ocasión, y él mismo nunca se corría con tanta voluptuosidad como cuando la veía en brazos de otro. ¿Pueden pelearse los que piensan de esta manera? Y cuando el himeneo siembra tantas rosas sobre las cadenas con que abruma a dos esposos, ¿es presumible que puedan intentar romperlas nunca?

Mientras tanto, Justine, en la habitación de los dos comerciantes, les advertía con toda clase de cuidados sin atreverse a hablar con claridad. Su alma sensible y delicada no podía decidirse entre la obligación terrible de hacer matar a su amo, o dejar que unos inocentes fuesen degollados. Por otra parte, d’Esterval, que a las pasiones con que acabamos de caracterizarle unía la de querer sorprender a sus huésped en medio del placer…, llevarlos de los brazos de Venus a los de la muerte, y que, con esa pérfida intención, siempre les mandaba una joven, al acecho junto a la puerta ardía en deseos de ver a Justine en acción, e interiormente la acusaba de emplear pocos medios para encender a los dos viajeros, cuando uno de ellos, cogiendo a nuestra aventurera, se la metió de pronto sin darle tiempo a defenderse. «¡Oh!, señor, ¿qué hacéis?, exclama la pudorosa niña; ¿qué lugar escogéis para estas cosas? ¡Gran Dios!, ¿sabéis dónde estáis? —¿Cómo?, ¿qué queréis decir? —Soltadme, señor, voy a revelároslo todo… Vuestra vida está en peligro; escuchadme, os digo». El compañero, con mayor sangre fría, consiguió de su amigo aplazar un instante sus proyectos, y los dos rogaron a Justine aclararles el misterio que parecía querer anunciar. —En medio de un bosque, caballeros…, en un barranco, ¿podéis pensar esas cosas? ¿Tenéis al menos con qué defenderos? ¿Contáis con armas? —Sí, aquí hay unas pistolas. —Pues bien, señores, no os apartéis de ellas…, que el cuidado de defenderos os preocupe más que los insípidos placeres a los que, al parecer, queréis entregaros. —Jovencita, dijo uno, explicaos con otras palabras, os lo rogamos; ¿debe ocurrirnos alguna desgracia? —Espantosa, señor, terrible; en nombre del Cielo; preparad vuestra defensa, van a asesinaros esta noche. —Vamos, preciosa», dijo aquel cuya polla espumeante acababa de sondar a Justine, «id a decir que nos traigan vino y velas…, y mañana os daremos muestras de nuestro agradecimiento». Justine baja; pero, al abrir la puerta, los primeros objetos que ve es a d’Esterval sobando a su mujer, los dos con el ojo pegado al tabique y alimentándose a placer con el cruel espectáculo que semejante escena les ofrece. «¿Por qué no te has dejado follar?, le dice brutalmente d’Esterval. ¿No te había dicho que era lo único que me divertía? Pero ya no hay tiempo; vete a decir que les lleven lo que piden, y quédate sola en el salón». Se dispone todo, y, como es fácil suponer, nuestros comerciantes preparan su defensa: ¡ay!, era inútil… Se deja oír un ruido espantoso. «Están ahí, están ahí, exclama d’Esterval; ven, esposa mía; corre, Justine, ya tengo a estos maricones; están ahí». D’Esterval es el primero en pasar, vela en mano; los tres, porque arrastraban a Justine, los tres descienden a un subterráneo; ¡y cuál no es el asombro de nuestra

desdichada heroína viendo allí a los viajeros aturdidos por una horrible caída, los dos en el suelo y los dos desarmados!

En este punto, la inteligencia de nuestros lectores les permite presumir fácilmente, sin que se lo digamos, que todo se había hecho merced a una trampa, y que las armas, dejadas sobre una mesa que no se movió, no habían podido seguir a los dos infortunados en su caída. «Compañeros, dijo d'Esterval poniendo la pistola sobre el pecho de cada uno de aquellos hombres, os habían avisado; ¿por qué no estabais preparados? Escuchad, cadetes: hay un medio para sacaros de aquí; no desesperéis. Veis a estas dos mujeres; ésa es la mía; todavía es hermosa; y en cuanto a esta otra, ya la habéis palpado: es un bocado de rey. Pues bien, folladlas a las dos ante mi vista; y salvaréis la vida; pero la tenéis perdida si os resistís…, si no os ponéis ahora mismo a la rarea». Y la d'Esterval, sin darles tiempo a responder, la infame d'Esterval, cuyas pasiones se excitaban con aquellos horrores como ya hemos dicho, aparta las pistolas, desabotona los calzones y se pone a chupar las pollas.

Se pasa con dificultad del miedo al placer; pero ¿de qué esfuerzos es capaz la naturaleza cuando se trata de conservar la vida? Dorothée pone tanta habilidad en su dedicación, sabe calmar tan bien y acariciar al mismo tiempo a los dos infortunados, que ceden…, y ya tenemos las dos pollas en el aire. Hay por allí un sofá: uno de lo comerciantes planta en él a la mujer del posadero; es follada. Justine opone más remilgos; y, de no ser por las amenazas de d'Esterval, es muy dudoso que el compañero del follador de Dorothée hubiera conseguido algún triunfo; pero, vencida por la fuerza, tiene que obedecer. Las dos parejas están en acción. En este momento aparecen las criadas completamente desnudas; vienen armadas de varas; remangando los calzones de los dos folladores, exponen sus nalgas a los ojos de d'Esterval; azotan aquellas nalgas agitadas por el placer; el examinador las magrea, palpa también las de las criadas, da cachetes sobre las de las hiladoras; más inconstante que la mariposa, vuela indistintamente por todos los encantos ofrecidos a su lujuria; su polla traviesa se presenta ante los culos masculinos; el lascivo la mere en ellos; los recorre, vuelve luego a las nalgas de las folladoras. «Vamos», le dice a su mujer, mientras sodomiza al follador de Justine, «cuídate del tuyo, que yo no me perderé el mío». Las criadas le azotan mientras tanto. Las dos descargas parten a la vez; en ese mismo instante los dos viajeros son asesinados… Los desgraciados expiran corriéndose; es lo que querían sus verdugos. El rostro y el seno de Justine se ven inundados por la sangre y los sesos del que se corría en sus brazos…, del que enculaba d'Esterval, quien a su vez se había corrido sodomizando a su víctima. «¡Rediós, jodido rediós!, dice el malvado soltando su esperma, maldito sea quien no conozca la voluptuosidad con que acabo de corromperme; no hay ninguna en el mundo que sea más excitante y deliciosa. —¡Oh, monstruo!», exclama Justine desembarazándose del cadáver que tiene encima, «creía haber agotado todas las clases de crimen; pero no sospechaba siquiera las tuyas. Apláudete, hombre infame; y puedes estar seguro de que superas en atrocidad a todo lo que he visto hasta este momento». Pero el antropófago,

endurecido, se reía. "¿Qué haces?», le dice a su mujer. —Sigo corriéndome, responde ésta; quítame este maricón de encima; porque, muerto y todo, el muy pillo está empalmado, y me correría diez años si él siguiese diez años ahí. —¡Oh, señor, exclamaba Justine, salgamos de este lugar horroroso! —¡Eh!, no, no, es aquí donde me gusta follar. Estas sangrientas víctimas de mi maldad excitan mis lubricidades; nunca me empalmo tan bien como cuando las miro…, sois cuatro mujeres las que estáis aquí: tumbaos de dos en dos sobre cada uno de esos cadáveres, sobre esos lechos de descanso voy a metérosla a las cuatro». El bribón lo hace: coño, culo, la mere en todo, lleva el horror y la execración hasta volver a sondar el culo de las víctimas; se corre tres o cuatro veces. Suben de nuevo.

Las exequias de los cuerpos correspondían a las criadas. D'Esterval y su mujer se ocupan de guardar las riquezas y de arrojar las monturas en un gran agujero, cerca de la casa, destinado a recibir todas las de los desdichados que iban a perecer a aquella espantosa posada.

«¡Oh!, señor», dijo Justine cuando se restableció algo la calma, «si queréis que consiga salvar a vuestras víctimas, si queréis al menos que lo intente, instruidme en el mecanismo de vuestras trampas; de otro modo, ¿cómo prevenirlas? —Eso no lo sabrás nunca, querida niña, dijo d'Esterval. Vete a inspeccionar la habitación de esos forasteros, y ya verás como todo está en el mismo orden. Soy mago, hija mía; nada puede modificar ni adivinar mis trampas; sigue probando; la virtud, la religión, el honor, todo te lo exige; pero mucho me temo que no lo consigas nunca». Se metieron en la cama. Después de haber manifestado marido y mujer, cada uno por su lado, sus ganas de pasar el resto de la noche con Justine, se decidió que, para lograr un acuerdo, se acostaría con los dos en la cama grande de la casa. Objeto de las caricias de uno y otra, la obediente Justine estaba obligada a presentar a la vez la parte delantera a la señora y las nalgas al señor. Tan pronto masturbada como follada, tan pronto acariciada como apaleada, la infortunada tuvo que convencerse de que cuanto había hecho en el convento de Sainte-Marie no era más que el preludio de las libidinosas escenas que le quedaban por interpretar en casa de aquellos nuevos modelos de lujuria y maldad. La cruel Dorothée, feroz en sus gustos, quiso azotar a Justine. Su marido la sujetó; y la pobre niña fue zurrada como no lo había sido en su vida. Aquella pareja de malvados se divertía obligándola a correr desnuda, sin luz, de un extremo a otro de la casa, aterrorizándola con la visión de los cadáveres que acababa de ver expirar; los dos se escondían, para darle más miedo todavía; y cuando pasaba cerca de los rincones donde la esperaban, era recibida con enérgicas bofetadas o con terribles patadas en el trasero. El marido la lanzaba luego al centro de la habitación, y la enculaba en el suelo mientras la mujer se masturbaba con el ruido de esa escena nocturna. Otras veces la colocaban entre ambos; el uno le chupaba la boca, la otra el coño, y así la extenuaban durante horas. Por fin, molida, agorada, aniquilada, Justine se levanta; pero, reconfortada con un excelente desayuno…, por un trato bastante bueno siempre que no se tratara de libertinaje, tranquilizada por la

certidumbre de no caer voluntariamente en ninguno de aquellos horrores, y por la esperanza de ser lo bastante afortunada para prevenirlos un día, la pobre niña se calmó y se adaptó al tren de la casa.

Pasaron dos días sin que apareciese ningún viajero. No hubo nada que Justine no hiciese durante ese intervalo para descubrir el increíble artificio con que d'Esterval precipitaba de aquella forma desde su cuarto a una bodega a aquellos desdichados. La idea de una trampa se ofreció, por supuesto, a su imaginación; pero por más que miró, nada pudo confirmarla en la realidad de sus sospechas. Suponiendo incluso que fuese merced a una trampa, ¿cómo conseguiría parar el golpe? ¿Sería diciéndole al viajero que evitase tal o cual sitio? Pero ¿no podía haber varias trampas? El suelo mismo del piso, en su totalidad, podría ser perfectamente una; y nunca se daban otros cuartos a las desdichadas víctimas predestinadas. En medio de esa cruel perplejidad, hasta casi le parecía inútil advertir a la gente. Comunica esta reflexión a Mme. d'Esterval, quien le aseguró que se equivocaba, y que probablemente, si a ella le encargasen semejante comisión, encontraría desde luego el secreto para triunfar. «¡Oh!, señora, comunicadme entonces el medio. —Eso sería alterar mis goces…, sería privarme del mayor de mis placeres. —¿Os divierten semejantes horrores? —Es delicioso engañar a un hombre…, verlo expirar entre los brazos…, es divino darle la muerte en el momento en que se saborea el soberano placer; ese combate de las Parcas y de Venus me calienta de una manera asombrosa la cabeza; y te aseguro que, si quisieras probarlo, te acostumbrarías enseguida. —¡Oh, señora, qué depravación! —Pero si la depravación es la sal del placer; no hay ninguno vivo sin ella. ¿Qué sería de la voluptuosidad sin excesos? —¡Ah!, ¿se pueden llevar hasta ese punto? —Compadéceme…, compadéceme, querida, por no poder llevarlos más lejos. ¡Si supieras cómo se extravía mi imaginación cuando estoy en medio del placer! ¡Lo que concibe, lo que inventa! Puedes estar segura, Justine, de que cuanto me ves hacer está muy por debajo de lo que quisiera. ¿Por qué es preciso que mis deseos se vean concentrados en este bosque? ¡Qué pena no ser la reina del mundo! ¡Qué pena no poder apagar estos fogosos deseos sobre toda la naturaleza! Cada hora de mi vida quedaría marcada por una fechoría…, cada uno de mis pasos por un crimen. Si alguna vez he deseado la autoridad soberana ha sido para alimentarme de crímenes. Habría querido superar, con mis horrores, a todas las mujeres crueles de la Antigüedad; habría querido que de un extremo a otro del universo los hombres se espantasen tanto al oír mi nombre como mis fechorías. ¿No basta el solo análisis del crimen para constatar su elogio? ¿Qué es un crimen? Es la acción que, doblegando a los hombres, nos eleva infinitamente por encima de ellos; es la acción que nos convierte en dueños de la vida y de la fortuna de los demás, y que, por ello, añade a la parte de felicidad de la que disfrutamos la de serle sacrificado. ¿Se me dirá que, entonces, uno queda a expensas del otro, y que esa felicidad no puede ser perfecta? ¡Imbéciles!… Precisamente es así porque usurpa; si fuese dada, dejaría de tener encanto; hay que robarla, arrancarla; tiene que costar lágrimas a quien privamos de

ella, y precisamente de la certeza de ese dolor ocasionado a los demás nacen los más dulces placeres. —Pero, señora, en eso hay maldad. —En absoluto; sólo hay el deseo muy simple y natural de querer conseguir uno mismo la mayor dosis de felicidad imaginable. —Lo admitiría siempre que no fuera a expensas de los demás. —Pues yo gozaría mal si creo a los demás tan afortunados como yo; para que mi felicidad sea perfecta es preciso que pueda creerme la única feliz en el mundo…, feliz cuando todo el mundo sufre; no hay ser delicadamente conformado que no sienta cuán dulce es gozar de privilegios. Desde el momento en que sólo tengo una parte de la felicidad general, soy como todo el mundo; por el contrario, si puedo reunir todas en mí, se vuelve irrefutable que soy más feliz que los demás. Supongamos que hay diez porciones de felicidad en una sociedad formada por diez personas; entonces todas son iguales, y por consiguiente ninguna puede preciarse de ser más afortunada que otra; si, por el contrario, uno de los individuos de esa sociedad consigue privar a los otros nueve de su parte de felicidad para reunirlas sobre su cabeza, seguro que será verdaderamente feliz; porque entonces podrá hacer comparaciones que antes le resultaba imposible imaginar. La felicidad no reside en tal o cual estado del alma; consiste únicamente en la comparación del estado propio con el de los demás, ¿y qué comparación puede hacerse cuando todo el mundo se nos parece? Si todo el mundo poseyese la misma fortuna, ¿habría uno solo que se atreviese a declararse rico? —¡Oh!, señora, nunca comprenderé esa forma de ser feliz; me parece que yo sólo podría serlo sabiendo que todos los demás lo son. —Porque tu constitución es débil; porque sólo tienes pequeños deseos…, pasiones débiles…, voluptuosidades mediocres. Pero esa medianía de opinión no es asimilable en un ser constituido como lo estoy yo; y si mi felicidad sólo puede existir gracias al infortunio de los demás, es porque en ese infortunio encuentro el único estimulante que pica con energía mis nervios y que, según la violencia del choque, decide con más seguridad al placer a los átomos eléctricos que circulan en su cavidad[*]. Por lo general, todos los errores de los hombres, proceden en este punto de la falsa definición que hacen de la felicidad. Lo que recibe ese nombre no es una situación que pueda convenir a todos los hombres por igual; la manera siempre es diferente en razón de los individuos sobre los que influye, y ese influjo está siempre referido a la constitución. Tan cierto es esto que las riquezas y las voluptuosidades, que parecen hacer la felicidad general, encuentran a menudo almas inaccesibles a sus atractivos; y que los dolores, la melancolía, la adversidad, las penas, que al parecer deberían desagradar a todo el mundo, pese a todo encuentran partidarios. Admitida esta hipótesis, ya no quedará ningún arma a quien pretenda disparar contra la singularidad de los gustos; y, si es razonable, la decisión de callar se vuelve la única que deba tomar. Luis XI encontraba su felicidad en las lágrimas que hacía derramar a los franceses, como Tito en los beneficios con que colmaba a los romanos. ¿Por qué motivo queréis obligarme ahora a preferir el uno al otro? ¿No tenían razón ambos? ¿Y no eran justos los dos? —Justos, probablemente no; sólo hay justicia haciendo el bien. —¿Y a qué llamas tú

bien? Por favor: demuéstrame que hay mayor bien en dar cien luises a un hombre que en quitárselos. ¿Qué derecho me obliga a procurar la felicidad de los demás? ¿Y cómo (prejuicios aparte) podrás convencerme de que me porto mejor haciéndolo que no haciéndolo? Todo principio de moral universal es una verdadera quimera; la única moral verdadera es la moral relativa; y sólo ésta tiene efectos sobre nosotros. Si los crímenes me deleitan, los adopto; si me horroriza la virtud, la rehuyo; tal vez la amaría si hubiera recibido de ella algunos goces. ¡Oh!, Justine, corrómpete siguiendo mi ejemplo: la diosa a la que sirves es ingrata; nunca te resarcirá de los sacrificios que exige, y la habrás servido toda tu vida sin mérito por recompensa. —Mas silo que hacéis estuviera bien, señora, ¿lo castigarían los hombres? —Los hombres castigan lo que les perjudica; aplastan a la serpiente que les pica sin que de ello pueda deducirse el más ligero argumento contra la existencia de ese reptil. Las leyes son egoístas, por lo tanto nosotros debemos serlo; sirven a la sociedad; pero los intereses de la sociedad no son los nuestros; y cuando favorecemos nuestras pasiones, hacemos de forma individual lo que ellas hacen en masa; sólo los resultados son diferentes».

A veces, d’Esterval se unía a estas conversaciones; entonces adoptaban una fisonomía más imponente. Inmoral por principios y por temperamento, ateo por gusto y por filosofía, d’Esterval, que luchaba contra todos los prejuicios, no dejaba a la desgraciada Justine ningún medio para defenderse. Cuando a ésta se le ocurría reprocharle sus crímenes diarios: «Hija mía, le replicaba, el movimiento es la esencia del mundo; sin embargo, no puede haber movimiento sin destrucción; por lo tanto, las leyes de la naturaleza necesitan la destrucción; por lo tanto, quien más la destruye, por ser quien más movimiento impone a la materia, es al mismo tiempo quien mejor sirve a las leyes de la naturaleza. Esa madre de todos los hombres ha dado a todos un mismo derecho a todo. En el orden natural, está permitido que cada uno haga lo que bien le parezca contra quien sea; y cada uno puede poseer, utilizar y gozar indistintamente todo lo que le parezca bueno. La utilidad es la regla de derecho. Basta que un hombre desee una cosa para comprobar la necesidad que tiene de ella, y, desde el momento en que esa cosa le resulta necesaria, o simplemente agradable, es justa. El único castigo que debíamos recibir por haber cometido esa acción consiste en el permiso que otro tiene para cometerlo también contra nosotros. “La justicia o la injusticia de una acción, dice Hobbes, depende únicamente del juicio de quien la ha hecho; lo cual evitará su reproche y justificará su proceder”[3]. La única causa de todos nuestros errores deriva de que siempre tomamos por leyes de la naturaleza lo que sólo deriva de las costumbres y los prejuicios de la civilización. Nada en el mundo ofende a la naturaleza; la civilización, más irascible, se ve agraviada casi en todo momento, mas ¡qué importan las lesiones que recibe! Ofender a las leyes de los hombres es lo mismo que insultar a un fantasma. Los que trabajaron por esa civilización, ¿tenían mi consentimiento? ¿Y puedo adherirme a unas leyes que repugnan a mi conciencia y a mi razón?».

Justine ponderaba entonces a d'Esterval la excelencia de nuestras percepciones; y, apoyándose en esa base tan poco segura, quería inducir falsamente la admisión del sistema religioso. «Admito, respondía d'Esterval, que nuestras percepciones, nuestros órganos, de una naturaleza más delicada que en los animales, nos han llevado a creer en la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; en consecuencia exclamamos, como vos hacéis: «¡Qué mejor prueba de la verdad de todas estas cosas que la necesidad en que estamos de admitirlas!», pero ahí es precisamente donde reside el sofisma. Es muy cierto que el tipo de construcción que hemos recibido de la naturaleza nos obliga a crear quimeras, y muchas veces a consolarnos con ellas; pero no por eso queda más demostrada la existencia de un culto religioso. El hombre sería el más feliz de los seres si de la sola necesidad que tiene de una ilusión cualquiera naciese inmediatamente la realidad. Lo repito una vez más: nuestro interés no decide la realidad de una cosa; y aunque nos resultara más ventajoso tener que arreglárnoslas con un ser tan favorable como sus partidarios lo pintan, eso no probaría en absoluto la existencia de ese ser. Para el hombre resulta mil veces más agradable depender de una naturaleza ciega que de un ser cuyas buenas cualidades, sostenidas únicamente por los teólogos, son enmendadas en todo momento por los hechos. La naturaleza, bien estudiada, nos proporciona cuanto necesitamos para volvernos tan felices como nuestra existencia pide. Es en ella donde encontramos con qué satisfacer nuestras necesidades físicas; es sólo en ella donde residen todas las leyes de nuestra felicidad y de nuestra conservación; lejos de ella no hay más que quimeras, que nunca en toda nuestra vida debemos dejar de maldecir y detestar».

Pero si, para responder a tanta filosofía, Justine carecía de ese vigor intelectual que caracterizaba de modo tan perfecto a sus huéspedes, en ocasiones extraía de su corazón ideas a las que les costaba responder a éstos. Fue lo que le ocurrió un día en que d'Esterval combatía la inclinación que Justine sentía por hacer el bien, y en que se le hizo notar toda la falsedad de esa pretendida virtud: «¡Eh!, sí, sí, señor, lo sé», respondía ella con esa patética elocuencia del alma que a menudo vale mucho más que la de la inteligencia; «sí, sí, sé de sobra que entregándose a obrar el bien no hace uno más que ingratos; pero todavía prefiero verme obligada a sufrir la injusticia de los hombres antes que los reproches de mi corazón[*]».

Éstas eran las conversaciones de aquella sociedad cuya corrupción y costumbres, como puede verse, aún no conseguían destruir en nuestra heroína los excelentes principios de su infancia, cuando unos forasteros llegaron a la posada.

«¡Oh!, dijo d'Esterval, éstos no nos reportarán mucho dinero…, pero sí una buena dosis de voluptuosidad; lo siento en la excitación de mi corazón. —Y ¿quiénes son esas gentes?, dijo Dorothée. —Una desdichada familia formada por el padre, la madre y la hija. El primero, todavía vigoroso, podrá servirte, eso espero…, la mamá…, mira…, contémplala por esta ventana; treinta años a lo sumo, blancura…, un talle precioso; y en cuanto a la hija…, una belleza…, trece años, mira, mira su encantadora figura… ¡Oh, Dorothée, como voy a correrme!

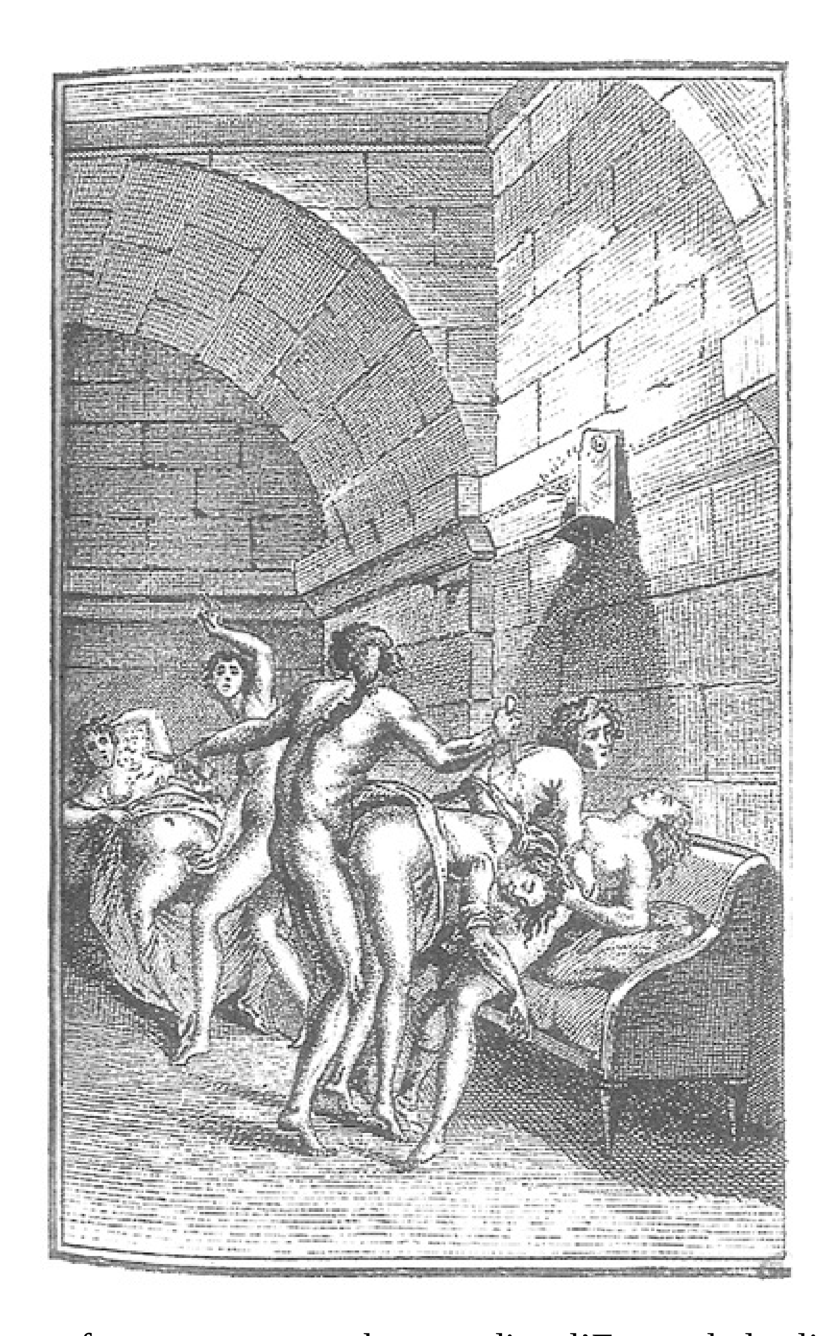
—Señor, dijo el padre dirigiéndose respetuosamente al posadero, antes de entrar creo mi deber advertiros de nuestro infortunio; es tal que nos resultará imposible pagar nuestro gasto, por mediocre que pueda ser. No habíamos nacido para la desgracia: mi mujer recibió cierto patrimonio; yo también lo aporté. Horribles circunstancias nos han arruinado; y sólo contando con la caridad de los posaderos nos trasladamos a Alsacia, a casa de un pariente que nos ha prometido ciertas ayudas. —La desgracia…, d’Esterval», dijo Justine al oído del posadero… «¡oh!, d’Esterval, estoy segura de que la respetaréis. —Justine, dijo el feroz ventero, llevad a esta gente a la habitación de siempre; voy a prepararles la cena». Y Justine, con el corazón henchido de suspiros, Justine, a quien por la orden que recibe no le cuesta mucho imaginar [que el destino de aquella gente no será mejor que el de los otros, guía tristemente a la pobre familia al fatal alojamiento que les está destinado. «Desgraciados», se dice en cuanto los ve instalados, «nada puede poneros a salvo de la maldad de las gentes en cuya casa estáis; no intentéis siquiera salir, ahora ya no podríais hacerlo. Pero no os acostéis; romped, cortad, si os es posible, los barrotes de vuestra ventana; deslizaos al patio y escapad con la rapidez del relámpago. —¿Cómo? ¿Qué decís?… ¡Oh, Cielo!… A unos desdichados como nosotros… ¿Qué tenemos, ¡ay!, que pueda despertar la furia o la rapacidad de las gentes de las que nos habláis?… ¡Oh, eso es imposible! —Es absolutamente cierto; daos prisa, dentro de un cuarto de hora ya no habrá tiempo. —Y aunque lo intentase», dijo el padre acercándose a la ventana, «aunque siguiese vuestra opinión, ese patio al que caeríamos…, lo veis, está rodeado por una cerca; estaríamos igual de encerrados. ¡Bien!, señorita, ya que sois lo bastante buena para avisarnos…, ya que estáis interesada en nuestra desgraciada suerte, tratad de proporcionarnos armas; este medio, más honrado y más seguro, me bastaría, estoy convencido… —Armas…, no contéis con ellas, respondió Justine, aquí no hay ninguna de la que yo pueda disponer. Intentad la fuga, es cuanto puedo aconsejaros: si no os convence, quedaos en vuestra cama, sin dormir; tal vez esa posición os proteja de una trampa por la que debéis caer… Adiós, no me preguntéis más».

Imposible describir el dolor de aquel desventurado padre. Tan pronto como Justine se marchó, se arroja en brazos de su esposa: «¡Oh, querida amiga, exclama, hasta qué punto nos persigue el infortunio!… Pero demos gracias al Cielo; éste es el último…, el que va a poner término a nuestros males». Y lágrimas amargas inundaban a los tres. En cuanto a d’Esterval, con el ojo tranquilamente puesto en la rendija del tabique, observaba con la calma de la maldad mientras se masturbaba voluptuosamente con todo el horror de aquel espectáculo… «Excelente», le dijo a Justine deteniéndola en cuanto la vio salir, «esta vez te has portado bien; ven a excitarme, ángel mío, ven a poner tu hermoso culo en mis manos, ven a colocarlo junto a mi polla…, para mí esta escena es impagable». Y el examen seguía cuando, tras suceder a los estallidos del dolor un instante de silencio, d’Esterval temió el impulso de una resolución. «Retirémonos, le dijo a Justine, es hora de actuar. —¡Oh!,

señor, no han cenado. —Esa cena no iban a pagármela; ¿y qué necesidad tienen de reparar fuerzas para el apacible y rápido viaje que van a hacer? —¿Cómo, señor? ¿No perdonaréis a unos desgraciados de ese destino?… —¡Perdonarlos!… ¿Quién…, yo? Ésas son las auténticas víctimas del libertino; y me molestaría mucho que se me escaparan».

Bajan. Justine y d'Esterval encuentran a Dorothée masturbándose con la deliciosa idea del crimen que iba a cometer. Pero como no querían que nuestra heroína se diese cuenta del juego de la trampa, la encerraron en una habitación; y una de las criadas fue en su busca cuando el suelo de la fatal celda ya estaba completamente en la bodega. «Como ves, Justine, le dijo d'Esterval, era inútil tu consejo de quedarse en la cama y escapar así a la trampa; estaban en la cama, y aquí tienes la cama y el cuarto».

Mientras tanto, las tres víctimas, indefensas, imploraban a d'Esterval con sus gemidos y sus llantos. La niña, llorando, estaba a los pies de aquellos dos feroces esposos…, nada era capaz de entreabrir sus almas: es esa desdichada la primera que sacrifica d'Esterval; la desvirga sin piedad; las dos rutas del placer son recorridas indistintamente por él. La madre es tratada de la misma manera; y el padre tiene la esperanza del perdón si consiente en follar a Dorothée. Justine se ve obligada a excitar las pasiones de aquel desgraciado. A fuerza de arte lo consigue. Tienen razón quienes dicen que hay más tesoros en los calzones de un patán que en los de un recaudador de impuestos. Enseguida se levanta una polla monstruosa: Dorothée, ardiendo, la engulle. D'Esterval apoyando a la niña en los riñones del jodedor de su mujer, se complace en encular a la niña sobre la espalda del padre. Justine tiene orden de masturbar a la madre. Esta vez es el propio d'Esterval quien debe, de un solo golpe, arrebatar la vida del padre y de la niña; el instante de correrse es el que elige; y mientras el malvado con su mano derecha, a puñaladas, comete ese doble crimen, su mano izquierda, armada con una pistola, salta la tapa de los sesos de la madre, a quien Justine seguía masturbando. Nuestra heroína no resiste tal suma de horrores, y se desmaya: ése es el instante cruel en que el feroz d'Esterval la coge; la encula. Su mujer le cubre de cadáveres; y el infame se corre martirizando a su víctima para devolverla, según dice, a la vida.



«Tenemos un esfuerzo menos que hacer», dice d’Esterval al salir del calabozo. —¿Y cuál es?, dice Dororhée. —La de robar a éstos. —¿Quién sabe?, responde una de las criadas; muchas veces, para no pagar, estos granujas se hace los pobres…». Pero, por desgracia, aquéllos decían la verdad; las mayores pesquisas no aportaron más que un escudo. «¡Acción execrable!, exclama Justine; tendréis que admitir, les dice a sus amos, que esto es lo que se llama un crimen gratuito. —Son los mejores, responde d’Esterval; cuando a uno le gusta el crimen sólo por el crimen, no hay necesidad de vehículo».

La semana siguiente fue más afortunada. Llegaron forasteros casi todos los días; pero, por más avisos que les diese Justine, ni uno solo consiguió escapar; todos sirvieron a la vez a la rapacidad y a la lujuria de aquella pareja infernal cuando llegó a la hostería un personaje lo bastante singular para atraer por un momento la atención de quienes tengan a bien leernos.

Eran poco más o menos las siete; toda la sociedad respiraba en un banco cerca de la puerta ese aire puro y sereno de las voluptuosas tardes de un hermoso otoño

cuando un hombre a caballo, llegando al galope, pregunta, en tono inquieto, si puede encontrar asilo en aquella casa. «Me he visto detenido a una legua de aquí», dice con una especie de espanto; «han matado a mi criado y me han robado el caballo; bastante afortunado como para derribar a quien cogía la brida del mío, no lo he sido lo suficiente para vengar a mi criado; su asesino ha desaparecido, y yo he huido. —Pero ¡qué imprudencia!, dice d'Esterval, atravesar con tan poca compañía un bosque tan peligroso. —Y el error es mayor aún, dijo el caballero, porque tengo suficiente gente a mis órdenes para venir acompañado de una escolta mejor; pero voy a ver un tío al que quiero mucho, que desde hace siglos me invita a compartir los placeres que disfruta en una finca bastante bella que habita en el Franco Condado; y como sé que le gusta la soledad, llevaba poca gente conmigo. En una palabra, señor, ¿podéis alojarme? —Desde luego, caballero, respondió d'Esterval; pasad, mi esposa y yo trataremos de recibiros lo mejor que podamos». El caballero se apea, pasa al salón; y es entonces cuando Justine, al poder contemplarle mejor, lanza un grito de sorpresa al reconocer al personaje: «¡Oh Bressac!, exclama. ¿Vos aquí?, estoy perdida… —¡Bressac!, dice d'Esterval…, ¿cómo, señor?… ¿Sois vos el marqués de Bressac, el propietario de una hacienda muy hermosa de los alrededores del bosque de Bondy? —Yo mismo. —Abrazadme, señor; tengo el honor de ser pariente vuestro muy cercano; reconoced en mí a Sombreville, el primo hermano de vuestra madre. —¡Oh!, señor, este encuentro… ¡Ay!, ya sabéis la fatalidad que me hizo perder a esa tierna madre; pero lo que sin duda ignoráis, y lo que no dejaréis sin castigo», prosigue Bressac señalando a Justine, «es que aquí tenéis a la asesina de esa respetable madre. ¿Cómo es posible que tengáis en vuestra casa a semejante monstruo? —¡Oh, señor!, no le creáis, exclama Justine llorando, yo soy incapaz de ese horror; y si se me quiere permitir que diga todo… —Callaos, callaos, Justine, me informaré con este señor, y de él recibiré las impresiones que regularán la conducta a seguir con vos. Salid». Justine, confusa, se vio obligada a retirarse; y el señor de Bressac, como es fácil suponer, siguió acusándola a los ojos de su pariente. Al cabo de una hora llaman a Justine; y se le da como de costumbre la orden de guiar al forastero a la fatal habitación. Obedece; pero, evitando cualquier explicación, baja enseguida al lado de su amo. «Señor, dice con solicitud, ¿cuál debe ser mi conducta con el señor de Bressac?…, como es vuestro pariente, sin duda… —Justine», responde Sombreville, al que nosotros seguiremos dando el nombre de d'Esterval, «es sorprendente que después de las bondades…, de las atenciones que mi mujer y yo os manifestamos continuamente, hayáis podido ocultar una circunstancia de vuestra vida que os hace tan culpable a los ojos de los hombres normales. Conociendo nuestra filosofía sobre esas sandeces, habríais debido, en mi opinión, mostrar un poco más de franqueza. —¡Oh!, señor, os juro», respondió Justine con ese noble candor que presta la virtud, «sí, os lo aseguro, soy inocente del crimen de que me acusa el señor de Bressac. ¡Ah!, que no busque tan lejos al asesino de su madre; sabe de sobra dónde está. —¿Cómo?, explicaos, Justine, dice Mme. d'Esterval. —Él mismo, señora, él mismo cometió ese

horror; y el malvado me acusa a mí. —¿Estáis segura de lo que decís? —Es imposible que lo dude; cuando queráis, revelaré todas los detalles de esa infamia. —Ahora no tengo tiempo de oírlas», dice d'Esterval; luego, dirigiéndose a su mujer: «¿Qué decides, Dorothée? —Me cuesta, respondió aquel monstruo, condenar a muerte a un ser tan malvado como nosotros; pero ese hombre tan apuesto excita de una manera horrible mi lujuria y quiero que pase por ello. —De acuerdo, dice d'Esterval. Justine, nada de explicaciones con él, y corred a cumplir vuestra misión habitual. Por lo demás, no temáis nada; aunque hubieseis cometido el crimen del que os acusa, no os apreciaríamos menos; al contrario, a nuestros ojos sería un mérito; no os ruboricéis, pues, por admitirlo. —Creed que, animada por esas palabras, lo confesaría todo si fuera culpable; pero vuelvo a aseguraros que soy inocente de ese crimen. —Bien, subid, hija mía, y comportaos como de costumbre; recordad que sigo vuestros pasos».

Nada tan embarazoso como el comportamiento a seguir por nuestra heroína: ¡qué gozo para ella si la venganza hubiera sido de su gusto! Sabemos de sobra que, en la práctica, le advirtiese o no, la muerte de su calumniador era siempre segura; pero ¿quién puede creerlo?, le bastó esa certeza a Justine para deducir los nuevos medios que vamos a verla emplear para salvar la vida de quien había conspirado tan cruelmente contra la suya. Se apresura; sabe que sólo tiene un momento para hablar con el marqués antes de que d'Esterval vaya a escuchar. «Señor, le dice llorando, a pesar de cuanto me habéis hecho, vengo a salvaros si puedo; porque vuestro pariente, el monstruo en cuya casa estáis, conspire contra vuestra vida, bajad deprisa; no os quedéis un minuto más en esta habitación donde os rodean trampas por todas partes; id a intentar calmar su furia, aplacad sobre todo a su arpía; más encarnizada que su esposo, ha decretado vuestra muerte; bajad, señor, bajad; y llevad con vos las pistolas; dentro de dos segundos será demasiado tarde».

Bressac, que en el fondo de su alma estaba obligado a estimar bastante a la que le hablaba, prestando la mayor credibilidad a sus palabras sale del cuarto y encuentra a d'Esterval en la escalera. «Bajemos, señor, le dice en tono firme, tengo que hablaros. —Pero, señor… —Bajemos, os digo»; y con estas palabras le empuja al salón, cierra la puerta tras él, apartando a Justine que le sigue. Allí el diálogo debió de ser muy acalorado, sin duda; no se nos permite conocer los detalles; pero los resultados fueron que Bressac, tras quitarse verosímilmente la careta ante su primo, no tardó en convencerte de que los malvados no deben hacerse ningún mal entre sí; que Dorothée se calmó con las amabilidades y seducciones del marqués; y que decidieron ir todos juntos a casa del tío de Bressac. «Ese tío es un libertino de profesión, dijo Bressac; y también es pariente vuestro, dado que somos primos; vayamos allí, os prometo los placeres más divinos en su casa». Decidido este acuerdo, cenaron todos juntos. Justine fue admitida: «Bésame, le dijo Bressac; te devuelto tu honor delante de mi pariente… Amigo mío, ya que eres tan malvado como yo, no temo confesarte que soy el único autor del crimen del que hace poco acusaba a esta joven; la desdichada es

incapaz. Que nos acompañe en el viaje; mi tío me ha encargado que le busque una doncella; quiere una joven segura para que esté al lado de su esposa. En el caso de que se trata, presumo que nadie le conviene tanto como Justine. El trabajo que le propongo es bueno; si se gana la confianza de mi tío, podrá realizar por fin la quimera de la felicidad, tras la que corre hace tanto tiempo… ¡Oh!, Justine, acepta esta prenda de mi gratitud, y que la unión, la paz y la tranquilidad renazcan entre nosotros. ¿Os parece bien este acuerdo, primo? ¿Y me cedéis a Justine? —De todo corazón, responde d'Esterval; sobre todo porque empiezo a cansarme de ella; y las secuelas de mi desagrado pueden ser fatales para Justine. —Lo creo, dice Bressac; somos parecidos, amigo mío; cuando un objeto ha saciado mi lubricidad, querría mandarlo al diablo. —Entonces, ¿no habéis gozado de Justine?, dice Dorothée. —No, señora; no conozco a nadie en el mundo salvo vos que pudiera conseguir que yo fuera infiel a mis gustos; sólo me agradan los hombres. —Amigo mío, dice d'Esterval cortándole casi la palabra, mi mujer te servirá cuando quieras; tiene el culo más hermoso y la mayor afición a alojar pollas en él…, además de un clítoris del grosor de un dedo[4], mediante el cual te devolverá todo lo que te guste darle. —¡Oh!, demonios, ahora mismo, dice Bressac; nunca he sabido dejar para más tarde un plan de libertinaje». E iba a agarrar a Dorothée, que, ebria ya de vino y de lujuria, estaba dispuesta a servir sus propósitos, cuando oyeron ladrar a los perros de una forma capaz de hacer creer que pronto llamarían a la puerta. Lo hicieron efectivamente: aunque fuese ya medianoche, unos forasteros pedían entrar en la casa. Eran unos caballeros de la Mariscalía[5] que, enterados del robo cometido en la persona de Bressac y del asesinato de su criado, después de haber seguido sus huellas cuanto habían podido, acudían para informarse de si había en aquella venta alguien que pudiera ponerlos al corriente. Fue el propio Bressac quien contó lo que le había ocurrido, declarando desconocer el camino que habían tomado los ladrones. Invitaron a beber a aquellos caballeros; se les ofreció camas, que no aceptaron; se fueron. La alegría volvió a aparecer en cuanto los vieron fuera; y durante el resto de la noche se celebraron las orgías más escandalosas.

Como la mezcla de sexos no había tenido resultado, y los esfuerzos de Bressac sólo le habían conducido a sodomizar dos veces a Dorothée, los dos hombres se vieron en la necesidad de divertirse juntos, y de que las mujeres hicieran lo mismo. Dorothée, ardiendo, extenuó a Justine; d'Esterval agoró a Bressac, y se acostaron hacia el amanecer con idea de partir los cuatro en cuanto hubieran desayunado.

«El hombre a cuya casa os llevo», dijo Bressac al iniciar el desayuno, «se llama conde de Gernande. —¡Gernande! Seguro que soy pariente suyo, dijo d'Esterval; era hermano de vuestra madre, y por consiguiente primo hermano mío. —¿Y le conocéis? —No le he visto en mi vida; sólo sé que es un hombre singular…, un hombre cuyos gustos… —Aguardad, aguardad, dice Bressac; ya que no lo conocéis, voy a describíroslo.

«El conde de Gernande es un hombre de cincuenta años; muy gordo. Nada tan espantoso como su cara: la longitud de su nariz, la espesa oscuridad de sus cejas, sus ojos negros y perversos, su gran boca mal amueblada, su frente tenebrosa y calva, el sonido de su voz ronco y amenazador, la enormidad de sus brazos y sus manos, todo contribuye a hacer de él un individuo gigantesco cuyo aspecto inspira terror. Pronto habréis de ver si la moral y las acciones de este sátiro responden a su espantosa caricatura. Por lo demás, es inteligente, tiene conocimientos, pero no buenas costumbres, ni religión; es uno de los mayores malvados que nunca han existido, y el más célebre glotón del que hayáis oído hablar en vuestra vida. Nada más singular que el tipo de sus depravaciones. Su mujer es el primer objeto de su ferocidad; pero mezcla a ello episodios sodomitas tan libertinos que estoy convencido de que, antes de ocho días, los dos me agradeceréis haberos procurado su conocimiento. —¿Y esa mujer, desdichado objeto de los furores de su marido, a la que me destináis, señor?, dice Justine. —Desde luego es una mujer muy dulce según dicen… Yo no la conozco…, pero aseguran que es una mujer honesta y sensible que necesita tener a su lado alguien que se le parezca…, un ser dulce que la consuele. Me parece, Justine, que eso va muy bien con vuestros principios. —Sí, pero ¿no desagradaré al marido consolando a la mujer? Además, ¿no me convertiré en presa de las brutales pasiones del malvado que acabáis de describir? —Aunque así fuera, dijo Bressac, ¡vaya una desgracia! ¿No estabais expuesta en esta casa a los mismos peligros? —A pesar mío. —Bueno, en casa de mi tío será de buen grado; ésa es toda la diferencia. —¡Oh!, señor, ya veo que vuestra mente, siempre pérfida, no ha perdido nada de su causticidad; pero dado que conocéis mi carácter, señor, comprenderéis que no puedo prestarme a todas esas cosas. ¡Ya que d’Esterval deja su casa, ya que no necesita de mis servicios, de esas obligaciones que debía a uno y otra, señores, deberíais devolverme una libertad… ¡que en la práctica no tenéis ningún derecho a quitarme! —¡Oh!, por lo que se refiere al derecho, es irrefutable, dice d’Esterval: ¿no somos nosotros los más fuertes? ¿Y conoces tú, Justine, un derecho más sagrado que ése? —Me opongo formalmente a esa libertad, dijo Bressac. Encargado especialmente por mi tío de llevarle una joven dulce y bonita para su mujer, y dado que no encuentro otra comparable a Justine, espero que se sienta halagada por verse unida irrevocablemente a la suerte de Mme. de Gernande; es lo que necesita; y aunque esa íntima relación deba exponerla algunas veces a las brutales pasiones del marido, le ruego que acepte, pues nada me impide destinarla a la esposa».

Hubieran sido inútiles las réplicas de Justine, había que obedecer. Se pusieron en camino. Hasta la mitad del bosque se hizo el trayecto a caballo; en el primer pueblo se alquiló un carruaje de cuatro plazas, y sin otra novedad llegaron a casa de M. de Gernande, cuyo magnífico castillo estaba aislado en medio de un gran parque circundado por altas murallas, en los límites del Lionesado y del Franco Condado. Mas si era preciso que el vasto edificio tuviese tantos habitantes como por su amplitud debería tener, sólo se percibía cierto movimiento en las cocinas, situadas

bajo las bóvedas, en el centro del cuerpo del edificio; todo lo demás parecía tan solitario como solitaria era la ubicación del castillo.

Cuando la compañía entró, el señor de Gernande se hallaba al fondo de un amplio y magnífico aposento, envuelto en una bata de raso de Indias, descuidadamente dispuesta sobre la otomana en la que estaba echado. A su lado se veían dos muchachos tan ridículamente vestidos, peinados con tal artificio…, con tanta elegancia, que se los hubiera tomado por chicas; ambos tenían una figura encantadora, y de quince o dieciséis años a lo sumo, pero en tal estado de blandicie y postración que uno sentía la tentación de creerlos enfermos[*].

«Mi querido tío», dijo el marqués de Bressac al entrar, «tengo el honor de presentaros a estos dos amigos con toda confianza, dado que ambos están emparentados con vos. Debéis reconocer en ellos al señor y a la señora de Sombreville. —¡Ah!, son primos míos, dijo Gernande: nunca los he visto; pero dado que me los traes, no hay duda de que son dignos de nosotros; por eso estoy encantado de verlos. Y esa joven, ¿quién es? —Una mujer de confianza, tío, que, de acuerdo con vuestras órdenes, le traigo a Mme. de Gernande, y en quien veo todas las cualidades necesarias para el puesto a que está destinada». El conde mandó acercarse a Justine; y, sin pedir el menor permiso al resto, le levanta las faldas hasta la cintura y la examina de pies a cabeza de la forma más brusca e insolente. «¿Qué edad tenéis?, le preguntó. —Veinte años, señor». Y a esa primera pregunta agrega algunas otras sobre su persona. Justine contó sucintamente las particularidades más interesantes de su vida, sin olvidar la marca de Rodin, pero disimulando con arte los horrores a que se había visco obligada en casa del pariente que la presentaba a Gernande; luego describió su miseria. «Sois desdichada, la interrumpió el centauro, mejor…, mejor, seréis más dócil… ¿No es cierto, señores, que no es un gran inconveniente que la desgracia persiga a esa raza abyecta del pueblo, a la que la naturaleza condena a reptar a nuestro lado sobre el mismo suelo? De esta forma es más activa y menos insolente; cumple mucho mejor sus deberes con nosotros. —Pero, señor, dijo Justine, os he declarado mi linaje; no es abyecto. —Sí, sí, conozco el cuento; cuando uno está en la miseria se hace pasar por un montón de cosas; es necesario que las ilusiones del orgullo vengan a consolar los agravios de la fortuna. Luego nos toca a nosotros creer lo que nos place de esos linajes abatidos por los golpes del destino. Además, todo eso no me importa; os encuentro con la indumentaria de una criada, os tomaré pues por criada si os parece bien; de todos modos, sólo de vos dependerá que seáis feliz; paciencia, discreción, y dentro de unos años os despediré de este lugar en condiciones de no volver a ser criada. Amigo mío», dijo luego a Bressac, «háblame ahora un poco de los dos amables parientes que me traes; ya nos hemos ocupado demasiado de una guarra.

—El señor y la señora de Sombreville, más conocidos con el nombre d’Esterval, tienen, querido tío, todas las cualidades que pueden haceros agradable su conocimiento; su profunda inmoralidad os los hará apreciar, estoy seguro; y cuando

sepáis que, a pesar de su nombre y sus riquezas, han dejado todo lo que podía permitirles vivir cómodamente en la mejor sociedad para enterrarse en el fondo de un bosque donde el único placer que conocen es robar y degollar a los viajeros que van a pedir hospitalidad en la casa que tienen en medio de ese sombrío asilo; cuando sepáis todo esto, digo, me precio de que me agradeceréis haberos traído unos amigos tan valiosos. —Degüellan a los viajeros», dijo Gernande echándose a reír, «¡ah, eso sí que es delicioso! Y lo conozco, lo entiendo a las mil maravillas… ¡Es inaudito lo que se consigue con la imaginación!… Se mata, se roba, se saquea, se envenena, se incendia; no hay nada más sencillo, uno se empalma, y desde ese momento es lo único divino. En el pasado me divertí con todas esas sandeces, y mi cabeza todavía se excita con ellas; pero, como envejezco, prefiero los placeres más tranquilos y más hogareños. Tal vez hago lo mismo; pero en mi casa, y lo prefiero… Ah, y la mujer de este encantador pariente es… —Igual de viciosa que él, querido tío; espero que su cinismo y su libertinaje os diviertan. ¡Ah!, debéis creer que nuestro pariente es demasiado inteligente como para encadenarse a una mujer si no tuviera los mismos vicios que él. —Es necesario, dijo Gernande; confieso que sin esa cláusula no le perdonaría venir a verme así, maritalmente. Querido sobrino, las mujeres tienen una necesidad furiosa de reparar los agravios de su sexo. Perdón, señora», continuó dirigiéndose a Dorothée, «pero, como a mi sobrino, no me gustan las mujeres; y si tengo una en mi casa, la forma en que la hago víctima de mis caprichos me disculpa a ojos de la gente que piensa como yo…». Luego, haciendo que Dorothée se acercase: «Vuestra mujer es, por lo menos, bella…, muy bella, primo…, ¿me permitís?». Y el infame, levantando las faldas de Dorothée por detrás, le examinó un momento las nalgas: «Palabra que tiene un buen nalgatorio, continuó; un poco masculino; pero lo prefiero así. Espero que no hayáis tenido nunca hijos. —No, en verdad, señor, no me expongo a semejantes tonterías; pero si, por alguna imprudencia, me ocurriera tal desgracia, dos o tres vasos de sabina[*] me quitarían de encima el problema enseguida. —¡Ah!, bien, bien, veo que vuestra mujer es adorable; forma con la mía un contraste delicioso; estoy impaciente por reunirlas. —¿Deseáis, señor, dijo d’Esterval, que os deje a solas con ella? —¡Eh!, no, respondió el conde, entre nosotros no debemos molestarnos, y espero que en lo sucesivo nuestros placeres sean como nuestros pensamientos. —Al descubierto, dijo Bressac; ése es el verdadero encanto de la sociedad. —Y vos, primo, prosiguió Gernande dirigiéndose a d’Esterval, debéis de tener una polla… —De mulo, dijo Bressac. Aunque estoy acostumbrado a introducírmelas enormes en el culo, os aseguro que la suya siempre me hace daño». Y, a una señal de Bressac, después de haber ido Justine a quitarle a d’Esterval los calzones, ofreció a los ojos de Gernande uno de los más bellos y más enormes aparatos que hubiera visto en su vida. «¡Ah!, es magnífica», dijo Gernande tratando de chuparla, pero sin conseguir hacerla entrar en su boca; «es divina. ¡Oh, querido, tengo prisa por ver cómo se la metéis a mi mujer! Date la vuelta, Bressac, para que la meta un momento en tu culo… Pero si entra… ¡Oh, qué ano, sobrino, qué

ano! Nunca lo he visto tan ancho. Amigos míos, les dijo a sus dos putos, que uno de vosotros palpe los cojones de Bressac y el otro le ofrezca el trasero; ocupaos de los cuidados que necesita un hombre follado; en este caso no hay atención que no haya que prodigarte. No hay individuo más digno de interés que un hombre enculado, ni atención que no se le deba»… Y no tardaron las cosas en estar dispuestas de tal forma que Bressac, follado y follador, se vio corriéndose al momento… «Detente, detente», le grita su tío, que se dio cuenta: «resérvate, amigo mío; sólo quería ver el experimento. Prefiero llamar para la cena, vamos a sentarnos a la mesa; para mí no hay hora más interesante que ésta; a los postres me uniré a vosotros; es mi momento; entonces montaremos algunas escenas que nos alegren un poco a los cuatro».

Se sentaron a la mesa. «Perdón, dijo el conde; no os esperaba; mi sobrino no me había escrito; por eso os ofreceré la cena de todos los días; os ruego que perdonéis su mediocridad».

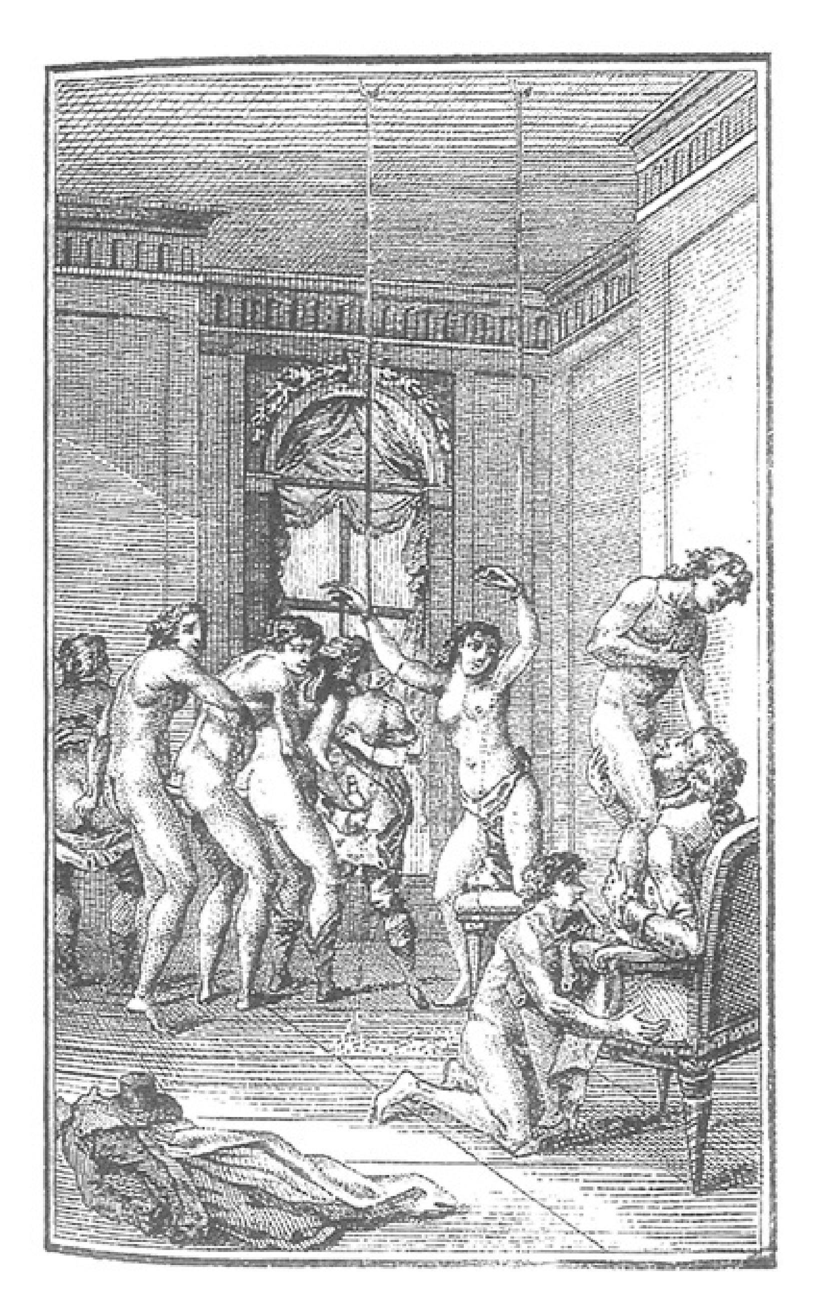
Se sirvieron dos sopas; una de pasta de Italia con azafrán; la otra, de cangrejos con jugo de jamón; en medio, un solomillo de buey a la inglesa; doce entremeses, seis de ellos de cocina, y seis de huerta; doce entradas, cuatro de ellas de carne, cuatro de aves y cuatro de pastelería; cabeza de jabalí, en medio de doce platos de asado, que se sustituyó por dos servicios de entremeses, doce de vegetales, seis de distintas cremas, y seis de pasteles; veinte platos de frutas o de compotas; seis clases de helados, ocho tipos de vino; seis de distintos licores, de ron, de ponche, de canela, de chocolate y de café. Gernande probó todos los platos; algunos los vació él solo; bebió doce botellas de vino; cuatro de Volney, al principio; cuatro de Aï con el asado; el tokai, el pafos, el madera y el falerno**[6][*]** fueron bebidos con la fruta; terminó con dos botellas de licores de las Islas, una pinta de ron, dos boles de ponche y diez tazas de café. Los d’Esterval y el marqués de Bressac, tan comilones por lo menos como él, le secundaron; pero parecían acalorados, mientras Gernande estaba tan fresco como si acabase de despertarse. En cuanto a Justine, a la que se había tenido a bien permitir sentarse en el extremo de la mesa, la templanza, la sobriedad, mucha modestia, ésas eran las virtudes que solía oponer constantemente a la grosera intemperancia de todos los malvados entre los que la colocaba su desdichada fortuna.

«Bien», dijo Gernande al levantar la mesa, «¿os sentís dispuestos a la ejecución de algunas escenas públicas? Confieso que, para mí, éste es el momento. —Sí, hostias, hagamos algo, dijo Bressac; la muestra del serrallo masculino que acabo de ver en vuestra casa, querido tío, me da unas ganas sorprendentes de conocer el resto. —A tus órdenes, amigo mío, respondió el conde; quizá no te moleste tampoco ver mi conducta en el acto libidinoso; te la haré ver con Justine. —¿Y vuestra mujer, señor?, dijo Dorothée. —¡Oh!, no la veréis hasta dentro de dos o tres días; descansa después de cada una de mis sesiones; necesita un largo relajo; ya juzgaréis sobre esa necesidad por lo que vais a ver. Señora», continuó Gernande dirigiéndose de nuevo a Dorothée, «todas mis liviandades han de sorprenderos; pero dicen que sois filósofa y voluptuosa; con esas cualidades nada puede asombrar; y como uno mismo tiene

pasiones, las de los demás parecen muy sencillas. —Amable primo, dijo Dorothée, considero como una señal de estima la manera franca e ingenua con que vais a abriros delante de mí. Además, podéis estar seguro de que ningún exceso me sorprende; y de que, con mis gustos y mis caprichos, sólo me quejaré de la mediocridad de los gustos y caprichos de los demás. Os ruego que me asignéis un papel; cumpliré el que me indiquéis como víctima o como sacrificador. —¿Víctima? No, dijo Gernande, os haría daño, voy a hacérselo, y mucho, a esta joven. Hago sangrías», prosiguió empezando a menearse el aparato más mediocre…, más sorprendentemente pequeño en comparación con su enorme estatura…, «sí, sangro, ésa es mi fantasía; y le agrego el cruel episodio de proceder a esa operación sólo cuando el objeto que utilizo tiene el estómago lleno; de esta precaución se deriva necesariamente una convulsión más constante en el organismo; y quizá sea a ese desorden, tanto como a la sangre que hago correr, a lo que debo la erección que consigo. —Es delicioso», dijo Bressac acercándose a su tío y meneándole la polla, «tiene detalles y refinamientos deliciosos». Y Gernande, después de quitarle los calzones al marqués, lo masturbaba con una mano y le sobaba las nalgas con la otra. En cuanto a vos, querido primo», continuó dirigiéndose a d’Esterval, «no me canso de tocar vuestra hermosa polla; follaréis a mi mujer, ¿no es cierto, amigo mío? —Por supuesto, dijo d’Esterval, le haré cuanto queráis. —¿Daño incluso? —¡Oh!, horrores…, execraciones…». Y mientras tanto las dos mujeres se desnudaban por orden de Gernande. «¡Rediós!, tapaos el coño, señoras», dijo a Dorothée y a Justine, a las que vio dispuestas a presentarle unos altares tan poco dignos de su culto; «ocultad eso, os lo ruego, porque, en caso contrario, me veríais convertido en una nulidad, no me repondría en seis semanas». Bressac les pone unos pañuelos triangulares, arados a la cintura; y las dos mujeres avanzan. Después de haber besado un momento los culos, después de haberlos sobado y haberles dado unos azotes, coge uno de los brazos de Justine, lo contempla; coge el otro, lo examina igual, y le pregunta cuántas veces la han sangrado. «Dos veces, señor», responde Justine. Y durante este diálogo y el siguiente, Dorothée, de rodillas entre los muslos del lascivo, le chupaba la polla; mientras tanto, Bressac y d’Esterval, en otro rincón del cuarto, se divertían diversamente con los dos putos que ya hemos descrito al introducir a los lectores en esta casa. Siguiendo con su examen, Gernande apoyó sus dedos en las venas de Justine, como cuando se quiere que se hinchen para proceder a la operación de la sangría; y, cuando las vio en el punto que deseaba, aplicó a ellas la boca chupándolas. «Vamos, puta», dijo con dureza a nuestra desdichada Justine, «prepárate, voy a hacer que corra tu sangre. —¡Oh!, señor… —Créeme», prosiguió Gernande, cuya cabeza empezaba a enardecerse; «créeme, zorra, no intentes hacerte la gazmoña. La resistencia no te servirá de nada; tengo medios para conseguir que entren en razón las mujeres que quieren oponerse a mis deseos». Sus manos se colocaron entonces sobre las nalgas de Justine; las apretaba con fuerza; sus uñas, largas y ganchudas, se imprimían en las carnes dejando en ellas unos trazos de sangre que sus labios chupaban enseguida. A veces cogía una

pizca de esas mismas carnes, que ablandaba hasta magullarlas; y acto seguido hacía lo mismo en los pechos…, apretaba el pezón con tal violencia que Justine lanzaba unos chillidos terribles… «Bravo, tío, decía entonces Bressac; rebelémonos descaradamente contra las tetas, os lo ruego; esa parte femenina debe ser la que más soberanamente han de detestar los sodomitas como nosotros; los pechos son horribles para quien aprecia los culos. —¡Oh!, los odio hasta un punto indecible», continuó Gernande mordiendo los de Justine. Luego la obligaba a avanzar unos pasos, volver hacia él de espaldas para no perder de vista la perspectiva del hermoso culo de nuestra heroína. Tan pronto como estaba a su lado, la hacía inclinarse, mantenerse recta, cerrar el culo, abrirlo; luego, se inclinaba ante el objeto de su culto, lo mordía en varios sitios, incluso en el orificio; pero, por una fantasía muy singular, todos aquellos besos eran la imagen de la succión; no daba uno que no tuviese por objeto ese gesto; se hubiera dicho que mamaba cada una de las partes a las que se dirigían sus labios. Fue durante estos exámenes preliminares cuando pidieron a Justine un sinfín de detalles sobre sus aventuras en el convento de Sainte-Marie; y, sin darse cuenta de que sus relatos enardecían a sus perseguidores, la pobre Justine los hacía con tanta verdad como candor. En ese punto Gernande deseó un muchacho; pero viendo a los que allí estaban demasiado ocupados con Bressac y d’Esterval, llamó; aparecieron otros dos; apenas tenían dieciséis años, y la fisonomía más agradable; se le acercaron mientras Dorothée seguía chupándole. Cuando el lascivo los vio a su alcance, desató el nudo corredizo de una ancha cinta rosa que sujetaba unos calzones de gasa blanca, y dejó al descubierto los dos culitos más bellos del mundo; después de haberlos besado un momento a su manera, chupa las pollas mientras continúa pellizcando las nalgas y las tetas de Justine. Fuese costumbre en los jóvenes, fuese destreza de parte de aquel sátiro, en poquísimos minutos la naturaleza vencida hizo correr en la boca del uno lo que lanzaba el miembro de los otros dos; y el infame se tragó la leche. Así era como aquel libertino agotaba a los niños que tenía en su casa; y a ello se debía el estado de languidez en que los hemos descrito. El homenaje tributado por el conde a los atractivos de Justine se prolongaba infinitamente; pero ni la más ligera inconstancia al templo en que quemaba su incienso; ni sus besos ni sus deseos se apartaban un solo momento de él. Hizo levantarse a la d’Esterval; uno de los putos la sustituye y le chupa la polla. Agarrando las nalgas de la que acaba de dejar su puesto, la trata poco más o menos como acaba de hacer con Justine; pero, como no quiere sangrarla, examina más su culo que sus brazos. Elogia singularmente aquel culo y, dirigiéndose al marido: «Señor, le dice, si no folláis al muchacho que me parece que acariciáis, ¿querríais hacerme el placer de acercaros a sodomizar a vuestra esposa? Pediré a mi sobrino que os encule; dos ganimedes os besarán mientras yo, ayudado por los otros dos, procederé a mi operación quirúrgica sobre la bella Justine». D’Esterval, que no hacía más que sobar y lamer al muchacho del que se le hablaba, se adelantó con la pica en la mano; y Dorothée, que le ponía buen culo, fue ensartada en un instante. Bressac, muy partidario del culo de d’Esterval,

abandona asimismo al puto al que palpa para ir a sodomizar a su primo. Los ganimedes le rodean, haciéndose tocar el uno el culo, el otro la polla, mientras Gernande, encantado de ver formarse semejante grupo ante sus miradas lascivas, se ocupa de formar el suyo. «Narcisse», dice a uno de los jóvenes que había retenido a su lado, «ésa es la nueva doncella que destino a la condesa; tengo que ponerla a prueba; dame mis lancetas». Y al punto Narcisse las presenta a su amo. Justine se turba; tiembla, todo el mundo se ríe ante su apuro. «Colócala, Zéphyre», continúa Gernande dirigiéndose a su otro puto. Y este guapo niño, acercándose a Justine, le dice con una sonrisa: «No tengáis miedo, señorita; esta operación no os hará sino el mayor bien; poneos así». Se trataba de estar levemente apoyada sobre las rodillas, en el borde de un taburete colocado en el centro de la habitación, con los brazos sostenidos por dos cintas negras atadas al techo.



En cuanto estuvo en esa posición, el conde se acerca a ella lanceta en mano. Apenas respiraba; sus ojos echaban chispas; su cara inspiraba terror. Venda los dos

brazos y, en un abrir y cerrar de ojos, pincha los dos. Un grito se exhala de su pecho inflamado, acompañado por dos o tres blasfemias; y en cuanto ve la sangre, va a sentarse en el grupo de Dorothée. De rodillas entre sus piernas, Narcisse se la chupa; y Zéphyre, con los pies en los brazos del sillón de su amo, le presenta a mamar el mismo objeto que él ofrece a succionar al otro. Gernande agarraba a Zéphyre por los riñones, le comprimía contra él, dejándole sólo de vez en cuando para dirigir sus lascivas miradas unas veces a la desgraciada flebotomizada, otras al grupo en acción al que inundaba la sangre de Justine. Ésta, sin embargo, se siente flaquear: «Señor, señor, exclama, tened piedad de mí, me desmayo». Y en efecto se tambalea; y habría caído de no ser por las cintas que la sujetan; sus brazos giran, la cabeza flota sobre sus hombros; los chorros de sangre, desviados por aquellas oscilaciones, terminan por inundar su rostro. El conde está embriagado; se levanta y apoderándose del culo de su sobrino completamente mojado con la sangre de Justine, lo sodomiza y se corre en él mientras la víctima pierde por fin el conocimiento. Encantado con aquel espectáculo, d’Esterval inunda igualmente el culo de su mujer que, con el coño apoyado en los muslos de un puto, lo encula con su clítoris, embadurnándole los muslos de leche y masturbándote la polla. Por fin vendan los brazos de Justine; se la llevan; y nuestros libertinos, agorados, van a refrescarse a los jardines. Conociendo las crisis del delirio de los demás personajes de aquel castillo, no remitiremos a ellos a nuestros lectores; mas séanos permitido llamar su atención unos momentos sobre los de Gernande. El lascivo permaneció en éxtasis casi un cuarto de hora…) ¡y qué éxtasis, Gran Dios! Se debatía como un hombre que cae en un ataque de epilepsia; sus gritos espantosos, sus atroces blasfemias se habrían oído a una legua; lanzaba golpes sobre todo lo que le rodeaba; sus esfuerzos eran espantosos.

Abandonamos ahora, por dos días, a toda la alegre pandilla: lo único que debe ocuparnos es la forma en que Justine fue presentada a su ama.

Fue al cabo de ese intervalo cuando Gernande le mandó decir que se presentase para hablar con ella en el mismo salón en que la había recibido al llegar; Justine todavía estaba débil, pero, por lo demás, se encontraba bien.

«Hija mía», le dijo Gernande después de darle permiso para sentarse, «no repetiré muy a menudo con vos la escena de anteayer; os agotaría, y os necesito parí otra cosa; pero era esencial que os hiciese conocer mis gustos y el tipo de muerte por el que moriréis en esta casa si me traicionáis…, con sólo que os dejéis seducir por la mujer junto a la que vais a ser colocada. Esa mujer es la mía, ya os lo han dicho, Justine; y ese título es sin duda el más funesto que pueda tener, porque la obliga a prestarse diariamente a la extraña pasión a la que acabo de someteros. No os figuréis, por lo demás, que la trato así por venganza…, por desprecio…, por un sentimiento cualquiera de odio; sólo es cosa de las pasiones. Nada puede compararse al placer que disfruto derramando la sangre de esa criatura; es el goce más delicioso de mi corazón; nunca me he divertido con ella de otra forma; hace tres años que está encadenada a mí, y que sufre regularmente, cada cuatro días, la operación que vos habéis sufrido.

Su gran juventud (apenas tiene veinte años), los especiales cuidados que se tienen con ella, el abundante alimento que roma, todo esto la mantiene; pero con semejante sujeción, como bien comprenderéis, no puedo ni dejarla salir ni mostrarla a más gentes que a las que, por tener poco más o menos los mismos gustos que yo, deben desde ese momento disculpar los míos. Por eso la hago pasar por loca; y su madre, el único pariente que le queda en el mundo, y que vive en su castillo a seis leguas de aquí, está tan convencida de esa idea que ni siquiera se atreve a venir a verla. La condesa implora muy a menudo gracia, no hay nada que no haga para enternecerme; pero no lo conseguirá nunca. Mi lujuria ha dictado su sentencia, y es invariable. Aguantará así mientras pueda; no le faltará nada mientras viva; y, como me gusta extenuarla, la mantendré el mayor tiempo posible…; y cuando ya no pueda aguantar más…, sea en hora buena… Es mi cuarta esposa; pronto tendré una quinta, una sexta…, una vigésima; nada me preocupa menos que la suerte de una mujer: ¡hay tantas en el mundo! ¡Y es tan dulce cambiar de mujer! Sea como fuere, Justine, vuestro empleo consiste en cuidarla. Pierde regularmente dos palmetas de sangre cada cuatro días; pero la costumbre le presta fuerza; ahora ya no se desmaya; su agotamiento dura veinticuatro horas, y está bastante bien los otros tres. Sin embargo, como debéis suponer, esa vida le desagrada soberanamente. No hay nada que no intente para hacer saber su verdadero estado a su madre; ya ha seducido a dos de sus criadas, cuyas maniobras, por suerte, fueron descubiertas lo bastante pronto como para hacerlas fracasar: ella ha sido la causa de la muerte de esas desgraciadas; las hice morir ante sus ojos. —¿Vos habéis matado a esas dos mujeres, señor? —Sí, en casos como éstos les sangro los cuatro miembros, y dejo que se vayan extinguiendo de esa manera. —¡Oh, Dios! —Como supondréis, Justine, mi mujer se arrepiente hoy día de haber comprometido a esas dos mujeres…, se reprocha su muerte; y, admitiendo la inmutabilidad de su destino, empieza a resignarse y a prometer que no volverá a seducir a la gente de que la rodeo; sin embargo, si ocurriese, debo advertiros que seríais tratada como las demás. Consideraos, pues, desde ahora, como si ya no fueseis de este mundo, porque podéis desaparecer al menor acto de mi voluntad; ése es vuestro destino, Justine: feliz si os portáis bien, muerta en caso contrario… Me habéis entendido: pasemos al aposento de mi mujer».

Como no tenía nada que objetar a unas palabras tan precisas, Justine siguió a su amo. Después de atravesar una larga serie de aposentos, tan sombríos, tan solitarios como el resto del castillo, entra en una antecámara donde hay dos viejas que, según se le anuncia, están a sus órdenes en todo lo relativo al servicio de la condesa. Abren: Gernande y Justine se encuentran en el aposento donde estaba la joven y desventurada esposa de aquel monstruo, echada en una tumbona, y en un estado de palidez y de abatimiento fácil de suponer. En cuanto vio a su marido se levantó y fue respetuosamente a preguntarle qué ordenaba. «Escuchadme», le dijo Gernande sin permitirle que volviera a sentarse, aunque apenas parecía sostenerse en pie, «ésta es la mujer que me trae mi sobrino Bressac para que esté a vuestro lado; os encomiendo

a ella; si alguna vez deseáis seducirla, no lo intentéis al menos sin recordar el destino de las que le han precedido. —Toda tentativa sería inútil, señor», dijo Justine, con ganas de servir a su ama, y con la intención de disimular sus proyectos; «sí, señora, quiero declararlo delante de vos, no daría resultado; no diréis una palabra…, no haréis un solo gesto del que yo no informe inmediatamente a vuestro esposo; y, desde luego, no arriesgaré mi vida por serviros. —De hecho, no intentaré nada para poneros en esa situación, señorita, dijo aquella mujer, que aún no comprendía los motivos del fingido rigor de Justine; sólo os pido vuestros cuidados. —Los tendréis todos, señora, replicó la nueva criada; pero nada más». El conde, encantado, estrechando la mano de Justine: «¡Maravilloso, hija mía!, le dijo en voz baja; cumple tu palabra y tu fortuna estará hecha». Luego le mostró la habitación que ocuparía, contigua a la de la señora; y le hizo observar después que el conjunto de aquel apartamento, cerrado por excelentes puertas y rodeado por dobles barrotes en todas sus aberturas, no dejaba ninguna esperanza de evasión. «Aquí tenéis una terraza», continuó Gernande llevando a Justine hasta un pequeño jardín que se hallaba en el mismo nivel de aquel apartamento; «pero creo que su altura no os dará ganas de medir sus muros. La condesa puede venir aquí a respirar el fresco cuando quiera; es la única distracción que mi rigor le deja. Mientras esté aquí, no os separaréis de ella, observaréis todos sus pasos y me daréis fiel cuenta de todo. Adiós».

Justine volvió al lado de su ama; y es el instante en que se observan, en que las dos se examinan, el que vamos a escoger para dar a nuestros lectores una idea de esta interesante mujer.

CAPÍTULO XIV

Lo que ocurre en el castillo. Disertación sobre las mujeres.

Madame de Gernande, de diecinueve años y medio de edad, tenía el ralle más bello, el más noble y el mejor diseñado que fuese posible ver; no había un solo gesto, un solo movimiento que no fuese una gracia, ni una sola de sus miradas que no fuese un sentimiento. Sus ojos eran del negro más hermoso, aunque rubia; nada igualaba su expresión; pero una especie de languidez, secuela de sus infortunios, los volvía mil veces más interesantes todavía. Su piel era muy blanca, su pelo el más hermoso, la boca muy pequeña, y los dientes de un frescor…, los labios de un encarnado…, se hubiera dicho que el Amor los había coloreado con tintes robados a la diosa de las Flores. Su nariz era aguileña, estrecha, apretada en la parte superior y coronada por dos cejas de ébano, la barbilla perfectamente hermosa; en una palabra, un rostro del óvalo más bello, en cuyo conjunto reinaba una especie de atractivo, de ingenuidad, de candor que habrían hecho tomar su encantadora figura por la de un ángel antes que por la fisonomía de una mortal. Sus brazos, sus pechos, sus nalgas eran de un brillo…, de una redondez…, hechos, en una palabra, para servir de modelo a los artistas. Un musgo ligero y negro sombreaba el coño más bonito del mundo, sostenido por dos muslos moldeados; y lo más sorprendente, pese a las desgracias de la condesa, es que nada alteraba su gordura. Su culo era tan redondo, tan carnoso, tan firme tan rollizo como si su ralle hubiese estado más marcado y ella hubiera vivido siempre en el seno de la felicidad. Sobre todo ello, sin embargo, había horribles vestigios de las crueldades de su esposo; pero nada estaba marchito, nada alterado: la imagen de una hermosa azucena donde el impuro abejón había dejado algunas manchas. A tantos dones, Mme. de Gernande unía un carácter dulce, una mente novelesca, un corazón sensible…, instruido, talentos; un arle natural para la seducción frente al que sólo su infame esposo podía resistirse; un sonido de voz halagüeño, y mucha compasión. Así era la esposa de Gernande, así era la angélica criatura contra la que éste había conspirado. Parecía que cuanto más cosas inspiraba, más inflamaba la ferocidad del marido; y que la afluencia de los dones que había recibido de la naturaleza sólo se convertían en otros tantos vehículos para las maldades de aquel monstruo.

«¿Cuándo habéis sido sangrada, señora?», preguntó Justine a la condesa en cuanto estuvieron solas. «Hace tres días, respondió ésta…, y mañana… de ese horror harán seguramente un delicioso espectáculo para los amigos de M. de Gernande. —¿Suele dedicarse a él, señora, delante de testigos? —Delante de los que piensan como él… ¡Oh!, lo veréis todo…, señorita, ya lo veréis todo. —¿Y no se debilita la señora con todas esas sangrías? —¡justo Cielo!, no tengo veinte años y estoy segura de que

no se está más débil a los setenta; pero seguro que he de acabar; es totalmente imposible que siga viviendo así mucho tiempo. Iré a encontrarme con mi padre; iré a buscar, en brazos del Ser supremo, un reposo que los hombres me han negado tan cruelmente en el mundo. ¡Eh!, ¿qué había hecho yo, Gran Dios, para no disfrutar ese reposo? Nunca deseé el menor mal a nadie; amo a mi prójimo, respeto mi religión, soy entusiasta de la virtud; uno de mis mayores tormentos, en la horrible situación en que me hallo, es la imposibilidad en que me tienen de poder ser útil a alguien…». Y las lágrimas acompañaban a estas palabras. No les costará mucho imaginar a nuestros lectores que las de Justine no habrían tardado en mezclarse a ellas si no hubiera tenido el mayor interés en ocultar su turbación, pero desde ese momento se juró arriesgar mil vidas antes que no hacer lo que fuera por una mujer cuyos sentimientos y desgracias parecían tan semejantes a los suyos.

Era la hora de la cena de la condesa. Las dos viejas fueron a avisar a Justine para que la hiciese pasar a su gabinete, porque ni siquiera esas viejas podían tener trato con ella. Madame Gernande, acostumbrada a todos aquellos cuidados, se sometió sin dificultad; y se sirvió la cena. Poco después apareció la condesa, se sentó a la mesa e invitó a Justine a que le hiciese compañía en un tono de amistad…, de afabilidad, que acabó ganándole para siempre el corazón de la que le daban para vigilar. Había por lo menos veinte platos en la mesa.

«En lo que se refiere a este apartado, ya veis que me cuidan, señorita, dijo Mme. de Gernande. —No ignoro, señora, que la voluntad del señor conde es que no os falte nada. —¡Oh!, sí, pero los motivos de esas atenciones no son otra cosa que crueldades, me conmueven poco».

Madame de Gernande, agotada, y vivamente obligada por la naturaleza a reparaciones constantes, comió mucho; pidió unos perdigones rojos y un anadón de Rouen, que le fueron llevados al momento. Después de la cena quiso tomar un poco el aire en la terraza, pero apoyándose en Justine; le habría sido imposible dar un paso sin esa precaución. Fue entonces cuando mostró todas las partes de su cuerpo a su nueva compañera, que quedó confundida ante la gran cantidad de cicatrices con que aquella pobre mujer estaba cubierta. «No se limita a los brazos, como veis, dijo Mme. de Gernande, no hay lugar de mi desgraciada persona del que no se complazca en ver correr sangre». Y se lo demostró haciéndole ver sus pies, su vientre, sus tetas, sus nalgas e incluso los labios del coño. «Y si no tuviese el horrible refinamiento de elegir siempre para esa operación el momento en que acabo de comer, dijo aquella mujer interesante, ¡quizá sufriría menos! Ese incremento de ferocidad echa a perder mi estómago, ya no digiero. —¡Cómo!, señora, ¿no podríais dejar de comer ese día? —No me avisan, me coge por sorpresa; sé de sobra que sus intervalos son de tres o cuatro días, pero no consigo adivinar el momento; y nunca será aquel en que me sepa preparada el que aproveche».

Mientras tanto, los amigos de Gernande no perdían el tiempo. Los doce ganimedes que entonces estaban en funciones en el castillo (siempre le llevaban ese

número cada tres meses), esos doce putos ya habían sido jodidos tantas veces que empezaban a sentir asco por ellos. Dorothée se había hecho follar por todos los criados y por todos los jardineros de la casa cuando, por fin, la sociedad entera suplicó a Gernande adelantar el suplicio de la condesa, cuyos detalles tanto deseaban admirar todos.

«Será después de la cena, dijo Gernande; preparémonos para esa gran obra con una comida de las más lascivas. Justine y Dorothée cenarán desnudas; seis de mis amorcillos las rodearán en el mismo estado; los otros seis nos servirán a nosotros, vestidos de sacerdotisas de Diana; y os prometo la mejor cena que hayáis hecho en mi casa».

En efecto, era difícil ver nada más suntuoso ni más exquisito, más raro ni más delicioso, que todo lo que se sirvió en aquella comida. Las cuatro partes de la tierra parecían haber concurrido para cubrir con tesoros de todo tipo la mesa de aquellos libertinos; se veían en ella al mismo tiempo vinos de todos los países y platos de todas las estaciones: aquella sola cena costó sin duda más de lo que habría sido necesario para alimentar a diez o doce familias menesterosas durante un mes.

«Después de los placeres de la lujuria, dijo Gernande, no hay otros más divinos que los de la mesa. —Se prestan tanta energía unos a otros, dijo Bressac, que a los partidarios de los primeros les resulta imposible no adorar los segundos. —Es que no hay nada tan delicioso como atiborrarse de platos suculentos, dijo Gernande; no conozco nada que excite con tanta voluptuosidad mi estómago ni mi cabeza; y los vapores de estos sabrosos platos, que van a acariciar el cerebro, lo preparan tan bien para recibir las impresiones de la lujuria que, como dice mi sobrino, a un viejo lascivo le resulta imposible no adorar la mesa. Confieso que muchas veces he deseado imitar los excesos de Apicio, aquel famoso glotón de Roma, que ordenaba arrojar esclavos vivos a sus viveros para volver más delicada la carne de sus peces[1]. Cruel en mis lujurias, lo sería igualmente en esos desenfrenos, y sacrificaría a mil individuos, si fuera necesario, para comer un plato más apetitoso o más rebuscado. No me sorprende que los romanos hayan hecho un dios de la glotonería. ¡Vivan por siempre los pueblos que divinizan de esta forma las pasiones! ¡Qué diferencia entre los necios sectarios de Jesús y Los de Júpiter! Los primeros cometen el absurdo de convertir en crimen la acción que los otros reverencian. —Dicen que Cleopatra, aseguró d’Esterval, una de las mujeres más glotonas de la Antigüedad, tenía por costumbre no sentarse nunca a la mesa sin haber tomado varias lavativas. —También Nerón imitaba esa costumbre, prosiguió Gernande; yo la utilizo algunas veces, y me encuentro a gusto con ella. —Yo la suplo haciéndome sodomizar, dijo Bressac; el efecto físico es poco más o menos el mismo, y la sensación moral infinitamente más deliciosa; nunca ceno sin que me follen una docena de veces. —En cuanto a mí, dijo Gernande, utilizo algunas plantas aromáticas, entre las que predomina el estragón; con ellas me preparan una bebida tan aperitiva que devoro nada más beberla; si es tan sencillo inflamarse con los placeres de los sentidos, ¿por qué no había de serlo

excitarse de la misma manera con los de la glotonería? ¡Oh!, lo confieso», continuaba aquel ogro tragando los platos más deliciosos, «la intemperancia es mi divinidad; en mi templo pongo su ídolo al lado de Venus; y sólo puedo encontrar la felicidad a los pies de ambos. —Lo que a menudo se me ha ocurrido sobre este punto va a pareceros muy perverso, dijo Dorothée; pero permitís que se diga todo. Confieso que, atiborrándome así de comida, una de mis voluptuosidades más sensuales sería que ante los ojos me pusieran desgraciados extenuados por el hambre. —También yo lo pienso, dijo Bressac; pero el hombre que ejerciese la pasión que decís tendría que ser lo bastante poderoso, lo bastante elevado, para que su glotonería extenuase todo lo que le rodea, y que, debido a su consumo inmoderado, muriese de hambre quien estuviera sometido a él. —Sí, sí, respondió la d’Esterval, mi plan ha sido perfectamente comprendido; ¡es imposible imaginar cuánto comería yo en una comida así! —Sí, la comida de la sangre de los hombres, dijo Gernande; creo que Tiberio pensó en algo parecido. —En cuanto a mí, dijo d’Esterval, prefiero infinitamente a Nerón, que al levantarse de la mesa pregunta “qué es un pobre”[*]. —Seguramente, dijo Bressac, si es cierto, como podemos estar seguros, de que la intemperancia es la madre de todos los vicios, y que el cenagal de los vicios es el paraíso terrenal del hombre, no hay nada que no debamos hacer para excitar en nosotros todo lo que puede llevarnos mejor a la intemperancia. Y ¿qué nuevas fuerzas, en efecto, no conseguiremos para las escenas lúbricas cuando pasemos a ellas nada más terminar una orgía de mesa? ¡Cuán exaltados están entonces nuestros espíritus vitales! Parece que un nuevo calor circula por nuestras venas; los objetos lúbricos se pintan en ellas con mayor energía; el deseo que de ellos se tiene adquiere tal fuerza que resulta imposible resistir. Sucumbid; no reparéis en pérdidas; el almacén conseguido es tal que fácilmente puede proporcionar una infinidad de carreras que, de no ser por eso, no os atreveríais a recorrer; todo se embellece, todo se adorna; la ilusión cubre todo con sus velos dorados, y entonces emprendéis cosas que habrían de horrorizaros con sangre fría. ¡Oh voluptuosa intemperancia! Te miro como la regeneradora de los placeres; sólo contigo se saborean bien; sólo gracias a ti ya no tienen espinas; sólo tú allanas el camino; sólo tú apartas el imbécil remordimiento; sólo tú sabes turbar deliciosamente esa razón, tan fría y tan monótona que, de no ser por ti, envenenaría todas nuestras pasiones.

—Sobrino, dijo Gernande, si no fueras mucho más rico que yo, te daría dos mil luises por el elogio que acabas de hacer de una de las pasiones más caras a mi corazón. —¿Más rico que vos, tío? —¡Oh!, sí, tienes más de mil doscientas libras de renta; y yo soy tan pobre que no llego a las ochocientas mil. Lo confieso…, no concibo cómo se puede vivir con menos de un millón al año. —Señor, dijo d’Esterval, yo no lo tengo, y sin embargo vivo. —Bueno, sí; pero estáis sometido a un género de vida que no exige nada; y vuestro oficio debe aumentar vuestros fondos todos los días. No sé de nada tan delicioso como la carrera que habéis emprendido; si yo fuera más joven, tened por seguro que no seguiría otra. Apuesto a que, con eso y

vuestro patrimonio, tenéis por lo menos quinientas o seiscientas mil libras de renta. —Poco más o menos. —Como veis, aquí todos somos ricos, y nuestra forma de pensar, nuestros gustos, nuestros intereses deben parecerse absolutamente. —¡Ah!, replicó d'Esterval; tengo la desgracia de ser insaciable; y si me veis seguir el oficio que tengo es más por avaricia que por libertinaje. —Es cierto que podríais pasar sin él. —No podría vivir sin esa deliciosa costumbre. Me gusta ver aumentar mi fortuna todos los días; y adoro la idea de aumentarla a expensas de los demás. Maro por principios de depravación…, por la ferocidad de mi libertinaje; pero si robo es sólo por codicia; aunque tuviera millones de renta, seguro que seguiría robando. —Lo creo, dijo Gernande; nadie asume como yo el sentimiento que hace coger y que hace conservar. Aunque nadase en olas de oro, no daría un céntimo de limosna, y, salvo para mis placeres, no me permitiría el menor gasto. Conocéis mi patrimonio, estáis al tanto de mis derroches…, pues bien, mirad mi ropa, hace veinte años que la llevo…, y espero ir con ella a la tumba. —Así pues, querido tío, dijo Bressac, queréis merecer con toda justicia el bello nombre de usurero. —Pero si, aunque por otros principios, tu madre no hubiera sido tan avara como yo, dijo Gernande, ¿serías hoy tan rico? —No le habléis de esa circunstancia de su vida, dijo d'Esterval, le haríais ponerse colorado. —Haría mal, demonios, dijo Gernande; matando a su madre no hizo sino la cosa más simple del mundo. Uno tiene ansias de gozar, nada más lógico; además, era una mujer desabrida, devota, imperiosa; la detestaba, nada más común. Veréis, él es mi heredero; pues bien, apuesto a que mi vida no le impacienta; tengo los mismos gustos, la misma manera de pensar; está seguro de encontrar en mí a un amigo. Consideraciones de este Upo son vínculos tan firmes entre los hombres que nunca tratan de romperlos. —Tenéis razón, tío, quizá cometamos muchos crímenes juntos; pero nunca intentaremos los que nos perjudiquen. Sin embargo, he visto el momento en que nuestro primo respetaba poco esa consideración; me habría sacrificado. —Sí, dijo d'Esterval, como pariente, nunca como cofrade de depravaciones; en cuanto supe de lo que erais capaz, sólo nos hemos ocupado de querernos y de reunirnos. —De acuerdo, pero admitiréis que a Mme. d'Esterval le costó mucho hacerme gracia. —No me lo reprochéis, respondió Dorothée; vuestro elogio está en vuestro fallo. La terrible costumbre que tengo de inmolar a los hombres que me gustan, escribía vuestra sentencia al lado de mi declaración de amor; si hubierais sido menos apuesto, quizá habríais escapado. —Cierto, prima, dijo Gernande riendo, me parece que no hacéis que uno tenga mucho deseo de agradaros. —Señores, soy egoísta como vosotros; y con tal de ver mis pasiones servidas, el amor y la vanidad no pintan nada. —Tiene razón, dijo Gernande; así deberían pensar todas las mujeres; si se pareciesen a mi prima, me reconciliaría, creo yo, con la especie. —Entonces ¿es un odio muy inveterado?, preguntó d'Esterval. —¡Oh!, las aborrezco; aniquilaría su raza entera si el cielo me confiase un instante su rayo. —¡No concibo», dijo Bressac metiendo su lengua en la boca de Justine, «cómo se puede detestar a unos pequeños seres tan dulces!…, ¡tan interesantes! —Yo lo concibo perfectamente», dijo d'Esterval

eructando en la boca de un puto; «entiendo de maravilla que se prefiera esta linda clase a la otra. —¡Oh, joder!, marido, estáis empalmado, dijo Dorothée; me doy cuenta; bueno, no os preocupéis, follad a ese guapo muchacho; con tal de que este otro me encule a mí, no me importa», prosiguió inclinando sus nalgas hacia el que se encontraba a su lado. «Rediós, dijo Gernande, ya estáis aromados con siete u ocho botellas de vino cada uno. —¡Oh!, borracho», dijo Bressac pellizcando las tetas de Justine hasta hacerla chillar, «seguro que lo estoy… De veras, querido tío, tengo unas ganas inauditas de veros sangrar a vuestra mujer… ¿Me permitiréis encularos mientras tanto?… Bueno, pero si Dorothée está vomitando. —Estoy borracha. —Bueno, haz que te follen, zorra», le dijo su marido soltando un gran pedo; «esto ayuda a que se pase la borrachera. —Realmente, tío, dijo Bressac, nos tomamos muchas libertades en vuestra casa. —No os preocupéis, amigos; me gusta todo esto; hay que soltar pedos, cagar, vomitar, cuando uno está borracho; hay que correrse; todo eso alivia. Bressac, sujeta a Dorothée; presionada por la polla del muchachito que la encula, ¿no ves que está a punto de caerse? —¿Por dónde diablos queréis que la coja?, dijo Bressac; la muy puta, inundada por sus vómitos por este lado, ahora nada por el otro en la mierda que acaba de cagar. —Bueno, dijo Gernande, que un puto limpie todo esto; ayudadle, Justine. D’Esterval, preguntad a vuestra mujer si quiere acostarse. —¡Acostarme!…, ¡Me cago en Dios!, responde Dorothée; no y no, quiero follar; ahora se acabó, ya no tengo nada en el vientre; estoy lista para volver a empezar. —Vayamos al aposento de vuestra mujer, tío, os lo ruego, dijo Bressac; tenemos que divertirnos; que Justine vaya a avisada». Es lo que ésta hace mientras nuestros infames, sosteniéndose a duras penas, prueban sus fuerzas para volar a otras infamias.

Inútil pintar la agitación de nuestra desdichada esposa cuando supo que su perseguidor, escoltado por gentes tan crapulosas y tan salvajes como él, iba a ir a contemplar o a aumentar el horror de las visitas que estaba acostumbrada a recibir; acababa de levantarse de la mesa. «Querida señorita, le preguntó a Justine, ¿están muy borrachos…, muy calientes? ¿Son muy de temer? —¡Oh!, sí, señora, están fuera de sí. —¡Gran Dios!, voy a sufrir atrocidades. Durante esa cruel sesión no me abandonaréis, os quedaréis a mi lado, ¿verdad, señorita? —Desde luego, si me lo permiten. —Sí, sí, sí… ¿Y quiénes son esas gentes? ¿Decís que uno de ellos es el primo de M. de Gernande, el marqués de Bressac?… ¡Oh!, es un monstruo, conozco su reputación, se dice que envenenó a su madre… Y ¿puede recibir en su casa M. de Gernande al asesino de su propia hermana?… ¡Qué infamia, Gran Dios! ¿Y decís que el otro es un asesino de profesión? —Sí, señora, un primo de M. de Gernande, que tiene una posada por libertinaje, para robar y degollar a los que se acuestan en ella. —¡Oh, qué gente!…, ¡qué gente! ¡Y ésos son los malvados a los que mi esposo va a entregarme! ¿Y quién es la mujer que está con ellos? —La esposa del posadero, tan malvada…, tan corrompida como los demás. —¡Oh!, señorita, ¿es posible que la dulzura y la amenidad de nuestro sexo se alíen a toda la depravación del sexo de los

hombres? —¿Ignoráis, señora, respondió Justine, que una mujer que ha renunciado al pudor…, a la delicadeza que debe caracterizar a ese sexo, se engolfa, y más deprisa, más ciegamente que los hombres, en la carrera del vicio y los excesos? —¿Y creéis, señorita, que M. de Gernande permitirá que también yo me convierta en blanco de los monstruosos gustos de esa abominable criatura? —¡Ah!, no lo dudo, señora»; y, cuando Justine acababa de responder, se dejó oír la pandilla. Risas inmoderadas, palabras horribles…, muchas blasfemias la anunciaron a Mme. de Gernande, cuyas lágrimas fueron a mojar sus párpados mientras se preparaba, no obstante, a la sumisión.

El cortejo estaba formado por el marido, por el señor y la señora d'Esterval, por Bressac, por los seis ganimedes más guapos, por las dos viejas para el servicio y por nuestra desdichada Justine… que, muy conmovida por las infamias cuyas disposiciones veía…, temiendo ser ultrajada ella misma…, segura de no poder ser de ninguna utilidad a su ama, en su interior no tenía otro deseo que encontrarse a cien leguas de allí.

Todas las ceremonias que vamos a detallar aquí se observaban regularmente en cada una de las visitas de este cruel esposo; sólo cambiaban algunos detalles, en razón de la mayor o menor cantidad de gente que Gernande admitía a esas orgías.

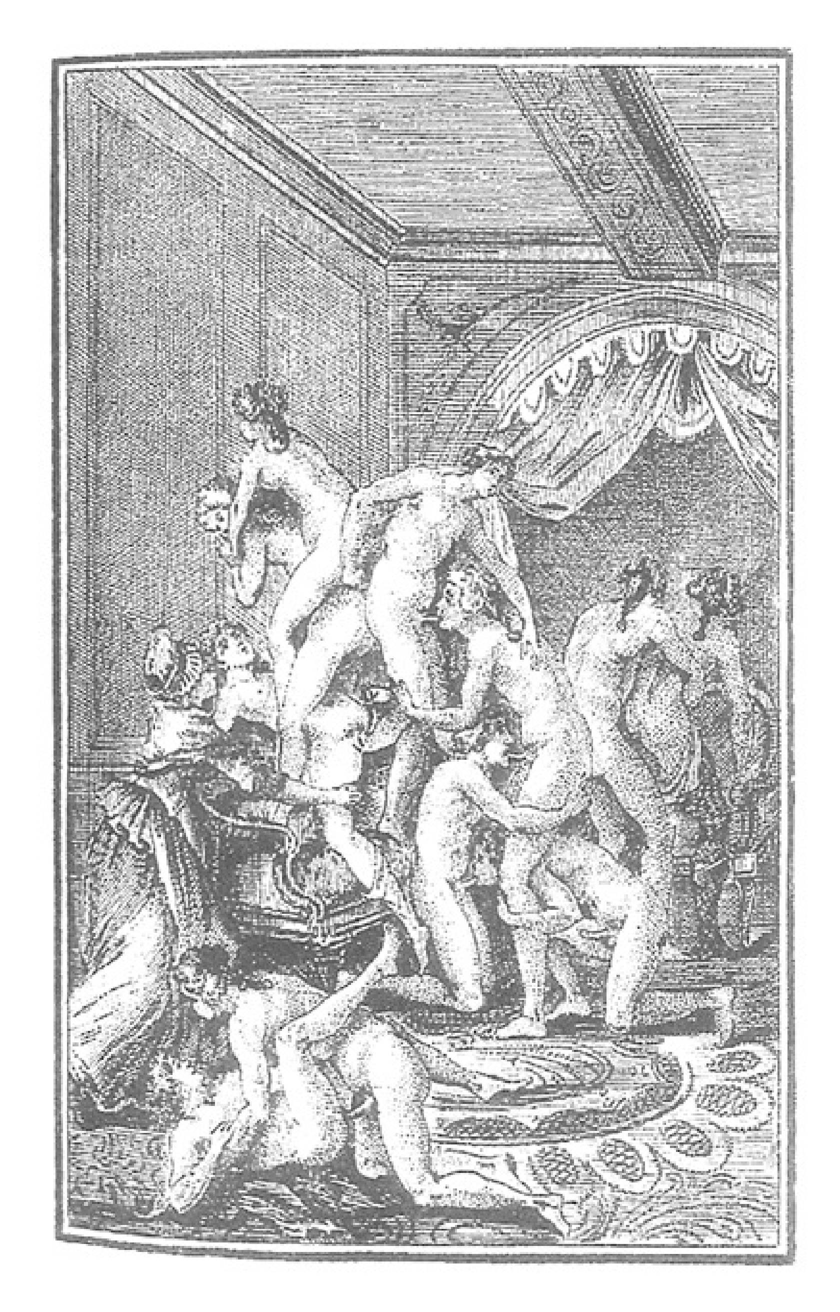
La condesa, simplemente envuelta en una camisa de gasa a la griega, se puso de rodillas en cuanto entró el conde; y fue en ese estado de humillación como la examinaron nuestros malvados. «En verdad, tío, dijo Bressac, medio tambaleándose, tenéis por mujer a una criatura encantadora»… Luego, balbuceando: «Me permitiréis, querida tía, tener el honor de saludaros… Estoy realmente conmovido al veros en tan lamentable estado; mi tío ha de tener buenos motivos para estar quejoso de vos si os ha maltratado de esa forma; porque, en verdad, pocos hombres hay tan justos como mi tío. —Es preciso, dijo Mme. d'Esterval, atormentada por un violento hipo, que la señora condesa haya cometido furiosos agravios con su señor esposo; porque, de no ser así, sería imposible que un hombre tan humano, tan complaciente…, tan dulce, exigiese cosas semejantes de una dama de la que no tuviera quejas. —¡Eh!, no, ya veo de qué se trata, dijo d'Esterval; es un acto de adoración de parte de la señora; es un culto que ofrece a su marido. —Amigos míos, dijo Gernande, os parecerá bien que sea a vuestras nalgas a las que ella rinda ese homenaje; y os ruego a los tres que le presentéis el dios, para que ahora mismo reciba el incienso. —¡Ah!, demonios, mi tío tiene razón», dijo Bressac quitándose inmediatamente los calzones y sacando a plena luz la parte de su cuerpo que descubría con mayor complacencia: «sí, sí, ya veo que es mi culo lo que quiere adorar mi querida tía, y se lo enseño encantado. —Vamos, vamos, todos los culos al aire», dijo Gernande. Y al momento, los de los otros dos miembros de la pandilla, el de Justine, los de los putos, e incluso los de las viejas, rodean de tal modo a la pobre Gernande que está como prensada, como hollada por aquella multitud de culos que van, por así decir, a frotarle la barbilla. «Un poco de orden en todo esto, tío, dice Bressac; porque vamos a ahogar a la señora; que cada

uno vaya por orden a que le bese esa parte que parece enardecer tanto sus deseos; yo daré ejemplo el primero». Un poco de mierda acompaña a la acción; y el procedimiento parece tan divertido que no hay nadie, salvo Justine, que no vaya al instante a imitarle. —Vamos, señora, dice por fin Gernande, ¿estáis preparada? —Para todo, señor, responde humildemente la condesa, sabéis bien que soy vuestra víctima». Entonces Gernande ordena a Justine que desvista a su ama; y, por más repugnancia que ésta sienta, no tiene otra salida que resignarse; la desdichada, por desgracia, sólo se prestaba a ello cuando no podía actuar de otra manera; pero, de buen grado…, nunca; así pues, quita la túnica de su ama y la expone desnuda a las miradas de la impúdica asamblea. «¡Palabra que es una mujer magnífica», dice d'Esterval, a quien el espectáculo excita sobremanera. «Bien, dijo Gernande, fóllala, amigo mío, dado que la encuentras tan bella; te la entrego; perdón, sobrino, si no te la doy primero a ti; pero conozco tus gustos…, te reservo el culo; y, si os tienta, me parece que podríais ponerla entre los dos. —La consanguinidad me hará hacer un milagro; y, aunque el culo de una mujer no me seduce tanto como su delantera, si d'Esterval quiere se la meteré a la vez que él, pero por la ruta opuesta; hacednos el favor de dirigir, tío. —De buena gana, dijo Gernande, nada me divierte tanto como trabajar yo mismo en mi deshonra». Mientras dice esto se apodera de la polla de d'Esterval, la anida en el coño de su mujer, a la que pone encima del jodedor: con esa postura, las nalgas más bellas del mundo se encuentran en poder de Bressac, que, guiado asimismo por Gernande, no tarda en franquear cualquier obstáculo. El viejo libertino se coloca en un sillón, frente a la escena; le rodean los seis putos; masturba uno con cada mano; dos se colocan en sus mismas narices, para poder chuparlos alternativamente; y los otros dos se relevan para devolver a su triste aparato lo que él hace con los dos que ha colocado junto a su boca. «Socratizad, sobrino mío, dice a las viejas; a los maricones les gusta que les acaricien el culo cuando follan. —Sí, sí», dice Bressac, agarrando vivamente a su tía y sodomizándola hasta los pelos, «este episodio es necesario, mi tío tiene razón cuando lo exige, pero querría devolvérselo a Justine. —Nada más fácil, dice Gernande…, que se desnude ahora mismo…». Tiene que obedecer; y ya tenemos a nuestra heroína obligada a presentar sus nalgas a los lujuriosos dedos de Bressac, que, reuniendo los cinco, forma con ellos una masa lo bastante voluminosa para maltratar cruelmente el culo de aquella pobre niña. Sólo Dorothée está sin rarea; la muy zorra se masturbaba con el espectáculo de los placeres de los otros. «Señora, le dice Gernande, poneos debajo de mi mujer, para que ella os masturbe; voy a cederos un puto, que os lamerá mientras vuestro clítoris será meneado por mi mujer, y vuestro agujero del culo vivamente sacudido por Justine. Vamos, amigos míos, me parece que el grupo está bastante bien hecho; ahora trabajemos todos a la vez. Por lo menos, caballeros, habladme de mi mujer; no merece la pena que os la ceda si no me decís vuestra opinión. —Mira, amigo mío, dice d'Esterval corriéndose en el coño, «aquí tienes el más bello elogio que de ella puede hacerse; mucho ha de excitarme una mujer para lograr de mí leche de esta

forma, sin ningún episodio cruel… ¡Ah, rediós, qué placer me ha dado! La polla de Bressac, removiéndole el culo, volvía su vagina de una estrechez…, ¡oh, qué goce tan delicioso! —jodido rediós, también yo me corro…, no puedo más, dice Dorothée… Pero ¿no decíais que se sangraba a la señora? Mi leche habría corrido mucho mejor si hubiera visto derramar su sangre. —Palabra», dice Bressac retirándose del culo, «que guardaré mi esperma para cuando se haga la sangría; algo más difícil que vos, no he encontrado en el ano de mi tía lo que esperaba encontrar; cuesta mucho con los parientes. Procede, pues, Gernande, a esa dulce operación, te lo ruego; mi cabeza sólo se excita con eso; y es lo que quiero ver». Y en este punto Bressac no podía menos de manifestar todo el disgusto que acababa de darle la consumación de un acto que tan mal se compadecía con unos principios que le importaban casi tanto como su propia vida. Contemplaba con desdén aquel culo que acababa de follar, y, acercándose a un puto, como para purificarse: «¡Bien, tío!, decía, ¡bien, rediós! ¡Sangremos!».

Gernande, muy excitado, empezaba a lanzar furiosas miradas sobre su mujer: sí, sí, vamos a sangrar a la muy zorra; no remáis que la trate con contemplaciones; vamos, señora, continuó dirigiéndose a su víctima, cumplid con vuestro deber». Obligada al ceremonial, Mme. de Gernande, sostenida por Justine, se levanta del sillón del conde y le ofrece a besar las nalgas. «Aparta, granuja», dice Gernande en tono brutal. Y festeja largo rato lo que desea ver, haciéndole adoptar distintas posturas; entreabre…, cierra, cosquillea con la lengua el orificio del que acaba de salir la polla de Bressac. Arrastrado por la ferocidad de sus pasiones no tarda en coger un pellizco de carne, la comprime, la desgarra; y, una vez abierta la herida, el infame mama la sangre. Durante estos preliminares, Bressac, atento, hace que se la menee un puto; d’Esterval soba a su mujer; los otros cinco putos rodean al conde, chupándole o haciéndose chupar.

Luego se echa en un sofá, quiere que su mujer, a horcajadas sobre él, siga teniendo el trasero colocado sobre su cara, mientras con la boca ella le devolverá, mediante la succión, los mismos servicios que él acaba de recibir de los ganimedes, a los que seguía masturbando a derecha e izquierda; mientras tanto, las manos de Justine trabajaban en su trasero, lo masturbaban con toda su fuerza.



Esa postura seguía sin producir nada después de un cuarto de hora; hubo que cambiarla. Las viejas tumbaron a la condesa en una *chaise longue*, de espaldas, con los muslos lo más separados posible. La vista de aquel coño sumió a Gernande en una especie de rabia; lo mira estremeciéndose, sus ojos lanzan chispas, blasfema, coge unas lancetas, se precipita como un loco furioso sobre su vientre, la pincha en el vientre y en el coño, en siete u ocho lugares distintos, mientras un puto no cesa de chuparle. Fue en ese momento cuando Bressac y d'Esterval, más encendidos por ese suplemento de lujuria, se la metieron cada uno a un muchacho. Sin embargo, las heridas hechas por Gernande aún no eran sino muy leves; invita a Dorothée a lamer aquella vagina abierta de su mujer; ella lo hace; luego Gernande pone a su alcance el hermoso culo de la d'Esterval, para tratarlo con el mismo rigor que acaba de emplear con su mujer. «No os preocupéis», dice d'Esterval, viendo que lo hace con moderación, «pinchad, pinchad, nunca hay inconveniente alguno en hacer sangrar el culo de las mujeres; así están mejor de salud».

Entonces Gernande se apodera de Justine y, colocándola sobre los riñones de Dorothée, trata las nalgas de nuestra heroína como acaba de hacer con las de la esposa de d’Esterval. No cesan de chuparle; sin embargo, a veces obliga a los putos a chuparse mutuamente, y los coloca de forma que, al mismo tiempo que chupa a uno, el otro se lo devuelva, y que aquel al que chupa devuelva con la boca el mismo servicio al que era chupado. El conde recibía mucho, pero no daba nada; su saciedad o su impotencia era tal que los mayores esfuerzos no conseguían sacarle siquiera de su embotamiento; parecía sentir titilaciones muy violentas, pero nada se manifestaba. A veces ordenaba a Justine chupar a los putos e ir a devolver inmediatamente en su boca el incienso que recogía.

Por fin, las posturas se deshacen; pero la condesa permanece tendida en su sofá. Es entonces cuando Gernande ruega a todos los espectadores que le ayuden en su plan. «¿De qué se trata?, dice Bressac. —Ahí tenéis a esa mujer, os la entrego, amigos míos, dice Gernande; os conmino a que la insultéis, a que la maltratéis, a que la atormentéis en todos los sentidos y de todas las formas posibles; cuanto más la abruméis a ultrajes, más excitaréis mis pasiones». La idea, acogida con ardor, se pone en práctica con toda energía: las viejas, los putos, Dorothée, d’Esterval y Bressac principalmente, insultan a la pobre condesa con tanta arrogancia, la tratan con tan pocos miramientos, la zurran con tanta ferocidad que sus lágrimas corren en grandes oleadas. Uno la escupe en la nariz, otro la abofetea, otro más le da un sopapo, mientras un tercero le suelta pedos en la boca y un cuarto le da patadas en el culo. En fin, imposible imaginar todos los caprichos, todos los malos tratos a los que quedó expuesta aquella desdichada durante más de dos horas, hasta que a d’Esterval le entraron ganas de encularla. La colocan; se ve obligada a chupársela a su marido; mientras tanto Dorothée la encula por debajo; y Bressac encula a su tío, besando las nalgas de Justine. Los ganimedes rodean al grupo, haciendo que unos besen sus pollas y otros sus deliciosos traseros. Gernande, al que se la chupaba su esposa, se divertía soltando bofetadas: blanco siempre de las crueldades de aquel hombre terrible, se hubiera dicho que el honor de pertenecerle se convertía en un mérito para ser su víctima; al malvado sólo le conmovía la crueldad en razón de los vínculos que prestaban fuerza a los ultrajes. La postura vuelve a cambiarse: Gernande sitúa a todo el mundo a derecha e izquierda de su mujer, mezclados de tal forma que él tenga un culo de hombre aquí, allá el de una mujer. A cierta distancia de esa perspectiva, la examina con atención; un momento después se acerca, toca, compara, acaricia. No hacía sufrir a nadie; pero cuando llegaba a su esposa, no eran sino bofetadas, pellizcos y mordiscos; mirar aquel pobre culo hacía estremecerse. Por último, exige que todos los hombres sodomicen a la condesa; va a agarrar las pollas de todos uno tras otro, él mismo las dirige hacia la entrada del ano conyugal y las hunde en él mientras Justine se la chupa. Cada uno recibe su permiso para follar durante un tiempo el culo de su mujer; pero el sacrificio debe consumarse únicamente en su boca; mientras uno actúa, Gernande hace que otro se la chupe, y su lengua se hunde

en el agujero del culo presentado por el agente; este acto exige tiempo; el conde se irrita por ello, se levanta y quiere que Justine reemplace a su esposa. Nuestra virtuosa niña suplica de rodillas a Gernande que no le exija semejante horror; pero ¡los deseos de un hombre como éste son decretos divinos! Así pues, coloca a la condesa de espaldas a lo largo de un sofá, hace que Justine se pegue a ella, con los riñones en alto y vueltos hacia él; por segunda vez agarra todas las pollas, las coloca alternativamente en el culo de la pobre Justine, obligada mientras tanto a masturbar a la condesa y a besarla en la boca; en cuanto a Gernande, su ofrenda es la misma; como cada uno de los hombres no puede actuar sino mostrándole el culo, besa con ardor todos los que le presentan mientras sigue exigiendo a los folladores de Justine lo que ha deseado de los de su mujer. El granuja quiere chupar todas las pollas que acaban de encular a nuestra heroína. Cuando todo el mundo ha pasado por él, el libertino se presenta a su vez al combare. «Esfuerzos superfluos, exclama, no es eso lo que necesito. A propósito…, a propósito… Vamos, puta, vuestros brazos…». Todos se apartan entonces, cada cual espera en respetuoso silencio el desenlace del acontecimiento. Bressac y d’Esterval, masturbados por putos, han clavado sus ojos libertinos en el héroe. Gernande agarra a su mujer con ferocidad; la coloca de rodillas sobre un taburete, con los brazos sujetos al techo por anchas cintas negras; a Justine se le encarga colocar las bandas; él inspecciona las ligaduras; al no encontrarlas suficientemente comprimidas, las aprieta con toda su fuerza para que, según dice, la sangre brote con más violencia. Besa aquellos brazos así comprimidos; mama las venas y pincha inmediatamente las dos casi al mismo tiempo. La sangre brota con rapidez: Gernande se extasía. Vuelve a situarse enfrente, mientras manan aquellas dos fuentes; Justine se la chupa; él hace eso mismo, uno tras otro, a cuatro putos de los que se rodea, sin dejar de clavar los ojos en los chorros de sangre que lo encienden y que parecen ser la única fuente de sus placeres más queridos. En este punto la compasiva Justine, llevada por el imperioso sentimiento de la piedad, acelera, con todo lo que supone más excitante, el desenlace de las voluptuosidades de su amo, pues cree ver en ello el fin de los tormentos de su desdichada ama, y de este modo se convierte en ramera por bondad y en libertina por virtud. Por fin se produce ese desenlace halagüeño, pero gracias a los cuidados de d’Esterval. Este oficioso pariente percibe la necesidad que tiene Gernande de ser follado; lo levanta y le hunde su enorme polla en el culo mientras Bressac, enardecido por la escena, acerca su cabeza a los chorros de sangre de la víctima para inundarse con ella la cara; mientras tanto sodomizaba a un puto y se corría. Es entonces cuando se despliega toda la ferocidad de Gernande; se acerca a su mujer, la abruma a injurias, pega sus labios, una tras otra, en cada sangría; succiona y sorbe varios tragos de sangre. Ese licor acaba por embriagarle; ya no es él: sus mugidos se parecen a los del roro; habría estrangulado a su mujer de no haberle contenido las viejas y Justine; porque sus pérfidos amigos, lejos de moderarle, le excitan. «Dejadle», gritaba el indigno Bressac, aunque ya se había corrido. «No pongáis obstáculos a su pasión, decía Dorothée. —¡Eh, joder,

gritaba d'Esterval, qué importa que la mate o no; sólo será una mujer menos». Pero los esfuerzos por contenerle eran los mismos. Justine, obstaculizada un momento por el vigor de aquellas sacudidas, vuelve a arrodillarse…, le agarra. Dorothée, con las nalgas expuestas, masturba la raíz de la polla y magrea los cojones. Por fin se le escapa aquel fluido abrasado, cuyo calor, espesor y sobre todo, abundancia, le ponen en tal estado de frenesí que se diría a punto de entregar el alma. Seis o siete cucharas no habrían contenido la dosis lanzada, y la papilla más espesa pintaría mal su consistencia; y junto a todo esto, apenas si había erección; la apariencia misma de la extenuación. He ahí una de esas contrariedades que explicarán las gentes del arte médico. El conde comía excesivamente, y quemaba muy poco. ¿Era ésta la causa del fenómeno?

Justine quiere volar hacia su ama, arde por restañar su sangre. «Un momento, rediós», dice d'Esterval, retirando una polla espumeante de lujuria del culo de Gernande, en el que no ha hecho más que excitarse…, «un momento, rediós; ¿cree alguien que yo no tengo que perder también yo mi esperma?». Miraba a todo el mundo y no se fijaba en nadie. Codiciando por último a la desdichada condesa ensangrentada, se pega a ella y la sodomiza casi desmayada. «Vamos», dice, tras una breve carrera, sacando la polla y apretándola, «ahora podéis socorrer a esa puta cuanto queráis, pero tenía que correrme».

Se vendan por fin las heridas de la víctima, la desatan, la colocan sobre un sofá en un estado de gran debilidad; pero nuestros libertinos, y sobre todo Gernande, sin preocuparse por su estado, sin dignarse siquiera echar una mirada compasiva sobre aquella desdichada víctima de su rabia, salen bruscamente con sus favoritos, dejando que las viejas y Justine ordenen todo como quieran.

Ésta es la situación en que mejor puede juzgarse a los hombres. Si se trata de un novicio arrastrado por la fogosidad de sus pasiones, llevará pintado en la cara el remordimiento cuando examine en medio de la calma las funestas secuelas de su delirio. Si se trata de un libertino gangrenado por toda la corrupción del vicio, esas secuelas no le asustarán; las contempla sin pena ni pesar…, y hasta quizá con ciertas emociones de la infame voluptuosidad que produjo su culpable ebriedad[*].

Mientras tanto, nuestros libertinos, más emocionados que debilitados, charlando sobre los placeres que acaban de saborear no tardan en encontrar en esos detalles la fuerza necesaria para desear otros nuevos. Se habían retirado a un amplio tocador, escoltados por los putos, y allí, mientras los besuqueaban y sobaban, cada cual trataba de reanimar en los encantos de la conversación algunas de las chispas de lubricidad en que acababa de abrasarse. «¿Sabéis, tío, dijo Bressac, que vuestra pasión es deliciosa? —No conozco nada más excitante, dijo d'Esterval, que esa unión de las ideas de la lujuria y de la crueldad; y no hay en el mundo procedimiento que case con más delicadeza esas ideas que el empleado por M. de Gernande. —Sí, dice Bressac; pero me parece que no me gustaría limitarme al brazo, yo pincharía en todas partes. —También lo hago, dice Gernande; y las cicatrices que cubren a mi querida esposa

han debido demostraros que hay poquísimas partes de ese hermoso cuerpo que hayan escapado a mi barbarie. —Pero ¿es cierto, dice d'Esterval, que sólo vuestra mujer tiene el arte de excitaros tan vivamente en el ejercicio de esa pasión? —Cualquiera otra mujer también me excitaría, dice Gernande; pero no hay ninguna duda de que la mía me electriza infinitamente más que cualquiera otra. —Eso debe de estar infinitamente vinculado, dice Dorothée, a los principios que el señor tiene sobre nuestro sexo. —¡Oh!, estoy convencido de que son de extrema dureza, dice Bressac; si mi tío quisiera tener la amabilidad de explicárnoslos, toda la compañía los oiría sin duda encantada». Gernande consintió en hacerlo; y como en ese momento Justine volvía para dar cuenta a su amo del estado cuyo cuidado le había sido confiado, se le permitió asistir a la disertación que Gernande comenzó en estos términos:

«Decís, amigos míos, que mis pasiones os dan una opinión bastante mala de mi forma de pensar de las mujeres, y, desde luego, no os equivocáis cuando os convencéis de que las desprecio tanto como las odio; pero, principalmente cuando se trata de esa mujer ligada a mí por los lazos conyugales, pensáis que mi alejamiento y mi antipatía deben aumentar hacia ella. Antes de entrar en el análisis de esos sentimientos, conviene que os pregunte, en primer lugar, con qué derecho pretendéis, por ejemplo, que un marido esté obligado a hacer la felicidad de su mujer, y qué título osa alegar esa mujer para exigirlo de su marido. La necesidad de hacerse feliz mutuamente sólo puede existir, y convendréis en ello, entre dos seres igualmente dorados de la facultad de hacerse daño, y por consiguiente entre dos seres de igual fuerza. Una asociación de este tipo no podría tener lugar sin que se haga entre esos dos seres un pacto para desarrollar únicamente, cada uno respecto del otro, la clase de uso de su fuerza que no pueda perjudicar a ninguno de los dos; mas esa ridícula convención no puede existir, desde luego, entre el ser fuerte y el ser débil. ¿Con qué derecho exigirá este último que el otro le trate con miramientos? ¿Y qué clase de imbecilidad induciría al primero a hacerlo? Puedo consentir en no hacer uso de mis fuerzas con quien puede hacerse temer por las suyas; pero ¿por qué motivo escatimaré sus efectos con el ser que me somete la naturaleza? ¿Me responderéis que "por piedad"? Tal sentimiento es incompatible con el ser que se me parece; y, como es egoísta, su efecto sólo se produce en las condiciones tácitas que el individuo que me inspire conmiseración tenga de igual modo conmigo. Mas si yo le domino constantemente con mi superioridad, su conmiseración me resulta inútil y no debo comprarla nunca a cambio de ningún sacrificio. ¿No sería un engaño tener piedad hacia un ser que jamás debe inspirármela? ¿Debo llorar la muerte del pollo que matan para mi cena? Dado que ese individuo, demasiado por debajo de mí, no tiene ninguna relación conmigo, no puede provocar en mi corazón ningún sentimiento. Ahora bien, las relaciones de la esposa con el marido no son de una consecuencia distinta a la del pollo conmigo. Una y otro son animales domésticos, de los que hay que servirse según las miras señaladas por la naturaleza, sin diferenciarlos absolutamente en nada. Pero yo os pregunto, señoras mías: si la intención de la naturaleza consistiese en que

vuestro sexo fuera creado para la felicidad del nuestro, *et viceversa*, ¿habría cometido esa naturaleza ciega tantas torpezas en la construcción de uno y otro de esos sexos? ¿Les habría prestado fallos tan grandes que el alejamiento y la antipatía mutua debieran ser su resultado necesario? Sin ir más lejos en busca de ejemplos con la constitución que me conocéis, decidme por favor, amigos míos, ¿a qué mujer podría yo hacer feliz? Y, a la inversa, ¿a qué hombre podrá parecerle dulce el goce de una mujer cuando no esté dorado de las gigantescas proporciones necesarias para contentarla? ¿Serán, en vuestra opinión, las cualidades morales de un individuo de ese sexo las que puedan resarcirnos de sus defectos físicos? ¿Y qué ser razonable, conociendo a fondo a una mujer, no exclamará con Eurípides[3]: "Aquel de los dioses que puso la mujer en el mundo puede preciarse de haber producido la peor de todas las criaturas y la más molesta para el hombre". Si está demostrado, por tanto, que los dos sexos no se convienen mutuamente del todo, y que no hay queja fundada, hecha por uno, que no le vaya de maravilla al otro, desde ese momento es falso que la naturaleza los haya creado para su felicidad mutua; puede haberles dado el deseo de acercarse para concurrir al objetivo de la propagación, pero en modo alguno el de unirse con el designio de encontrar uno en el otro su felicidad. Así pues, como el más débil no tiene ningún título real para exigir piedad del más fuerte, como es incapaz de oponerle que puede encontrar su felicidad en él, no tiene más salida que la sumisión. Y como, pese a la dificultad de esa felicidad mutua, en los individuos de uno y otro sexo está la idea de trabajar exclusivamente en procurársela, el más débil debe reunir en sí mismo, mediante esa sumisión, la única dosis de felicidad que puede recoger; y el más fuerte debe trabajar para la suya por la vía de opresión que le agrade emplear, porque está demostrado que la única felicidad de la fuerza radica en el ejercicio de las facultades del fuerte, es decir, en la opresión más total del débil. Así, esa felicidad que ambos sexos no pueden encontrar el uno con el otro, la encontrarán, uno mediante la obediencia ciega, otro mediante la más total energía en su dominación. ¡Eh!, si la intención de la naturaleza no fuera que uno de los sexos dominase al otro…, que lo tiranizase…, ¿no los habría creado de igual fuerza? Haciendo al uno inferior al otro en todo punto, ¿no ha indicado claramente que su voluntad era que el más fuerte utilizase unos derechos que ella le daba? Cuanto más extiende éste su autoridad, más infeliz vuelve a la mujer unida a su destino, y mejor cumple la naturaleza sus miras. No hay que juzgar el procedimiento por las quejas del ser débil; todo juicio hecho de esa forma estaría viciado, porque, al hacerlo, sólo emplearíais las ideas del débil; hay que juzgar la acción por el poder del fuerte, por la extensión que ha dado a su poder; y, cuando los efectos de esta fuerza se hayan derramado sobre una mujer, examinar entonces qué es una mujer, de qué manera ha sido contemplado ese sexo despreciable, tanto en la Antigüedad como en nuestros días, por las tres cuartas partes de los pueblos de la tierra.

«Y ¿qué veo yo procediendo con sangre fría a ese examen? Una criatura endeble, siempre inferior al hombre, infinitamente menos ingeniosa, menos sabia, conformada

de una manera repugnante, totalmente opuesta a lo que puede agradar a su amo…, a lo que debe deleitarle; un ser malsano las tres cuartas partes de su vida, impotente para satisfacer a su esposo todo el tiempo que la naturaleza la obliga al parto; de un humor agrio, desabrido, imperioso; tirano, si se le dejan derechos; bajo y rastrero, si se tiene en cautividad; pero siempre falso, siempre malvado, siempre peligroso; una criatura tan perversa, en fin, que durante varias sesiones del concilio de Mâçon se debatió con toda seriedad si ese individuo extraño, tan distinto del hombre como lo es del hombre el mono de los bosques, podía pretender el título de criatura humana, y si se le podía conceder razonablemente. Pero ¿sería eso un error del siglo? ¿Y está la mujer mejor vista en los precedentes? Los persas, los medos, los babilonios, los griegos, los romanos, ¿honraban a ese sexo odioso del que hoy nos atrevemos a hacer nuestro ídolo? Por desgracia lo veo oprimido en todas partes, en todas partes rigurosamente alejado de los asuntos, envilecido, encerrado en todas partes; en una palabra, las mujeres, tratadas por lo general como animales de los que uno se sirve en el momento de la necesidad, y de las que se desconfía desde la cuna. Me detendré un momento en Roma; oigo a Catón el prudente gritarme desde el seno de la antigua capital del mundo: "Si los hombres no tuvieran mujeres, conversarían entonces con los dioses". Oigo a un censor romano comenzar su arenga con estas palabras: "Si nos fuera posible vivir sin mujeres, desde entonces conoceríamos la verdadera felicidad". Oigo a los poetas cantar en los teatros de Grecia: "¡Oh Júpiter!, ¿qué razón pudo obligarte a crear a las mujeres? ¿No podías dar el ser a los humanos por vías más sabias y mejores, con medidas, en fin, que nos hubiesen evitado este azote". Veo a ese mismo pueblo, a los griegos, mantener ese sexo en tal desprecio que se necesitaron leyes para obligar a un espartano a la propagación, y que uno de los castigos de esas sabias repúblicas consiste en obligar a un malhechor a vestirse de mujer, es decir, a revestirse como el ser más vil y más despreciado que conocen.

«Pero, sin ir a buscar ejemplos a siglos tan alejados de nosotros, ¿con qué mirada se ve ese infeliz sexo, incluso ahora, en la superficie del globo? ¿Cómo lo tratan? En toda Asia lo veo encerrado, lo veo servir como esclavo a los caprichos bárbaros de un déspota que lo maltrata, lo atormenta y que convierte en juego para diversión propia sus dolores. En América veo a pueblos naturalmente humanos (los esquimales) practicar entre hombres todos los actos posibles de bondad, y tratar a las mujeres con toda la dureza imaginable. Las veo humilladas, prostituidas a los forasteros en una parte del universo, servir de moneda en otro. En África, mucho más envilecidas sin duda, las veo ejerciendo el oficio de bestias de carga, labrar la tierra, sembrarla, y servir a sus maridos únicamente de rodillas. ¿Seguiré al capitán Cook en sus nuevos descubrimientos? La deliciosa isla de Omití, donde el embarazo es un crimen que en ocasiones cuesta la muerte a la madre, y casi siempre a su fruto, ¿me ofrece mujeres más felices? En otras islas descubiertas por ese mismo marino, las veo apaleadas, vejadas por sus propios hijos, y al propio marido sumarse a su familia para atormentarlas con más rigor. Cuanto más cerca están los pueblos de la naturaleza,

mejor siguen sus leyes. La mujer no puede tener con su marido más relaciones que las del esclavo con su amo; decididamente no tiene derecho alguno para pretender títulos más apreciados.

«En fin, amigos míos, sea lo que fuere, todos los pueblos de la tierra gozaron del más amplio derecho con sus mujeres; hubo algunos incluso que las condenaban a muerte en cuanto venían al mundo, conservando sólo el pequeño número necesario para la reproducción de la especie. Los árabes conocidos con el nombre de korrihs enterraban a sus hijas, a la edad de siete años, en una montaña cerca de La Meca porque un sexo tan vil les parecía indigno, según decían, de ver la luz. En el serrallo del rey de Akem las mujeres, por la sola sospecha de infidelidad, por la más ligera desobediencia en el servicio de las voluptuosidades del príncipe, o tan pronto como inspiran disgusto, son condenadas a los suplicios más horribles; el propio rey les sirve de verdugo. En las orillas del Ganges las obligan a inmolarse sobre las cenizas de sus esposos, como inútiles para el mundo en cuanto sus dueños no pueden gozarlas. En otros sitios se las caza como a animales salvajes; es un honor matar muchas. En Egipto, las inmolan a los dioses. En Formosa, se las pisotea en cuanto quedan encinta. Las leyes germánicas sólo condenaban a diez escudos de multa al que mataba a una mujer extraña; a nada, si era la propia, o una cortesana. En una palabra, en todas partes, repito, en todas partes veo a las mujeres humilladas, maltratadas, sacrificadas a la superstición de los sacerdotes, a la barbarie de sus esposos, o a los caprichos de los libertinos; y lo más desgraciado para ellas es que, cuanto más se las estudia, cuanto más se las analiza, más se convence uno de que son dignas de su destino. “¿Es posible, exclaman sus imbéciles partidarios, que los antagonistas de ese sexo no quieran abrir los ojos a los méritos de que está lleno? Ved, dicen entusiasmados, los conmovedores cuidados que tienen durante nuestra juventud, su complacencia en nuestra edad madura, todas las ayudas que nos prestan cuando envejecemos; cómo nos sirve en nuestras enfermedades, cómo nos consuela en nuestras aflicciones; cuánta delicadeza pone en aliviar nuestros males; qué arte para apartar, si puede, las calamidades que nos asedian; cómo se apresuran a secar nuestras lágrimas… ¿Y no amáis, no adoráis a unos seres tan perfectos?… ¿A tan tiernas amigas dadas por la naturaleza?”. No, no las quiero ni las adoro, sigo firme en el seno de la ilusión, y mi prudencia sabe resistírseles: no veo más que debilidad, miedo y egoísmo en cuanto acabáis de alabarme. Si, como la loba o la perra, la mujer da de mamar a su fruto, es porque esa secreción, que le viene dictada por la naturaleza, se vuelve indispensable para su salud; si nos es útil en los distintos males que acabamos de pintar, es mucho más por temperamento que por virtud, es por orgullo o por amor a sí misma. No nos sorprendamos de sus motivos: como la debilidad de sus órganos la vuelve más apta que nosotros para el pusilánime sentimiento de la piedad, la lleva maquinalmente, y sin que tenga ningún mérito, a lamentar y a consolar los males que ve; y su cobardía natural la induce a dar, a quien es más fuerte que ella, unos cuidados de los que sabe que antes o después tendrá

necesidad. Pero en todo esto no hay nada virtuoso, nada desinteresado, al contrario, sólo es personal y maquinal. Es un absurdo repugnante querer hacer virtudes de sus necesidades y encontrar, como no sea en su debilidad, en sus temores, todos los motivos de esas buenas acciones de las que nuestra ceguera nos vuelve víctimas; y como tengo la desgracia de vivir en un pueblo lo bastante grosero todavía para no poder alimentarse de esos grandes principios…, para no atreverse a abolir el más ridículo de los prejuicios, ¡tengo que privarme de unos derechos que la naturaleza me otorga sobre ese sexo! ¡Tengo que renunciar a todos los placeres derivados de esos derechos! No, no, amigos míos, eso no es justo; velaré mi conducta, puesto que es preciso; pero me resarciré en silencio de las absurdas cadenas a que me condena la legislación; y ahí trataré a mi mujer como conviene…, como creo que es su derecho en todos los códigos del universo, en mi corazón y en la naturaleza.

—Palabra, tío», dijo Bressac, que durante todo el discurso no había dejado de demostrar a un precioso muchachito al que tenía enculado hasta qué punto aprobaba las máximas sobre las mujeres que acababa de enunciar Gernande; «¡oh, palabra que ahora creo imposible vuestra conversión. —Por eso no he aconsejado a nadie que la intente; el árbol es demasiado viejo para plegarse; a mi edad, se pueden dar algunos pasos en la carrera del mal…, pero ni uno solo en la del bien. Por otro lado, mis principios y mis gustos me hacen feliz; desde mi infancia siempre fueron el único fundamento de mi conducta y de mis acciones; tal vez vaya más lejos, sé que es posible; pero volver atrás, de ninguna manera. Me horrorizan demasiado los prejuicios de los hombres; odio con toda sinceridad su civilización, sus virtudes y sus dioses, para sacrificarles nunca mis inclinaciones.

—Señores», dijo en este punto la fogosa d’Esterval, «habéis maltratado mi sexo; pero los sentimientos que siempre he profesado me elevan demasiado por encima de su debilidad para pretender el vano honor de defenderle. Soy un ser anfibio que, como vosotros mismos habéis decidido, tiene infinitamente más de vuestro sexo que del sexo de las mujeres; y habéis debido quedar plenamente convencidos por la forma enérgica en que me he prestado a las vejaciones de Mme. de Gernande. Os aseguro que siempre desearé ser hombre cuando se trate de adoptar sus gustos o de entregarme a sus pasiones. —Y yo, dijo la prudente Justine, siempre huiré de ellas como de bestias feroces cuando las vea comportarse de acuerdo con principios tan crueles».

Ya lo hemos dicho; las cabezas, nada calmadas por la escena de Mme. de Gernande, terminaron electrizándose con esta conversación. «¿Por qué, dijo d’Esterval a Gernande, no probáis vuestro capricho sobre los preciosos muchachos que os rodean? —Lo he hecho algunas veces, respondió el conde; pero como amo a los jóvenes con tanto ardor como el que siento detestando a las mujeres, me parece que, con ellas, realmente sólo debe emplearse la ferocidad; sin embargo, si eso os divierte, amigos míos, sois dueños de probar. —Me calentaría estupendamente, dijo Bressac; hace una hora que mi polla se pasea por el culo de uno de vuestros putos, al

que confieso que tengo el mayor deseo de hacerle todo el mal imaginable». Y como Bressac, al decir esto, apretó con dureza los cojones del ganimedes, el muchacho, que sólo tenía catorce años, lanzó unos gritos terribles y se echó a llorar. «Dejadnos este puto», dijo d'Esterval, que acababa de acercarse a Bressac y empezaba a hacer lo mismo que él; «tenéis tantos que uno más o menos no se notará. —¿Y qué haréis de él?, dijo Gernande. —Una víctima, desde luego, dijo Bressac. —Una escena muy cruel, si así lo queréis, dijo d'Esterval. —Sí, dijo Dorothée; pero es absolutamente necesario que Justine y Mme. de Gernande sean las sacerdotisas del sacrificio. —Me parece bien, dijo M. de Gernande, y si mi querida mujer no tuviese en todo esto su pequeña porción de suplicio, no sé si me encontraríais tan complaciente… Vamos, sólo se trata de pasar a su alcoba. —¡Oh!, señor, dijo la tierna Justine, ¿pensáis en el estado de la señora? —Pienso», dijo Gernande aplicando una vigorosa bofetada a Justine, «que voy a ponerte en el mismo estado que a ella si se te ocurre seguir razonando. Has de saber, gazmoña imbécil, continuó aquel toro, que te permito ir más allá de mis ideas cuando tu imaginación te lo sugiera; pero que te prohíbo, so pena de la vida, atreverte nunca a enfriarlas. —Corramos al aposento de vuestra esposa, tío, dijo Bressac, mirad, voy a llevarle la víctima en la punta de mi polla». Y el libertino, que, en efecto, no dejaba de tener enculado al penco, lo llevó sin desempalmar un solo instante al aposento de su tía, quien, lejos de pensar en aquel suplemento de infortunio, se entregaba, cuando llegaron estos bandidos, a las dulzuras de un ligero sueño.

Velemos estas nuevas orgías a los ojos púdicos de nuestros lectores; todavía nos quedan suficientes atrocidades que revelarles: únicamente deben saber que la escena fue de las más sangrientas; que Mme. de Gernande y Justine se vieron obligadas a servir de blanco y que el precioso ganimedes expiró al cabo de cuatro horas, después de haber perdido toda su sangre[*].

«¿Dónde estoy?», se dijo por fin Justine al cabo de varias semanas, «¿y qué favor me ha hecho Bressac trayéndome a esta casa? ¡Qué monstruo! Sabía de sobra que me hacía desgraciada; si no, ¿lo habría hecho?». De esta forma, perpetuamente entre el remordimiento de vivir en el crimen y la desesperación de no poder arrancar de él a su ama, la pobre niña languidecía, malgastaba su inteligencia en expedientes, y no conseguía encontrar uno que pudiera sustraer a las dos a tantas desgracias y a tantos infortunios.

«¡Oh, Justine, todavía verás llegar nuevos personajes a este castillo», le dijo un día Mme. de Gernande, que por fin se daba cuenta de que aquella pobre niña era digna de su confianza. —¿Quiénes, señora? —El señor de Verneuil, un nuevo tío de Bressac, tu perseguidor, hermano de mi marido; suele venir dos meses al año, con su mujer, su hijo y su hija. —¡Ah, mejor entonces, señora, respondió Justine, por lo menos durante ese tiempo estaréis tranquila. —Tranquila, querida; ¡de eso nada!, seré mil veces peor tratada; para mí, esos dos viajes no son más que épocas de tormentos y desgracias; es entonces cuando todos mis males aumentan; en estos casos no hay

infortunados que sufran el castigo de la rueda cuyos tormentos sean más crueles. Escúchame, Justine, que voy a revelar a tus ojos unos misterios de iniquidad que te harán estremecer.

«El señor de Verneuil, querida niña, es más libertino todavía que su hermano, más disoluto, más criminal, más feroz; es una bestia rabiosa cuyas pasiones desconocen todos los frenos, y que, estoy convencida, sacrificaría el universo entero si le pareciese útil para sus infames placeres. Verneuil, de cuarenta y cinco años es, como ves, menor que su hermano; es menos gordo, pero más nervioso, mucho más fuerte; y de un rostro mil veces más terrorífico…, es un sátiro…, ¡oh!, sí, Justine, un sátiro, desde todos los puntos de vista…, lo que tú sabes, querida, es gigantesco en él; parece que la naturaleza haya querido compensarle de lo que ha privado a su hermano; además, es infatigable; ese malvado reventaría a diez mujeres. Su esposa, de treinta y dos años, es una de las más hermosas criaturas que sea posible ver en el mundo; su pelo es castaño; su ralle, ágil y suelto, se parece al de la propia Venus; sus ojos llenos de alma y de sensibilidad tienen una expresión sin igual; su boca, perfectamente bella; las carnes, firmes, rollizas, y de una blancura admirable; en una palabra, toda su persona es un verdadero modelo de gracias y delicadeza; pero ha de tener un temperamento muy robusto para resistir, como resiste desde hace dieciocho años, los caprichos extraños y desordenados de que su execrable marido la vuelve víctima cada día. —¡Oh!, señora, ¿puede existir en el mundo un ser más bárbaro que M. de Gernande? —Tú misma juzgarás, Justine; quiero que tengas todo el horror de la sorpresa; déjame que acabe de pintarte a los personajes que esperamos. Victor, hijo de M. de Verneuil, tiene dieciséis años; es la imagen misma de su madre; imposible ser más guapo, más fresco, más delicado, más cariñoso, sólo le conozco un rival en belleza…, su hermana Cécile, de unos catorce años, y de la que se diría que los dioses quisieron formarla con sus propias manos para dar a los hombres la mayor idea de su poder; nunca se vio un talle más ligero, una fisonomía a la vez más dulce y más animada…, el pelo más hermoso…, los dientes más bellos; y Cécile, en una palabra, de no ser por su madre, pasaría infaliblemente por ser la persona más hermosa que pueda existir en el mundo. Pues bien, Justine, esa mujer y los dos bellos hijos que tiene de su marido, son todos los días, simultáneamente, víctimas de la ferocidad de ese monstruo… Victor menos que los demás, quizá, porque el veneno del ejemplo y de la seducción ya ha corrompido hace tiempo su corazón. —¡Oh, Cielo!, me hacéis temblar…, ¡corromper un padre a sus hijos!… ¡Ay!, sin embargo, ¿debo asombrarme ante esos horrores, continuó Justine, yo, que los he visto tanto tiempo en acción? —¡Ah!, dijo Mme. de Gernande, éste debe superar todo lo que has debido ver. Ese malvado no se limita a los simples incestos con que corrompe el interior de su familia; muchos otros horrores… —¿Qué hace pues? —Los individuos más divinos de uno y otro sexo, cuidadosamente elegidos en las clases más opulentas y más distinguidas, son las víctimas que su astucia y su dinero aseguran a su lubricidad; es tan puntilloso con la edad que, si el sujeto presentado supera sólo en un

mes los siete años cumplidos que el libertino desea, lo despide al instante; imagínate, Justine, toda la crueldad que esos niños deben de sufrir con un monstruo moral y físico como el que acabo de describirte. Más de la mitad no escapa nunca de sus manos; la cruel certeza de esas molestas secuelas es uno de los alimentos más dulces de la perversa lujuria de ese pérfido; y le he oído decir cien veces que no alcanzaría los límites de su goce de no ser por la esperanza que tiene de que sus gigantescas proporciones corromperán para siempre la rosa que abre su ferocidad. Dos veces más rico que su hermana, debido a un matrimonio muy ventajoso que hizo en las islas y a distintos negocios muy lucrativos que lo han colmado de oro, las cantidades que, gracias a eso, puede gastar en sus horribles placeres son incontables. Le reclutan en todas las provincias individuos que le son llevados con grandes gastos a su castillo de Verneuil, situado a diez leguas de aquí, y en el que se estableció hace mucho. Probablemente le acompañarán algunos de estos individuos, según su costumbre; y entonces verás, Justine, si ha existido nunca sobre la tierra un hombre más horrible que éste».

Nuestra interesante huérfana, asustada por todo lo que acababa de oír, entregándose únicamente, según su costumbre, a la extremada bondad de su carácter, fue a la mañana siguiente en busca del marqués de Bressac: «Señor, le dijo alarmada, nos amenazan con una compañía muy funesta para mi pobre ama; ¿estáis al tanto de qué se trata, y podéis avisarla? —Estoy enterado, respondió Bressac; es otro tío mío, un hermano de mi madre, como Gernande, al que no he visto en mi vida y que, según dicen, es muy amable y lleno de ingenio. —¡Oh!, señor, todos estos hombres de ingenio son más peligrosos que los otros…; como justifican mejor sus excesos, se entregan al libertinaje con menos remordimientos…, no hay recursos contra ellos. Van a reunirse en este castillo cuatro malvados de la peor especie…, se cometerán horrores. —Eso espero, dijo Bressac; no hay nada tan delicioso como que varios amigos de idénticos gustos y del mismo ingenio se encuentren; entonces se comunican sus ideas, sus inclinaciones; los deseos de unos se encienden con la irregularidad de los deseos de los demás; unos pujan, se superan unos a otros, se animan entre sí y los resultados son divinos. —Para mi pobre señora serán horribles. —¡Oh, Justine!, ¿qué interés te romas por esa criatura? ¿Cuándo te cansarás de ser siempre víctima de tu corazón? Si la casualidad quisiera que aquí se preparase alguna intriga contra mi tía, ¿arriesgarías tu vida para defenderla, como con mi madre? ¡Eh!, renuncia de una vez por todas, hija mía, a ese carácter de bondad o, mejor dicho, de estupidez, que tan malos resultados te ha dado hasta ahora; más egoísta, y por lo tanto más sabia, preocúpate sólo de ti, y deja de crearte eternamente, como haces, mil problemas, interviniendo siempre en los de otros. ¿Qué te importa la vida o la muerte de esa mujer junto a la que te han colocado? ¿Hay algo en común entre ella y tú? ¿Y cómo eres tan tonta como para crearte de esa forma unos lazos imaginarios que nunca harán otra cosa sino tu desgracia? Apaga tu alma, Justine, de la misma forma que nos ves endurecer las nuestras; trata de convertir en placeres todo lo que alarma a tu

corazón; en cuanto alcances como nosotros la perfección del estoicismo, en esa apatía sentirás nacer mil nuevos placeres mucho más deliciosos que esos otros en los que crees encontrar la fuente de tu funesta sensibilidad. ¿Crees acaso que en mi infancia no tenía yo corazón como tú? Pero comprimí ese órgano; y en esa dureza voluptuosa he descubierto el hogar de una multitud de extravíos y de voluptuosidades que valen mucho más que mis debilidades. —¡Oh!, señor, ahogando de esa forma la voz del corazón se llega a todo. —Y eso es lo que hay que hacer; precisamente cuando se llega a ese punto se goza de verdad; yo, querida, sólo soy feliz desde que me entrego a todos los crímenes con sangre fría. Cuando mi alma, todavía en su cáscara, sólo ascendía gradualmente al tono viril al que ahora la he sometido, sufría permitiéndole algunos impulsos; necios remordimientos venían a agitarla; luché; convertí mis errores en principios; y sólo desde ese momento he conocido la felicidad. Uno hace lo que quiere con su alma; los resortes de la filosofía la elevan al tono que se desea; y lo que nos hacía temblar en la infancia se vuelve en nuestra edad madura objeto de nuestros mayores placeres. —¡Cómo!, señor, ¿queréis convencerme de que no os arrepentís del espantoso matricidio que os permitisteis ante mis ojos? —Si hubiera tenido diez madres, las habría sacrificado a todas, una tras otra, de la misma manera; ¡oh!, Justine, ese crimen aún no está a la altura de mi alma; se requiere uno de una clase muy distinta para sacarla de su asiento. Sea lo que fuere lo que pueda terminar sucediéndole al objeto de tus temores, no se te ocurra comunicárselos a Gernande; su corazón de roca comprende mal los impulsos de la sensibilidad, y tú misma podrías resultar su víctima. Cuando llegue Verneuil, pórtate bien con él; sé dulce, previsora, delicada; oculta con mucho cuidado los estúpidos arrebatos de tu corazón; yo le hablaré bien de ti; y su conocimiento tal vez pueda resultarte provechoso». Cuatro putos entraron en ese instante en el aposento de Bressac y pusieron fin a una conversación que para Justine no era suficientemente de su gusto y cuyo término no la molestaba. «Quédate, si quieres», le dijo Bressac mientras besaba y quitaba los calzones de sus putos; aunque mujer, siempre me gustará verte en mis sesiones de lubricidad; podrías incluso servirme en ellas…». Mas la pudibunda Justine, que sólo asistía a semejantes horrores cuando se la obligaba, se retiró lanzando un suspiro y diciéndose para sus adentros: «¡Dios mío!, qué hombre cuando se deja someter por sus pasiones; ¿hay en los bosques de Nubia animales más feroces que él?». Regresaba entristecida al aposento de su ama para darle cuenta del escaso fruto de las negociaciones que, en su opinión, debía entablar, cuando una de las viejas llegó para avisarle que debía ver a M. de Gernande, quien al parecer tenía algo que comunicarle.

«Justine», dijo el feroz dueño de aquel castillo, «¿por qué no me adviertes de las intrigas que aquí se traman? —No las conozco, señor. —Entonces voy a revelártelas», dijo Gernande sin dejar que se percibiese ninguna alteración en su bárbaro rostro. «Has de saber que Dororhée está loca por mi mujer, y que acaba de mandar a pedirme permiso para pasar algunas horas con ella esta misma mañana; se lo he dado; pero quiero ver esas voluptuosidades. Tienes que esconderme en un

gabinete que esté cerca de su otomana; así podré ver todo lo que esa insigne tríbada intenta con mi casta esposa. —Pero, señor, ¿habéis probado ya lo que puede oírse y descubrir por los cristales de este gabinete? —¡Ah!, sí, sí, todos los días; ahí es donde me escondo para oír las quejas que hace de mí y deleitarme con ellas».

Nuestra heroína, que en este caso, razonablemente, no debía hacer uso más que de la sumisión, entró acto seguido con Gernande en el gabinete del que se trataba; y Dorothée, sin sospechar nada, pasó al aposento de Mme. de Gernande, a la que sorprendió mucho aquella visita.

La d’Esterval, imperiosa, altiva, tan feroz como su marido, y a la que habían dado carta blanca, no se divirtió, como es de suponer, siguiendo los pasos del perfecto amor; la escoltaba una de las viejas, con orden de obligar a la desdichada esposa a prestarse a cuanto exigiera la Mesalina que le enviaban. Tuvo que obedecer: la víctima, desnuda, no tardó en ofrecer otra cosa que lágrimas y encantos. Imposible imaginar la furia de Mme. d’Esterval; transportes semejantes no se describen; con absoluto olvido de su sexo, la fiera tríbada se entregó sin vergüenza alguna a todos los excesos…, a todas los furores de los hombres: ya no era Safo en los brazos de Damófila[4], era Nerón en los de Tigelino[5]. Todas las lubricidades masculinas, todas las pasiones de los hombres, todos los desórdenes de su libertinaje más cruel fueron puestos en práctica por aquel monstruo de crápula y perversidad; no hubo nada que no hiciese, nada que no inventase para saciar su impúdica lujuria; y se agotó más la pobre ama de Justine con aquella escena que con aquellas otras a las que la sometía su esposo. «¡Oh, joder!», decía Gernande mientras obligaba a Justine a chupársela, «eso sí que es delicioso»: nunca he visto nada que me calentase la cabeza hasta este punto. Amo a esa Dorothée enfurecida; y si tuviera una mujer como ella, nunca la habría convertido en mi víctima… ¡Ah!, chupa, Justine, chupa…, trata de que mi leche corra al mismo tiempo que la de esa bribona». Pero los deseos de Gernande, excitados sin quedar satisfechos, no tuvieron la salida deseada; y la d’Esterval se corrió antes de que quien le hurtaba sus placeres hubiera llegado al término de los suyos. Disgustada de su goce, lanzó sobre el ama de Justine una mirada de desprecio; la insultó, le repitió varias veces que su esposo era muy bondadoso por dejarla vivir tanto tiempo; denigró los encantos con los que acababa de embriagarse, los profanó, los maltrató, y salió diciendo que aconsejaría al marido que tomase rápidamente una decisión firme sobre una esposa tan despreciable.

En cuanto Dorothée hubo salido de la habitación de Mme. de Gernande, pasó a ella el amo acompañado de Justine; y, so pretexto de la visita que acababa de sorprender, no hubo insultos ni amenazas con que no abrumase a su desdichada esposa. Ésta se defendió lo mejor que pudo. «Han abierto mi puerta, señor, dijo llorando; una de las viejas a las que estoy confiada me ha traído a esa mujer de vuestra parte; me ha sido imposible defenderme de sus tentativas…, las habría rechazado de haber podido». Pero Gernande, que sólo buscaba ocasión de una escena que así se procuraba de manera deliciosa para un alma tan falsa como la suya,

condenó inmediatamente a su mujer a la sangría; y el monstruo, muy enardecido por los preliminares, la pinchó al instante en los dos brazos y en el coño. Por esta vez prescindió de hombres, le bastó Justine; la infeliz quedó extenuada a fuerza de chuparle: el cruel animal, dueño de su esperma, tuvo el arte de lanzarlo a oleadas sólo cuando vio a su mujer desvanecida; y aquella sesión fue una de las más bárbaras que Justine le vio sentir.

Acababa de volver este libertino a su aposento cuando unos coches se dejaron oír en el patio. Era el señor de Verneuil y su familia. Gernande mandó que informaran a su mujer al punto. ¡Y en qué estado, justo Cielo, le comunicaban aquella catástrofe! Al mismo tiempo se ordenó a Justine que fuese a recibir a los nuevos huéspedes.

CAPÍTULO XV

Retratos de personajes. Orgías de un género nuevo.

El primer coche era una berlina alemana con un tiro de seis caballos en la que se encontraban el señor y la señora de Verneuil, y sus hijos, Cécile y Victor; el segundo era una gran calesa ocupada por una bellísima mujer de cuarenta años, por la hija de esa mujer, magnífica criatura de veintidós, y por dos hijos de esta joven, de seis y siete años; los dos nacidos de Verneuil. El niño pequeño se llamaba Lili; la joven, Rose; imposible ver nada más delicioso que esta pequeña pareja. Dos mozancones, de veinte y veintidós años, de cuerpo semejante al de Hércules y bellos como el Amor, ocupaban las otras dos plazas, en calidad de lacayos de M. de Verneuil.

Las señoras y los niños, instalados enseguida en sus aposentos, se retiraron; y Gernande llevó a Verneuil al de d’Esterval, adonde Bressac había ido para recibir a esta visita. «Aquí tienes un encantador sobrino que no conoces», dijo Gernande a su hermano; «besaos, amigos míos, cuando uno se parece tanto, sobran los cumplidos. La adorable persona que veis», prosiguió Gernande señalando a d’Esterval, «es un amigo de mi sobrino, que le ha acompañado hasta mi casa… Es un hombre en cuya posada no te aconsejaría dormir; porque degüella a todos los que recibe… Y bien, ¿estás satisfecho con la compañía que te doy? —Encantado», dijo Verneuil besando a d’Esterval, quien, presentando inmediatamente su mujer a Verneuil, le asegura que la que tiene el honor de saludarle, aunque mujer, está en condiciones de figurar al lado del más perverso de los hombres. «Las cosas marchan de la mejor manera del mundo, amigos míos, dice Verneuil; veo que con una compañía tan deliciosa, vamos a pasar unos cuantos días muy agradables». No tardaron en entrar cuatro putos para saber si M. de Verneuil tenía necesidad de sus servicios. «¡Ah!, encantado, dijo Verneuil; el coche me ha enardecido; hace dos horas que estoy empalmado como un diablo, ved», dijo poniendo sobre la mesa una herramienta de un grosor y una longitud espantosos… «Venga, os sigo, hijos míos, a estos señores no les parecerá mal que suelte un poco de leche ames de trabar mayor conocimiento con ellos. —Permitid que mi mujer os ayude, señor, dijo d’Esterval; nadie tiene más artes ni recursos en la cabeza…, su imaginación ha de agradaros. —Encantado, dijo Verneuil; tampoco me importaría agregar a la partida la muchacha que nos ha recibido…, ¿quién es? —Es Justine, tío, dijo Bressac; una heroína de virtud, una persona muy sentimental, cuyas costumbres e infortunios forman, con nuestros principios, las oposiciones más singulares. Gernande la ha convertido en señorita de compañía de su mujer; y las dos lloran, rezan, se consuelan juntas mientras nosotros nos reímos de todo eso. —¡Ah!, delicioso, delicioso. Pardiez, hermano, haz que suba esa joven, la utilizaré. —Pero, tío, dijo Bressac, creo que sería mejor que pasaseis al aposento de Mme. de

Gernande; todos los individuos que pueden agradaros se encuentran reunidos en él, y vuestra descarga sería más completa. —Mi sobrino tiene razón, dijo Verneuil; pero no sabe que trabar conocimiento con él es lo que más me urge». Y, arrastrándole a un gabinete, lo besa, le quita los calzones, le acaricia, le manosea el culo, le menea la polla, lo sodomiza y se hace joder; y todo esto sin perder una gota de esperma. Luego, volviendo con la compañía, hace de su sobrino los elogios más pomposos. «Ved cómo me ha puesto», dice amenazando el cielo con un cipote enorme que, mientras hablaba, se sacudía… «Ahora me follaría a Dios padre si se presentase ante mí. Vamos, hermano, pasemos al aposento de tu mujer; allí llevaré a la señora, dijo refiriéndose a Dorothée, a esa joven a la que llamáis Justine, y a dos bardajes; con eso tengo suficiente. Aquí tenéis mi leche, vedla, prosiguió señalando con el dedo la gota exhalada de la cabeza; sólo necesito unos ligerísimos esfuerzos para hacer que salte a diez pies; poco ha faltado para que la dejase en el culo de mi sobrino; pero esa zorra es tan ancha… —¿Quieres almorzar antes?, dijo Gernande. —No, acabábamos de comer cuando hemos llegado; tengo más necesidad de ensuciarme la imaginación que de comer; ya repondremos después lo que haya perdido.

Justine, enviada por su amo a la alcoba de Mme. de Gernande, vino para comunicar a M. de Verneuil que, pese al estado de postración en que se encontraba su ama, que acababa de perder seis paletas de sangre no hacía ni una hora, iba a recibir, sumisa a la voluntad de su esposo, a la compañía que se le anunciaba. «¡Ah, ah!, ¡acabas de sangrarla!, dijo Verneuil; pues mejor; me gusta muchísimo verla en ese estado. Acercaos, joven», prosiguió levantando las faldas de Justine para agarrarle las nalgas, «venid; también me encantaría ver vuestro culo, me parece bonito. Señores», continuó dirigiéndose a Gernande, a Bressac y a d’Esterval, «mientras tanto, os invito a pasar a la alcoba de mi mujer; perdonadme si no os la presento; pero podéis estar seguros de su sumisión; os exhorto a que no os enfadéis conmigo más de lo que yo haré con vosotros».

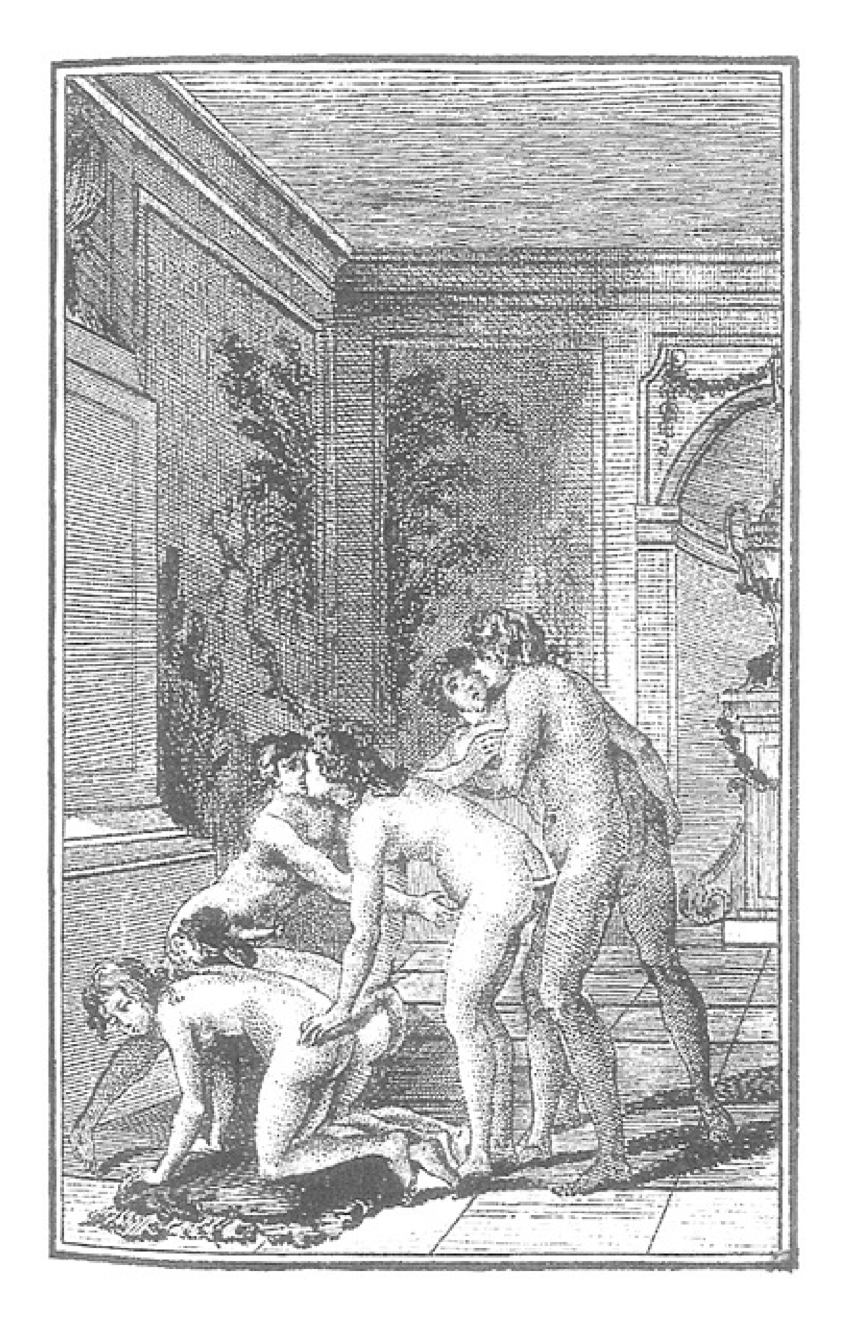
«¡Y bien!», dijo Verneuil entrando en el aposento de Mme. de Gernande, sostenido por sus bardajes, seguido de una vieja, y en el estado más impúdico, «¿o sea que seguís enojando a mi hermano? No cesa de presentarme quejas contra vos, y nunca vengo sino para ayudarle a haceros entrar en razón. He aquí, señora, prosiguió señalando a Dorothée, alguien que, testigo de vuestra mala conducta, acaba de certificarme cosas que deberían valeros los tormentos más crueles si mi hermano, menos inclinado a hacer el bien, escuchase un poco más la voz de la justicia; venga, quitaos la ropa». Y Justine, cumpliendo la orden, ofrece en un instante su púdica ama a las miradas desvergonzadas de aquel malvado. «Poneos las dos en el mismo estado», dijo Verneuil dirigiéndose a Justine y a Dorothée, «y, sobre todo, tapaos los coños. Y vosotros, mis bellos muchachos», continuó hablando a los bardajes, «quitaos sólo los calzones; el resto de vuestras ropas, que os adornan en vez de perjudicaros, podéis conservarlo; me gusta todo lo que me recuerda un sexo que idolatro; si las mujeres utilizasen ropas de hombre, tal vez no se las mandaría quitar».

Todo el mundo obedecía; sólo Justine oponía alguna resistencia; pero una mirada espantosa del hombre más horrible y más repelente que hasta entonces conociera la decidió enseguida. Verneuil coloca a Justine y a Mme. de Gernande, ambas arrodilladas en el borde del sofá, con las nalgas vueltas hacia él, y las deja allí un momento mientras examina el culo de Dorothée: «¡joder!, señora, le dice, estáis hecha como para que os pinten…, es el cuerpo de un hombre hermoso; amo hasta la locura ese pelo que lo sombrea, lo beso con verdadero placer…, adoro ese color pardusco del orificio de vuestro culo…, demuestra su uso…, separad las piernas, quiero meter en él la lengua; ¡oh!, qué ancho lo tenéis…, cuánto estimo esta auténtica prueba de la depravación de vuestras costumbres…, ¿os gusta cuando os enculan? Idolatráis la polla en el culo…, sólo hay eso, señora…, sólo hay eso; aquí cenéis mi culo, os lo ofrezco…, está igual… es excesivamente ancho…». Y Dorothée, besando con delicia el culo de Verneuil, le devolvía con creces los lametones que ella misma había recibido. «Me gustáis muchísimo, señora, continuó Verneuil; para terminar de enloquecerme no os queda más que aceptar la proposición que voy a haceros, sin cuyo acuerdo todo vuestro arte quizá no lograría hacer brotar mi esperma. Dicen que sois rica, señora; pues bien, en tal caso, tengo que pagaros; si fuerais pobre, os robaría. En la circunstancia contraria, es preciso que os prostituyáis a mí por una cantidad muy alta; y tenéis que ocultar esta cláusula a vuestro marido, y asegurarme que la suma que voy a daros sólo será empleada por vos en gastos libertinos; tenéis que jurarme, sobre todo, que ni un solo escudo será destinado a buenas obras…, en una palabra, que únicamente pagaréis con ese dinero el crimen. ¿Qué os parece mi pasión? —Es singular, señor; mas creed que tengo suficiente filosofía para no sorprenderme ante ninguna; acepto vuestra propuesta; por mi parte tendré mil veces más placer divirtiéndome con vos, y os juro por lo más sagrado que sólo gastaré vuestro dinero en depravaciones. —En infamias, señora, en infamias. —En lo que sea más horrible, os lo juro. —Bien, señora, aquí tenéis quinientos luises, ¿estáis satisfecha? —No, señor, eso no es pagar. —¡Ah, deliciosa, divina, encantadora!, exclamó Verneuil; aquí tenéis otros mil**[1]**, ¡y sois la mujer más adorable que he conocido en mi vida!… ¡Ah!, puta, triunfo, y ahora eres mía… Putos, meneadme la polla mientras yo magreo el culo de esta zorra…, vosotras, víctimas, seguid ante mi vista… ¡Pero cómo!, señora, algo empuja ese pañuelo; creía haber tapado un coño, y descubro una polla. ¡Joder, qué clítoris!… Apartad, apartad ese velo; mucho más hombre que mujer, puedo hacerme la ilusión; vos no tenéis necesidad de tapar nada». Y el bribón meneaba, chupaba aquella excrecencia lo bastante majestuosa como para poner a su propietaria en situación de cumplir con éxito todos los papeles de un hombre. «Debéis de ser libertina en sumo grado, señora, prosiguió Verneuil; debéis de tener todos nuestros gustos»; y, mientras decía esto, le hundía tres dedos en el culo, cuyo efecto eléctrico hizo levantarse inmediatamente aquel clítoris hasta el punto de que Dorothée quiso follar a un puto. Verneuil colabora en el intento, y cachetea con energía las nalgas de la Mesalina en el momento en que actúa:

«¿Queréis que os maltrate?, le dice; no suelo pedírselo a las víctimas, pero a vos… —Haced lo que os plazca con mi culo, dijo Dorothée; se os ofrece para soportar cualquier cosa». Verneuil le pellizca entonces las nalgas con una fuerza tan cruel que la muy puta se corre al instante. «¡Bien!», continúa él viéndola desmayarse, «habréis de admitir que no hay nada como el suplicio para acelerar la eyaculación; sacrificador o víctima, es lo único que conozco para llegar al final. —Y esos culos, dijo Dorothée, esos culos que habéis puesto ahí, ¿no os ocupáis de ellos? —El estado en que voy a ponerlos os demostrará pronto lo contrario», dijo Verneuil; y, acercándose: «Veamos cuál de estas mujeres es la más valiente», dijo. Pellizca al mismo tiempo, a la vez y de una manera cruel, la teta derecha de Mme. de Gernande y la nalga izquierda de Justine. Aunque las uñas se imprimieron en sus carnes, ésta aguantó. No ocurrió lo mismo con Mme. de Gernande; el muy traidor le había lastimado de tal modo la punta del pezón, y además se encontraba tan débil, que cayó casi desvanecida. «¡Oh, es divino!», le dijo a Dorothée mientras le chupaba el clítoris o la boca, y masturbándole siempre el agujero del culo, «¡es delicioso! Me gustan hasta la locura estos sobresaltos. Y vos, señora, ¿os ponéis caliente viendo sufrir? —Ya lo veis, señor», respondió la tríbada mostrando la punta de sus dedos, inundados por la leche de su coño; «como veis, en mi opinión, los dos actuamos poco más o menos según los mismos principios. —Lo repito, señora; no hay como el dolor para hacer que uno se corra». Y el muy lascivo, entre los bardajes y Dorothée, se excitaba, se inflamaba, como el toro junto a la becerra. «¡Imbécil criatura!», exclamó agarrando a su cuñada con una mano y apoderándose con la otra de una disciplina de cuerdecillas de tripa con muchos nudos que siempre tenía en el bolsillo, «mujer pusilánime, ¿no puedes soportar nada? Bien, serás castigada por tu debilidad». Y poniendo su polla enfurecida en las manos de Justine, le ordena meneársela, mientras Dorothée, a la que arma con una segunda disciplina, va a devolver en su culo lo que él está dispuesto a hacerle al de su cuñada, cuyas nalgas expondrán a sus miradas los ganimedes. Empieza la operación. El látigo, distribuido por activa y por pasiva, era una de las pasiones más vivas de Verneuil; durante veintitrés minutos seguidos su brazo se despliega sobre el bello culo de la Gernande, que queda desgarrada desde la cintura hasta los talones; a él se los devuelven con creces, la sangre brota por todas partes; nada tan singular como aquella mezcla de invectivas por un lado, de quejas y gritos por el otro. Demasiado ocupada en su rarea para escuchar la voz del corazón, la desdichada Justine meneaba, tanto como podía, el enorme instrumento cuyo cuidado se le había confiado sin atreverse a pedir gracia para su ama: no es que no hubiera desviado aquellos golpes terribles de haber creído poder hacerlo; pero empezaba a conocer demasiado bien la inflexibilidad del alma de los malvados para intentar doblegar a aquél. Sin embargo, Verneuil se da cuenta de la torpeza de su meneadora: «Pero ¿qué putilla es ésta?», dice agarrándola: «¡Ah!, zorra, voy a enseñarte si es ésa la forma de menear una polla como la mía», y, poniéndola en manos de Dorothée, se remite a ella sobre la forma en que hay que aumentar o disminuir las titilaciones del

placer, mientras con grandes golpes de disciplina el malvado maltrata a ultranza las dulces y delicadas nalgas de nuestra interesante Justine.

Ninguno de los instrumentos con los que había sido flagelada en su carrera de libertinaje le había hecho tanto daño como aquél; cada cintarazo, imprimiéndose por lo menos una pulgada en las carnes, dejaba en ellas, junto a un dolor espantoso, huellas tan sangrantes como si se hubieran servido de una navaja. En un momento quedó totalmente herida. Verneuil une entonces sus dos víctimas una a otra, atándolas vientre con vientre; y mientras Dorothée lo masturba, les aplica una segunda flagelación, golpeando mientras le quedan fuerzas tanto a una como a otra. En este punto la Gernande, debilitada por sus tres sangrías de la mañana, vacila, pierde el conocimiento y cae arrastrando con ella a Justine; y ya tenemos a las dos en el suelo, nadando en las olas de sangre que su verdugo acaba de hacer brotar. Verneuil corta enseguida las ataduras y, precipitándose sobre su cuñada, tiene el arte de devolverla a la vida por medio del nuevo tormento de un goce que, por natural que sea, no deja de desgarrar a la desgraciada mujer, mediante la sorprendente desproporción existente entre ella y su agresor: «¡Folladme, folladme señora, exclama Verneuil a Dorothée; colocad sobre mis riñones a Justine y desgarradnos a los dos». Perfectamente servido por Dorothée, y tal vez mucho mejor aún por la monstruosidad de sus operaciones, el infame fauno echa espuma por la boca…, blasfema, y se corre en medio de grandes gritos…, demostrando por fin a cuanto le rodea que, si la naturaleza le ha conformado mejor que a su hermano, también le ha otorgado en grado muy superior tanto la cantidad de esperma como las crisis de voluptuosidad.



«¡Y bien!, señora, le dice a Dorothée, ¿qué os parezco en punto a libertinaje? —Magnífico, mi señor, responde ésta; pero no creía que follarais coños. —Yo follo todo, ángel mío, lo follo todo; y con tal de que mi monstruoso cipote hiera o desgarre, me da igual lo que atraviese. —Pero ¿no preferís el culo? —¿Me haríais la injuria de dudarlo? Para convenceros, ¿tengo que encular a un bardaje? —No, responde Dorothée, lo que hay que joder es mi culo si queréis convencerme; aquí lo tenéis, señor, folladlo»; y el muy lascivo, siempre cachondo, no tarda en estar en el fondo del ano. «Mientras os sodomizo, señora, vejad a estas dos mujeres, por favor», dice Verneuil. Y la muy puta, sin hacérselo repetir, clava a placer, mientras la enculan, sus uñas ganchudas en las carnes tanto de la Gernande como de Justine; los dos se corren mientras sus víctimas lloran; cada uno de ellos, al soltar la leche, ha mordido hasta hacerla sangrar la lengua del puto al que acariciaban para excitarse.

«Ya es suficiente, señora, dice Verneuil a Dorothée, sois una criatura encantadora; pretendo renovar nuestros placeres. —Os los haré saborear de todas las especies,

señor, responde Dorothée; cuanto más nos conozcamos, mejor nos pondremos de acuerdo; me precio de que así ha de ser».

Y ambos fueron a reunirse con la compañía. Sólo Justine se quedó en el aposento de su ama.

Los demás actores no se habían quedado sin hacer nada durante la escena que acababa de ocurrir; pero, menos decididos que el hermano de Gernande, menos urgidos por la necesidad de correrse, aún estaban en los preliminares cuando se les unieron Verneuil y Dorothée. D'Esterval, Bressac y Gernande estaban en el aposento de Mme. de Verneuil; los tres malvados habían mandado desnudar a esa pobre mujer, sin darle tiempo a descansar del viaje. El feroz Gernande convencía a su cuñada de que le sería muy necesaria una sangría y serviría para refrescarla. Iban a proceder a ella cuando los actores cuyos escarceos acabamos de describir entraron en el aposento de Mme. de Verneuil. Esta hermosa mujer, ya desnuda, convenció a los hombres allí presentes que no la conocían de que, efectivamente, no existía sobre la tierra una criatura más sublime: ni un defecto en las proporciones; y toda la lozanía, todas las gracias de la diosa misma de la belleza; tantos derechos a la indulgencia, a la admiración general, no le valieron sin embargo a la cuñada de Gernande sino unos cuantos insultos y desprecios más de parte de aquellos libertinos, y sobre todo de su hermano. Tras el examen más completo de las bellezas de aquella magnífica mujer, empezaron los insultos y los malos traros: Bressac y d'Esterval no tuvieron más miramientos con ella que Gernande: la miserable víctima fue sucesivamente pellizcada, mordida, abofeteada; las bellas carnes de sus pechos y de sus nalgas fueron heridas en más de veinte sitios; fue obligada a presentar alternativamente la boca, el coño, el culo; Gernande se apodera de la boca; Bressac se la mete por el culo, y d'Esterval en el coño; Verneuil vuelve a encular a Dorothée y se corre por tercera vez mientras magrea las nalgas de su sobrino, al que no cesa de exaltar y poner por las nubes.

«Ahora cenemos, amigo mío», le dice Verneuil a su hermano; «ha llegado el momento de reparar nuestras fuerzas. Dicen que los borrachos sólo hacen amigos con el vaso en la mano, los lascivos no tienen que hacerlos más que con la polla en el culo; ese destino se ha cumplido, no nos quejemos». Después de la mejor y más abundante de las comidas, los paseos separaron a toda la compañía; y el señor de Gernande, tras ordenar a Justine que lo siguiese, mantuvo con ella, en un gabinete del jardín, la conversación de la que ahora damos cuenta.

Le pidió ante todo un relato circunstanciado de cuanto su hermano había hecho con su mujer; y como Justine lo hacía sin profundizar, le ordenó poner todo al descubierto con la atención más escrupulosa. Así pues, Justine entró en detalles. Se quejó de haber sido tratada con tanto rigor como Mme. de Gernande. «Veamos», le dijo su amo…, y el muy libertino se entretuvo largo rato en aquel culpable y feroz examen. «Pero mi mujer, dijo el malvado, ¿ha sido igual de maltratada por lo menos? —Lo mismo, señor. —¡Ah!, bueno, es que me habría molestado que mi hermano

hubiese tenido miramientos con esa pura. —¿La detestáis mucho, señor? —Muchísimo, Justine. No la conservaré mucho tiempo; no he visto en mi vida una mujer que me inspire más repugnancia; pero ¡sabes de sobra, hija mía, que Verneuil es mucho más libertino que yo! —Eso muy difícil, señor. —Así es: los divinos placeres del incesto, mejorados por todos los de la crueldad, son los más apreciados por su alma corrompida. ¿Imaginas, Justine, cuál es su voluptuosidad preferida? —Los niños, el látigo… horrores. —Todo eso no son más que episodios; el incesto, hija mía, te lo digo yo, es el más dulce de los placeres de mi hermano. Mañana le verás revolcarse en ese crimen de cinco o seis formas distintas. Esa bella criatura a la que tú tomas por la doncella de Mme. de Verneuil, cuya edad aproximada es de cuarenta años…, pues bien, Justine, es una de nuestras hermanas, una tía de Bressac, la hermana de su madre cuya muerte, ocasionada por su propio hijo, lloras tú hace tanto tiempo. Nuestra familia es la de Edipo[2], mi querida Justine; no hay un solo tipo de crimen del que no se vea ejemplo en ella. Perdimos a nuestros padres muy jóvenes; unos malvados pretendieron incluso que tales muertes no ocurrieron sin contribución de nuestra parte: en verdad, bien pudiera ser; nos permitíamos tantas diabluras… que bien podría figurar ésa entre ellas. Teníamos tres hermanas: la primera, casada antes de la muerte de los autores de nuestros días, es la que recolectó Bressac; la segunda pereció víctima de nuestras fechorías; la tercera es la que aquí ves; la robamos nada más nacer. Criada como una joven destinada a servir, cuando mi hermano se casó la colocó junto a su mujer; la llaman Marceline. La joven a la que tú tomas por una mujer adscrita a Mme. de Verneuil, es hija de Marceline y de mi hermano, lo que la convierte al mismo tiempo en sobrina e hija suya. Es madre de los dos niñitos que has admirado, y que asimismo deben la vida a mi hermano. Los dos, como bien supones, son todavía vírgenes; y es aquí donde Verneuil ha querido que pierdan esa virginidad; de manera que, al gozar de la nieta, tendrá a la vez en ella una hija, una nieta y una sobrina. Nada le divierte tanto como el quebrantamiento, el trastorno de todos esos lazos quiméricos; su ruptura supone para él el mayor de los placeres; no contento con contrariarlos en sus frutos naturales, los rompe incluso en sus hijos legítimos. —Lo sabía, señor. —Pero hay que ver, Justine, cómo educa a sus hijos, cómo, a ejemplo suyo, desquicia todas nuestras instituciones sociales… Ya verás cómo ese hijo trata a su madre, cómo ha pisoteado ya todos los prejuicios religiosos y morales; es un individuo delicioso, lo adoro; quería acostarme con él esta noche, pero su padre prefiere que descanse para mañana. —¿Para mañana, señor? —Sí, mañana celebramos una gran fiesta, es el aniversario del nacimiento de mi mujer; tal vez queramos que las Parcas corten el hilo al final del ovillo… ¿Quién sabe? Ni siquiera el mismo Dios, ese Dios en cuya fabulosa existencia crees, discerniría…, adivinaría la fantasía de malvados como nosotros. —¡Oh, señor, dijo Justine preocupada, si yo fuera lo bastante afortunada para que pudiéseis prescindir de mí en las orgías que planeáis! ¿No tenéis suficientes criados, y no os resulto perfectamente inútil? —No, no, tu dulce virtud es esencial para nosotros; sólo de la mezcla de esa cualidad

deliciosa y de los vicios que le opondremos debe nacer la más sensual de las voluptuosidades para nosotros; y tu tierna y querida ama necesitará ademas de tu ayuda… Tendrás que asistir, Justine… Es absolutamente indispensable. —¡Oh, qué trabajo, señor…, participar en tantas infamias!… Sabéis que no existen otras más horribles que aquellas a las que se entrega M. de Verneuil… ¡Corromper así a su propia familia! —¿Podría preguntarte, Justine, qué es una familia, qué se entiende por esos nudos sagrados que los necios llaman lazos de sangre? —¿Es necesaria una respuesta a semejante pregunta, señor? ¿Y puede existir un solo ser en el mundo que no conozca ni respete esos lazos? —Ese ser existe, hija mía, soy yo. Convéncete, por favor, de que no hay nada tan absurdo como esos pretendidos lazos; convéncete de que a aquellos de quienes hemos recibido la vida no les debemos más de lo que ellos pueden debernos. —Señor, respondió con viveza Justine, ahorradme cuanto podríais decirme sobre esa materia; me han acunado con esos sofismas, y ni uno solo me ha convencido. Si el incesto, uno de los mayores crímenes que el hombre pueda cometer, constituye la base de las voluptuosidades de vuestro hermano, desde ese punto de vista es y será siempre el ser más atroz y más culpable a mis ojos. —¡Un crimen el incesto! ¡Ah!, hija mía, dime, por favor, ¿cómo podría resultar criminal en la mitad de nuestro globo una acción que es ley en la otra mitad? En casi toda Asia, en la mayor parte de África y de América, se casan públicamente el padre, el hijo, la hermana, la madre, etc.; y ¿hay alianza más dulce que ésa, Justine? ¿Puede existir otra que estreche mejor los lazos del amor y de la naturaleza? Fue por temor a que las familias, uniéndose de este modo, se volviesen demasiado poderosas por lo que nuestras leyes francesas convirtieron el incesto en crimen; pero guardémonos de confundir, y no tomemos nunca por leyes de la naturaleza, lo que sólo es fruto de la política. Asumiendo incluso por un momento tus sistemas sociales, Justine, yo te pregunto: ¿cómo es posible que la naturaleza se oponga a tales alianzas? ¿No estrecha los primeros nudos que, según tú, nos impone? ¿Puede haber a sus ojos algo más sagrado que la mezcla de la sangre? ¡Ah!, Justine, tengamos cuidado; estamos ciegos sobre lo que nos dicta la naturaleza a este respecto; y esos sentimientos de amor, fraternales o filiales, cuando se ejercen de un sexo a otro nunca son otra cosa que deseos lúbricos; que un padre, que un hermano, idolatrando a su hija o a su hermana, descienda al fondo de su alma y se pregunte escrupulosamente por lo que siente: entonces verá si esa piadosa ternura es algo distinto al deseo de joder; que ceda pues a ese deseo sin coacción, y no tardará en sentir las delicias con que la voluptuosidad ha de coronarle. ¿Y qué manos, te pregunto, qué manos le preparan esa superabundancia de voluptuosidad, si no son las de la naturaleza? Y si son las suyas, ¿es razonable decir que tales acciones puedan irritarla? Dupliquemos, tripliquemos, pues, esos incestos cuanto podamos, sin temer nada; y cuanto más de cerca nos pertenezca el objeto de nuestros deseos, más encantos tendremos para gozar.

—Así es como legitimáis todo vosotros, gentes inteligentes, responde Justine; mas si vuestro desgraciado talento disculpa vuestras pasiones en este mundo, esas

pasiones no tendrán, en el día terrible en que hayáis de comparecer ante el amo supremo del universo, un abogado tan indulgente. —Predicas en el desierto, Justine, responde Gernande, y no opones más que tópicos a verdades irrefutables; vete a ver si mis putos están preparados; llévalos a mi aposento; no tardaré en retirarme; vete, y prepara tu pequeña conciencia y tus grandes principios para que mañana vean la ejecución de sorprendentes lujurias».

Madame de Gernande, inquieta, agotada, esperaba a Justine, a fin de preguntarte algunos detalles sobre lo que se preparaba para el día siguiente. Nuestra heroína se creyó en el deber de no ocultarle nada. «¡Ah!», dijo aquella desdichada esposa derramando un torrente de lágrimas, «quizá mañana sea el último día de mi vida; cuando estos malvados se reúnen, debo esperar cualquier cosa. ¡Oh Justine, Justine!, ¡qué seres tan peligrosos sobre la tierra son las gentes sin costumbres, sin delicadeza, sin principios!».

Mientras tanto, todos se preparan para la noche y creen encontrar, en el seno de la más insigne depravación, las fuerzas necesarias para cometer otras mucho más horribles el día siguiente. Verneuil se acostó con Dorothée, Gernande entre dos muchachitos, d’Esterval con Mme. de Verneuil, y Bressac con uno de los lacayos de su tío.

Desde el alba, las viejas habían dispuesto el salón más hermoso del castillo; se había guarnecido el suelo con un enorme colchón embastado de seis pulgadas de grosor, formando una alfombra sobre la que se lanzaron dos o tres docenas de cojines. Una amplia otomana fue colocada al final de la sala, rodeada por tantos espejos que resultaba imposible que las escenas ocurridas en aquel magnífico local no se multiplicasen bajo mil y mil formas. Sobre mesas rodantes de ébano y de pórfido diseminadas aquí y allá se veían todos los instrumentos necesarios para el libertinaje y la ferocidad: varas, disciplinas, vergas, agujas de mechar, ligaduras de cuerda y de hierro, consoladores, condones, jeringuillas, agujas, pomadas, esencias, tenazas, pinzas, palmetas, tijeras, puñales, pistolas, copas de venenos, estimulantes de toda clase y otros diversos instrumentos de suplicios o de muerte: todo se veía allí en abundancia. Sobre un enorme aparador, frente a la otomana, en la otra punta del salón, estaban dispuestos, simétricamente y en profusión, los platos más suculentos y más delicados; la mayoría podían mantenerse calientes sin que se viese: unas garrafas de cristal de roca, mezcladas con las porcelanas de Sajonia y de Japón que contenían aquellos platos, encerraban en abundancia los vinos más exquisitos…, los más raros licores. Una inmensidad de rosas, de claveles, de lilas, de jazmines, de muguetes y de otras flores más preciosas todavía, acababa de adornar y perfumar aquel templo de los placeres, donde se hallaba reunido para todo el día cuanto, sin tener necesidad de salir, podía satisfacer a un tiempo la lujuria y la sensualidad. Al final de la sala, artísticamente colocada en una nube, se veía la efigie del pretendido Dios del universo, bajo la figura de un viejo. Una segunda otomana reinaba al pie de esa nube; y en ella se veían diferentes atributos de todas las religiones de la tierra, Biblias,

Coranes, crucifijos, hostias consagradas, reliquias y otras imbecilidades de esa especie. Contiguos al salón había seis voluptuosos gabinetes que presentaban, a quienes quisieran ocupados, secretos reductos para placeres particulares, y junto a ellos preciosos excusados provistos de bidés y sillones retrete. Una hermosa terraza de naranjos, cubierta por un toldo y rodeada de celosías, permitía respirar el aire libre por sus adherencias al salón; un ancho asiento de tierra la rodeaba, y podía, con su profundidad, ocultar para siempre los cuerpos que la maldad de aquellos monstruos desorganizaría verosímilmente en el horrible transcurso de aquellas orgías…, precaución que prueba hasta qué punto aquellos libertinos amaban el crimen y cómo tácitamente consentían que todos los cometiesen a sangre fría.

A las diez en punto de la mañana, la compañía se dirige al local preparado, cada uno vestido con un traje diferente que vamos a describir nombrando a cada actor.

Madame de Verneuil apareció vestida a la manera de las sultanas de Constantinopla. Desde luego, ningún adorno habría realzado tanto su belleza.

Cécile, su encantadora hija, iba de oscuro, con el mismo traje de las marmotas del valle de Barcelonette[3]. Imposible imaginar los deseos que inspiraba con aquel traje.

Los atributos del amor embellecían al joven Victor.

Marceline iba de salvaje.

Su joven hija Laurette llevaba una sencilla túnica de gasa cruda, agradablemente anudada en las caderas y en el pecho derecho con gran aparato de cintas color lila; de este modo podían verse una de sus retas y la mitad de sus nalgas; llevando de la mano a sus dos preciosos hijos casi desnudos, parecía la diosa de la Juventud, rodeada por los Juegos y las Risas.

Madame de Gernande se presentó con las interesantes prendas de las víctimas que se inmolaban en el templo de Diana; se la habría tomado por Ifigenia[4].

Justine iba de criada, con los brazos desnudos; deliciosamente coronada de rosas, y con su bonito talle bien desarrollado.

Podía verse a Dorothée con el traje con que los pintores caracterizan a Proserpina[5]. Ese vestido, análogo a su carácter, era de raso color fuego.

Los seis putos más lindos de Gernande fueron presentados con el traje de Ganimedes.

Con el de Hércules y el de Marce aparecieron John y Constant, los dos lacayos de Verneuil.

Éste, d’Esterval, Bressac y Gernande se presentaron vestidos con pantalones de seda roja, que se les pegaban a la piel y los cubrían escrupulosamente desde la nuca hasta los pies. Una abertura redonda, artísticamente practicada por delante y por detrás, dejaba al desnudo sus nalgas y sus pollas. Se habían puesto mucho carmín, y en la cabeza un ligero turbante color amapola. Parecían furias.

Para el servicio interno se admitió a cuatro viejas, de sesenta años, bajo el emblema de las matronas españolas; y empezó la sesión.

Todos estaban de pie, formando un semicírculo, cuando los amos aparecieron en la sala. En cuanto los vieron, se arrodillaron. Dorothée se adelanta hacia ellos y les dice:

«Ilustres y magníficos señores, todos los individuos que veis se reúnen aquí únicamente para obedecer vuestras órdenes; la sumisión más profunda, la resignación más completa, la deferencia más entera: eso es lo que vais a encontrar en todo. Ordenad pues a vuestros esclavos, soberanos dueños de estos lugares; dadles órdenes, y los veréis al punto inclinarse hasta el polvo para esperar ahí vuestras voluntades o volar para prevenidas. Multiplicad vuestros gustos, exaltad vuestras inclinaciones, no pongáis límite a vuestras pasiones; nuestras facultades, nuestras existencias, nuestros medios, nuestras vidas, todo os pertenece; podéis disponer de todos. Convenceos de la idea de la calma que vais a gozar aquí; no hay ningún mortal en el mundo que ose turbar vuestros placeres, y cuanto os rodea sólo va a ocuparse de volverlos más vivos. Franquead, pues, todos los diques; no respetéis ningún freno; no es a seres tan poderosos como vosotros a los que pueden o deben encadenar tristes prejuicios populares; no hay en el universo más leyes que las vuestras; sois los únicos dioses a los que se deba adorar. Una sola palabra vuestra puede confundirnos; un solo gesto, pulverizarnos; y, si lo hicieseis, nuestro último suspiro seguiría siendo para exaltaros, amaros y respetaros».

Dorothée se inclina tras estas palabras, chupa las cuatro pollas, pide permiso para lamer los cuatro culos; luego se retira en silencio, en espera de las órdenes que han de serle dadas.

«Amigo mío», dice Gernande a su hermano, «esta fiesta se celebra por ti, luego es a ti a quien corresponde mandar; sin duda mi sobrino está de acuerdo; y nuestro amigo d’Esterval, a quien otro día confiaremos las riendas del gobierno, tendrá a bien cedértelas hoy». Todo el mundo aplaude, y Verneuil, revestido de la autoridad suprema, se coloca por lo tanto en una especie de trono, puesto sobre un estrado cubierto por un tapiz de terciopelo carmesí, ribeteado de flecos de oro. En cuanto está en él, las mujeres, las niñas, los niños, los muchachos y las viejas van humildemente a presentarle sus nalgas para que las bese, tras tres genuflexiones previas. Al salir de las manos de Verneuil, pasaban sucesivamente por las de los otros tres amigos, sentados en los sillones que rodeaban el trono; y allí cada uno hacía poco más o menos lo que quería al objeto que se le acercaba. «Si, durante esta primera vuelta, dice Verneuil, os entra el capricho de someter a cosas más enérgicas a alguno de los objetos que van a ofrecerse a vosotros, para no alterar el orden iréis a encerraros inmediatamente en un gabinete; y, una vez aplacada vuestra pasión, devolveréis el objeto al círculo». Bressac es el primero que aprovecha el aviso; no puede ver desnudas las deliciosas nalgas de Victor, su sobrino nieto, sin desear ir más lejos; se lo lleva a uno de aquellos tocadores, mientras d’Esterval, entusiasmado con Cécile, va también a hacerle sufrir los primeros fuegos de su pasión. Gernande hace otro tanto con Laurette; Verneuil pasa con Marceline, seguido de sus dos hijos; y

Dorothée, a la que se habían concedido todos los privilegios de los hombres, va a encerrarse con Constant.

«Amigos míos, dice Verneuil cuando vuelve a sentarse en el trono, como la confesión pública de las voluptuosidades a que uno se ha entregado no puede sino disponer al enardecimiento general de los deseos, exijo que cada uno dé cuenta en voz alta, y con el mayor detalle posible, de todas las lujurias en las que acaba de hundirse. Hablad, Gernande; vuestros amigos os seguirán; acordaos sobre todo de apartar las gasas, de pintar al desnudo y de emplear todas las palabras técnicas. Velemos la virtud, si así se quiere; pero que el crimen siempre camine al descubierto».

Gernande se levanta. «Me he encerrado, dice, con Lauretre; le he chupado la boca y el agujero del culo; ella me ha mamado la polla mientras yo le lamía las axilas; le he chupado los brazos con sangrías; le he dado seis cachetes en el vientre, cuyas huellas, según creo, podéis ver; ella me ha besado las nalgas, y yo la he obligado a lamerme el trasero. —¿Os habéis empalmado? —No. —¿Han sido vivas las titilaciones del placer? —Mediocres. —¿Se ha calentado vuestra imaginación con cosas más fuertes? —¡Oh!, las deseaba horribles. —¿Por qué no nos habéis entregado a ellas? —Porque hubieran privado del sujeto a la compañía; he querido dejar que lo gocen. —Arrojaos a los pies de Gernande, Laurette, y agradecedle sus bondades…». Laurette lo hace; y le llega a Bressac el turno de responder.

«Me he encerrado con Victor, dice; le he follado en la boca; le he chupado la lengua en el momento en que mi polla salía de sus labios; le he lamido el culo, y le he sodomizado. —¿Le habéis trabajado en lo moral? —Muchísimo; no hay virtud que no haya destruido, ni vicio que no le haya hecho adorar. —¿Cómo ha sido en vos la dosis de voluptuosidad? —Muy violenta. —¿Habéis soltado la leche? —No. —¿Habéis tenido deseos de mear? —Desde luego. —¿Habéis blasfemado mucho mientras lo hacíais? —Mucho. —Vuestra polla ¿ha salido pura o inmunda del ano del joven? —Ha salido llena de mierda. —¿Por qué no se la habéis hecho chupar? —Lo he hecho. —¿Habéis chupado luego su boca? —Sí. —¿En qué estado se encuentra vuestra polla? —Ya lo veis, está empalmada. —Haced que un puto la mantenga así.

«Os toca a vos, d’Esterval. —Yo he lamido el coño de Cécile, le he metido en él la polla, y he vuelto a absorber la leche que ese ataque me ha hecho soltar; le he chupado la boca; le he besado las nalgas, sobre las que podéis ver las señales de seis cachetes dados con bastante fuerza. —¿Habéis enculado? —No, la reservaba. —¿Habéis deseado el culo? —Sí. —¿Ha corrido vuestra leche? —No. —¿Se os ha calentado la cabeza con esta joven? —Mucho. —¿Os ha besado el culo? —Me ha metido la lengua. —¿Le habéis puesto la polla en la boca? —Varias veces. —¿En qué estado tenéis la polla? —Está gorda. —Elegid alguno para que os la mantenga así.

«Os toca a vos, Dorothée. —Me he hecho follar por Constant. —¿Os la ha plantado en el culo? —Sí. —¿Estaba bien empalmado? —De maravilla. —¿Se ha corrido? —No. —¿Dónde ha perdido entonces la leche? —La he tragado. —¿Le

habéis besado el culo? —Sí. —¿Os ha chupado vuestro aparato? —Sí. —¿Ha corrido vuestro esperma? —No. —¿Con qué se ha extraviado vuestra cabeza? —Con horrores. —¿Nos prometéis ponerlos en práctica? —Desde luego.

«Vamos, dice Verneuil, ocupémonos de cosas más serias. Es preciso que cada uno de nosotros… (Dorothée, vos siempre seréis incluida entre los hombres, sois digna de ello), es preciso, digo, que cada uno de nosotros vaya a escribir en esa mesa el deseo que tiene de una lubricidad, la que sea, y que lo firme. Los cinco billetes serán removidos en un cáliz que presentará una de las viejas. Diez individuos que voy a designar sacarán, de dos en dos, cada uno de esos billetes. Cada pareja elegirá al firmante del billete que haya sacado, y satisfará la pasión enunciada en el billete. Sólo el azar determinará el tratamiento que deberá sufrir esa pareja, que siempre habrá de ser lo bastante violento como para hacer lanzar chillidos a la criatura que lo sufra.

«Madame de Gernande y su fiel Justine sacarán el primer billete.

«Madame de Verneuil y Laurette, el segundo.

«Marceline y Lili, el tercero.

«Céline y Rose, el cuarto.

«Una de las viejas y el más lindo de los putos sacarán el quinto.

«Como veis, dejo a un lado a Victor; las disposiciones que constantemente le reconocéis le vuelven más digno de figurar en el número de los agentes que en la clase de los pacientes».

Escriben los cinco billetes; una vieja los remueve en un cáliz y, colocándose en la otomana, al pie del símbolo del Ser supremo, cada pareja va a sacar uno alternativamente y es obligada a leer en voz alta la suerte que le ha correspondido.

D’Esterval ha manifestado su deseo de pellizcar con fuerza las nalgas, de morder los agujeros del culo y los clítoris. Le corresponden Mme. de Verneuil y Laurette.

Bressac declara que enculará…, que pellizcará las tetas y que dará vigorosas bofetadas. También le son entregadas Mme. de Gernande y Justine.

Dorothée pinchará con un alfiler las partes más sensibles del cuerpo y cagará en los dos rostros. Le son adjudicados la vieja y el puto.

Gernande declara que, en cada individuo, hará seis ligeras picaduras con sus lancetas, y que le chuparán. Cécile y Rose forman su lote.

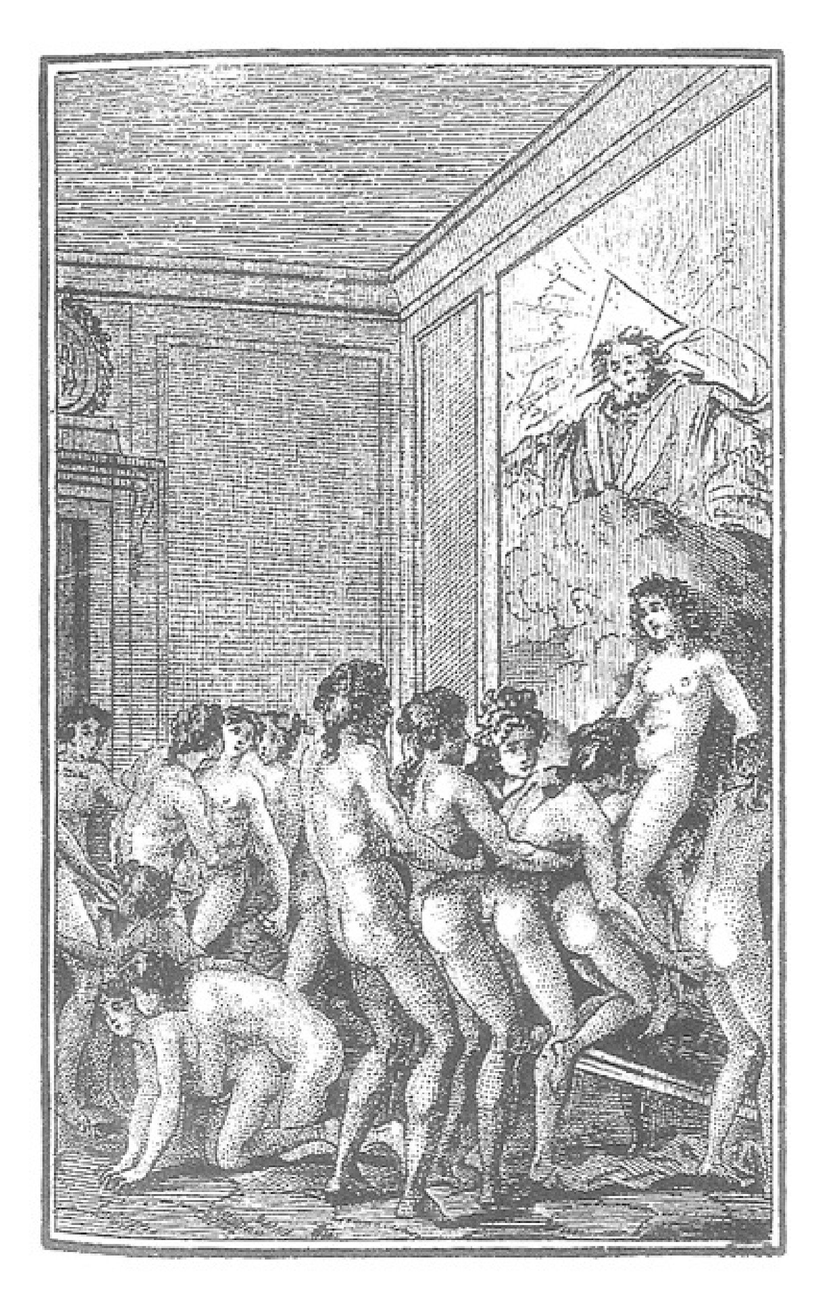
Verneuil anuncia que fustigará hasta la sangre. Le corresponden Marceline y Lili.

Es al pie del sofá, situado junto al emblema de Dios, donde han sido consultados los destinos; y sobre ese mismo sofá va a cumplirse la suerte de cada cual. Lo hacen; Bressac es el único que no puede cumplir sus deseos sin perder su leche; es en el fondo del culo de Justine donde lo exhala, mientras abofetea a Mme. de Gernande con tal crueldad que las lágrimas corren de los ojos de la mujer.

Estas distintas escenas ya habían hecho desaparecer, como se comprenderá, todas las ropas, y sólo se veían desnudeces.

«Ahora, en mi mujer, exclama M. de Verneuil; sí, amigos míos, es en ella en la que deben recaer las vejaciones. John, y vos, Constant, echad a esta desgraciada en el

suelo sobre esos montones de cojines, y que cada uno vaya a imponerle un tipo de suplicio a capricho de su pérfida imaginación. Vos, Cécile, hija mía y suya, colocaos sobre la otomana sagrada» (así es como llamaban a la que se veía a los pies de la representación del Buen Dios); «los placeres que vuestros encantos han de procurar servirán de recompensa a los verdugos de vuestra madre. Yo pondré los premios, y los adjudicaré según la energía con que se haya maltratado a mi mujer. Victor, colocaos junto a Cécile, a fin de ofrecer placeres más delicados a quienes prefieran vuestro sexo». Luego, mostrando a su mujer a un lado y a sus dos hijos al otro: «Ánimo, amigos míos, exclama; aquí está la víctima, y aquí la recompensa». Marceline se encuentra a su lado, meneándosela; dos putos le prestan sus nalgas. Empiezan.



Gernande es el primero en imponerse; y su pérfida lanceta hace incisiones en quince sitios, aunque levemente, de las bellas carnes que la infortunada ofrece a sus furores; se lanza sobre Victor, y hace que se la chupe.

Viene luego Dorothée, y aprieta con tal fuerza los senos de Mme. de Verneuil que le provoca horribles convulsiones; se arroja sobre Cécile, y la tríbada le descarga en la nariz.

D'Esterval viene después de su mujer; depila a Mme. de Verneuil, y la pincha hasta hacerle sangrar los morros del coño: el ano de Victor le consuela; es donde se corre.

Bressac acaricia a su tía con grandes puñetazos en la nariz; ella sangra; él la sodomiza…, luego le tira de las orejas hasta abrirle la piel, y vuelve, como d'Esterval, a encular al delicioso Victor.

Verneuil se acerca. Es fácil imaginar que no ha de tener miramientos con su mujer; la pega, la pellizca, la maltrata; y es en el hermoso culo de Cécile donde aplaca inmediatamente su ardor.

«Te toca a ti, Victor, dice a su hijo; veamos cómo tratas a tu madre; ante tus ojos tienes a un pariente que no vaciló tanto tiempo con la suya: ¡oh, Bressac, animad a vuestro sobrino a imitaros un día». El joven Victor se prepara: es a su madre a quien un padre feroz y brutal le ordena insultar; y es su hermana la que va a servirte de recompensa. ¡Ah!, el joven no se presta sino con excesiva complacencia a las infamias que osan exigir de él; no tiene necesidad de que le ordenen nada. «Bella mamá, dice el pequeño libertino, sé lo que os desespera; quiero que aceptéis que yo lo intente: volved hacia mí ese bello culo, para que lo goce de todas las formas que mejor os vejen». Imposible resistirse: las viejas, que rodean a la víctima, la habrían agarrado al instante si se le hubiera ocurrido oponer la menor resistencia. Victor, armado con un puñado de varas, osa llevar una mano parricida sobre aquella de la que ha recibido la vida. Animado por Gernande, por Bressac, por d'Esterval y por la misma Dorothée, el monstruo, a instancias de Bressac, azota a su madre con toda la fuerza de su brazo. ¿Es posible creerlo? Para excitar mejor a su hijo, Verneuille menea la polla por debajo, mientras sujeta a su mujer. El pequeño libertino, muy emocionado, más bello que el Amor mismo a pesar de los horrores que lo degradan, exclama: «¡Padre mío!, ¡ah, sí, sí, sujétala, sujétamela bien mientras la enculo». Y el complaciente Verneuil, agarrando a su esposa por los riñones, coloca con mucho cuidado la polla de su hijo en el culo de su tierna mitad. Victor ya ha llegado al fondo: el incesto se consuma, mientras ese padre culpable excita y sirve él mismo de mil voluptuosas maneras los impúdicos placeres de ese hijo criminal. «¿Cómo recoger ahora el premio ofrecido?, le dice Verneuil a Victor; ¿te lo permitirá tu agotamiento? —¿Agotado yo?», dice el granuja demostrando que el asalto que acaba de librar no ha hecho sino aguzar sus armas; «ved, rediós, esta polla; ved si no está en condiciones de hacer en mi hermana lo que acaba de emprender con mi madre; meteré en el culo de la hija la mierda que acabo de pescar en el culo de la mamá; ¡no hay nada más delicioso en el mundo!». Y, lanzándose sobre Cécile, la coloca en la misma postura en que acaba de colocar a su madre. El granuja se dispone a tratarla de la misma forma cuando Verneuil, suspendiendo los furores de su hijo, le pide que

retrase un momento su curso para poner más orden en sus voluptuosidades. Cécile, de rodillas sobre el sacro sofá, presenta plenamente la doble ruta de los placeres; Verneuil prepara las vías e introduce a su hijo en la de Sodoma. A caballo sobre los riñones de Cécile colocan con cuidado a Laurette, que ofrece, por la derecha, a los besos del joven el templo más lozano y más lindo que haya tenido el Amor en la tierra. Por la izquierda y por la derecha, las esposas de Gernande y de Verneuil ofrecen sus culos a lamer. Verneuil encula a su hijo; John le hace a él lo mismo. Bressac, d'Esterval, Gernande y Dorothée, entusiasmados con el espectáculo, le rodean…, el primero sodomizando a un puto, el segundo masturbado por Marceline cuyas nalgas pellizca, el tercero chupado por Lili, y la cuarta encoñada por Consumí. Al cabo de una breve carrera, al alcanzar los cuatro la meta, oleadas de leche impuras, sodomitas, incestuosas, brotan de todas partes ante los ojos del Eterno, puesto allí para ser insultado; y, agotando a los que las pierden, les obligan a indispensables reparaciones.

Se acercan al aparador: los patés, los jamones, las aves, las perdices se cortan, se descuartizan, se abren las jarras, lo tragan todo; pero, pocos instantes después, la exigente diosa de Citerea vuelve a llamar a sus altares desiertos a todos estos partidarios de Como**[6]**.

«Amigos míos, dice Verneuil volviendo a su puesto; hace un momento hemos consultado al destino sobre nuestros placeres; ahora soy de la opinión que interroguemos al Ser eterno sobre el mismo objeto. Ahí tenéis ante vuestros ojos a ese Dios supremo que conoce el futuro; por lo tanto, ordeno a cada uno de nosotros que vaya a situarse de pie ante él, con la polla en ristre, y le consulte mediante la fórmula que encontraréis a los pies de su trono. El gran Ser cuyo ministro soy yo aquí, y cuyas órdenes he recibido esta mañana, os responderá con un billete; vosotros pondréis en práctica su contenido; recordad que el estilo de los decretos de un Dios siempre es algo turbio: os serviréis de la letra, adivinaréis la intención, y actuaréis. La manera en que acabáis de comportaros, Victor, asegura más que nunca vuestro rango entre nosotros; así pues, no os prestaréis más como paciente mientras el juego os agrade. Empezad, Gernande; id a consultar a Dios». Gernande, en la actitud prescrita, pronuncia en voz alta las frases que encuentra, y que vamos a transcribir palabra por palabra.

«Despreciable imagen del más ridículo fantasma, tú que sólo estás bien situado en un burdel, tú que sólo sirves para regular los placeres del culo, ¿qué tengo que hacer para que vuelvas a estar empalmado? Dámelo a conocer: haré lo que me ordenes, pero asegurándote de que es la única cosa en la que quiero obedecerte; mi desprecio y mi odio están demasiado probados y son demasiado auténticos para que nunca deba someterme a ti en otros asuntos».

Nada más pronunciar Gernande estas palabras, un rollo de raso blanco, lanzado por la boca del Eterno, cae a sus rodillas; lo desenrolla y lee estas palabras: *Coge a tu*

cuñada, y a tu hermana Marceline; pasa con ellas a un tocador; allí mezclarás La sangre, y beberás la leche.

Gernande se encierra al punto. No volveremos a repetir que todos hicieron lo mismo nada más recibir su decreto.

Bressac le sigue: lee la misma fórmula; el rollo cae; en él se leía: *Coge dos putos, y márcalos*.

Dorothée viene después; el rollo dice: *Que la Gernande y Constant te sigan; conviértete a la vez en el verdugo de la una, en la puta de la otra*.

D'Esterval aparece: *Coge a Cécile y a Lili*, le dice el rollo; *y deja de abusar de ésta cuando agobies a la primera*.

Llega Verneuil: *Justine y John te pertenecen*, dice el rollo; *aventura tu secreto con la primera, que la segunda te vengue si te rechazan*.

Víctor termina: *Coge dos putos*, dice el oráculo, *y vuélvete digno de tu padre*.

La imposibilidad en que ahora nos encontramos de seguir a cada uno de los actores a su gabinete de retiro es causa de que, con el permiso de nuestros lectores, únicamente nos dediquemos al que, de entre ellos, tiene por protagonista a nuestra heroína.

«Justine», dice Verneuil nada más encerrarse con ella, «hagamos pasar un momento a este muchacho al excusado, y óyeme con atención. La voz del Dios del universo acaba de informarme de que podía iniciarte en mi secreto; voy a hacerlo; no te engañes, y ante todo trata de que no tenga que arrepentirme de mi confianza.

«Me resulta imposible ocultarte, querida mía, que hay algo en ti que me place hasta el exceso. Mi hermano te encuentra inteligente, pero demasiado gazmoña; aparta esa nube que perjudica tus atractivos; renuncia a esas tontas prácticas de religión…, de virtud, y recorre conmigo el camino más espinoso del crimen; consiente en venir a mis tierras, y habrás hecho tu fortuna; pero, si aceptas, tienes que hacerlo con un valor infinito…, con una entrega…, con una resignación total. —¡Oh!, mi señor, ¿de qué se trata? —De algo horrible. Convéncete, ante todo, hija mía, de que no hay en el mundo mortal más perverso que yo; no hay nadie que lleve tan lejos su inclinación por el crimen y la atrocidad; para satisfacer mis intenciones perversas sin tantos riesgos como los malhechores ordinarios, y para multiplicar el número de mis víctimas mediante una insigne traición que hace arder todos mis sentidos en un abrasamiento indecible, me sirvo de una pólvora que lleva al punto la muerte al seno de los que la respiran o la tragan. Esa pólvora está sacada de la raíz de addad[7], que crece en África[*], pero cuyas plantas pueden criar los curiosos; el veneno que se extrae de ellas es tan violento que una pequeñísima dosis basta para dar la muerte más rápida y más dolorosa. No te imaginarías, querida niña, la innumerable cantidad de víctimas que perecen de esta forma traidora bajo mis golpes; pero como quien se entrega al crimen siempre desea ir más allá de lo que hace, insatisfecho todavía con la cantidad de individuos que caían a mi lado, me dedico a ampliar esas acciones. Para conseguirlo, necesito ayuda…, y he puesto los ojos en ti; provista de mi pólvora

infernal, ése es el nombre que le he dado, recorrerías las ciudades, distribuirías ese veneno; y yo saborearía la dicha sin par de añadir tus crímenes a los míos, y de mirarlos como personales, puesto que se convertirían en obra mía. —¡Cómo, señor! ¡Horrores semejantes! —Me preparan los más dulces placeres que yo pueda disfrutar en el mundo; la acción, cuando me entrego a ella, excita al principio de una manera increíble mis espíritus; me entero o veo su consumación, mi leche escapa al punto sin necesidad de ningún otro recurso. —¡Oh, señor, me compadezco de quienes os rodean! —No; mi mujer, mis hijos, mis criados, no corren ningún riesgo; me procuran otros placeres, de los que me vería obligado a prescindir de no ser por ellos; pero todo lo demás, Justine, ¡oh!, todo lo demás me enardece…, me excita…, me pone en las nubes. Más ambicioso que Alejandro[8], querría devastar toda la tierra, verla sembrada con mis cadáveres. —Sois un monstruo; vuestra perversidad aumentará en razón del desarrollo que le deis, y a los seres sagrados que hoy queréis reservar no tardará en llegarles la hora de su sacrificio. —¿Eso crees, Justine?», dice Verneuil sobando las nalgas de aquella a la que trata de seducir, haciéndole empuñar una polla muy excitada por estas palabras. «Estoy segura. —Y aunque así fuera, ángel mío, ¿cometería un mal tan grande? —Horrible, señor, execrable… ¿Y no me convertiría yo misma también en vuestra víctima? —Nunca, serías demasiado valiosa para mí…, demasiada necesaria para esto. —¡Ah!, no sería sacrificada sino antes, si tuviera la desgracia de aceptar vuestro ofrecimiento. Lo más sensato que hace un criminal es aniquilar a sus cómplices; y de todos los horrores a los que se entrega, ése es, sin duda, el más fácil de imaginar. —Me basta una palabra para responder a tu objeción, Justine: serías dueña de la pólvora, y a partir de ese momento tendrías sobre mi existencia los mismos derechos que yo podría adquirir sobre la tuya. —¡Oh!, Verneuil, no hay nada más peligroso que las armas que se encuentran en manos del crimen; si la virtud las posee un momento, sólo las utiliza para arrebatárselas a los que pueden abusar de ellas. —Pero ¿crees entonces, hija mía, que hay un gran mal en satisfacerse así? —Es el más abominable de todos los horrores, porque, de todas las formas de cometer el crimen, la más traidora y la más peligrosa… es aquella de la que menos puede uno defenderse. —Instruida por mi hermano, respondió Verneuil, no te repetiré lo que él, o los otros filósofos con los que has pasado tu vida, han podido decirte para demostrarte la nadería del pretendido crimen llamado homicidio; sólo me dedicaré a hacerte comprender que, de todas las formas de proceder a él, la que no hace correr la sangre es, sin duda, la menos horrible; y, en efecto, habrás de admitir, Justine, que, si algo repugna en la acción de destruir a un semejante, es la violencia que se ejerce sobre él, la sangre que se hace brotar de sus venas; es, en una palabra, el espectáculo de sus heridas y de sus llagas; nada de todo eso hay en el veneno, ningún acto violento; la muerte hiere ante vuestros ojos a la persona condenada, sin ruido, sin escándalo; no podéis dudarlo. ¡Oh, Justine, Justine! ¡Qué cosa tan deliciosa es el veneno! ¡Cuántos servicios ha prestado!… ¡A cuántas gentes supo enriquecer!… ¡De cuántos seres inútiles ha purgado el mundo!… ¡De cuántos

tiranos ha descargado la tierra!… Por ejemplo, en caso de que se trate de romper las cadenas del despotismo, la tiranía de un padre, de un esposo…, de un amo injusto, ¿se consigue de otro modo y con más seguridad que mediante el veneno? ¡Ah!, si ese zumo precioso no fuera necesario para el hombre, ¿nos lo habría dado la naturaleza? ¿Hay una sola planta sobre la tierra que nos sea inútil, una sola de la que no se nos conceda permiso para utilizarla a nuestro gusto? Así pues, utilicémoslas todas sin elección en las necesidades que esa misma naturaleza nos inspira; que unas sustancien y corroboren nuestras fuerzas; que éstas nos liberen de los humores cuya excesiva abundancia perjudicaría nuestra salud; que aquéllas nos libren de individuos que nos hacen daño o nos resultan molestos; todo esto está bien, todo esto pertenece al orden; la naturaleza lo ofrece y lo prescribe al mismo tiempo, sólo los necios no quieren oírla, o la rechazan, o la interpretan mal.

—Pero, señor, dice Justine, vuestro hermano nunca me ha hablado de semejantes horrores. —No son sus fantasías, dice Verneuil; él tiene otra manera de hacer el mal, y se limita a ella. Cada cual ultraja las leyes, la religión y las convenciones sociales a su aire, y sobre gustos no se debe discutir. —Bueno, señor, os compadezco por tener ésos, y os juro al mismo tiempo que no he de servirlos nunca». —Desventurada niña, ¡si supieras hasta qué punto tus negativas inflamaban a aquel insigne libertino!». Verneuil pasa enseguida de la lujuria a la rabia: «Vamos, dice, dado que la seducción no consigue gran cosa, es preciso al menos que la fuerza me satisfaga; vuelve hacia mí ese culo que me enciende». El muy infame le da cachetadas, lo besa, lo muerde, y ordena a Justine que cague… La temblorosa víctima obedece; al tanto de todas sus lascivias, cree calmar a su perseguidor satisfaciéndole. Verneuil analiza el zurullo, lo huele, lo traga… «Encantadora niña», dice levantándose, «acabáis de hacerme saborear un placer para mí delicioso; hay pocos que me agraden más. Lo confieso, la mierda me gusta hasta la locura, pero me creería deudor con vos si hubiese recibido sin devolver a cambio; tened pues la bondad de ocupar mi sitio, voy a ponerme en el que vos dejáis; lo que me habéis dado, Justine, lo recibiréis de mí; comeréis mi mierda como yo he comido la vuestra. —¡Gran Dios! Se me revuelve el estómago. —¡Oh!, joder, eso a mí me da lo mismo; resígnate inmediatamente, granuja, o te hago sujetar por el hombre que cerca de aquí espera mis órdenes; y si me obligas a eso, puta, puedes esperar el mayor de los rigores. —Haced lo que queráis, señor, me resulta imposible prestarme a semejante infamia».

Al punto aparece John, venía provisto de dos pistolas; entrega una a Verneuil, y los dos aplican la punta del arma que tienen en la mano a una de las sienes de Justine. La desgraciada, asustada, se coloca. «Mantén la postura», le dice Verneuil al criado, poniéndose a caballo sobre el seno de nuestra heroína, «y hazle abrir la boca con el cañón de tu pistola, si se niega por las buenas; no hay piedad para una joven desobediente». ¡Ah!, todo se dispone según los deseos de aquel hombre infame. Tantea con su culo si está colocado perpendicularmente sobre la cara de Justine; viéndola a plomo, suelta su andanada y llena la boca de aquella pobre niña con la más

infecta y más repugnante de las materias. «Eso no es todo», dice levantándose para contemplar su odiosa obra, «ahora tiene que tragar». Justine es amenazada de nuevo. ¡Qué no consigue el miedo! La desdichada obedece; pero como su estómago se le viene a la boca, se ve que está a punto de devolver con creces lo que acaban de obligarle a tomar. ¿Es posible creerlo? ¿Podrá hacerse alguien una idea lo bastante justa de la desenfrenada pasión de aquel impúdico para comprender las cochinadas a las que se entrega? Verneuil, que durante esta última operación no había dejado de hacerse masturbar por John, y de masturbarle él también, el infame Verneuil pega su boca a la de Justine en el instante en que ve que va a vomitar y recibe en sus entrañas el asqueroso excedente de las de la víctima de su lubricidad. «Es lo que necesitaba para conseguirlo, le dice a John. Vamos, puta, tu trasero; sabes que todavía no he sondado ese bello culo; quiero follarlo». Facilitada por John, y por el estado de sufrimiento en que Justine se encuentra, la empresa triunfa fácilmente. Por prodigioso que sea el miembro de Verneuil, merced a la violencia con que arremete y a la imposibilidad en que está Justine de defenderse, la herramienta no tarda en desaparecer. «¡Bien! Ya está, dice; ahora, mi querido John, ven a encularme, ven a hacerme lo que le hago a esta zorra». Las dos operaciones se encajan, se casan; mas nuestra triste aventurera está lejos de prever el desenlace que le prepara la ferocidad de aquel monstruo. Apoyada en el sofá que la sostenía, todo su cuerpo pesa sobre él con fuerza; Verneuil, dueño de un resorte, lo suelta: el sofá se hunde; y Justine, arrastrada, deja la clavija por la que está fijada, y cae, a más de veinte pies de profundidad, en un gran estanque de agua helada preparado para recibirla. Ése es el momento de la eyaculación de Verneuil; su mano remata la tarea. «¡Oh!, jodido rediós, exclama, se me escapa»; y el esperma, que de no ser por eso habría rociado el culo de la víctima, fluye a borbotones sobre las olas en que se debate aquella desdichada. «Ordena que la pesquen, dice en tono flemático Verneuil a John, que acababa de correrse en su culo; vete, que esta ramera bien podría ahogarse, y todavía la necesitamos; de no ser por eso, palabra que la dejaría ahí».

Vuelve nuestro hombre al salón tras esta hermosa hazaña. Gernande, Bressac, d’Esterval, Victor y Dorothée regresaban también casi al mismo tiempo. Todos se interesaron por los placeres solitarios que acababan de gozar. No había habido un solo gabinete donde no se hubieran puesto en práctica algunas travesuras semejantes; y, como también todos tenían, cada uno de aquellos prevenidos malvados las habían utilizado igual. Pero las emboscadas eran diferentes; uno de los favoritos de Bressac, el que lo enculaba, había caído en los excusados, y no sabían cómo arreglárselas para sacarlo; Dorothée había tirado a la Gernande sobre haces de zarzas; la linda Cécile, más joven y tratada con más cuidado, arrojada sobre unos jergones por d’Esterval, sólo tuvo que soportar el susto; Victor había dejado caer a uno de los putos que le habían confiado en llamas de aguardiente que habían hecho creer al desdichado joven que iba a perecer por el fuego; y al encular a la Verneuil, Gernande la había dejado deslizarse encima de treinta velas encendidas que la mujer había apagado con su

cuerpo. Reaparecieron las víctimas, bañadas, refrescadas; y todos se ocuparon entonces de un plan general.

«Me siento mejor que nunca, dijo Verneuil; cuanto más avanzo en la carrera de la lujuria, mejor me empalmo; la pérdida de la semilla cansa…, absorbe a los hombres ordinarios; a mí me excita, me prepara para nuevos actos libidinosos; cuanto más me corro, más libertino soy. Colocaos a lo largo de este amplio sofá, con las rodillas en el borde; y ofrecedme indistintamente vuestras nalgas: chicas, chicos, mujeres, viejas, todos tienen que pasar por ahí, rediós, menos estos dos niños, prosiguió señalando a Rose y Lili; los reservo para otra ocasión». Se colocan, con cuidado de entremezclar los sexos. Bressac es el primero que muestra las nalgas a su tío; luego venía Marceline; nada más recibir su ofrenda, coge un puñado de varas y sigue a su hermano flagelándole. El infernal Verneuil no perdona a nadie; sodomiza a los hombres y a las viejas con el mismo ardor que a las chicas y a los chicos. Llega por fin a Gernande, sin haber coronado su éxtasis; encula a su hermano: "Viejo maricón, le dice, si tuviera que correrme, seguro que sería en tu culo libertino; porque hace mucho que me tiene empalmado; pero nuevos placeres me llaman, y me reservo».

Se rompe la cadena. «Ahora te roca a ti, hijo mío, dice Verneuil a Victor; mira, ahí tienes a tu madre y a tus hermanas; ¿no las vejarás un poco? Imítame con ellas; sodomízalas a las tres». El inmoral niño, guiado por su padre, encula a las tres personas designadas mientras Verneuil le folla. El lascivo, de nuevo delirante, hace que le den las varas; y, cayendo sobre las tres putas de su hijo, no tarda en hacerlas sangrar; devolviendo el arma a su alumno: «Azota a tu madre, zurra a tus hermanas, le dice; no tengas miramientos, y ante todo no temas ultrajar a la naturaleza; la muy zorra no ha fijado el placer sino más allá de los límites conocidos; sólo se sabe cuando uno ha superado los límites que los necios pretenden que nos ha prescrito. No hay voluptuosidad sin crímenes. ¡Ah!, cómo trabajaban para nuestros placeres esos legisladores imbéciles que pretendían imponer leyes al hombre: joder, e infringirlas todas, amigo mío, ése es el único arte de gozar. Debes conocer ese arte, y romper todos los frenos. —Papá», dice el pequeño granuja zurrando a su madre con todas sus fuerzas, «sabes que desde hace mucho te pido permiso para azotar a mamá en los pechos; concédeme este favor, y verás cómo echa espuma mi polla». Semejante efervescencia enciende a todo el mundo: Bressac besa mil veces a un hijo tan parecido a él; Gernande quiere que su mujer se reúna con Mme. de Verneuil. «Como tía, dice este libertino, tiene derecho, en mi opinión, a la intemperancia de este querido sobrino». Obligan a las dos víctimas a ponerse de rodillas, con la espalda apoyada contra el sofá sagrado; y el bárbaro niño, al que todos contemplan complacidos, sin calcular las funestas secuelas de un capricho tan peligroso golpea indistintamente con sus varas los hermosos pechos expuestos a sus crueldades. Semejante espectáculo calienta a la asamblea: Bressac encula a d’Esterval que a su vez sodomiza a un puto; Gernande chupa las pollas de John y de Constant, mientras Marceline le azota; y Dorothée, apoderándose de Justine, le hunde el clítoris en el

culo. Mientras tanto, Mme. de Verneuil, sobre quien parece ejercerse con más placer la furia del pequeño malvado, se desmaya bajo los golpes que le propinan; y el monstruo, olvidando, profanando la ley más sagrada de la naturaleza, osa rociar de leche el seno ensangrentado que le dio la vida.

Avanzaba el día, y como las fuerzas empezaban a agotarse, para repararlas pensaron abrir todavía algunos patés y descorchar algunas botellas de vino de Champagne, e interrogar luego a la imagen de Dios para saber el arte al que habrían de recurrir para recuperar una energía que necesitaban para el desenlace.

Con los estómagos llenos y las cabezas de nuevo enardecidas, Verneuil, después de haber hecho besar tres veces su culo al Eterno, le pregunta por qué procedimiento cree que se puede recobrar un poco de vigor. «Por medio de suplicios particulares, responde la imagen divina; que cada uno vuelva a su gabinete y que se sirva en él del instrumento que encontrará indicado. Vos, Gernande, apodemos de Mme. de Verneuil; vos, Verneuil, coged a vuestra hija Cécile; que d'Esterval coja a Mme. de Gernande; Dorothée pasará con Laurette y Marcelina; Victor, ayudado por Constant, se encerrará con Justine».

Obligados aquí a seguir únicamente a nuestra heroína, ignoramos a qué suplicios fueron condenados los demás. Diremos simplemente que nuestra desdichada aventurera encontró, en el gabinete que le estaba destinado, un mueble de tortura, en uso entre los verdugos de Italia. Fijada sobre la rabadilla en lo alto de esa infernal máquina, sus cuatro miembros estaban atados en el aire, y su cuerpo, pesando sobre esa parte excitante y débil que sostenía el fatal instrumento, le ocasionaba, merced a ese peso, un dolor tan violento que el resultado era una risa sardónica, extremadamente curiosa de analizar. Imposible imaginar el placer que sintió Victor al hacer colocar allí, por quien le ayudaba, a la triste y desdichada Justine. El pequeño malvado la retuvo ahí cerca de media hora mientras se hacía masturbar por Constant; luego, corriendo en busca de su padre: «¡Oh!, amigo mío, le dijo; no sé a qué suplicio condenas a tu hija Cécile; pero te aseguro que no puede ser más delicioso que el que acabo de imponer a Justine; ven a colocar en él a mi hermana, te lo ruego encarecidamente». Verneuil, al que nada satisfacía y que no se deleitaba lo suficiente con los espantosos dolores que arrancaba de Cécile un horrible potro sobre el que la había puesto, la desata y la lleva a la manivela italiana. «Hay que joderlas cuando salgan de ahí», dice Verneuil a su hijo. Ambos consuman este último crimen, se meten juntos, uno en el coño de su hija, otro en el culo de Justine, y se corren al mismo tiempo, maltratando los encantos de cada una de sus víctimas… ya molidas por la sesión de tortura a la que aquellos malvados acaban de someterlas.

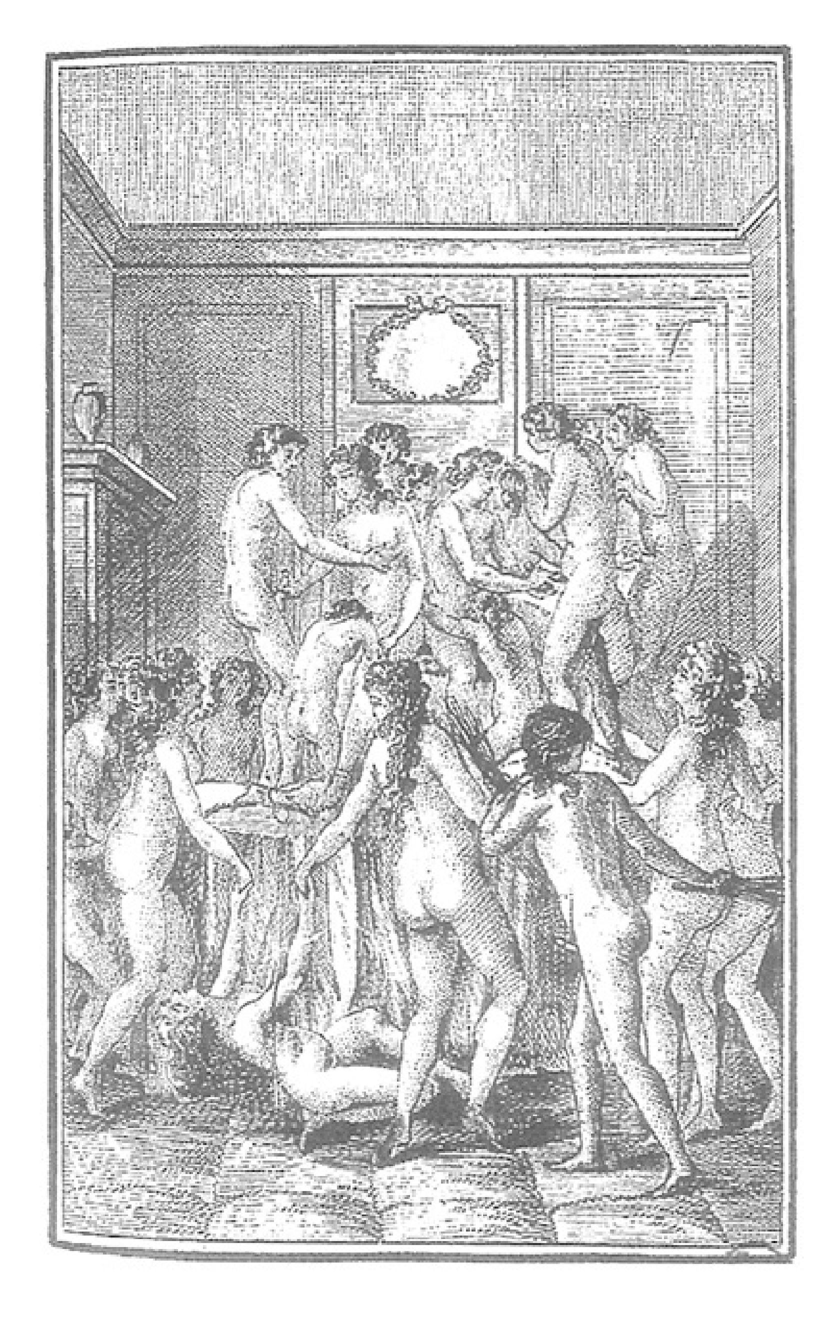
Ése es el momento de las grandes proezas. Hasta entonces, los dos hijos de Verneuil y de su hija Laurette, habían permanecido, por así decir, en la inacción. Los grandes proyectos de aquellos días de fiesta consistían en infamar las primicias de los dos hermosos niños. En este delicioso sacrificio todo deleitaba excesivamente a Verneuil; aquellos individuos estaban en su más tierna edad, y así era como quería sus

víctimas: eran al mismo tiempo hijos y nietos suyos. ¡Qué deliciosa búsqueda para un hombre cuyos placeres se concentraban totalmente en el incesto! Presentan, pues, uno y otra a sus lujuriosas empresas; Laurette, su madre y Mme. de Verneuil debían recibir los holocaustos; Victor estaba encargado de humedecer las vías y de guiar el dardo de su padre a las rutas voluptuosas que iban a presentar su hermano y su hermana. Mientras preparan todo, Verneuil, para reanimarse, goza de los placeres pasivos de Sodoma; John y Consrant lo enculan uno tras otro; quiere que Justine le chupe la boca y le menee la polla mientras tanto. En pocos minutos, nuestra complaciente heroína devuelve a la vida a aquel triste inválido de Citeres[9]; y las dos mejores bofetadas que en su vida recibiera se convierten en prendas de la gratitud que le es debida. Perfectamente excitado, el malvado se lanza de un salto sobre la niñita de siete años; las primicias del culo son las primeras que se le ofrecen. Victor guía con increíble maña el terrible miembro de su padre al delicado agujero que le muestran; pero por más maña y agilidad de uno y otro, el ataque parece imposible. Sin embargo, la víctima, perfectamente contenida, no puede ofrecer ninguna resistencia; por lo tanto su derrota es segura; y efectivamente lo es; a fuerza de pomada, el monstruo desaparece con tres golpes de riñones en el estrecho antro de los placeres de Gomorra. Marceline sustituye al punto a Laurette en la tarea de contener al sujeto. Para excitar mejor a su padre en los placeres que le deleitan con su hija, le hace besar las magníficas nalgas de un niño un grado más cercano a él que aquella a la que sodomiza. Victor, que no tiene necesidad de estar allí, acude para encular a su padre y colocar a Verneuil entre los dos resultados de sus cojones. Pero la ferocidad de aquel incestuoso, que no puede estar un minuto sin alimentos, exige que Gernande azote delante de él a Marceline, es decir, a la abuela de aquella cuyo ano está trabajando; y Gernande, cuyos gustos sanguinarios ya conocemos, para que la sangre corra cuanto antes no quiere sino emplear sobre el culo de esta mujer unas disciplinas con puntas de hierro. «Me gustaría mucho», dice Verneuil mientras sigue follando, «que d’Esterval, para terminar de excitarme, aprovechase el culo de mi mujer en la postura en que está y la zurrase con energía. —¿Y no podría yo hacer el mismo favor a Laurette?, dice Bressac. Como su postura es semejante, puedo aprovecharla igual. —Por supuesto, responde Verneuil; pero entonces Dorothée tendrá que venir a follar a Victor con su delicioso clítoris. —Bueno, dice John; y yo encularé por mi parte a Dorothée. —Enfrente de todos vosotros, dice Constant, si os agrada, voy a sodomizar a Justine. —Con una condición, dice Verneuil, que te rodearás de bardajes, quienes, mediante su postura, me ofrecerán sus nalgas para que las bese. —Nada más fácil», dice una de las viejas disponiéndolo todo; «y nosotras», añadió refiriéndose a sus tres compañeras, «recorreremos las filas, con las varas en la mano, para excitaros más. —No, no, dice Verneuil, prefiero que se levanten las faldas delante de mí; quiero que las arrugas de sus viejos culos formen, con las bellezas que tengo ante la vista, el contraste más agradable para la verdadera lujuria. Y vosotras, zorras, tenéis que cagar, ¿me oís?; y mientras me corra, soltaréis pedos y ventosidades». Así dispuesto

todo, el granuja, empalmado de maravilla, quiere recoger al mismo tiempo una y otra flor. Los crueles proyectos de aquel oso no tardan en cumplirse; y la pobre y pequeña Rose, infamada por todas partes en un mismo instante, va a llevar al seno de su madre tanto su deshonra como sus lágrimas.

Lili la sustituye. Todas las posturas varían; pero las esboza la misma lubricidad y la sazonan las mismas infamias. La crisis se acerca a su fin: sorprendentes blasfemias la preparan; Verneuil se corre como un toro, y quiere que, al salir del culo de su nieto, sea la boca de Justine la que purifique su instrumento lleno de mierda. «Reemplázame, le dice a Victor; hijo mío, fóllate a mis dos hijas; todavía siento fuerzas para encularte mientras tanto, con tal de que mi mujer me lama el agujero del culo y yo chupe el de mi hermana». Dos nuevos grupos rodean estos últimos delirios de lujuria; y, tras unos instantes de calma y enfriamiento, se procede al último acto de aquellas deliciosas orgías.

¡Oh, justo Cielo, con qué horrores van a terminar!



En medio de la estancia levantan un vasto sillón de cinco plazas, construido de tal manera que los que se sienten en él estén espalda contra espalda. Bressac, Gernande, Verneuil, d'Esterval y Dorothée se sientan en él. Cada uno de estos individuos coloca un puto entre sus piernas; John, Consrant y Victor mariposean alrededor. Un círculo rodea ese amplio sillón, dejando únicamente el espacio de un pie entre ese asiento y cada uno de ellos. Las que forman el círculo son las señores de Verneuil y de Gernande, Justine, Laurette, Marceline, Cécile, Lili, Rose, y las cuatro viejas, a las que obligan a desnudarse; todas estas desdichadas criaturas se cogen de la mano. Tal es el estado en que Gernande quiere que estén para ser sangradas las doce a la vez en los dos brazos; lo cual da por resultado veinticuatro fuentes cuyas oleadas caerán sobre los malvados situados en el sillón. Las dos tristes esposas quieren protestar contra la atrocidad de tales excesos; se ríen de su reproches y no por ellos la escena deja de prepararse. Verneuil exige refinamiento ante todo: «Quiero, dice, que mi hijo Victor sangre personalmente a su madre y a sus hermanas. —No ha cogido una lanceta en toda su vida, exclama Mme. de Verneuil. —Mejor, responde malvado Gernande; eso es precisamente lo que necesitamos». El joven Gernande, afanoso por participar en aquella maldad, asegura que lo hará tan bien como su tío. Empieza la operación; el señor de Gernande se levanta y la dirige. Victor debuta ante los ojos de su maestro, quien, con la peor intención, le menea la polla mientras actúa, a fin de que la lujuria, agitando sus nervios, le obligue a temblar y a lisiar a alguien. Gernande acaba; los chorros parten casi al mismo tiempo de todos los brazos. El flebotomizador vuelve a colocarse; y ya tenemos a nuestros cinco libertinos, cubiertos de sangre, excitándose con este espectáculo mientras sus putos les chupan y Victor, con las varas en la mano, recorre el círculo en sentido contrario, para impedir, a fuerza de golpes, que las víctimas pierdan el conocimiento. Nada puede compararse a la audacia con que este energúmeno golpea indistintamente todos los culos; hermano, madre, hermana, nada perdona su vigoroso brazo. Mientras tanto, nuestros libertinos del interior del círculo quedaban absolutamente inundados de sangre, igual que los putos que les divierten; John y Constant, cuyas pollas menean, también resultan cubiertos de sangre; nunca se ha visto correr tanta en tal abundancia. En ese momento, Cécile vacila, cae, pese a todos los esfuerzos de los que están a su lado para retenerla. «¡Ah!», dice Verneuil, vigorosamente empalmado con el espectáculo, «¡ah!, rediós, apuesto a que mi hija está perdida; ese pequeño atolondrado la habrá echado a perder; su primera prueba, y ya lo tenernos convertido en fratricida. —Totalmente seguro, dice Gernande. —¡Ah!, jodido rediós, dice el joven cubriendo de leche el rostro de su hermana moribunda, «por la sangre de Cristo del que me río, nunca he tenido tanto placer». Todos los brazos volvieron a agitarse rápidamente. Madame de Verneuil, absorta sobre el cuerpo de su hija, la cubre de lágrimas y besos; intenta algunos remedios; y su perfecta inutilidad la obliga a abandonarlos enseguida. Verneuil, muy consolado de esa pérdida, porque a nadie le importaba menos un objeto…, sobre todo cuando estaba cansado de él, Verneuil pregunta a su hijo si lo ha hecho adrede. «No,

de veras, dice el insigne bribón; os ruego, padre mío, que estéis seguro de que, si hubiera tenido que elegir una víctima, habría sido vuestra señora esposa». Todo el mundo se echa a reír… Así es como educaban a aquel joven malvado; así es como lo familiarizaban con las fechorías más execrables. «Rediós, dice d’Esterval, me aflige que esta linda niña reviente tan pronto; tenía pensado encularla. —¿No estás aún a tiempo?, dice Bressac. —Hostias, tienes razón, dice el ventero; que me la sujeten, quiero metérsela. —Seré yo, amigo mío, dice Verneuil, seré yo quien os haga el favor, en agradecimiento a todos los que me ha hecho vuestra amable mujer»; y agarrando a su hija moribunda la presenta a d’Esterval, que la sodomiza al instante. Cada uno de aquellos malvados quiere permitirse, en su género y de acuerdo con sus gustos, atrocidades semejantes; y es imposible imaginar las maldades a que se entregan aquellos monstruos, hasta el último momento, con la desventurada niña. Nunca los pueblos más crueles, nunca los más feroces antropófagos alcanzaron ese grado de horror y crueldad. Por fin la muchacha expira; y los bancos de la terraza, de los que hemos hablado anteriormente, sepultan por siempre el espantoso crimen que acaba de cometerse con tanta audacia como frenesí.

¡Oh, qué pasión la lujuria! Si es la más deliciosa de todas cuyo gusto nos inspira la naturaleza, puede afirmarse que al mismo tiempo es la más fuerte y la más peligrosa.

Agotados de cansancio, al final fueron a acostarse. Y Verneuil, al que una nueva idea lujuriosa devolvía inmediatamente todas sus fuerzas, como ya hemos dicho, quiso imperiosamente pasar la noche con su hija Laurette, quien, de todas, es la que mejor dominaba el arte de electrizarlo. Cada uno se prepara una noche más o menos parecida; y Justine tiene el honor de compartir cama con Dorothée, que nunca se cansa de ella.

CAPÍTULO XVI

Fin de las orgías. Disertación. De cómo la sociedad se separa. Huida de Justine.

La lujuriosa asamblea, reunida al día siguiente para nuevas infamias, se divirtió igual de alegremente que si la víspera no se hubiera cometido la más atroz de todas las crueldades. Así es el alma de los libertinos; absolutamente hastiados de cualquier otra sensación que no sea la de sus vicios, la indiferencia mas culpable los arrastra a nuevos crímenes o pronto los consuela de los antiguos. Rose y Lili sostuvieron ese día, y los dos siguientes, todo el peso de las lubricidades de aquellos monstruos. En cuanto a Gernande, encarnizándose con Marceline, hermana suya, cuyos brazos le parecían los más bellos del mundo, la sangró diez veces en esos dos días, pegando sin cesar su boca a los chorros de sangre, dejándolos brotar en su gaznate y humedeciendo con ellos sus entrañas. «Me parece», le decía Bressac, muy partidario de este refinamiento, «me parece, tío, que sólo así debe de tener encantos vuestra fantasía; cuando a uno le gusta la sangre, hay que saciarse con ella; sólo entonces queda constatada la antropofagia, y confieso que la antropofagia me la pone dura». Todos probaron aquel delicioso episodio; hasta Dorothée tragó la sangre de Marcelina. Estos horrores se mezclaban con paseos; durante uno de ellos Bressac descubrió una muchacha de catorce años, bella como el día, y que raptó para divertir a la sociedad. Nada fue mejor recibido que aquel presente; y no hubo infamias, suplicios ni execraciones que no se cometieran con aquella desdichada. Una noche razonaban sobre el feliz azar de aquel descubrimiento cuando a Mme. de Gernande se le ocurrió decir: «¿Creéis, señores, que si los padres de esa infortunada resultaran ser tan poderosos como vosotros, no perseguirían la infamia con que acabáis de abrumarlos? Y si su miseria es la única causa de la tranquilidad en que os dejan, ¿no sois unos malvados por abusar así de ella?

—Amigo mío, dijo Verneuil a su hermano, si mi mujer hubiera osado hacerme un razonamiento tan absurdo como ése, la habría hecho ponerse de rodillas delante de toda la compañía y fustigada hasta la sangre por mi lacayo; pero como la señora no me pertenece, me contentaré con pulverizar su objeción.

—Eso sí que es maravilloso, respondió el dueño del castillo; pero como no pretendo ser más dulce que mi hermano, a la sociedad le parecerá bien que Mme. de Gernande no escuche los discursos que van a hacérsele sino en actitud de dolor; la condeno por tanto a estar a cuatro paras, con las nalgas muy al aire; dos velas, muy cerca de su culo, harán que su piel chisporrotee lentamente mientras tanto».

Se dejaron oír unos bravos; colocan a Mme. de Gernande; y Verneuil empieza.

«Ante todo, dejemos sentado por favor, dice Verneuil, como bases inquebrantables de todo sistema sobre materias semejantes, que en las intenciones de

la naturaleza tiene que haber una clase de individuos esencialmente sometida a la otra por su debilidad y por su cuna; sentado esto, si el sujeto sacrificado por el individuo que se entrega a sus pasiones es de esa clase flaca y débil, el sacrificador, en este caso, no hace mayor daño que el propietario de una granja que mara su cerdo. ¿Dudaríais de mi primer principio? Recorred el universo, os desafío a que encontréis en él un solo pueblo que no haya tenido su casta despreciada; los judíos eran la de los egipcios; los ilotas la de los griegos, los parias la de los brahmanes, los negros la de Europa. ¿Qué mortal, decidme, es lo bastante imbécil para osar afirmar, a despecho de la evidencia, que todos los hombres nacen iguales en derechos y en fuerza? Sólo a un misántropo como Rousseau[1] puede ocurrírsele afirmar una paradoja semejante, porque, muy débil, prefería rebajar hasta sí a aquellos a los que no se atrevía alzarse. Pero ¿con qué desfachatez, os pregunto, podrá el pigmeo de cuatro pies y dos pulgadas, igualarse a ese modelo de corpulencia y de vigor a quien la naturaleza concede la fuerza y el tamaño de Hércules? ¿No equivaldría a decir que la mosca es igual al elefante? La fuerza, la hermosura, el tamaño, la elocuencia: ésas fueron las virtudes que, en el origen de las sociedades, hicieron otorgar la autoridad a quienes las gobernaron. Una familia, una aldea, obligada a defender sus posesiones, eligió desde luego en su seno al ser que, a su parecer, reunía una mayor cantidad de las cualidades que acabamos de pintar. Ese jefe, una vez revestido de la autoridad que le había sido confiada, hizo esclavos entre los más débiles, y los inmoló sin piedad a la más ligera necesidad de sus intereses o de sus pasiones… ¡incluso al capricho de los que le habían colocado en el poder! ¿Cuántas veces, quizá, fue necesaria esa crueldad para el mantenimiento de su autoridad? ¿Quién duda de que el despotismo de los primeros emperadores de Roma fue útil al esplendor de esa soberana del universo? Cuando se establecieron las sociedades, los descendientes de esos primeros jefes, acostumbrados a representar, aunque a menudo sus fuerzas o sus cualidades morales no igualasen ya las de sus padres, siguieron manteniendo la autoridad sobre sus cabezas o en sus casas; y ése es el origen de la nobleza cuyo tallo se descubre hasta en la naturaleza: a su alrededor siguieron colocándose esclavos, bien para servirles, bien para mantener, bajo las órdenes de ese jefe, la grandeza y la prosperidad de la nación; y dándose cuenta de lo esencial que le resultaba imponerse, ese amo, tanto en interés propio como por el interés general, se volvió cruel por necesidad, por ambición, y la mayoría de las veces por libertinaje. Así fueron los Nerón, los Tiberio, los Heliogábalo, los Venceslao, los Luis XI, etc.; heredaban un poder transmitido a sus predecesores por necesidad; abusaban de él por capricho. Pero ¿qué mal entrañaban tales abusos? Mucho menor sin duda que la supresión de sus poderes; porque el abuso mantenía el imperio, provocando la caída de algunas víctimas; la supresión de la autoridad también las causaba y sumía a los pueblos en la anarquía. Hay por lo tanto (y aquí es adonde quería llegar) muy pocos inconvenientes en el hecho de que el más fuerte abuse de su poder…, imposible poner obstáculos a que aplaste al más débil. ¿No son, por otra parte, todas las operaciones de la naturaleza

ejemplos de esa lesión necesaria del fuerte sobre el débil? El aquilón rompe el junco; las conmociones internas de la tierra derriban, degradan la frágil casa imprudentemente elevada sobre ella; el águila engulle a] reyezuelo, y nosotros no respiramos, no movemos uno de nuestros miembros sin destruir hormigueros de átomos. "¡Bueno!", os dicen en este punto los imbéciles partidarios de una posible igualdad, "no podemos discutir la prioridad física y moral de ciertas criaturas sobre otras; hemos de admitir que nos impresiona; pero concedednos al menos que todos los seres deben ser iguales a ojos de la ley". Eso es algo que me cuidaría mucho de aceptar; en efecto, ¿cómo queréis que quien ha recibido de la naturaleza la disposición más extrema para el crimen, bien por la superioridad de sus fuerzas y la delicadeza de sus órganos, bien por la educación necesitada por su nacimiento o sus riquezas, cómo, repito, queréis que ese individuo pueda ser juzgado por la misma ley que ese otro al que todo induce a la virtud o a la moderación? ¿Sería más justa la ley que castigase por igual a esos dos hombres? ¿Es natural que aquel a quien todo invita a hacer el mal sea tratado como ese otro al que todo induce a comportarse con sensatez? En esa forma de proceder habría una inconsecuencia horrible, una injusticia abominable, que toda nación prudente y sabia nunca podría permitirse. Es imposible que la ley pueda convenir por igual a todos los hombres. Con ese medicamento moral ocurre lo mismo que con los remedios físicos. ¿No os reiríais del charlatán que, teniendo sólo la misma forma de actuar con todos los temperamentos, purgase al forzudo del mercado lo mismo que a la petimetra que se desmaya? ¡Eh!, no, no, amigos míos, la ley está hecha sólo para el pueblo; como es al mismo tiempo el más fuerte y el más numeroso necesita absolutamente frenos con los que el hombre fuerte no tiene nada que hacer y que no pueden convertirle desde ningún punto de vista. En todo gobierno sabio, lo esencial es que el pueblo no invada la autoridad de los grandes; no emprende nunca esa invasión sin que una multitud de desgracias perturbe al Estado y lo gangrene durante siglos. Pero, mientras no haya, en una nación cualquiera, más inconveniente que el del abuso de poder del fuerte sobre el débil, como el resultado no es otro que remachar las cadenas del pueblo, esa acción se volverá buena en lugar de ser mala; y toda ley que la proteja se tornará desde entonces en gloria del Estado y en su prosperidad. El régimen feudal favorecía esa manera de ver; y bajo ese régimen Francia alcanzó el máximo grado de su grandeza y de su prosperidad…, a ejemplo de Roma, que nunca fueran grande como cuando el despotismo llegó a su último período. Hay una infinidad de gobiernos en Asia donde los grandes pueden hacer todo…, donde sólo el pueblo está encadenado. Pretender disminuir la fuerza de aquellos a quienes su mano la ha concedido es obrar contra la naturaleza; y es servirla imitar los modelos de crueldad, de despotismo, que constantemente ofrece a nuestras miradas…, usar todos los medios que ha puesto en nosotros para desplegar nuestra energía; quien se niegue es un necio que no merece el regalo que ha recibido de ella». Y Verneuil, volviendo en este punto al objeto de la discusión: «Así pues, amigos míos, no nos equivocamos haciendo que esta criatura

sirva a todos los caprichos de nuestra lubricidad; nosotros la hemos raptado; y somos dueños, dado que la naturaleza nos vuelve los más fuertes, de hacer cuanto queramos. Sólo a unos imbéciles o a mujeres podría parecerles mal; porque esas dos clases de individuos, dado que forman parte de la clase de los débiles, debe abrazar necesariamente su partido.

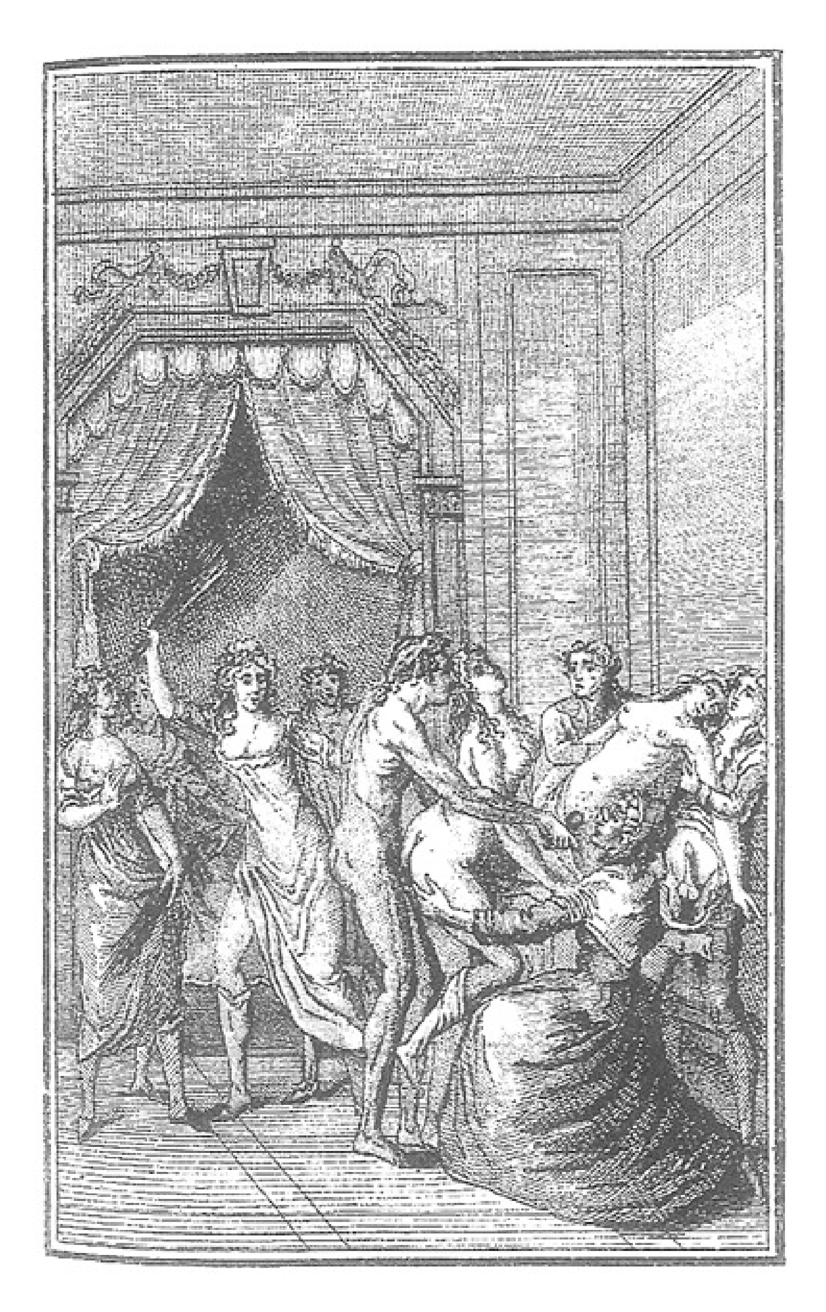
—¡Eh!, ¿quién duda», dijo Bressac, electrizado por la moral de su tío, «quién puede no estar convencido de que la ley del más fuerte no sea la mejor de todas, la única que regula los resortes del mundo, que sea a la vez causa tanto de las virtudes que restablecen el desorden como de los crímenes que mantienen el orden en cada uno de los engranajes de este vasto universo?».

Como fácilmente supondrán nuestros lectores, tales sistemas, en la cabeza de las gentes cuya historia leen, debían exaltar necesariamente sus delirios. Madame de Gernande fue condenada, a pesar de sus dolores, a permanecer en la misma actitud en que la habían puesto aquellos malvados, y fue sobre ella sobre la que se refinaron, junto con la nueva víctima, todas las maneras de sangrar y todas las lubricidades posibles de ejecutar durante la efusión de sangre. D’Esterval pretendió que debía de ser delicioso follar mientras tanto; lo hizo; y los elogios que prodigó a esta nueva pasión indujeron a los demás a imitarle. Verneuil dijo que había que pellizcar, pinchar y maltratar a la criatura flebotomizada mientras la follaban; la cubrieron de magulladuras. Gernande quiso que menease dos pollas con cada mano, y que esos instrumentos se inundasen de sangre; otro capricho que todos encontraron delicioso. Victor pretendió que había que darle lavativas y verlas devolver durante la sangría. La d’Esterval afirmó que lo mejor que se podía hacer era colgarla del pelo, y así las sangrías chorrearían por los cuatro miembros; nuevas descargas. Hicieron tantas cosas, por último, que la desdichada niña no tardó en reunirse con Cécile; la enterraron a su lado; y nuevas fechorías abrasaron pronto la imaginación de aquellos caníbales.

Al acabar una cena, en la que estaban permitidos los mayores excesos, en la que las cabezas, prodigiosamente exaltadas, no admitían ya frenos ni barreras, en la que la indecencia se había erigido en principio, la crueldad en virtud, la inmoralidad en máxima, el ateísmo en la única opinión hecha para la felicidad de los hombres, todos los crímenes en sistemas; en la que la voluptuosidad más crapulosa, mezclada con los excesos de la mesa, había llevado el delirio hasta el punto de encular a los putos, sin dejar de beber y de comer; donde a los alimentos, de los que se atiborraban, se habían mezclado los excrementos exhalados de los cuerpos de esos putos, sus lágrimas, su sudor y su sangre…, al acabar esa cena infernal, Gernande y Verneuil terminaron decidiendo que la sangre de Cécile, y de la joven que acababan de inmolar, no bastaba a los dioses infernales a los que se dirigía aquella fiesta, y que se precisaba por encima de todo una víctima más. Todas las mujeres se echaron a temblar. Nuestra desdichada Justine, hacia la que se volvieron varios ojos, pensó que se desmayaba cuando Gernande propuso a la asamblea elegir a la víctima por la superioridad de las

nalgas; y éste es el sofisma que utilizó para respaldar su opinión: «La que tiene el culo más bello, decía, debe ser necesariamente la que nos hace corrernos más. Ahora bien, la criatura que más ha excitado nuestros deseos, debe ser aquella de la que más asqueados estemos; por lo tanto, hay que deshacerse indispensablemente de ella… —No, dijo Verneuil; eso sería parcialidad; hay que excluirlo absolutamente, y que sólo la suerte decida. Consultemos al Dios que ya ha sabido indicarnos acciones tan buenas; si su voz designa a la víctima, no tendremos nada de qué lamentarnos… —Excelente manera de tranquilizarse, dijo d'Esterval soltando una carcajada, los dogmas jesuitas nunca alcanzaron ese grado de refinamiento. Vamos, nuestro Dios pronto será reedificado; vamos a consultarle en su templo». Escribieron en boletines los nombres de Justine, de las señoras de Gernande y de Verneuil, de Marceline, de Laurette y de Rose. Estos seis nombres, metidos en el cáliz que había servido para las precedentes orgías, fueron presentados por Lili ante la efigie del Eterno, quien, después de cavilar un momento, mete su mano en él y arroja el billete que saca; Bressac lo recoge solícito; lee en él el nombre de Mme. de Gernande… «Lo habría apostado, dijo fríamente el marido; siempre he creído justo conmigo al cielo; estoy encantado de que, merced a una elección tan llena de equidad, se conserve su reputación. Vamos, tierna amiga», dijo acercándose a su desdichada esposa: «vamos, corazón mío, un poco de valor. De todas las ocasiones en que hay que adoptar una decisión con firmeza, ésta es sin duda la más importante…, es un mal momento que hay que pasar…, ¡oh!, muy mal, ángel mío…, porque os haremos sufrir increíblemente, eso es seguro; pero acabará; volveréis serenamente al seno de esa naturaleza que tanto os ama…, y que no obstante os destina de manera bastante infame a reuniros con ella. Pero tranquilizaos, amor mío, ¿no es preferible morir enseguida que proseguir la aburrida carrera en que mis pasiones os precipitaban? Era una sucesión continua de tormentos; van a acabar: una eternidad de dicha os espera, vuestras virtudes os la aseguran. Lo que a mí me aflige, niña mía, os lo repito, es la espinosa ruta…, el camino excesivamente doloroso por el que vais a alcanzar las delicias que os están preparadas para siempre». Y el cruel esposo quizá habría seguido burlándose de su desdichada mujer si el fogoso Verneuil no se hubiera lanzado al instante sobre la víctima para gozarla deliciosamente, decía, en el estado de crisis y de angustia en que debía de estar. El malvado la encoña, la chupa con ardor…, recoge con impudor unos besos lujuriosos en una boca magullada por los dolores más amargos, y que sólo se abre a las quejas y a la desesperación… «Aguarda», dice Gernande a su hermano, induciéndole a no precipitar su éxtasis, «tenemos que decretar los cinco su suplicio gozándola tú por delante, Bressac en el culo, yo en la boca, d'Esterval y Victor bajo las axilas. Que nos den lo necesario para escribir», continúa en cuanto ve puesta en práctica su idea; «voy a empezar escribiendo el mío», y el malvado, después de cavilar, lo hace gozando de su desdichada esposa, a la que mira a cada palabra que escribe. Victor hace otro tanto; escribe con flema, sobre las espaldas de su tía, la clase de tortura a que la destina, y

que parece convenir mejor a su insigne perfidia. Los demás imitan el procedimiento; y, para añadir a todas estas infamias los refinamientos más extraños, como Gernande conocía el afecto de Justine por su ama, quiere que sea ésta quien haga la lectura de la sentencia que acaba de ser pronunciada. ¡Ay!, apenas si la pobre niña tuvo fuerza para balbucir aquellas bárbaras palabras; pero como la amenazaban con la misma muerte si no obedecía, y como su negativa no hubiera servido de nada, tuvo que someterse; leyó. Apenas la Gernande hubo oído su sentencia, se precipita a los pies de sus verdugos. ¡Eh!, en almas como las suyas nunca nace la piedad. Insultan a aquella desdichada, la abofetean; y, para proceder inmediatamente a su suplicio, se encierran en el salón donde se habían cometido los horrores de los que anteriormente se ha dado cuenta. En él había, hasta el exceso, cuanto convenía a las execraciones proyectadas.



En primer lugar se exigió de la paciente que pidiese en voz alta perdón a Dios y a los hombres por los crímenes que había cometido. La pobre mujer, cuyo espíritu

había dejado ya de existir, pronunció todo lo que se quiso. Empezaron las vejaciones. Cada uno infligía la que había ordenado; y mientras actuaba, dos individuos, de uno y otro sexo, estaban obligados a excitarle o a prestarse a sus lujurias momentáneas. Las viejas ayudaban a los suplicios.

Empezó Verneuil. Justine y Dorothée le servían. Atormentó a la víctima durante dos horas; y en el instante en que ella sentía una crisis horrible, el lascivo, azotado por d'Esterval, se corrió en el culo de Justine, que una vieja depilaba mientras tanto para dar a los movimientos de los riñones de la paciente una mayor agilidad.

Se presenta Victor, servido por Laurette y Mme. de Verneuil; es decir, que el joven alumno torturaba a su tía, saciando su lubricidad sobre su madre y su hermana. Madame de Verneuil sintió un momento de horror insuperable, que su hijo por desgracia adivinó. El pequeño monstruo tenía entonces una aguja de acero, con la que acribillaba las nalgas de su tía; la lanza sobre las tetas de su madre, insultándola de una forma cruel. La sociedad toma partido; el caso parece serio; interrumpen la operación para juzgar a la culpable y, con la simple acusación de su hijo, la madre es condenada al instante a cuatrocientos latigazos, indistintamente repartidos por todo el cuerpo, y eso a pesar de las heridas que acaba de recibir. La sentencia es ejecutada inmediatamente por mano de aquellos cuatro bárbaros. Victor pide que le sea entregado el pecho; y el malvado lo flagela mientras Gernande le chupa la polla y su padre le socratiza. Vuelven a ponerse a la tarea; el pequeño malvado, excitado, prolonga tres horas las torturas que hace soportar a su tía, y se corre dos veces mientras la trabaja; una meneándosela él mismo; otra sodomizando a su madre, mientras su hermana le chupa el agujero del culo.

Gernande se apodera de su mujer; la acribilla a golpes de lanceta, y pierde la leche en la boca de un puto, lanzando una última punzada en el ojo derecho de aquella desdichada.

D'Esterval supera todo con sus horrores: es el coño de Justine el que recibe su leche, lanzándosela a la matriz; le lastima severamente las tetas.

Cuando la víctima llega a Bressac, apenas tiene fuerza para sufrir. Pálido, desfigurado, aquel hermoso rostro donde en el pasado reinaban las gracias, ahora ya no ofrecía sino la desgarradora imagen del dolor y de la muerte. Sin embargo tiene todavía fuerza para arrojarse a los pies de su marido, para implorar de nuevo su perdón; pero Gernande, inflexible, se complace en fijarla en ese estado de angustias: «¡Rediós, exclama, qué placer ver a una mujer en semejante situación! ¡Qué bello de contemplar es el dolor! Ven a meneármela, Justine, sobre la cara de tu ama… —Amigo mío, dice Verneuil, habría que azotar esa hermosa cara… —Cagar encima, dice Victor… —Abofetearla, dice d'Esterval… —Untarla de miel y soltarle avispas, dice Dorothée… —Un poco de paciencia, dice Gernande, que saboreaba sobre aquella deliciosa figura todas las distintas gradaciones dolorosas que ocasionaba cada una de aquellas proposiciones; es imposible que todos quedemos satisfechos. ¿Queréis hacer cada uno lo que habéis propuesto?… ¿Sí?… Bueno, quedaos

contentos, amigos míos, os la entrego». Se ponen en práctica todos esos distintos horrores: cinco monstruos se encarnizan sobre aquella desdichada; y así es como, después de una vida muy breve, rematada por once horas de los más desgarradores suplicios, aquel ángel celestial remonta hacia el cielo del que sólo había bajado para adornar por un momento la tierra.

¿Quién podría creerlo? El cuerpo de aquella hermosa mujer es colocado en el centro de la mesa; alrededor sirven la cena más magnífica. «Así es como me gusta el placer, dice Verneuil; si quien desea saborearlo no deja a un lado todos los frenos, no lo alcanzará nunca… ¡Qué delicioso alimentarse así del crimen que se acaba de cometer!… Ya veis lo bueno que es el crimen; lo es saboreándolo, deleitándose con sus consecuencias… ¡Oh, amigos míos, hasta qué punto la ferocidad tiene el poderoso arte de aguijonear los placeres!… Sin embargo, ahí tenemos a la que hace una hora estaba viva…, que nos oía…, que nos temía…, que nos imploraba… En un momento todo ha terminado; y esa criatura, tan sensible no hace ni un instante, ahora no es otra cosa que una masa informe descompuesta por nuestras pasiones… ¡Oh, qué hermosas y grandes son las pasiones que conducen a tales extravíos! ¡Qué majestuoso…, qué noble y sublime su impulso! Si fuera cierto que existiese un Dios, ¿no seríamos nosotros sus rivales destruyendo así lo que él habría formado? ¡Oh!, sí, sí, lo afirmo: el homicidio es la más grande, la más hermosa, la más deliciosa de todas las acciones a que el hombre puede entregarse… Pues bien, amigos míos, ¿dónde está esa alma maravillosa que nuestros excesos acaban de separar de este cuerpo? ¿Por dónde ha pasado? ¿Qué ha sido de ella? ¿No hay que ser insensato para admitir por un momento su existencia? ¿No hemos visto a esa alma debilitarse a medida que irritábamos los órganos, o que destruíamos sus resortes? Por lo tanto, todo esto no era más que materia; y yo pregunto dónde puede haber crimen cuando deformamos un poco de materia… —Un momento, dijo Bressac, ya que razonamos tanto sobre una cosa tan importante, os pido permiso para revelaros mis ideas sobre el dogma de la inmortalidad del alma que desde hace tanto tiempo agita a las distintas clases de filosofía**[2]**… —Sí, sí, dice Gernande, escuchemos a mi sobrino en esta discusión; sé que está en condiciones de profundizarla.

—Remontándonos a las épocas más remotas, dice Bressac, por desgracia no encontramos garantes del absurdo sistema de la inmortalidad del alma más que entre los pueblos sumidos en los más groseros errores. Si se examinan las causas que pudieron inducir a admitir esa horrible inepcia, se encontrarán en la política, en el terror y en la ignorancia; pero, cualquiera que sea el origen de esa opinión, la cuestión consiste en saber si tiene un fundamento. Mucho me temo que, al examinarla, la encontremos igual de quimérica que los cultos que ella misma autoriza. Se admitirá que, incluso en los siglos en que esa opinión pareció más acreditada, siempre encontró gente lo bastante sensata para ponerla en duda.

«Era imposible no sentir hasta qué punto se volvía necesario a los hombres el conocimiento de esa verdad; y sin embargo, ninguno de los dioses que había erigido

su extravagancia se preocupaba por instruirlos en ella. Parece que ese absurdo nació entre los egipcios, es decir, en el pueblo más crédulo y más supersticioso de la tierra. Obsérvese sin embargo una cosa: que Moisés, aunque educado en sus escuelas, no dijo una palabra de ello a los judíos; bastante buen político para imponer otros frenos, nunca se atrevió, como se sabe, a emplear éste con su pueblo; lo caracterizaba demasiada estupidez para que Moisés pensase siquiera en utilizarlo. El propio Jesús, ese modelo de granujas y de impostores, ese abominable charlatán, no tenía ninguna noción de la inmortalidad del alma; nunca se expresa sino como materialista; y cuando amenaza a los hombres, se ve que es a su cuerpo adonde se dirigen sus discursos; nunca lo separa del alma[*]. Mas aquí no debo dedicarme a buscar el origen de esa fábula horrible; demostraros toda su locura se convierte en la única mera de mi trabajo.

«Hablemos primero un instante, amigos míos, de las causas que pudieron producirla. Las desgracias del mundo, las perturbaciones que experimentó, los fenómenos de la naturaleza fueron de manera irrefutable las primeras; la física, mal conocida, mal interpretada, debió de autorizar las segundas; la política se convirtió en la tercera. La impotencia en que se encuentra el entendimiento humano, en comparación con la facultad de conocerse a sí mismo, deriva menos de la inexplicabilidad del enigma que de la forma en que es propuesto. Antiguos prejuicios previnieron al hombre contra su propia naturaleza: quiere ser lo que no es; se agota en esfuerzos por encontrarse en una esfera ilusoria que, aunque existiese, no podría ser la suya. ¿Cómo encontrarse según esto? ¿No está suficientemente demostrado el mecanismo del instinto en los animales, mediante el acuerdo perfecto de sus órganos? ¿No nos prueba la experiencia que el instinto, en esos mismos animales, se debilita en razón de la alteración que se produce en ellos, bien por accidente, bien por vejez, y que el animal termina siendo destruido cuando cesa la armonía de la que sólo era resultado? ¿Cómo se puede estar ciego hasta el punto de no reconocer que lo que ocurre en nosotros es absolutamente lo mismo? Lo que acabamos de hacer sufrir a esta mujer cuyo cadáver tenéis ante vuestros ojos, ¿no os lo prueba con toda evidencia? Pero, para acabar de identificar en nosotros estos principios, tenemos que empezar por convencernos de que la naturaleza, aunque una en su esencia, se modifica sin embargo hasta el infinito; en segundo lugar, y no hemos de perder de vista este axioma de eterna verdad, un efecto no podría ser superior a su causa; y, por último, que todos los resultados de un movimiento cualquiera son diversos entre sí; que aumentan o se debilitan en razón del vigor o la debilidad del peso que da el impulso en movimiento.

«Ayudados por el uso de estos principios, recorreréis a paso de gigante la carrera de la naturaleza sensible. Mediante el primero descubriréis esa unidad que anuncia; en todas partes, en el reino animal, hay sangre, huesos, carne, músculos, nervios, vísceras, movimiento, instinto.

«Mediante el segundo, os explicaréis la diferencia existente entre los diversos seres vivos de la naturaleza; no se os ocurrirá comparar al hombre con la tortuga, ni al caballo con el moscardón, sino que haréis un plano de diversidad gradual; un plano en el que cada animal ocupe el rango que le conviene. El examen de las especies os convencerá de que la esencia es la misma en todas partes, y de que las diversidades únicamente tienen por objeto los modos. De donde concluiréis que el hombre no es más superior a la materia, causa productora del hombre, de lo que el caballo es superior a esa misma materia, causa productora del caballo; y que si hay superioridad entre estas dos especies, el hombre y el caballo, únicamente la hay en las modificaciones o en las formas.

«Por el tercer principio, el que dice que los resultados de un movimiento cualquiera son diversos entre sí, y que aumentan o menguan en razón del vigor o de la debilidad de los pesos que dan al impulso en movimiento, os convenceréis, digo, merced a ese principio, de que no existe nada más maravilloso en la construcción del hombre cuando se lo compara con las especies de animales que le son inferiores; se tome como se tome, en todos los seres que existen no se ve más que materia. ¡Cómo!, diréis, ¡el hombre y la tortuga una misma cosa! Claro que no, su forma es diferente; pero la causa del movimiento que constituye a uno y otra es desde luego la misma cosa[*]. "Colgad un péndulo, del extremo de un hilo, a este techo; ponedlo en movimiento: la primera línea que describa ese péndulo tendrá toda la extensión que permita la longitud del hilo; la segunda tendrá menos, la tercera menos todavía, hasta que finalmente el movimiento del péndulo se reduzca a una simple vibración que concluirá en un reposo absoluto".

«Tras esta experiencia, me digo: "El hombre es el resultado del movimiento más extenso, la tortuga no es más que una vibración; pero la materia más bruta fue causa del uno y de la otra"[**].

«Para explicar el fenómeno del hombre, los partidarios de la inmortalidad del alma la dotan de una sustancia desconocida; nosotros, materialistas, mucho más razonables sin duda, sólo consideramos sus cualidades como resultado de su organización. Las suposiciones zanjan muchas dificultades, lo admitimos; pero no terminan con los problemas. Volando hacia la meta con paso mucho más rápido, lo que os presento no son más que las pruebas. Lo que hay de particular es que ninguno de esos semifilósofos está de acuerdo sobre la naturaleza de la sustancia inmaterial que admiten; la contradicción de sus sentimientos sería incluso, hay que admitirlo, uno de los argumentos más fuertes que podría oponérseles; pero no voy a utilizarlos, me dedicaré más bien al examen de la cuestión que hace del alma una sustancia creada.

«Mil perdones, amigos míos, si en el curso de esta disertación me veo obligado a emplear por un momento la admisión de ese ser quimérico conocido con el nombre de Dios. Espero que me hagáis suficiente justicia para estar seguros de que, siendo el ateísmo el más sagrado de mis sistemas, si me sirvo de semejante suposición es sólo

por necesidad, y momentáneamente; pero todos los errores se encadenan en la mente de aquellos que los admiten, y a menudo nos vemos obligados a reedificar uno para combatir y disipar otro. Según esa hipótesis de la admisión de un Dios, pregunto dónde ha podido encontrar Dios la esencia del alma. La ha creado, me decís. Pero ¿es posible esa creación? Si Dios existiese solo, lo ocuparía todo, salvo la absurda nada. Dios, aburrido de la nada, creó, dicen, la materia, es decir, que dio el ser a la nada; por lo tanto, todo está ocupado: dos seres lo llenan todo el espacio, Dios y la materia. Si esos dos seres llenan todo, si forman el todo, no hay lugar para nuevas creaciones; porque es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo. El espíritu llena desde ese momento todo el vacío metafísico; la materia llena físicamente todo el vacío sensible; por lo tanto no hay sitio para los seres de nueva creación, por mucho que se reduzca su existencia. En este punto se recurre a Dios, y se dice que este Dios recibe en sí mismo estas nuevas producciones. Si Dios pudo alojar en la esfera espiritual de su infinitud espiritual nuevas sustancias de igual naturaleza, se sigue con toda claridad que no era una infinitud completa y perfecta, puesto que ha sufrido adiciones; quien dice infinitud, dice exclusión de cualquier límite; y un ser que excluye todo límite, no es susceptible de adiciones.

«Si se dice que Dios, con su omnipotencia, ha estrechado su esencia infinita para hacer sitio a sustancias recién creadas, yo respondo que entonces no ha sido infinito, porque, durante el encogimiento, el lado en que se ha producido ha dejado ver un límite.

«Aunque Dios hubiera podido recibir en su esfera las sustancias recién creadas, lo cierto es que esa esfera experimentará un vacío en el arranque de cada sustancia que salga para ir a animar, en la esfera de la materia, un cuerpo.

«Este vacío podrá subsistir siempre; porque, según los aficionados a ese absurdo, las almas condenadas al suplicio no saldrán nunca del infierno.

«Si Dios llena continuamente el vacío causado por la ausencia de un alma, es preciso que obligue a su propia sustancia a realizar un efecto retroactivo cuando algunas de esas almas retornen a su esfera; lo cual es absurdo: porque un infinito completo como vuestro Dios, cuyas partes son en sí mismas infinitas, no podría replegarse ni extenderse.

«Si el vacío, causado por la ausencia de un alma, no se llena, es una nada; porque es menester que todo espacio contenga espíritu o materia. Y Dios no puede llenar ese vacío, ni con su propia sustancia, ni con porciones de materia; porque Dios no podría contener la materia; por lo tanto hay nada en la divinidad.

«En este punto nuestros adversarios adoptan un tono más suave. “Cuando decimos, pretenden, que Dios creó el alma humana, eso sólo quiere decir que la formó”. Habrá que admitir que esa modificación de término no aporta un gran cambio en el debate.

«Si Dios formó el alma humana, la formó de alguna esencia; y la extrajo del espíritu o de la materia.

«No pudo ser del espíritu, porque sólo hay uno, que es el infinito, o Dios mismo; ahora bien, todo el mundo sabe que es absurdo suponer al alma una porción de la divinidad. Es contradictorio rendirse un culto a sí mismo, cosa que ocurriría si el alma fuese una porción de Dios. No lo es menos que una sustancia condene eternamente a una porción separada de sí misma. En una palabra, en esta hipótesis, que nadie venga a hablarme de infiernos ni paraísos; porque sería absurdo que Dios castigase o recompensase a una sustancia emanada de él.

«Así pues, ¿formó Dios el alma de materia, dado que no hay más que materia y espíritu? Pero aunque el alma estuviese formada de materia, no puede ser inmortal. Dios, si queréis, ha podido espiritualizar, diafanizar la materia hasta la impalpabilidad; pero no puede volverla inmortal; porque lo que ha tenido un comienzo ha de tener con toda seguridad un fin.

«Los propios deístas sólo pueden concebir la inmortalidad de Dios por su infinitud; y sólo es infinito porque excluye todo límite.

«No por ser espiritualizada deja la materia de ser divisible; porque la divisibilidad es esencial a la materia, y porque la espiritualización no cambia la esencia de las cosas; ahora bien, lo que es divisible está sujeto a alteración; y lo que es susceptible de alteración no es permanente, y mucho menos todavía inmortal.

«Nuestros adversarios, acorralados por todas estas objeciones, se lanzan sobre la omnipotencia de Dios. “Nos basta, dicen, estar convencidos de que estamos dotados de un alma espiritual e inmortal; poco nos importa saber cómo y cuándo fue creada. Lo constante, añaden, es que, por sus facultades, no se la puede juzgar de sustancia distinta a la que suponemos a los espíritus angélicos”.

«Tener que recurrir constantemente a la omnipotencia, como hacen los teístas, ¿no es abrir la puerta a todos los abusos? ¿No es introducir un pirronismo universal en todas las ciencias? Porque, a fin de cuentas, si la omnipotencia actúa contra las leyes que, según pretenden, ella misma ha determinado, nunca podré estar seguro de que un círculo no es un triángulo, dado que podrá hacer que la figura que tengo ante los ojos sea al mismo tiempo lo uno y lo otro.

«La parte más sana de los deístas, dándose cuenta de lo mucho que contradecía a la razón suponer al alma una sustancia semejante a la de su Dios, no ha dudado en decir que era una sustancia, una entelequia de forma particular, cogida no sé dónde; y, sobre lo que se les ha objetado, que salvo Dios, quien, debido a su infinitud que excluye todo límite, no tenía forma, todo el resto existente en la naturaleza debía tener una figura y por consiguiente una extensión, han confesado sin dificultad que el alma humana tiene extensión, partes, un movimiento local, etc. Pero eso es argumentar suficiente contra nuestros adversarios; como se ve, nos conceden que el alma tiene una extensión, que es divisible, que tiene partes; para nosotros no supone sino creer suficientemente que quienes sostienen su inmortalidad no están muy convencidos de su espiritualidad, y que esa opinión es insostenible: ha llegado el momento de convenceros.

«Quien dice sustancia espiritual, dice ser activo, penetrante, sin que, en el cuerpo que penetra, se vea vestigio alguno de su paso; así es nuestra alma, en esa hipótesis. Ve sin mirar, oye sin prestar oídos, nos mueve sin moverse ella misma; ahora bien, un ser así no puede existir sin trastocar el orden social.

«Para probarlo, pregunto de qué manera ven las almas. Unos han respondido que las almas veían todo en la divinidad como en un espejo en el que se reflejan los objetos; otros han dicho que el conocimiento les era tan natural como las demás cualidades de que están provistas. Con toda seguridad, si la primera de estas opiniones es absurda, puede afirmarse que la segunda lo es cuando menos igual; en efecto, no es imposible comprender cómo puede conocer un alma en una especie general todas las particularidades que se encuentran en ella, y todas las condiciones de esas particularidades. Supongamos al alma provista del conocimiento del bien y del mal en general; esa ciencia no le bastará para buscar el uno y para abstenerse del otro; para que un ser se decida constantemente a esa huida o a esa búsqueda es menester que tenga conocimiento de las especies particulares del bien o del mal que están contenidas en esos dos géneros absolutos y generales. Los partidarios del sistema de Escoto[3] sostenían que el alma humana no tenía en sí misma la fuerza de ver, que no le había sido dada en el momento de su creación, que sólo recibía sus propiedades en ocasión de las circunstancias en las que estaba obligada a utilizarla.

«En la suposición anterior, el alma que tiene un conocimiento nacido con ella del mal en líneas generales, es una sustancia impotente; porque ve venir el mal y no se aparta; la materia, entonces, es el agente, ella el paciente, lo cual es absurdo. De la opinión de Escoto resulta que el hombre no puede prever nada; lo cual es falso. Si el hombre se viera reducido realmente a eso, su condición sería muy inferior a la de la hormiga, cuya previsión es inconcebible. Decir que Dios imprime el conocimiento en el alma a medida que necesita ejercer sus facultades, es hacer de vuestro Dios el autor de todos los crímenes; y yo os pregunto si esas condiciones no sublevarían a los más firmes partidarios de ese Dios. Ya tenemos, pues, a los partidarios del alma inmortal y espiritual reducidos a silencio sobre la cuestión de saber cómo y por qué medio esa alma ve y conoce las cosas. Sin embargo, no dan la partida por perdida: “El alma humana, dicen, ve y conoce las cosas a la manera de las demás sustancias sutiles o espirituales que son de igual naturaleza que ellas”; lo cual, como se ve, es no decir nada en absoluto.

«En la defensa de una opinión falsa, las dificultades renacen a medida que se da la impresión de rebatirlas. Si el alma humana no tiene la facultad de penetrar los objetos presentes, ni la de imaginarse los ausentes que le son desconocidos y formarse ideas verdaderas con las que pueda juzgar sobre sus disposiciones interiores, si únicamente podría recibir impresiones por la presencia sensible de los objetos, y si sólo puede juzgar sobre su cualidad a partir de los síntomas exteriores que los caracterizan, entonces su intelecto no tiene ni más sutileza ni más propiedades que el instinto de los brutos que buscan o rehuyen ciertos objetos por los impulsos

que excitan en ellos las leyes inalterables de la simpatía o de la antipatía; si esto es así, como todo nos lo demuestra, como es imposible dudar, ¡qué locura la de los hombres suponiendo una criatura formada por dos sustancias distintas, mientras que los animales, a los que consideran como puras máquinas materiales, están dorados, en razón del puesto que ocupan en la cadena de los seres, de todas las facultades que se observan en la especie humana! Un poco menos vanidad, y unos momentos de reflexión sobre sí mismo, bastarían al hombre para convencerse de que sólo los otros animales convienen a su especie en el orden de las cosas; y que una propiedad indispensable del ser al que está vinculada no es el don gratuito de su fabuloso autor, sino una de las condiciones esenciales de ese ser, condición sin la que no sería lo que es.

«Renunciemos pues al ridículo sistema de la inmortalidad del alma, hecho para ser despreciado de forma tan constante como el de la existencia de un Dios, tan falso, tan ridículo como él. Abjuremos con igual valor una y otra de esas fábulas absurdas, frutos del temor, de la ignorancia y de la superstición; esas espantosas quimeras no están hechas para imponerse a personas como nosotros. Dejemos al más vil populacho que se alimente cuanto quiera con ellas; pero sus prejuicios, como sus costumbres, no deben encadenarnos un instante; que se consuele de la miseria con un futuro quimérico…, nosotros, felices con el presente, tranquilos respecto a lo que le sigue, amándonos a nosotros mismos exclusivamente, remitiendo todo a nosotros, sólo las voluptuosidades más excitantes, más sensuales están hechas para interesar a nuestros corazones; a ellas exclusivamente deben remitirse nuestros cultos, nuestros únicos homenajes; mil y mil veces sea maldito el espantoso impostor que fue el primero al que se le ocurrió envenenar a los hombres con tales infamias; el suplicio más horrible habría sido demasiado dulce todavía para él. ¡Ah, ojalá pudiera condenarse igual a todos los que promulgan o siguen errores tan detestables!

—No conozco nada, dijo Verneuil, que facilite tanto las cosas como esos sistemas; porque es muy cierto que, de acuerdo con ellos, al dejar de ser dueños de todas las acciones de nuestra vida, no debemos ni asustarnos ni arrepentirnos de ninguna. —¿Y quién se asusta?, dijo Dorothée; ¿quién puede arrepentirse? —Espíritus débiles, replicó Verneuil, gentes que, no familiarizadas suficientemente todavía con los principios que acaba de dejar sentados mi primo, conservan a menudo, pese a ellos mismos, los necios prejuicios de su infancia. —Por eso, dijo Bressac, no dejo de decir que nunca pueden ahogarse demasiado pronto los gérmenes de estos absurdos prejuicios; son los primeros deberes de los padres…, de los maestros…, de todos aquellos a quienes se confía la juventud; y considero hombre deshonesto a quien, en esa clase, no considera su primer cuidado apagarlos. —En mi opinión, todas las imbecilidades religiosas se deben a las nociones más falsas de la moral, dijo Gernande. —Todo lo contrario, replicó Bressac; las ideas religiosas fueron los frutos del miedo y de la esperanza; y fue para fomentarlos y para servirlos por lo que el hombre dispuso su moral sobre la bondad imaginaria de su absurdo

Dios. —Os lo aseguro»; dijo Gernande bebiendo un trago de champán, «que el uno venga del otro, o que éste haya producido al primero, lo cierto es que siento por ambos el más profundo horror, y que mi inmoralidad, basada en mi ateísmo, me hará escarnecer y ridiculizar los lazos sociales con tanto encanto y energía como destruiría la religión. Así hay que pensar, dijo Verneuil; todas estas imbecilidades humanas sólo pueden encadenar a los necios; y gentes inteligentes como nosotros deben despreciarlas por siempre. —Hay que ir más lejos, dijo d'Esterval; hay que enfrentarse a ellas; es preciso que todas las acciones de nuestra vida no tengan por meta otra cosa que infringir la moral y pulverizar la religión, sólo sobre las ruinas de esas dos quimeras debemos asentar nuestra felicidad en este mundo. —Sí, dijo Bressac, pero no conozco ningún crimen que satisfaga bien ese grado de horror que siento por la moral; ninguno que destruya, como yo querría, todas las supersticiones religiosas. ¿Qué es lo que hacemos? Todo ello es muy simple. Todas nuestras pequeñas fechorías inmorales se reducen a algunas sodomías, algunas violaciones, algunos incestos, algunos homicidios; y nuestros pequeños crímenes religiosos, a algunas blasfemias, a algunas profanaciones. ¿Hay entre nosotros alguno que pueda declararse suficientemente deleitado por esas miserias? —No, claro que no», respondió la fogosa esposa de d'Esterval; quizá yo sufra más todavía que vosotros la mediocridad de los crímenes cuyo poder me deja la naturaleza. En codo lo que hacemos no hay más que ídolos y criaturas ofendidas; pero la naturaleza no lo es; y es a ella a la que querría poder ultrajar; querría perturbar sus planes, contrarrestar su marcha, detener el curso de los astros, trastornar los globos que flotan en el espacio, destruir lo que la sirve, proteger lo que la perjudica, edificar lo que la irrita, insultarla, en una palabra, en sus obras, suspender todos sus grandes efectos; y no puedo conseguirlo. —Esto es lo que prueba que no hay crímenes, dijo Bressac; la palabra sólo convendría a las acciones que ha dicho Dorothée, y ya veis que nos son imposibles; venguémonos sobre lo que se nos ofrece, y multipliquemos nuestros horrores ya que no podemos mejorarlos».

Se hallaban en este punto de esa conversación filosófica cuando todo el mundo percibió un movimiento convulso en el cadáver de la Gernande. Victor tuvo tanto miedo que dejó que todo se le fuera patas abajo; pero Bressac, conteniéndole: «¿No ves, pequeño imbécil, le dijo, que lo que le ocurre es precisamente la prueba evidente de lo que yo he adelantado hace un momento sobre la necesidad del movimiento en la materia? Ya veis, amigos míos, que no hay ninguna necesidad de alma para hacer que una masa se mueva. Merced a una serie de movimientos sane james va a disolverse este cadáver…, a engendrar al mismo tiempo otros cuerpos que no tendrán más almas que él[*]. Vamos, follemos, amigos míos», continuó Bressac introduciéndose en el culo totalmente lleno de mierda de Victor; «sí, follemos; que este fenómeno de la naturaleza, uno de los más sencillos de su fuerza motriz, no impida nuestros placeres. Cuanto más se abre la puta a nosotros, más debemos ultrajarla; sólo insultándola se la descubre; sólo mediante ultrajes se la conoce bien». D'Esterval se apodera de Mme.

de Verneuil, que desde hacía un rato parecía interesarle mucho; Verneuil devuelve a d’Esterval los cuernos que éste le hace llevar. «Un momento, dijo Gernande; antes de indicarnos el delicioso goce que parecéis olvidar, tengo que dar salida a lo superfluo de mis entrañas. —No os vayáis por eso, tío, dijo Bressac que seguía enculando; dicen que vuestras deposiciones son apasionantes; tened a bien entregarlas delante de nosotros. —¿De veras queréis verlo?, replicó Gernande. —Sí, sí, contestó d’Esterval; todo lo que suponga un extravío del libertinaje es sublime; y no debemos perdernos ninguna de sus lecciones. —Entonces quedaréis satisfechos», dijo Gernande volviendo su enorme culo hacia el lado de los espectadores. Y el libertino procedió a esa repugnante operación de la siguiente manera: cuatro putos le rodeaban; uno le sostenía el orinal; el otro mantenía una vela muy cerca del agujero, para que la acción quedase bien alumbrada; el tercero le chupaba la polla; y el cuarto, con una servilleta blanquísima en la mano, le besaba la boca. Apoyado en los dos putos de delante, Gernande empujaba medio encorvado; tan pronto como aparecía la enorme cantidad de mierda que solía deponer, dada la enorme cantidad de alimentos que comía, el puto que sostenía el orinal estaba obligado a elogiar el excremento. «¡Qué hermosa mierda!, exclamaba, ¡ah!, señor, qué zurullo tan soberbio…, cagáis deliciosamente». Cuando acababa, el puto armado de la servilleta iba a limpiar, con su lengua, las paredes del ano, mientras el que tenía el orinal, llevándoselo a las narices de Gernande, se lo hacía examinar redoblando los elogios. La boca del chupador se encontraba entonces llena de orina, que estaba obligado a ir tragando; la servilleta terminaba de limpiar el ano; y los cuatro putos, sin nada que hacer entonces, remataban sus operaciones yendo a chupar largo rato, uno tras otro, la lengua, la polla y el agujero del culo de aquel libertino.

«¡Oh, joder!», dijo Bressac que seguía sodomizando a Victor, quien a su vez magreaba mientras tanto las nalgas de su linda hermanita Cécile[4]; «rediós, amigos míos, nunca he visto cagar de una manera tan lúbrica…, en verdad que voy coger la misma costumbre. Vamos, tío, dinos ahora qué goce es ese que en tu opinión está olvidado. —Ahora vais a verlo», dijo Gernande apoderándose de Justine, y haciendo que John y Constant la atasen, vientre con vientre, al cadáver de su mujer, «en este estado, dijo, voy a dar por el culo a la criada, pegada a su ama. Admitiréis, prosiguió mientras lo hacía, que esta circunstancia se os había escapado». Todos aplaudieron la idea y todos quisieron ponerla en práctica en cuanto Gernande hubo terminado. Pero a la desdichada Justine le repugna tanto aquel horror que sus rasgos se alteran, y se desmaya. «¡Bueno!», dijo Bressac, que mientras tanto la enculaba, «serán dos muertas en vez de una, no hay gran mal en ello. —Hay que follarla, dijo Verneuil, pincharla con energía; podéis estar seguro de que no hay mejor medio que ése para devolver el tono a los órganos. —Mejor sería alcanzar los nervios y pinchados, si fuera posible», dijo d’Esterval, que magreaba las nalgas de Cécile mientras un puto se la meneaba. «Basta con probar todo, comenzando por lo más simple», dijo Verneuil, que ya empezaba a azotar a la víctima mientras enculaba a Dorothée, cuyo clítoris

chupaba la pequeña Rose; «si los primeros medios no lo consiguen, pasaremos acto seguido a los segundos». Por suerte fueron inútiles: Justine, despiadadamente azotada, abrió de nuevo los ojos, aunque, ¡ay!, no fue sino para verse cubierta de sangre. «¡Oh, Gran Dios!», dijo rociando con sus lágrimas el rostro inanimado de su ama, contra el que estaba pegado el suyo, «¡oh, justo Cielo!, siempre seré un objeto de dolor y de escándalo. Apresúrate a acabar con mi vida, Ser supremo; prefiero cien veces la muerte antes que la horrible vida que llevo». La invocación no excitó sino carcajadas, y las depravaciones continuaron.

En este momento, d'Esterval, saliendo del culo de Mme. de Verneuil, al que acababa de follar un momento, se acerca al marido y le pregunta por qué no reunir a su mujer con su cuñada. «¡Ah, ah!», dijo Verneuil mientras seguía sodomizando a la mujer del que le pregunta, «¿te la pone dura esa idea? —Ya lo ves», respondió d'Esterval mostrando un aparato que amenazaba al cielo; «te aseguro que el suplicio de esa zorra me excitaría hasta el infinito. Ofrece un gran interés cuando llora; y querría hacer», prosiguió aquel libertino meneándosela, «que llorase de verdad. —¡Bien, amigo mío!, dijo Verneuil, consiento en ello; pero éstas son las dos condiciones que pongo. La primera, que, como he matado a mi mujer, me cedas la tuya, a la que amo mucho y de la que deseo apropiarme. —Concedida», exclamaron a la vez d'Esterval y Dorothée. —La segunda cláusula, prosiguió Verneuil, es que el suplicio que preparas para mi digna compañera sea espantoso…, que se practique en una habitación totalmente contigua a aquella en la que, mientras tanto, yo follaré a la tuya, para que así me corra con los gritos de tu víctima. —Suscribo todo eso, dijo d'Esterval; pero por mi parte también exijo una condición; necesito una mujer; te pido a Cécile; para mí será delicioso desposar a la hija cuando mis manos estén teñidas todavía con la sangre de la madre. —¡Oh!, padre mío», exclamó Cécile estremeciéndose ante aquella idea horrible, «¿consentiríais en sacrificarme así? —Desde luego, dijo Verneuil; y la repugnancia que demuestras cimenta el contrato… Yo lo firmo. D'Esterval, tenéis mi palabra; educad un poco a esta niña, os lo suplico. —¡Oh!, diablos, dijo Bressac, ¿dónde estaría mejor para familiarizarse con el crimen que en una casa donde se mara todos los días? —Bien, prosiguió Bressac, yo reclamo la propina del traro. —¿Cuál es? —Os ruego, tío, que me cedáis a vuestro hijo Victor; amo hasta la locura a este joven; confiádmelo por dos o tres años, hasta que haya podido perfeccionar su educación. —No podría estar en mejores manos, dijo Verneuil; que se parezca a ti, amigo mío; es el más feliz de los deseos que puedo sentir por él. Corrige sobre todo sus debilidades; iníciale en nuestros principios; automatiza su alma, y hazle detestar a las mujeres. —No podría estar en mejores manos para todo eso, dijo Justine; ¡pobre niño!, ¡qué lástima!, ¡cómo lo lamento por él! y… —Estoy lejos de decir otro tanto, la interrumpió vivamente Dorothée. El señor de Bressac quizá sea el mejor instructor que conozco; quisiera tener diez hijos, se los confiaría todos al instante.

—En verdad, amigos míos, dijo Gernande, que ha de satisfacerme mucho veros tan bien avenidos; me parece que en todo esto soy el único del que se han olvidado. —No, dijo Verneuil; quería quitarte a Justine, pero te la dejo; no te quejes del lote; vale por todos los nuestros, no hay entre nosotros una joven más bella, más dulce, más hermosa que ésta. Me has hablado de un nuevo matrimonio; para el comportamiento a observar con tus mujeres, Justine te resultará realmente valiosa; renuncio a todos mis planes sobre ella; como ves, hermano mío, no estarás solo. —¿Así que todos me abandonáis?, dijo Gernande. —¡Oh!, sí, mañana, es nuestra intención, dijo d'Esterval. —Hay que decidirse, dijo Gernande; vamos, tengo que darme prisa a tomar otra mujer, a fin de volver a reunirnos pronto para nuevas orgías».

Se retiraron. D'Esterval, ayudado por John y una de las viejas, llevó a Mme. de Verneuil a una habitación segura, que sólo estaba separada de la de Verneuil por el más delgado de los tabiques. Al marcharse, su feroz marido le hundió unos instantes la polla en el culo; ella lloró; y d'Esterval, que no tenía ganas de andarse con miramientos, estaba asombrosamente empalmado. Verneuil cogió a Marceline y a Dorothée; Cécile, Rose, Justine y dos putos fueron el lote de Gernande.

La escena preparada fue horrible, Bressac y Victor se habían introducido secretamente en el aposento de d'Esterval; y el placer de éste y de su amigo Bressac consistió en que el hijo aplicase el suplicio a la madre. Conocemos de sobra el carácter de este pequeño monstruo, y de la energía que ponía en su papel. Bressac y d'Esterval no dejaban de mantenerlo enculado alternativamente mientras ejecutaba los suplicios que los otros dos le ordenaban. Durante unas horas se mantuvo a Verneuil en la ignorancia de la participación de su hijo en aquel horror. Pronto veremos cómo se enteró: hablemos antes del singular gorro que habían puesto a la víctima. Como se sabía que las voluptuosidades de Verneuil sólo se encenderían con los gritos que iba a oír lanzar a su mujer, habían adornado su cráneo con un casco con tubo, hecho de tal forma que los gritos que le obligaban a lanzar los dolores sufridos se pareciesen a los mugidos de un buey. «¡Oh, joder!, ¿qué es esto?», dijo Verneuil al oír aquella música, y, lanzándose sobre la d'Esterval…, «es imposible oír nada más delicioso…, ¿qué diablos le hacen para que muja así?». Por fin los gritos disminuyeron, y en su lugar se oyeron los de la crisis de d'Esterval, por lo general muy expresivos. «Ha acabado», dijo Verneuil lanzando también su leche en el culo de Dorothée…, «ya soy viudo… —Eso creo», dijo la amable esposa de d'Esterval, a la que Marceline masturbaba mientras tanto; «pero nos queda el doloroso pesar de no haberlo visto. —Quizá habría sentido menos placer, dijo Verneuil; la escena al desnudo sólo me hubiera ofrecido unas cosas… que me sé de memoria…; dejando que mi imaginación las adivine, se siente mucho más excitada… —¡Oh!, amigo mío», dijo la nueva compañera de Verneuil, «lo que dices es delicioso, amo tu cabeza con locura, y creo que juntos haremos cosas muy fuertes. —Sí, dijo Verneuil, siempre con la condición de pagaros…, porque os cubriré de oro; de no ser por esa cláusula,

no me veríais volver a sentir nada por vos… Y ya lo sabéis, querida, ese dinero tiene que gastarse en infamias: tendréis que enardecer mi cabeza con el relato de las que hayáis pagado con ese dinero; cuanto más horribles sean, mayor cantidad de fondos nuevos recibiréis. —¡Rediós!, respondió Dorothée, de todos los episodios que exiges de mí, ése es el que más me gusta, ¿cómo podría rechazarlo? El dinero sólo sirve para procurarse placeres. —A mí sólo me interesa como instrumento de todos los crímenes y de todas las pasiones, dijo Verneuil; y si tuviese la desgracia de que me faltase, confieso que no habría medio que no utilizase para procurármelo. —¿Cómo? ¿Robarías? —¡Oh!, haría cosas peores. —¡Ah!, ya lo veo, Verneuil, tu cabeza se calienta, tienes que seguir perdiendo leche. —Cometamos nuevas locuras, ángel mío…, pasa a la habitación de tu marido, le oigo haciendo algunas cosillas todavía; indúcele a que te haga joder por John sobre el cadáver de mi mujer…, quiero oír cómo os corréis los dos…, John y vos. Volverás mojada de leche y cubierta con la sangre de mi mujer; te encularé en ese estado, y siento que ese refinamiento me hará disfrutar el mayor de los placeres… Pero, aguarda…, escucha una formalidad que hay que poner mientras actúas…, ya lo ves, Dorothée, me empalmo al prescribírtela; cuando estés corriéndote, digo, bajo el vigoroso miembro de John me gritarás mientas tengas fuerzas: “Verneuil… Verneuil, eres viudo y cornudo; mi marido acaba de asesinar a tu mujer…, y yo te ultrajo”… Sí, ángel mío, sí, me lo gritarás con todas tus fuerzas, y cuando vuelvas verás el estado en que tales palabras me habrán puesto… —¡Oh, Verneuil, qué imaginación!», exclamó Dorothée, disponiéndose a obedecer. «¡Oh, mi querido Verneuil, qué cabeza! —Está podrida, putrificada, lo admito; pero ¿qué quieres?, querida: si las depravaciones me han perdido, debo obedecer a su delirio».

¡Cuál no fue el asombro de Dorothée cuando vio que Bressac y Victor acababan de ser los cómplices del crimen ejecutado cerca de ella! Le hicieron una señal para que no dijese nada; pero en lugar de John fue Victor quien le puso la polla en el trasero; y en el momento de correrse, el pequeño granuja empezó a gritar: «Soy yo, padre…, soy yo el que ha matado a tu mujer, y soy yo el que te convierto en cornudo». Verneuil no resiste más; se precipita en el aposento de d’Esterval empalmado como un loco; le muestran el cuerpo de su mujer, o mejor dicho los despojos ensangrentados de aquella desdichada que había expirado en medio de tormentos horribles de pintar. Verneuil encula a su hijo que, como acaba de decirse, follaba a Dorothée; Bressac folla a su tío; John sodomiza a Bressac; Marceline azota…, anima a todos los actores de esta furibunda orgía, que sólo se detiene para adoptar nuevas formas, y para prolongarse hasta la salida del astro que debía alumbrar por fin la separación de aquellos malvados[*].

Es fácil imaginar que esa separación sólo se hizo con las más solemnes promesas de volver a verse pronto; todos lo juraron, y cada cual se marchó escoltado por los nuevos amigos que se llevaba.

Gernande, por su parte, fue a pasar unos días al castillo de la esposa que codiciaba y no tardó en llevarla al suyo. Mademoiselle de Volmire no acompañó a su hija; minada por la gota y el relima, no podía levantarse de su sillón; gracias a eso, Gernande, en posesión de la joven, no tardó en aislarla como a la otra. En lugar de demencia, se habla de epilepsia; la joven condesa necesita ser vigilada de cerca; no tiene un instante de reposo; la madre de la infortunada, que no era muy rica, no se atreve a comprobar nada, porque Gernande la cubre de bienes; la opinión termina prevaleciendo, se la domina con dinero; y el libertino no tarda en gozar tranquilamente, con esta nueva víctima, de los placeres que lo deleitaban con la otra.

Fue en el intervalo de estas nuevas relaciones cuando Justine pensó en la fuga, y desde luego la habría puesto en práctica inmediatamente si no hubiera vislumbrado la esperanza de ser más feliz con esta segunda ama que con la que acababa de arrebatarle la crueldad de aquellos monstruos. Mademoiselle de Volmire, de diecinueve años, mucho más bella y más delicada todavía que la precedente, supo interesar a Justine a tal punto que decidió salvarla, fueran cuales fuesen los peligros. Hacía cerca de seis meses que el pérfido Gernande sometía a sus infames caprichos a aquella dulce y deliciosa niña; la estación iba a traer de nuevo a toda la banda infernal, acompañada por tanto de las mismas atrocidades. Justine no dudó más; abrió el corazón a su joven ama…, le manifestó con tanta franqueza su deseo de romper aquellas cadenas que ésta le entregó toda su confianza.

Se trataba de informar a la madre y desvelarle las atrocidades del conde. Mademoiselle de Volmire no dudaba de que la que le había dado la vida, por más indispuesta que pudiese estar, acudiría al punto a liberarla; pero ¿cómo conseguirlo? Estaba guardada con mucho cuidado. Acostumbrada a saltar murallas, Justine midió a ojo las de la terraza; apenas tenían treinta pies. No se ve ninguna cerca exterior; cree hallarse en el camino del bosque en cuanto haya salvado las murallas. Mademoiselle de Volmire, que había llegado de noche, no puede rectificar sus ideas, y, durante la ausencia de Gernande, Justine, vigilada por las viejas, no ha podido procurarse ningún conocimiento sobre el lugar. Nuestra valiente y sincera amiga decide pues intentar la escalada. Volmire escribe a su madre de la forma más adecuada para enternecerla y decidirla a acudir en ayuda de una hija tan desdichada. Justine guarda la carta en su seno, abraza a aquella querida e interesante mujer; luego, ayudada por sus sábanas, se deja caer hasta el pie de la fortaleza. ¡Qué sorpresa, Gran Dios, cuando ve lo que le falta para estar fuera del recinto, que se encuentra en un parque rodeado por los más altos muros cuya vista le había ocultado el espesor y la cantidad de los árboles; aquellos muros, de treinta pies de alto y tres de ancho, estaban provistos de vidrios en la cima!… ¿Qué hacer? El día iba a sorprenderla en medio de esa perplejidad. ¿Qué pensarían de ella, viéndola en un lugar donde no se la podía encontrar razonablemente salvo suponiendo un proyecto formal de evasión? ¿Podría librarse de la furia del conde? ¿Qué probabilidad había de que aquel monstruo la perdonase?… Iba a beberse su sangre; lo sabía; ése era el castigo prometido…

Imposible volver atrás; Volmire había retirado las sábanas inmediatamente; llamar a las puertas era traicionarse con más seguridad todavía. Poco faltó para que la cabeza de nuestra pobre Justine enloqueciese entonces y para que no cediese a las violentas secuelas de su desesperación. Si hubiera visto alguna piedad en el alma de su amo, quizá podría haberse dejado engañar por la esperanza durante un momento; ¡pero un tirano, un bárbaro, un hombre que detestaba a las mujeres, y que desde hacía mucho tiempo buscaba la ocasión de inmolada haciéndole perder su sangre gota a gota, para ver cuántas horas tardaría en morir por medio de ese suplicio! ¿Cómo escapar a su destino? Sin saber qué hacer, encontrando peligros por todas partes, se arroja a los pies de un árbol resignándose en silencio a las voluntades del Eterno. Por fin amanece; el primer objeto que sorprende sus ojos es el conde en persona: había salido para acechar a unos niños a los que tácitamente permitía ir a recoger ramas en su parque, a fin de tener el placer de pillarles *in fraganti* y azotarlos hasta hacerles sangrar como castigo. Se presenta una de aquellas expediciones: el conde la consuma, desgarra las nalgas del pequeño desdichado, lo persigue a bastonazos…, cuando sus ojos caen sobre Justine; cree ver un espectro…, retrocede. No suele ser el valor la virtud de los traidores. Justine se levanta temblando; se arroja a sus plantas. «¿Qué hacéis ahí?», le dice en tono agrio aquel antropófago. «¡Oh!, señor, castigadme, soy culpable, y no tengo nada que responder…». Por desgracia, a la desdichada se le ha olvidado romper la carta de su ama. Gernande lo sospecha, pide la carta, ve el fatal escrito, lo coge, lo devora y ordena a Justine seguirle.

Vuelven a entrar en el castillo por una escalera oculta que arranca bajo las bóvedas; reinaba el mayor de los silencios. Después de unos cuantos rodeos, el conde abre un calabozo; arroja en él a Justine: «Joven imprudente, le dice, estabas advertida de que el crimen que acabas de cometer se castigaba con la muerte; prepárate, pues, a sufrir este justo castigo; mañana, al levantarme de la mesa, vengo a despacharte». La pobre criatura se arroja de nuevo a las plantas de aquel bárbaro; pero el cruel, cogiéndola por los cabellos, la arrastra por el suelo haciéndole dar dos o tres vueltas a su cárcel y termina arrojándola contra los muros para estrellarla en ellos. «Mereces que te abra ahora mismo las cuatro venas», le dice mientras cierra la puerta; «y si retraso tu suplicio, puedes estar segura de que es para hacerlo más largo y más horrible todavía».

Imposible describir la noche que pasó Justine; los tormentos de la mente, unidos a diversas contusiones que los malos tratos de Gernande acababan de hacerle sufrir, convirtieron aquella noche en una de las más horribles de su vida.

Es preciso haber sido desgraciado uno mismo para imaginar las angustias de un infortunado que espera su suplicio en todo momento…, al que le han quitado la esperanza y que no sabe si el minuto en que respira será el último de su vida. Como no sabe el tipo de dolores que le esperan, se los figura bajo mil formas, a cual más horrible. El ruido más ligero le parece el de sus verdugos; su sangre se hiela; su

corazón se para, y la espada que va a poner fin a sus días es menos horrible para él que el instante que lo amenazaba.

Es verosímil que el conde empezara vengándose en su mujer. Por lo menos eso es lo que nos hace presumir el acontecimiento que salvó a Justine. Hacía treinta y seis horas que nuestra heroína se hallaba en la crisis que acabamos de pintar sin que la hubiesen llevado ayuda alguna, cuando se abrieron las puertas y Gernande apareció por fin. Llegaba solo; el furor resplandecía en sus ojos.

«Ya conocéis, le dijo, la muerte que os espera; esa sangre perversa tiene que correr poco a poco; seréis sangrada tres veces al día, ya os lo dije, es una experiencia que ardo en deseos de hacer; os doy las gracias por haberme proporcionado los medios». Y el monstruo, sin ocuparse por entonces de más pasiones que su venganza, coge uno de los brazos de Justine, lo pincha y venda la herida tras la efusión de tres paletas de sangre. Apenas había terminado cuando se dejan oír unos gritos. «Señor, señor, le dice acudiendo una de las viejas, venid cuanto antes, la señora se muere, quiere hablaros antes de entregar su alma», y la mensajera corre de nuevo al lado de su ama.

Por acostumbrado que esté alguien al crimen, es raro que la noticia de su cumplimiento no asuste al que acababa de cometerlo. Este terror hizo recuperar durante un instante a la virtud unos derechos que no tardó en arrebatarte el crimen. Gernande sale en medio del delirio y olvida cerrar las puertas. Justine aprovecha la circunstancia; por debilitada que esté tras una dieta de cuarenta horas y por una abundante sangría, se lanza fuera de su calabozo, cruza los patios, y ya la tenemos en el camino real sin que nadie la haya visto… «Caminemos, se dice, caminemos con valor; si el fuerte desprecia al débil, hay un Dios poderoso que protege a éste y que no le abandona nunca»[*].

Imbuida de estas consoladoras y quiméricas ideas, avanza con ardor, y al caer la noche se encuentra en una choza, a más de seis leguas del castillo.

Creyendo muerta a su ama, y al no tener ya la carta en que figuraba la dirección de la madre, renunció a cualquier esperanza de ser útil a la joven Volmire, y a la mañana siguiente se puso en camino, abandonando incluso todos los planes de denuncias, tanto viejas como nuevas, y sin pensar en otra cosa que en dirigirse hacia Lyon, adonde llegó al octavo día, muy débil, muy doliente, pero sin que nadie la hubiese perseguido. Fue en esa ciudad donde, después de haber descansado y haberse repuesto durante un tiempo, tomó la resolución de llegarse hasta Grenoble, donde la felicidad (según sus ideas) la esperaba de manera infalible. Pero, antes de que ponga en práctica ese plan, veamos todo lo que le ocurrió para transmitírselo al lector indulgente que se toma la molestia de leernos.

CAPÍTULO XVII

Encuentro singular. Proposición rechazada. De cómo Justine es recompensada por una buena obra. Asilo de una tropa de mendigos. Usos y costumbres de estos individuos.

Nada hace pensar como la desgracia: siempre sombrío y replegado sobre sí mismo, aquel a quien la fortuna maltrata acusa con acritud a toda la tierra, sin ser por un instante lo bastante justo para darse cuenta de que, desde el momento en que hay una cantidad poco más o menos igual de favores y de adversidades en el mundo, todos deben tener necesariamente una pequeña parte de unos y de otras[*].

Así pues, Justine, siguiendo el impulso natural de todos los hombres, se envolvía por un instante en el crespón lúgubre de sus reflexiones, cuando una gaceta cayó ante sus ojos; ahí leyó que Rodin, aquel artista[1] de Saint-Marcel, aquel infame que la había castigado con tanta crueldad por haber querido ahorrarle el infanticidio más odioso, acababa de ser nombrado primer cirujano de la emperatriz de Rusia, con unos honorarios considerables. «¡Gran Dios!, dijo asombrada, ¡está escrito que no debo ver más que ejemplos del vicio recompensado y de la virtud encadenada! Pues bien, que triunfe ese malvado puesto que así lo quiere la Providencia, que triunfe; y tú, sufre, desdichada; pero sufre sin quejarte; es el decreto del destino; y por espinosa que sea la carrera, recórrela con firmeza; la recompensa está en tu corazón, y la pureza de su disfrute vale más que todos los remordimientos que atormentan a tus adversarios…». Ignoraba, la pobre criatura que los remordimientos no suponen nada en almas semejantes a las que causaban la desgracia de su vida, y que existe cierto período de maldad en que el hombre, muy lejos de afligirse por el mal a que se entrega, sólo se desespera por la flaqueza en que sus facultades le ponen para poder cometer más.

La interesante criatura no estaba al cabo de estos asombrosos ejemplos del triunfo de la maldad; ejemplos tan desoladores para la virtud…, tan deliciosos para el vicio que se divierte con ellos constantemente; y la perversidad del personaje que iba a encontrar había de despechada y sorprenderla más que ningún otro, sin duda, puesto que era la de uno de los hombres de los que había recibido los ultrajes más sangrientos.

Se ocupaba de su partida cuando un lacayo, vestido de verde, le entrega una noche el siguiente billete, pidiéndole pronta respuesta:

> *Una persona* (se le decía en aquel escrito) *a la que atribuís algunos errores con vos, arde en deseos de veros; apresuraos a ir a su encuentro; tiene cosas de las que informaros que tal vez os satisfagan de lo que creéis que os debe.*

«¿De parte de quién venís, señor?, preguntó Justine al lacayo, no responderé mientras no sepa quién es vuestro amo. —Se llama M. de Saint-Florent, señorita; tuvo el placer de conoceros tiempo atrás en los alrededores de París; según él, le prestasteis servicios que arde en deseos de agradeceros; al frente ahora del comercio de esta ciudad, goza al mismo tiempo de una consideración y de un patrimonio que le ponen en condiciones incluso de hacer realidad sus felices planes hacia vos. Os espera».

No tardaron en quedar hechas las reflexiones de Justine. Si aquel hombre, pensaba, no tenía buenas intenciones, ¿sería verosímil que le escribiese de aquella manera? «Se arrepiente sin duda de sus pasadas infamias; recuerda con espanto haberme arrancado lo que yo más quería; haberme reducido, por el encadenamiento de sus horrores, al estado más cruel en que pueda encontrarse una mujer; se acuerda de los lazos que nos unieron. ¡Oh!, sí, sí, son los remordimientos, corramos, sería culpable ante el Ser Supremo si no me prestase a aplacarlos, ¿estoy, además, en situación de rechazar el apoyo que se presenta? ¿No debo más bien recoger con ardor todo lo que el Cielo me ofrece para consolarme? Es en su palacete donde quiere verme este hombre; su fortuna debe rodearle de gente ante las que se respetará demasiado para atreverse a engañarme de nuevo; y en el estado en que me encuentro, ¡Gran Dios, ¿puedo inspirar otra cosa que conmiseración y respeto?».

Hechas estas cavilaciones, Justine aseguró al lacayo que al día siguiente, sobre las once, tendría el honor de ir a saludar a su amo, para felicitarle por los favores que había recibido de la fortuna…, pero que a ella la había tratado de forma muy distinta. Se acostó…, tan preocupada por lo que aquel hombre quería decirle que no pegó ojo en toda la noche. Llega por fin a las señas indicadas: un soberbio palacete, una multitud de criados, las miradas humillantes de aquel rico canalla sobre el infortunio que desprecia, todo le impone hasta tal punto que está pensando en retirarse cuando es abordada por el mismo lacayo que le había hablado la víspera, y que la lleva, tranquilizándola, a un suntuoso gabinete donde reconoce perfectamente a su verdugo, aunque ya tuviese cuarenta y cinco años e hiciese cerca de diez que no lo había visto. Saint-Florent no se levantó; pero ordenó que les dejasen a solas, y hace una seña a Justine para que vaya a colocarse en una silla, al lado del amplio sillón que le contiene.

«He querido veros, sobrina mía», dijo con el tono arrogante de la superioridad, «no porque crea haber cometido grandes errores con vos; ni porque una molesta reminiscencia me obligue a reparaciones…, me creo muy por encima de ellas; pero recuerdo que, en el poco tiempo que nos vimos, demostrasteis inteligencia; y se necesita para lo que tengo que proponeros; si lo aceptáis, la necesidad que tendré de vos os hará encontrar, en mi fortuna, los recursos que necesitáis y con los que, en caso contrario, contaríais inútilmente». Justine quiso responder algo a la ligereza de aquel inicio; mas Saint-Florent, imponiéndole silencio: «Olvidemos lo que pasó, le dijo; es la historia de las pasiones; y mis principios me llevan a creer que ningún

freno debe contener su fogosidad; cuando hablan, hay que servirlas; no conozco otra ley. Cuando fui apresado por los ladrones en cuya compañía os encontré, ¿me visteis quejarme de mi suerte? Consolarse y actuar con malas artes, si uno es el más débil; gozar de todos sus derechos, si es el más fuerte: ése es mi sistema. Erais joven y bonita, Justine; erais sobrina mía; nos encontrábamos en el fondo de un bosque; no hay voluptuosidad en el mundo que encienda mis sentidos como la violación de una muchacha virgen; vos poseíais esa flor que tanto me importaba; la mancillé, os violé; habría hecho cosas todavía peores si mis primeros insultos no hubieran asegurado mi triunfo y vos hubierais podido oponerme alguna resistencia. Pero, tal vez me digáis, ¿por qué dejaros sin recursos…, en mitad de la noche…, en una ruta peligrosa? ¡Ah!, Justine, sería inútil que os desvelase esos motivos, no los entenderíais; los únicos seres que conocen el corazón del hombre…, que han estudiado sus repliegues…, hurgado los recovecos más impenetrables, podrían explicaros esta serie de extravíos. Me convertisteis en deudor, Justine; me ayudasteis a romper mis ataduras; usurpasteis unos derechos a mi gratitud; en una palabra, me pertenecíais; ¿precisaba más un alma como la mía para conducirme a todos los crímenes imaginables contra vos? —¡Oh!, señor, ¿decís que horrores semejantes pueden comprenderse? —Claro que sí, Justine, claro que sí; en el alma de un libertino todo se comprende; en él todos los extravíos se encadenan; y tan pronto como se ha discernido el primero, todos los demás se adivinan fácilmente. Vos lo visteis; cuando terminé de violaros, de golpearos (porque os golpeé, Justine), ¡pues bien!, a veinte pasos, pensando en el estado en que os dejaba, encontré inmediatamente, en esas ideas, fuerzas para nuevos ultrajes que tal vez nunca os hubiera hecho sin eso; sólo habíais sido follada en el coño, volví expresamente para encularos; si hubierais tenido mil virgos, los hubiese recogido todos uno tras otro. Es cierto, pues, que en ciertas almas la voluptuosidad puede nacer en el seno del crimen… ¡qué digo!, es cierto que sólo el crimen la despierta y decide, y que no hay una sola voluptuosidad en el mundo que no encienda y que no mejore. —¡Oh, señor, qué atrocidad! —¿No podía cometer una mayor? Podía asesinaros, Justine; no os oculto que tuve muchas ganas; debisteis de oírme volver corriendo a vuestro lado con esa intención; de haberos encontrado, estaríais muerta. Me consolé de no haber podido alcanzaros con la certeza en que estaba de que, reducida a los últimos extremos, la vida iba a volverse para vos un estado más cruel que la muerte. Pero dejemos eso, hija mía, y vayamos al objeto que me ha hecho desear veros.

»Esa increíble inclinación que siento por una y otra virginidad de las niñas no me ha abandonado, Justine, prosiguió Saint-Florent. Con éste ocurre como con todos los demás delirios de la lujuria; cuanto más envejece uno, más fuerzas se tienen. Nuevos deseos nacen de los antiguos delitos, y nuevos crímenes son engendrados por esos deseos. Todo esto apenas tendría importancia si lo que se utiliza para cumplirlos no fuera en sí mismo muy culpable; pero como la necesidad del mal es el primer móvil de nuestros caprichos, cuanto más criminal es lo que nos conduce, más nos excita. Llegados a ese punto, sólo lamentamos la mediocridad de los medios; cuanto más se

extiende su atrocidad, más excitante se vuelve nuestra voluptuosidad; y de este modo nos hundimos en el fango sin el más leve deseo de salir de él. Ésa es mi historia, Justine: cada día necesito para mis sacrificios dos niñas; en cuanto las he gozado, no sólo no vuelvo a ver los objetos que acaban de servirme, sino que hasta resulta esencial para la entera satisfacción de mis fantasías que esos objetos salgan inmediatamente de la ciudad. Disfrutaría mal de los placeres del día siguiente si pensase que las víctimas de la víspera seguían respirando el mismo aire que yo: el medio de librarme de ellos es fácil. ¿Puedes creerlo, Justine? Son mis depravaciones las que pueblan el Languedoc y la Provenza con la multitud de objetos de libertinaje que encierra su seno[*]. Una hora después de que esas niñitas me hayan servido, emisarios fieles las embarcan y las venden a las alcahuetas de Nîmes, de Montpellier, de Toulouse, de Aix y de Marsella. Este comercio, del que saco dos tercios de mi beneficio, me resarce ampliamente de lo que me cuestan los sujetos, y así satisfago dos de mis pasiones más queridas…, mi lujuria y mi codicia. Pero los descubrimientos, las seducciones, me cuestan trabajo. Por otra parte, a mi lubricidad le importa infinitamente la clase de sujetos: quiero que todos ellos sean sacados de esos asilos de la miseria donde la necesidad de vivir y la imposibilidad de conseguirlo, absorbiendo el valor, el orgullo, la delicadeza y enervando finalmente el alma, empujan, con la esperanza de una subsistencia indispensable, a cualquier cosa que, en apariencia, debe asegurarla. Hago registrar despiadadamente todos esos reductos; imposible imaginar lo que me aportan. Voy más lejos, Justine: la actividad, la industria, un poco de bienestar, luchando contra mis sobornos, me arrebataban una gran parte de esos sujetos. Opongo a esos escollos el crédito de que gozo en esta ciudad; provoco oscilaciones en el comercio, o carestías en los víveres que, al multiplicar las clases del pobre, al quitarle de un lado los medios de trabajo y haciéndole difíciles de otro los de la vida, aumentan en igual proporción la cantidad de sujetos que la miseria me entrega. La estratagema es conocida, hija mía. Esas carestías de madera, de trigo y de otros comestibles, que París sufre desde hace tantos años, no tienen otra finalidad que la que me anima. La avaricia, el libertinaje: ésas son las pasiones que, desde el seno de los dorados artesonados, tienden una multitud de redes sobre el humilde techo del pobre. Pero, por más habilidad que ponga en práctica para presionar de un lado, si manos diestras no levantan ágilmente del otro, no consigo nada, y la máquina va tan mal como si no agotase mi imaginación en recursos y mi crédito en operaciones. Por lo tanto necesito una mujer ágil, joven, inteligente, que, habiendo pasado por los espinosos senderos de la miseria, conozca mejor que nadie los medios de depravar a las que lo son; una mujer cuyos ojos penetrantes adivinen la adversidad en sus graneros más oscuros, y cuyo espíritu de soborno decida a las víctimas a escapar de la opresión por los senderos que yo allano; en fin, una mujer inteligente, sin escrúpulos ni piedad, que no descuide nada para tener éxito…, hasta cortar incluso los pocos recursos que, manteniendo todavía la esperanza de esas desdichadas, les impiden decidirse. Tenía una excelente y fiel;

acaba de morir. Imposible imaginar hasta dónde llevaba la desvergüenza esa deliciosa criatura; no sólo aislaba a sus víctimas hasta el punto de forzarlas a que fuesen a implorarle de rodillas; sino que, si tales medios no le sucedían lo bastante pronto para acelerar las caídas, la malvada llegaba a robar a aquellas miserables; era un tesoro. Sólo necesito dos sujetos por día; ella me hubiera suministrado diez de haberlos querido yo. De este modo hacía las mejores elecciones, y que la superabundancia de la materia prima de mis operaciones me compensase de la mano de obra. Esa mujer es la que hay que reemplazar, querida; tendrás cuatro a tus órdenes y dos mil escudos de sueldo. Ya te lo he dicho: responde, Justine. Y sobre todo que unas quimeras no te impidan aceptar tu felicidad cuando el azar y mi mano te la ofrecen.

—¡Oh!, señor», respondió Justine a aquel hombre deshonesto estremecida por sus palabras, «¿es posible que podáis concebir semejantes voluptuosidades y que os atreváis a proponerme que las sirva? ¡Cuántos horrores acabáis de hacerme oír! Hombre cruel, con sólo dos días que fueseis desgraciado, veríais cómo no tardarían en reducirse a la nada en vuestro corazón esos sistemas de inhumanidad; es la prosperidad lo que os ciega y endurece; os hastiáis ante el espectáculo de males de los que os creéis a salvo; y porque esperáis no sentirlos, os suponéis con derecho a infligidos. ¡Ojalá nunca se acerque a mí la felicidad si puede corromper hasta ese punto! ¡justo Cielo! ¡No contentarse con abusar del infortunio…, llevar la audacia y la ferocidad hasta el punto de aumentarlo…, hasta prolongarlo con el único fin de satisfacer sus deseos! ¡Qué crueldad, señor! ¡Las bestias más feroces no nos dan ejemplos de una barbarie semejante! —Te equivocas, Justine, dijo Saint-Florent; no hay engaños que no invente el lobo para atraer al cordero a sus trampas. Esos ardides están en la naturaleza, mientras que obrar bien no lo está: obrar bien no es más que un carácter de la debilidad preconizada por el esclavo para enternecer a su amo y predisponerle a una dulzura mayor; nunca se anuncia en el hombre salvo en dos casos: cuando es el más débil o cuando teme serlo: la prueba de que esa pretendida virtud no está en la naturaleza es que la ignora el hombre más cercano a ella. El salvaje, despreciándola, mata sin piedad a su semejante por venganza o por codicia… ¿No respetaría esa virtud si estuviera escrita en su corazón? Pero nunca ha aparecido en él. La civilización, depurando a los individuos, distinguiendo sus rangos, ofreciendo un pobre a los ojos del rico, haciendo temer a éste una variación de estado que pudiera precipitarlo en la nada del otro, puso inmediatamente en su mente el deseo de aliviar al infortunado para ser aliviado a su vez si perdía sus riquezas. Entonces nació el obrar bien, fruto de la civilización y del temor; por lo tanto no es más que una virtud circunstancial, pero de ninguna manera un sentimiento de la naturaleza, que nunca puso en nosotros más deseo que el de satisfacernos, al precio que fuese. Cuando se confunden de esta forma todos los sentimientos, cuando nunca se analiza nada, nos cegamos en todo y nos privamos de todos los goces.

—¡Ah!, señor, dijo Justine con calor, ¿puede haber uno más dulce que aliviar el infortunio? Dejemos aparte el miedo a sufrir uno mismo. ¿Hay una satisfacción más

verdadera que la de complacer, gozar con las lágrimas de la gratitud, compartir el bienestar que se acaba de derramar entre unos desdichados que, semejantes a vos, carecían sin embargo de cosas de las que vos hacéis vuestras primeras necesidades, oírles cantar vuestras alabanzas y llamaros padre, devolver la serenidad a unas frentes ensombrecidas por el desfallecimiento, el abandono y la desesperación? No, señor, ninguna voluptuosidad en el mundo puede igualar a ésa; es la de la divinidad misma; y la dicha que esa divinidad promete a quienes la hayan servido en la tierra no será sino la posibilidad de ver o de hacer felices en el cielo. Todas las virtudes nacen de ésa, señor; uno es mejor padre, mejor hijo, mejor esposo cuando se conoce el encanto de hacer más llevadero el infortunio. De la misma manera que los rayos del sol, se diría que la presencia del hombre caritativo derrama sobre cuanto le rodea la fertilidad, la dulzura y la alegría; y el milagro de la naturaleza, después de ese hogar de la luz celeste, es el alma honesta, delicada y sensible cuya suprema felicidad consiste en trabajar por la de los demás.

—Todo eso no es más que palabrería, Justine, respondió aquel hombre cruel; los goces del hombre dependen de la clase de órganos que ha recibido de la naturaleza. Los del individuo débil, y por consiguiente de todas las mujeres, deben llevar a voluptuosidades morales más excitantes para tales seres que las que sólo influirían en un físico totalmente desprovisto de energía. Lo contrario es la historia de las almas fuertes, que, mucho mejor deleitadas por los enérgicos choques impresos sobre cuanto les rodea que por las delicadas impresiones sentidas por esos mismos seres que existen junto a ellos, prefieren inevitablemente, debido a esa constitución, lo que afecta a los otros en sentido doloroso a lo que sólo les afectaría de una manera más dulce. Ésa es la única diferencia entre las personas crueles y las personas bondadosas: unas y otras están dotadas de sensibilidad; pero cada una a su manera. No niego que no haya goces en una y otra clase; pero sostengo, como muchos filósofos, que los del individuo organizado de la manera más vigorosa serán irrefutablemente más vivos que todos los de su adversario; y, sentados estos sistema, puede y debe hallarse un tipo de hombres que encuentren ranro placer en todo lo que inspira la crueldad como los otros saborean en la bondad; pero éstos serán placeres dulces, y los otros placeres muy vivos. Unos serán los más seguros, los más verdaderos sin duda, puesto que caracterizan las inclinaciones de todos los hombres todavía en la cuna de la naturaleza, y de los niños incluso antes de que hayan conocido el imperio de la civilización; los otros sólo serán la secuela de esa civilización, y por consiguiente voluptuosidades engañosas y sin ninguna sal. Por lo demás, hija mía, como estamos aquí menos para filosofar que para consolidar una decisión, os agradecería que me dieseis vuestra última palabra… ¿Aceptáis o no el partido que os propongo? —Lo rechazo de plano, señor», respondió Justine levantándose; «soy muy pobre…, ¡oh!, sí, muy pobre, señor; sin embargo, más rica con los sentimientos de mi corazón que con todos los dones de la fortuna, nunca sacrificaré los unos para poseer los otros; podré morir en la indigencia, pero no ultrajaré la virtud. —Salid», dijo fríamente

aquel hombre detestable, «y que yo no tenga que temer indiscreciones de vos; pronto iríais a parar a un lugar donde ya no tendría que temerlas».

Nada alienta tanto la virtud como los temores del vicio. Mucho menos tímida de lo que habría creído, Justine, prometiendo a aquel malvado que no tendría nada que temer de ella, le recordó que debía devolverle por lo menos el dinero que le había robado. «Debéis comprender, señor, le dijo, que ese dinero me resulta indispensable en la situación en que me encuentro; y os creo demasiado justo para negármelo». Pero el monstruo respondió en tono duro que sólo de ella dependía ganárselo, y que, dado que ella no se preocupaba de hacerlo, él no estaba obligado en absoluto a socorrerla. «No, señor, respondió Justine con firmeza, no, os lo repito, moriré mil veces antes que salvar mi vida a ese precio. —Y yo, dijo Saint-Florent, no hay nada que no prefiera al dolor de dar mi dinero sin que se lo ganen. Sin embargo, a pesar de la insolencia de vuestra negativa, sigo queriendo estar un cuarto de hora con vos: pasad a ese gabinete, y unos instantes de obediencia volverán a poner vuestros fondos en mejor estado. —No tengo más deseos de servir vuestros excesos en un sentido que en otro, señor, respondió fríamente Justine; no es caridad lo que os pido, no voy a procuraros ese placer; lo que reclamo es lo que se me debe…, lo que me habéis robado de la manera más insigne. Quédatelo, hombre cruel, quédatelo, si te parece bien; contempla sin piedad mis lágrimas; oye, si puedes hacerlo sin conmoverte, los tristes acentos de la necesidad; pero recuerda que, si te permites esta nueva infamia, yo habré comprado, al precio de lo que me cuesta, el derecho a despreciarte para siempre».

Justine hubiera debido recordar en este punto que la virtud no le deparaba mejores resultados cuando aceptaba su lenguaje que cuando seguía sus preceptos. Saint-Florent llama; aparece su ayuda de cámara: «Aquí tenemos a una criaturita que tiempo atrás me robó», dice el malvado a aquel agente de sus depravaciones, «haría que la colgasen si cumpliese con mi deber; quiero salvarle la vida, sin embargo; pero como es esencial librar de ella a la sociedad, cogedla y que la encierren inmediatamente en esa habitación segura que tenemos arriba; será su cárcel durante diez años si se porta bien; su ataúd eterno, si tenemos que lamentarlo».

Lafleur se apodera de Justine acto seguido y se dispone a llevársela cuando la mujer lanza gritos suficientemente penetrantes para hacer temer una escena. Saint-Florent, furioso, le tapa la cabeza, manda atarle las manos, y luego, ayudando personalmente a su criado, ambos suben al granero a la desdichada y la arrojan en un cuarto lo bastante bien cerrado para no tener nada que temer ni de sus quejas ni de su evasión.

No hacía una hora que se encontraba allí cuando apareció Saint-Florent; Lafleur lo acompañaba: «Bien», le dice aquel monstruo de lujuria, «¿seguís manteniendo la osadía de sustraeros a mis caprichos? —El deseo es el mismo, responde orgullosa Justine, sólo la facultad de cumplirlo es distinta. —Mucho mejor, responde Saint-Florent; entonces actuaré a pesar vuestro, y esa cláusula es indispensable para el

complemento de mis deseos; que desnuden a esta puta… ¡Ah, ah!», dice Saint-Florent en cuanto ve la funesta marca, «me parece que mi querida sobrina no siempre ha sido tan virtuosa como quiere hacernos creer, y aquí tenemos huellas ignominiosas que levantan sobradamente el velo sobre su conducta. —En verdad, señor, dice Lafleur, esta granuja puede deshonraros; en cuanto estéis satisfecho, os consejo que mandéis encerrarla en alguna mazmorra donde nunca se vuelva a hablar de ella. —Señor, señor, le interrumpe Justine impaciente, dignaos oírme antes de condenarme»; y la pobre niña explica entonces todo el enigma. Mas, fuera cual fuese el aire de verdad que pone contando su desgraciada historia, Saint-Florent, incrédulo, no deja de renovar sus sarcasmos; no son menos prodigiosas las injurias, las humillaciones del monstruo contra aquella criatura angélica y de mérito mucho mayor que él a las miradas del Ser supremo. Justine, desnuda, fue tratada brutalmente por aquellos dos hombres; obligada a prestarse tanto a los tocamientos lascivos como a las repugnantes caricias de uno y otro; sus ascos.., su defensa…, todo resultó inútil, tuvo que ceder. «¿Sabes si tengo abajo alguna niña», dice el amo a su confidente. «Alguna debe de haber, señor; ha sonado la hora, y ya conocéis la puntualidad de las que os sirven. —Vete a buscármela». Y, mientras el criado hace el recado, es imposible imaginar en qué se divierte el insigne libertino. ¡Tristes secuelas del desvarío! Parece que el hombre pierde absolutamente la razón cuando se vuelve esclavo de sus caprichos; y en ese momento, la diferencia es realmente imperceptible entre el insensato y él. El muy infame, más por deseos de humillar a aquella interesante criatura que por ningún tipo de sensación lúbrica…, ¡imposible serlo con tales bajezas!…, el muy infame, repito, escupía en el centro de la habitación y obligaba a Justine a limpiar el sitio con su lengua. Ella se niega; algunas palabras de su parte anuncian todavía orgullo. Saint-Florent la agarra e inclinándote la cabeza: «Endeble criatura», le dice forzándola a sus sucios deseos, «no te conviene mucho resistirte a mis fantasías; demasiado feliz de someterte a ellas, ¿no deberías adelantarte a satisfacerlas? Tendrás que hacer pis dentro de un momento, cuando mi víctima esté delante de ti». Y esa víctima anunciada aparece.

Era una niña de ocho años, en un estado de miseria y decaimiento tan completo que la piedad se volvía el único sentimiento que parecía deber inspirar. «Desviste tú misma a esta niña», dice Saint-Florent a la triste Justine, «quiero recibirla de tu mano. Lafleur, menéamela mientras dura el espectáculo». Y el impúdico sobaba las nalgas de su confidente mientras éste se la meneaba de la mejor manera posible. «Prepárame las vías», dice el libertino a nuestra heroína; «humedece con tu boca el coño de esa niña, y deja mucha saliva en él». Guiado por su criado, Saint-Florent se presenta: en un instante la plaza está tomada; gritos, resistencias, lágrimas, quejas, arañazos, nada le asombra; quiere, en cambio, que le ultrajen, y con esa intención deja toda clase de libertad a su víctima; pero no ocurre lo mismo con nuestra pobre huérfana, que va a servir de blanco durante la celebración del sacrificio. Lafleur se echa en la cama; atrae a Justine encima de él; la encoña, la retiene entre sus brazos y, con esa posición,

presenta el culo de nuestra aventurera a los ataques de Saint-Florent. Armado con una larga aguja de acero, el bárbaro, mientras folla, mientras desgarra a la niña, se divierte pinchando las hermosas carnes que se le presentan: cada golpe de aguja hace brotar la sangre; y es finalmente cuando el malvado la ve correr por los muslos de aquella desdichada y sobre la cara de la niña a la que encoña, cuando decide un cambio de manos. «Enculemos, dice a Lafleur, sodomiza a Justine en la misma postura, a mí me bastará con darle la vuelta a la mía»; a la niña se le ordena, ante todo, presentar su trasero a Justine, que por su parte recibe la orden de humedecérselo, como ha hecho con la delantera; Saint-Florent sodomiza, Lafleur encula, y ahí está el coño de Justine ofrecido a la aguja fatal. «¡Ah, joder!, dice Saint-Florent extasiado, ¡qué placer pinchar un coño mientras follo un trasero!… ¡la muy zorra!… ¿Qué te parece, Lafleur?… La mecharé como a una pularda». Y todas las partes que Justine ofrecía a su perseguidor no tardaron en ser tratadas como acababan de serlo las otras…, la sangre corrió por todas partes. «Éste es el estado en que quiero hacerle el honor de la leche una vez más», dice Saint-Florent abandonando el culo de su doncella para introducirse en el coño que acaba de maltratar. «¡Ah!», dice apretujándose sobre su víctima, «así es como me gusta gozar de una mujer; nada me gusta tanto como cuando mis muslos se impregnan de la sangre que ha hecho correr mi furia». E, interrumpiendo al punto su goce, saca la polla de su criado y la vuelve a meter en el culo de Justine: «Deslizare por debajo de ella, le dice a Lafleur, y ven a vengarte en mi culo de la molestia que te causo; ¿no crees que mi ano vale tanto como el de una puta?». Todas estas cosas se hacen; y son ahora las nalgas de la niñita las que desgarra la funesta aguja. Mientras tanto, Saint-Florent se calienta, su esperma está a punto de brotar; encula, le sodomizan, atormenta: ¡qué episodios deliciosos para un libertino de esta clase! «¡Ah!…, ¡ah…, ah!», exclama. (Lo que aquí describimos es una pasión al natural). «¡Ah!, ¡ah!.., que me den cuchillos.., puñales…, pistolas…, quiero matar…, machacar…, desgarrar…, asesinar todo lo que me rodea"; y la leche, brotando finalmente de los impúdicos cojones de aquel monstruo de lujuria, haciendo renacer algo la tranquilidad, proporciona a las víctimas tiempo para recobrarse.



«Justine», dice Saint-Florent al cabo de un momento de calma, «ya os he dicho lo mucho que importaba a mis nuevos goces que el objeto de los antiguos desapareciese en cuanto me había saciado con ellos. ¿Me juráis dejar ahora mismo Lyon? Sólo con esta condición os devuelvo vuestra libertad; si, dentro de dos horas seguís en la ciudad, podéis estar segura de que una prisión eterna castigará vuestra desobediencia. —¡Oh!, señor, ya no estaré…, obedeceré, señor; podéis estar seguro…, abridme las puertas; no me veréis en toda vuestra vida». Y la pobre joven, vistiéndose al punto, atraviesa con presteza una casa en donde se la trata con tanta crueldad, la deja…, corre a su posada de la que sale pocas horas después para ir a dormir al otro lado del Ródano. «¡Oh, Cielo!, dice mientras huye…, ¡qué depravación, qué horror!… Ese monstruo enciende sus lubricidades en el seno de las lágrimas y del infortunio… Malhaya…, malhaya mil veces el ser depravado que puede imaginar placeres en un seno que la necesidad consume…, que arranca besos de una boca que el hambre reseca y que sólo se abre para maldecirle. Huyamos».

No tardó Justine en estar fuera de la ciudad; pero se hubiera dicho que las desdichas y las aventuras debían poner trabas a todos sus pasos, y que el destino, furioso con ella, debía hacerle chocar con todos los proyectos de virtudes que podía concebir su hermosa alma.

Apenas había hecho dos leguas a pie, como era su costumbre, con dos camisas y algunos pañuelos en sus bolsillos, cuando Justine encuentra a una vieja que la aborda con aire dolorido y le suplica una limosna. Lejos de la dureza de que acaba de recibir ejemplos tan crueles, no conociendo otra felicidad en el mundo que la de servir, saca al instante su bolso para coger un escudo y dárselo a aquella mujer. Pero la mañosa criatura, que sólo se había puesto la máscara de la vejez para engañar a Justine, salta ágilmente sobre la bolsa, la coge, derriba a quien la retiene de un vigoroso puñetazo en el estómago, y desaparece en un sotobosque. Justine, que no tarda en levantarse, se lanza tras los pasos de la mujer que le roba, la alcanza y cae con ella en una trampa que ocultaba a todos los ojos el grupo de árboles en el que se había practicado.

La caída era considerable; pero había sido tan suave que apenas había podido darse cuenta. Se encontraba, con su raptora, en un vasto subterráneo excavado a más de cien toesas en las entrañas de la tierra, pero bello y perfectamente amueblado. «¿Qué es esto, Séraphine?», dijo un hombre gordo y alto sentado ante un buen fuego, «¿quién es la persona que te acompaña a nuestra morada? —Es una pequeña víctima, respondió la raptora; la he enternecido, me ha dado limosna; le he robado el dinero, ha corrido detrás de mí y las dos nos hemos encontrado en el mismo momento en la trampa, hemos llegado juntas. Capitán, esta joven nos será útil, y no me molesta el encuentro. —Podría efectivamente convenirnos», respondió el jefe mandando a Justine acercarse; «no está mal; y aunque sólo sirva para entretenimiento de la compañía, siempre será un puesto a ocupar…». Y Justine fue rodeada al punto por hombres, por mujeres…, por niños, de toda edad y semblante, pero cuyo mal aspecto no le daba una alta opinión de la sociedad en que se encontraba. Todos la rodean…, la admiran, todos sueltan una opinión; y cuanto Justine sigue viendo y oyendo acaba por convencerla de que se encuentra en la peor de las compañías. «Señor», dice temblando al capitán, «¿no es indiscreto rogaros que me digáis con qué personas me encuentro? Os oigo disponer de mí sin mi consentimiento; las leyes de la decencia y de la equidad ¿no rigen aquí como en la superficie de la tierra? —Querida, dice el jefe, empieza por comerte esta galleta y beber un vaso de vino; escúchanos luego, y sabrás al mismo tiempo entre qué gentes estás…, y cuál es el empleo que te preparan». Nuestra heroína, algo más tranquila por la honradez de aquel proceder, acepta lo que se le presenta, se sienta y presta atención.

«Las personas en medio de las cuales te coloca tu estrella», dice el capitán después de haber aspirado dos tomas de tabaco, «son lo que se llama mendigos. Somos nosotros, hija mía, quienes, después de haber convertido la pordiosería en arte, logramos, con nuestros secretos y nuestra elocuencia, mover tan bien la conmiseración de los hombres que vivimos a sus expensas todo el año en medio del

lujo y la abundancia. Como no hay virtud más tonta que la piedad, no hay nada más fácil de encender en el corazón del hombre. Unos cuantos acentos lastimeros de voz, una elocuencia de situación, unos males supuestos, heridas fingidas, unas ropas repugnantes: he ahí las argucias que sirven para mover los resortes del alma y que nos aseguran un bienestar perpetuo sin hacer nada y viviendo en el ocio. Somos cerca de cien en este subterráneo; un tercio está siempre trabajando, mientras el resto bebe, come, folla y se divierte. Contempla este montón de muletas…, de jorobas, de emplastos que nos disfrazan, contempla esas hierbas que nos desfiguran[*], contempla estos niños que empleamos para entreabrir las entrañas de las madres; aquí tienes nuestros fondos, nuestros bienes, nuestros inmuebles; aquí tienes el fundamento de nuestras rentas. Nuestros métodos, aunque poco más o menos siempre iguales, varían sin embargo en razón de las circunstancias: humildes y languidecientes si resultamos ser los más débiles; insolentes, estafadores y ladrones cuando la fuerza está de nuestra parte. —Pero, por lo menos, señores, vosotros no mataréis», le interrumpió de pronto la compasiva Justine, con esa tierna efusión de corazón que tan bien caracterizaba su hermosa alma. —Claro que sí, querida, respondió el jefe, no tenemos ninguna dificultad si se nos resisten y sólo podemos convencernos de que una puñalada o un pistoletazo ha de asegurar nuestra victoria. Para nosotros el crimen no tiene ninguna consecuencia lo bastante grande como para que creamos poder prescindir de los medios que nos da, si esos medios aseguran nuestros intereses. Por el mismo camino que nos trae aquí, veréis llegar a menudo a individuos que sólo aparecerán para perder la vida. Después de haber conseguido un botín considerable de alguien, ¿nos creéis tan imprudentes como para dejarle la facultad de presentar una denuncia y descubrirnos? Pero no somos ni ladrones ni asesinos de profesión; nuestro único oficio es la mendicidad; mendigamos, y después seguimos el curso de las circunstancias; nuestro objeto es apoderarnos de los bienes de otro; recorremos la línea marcada; y con tal de conseguirlo, después nos importa poco haberlo logrado por esta o por aquella vía. El dinero llega al subterráneo; que nos lo den voluntariamente o tengamos que cogerlo a la fuerza, es algo sobre lo que no discutimos nunca con quienes nos lo traen. Con semejante moral, con una profesión como ésta, debéis suponer, hija mía, que entre nosotros deben triunfar toda clase de vicios, y, desde luego, no estáis equivocada si ésa es vuestra opinión. La glotonería, la embriaguez, la trapacería, la mentira, la hipocresía, la impiedad y, sobre todo, la lujuria y la crueldad, reinan aquí como en su imperio; y nuestras leyes particulares, lejos de castigar esos extravíos, los alimentan y mantienen. Verdad es, querida niña, que vuestra edad y vuestra bonita cara van a obligaros a satisfacer indistintamente todos los caprichos, todas las fantasías de nuestros compañeros, del sexo, la edad y el porte que sean. Apagados esos primeros fuegos, os daremos una tarea; si vemos en vos disposiciones y talento, figuraréis en los primeros puestos; si os desagradan nuestras costumbres…, si nuestro oficio no os conviene, no saldréis del subterráneo;

reducida entonces al servicio exclusivo del interior, seréis útil a la casa y serviréis a nuestras pasiones».

Toda la tropa aplaudió estas palabras. Las decisiones del jefe, tras reunirse con los notables que allí había, tuvieron al instante fuerza de leyes; y se conminó a la señorita Justine a que se desnudase inmediatamente para, tras el examen que se le haría, satisfacer en primer lugar las pasiones del jefe…, de los notables, y luego de todos los de la tropa, hombres o mujeres, que quisieran. En cuanto la desdichada Justine oye esta sentencia, se arroja llorando a los pies de sus jueces suplicando que no la sometan a unas infamias que tanto le cuestan… Violentas carcajadas son la única respuesta que consigue.

«Púdica niña, le dice el jefe, ¿cómo has podido suponer que quienes juegan a mover a piedad a los demás iban a tener la debilidad de ser susceptibles a ella entre sí? Has de saber, pichona, has de saber que nuestros corazones son duros como las rocas que nos sirven de techo. ¿Y cómo querrías que la multitud de crímenes a que todos los días nos entregamos pueda dejar en nosotros fisura alguna al sentimiento de la piedad? Obedece, granuja, obedece; podría ser peligroso que te lo tuviéramos que repetir dos veces». Justine no encuentra ya respuesta; y sus faldas, que pronto están en el suelo, no tardan en dejar gozar a la lasciva asamblea uno de los más hermosos cuerpos de mujer que hubiera visto desde hacía mucho tiempo. Objeto de la curiosidad de uno y otro sexo, nuestra bella niña pronto es inspeccionada, acariciada, besada por todas las mujeres con el mismo calor que por los hombres, cuando uno de ellos (el hijo del jefe), viendo la fatal marca, la señala al instante a todo el mundo. «¿Qué es esto, jovencita?», dice uno de los miembros del senado; «me parece que, con esta impresión, no entran ganas de perderte, y, dado que confraternizas con nosotros por estos estigmas, no habrías debido, en mi opinión, hacerte tanto la gazmoña». Justine cuenta entonces su historia; pero la creen tan poco como Saint-Florent, asegurándole que esa pequeña desgracia no le causará ningún daño entre la tropa; sin embargo la exhortan a no volver a ponerse los velos del pudor. Le aseguran que, una inconsecuencia como ésa, bien podría, después de lo visto, enfadar más que interesar. «Hija mía», dice el jefe descubriéndose un hombro en el que la misma escritura se descifraba mejor, «ya ves que nos parecemos; créeme, no vuelvas a avergonzarte de lo que te asimila a tu jefe, y entérate de que estas marcas, lejos de ser infamias, son los laureles de nuestra condición; besa ésta, y yo pegaré mis labios sobre la que me muestras. Somos treinta los que aquí estamos en el mismo caso; ¡pues bien!, es a estas gentes a las que das limosna; estas gentes son las que tienen el talento de enternecerte y de sacar unos escudos de tu bolsillo, en nombre de un Dios del que todos nos burlamos. Vamos, síguenos, bello ángel», continúa el jefe llevándose a Justine a una cueva apartada; yo y esos viejos, que son mis acólitos, vamos a empezar a tantear el terreno; daremos cuenta del resultado a nuestros camaradas, a los que luego dejaremos el sitio, si merece la pena que se ocupe».

Los sexagenarios asaltantes de Justine eran, en rotal, seis. Unas lámparas perpetuas ardían en la cueva adonde la llevaban; unos colchones hacían el suelo bastante blando; era el tocador de aquellos señores. «Justine», dice uno de los viejos, «entregaos primero a nuestro jefe; luego pasaremos nosotros por rango de edad. Por otra parte, como solemos dedicarnos a las voluptuosidades de la lujuria unos antes que otros, no debe asustaros, niña mía, tenernos por testigos de vuestra obediencia».

Gaspard coge a Justine; pero, demasiado consumido para gozarla, se comenta con algunos preliminares; y después de méneársela un cuarto de hora, se corre en medio de las tetas.

Raimond, que le sigue, ha vivido en el mundo; es un viejo timador de las berlangas[3] de París; sus pasiones, más gastadas, exigen más, lame la leche que acaba de exhalar su cofrade, se hace chupar el culo por Justine y finalmente se le corre en la boca.

Gareau ha sido cura; sus gustos se refinan con más arte; ha conservado las inclinaciones de la orden jesuítica donde transcurrieron los años de su juventud[4], y, como todavía se empalma muy bien, el sodomita encula y grita como un diablo al perder su leche.

Ribert es feroz de nacimiento; sus pasiones tienen el color de su alma; Justine tiene que meneársela mientras él la abofetea; le pone las mejillas todo coloradas, y pierde por fin sus fuerzas junto a un coño que no tiene ni la voluntad ni el poder de festejar de otra manera.

Vernol, tan perverso como su camarada, manifiesta su furia de otra forma: encoña, pero tirándole de las orejas; y el infame modula su placer al ritmo de los dolores que provoca.

Maugin lame el culo; muerde las nalgas mientras se la menea; querría imitar a Gareau; ambos tienen los mismos vicios; pero sus fuerzas no se parecen. Maugin, engañado por sus deseos, pierde las suyas al lado del ídolo; y los chillidos que lanza describen a la vez sus penas y su lujuria.

«Vamos, hijos míos», dice el jefe al resto de la banda, regresando con sus adjuntos, «la criatura merece un polvo…, poned orden…, educación; y, sobre todo, que cada uno lo haga cuando le toque. Hombres y mujeres, mezclaos entre vosotros; no os prohíbo los placeres, pero quiero un poco de decencia».



Como allí había ocho o diez hombres que nunca veían otra cosa que niños, y cinco o seis mujeres que no adoraban a Venus sino bajo los ropajes de Safo, apenas si nuestra heroína tuvo que vérselas con una treintena de personas de uno y otro sexo; aunque todo transcurrió con orden, ella no quedó menos agotada. Obligada a ofrecer unas veces el coño, otras el culo, a menudo la boca y las axilas…, forzada a hacer correrse a hombre y mujeres…, a recibir mil besos a cual más repugnante; en ocasiones golpeada, fustigada, abofeteada, mordida, pellizcada, dejamos que el lector piense en qué estado debió de salir la desdichada de aquella libidinosa justa; ni siquiera los niños dejaron de someterla a sus fantasías; y Justine, siempre complaciente, siempre esclava y siempre desdichada, se presta a todo con una resignación cuya fuente está lejos de su alma.

Concluidos los asaltos, la condujeron hacia una tina donde tuvo permiso para purificarse; y como era la hora de la comida, Justine, de vuelta en la gran bodega, se sentó a la mesa con toda la banda. La conversación sólo trató de los placeres que habían gozado; las mujeres se expresaron con la misma libertad…, la misma

indecencia que los hombres, y fue entonces cuando la desdichada Justine pudo decir que, ni siquiera entre los monjes de Sainte-Marie, se había encontrado nunca en sociedad más indecente.

La cena, por lo demás, fue deliciosa; todo lo que podía contribuir a hacerla tan suculenta como delicada se encontraba allí en abundancia. En una bodega vecina a aquella en que la compañía comía había un vasto subterráneo alfombrado de carnes…, de caza, y en el que un hombre y tres mujeres trabajaban diariamente en la cocina. Como se había bebido mucho, echaron una siesta: el ex-jesuita Gareau se acercó entonces a Justine: «Tenéis, hermosa niña», le dijo en voz muy baja, «el culo más bonito del mundo; apenas si he tenido tiempo de festejarlo; levantaos y seguidme en cuanto todos se duerman, iremos a charlar a un rincón».

Desamparada como Justine se hallaba, ¿no debía sentirse demasiado feliz viendo a un ser interesándose por su destino? Mira al hombre que le habla y, encontrándole un aspecto más honesto que a los otros, una figura bastante bella e inteligencia, se guarda mucho de rechazarle. Es a una pequeña celda, junto al lugar donde se guarda el vino, adonde el nuevo amante de nuestra heroína la conduce para hablar con ella; y sentados allí ambos en una especie de cubeta, la conversación que les ocupa es poco más o menos la siguiente:

«Desde el momento en que os he visto, hija mía, dijo Gareau, no podéis imaginar el interés que me habéis inspirado; vuestra encantadora figura anuncia inteligencia; vuestro aspecto, educación; vuestras palabras, una cuna honrada; y, por lo que a mí se refiere, estoy convencido de que la marca que lleváis no es siempre sino el fruto de la desgracia y no de la mala conducta. No os oculto, ángel mío, que os he visto con pesar entre nosotros; porque no se sale de aquí con la misma facilidad con que se entra. No podéis ocultároslo: si no aceptáis ejercer la misma profesión que estas gentes, remo que os cautiven o que os maten tan pronto como se cansen de vos. En esta fatal circunstancia sólo veo un partido para vos: el de uniros a mí, y entregaros a mis cuidados para conseguiros un día la forma de escapar. —Pero, señor, di jo Justine, si os enamoráis de mí, ¿cómo creer que me facilitaríais los medios para huir de vos? —Yo os seguiría, Justine; ¿me creéis acaso hecho para este estado? La avaricia, la pereza, la lujuria: ésas son las cadenas que me convierten en cautivo; me gusta ganar dinero sin otro esfuerzo que pedirlo. Pero espero que vos hagáis una diferencia entre mi persona y la de estas gentes; antes o después debo necesariamente abandonarlas. Unida a mí, entonces me seguiríais y ambos llevaríamos una vida, si no más honrada, al menos no tan peligrosa; por otra parte, al declarar públicamente que consentís en vivir conmigo, esa asociación os salvará de la cruel necesidad en que estáis de entregaros diariamente a todos estos granujas… como veis a Séraphine y a Ribert. —¿Ribert, señor? Pues me parece que ha sido uno de los primeros en saciar su pasión conmigo. —Sí, lo ha hecho; a nosotros no nos retiene nada, ni el vínculo conyugal pesa sobre nosotros; pero a su mujer nunca la veréis prostituirse. —¡Su mujer!…, ¿la que me ha timado? —Sí. —Pero, señor, si también ella se ha divertido

conmigo. —De acuerdo, sí, pero de buena voluntad… Lo que os digo es que no habéis visto y no veréis nunca a ningún hombre obligarla a placeres que no sean de su agrado. Seréis como ella, libre de gozar, si eso os divierte; pero también libre de rechazar, si eso os repugna. Tales son nuestras leyes y no las infringimos nunca. —Bien, señor, acepto, dijo Justine; me pongo en vuestras manos desde este momento; por horribles que sean vuestros gustos, los suscribo, bajo la promesa formal que me hacéis de no verme obligada nunca a entregarme a nadie. —Os lo juro, dijo Gareau; voy a sellar el juramento en vuestro bello culo". Justine habría deseado gozar del privilegio sin verse obligada a pagarlo tan caro. Pero ¿cómo conservar la virtud con un cura timador y sodomita? Así pues, se ofrece gimiendo; y el hábil jesuita la encula con las precauciones y la dulzura de que siempre es susceptible un hijo de Ignacio.

«Volvamos», dice el seductor en cuanto se hubo satisfecho; «una ausencia más larga podría hacer que sospechasen de nosotros; y cuando se tienen deseos de hacer mal, hay que evitar hacer daño».

Nuestros libertinos, ya despiertos, contaban historias; Justine y Gareau ocuparon un sitio junto al fuego y, cuando se sirvió la cena, nuestra heroína declaró que, de todos aquellos entre los que su estrella la ponía, Gareau era el único que le inspiraba confianza y amistad, y que comunicaba a la asamblea su intención de unirse a él. El jefe preguntó a Gareau si estaba de acuerdo con el arreglo. Tras responder éste de manera afirmativa, Justine, respetada a partir de ese momento como mujer de uno de los notables, estuvo a salvo de las proposiciones que los libertinos de la tropa no parecían sino tener muchas ganas de renovar; y fue con su nuevo esposo con quien la infortunada fue a pasar la noche.

Pero Gareau, al asegurar tanto su mano como su protección a Justine, no le había hecho juramento de fidelidad; y, desde esa primera noche, el voluble convenció a su compañera de que no era ella la única que tenía derecho a sus favores. Uno de los jóvenes de la banda, de tres lustros de edad como mucho, esperaba a la pareja conyugal y se puso de forma impertinente entre nuestra pareja. «¿Qué es esto?, dice Justine, ¿es esto lo que me habéis prometido? —Ya veo, dice Gareau, que tengo la desgracia de que mi adorable esposa no me entienda; le he dicho a Justine, y se lo repito, que encontraría en mí, por el precio asegurado de sus favores, protección, ayuda, consejos y consuelo; por los gustos que ha debido de ver en mí, ha podido comprender, por lo que me parece, que los muchachos no podían ser excluidos de mis placeres, y le suplico que acepte que a menudo estén aquí como terceros». Tales palabras eran una orden para la desdichada Justine, y la sumisión se convirtió en su único patrimonio. Cuando estuvieron en acción, Justine se dio cuenta de que no sólo se trataba de consentir, sino que además había que prestarse; mientras el ex-jesuita enculaba al bardaje, exigía que Justine chupase la polla del joven; era a ella a la que correspondía hacerlo; luego, que el ganimedes lamiese a la que sodomizaba. De esta forma, unas veces primera actriz, otras sustituta, su complacencia era puesta a prueba bajo todas las formas y de todas las maneras.

Transcurrieron unos cuantos días sin diversión; y Justine, siempre respetada, parecía ganarse cada vez más la confianza de su nuevo esposo; pero, desprovista de la astucia que habría sido necesaria para descubrir su carácter y para guiarla, fue ella, en cambio, la que resultó seducida y descubierta.

«Pronto estará de vuelta», le dice un día su protector, «el tercio de los nuestros que se encuentra en campaña; el destacamento se renovará, y yo formaré parte de él; decid que queréis seguirme; haced que os den la educación necesaria para el éxito de este plan. Una vez fuera de este horrible sitio, no volveremos a poner los pies en él; tengo algunos recursos, los aprovecharemos; un pueblo aislado nos ocultará, y en él terminaremos nuestros días con mucha más tranquilidad que en medio de estos malvados donde nuestra mala estrella nos ha puesto.

—¡Oh, cuánto me gusta el plan!, dijo Justine entusiasmada. Salid, sacadme de este abismo, señor, y os juro que no os abandonaré en toda mi vida. —Os prometo sacaros de aquí, Justine; os hago el juramento más auténtico; pero con una condición. —¿Cuál? —Robar la caja al marcharnos, y luego hacer que detengan a todos estos granujas. —¿Podremos conseguirlo, señor, después de haberlos imitado? Robad la caja, si eso os complace; pero no los denunciemos; privémosles, si es posible, de los medios de hacer daño…, pero ¡hacer que los castiguen!… ¡Oh, Dios, Dios!, eso no lo consentiré jamás. —¡Bien!, dijo Gareau, nos limitaremos a robarles; que sea de ellos lo que Dios quiera: declara tu intención de seguirme, haz que te den algunas lecciones y pronto estaremos en condiciones de marcharnos».

El deseo que tenemos de ofrecer siempre a nuestros lectores el carácter de nuestra heroína tan puro como ha debido reconocerlo siempre, nos obliga a revelar aquí sus motivos. No era posible que nuestra virtuosa joven pudiese admitir de buena fe el propósito de robar a aquellos desgraciados; por criminalmente ganado que fuese aquel dinero, les pertenecía; ¿no se necesitaba mucho más para que la escrupulosa Justine se guardase de perjudicarles en su propiedad? Pero deseaba ser libre: se lo ofrecían sólo a condición de ese crimen; así pues, cavilaba como podría hacer para unir ambas cosas…, para terminar saliendo de aquel abismo sin robar el patrimonio de sus anfitriones. Se le ocurrió un medio sencillo; fue confesar al jefe el crimen al que querían inducirla; pero no desvelar nada sino a cambio de la promesa de gracia del culpable y de su libertad. Una vez decidido este plan, para ponerlo en práctica no esperó sino al momento en que Gareau le anunciase la próxima resolución de la partida. Pero como se le había asegurado que había que estar instruida para formar parte del destacamento, solicitó un maestro: y Raimond, uno de los notables del que ya hemos tenido ocasión de hablar, fue el instructor que le adjudicó el jefe de la banda.

«Los niños que veis entre nosotros, le decía un día aquel digno preceptor, son, como supondréis, Justine, pequeños desgraciados raptados en nuestras correrías, de los que nos servimos para conmover a las mujeres, cuyos corazones sensibles y pusilánimes se abren más fácilmente a la piedad. Poniendo en la boca inocente de

estas criaturitas tanto el cuadro de nuestras miserias como las instancias para suavizarlas, casi siempre estamos seguros del éxito. Os daremos una de estas criaturitas; la llevaréis de la mano; os declararéis su madre; todos los corazones se enternecerán con los acentos lastimeros de vuestra dulce voz; y nunca os veréis rechazada. Pero vuestras ropas, demasiado lujosas todavía, tendrán que ser cambiadas por otras; y, por más repugnancia que podáis sentir por los piojos, habréis de estar cubierta con ellos. Principalmente tendréis que emplear, casi en todo momento, el nombre de Dios; es imposible imaginar el partido que los granujas saben sacar de esa quimera.

«Además, ni vuestro porte ni vuestra bonita cara serán estropeados; nada de cauterios, nada de erisipela, nada de úlceras. Os limitaréis a unos cuantos espasmos; y diréis que son ataques de nervios causados por la traición de un marido al que adorabais. Os enseñaremos a interpretar esas enfermedades, a dislocaros de tal forma que os tomarán por una endemoniada. Pero antes de alejaros, antes de ir a mendigar a las calles de Grenoble, de Valence y de Lyon, merodearéis un tiempo por los alrededores de la trampa; y atraeréis a ella, como hizo Séraphine con vos, a todos los que os parezca que merecen la pena. Recordad sobre todo que nos gusta la gente rica, las muchachas bonitas y los niños; por lo tanto, vuestras redes siempre deben estar tendidas hacia esos seres, si queréis agradar a la sociedad.

«Una vez lanzada a las ciudades, haced cuanto podáis para timar a la gente, cuando no consigáis nada de ellos de otra forma. Hay que pasar por delante de las tiendas, aprovechar el momento en que a uno no le ven; un golpe de mano se da enseguida; en nuestro oficio hay que ser ágil…, desvergonzado…, hay que estar siempre dispuesto a negar… hasta los actos que un testigo acabe de ver.

«Si, a pesar de vuestras fingidas lisiaduras…, a pesar del papel de madre que os haremos interpretar, encontráis libertinos que quieran de vos (hay muchos que, por capricho o depravación, prefieren las mujeres de nuestra posición), ceded; pero aprovechad la debilidad del individuo y sacadle el dinero que podáis. Os daremos somníferos y venenos que emplearéis llegado el caso, partiendo siempre de un principio: que la salud…, la fortuna del prójimo no significan nada cuando se trata de enriquecerse. Cuando excitéis la piedad en los demás, recordad que vuestros deberes convierten en ley no tener nunca ninguna: vuestro corazón debe ser como el acero; y la única palabra que debe resonar en vos es la de dinero.

«Os está permitido vender al niño que se os confíe, con tal de que saquéis buen provecho y que nos entreguéis el dinero.

«Sea para hacerles bien, sea para hacerles mal, una infinidad de personas nos compran esos niños; algunos para criarlos; otros para seducirlos y divertirse con ellos; otros, ¿podréis creerlo, Justine?…, otros para comérselos…, sí, comérselos; hay seres lo bastante libertinos para llevar la depravación hasta ese punto, y nos los encontramos todos los días. Como nosotros mismos estamos acostumbrados a todos

los horrores, nada puede sorprendernos; y debemos prestarnos a todos los que se nos proponen, y especialmente cuando nos los pagan.

«Debéis tener las lágrimas siempre a punto; las historias, las novelas, las mentiras, que nada de todo eso os cueste; no hay oficio en el mundo donde haya que saber imponerse con más desvergüenza, ni fingir con más audacia los males y reveses más alejados de nosotros.

«Adivinad ante todo el carácter de aquellos a los que os dirigís; que vuestros medios se empleen en razón de su sensibilidad. Si sólo se trata de mostrarse a un ser débil y pusilánime, nuestro aspecto bastará para conmoverlo en el acto. Pero con esas almas endurecidas por la edad o la depravación se necesita más arte, una interpretación más marizada. Suele despreciarse nuestro estado; es totalmente injusto; no hay ninguno que exija un conocimiento más cabal del corazón humano; ninguno que no exija más flexibilidad, más inteligencia y más cabeza; ninguno, en una palabra, que no haya que ejercer con más actividad, estudio y cuidado; ninguno que requiera un mayor fondo de falsedad, de maldad, de depravación y de picardía.

«No toleréis que los pobres de verdad se mezclen con vos; sobre todo, no los socorráis nunca; al contrario, portaos de forma brutal con ellos; amenazadlos con hacer que vuestros camaradas les den una paliza si se les ocurre obstaculizar vuestro negocio, sed tan duros con ellos como los Creso lo son con nosotros.

«Cuando hagáis correrías por los pueblos del campo y los aldeanos os den hospitalidad, aprovechad para robarles, para seducir o raptar a sus hijos. Que os rechazan…, que os tratan mal, quemadles el granero, envenenad sus animales. En esos casos todo está permitido: la venganza es el primero de los placeres que nos deja la maldad de los hombres; hay que disfrutarla».

Una vez bien inculcadas estas lecciones de práctica y de moral, dieron a Justine un nuevo maestro de acción, y en pocos días fue considerada digna de interpretar un papel en la célebre tropa de mendigos del Lionesado.

Nada más acabada su educación, uno de los miembros del destacamento que estaba en campaña llegó para anunciar que sus camaradas volvían con los tesoros usurpados a la caridad de los tontos; desde este momento se reunió el resto de la compañía; y se nombró a los sustitutos. Gareau tuvo por unanimidad el mando del pequeño ejército; por eso Justine, en cuanto todo estuvo arreglado, pidió al jefe el honor de hablar con él un momento en privado.

Admitida a una audiencia secreta, reveló a Gaspard cosas que éste sabía infinitamente mejor que ella. «Mujer demasiado confiada, le dijo aquel superior, ¿cómo habéis podido creer que, en una asociación como la nuestra, la parte del espionaje no sea una de las más depuradas? Gareau se ha reído de vos, y habéis caído como una tonta en la trampa tendida a vuestra imbecilidad. Nuestro cofrade os ha propuesto tres cosas: robarnos, denunciarnos y huir. Me confesáis el robo, habíais rechazado la denuncia, pero habéis aceptado la huida; hay más de lo necesario para que desde ahora mismo seáis vigilada de cerca. No os gusta nuestro oficio, estamos

seguros de que no lo ejerceréis nunca; por lo tanto, únicamente podemos teneros aquí como nuestra pura y nuestra esclava; y, desde cualquier punto de vista, debéis quedar cautiva bajo indisolubles cadenas. —¡Oh, señor!, exclamó Justine, ¡cómo!, ese monstruo… —Os ha traicionado; ha cumplido con su deber. —Pero si hablaba de amor… y la delicadeza… —¿Cómo habéis podido creer que tales sentimientos pudiesen nacer en el alma de un individuo de nuestra profesión… y, sobre todo, de un cura? Gareau se ha reído de vos, hija mía; ha querido saber vuestra forma de pensar…, arrancaros vuestro secreto, y descubrírnoslo. Que esto os sirva de lección para otra vez; mientras tanto, someteos al destino que vuestro virtuoso candor os ha preparado».

Al punto fue llamada Séraphine, y Justine puesta en sus manos. «No la encerréis, le dijo el jefe; pero no la perdéis de vista, me respondéis de ella con vuestra cabeza».

Aquella Séraphine, de la que ha llegado el momento de dar una idea a los lectores, era una mujer muy guapa de unos treinta años, de hermoso pelo, ojos muy negros y muy libertinos…, excesivamente hábil (recuérdese la forma en que había engañado a Justine), capaz de interpretar a la perfección todos los personajes que le encargaban, y de una corrupción de costumbres por encima de todo lo imaginable. La confianza que inspiraba a los miembros de aquella asociación era tan prodigiosa que ahora salía muy poco de la casa. Algunas correrías por los alrededores de la trampa, pero la mayoría de las veces en la casa; además, en perfecta sintonía con los jefes…, de los que era tan digna por sus costumbres como por sus talentos.

Gareau, viendo salir a Justine con su guardiana, se echó a reír a carcajadas. "¿Qué piensas de esa pécora, le dijo a Séraphine, que cree que haberme prestado su culo la sustrae a los castigos que sus tonterías le hacen merecer? —Es todavía muy novicia, respondió Séraphine; hay que perdonarle su buena fe. —¡Cómo!, prosiguió Gareau; ¿no será castigada con la muerte? —¡Ah!, malvado, dijo Justine, ¿eso es lo que querías? Excitado con mi sangre, has traicionado todos los sentimientos del honor y del amor sólo para verla derramar. —¡El amor! ¡El amor! Séraphine, ¿qué te parece esta doncella que imagina que se le debe amor porque le han follado el trasero? Has de saber, puta, que se saca que se puede de una criatura como tú; pero no se la ama; se siente repugnancia por ella y se la sacrifica; mujeres, ése es vuestro destino… Sea como fuere, la han perdonado. —Sí, dijo Séraphine; está bajo mi custodia, y te respondo de que no la soltaré. —La preferiría en la bodega de los muertos», dijo aquel monstruo, poniéndose a follar a un niño que tenía en aquel momento.

A partir de entonces a Justine se le encargaron las tareas más infames. Subordinada absolutamente a Séraphine, fue en cierto modo su criada; y como Gareau le retiraba su protección, se convirtió en el blanco de las depravaciones públicas. En el subterráneo exigieron que, al no ser ya la amante de Gareau, Justine se entregase indistintamente a todos los que la quisieran y que el menor rechazo de su parte fuera severamente castigado. Lo más divertido es que Gareau fue el primero que se presentó. «Ven, granuja, le dijo; por más que vejen tu persona no deja de

gustarme tu trasero; ven que lo sodomice una vez más antes de partir». Gareau estaba dispuesto; había reunido a cuatro muchachos; también estaba Séraphine; Maugin, cuyos gustos recordará el lector, Maugin, que, a ejemplo de Gareau, adoraba de manera prodigiosa el culo, pero cuyas fuerzas defraudaban la mayoría de las veces sus deseos, también fue a unirse a la partida; las orgías fueron completas. Había momentos en que nuestra desdichada aventurera, objeto de las lujurias de Séraphine y de los dos libertinos de que acabamos de hablar, tenía al mismo tiempo una lengua en el coño, una polla en el culo, otra en la boca, y esto mientras cada una de sus manos se la meneaba a un muchacho y enculaban a Séraphine. Al instante dos pollas estaban trabajándole la vagina; Séraphine, que seguía enculada, le chupaba el ano, y ella meneaba una polla sobre el clítoris de su tríbada. Se sucedieron veinte posturas distintas; y en última instancia, Justine pudo preciarse de haber hecho esa jornada un curso de libertinaje más completo que todos a los que se había visto sometida desde que estaba en el mundo.

Por fin se realizó el cambio. Gareau partió con sus satélites, y el destacamento regresó; fueron otros tantos personajes nuevos los que se ofrecieron a la triste Justine y que la sometieron pronto a la intemperancia de su pérfida impudicia. El jefe de aquella nueva tropa fue el que más atormentó a nuestra virtuosa criatura. Roger, el más perverso de los hombres, cruel por gusto, brutal por temperamento, tenía con el sexo algunos hábitos que, como se verá, no eran muy apropiados para seducir. El muy infame cagaba en el centro de una habitación; la mujer, desnuda, tenía que hacer cabriolas durante una hora alrededor de su zurullo. Armado con unas disciplinas enormes, la zurraba por todo el cuerpo mientras tanto; luego, en cuanto pronunciaba la frase: «Come, zorra», la pobre víctima tenía que tragar el zurullo en el suelo e ir enseguida a hacerle uno en la boca. Entonces Roger, suficientemente excitado, daba rienda suelta a su esperma; pero apartaba con tanta crueldad al objeto de su lujuria que la desdichada, lanzada a quince o veinte pies, por regla general sólo conseguía terminar a costa de algunas fuentes de sangre en la cabeza o de algunos miembros rotos. «¡Ah, rediós!», exclamaba entonces Roger contemplando los resultados de su furia, ¿por qué esta zorra no ha caído a cien pies bajo tierra? ¿Y por qué no la he matado? ¿Hay en el mundo algo más horrible que la presencia de una mujer que nos ha costado la leche?».

Mientras tanto se hicieron las cuentas del nuevo destacamento. Gaspard, que siempre era el jefe en el interior, anunció que seis meses de correrías acababan de aportar la cantidad de setecientas mil libras aproximadamente sólo en limosnas. «¡Oh, joder!», exclamó después de haber mostrado la relación detallada, «¡viva la caridad cristiana! ¡Qué inteligente fue el primero que convirtió esa sublime acción en virtud! ¡Ya veis de cuánta utilidad no resulta!; sigamos, amigos míos, sigamos pagando a los predicadores para que enciendan el celo en el corazón del hombre; nunca habremos colocado tan bien nuestro dinero»[*].

Pese a tanta crápula, a tanto libertinaje, a tanta irreligión, intemperancia y blasfemias, Justine no había visto suficientemente hasta entonces el crimen en toda su energía: una aventura bastante singular vino a ofrecerle totalmente al desnudo el alma atroz de aquellos malvados.

La trampa cae de pronto hacia abajo y vomita en aquel habitáculo a un hombre de cuarenta años, muy apuesto…, pero que, completamente aturdido por su caída, sólo puede explicar al cabo de un rato la fatalidad que allí lo lleva. No era aquello consecuencia de una de las estratagemas de Séraphine. Aquel viajero había visto efectivamente a una mujer que merodeaba por los alrededores del lugar donde la tierra se había hundido bajo sus pies; y, más para ocultarse de ella que atraído por una necesidad de la naturaleza, se había refugiado en el interior de aquel bosquecillo; su caballo, cargado con una valija llena de oro, debía de estar a unos pasos del agujero, pero fuera del alcance de la vista de Séraphine, y si, decía él, su destino le hacía caer, como creía, en medio de una partida de ladrones, había que darse prisa en evitar que su tesoro fuera presa de la codicia del primero que pasase, o devolverle rápidamente sobre tierra en caso de que no tuvieran ningún mal propósito. «¡Devolverte sobre tierra!», dijo al punto Roger adelantándose hacia aquel hombre pistola en mano… «¡Ah!, malvado, tus ojos no volverán a ver el sol. —¿Qué veo, Gran Dios?, exclamó el viajero; ¿no eres tú, Roger, al que ofrece a mis miradas sorprendidas la casualidad?… Tú, hermano mío…, tú, a quien por así decir crié a mis pechos…, tú, amigo mío, al que salvé dos veces la vida…, ¡tú, que me debes, si me atrevo a decirlo, todo en el universo! ¡Oh!, cuántas gracias doy al Cielo por encontrarte en este oscuro lugar; cualesquiera que sean las gentes que lo habitan, tú vas a servirme de protector…, ¡y nada he de temer sin duda desde que mi suerte está entre tus manos! —¡Que el rayo me fulmine!, exclamó Roger, si hay circunstancia alguna en el mundo que consiga enternecerme por tu suerte; aunque me hubieras salvado mil veces, te tengo en mi poder, malvado, y tu vida va a asegurarnos tu fortuna; pues sí que se puede venir a hablar a gentes como nosotros de lazos fraternales o de gratitud. Has de saber, bellaco, que el interés ahoga en nuestras almas todo sentimiento que no sean los de la avaricia, la codicia, la sed de sangre o de riquezas; y aunque me hubieses prestado mil veces más favores de los que dices, te repito que no por eso dejarías de ser nuestra víctima». Dos disparos de pistola soltados por el cruel Roger tienden al momento a su hermano en el suelo. Acababa de hacerlo cuando Séraphine apareció con el equipaje del jinete; había descubierto el caballo y, no sabiendo qué había sido de su dueño, por si acaso la mendiga traía el equipaje. «¡Excelente aventura!», dijo Gaspard mostrando a sus camaradas que el botín se elevaba a más de cien mil francos. «Un hermano así es culpable, sin duda, puesto que, siendo dueño de tanta riqueza, deja que su hermano pequeño ejerza una profesión tan infame. —No lo sabía, replica Roger; me creía desde hace cuatro años en América; después de la acción que acabo de cometer, no me corresponde hacer su elogio, pero no os ha infundido respeto, y nada tan cierto como los favores que toda la vida me hizo. Sólo

el libertinaje me encadena a nuestro estado; y, desde luego, no lo ejercería si hubiera aprovechado sus lecciones, sus consejos y las cantidades de dinero con que su liberalidad me gratificó tantas veces; ¡no importa!, no me arrepiento; mi acción os demostrará, camaradas, que prefiero vuestros intereses a todos los lazos de la naturaleza, y que siempre sacrificaré todo cuando se trate de serviros».

El fratricidio de Roger encontró muchos partidarios en la banda, y ni un solo contradictor. Encargaron a la desdichada Justine que fuese a enterrar el cadáver; y nosotros dejamos que nuestros lectores piensen cómo aumentaban en su alma, tras lo que acababa de pasar y por las cosas a las que sin cesar la obligaban, el odio profundo que alimentaba por los nuevos monstruos entre los que el azar la ponía.

Mientras, la alegría provocada por aquel nuevo botín fue tal que por la noche no pensaron en otra cosa que en divertirse. Las orgías fueron completas; se exigió que todas las mujeres o muchachas de la banda, lo mismo que todos los muchachos, cenasen desnudos. Justine, en el mismo estado, se vio obligada a servirles.

Gaspard dijo a los postres que Séraphine le había prometido hacía mucho tiempo la historia de su vida; y como la invitación fue renovada, los términos en que aquella hermosa mujer se expresó fueron poco más o menos los siguientes.

CAPÍTULO XVIII

Historia de Séraphine. De cómo Justine deja a los mendigos.
Nuevo acto de bondad, cuyo éxito ha de verse.
Quién es Roland. Estancia en su casa.

Nací en París, de un hombre y una mujer cuya reputación muy equívoca no debía hacer esperar por fruto de su amor una cantidad muy grande de moralidad. Mi padre era el portero de los capuchinos del Marais; mi madre, una granuja muy guapa del barrio, a la que el padre Siméon, autor de mi nacimiento, mantenía con el dinero del convento en una casa cercana. Tenía un hermano un año mayor que yo, resultado de la misma intriga, y al que Pauline, mi madre, educaba, como a mí, en principios bastante relajados; este hermanito, al que llamaban De l'Aigle, por el apellido familiar de mi padre, era a un tiempo el niño más guapo y el más insigne libertino que tal vez hubiese en todo París. Las inclinaciones más viciosas se anunciaban en él desde sus años más jóvenes; y el mayor interés del bribonzuelo era sugerírmelas todas. Apenas cumplidos los diez años ya era lascivo, borracho, ladrón y cruel, y, además de inspirarme todos estos vicios, me los predicaba con una fuerza de ánimo y de razón muy extraordinaria para su edad. Fue él quien me reveló los secretos de mi nacimiento, dando lugar en mí al más excesivo desprecio por quienes eran sus autores. Sin embargo, De l'Aigle quería a su madre; la codiciaba incluso; se veía a todas luces. «Sólo tengo diez años, Séraphine, me decía algunas veces; pero me acostaría con mi madre tan bien como Siméon; estoy seguro de que le haría tanto como él…, los he visto…, sé todo, y te lo enseñaré cuando quieras». Por desgracia, como os he dicho, Pauline favorecía un poco todas estas malas disposiciones; idolatraba a mi hermano; lo acostaba con ella; y De l'Aigle no tardó mucho en confesarme que era de aquella madre incestuosa de quien aprendía una gran parte de las cosas en las que tanto ardía en deseos de instruirme. Esa intemperancia podía ser tolerada por la edad de mi madre, quien, habiendo traído al mundo a mi hermano a los trece años, apenas tenía veintitrés. Llena de ardor y hermosa como un ángel, la muy bribona, disculpada por la naturaleza, atendía infinitamente más su voz que la de la razón. No me había costado mucho ver en los consejos que de ella recibía que su moral era muy relajada. Pero, como aún no tenía suficiente razón para interpretar sus motivos, tomaba por ternura lo que no era sino efecto de la más completa corrupción.

Tales eran, poco más o menos, los motivos por los que se descuidaba nuestra educación; leer y escribir era prácticamente lo único que nos enseñaban; pero nada de talentos…, nada de moral…, nada de religión. Siméon, el más impío, el más libertino de todos los hombres, había prohibido expresamente que se nos hablase nunca de Dios. «Habría sido deseable, decía, que se hubiera degollado al primero que pudo

pronunciar su nombre. Preservemos a la juventud de esos peligrosos conocimientos; serían otras tantas ventanas al error; ¡ojalá todos los padres pudiesen hacer lo mismo! No tardaría la filosofía en planear sobre los hombres».

Tal vez me digáis: ¡Mucha inteligencia es ésa para un capuchino! Pero mi padre tenía mucha. Por eso era muy libertino; aunque es cierto que tal defecto es casi siempre el de los grandes hombres y que muy raras veces quien tiene luces está exento de ateísmo o de inmoralidad.

Aunque el lío de Siméon con mi respetable madre durase desde hacía trece años, dado que la había desvirgado a los diez y que mi madre misma era el fruto de una primera relación de ese reverendo padre con una vendedora del barrio, de donde resultaba que Pauline, hija y amante a la vez, tenía un doble título para merecer su corazón…, aunque ese apaño, repito, durase ya trece años debido al doble vínculo del que se acaba de hablar, su amistad no se había enfriado para nada. La complacencia absoluta de mi madre, su extremada docilidad a los irregulares caprichos del capuchino, la reunión de todos estos motivos le volvía preciosa, en una palabra, la sociedad de Pauline, y no había día en que no fuese a pasar de cinco a seis horas a su casa. El superior del convento, el padre Yves, que mantenía por su lado a una bellísima joven de dieciocho años llamada Luce, se reunía con esta pareja) junto con su querida. En cada hogar había una preciosa criada que, por lo general, participaba en esas reuniones libidinosas; y en ellas, la mayoría de las veces, tras una abundante comida, se ofrecían a Venus sacrificios inmundos, cuya disposición y detalles no pueden corresponder más que al genio de los monjes.

La alegre pandilla estaba a punto de reunirse un día cuando mi hermano vino en mi busca a toda prisa: «Séraphine, me dijo) ¿tienes curiosidad por saber cómo pasan su tiempo estos buenos religiosos? —Desde luego. —Pues, querida hermanita, pongo una condición antes de hacer que goces de ese espectáculo. —¿Cuál es? —Que me dejes hacer contigo lo que veamos hacer entre ellos. —¿Y qué hacen entre ellos? —Ya lo verás, hermana mía… ¡Bien!, ¿estás de acuerdo?». Y el bribonzuelo remató su propuesta con un beso tan cálido sobre mis labios que los primeros síntomas del temperamento de fuego que me había dado la naturaleza se declararon en mí al punto; me corrí en los brazos de mi hermano. El diablillo, ya muy enterado, aprovecha mi flaqueza, me arroja sobre una cama, me levanta las faldas, me separa los muslos y recoge en su boca, con diligencia, las inequívocas marcas del placer que acaba de despertar. «Estás soltando tu leche, hermana, me dijo De l’Aigle… Sí, amor mío, lo que acabas de hacer tiene ese nombre… Estás más adelantada que yo, que no puedo hacer lo mismo. Por mucho que mi madre me la menee, me chupe, no sale nada; ella dice que ya llegará…, que tengo que esperar a los catorce años; pero no por eso dejo de tener menos placer. Mira», continuó cogiendo mi mano y llevándola sobre un pequeño miembro, pero ya muy rígido y de un grosor bastante bueno, «agítala, hermana; ya verás cómo gozo… No, mejor, espera; voy a ponerte como mamá me coloca con ella». Y el muy pícaro, mientras dice esto, me libera de mis faldas, se

quita sus calzones y, tras acostarme en la cama, se extiende, en sentido contrario, sobre mí, de forma que pueda poner su polla en mi boca y sus labios se posen sobre mi coño. Yo le chupo, él me hace lo mismo; permanecemos así cerca de una hora, extasiados, sin variar la postura. Finalmente, el ruido que se deja oír en la habitación vecina, atrayendo nuestra atención nos advierte que hay que cambiar de papel, y que de agentes tenemos que convertirnos en espectadores.

Esa primera escena de libertinaje cuya visión me procuraba mi hermano es demasiado interesante para que no os la detalle; y voy, sin temor a desagradaros, a describir hasta las más ligeras circunstancias. Me doy cuenta de que las expresiones que debería utilizar tendrían que ser tan puras como la edad que yo tenía entonces; pero mi relato perdería si os fuera transmitido bajo estos velos; y para ser más exacta, debo emplear los términos que habría utilizado si tuviera que describir hoy esa misma escena. Comencemos por los personajes.

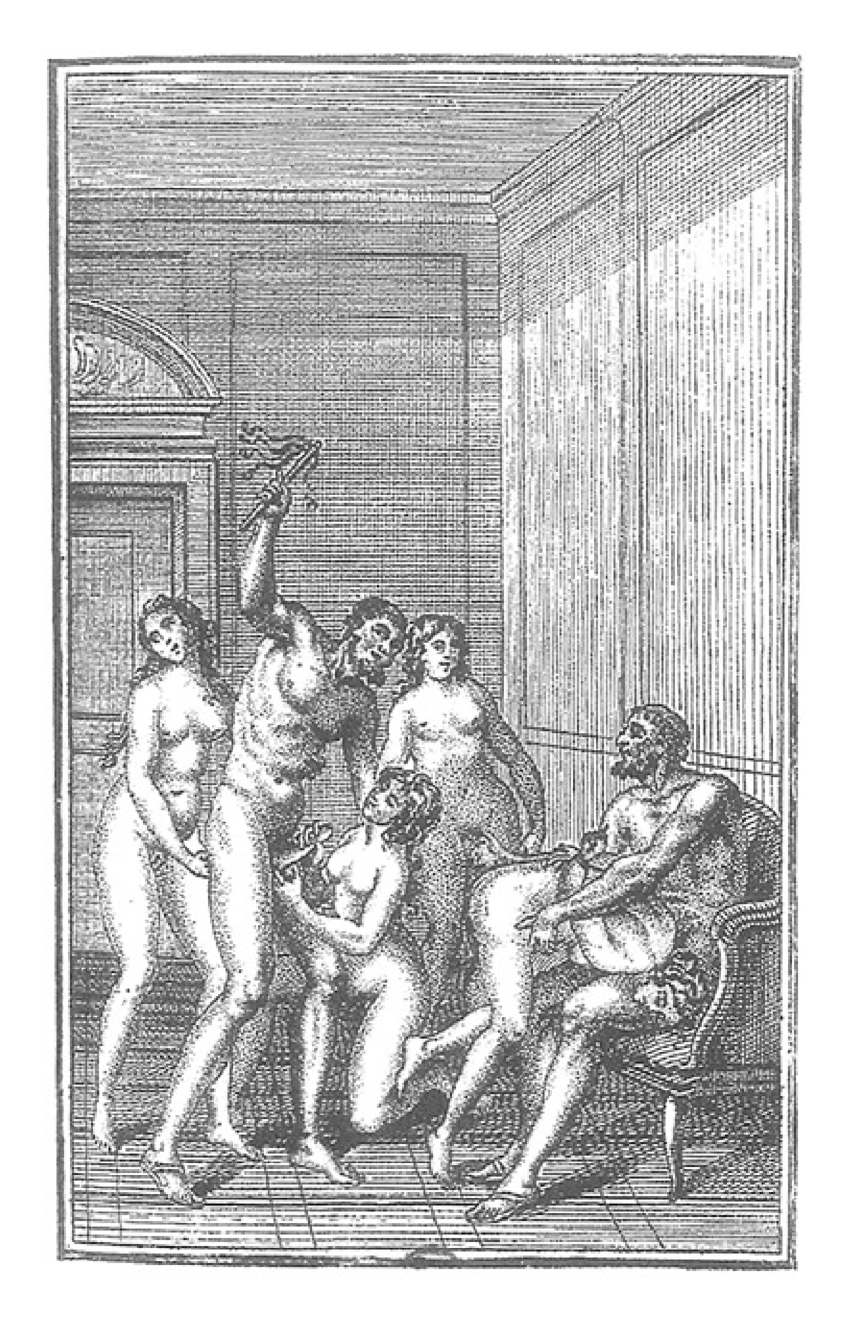
Mi madre, como sabéis, tenía veintitrés años; era hermosa como un ángel; pelo castaño, el talle relleno, aunque ágil y suelto; unas carnes firmes y de gran lozanía; ojos soberbios, pero la cara algo encendida por una intemperancia en la mesa demasiado frecuente…, tipo de vicio a la que la había arrastrado el deseo de agradar a su amante, que nunca gozaba con tanta voluptuosidad de ella como cuando el exceso de vino y licores le había hecho perder la razón.

Luce, la querida del padre Yves, el superior del convento y el amigo de mi padre, tenía dieciocho años como acabo de decir; era rubia, de hermosos ojos azules del mayor interés; con la piel más bella posible; el pecho…, las nalgas sublimes; y uno de los coños más estrechos, según pretendían nuestros lascivos, que fuera posible dar a joder a capuchinos.

Las dos criadas eran hermanas, desvirgadas por nuestros dos libertinos a la edad de diez años, y a su servicio desde esa época. La mayor, que se llamaba Martine, podía tener unos dieciséis años; Léonarde, la menor, apenas tenía quince; bonitas caras, lo mismo que el talle y la lozanía: sin exageración, eso colocaba a una y otra niña en la categoría de las aldeanas más bonitas de Francia.

En cuanto a nuestros monjes, eran poco más o menos de la misma edad. Sin embargo, mi padre parecía mayor; podía tener cuarenta años; apariencias de sátiro, barba azul, ojos negros, un vigor sorprendente, una imaginación encendida, y una de las pollas más soberbias de Europa, después de la del padre Yves, que sin embargo le aventajaba mucho porque tenía once pulgadas de larga, cabeza franca, de ocho de grosor. Yves sólo tenía treinta y ocho años; su fisonomía era menos agradable que la de mi padre: ojos pequeños, nariz larga; pero de constitución vigorosa, y más libertino todavía.

Toda la compañía salía de la mesa cuando nosotros saltamos al pie de la cama en la que acabábamos de hacer extravagancias, para aplicar nuestros ojos a las ranuras de un tabique que separaba la habitación donde estábamos de aquella otra en que iban a celebrarse las orgías.



Por el desorden en que vimos las cabezas, nos pareció que los sacrificios que se disponían a ofrecer se resentirían de los que acababan de celebrar en los altares del dios de la Buena Mesa. Sobre todo mi padre me pareció totalmente borracho: «Yves», dijo a su cofrade, «que estas zorras se desnuden; la que antes se desnude será la primera follada…, y, en cambio, la más perezosa recibirá cincuenta latigazos de cada uno. —Me parece bien, respondió Yves; porque tengo tantas ganas de azotar como de follar; no es que, para mi gusto, lo primero no valga infinitamente más que lo segundo; pero como hoy estoy muy empalmado, necesito soltar el esperma, y nunca lo pierdo tan bien como jodiendo». Mientras decía estas palabras, el maricón sostenía el argumento de una musculosa polla cuya cabeza escarlata amenazaba el cielo. «¡Me cago en Dios!», le dijo mi padre acercándose a empuñar aquel miembro… «¡Rediós!, amigo mío, qué empalmado estás… Tendrás que admitir, Pauline, que eso es lo que se llama un aparato soberbio. Mira, lo confieso, querida: siempre gozaré con más voluptuosidad viéndote meter una polla como ésta que jodiéndote yo mismo. Si me hubiera casado, no habría sentido mayor placer que verme encornudado por un

aparato de esta especie. —Infame libertino», responde el padre Yves desabotonando los calzones de su cofrade, cuyos hábitos ya estaban en manos del diablo, «admite que también hay un sitio donde te gustaría más ver esta polla que en el coño de tu amante. —¿Dónde? —¡En tu culo, amigo mío, en tu culo! —Verdad es, dijo Siméon; mira este culo del que hablas, mira lo hermoso que es; bárrelo un momento antes de entrar en el coño de mi zorra. —Toma, muerto de hambre, quedarás satisfecho», dijo el padre Yves tumbando a Siméon sobre un sofá y clavándole su nervioso aparato en el culo. «¡Ah, joder…, joder!», exclama mi padre remedando a la puta y coleando como una anguila; «sí, rediós, es lo que yo quería». Y el muy lascivo, haciendo que una de las dos jóvenes criadas se deslizase al punto debajo de él, la encoña mientras lo enculan. Pero estos ataques no eran más que preludios, ambos se retiraron sin perder leche; y se pone en la escena lúbrica un poco más de regularidad. A pesar de este pequeño episodio preliminar, nuestros monjes no habían perdido la brújula; se habían dado perfecta cuenta de que la joven Martine había sido la última en desnudarse, y mi madre la primera. «Ejecutemos la sentencia, dijo Siméon; Pauline, danos unas varas; y tú, padre Yves, coge a esa putilla, átate las manos con tu cordón, inclínala sobre tus rodillas; voy a enseñarle a ser perezosa; cuando la haya hecho sangrar, tú ocuparás mi sitio». Agarran a la pobre niña; por más que grite y se defienda, no la escuchan. Siméon, fijando su postura con su brazo izquierdo, con el que le rodea los riñones, le aplica con el derecho una zurra tan nerviosa que en menos de veinte golpes las nalgas están todo rojas. «Poneos de rodillas delante de este aparato, Léonarde», dice a la otra niña, «y meneadlo sobre vuestras tetitas; tú, Luce, mientras te azoro, deberías chuparle el culo, todavía lastimado por el ataque que acaba de recibir; ya ves cómo se te ofrece por entero; excítalo, pequeña; y tú, Pauline, acércate para que mi cofrade te folle, para consolarte un poco del esfuerzo que le cuesta tener quieta a esa pequeña zorra… Y bien, ¿no os he dicho que formaríamos el grupo más bonito del mundo? Mirad en ese espejo lo interesante que es. Vamos, cambiemos, padre Yves; ocupa mi sitio y yo me pondré en el tuyo; termina de desollarme el culo, de forma que esté lastimado quince días por lo menos». Yves no se hace rogar; y la desdichada Martine sólo sale de sus manos ensangrentada. «Vamos, dice Siméon, ya hemos castigado, ahora recompensemos. Pauline ha sido la primera en desnudarse; ya sabes lo que hemos prometido a ese acto de obediencia; jódela, padre Yves, yo te serviré de chulo, a condición de que tú me hagas de maricón. —De acuerdo, dijo el padre Yves; hace mucho que, a ejemplo de César, me gusta mucho ser el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos[1]». Mi madre se coloca; la muy puta estaba tan caliente que ya se corría. Siméon guía él mismo la polla, la presenta, la hace entrar. «¡Ah, joder!», exclama mi madre en cuanto la siente, «qué aparato tan monstruoso…, me corro». En cuanto están unidos, Siméon se apodera del trasero de quien le hace cornudo; asesta su polla sin mojarla y llega al fondo del culo de su rival cuando éste ya está en el fondo del culo de Pauline… Los dos follan…, los dos se agitan…, son las olas del mar sacudidas por el

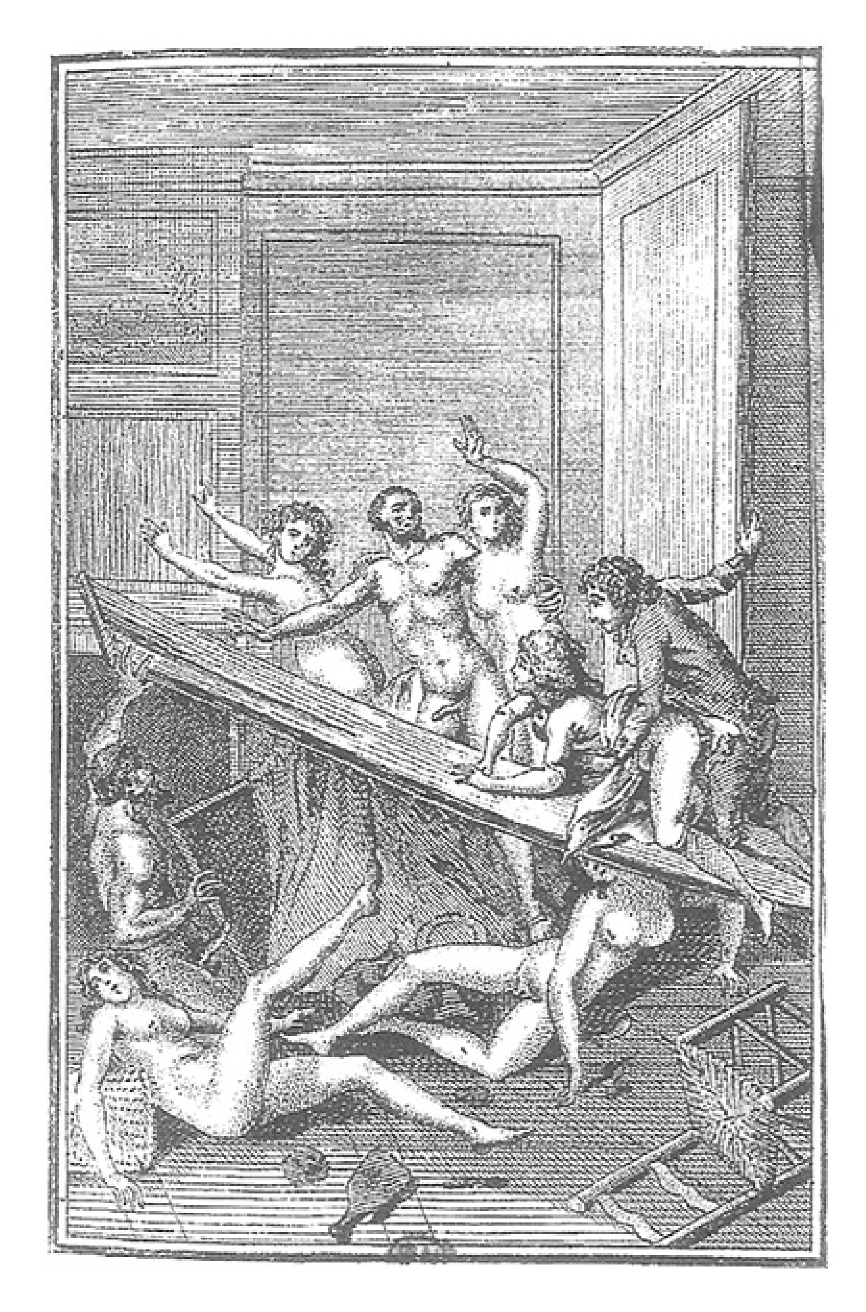
aquilón que las hincha. Pero necesitan episodios: «Martine, dice mi padre, ven a ponerte a horcajadas sobre los riñones de Yves, quiero besarte el culo mientras sodomizo el del jodedor de mi amante; y tú, Léonarde, colócate igual, a horcajadas sobre el seno de Pauline; le pondrás el coño en la boca; la tríbada te chupará; le gusta lamer el coño de una mujer mientras la follan; y el padre Yves te besará las nalgas: a veces es necesario besar un culo cuando se folla una vagina; es el contraveneno. —Y yo, dijo Luce, ¿qué tengo que hacer? —Mastúrbame, dijo Siméon, y de vez en cuando dame a besar tanto tu boca como tu culo; luego, bailarás a nuestro alrededor como David ante el arca[2] y, mientras circulas así, tendrás que mear y cagar; esas porquerías nos pondrán contentos. En materia de orgías, hay que probarlo todo; cuanto más sucio es lo que uno imagina, mejor se corre. Al diablo la jodienda sin crápula; todos los vicios se ayudan, se encadenan, se comunican fuerzas mutuamente; hay que probarlos todos follando. —Y que nos traigan de beber, dijo el padre Yves; me gusta emborracharme mientras me entrego a la lujuria; como tú, amigo mío, pienso que todos los vicios dan fuerzas a éste, y nunca se pueden reunir demasiados en el momento en que uno quiere soltar la leche… Cuando se folla, todo es delicioso; y cuantas más cosas se hacen en esos momentos, con mayor vivacidad se excita uno. —Vamos, córrete…, córrete, respondió mi padre; porque el esperma embrolla tus ideas y pronto ya no sabrás lo que dices. —¡Bien, joder!, por lo menos voy a demostrarte que sé lo que hago; porque para no hacerle un niño a tu zorra, voy a soltarle mi andanada sobre el vientre. —No, no», dijo Siméon, oponiéndose al virtuoso gesto de su cofrade, «no te preocupes por eso; en nuestro huerto hay lo que se necesita, sigue follando, querido, y cuando la pura se hinche, ya me encargaré yo de poner las cosas en orden». Yves, animado, redobla su ardor; los movimientos de mi padre acaban por abrasarlo y los dos saborean al mismo tiempo el soberano placer, y los dos, maravillosamente servidos por las acólitos, lanzan al mismo tiempo, en el recipiente que la acoge, la espesa leche que les calienta la cabeza. Pero los dos, demasiado libertinos para quedarse satisfechos con eso, no hacen sino cambiar de goce. Yves encula a Siméon, que a su vez encoña a la querida de su amiga; las dos niñas se hacen besar las nalgas y Pauline se encarga de las circunvalaciones libidinosas. Las hace con tanto arte, satisface tan bien, sucesivamente, las distintas necesidades de la naturaleza, que precipita el éxtasis de nuestros folladores, cuyo delirio viene a coronar enseguida una segunda eyaculación.

«¡Oh!, descansemos un momento, dice mi padre; no se me volverá a empalmar hasta que no haya bebido seis botellas de vino de Champagne por lo menos».

Aprovechemos este instante para daros cuenta ahora de todo lo que había pasado entre mi hermano y yo durante ese interesante espectáculo.

De l’Aigle había abandonado con frecuencia el papel de espectador para interpretar el de agente; y, como la posición en que yo estaba, le dificultaba bastante el disfrute de mi delantera, el pequeño libertino se resarcía en la trasera. Me había levantado la camisa por debajo del corsé; y, dueño de mi culo gracias a mi postura, lo

devoraba con los besos más ardientes; nada escolar en nada, el bribón lo separaba y metía en él la lengua…, el dedo; y, al final de la escena, inclinado sobre mis riñones, había conseguido insinuarme su pequeño dardo en la entrada del coño. Alentado por estos preliminares: «Déjate, hermana», me había dicho al ver a nuestros actores en la mesa, quédate en la misma postura; inclínate sólo un poco, y verás cómo entro». Muy enardecida por lo que veía, me apoyo con fuerza en el tabique presentando lo mejor que puedo mi trasero a De l’Aigle… Pero ¡Gran Dios! ¡Qué acontecimiento! La tabla, poco segura, se despega y va a caer sobre la cabeza de Martine con tal fuerza, y en una dirección tan peligrosa, que la derriba sin conocimiento haciéndole en la cabeza una brecha por la que brota la sangre a borbotones. Mientras tanto, nuestros dos monjes, muy asombrados de vernos rodar al suelo a lo largo de aquella tabla, ambos en una actitud y en un estado que no les deja adivinar nada, no saben adónde correr cuanto antes. ¿Socorrerán a Martine? ¿Vendrán en nuestra ayuda? La lujuria prevalece entonces sobre la piedad, como debe ser en el alma de un verdadero libertino. Ambos, singularmente emocionados por la desnudez en que nos ven, nos levantan, pasean sus manos por nuestros encantos, nos riñen…, nos acarician uno tras otro, y dejan a las mujeres socorrer a la herida, que se encuentra en tal estado que se ven obligadas a meterla en la cama. La malhadada tabla había causado tanto desorden que la mesa sobre la que había caído había ido a parar al suelo, arrastrando con ella platos y botella cuyos restos inundaban la habitación: «Limpiad todo esto», dijo Siméon arrancando a Léonarde de los cuidados que daba a su compañera y demostrando, con esa dureza, que se preocupaba mucho más del local de sus placeres que de las atenciones debidas a la desdichada víctima de aquella aventura…, «¡bien!, está herida, prosigue, sea enhorabuena, ya se verá lo que es… —Pero, padre, dice Léonarde, está toda ensangrentada. —Bastará con restañar la sangre; ya nos ocuparemos del resto cuando hayamos follado». Y durante este diálogo…, objeto de las caricias de mi padre mientras De l’Aigle lo es de las caricias del padre Yves, nuestros crueles lascivos, sin preocuparse para nada del estado de la pobre Martine, sólo parecen emocionarse ante los placeres que esperan de dos nuevos goces con los que apenas contaban. «Mira», le decía Siméon al padre Yves, «¡mira qué pelo tiene ya esta briboncilla!… ¡Y su monte, mira cómo va sombreándose!… ¡Y he sido yo el que ha traído esto al mundo!… ¿Sabes que dentro de seis meses ya estará bien para recolectarlo? —¿Y por qué no ahora mismo?, dijo el padre Yves, ¿qué necesidad hay de esperar seis meses? Mira», continuó mostrando el culo de mi hermano, «¡mira lo formado que está ya! Vamos…, vamos, puesto que el azar nos los ofrece, aprovechémoslo; y dejémonos de tantas delicadezas».



Mientras tanto, De l’Aigle y yo, muy avergonzados, no nos atrevíamos a poner ninguna objeción a los planes que se anunciaban sobre nosotros. Mi madre se había apoderado de mi hermano; y besándole con ardor: «Delicioso Amor», le decía meneándole su pequeña polla, «no te resistas a tu padre, es tu felicidad lo que quiere; si puede unirse a ti, tu fortuna está hecha… Ven, ven a mis brazos, mariconcete; ven a meter tu polla en el mismo lugar que te dio la vida; el placer que sientas con ese goce tal vez suavice los tormentos de la desfloración que te preparan. —¡Ah, excelente idea!, dijo Siméon; voy a follar a mi hijo mientras él encoña a su madre; ¡qué cuadro para ti, padre Yves! —¿Crees, responde éste, que lo contemplaré con sangre fría? Mientras, desvirgaré a tu hija. —No, rediós, dice Siméon; los dos son hijos míos, y quiero follármelos a los dos. Mira, amigo mío, aquí puedes procurarte un goce tan excitante como voluptuoso; porque me doy cuenta de que, para el espectáculo de una inmoralidad, uno mismo tiene que volverse muy impuro y muy irregular: encula a Martine, que acaba de romperse la cabeza y sufre como una desgraciada: tu polla la vejará de forma prodigiosa; y de esta doble crisis de dolor resultará necesariamente,

como " puedes suponer, una inmensa suma de voluptuosidad; porque ya sabes, amigo mío, cuánto placer reporta a nuestros sentidos el dolor producido sobre el objeto que estamos gozando. —¡Ah, joder!, la idea es tan nueva como excelente, exclama el padre Yves amenazando ya con su enorme polla las nalgas de la pobre pequeña herida… Vamos, puta, ven a presentar tu culo. —Pero, padre, sufro horriblemente. —Mejor, es lo que necesito. —Padre Yves, dijo Siméon, haz que le quiten ese pañuelo para que tengas la herida ante tus ojos». Todo se hace, a pesar de las resistencias naturales y necesarias por las desproporciones existentes entre el enorme aparato del padre Yves y el delicado culo de la joven Martine. El ataque empieza; Luce ayuda a su amante…, le besa…, le excita mientras él actúa. La desdichada víctima, vejada al mismo tiempo por los dolores del golpe que ha recibido y por la antinatural intromisión de la polla con que la perforan, lanza gritos inhumanos; y Siméon, con ese interesante cuadro ante la vista, no tarda en ponerse a la rarea. Pauline ya se había metido el pequeño aparato, muy duro, de mi hermano; el pequeño bribón estaba follando ya a su madre cuando Siméon, viendo el culo de su hijo a su alcance, se presenta en el orificio como vencedor. Dificultades sin cuento acompañan la empresa; pero Siméon no es hombre que se deje amedrentar por nada. Léonarde sujeta al niño, le aparta las nalgas, el monje moja su polla…, la presenta; dos saltos furiosos, acompañados de enormes blasfemias, introducen ya la cabeza, Siméon redobla su energía; mi madre sujeta y acaricia a su hijo; el niño llora; los placeres que le dan por delante no le resarcen de los dolores que siente por detrás; pero se preocupan poco por lo que él sienta. Nuevos empujones deciden por fin la victoria; el muy malvado llega al fondo, y nuevas blasfemias preceden a sus laureles. Léonarde está a su alcance; la soba, la lame mientras sodomiza a su hijo; y para que el incesto esté mejor acabado, el lascivo quiere besar mis nalgas mientras encula a mi hermano. Me colocan por lo tanto sobre los riñones del bardaje filial de su reverencia, y el sodomista se entrega a él a capricho. Mientras, y siempre ante los ojos de mi padre, Yves propina al culo de Martine los golpes más sensibles, mientras su amante lo encula con un consolador. «Yves, dice Siméon, ¿estás tan empalmado como yo? —Sí, joder», responde éste, retirando, para demostrárselo, su polla cubierta de mierda del culo que sodomiza, y volviéndola a meter al punto; lo cual renueva de tal modo los dolores de la desdichada herida que a punto está de desmayarse; «ya ves si estoy empalmado. —¡Bien!, rediós, si es así, haz sufrir a esa puta». Y la infortunada contra la que se urdían complots tan cobardes inundaba la habitación con su sangre: «jodido Dios, prosigue el malvado, fóllate el agujero que se ha hecho en la cabeza, ya que estás empalmado, y haz otro al lado mientras desgarras ése». Se pone en práctica esa nueva execración: el feroz padre Yves desencula de la herida, la hace ponerse de rodillas, apunta con su polla a la llaga, se hunde en ella, se corre, rompiendo a bastonazos la otra parte sana del cráneo de la infortunada. «Así es», dice Siméon corriéndose por su parte en el culo de mi hermano, mientras me muerde las nalgas, «si, así es, me gustan los horrores…, nunca me corro tan bien como cuando los hago,

los veo o los mando hacer. Espera, prosiguió mi padre, para volver a estar en condiciones voy a fustigar a esta zorra. —¡Oh, joder!, dijo el padre Yves…, se encuentra en un estado que no va a poder resistir. —¿Te burlas de mí?, dijo Siméon, hasta que una pura no reviente, siempre se encuentra en situación de aguantarlo todo». El bribón la agarra mientras dice eso; curvándola bajo su brazo izquierdo, con una de sus piernas le enlaza las dos suyas, y la fustiga con la mano derecha con tal violencia que en menos de sesenta golpes sus muslos quedan inundados por la sangre que su trasero destila; nada lo detiene, continúa. A Yves se le ocurre devolverle lo que él hace a la pobre niña; el culo de su cofrade, totalmente desnudo, se encontraba a su alcance. Una nueva escena sigue al punto. Siméon quiere que Léonarde le chupe la polla mientras flagela a Martine; subida a la cama, él sigue besando el mío; y Luce continúa trabajando con un consolador el culo del padre Yves que, mientras folla a su amigo, retuerce brutalmente las retas de mi madre. «No nos corramos así, dice Siméon, no merece la pena; es preferible joder; mira, sodomiza a mi hijo una vez más en brazos de su madre; yo voy a poner a mi hija a caballo sobre las tetas de su mamá; y la encoñaré mientras ella, con sus nalgas, oprime la cara de su madre; entretanto, Léonarde y Martine nos azotarán, y Luce nos hará besar sus nalgas».

No os describiré todos los dolores que sentí en la pérdida de mi virginidad; la polla de mi padre era monstruosa, y no tenía ningún miramiento conmigo. Me preparaban además un nuevo suplicio; mi madre, al correrse, sin saber ya lo que hacía, coge con sus dientes un trozo de mis nalgas que, como sabéis, descansaban en su cara; yo lanzo un grito al empujar vigorosamente mis riñones contra la polla monstruosa que me perfora; este movimiento precipita el éxtasis de mi padre…, se corre; su cofrade le imita; la postura se rompe, y unos instantes de calma vienen a refrescar al mismo tiempo los sentidos y los ánimos de nuestros libertinos.

«Bebamos, dice mi padre; sólo los excesos de la mesa producen buena leche; y nunca veréis a un verdadero libertino que no sea borracho y glotón. —Trae el mejor vino que tengamos», le dice el padre Yves a Luce; «aún nos queda tarea por delante. —Espera, dice Siméon, mientras nos atiborramos de comida, estos dos niños no deben dejar de masturbarnos…, y plena libertad durante la comida…, comeremos, beberemos, mearemos, soltaremos pedos, cagaremos, nos correremos.., nos entregaremos al mismo tiempo a todas las necesidades de la naturaleza. —Sí, joder…, sí, rediós, dijo el padre Yves ya vacilante, esto es lo único delicioso en el mundo: cuando uno se dedica a celebrar orgías, es necesario que todo sea crapuloso…, sucio y cochino, como el Dios que se reverencia; hay que revolcarse en la mierda, a ejemplo de los cerdos, y adorar únicamente, como ellos, el fango y la infamia». Martine, aunque bañada en su propia sangre, es colocada sobre la mesa; sus nalgas ensangrentadas sirven para poner los platos; y, cuando están en el segundo, los libertinos comen encima tortillas ardientes. Después de una hora de esa cruel restauración, hablan de follarme por el culo: yo sólo había perdido una de mis virginidades, se trataba de atacar la otra. «Tenemos que ponerla entre los dos, dijo el

padre Yves, yo follaré su coño mientras tú la enculas; Pauline te colocará el aparato de su hijo en el trasero, y mientras tanto te follará; Luce me hará el mismo servicio; Léonarde galopará a nuestro alrededor, meándose y cagándose por la habitación, y aplicando en cada vuelta, unas veces una bofetada, otras un cachete, o incluso un puñetazo a la interesantísima Martina, que sin duda reventará en la operación».

Todo se dispone. Pero ¡Dios del cielo! Si yo había sufrido en la primera de aquellas introducciones, ¡qué no sentí con la segunda! Creí que la polla de Siméon iba a partirme en dos; tenía la impresión de que era una barra al rojo vivo lo que me introducían en las entrañas; y sin embargo, por más joven que fuese, a través de todo esto sentía ligeras chispas de placer, signos seguros del que un día recibiría con aquella voluptuosa forma de joder. Una última descarga coronó la obra, sentí correr al mismo tiempo, por delante y por detrás, las dos emisiones que lanzaban dentro de mí; y, cayendo anonadada en medio de mis dos atletas, tardé más de un cuarto de hora en reponerme de la sacudida que tales ataques acababan de propinar en mi temperamento.

Finalmente, la hora de retirarse al convento no tardó en hacer levantar la sesión. Se separaron. Martine fue enviada al hospital, donde murió ocho días más tarde. Nosotros seguimos viviendo en casa de mi madre. Pocos días después se repitió la misma escena; y Pauline, que ya no se escondía, se resarcía en nuestros brazos de las forzosas abstinencias a que la obligaba su amante. Nos acostábamos alternativamente con ella, y a menudo los dos juntos. Entonces De l’Aigle y yo ejecutábamos ante sus ojos posturas a cual más lúbrica; y la muy granuja, dirigiendo nuestras lujurias, nos daba al punto todas las lecciones que recibía de su ámame; nos inspiraba sus principios, y no descuidaba nada de cuanto podía corromper cuanto antes nuestras mentes y nuestros corazones.

Cuando hubimos llegado a los trece o catorce años, la querida mamá no se limitó a eso. La infame criatura se atrevió a llevarnos a una casa donde dos libertinos se divirtieron con ella y con nosotros a la vez. Cien luises eran la recompensa de aquella prostitución; nos daba diez a cada uno, a condición del silencio más profundo; y, seguía diciendo, si cumplíamos y no revelábamos nada, ella nos proporcionaría otras aventuras. Nosotros la satisficimos y, en menos de seis meses, la buena señora nos vendió así a uno y otro a más de ochenta personas, cuando De l’Aigle, un día, únicamente por maldad, reveló todo a mi padre. Siméon, furioso, dio una paliza a mi madre con tal fuerza que cayó enferma, y al cabo de ocho días se vio a las puertas de la tumba. «Marchémonos de aquí, me dijo mi hermano; esa puta va a reventar; y Siméon se quedará con nosotros para su goce, lo cual no nos servirá de mucho, o nos hará entrar en el hospital, cosa todavía peor. Eres lo bastante bonita para hacer fortuna completamente sola; y yo, hermana, tengo un hombre que me cubre de oro si quiero seguirte a Rusia; me voy con él. —Pero ¿esa pobre mujer que está en su lecho? —Si su estado te conmueve tan vivamente, basta con estrangularla, dejará de sufrir. —Malvado», le dije sonriendo, y como poco escandalizada ante semejante

proyecto, ¿quieres hacer que nos apliquen la rueda? —Séraphine, me dijo mi hermano, uno está muy cerca del crimen cuando sólo lo detiene el cadalso. —Te juro que ese temor no me afecta mucho. —Bueno, hagámoslo. —De acuerdo; nunca he querido mucho a esa zorra»; y, atendiendo únicamente a nuestra furia…, a nuestro deseo de ser libres, de enriquecernos con los despojos de aquella desgraciada, entramos en su habitación como dos enloquecidos: estaba descansando; nos arrojamos sobre ella y la estrangulamos. «Repartamos enseguida el cofre», me dijo mi hermano. Encontramos en él veinte mil francos, la mitad en joyas, y, después de haberlo repartido noblemente, las puertas se cierran y ponemos pies en polvorosa. Fuimos a cenar al Bois de Boulogne; y después de habernos hecho los más tiernos adioses, de habernos prometido el secreto más riguroso, nos separamos. Mi hermano siguió al hombre que debía llevárselo; y yo fui en busca de uno de los libertinos que mi madre me había hecho conocer, y con el que contaba por las promesas que me había hecho. «Hija mía», me dijo aquel hombre cuando estuve en su casa, «no era de mí de quien te hablaba, yo veo a muchas chicas pero no mantengo a ninguna: la persona a la que te destino vale mucho más; pero, debo advertírtelo, te verás forzada a las sumisiones más ciegas; voy a enviar a por él; llegaréis a un acuerdo». Llega el personaje: era un hombre de sesenta y cinco años, riquísimo, todavía lozano, y que, después de haber dado las gracias a su cofrade por la buena conquista que le procuraba, me hizo pasar al tocador de su amigo, donde nos explicamos.

La pasión de aquel hombre, que se llamaba Fercour, consistía en dejar que un joven al que enculaba follase el coño de su querida delante de él; pero no se corría en el culo del joven; en medio de la corrida, colocaba su polla llena de mierda en la boca de la mujer, mientras el joven zurraba a esa mujer; y cuando veía el culo ensangrentado, el muy lascivo la sodomizaba, el ganimedes le azotaba entonces a él, y lo enculaba al cabo de unos minutos. Poco satisfecho con estos preliminares, la mujer se tumbaba de espaldas en un vasto sofá; y allí, mientras le hundían alfileres en el trasero y en los cojones, él colocaba más de un centenar en las tetas de su querida. Una vieja ama de llaves, que se presentaba sólo en ese momento, le hacía perder la leche cagándole en la boca.

Por duras que debiesen parecerme estas proposiciones, la necesidad me obligó a aceptarlas. Poco a poco me gané yo sola toda la confianza de Fercour; al cabo de dos años la aproveché para apartar de su lado a todos los testigos que me resultaban incómodos. Un día que mi Creso se divertía ante mi vista contando sus riquezas, éstas me tentaron. No tardé en hacer mis cavilaciones; se pasa enseguida a un segundo crimen cuando no se han tenido remordimientos por el primero. Eché en su chocolate seis gros de arsénico comprado para acabar con las ratas, y cuya custodia me habían, imprudentemente, confiado. El infame reventó en veinticuatro horas; le robé y pasé acto seguido a España. Durante dos años recorrí las mayores ciudades de ese país, ejerciendo el oficio de cortesana en todas con tanto gusto como provecho. ¡Oh!, amigos míos, fue en esas hermosas regiones donde vi las pasiones del hombre mil

veces más exaltadas que en ningún país de Europa. Ahí es donde las vi alcanzar resultados que ni se sospechan en el resto de la tierra. Parece que el excesivo ardor del sol y la fuerza de la superstición les prestan un grado de energía desconocido para el resto de los hombres. Realmente sólo allí los excitantes placeres de la blasfemia y del sacrilegio se amalgaman deliciosamente a los del libertinaje. Sólo allí la mutua energía que se prestan se añade al último grado del delirio y del extravío. ¡Ah, si supieseis lo que es joder a los pies de una Virgen…, en el fondo de un confesionario o al pie de un altar, como me ocurría todos los días! No, no hay nada en el mundo tan delicioso como la existencia de esos frenos puestos únicamente para alcanzar el placer de romperlos. ¡Qué divino es hacer así a todo el paraíso testigo de los propios extravíos! ¡Oh!, creedme, los españoles son el pueblo de la tierra que mejor razona sus voluptuosidades[3]…, los únicos que saben refinar mejor todos los detalles. En fin, yo era la granuja más rica y más feliz del mundo cuando una aventura horrible vino a detenerme de Toledo en medio de mi brillante carrera. El duque de Cortés, habiendo adquirido de mi persona un conocimiento bastante profundo para suponer que le sería útil en el horrible parricidio que meditaba, me hizo entrar en la mansión de su padre como criada de cuerpo de casa; el golpe estaba preparado: quinientas mil libras de renta se convertían para el joven duque en el premio a su fechoría; cuatro mil pistolas pagaban su ejecución. Un desgraciado lacayo descubre la intriga y coge el veneno que yo guardaba; el duque escapa…, me detienen. Al cabo de dieciocho meses de una prisión horrible, estoy por fin a punto de ser juzgada cuando vuestro camarada Gaspard, al que aquí veis, detenido por algunos crímenes semejantes, me ofrece intentar escapar en su compañía. Tuvimos éxito. Hay un Dios para los grandes culpables, los pequeños son los únicos que no escapan nunca. Pasamos juntos los montes, y, después de mendigar durante cerca de un año, nos encontramos por fin con vuestra banda. Ya conocéis, camaradas, la forma en que me he comportado desde que tengo el honor de pertenecer a ella. Es cuanto tenía que deciros: este relato, poco fértil en acontecimientos como os había advertido, no merecía la atención de gentes que, como vosotros, han pasado su vida de aventura en aventura; no importa, os he obedecido, y de esa forma os he convencido de que con vosotros siempre pondré la sumisión en el rango de mis primeros deberes.

La historia de Séraphine no había dejado de encender algunas chispas de lujuria en el corazón de aquellos libertinos; encontró imitadores, sobre todo, la pasión de Fercour. ¡Oh desdichada Justine!, tu hermoso seno sirvió de blanco a los dos malvados que quisieron imitar esa manía; y, en cuanto estuviste en tu triste camastro, las lágrimas que con tanta frecuencia te hacía derramar la injusticia de los hombres, volvieron a correr con mayor abundancia… Desgraciada, te quejabas del Cielo sin darte cuenta de que ese mismo Cielo te preparaba sin embargo la aurora del hermoso día que debía arrancarte de aquella cruel situación…, no para acabar con tus desdichas, sino para cambiar al menos su naturaleza.

Pese al estado de envilecimiento en que se mantenía a esta desventurada niña en el subterráneo, Séraphine seguía sin embargo protegiéndola; y, como a menudo la utilizaba en sus placeres particulares, le procuraba de vez en cuando algunas dulzuras. «Ángel mío», le dijo un día, «ya engañada de manera cruel por una de mi compañeras, remo no inspirarte a mi vez mucha confianza; te aseguro sin embargo que no te engaño en nada, y que mi boca va a ofrecerte aquí sólo la pura verdad; pero, discreción, o mi venganza sería terrible. Me piden de Lyon una mujer bonita para un viejo comerciante cuyos gustos son raros, cierto, pero que los paga con la suficiente generosidad como para consolar de las penas o los desagrados que pueden inspirar. Si te convienen, yo me encargo de tu libertad. Se trata de profanación: el hombre del que te hablo es un impío; se dedicará a sobarte mientras dicen misa delante de él; en la elevación, sacará de una cajita una hostia tan bien consagrada como la que se elevará delante de ti; te enculará con esa hostia mientras el celebrante se acerca a follarte a su vez con la que acaba de consagrar. —¡Qué horror!, exclamó Justine. —Sí, me he dado cuenta de que, con tus principios, una proposición semejante te repugnaría… Pero ¿es preferible seguir aquí? —No, claro que no. —Bueno, entonces decídete. —Lo estoy», dijo Justine con un poco de remordimiento; haz de mí lo que quieras, me entrego». Séraphine vuela a ver a Gaspard: le hace patente que el castigo de Justine es bastante largo; que no hay que seguir privando por más tiempo a la banda de los servicios que semejante joven está en condiciones de prestarles fuera; que le pide ayuda para sus distintas operaciones, y que responde de ella en la superficie de la tierra lo mismo que en las entrañas del globo. La gracia se consigue; le repiten las lecciones a Justine; le hacen pasar un examen, y al cabo de una estancia de cinco meses en aquel abominable refugio, logra por fin permiso para salir de él y seguir a su protectora a Lyon. «¡Gran Dios!», se dice Justine viendo de nuevo el sol, «una obra de piedad acaba de sumergirme completamente viva durante cinco meses; la promesa de un crimen rompe mis cadenas. ¡Oh, Providencia!, explícame tus incomprensibles decretos si no quieres que mi corazón se subleve».

Nuestras dos viajeras se detuvieron en una taberna para almorzar. Justine no decía nada, pero no por eso dejaba de pensar en su proyecto de libertad. «Señora», exclamó dirigiéndose a la dueña del lugar, mujer muy dulce y bastante bonita, «¡oh!, señora, os suplico que me concedáis vuestra ayuda y vuestra protección. La criatura con la que me veis a pesar mío me ha hecho jurar que la seguiré a un lugar donde mi honra quedaría comprometida; lo he hecho para escapar de una banda de sinvergüenzas donde tenía la desgracia de estar prisionera con ella. Mi intención no es acompañarla por más tiempo; os ruego que la induzcáis a renunciar a las pretensiones que cree tener sobre mi persona, rogarle que siga su camino y guardarme con vos hasta mañana, momento en que, separada de ella, tomaré por mi cuenta un camino… tan opuesto al suyo como nos encontramos en la vida. —Malvada, dijo Séraphine, furiosa, págame por lo menos, si quieres abandonarme. —Pongo al Cielo por testigo, dijo Justine, de que no le debo nada…, que no me obligue a explicarme con más

claridad». Séraphine, asustada, desaparece soltando juramentos; y Justine, mimada, consolada por la ventera, la más honrada y adorable de las mujeres, pasa cuarenta y ocho horas en esa casa, teniendo la prudencia de no decir nunca, al contar sus aventuras, nada que pudiera comprometer a los desgraciados que acababa de dejar. Al amanecer del tercer día se puso en marcha, colmada de regalos y con el aprecio de Mme. Delisle, y dirige sus pasos hacia la parte de Viena, decidida a vender lo que le quedaba, para llegar a Grenoble, donde sus presentimientos no dejaban de decirle que debía encontrar la felicidad. Vamos a ver cómo lo consiguió, después de haber contado previamente los nuevos obstáculos que la esperaban antes de llegar a esa capital del Delfinado.

Justine caminaba tristemente, siempre rumbo a la ciudad de Viena, cuando ve, en un campo a la derecha del camino, a dos caballeros que pisoteaban a un hombre con sus caballos, y que, después de haberlo dejado como muerto, escaparon a rienda suelta. Aquel horrible espectáculo la enterneció hasta las lágrimas: «¡Ay!, dijo, ese hombre es más de lamentar todavía que yo; a mí por lo menos me queda la salud y la fuerza; puedo ganarme la vida; y, si ese desdichado no es rico, ¿qué será de él en el estado en que esos granujas acaban de ponerle?».

Por más que Justine hubiera debido defenderse de los impulsos de la conmiseración, por más funesto que le hubiera resultado desde siempre entregarse a ella, no pudo dominar el extremado deseo que sentía de acercarse a aquel hombre y prodigarte su ayuda. Vuela hacia él, le hace respirar unas gotas de agua espirituosa, y goza al fin de toda la gratitud del infortunado al que alivia. Cuanto mayor éxito tienen sus cuidados, más los aumenta: uno de los pocos efectos que le quedan, una camisa…, la desgarra en trozos para restañar la sangre del herido. Una vez cumplidos estos primeros deberes, le da a beber unas gotas de aquel mismo licor espirituoso. Viéndole completamente repuesto, lo examina. Aunque a pie, y con un equipaje bastante ligero, aquel hombre no parece sin embargo ser pobre; tenía algunos efectos de valor, joyas, un reloj, cofrecillos; pero todo ello muy dañado por su aventura. «¿Quién es», dijo él cuando pudo hablar, «quién es el ángel bienhechor que me socorre? ¿Y qué puedo hacer para testimoniarle toda mi gratitud?». Teniendo todavía la simpleza de imaginar que un alma, ligada por la gratitud, debe pertenecerle por entero, la inocente Justine cree poder gozar del dulce placer de hacer compartir sus lágrimas a quien acaba de derramarlas en sus brazos; le informa de sus reveses. Él los escucha con interés; y cuando ella ha terminado el relato de la última catástrofe que acaba de ocurrirle: «¡Qué feliz soy, exclama el aventurero, de poder agradecer por fin cuanto acabáis de hacer por mí!… Escuchad…, escuchad, señorita, y gozad del placer que siento en convenceros de que tal vez sea posible que pueda pagar mi deuda con vos.

«Me llaman Roland; poseo un castillo muy hermoso en la montaña, a quince leguas de aquí; os invito a seguirme; y para que esta proposición no alarme vuestra delicadeza, voy a explicaros ahora mismo en qué me seréis útil. Soy soltero; pero

tengo una hermana a la que amo apasionadamente, que está consagrada a mi soledad y que la comparte conmigo; necesito una persona para que la sirva; acabamos de perder a la que ocupaba esa tarea; os ofrezco su puesto». Después de haber dado las gracias a su protector, Justine le preguntó por qué azar un hombre como él se exponía a viajar sin séquito y, como acababa de ocurrirte, a ser maltratado por unos bribones. «Algo rechoncho, joven y vigoroso, desde hace varios años, dijo Roland, tengo la costumbre de ir a mi casa de Viena de esta forma. Mi salud y mi bolsa salen ganando con ello. No es que esté en situación de preocuparme por los gastos, porque soy rico; pronto tendréis la prueba, si me hacéis el honor de venir a mi casa; pero hacer economías siempre viene bien. En cuanto a los dos hombres que acaban de ofenderme, son dos hidalgüelos del cantón, a los que gané cien luises la semana pasada en una casa de Viena. Me contenté con su palabra; me los encuentro hoy; les pido lo que me deben, y así es como esos malvados me tratan».

Nuestra compasiva viajera seguía teniendo lástima de aquel infortunado y de la doble desgracia de que había sido víctima, cuando el aventurero le propuso ponerse en camino. «Gracias a vuestros cuidados me siento algo mejor, le dijo; la noche se acerca; lleguemos a una casa que debe de estar a dos leguas de aquí; los caballos que tomaremos mañana en ella han de llevarnos a mi casa esa misma noche».

Totalmente decidida a aprovechar los socorros que el Cielo le enviaba, Justine ayuda a Roland a ponerse en marcha; le sostiene y, efectivamente, a dos leguas de allí encuentra la venta anunciada por su compañero de viaje. Los dos cenan decorosamente juntos. Después de la cena, Roland la encomienda a la dueña del lugar; y al día siguiente, en dos mulos de alquiler que escoltaba un criado de la venta, nuestra gente gana la frontera del Delfinado, dirigiéndose siempre hacia las montañas. Como el trayecto era demasiado largo para hacerlo en un día, se detuvieron en Virieu, donde Justine tuvo los mismos cuidados, las mismas consideraciones de parte de su amo; y, al día siguiente, prosiguieron su marcha, siempre en la misma dirección. Hacia las cuatro de la tarde llegaron al pie de las montañas; como allí el camino se hacía casi impracticable, Roland recomendó al mulero que no se apartase de Justine, y los tres penetraron en los desfiladeros. Nuestra heroína, a la que desde hacía más de cuatro horas no hacían más que dar vueltas, subir y bajar, y que no reconocía ya ningún rastro de camino, no pudo dejar de sentir cierta inquietud. Roland lo percibe, y no dice una palabra; aquel silencio asustaba más a la desdichada joven cuando por fin vio un castillo encaramado en la cresta de una montaña, al borde de un horrible precipicio en el que parecía dispuesto a abismarse. No daba la impresión de que hubiese ningún camino; el que seguían, practicado únicamente por las cabras, lleno de guijarros por todas partes, llegaba sin embargo a aquel espantoso retiro, que más parecía un asilo de ladrones que la casa de gentes honradas.

«Ésa es mi morada», dice Roland en cuanto creyó que el castillo había impresionado las miradas de Justine; y al manifestarle ésta su asombro por verle

habitar semejante soledad: «Es lo que me conviene», responde él con brusquedad. La respuesta, como es fácil comprender, aumentó los temores de nuestra infortunada. Nada escapa en la desgracia: una palabra, una reflexión más o menos pronunciada por aquellos de los que dependemos, ahoga o enciende la esperanza; pero, al no estar ya en condiciones de tomar un partido diferente, Justine se contuvo. Por fin, a fuerza de dar vueltas, la antigua casa en ruinas apareció de pronto enfrente. Roland se apea de su mula; Justine, por orden suya, hace otro tanto; y después de entregar aquellas monturas al criado, le paga y lo despide. Este nuevo proceder volvió a desagradar: Roland lo capta. "¿Qué tenéis, Justine», preguntó en roño bastante dulce mientras se encaminaba hacia su casa: «no estáis fuera de Francia; esta casa está en las fronteras del Delfinado; depende de Grenoble. —De acuerdo, señor…, pero ¿cómo se os ocurrió la idea de asentaros en sitio tan peligroso? —Es que quienes lo habitan no son gentes muy honradas, dijo Roland, es posible que no quedéis muy edificada por sus ocupaciones. —¡Ah, señor, me hacéis temblar! ¿Adónde me lleváis entonces? —Te llevo a servir a unos falsificadores de moneda, de los que soy el jefe», dijo Roland agarrando el brazo de Justine y haciéndola atravesar por la fuerza un puentecillo que se bajó y volvió a levantarse inmediatamente después. «¿Ves este pozo?», prosiguió en cuanto hubieron entrado, mostrando a Justine una gruta grande y profunda situada en el fondo del patio, donde cuatro mujeres, desnudas y encadenadas, hacían moverse una rueda; «ahí tienes a tus compañeras, y ésa es tu tarea. Gracias a que trabajarás diariamente diez horas haciendo girar esa rueda, y a que satisfarás, como esas mujeres, todos los caprichos a los que me plazca someterte, te serán concedidas seis onzas de pan negro y un plato de habas por día. En cuanto a tu libertad, renuncia a ella; no la tendrás nunca. Cuando te hayas matado a trabajar, te arrojarán en el agujero que ahí ves, al lado de ese pozo, con otras doscientas granujas de tu especie que te esperan, y se te sustituirá por una nueva.

—¡Oh, Gran Dios!», exclamó Justine arrojándose a los pies de Roland, dignaos recordar, señor, que os he salvado la vida…, que, emocionado durante un instante por la gratitud, parecisteis ofrecerme la felicidad, y que pagáis mis servicios sumiéndome en un abismo eterno de males. ¿Es justo lo que hacéis? ¿Y el remordimiento no viene ya a vengarme en el fondo de vuestro corazón? —Por favor, ¿qué entiendes tú por ese sentimiento de gratitud con el que imaginas haberme cautivado?, dice Roland. Razona mejor, enclenque criatura. ¿Qué hacías cuando acudiste en mi ayuda? Entre la posibilidad de seguir tu camino y la de venir a mí, ¿no escogiste ese último partido como un impulso inspirado por tu corazón? Por lo tanto, te entregabas a un goce. ¿Cómo diablos pretendes que esté obligado a recompensarte por unos placeres que tú te das? ¿Y cómo se te ocurrió nunca la idea de que un hombre que, como yo, nada en el oro y la opulencia, se digne rebajarse a deber algo a una miserable de tu especie? Aunque me hubieses devuelto la vida, no te debería nada, desde el momento en que has obrado sólo para ti. A trabajar, esclava, a trabajar. Debes saber que la civilización, pese a trastornar los principios de la naturaleza, no le quita ninguno de sus derechos.

En el origen, creó seres fuertes y seres débiles, con la intención de que aquéllos siempre estuvieran subordinados a los otros: la habilidad y la inteligencia del hombre trastocaron la situación de los individuos; dejó de ser la fuerza física la que determinó los rangos, lo fue el oro. El hombre más rico se volvió el más fuerte, el más pobre se volvió el más débil. Salvo los motivos que fundaban el poder, la prioridad del fuerte estuvo siempre en las leyes de la naturaleza, a la que le daba igual que la cadena que cautivaba al débil fuese mantenida por el más rico o por el más vigoroso, y que agobiase al más débil o al más pobre. Pero esos impulsos de gratitud con que quieres hacer araduras para mí, los desconoce, Justine; en sus leyes no figuró nunca que el placer al que uno se entrega ayudando, se convirtiese para el que lo recibía en una razón para disminuir sus derechos sobre el otro; en los animales que nos sirven, ¿ves ejemplos de esos sentimientos que reclamas? Cuando yo te domino mediante mis riquezas o mediante mi fuerza, ¿es natural que te entregue mis derechos porque has gozado al servirme, o porque, siendo desgraciada, has imaginado ganar algo con tu conducta? Aunque el favor fuese prestado de igual a igual, nunca el orgullo de un alma elevada se dejará doblegar por la gratitud. El que recibe, ¿no es siempre humillado? Y esa humillación que siente, ¿no paga de sobra al benefactor, que sólo por eso se encuentra por encima del otro? ¿No es un goce para el orgullo elevarse por encima de su semejante? ¿Necesita más el que complace? Y si el favor, humillando a quien lo recibe, se vuelve una carga para él, ¿con qué derecho forzarle a conservarla? ¿Por qué debo consentir en dejarme humillar cada vez que me hieran las miradas de quien me ha complacido? En lugar de ser un vicio, ¡la ingratitud es la virtud de las almas orgullosas, del mismo modo que la gratitud sólo es la de las almas débiles! Que me ayuden cuanto quieran, si de ello sacan un goce; pero que no exijan nada por haber gozado».

Tras estas palabras, a las que Roland no dio tiempo a responder a Justine, por orden suya dos criados se apoderan de ella, le quitan la ropa, muestran para su examen el cuerpo a su amo, que lo toca y lo soba brutalmente; luego la encadenan con sus compañeras, a las que se ve obligada a ayudar al instante, sin que ni siquiera le sea permitido descansar un momento de la fatigosa caminata que acaba de hacer. Roland se acerca entonces: le toca por segunda vez los muslos, las retas y las nalgas; amasa con dureza entre sus dedos todas aquellas carnes tiernas y delicadas; la colma de sarcasmos e impertinencias cuando descubre la marca infamante y poco merecida con que el cruel Rombeau había mancillado en otro tiempo a nuestra infortunada; luego, armándose de una verga que siempre había allí, le aplica sesenta latigazos en el trasero que, hinchando y magullando toda la piel, arrancan de aquella desdichada gritos que repercuten las bóvedas bajo las que está. «Así es como serás tratada, granuja, dice aquel infame, cuando faltes a tu deber; no te hago sentir la muestra de este traro por ninguna falta cometida, sino para que sepas únicamente cómo actúo con las que la cometen». Justine redobla sus gritos, se debate bajo sus cadenas; y las crueles expresiones de su dolor sólo sirven de diversión a su verdugo. «¡Ah!, ya te

haré ver muchas otras, pura», dice Roland acercándose para frotar con la cabeza de su polla las gotas de sangre que hacían brotar los golpes que seguía aplicando; «no estás al cabo de tus penas, y quiero que aquí conozcas hasta los refinamientos más bárbaros de la desgracia». La deja.

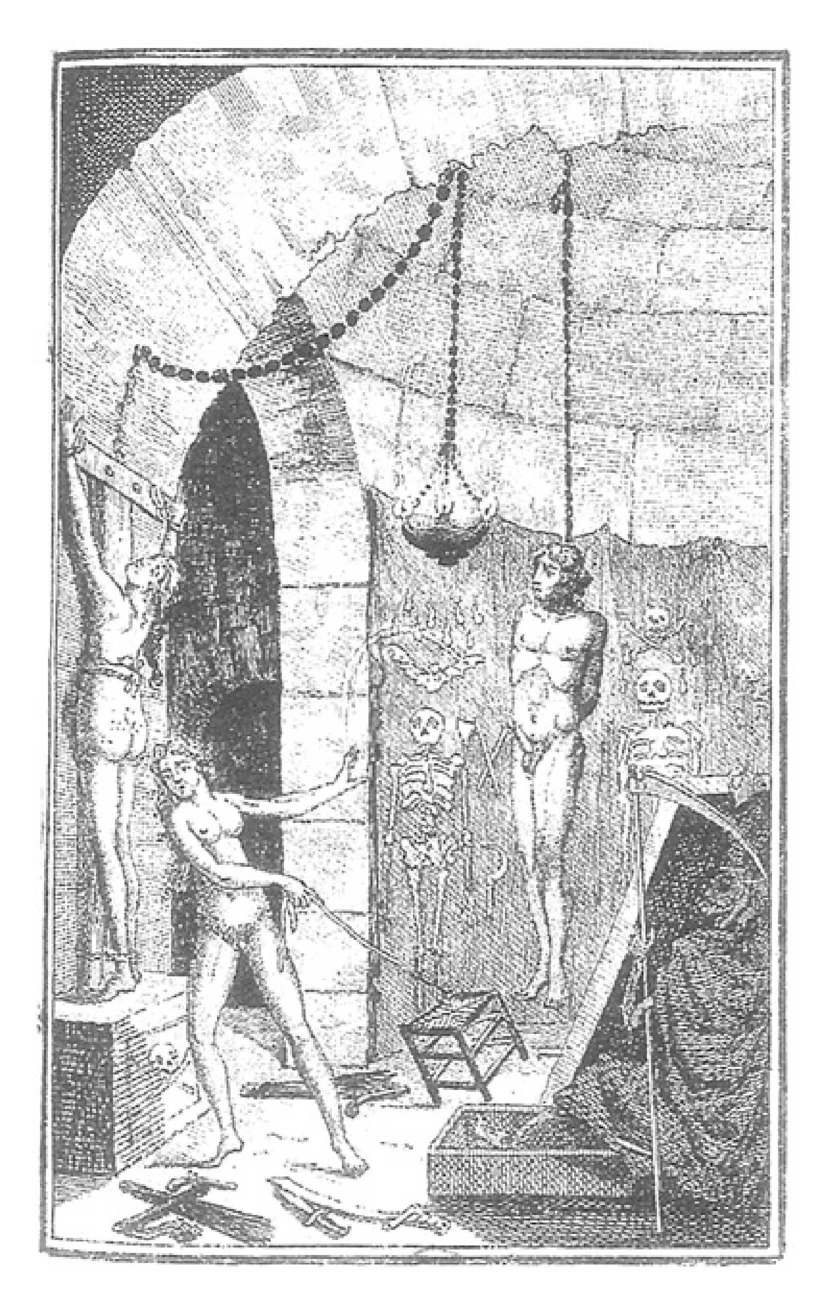
Seis oscuros reductos, situados bajo una gruta en torno a ese vasto pozo, y que se cerraban como mazmorras, servían durante la noche a las desgraciadas de las que acabamos de hablar. Cuando hubo llegado la noche, desataron a Justine y a sus compañeras, y las encerraron en esos nichos después de haberles servido la magra cena cuya descripción había hecho Roland.

En cuanto nuestra heroína estuvo sola se abandonó a sus anchas al horror de su situación. «¿Es posible, se decía, que haya hombres bastante duros para ahogar dentro de sí el sentimiento de la gratitud?… Esa virtud a la que yo me entregaría encantada, si alguna vez almas honestas me pusieran en situación de sentirla, ¿puede ser desconocida entonces para ciertos seres? Y los que la ahogan con tanta inhumanidad, ¿pueden ser otra cosa sino monstruos?»[*].

Justine estaba sumida en estas reflexiones cuando de pronto oye abrir la puerta de su calabozo; es Roland. El malvado viene a terminar de ultrajarla haciéndole servir sus odiosos caprichos… ¡Y qué caprichos, justo Cielo! Es fácil suponer que debían de ser tan feroces como su proceder, y que los placeres del amor en semejante hombre llevaban necesariamente los tintes de su odioso carácter. Pero ¿cómo abusar de la paciencia de nuestros lectores pintándoles estas nuevas atrocidades? ¿No hemos manchado ya de sobra su imaginación con infames relatos? ¿Debemos aventurar otros nuevos? «Sí, aventúralos», nos responde en este punto el filósofo; «imposible imaginar cuán necesarios son estos cuadros para el desarrollo del alma; somos tan ignorantes de esa ciencia sólo por la estúpida contención de los que quisieron escribir sobre estas materias. Encadenados por absurdos temores, sólo nos hablan de puerilidades conocidas por todos los necios y no se atreven, llevando una mano audaz al corazón humano, a ofrecer a nuestros ojos sus gigantescos extravíos». Obedezcamos, puesto que el filósofo nos induce a ello, y, tranquilizados por su voz celestial, dejemos de temer ofrecer el vicio al desnudo.

Roland, a quien es esencial pintar antes de sacarlo a escena, era un hombre pequeño y grueso, de treinta y cinco años, de un vigor incomprensible, velludo como un oso, de aspecto sombrío, mirada feroz, muy moreno, rasgos varoniles y pronunciados, nariz larga, barba hasta los ojos, cejas negras y espesas, y la polla de tal longitud y de un grosor tan desmesurado que nunca hasta entonces se había presentado a los ojos de Justine nada parecido. A este físico algo repulsivo, nuestro fabricante de falsos luises unía todos los vicios que pueden resultar de un temperamento fogoso, de una imaginación excesiva y de un desahogo siempre demasiado considerable para no haberlo sumido en grandes defectos. Roland consolidaba su fortuna; su padre, que la había empezado, le había dejado riquísimo; gracias a eso, el joven había vivido mucho; hastiado de los placeres ordinarios, sólo

había recurrido a horrores; sólo éstos conseguían devolverle unos deseos agotados por el exceso de goces. Las mujeres que lo servían eran utilizadas todas ellas en sus depravaciones secretas; y para satisfacer placeres algo menos indecentes, en los que este libertino pudiera encontrar sin embargo la sal del crimen que lo deleitaba más que nada, Roland tenía a su propia hermana por amante; era con ella con la que terminaba apagando las pasiones que acababa de encender con otras.



Estaba casi desnudo cuando entró; su cara, muy encendida, llevaba a la vez las marcas de la falta de templanza en la mesa a que acababa de entregarse, y de la abominable lujuria que lo devoraba. Contempla a Justine un instante con unos ojos que la hacen temblar. «Quítate esas ropas», le dice arrancándole él mismo las que se había puesto para cubrirse durante la noche: «sí, quítate todo eso, y sígueme. Hace un rato te he hecho sentir lo que arriesgas si te entregas a la pereza, pero si te entraran ganas de traicionarnos, como el crimen sería mucho mayor, el castigo tendría que ser proporcional; ven, pues, a ver de qué clase sería». Agarrándola al punto del brazo, el

libertino la arrastra; la llevaba con la mano derecha; en la izquierda tenía una pequeña linterna que alumbraba débilmente su marcha. Después de varias vueltas, aparece la puerta de una cueva; Roland la abre; y haciendo pasar delante a Justine, le dice que baje mientras él vuelve a cerrar aquel recinto. A cien escalones se encuentra una segunda puerta, que se abre y cierra de la misma manera; pero tras ésta ya no había escalera, sino un caminito tallado en la roca, lleno de sinuosidades y cuya pendiente era muy pina. Roland no decía nada: aquel silencio espantoso aumentaba el terror de Justine que, completamente desnuda, sentía con más vivacidad todavía la horrible humedad de aquellos subterráneos. A derecha e izquierda del sendero que recorría, había varios nichos donde se veían cofres que encerraban las riquezas de aquellos malhechores. Por fin aparece una última puerta de bronce; estaba a más de ochocientos pies en las entrañas de la tierra. Roland la abre; y tras la que le sigue se queda pasmada al ver el espantoso local al que la llevan. Viéndola flaquear, Roland la levanta y la empuja con dureza al centro de una gruta redonda cuyos muros, tapizados de un paño mortuorio, estaban decorados con los más lúgubres objetos. Esqueletos de toda edad y toda clase de sexo, osamentas entrelazadas en aspa, calaveras, serpientes, ranas, gavillas de varas, disciplinas, sables, puñales, pistolas y armas absolutamente desconocidas; ésos eran los horrores que se veían en aquellos muros que iluminaba una lámpara de tres mechas, suspendida en uno de los rincones de la bóveda. De la cimbra partía una larga cuerda que caía a ocho pies del suelo, y que, como pronto veréis, sólo estaba allí para servir en terribles expediciones. A la derecha había un ataúd, que dejaba ver el espectro de la muerte armado con una hoz amenazadora; a su lado había un reclinatorio; encima de una mesa, un poco más allá, se veía un crucifijo entre dos cirios negros, un puñal de tres hojas corvas, una pistola completamente armada y una copa llena de veneno. A la izquierda, el cuerpo todavía fresco de una mujer magnífica, atada a una cruz por el pecho, de modo que se veían ampliamente sus nalgas…, aunque cruelmente maltratadas; tenía además alfileres gruesos y largos clavados en las carnes, y unas gotas de sangre negra y coagulada formaban costras a lo largo de lo muslos; tenía el pelo más precioso del mundo; la hermosa cabeza estaba vuelta hacia nosotros y parecía implorar gracia. La muerte no había desfigurado nada de aquella sublime criatura; y la delicadeza de sus rasgos, menos ofendida por la disolución que por el dolor, seguía ofreciendo el interesante espectáculo de la belleza en la desesperación. El fondo de aquel panteón estaba cubierto por un vasto sofá negro, desde el que se desarrollaban ante los ojos todas las atrocidades de aquel lugar.

«Aquí es donde perecerás, Justine, dijo Roland, si alguna vez se te ocurre la fatal idea de dejar esta casa; sí, aquí es donde yo mismo vendré a darte la muerte…, donde te haré sentir sus angustias con lo más duro que pueda encontrar». Y mientras pronuncia esta amenaza, Roland se enardece; su agitación, su desorden lo vuelven semejante al tigre dispuesto a devorar su presa. Es entonces cuando saca a la luz el temible miembro de que está provisto. «¿Los has visto parecidos alguna vez?», dice haciéndoselo empuñar a Justine; «tal como lo ves, prosigue aquel fauno, es preciso

sin embargo que se introduzca en la parte más estrecha de tu cuerpo, aunque tenga que partirte en dos. Mi hermana, mucho más joven que tú, lo aguanta en esa misma parte; nunca gozo de otra forma de la mujeres; por lo tanto tendrá que desgarrarte también». Y para no dejar ninguna duda sobre el local al que se refiere, introduce en él tres dedos armados de afiladas uñas diciendo: «Sí, ahí es, ahí es donde hundiré ahora mismo este miembro que te espanta; entrará en toda su longitud, te desgarrará el ano; te hará sangrar; y yo alcanzaré la ebriedad». Echaba espuma por la boca mientras decía estas palabras mezcladas con odiosos juramentos y blasfemias. La mano con que acaricia el templo que parece querer atacar se extravía entonces por todas las partes adyacentes; las pellizca, las araña; lo mismo hace con el pecho, que maltrata de tal forma que Justine sufrió durante quince días unos dolores horribles; la coloca luego sobre el sofá, frota con espíritu de vino todo el pelo del coño, le prende fuego y lo quema en su totalidad; sus dedos se apoderan del clítoris, lo estrujan con rudeza; de ahí los introduce en el interior y sus uñas magullan la membrana que lo tapiza. Sin poder contenerse, le dice a Justine que, pues la tiene en su refugio, es preferible que no vuelva a salir, que así se evitará el esfuerzo de tener que bajar… Nuestra desdichada se precipita a sus rodillas; osa recordarle todavía los servicios que le ha prestado y pronto se da cuenta de que no hace sino excitarle más hablándole de los derechos que supone a su piedad. «Cállate», le dice aquel monstruo derribándola de un rodillazo vigorosamente aplicado en la boca del estómago… «Vamos», sigue diciendo mientras la levanta por los pelos, «vamos, prepárate, guarra, es seguro que voy a inmolarte. —¡Oh!, señor. —No, no, tienes que perecer; no quiero seguir oyéndote reprocharme tus pequeños favores; no quiero deberte nada a nadie; son los demás los que los reciben de mí. Vas a morir, te digo; ponte en ese ataúd, que vea yo si puedes caber en él». La tumba en el ataúd…, la encierra en él y sale de la cueva. Justine se creyó perdida; nunca la muerte se había acercado a ella bajo formas más seguras y más horribles. Sin embargo, Roland reaparece; la saca del ataúd: «Estarás mejor ahí dentro, le dice; parece que esa caja haya sido hecha para ti; pero dejarte morir en ella tranquilamente sería una muerte demasiado hermosa; te haré sentir otra de un tipo diferente y que no deja de tener sus encantos. Vamos, implora a tu jodido Dios, puta; pídele que acuda a vengarte si de veras tiene ese poder…». La desdichada se arroja sobre el reclinatorio; y, mientras abre en voz alta su corazón al Eterno, Roland redobla, en las partes posteriores que ella le expone, sus vejaciones y sus suplicios; y flagelaba estas partes con toda energía con unas disciplinas armadas de puntas de acero, cada uno de cuyos golpes hacía brotar la sangre hasta la bóveda.

«¡Bien!, seguía diciendo mientras blasfemaba, tu Dios no te socorre; así deja que sufra la virtud desgraciada: ¡la abandona en manos de la perversidad! ¡Ah, qué Dios, Justine, qué Dios ése!… ¡Qué infame y jodido Dios! ¡Cuánto le desprecio y le insulto de buena gana! Ven, le dice luego; ven, tienes que acabar tu plegaria; ¿se necesita tanto para un Dios abominable que te escucha tan mal?». Y mientras decía estas palabras la colocaba en el borde del sofá que servía de fondo a aquel lugar sepulcral:

«Te lo he dicho, Justine, prosiguió, tienes que morir». Se apodera de sus brazos, se los ata a la cintura; luego pasa alrededor del cuello de la víctima un cordón de seda negro cuyos dos cabos, siempre en su poder, pueden, cerrándose a su voluntad, comprimir la respiración de la paciente y enviarla al otro mundo en el tiempo que le plazca.

«Este tormento es más dulce de lo que piensas, Justine, dice Roland; sólo sentirás la muerte en medio de inexpresables sensaciones de placer; la compresión que esta cuerda ha de realizar sobre la masa de tus nervios encenderá los órganos de la voluptuosidad; es un efecto seguro. Si todos los condenados a este suplicio conociesen la embriaguez que da la muerte, menos aterrados por este castigo que por sus crímenes los cometerían con más frecuencia y con mucha mayor seguridad. ¿Quién dudaría en enriquecerse a expensas de los demás cuando, junto a la casi certeza de no ser descubierto, tuviera por todo temor, en caso de que lo fuera, la completa seguridad de la más deliciosa de las muertes? Esta deliciosa operación, prosigue Roland, comprimiendo a la vez el lugar donde voy a colocarme» (y mientras decía esto la enculaba), «también aumentará mis placeres». Pero sus esfuerzos son inútiles; por más que prepare las vías, por más que las abra y por más que las humedezca, demasiado monstruosamente desproporcionado para conseguirlo, sus intentos siempre son rechazados. Es entonces cuando su furia no tiene ya límites; sus uñas, sus manos y sus pies sirven para vengar unas resistencias que le opone la naturaleza. Se presenta de nuevo: la espada ardiente se desliza por los bordes del canal vecino; y, con el vigor de la sacudida, penetra hasta más de la mitad. Justine lanza un grito terrible; Roland, furioso por el error, se retira rabioso y, esta vez, golpea la otra puerta con tanto vigor que el dardo humedecido se introduce en él desgarrando los bordes. Roland aprovecha el éxito de esa primera sacudida; sus esfuerzos se vuelven más violentos; gana terreno. A medida que avanza, el fatal cordón que ha pasado alrededor del cuello se cierra. Justine lanza unos chillidos espantosos; el feroz Roland, al que divierten, la induce a redoblarlos; demasiado convencido de su inutilidad, demasiado dueño de detenerlos cuando quiera, se inflama con sus agudos sonidos. Mientras tanto, la embriaguez está a punto de apoderarse de él; las compresiones del cordón se modulan por los grados de su placer. Poco a poco el órgano de nuestra infortunada se apaga; el cierre del cordón se vuelve tan fuerte que sus sentidos se debilitan sin que por ello la joven pierda su sensibilidad. Rudamente zarandeada por el enorme miembro con que Roland desgarra sus entrañas, a pesar del horrible estado en que se encuentra se siente inundada por los chorros de leche de su espantoso enculador; oye los gritos que éste lanza al derramarlos. Viene luego un momento de desmayo; pero, recuperada pronto, sus ojos vuelven a abrirse a la luz, y sus órganos parecen renacer. ¡Bien!, Justine, le dice su verdugo; apuesto a que, si quieres ser sincera, sólo has sentido placer». Por desgracia, era totalmente cierto; el coño todo embadurnado de nuestra heroína demostraba la afirmación de Roland. Por un instante quiso negarlo. «Puta, dijo el malvado, ¿crees

que vas a engañarme cuando veo la leche inundar tu vagina? Te has corrido, guarra; el efecto es inevitable. —No, señor, os lo juro. —¡Bueno, qué importa! Imagino que me conoces lo suficiente para estar convencida de que tu voluptuosidad me preocupa infinitamente menos que la mía en lo que hago contigo; y esa voluptuosidad que busco ha sido tan viva que voy a seguir procurándome sus goces.

«Ahora es de ti, dice Roland, sólo de ti, Justine, de quien va a depender tu vida». Pasa entonces alrededor del cuello de aquella desdichada la cuerda que colgaba del techo. En cuanto está fuertemente sujeta a ella, ata al taburete, al que Justine había subido, un hilo cuyo cabo sujeta, y va a sentarse enfrente, en un sillón. En una de las manos de la paciente hay una podadera muy afilada, de la que debe servirse para cortar la cuerda en el momento en que, mediante el hilo que él sostiene, haga caer el taburete bajo los pies de Justine. «Ya lo ves, hija mía, le dice entonces, si fallas tu golpe, yo no fallaré el mío; por eso no me equivoco al decir que tu vida depende de ti». El malvado se menea la polla; y es en el momento de correrse cuando debe tirar el taburete, cuya desaparición bajo los pies de Justine va a dejar a ésta colgada del techo. Hace todo lo que puede para disimular ese instante; alcanzaría el éxtasis si Justine careciese de maña. Pero por más que hace, ella lo adivina; la violencia de su crisis le traiciona; Justine percibe el movimiento; el taburete escapa, ella corta la cuerda y cae al suelo totalmente liberada… ¿Se puede creer? Aunque está a más de doce pies del libertino, se ve inundada por los chorros de leche que Roland suelta mientras blasfema.

Otra que no fuera Justine, aprovechando sin duda el arma que tenía entre las manos, se habría lanzado acto seguido sobre aquel monstruo. ¿De qué le hubiera servido ese rasgo de valor? Al no tener las llaves de aquellos subterráneos, ignorando sus recovecos, habría muerto antes de haber conseguido salir; además, Roland estaba vigilante; por lo tanto se levantó, dejando el arma en el suelo para que él no concibiese la más ligera sospecha. No la tuvo; y, satisfecho con la dulzura de la resignación de su víctima, mucho más que con su habilidad, le hizo seña de salir; y ambos volvieron a subir al castillo.

Al día siguiente, Justine inspeccionó mejor lo que la rodeaba. Sus cuatro compañeras eran mujeres de veinticinco a treinta años. Aunque embrutecidas por la miseria y deformadas por el exceso de trabajos, conservaban grandes restos de belleza. Su talle era hermoso; y la más joven, llamada Suzanne, con unos ojos encantadores, aún tenía rasgos deliciosos. Roland la había cogido en Lyon; y después de habérsela robado a su familia bajo juramento de casarse con ella, la había llevado a su espantosa casa. Estaba allí desde hacía tres años, y era, de forma más particular aún que sus compañeras, objeto de las ferocidades de aquel monstruo. A fuerza de vergajazos, sus nalgas se habían vuelto callosas y duras como una vieja piel de vaca secada al sol; tenía un cáncer en el seno izquierdo y un absceso en la matriz que le causaban dolores inauditos. Todo aquello era obra del pérfido Roland; cada uno de aquellos horrores era el fruto de sus lubricidades. Por ella supo Justine que aquel

bribón estaba en vísperas de dirigirse a Venecia, si las considerables sumas que recientemente acababa de hacer pasar a España le reportaban las letras de cambio que esperaba para Italia, porque no quería colocar su oro al otro lado de los montes. No lo enviaba nunca; tenía que ser a un país distinto de aquel en que se proponía vivir adonde hacía pasar sus falsas especies. De esta forma, al no ser rico, en el lugar donde quería establecerse, más que de papeles de otro país, sus bribonerías nunca podían quedar al descubierto; pero todo podía fallar en un instante; y el retiro que meditaba dependía completamente de esta última negociación en la que estaba comprometida la mayor parte de sus tesoros. Si Cádiz aceptaba sus piastras, sus cequíes, sus luises falsos, y le enviaba por todo ello letras contra Venecia, Roland era feliz para el resto de su vida; si el fraude era descubierto, un sólo día bastaba para derribar el endeble edificio de su fortuna.

«¡Ay!», dijo Justine al saber estas particularidades, «la Providencia será justa por una vez; no permitirá los éxitos de semejante monstruo y todas nosotras seremos vengadas». ¡Desdichada! Después de las lecciones que te había dado esa misma Providencia con la que seguías teniendo la debilidad contar, ¿podías razonar así?

Hacia mediodía, dejaban a estas desgraciadas dos horas de descanso, que ellas aprovechaban para ir, siempre por separado, a respirar y comer en sus habitaciones. A las dos, volvían a atarlas y se las hacía trabajar hasta la noche, sin que nunca les estuviese permitido entrar en el castillo. Si estaban desnudas era a fin de recibir mejor los golpes que iba a aplicarles Roland, quien siempre encontraba pretextos y que nunca carecía de vigor. En invierno les daban un chaleco y unos pantalones desguarnecidos en toda la superficie del trasero, para que sus cuerpos no dejaran de estar, en toda estación, expuestos a los golpes del malvado, cuyo único placer era molerlos a palos.

Ocho días transcurrieron sin que Roland apareciese. Al noveno, acudió al trabajo; y, pretendiendo que Suzanne y Justine hacían girar la rueda con demasiada desidia, repartió cincuenta vergajazos a cada una, desde la mitad de los riñones hasta la molla de las piernas.

A las doce de la noche siguiente de ese mismo día, el infame entró en el cuarto de Justine; quiso contemplar las magulladuras del hermoso culo de aquella desdichada; el bribón las besó; y, enardecido pronto por estos preliminares, le puso la polla en el culo; mientras la sodomizaba, le pellizcaba el pecho y se divertía diciéndole unos horrores que hacían estremecerse a la naturaleza. Cuando se hubo corrido por completo, Justine quiso aprovechar ese momento de calma para suplicarle que suavizase su suerte. La pobre criatura ignoraba que si, en tales almas, el momento del delirio vuelven más activa la inclinación que sienten por la crueldad, no por eso la calma los devuelve a las dulces virtudes del hombre honesto; es un fuego más o menos encendido por los alimentos con que lo nutren, pero que siempre arde bajo la ceniza.

«¿Y con qué derecho, le responde Roland, pretendes que alivie tus cadenas? ¿En

razón de las fantasías que quiero hacer contigo? ¿Voy yo acaso a implorar a tus pies favores por cuyo acuerdo puedas exigir algunas compensaciones? Yo no te pido nada; yo cojo, y no veo que, por el hecho de ejercer un derecho sobre ti, deba resultar de ello que tenga que abstenerme de exigir un segundo. No hay amor en lo que hago; el amor es un sentimiento caballeresco que desprecio soberanamente y cuyos embates nunca siente mi corazón. Me sirvo de una mujer por necesidad, como de un orinal; utilizo éste cuando la necesidad de cagar se deja sentir, y el otro cuando la necesidad de correrme me aguijonea; pero en mi vida hice más caso del uno que de la otra. Como nunca concedo a la mujer que mi dinero y mi autoridad someten a mis deseos ni estima ni ternura, como sólo a mí mismo debo lo que robo, y como nunca exijo de ella más que sumisión, no puedo estar obligado tras esto a otorgarle ninguna gratitud. Pregunto a los que quisieran obligarme a tenerla si un ladrón que quita la bolsa a un hombre en un bosque, porque se encuentra más fuerte que él, debe algún reconocimiento a ese hombre por el daño que acaba de causarle. Lo mismo ocurre con el ultraje hecho a una mujer; puede ser un tirulo para hacerle un segundo daño, pero nunca razón suficiente para otorgarle compensaciones. —¡Oh!, señor, dice Justine, ¡hasta qué punto lleváis la maldad! —Hasta el último grado, dijo Roland; no hay un solo exceso en el mundo al que no me haya entregado; ningún crimen que no haya cometido, y ninguno que mis principios no excusen o no legitimen. Continuamente he sentido una especie de atracción por el mal que siempre giraba en provecho de la voluptuosidad. El crimen enciende mi lujuria; cuanto más horrible es, más me excita; me empalmo cuando lo planeo, me corro al consumarlo; y como sus dulces recuerdos despiertan mis espíritus, la leche nunca cosquillea mis cojones sin la intención de cometer uno nuevo. Mira, mira mi polla, Justine; tengo la firme resolución de asesinarte; sólo con eso ya estoy empalmado; al degollarte, el esperma brotará a oleadas, y nuevos horrores no tardarán en devolverle toda su energía. En el mundo, sólo el crimen puede ponérsela dura a un libertino; todo lo que no es criminal es insulso; y la lubricidad siempre ha de nacer únicamente en el seno de la infamia. —Lo que decís es horrible, respondió Justine, pero por desgracia he visto otros ejemplos. —Los hay a miles, hija mía. No es preciso imaginar que sea la belleza de una mujer la que excita mejor el espíritu de un libertino; es más bien la especie de crimen al que han unido a su posesión las leyes civiles o religiosas; prueba de ello es que, cuanto más criminal es esa posesión, tanto más nos excita. El hombre que goza de una esposa que ha quitado a su marido, de una hija que ha robado a sus padres, se deleita sin duda mucho más que el marido que sólo folla a su mujer; y cuanto más respetables parecen los lazos que uno rompe, más crece la voluptuosidad. Si es de su madre, de su hijo, de su hermana o de su hija, de los que goza, nuevos atractivos para placeres ya experimentados. Si uno ya ha probado todo eso, querría que los diques aumentasen para saborear más encantos al franquearlos. Ahora bien, si el crimen sazona un goce, separado de ese goce, puede procurarlo él mismo; por lo tanto, habrá entonces un goce seguro sólo en el crimen; porque es imposible que lo que presta sal

no esté provisto de ella. De este modo, supongo que el rapto de una joven, por cuenta propia, proporcionará un placer muy vivo; pero el rapto por cuenta ajena proporcionará todo el placer con que mejora el rapto el goce de esa mujer; el robo de un reloj, de un bolso, etc., lo darán igualmente; y si he habituado mis sentidos a excitarse con el rapto de una mujer, en tanto que rapto, ese mismo placer, esa misma voluptuosidad se encontrarán en el robo del reloj, del bolso, etc. Eso es lo que explica la fantasía de tantas gentes honradas que roban sin tener necesidad. Desde ese momento nada más sencillo: los mayores placeres se saborean en todo lo que sea criminal, y los goces simples se vuelven, con todo lo que puede uno imaginarse, tan criminales como es posible volverlos; comportándose así no hace uno otra cosa que prestar a ese goce la dosis de sal que le faltaba, y que resultaba indispensable para la perfección de la felicidad. Estas teorías llevan lejos, lo sé; quizá te lo demuestre dentro de poco, Justine; pero ¿qué importa con tal de que uno se deleite? Por ejemplo, ¿hay algo más natural, querida niña, que verme gozar de ti? Mas tú te opones a ello; me demuestras que abuso de mis derechos, que al violarte me convierto en un monstruo de ingratitud; ya tenemos la masa del crimen aumentada; no atiendo a razones, rompo todos los nudos que mantienen en cautiverio a los tomos; te somero a mis más sucios deseos; y del más sencillo…, del más monótono goce, hago uno verdaderamente delicioso. Por lo tanto, sométete, puta; sométete; y, si alguna vez vuelves al mundo bajo la índole de más fuerte, abusa igual de tus derechos y conocerás de todos los placeres el más delicioso y el más vivo». Tras estas palabras, Roland pasa alrededor del cuello de Justine una cuerda que había traído, y la encula, estrechando de forma tan prodigiosa aquella cuerda que la deja sin conocimiento; qué importa, se había corrido; y el muy infame, sin preocuparse de las consecuencias, se retira totalmente tranquilo.

Hacía seis meses que nuestra heroína se hallaba en esa casa, sirviendo de vez en cuando las insignes depravaciones de aquel malvado, cuando le ve entrar una noche en su mazmorra con Suzanne. «Ven, Justine, le dice aquel monstruo; hace mucho tiempo, en mi opinión, que no te he hecho bajar a ese cueva que tanto te asustó; seguidme las dos; pero no esperéis subir de la misma manera, es absolutamente necesario que deje a una en él; veremos sobre quién recae la suerte». Justine se levanta; lanza unas miradas alarmadas sobre su compañera; la ve llorando… El verdugo se pone en marcha, hay que seguirle.

En cuanto entraron en el subterráneo, Roland examina a ambas con miradas feroces; se complace en repetirles su sentencia, y en convencer en todo momento a una y otra que con toda seguridad sólo quedará una de las dos. «Vamos», dice sentándose y obligándolas a estar de pie frente a él, «trabajad una tras otra para desencantar a este paralítico, y pobre de la que le devuelva su energía. —Es una injusticia, dice Suzanne; la que mejor os empalme debería ser la que obtenga gracia. —Nada de eso, responde Roland; en cuanto se demuestre que es la que más me excita, está claro que es aquella cuya muerte me dará más placer; y no busco sino la

mayor dosis de voluptuosidad; además, otorgando gracia a la que antes me ponga en situación, ambas procederíais con tal ardor que tal vez conseguiríais que me corriese antes de haber asesinado a una; y es lo que no quiero. —Eso es desear el mal por el mal, señor, dice Justine asustada, el complemento de vuestro éxtasis ha de ser lo único que deberíais desear; y si lo alcanzáis sin crimen, ¿qué necesidad hay de cometerlo? —Porque sólo así soltaré mi leche voluptuosamente, y porque si he bajado hasta esta cueva ha sido únicamente para degollar a una. Sé de sobra que lo conseguiría sin eso; pero tengo la deliciosa maldad de exigirlo para triunfar». Y, tras haber elegido a Justine para empezar, se hace excitar por ella la polla y el agujero del culo al mismo tiempo mientras soba a placer todas las partes de aquel hermoso cuerpo.

«Falta mucho todavía, Justine», dice Roland estrujándole las nalgas, «para que estas bellas carnes estén en el estado de callosidad…, de mortificación en que están las de Suzanne; las suyas podrían quemarse sin que ella lo sintiese; pero, Justine… en tu caso son todavía rosas que entrelazan azucenas…, ya llegaremos… Ya llegaremos».

Imposible imaginar cuánto tranquilizó esa amenaza a Justine; Roland no sospechaba sin duda, al hacerlo, la calma que derramaba sobre ella. ¿No estaba segura, en efecto, de que, si planeaba someterla a nuevas crueldades, aún no tenía ganas de inmolada?… Todo afecta en la desgracia: Justine se tranquilizó. Para colmo de felicidad, no hacía nada, y aquella masa enorme, blandamente replegada sobre sí misma, resistía todos los meneos. Suzanne, en la misma postura, era palpada en los mismos lugares; pero como sus carnes estaban endurecidas de otra manera, Roland tenía menos miramientos. Sin embargo, Suzanne era más joven. «Estoy convencido, decía aquel libertino, de que ahora los latigazos más espantosos no conseguirían sacar una gota de sangre de este culo». Inclina a una y otra; y ofreciéndose, gracias a esa inclinación, las cuatro rutas del placer, su lengua se agita en las dos más estrechas; el infame escupe en las otras. Las coge por delante, las hace ponerse de rodillas entre sus muslos de modo que los dos pechos se encuentren a la altura de su polla. «¡Oh!, las retas, dice Roland dirigiéndose a Justine, tienes que ceder ante Suzanne; nunca fue esa parte tan bella en ti; mira, mira cómo está dotada». Y mientras decía esto apretujaba los pechos de aquella pobre Suzanne hasta magullados entre sus dedos. Era ella la que lo masturbaba ahora; nada más operarse ese cambio de manos, el dardo, saliendo de su carcaj, amenazaba ya a cuanto le rodeaba. «Triste Suzanne, exclamó Roland, qué éxito tan espantoso; supone tu muerte…, supone tu sentencia de muerte, bribona», proseguía pellizcándola, arañándole la punta de las tetas; en cuanto a las de Justine, sólo las chupaba y mordisqueaba. Por último, coloca a Suzanne de rodillas en el borde del sofá; le hace inclinar la cabeza y la encula en esa postura. Atormentada por nuevos dolores, Suzanne se debate; y Roland, que sólo quiere hacer una escaramuza, contento con algunas carreras, va a refugiarse en el agujero del culo de Justine, mientras no deja de palpar y maltratar a la otra mujer. «He aquí una guarra

que me excita de un modo increíble», dice hundiéndole una gruesa aguja en el pezón de la teta derecha, no sé lo que le haría. —¡Oh!, señor, dice Justine, tened piedad de ella; es imposible que sus dolores sean más vivos. —Podrían serlo mucho más, dice el malvado; ¡Ah!, si tuviese aquí a ese famoso emperador Kié, uno de los mayores monstruos que China haya visto sobre su trono, haríamos algo muy distinto en verdad[4][*]. Su mujer y él inmolaban víctimas a diario; se dice que los dos las hacían vivir en medio de las angustias más terribles y en tal estado de dolor que siempre estaban a punto de rendir el alma, sin poder conseguirlo por los cuidados crueles de estos bárbaros que les hacían flotar entre socorros y tormentos, y no los sacaban un instante a la luz sino para ofrecerles la muerte al siguiente… Yo soy demasiado dulce, Justine», proseguía aquel roro mientras seguía follando, desgarrando el seno de Suzanne… «¡Oh!, sí, soy demasiado dulce…, no entiendo nada de todo eso…, no soy más que un aprendiz». Al cabo de una breve carrera, Roland se retira por fin sin rematar el sacrificio, y causa más daño a Justine con esa precipitada retirada de lo que le había causado al introducírselo. Completamente empalmado se echa en brazos de Suzanne; y uniendo el sarcasmo al ultraje: «Adorable criatura, le dice, ¡con qué delicia recuerdo los primeros instantes de nuestra unión! ¡Nunca ninguna mujer me dio placeres más vivos! ¡Nunca quise a otra como a ti!… Abracémonos, Suzanne; vamos a dejarnos quizá para mucho tiempo. —Tigre», responde aquella desdichada rechazando con horror a quien le dirige tan crueles palabras; «aléjate, no unas a los tormentos que me infliges la desesperación de oírme ultrajar de esta manera. Monstruo, sacia tu rabia; pero respeta por lo menos mis desgracias». Roland, furioso, la agarra; la rumba sobre el sofá, con los muslos muy separados, la vagina abierta y a su alcance. Luego, continuando con sus indignos sarcasmos: «Templo de mis antiguos placeres, exclama aquel infame, vos que me los procurasteis tan deliciosos cuando cogí vuestras primeras rosas, ahora es preciso que me despida de vos…». El muy indigno… introduce en él sus uñas; y, tras hurgar varios minutos en su interior mientras Suzanne lanza grandes chillidos, no los retira sino cubiertos de sangre. Como no cree haber hecho suficiente daño, introduce una gruesa aguja y la impulsa hasta la matriz. La sangre chorreaba a borbotones; la hacía correr sobre su polla y quería que Justine fuese a besar aquella polla inundada por la sangre de su compañera. Saciado con tales horrores, y dándose cuenta de que ya no podía seguir conteniéndose: «Vamos, dice, vamos, querida Justine, acabemos todo esto con una escenita jugando a cortar la cuerda[*]; ése era el nombre de la funesta broma de la que hemos hablado más arriba. Nuestra huérfana sube al trípode; el infame le ata la cuerda al cuello y se sitúa en fraire; aunque en un estado horrible, Suzanne le excita con las manos. Al cabo de un instante, él tira el taburete; pero, armada con la podadera, Justine corta la cuerda y cae al suelo sin daño alguno. «Bien, bien, dice Roland; ahora te toca a ti, Suzanne; acuérdate de que, si tiras con tanta habilidad de la cuerda, te concedo el perdón».

Suzanne es colocada en el lugar de Justine; pero se la engaña con el arma que le entregan; es una podadera que no corta. Roland se complace contemplándola un instante en ese estado; la roca, la soba por todas partes, le besa el culo con delicia y va a sentarse enfrente: Justine le masturba. De pronto el taburete se desliza; pero los movimientos de Suzanne son inútiles; las contorsiones más horribles descomponen los músculos de la cara, su lengua se alarga; Roland se levanta; se complace extraordinariamente contemplando así a aquella mujer. ¿Es posible creerlo? Chupa con voluptuosidad aquella lengua que el dolor estira. «¡Oh!, Justine, exclama, ¡qué voluptuosidad! Ya está colgada la muy zorra; ya está muerta… ¡Oh!, rediós, nunca existió para mí un espectáculo más delicioso… Bajémosla…, apoyémosla en este sofá, quiero encularla en este estado; dicen que es la única manera de tornar a las mujeres para encontrarlas estrechas». Lo ejecuta: Suzanne carece ya de conocimiento; y sin embargo el monstruo la goza: «Volvamos a atarla, dice; no está muerta; es preciso que expire; y es a ti, Justine, a la que quiero sodomizar mientras la asesino». Suzanne es colgada de nuevo; y el maricón, agitándose en el culo de Justine, que había hecho colocar enfrente, se corre estrangulando a su amante. Abre una piedra que ocultaba una bodega más profunda todavía, arroja allí el cadáver, y sale con Justine. «Dulce niña», le dice en el camino, «has visto lo que acaba de ocurrir; recuerda que no volverás más a esa bodega hasta que no llegue tu turno. —Cuando queráis, señor, respondió Justine; prefiero la muerte a la horrible existencia que me dejáis; ¿puede tener algún valor la vida para desdichadas como nosotras?». Y Roland, sin contestarle, la encierra en su calabozo.

Al día siguiente las compañeras de Justine le preguntaron qué había sido de Suzanne; les informó, y no se asombraron; todas esperaban el mismo final; y todas, a ejemplo de Justine, viendo en ella el término de sus males, deseaban aquella muerte cuanto antes.

Un año transcurrió de esta manera, durante el que dos de las mujeres que Justine había encontrado al llegar fueron tratadas como la desdichada Suzanne y reemplazadas por otras nuevas. Una tercera desapareció también; pero, cuál no sería el asombro de Justine al ver a la que iba a ocupar el sitio de esa última víctima… ¡era Mme. Delisle!, la interesante ventera en cuya casa Justine se había separado de la infame ramera que sólo la había sacado del refugio de los mendigos para prostituirla en Lyon. «¡Oh!, señora», exclamó Justine al verla…, «vos, a quien la naturaleza creó tan dulce y tan buena, ¡a qué suerte os veis reducida! ¿Es así como el Cielo recompensa la prudencia, la hospitalidad, la bondad, y todas las virtudes que hacen la felicidad de los hombres?».

Los encantos de Mme. Delisle habían enardecido tanto a Roland que la había obligado a entrar en la bodega la misma noche de su llegada. Es fácil imaginar que no fije tratada con más miramientos que Justine; volvió en un estado cruel; y poder llorar juntas su desdicha fue al menos un consuelo para ambas. «¡Oh!, mi amable señora», respondía Justine a los detalles que la Delisle le daba de los horrores que acababa de

sufrir, «¡qué no daría yo por devolveros todos los beneficios que recibí de VOS! Pero ¡ay!, desgraciada yo misma, ¿de qué puedo serviros? ¡Ah!, si pudiese romper mis cadenas, ¡cómo me apresuraría a romper las vuestras! Me gustaría más haceros libre a vos que conseguir la libertad para mí misma… ¡Oh, Dios!, vana esperanza, nunca saldremos de aquí. —El muy infame, respondía Delisle, me ha tratado así porque me debe dinero. Hace tres años que gasta sumas considerables en mi casa sin pagar nunca. Hace poco me invita a un paseo; yo tengo la flaqueza de aceptar, dos de sus criados me esperaban en el rincón de un bosque; me han atado…, me han impedido respirar y me han traído aquí, detrás de un mulo, envuelta en una manta. —¿Y vuestra familia? —Sólo tengo una niña de muy pocos años; mi marido murió el año pasado, y soy huérfana; el monstruo estaba perfectamente al tanto de todas estas particularidades, y por eso ha creído que podía abusar de mi situación. ¿Qué puede hacer mi desdichada hijita? Sin ayuda…, sin protección, entregada a una criada que me espera…, ¿qué va a ser de todo esto? He suplicado a ese hombre deshonesto que me deje escribir por lo menos…, me lo ha negado, estoy perdida…». Y las lágrimas corrían abundantemente de los bellos ojos de aquella interesante criatura. «¡Y sus goces, preguntaba nuestra amable consoladora, os habrán ultrajado sin duda de la misma forma que mancillan a todas sus víctimas!». A estas palabras, la púdica criatura mostraba por toda respuesta su bonito trasero a Justine. «¡Ay!, le decía, amiga mía, ya veis lo que me ha hecho, estoy toda escoriada…, toda magullada… toda desgarrada… ¡Oh, con qué vicios ha amasado la naturaleza esa alma infame!».

Así estaban las cosas cuando se hizo público en el castillo que los deseos de Roland estaban satisfechos; que no sólo recibía contra Venecia la cantidad inmensa de papel que había deseado, sino que además le pedían incluso diez millones más de falsas especies, cuyos fondos le remitirían a voluntad contra Italia. Imposible que aquel malvado hiciese una fortuna mayor; partía con más de dos millones de renta, sin las esperanzas que podía concebir. Tal era el nuevo ejemplo que la Providencia preparaba a Justine; tal era la nueva forma con que aún quería convencerla de que la felicidad sólo era para el crimen, y el infortunio para la virtud.

Fue entonces cuando Roland fue a buscar a Justine para descender por tercera vez a la bodega. La desdichada tembló al recordar las amenazas que le había dirigido la última vez que habían bajado allí… «Tranquilízate, le dijo, no tienes nada que temer; se trata de una cosa que sólo me concierne a mí…, una voluptuosidad especial, de la que quiero gozar, y que no te hará correr ningún riesgo». Justine le sigue. Cuando todas las puertas están cerradas: «Querida hija, dice Roland, eres la única en la casa a quien me atrevo a confiar de qué se trata; necesitaba una mujer muy honesta, he pensado en la Delisle, pero, por muy prudente que la suponga, me parece vengativa…, y por lo que se refiere a mi hermana, confieso que te prefiero a ella…». Muy sorprendida, Justine ruega a Roland que se explique: «Escúchame, responde aquel infame; mi fortuna está hecha; pero por más favores que haya recibido del destino, puede abandonarme de un momento a otro; puedo ser acechado…, arrestado

durante el traslado que voy a hacer de mis riquezas; y si me ocurre esa desgracia, Justine, lo que me espera es la cuerda; el mismo castigo con que saco mi placer de las mujeres se convertirá en el mío. Estoy convencido, tanto como es posible estarlo, de que esa muerte es infinitamente dulce; pero, como las mujeres a las que he hecho sentir su sensación, quiero saber, por propia experiencia, si es seguro que esa compresión determina la eyaculación en el nervio erector de quien la siente. Una vez convencido de que esa muerte no es más que un juego, la arrostraré con mucho más coraje; porque no es el cese de mi existencia lo que me asusta; mis principios se fundan precisamente en eso; y, totalmente convencido de que la materia no puede volverse nunca sino materia, no remo al infierno más de lo que espero el paraíso; pero temo los tormentos de una muerte cruel; como todas las personas voluptuosas, tengo miedo al dolor; no querría sufrir al morir. —¡Oh!, señor, dice Justine, bien os gusta sin embargo atormentar a los demás. —Sí, realmente sí, precisamente porque lo hago no quiero verme atormentado yo mismo. Probemos, pues. Tú me harás todo lo que yo te he hecho. Voy a desnudarme; me subiré al taburete; tú atarás la cuerda; yo me menearé la polla un momento; luego, en cuanto me veas empalmado, retirarás el taburete y quedaré colgado; me dejarás así hasta que veas, o síntomas de dolor, o brotar mi leche a oleadas; en el primer caso, cortarás la cuerda inmediatamente; en el segundo, dejarás obrar a la naturaleza y no me soltarás hasta después de que me haya corrido. Bien, Justine, ya lo ves, voy a poner mi vida en tus manos; tu libertad y tu fortuna serán el premio a tu buena conducta. —¡Oh!, señor, responde Justine, esta proposición es extravagante. —No, no, lo quiero», responde Roland quitándose la ropa, «pero pórtate bien; ya ves qué prueba de mi confianza te doy». ¿Por qué Justine iba a titubear un minuto siquiera? ¿No era Roland su amo? Por otra parte le parecía que el mal que iba a cometer no tardaría en ser reparado por el extremo cuidado que pondría en conservarle la vida; y, cualesquiera que fuesen las intenciones de Roland, las de Justine siempre eran puras.

Se preparan. Roland se enardece con algunos de sus preliminares habituales: la conversación recayó sobre la Delisle. «Esa criatura no tiene comparación contigo, dice Roland; me gusta bastante su culo…, es muy blanco, está muy bien recortado; pero es menos estrecho que el tuyo…, además no es tan interesante como tú en las lágrimas, y, por último, la vejo con menos placer…, morirá, Justine, morirá, puedes estar segura. —¿Es así, señor, como pagáis vuestras deudas? —¿No es la mejor de las maneras? ¿Y no es el crimen mil veces más delicioso cuando se acompaña de la idea del robo? Vamos, dame a besar tus nalgas, Justine, y puedes estar segura de que mataré a Delisle». Y como Roland se excitaba con estas palabras, se lanza al taburete; Justine le ata las manos, le sujeta; él quiere que le insulte mientras tanto, que le reproche todos los horrores de su vida; nuestra heroína lo hace. La polla de Roland no tarda en amenazar al cielo, él mismo le hace seña de retirar el taburete… ¿Es posible creerlo?… Nada tan cierto como lo que había pensado Roland; no fueron más que síntomas de placer los que se manifestaron en la cara de aquel libertino, y casi al

instante unos chorros rápidos de semen saltan hacia la bóveda. Cuando la totalidad se ha derramado sin que Justine haya ayudado en nada, corre a soltarle; él cae desmayado; pero a fuerza de cuidados no tarda en hacerle recobrar el sentido. «¡Oh, Justine, dice abriendo los ojos, es imposible imaginar esas sensaciones; están por encima de todo lo que puede decirse; que hagan ahora lo que quieran de mí, desafío la espada de Temis. Te voy a parecer muy culpable por mi ingratitud, Justine», dice Roland atándole las manos detrás de la espalda; «pero, qué quieres, querida, a mi edad uno no se corrige; querida criatura, acabas de devolverme la vida, y nunca he conspirado con tanta energía contra la tuya; has lamentado el destino de Suzanne, pues bien, voy a reunirte con ella, voy a meterte viva en el cueva donde reposa su cuerpo». Por más que Justine llore, por más que gima, Roland no escucha ya nada: abre la fatal cueva; desciende con una lámpara, a fin de que la desdichada pueda distinguir todavía mejor la cantidad de cadáveres que lo llenan; luego le pasa una cuerda bajo los brazos, que, como acabamos de decir, estaban atados a la espalda, y por medio de esa cuerda la baja a veinte pies hasta el fondo de aquella cueva. Es imposible pintar los dolores de Justine; parecía que le arrancasen los miembros; por otra parte, ¡qué temor no debía de embargarla!…, ¡qué perspectiva se ofrecía a sus ojos! Montones de cuerpos muertos entre los cuales iba a terminar sus días la infortunada, y cuyo olor ya la infectaba. Roland anuda la cuerda alrededor de un palo fijado a través del agujero; luego, armado de un cuchillo, con la mirada clavada en el contrapeso que cuelga del palo, el muy infame se menea la polla. «Vamos, puta, exclama, encomienda tu alma a Dios, el momento de mi delirio será el mismo en el que te arroje a ese sepulcro, donde te sumiré en el eterno abismo que te espera… ¡Ay…, ay…, ay…, joder, ¡ah!, rediós, me corro». Y Justine se siente inundada por un diluvio de esperma sin que el monstruo haya cortado la cuerda… la retira. «Y bien, le dice, ¿has tenido mucho miedo? —¡Ah, señor! —Así es como morirás, Justine, puedes estar segura, y me encanta que vayas acostumbrándote…». La sube. «¡Gran Dios!, se dijo todavía Justine, ¡qué recompensa por todo lo que acabo de hacer por él! Pero ¿no podía haberme hecho más?… ¡Oh, qué hombre!».

Roland preparó finalmente su viaje; la víspera, a medianoche, fue a ver a Justine. La desdichada se arroja a sus plantas; le suplica con las instancias más vivas para que le devuelva la libertad y le una un poco de dinero para poder llegar a Grenoble. —¡A Grenoble!, de ningún modo, nos denunciarías. —¡Eh!, señor», dice Justine rociando de lágrimas las rodillas de aquel malvado; «os hago juramento de no ir nunca a esa ciudad; y, para convenceros, dignaos llevarme con vos hasta Venecia, quizá no encuentre allí corazones tan duros como en mi patria; y, una vez que hayáis tenido a bien llevarme allí, os juro no importunaros nunca más. —No te concedería como ayuda ni un denario», respondió brutalmente aquel insigne granuja. «Todo lo que se refiere a la piedad, a la conmiseración, a la gratitud, está tan lejos de mi corazón que, aunque fuese tres veces más rico todavía, nadie me vería dar un escudo a un pobre; el espectáculo del infortunio me excita, me divierte; y aunque puedo hacer el mal por mí

mismo, gozo deliciosamente con el que hace la mano del destino; sobre este punto tengo unos principios de los que no me apartaré nunca; Justine, el pobre es una categoría de la naturaleza: creando hombres de fuerzas desiguales, nos ha convencido de su deseo de que esa desigualdad se mantenga incluso en los cambios que nuestra civilización aportaría a sus leyes: aliviar al indigente es anular el orden establecido; es oponerse al de la naturaleza; es trastocar el equilibrio en que basa sus disposiciones más sublimes; es trabajar por una igualdad peligrosa para la sociedad; es alentar la indolencia y la vagancia; es enseñar al pobre a robar al rico cuando a éste le plazca negarle limosna, y esto merced al hábito en que sus ayudas han puesto al pobre de conseguirlas sin trabajo. —¡Oh, señor, qué duros son esos principios! ¿Hablaríais de esa forma si no hubierais sido siempre rico? —De la misma con toda seguridad, Justine; el bienestar no crea las teorías, las consolida; pero su germen está en nuestro corazón; y ese corazón, tal como pueda ser, nunca es obra sino de la naturaleza. —¡Y la religión, señor, exclamó Justine…, el obrar bien y la humanidad! —Son las piedras de toque de todo el que pretende la felicidad, dice Roland; si yo he consolidado la mía, ha sido únicamente sobre las ruinas de todos esos infames prejuicios del hombre; ha sido burlándome de las leyes divinas y humanas; ha sido sacrificando siempre al débil cuando lo encontraba en mi camino; ha sido abusando de la buena fe pública; ha sido arruinado al pobre y sirviendo al rico como he llegado al empinado templo del único dios al que incensaba. ¿Por qué no me imitabas? El estrecho camino de ese templo se ofrecía tanto a tus ojos como a los míos; las quiméricas virtudes que tú has preferido, ¿te han consolado de tus sacrificios? Ya no hay tiempo, desdichada, ya no hay tiempo: llora por tus faltas, sufre y, si puedes, trata de encontrar en el seno de los fantasmas que reverencias lo que el culto que les has rendido te ha hecho perder». A estas palabras, el cruel Roland se abalanza sobre Justine y le hace servir una vez más a las indignas voluptuosidades que con tanta razón ella aborrece. Esta vez creyó que terminaría estrangulada. De repente Roland se detiene sin rematar su propósito. Esta conducta hace estremecerse a Justine; cree leer en ella su desgracia. «Hago mal en molestarme», dice aquel monstruo retirándose con la polla espumeante de lujuria, «¿no ha llegado el momento de que a la zorra le llegue su turno?». Se levanta, sale y cierra el calabozo. Imposible describir la inquietud en que dejó a la infortunada. Mil presentimientos se apoderan de ella; apenas tiene fuerza para discernir qué es lo que la agita con más fuerza. Al cabo de un cuarto de hora se abre su calabozo; es Roland; viene con su hermana; era la primera vez que aquella hermosa e interesante criatura se ofrecía a los ojos de Justine. Sí, era hermosa por encima de toda ponderación; interesante…, desde luego, porque, como las demás, salvo un poco de más bienestar, era esclava de las pasiones de un hermano que, a pesar del amor que decía sentir por ella, la brutalizaba sin embargo cada día, y ello aunque estuviese embarazada de él. «Seguidme las dos», dice Roland con aire extraviado. Llegan en silencio a la funesta cueva. «Todo ha terminado para vosotras», anuncia osadamente y en tono firme y terrible aquel temible antropófago; ya no

volveréis a ver la luz». Mientras pronuncia estas funestas palabras, se apodera de su hermana; y, cogiendo un puñado de varas, la azota durante un cuarto de hora por todo el cuerpo y particularmente en el vientre. «¿De cuántos meses estás embarazada?, exclama el bárbaro, totalmente enardecido. —De seis», responde aquella adorable y dulce criatura arrojándose a los pies de su hermano: «si tu furia te lleva a sacrificar a la vez, en mi sola existencia, a tu hermana, a tu amante, a tu amiga, a la madre de tu hijo, que sea por lo menos después de que este desgraciado fruto de tu amor haya visto la luz. —Me molestaría mucho, rediós, dice Roland; la tierra ya tiene suficiente con un monstruo como yo; no quiero devolverle la imagen; sabes además que no me gusta la progenie; nada ha sido más torpe de tu parte como dejarte hacer un hijo; tú misma firmabas tu sentencia de muerte con la leche con que le dabas la vida. —¡Oh, mi querido Roland! —Eh, no, no, tienes que morir junto con tu fruto; quiero que dentro de una hora ya no haya ni madre ni hijo. Pero no te preocupes», prosiguió el malvado atando y sujetando a su desdichada hermana en un banco de madera, con los muslos muy separados y los riñones levantados mediante un saco de borra; «no, no te inquietes: al arrancar el árbol, quiero plantar inmediatamente otro; mastúrbame, Justine, mientras lo hago». ¡Qué infame! ¡Oh, Gran Dios! ¿Cómo pintar tales execraciones? El abominable monstruo abre con un escalpelo el vientre de su hermana…, arranca él mismo el fruto, lo pisotea, y reemplaza el germen que destruye por la leche espumosa que le hace soltar Justine. Deja a aquella mujer abierta y respirando todavía. «Ahora te toca a ti, le dice a Justine; pero quiero aumentar el ultraje con algunos procedimientos más bárbaros; la gratitud vuelve a pesar sobre mi corazón enternecido. Tengo que pagarte, tengo que hacerlo»; y el bribón volvía a meneársela mientras decía estas palabras: «Voy a atarte a los restos ensangrentados de esta interesante hermana, y a bajarte así a la bodega de los muertos; allí, abandonada, sin ayuda, sin alimento, en medio de sapos, ratas y culebras, satisfarás viva el hambre de esos animales, expirando a fuego lento por los tormentos de esa cruel necesidad; aguijoneada de manera execrable por ella, devorarás el cadáver al que voy a atarte… ¡Oh, guarra!, la idea tiene que ser deliciosa; porque ya ves el estado en que me pone, aunque acabe de perder mi leche. Ven, Justine, tengo que encularte todavía una vez más antes de dejarte para siempre… ¡Ah, qué hermoso culo, granuja! ¡Qué lástima entregar tan pronto tantos encantos a los gusanos! Ven que te folle, ángel mío, que te haga sangrar a placer para decidir mejor la erección». Su hermana todavía respiraba; jadeaba; y, sobre el estómago de aquella moribunda, Roland coloca a Justine de tal modo que las nalgas de ésta estén perpendiculares a las dos tetas de la otra. La operación comienza: el verdugo golpea al mismo tiempo el pecho palpitante de su desgraciada hermana y las nalgas carnosas de nuestra heroína, a la que algunas veces inclina para que la cabeza se hunda en las entrañas que desgarra su rabia. «¡Ah!, pura», le dice a Justine mientras la flagela con todas sus fuerzas, «quisiera meterte en el vientre de mi hermana, coserte dentro, encerrarte en él, y obligarte a buscar ahí tu ataúd… Mas ¡vaya un olvido!, no me lo perdono. ¡Eh!, Justine, una de tus amigas

respira todavía en estos lúgubres lugares, ¿y no te inmolo en sus brazos?… ¡Espera… espera, voy a buscarla». El monstruo sale con presteza dejando a su triste víctima frente a frente con aquella mujer moribunda cuyos gritos desgarraban el corazón. La sensible Justine quiere aprovechar el momento para prestar algunos cuidados a su compañera de infortunio. Por desgracia ya no es hora; el mayor favor que podría hacerle sería rematarla; y no son cuidados de esa clase los que le van al alma de Justine; así pues, cuanto hace es inútil; además, no le dejan tiempo de nada. Roland reaparece con Delisle: «Mira, Justine», dice presentándosela; «dame las gracias por mis atenciones; quiero que tu amiga muera contigo».

Siguiendo la costumbre de aquel malvado, mil caricias preceden a sus atrocidades. El desgraciado termina por entregarse a ellas, y, con una férula armada de puntas de hierro, Roland se apresta a desgarrar las bellas nalgas de la compasiva ventera; las hace sangrar. Sujetándola encima de las otras dos mujeres, la encula, y coloca tan bien a las tres que pasa alternativamente del vientre desgarrado de una a la boca de la otra, y de ésta al culo de la tercera. Por fin agarra a la Delisle; la cuelga, se sube encima de sus hombros y le pisa la cabeza para lastimar mejor las vértebras del cuello. ¡Oh, Justine!», dice masturbándose con todas sus fuerzas, «te trataría de la misma manera si no me empalmase excesivamente con la idea de enterrarte viva… Ese suplicio es horrible…, mi leche está a punto de brotar con la sola idea de verte sufrir»; y, diciendo esto, coge a aquella desdichada, la ata con fuerza a los dos cadáveres y sujeta toda la masa con una gruesa cuerda. Abriendo entonces la bodega de los muertos, deja deslizarse en ella una lámpara; luego se prepara para meter de la misma manera los tres cuerpos. «Vamos, Justine, es la hora», dice mientras sigue meneándosela, «ha llegado el momento de separarnos para siempre…, sí, para siempre; Justine, no volveremos a vernos. Ciega mujer, prosigue, éste es sin embargo el fruto de tus virtudes; mira si no hubiera sido mejor para ti no socorrerme nunca cuando me encontraste en vez de dar a tu verdugo, con esos socorros, todos los medios para hacerte expirar en medio de la más espantosa de las muertes». Mientras dice esto va bajando el cuerpo; luego, cuando nota que el peso está en tierra, el malvado se corre por encima de su cabeza, y horribles invectivas acompañan todavía los últimos arrebatos de su frenesí. Todo concluye, y la piedra se cierra.

¡Oh desdichada Justine! ¡Oh mujer demasiado infortunada! ¡Ahí te ves ahora, viva en medio de los muertos, atada entre dos cadáveres, y más muerta que los que te rodean!

«¡Justo Dios!», exclama contemplando el horror de su situación; «¿hay en la naturaleza una criatura tan digna de lamentar como yo? Dios al que imploro, no me abandones, y dame la fuerza necesaria para preservarme de la desesperación a que mi triste destino me reduce. Nada de lo que haces carece de objeto; no te pregunto por tus decretos; sé que han de ser incomprensibles, como tú; pero ¿de qué crimen soy culpable para ser tratada así? No importa, tú lo quieres, yo me someto a ello; hágase tu voluntad; quizá yo era un instrumento del crimen que tu justicia quiere castigar. Te

entrego, oh Dios mío, este cuerpo agotado por el dolor y que tanto tiempo han secado las lágrimas de la miseria y de la desesperación; pero deja volar hacia ti esta alma tan pura como cuando tuviste a bien dármela, y que tus brazos consoladores se abran al menos para recibir a una desdichada que nunca ha vivido sino para ti».

Sólo una fúnebre lámpara alumbraba a Justine; aprovecha el momento en que arde esa fatal luminaria para librarse de sus cuerdas; como los cuerpos entre los que la habían atado estaban muertos, le costó menos liberarse; por fin lo consigue. Su primer impulso es dar gracias al Ser supremo. Luego echa una ojeada de horror sobre lo que la rodea; imposible contar los cadáveres que cubren el impuro suelo de aquel lugar de horror; cree reconocer sin embargo los de las mujeres que la han precedido. Parecía que la última que habían bajado había llegado, como Justine, llena de vida, y que había sufrido incluso los horrores del hambre. Casi rígida, apoyada contra la pared, aún tenía entre sus dedos un cráneo en el que, sin duda, la desdichada había creído encontrar la escasa sustancia exigida por la imperiosa ley de la naturaleza… «¡Oh, Dios, Dios! ¡Ése será mi fin, exclama Justine, ésos los tormentos que voy a sentir y las angustias que van a terminar aquí mis deplorables días!». Había pasado ya quince horas en aquel repugnante lugar, donde la falta de aire y la infección, absorbiendo en ella todas las facultades de su existencia, le habían impedido sentir hasta entonces ninguna necesidad. Hacía mucho que la lámpara ya no ardía; sentada entre dos cadáveres, la desdichada esperaba en silencio que pluguiese al Ser supremo llamarla a su seno; y como es fácil suponer, sus ideas eran tan lúgubres como su situación… cuando de pronto oye un ruido… Presta atención; no es una ilusión; las puertas se abren… «No hay nada», dicen confusamente unas voces de hombres y mujeres que Justine apenas distingue… —Os engañáis, dice gritando con todas sus fuerzas…, una desdichada víctima alienta todavía en este lugar de horror; dignaos apiadaros de ella, y liberadla cuanto antes os sea posible; está expirando…». Escuchan. Justine lanza nuevos gritos; se busca la piedra que tapa la cueva; nuestra prisionera la indica como puede…, por fin la levantan. «En nombre del cielo, sacadme de aquí, dice Justine… —¿Cómo?… ¡Justine!, dice una voz de mujer. —La misma; salvadla del cruel trato a que nuestro amo común la ha condenado. —Ya no reina sobre nosotras», responde la misma mujer, en quien Justine reconoce a una de sus antiguas compañeras; «el Cielo nos ha librado de él… Ven a gozar de la prosperidad común que este suceso nos da a todas». Al punto echan una escala, y ya tenemos a Justine subida hasta el horrible gabinete de Roland. Al ver de nuevo aquella cueva a la que nunca bajaba sin creerse a mil leguas del universo, Justine imagina estar ya en el mundo. Su compañera la abraza: los dos hombres que la acompañan se apresuran a informarle de que Roland se ha ido por fin; y que el nuevo jefe de la casa es ahora Delville, hombre dulce y sensible cuyos primeros cuidados han sido reparar todas las atrocidades de su predecesor. Por orden de este honrado individuo se registra todo con minuciosidad; y gracias a sus bondades…, a su celo, todo se calma y civiliza en aquella morada donde ya se cometen crímenes

suficientemente grandes, dijo Delville, sin acompañarlos de episodios inútiles y que hacen estremecerse a la naturaleza.

Justine sube al castillo llena de esperanza y alegría. La cuidan…, le dan de comer…, le preguntan por sus últimas aventuras, ella las cuenta, y, desde esa misma noche, queda instalada, como sus compañeras, en unas habitaciones buenísimas dónde sólo se las emplea en la talla de piezas de moneda, trabajo menos fatigoso, sin duda, que el que antes ejercía, y por el que era recompensada, lo mismo que las demás, con un sinfín de atenciones y un excelente alimento.

Al cabo de dos meses, Delville, sucesor de Roland, comunicó a toda la casa la feliz llegada de su cofrade a Venecia; se había establecido en esta ciudad, había convertido su fortuna y gozaba de todo el descanso…, de toda la felicidad de que un hombre podía preciarse. Faltaba mucho para que el destino de quien le sustituía fuese el mismo. El desdichado Delville era honrado en su profesión; ¿no era más que suficiente para ser rápidamente aplastado?

Un día que todo estaba tranquilo en la casa…, donde, bajo las leyes de este buen amo, el trabajo, aunque criminal, se hacía sin embargo con alegría…, donde la desdichada Justine, más calmada, se ocupaba tranquilamente de los medios de poder dejar a aquellas gentes, las puertas fueron derribadas de pronto, los fosos escalados y el castillo, antes de que cuantos lo habitan tengan tiempo de pensar siquiera en su defensa, resulta invadido por más de sesenta jinetes de la mariscalía. No les queda más remedio que rendirse; no tienen otra salida. Encadenan a todos aquellos miserables como a bestias; los atan a unos caballos y los conducen a Grenoble. «¡Bueno!», dice Justine al entrar en la ciudad, «por lo tanto es el cadalso el destino que va a darme esta ciudad, ¡en la que yo cometía la locura de creer que la felicidad debía nacer para mí!… ¡Oh presentimientos del hombre, cuán engañosos sois!».

No tardó en hacerse el proceso de los falsificadores; todos fueron condenados a la horca. Cuando vieron la marca que infamaba a Justine, apenas se tomaron la molestia de interrogarla; e iba a ser tratada como los otros cuando intentó obtener finalmente un poco de atención del famoso magistrado, honor de aquel tribunal…, juez íntegro…, ciudadano respetado…, filósofo ilustrado cuya sabiduría y bondad grabaron por siempre, en el templo de Temis, su célebre nombre en letras de oro. La escuchó; convencido de la buena fe de aquella desdichada, y de la verdad de sus desgracias, se dignó poner en el examen de su proceso algún interés más del que habían puesto sus colegas en el caso de las demás culpables. El señor S*** se convirtió incluso en el abogado de Justine; las quejas de aquella pobre niña fueron escuchadas; las declaraciones generales de los falsificadores vinieron en apoyo del celo de quien asumía la defensa de la virtud encadenada; y nuestra interesante heroína fue declarada, por unanimidad, seducida, inocente y totalmente libre de cargos, con entera libertad para hacer lo que quisiera. Su protector unió a este favor el producto de una colecta emprendida para ella, que le reportó más de cincuenta luises. Por fin Justine veía brillar ante sus ojos la aurora de la felicidad; creía haber llegado al

término de sus males…, y el Cielo parecía justo con ella cuando plugo a la Providencia convencerla de que sus designios no variaban nunca, y que estaba muy lejos todavía de ver realizarse las quimeras que su espíritu equivocado creía por fin alcanzar.

CAPÍTULO XIX

Encuentro inesperado. Disertación filosófica. Nuevo protector. Las monstruosidades de una mujer ya conocida destruyen todo. Extraña pasión de un hombre poderoso. Partida de Grenoble.

Al salir de prisión, Justine se alojó en un albergue bastante bueno, situado frente al puente del Isère, del lado de los suburbios. Su intención, siguiendo el consejo de M. S***, era permanecer allí un tiempo para tratar de colocarse en la ciudad, o volverse a Lyon si no lo conseguía, y, en este último caso, el abogado general le daría cartas de recomendación. Comía en aquel albergue en lo que se llama la mesa redonda cuando, el segundo día, se dio cuenta de que era examinada concienzudamente por una señora gorda, muy bien vestida, a la que daban el título de baronesa. A fuerza de observarla a su vez, Justine creyó reconocerla; y las dos avanzan al mismo tiempo una hacia otra como dos personas que se han conocido, pero que no pueden recordar dónde.

Finalmente, la baronesa, llevándose aparte a Justine: «Señorita, le dice, ¿me engaño? ¿No sois la misma persona a la que hace diez años salvé de la Conciergerie, y no reconocéis a la Dubois?». Poco halagada por aquel descubrimiento, Justine responde sin embargo a él con educación; pero como enfrente tenía a la bribona más hábil que hubiera en Francia, le fue imposible escapar. La baronesa le dijo que se había interesado por su suerte por toda la ciudad; que, de haber sabido que aquello le había afectado, no habría habido ningún tipo de gestiones que no hubiera hecho ante los magistrados, entre los que varios, decía ella, eran amigos suyos. Débil como de costumbre, Justine se dejó conducir a la habitación de aquella mujer y le contó sus desgracias. «Mi querida amiga», respondió la Dubois después de haberla oído, «si he deseado tanto verte con mayor intimidad ha sido para hacerte saber que yo he recorrido una carrera muy diferente de la tuya…, tengo una fortuna, y todo lo que poseo está a tu servicio. Mira», le dice abriéndole unos pequeños cofres llenos de oro y de diamantes, «aquí tienes los frutos de mi habilidad; si yo hubiese incensado la virtud como tú, hoy estaría encerrada o colgada. —¡Oh!, señora, respondió Justine, si todo eso lo debéis a fechorías, la Providencia, siempre justa, no os dejará gozarlo mucho tiempo. —¡Error!, respondió la Dubois; no imagines que tu fantástica Providencia favorece siempre la virtud, que un breve instante de prosperidad no te ciegue hasta ese punto. Para el mantenimiento de las leyes de la naturaleza es lo mismo que Paúl siga el mal mientras Pierre se entrega al bien. Lo que esa naturaleza compensadora necesita es una suma igual de lo uno y de lo otro; y el ejercicio del crimen es, más que el de la virtud, la cosa del mundo que más indiferente le resulta.

Escucha, Justine, escúchame con un poco de atención, continuó aquella malvada; tienes inteligencia, quisiera terminar convenciéndote.

«No es, querida amiga, la elección que el hombre hace de la virtud lo que le permite encontrar la felicidad; porque la virtud, como el crimen, no es sino una de las formas de conducirse en el mundo. Por lo tanto, no se trata de seguir una de estas maneras más que la otra; se trata sólo de caminar por la senda general; el que se aleja de ella siempre se equivoca. En un mundo completamente virtuoso yo te aconsejaría la virtud, porque, al ir unidas a ella las recompensas, la felicidad dependería infaliblemente de esa virtud; pero en un mundo totalmente corrompido, nunca te aconsejaré otra cosa que el vicio. El que no sigue la senda de los demás perece inevitablemente; todo lo que encuentra choca con él, y, como es el más débil, debe resultar necesariamente quebrantado. Es inútil que las leyes pretendan restablecer el orden y devolver a los hombres a la virtud. Demasiado prevaricadoras para intentarlo, demasiado insuficientes para conseguirlo, apartarán un instante del camino trillado, pero nunca harán abandonarlo. Cuando el interés general de los hombres los lleve a la corrupción, quien no quiera corromperse con ellos luchará por lo tanto contra el interés general; y, ¿qué felicidad puede esperar quien contraría perpetuamente el interés de los demás? ¿Me dirás que es el vicio lo que contraría el interés de los hombres? Lo admitiría en un mundo formado por una parte igual de buenos y malos, porque entonces el interés de unos choca visiblemente con el de otros. Pero eso no ocurre ya en una sociedad totalmente corrompida. En este caso, mis vicios, que sólo ultrajan al vicioso, determinan en él otros vicios que le compensan; y los dos estamos contentos; la vibración se vuelve general; es una multitud de choques y de lesiones mutuas en los que cada uno, volviendo a ganar de inmediato lo que acaba de perder, se encuentra constantemente en una situación feliz. El vicio sólo es peligroso para la virtud, que, débil o tímida, nunca se atreve a emprender nada. Pero cuando ya no existe sobre la tierra, cuando su fastidioso reino ha terminado, entonces el vicio, ultrajando únicamente al vicioso, hará brotar otros vicios, pero no alterará ya la virtud. ¿Cómo no habías de fracasar mil veces en tu vida, Justine, si siempre tomabas en sentido contrario la ruta que seguía todo el mundo? Si te hubieras dejado llevar por la corriente, habrías encontrado el puerto como yo. Quien desea remontar un río, ¿recorre en un mismo día tanto camino como el que lo baja? Siempre estás hablándome de la Providencia, ¡eh!, ¿quién te prueba que a esa Providencia le gusta el orden, y por consiguiente la virtud? ¿No te ofrece constantemente ejemplos de sus injusticias y de sus irregularidades? ¿Es enviando a los hombres la guerra, la peste y el hambre, es habiendo formado un universo vicioso en todas sus partes, como manifiesta a tus ojos su amor extremado por el bien? ¿Por qué quieres que los individuos viciosos le desagraden, si ella misma sólo actúa mediante vicios, si todo es vicio y corrupción en sus obras, si todo es crimen y desorden en sus voluntades? Pero, además, ¿de quién hemos recibido estos impulsos que nos arrastran al mal? ¿No es su mano la que nos los da? ¿Hay una sola de nuestras sensaciones que no venga de

ella, uno solo de nuestros deseos que no sea obra suya? ¿Es, pues, razonable decir que nos dejaría o nos daría inclinaciones para una cosa que le perjudicase o que le resultase inútil? Por consiguiente, si los vicios le sirven, ¿por qué querríamos resistirnos a ellos? ¿Con qué derecho trabajaríamos por destruirlos? ¿Y por qué íbamos nosotros a ahogar su voz? Un poco más de filosofía en el mundo pondría más bien todo en orden y haría ver a los magistrados, a los legisladores, que los crímenes que censuran y castigan con tanto rigor poseen a veces un grado de utilidad mucho mayor que esas virtudes que predican sin practicarlas ellos mismos, y sin recompensarlas jamás. —Incluso si fuese lo bastante débil, señora, respondió Justine, para abrazar vuestras horribles teorías, ¿cómo conseguiríais apagar los remordimientos que en todo instante provocarían en mi corazón? —El remordimiento es una quimera, replicó la Dubois; no es otra cosa, mi querida Justine, que el murmullo imbécil del alma lo bastante timorata para no atreverse a aniquilarlo. —¡Aniquilarlo! ¿Es posible? —Nada más fácil. Nos arrepentirnos de lo que no solemos hacer; repetid constantemente lo que os da remordimientos y los apagaréis fácilmente; oponedle la antorcha de las pasiones, las poderosas leyes del interés, y no tardaréis en disiparlos. El remordimiento no prueba el crimen; únicamente denota un alma fácil de subyugar. Que venga una orden absurda a impedirte salir ahora de esta habitación: no saldrás sin remordimientos por más cierto que sea que, sin embargo, no harías ningún mal saliendo. Luego no es cierto que sólo el crimen sea el que da remordimientos. Convencidos de la nadería de los crímenes…, de la necesidad que el plan general de la naturaleza tiene de esas acciones, sería posible vencer con idéntica facilidad el remordimiento que uno siente después de haberlas cometido como lo sería ahogar el que naciese de tu salida de esta habitación, tras la orden ilegal que habrías recibido de permanecer en ella. Hay que empezar por un análisis completo de todo lo que los hombres llaman crimen; por convencerse de que, lo que llaman así, no es sino la justísima infracción a sus absurdas convenciones sociales…, que lo que se racha de crimen en Francia deja de serlo a doscientas leguas de allí; digo más: que un mismo siglo ve a menudo honrar, en su término, lo que se habría castigado en su inicio. ¡Qué mejor prueba de lo que digo que la revolución de los imperios que, metamorfoseándose en repúblicas, coronan a menudo al regicida que ha descuartizado el despotismo! En una palabra, Justine, convéncete de que no hay ninguna acción que sea considerada como crimen universalmente en el mundo…, ninguna que, viciosa o criminal aquí, no sea loable y virtuosa a unas millas de aquí; que todo es cuestión de opinión, de geografía, y que, por lo tanto, es absurdo querer obligarse a practicar unas virtudes que no son sino vicios en otra parte, y a huir de crímenes que son acciones excelentes bajo otros climas. Ahora te pregunto si, tras estas reflexiones, puedes seguir conservando remordimientos por haber cometido en Francia, por placer o por interés, un crimen que no es más que una virtud en China; si debo sentirme muy desgraciada…, si debo inquietarme enormemente por practicar en Francia acciones que me harían arder en Siam. Y si el remordimiento sólo existe en

razón de la prohibición, si sólo nace de los vestigios del freno, y no de la acción cometida, ¿es un impulso muy inteligente dejar que subsista en uno? ¿No es absurdo no ahogarlo en cuanto llega a considerar como indiferente la acción que acaba de dar remordimientos, que se ha conseguido considerarla así mediante el estudio reflexionado de las costumbres y usos de todas las naciones de la tierra? Una vez hecho este trabajo, repítase esa acción, tal como sea y con tanta frecuencia como sea posible; o mejor aún, háganse otras más fuertes que aquella a la que se combina, para mejor acostumbrarse a ésta. El hábito y la razón no tardarán en destruir los remordimientos; no tardarán en aniquilar esos impulsos tenebrosos, frutos únicamente de la ignorancia y de la educación. A partir de ese momento se sentirá que, dado que no hay crimen real en nada, es una extravagancia arrepentirse y no atreverse a hacer todo lo que puede sernos útil o agrada ble, cualesquiera que sean los diques que haya que derribar para conseguirlo. Cometí mi primer crimen a los catorce años, Justine; ese crimen rompía todos los lazos que me molestaban… Al ser que me había dado la vida le hice el presente más contrario al que había recibido de él…, ¿me entiendes? ¡El desdichado! ¡Todavía le veo entregando el alma, y nunca pienso en él sin sentir las más excitantes emociones de placer! Desde entonces no he dejado de correr en busca de la fortuna por una carrera sembrada de horrores; no hay uno solo que no haya cometido, o mandado cometer; y nunca he conocido remordimientos. Por fin llego a la meta; dos o [res golpes afortunados más, y paso del estado de medianía en que debía acabar mis días a más de cien mil libras de renta. Te lo repito, querida niña, en esta senda felizmente recorrida, nunca el remordimiento me ha hecho sentir sus espinas. Si un revés inesperado me precipitase en el abismo, tampoco lo sentiría; culparía a los hombres o a mi torpeza; pero siempre estaría en paz con mi conciencia. —De acuerdo, respondió Justine; pero razonemos un instante, señora, incluso siguiendo vuestros principios. ¿Con qué derecho pretendéis que mi conciencia sea tan firme como la vuestra si no ha sido acostumbrada desde la infancia a vencer los mismos prejuicios? ¿Con qué título queréis que mi mente, que no está organizada como la vuestra, pueda adoptar el mismo sistema? Admitís que hay una suma de bien y de mal en la naturaleza, y que por consiguiente tiene que haber cierta cantidad de seres que practique el bien, y otra que se entregue al mal. El partido que romo adoptando el bien está por tanto en la naturaleza; según eso, ¿cómo podríais exigir que me apartase de la reglas que ella me prescribe? Habéis dicho que encontráis la felicidad en la carrera que recorréis; pues bien, señora, ¿por qué no había de encontrarla yo igualmente en la que sigo? No imaginéis por otra parte que la vigilancia de las leyes deje en reposo mucho tiempo al que las infringe; acabáis de ver un ejemplo clamoroso: de los quince bribones entre los que yo vivía, sólo se salva uno; catorce perecen ignominiosamente. —¿Y es eso lo que tú llamas una desgracia?, replicó la Dubois. ¿Qué importa esa ignominia al que ya no tiene principios? Cuando se ha franqueado todo, cuando a nuestros ojos el honor no es más que un prejuicio, la reputación una cosa indiferente, la religión una quimera y la muerte un

aniquilamiento total, ¿qué más da entonces perecer en un cadalso o en la cama? En el mundo, Justine, hay dos clases de bribones; aquel al que una fortuna inmensa y un crédito prodigioso ponen al abrigo de ese final trágico, y aquel otro que no lo evitará si es apresado. Este último, nacido sin patrimonio, no debe tener, si es inteligente, más que un solo deseo: hacerse rico al precio que sea; si lo consigue, tiene lo que ha querido, debe estar contento; si perece, ¿qué puede lamentar si no tiene nada que perder? Por lo tanto, las leyes no importan nada a todos los malvados desde el momento en que no alcanzan al poderoso y resulta imposible al desgraciado temerlas, ya que su espada es su único recurso. —¡Eh!, ¿creéis, señora, respondió vivamente Justine, que la justicia celestial no aguarda, en otro mundo, a aquel a quien el crimen no ha asustado en éste? —Creo, respondió aquella peligrosa mujer, que si hubiera un Dios, habría menos mal sobre la tierra. Creo que si ese mal existe, o sus desórdenes están ordenados por ese Dios, entonces es un ser bárbaro, o no está en condiciones de impedirlos, y a partir de ese momento tenemos un Dios débil y, en todos los casos, un ser abominable, un ser cuyo rayo debo arrostrar y cuyas leyes debo despreciar. ¡Ah!, Justine, ¿no es preferible el ateísmo a cualquiera de esas dos extremidades? ¿Y no es cien veces más razonable no creer en Dios que adoptar uno tan peligroso…, tan espantoso, tan contrario al sentido común y a la razón?… No, por la sangre de Cristo…». Y, levantándose en este punto aquel monstruo con indecibles ademanes de rabia y furia, vomita una infinidad de blasfemias, a cual más atroz y execrable, que hacen estremecerse a la inocente Justine hasta el punto de levantarse de su asiento. «Detente», le grita la Dubois reteniéndola, «detente, hija mía; si no puedo vencer tu razón, al menos que cautive tu corazón. Te necesito, no me niegues tu ayuda; aquí tienes mil luises; tuyos son en cuanto el golpe esté dado». La prudente Justine, sin escuchar otra cosa que su inclinación a hacer el bien, preguntó acto seguido de qué se trataba, a fin de prevenir, si podía, el crimen cavilado por aquella arpía. «Lo que quiero decirte es lo siguiente, respondió la Dubois: ¿te has fijado en ese joven comerciante de Lyon que come aquí desde hace cuatro o cinco días? —¿Dubreuil? —El mismo. —¿Y qué? —Está enamorado de ti; me ha hecho esa confidencia: tu aire modesto y dulce le agrada infinitamente; le gusta tu candor, y tu virtud le encanta. Este amante novelesco tiene ochocientos mil francos en oro o en papeles en un cofrecillo junto a su lecho. Déjame convencerle de que aceptas escucharle; si es cierto o no, ¿qué más te da? Le induciré a proponerte un paseo fuera de la ciudad; le convenceré de lo mucho que adelantarán sus asuntos contigo gracias a ese paseo. Tú lo entretendrás, lo mantendrás fuera el mayor tiempo posible; en ese intervalo yo le robaré; pero no huiré; sus efectos estarán ya en el Piamonte y yo seguiré todavía en Grenoble. Nosotras emplearemos todo el arte posible para disuadirle de fijarse en nosotras; fingiremos ayudarle en sus pesquisas. Mientras tanto, se anunciará mi marcha; él no se extrañará; tú me seguirás; y los mil luises te serán pagados en cuanto lleguemos a la frontera de Francia. —Acepto, señora», totalmente decidida a advertir al joven del robo que querían hacerle; «mas pensad», continuó para engañar mejor a

aquella malvada, «que si Dubreuil está enamorado de mí, puedo, previniéndole o entregándome a él, sacar mucho más de lo que vos me ofrecéis por traicionarle. —¡Bravo!, replicó la Dubois; esto es lo que yo llamo una buena alumna; ¡empiezo a creer que el Cielo te ha dado más arte a ti que a mí para el crimen!, continuó mientras escribía; éste es mi recibo por el doble; ¡atrévete ahora a rechazarme! —Mucho me guardaré de hacerlo, señora», dijo Justine cogiendo el recibo; pero, por lo menos, no atribuyáis sino a mi debilidad y a mi pobreza el error que cometo entregándome a vuestras seducciones. —Quería adjudicar ese mérito a tu inteligencia, dijo Dubois; tú prefieres que lo achaque a tu desgracia; como quieras: sírveme, y quedarás contenta».

Justine, pensando en su proyecto, empieza esa misma noche a hacer un poco más de caso a Dubreuil. No tarda en discernir los sentimientos de aquel joven por ella. Nada tan embarazoso como su situación: desde luego estaba muy lejos de prestarse al crimen propuesto, aunque se hubiera tratado de mil veces más de oro; pero denunciar a aquella mujer era otra pesadumbre para ella; le repugnaba enormemente exponer a la muerte a una criatura a la que diez años antes había debido su liberad; hubiera deseado encontrar el medio de impedir el crimen sin castigarlo; y con cualquier otra que no hubiera sido una consumada malvada como la Dubois lo habría conseguido sin ninguna duda. Éstos fueron, pues, los resultados de su determinación, ignorando que las sordas maniobras de aquella mujer horrible no sólo descompondrían todo el edificio de sus honestos proyectos, sino que incluso la castigarían por haberlos concebido.

El día previsto para el paseo, la Dubois invita a comer a Dubreuil y a Justine en su habitación. Acabada la comida, los dos jóvenes descienden para dar prisa al coche que les preparan: como la Dubois no les ha seguido, Justine se encuentra a solas con su amante. «Señor», le dice ésta enseguida, «escuchadme atentamente; nada de escándalo, y sobre todo observad rigurosamente lo que voy a ordenaros… ¿Tenéis un amigo fiel en este albergue? —Sí, un joven socio con el que puedo contar como conmigo mismo. —¡Pues bien!, señor, id ahora mismo a ordenarle que no salga de vuestra habitación ni un minuto todo el tiempo que nosotros estemos de paseo. —Pero si yo tengo la llave de ese cuarto; ¿qué significa ese aumento de precauciones? —Es más esencial de lo que pensáis, señor; utilizadlo, os lo ruego, o no salgo con vos. La mujer con la que hemos comido es una granuja; ha arreglado el paseo que vamos a hacer sólo para robaros con mayor facilidad. Daos prisa, señor, ella está observándonos…, es peligrosa; entregad pronto vuestra llave a ese amigo; que vaya a instalarse en vuestra habitación, y que no se mueva de ella hasta que nosotros no hayamos regresado. Os explicaré todo lo demás en cuanto estemos en el coche». Dubreuil hace caso a Justine; le estrecha la mano para darle las gracias, corre a dar órdenes relativas al aviso que recibe y regresa enseguida. Parten. De camino, Justine le descubre toda la aventura; cuenta las suyas, informa a su joven amador de las desgraciadas circunstancias que le han hecho conocer a la execrable Dubois. Dubreuil, honrado y sensible, manifiesta la más viva gratitud por el servicio que

acaba de prestarle; se interesa en las desgracias de Justine y le propone suavizarlas con el ofrecimiento de su mano. «Me siento demasiado feliz de poder reparar los errores que la fortuna comete con vos, señorita, le dice; soy dueño de mí, no dependo de nadie; voy a Ginebra para colocar unas sumas considerables que vuestros buenos avisos me salvan; me seguiréis a esa ciudad; al llegar, me convertiré en vuestro esposo y no apareceréis en Lyon más que bajo ese título; o, si lo preferís, señorita, si tenéis alguna desconfianza, será en mi misma patria donde os daré mi apellido».

Semejante ofrecimiento halagaba demasiado a Justine para que se atreviese a rechazarlo; pero tampoco le convenía aceptarlo sin hacer ver a Dubreuil lo mucho que podría hacerle arrepentirse. Él le agradeció su delicadeza y no la presionó sino con más insistencia. ¡Oh, criatura infortunada! ¡La felicidad tenía que ofrecerse a ti sólo para infundirte más vivamente la pena de no poder cogerla nunca! ¡Era preciso que ninguna virtud pudiese nacer en tu corazón sin prepararte tormentos!

Se encontraban, mientras seguían hablando, casi a dos leguas de la ciudad e iban a apearse del coche para disfrutar del frescor de algunas alamedas a orillas del Isère por donde habían decidido pasear, cuando de repente Dubreuil se siente mal…, horribles vómitos le asaltan… Regresan volando a Grenoble. Dubreuil se encuentra en tal estado que tienen que llevarlo a su cuarto. Su situación sorprende a su socio. Llega un médico. ¡Justo Cielo!…, el desdichado joven está envenenado. Justine, espantada, corre al aposento de la Dubois: ¡la muy infame se había marchado! Nuestra heroína pasa a su propio cuarto…, su armario está forzado; los pocos trapos que posee se los han quitado; la Dubois, le dicen, vuela desde hace tres horas camino de Turín. No hay duda de que era ella la aurora de aquella multitud de crímenes. Se había presentado en la habitación de Dubreuil; picada por haber encontrado gente en ella, se había vengado en Justine; y había envenenado al joven durante la comida para que, a la vuelta, si había conseguido robarle, el desdichado, más preocupado por su vida que por perseguir a la que le robaba su fortuna, le permitiese huir con seguridad y para que, al sobrevenir el accidente de su muerte, por así decir, en brazos de Justine, esta pobre niña pudiera ser con toda legitimidad más sospechosa que ella.

Nuestra triste huérfana vuelve al aposento de Dubreuil; no la dejan acercarse; se queja del rechazo; le dicen la causa: el infortunado ya sólo se ocupa de Dios, y entrega el alma; sin embargo, ha disculpado a la que ama; prohíbe que la persigan; muere. Nada más cerrar los ojos, su joven amigo acude a Justine, le cuenta todas estas circunstancias y se esfuerza por tranquilizarla… ¡Ay!, ¿era posible? ¿Debe no llorar amargamente la pérdida de un hombre que tan generosamente le ha ofrecido sacarla de la indigencia? ¿Puede no deplorar un robo que vuelve a sumirla en la miseria de la que acaba de salir? «¡Peligrosa mujer!, exclama, si es ahí donde conducen tus horribles principios ¿es de extrañar que se los aborrezca y que las personas de bien los castiguen?». Pero Justine razonaba como parte perjudicada; y la Dubois, que no veía más que su honor y su interés en lo que había emprendido, llegaba sin duda a conclusiones muy distintas.

Justine confió todo a Valbois, el socio de Dubreuil; tanto lo que se había tramado contra aquel al que perdía, y lo que le había ocurrido a ella misma. Valbois la compadeció, lamentó con toda sinceridad la suene de Dubreuil y censuró en Justine el exceso de delicadeza que le había impedido ir a denunciarla tan pronto como había sido instruida de los proyectos de la Dubois. Los dos pensaron que aquel monstruo, que sólo necesitaba cuatro horas para alcanzar un país donde ponerse a salvo, lo habría conseguido antes de que hubieran dado el aviso para perseguirla…, que costaría mucho…, que el propietario del albergue, vivamente comprometido en la denuncia que hiciesen, y negándolo todo con escándalo, terminaría tal vez aplastando a la propia Justine…, que en Grenoble sólo parecía respirar como escapada de la horca. Estas razones la persuadieron y convencieron hasta el punto de que decidió marcharse sin despedirse siquiera de su protector. Valbois aprueba esa partida: no oculta a nuestra heroína que, si la aventura queda al descubierto, las declaraciones que él mismo se verá obligado a hacer la perjudicarían infaliblemente, tanto por sus relaciones con la Dubois como en razón del último paseo que hizo con su amigo; por lo tanto, que la aconsejaba marcharse cuanto antes sin ver a nadie, segura de que, por su lado, nunca actuaría contra ella, a quien creía inocente, y a la que sólo podía acusar de debilidad en todo lo que acababa de ocurrir.

Reflexionando en las advertencias de Valbois, Justine creyó reconocer que eran tanto mejores cuanto que también parecía seguro que la joven mostraba una apariencia culpable, aunque él estaba seguro de que no lo era; que lo único que hablaba en su favor (la recomendación hecha a Dubreuil en el momento del paseo), mal explicado por él, según aseguraban, en el artículo de la muerte, no se convertiría en una prueba tan fuerte como ella había podido pensar. Estas consideraciones la decidieron de inmediato; se las comunica a Valbois, que sigue aprobándolas. «Querría», le dijo aquel honrado joven, «que Dubreuil me hubiera encargado de algunas disposiciones favorables hacia vos, las cumpliría con el mayor placer; querría incluso que me hubiese dicho que era a vos a quien debía el consejo de hacer que yo guardase su habitación; pero no hizo nada de todo esto. Por lo tanto, estoy obligado a limitarme al solo cumplimiento de sus órdenes. Las desgracias que habéis experimentado por él me inducirían a hacer algo por mí mismo, si pudiese, señorita; pero estoy empezando en el comercio, soy joven, mi fortuna es limitada, me veo obligado a rendir cuentas de Dubreuil a su familia ahora mismo; permitid, pues, que me limite al único pequeño favor que os ruego aceptéis; aquí tenéis cinco luises, y esta mujer es una honrada vendedora de Chalon-sur-Saône, mi patria; vuelve allí después de haberse detenido veinticuatro horas en Lyon, donde la reclaman algunos asuntos. Os pongo en sus manos. Madame Bertrand», continuó Valbois presentando a Justine a aquella mujer, «ésta es la joven de que os he hablado, os la recomiendo; desea conseguir una colocación; os ruego, con las mismas instancias que si se tratase de mi propia hermana, que hagáis todos los esfuerzos posibles para encontrarle en nuestra ciudad algo que convenga a su persona, a su cuna…, a su educación…; que

no le cueste nada hasta entonces; yo os pagaré todo en cuanto nos veamos. Adiós, señorita», continuó Valbois pidiendo permiso a Justine para abrazarla; «Madame Bertrand se marcha mañana al amanecer, id con ella, y ojalá un poco más de felicidad pueda acompañaros en una ciudad donde quizá dentro de poco tenga la satisfacción de volver a veros».

La honradez de aquel joven hizo derramar lágrimas a Justine. El buen comportamiento es muy dulce cuando se han probado desde hace mucho tiempo otros odiosos. Justine lo acepta todo, jurando que no se ocupará de otra cosa que de poder pagarle un día. «¡Ay!», decía retirándose, «si el ejercicio de una nueva virtud acaba de precipitarme en el infortunio, al menos por primera vez en mi vida se me ofrece una esperanza de consuelo en este abismo espantoso de males en que la virtud continúa precipitándome».

Era temprano, la necesidad de respirar había hecho que Justine bajase al muelle del Isère con el propósito de pasear por él unos instantes; y como casi siempre ocurre en tales casos, sus reflexiones la llevaron muy lejos. Un pequeño bosque aislado la atrae; se sienta en él para pensar más a gusto. Mientras tanto se acerca la noche sin que piense en retirarse; de repente se siente cogida por tres hombres, uno le pone la mano en la boca, los otros dos la arrojan precipitadamente en un coche, suben a él con ella y, durante tres horas, hienden el aire sin que ninguno de aquellos bergantes se digne decirle una sola palabra ni responder a ninguna de sus preguntas.

Aunque fuese de noche, las cortinas estaban echadas: Justine no pudo ver absolutamente nada. Por fin el carruaje llega a una casa; al punto se abren y se cierran unas puertas; sus guías la cogen y la hacen atravesar así varios aposentos muy sombríos; la dejan por fin en uno, junto al que hay una sala donde Justine percibe luz. «Quédate ahí»; y los granujas desaparecen cerrando con cuidado todas las puertas; otra se abre casi en el mismo momento; y Justine ve acercársele una mujer, con una vela en la mano… ¡Dios! ¿Quién es aquella mujer?… ¿Es posible creerlo? ¡La Dubois, la Dubois en persona!, aquel monstruo espantoso, devorado sin duda por el más ardiente deseo de venganza. «Venid, encantadora niña, le dice en tono arrogante, venid a recibir el premio por las virtudes a que os habéis entregado a mi costa… ¡Ah!, guarra, ya te enseñaré yo a traicionarme. —Nunca os he traicionado, señora, responde precipitadamente Justine, no, nunca, informaos; no he dado de vos la menor queja que pueda preocuparos; no he dicho una palabra que pueda comprometeros. —¿No te has opuesto al crimen que meditaba? ¿No me lo has impedido, indigna criatura? ¿Y no es causarme la más mortal de todas las penas detener el impulso de mis fechorías? Tienes que ser castigada, zorra, tienes que ser castigada»; y le apretó con tanta violencia la mano mientras pronunciaba estas palabras que Justine pensó que le rompería los dedos. Entran en un aposento tan suntuoso como bien iluminado; era el de la casa de campo del obispo de Grenoble, quien, semiacostado en una otomana, recibía a aquellas damas en una bata de tafetán violeta. Pronto volveremos al retrato de este libertino. «Monseñor», le dice la Dubois presentándole a Justine,

«ésta es la persona que habéis deseado; la misma en la que todo Grenoble se ha interesado como vos; la célebre Justine, en una palabra, condenada a ser colgada con unos falsificadores, y liberada luego debido a su inocencia y a su virtud. La visteis durante su interrogatorio, la deseasteis… "Si ha de ser colgada, me dijisteis, doy mil escudos por gozarla antes". Se salvó; ¿tiene menos valor a vuestros ojos? —Mucho menos», dijo el prelado florándose la polla por encima de la camisa, infinitamente menos, sin duda. El placer de aquello consistía en divertirse con ella y hacerla ahorcar después; hice lo imposible para que cayera en aquel cesto, pero ese maldito S*** vino a trastocar con su equidad gótica todos mis preparativos. —¡Qué importa! Ahí la tenéis, ¿no sois dueño de hacer de todos modos cuanto os plazca? —Sí, señora, sí, lo sé; mas os repito que no es lo mismo; ¡es tan delicioso servirse de la espada de las leyes para inmolar a estas bribonas! —Pues bien, monseñor, dijo Dubois, pongamos en ésta el picante que le falta, uniendo a Justine esa bonita interna del convento de los benedictinos de Lyon, a cuya familia habéis tenido el arte de arruinar para que la hija cayese en vuestras manos. —¡Cómo! ¿Está hecho? —Sí, señor. Absolutamente carente de recursos, la desgraciada llega esta noche para implorar vuestros cuidados. La última tiene su virtud física y moral; aquélla no tiene más que la de los sentimientos, pero forma parte de su existencia, y en ningún lado encontraréis una criatura tan llena de candor y de honestidad. Una y otra son vuestras, monseñor; y podéis despacharlas a las dos esta noche, o una hoy y otra mañana; en cuanto a mí, os dejo. Las bondades que tenéis conmigo me han inducido a informaros de mi aventura…, un hombre muerto…, monseñor, un hombre muerto, escapo… —¡Eh!, no, no, encantadora mujer, exclamó el pastor; no, quédate, y no temas nada si yo te protejo… ¿Un hombre muerto, dices?… Aunque fuesen veinte, yo te salvaría… Quédate, te digo: tú eres el alma de mis placeres; sólo tú posees el gran arte de excitarlos y de satisfacerlos; y cuanto más redoblas tus crímenes… cuanto más te revuelcas en el lodazal de la infamia, más se calienta mi cabeza por ti… Pero esa Justine es bonita…». Luego, dirigiéndose a ella: «¿Qué edad tenéis, hija mía? —Veintiséis años, monseñor, y tengo muchas penas. —Sí, penas…, desgracias, no tantas como yo hubiera deseado, sin embargo; porque no voy a ocultártelo, querida, hice lo imposible para que te ahorcasen; pero lo que no pude conseguir de una manera, quizá lo logre yo mismo de otra, y respondo de que no saldrás perdiendo nada… ¿Dices que tienes desgracias? Pues entonces, ángel mío, nosotros les pondremos fin a todas; te garantizo que dentro de veinticuatro horas ya no serás desgraciada» (y con unas carcajadas horribles), «¿no es cierto, Dubois, que tengo un medio infalible para acabar con las desdichas de una joven? —Desde luego, dijo aquella odiosa criatura, y si Justine no fuese amiga mía, no os la habría traído; pero es justo que yo la recompense de lo que ha hecho por mí; nunca podríais imaginar lo útil que me ha sido esta querida niña en mi última empresa en Grenoble. Tened a bien haceros cargo de mi gratitud, y os ruego que me paguéis ampliamente».

La oscuridad de estas palabras, las más horribles todavía del maldito prelado…, aquella muchacha que anunciaban…, todo llena al instante la imaginación de Justine de una turbación que sería difícil describir. Un sudor frío exhala por sus poros; está a punto de desmayarse. Ése es el momento en que los procedimientos del lascivo terminan por fin de iluminarle. La hace acercarse a él; empieza por dos o tres besos en que las bocas están obligadas a unirse; atrae la lengua de Justine, la chupa; lanza la suya al fondo del gaznate de nuestra bella aventurera, y parece sorber hasta su respiración; la obliga a inclinar la cabeza sobre su pecho y, levantándole el pelo, observa atentamente la nuca de su cuello: «¡Oh!, es delicioso», exclama apretando con fuerza aquella parte; «nunca he visto nada tan bien unido; será divino hacerlo saltar». Esta última frase determina de una manera invariable todas las dudas de Justine; y la desgraciada comprende perfectamente que vuelve a estar, una vez más, en casa de uno de esos libertinos de pasiones crueles cuyas voluptuosidades más excitantes consisten en gozar con los dolores o con la muerte de las tristes víctimas que les procuran a fuerza de dinero, y que está a punto de perder la vida.

En ese momento llaman a la puerta; la Dubois sale, y trae enseguida a la joven lionesa de la que acababan de hablar.

Tratemos de describir ahora a los dos nuevos personajes con los que vamos a ver a Justine.

Monseñor el obispo de Grenoble, por el que es justo empezar, era un hombre de cincuenta años, delgado, seco, pero vigorosamente constituido. Unos músculos casi siempre hinchados, sobresaliendo en sus brazos cubiertos de un pelo áspero y negro, anunciaban en él fuerza y salud; su cara estaba llena de fuego; sus ojillos eran negros y perversos; sus dientes hermosos, y había inteligencia en todos los rasgos. Su talle, bien torneado, estaba por encima de la media; y el aguijón de la lubricidad, de un tamaño muy raro a buen seguro, unía a la longitud de un pie más de ocho pulgadas de circunferencia. Aquel instrumento, seco, nervioso, siempre espumeante, estuvo en el aire durante las cinco o seis horas que duró la sesión, sin bajarse ni un minuto. No existía ningún hombre tan velludo: se hubiera dicho que era uno de esos faunos que nos pinta la fábula. Sus manos, secas y duras, estaban rematadas por unos dedos cuya fuerza era la de un torno. Su carácter era brusco, malvado, cruel; su espíritu, propenso a una especie de sarcasmo y de guasa, hechos para aumentar los males que, como era evidente, debía esperar una pobre joven con semejante hombre.

En cuanto a Eulalie, bastaba verla para juzgar sobre su nacimiento y su virtud. Nada igualaba las perversidades que había puesto en práctica el obispo para llevarla a sus redes. Junto con un candor y una ingenuidad encantadoras poseía una de las fisonomías más deliciosas que fuera dado ver. Eulalie, de dieciséis años apenas, tenía una cara de Virgen que la inocencia y el pudor embellecían todavía más; tenía poco color, pero eso la volvía más interesante incluso; y el brillo de sus hermosos ojos negros prestaba a su linda cara todo el fuego del que esa palidez parecía privarla en un principio: su boca, algo grande, estaba guarnecida con los dientes más bellos, su

pecho, ya muy formado, parecía más blanco que su tez; su talle era delicioso; sus formas, redondas y llenas; todas sus carnes firmes, dulces y rollizas: era imposible ver un culo tan bello; un ligero musgo sombreaba la parte delantera; cabellos rubios, magníficos, flotando sobre todos sus encantos, los volvía más excitantes todavía; y para completar su obra maestra, la naturaleza, que parecía haberla formado a placer, la había dotado del carácter más dulce y más sensible. Tierna y delicada flor, ¡sólo debíais hermosear un instante la tierra para ser pronto mancillada!

«¡Oh!, monseñor», exclamó aquella hermosa niña reconociendo a su perseguidor, «¿es así como me habéis engañado? Yo debía, según vos, recuperar mis bienes…, todos mis derechos; y los malvados que fueron a arrancarme de mi retiro, me traen a vuestra casa sólo para ser deshonrada. —Sí, sí, es horrible, ¿verdad, ángel mío?, es una traición…, una barbarie»; y mientras decía esto el pérfido la atraía bruscamente hacia él y ya empezaba con sus lúbricos besos mientras se hacía excitar dulcemente por Justine. Eulalie quiso defenderse; pero la Dubois, empujándola contra aquel libertino, le priva de toda defensa. Estos preludios fueron largos; cuanto más fresca era la flor, más le gustaba chuparla al libertino; a esos chupetones multiplicados sucede la inspección del coño. Es entonces cuando Justine puede darse cuenta del increíble efecto que produce en él ese examen: al hacerlo, su polla se agranda con tal fuerza que nuestra interesante huérfana ya no puede empuñarla, ni siquiera con las dos manos… «Vamos, dice monseñor, aquí tengo dos víctimas que van a colmarme de contento; serás muy bien pagada, Dubois, porque he sido bien servido. Pasemos a mi gabinete; síguenos, querida mujer, síguenos», continuó llevándose a aquella arpía; «te irás esta noche; pero te necesito para mi correría. Nada induce tanto a la fechoría como la visión de un monstruo; y tú lo eres, hija mía, y uno de los mejor señalados que haya vomitado la naturaleza desde hace mucho. ¡Oh, cuánto vales como monstruo!… Ven». La Dubois se resigna; y pasan al gabinete de los placeres de aquel depravado, donde las mujeres, nada más llegar, reciben la orden de desnudarse.

Antes de describir los horrores que se comerían en aquella horrible estancia creemos necesario describir su decoración; y mientras se desvisten, vamos a esbozarla lo mejor posible.

Aquel amplio gabinete tenía forma de pentágono, cubierto por cinco nichos de espejos, en cuyo centro había un sofá de raso negro. Los ángulos de cada uno de los nichos estaban cimbrados y contenían, en su seno, un pequeño altar con un grupo de estuco en su centro, que representaba a una muchacha desnuda en poder de un verdugo. Como cada suplicio era distinto, se veían por lo tanto de diez clases. Una vez en aquella sala, resultaba imposible saber por dónde se había entrado, dado que la puerta estaba disimulada por los espejos de los nichos. El techo de aquel gabinete era de vidrieras; la luz sólo venía de lo alto. Unas cortinas de tafetán azul cielo caían sobre aquel domo vidriado y formaban, por la noche, una deliciosa techumbre en cuyo centro aparecía entonces un sol de ocho rayos que alumbraban infinitamente mejor el gabinete que la plena luz del día. El centro de aquella voluptuosa estancia

estaba ocupado por un vasto estanque redondo. De su centro se elevaba un pequeño cadalso donde se había colocado una máquina lo bastante singular para merecer una descripción. Detrás de la máquina había un sillón puesto sobre el cadalso, y destinado al personaje que quería mover el resorte de la infernal manivela, que ahora detallamos.

Sobre una rabia de madera de ébano se ataba con fuerza el objeto que se deseaba sacrificar; a su lado estaba el maniquí de un hombre horrible, sosteniendo un enorme sable. El verdugo, colocado en el sillón, tenía, a flor de rostro, el culo del objeto cautivado; si se quería gozar a este último, poniéndose de pie podía hacerlo con facilidad. Cerca de su mano derecha había un cordón de seda que podía mover a capricho; si lo agitaba con violencia, el espectro que sostenía el sable cortaba en seco y muy deprisa la cabeza ofrecida a sus golpes; si tiraba del cordón despacio, el sable hacía cortes y desgarraba con más lentitud los ligamentos del cuello, cosa que cumplía igualmente el objetivo, pero de forma que hacía sufrir poco a poco a la desdichada víctima, cuya sangre corría hasta el estanque redondo que circunvalaba el cadalso, como hemos dicho hace un momento.

El mayor silencio reinaba en toda aquella parte de la casa; y habría sido inútil que hubieran intentado hacerse oír. Cuando las mujeres entraron con el prelado, encontraron ya en aquel lugar a un gordo abad de cuarenta y cinco años, cuya figura era horrible, y toda su constitución gigantesca. Leía, en un canapé, *La filosofía en el tocador*[*]. Contempla, le dijo el obispo, las dos lindas víctimas que la Dubois me trae esta noche; mira estas nalgas sublimes, tú que tanto las aprecias, abad; examínalas, libertino, y dime tu opinión».



Justine y Eulalie, empujadas por la Dubois, fueron obligadas entonces a ir a presentar su trasero al abad, que, siempre con el libro en la mano, las palpa, las examina con sangre fría, diciendo con negligencia… «Sí, no está demasiado mal…, merece la pena vejarlo». Dirigiéndose luego a la Dubois, cuyas nalgas también roca: «¿Habéis recomendado obediencia…, la sumisión más exacta? ¿Saben estas criaturas que están aquí en el asilo más santo del despotismo y la tiranía?… —Sí, señor», responde la Dubois inclinándose para presentar mejor sus nalgas al abad; les he hablado de sobra del extremado poder de monseñor, de sus prodigiosas riquezas, de su eminente crédito, y las creo totalmente dispuestas a humillarse ante su grandeza… —¡Que lo demuestren entonces, dijo el abad, presentándose aquí únicamente de rodillas hasta que se las permita levantarse!». Y las dos jóvenes, que se inclinaron al punto, parecieron esperar las órdenes que agradase al prelado indicarles. Este libertino, casi desnudo también, fue a mirarse, según su costumbre, en todos los espejos, haciéndose masturbar delante de cada uno por la Dubois. Los dos contemplaban la representación de los suplicios, y parecían amenazar con ellos a las

dos desgraciadas que, siempre de rodillas, se limitaban a temblar y a bajar los ojos mientras el flemático abad continuaba su lectura sin dar la impresión de participar por nada del mundo en la escena. Una vez hecha aquella gira, el obispo fue a sentarse en el sillón del verdugo; se coloca en él y mueve el resorte, ordenando a las dos pacientes observar la ligereza…, la rapidez con que su maniquí sabía cortar cabezas. «Bajad del sillón, Dubois, dice, ordenad a estas zorras que vengan, una tras otra, a rendirme su homenaje". Justine se presenta la primera; chupa la boca del prelado, le ofrece su culo a besar, le succiona la polla y, por orden de la Dubois, introduce la lengua, todo lo que puede, en el ano del viejo libertino… «Si os cagase en la boca, dice el obispo, ¿lo tragaríais?… —Pardiez, monseñor, observa a estas palabras el abad, sería un honor grandísimo para esa pequeña pécora, y podéis estar totalmente seguro de que no se le ocurrirá rechazarlo… —¿Y vos?», prosiguió el obispo dirigiéndose a Eulalie… «¡Oh, justo Cielo!», responde aquella hermosa niña llorando, «no abuséis de mi desgracia; ya que estoy en vuestras cadenas, haced de mí lo que queráis, pero respetad mi infortunio; tengo derecho a pedíroslo… —Respuesta muy insolente es ésa, dijo el abad, y demuestra de sobra que esta niña no está suficientemente convencida de todo lo que debe al importante personaje en cuya casa tiene el honor de estar… —¿Cuál es la penitencia, dice Dubois, que ordena monseñor por una respuesta tan extravagante?… —Quiero, dice el prelado, que lama el agujero del culo del abad…, que le chupe la polla…, que luego se acerque a mí para recibir una docena de bofetadas y otros tantos pellizcos en el trasero». Apenas ha sido pronunciada la sentencia cuando el monstruoso eclesiástico expone magistralmente el más repugnante trasero que fuera dado ver…, culo detestable que la pobre Eulalie se ve obligada a chupar amorosamente. ¡Qué contraste! Coge del mismo modo con sus labios de rosa la polla áspera y babeante de aquel depravado; luego, acercándose al prelado, va a sufrir humildemente las mortificaciones que le han sido impuestas. Entretanto, el infame abad, que adivina estos preliminares, se hace masturbar por la Dubois mientras soba las nalgas de Justine; en ese momento, el obispo atormenta a Eulalie… «Abad», dice el dueño de la casa al terminar esta operación, «estoy excesivamente caliente; veo que hoy haré mucho daño. —¿No es monseñor el amo? Por lo tanto, ¿no le está sometido todo lo que habita estos lugares? Le basta hacer un gesto para que todo se humille ante él». El obispo, que disfrutaba con este despotismo, y en cuya mente se notaba que tales adulaciones conseguían el mayor de los éxitos, hizo un gesto a Justine, quien, acercándose inmediatamente, recibió la orden de acostarse boca abajo en un sofá, a fin de prestar su trasero a las introducciones de la polla episcopal. Mas no es sin increíbles esfuerzos como su monstruosa viga consigue introducirse en un orificio tan pequeño; por fin queda anidada dentro. Eulalie, guiada por el abad, es colocada al mismo tiempo sobre los riñones de Justine, con las piernas al aire y la cabeza hacia abajo, de forma que el enculador de Justine pueda besar la boca de Eulalie, cuyos muslos abiertos ofrecen al limosnero un lindo coñito virgen que éste chupa mientras la Dubois, arrodillada ante

su trasero, le hace el mismo servicio en el agujero del culo.

Mientras tanto, Justine, horriblemente atormentada por la polla que la sodomiza, hace cuanto puede para liberarse, y al fin lo consigue. «¡Oh, jodido rediós!», dice el obispo furioso, «nunca ninguna mujer osó fallarme en este punto. Abad, ¿qué dices de esta tontería? —No hay castigo suficientemente grave para vengarla, monseñor, responde el capellán. Si esta granuja no tuviera que servir a vuestros caprichos todavía durante unos instantes, os suplicaría que la ejecutaseis de inmediato; pero como la necesidad que tenéis no es desgraciadamente sino demasiado real, creo que debemos limitarnos a entregármela para que yo la zurre delante de vos de la manera más sangrienta… —sí, dijo el obispo; pero quiero que sea en el pecho; ya conocéis mi horror por esa parte del cuerpo de una mujer; por lo tanto, que Justine se arrodille delante de vos, abad; y desgarradle las tetas con estas varas, con toda la fuerza de vuestro brazo». Apenas pronunciada, la sentencia se ejecuta: el feroz abad golpea con tal violencia que Justine está a punto de desmayarse… «Ya es suficiente, dice el obispo; está sangrando, es cuanto quería; que la presenten ahora a mis golpes, y que quede convencida de que la inmolaré en el mismo instante en que tenga la fantasía de volver a hacerme una jugarreta semejante». La postura se cambia: nuestra heroína es follada durante casi media hora seguida, y nuevos placeres vienen a ocupar al prelado.

«Abad», dice señalando a Eulalie, «tienes que desvirgar a esa niña ames de que yo la encule; no la sodomizaría a gusto si una polla distinta de la mía no le hubiera toqueteado antes el coño. —Rediós, monseñor, dijo el abad, me encargáis una tarea que, como bien sabéis, no es muy de mi gusto, no es muy seguro que pueda empalmarme con un coño por toda perspectiva. Pero probemos para complaceros». La Dubois sujeta a la niña; Justine prepara el miembro del abad; y el prelado, con unos lentes en la mano, examina todo con la atención más escrupulosa. Y efectivamente no sin esfuerzo consigue el granuja ponerse en situación: incluso durante la faena, para excitarle mejor, la Dubois se ve obligada a darle la vuelta a la medalla; y, como observa que el nervio erector se pliega cada vez que ponen a la niña boca arriba, deciden por unanimidad que Eulalie sea desvirgada a horcajadas. Empieza la operación: Justine y la Dubois la sirven; y como el abad, pese a lo monstruoso que fuese de tamaño no era, sin embargo, un coloso en lo relativo a las facultades físicas, su artefacto no tardó en desaparecer; la sangre anuncia su victoria. «Bien, bien», exclama el obispo acercándose para excitar a su hombre al combate; «desgarra a esa zorra, atraviésala, querido abad; quisiera que en este momento tu polla fuese de hierro para atormentar mejor a la víctima. —Os juro, monseñor», dijo el comehostias, retirando su polla totalmente cubierta de sangre, «que esto es todo lo que puedo hacer en vuestro servicio; porque juro por mi honor que no será leche lo que yo suelte en un coño. —Bien, dijo el obispo, encula a la Dubois mientras yo sodomizo alternativamente a estas dos putillas en uno de mis nichos». Hacen todo; y, acabada esta nueva justa sin que haya costado esperma, el obispo se apodera de

Eulalie, y la manosea para que su cabeza se caliente de una forma terrible maltratando a la niña. Fue entonces cuando utilizó con ella un suplicio del que los anales del libertinaje más corrompido a buen seguro no ofrecerían ejemplo. Le rodea los pechos con un bramante encerado; luego, estrechando prodigiosamente ese hilo, hace que se le hinchen las tetas, hasta el punto de volverse violetas; muerde esa masa hinchada y hace que la sangre brote en su boca; mientras tanto Justine se la meneaba y la Dubois le azotaba. «Detesto los pechos», exclamaba el obispo, y no hay en el mundo goce más delicioso que maltratarlos». Poco después, pasa un nuevo hilo alrededor de los pezones, y comprime de forma tan violenta esa delicada parte que la sangre salta hasta uno de los espejos; el infame lleva su boca a la herida; se deleita chupando la llaga. Le vuelven a presentar a la víctima, cuyos gritos y dolores no pueden describirse; vuelven a colocársela en una postura totalmente contraria. Ahora no son más que las nalgas lo que ella expone a su perseguidor. Aquí es el abad el que se encarga de coger con la punta de los dedos pellizcos de carne, cosa que resulta muy difícil en un trasero tan firme…, tan rollizo; en cuanto ha conseguido tensar la piel, el obispo pasa su hilo, rodea el trozo pellizcado, y lo comprime; a menudo la carne se le escapa; algunas veces la operación tiene éxito. En este último caso, monseñor no olvida morder con todas sus fuerzas el pellizco de carne comprimida, y extasiarse en cuanto ve la sangre. «No sé por qué monseñor no corta, dice el feroz abad, estos trozos de carne. —Es que actúo con cuidado, replica el prelado jadeante de lubricidad; no tardaremos en repetir todo esto».

Es fácil adivinar en este punto cuál debía de ser la situación de Justine. Al no ver en todos aquellos suplicios más que la imagen de los que le estaban destinados, se estremecía; las miradas del obispo no le anunciaban sino demasiado su deplorable destino…; incluso si la desdichada, ¡ay!, lo hubiese olvidado, ¿no habría tenido cuanto la rodeaba el mayor placer en recordárselo? Un nuevo horror se pone en práctica; también es nuevo, sin duda, en los anales de la lubricidad.

Eulalie es fijada, de rodillas, a las paredes de la tina en medio de la cual hemos dicho que estaba el cadalso; con las manos atadas a la espalda, se la priva de cualquier medio de defensa; no ofrece más que su linda figura y su pecho de alabastro. El espantoso obispo la azota en la cara, le da cachetes, la escupe en la nariz, en la que propina horribles pellizcos, y altera absolutamente, con tantas atrocidades, los interesantes rasgos de aquella deliciosa criaturita. Daba horror mirarla; se habría dicho que un enjambre de moscas de miel hubiese hinchado a placer aquella deliciosa cara; y sin embargo, como la ofensa no era suficientemente grave todavía a los ojos de aquel monstruo, la hace rumbarse en tierra, camina sobre su cuerpo y le caga en la boca. Llama al abad, exige de él que haga otro tanto; Dubois les imita; y la cabeza entera de Eulalie desaparece bajo la masa de mierda con que es inundada. No es eso todo; tiene que tragar; la condenan a ello con un puñal sobre el pecho. «Que la levanten, dice el obispo; no puedo esperar más; tengo que despacharla; y luego vos…, vos, dice mirando a Justine, me cago en Dios, juro que

con vos no tendré tantos miramientos. Lo que acabáis de ver no es más que una muestra; os prometo otros suplicios; me habéis sido demasiado recomendada para que os salve. Vamos», prosigue aquel monstruo de lujuria en cuanto ve a Eulalie limpia, «que esta niña se confiese y se prepare para la muerte». La infortunada se acerca al abad que, revestido con una sobrepelliz y el crucifijo en la mano, escucha con atención las inocentes confesiones que le hacen, mientras la Dubois le masturba y él le soba el trasero con la mano que le queda libre. «¡Oh!, padre mío», dice aquella interesante niña al terminar, «ya veis la pureza de mi conciencia; interceded por mí, os lo ruego; no he merecido perder la vida». Pero estas palabras, pronunciadas por el órgano más dulce y más halagüeño…, estas palabras conmovedoras que hubieran enternecido a los tigres, no enardecieron sino más la pérfida imaginación del obispo. Eulalie, casi desvanecida, es transportada por su propio confesor hasta el horrible cadalso en que sus días van a apagarse. Tendida sobre la funesta tabla, el obispo le hunde su polla en el culo mientras la Dubois le fustiga y, frente al cadalso, el abad, todavía con la sobrepelliz, sodomiza a Justine: ya el fatal cordón está en manos del obispo. «¡Con cuidado! ¡Con cuidado, monseñor!, le grita el infame limosnero; tratad de que se sienta morir; cuanto más prolonguéis los dolores, mejor os correréis». El prelado se calienta; las blasfemias más espantosas vuelan con energía de sus labios que echan espuma; el delirio se apodera de sus sentidos; el resorte arranca, pero con una dulzura pérfida que sólo desgarra en detalle la bella cabeza ofrecida a sus golpes; la cabeza queda por fin totalmente separada; rueda, entre olas de sangre, a la cuba destinada a recibirla.

¡Oh colmo del horror y de la crueldad! No queda más que el tronco, pero el feroz obispo sigue excitándose con él; no cesa de sodomizar aquel cadáver sangriento. Sin embargo, había soltado su leche…, el execrable mortal continuaba, a fin de recobrar sus fuerzas…, a fin de encontrar la vida en un cuerpo del que acaba de arrancarla. «Vamos, dice retirándose, estoy tan empalmado como si no hubiese soltado nada; que preparen a Justine. —¡Oh!, monseñor, dice en este punto la Dubois interrumpiéndole, ese suplicio es demasiado dulce para ella, ¿no tendríais otro más horrible? Estoy segura de que si estuvierais al fraire de un gobierno, esta muerte os parecería demasiado débil para los malvados que la hubieran merecido; y Justine se encuentra en ese caso; así pues, encontrad algo mejor para nosotros.

—Probablemente, respondió el obispo; aunque yo mismo sea un gran criminal, no os oculto que querría que se multiplicasen, mucho más de lo que se hacen, los suplicios judiciarios y que los hiciesen más imponentes. Y la razón es muy simple… Mirad», prosiguió bajando y acostándose en uno de los sofás; «analicemos un poco esta materia mientras recupero el aliento… Tranquilizaos, Dubois, vuestra protegida no perderá nada con ello.

«Decís, amigos míos que, en vuestra opinión, los suplicios que decretaría, en caso de que me hallase revestido de alguna autoridad, serían infinitamente más rigurosos que los que ahora están en uso; con toda seguridad esos suplicios serían mucho más

horribles y mucho más multiplicados, sin duda. Recordad que la sumisión del pueblo, esa sumisión tan necesaria para el soberano que lo rige, sólo nace de la violencia y la amplitud de los suplicios[*]. Todo jefe, sea el que fuere, que quiera gobernar mediante la clemencia, no tardará en ser derribado de su trono. El animal feroz conocido bajo el nombre de pueblo necesita, obligatoriamente, ser guiado con vara de hierro; estáis perdido desde el momento en que le dejéis vislumbrar su fuerza. Nunca será sino para sacudir el yugo para lo que aprovechará los rayos de luces que dejéis brillar ante sus ojos; ¿y qué necesidad hay de instruirlo? ¿Qué bien saca el Estado de la filosofía del pueblo? En el individuo gobernado no se necesita más virtud que la paciencia y la sumisión; la inteligencia, los talentos, las ciencias, están hechos exclusivamente para ser patrimonio del gobernante. De la inversión de estos principios no resultarán nunca sino las mayores desgracias. Dejará de haber una autoridad real en cualquier gobierno donde cada cual se crea con derecho a compartirla; y de esa extravagancia derivarán todos los azores de la anarquía. Ahora bien, el único medio de evitar esos peligros es estrechar la cadena todo lo posible, promulgar las leyes más severas, negar absolutamente la instrucción del pueblo, oponerse sobre todo a esa fatal libertad de prensa, foco de todas las luces que vienen a disolver las ataduras del pueblo, y a asustarle luego con suplicios tan graves como abundantes. No hay en el mundo animal más peligroso que el pueblo; y todo gobierno que no lo mantenga en la más extrema esclavitud, se desmoronará pronto por sí mismo. La tiranía más exagerada es la única que garantiza la seguridad de los Estados; soltad el freno, y el pueblo se subleva; acostumbradle a la comodidad, y pronto se volverá insolente; consoladle, y os insultará; ilustradle, y acabará con vosotros.

«No imaginéis sin embargo, amigos míos, que por pueblo entiendo la casca designada bajo la denominación de tercer estado; no, claro que no: llamo pueblo a esa clase vil y despreciable que, groseramente lanzada sobre nuestro planeta como la espuma de la naturaleza, sólo puede vivir a fuerza de penas y sudores…, que nos roba, que nos estruja, que nos estafa siempre que no puede hacernos contribuir de otra manera; esa casta es la que yo destino a la cadena y a la humillación perpetua, de la que afirmo que sólo existe en el mundo para servir a la otra; todo lo que respira debe coaligarse contra esa clase abyecta; el universo entero debe concurrir a remachar las cadenas de esos viles esclavos, totalmente seguro de ser a su vez gravado con impuestos si se apiada o se relaja. Vosotros, a los que educo y cuyos derechos reconozco, no dudéis en someteros al gobierno más déspota; el único que mantendrá vuestros privilegios y los hará valer; halagado al veros contribuir, como él, al sometimiento de los únicos seres a los que deba temer, os cederá, mientras lo queráis, una porción de su autoridad para asegurar la otra; y las leyes que haya promulgado no harán nunca sino rozar vuestras cabezas para mutilar las del pueblo. ¿Hay un país en el mundo donde los grandes sean más felices que en Turquía? Temen la cuerda, lo admito; pero ese suplicio es muy raro para ellos; destinado únicamente para algunos crímenes de Estado, nunca para sus delitos particulares, nunca para su

despotismo secreto, no corren el riesgo de ser reprimidos; por lo tanto, ¡tienen seguro el disfrute de mil crímenes deliciosos a cambio de uno o dos que han de temer!… ¡Oh, vivan, vivan por siempre esos gobiernos! Siempre iré a vivir preferentemente a los países que encadenaron: me gusta la férula que no me golpea y con la que puedo asustar a los otros. ¿Qué me importa que me llamen esclavo cuando tengo el derecho de hacerlos a mi vez? El verdadero esclavo es el que consiente vivir bajo un gobierno cuyas leyes golpean por igual, porque se vuelve esclavo de esas leyes de las que el otro se burla, y porque la tiranía del hombre que sólo golpea al que le agrada es mucho más dulce que la ley que golpea a todo el mundo. Sí, lo repito encantado, la sangre impura del populacho correría, si yo fuera soberano, en todos los instantes de mi vida; lo atemorizaría constantemente con ejemplos sanguinarios; culpable o no, lo inmolaría para mantener su dependencia; le privaría de todo lo que pudiese darle energía; le ablandaría con un trabajo perpetuo y le volvería tan penosa su subsistencia que la sola idea de sacudir sus cadenas le resultaría imposible. —Habría que hacer con ellos bestias de carga, dijo el abad, que estuviese permitido matarlos como a los bueyes que venden en nuestras carnicerías; habría que abrumarlos a impuestos, a contribuciones. —No dudéis, continuó el obispo, de que esa chusma desgasta los resortes del Estado con su herrumbre peligrosa; extirpémoslo, destruyámoslo en su raíz; y para lograrlo, éstos son los principales medios que yo utilizaría:

«1.º Es ante todo esencial no sólo permitir, sino incluso autorizar el infanticidio; sólo por ese sabio medio China ha disminuido la excesiva población que la desecaba, que la oprimía con tanta violencia, y que, sin duda, hubiera acabado derribando por completo su constitución[1]. El sabio chino, destruyendo con coraje al niño que no puede alimentar, no ve ningún crimen en desembarazarse un poco antes o un poco después de la materia que lo sobrecarga. Sometamos a esa ley al pueblo que queremos esclavizar; guardémonos, sobre todo, de erigir ningún asilo para los frutos de su libertinaje; que la que lo lleve, obligada a parido públicamente, no pueda salvarlo por ningún medio; que sea ella misma castigada con la muerte si quiere conservar ese fruto inútil, como en la isla de Otaití, donde las mujeres de la sociedad de los *arreoys* son pisoteadas sin dejan ver la luz[*] a sus hijos, O si no los matan en cuanto han nacido[2].

«2.º Luego, es preciso que unos comisarios hagan regularmente inspecciones anuales en las casas de todos los aldeanos, y sustraigan sin piedad lo que cada padre de familia tiene en demasía. Esas inspecciones serán inesperadas…, imponentes; y el verdugo, que irá siempre detrás de quienes las hagan, matará sin piedad todo lo superfluo de una casa. Como cada familia no deberá tener más de tres hijos, será el excedente de ese número el que caiga sin piedad bajo el hierro exterminador de los comisarios. Con semejantes precauciones no temáis que ese campesino se atreva ahora a dar vida a más niños de los que le permita la ley. Cargadle fuertemente con impuestos, si la infringe; id más lejos, si se acostumbra a arrostrarla; matad a su mujer ante su vista, y no olvidéis que todas las desgracias de un gobierno nunca

tuvieron otra causa que el exceso de población. Atacad vivamente por tanto el lujo y la comodidad en esa clase abyecta, si queréis cortar el mal en su raíz. ¿Dudaríais de ese lujo?… ¡Pues bien!, recorred los asilos de ese pueblo insolente, ¡y veréis con qué arrogancia osa exhibirlo hoy en día! Ahora bien, yo os pregunto si no es ese lujo el que, ablandándolo y degradándolo cada día, le hace aumentar escandalosamente su población. Suprimid ese lujo absurdo en él; reducid a esos aldeanos simplemente a lo necesario; obligados a cansarse mucho para procurárselo, ya veréis cómo no procrean tanto. Este pueblo al que compadecéis, al que tanto mimáis en Europa, ¿es tratado igual en Ceilán, donde trabaja como caballos sin poseer nada en propiedad? ¿No ocurre lo mismo en Polonia, donde todavía vegeta en la más extremada servidumbre? ¿En Persia y en las orillas del Ganges donde los matan, como nosotros hacemos aquí con nuestras liebres? Sobrecargadlo, pues, de trabajo impunemente; sus riñones son más fuertes de lo que pensáis. Convenceos de que la naturaleza ha hecho a esos seres secundarios sólo para servir de juguete a los otros hombres: ése es su deseo. El pobre sólo ha sido creado para ser útil al rico; para ser empleado en sus necesidades…, en sus fantasías; para servir de fajinas en los asedios, como hizo Mahomet[3] en Constantinopla. Forzadlos, pues, sin escrúpulo alguno; obligadlos, con la miseria a que lo reducís, a no jugar otros papeles sobre la faz de la tierra; obligadlo a llevar en persona a los hijos que tiene en demasía al gabinete de vuestros placeres, donde los corromperéis, donde los inmolaréis, si ése es vuestro gusto. He ahí el único medio de espumar esa grasa con que los resortes del Estado, si no tenéis cuidado, siempre, antes o después, quedan socavados.

«3.º Otra consideración importante es volver a poner al pueblo bajo el yugo de la servidumbre de la que lo sacaron la codicia y la mala política de nuestros reyes. Por temor al imperio de la nobleza, liberaron al pueblo para mantener el equilibrio, sin darse cuenta de la desigualdad de los pesos…, sin fijarse en que esa nobleza a la que querían debilitar nunca se aniquilaría sin arrastrar al trono en su caída. Si los reyes no quieren devolver a los señores esos campesinos de los que eran inmuebles, que se los queden ellos, me parece bien; pero que no los sustraigan a la esclavitud; no hay nada tan peligroso como la libertad del pueblo. En una palabra, sólo por la más completa opresión de esa clase, por su reducción a la esclavitud más dura, por la disminución de sus subsistencias, por el aniquilamiento total de su lujo, por la obligación de comprar a cambio de los más duros trabajos lo sobrio necesario que le conviene, conseguiréis disminuir la población, vicio destructor de todo gobierno, inconveniente terrible que siempre le llevará a su perdición; ninguna piedad con ese objeto; sería muy funesta. Cuando el árbol se debilita por el excesivo número de sus ramas, y el jugo nutricio no puede repartirse por igual, se talla, se corta, se disminuye; el trono gana con ello, y el árbol se conserva. Enrique IV deseaba que cada campesino tuviese una gallina en el puchero los domingos; pero Enrique hablaba como político, y no como monarca; si, dado el estado de debilidad en que se encontraba, se hubiera preocupado más de hacerse amar que de hacerse temer, habría hecho bien hablando

de esa forma como habría hecho mal poniendo en práctica tan ridículas promesas. Que no se engañe nadie: la fuente del bienestar del pueblo es la de la miseria pública; y siempre nos moriremos de hambre si el campesino es rico. Lo repito una vez más, no son las ramas las que deben prosperar, sino el tronco. ¿Cuál es la causa del poco rendimiento de las grandes propiedades? Es la riqueza del pueblo. Nunca se engorda sino a costa del hombre acomodado; no remáis, pues, apoderaros a vuestra vez de esa sustancia que os ha cogido. Si el campesino no poseyera esas riquezas, ¿no estarían en vuestro bolsillo? ¿Por qué entonces habéis de privaros de ellas mientras el pobre, ese ser débil e infame que la naturaleza sólo ha creado para estar en cadenas, goza de ellas en detrimento vuestro? Volved a apoderaros, sin escrúpulo alguno, de lo que os pertenece; actuar de otra forma es derribar todas las instituciones sociales, desconocer todas las inspiraciones de la naturaleza; y podéis estar seguros de que la tolerancia de tantos abusos groseros sólo nos llevará a la conmoción más horrible y más cercana. El abastardamiento de la especie, que no tardará en provocar inevitables casamientos desiguales en una población tan prodigiosa, se vuelve un inconveniente más para acelerar la pérdida del Estado, y, de consecuencias en consecuencias, de inconvenientes en inconvenientes, nos precipitaremos en un abismo del que nada podrá sacarnos ya; y todo esto, por sentimientos de una falsa piedad; ¡como si la piedad no consistiese en mantener las leyes de la naturaleza mucho más que en atropellarlas!… ¡Como si la verdadera humanidad pudiese obligarnos a perder la clase más importante de súbditos para engordar a la otra! ¡Lejos de nosotros esos pérfidos sentimientos! Seamos más bien inhumanos y bárbaros, si sólo al precio de esa manera de ser podemos honrar a la naturaleza y mantener, en todo, el orden sublime de que ella nos da ejemplo. ¡Eh!, ¿quién duda de que la piedad no sea una debilidad cuando lleva a inconvenientes de semejante fuerza? ¿Y qué es esa falsa piedad que trata de atropellar todos los principios de la equidad y de la ley natural? ¿Haríais un sentimiento loable de aquel cuyos peligros serían tan manifiestos? Equivaldría a decir que un maestro hace una buena obra quedándose sin cenar para dárselo a su perro. Analicemos mejor los verdaderos impulsos de la naturaleza. Sin ninguna duda, la piedad es una debilidad en todos los casos; pero se vuelve un crimen real…, un crimen de Estado en éste; y tal como se deja ver, se convierte realmente en digno de castigo.

«4.º Otra operación, más necesaria aún que todo lo precedente, es la supresión total de vuestras limosnas públicas o particulares. Querría que se decretase una multa contra quien osara entregarse a esa perniciosa acción, una vez que se le hayan demostrado sus inconvenientes. Nos compadecemos de los mendigos, y los engolosinamos con nuestras caridades. ¿Nos reiríamos de un imbécil que se quejase de que las moscas le molestan y que, para cazarlas, se rodease de trozos de miel? Nada de limosnas, repito; guardémonos de mantener la ociosidad. Recordemos que si ese tunante de Jesús la predicó fue porque él mismo no era más que un mendigo…, un vagabundo al que los romanos, en lugar del desprecio con que lo rodearon,

habrían debido otorgar el más cruel y humillante de los suplicios. Durante el reinado de Luis XIV se propuso exterminar a todos los pobres, colgarlos a todos sin piedad. Este proyecto, digno de un reinado tan sabio, habría influido en nuestro siglo; y hoy no nos veríamos roídos por esa pululante chusma. Atrevámonos a retornar a ese sublime proyecto; y convenzámonos de que, cumpliéndolo con exactitud, tal vez prevendríamos muchos males. Pensad que el Estado que sacrifica al pobre no pierde nada y gana mucho; ¿por qué motivo le perdonaríais entonces? ¿Censuraríais a un hombre sobrecargado de humores que tomase una medicina para estar más despierto y más sano? Es absolutamente lo mismo; y para que el vigoroso medio que exijo influyese más en nuestra nación, infinitamente recargada con ese funesto excremento popular, quisiera que, en espectáculos públicos de toros o de gladiadores, se inmolasen enjambres de esa vil canalla, como se hacía antaño con los cristianos en Roma; que los expusiesen a las bestias feroces; que se descuartizase a sus niños…, que se desventrase a sus mujeres…, que se atormentase con tenazas a sus hijas; que para ellos se inventasen los suplicios más atroces y bárbaros; que se los reservase, por último, para todo lo que la crueldad más meditada pudiese inventar de tormentos más rebuscados. Con tales medios veríais cómo no tardaría la tierra en verse purgada de esas excrecencias que la mancillan. Sé que, en un primer momento, estos proyectos de juegos inhumanos asustan. ¿Quién duda, sin embargo, de que, sin mucho tardar, no serían tan seguidos como vuestros bailes y vuestras comedias? ¿Quién duda de que vuestras petimetras atacadas de nervios y vapores no irían incesantemente a disiparlos en las degollaciones populares? Las Porcia, las Cornelia lloraban en las tragedias de Sófocles, y no por eso dejaban de ir a excitarse lúbricamente el clítoris en las matanzas de cristianos, en el circo de Roma. Nerón interpretaba magníficamente Edipo[4], y al salir del teatro despedazaba voluptuosamente las lindas tetas de santa Cecilia, o las hermosas nalgas de sor Ágata[5], capaces ambas de creer, en su imbecilidad, en Cristo. Estos espectáculos, a un tiempo magnánimos y excitantes…, dignos del genio de una gran nación, ¿serían escandalosos para nosotros sólo porque nuestros ojos no están acostumbrados? Tal vez se temblaría en los primeros; se mataría en los segundos. ¿No están llenas nuestras plazas públicas cada vez que se asesina en ellas jurídicamente[*]? Aquí sería lo mismo. De hecho sería gracioso que tengamos reservas sobre esas pamplinas mientras nos permitimos tantas atrocidades secretas. ¡Eh!, ¿quién sabe si, dando de este modo rienda suelta a la maldad de los hombres, no se agotaría la fuente de sus crímenes misteriosos? El célebre mariscal de Retz[6] quizá no habría asesinado a cuatrocientos o quinientos niños, para eyacular su esperma con alguna calidez más, si hubiera habido espectáculos en los que hubiesen podido encontrar salidas sus furores lúbricos. ¡Cuán satisfecho quedaría, con este proyecto, el odio que tantas gentes de bien tienen por esa clase infame, de la que Saint-Pouanges, arzobispo de Toulouse, no podía ver a un solo individuo sin agobiarlo a invectivas o golpes, o sin hacerle apalear por sus criados delante de él! En cuanto a mí, lo confieso, prosiguió calurosamente aquel

libertino, no sería el último en asistir…, ¡qué digo!, el extremado horror que siento por esa indigna raza tal vez me decidiese a cosas más fuertes, y con delicia inventaría yo mismo tormentos para ella, y mis manos mismas se los harían sufrir… Prosigamos.

«5.º Unid a estos primeros medios de despoblación el uso de honrar a solteros, pederastas, tríbadas, masturbadores, a todos esos seres, en fin, que, enemigos jurados de la progenitura, no tienen más principios que arrebatarle los gérmenes, o destruirlos. Que el homicidio mismo sea honrado en un Estado: desde el momento en que el objetivo es disminuir esa abundante superfluidad que mina una nación, guardaos de castigar a quien, destruyendo, más coopera a vuestras miras; honradle, recompensadle incluso, y vuestro objetivo estará cumplido.

«6.º Para apuntalar los medios de que acabo de hablar ahora mismo, es menester que todos los cereales sean trasladados a almacenes públicos levantados en las principales ciudades de Francia, y que allí le sea pagado su valor al propietario, con la orden absoluta de quedarse sólo con lo imprescindible para vivir. Este pretexto os da derecho a decretar inspecciones domiciliarias, que haréis con bastante rigor, para quitar incluso al desgraciado lo que antes le habíais dejado para su año; le hacéis llevar ese pretendido exceso a los almacenes, asegurándote que será pagado. Cumplís vuestra palabra; tres meses después le imponéis como tasa el doble del dinero que sabéis que ha recibido; le forzáis a pagar inmediatamente. Ya le tenéis, pues, antes del invierno, tanto sin dinero como sin subsistencia; apenas si ha conservado sus semillas. El mismo procedimiento al año siguiente. ¿Cómo queréis que, repitiendo lo mismo durante tres o cuatro años, el desgraciado, totalmente arruinado, no se vea obligado a abandonar su choza para ir a mendigar?… Lo hace; no os oponéis; únicamente tenéis que guardaros de socorrerle. Seis meses después, promulgad las leyes más severas contra los mendigos; acuchilladlos, colgadlos sin ninguna piedad. Y en diez años, mediante ese procedimiento tan simple, ya tenéis vuestra población disminuida en un tercio. Declarad entonces al resto que, para ponerse al abrigo de una vejación semejante, lo mejor que puede hacer el campesino es volver a colocarse bajo la servidumbre feudal; que, ofreciendo a su patrón cuanto pueda poseer en el mundo, lo que le quede será por lo menos para él, puesto que se respetan los bienes señoriales. Hacedle comprender que, mediante ese compromiso, aquel con quien lo hace se encargará de protegerle, de defenderte; que le mantendrá en su pequeña heredad, y que, a partir de ese momento, gozará de ella sin peligro alguno, y ello a cambio de la simple cláusula de un canon. Antes que ser engañado como acaba de serlo, antes que exponerse a morir de hambre como cultivador, o a ser colgado como mendigo, el desgraciado se prestará a todo; y ya le tenemos convertido de nuevo en siervo. Pero, aunque encadenado, aunque reducido simplemente a la más simple subsistencia, quizá se ponga a pulular de nuevo. Renovad entonces todos vuestros obstáculos: la víctima es vuestra; vuestros medios serán mucho más sencillos. Promulgad una ley sobre los matrimonios, que sólo se permitan a los treinta años…,

que se prohíban a la más ligera apariencia de parentesco. Continuad con vuestras supresiones del exceso de la progenitura; que la confiscación de los bienes del delincuente sea siempre en provecho del amo, para que de forma insensible la raza se extinga y el señor acapare todas las propiedades. A partir de ese momento no hay ningún temor de sedición o de revuelta; ya tenéis a vuestros insurgentes, o bajo el yugo, o bajo la espada; y, en todos los casos, reducidos a la mitad. Que un gobierno despótico vele ahora sobre esas operaciones, que las consolide por los medios más violentos; y ya tenemos el país tranquilizado; ya tenéis a la hidra absorbida, y mantenida la paz.

—Estáis empalmado, monseñor, dijo la Dubois. —Es cierto, respondió el obispo; estos sistemas enardecen mi imaginación, y siento que sería el más feliz de los hombres si pudiera ponerlos en práctica. —Hubo un tiempo en que pudisteis, monseñor, lo sé; y ¿qué hicisteis entonces? —Es cierto, abusé furiosamente de mi autoridad. —Y ¿quién no abusa de ella? —Los necios; sólo ellos se mantienen en diques desconocidos para personas como nosotros… ¡Oh!, mi querida Dubois, ¡qué delicioso tiempo me recuerdas! ¡Cómo se controlaba entonces esa corte corrompida! ¡Cómo abusaba uno en ella de su crédito!». Y como Dubois se dio cuenta de que el obispo se manuelizaba con estos dulces recuerdos: «Mirad, monseñor, le dijo, ahí tenéis a Justine, no la hagáis languidecer más tiempo; la situación en que está os demuestra hasta qué punto es horrible la expectativa de la muerte; apenas puede sostenerse. Mas, sea cual fuere su estado, recordad que me habéis prometido colaborar en mi venganza; es la única gratificación que pido; y la serviréis muy mal condenando a esta joven únicamente al mediocre suplicio que acaba de emplearse con Eulalie. —¡Bueno!», dijo el prelado palpando a la víctima, cacheteándole las nalgas con toda la fuerza de sus brazos y comprimiéndole con energía el pecho, «en tal caso, hay que hacer desaparecer el decorado central de esta sala. Ocupaos, abad, de poner en su lugar la infernal máquina que quema, corta y rompe los huesos todo a la vez; la que utilizamos hace ocho días con aquella muchacha tan bella, tan dulce y tan inteligente. —Sé a qué se refiere monseñor, respondió el limosnero; pero esos preparativos llevan su tiempo. —¡Bueno!, mientras tanto cenaremos; ¿no eres de la misma opinión, Dubois? —A vuestras órdenes en todo, monseñor, vuestras intenciones siempre serán las mías; pero conozco a Justine, y temo las demoras. —Yo te respondo de todo; ¿dejará de estar, además, ante nuestros ojos?». Y mientras el abad prepara los nuevos instrumentos de suplicio, pasan a un comedor. ¡Qué depravación!… ¡Qué intemperancia! Pero ¿puede quejarse de ella Justine si le salvó la vida? Ahítos de vino y de comida, el obispo y Dubois caen desvanecidos entre los restos de su cena. Apenas nuestra heroína los ve en ese estado, salta sobre el mantelete y la falda que acaba de quitarse la Dubois para estar más indecente a los ojos de su amo, y, apoderándose de una vela, avanza rápidamente hacia la escalera. La casa, desprovista de criados, no ofrece nada que se oponga a su evasión…, es libre. El primer camino que se le presenta es el que elige preferentemente; por suerte

es el de Grenoble. Ya estaban acostados en el albergue: Justine entra en secreto y se introduce deprisa en la habitación de Valbois; éste se despierta, apenas reconoce a la que avanza hacia él… «¿Qué significa?… ¿Qué deseáis? —¡Ay, señor!». Y la trémula Justine cuenta todo lo que le ha ocurrido. «Podéis hacer que detengan a la Dubois, prosigue; ese monstruo no está ni a dos leguas de aquí; yo indicaré el camino…, ¡la muy desgraciada! Además de todos sus crímenes, me ha robado mis ropas y los cinco luises que vos me habíais dado. —¡Oh, Justine!, seguramente sois la mujer más desdichada que hay en el mundo; sin embargo, ya lo veis, honesta criatura: en medio de los males que os agobian, una mano celestial os conserva; que esto sea siempre para vos un motivo más para ser virtuosa; las buenas acciones nunca quedan sin recompensa. No perseguiremos a la Dubois; mis razones para dejarla en paz son las mismas que os exponía ayer; limitémonos a reparar los daños que os ha causado. En primer lugar, aquí tenéis el dinero que os ha robado». Una hora más tarde una costurera vino a probarle a Justine dos trajes completos; una lencera le llevó ropa interior. «Tenéis que marcharos, le dijo entonces Valbois, y marcharos hoy mismo; la Bertrand cuenta con ello, está avisada; uníos a ella… —¡Oh virtuoso joven!», exclamó Justine cayendo a los pies de Valbois, «¡ojalá el Cielo os devuelva un día todo el bien que me hacéis! Nunca dejaré de implorarle por vos. —Marchaos, querida niña», respondió aquel honesto mortal abrazando a nuestra infortunada, «la dicha que me deseáis ya la estoy disfrutando, puesto que la vuestra es obra mía. Adiós».

Así fue como Justine abandonó Grenoble; y si no encontró en esa ciudad toda la felicidad que había supuesto, lo cierto es que en ninguna encontró tanta gente de bien reunida para compadecer o mitigar sus desgracias.

CAPÍTULO XX

Aventuras de Villefranche. Prisión. Lo que retira Justine de los amigos que manda a buscar. Cómo la tratan sus jueces. Evasión. Viaje a París. Lo que encuentra.

Justine y su conductora viajaban en un pequeño carro tirado por un caballo que conducían desde el fondo de su coche. Allí estaban las mercancías de Mme. Bernard, además de una niñita de quince meses, a la que amamantaba, y por la que la excesivamente compasiva Justine no tardó, para su desgracia, en sentir un cariño tan grande como el que podía tener por la que le había dado la vida.

Aquella Bertrand era una mujer bastante infame; recelosa, charlatana, comadre, aburrida y de cortos alcances: estas pocas palabras la pintan al natural. Regularmente cada noche se llevaban todas las pertenencias al albergue, y se dejaban en la habitación en que dormían. Hasta Lyon todo fue muy bien; pero, durante los tres días que aquella mujer necesitaba para sus asuntos, Justine tuvo en esa ciudad un encuentro que estaba muy lejos de esperar.

Paseaba por la tarde por la orilla del Ródano con una de las jóvenes del albergue cuando de pronto vio al reverendo padre Antonin de Sainte-Marie-des-Bois, ahora superior de la casa de su Orden, ubicada en esa ciudad. El monje la aborda; y, después de haberle reprochado con acritud y en voz baja su fuga, y haberle hecho saber que corría el mayor peligro de ser de nuevo capturada si él daba aviso al convento de Borgoña, añadió, suavizando el tono, que no diría nada si aceptaba en ese mismo instante ir a verle a su casa, con la chica que la acompañaba, lo bastante lozana y bonita, según pretendía, para inspirarle algunos deseos. Luego, dirigiéndose a esta criatura: «Os pagaremos bien a las dos», dijo acariciándola; «somos diez en nuestra casa; y os prometo un luis a cada una si vuestra complacencia no tiene límites». Como es fácil de comprender, Justine se ruboriza mucho ante estas palabras. Por un momento quiere convencer al monje de que se equivoca; como no lo consigue, lo intenta con señas, nada impone respeto al insolente; sus instancias se vuelven cada vez más calurosas. Por fin el monje, ante las reiteradas negativas, se limita a pedir la dirección. Para librarse de él, Justine da una falsa; él la anota en su cartera y se marcha, asegurando que pronto oirán hablar de él.

De regreso en el albergue, Justine explicó lo mejor que pudo la historia de ese infortunado encuentro a la joven que la acompañaba. Pero, sea que lo que dijo no estuviese hecho para satisfacer, sea que a aquella sirviente le hubiera molestado un acto de virtud que la privaba de una ganancia segura, habló. Justine tuvo motivos sobrados para darse cuenta de ello por las palabras de la Bertrand, durante la

desdichada catástrofe que no tardaremos en contar. Sin embargo el monje no reapareció, y se pusieron en camino.

Cuando salieron de Lyon, nuestras dos viajeras no pudieron ese primer día más que hacer noche en Villefranche; llegaron hacia las seis de la tarde y se retiraron de inmediato a su habitación a fin de emprender una marcha más dura al otro día. No hacía dos horas que estaban acostadas cuando fueron despertadas de repente por un humo horrible. Convencidas de que el fuego no está lejos, se levantan deprisa. ¡Justo Cielo!, los progresos del incendio no son ya sino demasiado espantosos. Abren la puerta medio desnudas y sólo oyen a su alrededor el estrépito de las paredes que se derrumban, el ruido de las estructuras que se quiebran, y los espantosos chillidos de los que caen en las llamas. Rodeadas por aquellas llamas devoradoras, ya no saben adónde huir. Para escapar a su violencia se precipitan hacia el centro de la casa y no tardan en encontrarse confundidas entre la muchedumbre de los que buscan su salvación en la huida. Justine recuerda entonces que su conductora, más ocupada de sí misma que de su hija, no ha pensado en proteger a esta criatura de la muerte. Corre a la habitación donde han olvidado a la pequeña a través de las llamas que la alcanzan y la queman en varias partes de su cuerpo, coge a la criatura, se lanza para devolverla a la madre, se inclina sobre una viga medio consumida, deja caer la preciosa carga que lleva y sólo consigue salvarse gracias a una mujer que la agarra y le tiende los brazos y que se apresura a arrastrarla fuera del tumulto. La dejan en una silla de posta; su liberadora se acomoda a su lado…, ¡su liberadora! ¡Gran Dios! ¡Qué expresión estamos obligados a emplear! Aquella liberadora es Dubois. «¡Malvada!», le dice la arpía aplicándole la punta de una pistola a la sien…, «¡ah!, pura, ya te tengo, y esta vez no te me volverás a escapar… —¡Oh!, señora, ¿vos aquí?, exclama Justine… —Todo lo que acaba de ocurrir es obra mía, responde la Dubois; gracias a un incendio te salvé la vida; y gracias a otro vas a perderla. Te habría perseguido hasta los Infiernos, si hubiera sido necesario, para recuperarte. Monseñor enfureció cuando se enteró de tu evasión; me amenazó con toda su cólera si no te llevaba de vuelta. Te me escapaste en Lyon por dos horas. Ayer llegué a Villefranche una hora más tarde que tú. Prendí fuego al albergue con la ayuda de los secuaces que perpetuamente tengo a sueldo. Quería quemarte o tenerte; te tengo; te llevo de vuelta a una casa a la que tu huida ha sumido en el trastorno y la inquietud; y te llevo allí, hija mía, para que seas tratada con toda crueldad. Monseñor ha jurado que no habría suplicios lo bastante horribles para ti; y no nos apearemos del coche hasta que no lleguemos a su casa. ¡Y bien!, Justine, ¿qué piensas ahora de la virtud? ¿No habría sido mejor dejar quemarse a todos los niños del universo antes que exponerte a lo que te pasa por haber querido salvar a uno… que, desgraciadamente no lo ha sido? —¡Oh!, señora, lo que he hecho, volvería a hacerlo…, me pedís mi opinión sobre la virtud: pienso que es a menudo víctima del crimen…, que es dichosa cuando triunfa; pero que debe de ser el único objeto de las recompensas de Dios en el cielo si las fechorías del hombre consiguen mancillarla en este mundo. —No estarás mucho

tiempo, Justine, sin saber si hay de verdad un Dios que castiga o que recompensa las acciones de los hombres… ¡Ah!, si en la nada eterna donde dentro de poco has de entrar te estuviese permitido pensar, ¡cuánto lamentarías los sacrificios infructuosos que tu obstinación te ha obligado hacer a fantasmas… que nunca te han pagado sino con desgracias!… Todavía estás a tiempo, Justine; ¿quieres convertirte en mi cómplice? Es más fuerte que yo verte fracasar continuamente en los peligrosos caminos de la virtud. ¿No has sido suficientemente castigada por tu prudencia y tus falsos principios? ¿Qué infortunios necesitas para corregirte? ¡Qué ejemplos precisas para convencerte de que el partido que tomas es el peor de todos, y que, como cien veces te he dicho, no debe esperarse otra cosa que reveses cuando, yendo a contracorriente, se quiere ser la única virtuosa en una sociedad totalmente corrompida! ¡Cuentas con un Dios vengador! Desengáñate, Justine, desengáñate: el Dios que tú te forjas no es más que una quimera cuya necia existencia no se encontró nunca más que en la cabeza de los locos. Es un fantasma inventado por la perversidad de los hombres, que no tiene otro objeto que engañarlos o armar a unos contra otros. El servicio más importante que se les hubiera podido prestar habría sido degollar en el acto al primer impostor al que se le ocurrió hablar de un Dios; ¡cuánta sangre habría ahorrado al universo una sola muerte! Venga, Justine, venga, la naturaleza, siempre en marcha, siempre activa, no tiene ninguna necesidad de un amo que la dirija. ¡Eh!, si ese amo existiese en realidad, después de todos los defectos con que ha llenado sus obras, ¿merecería de nosotros otra cosa que desprecio y ultrajes? ¡Ah!, si tu Dios existe, ¡cómo le odio, Justine! ¡Cómo lo aborrezco! Sí, si esa existencia fuera cierta, lo confieso, el único placer de irritar perpetuamente al que estuviese revestido con ese título, se volvería la compensación más valiosa a la necesidad en que entonces me vería de tener alguna creencia en él… Te lo repito, Justine, ¿quieres convertirte en mi cómplice? Se presenta un golpe soberbio; lo ejecutaremos con valor; si lo emprendes, te salvo la vida. El prelado a cuya casa vamos se aísla en el santuario de sus depravaciones, del género de las que sabes que exige; un solo criado y el limosnero viven con él cuando va allí para sus placeres. El hombre que corre delante de esta silla, tú y yo, Justine, somos tres contra uno. Cuando ese libertino esté ardiendo en el fuego de sus voluptuosidades, yo me apoderaré de las armas que utiliza para segar la vida de sus víctimas; tú lo sujetarás; nosotros lo mataremos; y mientras tanto mi cómplice se deshará de los dos acólitos. Hay dinero escondido en esa casa, Justine; más de un millón, lo sé; el golpe merece la pena… Elige, prudente criatura: elige la muerte…, o servirme. Si me traicionas, si le das parte de mi proyecto, te acusaré a ti sola; y no dudes de que saldré ganando por la confianza que siempre ha tenido en mí. Piensa bien antes de responderme: ese hombre es un malvado; por lo tanto, asesinándole no hacemos más que servir a las leyes cuyo rigor ha merecido. No hay día, hija mía, que ese canalla no mate a una mujer; ¿es ultrajar a la virtud castigar el crimen? Y la razonable proposición que te hago, ¿seguirá alarmando tus obstinados principios?… —No lo dudéis, señora, respondió Justine; si

me proponéis este golpe no es con la intención de corregir el crimen, sino con el único motivo de cometer uno vos misma; así pues, en lo que decís no hay sino un mal grandísimo y ningún asomo de legitimidad. Es más: incluso aunque no tuvieseis otro designio que vengar a la humanidad de los horrores de ese hombre, seguiríais haciendo mal intentándolo; ese cuidado no os incumbe; las leyes están hechas para castigar a los culpables; dejémoslas que actúen; no es a nuestras débiles manos a las que el Ser eterno ha confiado su espada; no nos serviríamos de ella sin ultrajarlas. —Nada tan grosero como tu error, Justine. Desde el momento en que las leyes son ciegas, prevaricadoras o insuficientes, al hombre le está permitido suplirlas; las leyes son obra de los hombres; el hombre tiene derecho a corregirlas. La persona de la que se trata es un déspota…, un tirano. Recuerda las horribles máximas que nos expusieron el otro día; el muy malvado destruiría el pueblo entero, si se atreviese; y es una virtud, hija mía, sí, una virtud, aniquilar a los tiranos; no existiría uno solo en el mundo si pudiera degollarlos a todos; ¿es necesaria acaso esa perniciosa ralea para conducir a los hombres? Pero lo que todavía aborrezco más que a ellos, si es posible, son sus cortesanas y sus aduladores, unos malvados que no buscan más que aprovecharse de las bondades del príncipe y sus riquezas. De este modo, el pobre no trabaja más que para engordar a esa canalla; es de su sangre, de sus lágrimas y de sus sudores de donde sale el lujo insolente de esas sanguijuelas; ¡y encima quieren hacernos respetar sus repugnantes ídolos, que engendran unos abusos tan crueles! No, no, consagro al odio y a la venganza pública a todos esos pretendidos amos del mundo que, en medio del poder que los embriaga, nunca encuentran más que medios de perversidad y de crímenes. —¡Oh!, señora, respondió Justine, más de una vez ¿no podrían hallarse vuestras máximas en contradicción con vuestras costumbres? —Nunca, Justine, nunca; quiero la igualdad, es lo único que predico. Si he corregido los caprichos del destino es porque, aplastada, aniquilada por la desigualdad de la fortuna y de los rangos, sin ver otra cosa que vanidad y tiranía en unos, bajeza y miseria en otros, no he querido ni brillar con el rico orgulloso ni vegetar con el pobre humillado; me he labrado un destino, una fortuna, única obra de mi astucia y de mi filosofía. Cierto que a fuerza de crímenes, lo admito; pero yo, querida, no creo en el crimen; desde mi punto de vista, no creo que exista ninguna clase de acción que pueda ser calificada así…, en una palabra, Justine, estamos llegando, decídete, ¿quieres servirme? —No, señora, no lo esperéis nunca. —Entonces, morirás, indigna criatura», replicó furiosa la Dubois, «sí, morirás; no presumas que has de escapar a tu destino. —¡Qué me importa! Me veré libre de todas mis desgracias; morir no tiene nada que me asuste, es el último sueño de la vida, es el descanso del desdichado». Y aquella bestia feroz, lanzándose al punto sobre nuestra infortunada, la machaca a golpes…, tiene la insolencia de levantarle las faldas y desgarrarle con sus uñas los muslos, el vientre y las nalgas; le da bofetadas, la insulta de todas las maneras mientras sigue amenazándola con la pistola si se atreve a lanzar un solo grito. Justine se echa a llorar.

Mientras tanto, avanzábamos muy deprisa; el hombre que corría delante hacía que estuviesen preparados los caballos, y no se detuvieron en ninguna posta… ¿Qué hacer?… El abatimiento de Justine y su debilidad la ponían en tal estado que prefería la muerte a los esfuerzos para librarse de ella.

Iban a entrar en el Delfinado cuando seis hombres a caballo, galopando a rienda suelta tras el carruaje, lo alcanzan y obligan al postillón a detenerse. A treinta pasos del camino había una choza donde los jinetes perseguidores ordenan al postillón llevar la silla. Allí Dubois se da cuenta de que eran gentes de la mariscalía; les pregunta, nada más apearse, si la conocen, y con qué derecho tratan así a una mujer de su rango. Tanta desvergüenza termina imponiéndose. «No tenemos el honor de conoceros, señora, dice el exento; pero estamos seguros de que tenéis en vuestro carruaje a una desgraciada que ayer prendió fuego al principal albergue de Villefranche». Luego, poniéndose a mirar a Justine: «Ésta es su descripción, señora; no nos equivocamos; tened la bondad de entregarla y de explicarnos ¡cómo una persona tan respetable como vos parecéis ser ha podido tomar a su cargo a semejante mujer!

—Nada más sencillo que esa explicación, respondió la hábil criatura; y no pretendo ni ocultárosla ni salir en defensa de esta joven si es cierto que es culpable del horroroso crimen de que habláis. Como ella, yo me alojaba ayer en ese albergue de Villefranche; me marché en medio del tumulto; y, cuando montaba a mi carruaje, esta joven se abalanzó hacia mí implorando mi compasión, diciéndome que acababa de perder todo en aquel incendio, suplicándome que la llevase hasta Lyon, donde esperaba colocarse. Atendiendo menos a mi razón que a mis sentimientos, accedí a sus demandas. Una vez en mi silla, se ofreció a servirme. De manera imprudente aún accedí a todo, y la llevaba al Delfinado donde están mis bienes y mi familia. A buen seguro que es una lección; ahora reconozco todos los inconvenientes de la piedad; me corregiré. Aquí la tenéis, señores, aquí la tenéis; Dios me guarde de interesarme por semejante monstruo; la entrego a la severidad de las leyes y os suplico que ocultéis con cuidado la desgracia que he tenido de creerla por un instante».

Justine quiso defenderse; trató de denunciar a la verdadera culpable. Sus palabras fueron tratadas de acusaciones calumniosas, de las que la insolente Dubois sólo se defendió con una sonrisa despectiva. ¡Oh funestos efectos de la miseria y de la previsión, de la riqueza y de la audacia! ¿Era posible que una mujer que se hacía llamar señora baronesa de Fulcinis, que vestía con lujo, que se adjudicaba tierras y una familia, era posible que semejante mujer fuese culpable de un crimen en el que no parecía tener el más mínimo interés? Por el contrario, ¿no condenaba todo a la desdichada Justine? Pobre y sin protección, ¿cómo no había de ser culpable?

El exento le leyó las denuncias de la Bertrand: era ella quien la había acusado. Según esta arpía, nuestra huérfana había prendido fuego al edificio para robarla con mayor facilidad; le habían robado hasta el último céntimo; era Justine la que había arrojado a su hija al fuego para que la desesperación en que ese suceso arrojaría a la

madre le impidiese ver el resto de las maniobras. Además, añadía la Bertrand, aquella Justine era una mujer de mala vida, una criatura que había escapado a la horca en Grenoble, y de la que sólo se había hecho cargo por exceso de amabilidad hacia un joven, presunto amante de la delincuente; para colmo de impudor, había engañado impunemente a unos monjes en Lyon. En una palabra, no había nada que aquella indigna Bertrand no hubiese aprovechado para perder a Justine; nada que la calumnia, amargada por la desesperación, no hubiese inventado para envilecerla. A petición de aquella mujer se había hecho un examen jurídico sobre el terreno: el fuego había empezado en un granero de heno, donde varias personas habían declarado que Justine había entrado la noche de aquel día funesto; y era verdad: buscando un excusado mal indicado por la criada a la que Justine se dirigió, había entrado en aquel desván sin encontrar el lugar deseado, y había permanecido tiempo suficiente en él para infundir sospechas de lo que se la acusaba, o para proporcionar al menos algunas probabilidades. Por más que trató de defenderse, el exento sólo respondió preparando las cadenas. «Pero, señor, se atrevió a decir sin embargo, si yo hubiese robado a mi compañera de viaje en Villefranche, debería tener el dinero encima; que me registren». Esta ingenua defensa sólo provocó risas; le aseguraron que no estaba sola, que estaban seguros de que tenía cómplices a los que había sido entregado el botín en el momento de la huida. Entonces la malvada Dubois, que conocía la marca que aquella desdichada había tenido la desgracia de recibir tiempo atrás en casa de Rodin, simuló por un instante piedad. «Señor, dijo al exento, se cometen cada día tantos errores en todas estas cosas que perdonaréis la idea que se me ocurre. Si esta joven es culpable de la acción de que la acusan, probablemente no sea su primera fechoría. No se llega en un día a delitos de esa naturaleza. Examinadla, señor, os lo ruego… Si por casualidad encontraseis sobre su desdichado cuerpo… Pero si nada la acusa, permitidme que la defienda y la proteja». El exento consiente en la comprobación; iba a realizarse… «Un momento, señor», dice Justine oponiéndose, «ese examen es inútil; la señora sabe de sobra que tengo esa horrible marca; sabe igual de bien qué desgracia la causó; ese subterfugio de su parte es un horror más que se desvelará, como el resto, en el templo de Temis. Llevadme a él, señor, aquí tenéis mis manos; cubridlas de cadenas; sólo el crimen se ruboriza de llevarlas; la virtud desgraciada gime por ellas, pero no se asusta… —La verdad, no habría creído que mi idea tuviese tanto éxito, dice la Dubois; pero como esta criatura recompensa mis bondades con insidiosas acusaciones, me ofrezco a volver con ella si es necesario… —Ese paso es perfectamente inútil, señora baronesa, responde el exento; nuestras pesquisas sólo tienen por objeto a esta mujer; sus confesiones, la marca con que está infamada, todo la condena; sólo la necesitamos a ella, y os rogamos mil excusas por haberos retrasado tanto tiempo». Nuestra huérfana, encadenada inmediatamente, es colocada a la grupa detrás de uno de los jinetes, y la Dubois vuelve a subir a su carruaje, terminando de ofender a aquella desdichada con el regalo de unos cuantos escudos

dados piadosamente a los guardias para ayudar a la situación de la prisionera, en la triste morada donde habría de vivir hasta el juicio.

«¡Oh virtud!», exclamó Justine cuando se vio en aquella horrible humillación, «¿debías recibir un ultraje más sensible? ¿Es posible que el crimen se atreva a hacerte frente y a vencerte con [anta insolencia e impunidad?

Nada más llegar a Lyon, Justine fue arrojada en la mazmorra de los criminales, donde quedó encerrada como incendiaria, mujer de mala vida, asesina de niños y ladrona.

Había habido siete personas abrasadas en el albergue; también ella había pensado que se abrasaría; había querido salvar a una niña, y por eso iba a morir; pero la causante de aquel horror escapaba a la vigilancia de las leyes, a la justicia del Cielo; triunfaba, volvía a nuevos crímenes mientras que, inocente y desdichada, Justine no tenía otra perspectiva que el deshonor, la infamia y la muerte.

Dubois da cuenta al obispo de todo lo que había ocurrido; y éste, furioso por perder su presa, quiso resarcirse al menos añadiendo todos los cargos que fuese posible al proceso de aquella infortunada. Envió inmediatamente a su limosnero a Lyon, provisto de nuevas denuncias contra ella. Se la acusaba de haber robado a monseñor durante el tiempo que éste había tenido la bondad de tomarla a su servicio. Estas nuevas pruebas aceleraron el procedimiento, que rápidamente fue informado.

Por su parte, nuestra interesante aventurera, acostumbrada desde hacía mucho tiempo a la calumnia, a la in justicia y a la desgracia, habituada desde su infancia a entregarse a un sentimiento de virtud convencida de encontrar en él únicamente espinas, sentía un dolor más estúpido que desgarrador; sus lágrimas, que volvían a caer heladas sobre su corazón, no conseguían humedecer sus bellos ojos. Sin embargo, como es natural en toda criatura que sufre imaginando incluso lo imposible para librarse del abismo en que su infortunio la sume, se acordó del padre Antonin; por mala que fuese la ayuda que de él esperaba, no se negó al deseo de verle; le llama, el padre Antonin aparece. No le habían dicho qué persona quería verlo; finge no reconocer a Justine, quien, para salvar el mal efecto de aquella conducta, se apresura a decir al carcelero que es muy posible que aquel honrado religioso no se acuerde de ella, por haber dirigido su conciencia únicamente en los años más jóvenes de su vida. «Apenas tenía yo doce años, continuó, cuando me dio la primera comunión»; y que, fuera lo que fuese, por ese título solicita una entrevista secreta con él. Consintieron de una y otra parte.

En cuanto se encuentra a solas con el monje: «¡Oh!, padre mío», exclama arrojándose a sus plantas y rociándolas con sus lágrimas, «salvadme, os lo ruego, de la cruel situación en que me encuentro». Entonces le demostró su inocencia; no le ocultó que las malas palabras que le había dirigido unos días antes habían indispuesto a la mujer con la que viajaba, y que ahora resultaba ser su acusadora. El monje escucha con mucha atención: «Justine, le dice luego, no te enfades como siempre en cuanto se infringen tus malditos prejuicios; ya ves adónde te han llevado, y ahora

podrás convencerte fácilmente de que vale cien veces más ser granuja y feliz que prudente y desdichada. Tu caso es todo lo malo que puede ser: es inútil que te lo oculte. Esa Dubois de la que me hablas, que tiene el mayor interés en perderte, trabajará con toda seguridad bajo mano, y la Bertrand continuará denunciándote; todas las apariencias están contra ti; y hoy día basta con las apariencias para conseguir una condena a muerte. Sé, por otra parte, que el obispo de Grenoble actúa a escondidas, pero con fuerza, contra ti; dicen incluso que acaba de llegar para seguir en persona este caso. Así pues, estás perdida, es evidente. Sólo un medio puede salvarte. Estoy en buenas relaciones con el intendente[1]; tiene mucho poder sobre los jueces de esta ciudad; voy a decirle que eres sobrina mía, y a reclamarte como tal; él se encargará de echar abajo todo el procedimiento; pediré que te envíen a mi familia; te haré raptar, pero será para encerrarte en el convento que tenemos en esta ciudad, del que no saldrás el resto de tu vida… Y en él, Justine, no te lo oculto, esclava sometida a mis caprichos, los saciarás todos sin distinción alguna; te entregarás incluso a los de mis cofrades; en una palabra, serás entre nosotros como la más sumisa de las víctimas…, ya me entiendes…, acuérdate de Sainte-Marie-des-Bois…, la tarea es ruda; ya conoces las pasiones de libertinos de nuestra especie; decídete, y no me hagas esperar tu respuesta… —Marchaos, padre mío, respondió Justine horrorizada, marchaos, sois un monstruo, puesto que os permitís abusar de manera tan cruel de mi situación poniéndome entre la muerte y la infamia; sabré morir, si es preciso; pero al menos lo haré sin remordimientos. —Como queráis, mi hermosa niña, dijo el monje retirándose; nunca he podido violentar a una mujer cuando se trataba de hacerla feliz. Con la virtud os ha ido tan bien hasta ahora que tenéis razón incensando sus altares… Adiós, y sobre todo no se os ocurra volver a llamarme…». Se iba; un impetuoso impulso vuelve a postrar a Justine a sus rodillas: «¡Tigre!, exclama llorando, abre tu corazón de roca a mis horribles desgracias y no impongas, para acabar con ellas, condiciones más terribles que la muerte». En este momento, la violencia de sus impulsos había hecho desaparecer los velos que cubrían su pecho…, estaba desnudo, y sobre él sus bellos cabellos flotaban en desorden; aquel seno de alabastro estaba inundado por sus lágrimas; inspira unos deseos execrables a aquel hombre…, indignos caprichos que el malvado quiere satisfacer en el mismo momento: se atreve a mostrar hasta qué punto le atormenta la lujuria; se atreve a imaginar voluptuosidades en medio de las cadenas con que aquella desdichada está cubierta… Se masturba bajo la espada que va a golpear a Justine… La joven estaba de rodillas; el bribón la derriba, se lanza con ella sobre la mísera paja que le sirve de lecho; Justine quiere gritar; él le hunde un pañuelo en la boca; le ata los brazos; dueño de ella, el libertino le levanta las faldas… «¡Oh, joder!, exclama, ¡qué firmes son sus encantos!…, ¡qué hermosa sigue siendo esta granuja!». Separa los muslos… Sin resistencia ya, se la mete en el coño; es el tigre rabioso sobre la tierna oveja. Después de haberla atormentado un instante, se sienta sobre el pecho de aquella desgraciada; la abofetea con la polla, y finalmente se la hunde en la boca. «Si me

interrumpes, te ahogo, le dice; déjame inundarte el gaznate de leche; solo a ese precio quizá haga algo por ti». Mas los deseos de aquel libertino, tan extravagantes como irregulares, no tardan en dirigirse hacia un templo distinto: el bello culo de Justine vuelve a su memoria; lo expone a sus miradas, y los ataques más rudos suceden rápidamente a los más ardientes besos. Justine, enculada, se agita cuanto puede bajo el miembro que la tiraniza; pero está sujeta de forma que cada uno de sus movimientos ayuda al monje en lugar de molestarle; finalmente se desborda un esperma impetuoso; y ya conocernos de sobra al personaje en cuestión para figurarnos los episodios que acompañan a ese desenlace: es el rayo aplastando el arbusto cuyas tiernas ramas no pueden resistírsele. Contempla a su víctima en cuanto la ha gozado; a la furia que lo anima, nuestra infortunada ve suceder únicamente repugnancia…, desprecio: ése es nuestro hombre.

«Escuchad», le dice liberándola y arreglándose la ropa, «¿no queréis que os sea útil? Enhorabuena, no os serviré, ni os perjudicaré, os lo prometo; pero si se os ocurre decir una sola palabra de lo que acaba de pasar, si os acuso de los crímenes más enormes os privo al instante de todo medio de defensa. Pensad bien antes de hablar: me creen dueño de vuestra confesión…, ¿me entendéis? Nos está permitido revelarlo todo cuando se trata de un criminal. Captad bien el espíritu de lo que voy a decir al portero, o en un momento acabo de perderos». Llama; el carcelero aparece. «Señor, le dice aquel traidor, esta buena mujer se equivoca, se refería a un padre Antonin que está en Burdeos; yo no la conozco de nada. Me ha pedido que la oyese en confesión, lo ha hecho; me despido de ambos, y siempre estaré dispuesto a volver cuando se considere necesario mi ministerio».

El bárbaro sale tras decir estas palabras, dejando a Justine tan confundida por su bribonería como sublevada por su insolencia y su libertinaje, y devorada por el espantoso remordimiento de no haberse matado antes que haber servido (aunque a su pesar) de blanco a depravaciones tan horribles.

Pero su situación era demasiado horrible para no recurrir a todo Justine se acuerda de Saint-Florent. «Es imposible, se decía, que este hombre pueda menospreciarme por mi conducta con él; le hice un favor bastante importante; me trató de una manera lo bastante bárbara para pensar que no ha de negarse a reparar sus errores conmigo en una circunstancia tan esencial, y a reconocer, al menos hasta donde le sea posible, lo que hice tan honesto por él. El fuego de la pasión puede haberle cegado en las dos épocas en que le conocí; pero es mi tío; y, en este caso, ningún sentimiento debe impedirle socorrerme. ¿Volverá a hacerme sus últimas proposiciones? ¿Pondrá a las ayudas que voy a exigirle el precio de los horribles servicios que me explicó? En tal caso, aceptaré; y, una vez libre, encontraré la manera de escapar al género de vida abominable al que habrá tenido la bajeza de inducirme».

Imbuida de estas ideas, Justine escribe a Saint-Florent. Le pinta sus desdichas, le suplica que vaya a verla. Pero no ha reflexionado suficiente sobre el alma de aquel hombre si ha creído que la bondad era capaz de penetrar en ella; no se ha acordado lo

bastante de las indignas máximas de aquel perverso; y su desgraciada debilidad, induciéndola siempre a juzgar a los demás por su propio corazón, ha supuesto mal creyendo que aquel individuo había de portarse con ella como ella se habría portado con él.

Saint-Florent llega; y como Justine había pedido verlo a solas, los dejan juntos. Por las muestras de respeto que se le habían prodigado, a nuestra heroína le había sido fácil ver cuál era su influencia en Lyon. «¡Cómo! Sois vos», dice él lanzando sobre ella miradas de desprecio: «me había engañado por la carta; la creía de una mujer más honrada que vos, y a la que yo habría ayudado de todo corazón; pero ¿qué queréis que haga por una imbécil de vuestra especie? ¿Como? Sois culpable de cien crímenes a cual más horrible; y cuando os proponen un medio de ganaros honradamente la vida, os negáis tercamente. Nunca se llevó más lejos la estupidez… —¡Oh!, señor, exclama Justine, no soy culpable… —¿Qué hay que hacer entonces para serlo?», replica en tono desabrido aquel hombre duro. «La primera vez que os veo en mi vida es en medio de una banda de ladrones que quieren asesinarme; ahora es en las cárceles de esta ciudad, acusada de tres o cuatro nuevos delitos, y llevando en vuestros hombros la marca segura de los antiguos; si llamáis a eso ser honesta, enseñadme qué hay que hacer para no serlo… —¡Oh, justo Cielo!, señor, responde Justine, ¿podéis reprocharme la época de mi vida en que os conocí, y no seríais más bien vos quien deberíais avergonzarse ante mí? Sabéis, señor, que estaba a la fuerza entre los bandidos que os detuvieron; querían arrancaros la vida, y yo os la salvé facilitando vuestra fuga…, escapándonos los dos. ¿Qué hicisteis, hombre cruel, para agradecerme ese favor? ¿Es posible que podáis recordarlo sin horrorizaros? Quisisteis asesinarme; me dejasteis aturdida con golpes horribles; y aprovechando el estado en que me habíais puesto, a pesar de los lazos de sangre que nos unían, me arrancasteis lo que yo más quería; con un refinamiento de crueldad sin ejemplo me robasteis el poco dinero que poseía, como si hubieseis deseado que la humillación y la miseria viniesen a terminar de aplastar a vuestra víctima. ¡Qué no hicisteis después para perpetuar mis desgracias! Y bien que lo conseguisteis, hombre bárbaro; desde luego, vuestro éxito es total: fuisteis vos el que me perdió; fuisteis vos el que entreabrió el abismo en el que desde ese desdichado instante no he cesado de caer. Sin embargo, lo olvido todo, señor, sí, todo se borra de mi memoria; os pido incluso perdón por atreverme a haceros reproches; pero ¿podríais negaros que no se me deben algunas compensaciones…, cierto agradecimiento de vuestra parte? ¡Ah!, dignaos no cerrar a ella vuestra alma cuando el velo de la muerte se extiende sobre mis tristes días. No es la muerte lo que temo, sino la ignominia; salvadme del horror de morir como una criminal; cuanto exijo de vos se limita a este solo favor: no me lo neguéis, señor, no me lo neguéis, y el Cielo y mi corazón os recompensarán un día por ello.

Justine estaba llorando ante aquel hombre feroz; y, lejos de leer en su rostro el efecto que debía esperar de la agitación con que presumía conmover su alma, no percibía otra cosa que esa alteración de músculos que ya había podido observar

cuando él saciaba su lubricidad con ella. Estaba sentado enfrente; sus ojos negros y perversos la miraban con una expresión espantosa; el muy depravado estaba masturbándose delante de ella: «Infame granuja, le dijo con esa cólera libertina de la que tan a menudo había sido víctima la desdichada Justine; maldita zorra, ¿no recuerdas que cuando te fuiste de mi casa te recomendé sobre todo que no volvieses a aparecer por Lyon? —Pero, señor… —¡Qué me importa el accidente que te trae a esta ciudad, estás en ella, es mil veces más de lo que necesito para excitar mi rabia y para desear ver cómo te cuelgan. Sin embargo, escúchame: quiero hacerte un favor más: todo tu proceso está en manos de M. de Cardoville, amigo mío desde la infancia; tu destino depende absolutamente de él, le hablaré, pero te aseguro que no obtendrás nada sin la más servil sumisión, no sólo a él, sino también a su hijo y a su hija, con los que suele compartir todas sus escenas de lujuria. Te exhorto, pues, a la obediencia más absoluta, sólo él puede hacer algo en tu proceso, y estás perdida si te resistes. En cuanto a mí, Justine, te lo juro, absolutamente asqueado de ti, no participaré; pero si mis amigos, que no te conocen, te aceptan, alguien vendrá a recogerte al caer la noche, deberás seguir a tus guardianes; una vez a los pies de tus jueces, te lavarás lo mejor que puedas; dejarás sentada tu inocencia de la forma más persuasiva, y te prestarás sobre todo a cuanto te sea propuesto. Es el único servicio que puedo prestarte; adiós; debes estar preparada para cualquier cosa, y sobre todo no me obligues a hacer falsas gestiones, porque no volverás a encontrarme en tu vida». Tras estas palabras, Saint-Florent, que no había dejado de menearse la polla mientras hablaba, ordena a Justine enseñarle el culo: aplica en él cinco o seis cachetes con toda la energía de su brazo, hunde en las carnes unas uñas asesinas y deja caer sobre los muslos de aquella desdichada el vergonzoso resultado de sus perversidades. Desaparece dando al carcelero órdenes de tener bien vigilada a la culpable, pero de entregársela sin embargo a Cardoville, si éste se presenta para llevársela.

Nada podía compararse a la perplejidad de Justine. En lo que veía, ¿no había sobradas razones para desconfiar del protector que le proponían, y mas aún de los medios con que estaría obligada a pagar esa protección?… Y sin embargo, no podía vacilar. ¿Debía rechazar cuanto le pareciese que podía ofrecerle alguna ayuda? Se trataba de prostituirse; se lo habían dado a entender con toda claridad; de acuerdo. Pero Justine se preciaba de conmover, de enternecer, de escapar; se trataba por otra parte de salvar la vida; y este interés tenía tal peso que puede perdonarse que ante él cedieran otras consideraciones extrañas… Nunca las del honor… Lo admito; pero lo que la fuerza intentaba con Justine, ¿era entonces al precio de su honor? ¿Podía ser ella responsable de los ataques cometidos contra su persona? Y a los ojos de gentes más escrupulosas, todos los horrores con que había sido infamada hasta aquel momento, ¿atacaban en algo la base inquebrantable de su virtud?

Éstas eran las reflexiones que Justine hacía vistiéndose y preparándose para seguir a los que vendrían a recogerla. Suena la hora, aparece el carcelero; Justine se estremece. «Seguidme, le dice el Cerbero, es de parte de M. de Cardoville; pensad en

aprovechar como conviene el favor que el cielo os ofrece, tenemos aquí muchos que desearían esa misma gracia, y que no la obtendrán nunca».

Ataviada lo mejor que le fue posible, Justine sigue al portero, que la deja en manos de dos grandes negros cuyo feroz aspecto excita su terror. La arrojan en un carruaje sin decir palabra; los negros suben también a él; echan las cortinillas; y el único cálculo que Justine puede hacer es que, a dos o tres leguas de Lyon, el carruaje se detiene.

El patio de un castillo solitario, rodeado de cipreses, es el único objeto que dejan percibir los rayos de la luna; no se deja oír ningún ruido, y conducen a nuestra heroína a una sala bastante mal iluminada donde los negros, siempre en silencio, la rodean sin decirle una palabra. Al cabo de un cuarto de hora, una mujer vieja, seguida por cuatro muchachos, muy guapos, de dieciséis a dieciocho años, cada uno de los cuales sostenía un pico de un gran paño negro, aparecen ante los ojos de Justine..

«Llegada al último término de vuestra vida, le dice la vieja, las ropas que lleváis os resultarán inútiles; quitáoslas todas ahora mismo, sin dejar una sola. También tengo que cortaros el pelo de vuestro coño», dice la dueña en cuanto Justine quedó desnuda; «y ahora», prosiguió cuando estas dos primeras operaciones fueron hechas, «tengo que vendaros los ojos y debéis ser llevada en este paño mortuorio». Todo se hace; y Justine, privada así del sentido de la vista, es llevada a un salón donde la vieja, los dos negros y los cuatro porteadores la colocan de pie, en tal postura que sus brazos, levantados al aire y atados por cuerdas, no pueden serle de mayor ayuda que sus pies, también fuertemente atados al suelo. Así sujeta, siempre velada, Justine es manoseada por diversas manos sin que sepa con quién tiene que habérselas. Finalmente le quitan la venda de los ojos; y éstos son los personajes que ve, y que se disponen a divertirse con ella. Vamos a describir con detalle a los que la habían llevado allí, aunque ella los hubiera visto al llegar.

Dolmus y Cardoville, ambos de cuarenta y cinco a cincuenta años de edad, parecían los dos principales actores de aquellas escandalosas orgías; los dos ocupaban en Lyon los cargos más eminentes. Una joven, llamada Nicette, de dieciocho a veinte años, muy morena, de aspecto excesivamente libertino, fue anunciada como hija de Cardoville y como uno de los personajes de la escena a la que también debía someterse Justine. Brumeton, un mozancón de veintidós años, fresco como una rosa, con la polla más hermosa y el culo más encantador, era hermano de Nicette, del que Saint-Florent había hablado a nuestra heroína. Zulma, una rubia muy bonita de veinticuatro años, de piel soberbia, formas moldeadas, ojos divinos y una lujuria que chispeaba en cada uno de sus rasgos, fue presentada asimismo como una de los agentes de aquella partida; y Cardoville le dijo a Justine que era hija de Dolmus. Esta joven también tenía un hermano, de veintiséis años, feo, velludo como un oso, y el que poseía, de toda la asamblea, el aspecto más desabrido y más perverso; le llamaban Volcidor. Respecto a los cuatro muchachos que acababan de llevar a Justine, tenían la figura más voluptuosa, y los cuatro parecían destinados a los

placeres de aquella banda lúbrica; les llamaban Julien, Larose, Fleur-d'amour y Saint-Clair. Los dos negros tenían de veintiocho a treinta años; ningún monstruo tuvo un miembro como el de aquellos dos africanos[2]; el asno más célebre del Mirebalais[3] no hubiera sido más que un niño a su lado; y viéndolo parecía increíble que un ser pudiera encontrarse nunca en la posibilidad de emplear a tales hombres. No decimos nada de la vieja, a la que Justine no volvió a ver y que, sin duda, sólo se ocupaba del detalle exterior de las juergas de la sociedad.

Todos los miembros de aquella asamblea, en número de doce, rodearon a Justine en cuanto le fue arrancada la venda de los ojos, y cada uno soltó su sarcasmo: «Cardoville, dijo Dolmus, ¿sabe esta puta que va a morir aquí? —¿Cómo puede tener la esperanza de salvarse, dijo Cardoville, si tiene cuarenta y dos testigos en contra suya? Lo que aquí hacemos es sólo para prestarle un favor: ha dado testimonio de no querer acabar sus días en la plaza pública; nosotros vamos a despacharla en esta casa». Tras estas palabras, la impúdica Nicette, en brazos de Saint-Claire, y ya masturbada por aquel bello joven, suelta una blasfemia horrible, asegurando que en toda su vida no disfrutará de un placer más vivo que el de ver expirar a esta criatura. «¡Rediós», exclama Zulma, con tanto cinismo por lo menos y meneando una polla con cada mano, «pido por único favor que se me deje darle los últimos golpes». Mientras tanto, los dos padres y los dos hijos daban vueltas y más vueltas alrededor de la paciente, palpando como hacen los carniceros al buey sobre el que están regateando. «Hace mucho, dijo Volcidor, que no hemos condenado a nadie cuyos crímenes estén tan probados. —¿Yo crímenes probados?, dice Justine. —Probados o no, dice Cardoville, serás quemada, puta, asada a fuego lento; pero seremos nosotros quienes nos encargaremos de ese dulce cuidado; ¡cuánta gratitud nos debes por ello!». En este punto Nicette se corrió; abrió los muslos, lanzó un chillido terrible y soltó juramentos como un carretero durante todo el tiempo que duró su crisis. Cardoville se acerca al punto a su hija, se arrodilla entre sus piernas, le chupa el coño, aspira la leche y vuelve tranquilamente al lado de Justine. «¿Estás loca?», dice el adorable hijo de Dolmus, a quien Larose devolvía con creces lo que de él recibía, «di, pura, ¿estás loca para correrte tan pronto? —¿Cómo?, dice Nicette, ¿no quieres que suelte mi leche cuando mi padre razona tan bien? —¿No te bastan a ti también palabras como ésas para empezar a correrte?, dice Dolmus. —Haz una cosa mejor, papá, responde la libertina; suelta a esa mujer; dile que me masturbe el coño con la lengua, y verás si la eyaculación de mi leche no acompaña a lo que hace. —No, dice Dolmus; no puede abandonar esta postura mientras no haya sufrido el tormento; y estoy totalmente seguro de que ese espectáculo te inflamará tanto por lo menos como el que deseas. —¡Oh!, sí, sí; con tal de que esta zorra sufra, quedaré satisfecho; son sus dolores lo que quiero…». Y la pequeña bribona, sin poder contenerse, abre sus muslos a los dedos libertinos de Larose, pega sus labios a la boca de Saint-Clair, que la socratiza, y se corre en abundancia. Cardoville repite lo que acaba de hacer con su hija, ése parece ser su gusto; se arrodilla, aspira la leche y vuelve junto a Justine que,

pálida, trémula y desfigurada, aún se atreve a exclamar… «¡Ah justo Cielo! ¡Horrores, siempre horrores!… —Sí, pero violentos», dice Brumeton cacheteándole nerviosamente le trasero; «dicen que habéis sufrido mucho en la vida; pero dudo de que os hayan asaltado otros más fuertes. —¡Oh, Dios!, ¿qué vais a hacerme? —Vamos a entregaros, dice Dolmus, a las torturas más execrables con que la crueldad mejor pensada haya infamado los anales de la tierra. —Padre mío», dice Zulma, a quien esta vez su hermano masturbaba, «acuérdate de que me has prometido dejarme chupar la médula de sus huesos y dejarme beber su sangre en su cráneo. —Y vuelvo a prometértelo, dice Dolmus; y eso, mientras tu hermano y yo nos comemos sus nalgas». En este punto Volcidor hace ver a su padre que está poderosamente empalmado; y Dolmus, presentando el culo, se hace follar incestuosamente durante varios minutos. Cardoville, reemplazando a Volcidor, se acerca a Zulma y le chupa alternativamente la boca y el clítoris, mientras Nicette, poniéndose a la tarea con su hermano Brumeton, masturba pollas mientras besa las nalgas de un negro. «¡Y bien!», dice Dolmus, que prosigue su examen de Justine», ¿no tenía razón Saint-Florent cuando nos dijo que esta zorra tenía un culo muy hermoso?». Y mientras dice esto, lo muerde. «Sí, me cago en Dios», dice Cardoville volviéndose hacia su amigo; «sí, voto a San, la puta tiene el culo más bello que se pueda ver; es urgente divertirnos con esta gazmoña. —Lo haremos de la siguiente manera, responde Dolmus; tenemos que rodearla todos; luego, que cada cual se apodere de una parte de su cuerpo, y maltrate esa parte; es decir, todos tendremos un número, y cada uno, por turno, hará sufrir rápidamente a la paciente el dolor del que se haya encargado. Las vueltas volverán a empezar enseguida; imitaremos el badajo de un reloj; serán, supongamos, las doce campanadas de mediodía, que se renovarán constantemente; y de este modo, la víctima, tironeada, pellizcada, mordida en todas las partes del cuerpo, no estará ni medio segundo sin sufrir un dolor nuevo. —¡Oh, joder!», dice Nicette mordiendo las nalgas del negro, y volviendo a chupar una de las pollas que meneaba y que veía a punto de correrse, «¡oh, maldito rediós, qué escena divina! Empecemos, rediós; démonos prisa». Cada cual ocupa su puesto, y éste fue el reparto.

Cardoville se apodera de la parte superior de la teta derecha; Brumeton, su hijo, de la raíz; Dolmus y su hijo ocupan de la misma manera la derecha; Nicette pide el clítoris; Zulma, los labios del coño; cada uno de los negros se hace con una pantorrilla; Larose y Julien tienen cada uno una axila; Fleur-d'amour y Saint-Clair se apoderan de las nalgas.

Los suplicios debían aplicarse en el orden en que acabamos de nombrar a los personajes, y se podía pellizcar o pinchar indistintamente la parte de la que se habían encargado. Se repitió doce veces seguidas, al cabo de las cuales Cardoville, dándose cuenta de que la víctima vacilaba, dijo que había que dejarla recuperarse un momento. Infames lujurias rellenan ese intervalo; los padres jodieron a sus hijas, enculados por sus hijos, mientras cada uno de ellos acariciaba a un puto, a los que follaban delante de ellos los negros. Entonces las mujeres se corrieron mientras los

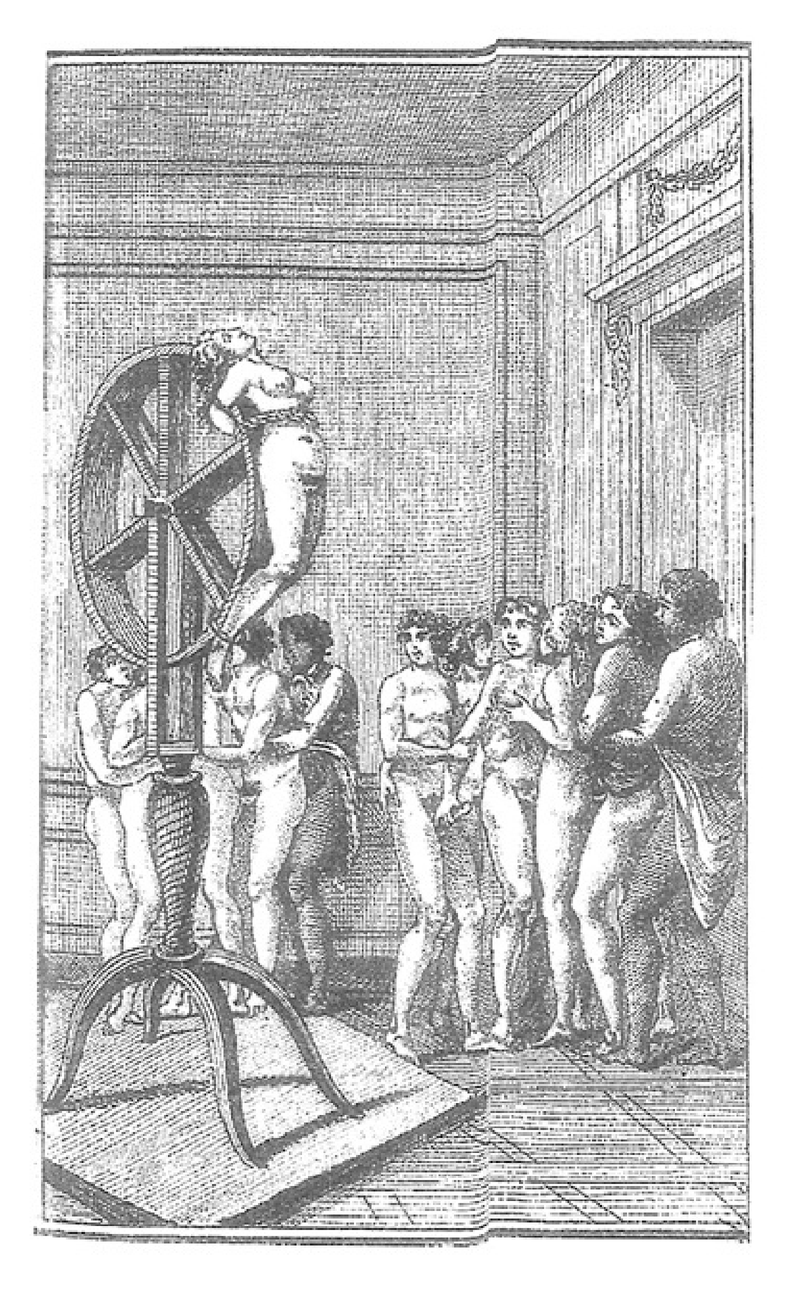
hombres se contenían. Justine fue desatada; las dos muchachas tumbadas en unos sofás le ofrecieron sus coños para que los chupase. En cuanto, bien a pesar suyo, la pobre niña cumple esa primera tarea, es obligada a hacer lo mismo con los dos padres, y a chupar el agujero de sus culos hasta que un pedo le anuncie que ya no se necesita ese servicio. Entonces la tumban en el suelo y todo el mundo la insulta y pisotea. Y por fin dan comienzo unos juegos más serios.

Agarrada por un negro, la infortunada expone su trasero, y todos y cada uno se acercan para aplicarle cien vergajazos. Imposible imaginar con qué ardor se condujeron las dos jóvenes en esta ocasión: de toda la asamblea fueron las que desgarraron a Justine con más encarnizamiento. En cuanto dejaban de latigar, se revolcaban sobre las alfombras y atraían a los hombres que más les agradaban.

De este suplicio se pasó al siguiente.

Brumeton dice que cada hija tiene que ser enculada por su padre y follada en el coño por su hermano, que los negros tienen que sodomizar a los padres y que cada uno de los jóvenes deberá tener la polla de un bardaje en el culo, y la otra en la mano. Este interesante grupo se pone en práctica, mientras Justine es colocada en una rueda a la vista de la asamblea. Todo el mundo se corre; era el momento; la víctima no podía aguantar más. Se le da una hora para reponerse; y, mientras tanto, vino, jamones y licores se ofrecen a la lúbrica asamblea que, recuperando sus fuerzas con tales restauradores, no tarda en ocuparse de nuevos espantos.

«Vamos, bella Justine, dice Dolmus, ya ves lo apagadas que están estas pollas, debes reanimarlas». La asamblea forma un círculo, con nuestra heroína por centro; tiene que acercarse sucesivamente a cada uno; tiene que chupar el coño, el culo, la boca de las mujeres, la lengua, el ano y la polla de los hombres; y cuando pasa delante de cada individuo, éste está obligado a hacerle una herida con sangre.

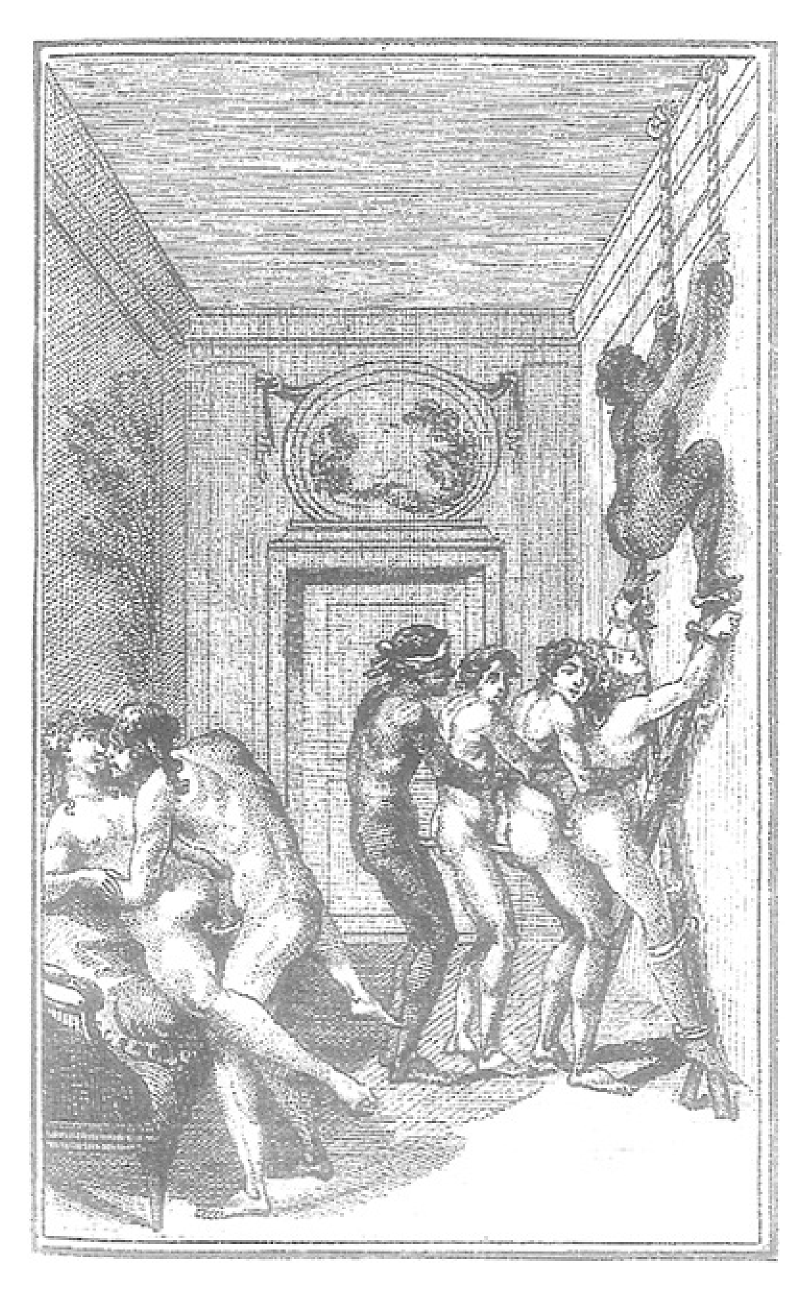


Dolmus le arranca la oreja; Cardoville le hace una incisión en la teta derecha; Brumeton araña la izquierda; Nicette hunde dos veces seguidas la punta de una navaja en la nalga derecha; su hermana corta un trozo de la izquierda; Volcidor, armado con una bola que tiene puntas por todas partes, excita durante bastante tiempo el interior del coño; Larose pincha una vena en el muslo izquierdo; con sus dientes, Julien se lleva un trozo del derecho; Fleur-d'amour le da un puñetazo en la nariz que la hace sangrar; Saint-Claire hunde un estilete de ocho líneas en el vientre; el primer negro hace una incisión en los hombros; el segundo le pincha la yugular. Zulma, ebria de lubricidad, pide que la follen; Nicette manifiesta el mismo deseo: los negros las encoñan a las dos, mientras sus hermanos las enculan y los padres joden ante sus ojos a los putos cuyas pollas menean ellas. «Sin embargo, tenemos que gozar de esta zorra, dice Cardoville. —Sí, responde Dolmus; pero espero que estrechándola». Estas palabras, que Justine no comprendía, la hicieron estremecerse. «Zamor», dice Cardoville al negro que llevaba ese nombre, «coge a esta puta, y estréchala». El criado obedece; se apodera de Justine; la coloca por la cintura, boca abajo, en una

silleta redonda que no tiene seis pulgadas de diámetro; ahí, sin ningún punto de apoyo, sus piernas caen a un lado, los brazos al otro; fijan estos cuatro miembros al suelo, con la mayor separación posible. El verdugo que va a estrechar las vías se arma de una larga aguja en cuya punta hay un hilo encerado. Pero en este momento el carácter violento de Zulma se decide. «¡Oh, jodido rediós!», exclama enardecida por el vino y la lujuria, «déjame esa tarea, yo la llevaré a cabo; quiero coser el coño; mi hermana se encargará del culo. —Yo le coseré el corazón si es preciso, dice Nicette, y luego me lo comeré todo sangrante si queréis. —¡Ánimo, valientes niñas!, dice Dolmus, sois dignas de quienes os han dado el ser; y la piedad, el más vil de todos los sentimientos, no tiene acceso alguno a vuestros corazones pervertidos. —No, no, joder, no lo tiene», dice Zulma acercándose al coño que va a calafatear. Y sin preocuparse por la sangre que está a punto de verter, ni por los dolores que ha de ocasionar, la muy monstruo, frente a unos malvados a los que aquel espectáculo inflama, cierra herméticamente, por medio de una costura, la entrada de la vagina de Justine. Nicette avanza, y el altar de Sodoma es obstruido de la misma manera. «Así es como me gustan», dice Cardoville después de volver a colocar a Justine boca abajo por la cintura, y al ver que tiene a su alcance la fortaleza que quería invadir: empuja con un vigor increíble; Zamor lo encula mientras tanto; para mantener su ilusión, quiere que las dos hermanas sean sodomizadas ante su vista por sus hermanos; que Dolmus encule a un puto mientras el otro negro le insinúa la polla en el culo. El cuadro se dispone; los hilos se rompen. Los tormentos del infierno no igualan a los que soporta Justine; cuanto más vivos son sus sufrimientos, más excitantes parecen los placeres de sus perseguidores. Por fin todo cede ante sus esfuerzos; Justine es desgarrada. El monstruoso dardo de Cardoville, al introducirse con violencia, va a renovar las heridas hechas por Volcidor con la bola de puntas; pero Cardoville, que reserva sus fuerzas para nuevos horrores, se guarda mucho de correrse. A la víctima le dan la vuelta; los mismos obstáculos: el cruel los observa masturbándose y sus manos feroces maltratan los alrededores para facilitar la conquista de la plaza; se presenta ante ella. La estrechez natural del local vuelve los ataques mucho más vivos: el temible vencedor no tarda en romper todos los frenos. Justine está sangrando; ¿pero qué le importa eso al triunfador? Dos vigorosas sacudidas de riñones le colocan en el santuario, y el malvado termina consumando en él un sacrificio cuyos dolores no habría podido soportar la víctima un momento más sin desmayarse. «Ahora me toca a mí, dice Dolmus haciendo desatar a Justine, yo no coseré a la querida niña; pero voy a ponerla en una cama de campaña que no tardará en devolverle todo el calor que su necia virtud le hace perder». Uno de los negros saca inmediatamente de un gabinete una cruz en aspa, toda guarnecida de puntas de acero: es ahí donde el insigne libertino quiere que coloquen a Justine; pero ¡qué episodio, Gran Dios! ¿Va a volver mejor su cruel goce? Antes de atar a la víctima, Dolmus introduce personalmente en el culo de aquella desdichada una bola preparada. Nada más meterla en las entrañas de la paciente, ésta siente un fuego devorador por dentro;

grita, y entonces la atan. Dolmus la encoña, comprimiéndola con todas sus fuerzas contra las puntas agudas que la desgarran; uno de los negros encula a Dolmus; Nicette y Zulma acuden a presentar sus nalgas al follador, y, mientras, masturban a sus hermanos, uno de los cuales azota a Cardoville, que sodomiza a uno de los jóvenes mientras los otros le rodean. Todo goza; sólo Justine siente unos dolores difíciles de imaginar; cuanto más rechaza a los que la comprimen, más la aprietan éstos contra las agujas con que la desdichada es lacerada. Durante este tiempo, los estragos de la terrible bola se vuelven imposibles de expresar. Los gritos de aquella infortunada desgarrarían los corazones de cualquiera que no fuese uno de los malvados que la rodean; ninguna expresión traduciría lo que siente; el bárbaro Dolmus, mientras tanto, parece gozar mil delicias; su boca, pegada a la de la paciente, parece aspirar los dolores que ésta sufre, para incrementar los placeres con que se embriaga su perversidad; pero, a ejemplo de su amigo, cuando siente su leche a punto de brotar, quiere hacer cualquier cosa antes de perderla. Le dan la vuelta a Justine; por muy heridas, por muy desgarradas que estén sus nalgas, todavía parecen sublimes a sus perseguidores. La bola, que le han hecho expulsar, va a producir en la vagina el mismo incendio que causó en los lugares de los que sale; sube, baja, quema hasta el fondo de la matriz. No por eso dejan de atarla por el vientre a la pérfida cruz; y partes mucho más delicadas van a magullarse en las puntas agudas que las reciben. Dolmus sodomiza, mientras uno de los putos, enculado a su vez por un negro, le folla; el otro africano, con los dos pies puestos en las ramas elevadas de la cruz, frota con sus nalgas la cara de Justine; le caga encima de la nariz…, y se ve obligada a tragar todo mientras, en un rincón, Brumeton encoña a su hermana. Volcidor, Cardoville y Brumeton reemplazan a Dolmus, enculados tan pronto por los negros como por los putos, mientras Nicette y Zulma van a su vez a mear y a cagar sobre el rostro de la paciente. En cuanto terminan de hacerlo, se colocan frente a la cruz y se hacen follar por los hombres que abandonan el culo de su padre o de su hermano. El delirio parece llegar a su colmo y la sangre de la desdichada Justine rocía a todos los sacrificadores. «Se me ocurre una idea única», dice Zulma, que se corre follada en el coño por Larose y sodomizada por Julien: «somos doce; formemos dos hileras; armémonos cada uno con una buena vara y pasemos a Justine por las armas. —¿A cuántas vueltas la condenaremos?», dice Brumeton, al que esa idea enardece. «A doce, responde Volcidor. —No hay que determinar el número de veces, dice Nicette; la zorra tiene que pasar por ellas hasta que caiga. —No, no, dice Cardoville; la reservo para otro tipo de suplicio; divirtámonos con el que acaba de sernos propuesto; pero esta desdichada no debe ser llevada a la muerte por un camino tan dulce. —¡Bien!, prosiguió Zulma, pero pongamos en práctica mi idea». Se forman las hileras. La triste Justine, que a duras penas se sostiene, es obligada a recorrer las filas; en seis minutos, su desgraciado cuerpo no es más que una llaga… Y de la misma manera, incluso en ese suplicio es imposible imaginar hasta qué punto las dos hijas ejercen su ferocidad lúbrica; son ellas las que golpean con más fuerza; Justine sucumbe; los tigres van a

buscarla al suelo, y en ese horrible estado ordenan a los negros gozarla. Los dos se apoderan de ella; mientras uno goza la parte delantera, el otro se hunde en el trasero; e intercambian constantemente el lugar: Justine resulta más desgarrada todavía por su grosor de lo que lo ha sido por la ruptura de las artificiosas barreras que se acababa de franquear. Mientras tanto, los dos padres sodomizan a los putos lamiendo el agujero del culo de sus hijas, encoñada cada una de ellas por su hermano. Nuevas oleadas de leche se derraman, y es entonces cuando emprenden un episodio inesperado.



Zulma, la fogosa Zulma, dice que quiere ser follada sobre la cruz guarnecida de agujas, y que es preciso que todos los hombres pasen sobre su cuerpo; añade que tienen que suspender a Justine sobre su cabeza, para que la rocíe la sangre que sus miembros destilan. «¡Ah, joder, qué idea!, dice Nicette; ¡cómo envidio la inteligencia de la que ha tenido esa idea; pido seguir a mi hermana. —La seguiremos todos, dice Volcidor; esas agujas son mucho más que un suplicio; encienden los sentidos, excitan el temperamento, producen el mismo efecto que el látigo. —Sí, sí, por los clavos de

Cristo, pasaremos todos, dice Brumeton. —Muy bien, dijo Zulma; pero sigo siendo yo la primera en ponerme». La muy puta pega allí su espalda; la atan; todos los hombres se la meten por el coño; está sangrando. «¡Oh, qué delicioso!, exclama; dadme la vuelta, y que me enculen», la obedecen. Este funesto capricho calienta todas las cabezas: hombres, mujeres, muchachos, todo se dispone, todo se hace follar; y todos, armados con una flecha, pinchan, arañan el desdichado cuerpo suspendido sobre sus cabezas a fin de redoblar sobre el suyo las oleadas de sangre con que aquellos malvados gustan de inundarse. Por fin, descuelgan a Justine, pero inanimada. Su triste persona no es otra cosa que una masa informe que horribles llagas marcan con su cicatriz…, está sin conocimiento. "¿Qué podemos hacer?, dice entonces Cardoville. —Dejemos que la justicia siga su curso, dice Dolmus; morirá igual, y nosotros estaremos a salvo de todo; hagámosla volver en sí y que la lleven de nuevo a la cárcel». Pero antes era necesario que Nicette y Zulma aceptasen la idea: entregadas exclusivamente a sus pasiones, pedían de modo imperioso la muerte de su víctima; les había sido prometida. La exigían; sus hermanos, más prudentes, las hicieron entrar en razón. «Morirá de todos modos, dice Brumeton, y nosotros iremos a gozar de sus últimos suspiros. —Pero entonces no seremos nosotros quienes le hayamos dado la muerte. —¿No habremos sido su causa? —¡Hay mucha diferencia!, dice Zubia; el crimen de las leyes no es nuestro. —Pero nosotros lo autorizamos. —No lo cometeremos nosotros, no nos mancharemos con su sangre; y la diferencia es enorme. —Hija mía, dice Dolmus, cometer un crimen o hacerlo cometer es exactamente lo mismo para la conciencia; la excitación que se siente es la misma que actúe uno o que haga actuar. Esta muchacha no es culpable, estamos seguros; una palabra nuestra puede salvarla; nosotros la entregamos a unas leyes absurdas cuya espada está a nuestra disposición. Puedes estar segura de que entre ese crimen y el de matar con nuestras propias manos la distancia es muy pequeña; pero, incluso aunque esa distancia existiese, otra conducta podría comprometernos; y a cambio de una porción de voluptuosidad…, una porción ideal, nosotros mismos pondríamos obstáculos a todas las que luego nos esperan. Hagamos algún sacrificio por nuestros placeres; créelo, actúo así en interés de esos placeres; y, si hoy me privo de cierta dosis de voluptuosidad, puedes estar totalmente segura de que es para ampliar un día su esfera».

Mientras Dolmus razonaba así, Julien, por orden de Cardoville, devolvía a Justine a la vida, y humedecía sus llagas. «Id», le dice Dolmus cuando la ve bastante recuperada; «id ahora a quejaros. —¡Oh!, dice Cardoville, la prudente Justine no está para presentar ninguna queja; la víspera de ser inmolada, son súplicas lo que debemos esperar de ella y no acusaciones. —¡Que no haga ni lo uno ni lo otro!, replicó Dolmus; nos acusaría sin ser oída, nos imploraría sin conmovernos. —Pero, dice Justine, si revelase… —Siempre nos llegaría a nosotros, dice Cardoville; y la consideración, la preponderancia de que gozamos en esta ciudad no permitiría que se tuviesen en cuenta denuncias tan despreciables; vuestro suplicio no sería sino más

cruel y más largo, endeble criatura; debéis comprender que nos hemos divertido con vuestra persona por la sencilla y lógica razón que induce a la fuerza a abusar de la debilidad. —Justine, dice Volcidor, debe darse cuenta de que no puede escapar a su juicio, que debe sufrirlo, que lo sufrirá; que sería inútil que divulgase su salida de prisión esta noche: no la creerían; el carcelero, cómplice nuestro, la desmentiría al punto; por lo tanto es preciso que esta hermosa y dulce joven, tan convencida de la grandeza de Dios, le ofrezca en paz cuanto acaba de sufrir y todo lo que aún la espera; serán como otras tantas expiaciones del horroroso crimen que la entrega a las leyes. Recoged vuestras ropas, hija mía, prosigue aquel monstruo; todavía no ha amanecido; los dos hombres que os han traído van a devolveros a vuestra prisión…». Justine trató de decir algo; quiso echarse a las plantas de aquellos ogros, bien para ablandarlos, bien para pedirles la muerte. Ni siquiera la escuchan; las mujeres la insultan, los hombres la amenazan; es arrastrada, arrojada de nuevo en su mazmorra, donde el carcelero la recibe con el mismo misterio con que acababa de hacerla salir. «Acostaos, le dice aquel Cerbero empujándola hasta su cuarto; y si alguna vez pretendéis revelar, a quien sea, lo que os ha pasado esta noche, recordad que yo lo negaré, y que esa inútil acusación no os servirá de nada. —¡Oh, Cielo!», exclamó Justine en cuanto se quedó sola; «¡cómo! ¿He de lamentar dejar este mundo? ¿He de temer abandonar un universo habitado por malvados tan enormes? ¡Ah, que la mano de Dios me arranque de él ahora mismo, de la forma que mejor le parezca, y no me quejaré! ¡El único consuelo que puede quedarle al desdichado que nace entre tantas bestias feroces es la esperanza de abandonarlo "cuanto antes!».



Al día siguiente el cruel Saint-Florent fue a visitar a Justine. «¡Y bien!, le dijo, ¿estáis satisfecha de los amigos que os he procurado? —¡Oh, señor, son monstruos! —Teníais que pagar la protección; os había advenido que fueseis sumisa. —Hice cuanto quisieron, pero me perderán. —¡Ah!, ya supongo; les habréis hecho eyacular demasiada leche, y no hay nada peor que las consecuencias del desagrado; en fin, decís…, decís.., ¿que no os salvarán? —¡Soy una mujer que está perdida! —Veamos cómo os han tratado»; y mientras decía esto le levantaba las faldas. «¡Ah, joder!, no me sorprende; no teníais que haberles dejado hacer tanto. Escuchad: voy a hablaros como amigo; sé que, debido a la enormidad de vuestros crímenes, piensan quemaros viva, ése es el suplicio que os está destinado. Por lo tanto, ahora no se trata de trabajar para salvaros; sino de intentar que seáis ahorcada en vez de ser quemada, como sé que es su intención. —¡De acuerdo!, señor, ¿qué debo hacer para conseguirlo? —En primer lugar, entregaros plenamente a mí, ya que no hay nada que encienda tanto mis sentidos como gozar de una mujer condenada a muerte. Si no fui a casa de mis amigos la noche pasada fue porque tenía miedo de que os salvasen.

Ahora que estoy seguro de que vais a perecer en el cadalso, y que sólo se trata de la clase de suplicio que sufriréis, hacéis que se me empalme de una forma extraordinaria; vamos, enseñadme el culo. —¡Oh!, señor. —¡Bueno!, entonces seréis quemada…». Y la desdichada, para escapar a ese suplicio horrible, se deja hacer maquinalmente. Aquel libertino nunca había estado tan caliente en su vida; imposible pintar todos los refinamientos que pone en práctica para gozar con mayor delicia de una mujer a la que sus atroces intrigas envían a la muerte; la cubría de lubricidades. Justine osa un instante recordarle los servicios que se había ofrecido a prestarle…, que ella los aceptaba sólo para salvar la vida. Pero Saint-Florent, cuya cabeza sólo se inflamaba con el placer de enviar aquella criatura a la muerte, le dice que ya no era tiempo y remata la escena con una rara atrocidad. Llama al carcelero. «Pierre, le dice, jode a esta zorra delante de mí». ¡Qué suerte para semejante patán! El bribón obedece; Saint-Florent le baja las calzas hasta los talones y sodomiza al llavero mientras con un aparato enorme éste traspasa a la víctima. «Ya es suficiente», dice Saint-Florent una vez que ha llenado de esperma el infame culo del hombre de los cerrojos; «ahora, zorra», continúa dirigiéndose a Justine, «no pienses que vaya a dar el menor paso en tu favor; al contrario, voy a aconsejar a tus jueces que pongan más severidad en su fallo. Tenías que haber aceptado lo que te propuse tiempo atrás, y sobre todo no presentarte delante de mi vista. Sí, serás quemada, estoy seguro; si me voy es para acelerar…, para asegurar tu juicio». El monstruo sale y deja a la pobre mujer en un abatimiento parecido a la nada de la muerte, que no ha de tardar en cubrirla con sus sombras.

Al día siguiente Cardoville fue a interrogarla. No pudo dejar de estremecerse al ver la sangre fría con que aquel granuja osaba ejercer la justicia, él, el más malvado de los hombres; él, que, contra todos los derechos de aquella justicia con la que se revestía, acababa de abusar de forma tan cruel de la inocencia y del infortunio, de los que ella hacía su salvaguarda. Justine empezó a defenderse con todo el calor que da una buena causa; pero el arte de aquel hombre desvergonzado convirtió en crímenes todos los medios de defensa que alegaba. Cuando los cargos del proceso quedaron bien establecidos, tuvo la desvergüenza de preguntarle si no conocía a un rico particular de la ciudad, llamado M. de Saint-Florent. Justine respondió que le conocía. «Bien, dice Cardoville, no necesito más. Ese señor de Saint-Florent que confesáis conocer también os conoce perfectamente; es uno de vuestros denunciantes; ha declarado haberos visto en una banda de ladrones, donde fuisteis la primera en robarle su dinero y su cartera; vuestros camaradas querían salvarle la vida, y sólo vos fuisteis de la opinión de quitársela; no obstante consiguió huir. Ese mismo señor de Saint-Florent añade que, años después, habiéndoos reconocido en Lyon, os permitió ir a hablar con él tras la insistente petición que le hicisteis, y principalmente por vuestra palabra de una excelente conducta en aquel momento; y que entonces, mientras os sermoneaba, mientras os inducía a persistir en el buen camino, habíais llevado la insolencia del crimen hasta el punto de robarle un reloj y cien luises que

había sobre su chimenea. El obispo de Grenoble y un benedictino también os acusan los dos de homicidio…, de asesinato, de no sé qué otros horrores…». Y Cardoville, aprovechando la cólera en que calumnias tan atroces sumían a nuestra desdichada huérfana, ordenó al escribano apuntar que Justine confesaba todas aquellas inculpaciones con su silencio y con las impresiones de su rostro.

Desesperada, Justine se arroja al suelo, hace resonar la bóveda con sus gritos; se golpea la cabeza contra las baldosas con el propósito de encontrar en ellas una muerte más rápida; y al no hallar expresiones para su horrible dolor: «¡Malvado!, exclama, confío en el justo Dios que me vengará de tus crímenes; él discernirá la inocencia, y hará que te arrepientas del indigno abuso que haces de tu autoridad». Cardoville llama; dice al carcelero que se lleve a la acusada, dado que, turbada por la rabia y los remordimientos, no está en condiciones de seguir el interrogatorio; pero que, además, los cargos están completos, dado que la culpable admite todos sus crímenes… ¡El monstruo se marcha tranquilamente!… ¡El rayo no lo destruye!

El proceso iba deprisa, conducido por el odio, la venganza y la lujuria. Justine no tardó en ser condenada.

«¡Oh justo Cielo!, exclama cuando se ve en el momento del suplicio, ¿bajo qué astro nací para no haber podido concebir nunca un solo sentimiento honesto que no haya sido seguido de inmediato por todos los azotes del infortunio? ¿Y cómo es posible que esa Providencia esclarecida, cuya justicia me complazco en adorar, castigándome por mis virtudes me ofrezca al mismo tiempo elevados en el pináculo a los que me destruyen con sus vicios?

«Una mujer de alta alcurnia y un millonario conspiran, en mi infancia, contra mi honor y mi virginidad; se vengan de su poco éxito haciéndome un proceso que me conduce a los pies del cadalso; grandes riquezas les aguardan, y yo estoy a punto de ser ahorcada. Caigo entre unos ladrones; me escapo con un hombre al que salvo la vida; a modo de recompensa, me viola y me deja molida a golpes. Llego a casa de un señor depravado, que quiere obligarme a apuñalar a su madre; el muy traidor tiene la astucia de hacer que recaiga sobre mí lo que sólo él ha cometido; yo huyo y a él le corona la prosperidad. De allí voy a casa de un cirujano incestuoso y asesino, a quien traro de ahorrar un infanticidio espantoso: el crimen se consuma. ¡Yo resulto infamada, marcada, como una criminal! Él es colmado por los dones de la fortuna mientras yo caigo en la más extrema miseria. Un hombre disfruta ahogando a los niños que hace; me opongo: apresada por él, termino encerrada en sus torres; y el malvado piensa tenerme allí hasta la muerte. Quieren que introduzca una banda de ladrones en casa de ese individuo…, que entregue a una de mis compañeras… Tengo la debilidad de consentir…, me veo libre; la suerte me sonríe porque acabo de permitirme una atrocidad; es la promesa de una mala acción la que me saca de casa de Bandole; una virtud me mantenía allí cautiva. Quiero acercarme a los sacramentos; quiero implorar con fervor al Ser supremo, del que sin embargo recibo tantos males: el tribunal augusto donde espero purificarme por medio de uno de nuestros más

santos misterios, se convierte en el escenario sangriento de mi ignominia: el hombre que me engaña y me mancilla se alza a los mayores honores de su orden, y a mí me persigue la adversidad. Me dejo enternecer por una mujer que se lamenta ante mí de sus desgracias; me conduce a un barranco; allí siento, más que en cualquier otra circunstancia de mi vida, hasta qué punto la mano del destino quiere zarandearme eternamente; además, en casa de d'Esterval, objeto de muchos crímenes sin participar en ninguno, retenida únicamente por el ardiente deseo de conseguir el triunfo de la virtud, me veo obligada a participar en todos los crímenes para tratar de impedirlos. Por fin una víctima logra escapar gracias a mis cuidados; es Bressac, ese monstruo que me acusó de haber apuñalado a su madre…, a la que sólo él pudo asesinar. Por fruto de mis esfuerzos soy conducida por él a casa de otro malvado, donde ni siquiera la mano de las Furias podría trazar los horrores con que su rabia supo rodearme. Intento salvar a la primera de las esposas de ese hombre, a la que conozco en su casa; no lo consigo; quiero por lo menos hacer que escape la segunda; al hacerlo me arriesgo a perecer en la más lenta de las muertes: así paga la fortuna esa acción. En casa de ese infame esposo conozco a otro antropófago, que me propone distribuir venenos; me niego; él me arroja a un charco de agua. Vuelvo a encontrar al hombre que mi bondad salvó de una banda de ladrones…, que como recompensa me violó; sumida en la miseria, imploro su piedad; me hace el favor al precio de la más culpable de las mediaciones…, quiere que soborne víctimas para él. Indignada por la proposición, rechazo hasta la idea misma. Para vengarse, el libertino me somete una vez más a ignominias. Salgo de Lyon; la primera persona que encuentro es una mujer que me pide limosna, la consuelo, ella me arrastra a un subterráneo, donde me mero con ella; nuevas abominaciones se me presentan, y tengo que compartirlas. Allí, exigen un robo por precio de mi libertad; me niego; denuncio al culpable; él sale victorioso, yo soy la única castigada. El compromiso de una nueva fechoría rompe por fin mis cadenas; la fortuna sólo se muestra lisonjera conmigo aceptándolo. Liberada de todos aquellos bribones, me dirijo a Grenoble; veo a un hombre desvanecido, le socorro: el ingrato me hace dar vueltas a una rueda como un animal, y me cuelga para deleitarse; ese loco furioso quiere que yo le cuelgue a mi vez. Dueña por segunda vez de su vida, vuelvo a salvársela. En compensación, él me encierra viva en medio de cien cadáveres. Todos sus deseos se cumplen…, estoy a punto de morir en un cadalso por haber trabajado a la fuerza en su casa. Una mujer espantosa, que el cielo me hace conocer, quiere seducirme, y me hace perder lo poco que poseo, por haber querido salvar los tesoros de su víctima… Un joven sensible quiere hacerme olvidar todos mis males…, consolarme con el ofrecimiento de su mano; expira entre mis brazos antes de poder hacerlo. Su amigo trata de secar mis lágrimas; pero mi perseguidora se venga; las serpientes del infierno debían desgarrarme porque acababa de ser virtuosa. Soy apresada, raptada, llevada a casa de un hombre cuya pasión consiste en cortar cabezas. Escapo a ese peligro; los brazos que me tendían aún me protegen; por fin me creo tranquila. Una casa se quema; corro

en medio de las llamas para salvar a la hija de la que me han dado por protectora. Siempre víctima de mis buenas obras, es a ella a la que hago el favor que me pierde. Encerrada como una criminal, acusada de imputaciones calumniosas, imploro a un religioso; me obliga a cometer execraciones, y me abandona sin ayudarme. He recurrido a la protección de un hombre cuya fortuna y vida salvé; me entrega a insignes libertinos en medio de los cuales siento mil veces más horrores de los que he conocido en toda mi vida. Esa multitud de bestias feroces reunidas contra mí aceleran mi perdición, después de haberme abrumado con sus ultrajes. Los dones de la fortuna les colman a ellos, y yo corro a la muerte.

«Esto es lo que me han hecho sentir los hombres; esto lo que me ha enseñado su peligroso traro; ¿puede sorprender que mi alma, amargada por la desgracia, sublevada por tanto ultraje, agobiada por tanta injusticia, sólo aspire a romper sus lazos?».

Apenas había terminado Justine estas tristes reflexiones cuando el carcelero fue a hablarle con el mayor misterio. «Escuchadme atentamente, le dice; me habéis inspirado interés, y si podéis hacer lo que voy a proponeros, os salvo la vida. —¡Oh!, señor, ¿de qué se trata? —¿Veis ahí a ese hombre gordo, sumido en su dolor y que, como vos, sólo espera la hora de su suplicio? Es dueño de una cartera en la que hay una suma considerable… ¿Veis que el extremo le sobresale en el bolsillo? —¿Y qué, señor? —Pues bien, sé que, en este momento, sólo está preocupado por encontrar la manera de hacer pasar ese tesoro a su familia; robádselo, traédmelo, y quedáis libre; pero, silencio; aceptéis o rechacéis mi propuesta, no abráis nunca la boca sobre lo que os revelo…, vamos, decidíos… —¡Oh, Dios!, exclamó Justine, siempre entre el vicio y la virtud, ¿nunca ha de abrirse para mí el camino de la virtud sino entregándome a infamias?… Sí, señor, sí, os obedeceré; me proponéis un crimen…, me entregaré a él…, sí, lo cometeré para evitar un bien más atroz a los malvados que me hacen perecer». ,

El carcelero se retira; el tiempo apremia; el aire ya resuena con los lúgubres sonidos de esa campana que anuncia a los desgraciados condenados que sólo les queda un momento de vida[*]. Nuestra heroína va a colocarse junto a su cofrade; le roba el efecto deseado, lo entrega al guardián que, en ese mismo instante, por recompensa, le abre las puertas y le da un luis para el camino.

«Huyamos, huyamos, exclama la desdichada en cuanto está sola; abandonemos enseguida una región donde la felicidad que en ella esperaba se aleja con tanta obstinación». Llega la noche; las tinieblas favorecen su huida, y ya la tenemos camino de París, adonde la llevan sus resoluciones con la esperanza de reunirse allí con su hermana, de enternecerla con sus infortunios y de encontrar al menos a su lado algunos recursos para su horrible miseria.

Éstas fueron las ideas con que se alimentó Justine hasta los alrededores de Essonne.

Eran poco más o menos las cuatro de la tarde; caminaba por uno de las cunetas del camino cuando ve a una dama de la mayor elegancia que paseaba con cuatro

hombres. «Abad», dice aquella dama dirigiéndose a una de las personas que la acompañaban, «la cara de esa criatura me sorprende… Señorita, por favor…, ¿podríais decirme vuestro nombre…, quién sois? —¡Oh!, señora, ¡la más desventurada de las mujeres! —Pero ¿cómo os llamáis? —Justine. —¿Justine?… ¿cómo? ¿Sois acaso la hija del banquero N***? —Sí, señora… Amigos míos, es mi hermana…, sí, mi hermana, a la que estos harapos y esos andrajos ocultan. Ése debía ser su destino; se lo advertí…, era prudente, ¿cómo no había de fracasar? Venid, hermana mía, venid a mi castillo; siento curiosidad de saber por qué fatalidad os encuentro». Vuelven a casa. «¡Cómo!», dice Justine, deslumbrada ante el fasto que ve reinar por todas partes, «mientras yo apenas puedo sostener mis débiles días, a vos, hermana, os rodean las riquezas —¡Mujer pusilánime!, respondió Juliette, deja de sorprenderte; te había anunciado todo esto. Yo he seguido la senda del vicio, hija mía; nunca he encontrado más que rosas; menos filósofa que yo, tus malditos prejuicios te han hecho reverenciar quimeras; ¡ya ves adónde te han llevado! Abad», prosiguió la célebre hermana de nuestra heroína, «que le den ropas más decentes, y que la pongan a salvo con nosotros; mañana escucharemos el relato de sus desgracias».

Justine, descansada, repuesta, contó al día siguiente a toda la compañía las aventuras que acaban de leerse. Por más abatida que estuviese aquella hermosa niña, agradó a todo el mundo; y nuestros libertinos, al examinarla, no pueden dejar de elogiarla. «Sí», dice uno de ellos al que pronto se verá figurar en las aventuras de la hermana de Justine; «sí, aquí están las Desdichas de la Virtud, y ahí, continuó señalando a Juliette, ahí, amigos míos, las Prosperidades del Vicio».

El resto de la velada se consagró al descanso; y, al día siguiente, Juliette anunció a sus amigos que quería contar su propia historia a su hermana, a fin, decía, de que pudiese juzgar mejor la poderosa manera en que el Cielo protege y recompensa siempre el vicio mientras abate y entristece a la virtud. «Escuchadme, Justine. Y vos, Noirceuil y Chabert, no os invito a oír de nuevo unos detalles en los que habéis tenido demasiada parte para que no os resulten familiares; id a pasar unos días al campo; a vuestro regreso, veremos qué puede hacerse con esta niña. Pero vos, marqués, y vos, mi querido caballero, os ruego que oigáis lo que tengo que deciros, y que estéis convencidos de que, no sin fundamento, Chabert y Noirceuil os han dicho a menudo que existían muy pocas mujeres más singulares que yo en el mundo».

Pasan a un salón delicioso. La compañía se sienta en unos sofás; Justine se limita a coger una silla; y Juliette, en el fondo de una otomana, empieza sus relatos de la forma en que verán nuestros lectores en los volúmenes siguientes.

Notas

[*] Por ejemplo, en Laure de Sade (1860-1936), condesa Adhéaume de Chévigné, que sirvió para otro mito literario: esta mujer, que había de deslumbrar a Marcel Proust por su belleza y su elegancia —«tuve crisis cardíacas cada vez que la veía»—, servirá al novelista para componer uno de los personajes clave de *A la busca del tiempo perdido*, la duquesa de Guermantes; Laure de Sade, al sentirse retratada, romperá de forma tajante su amistad con Proust, que terminó dedicándole algunas frases vengativas. Véase mi edición: Marcel Proust, *A La busca del tiempo perdido*, t. I, pág. CX, (Editorial Valdemar, 2000) para esas relaciones y el papel de inspiradora de la descendiente del marqués de Sade. <<

[**] El estado de la cuestión puede verse en Enzo Giudici, quien pone en duda el parentesco: «Bilancio di una annosa questione: “Maurice Scève e la scoperta della tomba di Laura”, en *Quaderni di filologia e lingue romanze, Ricerche svolte dall’Universita di Macerata*, vol. II, 1980, págs. 3-70. <<



[*] Jacques-François Paul Aldonse, abbé de Sade, *Mémoires pour la vie de François Pétrarque*, Amsterdam, Arskée et Mercus [Aviñón], 1764-1767, 3 vols. <<

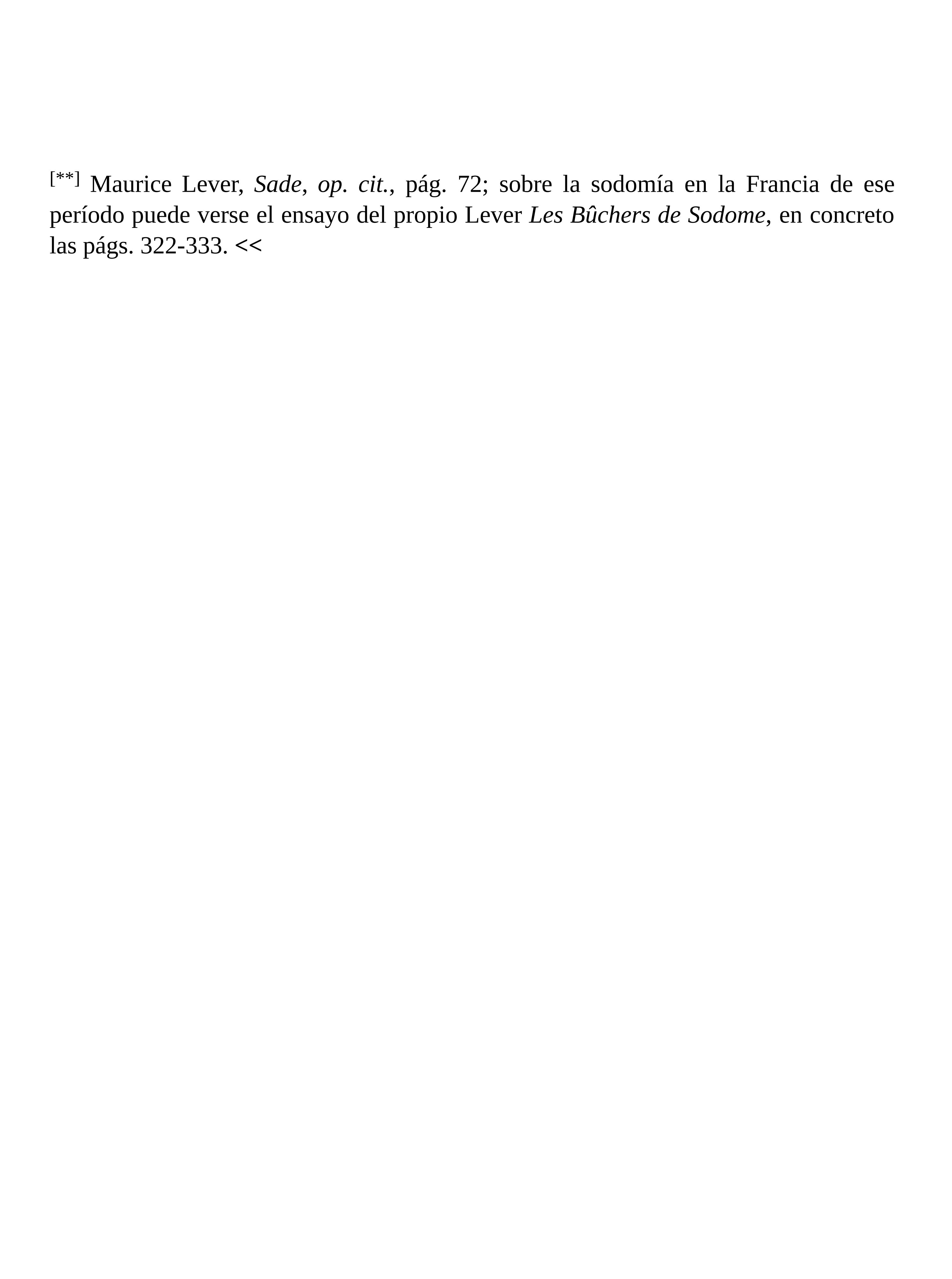
[*] «Como un habitante de Sodoma, / hago de mujer con un hombre, / eso es lo que las pone furiosas. / Pero ¿por qué enfadaros, señoras mías? / Sólo vosotras hacéis mi felicidad: / Soy muy hombre con las mujeres» (Edita por primera vez el poema Maurice Lever en *Donatien Alphonse François, marquis de Sade*, pág. 36, Fayard, 1991). <<

[*] Voltaire, *Correspondance*, Gallimard, Pléiade, t. I, págs. 488-489, carta fechada el 25 de octubre de 1733. <<



[*] Sade, *Aline et Valcour* in *Œuvres*, t. I, pág. 403, Ed. Gallimard, Pléiade, París, 1990. <<

[*] Lo cual no le impedirá propinar en público a ese mismo hijo, Philippe d’Orléans —futuro Regente de Francia—, una sonora bofetada cuando éste le anuncie su matrimonio con una hija bastarda de Luis XIV. Hay edición moderna de sus cartas: *Lettres de la princesse Palatine (1672-1722)*, Mercure de France, París, 1985. <<



[**] Maurice Lever, *Sade, op. cit.*, pág. 72; sobre la sodomía en la Francia de ese período puede verse el ensayo del propio Lever *Les Bûchers de Sodome*, en concreto las págs. 322-333. <<



[*] Maurice Lever, *Donatien Alphonse François, marquis de Sade,* ed. cit., pág. 217-218. <<

[*] Se llama así al literato que dedica su pluma a escribir la vida de las personas ilustres. <<

[*] Todos los libertinos saben que se denomina así la acción de meter uno o varios dedos en el agujero del culo del paciente. Este episodio, uno de los más esenciales en lubricidad, conviene sobre todo a los viejos o a las personas gastadas; determina rápidamente la erección, y resulta de una voluptuosidad increíble en el momento de la eyaculación: sin embargo, quienes puedan sustituirlo por una polla, encontrarán desde luego placeres infinitamente más vivos y la excesiva diferencia que hay entre la ilusión y la realidad. Lo cierto es que no hay lubricidad más viva en el mundo que la de follar mientras le follan a uno. <<

[**] No hay edad para este gusto delicioso: al joven Alcibíades[18] le gustaba tanto como al viejo Sócrates; pueblos enteros han preferido esta deliciosa parte a todas las demás bellezas del cuerpo femenino; y, de hecho, no hay ninguna que por su blancura, su redondez, su conformación, su forma encantadora y los delicados placeres que promete, pueda merecer más que ésta los voluptuosos homenajes de un libertino. ¡Malhaya quien no ha follado a un garzón, o que no ha hecho un mozo de su amante! Todavía es muy nuevo en voluptuosidad quien no se haya atrevido a lo uno o a lo otro. <<

[*] En todas ellas la ferocidad es siempre o el complemento o el medio de la lujuria: rocíos los refinamientos excesivos del libertinaje son actos de ferocidad. No hay un solo hombre cruel que no haya sido un grandísimo libertino, y a la inversa, no hay ningún libertino que no se vuelva feroz. Por lo demás, la ferocidad no es, como el dolor, sino un modo del alma absolutamente independiente de nosotros; y no debemos ni avergonzarnos ni glorificarnos más del uno que de la otra. El hombre nunca trabaja en otra cosa que en su felicidad: cualquiera que sea el camino que adopte en la carrera de la vida, siempre es para correr tras la felicidad, pero a su manera. Y Nerón encontraba tanto placer en degollar a sus víctimas como Tito en no ver pasar un día sin hacer feliz a alguien. <<

[*] Siglos futuros, vosotros no veréis este colmo de horrores y de infamias. *(Nota del Editor)*. <<

[*] Esta verdad es desalentadora, dicen los necios; no hay que ofrecérsela a los hombres; pero desde el momento en que es una verdad, ¿por qué ocultársela? ¿Qué necesidad hay de engañar a los hombres? Si ese desagradable placer es necesario, ¿no le corresponde cumplirlo a la filosofía? No: su luz, como la del astro del día, debe disipar todas las tinieblas. Es amar mal a los hombres disfrazarles verdades tan esenciales, por poderosos que puedan ser sus resultados. *(Nota del Autor)*. <<

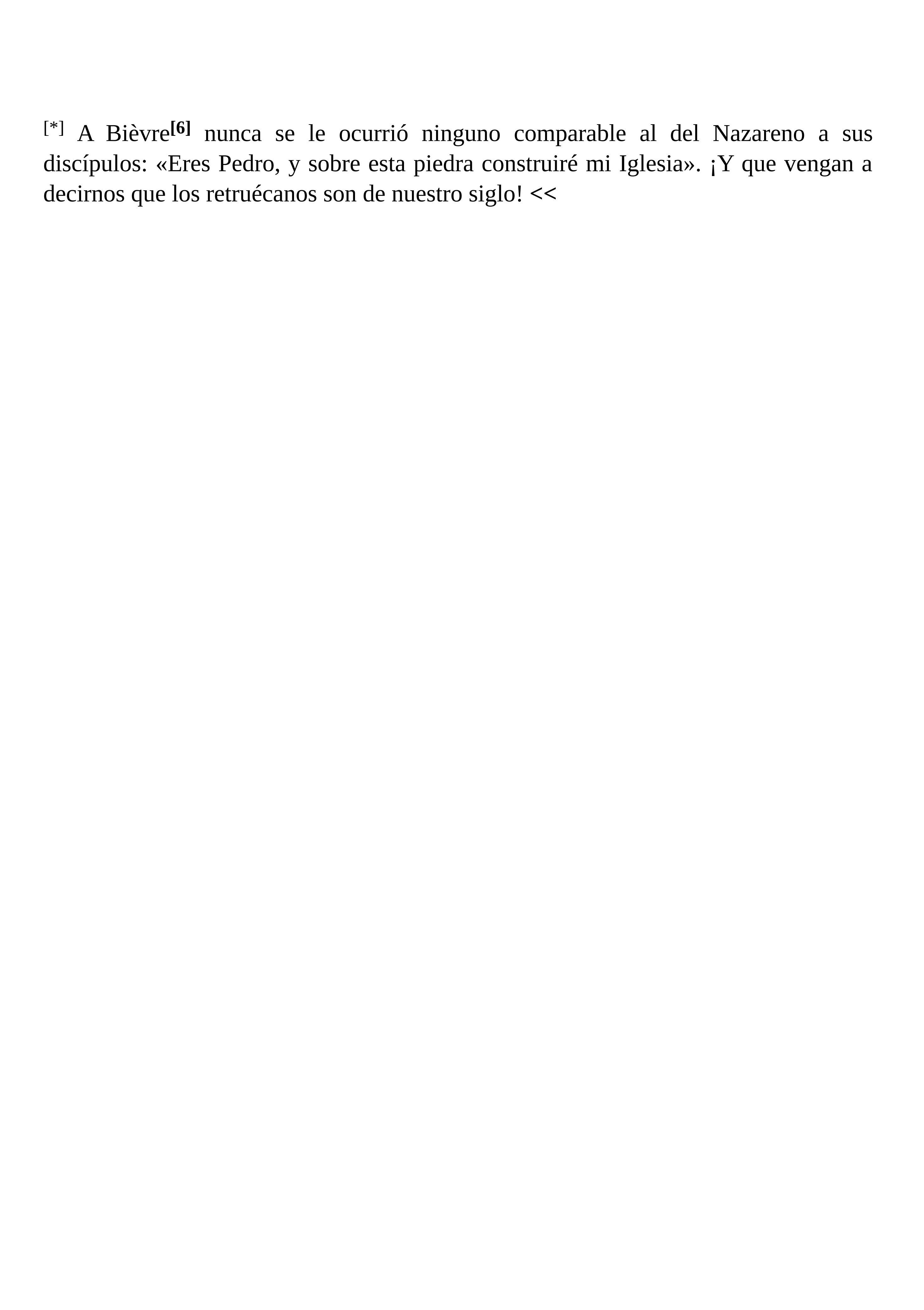
[*] Se sabe que la palabra *boulgre* o *bougre* deriva de la de *bulgare* [búlgaro]. Véase a este respecto la culta disertación que figura en *Vénus dévoilée* del mismo autor[1]. **<<**

[*] Se encontrará en la historia de Juliette. <<

[*] Y ello por la sola razón de que la sensibilidad prueba la debilidad, y el libertinaje la fuerza. *(Nota del Autor)*. <<

[*] Esa noción de firmamento no es otra cosa que una fábula griega. <<

[**] Querubín quiere decir buey. <<



[*] A Bièvre[6] nunca se le ocurrió ninguno comparable al del Nazareno a sus discípulos: «Eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia». ¡Y que vengan a decirnos que los retruécanos son de nuestro siglo! <<



[*] ¿Qué hacen las leyes cuando castigan al infractor del pacto social? Vengan intereses paniculares. Si el crimen que entonces cometen en favor mío no existe, el que yo cometa con los mismos propósitos debe ser igual seguramente. <<

[*] Lo que hace un momento hemos dicho de las leyes las incluye en esca hipótesis. <<



[*] Casi todas las tríbadas lo practican: imitando las pasiones de los hombres, ansían sus refinamientos; y como el de la sodomía es el más delicado de todos, les resulta muy sencillo disfrutar de uno de sus placeres más divinos. <<

[*] Término de arte, que estos caballeros empleaban para significar sus operaciones sobre los temas llenos de vida. <<

[*] Esta disertación se verá en *Juliette*. <<

[*] Esto sólo es el esbozo de los principios que se desarrollarán más adelante. <<

[*] Prueba irrefutable de la extrema conexión que hay entre lo moral y lo físico; si sabéis educar lo uno, siempre seréis dueño de lo otro; esto es lo que explica todo el entusiasmo de los mártires, sea cual fuere el partido en que se les suponga; porque en realidad no hay ningún partido bueno; el de la opinión general es siempre el único que se debe adoptar. <<

[*] Como se recordará, en las orgías de esa velada había dos mujeres de esa edad. <<

[*] Se recordará que eran las mujeres de veintiséis y treinta años. Véase su retrato más arriba. La primera estaba embarazada de seis meses, la otra de ocho. <<

[*] El pan es el alimento más indigesto y malsano que se pueda emplear. Es inaudito que los franceses no quieran corregirse de su afición por ese alimento peligroso; si lo consiguieran, prestarían muchas menos armas a sus tiranos, cuyo medio más seguro de vejar al pueblo fue siempre suprimirle esa amalgama pestilente de agua y harina. Probablemente la abundancia de platos puede permitir al rico prescindir de él, y el pobre lo supliría de maravilla por las legumbres, y sobre todo por las farináceas. <<

[*] En este caso no es la justicia la que posee encantos, es el robo que el libertino le hace de sus derechos. <<

[*] Véase en la *Histoire de Bretagne*, de Dom Lobineau[3], las crueles voluptuosidades a que este hombre sorprendente se entregaba con niños de uno y otro sexo, en su castillo de Machecou. El duque de Bretaña, más codicioso de sus bienes, que confiscó, que celoso de vengar la inmoralidad de este señor lleno de inteligencia y de talento, mandó procesarlo en Rennes, donde pereció en el cadalso por haber tenido la desgracia de ser rico y estar singularmente dotado por la naturaleza[4]. <<

[*] En la continuación de esta historia veremos las razones por las que no debe parecer sorprendente que Pío VI[5] esté a bien con un libertino como Sévérino. <<

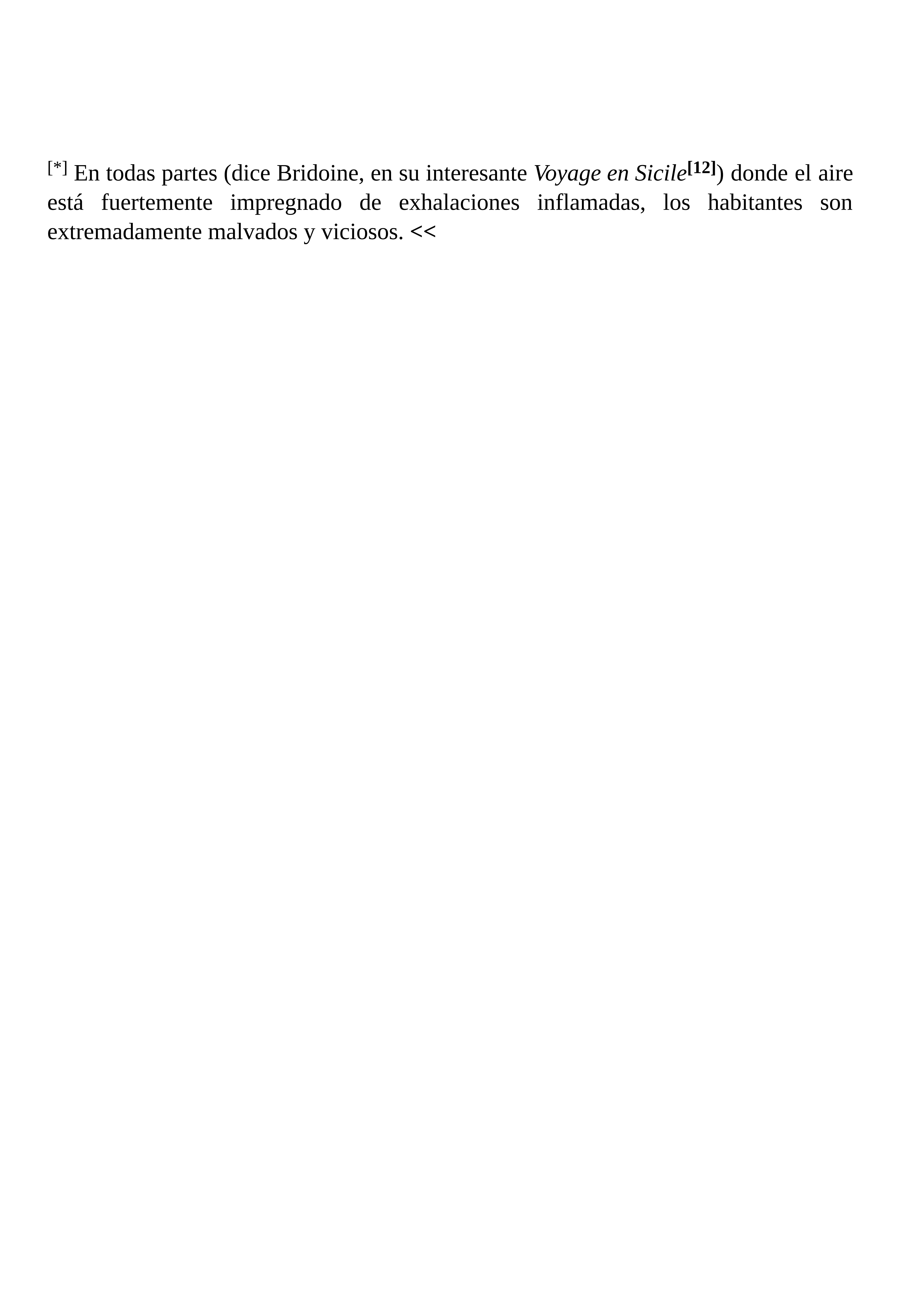
[*] Si hay algo singular en el mundo es el monstruoso embrutecimiento de los hombres, que han insistido mucho tiempo, y todavía insisten, en suponer como posible que las palabras mágicas de un sacerdote puedan conseguir que el Eterno se incorpore en un trozo de pasta. Tras tantos siglos de errores parece brillar un rayo de filosofía. Una nación que se regenera parece querer abjurar por siempre de esas estupideces; pero ¡increíble poder de la superstición!, los mismos errores parecen estar dispuestos a propagarse de nuevo; ¡que la calma, la tranquilidad, la justicia, no puedan reaparecer en nuestro horizonte sino a la sombra de las quimeras papistas! ¿Hay algo en el mundo que demuestre mejor que el hombre no está hecho ni para la libertad ni para la felicidad, puesto que nunca flora entre esas dos situaciones sin estar rodeado de escollos que deben destruir, en esencia, una u otra, y nunca puede sacudir un yugo sin encadenarse en ese mismo instante a otro[3]. <<

[*] Que nadie venga a decirnos que esta obra es inmoral, desde el momento en que sirve de prueba a esa afirmación. <<

[*] Magnífico muelle de Burdeos, donde viven todos los negociantes. <<



[*] No fue sino en 1760 cuando nuestro viajero vivió en esa corte, y no es de este tiempo del que habla. <<



[*] En todas partes (dice Bridoine, en su interesante *Voyage en Sicile*[12]) donde el aire está fuertemente impregnado de exhalaciones inflamadas, los habitantes son extremadamente malvados y viciosos. <<

[*] Véanse las páginas 303-304. <<

[*] Aquí sólo están las bases de principio, desarrolladas mucho más ampliamente en la continuación de esta obra. <<



[*] Estos vicios aumentan en fuerza con la edad, pero no envejecen nunca. Se tiene menos energía para ponerlos en práctica, con frecuencia menos medios; pero su indestructible germen es siempre el mismo. Crece incluso en lugar de debilitarse. <<

[*] Nombre de los ganimedes de los serrallos de Asia. <<

[*] Rusma, piedra mineral, atramentaria; hay minas en Galacia. El Gran Señor consigue con ellas una renta de treinta mil ducados al año. Es muy rara en Francia, y sólo se vende a peso de oro. No hay ningún vestigio de pelo en los lugares en que se utiliza. <<

[*] Véase la página 267. <<

[*] Deben observar nuestros lectores nuestra costumbre de eliminar estas palabras inútiles: *ése era el nombre; así era como se llamaba*, etc., etc. Cuando ven un nombre nuevo, ¿no es seguro, sin que haya que decírselo, que ese nombre es el del personaje de que se habla? Esta sustracción de palabras inútiles se debe a nuestro género, y puede convertirse en una de las originalidades por las que nuestro estilo siempre será reconocible. <<

[*] Pronto se expondrá con más detalle este sistema; mientras tanto, demos el análisis del nervio. El nervio es la parte del cuerpo humano que se parece a un cordón blanco, unas veces redondo, otras plano. Saca por lo general su origen del cerebro; sale de él en haces dispuestos simétricamente por pares: no hay en el cuerpo humano partes más interesantes que el nervio. «Es una especie de fenómeno, dice La Martinière[2], más admirable cuanto menos susceptible de acción parece». Es de los nervios de los que dependen la vida y toda la armonía de la máquina; de ahí los sentidos y las voluptuosidades, los conocimientos y las ideas; es, en una palabra, la sede de toda la constitución, es ahí donde está la del alma, es decir, la de ese principio de vida que se extingue con los animales, que crece y decrece con ellos, y por consiguiente es totalmente material. Se considera a los nervios como unos tubos destinados a transportar los espíritus por los órganos en que se distribuyen, y a llevar al cerebro las impresiones de los objetos exteriores sobre esos órganos. Una gran inflamación agita de manera extraordinaria los espíritus animales que fluyen por la cavidad de esos nervios, y los incita al placer si esa inflamación se produce sobre las partes de la generación o sobre las que la rodean; eso es lo que explica los placeres recibidos por los golpes, los pellizcos, los pinchazos o el látigo. De la extrema influencia de lo moral sobre lo físico nace asimismo el choque doloroso o agradable de esos espíritus animales, en razón de la sensación moral que se ha recibido; de donde se sigue que con principios y con filosofía, con el aniquilamiento toral de los prejuicios, puede ampliarse de forma increíble, como por lo demás hemos dicho, la esfera de sus sensaciones. *(Nota del Autor)*. **<<**

[*] La pobre niña no sabía que la injusticia de los hombres nos domina, y que uno hace lo que quiere con su corazón. <<

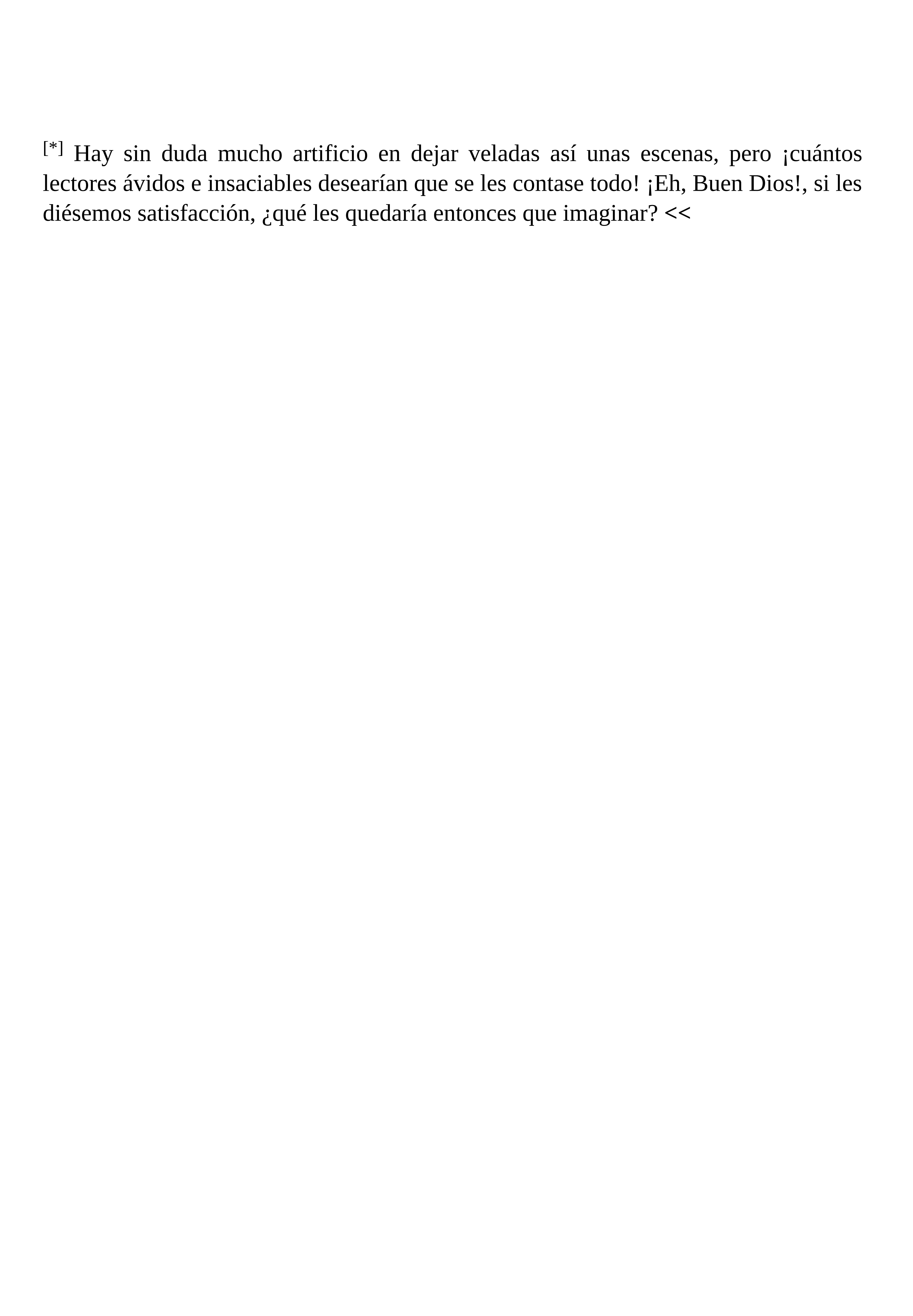
[*] La causa de ese agotamiento se explicará dentro de poco. **<<**

[*] La sabina está reconocida como uno de los más potentes enmena[gogos] que haya; provoca la salida del feto y de las parias; varios días de uso vuelven infalible el aborto. Es un pequeño arbusto, siempre verde, que produce flores macho y flores hembra en diferentes pies. Crecen de forma natural en todos los climas. Se planta a menudo en los bosques; pero exhala un olor desagradable. Sus hojas se emplean mediante cocción, o bien se reducen a polvo. Cualquiera de esas dos maneras produce abonos. Se verá en Juliette: allí diremos con qué otro tipo de plantas se mezcla para obtener efectos más rápidos y más seguros. <<

[*] Es el célebre vino del que habla Horacio, y que se recoge en los alrededores de Nápoles. <<

[*] Véase la famosa comida de Trimalción[2], en Petronio. <<

[*] Pero si, como resulta evidente, el más culpable se convierte en el más feliz, porque ningún remordimiento vendrá a turbar sus placeres, de ahí se deduce que el crimen contribuye a la felicidad más que la virtud. ¡Qué funesta consecuencia para los moralistas! <<



[*] Hay sin duda mucho artificio en dejar veladas así unas escenas, pero ¡cuántos lectores ávidos e insaciables desearían que se les contase todo! ¡Eh, Buen Dios!, si les diésemos satisfacción, ¿qué les quedaría entonces que imaginar? <<

[*] En Numidia. <<

[*] «Si vuestro brazo», dice en alguna parte ese insolente barbián, «es objeto de escándalo, cortadlo y arrojadlo lejos de vosotros; porque más vale entrar en el reino de los cielos con un brazo menos que ser precipitado entero al infierno». ¿Hay algo más materialista que estas palabras? <<

[*] No queremos ocultar que tomamos esta sabia comparación de un hombre muy inteligente; por eso la diferenciamos del texto entre comillas. Emplearemos ese procedimiento en todos los lugares en que nos permitamos unir a nuestras ideas las de otros. <<

[**] «Eso viene de maravilla», dicen en este punto los amigos del ridículo sistema de la divinidad. «Según eso, admitís una causa al movimiento. Y ¿cuál es esa causa, si no es Dios?». ¡Qué miserable silogismo! No, no admito ninguna causa al movimiento de la materia; tiene en sí misma el principio de su fuerza motriz; siempre está en movimiento; y es ese movimiento perpetuo, bien reconocido en ella, el que juega el papel del agente que utilizo en la comparación que adopto. <<

[*] Tan pronto como un cuerpo parece haber perdido el movimiento, por su paso del estado de vida al que impropiamente se denomina muerte, tiende, desde ese mismo minuto, a la disolución; ahora bien, la disolución es un grandísimo estado de movimiento. No existe por lo tanto ningún instante en que el cuerpo del animal esté en reposo; por lo tanto no muere nunca; y, como para nosotros ha dejado de existir, creemos que no existe ya de hecho; ése es el error. Los cuerpos se transmutan…, se metamorfosean; pero nunca se encuentran en el estado de inercia. Ese estado es absolutamente imposible en la materia, esté organizada o no. Piénsese bien en estas verdades: se verá adónde conducen, y qué excepción hacen a la moral de los hombres. <<

[*] «Se dicen mejor las cosas suprimiéndolas» (escribe La Mettrie en alguna parte[5]); se excitan los deseos aguzando la curiosidad de la mente sobre un objeto en parte tapado, que aún no se adivina, y que se quiere tener el honor de adivinar». Tales son los motivos del velo que arrojamos sobre las escenas que no hacemos más que anunciar. <<

[*] Justine, abandonada por Dios de una forma tan constante, ¿podía razonar así? <<

[*] Los griegos pintaron a Júpiter sentado entre dos cubas; en una estaban los dones de la fortuna; sus reveses en la otra. El Dios cogía a manos llenas alternativamente de uno y otro tonel para lanzarlo sobre los hombres; pero se notaba que siempre volvía con más frecuencia al depósito de las desgracias que al de las prosperidades. <<

[*] Esto no es fábula: ese personaje ha existido en Lyon; lo que se dice de sus intrigas es exacto; deshonró a más de veinte mil niñas. Una vez concluida su operación, las embarcaban en el Ródano; y las provincias de las que se habla han sido pobladas, durante treinta años, de objetos de depravación sólo con las víctimas de ese libertino. <<

[*] El tártago, o el titimalo común[2], vulgarmente conocido con el nombre de despertador, y que crece en abundancia en los bosques vecinos de París: eso es todo lo que utilizan estos granujas para desfigurarse exprimiendo su jugo sobre la cara. Ese jugo lechoso figura también en la categoría de los venenos. <<



[*] Aseguran que ésa es una de las estratagemas de estos sinvergüenzas. Pagan a los curas de pueblo sermones sobre la piedad, sobre la caridad, sobre la beneficencia, en una palabra, sobre todas las debilidades que les son útiles. <<

[*] Justine razona aquí como egoísta; es imposible ocultarlo. Es desgraciada, y por consiguiente está sorprendida de ser rechazada. Pero el hombre feliz, razonando de acuerdo con los mismos principios, ¿no dirá de igual modo: «Por qué yo, que no sufro, yo, que puedo satisfacer todo sin tener necesidad de nadie, iría a merecer fríamente la gratitud de otros, o a exponerme con mis buenas acciones a encontrar sólo ingratos»? La apatía, la indiferencia, el estoicismo, la soledad de sí mismo, ése es el tono que necesariamente debe subir al alma si uno quiere ser feliz sobre la tierra. <<

[*] El emperador chino Kié tenía una mujer tan cruel y tan depravada como él; no les costaba nada derramar sangre; y para su solo placer la vertían diariamente a raudales. En el interior de su palacio tenían un gabinete secreto donde las víctimas se inmolaban ante sus ojos mientras follaban. Théo, uno de los sucesores de este príncipe, tuvo como él una mujer crudelísima; habían inventado una columna de bronce que ponían al rojo vivo, y sobre ella ataban a los desdichados ante su vista. «La princesa», dice el historiador del que tomamos estos rasgos, «se divertía infinitamente con las contorsiones y gritos de aquellas tristes víctimas; no estaba contenta si su marido no le ofrecía a menudo ese espectáculo» *Hist. des Conj.*, pág. 43, romo 7). <<

[*] Este juego, que ha sido descrito más arriba, era muy empleado por los celtas, de los que descendemos (véase la *Histoire des Celtes,* de Pellontier[5]). Casi todos los extravíos de la depravación, las singulares pasiones del libertinaje descritas en la historia de Justine, y que de forma tan ridícula despertaban en tiempos pasados la atención de las leyes, eran considerados en tiempos más remotos todavía como juegos de nuestros antepasados, o como costumbres legales, o como ceremonias religiosas. ¿En cuántas ceremonias piadosas de los paganos, por ejemplo, no se empleaba la fustigación? Diversos pueblos utilizaban estos mismos tormentos para instalar a sus guerreros; eso se llamaba Huscanavar (véanse las ceremonias religiosas de todos los pueblos de la tierra[6]). Estas bromas, cuyo único inconveniente es, a lo sumo, la muerte de una puta, eran crímenes capitales en el pasado siglo y en los ochenta primeros años de éste; pero nos ilustramos, y, gracias a la filosofía, un hombre de bien no será ya sacrificado por una buscona. Poniendo a esas viles criaturas en su verdadero sitio se empieza a notar que, hechas exclusivamente para servir de víctimas a nuestras pasiones, no hay que castigar más que su desobediencia, y no nuestros caprichos. **<<**



[*] Nos ha parecido que esa obra, de la misma mano que ésta, debía aspirar por ese título, y quizá por muchos otros, a la estima de los curiosos. *(Nota del Editor)*. **<<**

[*] Viendo en qué boca ponemos estos planes de terror y de despotismo, nuestros lectores no nos acusarán de pretender hacer que los amen. <<

[*] Véanse los *Viajes* de Cook. **<<**



[*] Lo más singular es que casi siempre lo están por mujeres; por lo tanto tienen mayor inclinación que nosotros a la crueldad; y ello debido a que su constitución es más sensible. He ahí lo que los necios no entienden. <<

[*] Ésa es la costumbre en casi todas las provincias meridionales. <<

[1] Sade emplea el epígrafe de las *Lettres galantes et philosophiques de deux nonnes, publiées par un apôtre du libertinage* («Cartas galantes y filosóficas de dos monjas, publicadas por un apóstol del libertinaje», 1777); esos dos versos figuraban entre los seis que presidían una edición de las obras de Petronio (Colonia, 1710), y que no hacían sino adaptar libremente el pasaje en que Encolpio, tras apostrofar la impotencia de su miembro muerto y pedirle un certificado de defunción, acaba con ocho versos: «¿Por qué, Catones, me miráis con el ceño fruncido y condenáis mi obra, de una franqueza sin precedentes? Aquí sonríe, sin mezcla de tristeza, la gracia de un estilo limpio, y mi lengua describe sin rodeos el diario vivir de la gente» (Petronio, *El Satiricón*, cap. 132; cito por la traducción de Lisardo Rubio Fernández, Editorial Gredos, 1978, pág. 192). <<

[2] Entre el 12 de mayo de 1664, fecha en la que durante unas fiestas palaciegas y galantes se estrena un *Tartufo* en tres actos, y el 5 de febrero de 1669, cuando con el respaldo de Luis XIV sube definitivamente a escena *El Tartufo o el Impostor* transcurren cinco años de lucha, en los que Molière terminó venciendo las presiones de la facción más rigorista y gazmoña de la corte francesa. En la dedicatoria de *Justine*, Sade comparaba a los hipócritas y tartufos que arremetieron contra Molière con los libertinos, los primeros que se levantarían contra su obra. Sobre la «batalla del Tartufo» y las intrigas contra el estreno de esa obra de Molière, puede verse mi prólogo a la edición *El Tartufo o el Impostor* (Austral. Espasa, 1994). <<

[3] Entre las argucias para evitar persecuciones y ocultar la personalidad del autor, el editor da al marqués de Sade por muerto; de la misma manera y con igual propósito, la primera edición de *La filosofía en el tocador* la declara «obra póstuma del autor de *Justine*». <<

[1] Voltaire presenta, en su cuento *Zadig o el destino*, a un protagonista que sufre de parte de la Providencia los mismos golpes que Justine. Enviado por el cielo, el ángel Jesrad (en antigua lengua persa *Jezdad*, Dios dado; según la doctrina de Zoroastro es el primer principio del bien) le explica la necesariedad del mal: «Los malvados son siempre desgraciados; sirven para probar a un pequeño número de justos diseminados sobre la tierra, y no hay mal del que no nazca un bien» (Voltaire, *Así va el mundo. Cuentos orientales*, traducción de M. Armiño, pág. 113, ed. Valdemar, Madrid, 1996). <<

[2] Antigua moneda que, en origen, llevaba el escudo de Francia en una de sus caras. Los primeros escudos de oro se acuñaron durante el reinado de Luis XI; en 1641, Luis XIV puso en circulación un escudo de plata, cuya equivalencia fue de tres libras, o 60 *sous*. <<

[3] El adjetivo *intéressant*, que reaparece una y otra vez en la novela para calificar a Justine y a otros personajes, y su sustantivo, *interêt*, proceden de la terminología leibniziana para describir la nueva sensibilidad; la *Enciclopedia*, en su suplemento, lo define: «En un sentido, lo *interesante* es lo opuesto a lo indiferente, y todo lo que despierta nuestra atención, pica nuestra curiosidad, puede ser llamado *interesante*. Pero este nombre conviene principalmente a lo que nos afecta, no como un objeto de meditación o como el recuerdo de un goce pasado, sino como algo que nos proporciona una ocasión actual de gozar, y que excita en nosotros un deseo que dura tanto como el interés». Es decir, aquello que provoca el deseo e impulsa a la acción. <<

[4] Antigua moneda de oro con la efigie de Luis XIII, el primero en acuñarla en 1640, o de sus sucesores. Empezó equivaliendo a diez libras, para llegar a las veinticuatro desde el reinado de Luis XV a la Revolución. A partir de 1803 se acuñó en oro con la efigie de Napoleón Bonaparte por un valor de veinte francos; aunque su nombre fue entonces el de «napoleón», siguió utilizándose el término «luis» durante la Restauración, el reinado de Luis Felipe y bien avanzada la segunda mitad del siglo XIX. <<

[5] El término *isolisme* parece ser un neologismo, creado por Sade, que la lengua francesa no acogió, prefiriendo el de *isolement*, que recubre totalmente el significado de ese término sadiano: «Se dice actualmente de todo desapego y abandono de personas y cosas» (Snetlage, *Nouveau Dictionnaire française*, Gotinga, 1794). En el artículo que Diderot escribe para la *Enciclopedia* sobre los términos *«Isolé, isoler»* declara: «Un hombre aislado es un hombre libre, independiente, que no se somete a nada. Se ahorra muchas pesadumbres; pero se priva de muchos placeres aislándose. ¿Hay más a ganar que a perder? No lo sé. La experiencia me ha enseñado que hay muchas circunstancias en que el hombre aislado resulta inútil para sí mismo tanto como para los demás; si el peligro lo acucia, nadie le conoce, nadie se interesa por él, nadie le tiende la mano». <<



[6] En los pisos de los edificios había una jerarquización social empezando por el primero; el quinto, en el que vive Justine, es el de los pobres. <<

[7] Los hospitales franceses del siglo XVIII, regidos por representantes del clero, del Parlamento y de la policía, cumplen una función doble; por un lado, sirven de refugio a mendigos y pobres; por otro, se utilizan para encerrar a gentes sin medios de subsistencia. <<

[8] *Vesta*: Antigua divinidad romana, diosa por excelencia del hogar y sus valores. Se trata de una diosa virgen: estando dormida, iba a ser violada por Príapo cuando un asno, con sus rebuznos, la despertó. Su culto era atendido por las vestales, que le habían consagrado su virginidad. <<

[9] Mesalina y Lucrecia encarnan dos polos opuestos: la emperatriz romana Valeria Mesalina (15-48), esposa de Claudio y madre de Británico, pasó a la posteridad como símbolo de la depravación y crueldad femenina; Lucrecia, por el contrario, fue una dama romana, célebre por su virtud: violada por Sexto Tarquino, hijo de Tarquino el Soberbio, que la amenazó con matarla si se resistía, se apuñaló en presencia de su padre y de su marido tras referirles su violación; esa muerte trágica dio lugar a la abolición de la monarquía en Roma y el establecimiento de la República en el año 509 a. C. Su nombre estaba lexicalizado por la literatura culta para significar la mujer casta y virtuosa. <<

[10] Lucillo Vanini, natural del reino de Nápoles, pereció quemado en la hoguera en 1619, a la edad de 34 años, en Toulouse, por su impiedad religiosa; durante el siglo XVIII su nombre era sinónimo de ateo. Santa Teresa de Jesús era, en cambio, símbolo de la devoción más acendrada; en su *Viaje a Italia*, Sade pudo contemplar la célebre estatua del Bernini dedicada al éxtasis de la religiosa de Ávila, señalando la semejanza entre los signos de ese éxtasis y los del goce sexual: «En la capilla de la izquierda, que pertenece a la familia de Cornaro, oriunda de Venecia, está la famosa estatua de santa Teresa languideciente que el Ángel está a punto de herir. Es una obra maestra del Bernini. Este trozo es sublime por el aire de verdad que lo caracteriza, pero basta para convencerse al verlo de que es una santa, porque por el aire de éxtasis de Teresa, por el fuego con que sus rasgos están abrasados, sería fácil equivocarse. El ángel bien podría ser tomado por el Amor, y Teresa, o por su madre, o por una bella víctima de la malicia de Cupido» (*Voyage d'Italie,* pág. 87, edición de Maurice Lever, Fayard, 1995). El presidente des Brosses había sugerido ya la misma idea en sus *Lettres d'Italie*: «Es una expresión maravillosa, pero francamente demasiado viva para una iglesia». <<

[11] Claudio Nerón Tiberio (42 a. C.-37 d. C.), segundo emperador romano, adoptado por Augusto, a cuya muerte (14 d. C.) se apoderó del Imperio. En la segunda parte de un reinado presidido por éxitos militares y una buena gestión de la economía, Tiberio se convirtió en un personaje cruel y sanguinario, dominado por el miedo a las conspiraciones y a los venenos, cuyas fechorías refiere Suetonio en su *Vida de los doce Césares*. Su opuesto, el filósofo Sócrates (469-399), maestro de Platón, ejerció una influencia de primera magnitud sobre toda la cultura occidental, más que por sus doctrinas, por la integridad de su vida y la congruencia de su muerte, que le llegó por defender sus ideas. <<

[12] Del filósofo griego Diógenes (c. 400-325 a. C) no han llegado a la posteridad las múltiples obras que se le atribuyen; su filosofía preconizaba una autosuficiencia en la búsqueda de la felicidad que atendía únicamente a las necesidades físicas más perentorias. Por ello recibió el sobrenombre de «el perro», o «el cínico». Marco Gavio Apicio, en cambio, fue un *bon vivant* de la época de Tiberio (14-37 d. C.), a quien se atribuye un volumen de recetas de cocina que probablemente se recopilaron en el siglo IV: *De opsoniis et condimentis sive de te culinaria libri decem* («Diez libros de cocina sobre abastecimiento y aliño, o sobre cocina»), publicado por primera vez en 1498 con el nombre de Celio Apicio. En su artículo sobre la «gula», firmado por el caballero de Jaucourt, la *Enciclopedia* lo cita como ejemplo de la decadencia romana: «Tres hombres de este último nombre [Apicio] se hicieron entonces célebres por sus búsquedas en gula; su mesa tenía que estar cubierta de pájaros del Faso que iban a buscar arrostrando los peligros del mar, y que las lenguas de pavos y de ruiseñores se presentasen en ella deliciosamente aderezadas. Fue el segundo de los tres, si no me equivoco, el que Plinio llama *nepotum omnium altissimus ruges*: tuvo escuela de su arte en teoría y en práctica, gastó cinco millones de libras de nuestros días en sobresalir; y considerándose arruinado porque sólo le quedaban quinientos mil francos de patrimonio, se envenenó por temor a morir de hambre con tan poco dinero». <<

[13] Heliogábalo, emperador romano (218-222 d. C.), accedió al poder gracias a su parecido con el emperador Caracalla, al que sucedió en la creencia general de que se trataba de un hijo suyo bastardo. En realidad era un sirio de Emesa. Durante su reinado se entregó a excesos de todo tipo que lo enfrentaron al ejército; fue asesinado por la guardia pretoriana. Si la referencia a Carón es un error de lectura de Sade, bajo distintos emperadores en Roma se creó un impuesto sobre las cortesanas. <<

[14] Para la época, la trufa era uno de los afrodisíacos más poderosos. **<<**

[15] La leyenda de la potencia física de Hércules va acompañada en toda mitología de un prodigioso poder heterosexual.

La poeta lírica griega Safo, nacida en la isla de Lesbos bien avanzado el siglo VII a. C., se convirtió desde muy pronto en símbolo de la homosexualidad femenina. Estuvo casada con Cerciclas y se enamoró, según una comedia griega, de un tal Faón, que la rechazó, provocando que Safo se arrojase al mar desde el acantilado de Léucade. Su poesía, que tiene por tema el mundo familiar y las amistades femeninas, parece haberla convertido en eje de un círculo de mujeres y muchachas; la connotación lésbica de Safo la aporta Anacreonre, lírico de la generación siguiente a la poeta, cuyo nombre y el de la isla donde nació sirven para aludir al amor homosexual femenino. <<

[16] Agnès, encarnación de la inocencia, es la protagonista de la comedia de Molière *La escuela de las mujeres*; mantenida adrede en la ignorancia sexual por su tutor, que quiere casarse con ella, se enamorará de Horace y, a pesar de su «ignorancia», pone en práctica todas las intrigas que la conducen a la culminación de su pasión. <<

[17] *Hebe*: hija de Zeus y de Hera que personifica la juventud en la mitología griega; es una diosa de rango menor, que tiene entre sus funciones la de servir el néctar y la ambrosía a los dioses. Cuando Heracles/Hércules fue recibido en el Olimpo, se le asignó por esposa a Hebe, de la que tuvo dos hijos. <<

[18] El político ateniense Alcibíades, nacido hacia el año 450 a. C., fue educado por Pericles; admirador y amigo de Sócrates, fue desde su juventud uno de los principales jefes militares griegos; se caracterizó por su ambición, su falta de escrúpulos y su vida disoluta, que le hicieron perder la confianza que su carisma personal le había ganado entre los atenienses. <<

[1] El *Diccionario de la Academia francesa* incluye el término *bidet* por vez primera en su edición de 1762; hacía alguna década que ya figuraba en los inventarios del mobiliario aristocrático; sin embargo, la palabra seguía resultando malsonante: Antoine Brett titula uno de sus cuentos con asteriscos que sustituyen el término: *Le ****, histoire avarde* (1749). La narrativa galante no tarda en volver ese mueble imprescindible en la decoración interior del mundo de las cortesanas; figura en *Margot la Ravadeuse*, de Fougerey de Monbron, y un personaje de *Teresa filósofa* enseña su empleo a la protagonista de Boyer d’Argens: «“Que nadie se entere de que no has conocido un mueble tan necesario a una joven de buen tono como su propia camisa. Por hoy te prestaré el mío, pero mañana mismo tienes que comprar un bidé”. Así pues, trajeron el de la Bois-Laurier. Me plantó encima, y a pesar de lo que yo pudiese decir y hacer, aquella oficiosa mujer, mientras reía como una loca, lavó con abundante agua lo que ella denominaba mi meoncillo. Para él no escatimó el agua de lavanda». (Boyer d’Argens, *Teresa filósofa*, ed. de M. Armiño, pág. 105, Valdemar, Madrid, 1999). <<

[2] Durante el segundo tercio del siglo XVIII, en los medios aristocráticos franceses se difunden los «lugares a la inglesa», que van a ir reemplazando a la «silla agujereada» y creando unas formas nuevas de aseo: mientras la «silla» era un mueble móvil, los «lugares a la inglesa» exigían un lugar fijo y cerrado al que se fue dotando de aparatos que garantizaban la limpieza y la comodidad, desde el agua corriente a sistemas para eliminar los olores. <<

[3] Tanto *chiffonnière* como *chiffonnier* son neologismos del siglo XVII; el primer término designa un mueble —de menor altura que el *chiffonnier*—, con numerosos cajones superpuestos que sirven a las mujeres de la época para guardar trapos (*chiffons*), joyas, papeles, las labores de aguja, etcétera. <<

[4] Temis, hija de Urano y de Gea, fue la única tiránide que se puso de parte de Zeus en la lucha contra los Titanes. Junto con Zeus, engendró a las Horas, y quizá a las Moiras y a las Hespérides; su divinidad, a la que los griegos calificaban como «el orden establecido, la conducta a seguir», personificaba a la Justicia. <<

[5] *La Conciergerie*: edificio contiguo al palacio de Justicia de París que, desde 1302, fue utilizado como cárcel. Era uno de los restos del palacio de los Capetos. Durante la Revolución fueron encarcelados en ella, antes de ser ejecutados, personajes como María Antonieta, Danton, Robespierre, etcétera. <<

[6] Según el *Diccionario de Trévoux*, «Islas, en plural, se dice particularmente de las que están en el Archipiélago de México, es decir, en el gran golfo del mar del Sur que está frente a México. Así, cuando se dice que uno va a viajar a las islas, se entiende las de ese golfo de América». <<

[1] Sade pretendió dar una continuación a *La filosofía en el tocador* con el título de *Vénus dévoilée*; al parecer se integró en *Les Journées de Florbelle*, libro perdido o destruido que llevaba el subtitulo de *La Nature dévoilée* y contenía una disertación, *Vénus impudique, ou L'Art de jouir*, según Gilbert Lely (*Vie du marquis de Sade*). Rétif de La Bretonne cita ese título calificando a su autor de «execrable», y le añade otro, *Theorie du libertinage*, que califica de continuación de *La filosofía en el tocador*: «El monstruo-autor prepara una continuación a esa abominable obra… […] Al final se introducen tres huérfanos, dos chicas y un chico, bellos, delicados, bien educados, pero sin parientes, a los que ciegamente se pone bajo protección de la misma marquesa. Ésas son las víctimas que se debe torturar en una continuación a la *Théorie du libertinage* (como ésta es la continuación del *Tocador*)». <<

[2] La *Enciclopedia* explica la evolución del término: «Ese nombre de *Bulgares,* que no era más que un nombre de nación, se convirtió en ese tiempo en un nombre de secta, y sin embargo al principio no significó más que esos herejes de Bulgaria; pero luego, tras difundirse por varios lugares esa misma herejía, aunque con circunstancias que le aportaban diversidad, el nombre de *búlgaros* se volvió común a todos los que fueron infectados por ella… Fue entonces cuando esos herejes empezaron a ser llamados todos ellos generalmente con el nombre común de *Bulqares,* al principio se dijo *Bougares* y *Bougueres,* donde se lee el latín *Bugari* y *Bugeri*; y de ahí un nombre muy sucio en nuestra lengua, que en las historias antiguas se encuentra, aplicado a esos herejes, entre otras en una historia de Francia manuscrita que se conserva en la biblioteca del presidente De Mesmes, en el año 1225, y en las ordenanzas de san Luis, donde se ve que a esos heréticos se los quemaba vivos cuando eran convictos de sus errores».

Sade emplea el término *bougres* que Voltaire explica en el *Dictionnaire philosophique*: «Búlgaros: Ya que en el *Dictionnaire enciclopédique* se ha hablado de búlgaros, quizá guste saber a ciertos lectores quiénes eran estas extrañas gentes, que parecieron tan malvadas que se las trató de heréticas, y cuyo nombre se dio luego en Francia a los inconformistas, que no tienen con las damas toda la atención que les deben; de suerte que hoy se llama a estos señores *Boulgares,* suprimiendo la *l* y la *a*».

La palabra castellana *bujarrón* tiene esa misma etimología: el bajo latín *bulgarus*, empleado como insulto por tratarse de herejes pertenecientes a la Iglesia ortodoxa griega. En castellano aparece en 1526, con su significado actual de «sodomita», por conducto de otra lengua romance, probablemente el francés anticuado *bougeron* (s. xv). <<

[1] Agencia y agente son términos referidos al papel que juegan los muchachos en la sodomía; aunque en algunos capítulos se diferencia entre putos (sujetos pasivos) y agentes (sujetos activos), no siempre esos nombres recubren las mismas funciones. <<

[2] *Cuestiones*: debe entenderse el término en su sentido retórico, porque el largo discurso de Bressac utiliza un panfleto de Voltaire: *Les Questions de Zapata traduites par le sieur Tamponet, docteur en Sorbonne* (con pie de imprenta falso, Leipzig, 1766, cuando de hecho fue impreso en Ginebra en 1767). Voltaire cede la palabra a un imaginario y joven teólogo de la Universidad de Salamanca que en 1629 expone sus dudas sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento ante una junta de doctores. En sesenta y siete cuestiones, Voltaire desarrolla todas las objeciones que suscita la lectura de la Biblia, muchas de ellas ya observadas en el texto sagrado del judaísmo y del cristianismo por otros Ilustrados. Sade utiliza el texto volteriano con supresiones y añadidos, retocándolo para volverlo por lo general más crudo. <<

[3] En este párrafo, Sade emplea el término *sodomite* [sodomita] para identificar a los habitantes de la ciudad de Sodoma; en otros fragmentos, utiliza el término *sodomiste* [sodomista] para significar al homosexual. Su empleo, hoy perdido, llega hasta Marcel Proust, que prefiere *sodomiste* a *sodomite* en esa última significación. <<

[4] El lago Asfaltites es el Mar Muerto. <<

[5] Mérindol y Cabrières son localidades cercanas a La Coste, territorio patrimonial de la familia Sade. <<

[6] François-Georges Mareschal, marqués de Bièvre (1747-1789), autor de textos satíricos y del artículo «Calembur», de la *Enciclopedia*; define esa figura como un abuso; pero es Voltaire quien en el *Diccionario filosófico* se burla del juego de «piedra» y «Pedro» en el acta fundacional de la Iglesia: «Un famoso luterano de Alemania (era, creo, Melanchton) […] no podía concebir que Dios hubiera empleado semejante juego de palabras, un sarcasmo tan fantástico, y que el poder de un papa se fundara sobre un equívoco». <<



[7] A partir de aquí, Sade abandona el texto volteriano para utilizar tres capítulos (XXXVIII-XL) del libro de Holbach *Le Bon Sens, ou Idees naturelles opposées aux idées surnaturelles*. <<

[8] François de Salignac de La Mothe Fénelon (1651-1715) —preceptor del duque de Borgoña, nieto de Luis XIV y arzobispo de Cambray—, de cierta habilidad dialéctica en los debates de la época sobre los medios de persuadir y la técnica de la predicación. En 1688 conoció a Mme. Guyon, propagandista del quietismo y de la doctrina del puro amor; como director de conciencia, se convirtió en propagador de ese misticismo, sobre todo en su *Traité de l'existence de Dieu*, donde expone su teoría de la inteligencia de las criaturas como emanación de la inteligencia divina: «Como el sol sensible ilumina todos los cuerpos, así ese sol de inteligencia ilumina todos los espíritus» (cap. IV del libro II, al que probablemente se refiere el texto). <<

[9] Sade utiliza un neologismo creado por Holbach: *despotiser* (despotizar). **<<**

[10] Según la *Enciclopedia*, «*valet* tiene un sentido general que se aplica a todos los que sirven. El de *laquai* posee un sentido particular que sólo conviene a una forma de doméstico. El primero designa propiamente a una persona de servicio; y el segundo a una persona de séquito. Uno conlleva una idea de utilidad, el otro una idea de ostentación».

Los *coureurs* (recaderos), además de preceder a los vehículos de sus amos, se encargaban de «ir a todos los lugares de la ciudad donde se los envía, y para traer enseguida las noticias…».

En cuanto a *jockeys*, es en ese momento un neologismo que designa tanto a los que montan un caballo de carreras como a criados jóvenes que en muchos casos no han alcanzado la edad de la pubertad; y, según Louis-Sébastien Mercier (*Tableau de Paris*), entraban en todas partes en todo momento. «¿Por qué estos niños de trece a catorce años no tienen ya las mejillas frescas y coloreadas? ¿Por qué, en lugar de la interesante timidez de esa edad, de su vergüenza involuntaria, muestran la osadía de la edad madura? Todo anuncia en su frente un libertinaje precoz; (…) el abuso criminal de la infancia ha vuelto su aliento impuro y la depravación ha matado un hombre antes incluso de que lo fuese». <<

[1] Según Voltaire (*Diccionario filosófico*), «las ostras, según dicen, tienen dos sentidos; los topos, cuatro; los demás animales, como los hombres, cinco». Ese molusco marino es, para el siglo XVIII, la forma más simple e inferior de la vida animal, el paso entre esa forma de vida y el mundo vegetal. <<

[2] Para la Ilustración, Sócrates es un punto de referencia heroico; más adelante, en el capítulo V, Sade se pone de parte de sus verdugos. <<

[3] Las mujeres, por razones de decencia y de honestidad pública, según la *Enciclopedia*, no podían ser condenadas al suplicio de la rueda durante el Antiguo Régimen, destinado a criminales de sus amos, parricidas, violadores y salteadores de caminos. <<

[1] Hombre del arte médico, cirujano. <<

[2] Terrible cárcel parisina donde se encerraba y se aplicaba tormento a homicidas y delincuentes: «Este nombre de Bicêtre es una palabra que nadie puede pronunciar sin no sé qué sentimiento de repugnancia, horror y desprecio» (Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, t. VIII, págs. 1-2). <<

[3] El episodio parece repetir uno de Teresa filósofa: «Mientras tanto, ella no decía ni palabra, parecía inmóvil, insensible a aquellos terribles golpes, y yo no percibía en ella otra cosa que un movimiento convulso de sus dos nalgas, que se abrían y cerraban a cada instante» (Boyer d’Argens, *Teresa filósofa*, ed. cit., pág. 39). Para Michel Delon, esta página de Boyer d’Argens es fuente de la primera escena del convento de Sainte-Marie-des-Bois. <<

[4] Frente a Rousseau, que en el *Emilio* considera el pudor una virtud tan natural que se da incluso entre los animales, Sade y otro autor como Rétif de La Bretonne no ven en él más que «un medio de aguzar el deseo, de llevarlo más allá del tono natural de los órganos» (Rétif de La Bretonne, *La Paysanne pervertie*, Garnier-Flammarion, 1972, pág. 268). <<

[5] Según explica Diderot en el artículo *«Théisme»* de la *Enciclopedia*, el teísmo sería «el sentimiento de los que admiten la existencia de Dios», opuesto al ateísmo. Páginas más adelante hablará de los deístas, calificativo que, según la *Enciclopedia*, puede aplicarse a quien no profesa «forma o sistema particular de religión», comentándose con «reconocer la existencia de un Dios, sin rendirle ningún culto ni homenaje externo». En *La filosofa en el tocador*, Sade no parece hacer gran distinción entre «teísmo» y «deísmo»: el primero admitiría la posibilidad de la Revelación (véase *La filosofía en el tocador*, ed. cit., pág. 166). <<



[6] El personaje aludido aquí es Marco Junio Bruto, que apuñaló a Julio César; para la Francia revolucionaria fue un héroe por haber armado su brazo contra el déspota. <<

[7] François-Jean de La Barre, de diecinueve años, fue acusado en 1765, junto con su amigo Gaillard d'Étallonde, de haber mutilado un crucifijo, cantar canciones impías, no arrodillarse al paso de la procesión del Santo Sacramento y estar en posesión de libros prohibidos, según el *Diccionario filosófico* de Voltaire. La Barre, que negó haber mutilado el crucifijo, se vio condenado en 1776 al corte de lengua y cabeza, y a que sus restos fueran arrojados a la hoguera. Se cumplió la sentencia —la lengua le fue cortada sólo en simulacro—, y sus restos ardieron junto a un ejemplar de ese *Diccionario* del que Voltaire era autor no declarado; como los demás filósofos, se sintió consternado ante esa ejecución. Voltaire, que ya había escrito defensas de casos en los que el fanatismo religioso había terminado cobrándose algunas vidas (para el sonado caso de Jean Calas puede verse Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*, ed. M. Armiño, Austral, Espasa, Madrid, 2002), escribe una *Relación de la muerte del caballero de La Barre*, que no consiguió lo que deseaba: una revisión del proceso. Símbolo de la intolerancia y del fanatismo religioso, La Barre fue rehabilitado en 1793 por la Convención; en 1905, se levantó en su memoria una estatua en Montmartre, cerca del Sacré Cœur, con la leyenda: «Al caballero de La Barre, supliciado por no haber saludado una procesión». <<

[8] Antes lo había dicho Pascal: «La opinión es como la reina del mundo, pero la fuerza es su tirano»; y también filósofos ilustrados como Hobbes; Voltaire lo hace en el artículo «Pierre» del *Diccionario filosófico* y en las *Cuestiones sobre la Enciclopedia*. <<

[9] Véase la nota 5 de este mismo capítulo. <<

[10] Guido Reni (1575-1642), pintor italiano nacido en Bolonia, que siguió a Caravaggio y, sobre todo, a Rafael, el único considerado mayor que Reni tanto en vida como en los siglos XVIII y principios del XIX, hasta que los ataques del crítico inglés Ruskin, poco apasionado por los pintores boloñeses, lo relegaron a un segundo plano; la gran exposición que de sus obras preparó Bolonia en 1954 volvió a situarlo entre los mayores pintores del siglo barroco. En su pintura, preferentemente religiosa, figuran varias Magdalenas. **<<**

[11] Sade utiliza, para estos ejemplos, un texto de Démeunier: *L’Esprit des usages et des coutumes des différents peuples* (París, 1776), no dudando en ampliarlos, aumentar las cifras que ofrecen o manipularlos cuando no se ajustan exactamente a sus teorías sobre el poder omnímodo de los padres sobre los hijos. <<

[1] Lieusaint, o Lieursaint: pueblo cercano a Brie-Comte-Robert. <<

[2] Mientras la tradición cristiana, siguiendo a los estoicos, describe a Epicuro como símbolo de la depravación, las Luces lo convirtieron en ejemplo de templanza y virtudes. Sade mezcla ambos símbolos, haciendo de Epicuro un lascivo sexual y hombre de costumbres austeras en su dietética vegetariana; lo uno no impide lo otro. <<

[3] En las *Cent onze notes pour La Nouvelle Justine* Sade la define como «Máquina ingeniosa para follar a una mujer, y que la coloca mediante unos resortes en la mayor separación posible». No se trata de una máquina imaginaria: en casa de Mme. Gourdan podía verse un «sillón de violar» que había sido utilizado por el duque de Fronsac: para violar a una joven de rango social bajo, los secuaces del duque habían incendiado la casa de la mujer; y una dueña, so pretexto de ayudarla, la había raptado y llevado a casa del duque, quien inmediatamente la sentó en el sillón para violarla, según testigos de la época. La máquina no tardó en convertirse en un mueble habitual de la narrativa libertina. <<



[4] Todo el largo discurso de Bandole repite los argumentos expuestos por Holbach en su *Système de la nature*, con cortes, añadidos y manipulaciones que sirven a los intereses de las teorías de Sade. <<

[5] La cesárea se practicaba en la época en casos extremos, según la *Enciclopedia*: cuando la madre muere o cuando no hay ninguna otra posibilidad; durante la primera mitad del siglo, los cirujanos describían la operación con adjetivos espantosos y terribles, dados los resultados fatales que se producían en la mayor parte de los casos; durante la segunda mitad de la centuria, los avances técnicos van suavizando las casi prohibiciones que figuran en los textos científicos del período. <<

[6] Para buena parte de la época, amor y goce físico pueden ser incluso una oposición; Voltaire, en el artículo «amour», del *Diccionario filosófico*, resume una parte del espíritu de la época. En *La filosofía en el tocador* Sade aboga por el amor físico como la fórmula idónea de relación. <<

[7] El término francés *«bande-à-l’aise»*, que algunos autores sólo utilizan con abreviatura, es definido como «palabra libre, que se da por ironía a un hombre delicado, indiferente, frío, dormido, y que es *nonchalant*, es decir insensible para las mujeres» (*Dictionnaire comique, satyrique, critique, burlesque, libre et proverbial*, Amsterdam, 1718). <<

[8] El episodio está imitado de *Teresa filósofa*: «Mademoiselle Éradice obedece al punto sin replicar. Se pone de rodillas en un reclinatorio, con un libro delante. Luego, alzándose las faldas y la camisa hasta la cintura, deja ver dos nalgas blancas como la nieve y de un óvalo perfecto, sostenidas por dos muslos de proporción admirable» (Boyer d'Argens, *Teresa filósofa*, ed. cit., pág. 36). <<

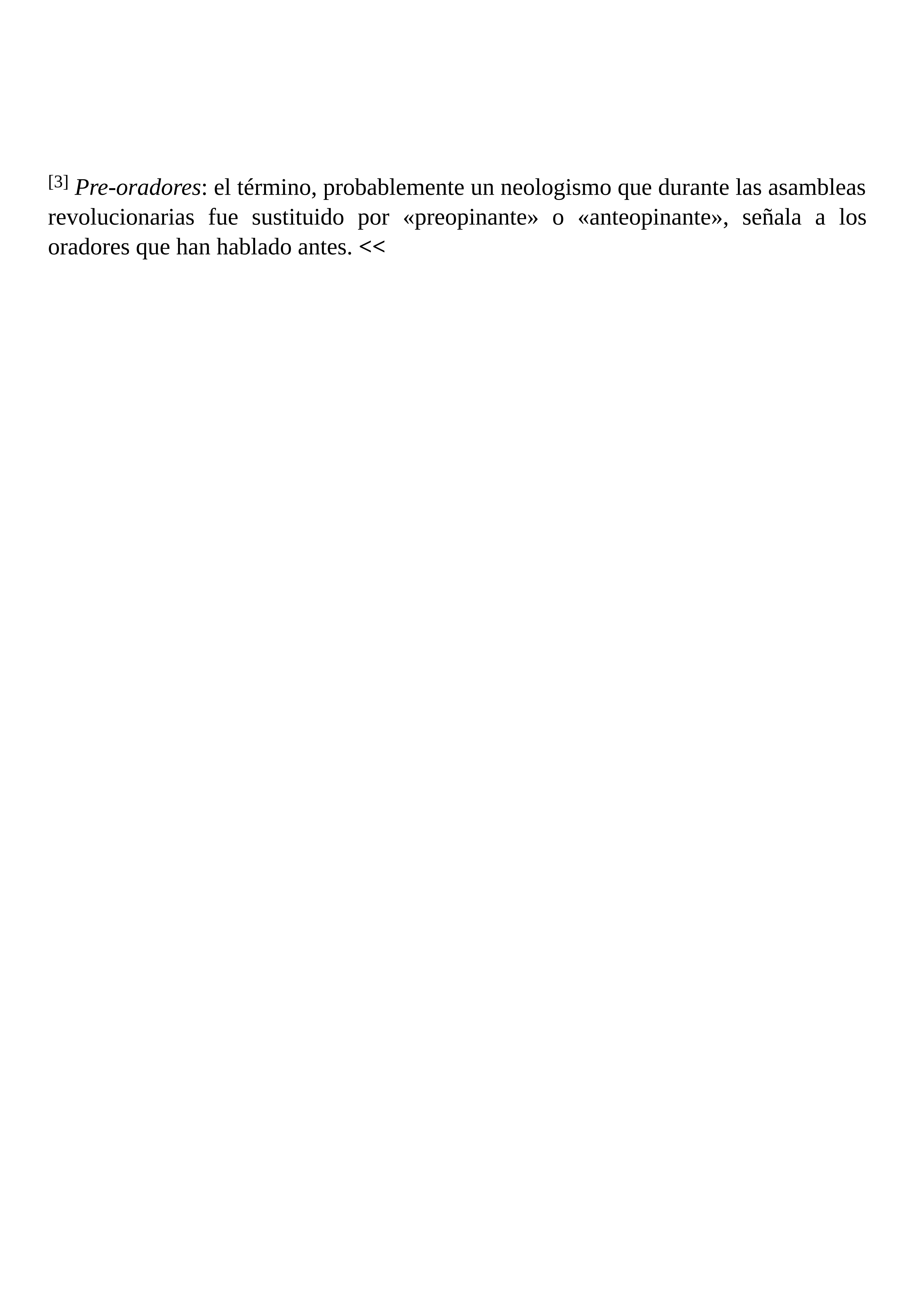
[9] «Os lo he dicho, querida hermana mía, abandonaos y dejad hacer. De los hombres, Dios sólo quiere el corazón y el espíritu. Y es abandonando el cuerpo como consigue una unirse a Dios, volverse santa y realizar milagros. No puedo ocultaros, ángel mío, que, en nuestro último ejercicio, me di cuenta de que vuestro espíritu dependía aún de la carne. ¿No podéis imitar a esos bienaventurados mártires que fueron flagelados, atenazados, asados, sin sufrir el menor dolor porque su imaginación estaba tan concentrada en la gloria de Dios que no había en ellos una sola partícula de espíritu que no estuviese empleada en esa tarea?» (Boyer d’Argens, *Teresa filósofa*, ed. cit., pág. 35). <<

[10] En Sade no es la prudencia lo que prevalece, como en el caso del padre Dirag: «Durante unos instantes permaneció en esa acritud edificante, recorriendo el airar con miradas enardecidas y dando la impresión de hallarse indeciso sobre la naturaleza del sacrificio que iba a ofrecer. Se presentaban dos embocaduras y las devoraba con los ojos, apurado ante la elección: una era un trozo goloso para un hombre de su hábito, pero había prometido el placer y el éxtasis a su penitente. ¿Qué hacer? Osó dirigir varias veces la cabeza de su instrumento hacia la puerta favorita, en la que golpeaba suavemente. Pero al final la prudencia prevaleció sobre el gusto» (Boyer d'Argens, *Teresa filósofa*, ed. cit., pág. 42). <<

[1] Hijas de Eurínome y de Zeus, las Gracias (Cárites, en griego) solían ser representadas en número de tres, bajo los nombres de Áglaye, Eufrósine y Talía; personificaciones de la vegetación, estaban asociadas a la belleza, al arte y a las actividades del espíritu. <<



[2] Como «antinatural», el término *antifísica* se difunde en el siglo XVIII para designar la homosexualidad. Sade había subtitulado el perdido o destruido manuscrito *Les Journées de Florbelle* como «Traité de l’anti-physique». **<<**



[3] *Pre-oradores*: el término, probablemente un neologismo que durante las asambleas revolucionarias fue sustituido por «preopinante» o «anteopinante», señala a los oradores que han hablado antes. <<

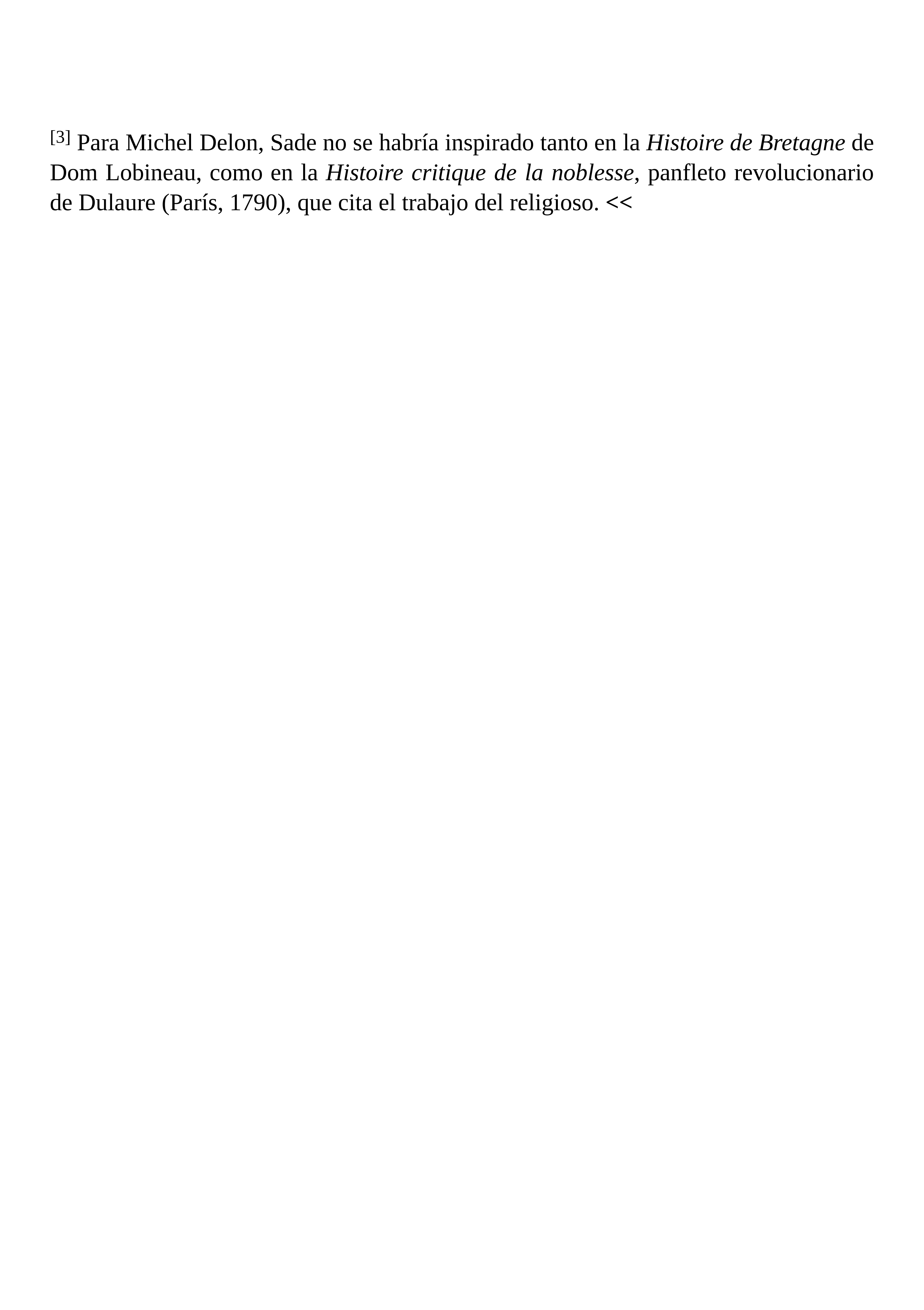


[4] Según la leyenda, Hércules grabó en los Montes Calpe y Abila, en el estrecho de Gibraltar, una leyenda cuya traducción latina: *nec plus ultra* o *non plus ultra* indica el límite de las tierras conocidas entonces: «no más allá». <<

[5] En francés, lo mismo que en español, *chrétien* (cristiano) y *crétin* (cretino) tienen idéntico origen etimológico: *chrétien*. **<<**

[1] Las creencias de la época admiten el poder de la imaginación en la concepción y formación del feto. <<

[2] Gilles de Laval señor de Rerz, o Gilles de Rais (1404-1440), partidario de Carlos VII y compañero de Juana de Arco en la guerra de los Cien Años, se ganó entonces el cargo de mariscal de Francia. No tardó en abandonar el ejercicio de las armas para retirarse a sus castillos, acompañado de una leyenda que habla de un reguero de crímenes por los que fue ahorcado sobre una hoguera en Nantes. La época lo describe como un monstruo de depravación y crueldad, convicto de más de doscientos infanticidios y toda suerte de crímenes; «las desdichadas víctimas de su brutalidad sólo tenían encantos para él en el momento en que expiraban; ese hombre abominable se divertía con los movimientos convulsos que daba a esas inocentes víctimas la cercanía de la muerte que él mismo les hacía sufrir muy a menudo por su propia mano» (Dulaure, *Histoire critique de la noblesse*, París, 1790). El primero en establecer un paralelismo entre Gilles de Rais y Sade fue el historiador Michelet: «Las sociedades acaban con cosas monstruosas, la Edad Media con un Gilles de Retz, el célebre matador de niños; el antiguo régimen con Sade, el apóstol de los asesinos (*Histoire de la Révolution française*, Bibl. de la Pléiade, t. II, pág. 847). <<



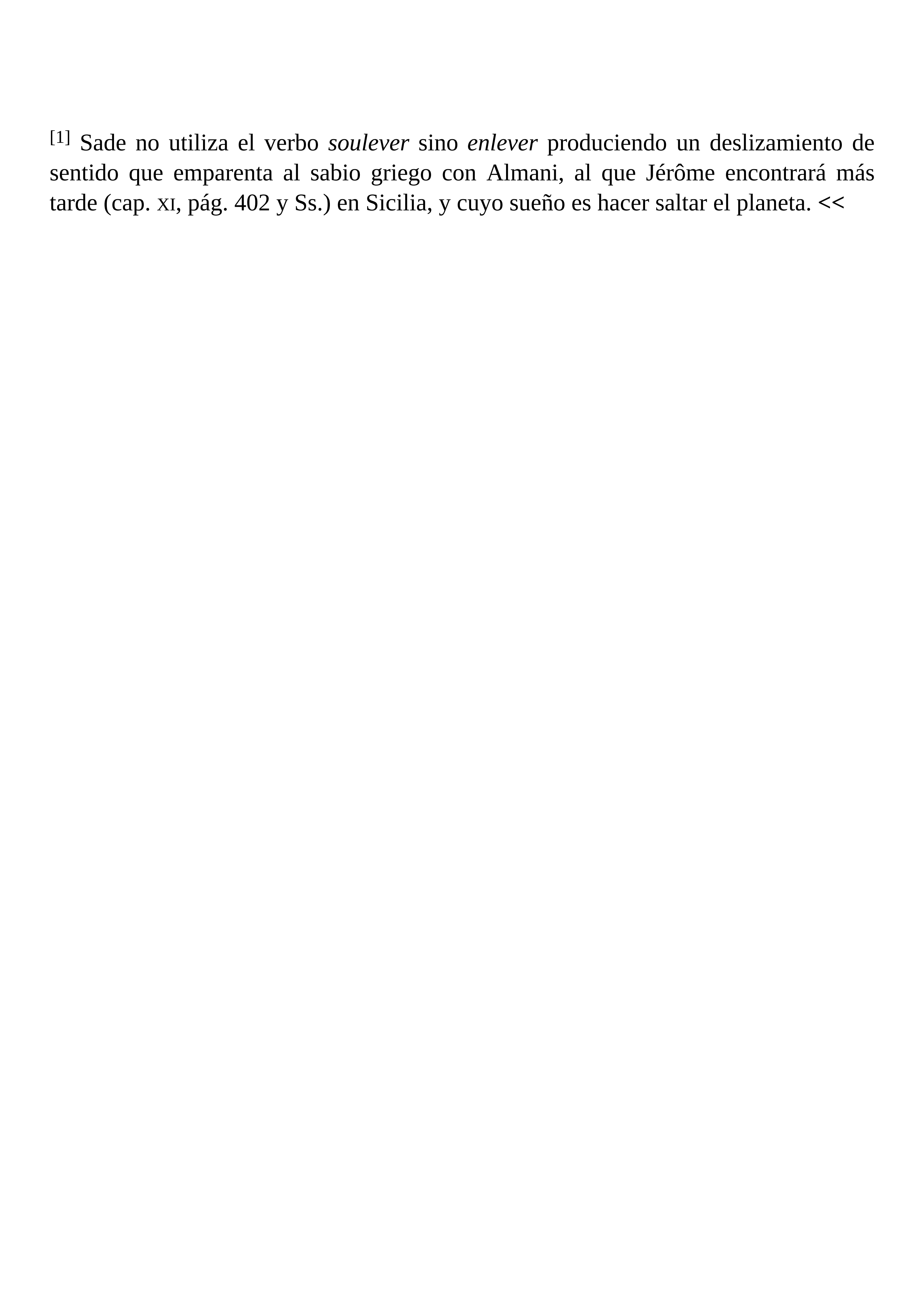
[3] Para Michel Delon, Sade no se habría inspirado tanto en la *Histoire de Bretagne* de Dom Lobineau, como en la *Histoire critique de la noblesse*, panfleto revolucionario de Dulaure (París, 1790), que cita el trabajo del religioso. <<

[4] Dulaure menciona, uno tras otro, el caso de Gilles de Rais, quemado en Nantes, y el de Gilles, hermano de Francisco I, duque de Bretaña, quien por odio lo hizo detener y procesar bajo la acusación de haber violado a varias mujeres y jóvenes; como los jueces, no demasiado convencidos, lo condenaron a cadena perpetua, el duque lo asesinó. Sade parece confundir aquí los casos de ambos personajes. <<

[5] Este papa de la iglesia romana, apellidado Braschi (1717-1799), pertenecía a una de las familias más nobles de Cesena; en 1775 sucedió a Clemente XIV después de cuatro años de cónclave; durante la Revolución Francesa, el Directorio invadió los Estados pontificios, obligando a Pío VI a firmar el tratado de Tolentino; detenido por orden de Napoleón, fue llevado a Valence, donde murió. Tal como indica la nota de Sade, aparecerá como personaje cruel y depravado en la continuación de *La Nueva Justine*, en la *Historia de Juliette*. <<

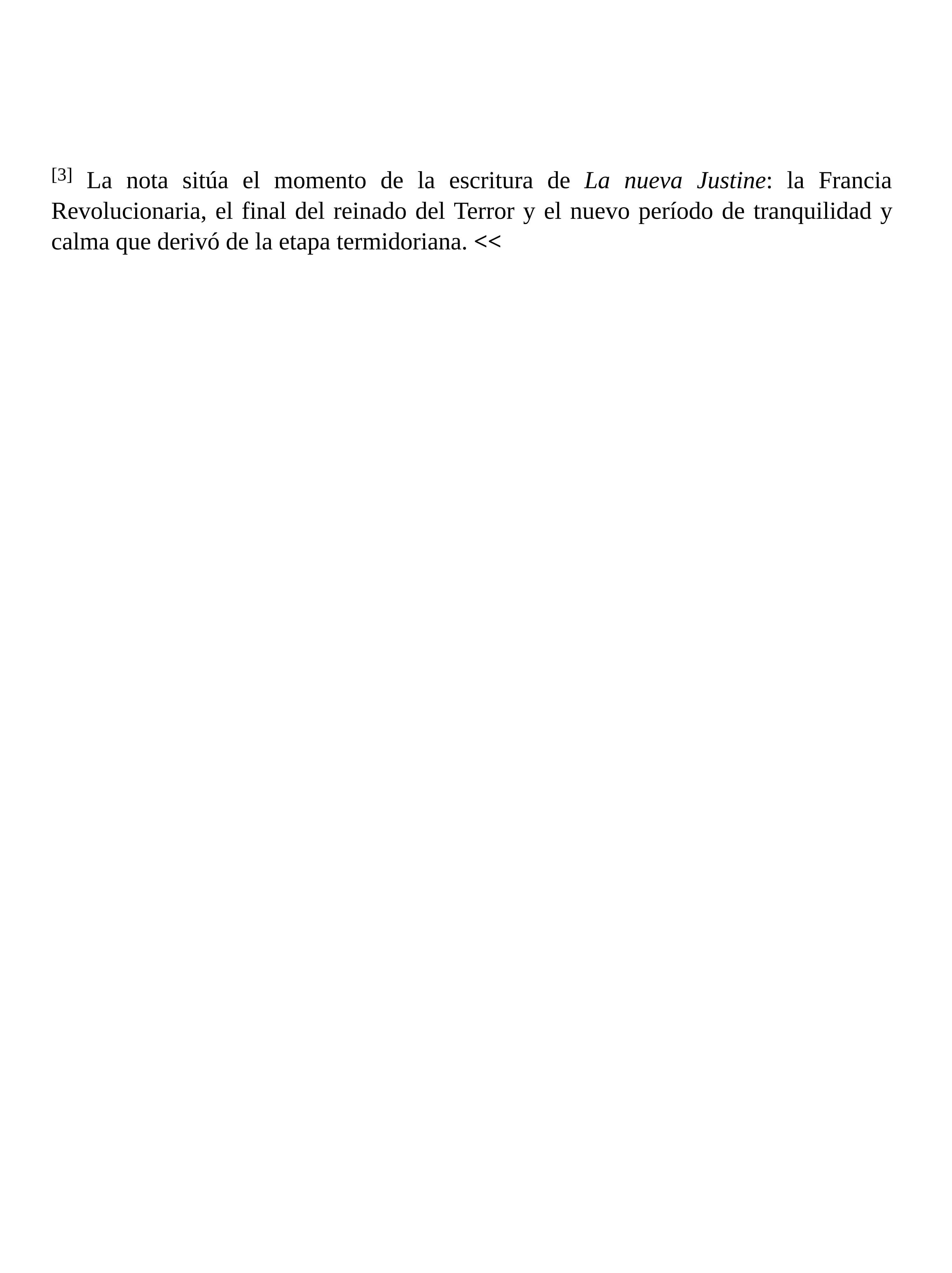


[6] *Ultramontano*: el término tiene el doble sentido de italiano y de sodomita, dado que la edad clásica francesa considera la homosexualidad como inclinación importada de Italia. <<



[1] Sade no utiliza el verbo *soulever* sino *enlever* produciendo un deslizamiento de sentido que emparenta al sabio griego con Almani, al que Jérôme encontrará más tarde (cap. XI, pág. 402 y Ss.) en Sicilia, y cuyo sueño es hacer saltar el planeta. **<<**

[2] Durante el Antiguo Régimen, los interrogatorios se hacían mediante tormentos; en el extraordinario, el cuerpo de la víctima era estirado mientras se la obligaba a tragar doce jarras de agua (seis en el ordinario, donde el estiramiento era también menor). <<



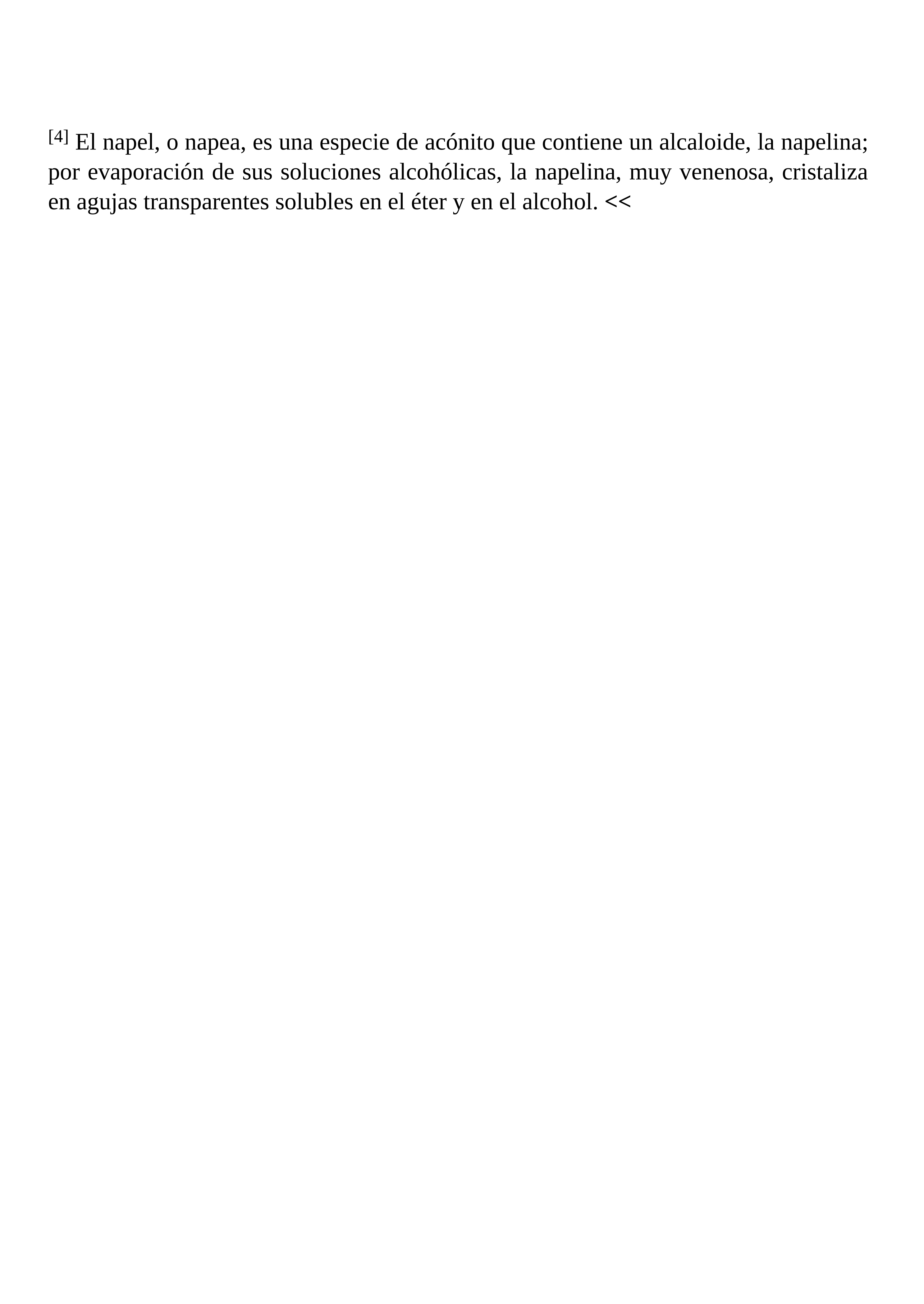
[3] La nota sitúa el momento de la escritura de *La nueva Justine*: la Francia Revolucionaria, el final del reinado del Terror y el nuevo período de tranquilidad y calma que derivó de la etapa termidoriana. <<

[4] *Houppe nerueuse*: La *Enciclopedia* la define como «pequeña protuberancia que deriva de la expansión de los nervios distribuidos en el tejido de la piel. Estas pequeñas protuberancias son visibles en la parte que tienen más sentimiento, como en la planta de los pies, en la palma de la mano, en la lengua, […]. Con ocasión del movimiento más o menos fuerte que se excita en los copetes nerviosos, el alma que se presenta en todas partes tiene sensaciones más o menos vivas, y si la parte se vuelve callosa, el alma no tendrá ya sentimiento, porque ya no podrá haber movimiento en los nervios». <<

[1] Alusión al *Satiricón* de Petronio: durante su servicio militar, Eumolpo, miembro del séquito del cuestor, se aloja en Pérgamo, en una casa donde el hijo del huésped «era toda una belleza»; la seducción del escolar abarca los capítulos 85-87 (Petronio, *El Satiricón*, ed. cit., págs. 121-123). <<

[2] La leyenda de Psique (el Alma) la refiere Apuleyo en las *Metamorfosis*: hija de un rey, su belleza la hizo comparable con Afrodita, por lo que esta divinidad, llena de celos, le envía a su hijo Cupido para castigarla con el amor por un hombre; pero es Cupido el que, enamorado de Psique, se enamora de la joven y consigue llevarla a un palacio donde la visita todas las noches, desapareciendo siempre al amanecer. La condición de su felicidad —que Psique no intente ver nunca su rostro— termina rompiéndose y Cupido desaparece dejando a Psique desesperada y convertida en fugitiva por toda la tierra, perseguida por la ira de Afrodita. Habría terminado durmiendo un sueño eterno por haber incumplido una orden de la diosa, de no ser por Cupido, que, enamorado todavía de Psique, con el permiso de Zeus se casó con la joven después de bajar por ella a los Infiernos. El episodio mitológico sirvió a los pintores occidentales para una interpretación espiritualista del amor. <<

[3] *Seide*: personaje de la tragedia de Voltaire *Le Fanatisme, ou Mahomet le prophète* (1741): es un esclavo de Mahoma, un falso profeta fanático sediento de poder; se ha dejado apresar en La Meca para encontrar a una esclava, Palmire, raptada por el jeque de esa ciudad; está enamorado de la joven, que terminará resultando ser su propia hermana. La tragedia de Voltaire es un ataque contra el fanatismo religioso, no sólo en el personaje de Mahoma sino en el de Seide, quien, por amor y cegado por el frenesí religioso, apuñala a su padre. <<



[4] El napel, o napea, es una especie de acónito que contiene un alcaloide, la napelina; por evaporación de sus soluciones alcohólicas, la napelina, muy venenosa, cristaliza en agujas transparentes solubles en el éter y en el alcohol. <<

[5] Los miembros más eminentes de la familia judía-portuguesa de los Peixotto, instalada en Burdeos, fueron el armador Abraham (1692-1767) y el banquero Samuel (1749-1805); fue este último quien protagonizó un sonado divorcio de su esposa, Sarah Mendés d’Acosta, echándose luego en brazos de las cortesanas de Burdeos e instalándose en París, donde «no puso ningún freno» a sus pasiones, que eran «extrañas y antifísicas», según la literatura escandalosa de la época: entre ellas, un joven y conocido actor de la Comedia Italiana, «el señor «Michu», precisa la anónima *Correspondance d’Eulalie, ou Tableau du libertinage de Paris*. <<

[6] En la literatura de las Luces la nobleza alemana juega siempre un papel grotesco, como ejemplifica el barón de Thunder-ten-Tronck en el *Cándido* de Voltaire. <<

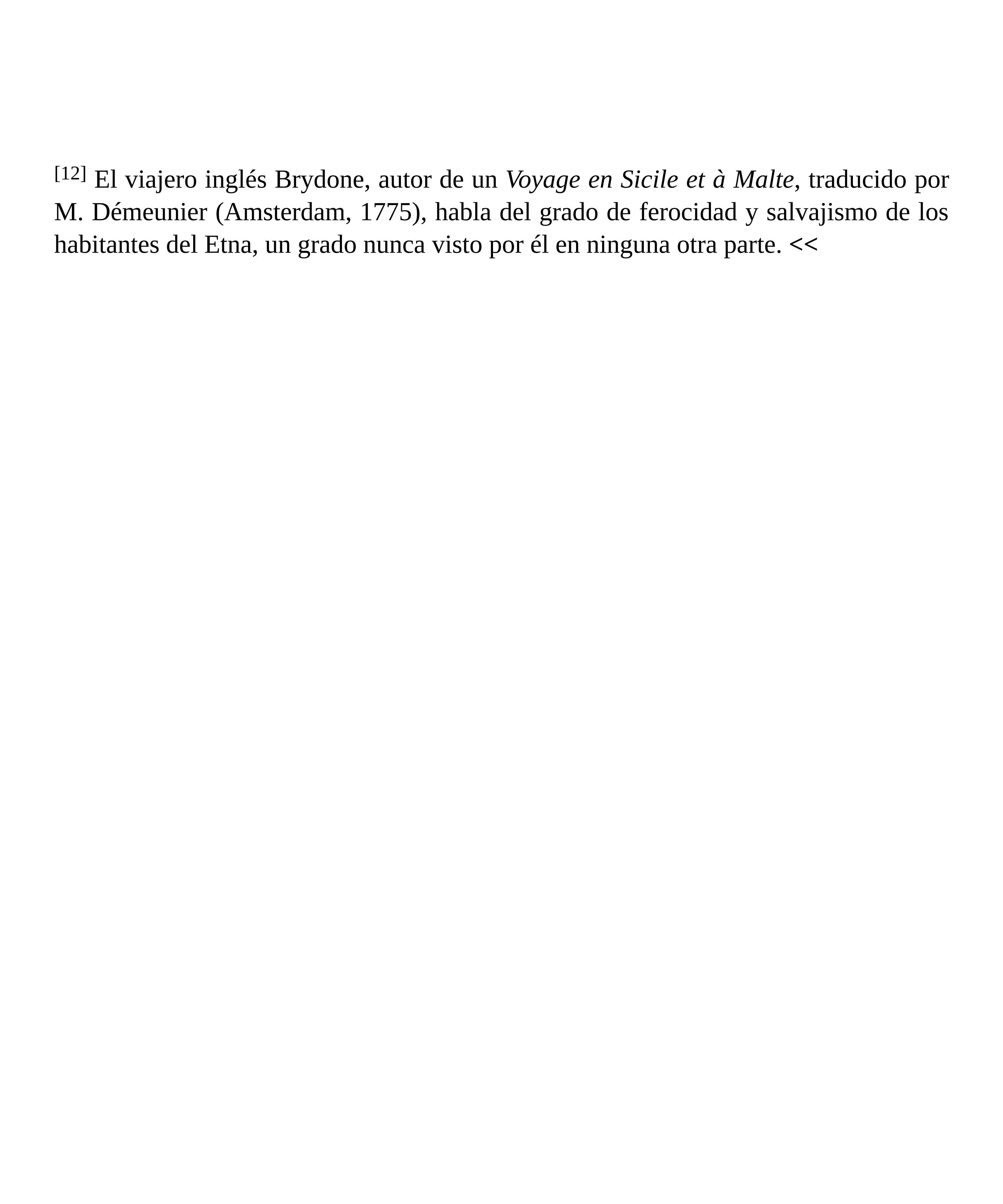
[7] El estramonio posee un fuerte poder narcótico. <<

[8] Enrique de Prusia (1726-1802), hermano de Federico II, se retiró tras unas brillantes campañas militares a su castillo de Rheinsberg donde, pese a casarse por razones de estado con una princesa de Hesse-Cassel, no consiguió apagar los rumores sobre su homosexualidad, que ejercitaba con la servidumbre del castillo, músicos invitados, etcétera. <<

[9] En las palabras de Enrique de Prusia, Sade deja las mismas tesis que Saint-Fond, ministro del rey de Francia, expone en la *Historia de Juliette*: «Nutrido de los principios de Maquiavelo, querría que la distancia de los reyes a los pueblos fuese como la del astro de los cielos a la hormiga, que le bastase un gesto al soberano para hacer chorrear la sangre alrededor de su trono, y que, visto como un Dios en la tierra, no fuese nunca sino de rodillas como los pueblos se atreviesen a acercársele». <<

[10] *Goa*: territorio de la costa del Indostán que fue provincia de ultramar portuguesa. Los Ilustrados tuvieron a su disposición varios informes sobre la actuación inquisitorial en esa provincia, por ejemplo, una obra de Dellon, *Relation de l’Inquisition de Goa*, que sirvió, entre otros, a Voltaire, en su *Cándido*. <<

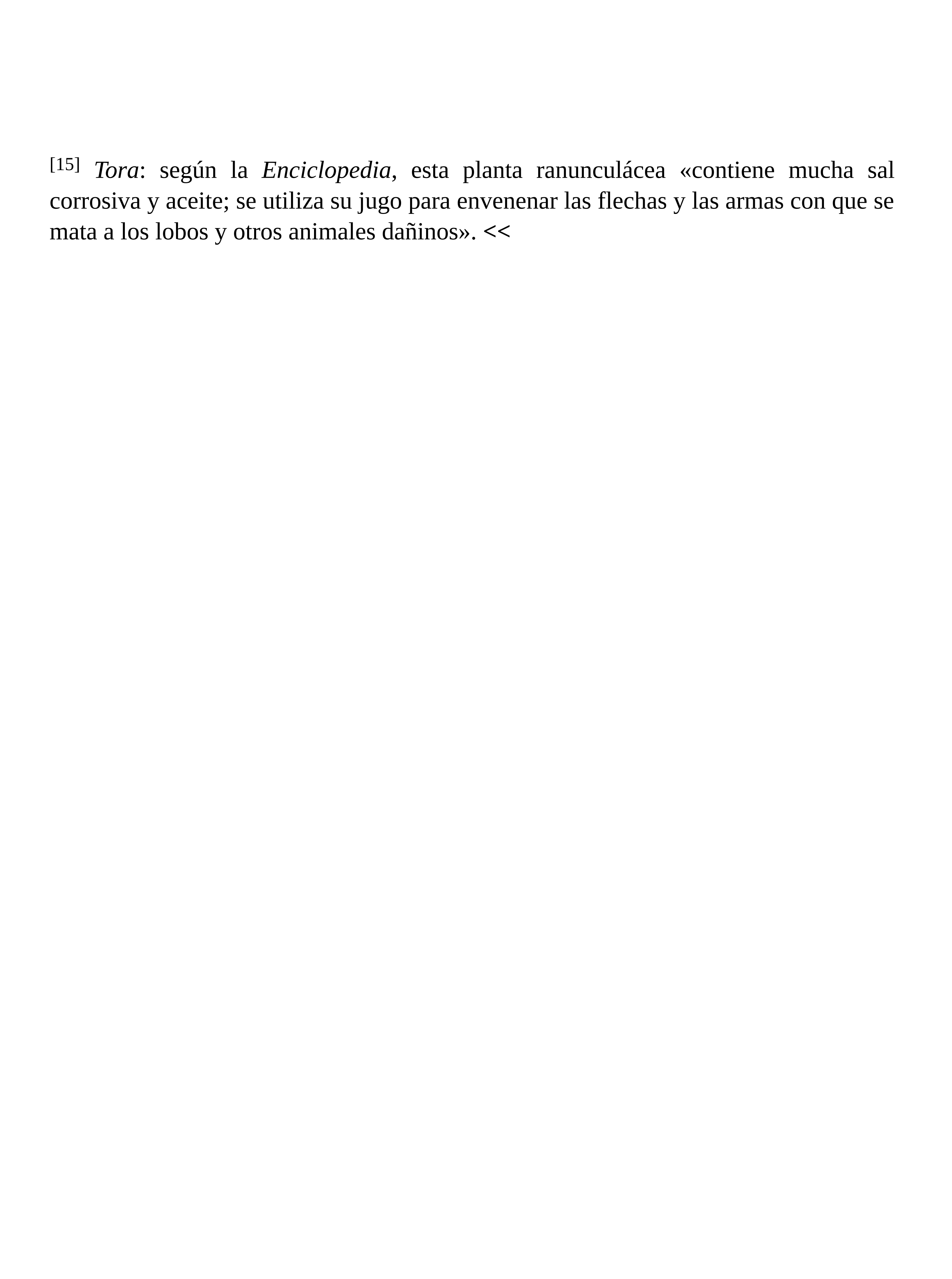
[11] Sade utiliza un tema tradicional de la literatura desde la Edad Media, el del corazón del amante que el marido engañado o celoso obliga a comer a su esposa tras dar muerte al galán. Recorre buena parte de las obras medievales, desde Boccaccio (*Decamerón*, Cuarta jornada, novena novela) a las tragedias francesas del siglo XVIII o incluso *Le Rouge et le Noir* de Stendhal. Sade ha podido leer en la *Histoire critique de la noblesse*, de Delaure, la leyenda surgida a partir de ciertos datos reales de Gabrielle de Vergy, de su amante Raoul de Coucy, y de su marido el señor de Fayel: la muerte de Raoul de Coucy adopta una variante: parte para las Cruzadas y deja a su escudero encargado de arrancarle el corazón cuando muera y llevárselo embalsamado a su amada; así lo hace, pero el marido se apodera del cofre que contiene la ofrenda antes de que llegue a su esposa: ordena a su cocinero preparar con él un plato y servírselo a su mujer, quien muere de horror y desesperación al enterarse de lo que ha comido. <<



[12] El viajero inglés Brydone, autor de un *Voyage en Sicile et à Malte*, traducido por M. Démeunier (Amsterdam, 1775), habla del grado de ferocidad y salvajismo de los habitantes del Etna, un grado nunca visto por él en ninguna otra parte. <<

[13] Pueblos que figuran en la leyenda homérica; los lestrigones vivían en la isla de Sicilia y en la Campania y practicaban la antropofagia (*Odisea*, canto X). Los cíclopes eran, al decir de Hesíodo, tres gigantes monstruosos que, según la mitología griega, tenían un solo ojo en medio de la frente. Se los creía hijos de Urano y de Gea, y los tres, pese a ser inmortales, fueron muertos por Apolo según una leyenda. En la *Odisea* aparecen unos cíclopes que poco tienen que ver con esos inmortales: vivían en cavernas en el sur de Italia; su principal representante es Polifemo, a quien Ulises deja ciego. En cuanto a los lotófagos, habitaban en la costa septentrional de África y se alimentaban de los frutos de un árbol rámneo parecido al azufaifo, el loto; esos frutos, semejantes a la ciruela, hacían olvidarse de su patria a quien los comía. Homero habla de ellos en el canto noveno de la *Odisea*. <<

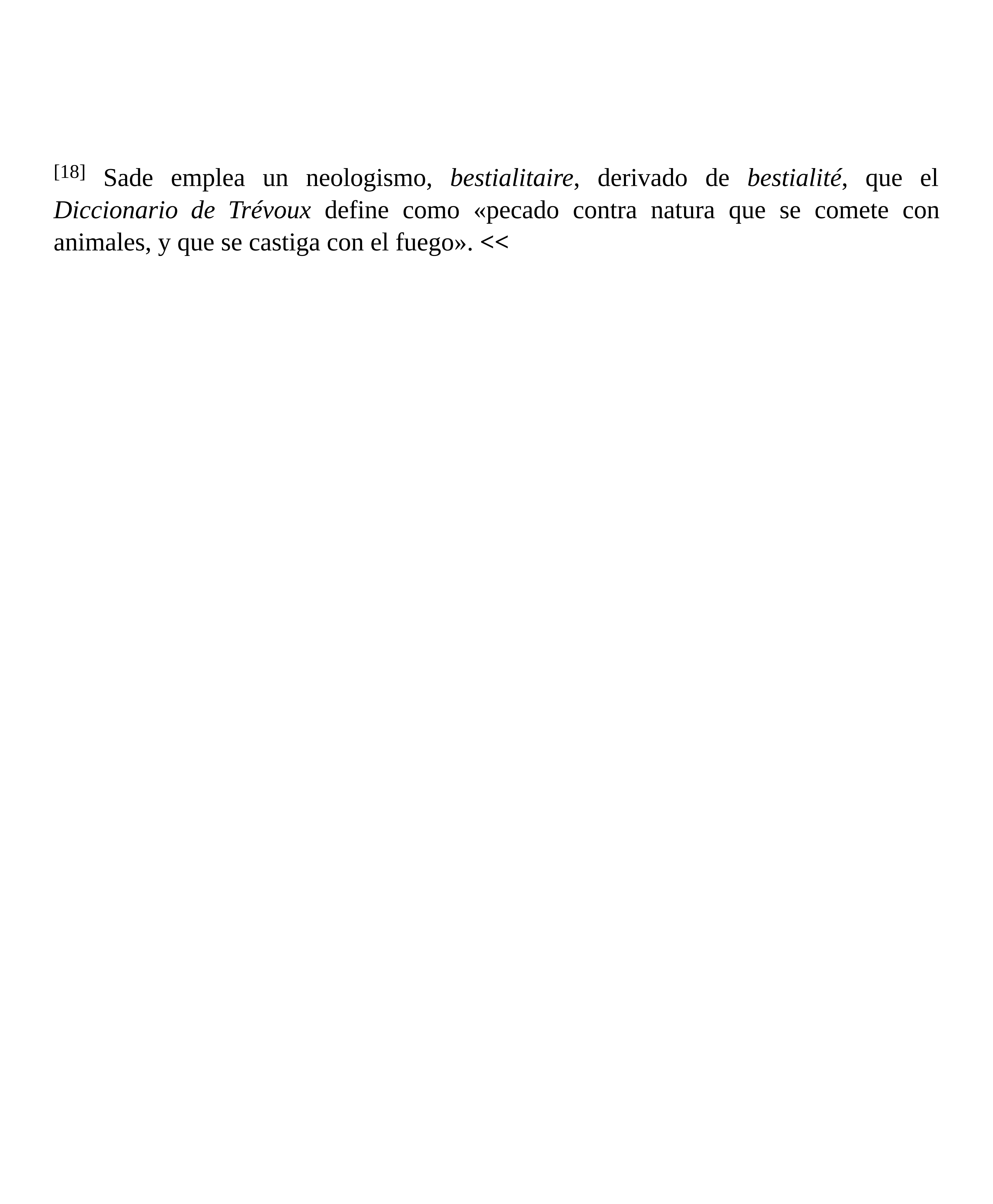
[14] Teócrito, poeta griego helenístico de la primera mitad del siglo III a. C, fue el creador de la poesía pastoril o bucólica. Nació probablemente en Siracusa (Sicilia), al igual que Mosco, cultivador del mismo género; es esta isla la que está considerada como la cuna de la poesía pastoril. <<



[15] *Tora*: según la *Enciclopedia*, esta planta ranunculácea «contiene mucha sal corrosiva y aceite; se utiliza su jugo para envenenar las flechas y las armas con que se mata a los lobos y otros animales dañinos». <<

[16] *Gros*: unidad de peso farmacéutica que equivalía a un octavo de onza. **<<**

[17] El Archipiélago del mar Egeo, el único que conocieron los antiguos. **<<**



[18] Sade emplea un neologismo, *bestialitaire*, derivado de *bestialité,* que el *Diccionario de Trévoux* define como «pecado contra natura que se comete con animales, y que se castiga con el fuego». <<

[19] En 1783, un terremoto asoló la ciudad italiana de Mesina, cuyos edificios destruyó en su totalidad; según un testigo coetáneo, el abate de Saint-Non, el temblor de tierra devastó además trescientos cuarenta pueblos y aldeas en sesenta leguas cuadradas a la redonda; bajo las ruinas quedaron sepultados más de cincuenta mil habitantes. <<

[20] *Bostangi*: criados del serrallo que se encargaban de trabajar los jardines del Gran Señor. <<

[21] *Icoglán*: paje del serrallo que, según los viajeros europeos, sirve de amante al sultán. En el capítulo XXVIII de *Cándido*, el barón, nada más ser nombrado limosnero del embajador de Francia en Constantinopla, se encuentra al atardecer con «un joven icoglán muy hermoso. Hacía mucho calor: el joven quiso bañarse; yo aproveché esa ocasión para bañarme también» (Voltaire, *Cándido*, ed. de M. Armiño, págs. 156-157, Austral, Espasa, Madrid, 2001). Como Voltaire, el marqués de Sade pudo leer el libro de Guer *Les mœurs et usages des turcs, leur relgion et leur gouvernement* (1746), y un texto del también novelista libertino Fougeret de Monbron en *Le Cosmopolite* (1753), sobre las estufas y los baños, que termina asegurando: «Ya se sabe que los musulmanes son *in utroque jure licentiati*, es decir, que hacen a pelo y a pluma». <<



[22] El término *chaferconnés* se aplicaba a un género de tela clara que servía para forrar los trajes, pero también a las grisetas que utilizaban ese tipo de tela. <<

[23] Sade cita, corrigiéndolos, dos versos de Racine: *«Je t'en ai dit assez pour te tirer d'erreur; / Eh bien, connais donc Phèdre ton père et toute sa fureur»* («No te he dicho lo bastante para sacarte del error; pues bien, conoce pues a Fedra y todo su furor»), donde el nombre de la protagonista queda sustituido por «tu padre» (Racine, *Phèdre*, II, v, vv. 671-672). <<

[24] Tribunal de la curia romana por donde se despachan provisiones de beneficios no consistoriales, gracias, dispensas, etcétera. <<

[1] *Rusma*: la *Enciclopedia* lo define como «especie de vitriolo que se encuentra en las minas de este metal, y que se usa como depilatorio mezclándolo con cal». **<<**

[2] La escena es frecuente en los clásicos de la literatura erótica, desde *Margot la Ravadeuse* a *Teresa filósofa*: «En ese momento, el estómago del padre, fatigado por la agitación, se dejó vencer por completo, y la inundación llegó directamente a la cara de la infortunada Dupuis en el momento mismo en que una de sus exclamaciones amorosas la tenía con la boca abierta; al sentirse infectada la vieja por aquella *exlibación*, empieza a sufrir arcadas y paga al agresor con la misma moneda» (Boyer d'Argens, *Teresa filósofa*, ed. cit., pág. 137). <<

[3] *Circe*: Maga hechicera de la mitología griega que figura en la *Odisea* y en la leyenda de los Argonautas; era hija de Helio y de la oceánide Perse, aunque también se le atribuye como madre a Hécate; hermana de Pasífae, la esposa de Minos, Circe reinaba en la isla de Ea cuando llegaron Ulises y sus compañeros huyendo del país de los lestrigones; metamorfoseó a los compañeros de Ulises en cerdos, pero éste, gracias a una hierba mágica que lo inmunizó de los hechizos, consiguió que la maga les devolviese su forma humana. De las relaciones amorosas de Circe y Ulises —el héroe griego pasó un año en la isla— nacieron Teléono, y tal vez Nausítoo y el héroe Latino. Cuando los Argonautas llegaron a la isla de Circe, ésta, tía de Medea, accedió a purificarlos, pero se negó a recibir a Jasón. <<

[1] La Discordia, personificada en la figura de Éride por la mitología griega, es causa de guerras y desgracias. Éride, hija de Hera, o de la Noche, fue la que arrojó en la boda de Peleo y Tetis la manzana de la discordia. Sus hijos: Limo (el Hambre), Lete (el Olvido, Ate (el Error), Momo (la Burla), Álgea (el Dolor), Pono (la Fatiga, la Pena) y Horco (el Juramento), secundaron la estela negativa de la madre, a la que el arte clásico representó, según la *Enciclopedia*, con las manos ensangrentadas, una mirada feroz, una cabeza donde las serpientes hacen el papel de los cabellos, una antorcha en una mano y una culebra o un puñal en la otra. <<

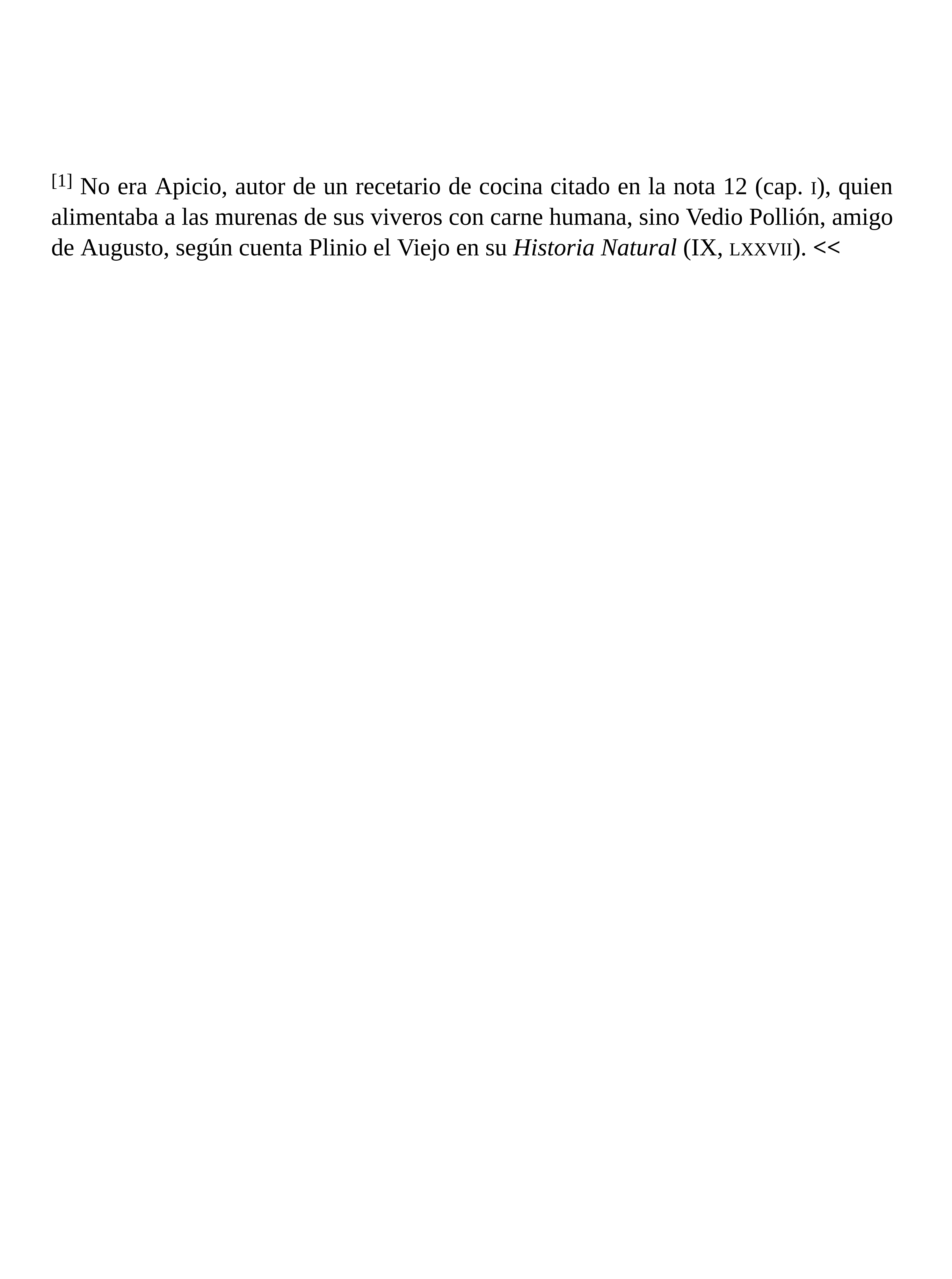
[2] Podría tratarse de Pierre Martin de La Martinière (1634-1672), «operador» real y autor de obras de divulgación, que comparaba los nervios a «tablillas que mantienen la carne»; pero es más probable que la alusión se refiera al primer cirujano de Luis XV, también de ese apellido. Si para Diderot, los nervios son «los órganos del sentimiento y de la acción […], los esclavos del cerebro, a menudo sus ministros, y algunas veces también son sus déspotas», para la *Enciclopedia* el nervio es «un cuerpo redondo, blanco y largo, semejante a una cuerda compuesta de diferentes hilos o fibras, que tiene su origen en el cerebro o en el cerebelo […], que se distribuye por todas las partes del cuerpo, que sirve para llevar a él un jugo particular que algunos físicos llaman espíritus animales, que es el órgano de las sensaciones y sirve para la ejecución de los diferentes movimientos». <<

[3] Tanto esta cita como las palabras de d’Esterval están sacadas de *Le Citoyen, ou Éléments philosophiques du citoyen*, de Hobbes, cuya teoría sobre el estado de naturaleza utiliza Sade «para justificar la crueldad y legitimar el placer de infligir sufrimientos. Invierte las perspectivas de Hobbes cuya amarga descripción del hombre en el estado natural introduce la necesidad de someterse al yugo de las leyes» (Yves Glaziou, *Hobbes en France au* XVIIIe *siècle*, PUF, 1993). <<

[4] El clítoris de Madame d'Esterval era de tres pulgadas, es decir, algo más de ocho centímetros. Si la *Enciclopedia* daba cuenta de esas «anomalías» diciendo que, en ocasiones, es tan grueso y tan largo que parece un miembro viril, un científico como Louis Barles aseguraba que había algunos de varias pulgadas e incluso del tamaño de un cuello de oca (*Nouvelles Découvertes sur les organes des femmes servant à la génération*, 1674). <<

[5] La Mariscalía (*maréchaussée*) fue durante el Antiguo Régimen un cuerpo de caballeros, encargado de las actuales funciones de policía y gendarmería. <<

[6] Los vinos citados eran famosos en la época; el volney procedía de un viñedo de Beaune, en Borgoña; el vino de Aï era uno de los más conocidos de la región de Champagne; tanto el pafos, procedente de la ciudad chipriota de Pafos, como el falerno, oriundo de Campania, son vinos de la cultura clásica: de este último habla Horacio en la primera oda de su tercer libro. <<



[1] No era Apicio, autor de un recetario de cocina citado en la nota 12 (cap. I), quien alimentaba a las murenas de sus viveros con carne humana, sino Vedio Pollión, amigo de Augusto, según cuenta Plinio el Viejo en su *Historia Natural* (IX, LXXVII). **<<**

[2] Es Trimalción, el acaudalado personaje del *Satiricón* de Petronio, que fue tomado como retrato de Nerón, quien hace esa pregunta. <<

[3] Sade utiliza un texto de Démeunier (*L'Esprit des usages et des coutumes*) en esta larga diatriba contra las mujeres; Eurípides las denosta en su obra *Hipólito*, calificándolas de «ser odioso para todos», «metal de falsa ley», que es un gran mal porque hasta «el padre que las ha engendrado y criado les da una dote y las establece en otra casa, para librarse del mal» (cito por la traducción de Alberto Medina González: Eurípides, *Tragedias*, I, pág. 349, Gredos, Madrid, 1977). <<



[4] Damófila no figura entre los nombres de amantes de Safo; aparece en la *Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato, como otra poetisa, doble de Safo. <<

[5] Nerón se casó con dos amigos, llamados Pitágoras y Doríforo, pero no con Tigelino; en *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*, Sade insistirá en una boda doble de Nerón, con Tigelino como mujer y con Sporus como hombre. Véase Tácito (*Anales*, XIV, XXXVII) y Suetonio, *Vida de los doce Césares* («Nerón», XXIX). **<<**

[1] Es decir, treinta y seis mil libras en total, cantidad exorbitante para la época; cien luises era ya una cantidad excepcional por el servicio de la cortesana más cara. <<

[2] Edipo, según la leyenda griega, descendía de Cadmo, fundador de Tebas; hijo de Layo y de Yocasta, su nacimiento estuvo presidido por un agüero desfavorable que impulsó a su padre a entregarlo a unos pastores para que lo expusieran en el monte Citerón. Así pensaba Layo librarse de quien, según los vaticinios, estaba destinado a matar a su propio padre. Encontrado por otro pastor, lo entregó a los reyes de Corinto, que lo criaron como su propio hijo. Cuando, ya en la edad viril, Edipo acude al oráculo de Delfos, éste le informa de que su destino era matar a su padre y casarse con su madre, por lo que el joven huye de Corinto para alejarse de quienes cree sus progenitores. En esa huida encuentra a Layo, que no quiere cederle el paso, y al que mata. Siguiendo su camino, llega a Tebas, a la que libra de una Esfinge que devoraba a todo el que era incapaz de resolver el enigma que les proponía. Aclamado por los tebanos, lo eligieron por rey y le entregaron como esposa a la reina viuda, Yocasta. De este modo el oráculo de Delfos quedaba cumplido. Las peripecias que llevan al héroe a saber la verdad han sido objeto de obras dramáticas y literarias: Yocasta se suicida al saberla, Edipo se perfora los ojos con unos alfileres y camina al destierro de la mano de la más pequeña de sus hijas, Antígona, hasta Colono, donde muere después de maldecir a los dos hijos que ha tenido de Yocasta, Eteocles y Polinices.

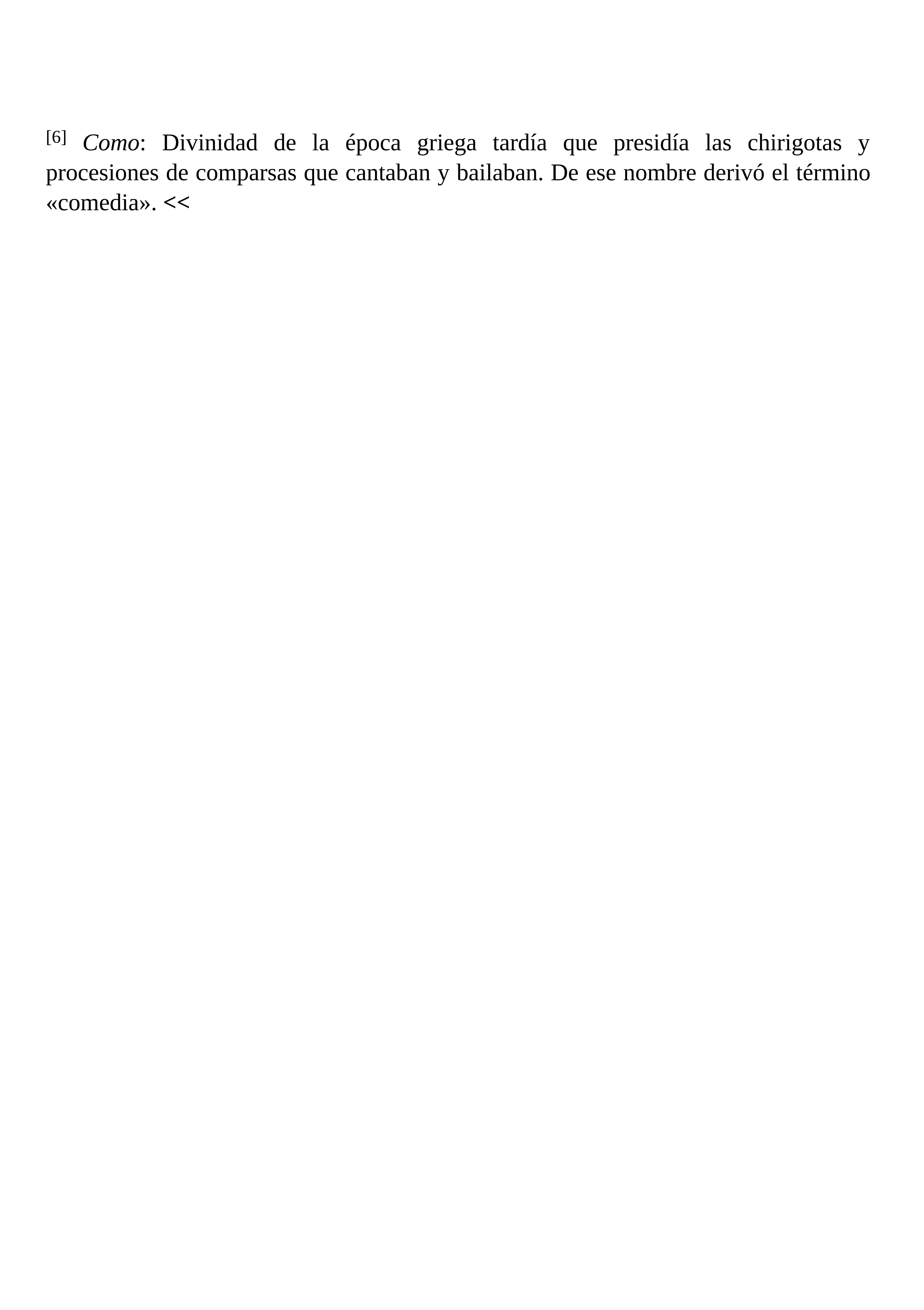
Si la referencia a Edipo es frecuente en la literatura del XVIII, el horror que provoca su tragedia se trueca en Sade en admiración por uno de los ejes del fatalismo edipiano: el del incesto, que Gernande va a exaltar con referencias etnológicas sacadas de *L'Esprit des usages et des coutumes*, de Démeunier, y que volverán a ser utilizadas en *La filosofía en el tocador* en el apartado «Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos» (Sade, *La filosofa en el tocador*, ed. cit., págs. 165-228). <<

[3] Los saboyanos acudían a París llevando marmotas que mostraban por las calles, acompañándose de una zanfoña o viella. <<

[4] Ifigenia es, según los trágicos griegos, hija de Agamenón, rey de Micenas, y de Clitemnestra. La diosa Ártemis, enojada con su padre, impedía la salida de la flota aquea en su segundo viaje contra Troya, porque Agamenón había incumplido la promesa de sacrificar a la divinidad lo más bello que naciera el año del nacimiento de la joven; el rey había degollado entonces un animal, y Ártemis exigía el cumplimiento de la promesa con el sacrificio de Ifigenia; según algunas tradiciones, al saber los motivos de su muerte y la situación de los aqueos, impedidos de ir a la guerra de Troya, la propia joven habría aceptado voluntariamente su destino. Eurípides, en *Ifigenia entre los muertos*, escamotea el sacrificio de la joven; los asistentes a su ejecución apartan los ojos horrorizados para no verla, y la muchacha desaparece envuelta en una nube, mientras su cuerpo es reemplazado por una cierva. Ártemis se la llevó para convertirla en sacerdotisa de su templo del país de los Tauros, adonde llegará su hermano Orestes acompañado por Pílades, a los que Ifigenia terminará salvando de la muerte a que estaban condenados para regresar a Micenas.

Aunque en el teatro y la pintura de la edad clásica la figura de Ifigenia sirvió para personificar el dolor, Gernande vuelve a la realidad antigua inmolando a su mujer. <<

[5] Proserpina era una divinidad romana de carácter agrario, que terminó siendo identificada con la Perséfone griega, hija de Zeus y Deméter, y diosa de los Infiernos y del mundo subterráneo. La caracterización de Dorothée como Proserpina introduce la temática infernal en la acción. <<



[6] *Como*: Divinidad de la época griega tardía que presidía las chirigotas y procesiones de comparsas que cantaban y bailaban. De ese nombre derivó el término «comedia». <<

[7] Según la *Enciclopedia, addad* es el «nombre que los árabes dan a una raíz de hierba que crece en la Numidia y en el África. Es muy amarga, y contiene un veneno tan violento que treinta o cuarenta gotas de su agua destilada causan la muerte en poco tiempo». <<

[8] La referencia a Alejandro como modelo de omnipotencia desmesurada es frecuente entre los libertinos; la hace, por ejemplo, don Juan en Molière: «En fin, nada tan dulce como vencer la resistencia de una mujer hermosa, y en este punto tengo la ambición de los conquistadores, que perpetuamente vuelan de victoria y victoria y no pueden resignarse a poner límites a sus anhelos. No hay nada que pueda detener el ímpetu de mi deseo: siento en mí un corazón capaz de amar a toda la Tierra; y, como Alejandro, desearía que hubiera otros mundos para poder extender a ellos mis conquistas amorosas» (Molière, *Don Juan*, I, II, ed. cit., pág. 91). <<

[9] Cerca de la isla de Citeres nació Venus, diosa del amor, de la espuma del mar; en la isla se le consagró un templo. <<

[1] Sade alude a las teorías roussonianas sobre el origen de la desigualdad, que el autor del *Emilio* deriva de la sociedad, no de la naturaleza; admite la desigualdad natural o física, pero no la desigualdad moral o política. De aquélla dependen la edad, la salud, las fuerzas del cuerpo, según el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (véase mi edición de ese discurso en Rousseau, *Del contrato social*, págs. 231 y 316; cito por la reimpresión de Alianza Editorial, Madrid, 1998). <<

[2] En este largo discurso de Bressac, Sade aborda el debate sobre la inmortalidad del alma, clandestino en el siglo, utilizando un texto falsamente atribuido a un autor muerto, práctica habitual de esta literatura prohibida para evitar consecuencias nefastas: Nicolas Frérer, *Lettres à Sophie, contenant un examen des fondements de la religion chrétienne, et diverses objections contre l'inmortalité de l'âme* (Londres, siglo XVIII), cuyas tesis y ejemplos —egipcios, hebreos, Moisés, etc.— Sade repite en ocasiones casi al pie de la letra. <<

[3] Juan Duns Escoto (h. 1266-1308), teólogo escolástico inglés que se enfrentó a las teorías de Averroes y de santo Tomás en abundantes libros de teología. <<

[4] Gilbert Lely ya se dio cuenta de que la pequeña Cécile había muerto en el antepenúltimo párrafo del capítulo XV. (Véase pág. 554). <<

[5] La Mettrie, en su ensayo *L'École de la volupté*, se refiere a los escritores eróticos: «En los que hemos llamado obscenos e impúdicos, la naturaleza, violando todas las leyes del pudor y de la contención, y dando la impresión de conocer únicamente las de la indecencia y la lubricidad, no ofrece a nuestros sentidos agitados más que la espumeante lascivia de sus movimientos y de sus posturas. El mismo veneno se encuentra en los otros, aunque más suave y sazonado con más arte; gustan esconderlo bajo unas flores que, lejos de hacerlo temer, invitan a buscarlo […]. Sí, el arte con que cuidan el pudor, consiste en hacerlo desaparecer. Hacen más conquistas bajo el velo seductor con que cubren sus objetos que quienes, mostrando todo al descubierto, ya no dejan desear nada». <<

[1] Hombre del arte médico, cirujano. <<

[2] El titimalo es la lechetrezna, perteneciente al género de las euforbiáceas; según la *Enciclopedia*, los mendigos utilizan por lo general «su leche para desfigurarse la piel, y por este medio mover a compasión a los transeúntes […] Sus semillas y su raíz se han empleado principalmente para el uso interior. Las semillas tragadas enteras y las raíces secas y en polvo son purgativos muy violentos que los médicos ya casi no prescriben, ni siquiera en las hidropesías, donde el relajamiento es más evidente y más extremado. El polvo de raíz de titimalo no es más que un remedio de charlarán, y las semillas un remedio de aldeano». <<

[3] El *brelan,* o berlanga, es un juego de cartas descrito en la *Enciclopedia*: «Se juega con tantas personas como se quiere; pero no es bonito, es decir ruinoso, más que de tres a cinco […] No hay ningún juego de azar más terrible ni más atractivo; es difícil jugar a él sin sentir una pasión furibunda; y cuando uno está poseído, no se soportan otros juegos; hay que atribuir sus revoluciones, en mi opinión, tanto a la esperanza que se tiene de ganar cuanto se quiere como a encontrar en una jugada la pérdida de diez sesiones desgraciadas. Esperanza extravagante porque hay demostración moral de que la ganancia sólo puede ir hasta cierto punto; y está también comprobado que la ganancia vuelve a los jugadores más cerrados y más tímidos, y que la gran pérdida los vuelve más ávidos y más temerarios. La policía no ha tardado en darse cuenta de las tristes secuelas de este juego; y lo ha proscrito bajo las penas más severas; sin embargo, se sigue jugando, y estoy convencido de que los hombres sólo renunciarán a él cuando hayan inventado otro que sea igual y más tormentoso». <<



[4] Sade estudió en su juventud en el colegio Louis-le-Grand, regido por los jesuitas. La reputación homosexual de los miembros de la Compañía de Jesús era tradicional en la época. <<

[1] «Pero, para que a nadie le quede la menor duda de que tuvo una pésima reputación de cometer actos contra natura y adulterios, Curión padre le llama en un discurso suyo “marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos”» (Suetonio, *Vida de los doce Césares*, lib. I, LII, ed. cit., pág. 132). <<

[2] El baile del rey David desnudo ante el Arca de la Alianza es uno de los temas recurrentes de la literatura libertina, que a veces compara con los bailes españoles esos saltos y cabriolas del rey judío: «Según la Escritura, estos saltos de David encantaban a todos los espectadores; menos a su mujer, que decía a cuantos querían oírla: por más profeta, por más rey, por más amigo del Eterno que sea, mi marido es un farandulero que debería avergonzarse de ofrecerse como espectáculo», escribe Fleuriot de Langle en su *Voyage de Figaro en Espagne*. **<<**

[3] La imagen tradicional de España en el siglo XVIII describe a los españoles como galantes y supersticiosos; su carácter como nación está hecho de «orgullo, devoción, amor y ociosidad». Los viajeros ayudaron a difundir ese estereotipo: «En ninguna parte los dos sexos se buscan con más diligencia; en ninguna parte la necesidad de los sentidos parece una necesidad más indispensable; en ninguna parte la influencia del clima desarma con tanta facilidad al moralista más severo» (Chrétien Auguste Fischer, en su *Voyage en Espagne*, 1801). <<

[4] Sade utiliza para estos ejemplos distintas informaciones de la época, desde la *Histoire des conjurations, conspirations et révolutions célèbres, tant anciennes que modernes* (París, 1754, diez volúmenes), de Duport du Tertre, a las *Anecdotes chinoises, japonaises, siamoises, tonquinoises, etc.*, (París, 1774) de Jean Castilhon. <<

[5] Simon Pelloutier describe en su *Histoire des Celtes* (La Haya-París, 1741) el juego del ahorcado: «Se ataba en un lugar elevado una cuerda bajo la que se ponía perpendicular una piedra redonda y lisa. Después de haber elegido por sorteo al que debía ser el actor, se le hacía subir a la piedra, armado con una hoz. Estaba obligado a ponerse él mismo la piedra al cuello, mientras otro quitaba hábilmente la piedra. Si el que permanecía colgado no tenía la suerte y la habilidad de cortar al instante la cuerda con la hoz que sostenía con las dos manos, se estrangulaba y perecía en medio de las risotadas de todos los espectadores, que se burlaban de él como de un torpe». <<

[6] De hecho se trata de un libro, *Les Céremonies religieuses de tous les peuples de la terre*, cuyos varios volúmenes ilustra Bernard Picared; en él se describen las prácticas de iniciación de los pueblos americanos. La *huscanawe* queda definida en él como la «disciplina por la que deben pasar todos los jóvenes antes de ser recibidos entre los hombres adultos, o *cacharouses* de la nación». La *Enciclopedia*, por su parte, define el *huscanouiment* como una «especie de iniciación o de ceremonia supersticiosa que los salvajes de Virginia practican sobre los jóvenes de su país cuando han llegado a la edad de quince años, y sin la cual no son admitidos entre los valientes en la nación […]. Varios de estos jóvenes mueren en su penosa prueba o ceremonia, que tiene por objeto liberar a la juventud de las impresiones de la infancia y volverla apta para las cosas que convienen a la edad viril». <<

[1] Exagerando las cifras, Sade utiliza profusamente en esta página y las siguientes el texto de Démeunier: «Esta abominable costumbre subsiste aún en China. Todas las mañanas se encuentra cierto número de niños en las calles de Pekín; la mayoría mueren en ellas, o son devorados por los animales. El padre Noël dice que se exponen de ese modo veinte o treinta mil niños en un año; y otros jesuitas aseguran que en tres años han contado 9.702 destinados al vertedero» (Démeunier, *L'Esprit des usages et des coutumes*). <<

[2] Para toda esta disertación, Sade utiliza, además del libro citado en la nota anterior de Démeunier, los *Viajes* de Cook, que da ese nombre de *arreoys* a las sociedades tahitianas donde las mujeres son comunes a todos los hombres; ampliará esa referencia de Démeunier a Cook en *Historia de Juliette*: «Cook descubrió una sociedad en Otaití donde todas las mujeres se entregan indistintamente a todos los hombres de la asamblea. Pero si una de ellas queda encinta, el niño es ahogado en el momento de su nacimiento; tan cierto es que existen pueblos lo bastante sabios para sacrificar a sus placeres las fútiles leyes de la población», fragmento en el que Sade mezcla usos de Tahití con los de la isla de Formosa. <<

[3] Mahomet II, sultán de Turquía de 1451 a 1481, se apoderó de Constantinopla, que convirtió en su capital, y conquistó más tarde Bosnia. La *Historia de Juliette* atribuye la acción aquí descrita a Mahomet II: «Además, ese mismo gran hombre, convencido filosóficamente de que la vida de los súbditos sólo está hecha para servir a la pasión de los soberanos, mandó arrojar cien mil esclavos desnudos los fosos de Constantinopla para servir de fajinas cuando asediaba esa capital». <<

[4] Tácito y Suetonio refieren esa afición de Nerón por el teatro; en su *Vida de los doce Césares*, Suetonio precisa algunas de sus interpretaciones: Canace de parto, Orestes como parricida, Edipo ciego y Hércules furioso («Nerón», caps. XX y XXI). <<

[5] Santa Cecilia habría muerto martirizada en Roma durante el reinado de Alejandro Severo en el año 232; Sade visitó durante su viaje a Italia la iglesia Romana dedicada a santa Cecilia: «Es una bella flor segada a poco de nacer. Cecilia se casó muy joven y fue en los primeros tiempos de su matrimonio cuando fue asesinada en su baño. Se ven las marcas de sus heridas en su hermoso cuello totalmente descubierto. Se ven en él los tres golpes de espada con que fue herida. La sangre sale de ellas y la forma en que sin duda cayó al expirar de esa muerte violenta es aquella en que el artista la captó. Mucho menos seguro es que esté como fue encontrada en las catacumbas de san Sebastián. La misma camisa que tenía en su baño es la que la cubre […]. Sus delicadas manos están extendidas y algunos de sus dedos retirados como por efecto de una agonía fuerte y súbita. Es un cadáver arrojado ahí… Pero todavía se respira toda la delicadeza y toda la esbeltez de una joven de diecisiete o dieciocho años, y tan interesante como bonita» (*Voyage d’Italie*, ed. cit., pág. 121). En cuanto a santa Ágata, sus verdugos le cortaron los pechos en Catania en el año 251. <<

[6] Sobre Gilles de Rais, véase nota 2 del capítulo IX. La fuente de Sade, Dom Lobineau, habla de un centenar de niños, que en *La filosofía en el tocador* (ed. cit., pág. 110) ya figuraban en número de setecientos u ochocientos «hallados en uno de sus castillos de Bretaña», y aquí en cuatrocientos o quinientos. <<



[1] Magistrado enviado por el rey a distintas partes del reino «para velar por todo lo que puede interesar a la administración de la justicia, de la policía y las finanzas» (*Enciclopedia*). **<<**

[2] En la literatura libertina y erótica del siglo XVIII, el Negro cumple el doble papel del exotismo y de la «monstruosidad», tanto por sus dotes y su capacidad sexual como por su posible antropofagia, que también figura en el imaginario erótico de Sade. <<

[3] Según el novelista erótico Fougeret de Monbron, Mirebalais es una «región de la Bretaña, cuyos asnos son reputados como los mejores». <<